Arauco

JULIO CÉSAR JOBET

TEXTOS

tribuna del pensamiento socialista

Obras Completas

De

Julio César Jobet

Volumen I

***

Portal del Socialismo Chileno

Biblioteca Clodomiro Almeyda

Editorial Prensa Latinoamericana

PLA

Octubre 2022

4ª edición

***

Editor: José Balaguer

Artículos de Julio César Jobet en revista ARAUCO

Semblanza biográfica de Julio César Jobet 7

Bibliografía de Julio César Jobet 10

La Revolución de la Independencia 11

ARAUCO N°1 octubre 1959 11

Dos libros sobre Chile en el siglo pasado 14

ARAUCO N°1 octubre 1959 14

EL CAMINO YUGOSLAVO 16

ARAUCO N°2 noviembre 1959 16

Estudios Históricos sobre el Movimiento Social Obrero de Chile 18

ARAUCO N°3 diciembre 1959 18

HAROLD J. LASKI, PENSADOR SOCIALISTA 24

ARAUCO N°5 marzo 1960 24

Venezuela: Política y Petróleo 32

ARAUCO N°5 marzo 1960 32

Mariátegui y sus “Siete Ensayos” 34

ARAUCO N°6 abril 1960 34

La Sorprendente Existencia de Santiago Arcos Arlegui 36

ARAUCO N°7 mayo 1960 36

Jaime Eyzaguirre, Cronista Familiar 38

ARAUCO N°7 mayo 1960 38

Recuerdo de José Antonio Arze 40

ARAUCO N°8 junio 1960 40

Revolución Socialista del 4 de Junio de 1932 42

ARAUCO N°8 junio 1960 42

LA JUVENTUD DE 1930 Y EL SOCIALISMO 44

ARAUCO N°9 julio 1960 44

Dos Estudios sobre la Revolución Francesa 49

ARAUCO N°9 julio 1960 49

Una Biografía Polémica de Arturo Alessandri Palma 52

ARAUCO N°10 agosto 1960 52

Héctor Barreto, Mártir de la Lucha Antifascista 57

ARAUCO N°10 agosto 1960 57

Significado de la Revolución de la Independencia. El 18 de Septiembre de 1810 59
ARAUCO N°11 septiembre 1960 59
Desarrollo del Capitalismo en Chile 72
ARAUCO N°11 septiembre 1960 72
Orígenes y Primeros Congresos del Partido Socialista 80
ARAUCO N°12 octubre 1960 80
La noble existencia de Augusto Pinto 97
ARAUCO N°12 octubre 1960 97
Desarrollo de la educación chilena 103
ARAUCO N°13 noviembre 1960 103
Las relaciones Chileno-Argentinas 107
ARAUCO N°14 diciembre 1960 107
Semblanza de Eugenio Matte Hurtado 114
ARAUCO N°15 enero-febrero 1961 114
Democracia liberal y subdesarrollo económico en Chile 116
ARAUCO N°16 marzo-abril 1961 116
Dos historiadores reaccionarios 127
ARAUCO N°17 junio 1961 127
El problema educacional en Chile 135
ARAUCO N°20 septiembre 1961 135
La literatura yugoslava y su gran novelista, Ivo Andric 150
ARAUCO N°21 octubre 1961 150
Yugoslavia, Democracia Socialista 160
ARAUCO N°22 noviembre 1961 160
Realidad y perspectiva de la Revolución Cubana 175
ARAUCO N°25 febrero 1962 175
Teoría y Programa del Partido Socialista de Chile 183
ARAUCO N°27 abril 1962 183
La Revolución Socialista de Yugoslavia 202
ARAUCO N°29 junio 1962 202
El Nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda 219
ARAUCO N°32 septiembre 1962 219
Esquema de las Contradicciones Económicas y Sociales de América Latina 231

ARAUCO N°34 noviembre 1962 231
Problemas y contradicciones fundamentales en la crisis chilena 238
ARAUCO N°35 diciembre 1962 238
Problemas y contradicciones fundamentales en la crisis chilena 251
ARAUCO N°36 enero 1963 251
Los Fundamentos del Marxismo 260
ARAUCO N°38 marzo 1963 260
La personalidad socialista de Eugenio González Rojas 272
ARAUCO N°42 julio 1963 272
Los problemas sociales y económicos de Chile en el examen de dos sociólogos 276
ARAUCO N°52 marzo 1964 276
Diego Barros Arana, educador e historiador enemigo del clericalismo 284
ARAUCO N°53 junio 1964 284
Notas sobre literatura Marxista Chilena 295
ARAUCO N°54 julio 1964 295
Héctor Barreto, combatiente por la Libertad y el Socialismo 305
ARAUCO N°55 agosto 1964 305
Trayectoria ejemplar de Luis Emilio Recabarren 309
ARAUCO N°59 diciembre 1964 309
Sobre el humanismo socialista 314
ARAUCO N°62 marzo 1965 314
Trayectoria del Partido Socialista de Chile 327
ARAUCO N°63 abril 1965 327
Análisis socialista de la obra de Francisco A. Encina 335
ARAUCO N°67 agosto 1965 335
Notas sobre las concepciones marxistas del Partido Socialista 346
ARAUCO N°68 septiembre 1965 346
Tres semblanzas de socialistas chilenos 361
ARAUCO N°69 octubre 1965 361
Estudios sobre las ideas políticas en chile 377
ARAUCO N°72 enero 1966 377
La personalidad de Oscar Schnake y los primeros años del Partido Socialista 387
ARAUCO N°73 febrero 1966 387

«Los marxistas» 402
ARAUCO N°79 agosto 1966 402
La conciencia nacional de don Manuel de Salas 416
ARAUCO N°80 septiembre 1966..... 416
Andrés Bello: Homenaje de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile 427
ARAUCO N°80 septiembre 1966..... 427
El socialismo científico y la libertad..... 430
ARAUCO N°82 NOVIEMBRE 1966 430
Del hegelianismo al marxismo 448
ARAUCO N°82 noviembre 1966 448
Las nacionalizaciones y la democracia cristiana..... 450
ARAUCO N°82 noviembre 1966 450
Una obra crítica sobre Francisco Antonio Encina..... 451
ARAUCO N°83 diciembre 1966..... 451
Alejandro Escobar Carvallo y el movimiento obrero chileno 457
ARAUCO N°84 enero 1967 457
Notas sobre Fermín Vivaceta Rupio 463
ARAUCO N°84 enero 1967 463
El Partido Socialista y el Frente Popular en Chile 465
ARAUCO N°85 febrero 1967..... 465
El movimiento obrero mundial, la realidad chilena y la fundación del partido socialista 491
ARAUCO N°86 marzo 1967..... 491
Carlos Marx y Federico Engels (del idealismo al materialismo histórico) de Auguste Cornu 506
ARAUCO N°86 marzo 1967 506
Lenin de David Shub 515
ARAUCO N°86 marzo 1967..... 515
Interpretación marxista de la historia de chile 523
ARAUCO N°87 abril 1967..... 523
España, el reino de las contradicciones de Eduardo Galeano. Prensa Latinoamericana, 1967. 530
ARAUCO N°87 abril de 1967..... 530
Algunos problemas teóricos del socialismo 531
ARAUCO N°88 mayo 1967 531
El régimen colonial español y la enseñanza en Chile 537

ARAUCO N°89 junio 1967 537
Principios de educación 551
ARAUCO N°89 junio 1967 551

Semblanza biográfica de Julio César Jobet

Osvaldo Arias Escobedo[1]

Julio César Jobet Burquez, nació el 18 de enero de 1912, en Perquenco, aldea de la provincia de Cautín, situada a unos 700 kilómetros al sur de Santiago, la capital de Chile.

Jobet descendía de agricultores franceses y españoles que colonizaron esa región conocida como la frontera, porque ella fue el dominio de los araucanos, hasta muy avanzada la República. Hizo sus estudios primarios en su aldea natal y los secundarios en el Liceo de Hombres de Temuco, capital de la provincia, ciudad en que se radicaron definitivamente sus padres.

El Liceo de Temuco en aquella época, era célebre por su excelente profesorado y porque de sus aulas egresaron distinguidos profesionales y escritores siendo el más renombrado Pablo Neruda, quien hizo estudios primarios y secundarios en dicho establecimiento entre 1910 y 1920.

Jobet, continuó sus estudios en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y recibió el título de Profesor de Historia; Geografía y Educación Cívica. También cursó el primer año de Pedagogía en francés, idioma que dominaba, y el primer año de Derecho. Más tarde ejerció la docencia en liceos de Temuco. Valparaíso y Santiago y en la Universidad de Chile de esas mismas ciudades.

La vida política de Julio César Jobet se identificó con la del Partido Socialista en el que fue militante desde su fundación.

El Partido Socialista se fundó el 19 de abril de 1933 y nació de la fusión de diversas tendencias socialistas que discrepaban de la orientación que había tomado la Internacional Comunista en esos años; cuya política consideraban sectaria, dogmática y sin consideración de las realidades y problemas específicos de los trabajadores de cada país. Pero los socialistas tampoco se identificaban con el reformismo y el abandono de los principios revolucionarios de la Internacional Socialdemócrata y mantenían una posición independiente frente a ambas organizaciones.

En su declaración de principios el Partido Socialista aceptó el marxismo como "método de interpretación de la realidad enriquecido y rectificado con los aportes científicos del constante devenir"; señaló que su táctica se basaría en la lucha de clases y su estrategia, en la creación de una República Democrática de trabajadores como forma de transición del régimen capitalista al socialista. Se declaraba antiimperialista, denunciando la penetración norteamericana en la economía chilena y el sometimiento de la burguesía nacional y sostenía que, siendo la doctrina socialista internacional, sin embargo, el primer paso en este terreno deberá ser la creación de una Federación de Repúblicas Socialistas del continente latinoamericano.

El socialismo chileno se desarrolló rápidamente. Llegó a ser mayoría en las centrales sindicales y fue uno de los partidos fundamentales en el triunfo y gobierno del Frente Popular en 1938.

Pero el paso por varios gobiernos de esa combinación política, le significó la burocratización y corrupción de muchos de sus militantes, lo que trajo consigo varias divisiones y el debilitamiento de la organización.

[1] Texto de 1982. Maestro de la Escuela de historia de la Universidad Michoacana y subdirector del Centro de Estudios del Movimiento Obrero Salvador Allende.

En la década del 50, bajo el impulso de un sector juvenil del Partido, éste se reconstituyó, se unificaron sus principales tendencias, se fortaleció paulatinamente y mediante una política de alianza de la izquierda y de los partidos populares, logró llevar a la Presidencia de la República a uno de sus más destacados militantes, el doctor Salvador Allende.

Durante la trayectoria del Partido Socialista, Julio César Jobet, fue un militante ejemplar. La revista "Arauco" órgano oficial del Partido, en su número 89, de junio de 1967, lo caracterizaba así:

"Julio César Jobet ocupó durante varios años un sitio destacado en la organización y propaganda socialista y realizó una vasta labor de divulgación de los principios básicos del pensamiento marxista".... "Su producción intelectual lo sitúa entre los escritores socialistas chilenos más representativos, hecho reconocido por distintos críticos nacionales "... "Junto a su valiosa obra de escritor se hace necesario subrayar su elevada conducta política y humana; ha mantenido una perfecta correspondencia entre su pensamiento y su acción, entre sus principios teóricos y su actividad partidaria y docente. Hombre de doctrina y de cultura, ha llevado una vida pública y privada ejemplar; su existencia digna y humilde está hecha de profunda inquietud ideológica, de alta moralidad política y de absoluta integridad personal, de ahí fluyen el respeto, afecto y estimación que le guardan en las filas del socialismo y entre quienes lo conocen y lo tratan".

Jobet fue uno de los fundadores del Partido Socialista de la provincia de Cautín. Durante varios años fue integrante de la Directiva Nacional, participó en numerosos congresos y reuniones partidarias, componente de diversos organismos técnicos y redactor de diversas publicaciones, como revistas, periódicos y folletos.

Julio César Jobet se definía a sí mismo como "un socialista humanista; como un defensor del afianzamiento y la extensión de la democracia por medio de la implantación de la justicia social y de la libertad. Ha sido muy influenciado por la civilización francesa y por la literatura enciclopedista, socialista utopista y jauresiana francesa".

En el campo literario, Jobet se decía "preocupado preferentemente por la interpretación socialista de la evolución histórica y por la búsqueda de fuentes chilenas para la sustentación de una poderosa izquierda revolucionaria, nacionalista y democrática".

En función de esos objetivos desarrolló una vasta labor de publicaciones dirigida fundamentalmente a la Historia y a la política.

Su producción histórica la centró especialmente en Chile y en el movimiento obrero, siendo una de sus obras más destacadas, la que ocupa este volumen: "Ensayo crítico del desarrollo económico social de Chile" publicada en Santiago, por la Universidad de Chile, en 1951. Este ensayo fue una nueva interpretación del desarrollo histórico de Chile en que destacaba el papel que jugaron las masas populares y denunciaba el egoísmo de clase y el entreguismo internacional de la oligarquía gobernante. Esta denuncia le mereció grandes ataques de los sectores políticos de la derecha chilena y una de sus represalias fue rechazar su nombramiento como embajador en Yugoslavia, cargo al que fue propuesto por su partido que participaba en el gobierno de la época.

La otra gran obra histórica de Jobet, fue su libro "Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo en Chile", publicado por Prensa Latinoamericana, en Santiago de Chile, en 1955. La importancia de este libro radicaba en el hecho de que por primera vez se publicaba una obra de

envergadura sobre el fundador del movimiento obrero chileno, y que a partir de ella numerosos historiadores y estudiosos comenzaron a investigar la vida y obra de Recabarren y que su papel en la Historia de Chile ya no pudo ser ocultado por razones de orden ideológico o político, como había ocurrido hasta entonces.

La producción historiografía de Julio César Jobet contó además con otros libros como, "Santiago Arcos Arregui y la Sociedad de la Igualdad", "Tres ensayos históricos", "Los precursores del pensamiento social de Chile" y "Doctrina y praxis de los educadores representativos de Chile".

En el aspecto político Jobet publicó un manual que tuvo numerosas ediciones llamado "Los fundamentos del marxismo" y otros libros referentes a la Historia y posiciones políticas del Partido en que militaba. Tales fueron “Socialismo y comunismo”, “El Partido Socialista de Chile”, en dos volúmenes, y “El socialismo chileno a través de sus congresos”.

Además de estos libros, Jobet permanentemente escribía en la revista cultural chilena Occidente, en la revista oficial del Partido Socialista de Chile Arauco y en el diario La Nación de Santiago de Chile.

En los últimos años de su vida, Jobet abandonó la política activa debido a problemas de salud, pero siempre continuó su labor de investigación histórica y de publicista político.

Fue esta enfermedad la que produjo su muerte en 1981, pero seguramente su vida se acortó como la de otros viejos luchadores socialistas, al ver cómo eran perseguidos, y asesinados los militantes de su partido y del movimiento popular y cómo Chile caía bajo el control de una dictadura militar mucho más represiva que aquella que cayó en 1931 mediante la lucha estudiantil y de los trabajadores y en lo que Jobet y sus compañeros de generación iniciaron su vida combatiente por los ideales de justicia y libertad.

Bibliografía de Julio César Jobet

1. Julio César Jobet, Los Fundamentos del Marxismo, Prensa Latinoamericana (PLA), Santiago, 1939. Segunda edición. (Primera edición en la Colección del Departamento de Publicaciones secretaria de Cultura del Partido Socialista, Folleto N°1, 1939)
2. Julio César Jobet Homenaje del Partido Socialista a España Republicana, Santiago 1938.
3. Julio César Jobet Significado del Partido Socialista en la realidad nacional 1940 (folleto 27)
4. Julio César Jobet, Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad, Imprenta Cultura, Santiago, Santiago, 1942.
5. Julio César Jobet, "Prologo" en: "Ahora, El Socialismo Móvil de Posguerra" de Humberto Mendoza, Imprenta Cultura, Santiago, 1942.
6. Julio César Jobet, Tres ensayos históricos, Ediciones del Boletín del Instituto Nacional. Santiago de Chile. 1950
7. Julio César Jobet, Ensayo Critico del Desarrollo Económico-Social de Chile, Universitaria, Santiago, Santiago, 1951.
8. Julio César Jobet, Valentín Letelier y sus continuadores: Darío Salas, Luis Galdames y Pedro Aguirre Cerda, San José: Universitaria, 1954. Universidad de Costa Rica, Sección Tesis de Grado y ensayos N°9.
9. Julio César Jobet, Recabarren y los Orígenes del Movimiento Obrero y el Socialismo Chilenos, Prensa Latinoamericana (PLA), Santiago, 1955
10. Julio César Jobet, Los Precursores del Pensamiento Social en Chile, Colección Saber, Editorial Universitaria, Santiago, Santiago, 1955-1956, 2 Tomos.
11. Julio César Jobet, El Socialismo en Chile, Santiago, Santiago, 1956.
12. Julio César Jobet, Socialismo, libertad y comunismo, San Jorge, Santiago marzo 1958.
13. Julio César Jobet, El socialismo chileno a través de sus congresos, Santiago de Chile, Prensa Latinoamericana (PLA), 1960
14. Julio César Jobet, Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos, Santiago de Chile: Andrés Bello, 1970
15. Julio César Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale, Obras Escogidas de Luis Emilio Recabarren, Editorial Andrés Bello, Santiago, Santiago, 1970.
16. Julio Cesar Jobet, Jorge Barría y Luis Vitale: Obras Selectas de Luis Emilio Recabarren, Santiago, Editorial Quimantú, 1971;
17. Julio César Jobet, El Partido Socialista de Chile, Prensa Latinoamericana, (PLA) 1971
18. Julio César Jobet y Alejandro Chelén, Pensamiento Teórico y Político del Partido Socialista de Chile, Empresa Nacional Quimantú, Santiago, Santiago, 1972.
19. Julio César Jobet, Temas Históricos Chilenos, Empresa Nacional Quimantú, Santiago, Santiago, 1973.
20. Julio César Jobet, Recabarren y los Orígenes del Movimiento Obrero y el Socialismo Chilenos, Prensa Latinoamericana (PLA), Santiago, 1973. Segunda edición (secuestrada por la dictadura)
21. Julio César Jobet, Los Días de la Marsellesa, Fernando Allape Editor, Colección Lea, México, Santiago, 1975.

La Revolución de la Independencia

El 18 de septiembre de 1810

ARAUCO N°1 octubre 1959

JULIO CESAR JOBET B. Profesor de Historia y Geografía, en actual ejercicio en liceos y Universidad Técnica del Estado. Escritor y ensayista. Entre sus obras más destacadas mencionaremos: "Ensayo crítico sobre el desarrollo económico social de Chile", la biografía "Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y socialista chilenos" y "Fundamentos del marxismo".

Hace 149 años, el 18 de septiembre de 1810 se celebró el cabildo abierto en el cual se designó la primera Junta Nacional de Gobierno, magno suceso inicial en la larga y cruenta lucha por la emancipación chilena. Durante quince años de rudo batallar, los sacrificios, heroísmos y sufrimientos de la sociedad chilena se vieron coronados por el éxito. En 1826 los últimos soldados peninsulares fueron vencidos y expulsados del territorio patrio. Sin embargo, una vez conseguida la liberación política, la vida del nuevo país no se afianzó ni en la igualdad ni en la justicia. Por el contrario, el privilegio, el abuso y la expoliación dominaron sin contrapeso en la República y el pueblo humilde, héroe de las jornadas de la independencia, debió soportar la más despiadada represión política y la más inhumana explotación económica. Es que la revolución de la independencia no fue, a la vez, una revolución social y por dicha razón no desapareció el privilegio. La República tuvo un carácter oligárquico, en cuya cima se estableció la aristocracia terrateniente criolla, cargada de poder y de riquezas, sojuzgando a las grandes masas laboriosas.

La interpretación materialista de los fenómenos históricos permite explicar con claridad aquel acontecimiento y sus contradicciones internas.

El sistema colonial se basó en el monopolio comercial, la restricción de la navegación, la exclusión de toda interferencia extranjera, la restricción del comercio internacional, la prohibición del establecimiento de industrias y cultivos competitivos de la Metrópoli, el establecimiento de impuestos onerosos y de la Inquisición, con un severo control sobre la conciencia de los individuos, los libros y la cultura en general y el monopolio de los cargos administrativos en beneficio de los españoles, todo lo cual impidió el desarrollo amplio y poderoso de estos países. No obstante, tamaña represión, la sociedad americana logró un avance interno, lento, por cierto, pero en el siglo XVIII se aceleró por el crecimiento de su población y el auge del contrabando. Los Borbones se vieron en la necesidad de tomar diversas medidas para favorecer este desenvolvimiento logrado pese a tantas trabas. Las reformas de los Borbones fueron útiles, aunque dejaron pendiente el problema fundamental: el acceso directo de las colonias al mercado mundial. Mantuvieron siempre a España como intermediaria obligada en el tráfico mercantil y las fuerzas productivas que surgían en América se encontraban encadenadas a la atrasada economía metropolitana. Para liberarlas, todos los antiguos vínculos sociales y políticos debían abolirse. En consecuencia, la obtención de la autonomía económica para los dominios envolvía un problema político: la lucha por la independencia y por el control del poder estatal, sin el cual toda reorganización de la sociedad colonial era imposible. Las reformas administrativas y comerciales de los Borbones procuraron un importante estímulo al desarrollo económico de los países americanos y éste exige, a su vez, mayores libertades. Aquí está la razón de fondo del anhelo de independencia. Por otra parte, España era incapaz de absorber la producción colonial y de satisfacer la demanda incesante de manufacturas a precios razonables. Los comerciantes monopolistas y los funcionarios de la Corona, estrato superior y privilegiado de la sociedad

colonial, se oponían al "comercio libre" porque significaba el fin de su poder económico y político. El comercio libre barría con las ganancias monopolistas y promovía de inmediato el ascenso de todos los grupos económicos beneficiados directamente en la expansión comercial: terratenientes agricultores y ganaderos. Además, día a día, aumentaba la presión del poderoso capitalismo liberal europeo. El ataque de Napoleón a España dio el pretexto y la posibilidad de romper aquellas trabas.

Así como el contrabando burlaba el monopolio comercial, en idéntica forma permitía romper la censura, y minorías intelectuales leían las obras de Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvecio, de los enciclopedistas, la “Declaración de la Independencia de los Estados Unidos”, redactada por Thomas Jefferson, y la "Declaración de los derechos del hombre y el Ciudadano”, traducida por Antonio Nariño, y con la introducción de la imprenta se publicaron numerosas proclamas políticas condenando al régimen español. Por otra parte, desde la expulsión de los jesuitas, en las Universidades se dio comienzo a un leve cambio substituyéndose en parte las tendencias filosóficas medievales por las doctrinas de Condillac, Newton, Locke y Rousseau, las cuales sacuden las bases del antiguo régimen. Y estas nuevas doctrinas respondieron en el plano ideológico a los anhelos de emancipación económica y política de las nuevas fuerzas sociales de América y a sus aspiraciones de libertad.

Las revoluciones de 1810, entonces, se producen como término de un largo proceso económico donde “la productividad del trabajo del campo y la presión del comercio exterior sobrepasan los límites impuestos por el régimen monopolista, planteando la necesidad histórica de un sistema más apto para su desarrollo”.

El crecimiento de las fuerzas productivas de las colonias chocaba violentamente contra el régimen cerrado y absolutista de la Corona española, provocando una abierta pugna entre la burocracia chapetona, (españoles peninsulares), dominadora del aparato político-administrativo y del monopolio comercial, y la aristocracia criolla, poseedora de la tierra, ganados, industrias adheridas a ella y del comercio intermediario; en una palabra, dueña del poder económico y social y, sin embargo, excluida de la dirección de sus países.

El movimiento de la independencia fue la rebelión de los grandes terratenientes criollos contra el despotismo español, por no favorecer en debida forma sus intereses al no permitir la libre expansión de la producción latifundista y del comercio, para destruir el monopolio colonial e instaurar la libertad económica. La aristocracia y sectores urbanos criollos constituyeron la clase revolucionaria porque tuvieron en sus manos la producción agrícola e industrial y su comercio, que al desarrollarse necesitaron romper las murallas del monopolismo. El incentivo de sus necesidades económicas obligó a la aristocracia terrateniente y a la incipiente burguesía urbana a buscar su emancipación económica por medio de su independencia política.

El carácter económico del movimiento de la independencia está de manifiesto en diversos levantamientos de fines de la Colonia y en distintas representaciones de los hacendados criollos a las autoridades españolas. Precisamente en las Cortes de Cádiz, a mediados de 1811, los diputados americanos insistieron en pedir: igualdad política con la metrópoli, libertad de agricultura, industria y comercio; y supresión de estancos y de preferencias a los españoles en los empleos y cargos públicas.

En nuestro país, las consecuencias lamentables del monopolio fueron señaladas en repetidas ocasiones por criollos previsores como Juan José de Santa Cruz, Miguel de Lastarria, Juan Egaña y Manuel de Salas. Y en el famoso panfleto “Catecismo Político-cristiano”, de José Amor de la Patria, (la investigación

histórica no ha podido descubrir quién se ocultó bajo ese pseudónimo), se dice: “Hemos sido colonos y nuestras provincias han sido colonias y factorías miserables... La Metrópoli ha hecho el comercio de monopolio y ha prohibido que los extranjeros vengan a vender o vengan a comprar a nuestros puertos y que nosotros podamos negociar en los suyos; y con esta prohibición de eterna iniquidad y de eterna injusticia, nos ha reducido a la más espantosa miseria... Todo el plan de la Metrópoli consiste en que no tratemos ni pensemos otra cosa que, en trabajar en las minas, como buenos esclavos y como indios de encomienda que somos en todo sentido, y nos han tratado como tales..."

El ideario demo-burgués respondía a las necesidades de la clase terrateniente criolla, y por eso lo agita pronto como su bandera ideológica. La libre concurrencia en lo económico y la república democrática en lo político, bases del liberalismo burgués, resolvían los conflictos económicos, sociales y políticos del semifeudalismo y del capitalismo primitivos criollos, desplazados de la administración de sus países por la burocracia «peninsular y constreñida en sus posibilidades económicas por el monopolio colonial.

Por otra parte, la independencia, de América se vio favorecida por las necesidades del desarrollo capitalista europeo. Inglaterra iniciaba su gran desarrollo industrial, y lograda la destrucción del imperio francés, desató la lucha por la eliminación del imperio español, porque tenía urgencia de romper el monopolio imperante en América para comerciar libremente a fin de obtener materias primas indispensables para sus industrias y, a la vez, mercados donde colocar sus artículos manufacturados. Inglaterra prestó ayuda financiera, diplomática y, en cierto modo, militar a los revolucionarios americanos. Y algo similar, aunque en menor escala, hizo Estados Unidos.

Una vez triunfante la aristocracia criolla instauró en teoría la república democrática con su pretendida igualdad del hombre ante la ley; pero en la práctica, dicha República quedó reducida a un régimen de privilegios en favor de los terratenientes. La libre concurrencia benefició únicamente a los latifundistas y comerciantes. La oligarquía vencedora no destruyó el latifundio ni liberó a las masas campesinas oprimidas. Por el contrario, afirmó el latifundio y remachó la servidumbre de los trabajadores del campo. La tiranía colonial se sucedió en la autocracia republicana; el virrey o el gobernador en el dictador; el encomendero en el latifundista implacable.

En definitiva, el movimiento de la Independencia consolidó la dominación de los terratenientes, de la Iglesia y de los militares; en esta forma, la república oligárquica, con su fachada democrática formal, ha sido la continuación del régimen colonial despótico. Tan sólo fue desplazada la burocracia real por la aristocracia criolla, pero las instituciones económicas y sociales básicas no experimentaron cambio alguno. Las masas trabajadoras, carne de cañón de, las guerras de la independencia volvieron a la miseria y a la explotación. Los padres de la patria, intérpretes heroicos de las necesidades de su clase, en ningún instante representaron los intereses de las masas explotadas y sojuzgadas. Y si durante algún tiempo la aristocracia toleró experiencias democratizantes de aquellos personeros formados en el ideario de la revolución francesa, o educados en Europa, pronto los aplastó en forma implacable imponiendo su dominio incontrolado.

Al celebrar un nuevo aniversario del movimiento de 1810, podemos comprobar que aún quedan por realizar tareas planteadas en aquella fecha. Y su solución sólo corresponde al actual movimiento popular democrático, en cuyo seno se agrupan las clases trabajadoras con un definido programa revolucionario y socialista, cuya primera etapa supone la eliminación del dominio de la oligarquía plutocrática nacional y de la penetración imperialista, destruyendo sus pilares económicos: el latifundio colonial y la empresa

imperialista. Es la acción denominada por algunos sociólogos la Segunda Independencia Nacional, o sea, yugulación del poder económico de las minorías explotadoras nacionales y emancipación del vasallaje de los monopolios capitalistas internacionales para sacar a la Nación del atraso, la miseria y la expoliación, llevándola hacia una auténtica democracia y una real soberanía nacional.

Dos libros sobre Chile en el siglo pasado

ARAUCO N°1 octubre 1959

Son numerosos los libros de viajeros europeos sobre nuestro país aparecidos en los últimos tiempos. Hemos elegido dos: el de un francés y el de un alemán, donde se suministran interesantes noticias y observaciones sobre la realidad chilena en los albores de la República. El de Julián Mellet: "Viajes por el Interior de la América Meridional", describe sus peregrinaciones por Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Cuba, durante la época de lucha por la Independencia. En 1814 estaba en Chile y presenció la derrota de los patriotas y el restablecimiento del sistema colonial por el victorioso jefe español Mariano Osorio. En cerca de cincuenta páginas describe sus visitas por Santiago, Quillota, Valparaíso, Illapel, Combarbalá, Andacollo, Coquimbo, La Serena, Vallenar y Copiapó. Sus opiniones sobre el país son muy favorables. Alaba su paisaje, la fertilidad de su tierra, la riqueza de sus minas y la cordialidad de su gente.

Al estudiar la lucha por la independencia, nos preguntamos de donde se obtenían recursos para financiarla. La historia responde que del rico mineral de plata de Agua Amarga. Precisamente, Julián Mellet, cuando arriba a San Antonio de Vallenar, una de sus primeras visitas es a esa mina, ubicada a ocho leguas de la ciudad. La describe situada en un cerro muy escarpado, rodeado de cabañas habitadas por tres mil mineros. La hermosura de su metal es tan notable, que sus trozos de. plata "se creerían trabajados por algún escultor". ¿Cómo se encontró el rico mineral? Según Mellet "solamente fue descubierto en 1810, por un esclavo mulato, llamado José María Ríos; él y su mujer eran esclavos de M. Carahu, francés establecido en Coquimbo, y por este feliz descubrimiento encontró los medios de recobrar su libertad: hoy día es extremadamente rico. Personalmente he conocido a M. Carahu, el hombre de quien hablo".

Agua Amarga, como más tarde Arqueros, Chañarcillo, Tres Puntas, etc. financiaron la constitución de la República oligárquica. Desde un punto de vista sociológico, es muy interesante el cuadro trazado por Mellet sobre las costumbres criollas. He aquí los trozos más significativos: ... "es preciso convenir que no hay nada que reprocharles, desde el punto de vista del trabajo y de la industria; poseen todas las artes a la perfección; ¡lástima que sean tan ligeros e inconsecuentes en sus tratos comerciales, especialmente con los extranjeros!; aunque políticos, son de carácter muy afable. Su manera de vivir es muy sencilla; los que no están ocupados en el comercio se levantan muy tarde, lo mismo que las mujeres; quedan en seguida a brazos cruzados hasta que les viene la fantasía de ir a fumar un cigarrillo con sus vecinos. A menudo hay diez a doce en las puertas de una pulpería (especie de almacén donde se vende vino, aguardiente y otros licores, como también telas, ropas y objetos de quincallería). Después de charlar, fumar y hecha la mañana, es decir, bebido aguardiente, montan a caballo y van a dar una vuelta no por el llano, sino por las calles, antes de retirarse a sus casas. Si les viene en ganas, bajan del caballo, se juntan a la compañía que encuentran, charlan dos horas sin decir nada, fuman, toman mate y vuelven a subir a caballo; es muy raro, en general, que un habitante se pasee a pie; se ven en las calles tantos caballos como hombres. La caza abunda en los contornos de la ciudad; pero los habitantes no son cazadores: ese ejercicio los fatigaría mucho... Las mujeres son encantadoras, de muy alegre carácter.

Aunque por naturaleza son hermosas, han adoptado la moda de pintarse, moda que siguen estrictamente, cantan acompañándose muy bien con la guitarra, instrumento que hombres y mujeres tocan con bastante gusto. Son inclinadas al tocado y se visten con elegancia; son amables a pesar de la altivez, que les sienta a maravilla..." Sus elogios de la mujer son repetidos, pero se lamenta de su mala costumbre de beber aguardiente y fumar...

El libro de Paul Treutler: "Andanzas de un alemán en Chile" 1851-1863, traducido por Carlas Keller, es uno de los más notables panoramas sobre nuestro país, en una de sus épocas de mayor actividad y desarrollo.

Paul Treutler describe sus viajes y exploraciones por tres regiones: La provincia de Atacama (en el más desbordante auge con las minas de plata de Tres Puntas), zona de Valdivia (desde aquí realizó cuatro expediciones al interior de la Araucanía y una visita a las tierras de colonización alemanas de Osorno y Llanquihue); y comarcas centrales (Valparaíso, alrededores de Santiago y Constitución, pasando por San Fernando y Talca). Su visión de Chile en esta época, administración de Manuel Montt, es sorprendente y apasionante. Es la descripción vivida, llena de frescura de la realidad cotidiana de Chile en un período de singular progreso. Complementa de manera soberbia, por lo interesante y amena, la obra de los historiadores de aquella etapa. Su descripción de Copiapó y la fiebre de la plata es notable, y con motivo de su contacto con diversos compatriotas de la ciudad entrega datos de gran valor sociológico. Por ejemplo, su narración acerca del origen de la fortuna del fundador del "Imperio Edwards" es sugestiva. Dice: "el señor Wilhelm Schmitt, de Hamburgo, que era contador del primer banquero, llamado don Agustín Edwards, y ganaba $ 10.000.— al año en su cargo por sueldo y participación, me informó los brillantes negocios que aquél hacía. Prestaba dinero a elevados intereses, incluso sumas de consideración, a menudo al 5% mensual, con garantía de las "barras" de las minas, lo que le permitía hacer un magnífico negocio si los pagarés no eran cumplidos en forma puntualísima, pues las "barras", representaban frecuentemente un valor doble o cuádruple de la deuda. De esta manera, el señor Edwards había ganado ya en pocos años más de un millón de dólares y llegado a s.er dueño de valiosas barras. Su fortuna aumentaba ahora en proporciones colosales. En especial, ganaba enormes sumas por la compra de minerales de oro, plata y cobre robados, por los que pagaba, generalmente, la cuarta parte de su valor. Habría ganado de esa manera mucho más si no le hiciera competencia otra casa banquera, la de Ossa y Escobar, que también lograba utilidades de algunos centenares de miles de pesos al año".

¡No es muy limpio el origen de la fortuna de los Edwards!

Son igualmente, de gran interés, sus noticias sobre el mundo araucano, en vísperas de su pacificación por las fuerzas republicanas.

A pesar de sufrir reveses continuos su opinión sobre Chile es muy favorable y halagadora. Aparte de mencionar que pasó años muy felices, lo considera una República modelo, y a su pueblo, el más hospitalario, recomendándolo a los emigrantes alemanes. Destaca el orden de su vida política, su seguridad, su magnífico clima, sus riquezas mineras y sus terrenos aptos para cultivos agrícolas. Está convencido que quienes se establezcan en Chile encontrarán en él su segunda patria y su felicidad.

EL CAMINO YUGOSLAVO

ARAUCO N°2 noviembre 1959

Recientemente apareció esta obra fundamental para la literatura socialista. Es el “Programa de la Liga de los Comunistas” de Yugoslavia aprobado en su Vil Congreso realizado en la ciudad de Liubliana. Su texto corresponde a la versión francesa traducida en forma irreprochable por el profesor, periodista y abogado Armando Jobet B. de larga permanencia en Europa.

La obra consta de una introducción y diez capítulos: I. Las relaciones sociales, económicas y políticas en el mundo contemporáneo; II. La lucha del socialismo en las nuevas condiciones; III Las relaciones políticas internacionales y la política exterior de Yugoslavia socialista; IV. La revolución socialista en Yugoslavia; V. Los fundamentos económicos y políticos de la edificación del socialismo en Yugoslavia; VI La organización social y económica; VII El sistema político del poder del pueblo trabajador: VIII La Federación y las relaciones entre los pueblos de Yugoslavia; IX. La política social y cultural; X. El papel social y los fundamentos ideológicos de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia.

El examen de la obra permite afirmar que es la más lograda manifestación teórica y política de la vía yugoslava hacia el socialismo. En sus páginas se advierte una adhesión firme y consecuente a los principios del socialismo, enriquecidos y ensanchados por las conquistas democráticas de la revolución yugoslava durante la guerra contra el invasor fascista y acrecentadas en su rica practica en la construcción de un régimen socialista, el cual después de eliminar la influencia de la experiencia soviética, o sea, el régimen burocrático de administración centralizada, se encaminó hacia un nuevo periodo, donde se fundamentó un sistema de democracia directa, a través de la creación de relaciones de igualdad y de los derechos de todos los ciudadanos a participar en las decisiones en los diversos dominios de la vida social, por medio de los consejos obreros y de una planificación técnica. Con respecto a esta experiencia, Edward Kardelj ha escrito; "La dirección del movimiento socialista y de sus leyes fundamentales son idénticas en todos los países, pero las formas concretas en las que se opera tal proceso pueden ser y serán inevitablemente muy diversas. Precisamente en ello pensamos cuando hablamos de diferentes vías hacia el socialismo’’.

Según los socialistas yugoslavos, “El Manifiesto Comunista” llevó a cabo la más honda crítica del régimen capitalista y a la vez, anunció la creación de una sociedad nueva: “La Comuna de París trató de realizar la primera dictadura del proletariado; y la gran “Revolución Socialista de Octubre" inauguró la era del paso del capitalismo al socialismo. A partir de este magno acontecimiento vivimos en la época de la desaparición del sistema capitalista y del nacimiento de una sociedad socialista, en medio de terribles luchas y contradicciones. El principal motor del desarrollo socialista es la clase trabajadora; su acción revolucionaria y su presión sobre la sociedad capitalista constituyen los rasgos más característicos de la época actual. El papel jugado por Yugoslavia popular en esta etapa es de innegable trascendencia. Su régimen nació y creció en una cruenta guerra de liberación nacional y, al mismo tiempo, en una profunda revolución social. Su trayectoria posee un interés fascinante y el "Programa de la Liga de los Comunistas” da forma teórica a sus principales experiencias en la edificación del poder revolucionario de las clases trabajadoras, en la modificación de la base económica y en el desarrollo de las relaciones socialistas. EL CAMINO YUGOSLAVO es un libro serio, escrito en un elevado tono teórico e ideológico. No se pierde en detalles inútiles ni se rebaja a lanzar ataques torpes, con abuso de adjetivos huecos, como lo hace determinada propaganda. Su estilo es sencillo y claro: su espíritu alto y sereno. En este sentido supone una notable expresión de la lucha de ideas, verificada en un nivel de gran dignidad y con profunda

responsabilidad. Su contenido traduce fielmente las experiencias originadas por el avance de la edificación del socialismo en Yugoslavia. Por tal razón significa un factor de progreso teórico y político al reaccionar contra las deformaciones causantes de un verdadero estancamiento del pensamiento socialista en los años recientes. Su aspiración reiterada es la de formular teóricamente, mediante un legítimo análisis marxista, las leyes generales del proceso revolucionario mundial y del carácter específico de sus formas en Yugoslavia, con un espíritu amplio y dinámico. En ningún instante toma el carácter de una recopilación de dogmas y verdades definitivas, por cuanto solo pretende abrir ante los trabajadores las más anchas perspectivas de la edificación socialista y contribuir a eliminar los resabios del esquematismo y del dogmatismo, así como la influencia de la ideología burguesa. Trata de ayudar y aclarar el estudio de los problemas del progreso y del desarrollo del Socialismo.

En su esencia, el "Programa de la Liga de los Comunistas" traduce una interpretación dialéctica de la realidad de un mundo en rápido avance y desenvolvimiento. Un pensamiento revolucionario vivo debe reflejar ese movimiento si quiere ser un factor de progreso social. Y es ¡o que hace el programa en forma correcta, rechazando las concepciones dogmáticas y defendiendo la lucha de ideas.

Ante la división del movimiento obrero, por causas sociales objetivas, el Programa no SJ hace la vana ilusión de eliminarla, pero plantea la lucha por la unidad y la colaboración mediante los procedimientos favorables a la paz y al progreso social, sin renunciar a la lucha ideológica y a la crítica del oportunismo y del revisionismo. Y toda colaboración debe descansar sobre el libre consentimiento y la igualdad de derechos y sobre el reconocimiento a cada partido de su plena soberanía para juzgar en lo ideológico y en lo táctico las diversas acciones.

En El Programa, según Edvard Kardelj, “la democracia socialista no parte de principios abstractos de humanismo y libertad, aunque sean estas las características esenciales. Es evidente que nos encontraríamos sobre posiciones de moralistas impotentes y sembradores de ilusiones, si no considerásemos las formas democráticas más que a través del prisma de las relaciones reales de las fuerzas sociales antagónicas. La edificación de la democracia socialista está, pues, estrechamente ligada a la lucha contra los restos del viejo sistema, tanto de los que pueden ser o convertirse en factores políticos y sociales serios, al igual que contra las diversas formas de burocratismo de estatismo y de tecnocracia que tiendan a entorpecer el progreso socialista

En el Programa se destaca con precisión, tanto la necesidad del Estado como instrumento social socialista en el periodo de transición como la necesidad de su desaparición; durante largo tiempo, el Estado era un instrumento indispensable para ordenar diversos problemas, pero, al mismo tiempo, es reemplazado cada vez más por varias formas de gestión social en la base. En este aspecto, además, el Programa destaca la importancia de la función de los consejos obreros y de las formas en los procesos dirigidos a hacer de la comuna y de toda la sociedad una asociación de productores libres.

La lectura de esta obra: EL CAMINO YUGOSLAVO, es indispensable para conocer a fondo la grandiosa experiencia revolucionaria de Yugoslavia. La creación de su sistema socialista cada vez más dinámico y democrático; su amplio desarrollo económico, según las estadísticas de las Naciones Unidas el de más alto ritmo en Europa, incluidas la URSS, Polonia y Checoslovaquia; y su política internacional de coexistencia pacífica y activa, ratifican de manera irrefutable el éxito creciente de la edificación socialista yugoslava y demuestran la superioridad indiscutible de la vía independiente y soberana hacia el

socialismo, cuyas bases teóricas y programáticas se encuentran en este soberbio documento: 'EL CAMINO YUGOSLAVO".

Estudios Históricos sobre el Movimiento Social Obrero de Chile

ARAUCO N°3 diciembre 1959

I

La investigación histórica en Chile recibió su impulso inicial a raíz de la fundación de la Universidad. En su ley orgánica, del 19 de noviembre de 1842, el artículo 28 dice, al referirse a la ceremonia anual: "se pronunciará un discurso sobre algunos de los hechos más señalados de la historia de Chile, apoyando los pormenores históricos en documentos auténticos y desenvolviendo su carácter y consecuencia con imparcialidad y verdad".

En cumplimiento del artículo citado, la primera memoria histórica, a cargo de José Victorino Lastarria, fue leída el 22 de septiembre de 1844, algún tiempo después de la llegada al país de las primeras entregas de la obra de Claudio Gay. Tanto Lastarria como Gay no eran historiadores profesionales. El primero, abogado distinguido, se señaló siempre en calidad de ideólogo, político y literato; el segundo, sabio francés, se improvisó historiador por imposición del contrato celebrado con el gobierno chileno para investigar la realidad natural y política del país.

La obra de Lastarria: "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", es el ensayo de un escritor inclinado a las especulaciones doctrinales, de un espíritu filosófico. No investiga hechos para presentarlos en forma ordenada y sistemática con el fin de entregar una reconstrucción objetiva del pasado; prefiere verificar consideraciones generales, caracterizando el régimen colonial español a la luz de la filosofía liberal. Según ésta, la conquista fue una empresa cruel, movida por un despiadado afán de lucro, a costa del sometimiento bárbaro de los aborígenes y de la instauración de un sistema absolutista, atrasado y reaccionario, por eso, la herencia dejada por la Colonia a los pueblos de Latinoamérica fue el despotismo. Según Lastarria, después de la independencia, "cayó el despotismo de los reyes y quedó en pie, y con todo vigor, el despotismo del pasado".

La obra de Gay: "Historia física y política de Chile", (impresa en París, empezó a aparecer desde 1844), utilizó el sistema narrativo, según el cual los sucesos se relatan minuciosamente, después de una investigación documental vasta y de una convincente crítica de las fuentes, sin emitir juicios interpretativos.

La aparición de la memoria indicada de Lastarria, y de otra, en 1847; y de los volúmenes de Gay, entre 1844 y 1849, desató una polémica de vastos alcances sobre la manera de escribir la historia. En ella triunfó la concepción narrativa-erudita, dirigida hacia la investigación de los hechos políticos, militares y diplomáticos. Desde entonces se fijó la orientación característica de toda la historiografía nacional.

El árbitro encargado de examinar ambas obras y sus métodos correspondientes fue Andrés Bello, polígrafo de sólida formación científica y literaria, obtenida en fuentes americanas y europeas (larga permanencia en Inglaterra) y de juicio sensato y realista.

Andrés Bello, desde las columnas de "El Araucano", aplaudió el esfuerzo de Lastarria y alabó su estilo correcto y vigoroso, pero esquivó pronunciarse sobre sus ideas expuestas en lo referente a la aplicación

de una filosofía de la historia. Se demostró reservado en sus conclusiones, porque le parecía prematuro lanzarse en el camino escogido por el joven Lastarria. En cambio, criticó en dos largos artículos el tomo I de la obra de Gay, elogiando su sistema narrativo y su respaldo documental. Bello consagró la obra y el método de Gay y lo transformó en el precursor de la historiografía nacional.

A partir de 1845 se suceden los volúmenes de Gay y las memorias históricas universitarias (Diego José Benavente: "Memoria sobre las primeras campañas de la independencia de Chile"; Antonio García Reyes: "La primera escuadra nacional"; Manuel Antonio Tocornal: "El primer gobierno nacional", etc.).

En el año de 1847 se produjo la amplia polémica sobre la manera de entender la historia, enfrentándose las dos concepciones delineadas con motivo de la publicación de la obra de Gay, dentro del llamado sistema "adnarran-dum"; y de la memoria de Lastarria, encauzada por los senderos de la filosofía de la historia, según el sistema "ad-probiandum". La polémica se desató a raíz de la aparición de un nuevo trabajo de Lastarria, y en ella se definió en su contra, de manera categórica, Andrés Bello.

La Universidad de Chile abrió un concurso para establecer el desenvolvimiento constitucional durante la Patria Vieja. Se presentó Lastarria con su trabajo: "Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la revolución desde 1810 hasta 1814", y obtuvo el premio. Leyó su trabajo en sesión de la Universidad y lo publicó en un volumen, con un prólogo de Jacinto Chacón. Aquí comenta el informe de Antonio Varas y Antonio García Reyes, en donde expresaban que habrían preferido una crónica de los hechos históricos generadores del movimiento constitucional y no unas apreciaciones filosóficas y jurídicas. Chacón los refuta y se inclina por la conveniencia de elevar el tono de la historia a las consideraciones de la filosofía para desprender lecciones sobre la realidad de la época y llegar a conclusiones determinadas. Ante esta definición beligerante y precisa, Andrés Bello, en dos largos artículos: "Modo de escribir la Historia" y "Modo de estudiar la Historia", (en "El Araucano", 1847), defendió con sólidos argumentos la necesidad de aplicar el método narrativo después de una búsqueda escrupulosa de la documentación respectiva y de la más completa investigación de los hechos. O sea, ante todo, era menester un trabajo de erudición y de narración. Para Bello, resultaba imposible en la situación de la época, aplicar correctamente una filosofía de la historia a la historia casi desconocida del país, pues sus fuentes documentales ni siquiera se empezaban a ordenar. Jacinto Chacón respondió con un largo artículo: "Cuestión sobre la ciencia histórica", (25 y 28 de enero de 1848, en "El Progreso", diario santiaguino), insistiendo en sus puntos de vista filosóficos. Lastarria, el causante de la polémica, no intervino y sólo más tarde, en sus "Recuerdos Literarios", se refirió a ella.

En la polémica anotada se impuso el criterio ponderado de Bello y, por su intermedio, el método de Claudio Gay. Así Gay y Bello formaron una escuela histórica, cuyas características perduran hasta el presente: probidad científica en la investigación documental; erudición agobiadora; minuciosidad narrativa; desinterés por todo lo relacionado con las clases humildes; predilección por los sucesos políticos; reducción de la historia a las clases privilegiadas y a sus "grandes hombres"; carencia de toda limitación sintética e interpretativa.

La historiografía chilena realizada por hombres de la clase aristocrática, o asimilados a ella, excluirá de sus investigaciones y desvelos a los sectores populares, por no asignarle ningún "papel histórico". La historiografía chilena es esencialmente, aristocrática, política, militar y diplomática. No da importancia, o subestima, al estudio de las formas de existencia, de la estructura económica de las clases sociales e intereses respectivos, para dedicar todo su esfuerzo a las contiendas políticas e ideológicas y a la acción

de las “personalidades”, desligadas de la realidad económica y social de la época. La oposición entre los historiadores liberales y conservadores únicamente se reduce a diferencias de carácter filosófico, sobre todo en relación con la actividad de la Iglesia Católica.

Los grandes historiadores clásicos chilenos se formaron en la tradición Gay-Bello y sus nombres más representativos acreditan una erudición gigantesca, como en Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui (espíritu de gran finura analítica), Benjamín Vicuña Mackenna (dotado de imaginación poderosa) y José Toribio Medina. El gran historiador actual, Francisco A. Encina, ha querido superar la fría erudición, (aunque utilizando lo ya realizado por Barros Arana y Medina) para reconstruir e interpretar el pasado de acuerdo con una concepción genética, entendida como una exposición animada de los fenómenos y de las acciones, según su poderosa intuición, (afirma poseerla en un grado descomunal), cayendo, a menudo, en la fantasía y en la arbitrariedad, y dirigida hacia una interpretación reaccionaria, un tanto racista y aristocratizantes.

Con respecto a la historiografía chilena, se puede reproducir este juicio del escritor argentino Enrique del Valle Iberlucea: “Hasta ahora hemos hecho en la República la historia de los héroes y de los grandes personajes; pero es necesario que en adelante procuremos escribir su historia científica y sólo lo conseguiremos cuando empleemos el método señalado por el materialismo histórico: es posible que con ese sistema reduzcamos la magnitud de ciertos cuadros y de ciertos hombres; pero en cambio aparecerá con más relieve una entidad común que hizo la Revolución y creará la grandeza de la República: el PUEBLO”.

II

En virtud de las razones señaladas, en las obras capitales de la historiografía chilena no se encuentran datos importantes ni noticias sistemáticas sobre la formación y desarrollo de la clase obrera y de su movimiento social, político e ideológico. Solo existen monografías parciales realizadas por militantes o estudiosos ocasionales, pero no por historiadores de preparación adecuada y con la amplitud de miras requerida por una investigación de tal especie. A ese tipo de trabajos pertenecen algunos de Oscar Álvarez Andrews, Moisés Poblete Troncoso (“La organización sindical en Chile y otros estudios sociales”); Jorge Gustavo Silva (“Nuestra evolución político-social”), y de Aristodemo Escobar Zenteno, (“Compendio de legislación social y desarrollo del movimiento obrero”).

Por mi parte, desde mis comienzos en el movimiento socialista, me propuse llevar a cabo una investigación amplia con el decidido anhelo de publicar una obra de conjunto sobre esta fascinante materia. Las dificultades de la vida profesional, del periodismo militante y de la actividad en el seno de la organización partidaria, me impidieron realizar mi propósito y todo lo que he podido realizar se limita a la publicación de cuatro libros medianos. Mis trabajos: “Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad”, “Recabarren y los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chilenos”, “Los precursores del pensamiento social en Chile” y “Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile”, con todas las deficiencias posibles, constituyen un intento dirigido a llenar en parte el vacío apuntado en la historiografía nacional.

Además, en la época de ascenso del movimiento obrero, numerosos estudiantes de Historia, del Instituto Pedagógico y de Derecho, de la Universidad de Chile, han terminado sus estudios redactando memorias sobre aspectos del desarrollo económico, de la evolución social y de las condiciones de vida y luchas de la clase trabajadora, machas de las cuales poseen una gran calidad investigativa y científica.

Desgraciadamente, permanecen inéditas en su casi totalidad. La de Tulio Lagos Valenzuela: “Bosquejo histórico del movimiento obrero chileno”, es característica.

Respecto de este punto, he tratado siempre de interesar a los estudiantes inclinados a las investigaciones históricas e ideológicas en los temas de la evolución económica y social del país. Uno de estos buenos estudiantes, Jorge Barría, excedió con creces mis esperanzas al redactar dos hermosas monografías sobre “Los movimientos sociales de principios del siglo XX”. Analizó, de manera profunda los lapsos de 1900 a 1910 y de 1911 a 1926, titulándose de Profesor de Historia y de Abogado. Pronto aparecerán refundidas en un denso y magistral volumen.

La obra de Jorge Barría supone un cuadro completo de nuestra evolución a lo largo de un cuarto de siglo dramático. Las principales actividades económicas; las condiciones socioeconómicas de los trabajadores; su organización sindical y política; sus tendencias, publicaciones y dirigentes; las grandes huelgas, petitorios, represiones y persecuciones; la actitud de los partidos políticos de la época frente a la clase obrera y ante la “cuestión social”, se enfocan con erudita pluma y amplia comprensión.

En esta obra se expone, en forma magistral, el drama cotidiano del trabajador en la pampa salitrera, en el pique carbonífero, en los puertos, en las vías férreas, en el taller, en la oficina, en el mostrador y en el campo; de la misma manera, examina sus organismos de lucha: gremios, mancomunales, sociedades de resistencia, asociaciones de socorros mutuos, prensa, memoriales reivindicativos, convenciones y grupos políticos; entrega una visión dramática de las manifestaciones de protesta, de las quejas y peticiones, de las huelgas y mítines, donde la clase obrera expresa sus aspiraciones y afina su conciencia de clase; traza la semblanza de innumerables dirigentes intrépidos y apostólicos: Alejandro Escobar Carvallo, Abdón Díaz, Gregorio Trincado, Luis Olea, Luis Emilio Recabarren... Gigantescas huelgas y crueles represiones jalonan su ruta, desde los primeros movimientos violentos en Valparaíso, Santiago, Antofagasta e Iquique, a comienzos de siglo, hasta Lota, Magallanes, San Gregorio y La Coruña, en 1920-25.

En la obra de Barría se reconstruye con seriedad y afecto, la vida múltiple, dolorosa y heroica del proletariado chileno en la época de su organización y ascenso.

III

En cuanto a las grandes y venerables figuras del movimiento obrero, he mantenido relaciones con varios de los más brillantes dirigentes y al escuchar sus fascinantes recuerdos les he insistido en la conveniencia de publicarlos en forma ordenada, como un aporte a la historia fidedigna de las luchas y de la organización de la clase obrera. Entre estos combatientes, Augusto Pinto, hombre de mucha cultura e ingenio, miembro de la primera colonia tolstoyana, (fundada por Alejandro Escobar Carvallo y a la cual pertenecieron tres obreros franceses; Benito Rebolledo Correa, reciente Premio Nacional de Arte, y otros), escritor bien dotado, dirigente anarquista, de la I.W.W visitante de Francia, y uno de los fundadores del P.S. en 1933, inició la redacción de sus notables actividades, pero cayó enfermo de gravedad e interrumpió su tarea apenas comenzada. A Manuel Hidalgo, primer regidor socialista de Chile, dirigente del P.O.S. junto a Luis Emilio Recabarren; del P.C., más tarde caudillo de la “Izquierda Comunista”, miembro del P.S., en cuyas filas se destacó como Senador, Ministro de Estado y Embajador, le he reiterado igual petición. Por la nutrida vida política, sus ardorosas polémicas, su cultura y espíritu batallador, las memorias de Hidalgo resultarían magníficas, máxime cuando me ha afirmado poseer un archivo riquísimo. Una obra suya significaría una contribución fundamental a la historia del movimiento popular chileno.

El más antiguo de los dirigentes obreros chilenos es Alejandro Escobar Carvallo, (el 27 de Febrero cumple 83 años de edad), con quien logré ponerme en contacto sólo el 16 de Diciembre de 1958, visitándolo en Compañía de Augusto Pinto y de Alejandro Gallegos. Desde esa fecha lo veo regularmente. La revista Occidente lleva publicados tres capítulos de unos interesantísimos apuntes históricos suyos sobre el "nacimiento del socialismo en Chile". En el capítulo I, "Chile a fines del siglo XIX", presenta un cuadro animado de la realidad económica, social y política en el decenio final del siglo XIX. En el capítulo II, "Inquietudes políticas y gremiales a comienzos del siglo", recuerda la fundación de la "Unión Socialista" los periódicos populares, las sociedades de resistencia y la gran huelga de 1903, en Valparaíso. El capítulo III, "La agitación social en Santiago, Antofagasta e Iquique", describe las grandes huelgas y sangrientas represiones de los años 1905 a 1907.

El capítulo "La organización política de la clase obrera a comienzos del siglo", es un estudio del Partido Demócrata, y del Partido Socialista, fundado en 1911, casi un año antes del Partido Obrero Socialista, de Recabarren; y el capítulo último trata del movimiento intelectual y de educación socialista en el seno de la clase obrera a comienzos del siglo.

El año 1956 salió la obra del profesor Hernán Ramírez N.: "Historia del movimiento obrero en Chile". Rastrea desde los más remotos antecedentes de la constitución de la clase obrera hasta fines del siglo pasado, cuando se estructuran diversos grupos socialistas y anarquistas, reveladores de una naciente conciencia de clase. Sin duda, la obra del profesor Ramírez es valiosa, y en ella se ha esforzado por mantener un tono objetivo y ponderado, sin caer en esa cansadora manía de citar los penates tutelares, como le ocurre con frecuencia a sus colegas de ideología Lo único reprensible es su método de excluir a los socialistas de su bibliografía. Registra varias memorias de prueba de alumnos del Instituto Pedagógico sobre los temas tratados en su libro, y largamente aprovechadas, pero no menciona a Osvaldo Arias, autor de "La prensa obrera en Chile", ni a Barría, a pesar de la calidad de sus investigaciones. Tampoco menciona a los escritores que le son desafectos. Así, anota, de paso, al autor de unos "ensayos dialécticos", sin dar su nombre ni el de su obra, y, no obstante, Marcelo Segall y su "Desarrollo del capitalismo en Chile" le han suministrado muchos datos de interés y numerosas orientaciones marxistas. Tampoco cita mi libro "Santiago Arcos Arlegui", a pesar de aludir a quienes equivocadamente según su opinión, lo han calificado de socialista utopista (el subtítulo de mi ensayo es: "Un socialista utopista chileno"). Ese libro posee el humildísimo mérito de ser el primer trabajo de conjunto sobre la actividad e ideología del curioso personaje y su creación, la Sociedad de la Igualdad. Ahora poseemos una nueva y atrayente biografía suya: la de Gabriel Sanhueza.

Lo curioso a destacar es el hecho de carecer Recabarren de una amplia y completa biografía chilena, no obstante, su profunda gravitación e influencia. El mejor trabajo de conjunto realizado sobre su personalidad y su acción lo ha llevado a cabo una investigadora norteamericana: S. FANNY SIMON, en su obra "LUIS EMILIO RECABARREN AND THE LABOR MOVEMENT OF CHILE". El trabajo está por aparecer en los Estados Unidos. Su autora permaneció largo tiempo becada en nuestro país, revisando con minuciosidad sajona todo lo vinculado con la figura de Recabarren. Se relacionó con sus familiares, y de ellos conoció datos íntimos de la vida doméstica, cotidiana, del gran líder; obtuvo numerosos documentos inéditos guardados por ellos (cartas, recortes, manuscritos, folletos, fotografías, etc.); investigó la prensa de la época, los debates del Congreso Nacional, las distintas obras impresas, las encuestas y estadísticas oficiales; leyes, folletos. Y todo este inmenso material lo elaboró en un volumen sólido, equilibrado y justo. Comprende 337 páginas de texto y 25 de biografía apretada. En once capítulos analiza detenidamente la realidad económica, social y política de Chile en la época de la niñez y

juventud de Recabarren (desde 1870 a 1891); describe los comienzos de la organización sindical y política de la clase obrera nacional (mutuales, mancomunales, sociedades de resistencia, condiciones de trabajo, política del Partido Demócrata); detalla los antecedentes (grupos socialistas de fines del siglo) y la constitución del Partido Obrero Socialista (1912) y de la Federación Obrera de Chile; enfoca con amplitud el turbulento movimiento social y político de 1920, el "año de los subversivos"; explica la manera cómo el comunismo llegó y se estructuró en el país; examina la obra de legislador de Recabarren en la Cámara de Diputados (1921-1924); expone los contornos de la crisis social de 1924-25, cuando se produjo el inesperado suicidio del gran dirigente; sintetiza su legado ideológico, político y sindical y finaliza con un substancioso capítulo dedicado al movimiento obrero posterior a Recabarren desde 1925 a 1957.

Entre los muchos documentos inéditos utilizados por S. Fanny Simón, menciona un discurso manuscrito de Recabarren, de 9 de noviembre de 1902, donde estampa esta confesión; "Con 26 años cumplidos, no me encontraba capaz de hacer discursos improvisados". Nos permite comprender algo muy propio del gran líder; su ejemplar constancia y laboriosidad para cultivarse y perfeccionarse; su lento ascenso hacia la cultura y el dominio de la palabra escrita y hablada. F. Simón da cuenta, además, de un diario inédito, con recortes y comentarios, donde suministra muchos detalles sobre sus actividades en Tocopilla, en los primeros años del presente siglo. Este diario se encuentra en poder de Teresa Flores, la compañera de don Reca. Fanny Simón frecuentó a distintos colaboradores de Recabarren, quienes le facilitaron diversos papeles de valor y también, visitó a dirigentes anarquistas de aquellos años. Alejandro Escobar Carvallo, quizás el más importante, le prestó una copia de su trabajo acerca del "nacimiento del socialismo en Chile".

Fanny Simón analiza el pensamiento de Recabarren basándose en sus folletos "El Pensamiento y la acción", de 1911; "Socialismo", de 1912, y "Si triunfa el socialismo", cuyo manuscrito, de su puño y letra, consultó la autora. A través de su examen traza algunas sobrias consideraciones en torno a sus ideas, y con este motivo estudia la actitud del Partido Comunista frente a las posiciones de Recabarren. Verifica un buen análisis de las tornadizas tesis del P.C. a partir de 1926, cuando fue llamado a bolchevizarse, es decir, a someterse al Kremlin, y a abandonar el bagaje ideológico de Recabarren, quien, por no haber ido más allá de "la democracia burguesa", constituía un "lastre" para la penetración en el P.C. de Chile del "marxismo-leninismo-estalinismo..."

Asimismo, enfoca su polémica con Alejandro Escobar Carvallo, a través de la cual precisó sus puntos de vista frente a la violencia, al anarquismo y la esterilidad de las luchas intestinas en el movimiento obrero.

El legado de Recabarren por sobre todo, reside en su lucha incansable para organizar al proletariado y darle conciencia de sus derechos y responsabilidades; en su labor práctica de estructuración sindical y política; en la creación de la prensa obrera y su afán de educar y elevar a sus compañeros de trabajo; en su profunda honestidad personal, hecha de abnegación y desinterés. Y su legado, en cuanto a las ideas, se sintetiza en su adhesión sincera al programa socialista y democrático, opuesto de manera irreductible a todas las formas de tiranía. Era su creencia sincera la de que todas las posiciones y luchas políticas caben en la democracia.

Desde todo punto de vista, el libro de S. Fanny Simón es de extraordinario mérito, y será traducido al español y publicado en nuestro país.

HAROLD J. LASKI, PENSADOR SOCIALISTA

ARAUCO N°5 marzo 1960

I

El 24 de marzo de 1950 murió Harold J. Laski, uno de los filósofos políticos de mayor categoría de los últimos decenios. Dejó numerosas obras de gran originalidad y vigoroso pensamiento. Su influencia en el Partido Laborista, del cual era afiliado y en el seno del socialismo europeo, alcanzó extraordinaria profundidad.

Harold J. Laski nació en Manchester, en el corazón industrial de Inglaterra, en 1893. Falleció en plena madurez intelectual, antes de cumplir los 57 años. Ocupaba un cargo docente en la Universidad de Londres y un puesto dirigente en el Partido Laborista. Desde joven consagró su vida a la búsqueda de la verdad y a la lucha por la causa de la libertad, destacándose en la doble condición de pensador de relieve y hombre de acción. Sus numerosas obras, todas de gran calidad conceptual, redactadas en un estilo brillante, se han traducido a los diversos idiomas. El tratado “The state in theory and practice”, salido a luz en 1935, lo consagró como a uno de los más lúcidos y clarividentes filósofos políticos de Inglaterra.

En castellano, en las editoriales españolas, mexicanas y argentinas, se encuentran incorporadas, y con gran aceptación, sus obras siguientes: “Los peligros de la obediencia y otros ensayos”; “El Comunismo” (en la selecta Colección Labor, y donde analiza y esclarece el conjunto de las doctrinas de Marx- Engels, y su desarrollo posterior, en especial en Rusia); “El pensamiento político en Inglaterra desde Locke a Bentham”; “La autoridad en el Estado moderno”; “La tradición socialista en la Revolución Francesa”; “Karl Marx”; “El liberalismo europeo”; “La democracia en crisis”; “Una introducción a la Política”; “Una gramática de la Política”; “El Estado en la teoría y en la práctica”; “El gobierno parlamentario en Inglaterra”; “El peligro de ser gentleman y otros ensayos”; “El sistema presidencial americano”; “Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo”; “Fe, razón y civilización” y “Los sindicatos en la nueva sociedad”.

La aparición sucesiva de los libros indicados acrecentó en forma ininterrumpida su fama de publicista erudito, dinámico y atrayente. En todas ellas se demostraba un analista agudo, novedoso y alerta. En sus producciones se encuentran sugestivas consideraciones, críticas oportunas y nuevas orientaciones de gran penetración, enmarcadas en una concepción democrática renovada, sólida, abierta al perfeccionamiento y al progreso.

Harold J. Laski es un gran pensador. En su obra se advierte una curiosa armonía entre la fe liberal y una honda visión marxista. Comprendió como pocos el valor del método marxista para el análisis de la sociedad capitalista y abarcó y señaló la importancia de los grandes movimientos sociales detrás de la política de emergencia de este o aquel gobierno. Al mismo tiempo puso de relieve el enorme valor de la democracia, y el fundamento de su fe democrática era una adhesión inconmovible a los beneficios de la libertad dentro de un clima de tolerancia.

II

En una declaración famosa proclamó su adhesión al marxismo. Los párrafos principales de ese documento expresan: “Para mí la condición esencial de toda filosofía social es que pueda explicar convenientemente la naturaleza del mecanismo que rige la vida de los Estados y el ejercicio del poder en el presente, pasado y porvenir. De todas las filosofías sociales existentes, el marxismo es la única que

llena esta condición, porque es: 1° La filosofía de la historia más completa que conozco. 2° La teoría del poder más adecuada a la realidad. 3° La interpretación de la vida social y política que corresponde más exactamente a la evolución "real", comprobada desde hace casi un siglo...Nunca haré bastante hincapié hasta qué punto el materialismo histórico del marxismo me ha ayudado a comprender la naturaleza de los movimientos políticos-sociales que caracterizan a nuestra época. La decadencia de la tolerancia; el temor de los descubrimientos científicos; el asalto a la democracia; la desvalorización; el "libre cambio", sobre todo en Inglaterra; la guerra a los mercados exteriores; el resurgimiento del militarismo; el advenimiento brutal de los regímenes basados en teorías raciales fútiles y en la ignorancia; el hundimiento de los valores culturales tradicionales, todos esos factores que caracterizan nuestra época encuentran, en mi concepto, su explicación en los principios establecidos por el marxismo cómo filosofía de la historia... Repito: ninguna otra filosofía social puede explicar mejor e interpretar esos fenómenos que caracterizan a la historia contemporánea de Inglaterra, como el marxismo, en todo caso, es muy probable qué, si en los próximos años el Partido Laborista se inclina más a las tendencias reformistas y se niega a basar su actividad en principios marxistas, sufrirá el mismo desastre que los socialdemócratas de algunos países. Sin embargo, no puedo adherirme al Partido Comunista, porque sus principios dogmáticos me parecen demasiado estrechos, demasiado rígidos. Por otra parte, me parece que la estrategia que practica, o que ha practicado, ha sido el origen de errores graves derivados, precisamente de esta base dogmática. El mismo Marx, decía que nunca había sido marxista. Si es indispensable como objeto final de la línea de conducta de la Tercera Internacional, no me consideraría adepto de Marx. Pero me parece imposible no estar con él cuando se está persuadido de que la realización de una sociedad sin clases no es factible sino por los métodos y las razones indicadas por Karl Marx. Con su ayuda he llegado a comprender el mundo en que vivo. Sin ella, creería ser un prisionero desamparado en medio de una sociedad incomprensible".

III

Su razón de ser marxista fluía de una interpretación científica del pensamiento de Marx-Engels, ajena a cualquier dogmatismo de partido, secta o gobierno. Y en este sentido su comprensión del marxismo le llevó a denunciar toda opresión y todo privilegio. Creía en la Humanidad y poseía un profundo convencimiento de que llegaría el día de una sociedad sin clases, donde el pueblo soberano reemplazaría los conflictos por la cooperación, la ignorancia por el conocimiento, y la miseria por el bienestar y la belleza.

En sus diversas obras está patente su devoción democrática, su adhesión a la causa de los trabajadores, su apego a la libertad y a la tolerante discusión de los asuntos; y su fervorosa creencia que sólo en la paz pueden lograrse resultados duraderos y fecundos para él progreso humano.

¿Cuál era su concepto de la libertad? Partiendo del aforismo de Marx, que la libertad es el reconocimiento de la necesidad, Laski escribe: "La esencia de la libertad, dado el esquema o estructura de la necesidad dentro de la cual cada uno de nosotros debe descubrirla, ha de buscarse, a mi juicio, en lo que he denominado el sentimiento de la ininterrumpida iniciativa, en la convicción de que cada uno de nosotros cuenta o se considera como un fin, y que aunque nos hallemos comprometidos en una finalidad social que trasciende nuestro fin individual, podemos contribuir a la definición de aquél con algo que es propiamente nuestro. En resumen, la libertad es el conocimiento de que cada uno de nosotros cuenta, al mismo tiempo, como fin y como instrumento, de que hay amplio espacio en la sociedad que nos permite hacer nuestras propias decisiones, experimentar con nosotros mismos,

ponernos a prueba de acuerdo con nuestras inclinaciones. Así que nuestra libertad nace de una sensación de un espacio horizonte que podemos escudriñar, de abiertas oportunidades y ocasiones en las que podemos encontrar una cierta significación: a nuestra vida. Un hombre es libre en la sociedad, cuando el funcionamiento de sus instituciones le da aquel tono de esperanza creadora que le espolea a llevar a cabo una finalidad en la que encuentra sentido y euforia".

La libertad, tal como la entiende Laski, exige la organización de una sociedad nueva donde se elimine la propiedad privada de los medios de producción y donde el trabajo deje de ser una mercancía reemplazándose la economía de la escasez por la economía de la abundancia. Únicamente una medida de esta especie puede liberar a los hombres del miedo de la necesidad y de la inseguridad, dejándolos en libertad de consagrarse a fines distintos de los que en la sociedad capitalista estropean su personalidad.

En la sociedad capitalista actual, la libertad en vigencia es, en gran parte, negativa e ilusoria, porque está engastada en la idea de la propiedad privada de los medios de producción. Por lo tanto, debe en lo fundamental asegurar el poder de los propietarios y poner a salvo sus derechos de todo riesgo, pues en caso contrario dejaría de ser una democracia capitalista. En esta su lema continúa siendo el del filósofo S. T. Coleridge: "gobierno bueno es aquél en que la propiedad está segura... El gobierno mejor es el que, en medida exacta, hace el poder del hombre proporcional a su propiedad". O sea, para la democracia capitalista es más importante salvaguardar los derechos de la propiedad que los de la persona. Por eso, la organización de una nueva sociedad planificada exige la propiedad común de los instrumentos de producción. Sólo así se dará vida a una democracia social, cuya finalidad sea el consumo de la comunidad y, por ende, su seguridad económica.

En una democracia planificada, dice Laski, "la idea de libertad tiene un contenido positivo; cimentada como está sobre la base de la propiedad pública de los medios de producción, busca la libertad para el pleno desenvolvimiento del patrimonio de la comunidad. En tal democracia, por decirlo así, cuanto más pueda dar el ciudadano a la comunidad, tanto más podrá recibir, puesto que a un mayor volumen de producción corresponde un mayor nivel de vida. Por tanto, la función del gobierno en una democracia planificada se basa en la comprensión de que cuanto más plenamente permite al ciudadano dar lo mejor que tiene, en medida mayor contribuye al bienestar de los demás ciudadanos".

Precisamente, para H. J. Laski, en último análisis la reciente y colosal guerra se libraba para lograr la democratización del poder económico y así dar vida a una verdadera democracia social, y política, a una sociedad planificada en beneficio de toda la colectividad, poniendo término a la economía de la escasea y al ejército de reserva de desocupados; ineludiblemente implícitos en el capitalismo monopolista. En la nueva sociedad planificada, las bases fundamentales del poder económico estarán en manos de la comunidad, por medio de un proceso de gestión colectiva. Esta democracia planificada establecerá una nueva contextura de la libertad, como consecuencia de la desaparición del miedo a la incertidumbre y a la pobreza. Los hombres podrán pensar en los fines positivos a que la libertad puede consagrarse, y en la medida en que la libertad positiva en este sentido es posible, puede la sociedad sentirse a su vez segura para permitir el pleno desenvolvimiento del hombre.

IV

Entre las numerosas obras de Harold J. Laski, se destacan; "Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo", escrita en plena guerra, cuando ya se vislumbraba el triunfo de los aliados sobre la barbarie fascista; y "Los sindicatos en la nueva sociedad", escrita un año antes de su fallecimiento.

En “Reflexiones de la revolución de nuestro tiempo” lleva a cabo un análisis hondo y luminoso sobre el carácter real de la terrible conflagración, examinando las fuerzas, intereses e ideas en pugna y ubicándola con exactitud en el proceso de la historia. Con este motivo analiza los antagonismos económicos, sociales y políticos que desgarran la sociedad contemporánea, propios de una edad en profunda transformación y en marcha hacia una ineludible fase revolucionaria.

Al enfocar los elementos típicos de la época actual, verifica un original examen de su crisis, cuyo rasgo característico es el miedo. El miedo lleva a los gobernantes a la represión, a la tiranía y al odio; y mientras para unos surge de la creencia que la civilización reposa sobre principios injustos, para otros se traduce, en una abierta hostilidad hacia las reformas. Así unos pretenden modificarla y son llevados hacia la revolución, y otros, ante su incapacidad para desatar reformas, son llevados al fascismo, o sea, a la contrarrevolución.

La sociedad contemporánea se caracteriza por la elevación de la clase media al poder, como consecuencia de la revolución francesa. Al agotarse como clase, su gobierno, no satisface las necesidades de la sociedad y no inspira ninguna confianza. La mayoría posee el sentimiento de que trabaja por un producto no proporcionado a su trabajo, que es explotado y oprimido. Las guerras y la revolución rusa han abierto ancha brecha en ese régimen y han roto los valores tradicionales, convertidos en un sistema por el gobierno de la clase media. De aquí surgen la intranquilidad, el descontento y la inseguridad actuales.

Según Harold J. Laski, la burguesía, para mantener la seguridad debe hacer una de estas tres cosas: 1° Debe poder promover una recuperación en tal escala que elimine la falta de fe en su capacidad para gobernar con éxito; y esto no lo permiten las condiciones del sistema. 2° O bien debe destruir la democracia, que ha sido la forma principal de su expresión política, a fin de atacar las instituciones históricas de la clase trabajadora a través de las cuales se organiza para la acción; la desconfianza en la capacidad de su gobierno. 3° O bien, finalmente, debe inaugurar cambios fundamentales que permitan la adaptación de las relaciones de producción a las fuerzas productivas, es decir, debe inaugurar una de los fenómenos históricos más raros: una revolución por consentimiento.

Entre ambas guerras, la burguesía recurrió al segundo procedimiento en Italia, Alemania y España, y más tarde en la Francia de Vichy, sometiéndose a las fuerzas al margen de la ley de la sociedad, conducidas por Hitler y Mussolini. El gobierno de los gánsteres, como Laski denomina al fascismo, lleva aparejada una política de agresión internacional, enfilada hacia la guerra. Al mismo tiempo, en las democracias demo-capitalistas se producen estas insolubles contradicciones: “La aristocracia comercial de nuestra época empobrece y degrada a la vez a los hombres que la sirven, y luego los abandona a la caridad del público. El poder de distribución no consigue en nuestra civilización mantenerse en términos pacíficos con el poder de producir aquello que se halla a nuestra disposición; y los hombres de negocios se ven forzados a pedir ayuda al Estado para restringir, en interés de sus beneficios, los suministros que los hombres tanto necesitan. El carácter de nuestras relaciones de clase hace, por una parte, del descubrimiento científico, el enemigo del obrero, a quien desplaza y, por la otra, el enemigo del productor, cuya planta industrial convierte en algo anacrónico; de este modo dichas relaciones frustran el designio central de la ciencia, que es la producción de la abundancia, por la humana capacidad, a expensas de la naturaleza. A esto debe añadirse una ulterior consecuencia de nuestro sistema de educación, consistente en producir, en estas condiciones, un elevado número de personas cuyas

ambiciones son desproporcionadas a las oportunidades que se les ofrecen de lograrlas, y que, como consecuencia, se transforman en enemigos de una sociedad en la que no esperan sino fracasos".

Para enfrentar tan, graves problemas, el régimen burgués-capitalista hace abandono de la democracia como estructura del Estado y en vez de resolver los problemas los agrava y exacerba. En esta situación el orden social edificado en la limitación o supresión de la democracia se deteriora con rapidez "a menos que aprenda, con igual rapidez, cómo transformar su proceso de coerción en un proceso de consentimiento". Y eso tan solo puede verificarse por amplias reformas y por la vía de la libre discusión, cooperando las clases medias y trabajadoras en sus revisiones esenciales, porque la libre discusión y la cooperación nacen de la seguridad y ésta se da cuando la gran mayoría de los hombres estima que tienen en común los mismos grandes fines de la vida. En caso contrario se desencadenará una violenta revolución, última alternativa de la sociedad para eliminar sus irracionales desigualdades.

V

Harold J. Laski lleva a cabo un completo estudio de la revolución rusa, partiendo de la afirmación siguiente: "la revolución rusa está con respecto al siglo XX en la misma relación histórica en que estuvo la revolución francesa con relación al siglo XIX". Su análisis es desapasionado, desprovisto de todo móvil interesado. Únicamente lo anima el deseo de desentrañar todo lo positivo de tan grande e innegable acontecimiento, y, según él, solo podemos entenderla "en la medida en que reconozcamos en ella el primer estadio en la fundamental transformación de los principios sociales de la civilización occidental",

No niega sus locuras y crímenes, como los reconociera el propio Lenin, su supremo arquitecto, pero tampoco cierra los ojos a sus grandes conquistas y avances y al hecho trascendental que el choque de la revolución rusa obligará, sin duda, a una rápida transformación del capitalismo.

En sesenta apretadas páginas no omite ninguno de los aspectos fundamentales del sistema soviético en lo económico, social, político y cultural. No oculta sus fallas, su despiadada tiranía y purgas continuas, pero tampoco escatima realzar sus avances y sus promesas ciertas de un porvenir extraordinario. Su panorama es bastante equilibrado y hasta, a veces, ingenuo en su admiración a ciertos aspectos del sistema soviético. En un juicio de conjunto expresa: "Lo que pueda haber de feo y cruel en la revolución rusa, con ser mucho, así como sus desatinos, no deben cegarnos hasta el punto de no ver que, con todo, es el hecho histórico más colosal desde la Reforma, porque coincide, al igual que ésta, con una época de crisis total de la civilización. Y si, a medida que prosigue el ensayo, puede demostrar que la propiedad privada es innecesaria para una organización eficiente de la vida; si puede demostrar, además, que existe un sustituto adecuado para el estímulo de la ganancia en virtud del cual se elimina la desocupación, y si prueba que la herencia cultural puede ser accesible a todo el pueblo y que los efectos de la ciencia sobre la técnica industrial no constituyen una continua amenaza para la seguridad económica del obrero, entonces, ostensiblemente, la revolución rusa habrá abierto una Era nueva y creadora de la humana experiencia, Era tan vital como la que más de cuantas llegaron a nuestro conocimiento. Es claro, por supuesto, que todas estas esperanzas son problemáticas, pero nadie que no consiga advertir su existencia podrá calibrar lo que hay de implícito en la Revolución Rusa".

Enseguida, Harold J. Laski examina el régimen fascista en sus orígenes y realidades, con toda vehemencia, condenándolo de manera implacable y lapidaria. Después de describir sus orígenes y las causas de su victoria, se pregunta ¿cuál es la esencia del fascismo? Y responde: "Es el resultado del capitalismo en descomposición, es la réplica acerba de los intereses de los propietarios a una democracia

que busca superar las relaciones de producciones implícitas en la sociedad capitalista. Pero no es sólo el mero aniquilamiento de la democracia, sino también el empleo del sentimiento nacionalista para justificar una política de aventura exterior con la esperanza de remediar con ella las desavenencias que acompañan a la decadencia capitalista"

En todas partes el fascismo triunfante, con el apoyo de la alta burguesía y el gran capital, aplasta las demandas de los trabajadores y suprime su poder. El equipo dirigente del fascismo lo constituyen algunos condotieros destacados, cuyo mando se erige y mantiene sobre el terror. Son para Laski los pingajos amorales de toda organización social, hombres al margen de la ley, delincuentes, en una palabra, vulgares forajidos. Por lo tanto, no hay una filosofía fascista, y el fascismo representa la negación de la filosofía, porque rehúsa aceptar la ley y el orden, o sea, la razón en el dominio que controla. Por lo mismo, cree Laski, el fascismo es un hecho fugaz y no permanente de la Historia. Los forajidos dominan temporalmente; logran su unión como pandilla privilegiada, y el sometimiento del pueblo, por medio del terror y de la adhesión a un líder "carismático" (es decir, un jefe "dotado e investido de calidades específicas de cuerpo y alma consideradas sobrenaturales, en el sentido de no accesibles o no comprensibles por todos").

En resumen, el fascismo es la rebelión del mundo inferior y, según Laski, el solo hecho de su triunfo en algunos países constituye una prueba de que toda una época de la historia de la humanidad se acerca a su término.

VI

En cuanto a las democracias burguesas, viven sobresaltadas ante el empuje de las masas. Tal como viera Tocqueville, en ellas "el principal obstáculo para la igualdad entre los hombres" es la propiedad privada, y, a trueque de defenderla, los hombres de negocios, los plutócratas, no trepidaban en aliarse con los forajidos, para contener a los trabajadores, quienes utilizaban el sufragio universal para servirse del poder político como un medio de socializar los instrumentos de producción. El desarrollo social planteó entre ambas guerras, a las democracias, la necesidad de extender sus fronteras al campo económico y social, pero sus "clases gobernantes se negaron a hacerlo por ver en dicha extensión una amenaza a los privilegios a que se creían con derecho". Así, entre la conservación de sus privilegios, y la extensión de la democracia, preferían, lo primero, dispensando favorable acogida a la dictadura y al fascismo y acusando de comunismo a toda actitud o acción progresiva.

Para Laski, la democracia debe eliminar el capitalismo si quiere ser el régimen de justicia y libertad a que aspiran las grandes mayorías. El bienestar y la seguridad no pueden alcanzarse dentro, de la armazón de las relaciones de producción ofrecidas por el capitalismo, pues éste, en su afán de beneficio no ha tenido ni conciencia, ni piedad, y las debilidades básicas de su funcionamiento no se atenúan: elevación progresiva de los precios sin un correspondiente aumento de los salarios, demostrando una incapacidad absoluta para resolver el problema de la distribución; reparto entre los ricos de una proporción excesiva de beneficios sociales, con lo cual la riqueza y el poder económico se centralizan progresivamente en pocas manos. Por eso las dos guerras mundiales marcan el fin de una época que empieza con la Reforma y nos conducen en forma inexorable a la certeza de una sociedad planificada donde ha de eliminarse el sistema capitalista. La guerra ha equivalido a una revolución económica, con él desenvolvimiento de una industria gigante y un alto grado de intervención del Estado, lo cual lleva a la necesidad ineludible de rehacer los fundamentos de nuestra sociedad, Ante esta realidad, Laski desea proseguir en forma natural

el proceso de transformación, pues una “revolución producida por consentimiento permite la confirmación de los principios democráticos sobre un área muy amplia y con fuerza mayor; en cambio una revolución por la violencia, aunque resultase triunfante, estaría llamada a suspender las normas democráticas y a introducimos en una edad de hierro, como sabemos por 1789 y 1917”.

En la actualidad, las relaciones de la sociedad capitalista están en contradicción con las fuerzas productivas, de la misma manera en que las relaciones legales del feudalismo estaban en contradicción con las fuerzas productivas del siglo XVI: “O bien resolvemos dicha contradicción, o bien tenemos que hacer frente a los mismos intentos de ajuste por la violencia que caracterizaron los tres siglos que precedieron a 1789”. Ante tal perspectiva, proclama la urgencia de construir desde las entrañas mismas de la guerra una sociedad equitativa; en caso contrario, la posibilidad de un experimento democrático se malogrará. El clima de la guerra está sintonizado con un patente anhelo de renovación y todos los hombres esperan grandes cambios. Al mismo tiempo, la conciencia del peligro los ha predispuesto a aceptar experimentos vastos. Por eso Laski afirma: “una gran dirección podría hoy día planear una revolución por común consentimiento, que no estará en nuestro poder intentar el día de mañana...O bien nos resolvemos a hacer la revolución durante el curso de la misma, o nos será impuesta una vez que la guerra termine. Pero, en el último caso la democracia y la libertad serán sus primeras víctimas”.

El libro termina con un detenido examen de la amenaza de la contrarrevolución en esta fase profundamente revolucionaria y un extenso enfoque de los alcances de la libertad en una democracia planificada. Escribe: “La contrarrevolución está destinada a ser antidemocrática, porque el fin de la democracia es aumentar el número de los que participan en los beneficios del bienestar disponible mediante el aumento progresivo del número de aquellos ante los cuales son responsables los gobernantes de una sociedad dada. Está llamada a ser antidemocrática, porque entra en la escena histórica en el momento en que las relaciones de producción que viene a defender se hallan en decisiva contradicción con las fuerzas productivas...Una sociedad democrática aspira a la paz: la contrarrevolución está predestinada a hacer la guerra; una sociedad democrática es racional, constitucional, y está impelida por su profunda lógica a establecer la libertad en la contextura de la igualdad; por el contrario, la contrarrevolución es antiracional, anticonstitucional, enemiga de todo igualitarismo que amenace destruir la pretensión de la oligarquía que defiende su monopolio de la libertad en una época de contracción económica”.

Para Laski, las masas son las supremas fuerzas revolucionarias y a ellas han apelado reyes, aristócratas y burguesía para su encumbramiento al poder. Históricamente, cada una de esas clases utilizó a las masas como sus aliadas y una vez consolidado su poder rompieron los vínculos establecidos con ellas.

Pero, ahora, las masas actúan con independencia, con objetivos e intereses definidos, a través de sus propios organismos y conducidas por sus propios líderes. Sus aspiraciones se cifran en la seguridad, en la libertad, en la igualdad, en el conocimiento y en la paz. Las masas constituyen la nueva clase llamada a dirigir la comunidad y su acción nos conduce a la Era de la sociedad planificada. Para conseguirla, expresa Laski, “están a nuestra disposición las condiciones técnicas requeridas para dar satisfacción a las demandas humanas en una escala como nunca se hizo en épocas anteriores de la historia. Pero nuestra capacidad para utilizar dichas condiciones se frustra e inhibe por una finalidad del Estado que niega las posibilidades implícitas en las mismas. De aquí que, o bien utilizamos el período en el cual, como ocurre ahora, la necesidad de derrotar a nuestros enemigos nos permite rectificar por común acuerdo la

finalidad central del Estado, o bien después de la victoria nos hallaremos frente a la necesidad para cuya solución pacífica estaremos demasiado divididos".

VII

Su obra "Los sindicatos en la nueva sociedad" apareció en el mismo año de su fallecimiento, y algún tiempo después, se la incorporó en la Colección Breviarios del Fondo de Cultura Económica, de México. Es la base de un conjunto de conferencias dictadas en los meses de marzo y abril de 1949 en los Estados Unidos, cuya actualidad se mantiene viva en vista del papel cada vez mayor de los sindicatos en el proceso económico-social del mundo contemporáneo. Estudia los cambios experimentados por el sindicalismo en los últimos años, refiriéndose en especial a lo sucedido en la realidad soviética, a su papel en Inglaterra y a sus actividades en los Estados Unidos. Enseguida, con acopio de antecedentes, estudia las relaciones de los sindicatos con el público y con las leyes en los principales países y traza, finalmente, un panorama de las conexiones de los sindicatos con la democracia.

H. J. Laski desarrolla sus observaciones reconociendo un hecho básico: el papel y las funciones de los sindicatos son fundamentales, y de una importancia decisiva en la sociedad actual. A continuación, advierte cómo su carácter e influencia varían según los países. Así, en Inglaterra, una fuerte mayoría está convencida desde fines de la primera guerra mundial "que los sindicatos son el centro más valioso alrededor de cual se puede constituir un partido socialista activo". En cambio, en los Estados Unidos, un importante sector ha sostenido que el propósito de los sindicatos es el dominio de los empleos y la elevación de los salarios, lo cual genera un gravísimo problema al continuar creciendo en número y poder; crean a las empresas y a los hombres de Estado situaciones de imposible solución dentro del marco del capitalismo. En la URSS, donde los sindicatos han tenido un amplio desenvolvimiento con motivo de la revolución de 1917, se ha impuesto una filosofía sindical especial: "Los sindicatos dejan de ser organismos independientes del gobierno y se convierten, cualquiera que sea su importancia, solamente en uno de los instrumentos a través de los cuales los que dominan el gobierno pueden realizar sus designios. Los Sindicatos quedan subordinados, se les asigna funciones especiales", perdiendo la libertad y el derecho de huelga. Aquí la naturaleza de los sindicatos se determina por el hecho de que actúan en un Estado de partido único, donde el Estado y el Partido forman una unidad.

En los países democráticos, divididos internamente en clases sociales rivales, los sindicatos juegan un papel de carácter defensivo; mantener el trabajo y evitar la desocupación; luchar por el mejoramiento de la organización económica para resolver sus problemas de salarios, vivienda, asistencia social, etc. Pero, al mismo tiempo, los sindicatos deben ser verdaderas escuelas de educación social y política, permitiéndole al trabajador conocer el conjunto de los asuntos de la nación. El buen sindicalista es quien, además de dominar sus problemas gremiales, entiende la compleja realidad del país, la cual pone límites a cada uno de los anhelos estrictamente sindicales. .

El nacimiento de los sindicatos tiene su origen en el hecho del conflicto permanente entre los intereses de los patrones y trabajadores, y su objetivo inmediato es solucionarlo a favor de los trabajadores; poseen, además un papel más vasto y él reside en una acción incesante, y en un deseo consciente de ampliar las bases de la justicia social, fundamento de la democracia genuina.

Los trabajadores organizados están llamados, por su situación especial, a formar la conciencia sobre los inevitables cambios esenciales de la actual estructura económica y social, a llevar a cabo, en parte principalísima, dichos cambios y, luego, a participar responsablemente en su realización.

Harold J. Laski sintetiza su pensamiento en un trozo de mucho interés: “Me inclino a aceptar el punto de vista de que el movimiento sindicalista en una época revolucionaria como la nuestra, tiene una tarea política igual cuando menos en importancia a su función económica. Indudablemente, debe tratar con toda su fuerza de incrementar la producción: no hay otra manera permanente de mejorar el nivel de vida. También es indudable que es una locura injustificable hacer peticiones de cualquiera naturaleza relativa a salarios y jornadas de trabajo, u otras semejantes que puedan no tener otro resultado que hacer inevitable la inflación. Uno de los deberes primarios de los dirigentes, de los sindicatos es evitar lo que sería un golpe catastrófico a las esperanzas de los trabajadores, puesto que una inflación incontrolada es resentida generalmente por los sufrimientos de las clases trabajadoras. De ninguna manera desestimo, ni por un momento, el deber que tienen los dirigentes sindicales de lograr que la disciplina de la masa tenga su origen en el entendimiento cabal de la situación, deber que pide una comprensión intelectual de la situación económica, que ningún gobierno puede alcanzar nunca por sí solo. Y más que todo esto, me parece que el supremo deber de los sindicatos en particular y, por lo tanto, de sus dirigentes, es colocar la política económica en la perspectiva política que haga posible su realización”.

Todas las obras de Harold J. Laski esclarecen los asuntos tratados con brillantes juicios y novedosas aportaciones. De esta condición fluye el interés absorbente de su lectura y el provecho real de su conocimiento para nuestro enriquecimiento teórico y político. Sin duda, es uno de los pensadores socialista de mayor cultura y simpatía. Su trato frecuente es una conveniencia y una necesidad.

Venezuela: Política y Petróleo

ARAUCO N°5 marzo 1960

Rómulo Betancourt. Fondo de Cultura Económica. México 1956

La figura de Rómulo Betancourt es vastamente conocida en América en su condición de líder del movimiento popular venezolano "Acción Democrática". Durante tres años (1945-1948), primero en su calidad de jefe del Gobierno Provisional, surgido de une insurrección del pueblo y ejército, y luego como dirigente principal de “Acción Democrática", trató dé llevar a la práctica con decisión e inteligencia, sus ideas programáticas expuestas a lo largo de varios años de agitación. Mientras estuvo al frente del Gobierno demostró dotes superiores de estadista, señalándose por su capacidad realizadora, su honestidad política y su desinterés personal. Una vez elegido presidente de la República, en una jornada democrática sin precedentes, el gran novelista Rómulo Gallegos, ciudadano ejemplar, Betancourt volvió a la dirección de su partido, cooperando con tesón al nuevo régimen civil y democrático. Un pronunciamiento militar encabezado por el ambicioso y traidor Marcos Pérez Jiménez el 24 de noviembre de 1948 derrocó al Gobierno legal y sumió al país en la dictadura. Desde entonces Rómulo Betancourt estuvo desterrado en diversos países del Caribe.

Para los chilenos, la persona de Betancourt es bien conocida. Vivió entre nosotros durante el Gobierno de Pedro Aguirre Cerda y aquí publicó, en 1940. su libro "PROBLEMAS VENEZOLANOS”, completo y minucioso examen de la semicolonial y atrasada realidad de su país. Nos hicimos muy amigos y siempre nos impresionaron su capacidad de estudio y de trabajo al servicio del futuro de Venezuela, su seriedad ideológica y política y su optimismo vigoroso en los destinos democráticos de su nación- Día a día se preparaba con entusiasmo para jugar un papel difícil, pero ineludible, con elevada responsabilidad en la renovación social y política que debería producirse en la tierra de Bolívar.

En todo momento demostró, en su actitud política, una inalterable vocación democrática a revolucionaria: y con respecto a Chile mi gran interés por su desarrollo republicano civil y democrático, apreciando con exactitud sus virtudes y sus fallas. Y en todo instante fue un leal y cordial amigo, alegre, ingenioso y perspicaz-

Su reciente libro. VENEZUELA: POLITICA Y PETROLEO1, es el resultado de una larga y accidentada. elaboración. Refleja las infinitas peripecias de la combativa existencia de su progenitor. Lo escribió por primera vez en los años 1937-39. en la clandestinidad. Ningún editor se atrevió a imprimirlo y debió guardarlo. Enseguida, las exigencias de la lucha de "Acción Democrática". en 1941-45 contra el régimen imperante y de 1945-48, en el Gobierno, lo sepultaron en el olvido. Y el manuscrito desapareció, junto con los demás papeles personales del autor, a fines de 1948. La. edición presente es una nueva obra escrita en los años de 1951-56, a través de los Estados Unidos. Cuba, Costa Rica y Puerto Rico. Su volumen es imponente: 770 páginas de texto y 100 páginas de apretadas notas, las cuales revelan la inmensa documentación manejada.

Rómulo Betancourt dedica su libro a sus compañeros de brega, caídos en el cumplimiento de su ideario democrático, en Venezuela. o en el destierro. Y la lista es impresionante: Leonardo Ruiz Pineda Alberto Carnevali, Antonio Pinto Salinas. Luis Troconis Guerrero, Andrés Eloy Blanco. Castor Nieves Ríos, Víctor Alvarado, Mario Vargas. Valmore Rodríguez.

Aparte de su seriedad investigativa y amplitud de información la obra de R. Betancourt impresiona por su claridad de estilo, no exenta de elegancia, en prosa varonil y sobria. Su explicación reside en el hecho de iniciarse en su juventud como cultor de la bella literatura, a la cual abandonó pronto por una absorbente actividad política, compartida con una apreciable labor periodística de batalla. Cuando estuvo en Santiago, en 1953 o 54, en una reunión de exilados venezolanos y escritores chilenos, en casa del amable y culto amigo Felipe Massiani, recordó con mucho ingenio. Rómulo, sus comienzos literarios, cuando ‘'perpetró cuentos"… Aquí reside, sin duda, la secreta vertiente de su magnífica prosa; de su robusto estilo.

“VENEZUELA: POLITICA Y PETROLEO” comprende 23 nutridísimos capítulos: y en ellos quedan resumidos cincuenta años de historia venezolana “con sus grandezas y sus miserias, sus largas etapas sombrías y sus paréntesis luminosos. Villano del drama, en ese lapso de vida nacional es el dios por excelencia en la mitología de la Era mecánica: el petróleo”.

En sus primeros capítulos traza un dinámico esquema de las administraciones de Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Eleazar López Contreras y Medina Angurita hasta el estallido del 18 de octubre de 1945. Reconoce que el Gobierno de facto nació de un golpe de Estado típico y no de una bravía insurgencia popular. Lo que tenía de negativo tal circunstancia no necesita ser subrayado”. A continuación, enfoca el “tiempo de construir”, o sea, el lapso democrático de tres años, asentado en estos tres pilares inamovibles: sufragio libre, guerra al peculado y política de petróleos de signo nacionalista. Al enfocar, en este mismo período, la obra positiva realizada o intentada, lo que en el lenguaje venezolano llamaban “sembrar el petróleo”, es decir, el empleo de los cuantiosos recursos provenientes de su explotación con el fin de desarrollar al país. Rómulo Betancourt verifica un magistral y minucioso análisis de la realidad de su patria, de todos sus tremendos problemas, y de las soluciones propuestas por “Acción Democrática”. Y se resumía en el propósito de echar los cimientos sólidos de una industria nacional:

reformar el régimen de propiedad agraria, y mejorar las condiciones de vida de la. población: domiciliarla, educarla y proteger su salud.

Finalmente, lleva- a cabo una completa vivisección del régimen militar de Pérez Jiménez, resultado de la subversión del 24 de noviembre de 1948. Su análisis es implacable, dentro de su objetividad. Rómulo Betancourt, optimista en cuanto al porvenir y destino de su patria., termina con estas líneas: "Venezuela volverá a ser, en un inmediato porvenir. Patria esclarecida y venturosa, con gobiernos democráticos y de raíces populares. y, en lo internacional, nación empeñada en la tentadora empresa de contribuir a una eficaz articulación de ese vasto archipiélago de dispersas Repúblicas, deprimidas y menospreciadas, que es la América Latina de nuestros días".

Líneas proféticas. La dictadura, se desplomó gracias al heroísmo del pueblo venezolano, quien impuso la democracia y, en un acto eleccionario sorprendente llevó a la Presidencia de la República a Rómulo Betancourt, quien ahora desde el poder realiza las líneas programáticas contenidas en el libro que comentamos.

Mariátegui y sus "Siete Ensayos"

ARAUCO N°6 abril 1960

Mariátegui es el prototipo del hombre de pensamiento y de acción. Sus escritos lo destacan como uno de los más notables representantes del pensamiento socialista latinoamericano y, al mismo tiempo, se demostró un magnífico animador de la juventud y un eficaz organizador político. Y toda esta enjundiosa obra la llevó a cabo amarrado a un sillón de ruedas, donde lo postró una temprana invalidez, constantemente hostilizado por la policía de la dictadura imperante en su patria. Su espíritu lúcido, valiente y optimista supo sobreponerse a su delicada envoltura material, y entregar una cuota de esfuerzo, trabajo y creación, digna de la más cálida admiración y respeto.

La posición renovadora de Mariátegui, sin pedantismo doctrinario ni oportunismo circunstancial, se expresa con nitidez en este párrafo de una carta suya: "Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse, aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca, es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea".

Su elevada posición doctrinaria y política, hecha de actividad combatiente, honesta y sin dobleces, es ejemplar. De ahí fluyen su resonancia múltiple y su perdurable influencia en todos los ciudadanos de pensamiento y en los distintos movimientos populares revolucionarios.

Mariátegui asimiló lo vivo y dinámico del socialismo científico, aplicándolo de manera fecunda en la interpretación de la realidad de su país. Ante todo, exigía la confrontación de la teoría con la vida real y dejó una sentencia magnífica sobre nuestro continente, para tenerla siempre presente: "La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América Sajona materialista y una América Latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya; no ha obrado nunca útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos inexorablemente todas esas caricaturas y simulaciones de ideología, y hagamos las cuentas seria y francamente con la realidad".

Su obra “SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA”, es vital para comprender el proceso histórico-social del Perú y aplicable a toda la situación indoamericana. Es, sin duda, uno de los esfuerzos interpretativos más logrados, por su profundidad y riqueza, de acuerdo con los principios del socialismo. De ahí brotan su valor perdurable y su significado de obra-guía.

Después de una etapa de escritor decadente y bohemio, se sintió atraído por la literatura política. Las convulsiones de la guerra mundial y el desarrollo de la revolución rusa provocaron en su espíritu un hondo vuelco, despertándole el interés por los problemas sociales, hasta tratar de dar vida, junto con otros intelectuales, a un partido socialista. En 1919 fundó el diario popular “La Razón”, tribuna de las nuevas fuerzas sociales y campeón de diversas reformas de avanzada. A raíz de la victoria de Augusto B. Leguía en brazos de la burguesía y sectores populares, “La Razón” fue clausurada por oposicionista, pues señalaba el contenido demagógico del nuevo gobierno. Mariátegui fue enviado de manera obligada, a fines de 1919, a Italia, en calidad de agente de prensa. Aquí vivió durante cuatro años, presenciando los trastornantes sucesos de ese decisivo período: triunfo del fascismo, división del socialismo, consolidación de la revolución rusa, crisis de la civilización capitalista. Se casó con la joven italiana Ana Chiappe, su abnegada compañera, y entrevistó a las grandes figuras de la política y de las letras italianas, o residentes en Italia. Entre otras, a Croce, Papini, Turati, Gobetti, D’Annunzio, Nitti, Sturzo, Gorki y Sorel.

En marzo de 1923, al cabo de cuatro años, durante los cuales penetró con agudeza el acontecer social, político e ideológico de Europa, regresó al Perú. Su largo viaje tuvo una honda influencia en su rumbo definitivo. Escribió: “Nos habíamos entregado sin reservas hasta la última célula, con un ansia subconsciente de evasión, a Europa, a su existencia, a su tragedia. Y descubrimos, al final, sobre todo, nuestra propia tragedia, la del Perú, la de Hispanoamérica. El itinerario de Europa había sido para nosotros el mejor y más tremendo descubrimiento de América”.

Su experiencia europea la volcó en su libro “La Escena Contemporánea”, aparecido en 1925. Contiene diversos ensayos donde interpreta los sucesos mundiales más señalados de acuerdo con sus observaciones y reflexiones en aquellos cuatro años. Enseguida, fundó la revista mensual “AMAUTA”, tribuna de cultura socialista, la gran empresa de sus desvelos y en cuyas páginas acogió todas las inquietudes sociales, políticas, literarias y artísticas de su tiempo. Aquí publicó sus mejores ensayos, reunidos en dos libros medulares: “DEFENSA DEL MARXISMO” réplica brillante a la obra del revisionista belga Henri de Man, “Más allá del marxismo”, y “SIETE ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA”.

También redactó “Ideología y Política en el Perú”, segunda parte de los “Siete Ensayos”. Con estas obras se acredita como un pensador original, al explicar los problemas del Perú a la luz de la filosofía materialista. El mismo confesó: “Me he elevado del periodismo a la doctrina, al pensamiento, a través de un trabajo de superación”.

Con un grupo de discípulos fundó, a fines de septiembre de 1928, el Partido Socialista, siendo designado su Secretario General, y llevó a cabo diversas otras tareas sindicales y periodísticas militantes.

Mariátegui se destacó en su doble condición de pensador y de organizador socialista. Alentó, por otro lado, a los intelectuales en la investigación e interpretación de la historia y de los problemas del Perú, con criterio moderno y renovador. Precisamente, su gran libro “Siete Ensayos” analiza la evolución del Perú, desde un punto de vista materialista, tanto en lo económico y social como en lo político, educacional, religioso y literario.

En su advertencia manifiesta: “Toda esta labor no es sino una contribución a la crítica socialista de los problemas y de la historia del Perú. No faltan quienes me suponen un europeizante ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época, un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino”.

La ambición enérgica y declarada de Mariátegui fue la de descubrir e interpretar la verdadera realidad del Perú y la de concurrir a la creación del socialismo peruano con el objeto de codificarla en una perspectiva de progreso y modernidad.

Murió el 16 de abril de 1930, antes de cumplir 35 años.

La Sorprendente Existencia de Santiago Arcos Arlegui

ARAUCO N°7 mayo 1960

El libro de Gabriel Sanhueza. “SANTIAGO ARCOS, COMUNISTA, MILLONARIO Y CALAVERA", se basa en una sólida documentación, obtenida en los archivos de Santiago y de Buenos Aires, y está escrito con galanura y amenidad. Reconstruye con exactitud la época y el ambiente de las azarosas actividades de Santiago Arcos; traza su minuciosa biografía, asunto difícil por su carácter enigmático, a menudo contradictorio, y reproduce íntegra su famosa carta-manifiesto a Francisco Bilbao, fechada en la cárcel de Santiago, a 29 de octubre de 1852.

El volumen de Gabriel Sanhueza se lee de un tirón, dejando en el espíritu una agradable impresión de simpatía. Su relato es rico en sucesos originales, en finos matices interpretativos, donde se han disuelto los datos documentales, las referencias eruditas, en una animada y certera evocación histórica, realmente artística. De vez en cuando recurre, con sobriedad, a la intuición, para sugerir el sentido correcto de los acontecimientos o el carácter de los personajes, sin abusar de una exagerada “sensibilidad cerebral”, al estilo del frondoso don F. A. Encina; o a discretas interpretaciones psicológicas, apoyándose en Adler y Jung, con el sano propósito de explicar actitudes complejas o desconcertantes. Aunque me ha encantado la lectura de este atrayente volumen, alegrándome de veras por su aparición, no me ha gustado el subtítulo elegido: "Comunista, millonario y calavera”. Insinúa rasgos de Santiago Arcos en abierta contradicción con su verdadero modo de ser. Nada tuvo de calavera, pues, según el propio autor, vivió entregado a una honda pasión: “Servir a su manera a los demás, ser útil en los más variados y opuestos menesteres”.

Al examinar la permanencia de Santiago Arcos en Francia, donde se educó, suministra un buen bosquejo de la realidad social de ese país en la década del 40, enfocando las ideas socialistas de Saint-Simon, Cabet, Proudhon y Fourier. Encontró esta justa y oportuna observación: “Igualmente Santiago Arcos y Marx, leyeron el Manifiesto de la Democracia, de Víctor Considerant, aprovechado en muchos de sus acápites en el Manifiesto Comunista de 1848, y del que también saldría, aunque irreconocible, la carta que Arcos le envió a Bilbao en 1853”. Precisamente, tengo a mano la magnífica revista bimestral “Le Contrat Social”. En su número 3, correspondiente a julio de 1957, reproduce el trabajo de Tcherkezov, publicado en “Les Temps Nouveaux”, de mayo-junio de 1900, donde compara 38 extractos del Manifiesto Comunista, con el “Manifiesto de la Democracia”, de Víctor Considerant, cuya primera

edición es de 1843, y la segunda de 1847. La similitud es impresionante. Queda en claro la enorme contribución del socialismo de Considerant al famoso opúsculo de Marx y Engels.

Gabriel Sanhueza detalla vivamente las alternativas de la inquieta existencia de su personaje: describe la época de los "girondinos chilenos" del Club de la Reforma, y, enseguida, de la Sociedad de la Igualdad, fundada gracias a la iniciativa de Santiago Arcos. A este respecto anota el contrasentido siguiente: "Al mismo tiempo que el gallego (el padre de S. A.), fundaba la primera organización típicamente capitalista que hubiese en Chile, su hijo menor creaba, antes que ninguno otro, una organización de corte definitivamente socialista".

¡Mientras Antonio Arcos intentaba dar vida al primer Banco en Chile, su vástago Santiago Mariano del Carmen creaba el primer organismo democrático, popular y revolucionario!

Cuando G. Sanhueza penetra en el estudio de los móviles profundos de las actuaciones de Santiago Arcos Arlegui, se encuentra con sorpresas grandes, a causa de ‘‘sus actitudes desconcertantes y excéntricas, propias de su índole endemoniadamente tornadiza". Sin embargo, afirma descubrir como leitmotiv de su existencia, éste: "La resistencia permanente y sin tregua que, en la medida de sus fuerzas, opuso a las actividades financieras de su progenitor, con lo que se dio el caso de que la lucha de clases proclamada por Marx no tuviera en Chile otro origen que una desigual y sorprendente lucha familiar". Y dicho sin restarle lo más mínimo al mérito de Santiago Arcos de ser el primero, en Chile, en preocuparse del destino de las clases desvalidas y de su agrupación en una entidad propia, de avanzada.

En la página 75 se desliza un juicio, a mi parecer, en contradicción con las investigaciones del propio autor: "No fue Santiago Arcos socialista, sino durante breves años de su vida; tampoco fue un luchador que permanentemente arriesgara persecuciones y padecimientos por defender una causa..." La supongo una afirmación contradictoria, porque el mismo G. S. señala la decisión de Santiago Arcos de no participar en negocios de bolsa y banca, de no mezclarse en los tenebrosos negocios de su padre, y así, cuando dejó de depender obligatoriamente de sus mayores, "prefirió renunciar a una vida regalada a sentar plaza de agiotista". Fue perseguido en su patria y no pudo volver a ella; vivió pobre en Argentina, aunque vinculado a las primeras personalidades de la política, y sinceramente estimado y respetado. En efecto, el autor destaca cómo S. A. estuvo siempre en compañía de hombres meritorios (Federico Errázuriz y Domingo Santa María, Presidentes de Chile; Mitre y Sarmiento, Presidentes de Argentina; Barros Arana y Vicuña Mackenna; Zapiola y Mansilla, y otros), y sus opiniones le fueron siempre muy favorables y elogiosas. Sólo en nuestros tiempos los historiadores de tendencias reaccionarias lo han atacado con dureza. Entre éstos, F. A. Encina, quien con su manifiesta irresponsabilidad frente a los personajes de tendencias democráticas, expresa que era "astuto, falso y sin ningún sentido moral, como su padre". Pero nosotros podemos descartar el juicio del señor Encina, en sus propios términos, afirmando su ningún valor por provenir de un escritor "desconformado cerebral", mitómano y deslenguado.

Gabriel Sanhueza menciona las diversas publicaciones de S. A. Su curioso folleto "La Contribución y la Recaudación", publicado a fines de 1850, donde desarrolla diversos puntos de vista, citando a Saint-Simon, Blanc, Owen, Proudhon y Fourier, a quien llama "el coloso intelectual del siglo XIX" y su notable "Carta a Francisco Bilbao", con aciertos extraordinarios y anticipos sorprendentes. Ella "hace que su autor merezca un lugar en la historia chilena menos subalterno que el que hasta ahora le ha

correspondido". Aquí aborda temas como los de la reforma agraria, la separación de la Iglesia del Estado, la previsión y asistencia sociales y la necesidad de crear un partido político popular.

Para G. S., toda la vida de Santiago Arcos "no había sido otra cosa que un continuo afanarse sin resultado, un preocuparse por cosas e ideas, cuyo valor vio perpetuamente desvirtuado. Generoso de espíritu, apasionado por ideas sociales que hablaban de concordia y fraternidad, a causa de ellas sólo había experimentado el rigor en su propia carne".

Jaime Eyzaguirre, Cronista Familiar

ARAUCO N°7 mayo 1960

Jaime Eyzaguirre, profesor e historiador, realiza desde la cátedra y por medio del libro, una constante y amplia labor de divulgación de su pensamiento conservador, católico e hispanista. Como profesor de Historia del Derecho y de Historia Constitucional de Chile, en la Universidad de Chile, y miembro de la Universidad Católica, posee un vasto escenario donde verificar su penetración ideológica a través de cursos, conferencias y textos didácticos. Asimismo, con regular periodicidad, entrega los resultados de sus investigaciones históricas en ensayos y libros biográficos.

Sin duda, Jaime Eyzaguirre cumple su empresa misionera con seriedad, devoción y eficacia. Al estudiarse el avance en el país del catolicismo y su correspondiente organización educacional, cada día más poderosa, a pesar de los progresos sociales y científicos mundiales y de la fuerte tradición laica chilena, deberá concedérsele un sitio destacado a la continuada y sistemática labor docente y publicitaria de Jaime Eyzaguirre.

En su obra histórica confluyen los trabajos originados en su posición ideológica militante y los realizados por mandato de sus relaciones sociales. A los primeros pertenecerían ''Fisonomía histórica de Chile" e "Ideario y ruta de la emancipación chilena", y a los segundos, las biografías sobre el Conde de la Conquista y Federico Errázuriz Echaurren. Todos sus trabajos expresan sus puntos de vista aristocratizantes, católicos, hispanistas, antiracionalistas y antipopulares; pero mientras los primeros resultan de sus búsquedas libremente emprendidas, en los segundos se advierte de manera evidente que afloran de una tarea de encargo, respaldada por los descendientes de aquellos personajes, deseosos de glorificarlos, a pesar de sus méritos reducidos o discutibles, como medio de enaltecerse a sí mismos. ¿Son tan atractivas por un supuesto valor político o ideológico, las figuras del Conde de la Conquista y de Federico Errázuriz Echaurren, como para merecer la espontánea y entusiasta dedicación de un escritor fundamentalmente militante y proselitista, tal es Jaime Eyzaguirre? Creemos, sinceramente, que no. La razón de fondo en estas investigaciones reside en la solicitud particular de exaltar, por orgullo y vanidad familiares, antepasados de opacas actuaciones políticas.

Si las obras ideológicas de Jaime Eyzaguirre están limitadas por sus concepciones católicas estrechas, aunque perfectamente legítimas, sus ensayos biográficos recientes están desfigurados por su carácter apologético de cronista oficial, y en el caso de su panegírico de Errázuriz Echaurren, además, por su empeño en zaherir y menoscabar la egregia personalidad liberal de Diego Barros Arana.

El denso volumen ''Chile durante el Gobierno de Errázuriz Echaurren, 1896-1901", no fue elaborado en virtud de un interés absorbente surgido de motivos ideológicos, políticos o religiosos. Ha sido el fruto de una petición de familia, la cual mandó confeccionar la obra con el propósito de destacar a uno de sus antepasados, facilitando los papeles privados y estimulando el trabajo de mero taracea del historiador.

Uso un vocablo grato a nuestro pintoresco Francisco A. Encina, porque el fecundo y anciano historiador ha impuesto muchos de sus términos predilectos. El propio Eyzaguirre expresa que F. E. E. reclamaba el poder “por su instinto aristocrático del mando”, y su vocación era la política por “imperativo de sangre”. “Instinto” e “imperativo de sangre”, son elementos del más puro estilo enciniano. ¡Sólo faltan algunas "desconformaciones cerebrales” para suministrar un típico retrato a lo Encina!

Y esta comparación con Encina no es descabellada, si tomamos en cuenta el espíritu de la obra de Eyzaguirre: apologético hacia Errázuriz Echaurren y de diatriba hacia Barros Arana. Es el método favorito del anciano historiador: exaltar a los límites del genio o semi genio a los santos de su devoción, siempre conservadores; denigrar en una ola de dicterios (desconformados cerebrales, inertes mentales, agraviados, turbulentos, miopes cerebrales, desheredados de la sensibilidad, turbulentos, tarados mentales, etc.), a quienes le son antipáticos, siempre liberales o demócratas.

El cohecho de electores de Presidente y la participación de los parientes en la votación del Congreso, escandaloso acto de corrupción política; la vida liviana de Errázuriz Echaurren, del dominio público y motivo de innumerables “anécdotas”; sus actitudes un tanto volubles en el asunto de límites con Argentina, son hechos justificados por su biógrafo.

Las crapulerías del Presidente son disimuladas como “cuentos” de Barros Arana. Los historiadores conservadores, con respecto a la moral de sus hombres, poseen un criterio muy comprensivo y “humano”, pero frente a la de sus enemigos ideológicos pecadores son implacables.

Para ellos, las disipaciones de Portales son propias del hombre superior, y, justificables; pero la severidad moral, en carácter y conducta, de Lastarria, es antipática, propia del orgullo y la vanidad. Las calaveradas de Errázuriz Echaurren son simpáticas diabluras abultadas por los chascarros de sus enemigos; pero los sólidos principios morales y la austeridad de sus costumbres de Barros Arana son propias de la soberbia y el orgullo malintencionados. ¡Dos ejemplos de la tartuferia de los historiadores reaccionarios!

Quizá se estimen injustas las observaciones formuladas, pero son varios quienes critican en el mismo sentido la obra citada: Don Horacio Walker Larraín, en un folleto, “La cuestión de límites con Argentina durante la Administración Errázuriz Echaurren", al referirse a la misión de su padre, don Joaquín Walker Martínez, rectifica en varias apreciaciones injustas al historiador Eyzaguirre, y suministra antecedentes del más alto valor para la correcta comprensión de aquellas negociaciones, y en las palabras preliminares, al enfocar el valor, del estudio de Eyzaguirre, manifiesta: "...cuando se recorren las páginas de su nuevo libro, el lector se forma el juicio de estar frente a un apologista y no ante un historiador. En efecto, para el señor Eyzaguirre no hay reparos que oponer a la Administración Errázuriz Echaurren. Por un extraño privilegio, todo habría sido acertado de parte de ella; su actuación en la política interna, en la educación pública, en la administración de justicia, en el movimiento científico y cultural, en las obras públicas y, sobre todo, en la conducción de las relaciones con la República Argentina, Perú y Bolivia”.

El libro de Jaime Eyzaguirre es valioso en el amplísimo examen consagrado a las relaciones exteriores de Chile con los países limítrofes, apoyándose en el archivo personal del Presidente Errázuriz, utilizado por primera vez, pero, según comenta don Ricardo Donoso, con la erudición y seriedad en él acostumbradas, lo mueve un espíritu preconcebido: achacarle a Barros Arana la pérdida de la Patagonia, en circunstancias que al firmarse el Tratado de 1881, Barros Arana no tenía ningún cargo de representación popular ni de responsabilidad política. Para Eyzaguirre, ni el Presidente de la República, ni el Gobierno, ni las Cámaras que aprobaron y sancionaron el Tratado del 23 de julio de 1881, tienen responsabilidad.

¡Sólo Barros Arana es el responsable! Jaime Eyzaguirre pretende también culpar a Barros Arana de la entrega de la Punta de Atacama, por el acuerdo del 17 de abril de 1896, acogido por todos los hombres públicos de la época como un paso decisivo hacia la solución de la cuestión de límites por medio del arbitraje. Quien negoció, a espaldas de todos, su entrega, fue el propio Presidente Federico Errázuriz Echaurren. Y las eruditas alegaciones de Barros Arana sirvieron siempre de base a todas las actitudes de Chile en defensa de sus intereses, y cuando se las abandonaban, perjudicaban al país.

Con razón, Ricardo Donoso, en su extenso ensayo "Omisiones, errores y tergiversaciones de un libro de historia" (Atenea, número de julio-septiembre de 1957), emite este juicio desfavorable a la obra citada: "No mueve la pluma del autor la pasión de la verdad, sino el entusiasmo del panegirista, que lo inclina a dejar en el tintero hechos de notoria trascendencia, que pesaron como una losa sobre la autoridad moral de aquel Gobierno; no lo estimula sino el afán persistente de justificar una política internacional claudicante y tortuosa, dirigida por un espíritu enfermizo. Una nota persistente sí que circula a través del libro como un "leitmotiv" orientador: la ojeriza apasionada contra don Diego Barros Arana, que perturba en tal forma la pluma del escritor, hasta llevarlo a suscribir tergiversaciones notorias e inaceptables. Se diría que el propósito fundamental del libro obedece, no a exaltar la personalidad del señor Errázuriz, sino a deprimir la acción del señor Barros Arana''.

En el señor Eyzaguirre, como en todos los historiadores conservadores, está ausente el análisis serio de los problemas sociales de la época. Suministra algunos datos, en especial sobre la actitud de la Iglesia o de algunos personeros católicos aislados, frente a las inquietudes de la clase obrera. Y en este periodo existía una notable actividad de las clases obreras: se fundaron los primeros grupos socialistas, sociedades de resistencia, periódicos; se libran rudas polémicas entre socialistas y anarquistas, hasta reflejarse en publicaciones extranjeras, etc. De toda esta tumultuosa agitación de una clase en desarrollo, no hay rastros en la obra del señor Eyzaguirre. Tampoco lleva a cabo una crítica justa de la estructura económica del país, de su atraso básico, y de su condición semifeudal y semicolonial. Nada. Su estudio primoroso lo dedica en forma excluyente a las cuestiones de límites.

Recuerdo de José Antonio Arze

ARAUCO N°8 junio 1960

He releído algunos capítulos del libro del profesor Louis Baudin: "El Imperio socialista de los incas", traducido por José Antonio Arze, su lectura me ha concentrado en la evocación emocionada y cordial de Arze, gran personalidad política y amigo admirado, con quien tuvimos el privilegio de actuar en diversas tareas.

José Antonio Arze falleció a los 51 años, en Bolivia, su patria, donde había sido catedrático eminente y alto dirigente político. Su fallecimiento, prematuro, a causa de un salvaje atentado sufrido en 1946 (fue herido gravemente y una bala depositada en uno de los pulmones no le pudo ser extraída), afectó hondamente a su país y a sus numerosos amigos y admiradores chilenos. Residió durante varios años en Chile, donde se conquistó el aprecio sincero y profundo de quienes le trataron y convivieron con él. Mantuvo relaciones estrechas con el Partido Socialista y, en 1937, integró la Comisión para crear una Universidad Socialista. En su local, en Nataniel 117, funcionaron durante cierto tiempo varios cursos. El proyecto de aquel organismo fue redactado íntegramente por J. A. Arze. No pudo ser llevado a la práctica por razones financieras. Desde entonces, sin embargo, Arze participó en numerosas labores técnicas del Partido Socialista, donde se le respetó cordialmente. Aparte de sus tareas intelectuales:

traducciones, conferencias acerca de los problemas políticos de actualidad, ensayos sobre temas sociológicos, se preocupó con fervor y cariño de los asuntos de Bolivia. Agrupó a su alrededor a numerosos jóvenes y trabajó por formar una nueva conciencia política revolucionaria, de inspiración socialista y marxista, en el pueblo del Altiplano. Gracias en gran parte a sus esfuerzos, se constituyó con diez entidades el Frente de Izquierda Boliviano (F.I.B.), en La Paz, los días 14 y 17 de febrero de 1940. Ahí se le designó Secretario General. Para las elecciones del 10 de marzo de 1940 se levantó su nombre como candidato a la Presidencia de la República, pero renunció y el F.I.B. acordó su abstención electoral. A pesar de todo, obtuvo en esos comicios varios miles de sufragios.

Instalado en Bolivia, Arze recorrió las principales ciudades en jira de conferencias, preparando el Gran Congreso de Izquierdas a celebrarse en Oruro, el 25 de julio de 1940. Pasó a ser una de las figuras principales de la política boliviana y, al mismo tiempo, se destacó por su labor de maestro y sociólogo. Sufrió persecuciones y peligros sin cuento. (El Primer Congreso de Partidos Democráticos y Populares de Latinoamérica, celebrado los días 3 al 8 de octubre de 1940, aprobó un voto en favor de la libertad de J. A. Arze y algunos de sus compañeros detenidos por el Gobierno reaccionario de Bolivia).

Las alternativas de su vida en los quince años transcurridos desde 1940 a 1955, cuando falleció, son numerosas y muchas de ellas desconocidas por nosotros. En 1946 casi fue asesinado y, aunque salvó milagrosamente, quedó resentido hasta precipitarse su muerte, a los 51 años, cuando más se esperaba de su vasta cultura y de su recia personalidad política y sociológica. Estuvo en Chile algún tiempo antes de morir y tuvimos ocasión de saludarlo, y conversar largamente, en el instituto Nacional, donde dictó un nutrido y magistral curso sobre los problemas económico-sociales de nuestro continente. Su vitalidad intelectual y su riqueza ideológica se mantenían vivas y fecundas. Por eso, la noticia de su inesperado fallecimiento nos sorprendió dolorosamente. Sentimos con emoción de amigo verdadero, y de compañero de ideas, su desaparición.

Frente a la actual revolución boliviana, J. A. Arze sostuvo un criterio de comprensiva cooperación e integró las comisiones de reforma agraria y de nacionalización de las minas. Es que J. A. Arze, redactor casi exclusivo de la plataforma teórica, histórica y programática del F.I.B. (e impresa en Chile en un denso volumen, como verdadero manual sobre la realidad boliviana anterior a la revolución popular) propiciaba ya en 1940 la reforma agraria, la nacionalización de la riqueza minera (estaño, petróleo) y de los transportes, la reorganización del Banco Central y el crédito, la revisión del sistema de impuestos, el desarrollo de la industria metalúrgica y química, la dictación de un moderno Código del Trabajo y el establecimiento del salario vital; la vigencia de la Constitución de 1938 y el amplio ejercicio de las libertades públicas. O sea, Arze se comportó leal y consecuentemente con sus ideas socialistas y con su posición revolucionaria. No obstante, el escritor Augusto Céspedes, uno de los fundadores y dirigentes del Movimiento Nacionalista Revolucionario, en su libro “El Dictador Suicida (Cuarenta años de Historia de Bolivia)”, le aplica varios pinchazos con toda la diablura e ingenio de su polémica pluma. Sobre todo, arremete contra el PIR, por haber repetido, según él, en el marco boliviano las veleidades de la política del Kremlin. De nuestro amigo traza este retrato: “Arze poseía una facilidad casi monstruosa para confeccionar planes y desarrollarlos gráficamente, en esquemas minuciosos…Cochabambino romántico y abstraído como Salamanca, su afición a las grandes magnitudes descubrió en el marxismo el vasto espacio para trazar sus esquemas. En su aparente debilidad, su portentosa capacidad fisiológica era paralela a su poder de asimilación intelectual, con la que se tragó todo Marx, todo Engels, todo Lenin y todos los teólogos, ortodoxos, dogmáticos y exegetas del socialismo científico, hasta quedar él mismo convertido en un diccionario marxista. No logró dar el golpe bolchevique después de la guerra del Chaco

(según Carlos Montenegro, porque no era el mes de octubre) y fundó el 40 el PIR, partido que quedó muy atrás de sus inmensos objetivos…".

Como hemos dicho, desconocemos en forma directa las actividades de Arze en aquellos años para poder ratificar o rectificar el juicio reproducido. Y en cuanto a su definición intelectual, Céspedes se limita a caricaturizar su extraordinaria cultura socialista y su supuesto utopismo.

El temprano deceso de J. A. Arze ha sido doloroso, por su gran pérdida para la cultura boliviana. Absorbido por sus tareas organizativas, políticas y docentes no alcanzó a elaborar la obra sistemática y honda sobre el desarrollo social de Bolivia, que su talento superior y su cultura amplísima habrían entregado, sin duda, en años próximos.

Su extraordinario comentario a la obra de Louis Baudin: "El Imperio Socialista de los Incas", como prólogo de la edición castellana por él realizada, exhibe la vastedad de su preparación histórica y sociológica. Rectifica numerosos de los juicios de Baudin y polemiza con vigor con numerosos escritores y políticos preocupados por definir el carácter de la organización incaica.

Después de exponer en certera síntesis los rasgos fundamentales de un régimen socialista, se pregunta si las fórmulas ideales del socialismo científico tienen algo de semejante con el supuesto socialismo del Imperio Incaico. Responde que no, y sintetiza su apreciación en estas líneas: "...El socialismo exige como buena base una técnica productiva avanzada y el Imperio la tenía sumamente rudimentaria; el Socialismo exige, para su implantación, la previa presencia de un proletariado, que es consecuencia de la gran industria, y el Incanato desconocía esa clase; el socialismo tiende a una efectiva igualdad de todos los seres humanos, a emanciparlos económicamente, preparando así las condiciones de la libertad del individuo en sus más altas manifestaciones, todo lo cual culmina en la racionalización de la vida social como resultado de la acción inteligente y libre de todos los componentes de la sociedad; en el Imperio Incaico, el fundamento de la organización es la desigualdad declarada entre la élite sojuzgante y la gran masa: ésta, por tanto, carece de verdadera libertad e interviene en el proceso social con pasividad de autómata, ya que la función racionalizadora es atributo exclusivo de la aristocracia".

Según Arze, el Imperio Incaico careció de la técnica productiva indispensable para la posibilidad de un régimen socialista y porque, además, fue una organización esencialmente clasista.

Sin duda, en tiempo cercano, discípulos de J. A. Arze nos entregarán un estudio completo, objetivo y comprensivo, de su vida, de su papel realmente desempeñado en Bolivia, y de sus desvelos en favor de la democracia y el socialismo.

Revolución Socialista del 4 de Junio de 1932

ARAUCO N°8 junio 1960

Frente a la realidad social, económica y política chilena posterior a la dictadura de Ibáñez, surgen diversos grupos revolucionarios que, orientados por los principios socialistas, inician una acción política más justa y certera, encauzada a superar el panorama infecundo que vivía el movimiento obrero. Nacen la "Nueva Acción Pública" (NAP); la Acción Revolucionaria Socialista (ARS); el Partido Socialista Marxista; el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista. La labor tenaz de esos grupos, el descontento de las masas, el desgobierno y las irritantes injusticias cometidas por los personeros de las clases poseedoras

en el poder, dieron el triunfo a un movimiento revolucionario encabezado por el coronel Marmaduke Grove. El 4 de junio de 1932 cae derrotado Juan E. Montero y se instaura un gobierno socialista.

La revolución socialista del 4 de junio de 1932, cuyas principales figuras fueron Marmaduke Grove, jefe militar, y Eugenio Matte Hurtado, dirigente civil, significó una esperanzada perspectiva para la organización de las masas dentro de los principios del socialismo. El pueblo entero se movilizó tras la Junta Revolucionaria de esos días en contra de la oligarquía terrateniente y plutocrática, explotadora del país. Su consigna concreta de "Pan, techo y abrigo" resumía los anhelos insatisfechos de las mayorías nacionales. Precisamente, el Plan de los 50 puntos, que contenía las medidas esenciales que el equipo de la revolución intentaba llevar a cabo, se podía resumir en la necesidad urgente e imprescindible de alimentar, vestir, domiciliar y educar a las grandes masas populares.

Los dirigentes revolucionarios comprenden que los soportes económicos en que descansa el régimen dominante son el latifundio y el capital imperialista. Mientras no se destruyan esos cimientos de opresión no podrá implantarse un nuevo sistema que permita el bienestar efectivo de la clase, trabajadora. En su "Programa de acción económica inmediata" señalaron, entre otras cosas, con justeza, los efectos tremendos de la penetración imperialista en el país: "todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero. A consecuencia de esta política, la administración del crédito, el ejercicio del comercio interno y externo y el control de los salarios y del mercado de los brazos se han escapado de nuestras manos. Hemos visto a los gobiernos y a los particulares recurrir constantemente al crédito exterior para movilizar la riqueza nacional; aun se ha recurrido a él en aquellos casos en que los artículos importados representaban una parte insignificante de las inversiones. Por su parte, las casas comerciales extranjeras han llegado a monopolizar nuestro comercio interno mayorista y el comercio externo de exportación e importación está exclusivamente en sus manos. Finalmente, empresas extranjeras tienen en su poder toda la industria pesada de producción en materias primas y una gran parte de los servicios públicos. Las funestas consecuencias de semejante política son claras: afluencia desordenada de los créditos contra el exterior ha permitido, por una parte, a las casas y a las empresas extranjeras hacer efectivas en el exterior las pingües ganancias que obtenían en el interior y, por otra parte, ha transformado a nuestro país en un gran comprador de artículos superfluos y de lujo, ya que no es posible importar los créditos sino las mercaderías. Esta última circunstancia ha sido especialmente funesta para la economía y para el orden social, pues ha fomentado una vana prodigalidad en nuestra clase capitalista y un doloroso pauperismo en nuestra clase proletaria. El monopolio del comercio por las casas extranjeras las ha llevado a ser los árbitros de los precios en nuestro mercado, arma que ha sabido esgrimir para esquilmar a los productores y esclavizar a los consumidores. La entrega a empresas extranjeras de toda nuestra industria pesada y de gran parte de los servicios públicos ha puesto en sus manos el control de los salarios, el mercado de los brazos y el valor de la moneda. Nuestra clase privilegiada ha vivido embriagada con los lujos y la molicie que le proporcionaba el capitalismo extranjero a cambio de nuestras riquezas naturales y de la miseria del pueblo. Por eso, en la advenediza burguesía de Chile, más que en ningún país que se diga libre, se ha evidenciado un mayor respeto por todo lo que no es nacional..."

Los revolucionarios del 4 de junio contemplaban en su programa una serie de medidas radicales para iniciar la transformación del país, eliminando a la oligarquía plutocrática y al imperialismo. Entre ellas, la organización racional y científica de la producción en sus diversas ramas: agrícola, minera e industrial, mediante la creación del Ministerio de Economía Nacional; revisión de las concesiones al capital imperialista; creación del Banco del Estado; control del comercio interno y externo y del crédito en

beneficio de las masas laboriosas, para impedir la explotación capitalista; modificación del sistema tributario, gravando las grandes rentas para hacer más equitativa la repartición de las riquezas; impuesto extraordinario y progresivo a las fortunas superiores a un millón; plan de colonización; reforma educacional; estanco del oro, yodo, bencina, azúcar y alcohol.

Durante su breve permanencia en el poder solamente alcanzaron a realizar algunas medidas elementales, como ser: amplia amnistía por delitos políticos, y sociales, reposición de los maestros expulsados de sus cargos y anulación de las medidas disciplinarias del Consejo Universitario; clausura del ignominioso Congreso Termal; suspensión de los lanzamientos de arrendatarios que pagaban una renta mensual inferior a 200 pesos; envío de 300 colonos con sus familias al fundo fiscal "El Sauce"; se ordenó a las Cajas de Crédito Popular que devolvieran a los empeñantes los objetos indispensables para la vida y trabajo domésticos; se dispuso que la Caja Nacional de Ahorros concediera créditos hasta el 50% de su capital a los comerciantes que giraban con menos de 200.000 pesos; autonomía universitaria, declarándose inviolables por las fuerzas armadas los recintos universitarios.

El programa de los revolucionarios no era socialista, sino de transición, por cuanto no hablaban de la socialización de la tierra ni de los medios de producción en general; tampoco de confiscación de las grandes fortunas laicas y del clero. No obstante, el gobierno del 4 de junio produjo un despertar popular gigantesco y todo el país se conmovió en una rumorosa marejada de esperanzas. La oligarquía vivió días de pavor y algunos de sus personaros hasta alcanzaron a efectuar medidas "socialistas" en sus empresas, para marchar a tono con los nuevos tiempos (así, por ejemplo, don Agustín Edwards, acaudalado banquero y comerciante, decretó la socialización de El Mercurio, el diario más antiguo y poderoso del país, y el más neto vocero de la plutocracia nacional).

La acción mancomunada de la oligarquía y el imperialismo provocó la caída de los revolucionarios del 4 de junio, quienes no tuvieron un partido estructurado en qué apoyarse, ni supieron tomar medidas radicales para desmontar la máquina administrativa reaccionaria ni para crear una fuerza armada popular. Estas debilidades se explican por la carencia de homogeneidad en el equipo director del movimiento y por su falta de una madurada concepción teórica y política y su correspondiente programa. Sin embargo, a pesar de su corta duración (4-16 de junio de 1932), la revolución mencionada constituye un acontecimiento de extraordinario interés en la historia de las luchas sociales de nuestro país y abrió una nueva etapa de vastas proyecciones en el movimiento obrero nacional, con la fundación del Partido Socialista, en abril de 1933, como un mandato perentorio de aquella breve y fecunda revolución.

LA JUVENTUD DE 1930 Y EL SOCIALISMO

ARAUCO N°9 julio 1960

Pertenezco a la juventud formada durante los turbios años de la dictadura militar y surgida al primer plano de la actividad pública en 1930, en lucha abierta contra la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo. Contribuyó a su caída con un fuerte bagaje de generosidad y entusiasmo, como vanguardia abnegada del descontento nacional, cristalizado en un movimiento unánime de insurgencia ciudadana, triunfante el 26 de julio de 1931. En seguida, esta juventud participó en las grandes luchas sociales de 1931-1932, donde se constituyeron nuevas agrupaciones políticas y entre ellas, el Partido Socialista, en cuyas filas se incorporó un grueso sector de aquella generación.

I

Cuando Ingresé al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, con el propósito de estudiar Historia y Francés, en marzo de 1929, nuestro país vivía bajo la tiranía de Carlos Ibáñez del Campo. La sociedad entera yacía envuelta en una extraña situación. En las distintas regiones del país, grandes obras públicas modernizaban su tosca superficie, daban trabajo bien remunerado y mantenían tranquila a la población. La vida, en general, era barata. El ambiente material aparecía próspero y brillante. Algunos sectores gozaban de un trato excepcional. Las fuerzas armadas y policiales poseían privilegios especiales, por cuanto constituían el principal sostén del régimen; la burocracia, bien rentada y soberbia, crecía de manera sorprendente y hacia ella se orientaban las aspiraciones de una juventud ambiciosa y optimista, segura de encontrar cargos elevados y remunerativos. La penetración caudalosa del capital imperialista norteamericano desarrollaba las industrias extractivas y, al mismo tiempo, permitía un margen de industrialización en los sectores livianos, dando origen a una burguesía nativa, intermediaria del imperialismo, bastante considerable. Los estratos tradicionales, latifundistas, grandes comerciantes y financistas vegetaban seguros y con mayores negocios, a la sombra de la penetración imperialista, beneficiándose con ella y ayudándola. De tal manera, además, aseguraban el mantenimiento intacto de las atrasadas formas de explotación del campo y no se inquietaban por el desenvolvimiento de una industria pesada nacional. El país experimentaba una evidente evolución, pero, desgraciadamente, sólo afectaba su exterior, su piel, pero por dentro, en su fondo o esqueleto, continuaban el atraso y la explotación primitiva.

Si eran ciertos el avance material y el dinamismo técnico-financiero del país, el espíritu de la ciudadanía, en cambio, en su casi totalidad, experimentaba, en lo íntimo, un sentimiento de malestar, una secreta angustia deprimente. Detrás del desarrollo material, el amplio ritmo de las obras públicas, se advertían empréstitos enormes comprometedores del porvenir; ostentosos derroches e inmoralidades insultantes. Era evidente una corrupción generalizada, únicamente mitigada o sofocada apenas por la dictadura. Pero, lo principal y más grave en esta realidad, lo constituía la tiranía. La existencia de un poder omnímodo y arbitrario frente al cual no era posible ejercer ningún derecho; donde el ciudadano carecía de toda seguridad y defensa, envenenaba la atmósfera nacional y producía un marasmo cívico doloroso y lamentable. La falta de libertad pesaba agobiadoramente en todos los espíritus y en las diversas actividades, aplastando la vida política y espiritual de los individuos y de la colectividad. El temor generalizado impedía la vigencia de la espontaneidad creadora o, simplemente, del intercambio corriente y natural, entorpeciendo hasta las simples relaciones cotidianas de amistad o convivencia. La desconfianza ante las infidencias de soplones o adversarios, paniaguados del régimen, ponía una nota de inquietud y sospecha permanentes. Las modestas relaciones diarias, de trabajo, oficina o conversación, resultaban un peligroso juego donde se consumía una considerable energía nerviosa, por la cautela, el recelo y el temor. Nadie se atrevía a expresar sus sentimientos profundos, sus opiniones sinceras y, a la vez, se debía soportar en silencio, o con una sonrisa cómplice, la satisfacción y soberbia de la minoría adepta al régimen, usufructuaria de sus prebendas y sinecuras a costa del patrimonio nacional y de la libertad de sus habitantes. Los favoritos de la dictadura se pavoneaban ufanos e insolentes, en actitud de provocadores o de perdonavidas.

El gobierno y sus partidarios sufrieron una sorpresiva advertencia de repudio a sus dilatados desmanes a mediados de 1930, cuando se desataron los primeros movimientos estudiantiles de protesta contra el régimen vigente. Aunque fueron sofocados con cierta rapidez, lograron inquietar a la opinión pública y durante varios días, en los diversos hogares capitalinos, se comentaron con acritud los abusos de la

tiranía. Los plumíferos a sueldo de la Moneda tuvieron conceptos despectivos para los jóvenes universitarios; sus interpretaciones calificaron sus ruidosas asonadas como manifestaciones y rebeldías de jóvenes irresponsables, sin raíces en la opinión ciudadana. Y la relativa indiferencia demostrada por ésta a lo largo del país, ratificaba en cierto modo su juicio optimista. Pero, en seguida, como una ola devastadora cayó sobre la economía del país y las finanzas del régimen la peor crisis del sistema capitalista, provocando la bancarrota del gobierno.

II

En 1930 la crisis del capitalismo y la acción de la dictadura, como apéndice del imperialismo norteamericano, produjeron en el país un tremendo desequilibrio social. La clase dominante entró en descomposición; renació el movimiento obrero y en su torno se polarizaron, en forma acelerada, las clases medias, y la juventud, animada por su rebeldía idealista, se sumó con grandes contingentes a las luchas del proletariado, todo lo cual originó una amenazadora marea popular.

La opinión pública que había celebrado la destrucción del estéril e inmoral régimen parlamentario resistía la dictadura militar sucesora de aquél, aunque el temor a la represión policíaca y la prosperidad económica la mantenían paralizada. El parlamentarismo causó la corrupción política y espiritual del país, embriagando a la ciudadanía con interminables discursos, mientras en la sombra se aprobaban contratos por medio de los cuales se entregaban las riquezas nacionales al capitalismo extranjero, remachando la servidumbre económica del país. La dictadura militar destruyó el parlamentarismo corrompido, pero provocó, a su vez, profundos trastornos. Agravó la subordinación del país al dominio imperialista; envileció la conciencia pública y desacreditó la autoridad, extendiendo el descontento y el temor. De ahí la justeza de esta cita de Domingo Melfi, en su ensayo “Sin Brújula”, aparecido en 1932: “Waldo Frank ha dicho que no es sólo culpable de la servidumbre económica de Hispanoamérica el Calibán norteamericano, el ávido banquero de Wall Street; tanto o más culpable que aquél lo es el Calibán que negocia para mantenerse en el poder las riquezas y las fuentes de riquezas de su suelo...A trueque de extender la mentira de un bienestar colectivo que le permita prolongar su permanencia en el mando no vacila en traficar con la misma independencia económica de su patria...”

La dictadura no pudo soportar la cesación de los empréstitos extranjeros, básicos para mantener su plan de obras públicas, con el cual adormecía la conciencia ciudadana, ni tampoco pudo detener el ímpetu del movimiento estudiantil, al cual se sumó pronto la totalidad de las fuerzas vivas de la nación, en una impresionante acción de lucha y repudio, hasta desencadenar una huelga general a fines de julio.

La dictadura cayó el 26 de julio de 1931 y le sucedió la administración civilista de Juan Esteban Montero. Pronto el nuevo régimen se demostró incapaz y mediocre, porque quienes le llevaron al poder pertenecían a las clases sociales y agrupaciones políticas causantes de la desorganización de Chile, aliadas del imperialismo y sostenedoras de la dictadura de Ibáñez. Llevaron a Montero al poder con ideas y posiciones anticuadas, desconectadas de las nuevas fuerzas sociales, de la juventud, de los anhelos del instante, es decir, de la realidad. Eran partidos reaccionarios, individualistas, sin arraigo ni en la juventud ni en el pueblo. Aunque algunos sectores fueron conspiradores en contra del gobierno de Ibáñez y varios de sus dirigentes perseguidos por la dictadura, las mayores fracciones habían apuntalado la tiranía y en general, todos sus elementos eran oportunistas, alejados del contacto fecundo con las masas, sólo preocupados de pequeñas rencillas de asamblea, ambiciones personales y maniobras sin trascendencia.

Tanto el soberbio sistema dictatorial de Ibáñez como el inepto gobierno civilista de Montero, fueron repudiados por las fuerzas populares, por ser la expresión de los apetitos e intereses de las clases poseedoras, de la Iglesia y del imperialismo. A sus organismos políticos no se les reconoció ninguna beligerancia, pues estaban ajenos a las inquietudes y aspiraciones del momento.

En el seno de las fuerzas populares se hizo verdad irrefutable que todos los males económicos y sociales del país provenían de la incapacidad y del egoísmo de las castas oligárquicas y de sus aliados. Con su apoyo, o su indiferencia, se lo entregó al dominio del capital internacional. Sus dirigentes políticos se exhibieron mediocres, deshonestos y demagogos.

En la juventud de 1930, inconformista y combativa, se fundieron los sentimientos provenientes de la repulsa a una tiranía corrompida y envilecedora por sus sistemas de represión y de espionaje, sus despilfarros y su entrega al imperialismo, con un marcado predominio de arribistas y aprovechadores sobre la mansedumbre triste de los humildes, y las razones surgidas de la comprensión que un mundo anacrónico y podrido, moría en los espasmos de la incapacidad y del fracaso: el mundo del liberalismo económico, del egoísmo burgués, de la despiadada prepotencia de la oligarquía plutocrática y conservadora, del insaciable sistema del capitalismo imperialista.

La incapacidad del gobierno de Montero, manejado por sectores sociales y económicos caducos, reaccionarios, consolidó los sentimientos y las razones de la generación de 1930, para desatar un vasto movimiento popular, socialista y democrático, capaz de derribar aquel sistema carcomido y moribundo, y poner en su lugar un nuevo régimen de justicia económica, de igualdad social, de libertad política y espiritual, donde desaparecieran las instituciones arcaicas, los privilegios seculares y los poderes opresivos. Su primera prueba de magnitud se relacionó con la revolución socialista del 4 de junio de 1932, aunque en ella el papel de la juventud y de las masas trabajadoras no alcanzó primacía, por su todavía débil organización y su falta de sazonada madurez política.

III

La juventud de 1930 inició su acción colocándose a la cabeza del avance ciudadano en oposición a la dictadura y, al mismo tiempo, se puso en las primeras filas de la lucha social por un nuevo régimen, por la transformación de la realidad nacional. Es una generación cargada de inquietud social, nutrida en la literatura socialista y plasmada en la pugna contra el despotismo y la represión imperantes en el país y en el ataque al régimen capitalista, cuyas contradicciones, injusticias y tendencias contrarias a la dignidad del hombre, quedaron al descubierto en la tremenda crisis de 1930. Fue una juventud beligerante y combativa. Marchó en estrecha unión con el movimiento obrero, y consolidó una recia unidad obrero-estudiantil. Así, su brega por la reforma de la Universidad la desató como parte de un programa más amplio, subordinada a la contienda por un cambio de régimen. Precisamente, una de las debilidades de la juventud de año 20 fue la de haber reducido su movimiento a la reforma universitaria como objetivo total y desligado del proceso social y político y de las clases trabajadoras, aunque explicable porque la clase obrera era aún débil y la conducción del movimiento social estuvo a cargo de las clases medias demagógicas.

El movimiento de la juventud de 1930 superó el carácter pequeñoburgués de aquél con su alianza obrero-estudiantil y con su espíritu revolucionario. La actuación de la generación de 1920 fue un tanto romántica, de rebeldías líricas, anárquicas y grandilocuentes, pero careció de empuje y de constancia. Demasiado individualista y, ante todo, literaria y política, en ella se dio una confusa mezcla de idealismos

y apetitos; de generosidad y de egoísmos... Muchos de los grandes líderes de 1920 se entregaron a la oligarquía, a la cual habían combatido con palabras de fuego, sucumbiendo en calidad de burócratas, de politiqueros o de indiferentes vecinos que solo recordaban sus gestos libertarios como locuras de juventud.

La juventud de 1930 es revolucionaria, impregnada de un poderoso anhelo de justicia. Desea con fervor instaurar un nuevo régimen económico, social, político y espiritual, porque condena la inicua realidad de miseria, de opresión, de atraso, de podredumbre del país y, a la vez, crece coincidiendo con la actividad revolucionaria de la generación europea de post-guerra, enemiga del capitalismo individualista, por ser quien recurre a la guerra para dar salida temporal a sus contradicciones, y por su negación del hombre, de su dignidad, al transformarlo en un ínfimo instrumento productor de bienes en beneficio de la burguesía ávida, derrochadora e inmoral.

En la lucha desatada en el mundo, la juventud de 1930 se colocó al lado de quiénes combatían los mitos de la superstición capitalista, las depredaciones del imperialismo y el egoísmo sórdido de las clases burguesas, agotadas y corrompidas por la ambición, el lucro y el cinismo. O sea, se pone junto a las clases trabajadoras en rebelión contra la explotación y la dictadura. No quería nada ni con el pasado, ni con los políticos camaleones, ni con su política tejida de miseria, y resignación. Es profundamente creadora, anhelando un cambio radical y, en consecuencia, una política de realidades, dinámica, fundada en un análisis exacto de las necesidades de la época y en una movilización de todo el pueblo como medio para imponerlo. De aquí se originó su agrupamiento y su esfuerzo por dar vida a un vasto movimiento de renovación dirigido a poner término al atraso económico y a las injusticias sociales y a superar la incapacidad de los viejos partidos políticos y los apetitos primarios, la avidez de presupuesto, de los taimados politiqueros profesionales. Entonces se enlazó al movimiento obrero y, ayudó a generar varios grupos políticos nuevos, revolucionarios, y, también, tuvo una participación indiscutible en la revolución socialista del 4 de junio de 1932.

Entre las nuevas agrupaciones políticas surgidas en esta época de cambio, se destacó el Partido Socialista, fundado el 19 de abril de 1933 por la fusión de todos los grupos socialistas existentes. Un grueso núcleo escogido de la juventud de 1930 participó en el proceso de dar vida y existencia a un partido revolucionario y a un movimiento impregnado con sus mejores cualidades: espíritu sinceramente revolucionario, emoción creadora, comprensión de la realidad circundante; ideas programáticas nuevas; denuncia constante de los privilegiados, de los satisfechos y resignados; fe ardiente en un porvenir mejor.

La juventud de 1930 exhibió siempre estas cualidades. Es una juventud entusiasta, irreverente, iconoclasta, generosa en su actuación; lucha con vigor, decoro y responsabilidad; desprecia a los indiferentes, a los fatalistas y a los calculadores; denuncia a los renegados y a los oportunistas, a los arribistas y a los serviles; su fe es fuerte y contagiosa y, por eso, no admite a los hombres inmóviles, agobiados por los prejuicios y las vacilaciones, sin fuerza espiritual ni pasión realizadora. La generación de 1930 se encuentra en la base del poderoso movimiento socialista chileno desatado desde 1931-32, con la caída de la dictadura de Ibáñez y la revolución socialista de junio de 1932, para continuar con la fundación del Partido Socialista y, más tarde, se coloca en el primer plano de la realidad política con el triunfo del 25 de octubre de 1938, fecha trascendental en el proceso de democratización de Chile.

Dos Estudios sobre la Revolución Francesa

ARAUCO N°9 julio 1960

Una obra muy reciente, de extraordinario interés, sobre la revolución francesa es la de Daniel Guérin: “La lutte des classes sous la première République Bourgeoise et Bras nus, 1793-1797”, en dos volúmenes. Este trabajo es una interpretación marxista. Karl Marx que había sacado de la Revolución Francesa su idea de la “revolución permanente” proyectó escribir una historia de la Convención. Su discípulo, Karl Kautsky, publicó un folleto de vulgarización sobre los orígenes del proceso revolucionario. Existen otros ensayos de este mismo carácter, como, por ejemplo, el capítulo respectivo en la “Historia de la época del capitalismo industrial”, de Efimov y Freiberg; y un cuadernillo de la “Historia del movimiento obrero”, de Duncker, Goldschmidt y Wittvogel. También la han estudiado desde el punto de vista marxista algunos historiadores soviéticos. Entre los franceses es Daniel Guérin quien realiza concienzudamente este propósito en la obra que indicamos.

Guérin, para llevar a cabo su estudio, somete a una severa crítica previa a los historiadores más importantes que le han precedido. Así, para él, Luis Blanc, historiador socialista, permanece siempre “en el camino trillado de la democracia burguesa”. Jean Jaurès, más socialdemócrata que socialista, “no ha roto el cordón umbilical que lo une a la democracia burguesa” y permanece “materialista con Marx y místico con Michelet” por lo que los conflictos de clases le parecen menos importantes que las luchas de los partidos, y es injusto con respecto a los “Enragés” (“rabiosos”) a quienes Marx consideraba como a los representantes principales del movimiento revolucionario a la vez que ha comprendido mal a los Hebertistas y a los Babevistas.

En lo que respecta a Albert Mathiez, expresa que a pesar de estar familiarizado con algunos aspectos del materialismo histórico y ser autor de páginas clásicas sobre muchos episodios de la revolución “no quiere admitir que la lucha de clases forma el fondo de la historia” y por amor a Robespierre y odio a Danton (defendido antes con encarnizamiento por Aulard), ha desvirtuado algunos de los sucesos más significativos de la revolución, de tal suerte que Mathiez es “culpable de haber reducido el acontecimiento más grande de los tiempos modernos al nivel de asquerosos enredos, de turbias intrigas de una quinta columna”. En cambio, estima que Georges Lefebvre es un historiador de gran corazón que adelantó en muchos aspectos la historia del confito revolucionario que analizamos.

Por los antecedentes mencionados, Daniel Guérin aporta una visión de la Revolución diferente de la de sus predecesores. A pesar de que ataca a Jaurès, es una frase de este historiador la que mejor define el intento de Daniel Guérin: “De la verdad, por sobre todo, es de lo que tiene necesidad el proletariado que lucha”.

En el libro de Guérin no se da tanta importancia a la resurrección de las grandes figuras, sino al estudio del movimiento de las masas. Desde la caída de los girondinos hasta la ejecución de Babeuf nos muestra cómo se han combinado una revolución burguesa y un embrión de revolución proletaria, por cuanto en este período revolucionario las dos corrientes han cabalgado siempre la una sobre la otra. Este proletariado inorganizado de 1793, los “Sans Culottes”, que Michelet llama ‘‘les bras nus”, se oponen a los pequeños burgueses, quienes parecían tan próximos a ellos. Mientras que los historiadores burgueses, y aún el mismo Jaurès, cortan la historia, en fajas rígidas: feudalismo, revolución burguesa, revolución proletaria, y no admiten que haya cabalgado uno de esos periodos sobre otro; Guérin trata de demostrar cómo en el seno de la fase burguesa se preparan y se manifiestan movimientos proletarios.

Según Guérin, a Jaurès “el comunismo de Babeuf se le aparece por momentos como una excrecencia anacrónica más bien que como el término lógico de la Revolución. Al contrario, el marxismo auténtico descubre, disimulados en el árbol espeso de la revolución burguesa, los jóvenes, retoños de otra lucha de clases, de otra revolución, prolongación y fin último de la que comenzó en Francia en 1789”. Esta yuxtaposición de dos tendencias revolucionarias en el seno de la Revolución francesa tiene, como en todos los acontecimientos históricos, causas económicas: “Es que la Francia de 1793 era, desde el punto de vista de la evolución de las formas de producción y de propiedad, una combinación heteróclita de elementos retrógrados y de elementos modernos, de elementos retrasados sobre la revolución burguesa y de elementos que tendían a saltar la revolución burguesa”. Son los “bras nus” quienes han forzado la mano de la burguesía para tomar la Bastilla; para trasladar la reyecía de Versalles a París; para hacer sancionar por el Rey la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; para actuar en la insurrección del 1° de agosto y en las masacres de septiembre; para ejecutar a Luis XVI, para castigar a los Girondinos, mientras que por temor al torrente revolucionario la Montaña, amante del orden, ha frenado bruscamente la descristianización. Una vanguardia proletaria exigente y agresiva obligó a la burguesía a conducir la revolución hasta el fin. En 1793 Guérin cree poder reconocer una línea de acción puramente proletaria en su violencia antiparlamentaria que se expresa en el dramático conflicto que opone a la Comuna del año II a la Convención y su apogeo se produce en las jornadas, de septiembre de 1793 cuando los “ventres-creux” (los “estómagos vacíos”) arrancan a los montañeses medidas económicas de excepción; la fijación del máximum, la pena de muerte contra los acaparadores, la creación del ejército revolucionario destinado a inspirar un sano terror a los ricos hacendados. Para Guérin fue Robespierre quien domesticó la Comuna, dispersó las sociedades populares, contuvo las alzas de salarios y reprimió las huelgas. Se demuestra un hombre de orden, un pequeño burgués tentado por la dictadura, más cerca de Thiers que de Bonaparte. Su opositor, Hebert, según Guérin, solamente ha servido ocasionalmente los intereses de los “bras nus”, pero en el fondo es un burgués demagogo en busca de ventajas políticas; él y sus partidarios consideraban a la revolución únicamente como una carrera y no, según decía Jaurès, “como un ideal y una carrera a un tiempo”.

Hebert y sus acólitos, en cuanto toman conciencia, en septiembre de 1793, del peligro que han suscitado, a raíz de la violencia de las reivindicaciones sociales de los oprimidos, buscan cómo derivar esta cólera hacia otro plano y así empiezan la campaña de descristianización. El éxito de esta campaña fue fulminante y la explosión de odio anticlerical en un principio, después francamente anti-religioso, sobrepasó la esperanza de los hebertistas. Pero Robespierre en su discurso en los Jacobinos, el 21 de noviembre de 1793, hizo una declaración de guerra a los descristianizadores. He aquí para Guérin la vuelta capital, pues es de aquí cuando data el sobresalto burgués, el reflujo revolucionario y una a una, van a ser perdidas las conquistas sociales del proletariado. Robespierre había rehusado aplicar la Constitución de 1793, por lo que el 20 de mayo de 1795, los elementos populares amotinados invadiendo la Convención gritaban a los diputados: “¡Váyanse todos! ¡Nosotros mismos vamos a formar la Convención!” Es que Robespierre y la burguesía revolucionaria querían “una dictadura por arriba” y los “bras nus” reclamaban “una revolución por abajo” en los clubes y en la Comuna. He ahí todo el drama de la revolución.

La interpretación de Daniel Guérin aporta un indudable enriquecimiento sobre los relatos anteriores de la revolución francesa. Tal vez su visión está limitada desde que para él solamente el marxismo ortodoxo constituye la única llave de la historia. Por tal motivo enfrenta el estudio y explicación de la historia con un espíritu “a priori”, con un lote de ideas preconcebidas, que empleadas sistemáticamente terminan

por esterilizar la historia en vez de diversificarla. Sin embargo, a pesar de su punto de vista estrecho y sectario, al pretender renovar la explicación de los hechos históricos, aclara uno de los aspectos más obscuros y menos considerados de la revolución francesa. Por otra parte, la seriedad del inmenso trabajo realizado y la generosa pasión por los desheredados que lo anima hace útil y necesaria su lectura.

Desde el punto de vista del criterio que debe imperar en la investigación histórica representa un punto de vista opuesto al de Guérin el que sustenta Máximo Leroy y por ello digno de conocerse, por lo menos en su planteamiento general. Lo formula en el prefacio y en la introducción de su notable obra: "L'Histoire des idées sociales en France", (Tomo I. "De Montesquieu y Robespierre"). Según Leroy "la historia enseña que persiste la constante de un terrible duradero humano bajo las fluctuaciones de la moda, del lenguaje, de la ambición, del saber". Pues bien, "es ese duradero que tenemos que conocer en su detalle, en su horrible detalle, terrorista, rojo o blanco, detalle tan a menudo atroz y desesperante".

Lo que M. Leroy busca en la historia son las enseñanzas que derivan "del duradero psicológico" y no las tesis partidarias sociales o políticas. Leroy no es marxista, es más bien de formación prudoniana. Estima que los marxistas a pesar de sus pretensiones para substituir el socialismo utópico de Saint-Simon o de Fourier por un socialismo científico, no son menos utópicos que sus antecesores. Para él "la utopía de Saint-Simon o de Fourier radica en la descripción de sus instituciones del porvenir; ellos habían sido utópicos, sobre todo Fourier, por sus planes. La utopía de Marx radica en el rol que él ha creído que jugarían las circunstancias económicas en tanto que creadoras revolucionarias del porvenir".

A Leroy le repugna todo sistema o dogmatismo simplificador y evita todo fanatismo político y social. Para salir de la utopía, para despejar, sin mutilarla, la realidad de una época, la historia debe ser pluralista y tener en cuenta todos los aspectos del espíritu humano. La búsqueda histórica constituye "una obra de ensanchamiento espiritual que conviene perseguir con una especie de piedad humana, para no perder nada de la experiencia de quienes nos han precedido en las vías dolorosas de la historia". Es enemigo de la tendencia a esquematizar, a caricaturizar lo real, a penetrar por fractura en la interpretación de los hechos.

La revolución de 1789 no fue un movimiento socialista, como algunos escritores han manifestado. El único movimiento de esa tendencia fue la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Gracchus Babeuf, en 1797, contra el Directorio, que fue vencida y aplastada.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria elaborada durante ese proceso fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de los trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón), ni tampoco la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución haya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones, de su

dominio, de su ideario filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático burgués.

Una Biografía Polémica de Arturo Alessandri Palma

ARAUCO N°10 agosto 1960

A comienzos de 1953 apareció el volumen primero, y en 1954 el volumen segundo, de la vasta obra del historiador Ricardo Donoso: "Alessandri, agitador y demoledor. (Cincuenta años de historia política de Chile)". El volumen primero abarca desde la llegada del fundador de la familia, don Pedro Alessandri Tarri el 26 de abril de 1821, hasta la Presidencia de don Emiliano Figueroa Larraín. El volumen segundo, desde aquí al fallecimiento de don Arturo.

El amplio estudio de Ricardo Donoso está redactado con la escrupulosa minuciosidad que el autor pone en todas sus obras. A veces su lectura se toma fatigosa a causa de la excesiva extensión dada a los sucesos de mínima cuantía de la politiquería de la época y porque el relato prolijo de acontecimientos, debates o documentos desligados de la actuación del personaje central ahoga y esfuma a menudo su figura. De todos modos, posee un valor considerable para el conocimiento pormenorizado de la evolución de Chile, desde la Administración de Federico Errázuriz Echaurren en adelante. A pesar de la gran importancia que asigna a la descripción de la guerrilla política, cambios ministeriales y debates parlamentarios, también se afana por informar sobre el movimiento social y popular, exponiendo sus principales reivindicaciones y la situación lamentable de las clases laboriosas; al mismo tiempo anota las crueles represiones llevadas a cabo por los poderes públicos, sordos y ciegos ante el justo clamor de una masa angustiada, origen de la denominada "cuestión social".

En cuanto a la personalidad, existencia y actividades de Arturo Alessandri Palma, nos da una detenida crónica. En el abuelo. Pedro Alessandri Tarri, natural de Pisa, quien de modesto artista llegó a hombre de empresa, de considerable fortuna, cree encontrar ya los rasgos psicológicos de la familia y, sobre todo, de su biografiado: audacia, espíritu de iniciativa, falta de escrúpulos, histrionismo y pasión por el dinero.

La primera actitud política de Arturo Alessandri Palma se remonta a la época de don José Manuel Balmaceda. A pesar de haber sido designado empleado de la Biblioteca del Congreso, en 1890, mientras estudiaba Derecho, se adhirió a la causa revolucionaria y, en tanto, "con una mano percibía el sueldo de bibliotecario del Congreso, con la otra atacaba violentamente al Dictador desde las páginas del periódico "La Justicia" que circulaba clandestinamente" ... Más tarde fue diputado y miembro incondicional de la coalición gubernativa.

Errázuriz "chico" fue su modelo político y él le permitió un paso fugaz y discutido, por el Ministerio. Durante "los años inútiles", de anarquía política e inmoralidad administrativa (escándalos de las cachimbas en la región del salitre; de las concesiones de tierras en el sur; de la constante devaluación de la moneda, etc.), y cuyas causas sociales y económicas denunció con valentía Malaquías Concha, el diputado Alessandri no exhibió ningún perfil inconformista; por el contrario, se demostró "papelero" (a pesar de las vigorosas palabras del diputado Francisco A. Encina impugnando las emisiones destinadas exclusivamente a fomentar las especulaciones bursátiles) y contrario al sufragio universal. En una sesión (6 de febrero de 1908), comete un sabroso "lapsus-linguae" que le descubre el subconsciente. En vez de decir que renunciaría a su candidatura a diputado, expresa: "yo preferiría resignar mi candidatura presidencial".

En 1915 es elegido senador por el norte, conquistando su apodo de “León de Tarapacá”. Un hecho luctuoso ensombrece esa enconada justa: el asesinato del Prefecto de Iquique, de apellido Delgado, por un matón, un tal Lemus, guardaespaldas de Alessandri.

En el Senado adquiere volumen político y, a propósito de la discusión de la Ley sobre Instrucción Primaria Obligatoria, tuvo brillantes intervenciones. Ya en esta época se hizo visible el avance de las clases medias, penetrando en la Administración y en el Parlamento, y cuyos personeros defendían ideas de progreso y de renovación de valores. Mientras senadores de alto prestigio, como Enrique Mac-Iver, se referían despectivamente al nuevo credo de reforma social que movía a las clases medias y populares, Arturo Alessandri, con habilidad y elocuencia, las hacia suyas y enarbolaba un programa de reivindicaciones sociales contestando al individualista Mac-Iver: “los problemas y reformas no son un canto de sirena, una dulce palabra que halaga y acaricia el oído, como lo dijera el senador de Atacama; se basan en principios fundamentales de derecho y justicia, obedecen a una imperiosa exigencia del presente. Golpean ellos de un modo efectivo el deber y la conciencia de los hombres de Estado que deben prestarle atención efectiva y preferente. No es aceptable que mientras unos nadan en la opulencia, carezcan otros, en absoluto, de pan, vestido, habitación, luz para el espíritu, reposo conveniente y adecuado para el cuerpo, convenientemente reparador. Principios de solidaridad, de justicia y conservación social exigen la existencia de un prudente equilibrio entre las más diversas esferas y capas sociales”.

A raíz de este debate terció el Ministro de Instrucción Pública, Pablo Ramírez, para manifestar que los males del país se debían al predominio del clero, la oligarquía y el capital, cuyos representantes en el parlamento impedían toda política reformista.

Durante el período mencionado, en 1919, se planeó una conspiración contra el régimen con participación de elementos militares y, según Donoso, habría quedado en descubierto Alessandri en una peligrosa labor corruptiva de los cuerpos armados, de graves consecuencias posteriores.

Llegó el año crucial de 1920. Alessandri fue designado candidato a la Presidencia por la combinación democrática denominada Alianza Liberal. Su programa era moderado y factible; sin embargo, el egoísmo y la ceguera de las fuerzas reaccionarias lo definieron como extremista y bolchevique. No concebían que pasara a encarnar las aspiraciones reformistas de la Alianza Liberal un político que había propagado, según ellos, “los odios de clases” y las “más avanzadas tendencias comunistas”.

Alessandri se lanzó con valentía y decisión a la lucha y supo personificar, con sin igual demagogia y entusiasmo, los anhelos de la nacionalidad sufriente. Clases medias, sectores de las propias fuerzas dominantes, juventud universitaria, multitudes laboriosas, se unieron en torno de su bandera, con fervorosa devoción, determinando el desarrollo de un movimiento democrático y popular nunca visto en el país. Alessandri, apoyado por su “querida chusma”, arremete contra la “canalla dorada” a conquistar la Presidencia, “pese a quien pese”, y a los sones del “Cielito lindo”. La lucha política por la Presidencia se amplía a una contienda de carácter social, del pueblo contra la plutocracia, y donde la clase ejidal es la pequeña burguesía, estructurada en el Partido Radical. No obstante, algunos dirigentes de este partido son enemigos de Alessandri. Es típica la actitud de su patriarca, Enrique Mac-Iver. Ricardo Donoso cita un trozo de las “Memorias” de Enrique Oyarzún, sabroso y picante, al respecto. Cuando los dirigentes radicales se acercan a Mac-Iver a pedirle que recibiera a Alessandri, su candidato, se niega y les dice: “¿Pero no conocen Uds. a Alessandri? ¿Qué no saben que es el italiano más falso, personalista y amigo

de la populachería inconsciente que hay en el país? ¿Están seguros Uds., que una vez en la Presidencia, y aunque tenga ministros radicales, no va a rodearse de favoritos y adulones que los suplanten a Uds. y los obliguen a retirarse, a menos que se corrompan con él y entren también en los negocios y corruptelas de que se va a plagar la Administración?" ... Después de varias presiones, Mac-Iver consiente en recibirlo: "Que venga y lo oiré, pero que no me haga comedia; nada de abrazos y de llanto, ni de escenas mujeriles. No me gustan los actores sino en las tablas". Según las noticias del memorialista, la cosa pasó como temía Enrique Mac-Iver, pues hubo abrazos, lloriqueos y juramentos...

II

Una vez en la Presidencia, Alessandri realizó una gestión mediocre, causando el desaliento de sus propios partidarios. Apenas la inició se produjo la horrenda matanza de San Gregorio, provocada, en parte, por su actitud débil y vacilante al dejar entregada la responsabilidad al jefe militar. Los principales sucesos de este período: cambios ministeriales, negociados (el famoso de las cincuenta mil libras), desarrollo de las relaciones exteriores, intervención gubernativa en las elecciones de marzo de 1924, golpes militares de septiembre de 1924 y enero de 1925, están tratados con extensión y detalles. En la época de 1925 se produce la espantosa masacre de La Coruña. El general Florentino de la Guarda actúa con una crueldad inhumana tratando a los obreros, sus compatriotas, con más odio que si hubieran sido encarnizados enemigos. Las autoridades aprobaron la horrible represión y enviaron sendos telegramas al matarife. El Ministro de Guerra (coronel Carlos Ibáñez del Campo) lo felicitó por "el restablecimiento del orden público"; Alessandri hizo lo mismo en un estilo grandilocuente, exaltándolo "por restaurar el orden, defender la propiedad y la vida injustamente atacadas por instigaciones de espíritus extraviados y perversos".

Según Ricardo Donoso, Alessandri arrasó el edificio institucional y llevó al país a manos de los militares: "Con su incesante campaña por arrebatar al Senado sus facultades políticas deprimió el prestigio y la autoridad de ese cuerpo legislativo; con su discurso de la Escuela de Caballería y la intervención de las fuerzas públicas en la Jornada del 2 de marzo abrió al Ejército el camino de la acción política; y con la escandalosa intervención en las elecciones formó en la conciencia pública la convicción de que el Congreso elegido no representaba la voluntad nacional y era totalmente espurio"...

Es un juicio parcial e incorrecto. El Senado se desprestigió por la insensibilidad despiadada de sus magnates-miembros, la obstrucción sistemática y deliberada a toda obra de reforma y justicia social; por mantener impagos a los empleados públicos durante meses; y por la charlatanería más innocua de que haya memoria. Es el Senado, por su propia actitud, quien se presenta al país como el obstáculo insuperable para cualquier labor de reforma y progreso. Y en cuanto a la intervención del Ejecutivo en las elecciones, se exageran su proporción y alcance; en todo caso no entrañó un abuso mayor que el derivado de los condenables vicios del cohecho y la falsificación, practicados por las fuerzas plutocráticas en sus innumerables feudos electorales.

La revolución del 5 de septiembre de 1924 alejó del mando, temporalmente, a Alessandri. Un nuevo golpe, el 23 de enero de 1925, lo reinstaló en la Presidencia. Y en el análisis de esta época es valioso el capítulo sobre la dictación de la Constitución de 1925. Alessandri admirador de la Constitución de 1833, y actor importante en el régimen parlamentario, se tornó un defensor tenaz del presidencialismo, ante los desbordes de aquel sistema. En su primer mensaje presidencial de 1921, propició la reforma constitucional. Perseveró en ese propósito a lo largo de su Administración, hasta lograrlo a raíz de los

movimientos militares de 1925. El tomo I se cierra con un epílogo melancólico sobre el problema internacional de Tacna y Arica y el fracaso de su resolución por medio de un plebiscito, y con la desaparición de Alessandri del escenario político, desplazado definitivamente por la omnipotencia militar, de la cual es siervo el epicúreo Emiliano Figueroa Larraín.

III

El tomo segundo trata extensamente el dramático período que se inicia con la Presidencia del general Carlos Ibáñez del Campo, en 1927. Analizar sus diversos capítulos y destacar sus puntos sobresalientes sería tarea desproporcionaba para un artículo. La dictadura de los años 1927 a 1931 y las actividades conspirativas en su contra, en donde tuvo principal participación Arturo Alessandri, son minuciosamente seguidas por Donoso. La caída del general Ibáñez, el 26 de julio de 1931; la sublevación de la escuadra, el 1° de septiembre de 1931; la revolución del 4 de junio de 1932 y la República Socialista, se estudian con abundantes datos de primera mano, aunque no evidencia un criterio sociológico para enfocarlos. Donoso condena someramente estos sucesos, de hondas raíces, a la luz de una posición civilista estática, achacándolos a desorientadas intervenciones militares, o de agitadores manejados por Alessandri. No le hacen fuerza, en su germinación y estallido, las tremendas condiciones de miseria y de injusticia reinantes y la pugna de las clases afectadas por ellas para ascender al Gobierno.

La segunda Administración de Alessandri (1932-1938), le merece un amplio enfoque al tratar la terrible matanza del 5 de septiembre de 1938 (capítulos XIV y XV), suministra datos macabros y espeluznantes, tomados del proceso abierto durante el Gobierno de Aguirre Cerda. Después de la represión el Ejecutivo solicitó facultades extraordinarias. En el debate en la Cámara de Diputados (9 y 10 de septiembre), Gabriel González Videla, dirigente del radicalismo, intervino con singular violencia acusando a Alessandri: “Lo que se quiere —hay que decirlo con franqueza y con toda honradez, óiganlo bien los honorables diputados— es que la prensa de izquierda no continúe en su crítica y pida se descorra el velo del monstruoso crimen, del asesinato en masa ordenado ejecutar, según se desprende de la versión del diario oficial, por el propio Jefe del Estado. No hay demagogo más furioso, agregaba, conspirador más temible, revolucionario más eficiente que el propio Jefe del Estado, consagrado a conspirar contra la voluntad nacional, contra la libertad electoral, contra la pureza del sufragio universal. Es que el señor Alessandri ha sido siempre un eterno conspirador, en el Gobierno o en la oposición. Su pasión, su egolatría, sus odios han hecho que este pobre y desgraciado país, desde hace veinte años, venga sufriendo por su culpa y responsabilidad, la influencia de pronunciamientos, abajo, y de golpes de Estado, arriba”.

Sin embargo, Donoso encuentra que González Videla y Alessandri son políticos semejantes. Así lo estampa en este retrato: “Con ningún hombre público chileno ofrece Alessandri afinidades psicológicas más acentuadas que con González Videla: la misma pasión por el poder, la misma tendencia demagógica y la misma versatilidad de ideas los unen con vínculos inconfundibles. Mientras el primero, en su afán de dominio no repudiaba aliarse con sus adversarios de la víspera, el último veía en el anciano político un ejemplo digno de imitarse, cuyos pasos seguirá con devoción. En un aspecto sí que tuvieron puntos de vista irreconciliables: en el del fascismo, que Alessandri no rechazó por motivos políticos, y que González Videla repudió siempre con decisión y energía”.

En este volumen, Donoso se adentra en el análisis de las Administraciones de Aguirre Cerda, J. A. Ríos (el apoyo de Alessandri a su candidatura fue de bastante importancia al dividir a las derechas en su apoyo a

la postulación presidencial de Carlos Ibáñez del Campo), A. Duhalde (candidatura presidencial de Fernando Alessandri, uno de los hijos de don Arturo), y G. González Videla (aquí Alessandri gozó de apreciable poder en su calidad de Presidente del Senado). Sus actuaciones finales fueron, a menudo, desconcertantes, como ocurrió con su adhesión a la dictadura de Perón.

IV

En lo que respecta a los rasgos psicológicos de Alessandri, Ricardo Donoso anota los siguientes:

1. Pasión por el poder y tendencia absorbente a ejercer el mando, sin reparar en medios ni escrúpulos. Recurre a toda suerte de maniobras y componendas; lleva a cabo las más opuestas combinaciones; realiza innumerables volteretas; halaga a las masas y, luego, las reprime; combate la reacción y, pronto, gobierna con ella; quebranta la disciplina de los cuerpos armados lanzándolos a la política y, más tarde, apoya la formación de Milicias Republicanas para mantenerlos sojuzgados, humillándolos.

2. Alta idea de sí mismo, de su capacidad y dominio sobre los hombres, estimándose indispensable e irreemplazable. (Leyendo el "Diario" del conde Galeazzo Ciano encontré una sabrosa referencia a Alessandri. Él 17 de mayo de 1939, Ciano anota que recibe a Alessandri, ex presidente de Chile, muy amigo de Italia, batido por una coalición de Frente Popular; y que éste considera que el régimen rojo no se ajusta a su país, "prevé —dice que con terror— que lo llamarán de nuevo al poder." La referencia de Ciano demuestra cómo Alessandri no dudó jamás de su retorno a la Moneda; se consideraba el estadista indispensable).

3. Carencia de convicciones firmes, interesándole el poder por el poder, el mando, sin poseer una idea grande y profunda de noble trascendencia y alcance. Es, en razón de lo anterior, versátil y oportunista, profundamente politiquero e insincero, afecto a un constante histrionismo y con un lenguaje, a menudo, grosero y vulgar.

4. Por sobre toda otra cosa, Alessandri amaba la vida y el poder; servir a su familia y a sus amigos. (Desarrolló un nepotismo marcado y estuvo rodeado siempre de un grupo de "ardeliones", llevando a cabo una política de favoritismo).

Ricardo Donoso cree, en definitiva, que la acción de Alessandri ha sido dañina y "la única de sus obras que aparece con caracteres perdurables es la Constitución de 1925."

V

"Alessandri, agitador y demoledor" es un libro polémico y apasionado, que mira la figura del popular político desde un ángulo totalmente contrario a su actividad y papel. A menudo da la sensación de que los males de Chile se deben exclusivamente a la existencia y actuación de Alessandri. Parece ser el culpable de todo lo malo, incluso, de lo que solamente es resultado del imperio de un oprobioso y secular régimen de privilegios e injusticias, consagrado por la política de la época. Aunque Alessandri lo hiciera por demagogia política, en vista a conquistar la Presidencia de la República, el hecho cierto es que, en un momento importante de la evolución nacional, expresó con inigualada pasión el ansia de reforma y cambio de la mayoría del país, movilizó el corazón y la voluntad de las más profundas capas sociales chilenas en un amplio y ordenado movimiento político. Si se malogró, la culpa no es únicamente de la debilidad y versatilidad de Alessandri, sino que reside en varias otras causas más hondas: falta de madurez social y política de las clases medias y populares; escasa disciplina en los partidos democráticos

y desordenados apetitos personales de sus dirigentes; solidez de la reacción, dueña de la riqueza y de la maquinaria del Estado, con instituciones al servicio de sus privilegios y enemiga cerrada del progreso. A pesar de todo, desde 1920 en adelante se inicia el proceso de liquidación de esta soberbia casta plutocrática, y los mismos movimientos militares, desencadenados, según Donoso, por la acción de Alessandri, desempeñan un papel importante en el intento de cercenar las prebendas de la reacción intransigente.

El libro de Donoso representa la expresión del punto de vista abiertamente hostil a Alessandri, así como los libros de Augusto Iglesias (publicado por capítulos en "Nuevo Zig-Zag") y de Luis Durand ("Don Arturo"), traducen el afecto Ilimitado de los fervorosos partidarios del discutido mandatario.[2]

Mi opinión con respecto a la acción de Alessandri es desfavorable, por cuanto gozando de un poder inmenso y de una popularidad fanática, fue incapaz de llevar a efecto algo hondo y grande en beneficio del pueblo de Chile y de la nación chilena. Numerosas reformas superficiales y de progreso general le debemos, pero ninguna de aquellas medidas o empresas que señalen al estadista de vasta visión, al hombre excelso y superior.

Sin embargo, mis recuerdos de Alessandri, como hombre corriente, son de gran simpatía, su habilidad para maniobrar y colocar a los diversos sectores sociales y grupos políticos al servicio de sus propósitos; sus burlas a los connotados politiqueros, sus espontáneas y ocurrentes "salidas" sobre cualquier hecho o situación; sus actitudes teatrales o demagógicas, etc., son de una gracia y comicidad extraordinarias.

Recuerdo que, en 1932, siendo Presidente electo, acompañé a mi padre, portador de un pliego de peticiones de la I. M. de Temuco, a su casa en la calle Central. Al entrar a su oficina, donde atendía durante varias horas, abrazó efusivamente a mi padre mientras le decía: "¿Cómo está mi querido Secretario de la Municipalidad de Temuco?" Y antes que saliera de mi asombro, también me dio un estrecho abrazo, aunque era el adolescente acompañante de un modesto funcionario de provincia. Pero, don Arturo era así y por eso su recuerdo se mantiene firme y simpático a pesar de sus numerosas tropelías e inconsecuencias políticas.

Héctor Barreto, Mártir de la Lucha Antifascista

ARAUCO N°10 agosto 1960

Un nuevo aniversario de su trágica muerte y la publicación de un conjunto de relatos, con el título de "La Noche de Juan y otros Cuentos", ponen de actualidad la figura del joven escritor mártir Héctor Barreto. Prensa Latinoamericana ha entregado el citado volumen en pulcra y fina edición, prologada e ilustrada por el artista Femando Marcos. Su prólogo suministra datos valiosos sobre la vida y afanes de Barreto y agrega detalles precisos sobre su asesinato, a manos de una pandilla nacista.

[2] La obra de Augusto Iglesias, redactada en gran parte sobre los recuerdos orales y los papeles del propio Presidente, acaba de aparecer en su edición definitiva con el título de: "Alessandri, una etapa de la democracia en América'' (Tiempo, vida, acción). Editorial Andrés Bello, Vol. I, 1960. Este primer tomo examina la trayectoria de Arturo Alessandri hasta el instante de su exilio a consecuencia del golpe militar del 5 de septiembre de 1924. Aporta innumerables datos sobre el estado del país y la política de la época; ensalza en forma desmedida la figura y la actividad cívica de Arturo Alessandri y, por supuesto, desde la partida refuta las apreciaciones de Ricardo Donoso. Se hace necesario, entonces, leer ambas obras con especial cuidado.

La recopilación contiene siete cuentos y una página lírica con motivo de la cruel represión de Ránquil. Aquí estampa su frase famosa: “El color de la sangre no se olvida”, elevada a categoría de consigna por la juventud socialista, en cuyas filas militó Barreto. En el momento de su muerte, la F. J. S. luchaba por consolidar sus cuadros, bajo la dirección de Raúl Ampuero, y por detener las agresiones de las militarizadas tropas de asalto del nacismo criollo. Al mismo tiempo, editaba su dinámica y combativa revista “Rumbo”. Tenacidad organizativa, arrojo combativo y actividad cultural permanente, sintetizaban la vida de esta nueva juventud revolucionaria. Héctor Barreto, intelectual idealista y soñador, se sumó a sus cuadros sellando con su labor y su sacrificio la unidad indestructible de la acción política con el ideal artístico.

La figura de Barreto constituye en nuestro país el más alto ejemplo y heroico símbolo de la lucha contra el fascismo y la dictadura y, a la vez, representa la unión indisoluble entre los hombres de acción y de pensamiento, entre los trabajadores manuales e intelectuales, con el propósito de transformar la realidad, cambiándole sus bases materiales y abonando así el terreno para el crecimiento y fructificación de un auténtico hacer cultural. Y ésta ha sido la base esencial en el desarrollo del socialismo chileno.

La doctrina socialista, generosa y libertaria, recoge por un lado los anhelos de mejoramiento económico y progreso social de los pueblos, y, por otro, los altos ideales de la intelectualidad científica, artística y literaria. Barreto, al ingresar a las filas del movimiento socialista, encontró el clima adecuado a su responsabilidad ciudadana y a su condición de escritor. A poco de actuar cayó ultimado por las balas del nacismo criollo, pero su sacrificio se tradujo en un mandato ineludible para todos los intelectuales y artistas: sumarse a la contienda por la libertad y la democracia. No podían permanecer al margen de una batalla general y decisiva para los destinos de la cultura y de la vida.

Desde entonces, los intelectuales socialistas persiguen la emancipación del hombre y de la cultura de la tiranía oprobiosa de las fuerzas retrógradas, sectarias y fanáticas, por ser enemigas de la justicia, de la libertad y de la tolerancia; pretenden concertar en una amplia unidad de labor y de propósitos a los escritores, artistas y profesionales de América, como una avanzada generosa y clarividente en la lucha ineludible por la exaltación fraternal y pacífica de los pueblos americanos y la real solidaridad continental. Al mismo tiempo, anhelan y persiguen el más estrecho contacto con todas las comunidades democráticas del mundo. De consiguiente, rechazan el nacionalismo apasionado y estéril; el anexionismo y la tiranía, y propician, en cambio, la cooperación y el intercambio sin trabas de ninguna especie, exigiendo sólo el respeto por los valores tradicionales de cada pueblo. Propugnan como requisitos primordiales de su actividad creadora, la defensa y el respeto del hombre, de la verdad y de su libre expresión; el ennoblecimiento del hombre por medio de la seguridad económica y los derechos políticos; el repudio a la mentira y el engaño de doctrinas tortuosas, por la discusión y la crítica libres; el rechazo del dogmatismo mojigato, por la acción honrada y franca de la inteligencia, creando las bases necesarias e indispensables de una convivencia social y de una real creación científica, artística y literaria.

Barreto fue un combatiente activo por el socialismo y un escritor libre. Por eso, su breve creación literaria estuvo ajena a cualquier propaganda partidista. Se enraizó, únicamente, en su alma de artista rebelde y generoso. En este aspecto es, también, un ejemplo. Se mantuvo fiel a su vocación creadora por cruces propios y, a la vez, a su responsabilidad cívica luchando contra el fascismo en las filas del socialismo. Pero no confundió ambas zonas de su personalidad. Es que siempre los escritores, artistas e intelectuales socialistas han combatido el arte y la literatura dirigidos y domesticados; han resistido la intervención del Estado y de la censura, se han opuesto a quienes pretenden introducir a viva fuerza la

política militante en las creaciones del arte y de la literatura, para transformarlas en propaganda partidista; han denunciado todo intento de utilizar la cultura con fines menguados, o como instrumento estatal para exaltación de una doctrina, de un régimen o de un sistema. Hacen suyo este pensamiento: "La verdadera dignidad humana exige libertad. El artista sólo es capaz de dignidad, cuando es soberano de lo que hace". (Ignacio Silone).

Los intelectuales socialistas afirman que el arte y la literatura no pueden quedar al margen de los procesos y de los problemas de su tiempo. Deben examinar y reflejar la vida, tal cual es, en su verdad más honda y sincera, y forjar una imagen honesta de su dinamismo múltiple y polifásico, que se expresa por el espíritu independiente, desinteresado, de los creadores de bien, de justicia y de belleza. Creen que el sentido profundo del arte y de la literatura es el de describir con valentía, honradez y crudeza la sociedad de su tiempo; señalar las injusticias y las bajezas, la estupidez y la crueldad de un mundo en crisis, poblado de contradicciones y de intereses opuestos a la dignidad del hombre, dentro de normas de libre interpretación y al servicio de la esperanza humana. Por eso repudian a quienes ponen su creación al servicio de una sociedad capitalista injusta, tratando de encubrir idealmente sus ruindades y sus miserias; y a quienes invocando los principios libertarios del socialismo ensalzan la conducta esclavizadora y omnímoda del Estado totalitario, ocultando sus fines dictatoriales y antihumanos.

Los escritores, artistas y profesionales del socialismo, leales al espíritu noble y enaltecedor de su doctrina, tratan de estimular la libertad creadora, la libre discusión, la crítica abierta y fecunda, la tolerancia y la verdad, para entregar al pueblo un arte y una literatura de profundo contenido social e ideal humano, donde aniden la justicia, la ética y la pureza de sentimientos. Oponen a la violencia, la mentira y el farisaísmo, la esperanza en la liberación del hombre y la realidad de un mundo mejor, y éste es su mejor homenaje a Barreto, caído en defensa de la libertad.

Significado de la Revolución de la Independencia. El 18 de Septiembre de 1810

ARAUCO N°11 septiembre 1960

Hace 150 años, el 18 de septiembre de 1810, se celebró el cabildo abierto en el cual se designó la primera Junta Nacional de Gobierno, magno suceso inicial en la larga y cruenta lucha por la emancipación chilena. Después de quince años de rudo batallar, los sacrificios, heroísmos y sufrimientos de la sociedad chilena se vieron coronados por el éxito. En 1826 los últimos soldados peninsulares fueron vencidos y expulsados del territorio patrio. Sin embargo, una vez conseguida la liberación política, la vida del nuevo país no se afianzó ni en la igualdad ni en la justicia. Por el contrario, el privilegio, el abuso y la expoliación dominaron sin contrapeso en la República y el pueblo humilde, héroe en las jornadas de la independencia, debió soportar la más despiadada represión política y la más inhumana explotación económica. Es que la revolución de la independencia no fue, a la vez, una revolución social y por dicha razón no desapareció el privilegio. La República tuvo un carácter oligárquico, en cuya cima se estableció la aristocracia terrateniente, cargada de poder y de riquezas, sojuzgando a las grandes masas laboriosas.

CARACTERISTICAS Y CONTRADICCIONES DEL REGIMEN COLONIAL

El sistema colonial se basó en el monopolio comercial, la restricción de la navegación, la exclusión de toda interferencia extranjera, la limitación del comercio intercolonial, la prohibición del establecimiento de industrias y cultivos competitivos de la metrópoli, el establecimiento de impuestos onerosos y de la

Inquisición, con un severo control sobre la conciencia de los individuos, los libros y la cultura en general y el monopolio de los cargos administrativos en beneficio de los españoles, todo lo cual impidió el desarrollo amplio y poderoso de estos países. A pesar de esta tremenda represión, la sociedad americana logró un avance interno, lento, por cierto, pero en el siglo XVIII se aceleró por el crecimiento de su población y el auge del contrabando. Los Borbones se vieron en la necesidad de tomar diversas medidas para favorecer este desenvolvimiento logrado pese a tantas trabas. Las reformas de los Borbones fueron útiles, aunque dejaron pendiente el problema fundamental: el acceso directo de las colonias al mercado mundial. Mantuvieron siempre a España como intermediaria obligada en el tráfico mercantil y las fuerzas productivas que surgían en América se encontraban encadenadas a la atrasada economía metropolitana. Para liberarlas, todos los antiguos vínculos sociales y políticos debían abolirse. En consecuencia, la obtención de la autonomía económica para los dominios envolvía un problema político: la lucha por la Independencia y por el control del poder estatal, sin el cual toda reorganización de la sociedad colonial era imposible. Las reformas administrativas y comerciales de los Borbones procuraron un importante estímulo al desarrollo económico de los países americanos y éste exige, a su vez, mayores libertades. Aquí está la razón de fondo del anhelo de Independencia.

Por otra parte, España era incapaz de absorber la producción colonial y de satisfacer la demanda incesante de manufacturas a precios razonables. Los comerciantes monopolistas y los funcionarios de la Corona, estrato superior y privilegiado de la sociedad colonial, se oponían al “comercio libre” porque significaba el fin de su poder económico y político. El comercio libre barría con las ganancias monopolistas y promovía de inmediato el ascenso de todos los grupos económicos beneficiados directamente en la expansión comercial: terratenientes agricultores y ganaderos. Además, día a día, aumentaba la presión del poderoso capitalismo liberal europeo. El ataque de Napoleón a España dio el pretexto y la posibilidad de romper aquellas trabas.

Así como el contrabando burlaba el monopolio comercial, en idéntica forma permitía romper la censura, y minorías intelectuales leían las obras de Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvecio, de los enciclopedistas, la “Declaración de la Independencia de los Estados Unidos”, redactada por Thomas Jefferson, y la “Declaración de los derechos del hombre y el Ciudadano”, traducida por Antonio Nariño. Además, con la introducción de la imprenta se publicaron numerosas proclamas políticas condenando al régimen español. Por otra parte, desde la expulsión de los jesuitas, en las Universidades se dio comienzo a un leve cambio substituyéndose en parte las tendencias filosóficas medievales por las doctrinas de Condillac, Newton, Locke y Rousseau, las cuales sacuden las bases del antiguo régimen. Y estas nuevas doctrinas respondieron en el plano ideológico a los anhelos de emancipación económica y política de las nuevas fuerzas sociales de América y a sus aspiraciones de libertad.

Las revoluciones de 1810, entonces, se producen como término de un largo proceso económico donde “la productividad del trabajo del campo y la presión del comercio exterior sobrepasan los límites impuestos por el régimen monopolista, planteando la necesidad histórica de un sistema más apto para su desarrollo”.

El crecimiento de las fuerzas productivas de las colonias chocaba violentamente contra el régimen cerrado y absolutista de la Corona española, provocando una abierta pugna entre la burocracia chapetona (españoles peninsulares), dominadora del aparato político-administrativo y del monopolio comercial y la aristocracia criolla, poseedora de la tierra, ganados, industrias adheridas a ella y del

comercio intermediario: en una palabra, dueña del poder económico y social, y, sin embargo, excluida de la dirección de sus países.

El movimiento de la independencia fue la rebelión de los grandes terratenientes criollos contra el despotismo español, por no favorecer en debida forma sus intereses al no permitir la libre expansión de la producción latifundista y del comercio, para destruir el monopolio colonial e instaurar la libertad económica. La aristocracia y sectores urbanos criollos constituyeron la clase revolucionaria porque tuvieron en sus manos la producción agrícola e industrial y su comercio, que, al desarrollarse, necesitaron romper las murallas del monopolismo. El incentivo de sus necesidades económicas obligó a la aristocracia terrateniente y a la incipiente burguesía urbana a buscar su emancipación económica por medio de su independencia política.

El carácter económico del movimiento de la independencia está de manifiesto en diversos levantamientos de fines de la Colonia y en distintas representaciones de los hacendados criollos a las autoridades españolas. Precisamente en las Cortes de Cádiz, a mediados de 1811, los diputados americanos insistieron en pedir: igualdad política con la metrópoli, libertad de agricultura, industria y comercio; y supresión de estancos y de preferencias a los españoles en los empleos y cargos públicos.

El ideario demo-burgués respondía a las necesidades de la clase terrateniente criolla, y por eso lo agita pronto como su bandera ideológica. La libre concurrencia en lo económico y la república democrática en lo político, bases del liberalismo burgués, resolvían los conflictos económicos, sociales y políticos del semi-feudalismo y del capitalismo primitivos criollos, desplazados de la administración de sus países por la burocracia peninsular y constreñida en sus posibilidades económicas por el monopolio colonial.

Por otra parte, la independencia de América se vio favorecida por las necesidades del desarrollo capitalista europeo. Inglaterra iniciaba su gran desarrollo industrial, y lograda la destrucción del imperio francés, desató la lucha por la eliminación del imperio español, porque tenía urgencia de romper el monopolio imperante en América para comerciar libremente a fin de obtener materias primas indispensables para sus industrias y, a la vez, mercados donde colocar sus artículos manufacturados. Inglaterra prestó ayuda financiera, diplomática y, en cierto modo, militar a los revolucionarios americanos. Y algo similar, aunque en menor escala, hizo Estados Unidos.

Una vez triunfante la aristocracia criolla instauró en teoría la república democrática con su pretendida igualdad del hombre ante la ley; pero en la práctica, dicha República quedó reducida a un régimen de privilegios en favor de los terratenientes. La libre concurrencia benefició únicamente a los latifundistas y comerciantes. La oligarquía vencedora no destruyó el latifundio ni liberó a las masas campesinas oprimidas. Por el contrario, afirmó el latifundio y remachó la servidumbre de los trabajadores del campo. La tiranía colonial se sucedió en la autocracia republicana; el virrey o el gobernador en el dictador; el encomendero en el latifundista implacable.

En definitiva, el movimiento de la Independencia consolidó la dominación de los terratenientes, de la Iglesia y de los militares; en esta forma, la república oligárquica, con su fachada democrática formal, ha sido la continuación del régimen colonial despótico. Tan solo fue desplazada la burocracia real por la aristocracia criolla, pero las instituciones económicas y sociales básicas no experimentaron cambio alguno, Las masas trabajadoras, carne de cañón de las guerras de la independencia, volvieron a la miseria y a la explotación. Los padres de la patria, intérpretes heroicos de las necesidades de su clase, en ningún instante representaron los intereses de las masas explotadas y sojuzgadas. Y si durante algún

tiempo la aristocracia toleró experiencias democratizantes de aquellos personeros formados en el ideario de la Revolución Francesa o educados en Europa, pronto los aplastó en forma implacable imponiendo su dominio incontrolado.

CAUSAS DE LA REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA

El investigador Daniel Martner, en su “Historia Económica de Chile”, precisa las siguientes causas de la emancipación chilena: 1. La falta de libertad comercial a que estaba sujeto el país y el gravamen impuesto por la madre patria a todas las actividades de la producción, especialmente a la minería, a la agricultura y al comercio. 2. Las preferencias que se hacían en la provisión de los empleos superiores. 3. Los abusos de los gobernadores sobre los colonos. 4. La desigualdad ante la ley. 5. La arbitrariedad en los procesos. 6. El desprecio de la Corte española por la educación e instrucción de los colonos. 7. El desprecio hacia el bajo pueblo que era pobre y vicioso por abandono e ignorancia. Y agrega, “de todas éstas la principal y decisiva debió haber sido la de orden meramente económico y financiero, la que encerraba al país en el marco estrecho de su aislamiento y condenaba a sus habitantes a la subordinación, a la opresión y en gran manera a la pobreza".

El cuadro es exacto, aunque es preciso agregar otras causas externas de bastante influencia en el estallido del movimiento juntista y, en seguida, en el proceso emancipador, En primer término, el ejemplo de la revolución democrática de los Estados Unidos, vencedora de la principal potencia europea, y de su notable declaración de los derechos inalienables del individuo y del pueblo. El establecimiento de la república norteamericana, según los principios de una constitución democrática, causó fuerte impresión. Pronto sus viajeros, marinos, comerciantes y contrabandistas llevaron a cabo una constante propaganda de sus beneficios y ventajas en nuestros pueblos. Según el historiador Eugenio Pereira Salas, las costas chilenas fueron visitadas por 257 barcos norteamericanos, entre 1788 y 1810, muchos de ellos contrabandistas. En segundo término, la divulgación de las ideas de los filósofos y enciclopedistas franceses; el conocimiento de “la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano” con sus explosivos principios de libertad, igualdad, propiedad, derecho de resistencia a la opresión y soberanía popular; y el proceso mismo de la gran revolución. Los criollos leían a los ideólogos, enemigos del absolutismo y críticos virulentos del caduco y podrido “antiguo régimen”. En Chile los leyeron José Antonio de Rojas, Manuel de Salas, Juan Egaña, Juan Antonio Ovalle, Fernando Márquez de la Plata, José Miguel Infante, Juan Martínez de Rozas, Camilo Henríquez. Hasta los historiadores que niegan la influencia de los filósofos del siglo XVIII en la iniciación del movimiento independentista reconocen su gravitación decisiva en su desenvolvimiento. Quienes discuten y aminoran esa influencia lo hacen para destacar que la línea doctrinaria de la gestación de la revolución de 1810 arranca de la tradición jurídico-filosófica española; de su viejo acervo libertario formado por los conceptos de limitación del poder real y participación del pueblo en la vida política, constantemente defendido por sus pensadores, teólogos y juristas. O sea, América no habría tenido necesidad de recurrir a ideologías foráneas para fundamentar y justificar su empresa emancipadora. De todos modos, es indispensable indicar que esa literatura y legislación yacía aplastada y despreciada por el absolutismo de las dinastías extranjeras, establecidas en la península; primero la de los Habsburgo y, luego, la de los Borbones. Aun en el caso de aceptarse la tesis de los hispanistas, la ideología revolucionaria francesa, dominadora en el siglo XVIII en todas las mentes anhelantes de un cambio, aparte de sus concepciones originales, profundamente revolucionarias, reactualizó con un contenido más vigoroso y en un lenguaje moderno, de acuerdo con la nueva sensibilidad imperante, aquellos viejos y olvidados principios democráticos hispánicos. En tercer término, la defensa victoriosa de Buenos Aires de la invasión inglesa, que demostró el valor y decisión de

los criollos frente a una manifiesta incapacidad de la burocracia peninsular y fortificó las esperanzas nativas en su propio poderío.

Sin duda, tuvo una influencia notable en la independencia americana, el proceso de decadencia interna de España y la actitud reformista del despotismo ilustrado español; los diversos proyectos de reorganización del imperio y la irradiación del naciente liberalismo peninsular. Y la invasión napoleónica, en 1808, al provocar la acefalia del trono por la prisión del rey determinó el comienzo del proceso emancipador dando un motivo legítimo para desatar el móvil juntista, primer paso en la revolución de la independencia.

En cuanto a la acción constante del capitalismo inglés, su presión sobre Latinoamérica determinó, en gran parte, la aspiración al libre intercambio y, precisamente, apenas se constituyeron las juntas de gobierno éstas decretaron la libertad de comercio. El desarrollo industrial de Inglaterra necesitaba romper el monopolio de España en este vasto y rico continente. Por eso, vencido Napoleón, su temible rival, y eliminada su amenaza sobre la hegemonía británica, miles de voluntarios, importantes cargamentos de armas y cuantiosos empréstitos ayudaron a la lucha por la independencia de las colonias iberoamericanas y a la consolidación de los gobiernos republicanos. El historiador mexicano Carlos Pereira, suministra el detalle del apoyo financiero dado por Inglaterra a los distintos países del continente, entre 1818 y 1825. Subscribió cerca de 56 millones de libras esterlinas nominales, 24 millones en préstamos a los nuevos estados americanos, El tipo iba del 58% al 89.3/4 y el interés fluctuaba entre el 5% y el 6%. Chile contrató 1.000.000 de libras, durante la dictadura de O'Higgins.

LA ECONOMIA CHILENA DURANTE LA COLONIA

La economía chilena durante la Colonia posee algunos rasgos característicos. Las obras de Luis Correa Vergara: "La agricultura chilena", y de Alberto Herrmann: "La producción en Chile de los metales y minerales más importantes, de las sales naturales, del azufre y del guano, desde la Conquista hasta fines del año 1902", aportan datos del mayor interés. El ingeniero de minas, y original ensayista, Laín Diez, en un primoroso ensayo: "Vicente Pérez Rosales minero", los sintetiza e interpreta con precisión. De aquí tomamos sus principales consideraciones.

Durante el siglo XVI (1540-1600), Chile fue un país rico en oro hasta estimular la codicia de los corsarios, como Drake y Hawkins. Antes ya de la llegada de los españoles, la producción de oro en Chile era importante. El tributo anual del Inca ascendía a 14 arrobas. Los españoles encontraron oro en gran cantidad y Pedro de Valdivia en carta al rey le decía: "Todo el país es una mina de oro". Vicuña Mackenna denomina a Chile, en el siglo XVI, "el país del oro". En Copiapó era famoso el oro de Paipote, del mineral del Inca y del cerro Capote. En La Serena, el oro de Andacollo; en Valdivia, el de los lavaderos de Madre de Dios, sobre el río Cruces. Osorno y La Imperial tuvieron casa de Moneda para sellar el famoso oro de Ponzuelos, dos siglos antes que Santiago. Hubo minas en Marga-Marga, cerca de Valparaíso; en Limache, Quillota, Illapel (lavaderos del Espíritu Santo); Combarbalá (vecindades de Huana); Quilacoya; Tucapel y Talcamávida, cerca de Concepción, donde Pedro de Valdivia logró extraer hasta un quintal de oro diario. En el siglo XVII, la dominación de los araucanos impidió la explotación de las minas de oro del sur.

El trabajo gratuito de los indios, en masas semi-esclavizadas, según el régimen de la mita (existía una servidumbre especial conocida por "demora", reglamentación del trabajo gratuito, y de acuerdo con ella "los indios debían trabajar sin pago en las provincias del norte y centro, ocho meses del año; en las del sur, por causa de las lluvias, seis meses"), explica la producción relativamente abundante de oro de

lavaderos, en la Conquista, y su descenso se debió a la guerra continua de los araucanos, donde morían a millares los indios auxiliares del ejército español, a la mortalidad causada por los trabajos forzados de las encomiendas y minas, al chavalongo (tifus), y a la viruela, aparecida, por primera vez, en 1583. Casi desapareció después del desastre de Curalava, en 1598. Los españoles perdieron todo el valle longitudinal al sur del Bio-Bio, donde estaban los lavaderos más productivos, pues los del norte ya se habían agotado. El país, entonces, pasó del oro al cultivo de la tierra y ganadería; de minero se transformó en agrícola. Del siglo del oro saltó al siglo del sebo, según la terminología de Vicuña Mackenna. Se perdió el único artículo de exportación, el oro. Lo reemplazaron algunos productos agropecuarios.

La agricultura y ganadería satisfacían el consumo de la población. Pronto dejaron un saldo exportable que iba en su casi totalidad al Perú; trigo, sebo y vinos, sus rubros más elevados; en seguida, legumbres (lentejas y frejoles), frutas, charqui, costillares y lenguas secos y productos del mar (congrios). El siglo XVII es “el siglo del sebo” en la economía colonial.

El comercio chileno de la Colonia era de los frutos de su tierra y de sus minas. Otro capítulo lo constituían algunas especies de su pequeña industria, que aprovechaba los residuos de la producción agropecuaria, como ser, jarcias (cuya demanda aumentó desde el arribo de barcos franceses a comienzos del siglo XVIII, estimulando el desarrollo de las plantaciones de cáñamo en el valle del Aconcagua), ponchos, curtidurías (cueros de vacas y de vicuñas), cordobanes (pieles curtidas de cabríos), velas y aperos diversos.

En el siglo XVIII volvió a adquirir importancia la explotación de nuevas minas de oro (Til-Til y Catapilco). En Santiago se estableció la Casa de Moneda (1759), y en diez años de funcionamiento acuñó 386 quintales. En este siglo, Chile produjo 60 quintales al año, por término medio. Según una estadística del barón de Humboldt sobre producción de oro en América, en 1803, le asigna a Chile 10.000 marcos oro; México, 7.000 marcos oro, y Perú, 3.400 marcos oro. Un marco equivalía a media libra, o sea, 230 gramos. La fama del Perú provenía del hecho de recibir el oro de Chile, Tucumán y Quito.

En el siglo XVIII se inició la explotación del cobre. En 1605 se encontró la veta “Descubridora”, del mineral de Tamaya, dando vida a la provincia de Coquimbo. La Serena fue el gran taller donde se manufacturaron toda clase de utensilios y, luego, se enviaban a lomo de mula a Cuyo y Buenos Aires. Pero la gran exportación iba al Perú.

De acuerdo con un cuadro publicado en “El Mercurio Peruano”, en 1793, se exportaron por Valparaíso, en pesos de 48 d., $ 389.000, correspondiendo, $ 341.000 a productos agropecuarios; $ 30.000 a 3.000 qq de jarcias a $ 10 el qq.), y $ 18.000 a 2.000 qq, de cobre (a $ 9 el qq.); por Coquimbo. $ 76.000, en su mayor parte valor del cobre ($ 60.000 más o menos de cobre; vinos, $ 7.500; congrios, $ 4.000 y otra pequeña suma a sebo y cueros de vicuña); y por Concepción, $ 104.000, exportaciones de trigo, vinos, sebo y ponchos. De las cifras anotadas se desprende que el valor de las exportaciones de productos agropecuarios, y sus industrias derivadas, no alcanzaba a medio millón de pesos de 48 d. En cambio, el valor de las exportaciones minerales de oro, plata y cobre ascendía a una suma tres veces superior. Según cálculos minuciosos, en Chile, durante el periodo comprendido entre 1781-1800, se lograba una producción anual de 2.000 kilogramos de oro; 5.000 kilogramos de plata, y un promedio de 1.000 toneladas de cobre. Calculando el valor del kilogramo, de oro a razón de $ 697.50, oro de 48 d.; el de plata a razón de $ 45, oro de 48 d. el kilogramo, y de la tonelada de cobre a $ 300, de 48 d., la producción

minera nacional durante los últimos veinte años del siglo XVIII redondeaba un total de $ 1.920.000 (oro, $ 1.395.000; plata. $ 225.000; cobre, $ 300.000). La producción minera llegaba a dos millones de pesos, de 48 d. Deducidos los quintos reales y la acuñación de moneda, el valor disponible para retorno de mercaderías al país se aproximaba a un millón y medio de pesos, es decir, a una suma triple a la proveniente del saldo exportable de la producción agropecuaria. El oro casi desaparece en los albores del siglo XIX y es substituido por la plata. Aunque la plata logró una producción apreciable durante la Colonia, su auge coincide con la Independencia. En 1810 se descubrió el mineral de Agua Amarga, al S.E. de Vallenar, por el esclavo mulato José María Ríos, de M. Carahu, francés establecido en Coquimbo. La hermosura de su metal era tal que sus trozos de plata “se creerían trabajados por algún escultor”, según el viajero francés Julián Mellet. Su riqueza contribuyó a sostener la guerra de la Independencia, y desde esa época Chile figuró como exportador de plata; en 1825, se descubrió el mineral de Arqueros, entre Coquimbo y Huasco, y en menos de diez años rindió veinticinco millones de pesos; en 1832, se descubrió Chañarcillo, y en 1848, Tres Puntas. Al mismo tiempo del desarrollo de la minería de la plata, Chile llega a ocupar el primer lugar en la producción mundial de cobre (década del 60).

A fines de la Colonia, el territorio nacional comprendía desde Copiapó a Biobío, los alrededores de Valdivia, una faja hasta Río Bueno, Osorno y la isla de Chiloé, en total, un tercio de la superficie actual. Su población alcanzaba a unos 600.000 habitantes. Santiago poseía 30.000 pobladores; Concepción, 5.000; La Serena y Valparaíso, 4.500, y Talca y Chillan, 4.000. Su economía se basaba en una agricultura y ganadería extensiva y algunas pequeñas y primitivas industrias manufactureras. Sus exportaciones comprendían unos 2.000.000 de pesos. Las tres cuartas partes de esa suma correspondían a la minería (oro, plata y cobre), y una cuarta parte a la agricultura, ganadería e industrias derivadas (220.000 fanegas de trigo, 21.000 quintales españoles de sebo; 26.500 de cordobanes; 3.000 de jarcias, más charqui, grasa y vinos). Las importaciones comprendían azúcar, tabaco y yerba mate (casi la mitad del valor de las importaciones) y manufacturas. A causa del escaso rendimiento de su economía se originó un apreciable déficit. Las importaciones excedían a las exportaciones, provocándose una permanente fuga de monedas de oro y plata, que el Real Situado no alcanzaba a compensar.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, a Chile lo afectó una profunda crisis económica. Las posibilidades de superar esta situación y de abrir una era de progreso al país radicaban insistentemente en la destrucción del régimen colonial monopolista para lograr el incremento y la diversificación de la producción y la ampliación del mercado externo donde colocarla en buenas condiciones, y así poner término a la miseria y a la desocupación de las clases laboriosas.

En resumen, desde la Colonia quedaron fijados los rasgos distintivos de la economía chilena; fundamentalmente agrícola por la población dependiente de las actividades del campo, es principalmente minera en cuanto al comercio exterior y a la obtención de recursos para pagar importaciones esenciales del país.

CHILE EN VISPERAS DEL MOVIMIENTO EMANCIPADOR

A fines del siglo XVIII el campo chileno se transformó en una explotación capitalista extensiva; se disuelve, en parte el feudo y al lado del inquilino radicado en las haciendas, surgió el peón “libre", asalariado. Trabaja en el campo, durante ciertas épocas, y en las minas. Las peonadas ambulantes que durante largas temporadas no encontraban trabajo ni podían radicarse en las aldeas y ciudades, constituían la desocupación periódica, dando origen a la mendicidad, a la vagancia y al bandidaje (a fines

de la Colonia se calculaba una cifra de 12.000 delincuentes). Manuel de Salas vio con claridad los problemas de esta crisis por falta de un desenvolvimiento económico amplio, a causa de las limitaciones monopolistas impuestas por la metrópoli y de la producción agraria restringida por el régimen de la gran propiedad. Retrataba la realidad del campo con colores sombríos: “nada es más común que ver en los campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan, los brazos que las cogieron”. Proponía, para mejorar sus condiciones de vida, la división de las tierras agrícolas según las exigencias de la extensión de los cultivos, pero “sin recurrir a los medios violentos de los nuevos Gracos, que declaman contra los grandes propietarios y atribuyen a ellos la despoblación” ... Con su medida terminaría la desocupación y cesarían “los crímenes, hijos de la ociosidad y del abandono, que abundan más, aquí como en todas partes, en las provincias donde hay menos industrias”.

El régimen de la gran propiedad no permitía el cultivo sino de una escasa porción de la tierra aprovechable, traduciéndose en la desocupación de los trabajadores y en la miseria general del pueblo. Asimismo, la industria manufacturera no alcanzaba un desarrollo apreciable y el artesanado era pobre. Manuel de Salas lo definió en frases penetrantes: “Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, beneficiadores sin docimasia, hojalateros de rutina, zapateros tramposos, forman la caterva de artesanos que cuanto hacen a tientas, más lo deben a la afición y a la necesidad de sufrirlos, que a un arreglado aprendizaje sobre el que haya echado una mirada la policía y animado la atención del magistrado”.

A causa de las trabas semifeudales y del régimen monopolista, la agricultura se desarrollaba con lentitud, la industria no tenía horizontes, el comercio se movía en marcos excesivamente estrechos, y el comercio exterior era desfavorable a Chile. A pesar de todo, se advierte un naciente capitalismo agrario que necesita, al expandirse, del libre cambio para exportar ventajosamente sus cereales. Por otra parte, los hacendados criollos exportadores sufrían la explotación de los navieros del Callao, quienes les imponían prácticamente el precio a sus productos, pues si no los aceptaban corrían el peligro de perder sus existencias debido a la carencia de barcos nacionales para transportarlos.

El régimen económico-social de la Colonia estorbaba el progreso material y político del país. El impulso y crecimiento de las fuerzas productivas de la Colonia se rebelaban contra el régimen cerrado y medieval de la Monarquía española.

El crítico más lúcido del atraso colonial y de su débil desarrollo fue Manuel de Salas, pero también otros observadores perspicaces señalaron sus deficiencias y propusieron atinadas reformas para sacar al país de la crisis, como Juan José de Santa Cruz, Miguel de Lastarria, Anselmo de la Cruz y Juan Egaña.

EL “CATECISMO POLITICO-CRISTIANO''

Un documento de la época, franco, vigoroso y lúcido en su ataque al régimen colonial y brillante en su apología al sistema republicano es el famoso “Catecismo Político Cristiano”, firmado por José Amor de la Patria (la investigación histórica no ha podido descubrir quién se ocultó bajo ese pseudónimo. Circuló en 1810 pidiendo la convocatoria de un cabildo abierto y la formación de una Junta. Sus párrafos más señalados expresan:

“¡Americanos! — ¡Contened la irritación de vuestros pechos! — En otro tiempo fue necesaria la declaración de un pontífice para que se tuviera por racionales a los primitivos habitantes de estos países. En el día, es necesaria la declaración de un gobierno para que seáis reputados como una parte esencial e

integrante del imperio español, para que os consideréis elevados a la dignidad de hombres libres y para que dejéis de ser lo que habéis sido, esto es, esclavos miserables...

"Vosotros habéis sido colonos y vuestras provincias han sido colonias y factorías miserables. Se ha dicho que no; pero esta infame cualidad no se borra con hermosas palabras, sino con la igualdad perfecta de privilegios, derechos y prerrogativas. Por un procedimiento malvado y de eterna injusticia, el mando, la autoridad, los honores y las rentas, han sido el patrimonio de los europeos...

"La metrópoli ha hecho el comercio de monopolio y ha prohibido que los extranjeros vengan a vender o vengan a comprar a nuestros puertos y que nosotros podamos negociar en los suyos; y con esta prohibición de eterna iniquidad y de eterna injusticia, nos ha reducido a la más espantosa miseria…

"La metrópoli manda todos los años bandadas de empleados que vienen a devorar nuestras sustancias y a tratarnos con una insolencia y una altanería insoportable; bandadas de gobernadores ignorantes, codiciosos, ladrones, injustos, bárbaros, vengativos, que hacen sus depredaciones sin freno y sin temor, porque las apelaciones son dificultosísimas, porque los patrocinan sus paisanos, porque el supremo gobierno dista tres mil leguas, porque allí tienen sus parientes y protectores que los defienden y participan de sus robos y porque ellos son europeos y nosotros americanos...

" La metrópoli nos carga diariamente de gabelas, derechos, contribuciones e imposiciones sin número que acabar de arruinar nuestras fortunas, y no hay medios ni arbitrios para embarazarlas. La metrópoli quiere que no tengamos manufacturas, ni aun viñas, y que todo se lo compremos a precios exorbitantes y escandalosos que nos arruinan...

"Todo el plan de la metrópoli consiste en que no tratemos ni pensemos otra cosa que en trabajar las minas, como buenos esclavos y como indios de encomienda que somos en todo sentido, y nos han tratado como a tales…"

LA OBRA DE LA JUNTA NACIONAL DE GOBIERNO Y DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL

El 18 de septiembre de 1810 los vecinos más caracterizados de Santiago, en representación del pueblo del Reino de Chile, eligieron una Junta formada por siete miembros, quienes "debían acordar el gobierno más digno de confianza y más a propósito para la observancia de las leyes y conservación de estos dominios a su legítimo señor y desgraciado monarca, el señor don Fernando VII".

El presidente, Mateo de Toro y Zambrano, y el vicepresidente, José Antonio Martínez de Aldunate, eran dos ancianos ajenos a los anhelos de los hombres de la época (pronto fallecieron), y los vocales Francisco Javier Reina e Ignacio de la Carrera no comprendían la trascendencia del acto (el primero entró contra su voluntad por ser enemigo de la constitución de la Junta y adepto al régimen colonial). Únicamente tres vocales eran ciudadanos capaces, decididos y con apreciables condiciones de mando: Juan Enrique Rosales, Fernando Márquez de la Plata y Juan Martínez de Rozas

La obra verificada por la Junta fue de mucha importancia: tendió a la alianza con Argentina y echó las bases de una organización militar, preparando al país contra cualquier peligro; proclamó la libertad de comercio y convocó a la primera asamblea nacional. Estas dos últimas medidas de fondo estuvieron dirigidas a socavar los cimientos del régimen colonial e indican con claridad meridiana las dos causas fundamentales del movimiento emancipador: 1. La libertad de comercio para vincularse al comercio mundial, sacudiéndose del monopolio peninsular y del monopolio de los comerciantes peruanos, y, de

rebote, ligarse al libre intercambio de ideas. 2. El anhelo de gobierno propio, la afirmación de su poder soberano para dirigir sus propios destinos. Y, en el fondo, ambas medidas significaban de inmediato el término de su condición de colonia subalterna.

En ese mismo instante cesó toda relación de dependencia con el Virrey del Perú y de España, no obedeciéndose sus órdenes ni recibiéndose a sus empleados y agentes. Y se prohibió a los habitantes del pais dirigir peticiones y súplicas al gobierno de España.

Las medidas de la Junta traducían su claro deseo de autogobierno, lo cual provocó una abierta repulsa del elemento español, de los criollos adictos sumisos a la monarquía y de la Iglesia. El órgano de resistencia de los “godos” fue la Real Audiencia y el intento de destruir la Junta se resolvió en el motín del coronel Tomás de Figueroa. Aplastado por el naciente ejército patriota y la energía de Martínez de Rozas; fusilado su caudillo y eliminada la Real Audiencia, el poder de la Junta no tuvo cortapisas. Con la elección del primer Congreso Nacional se verificó el primer gran acto de soberanía nacional.

En el discurso de Martínez de Rozas, a nombre de la Junta de Gobierno, a los miembros del primer Congreso Nacional, pronunció esta frase Inicial: “En el único modo posible y legal, se ve por la primera vez congregado el pueblo chileno”. Suponía asentar la doctrina de la representación nacional como fuente legítima de gobierno. Ese discurso de Martínez de Rozas, pronunciado en la instalación del Congreso de 1811, es el punto de partida de la historia constitucional de Chile, donde se proclama la soberanía del pueblo y se inculca la necesidad de una Constitución.

Las medidas tomadas por el Congreso Nacional (abolición parcial de la esclavitud y prohibición de la introducción de esclavos; abolición de los derechos parroquiales y suspensión de los envíos, a Lima, de recursos destinados a la Inquisición); la proclama de Quirino Lemachez (Camilo Henríquez), donde junto a la condenación de los abusos de la dominación colonial exalta la nacionalidad deseando "que se hable algún día de la república, la potencia de Chile, la majestad del pueblo chileno”; y la dictadura de José Miguel Carrera, dieron un ritmo acelerado al movimiento emancipador. El gobierno de Carrera impulsó con ardor la independencia de Chile: creó la primera bandera nacional; hizo aparecer el primer periódico, la “Aurora de Chile”; promulgó el Reglamento Constitucional de 1812 (octubre), donde proclamaba la soberanía del pueblo y desconocía cualquier orden emanada de autoridades establecidas fuera del territorio nacional, que equivalía a una declaración de independencia; estableció escuelas públicas para niños proletarios en conventos y monasterios, y preparó la apertura del Instituto Nacional, plantel básico en la organización educacional del nuevo país. Y, en seguida, enfrentó con las armas a las fuerzas del Virreinato del Perú en defensa de nuestra independencia. Desde ese instante la suerte quedó echada...y después de gloriosas vicisitudes se selló en Maipú.

LA IGLESIA CATOLICA ENEMIGA DE LA INDEPENDENCIA

Según numerosos historiadores, el movimiento emancipador no fue contra España, sino que fue la acción de los criollos (españoles-americanos), junto al pueblo español en lucha contra el invasor extranjero. Por ejemplo, el brillante publicista argentino Carlos Sánchez Viamonte, reconociendo la importancia de los innegables motivos de origen económico, agrega que el movimiento de emancipación americana sigue e imita el movimiento de emancipación peninsular y en los dos casos es una actitud de pueblo contra gobierno. La adhesión a Fernando VII era un pretexto para disimular el propósito separatista. El pueblo español que resistía a Napoleón asumió su soberanía y organizó su gobierno bajo el sistema de Juntas, con prescindencia de las autoridades tradicionales monárquicas. No llegó a

proclamar la República, pero adoptó los nuevos principios del derecho político y estableció la representación popular, aboliendo los antiguos estamentos de tipo medieval, y concluyó por dictar la Constitución de 1812, como fundamento de una monarquía liberal.

La lucha entre criollos y godos no presentó un carácter racial-político sino ideológico político-social. Los criollos llamaron “godos” a los peninsulares funcionarios y cortesanos, quienes venían a gobernarlos y a explotarlos en nombre del rey, y comprendieron también en ese calificativo a los criollos partidarios del despotismo y de la intolerancia monárquica. Así, en las filas de los godos hubo criollos; y en las filas de los criollos hubo godos “desfilipizados”, siendo una verdadera guerra civil entre miembros de la familia española.

La Iglesia, como entidad, estuvo de lado de la Monarquía. Los sacerdotes llevaron a cabo una gran propaganda en contra de la Junta de Gobierno. Y sólo algunos, por excepción, apoyaron el movimiento juntista y la lucha por la independencia. Un fraile de la Merced, en un sermón de esos días, planteó como el mayor escándalo el espíritu revolucionario de los patriotas chilenos y lo condenaba en estas frases, resumen del pensamiento de la Iglesia frente a aquellos acontecimientos:

"La constitución de los gobiernos de América está en su ser. No se nos ha dado orden para que la alteremos; no se nos ha dicho que podemos gobernarnos por nosotros mismos y a nuestro arbitrio; antes bien, sabemos que la Junta que representa la autoridad del monarca ha dado sus órdenes... Pensar, pues, en resistir a estas órdenes es querer resistir a la ordenación, como lo dice el apóstol: qui potes- latí resistit, Dei ordinationi resistit (el que resiste al poder, resiste a las órdenes de Dios).

"En España no hay otra autoridad que la junta reconocida por la nación y que nos ha dado la Providencia. Decid claro que no queréis sujetaros ni obedecer al precepto de Dios; que no queréis obedecer a la potestad de los reyes de España, que Dios nos dio desde la conquista y que nos ha conservado hasta hoy misericordiosamente; decid que pensáis gobernaros mejor por vosotros mismos que por la potestad de lo alto, y entonces no os admiréis de que declamemos en los pulpitos contra una desobediencia tan luciferina y contra una ambición tan funesta, que no sólo degrada a nuestro reino del concepto de fiel, obediente y sumiso en que lo han tenido las naciones sino que excita la justicia de Dios a que descargue sobre nosotros todos sus rayos y anatemas..

El Papa Pio VII expidió el 30 de enero de 1816 una bula conminando a los pueblos americanos a volver a la sumisión colonial. El Papa León XII dirigió, el 24 de septiembre de 1824, una Encíclica contra la libertad de América y en favor del sometimiento de nuestros países a la autoridad del pérfido Fernando VII.

UN SECTOR DE LA ARISTOCRACIA EN CONTRA DE LA INDEPENDENCIA

Un importante sector de la aristocracia criolla demostró una invariable adhesión al régimen español; y destacados españoles, de tendencias liberales, lucharon por la independencia de América. El general español Francisco Javier Mina personificó esa actitud. Al salir de España, a combatir por la libertad de México, escribió: ... "Dos clases de personas son las que única y exclusivamente se aprovechan allí de la esclavitud de los americanos: el rey y los monopolistas; el primero, para sostener su imperio absoluto y oprimirnos a su arbitrio; los segundos, para ganar riquezas con que apoyar el despotismo y mantener al pueblo en la mendicidad. He aquí los agentes más activos de Fernando y los enemigos más encarnizados de la América"...

Al revés de tan claras palabras en contra del sistema colonial y justificativo de la actitud de los patriotas, muchos hacendados criollos se colocaron al lado de los godos, facilitando sus peonadas para servir como flamantes soldados del Rey. A este respecto existe un documento bochornoso en nuestra historia. En vísperas de la batalla de Chacabuco, en la noche del 9 de febrero de 1817, cuando el ejército libertador estaba a las puertas de Santiago, un núcleo prominente de la aristocracia criolla subscribió un acta de adhesión a la "sagrada causa del legítimo monarca don Fernando VII". Su texto es el siguiente: "El M. I. Cabildo, Consejo, Justicia y Regimiento... les hizo un ligero razonamiento sobre las actuales circunstancias, arbitrios y otras medidas que debían tomarse para la defensa y seguridad del reino, y castigar, como era justo, la osadía y orgullo de los insurgentes de la otra banda; y, en consecuencia de ello, unánimes todos los que firman ésta dijeron que, con sus vidas, haciendas, y sin reserva de cosa alguna, estaban prontos y resueltos a defender los sagrados derechos del Rey, a cuya obediencia vivían gustosamente sujetos, suplicando respetuosamente a Su Señoría que desestimare las ideas que alguno o algunos menos instruidos del honor chileno quisieran influir en el superior ánimo, como lo acreditaban con las subscripciones que estaban prontos a realizar de esta acta, y de cuantas más cosas fuesen análogas a la defensa del Reino y honor de las armas del Rey".

Firmaron el documento los Títulos de Castilla presentes en la ciudad y, entre otros, los ciudadanos Manuel Aldunate, José Manuel Lecaros, Manuel Ruiz Tagle, Miguel Valdés y Bravo, José Casimiro Velasco, Manuel de Barros, Domingo Eyzaguirre, Francisco de Bernales, Cristino Huidobro, Miguel de Echeñique, José María Tocornal, Francisco Echazarreta, Francisco Izquierdo...

LAS CLASES POPULARES Y LA INDEPENDENCIA

Los trabajadores del campo y de la ciudad constituyeron el grueso de los ejércitos y de las montoneras en las largas y sangrientas campañas de la independencia. Al comienzo no comprendieron la finalidad de la lucha ni distinguían entre "godos" y "patriotas", únicamente seguían a sus amos. Ninguno de sus anhelos fue agitado por los revolucionarios. Al obedecer a sus señores sirvieron tanto en las filas realistas como en las fuerzas patriotas. Ya lo expresó Isidoro Errázuriz en su brillante ensayo: "Día vendrá en que la raza poseedora del suelo tendrá necesidad de llamar al proletariado a conquistar la Independencia y a morir por la patria y es de temer que muchos del proletariado no sabrán distinguir entonces entre realistas e independientes".

Un juicio similar emite Miguel Luis Amunátegui en su obra: "La dictadura de O'Higgins", al señalar el carácter aristocrático-feudal de la sociedad criolla y cómo los vecinos de las ciudades y los campesinos estaban igualmente sujetos por el interés, la fidelidad y la opresión, a los dictados de los grandes hacendados... "Los hacendados chilenos eran una especie de señores feudales, menos el espíritu marcial y los hábitos guerreros. En sus tierras su capricho era ley y no se respetaban otras órdenes que las suyas... Dentro de sus haciendas eran amos en toda la extensión de la palabra. Cada uno de ellos habría podido hacer levantarse a su voz un escuadrón de leales servidores que habría ido, sin preguntar el motivo, a donde su señor se lo hubiera mandado y habría sometido del propio modo a quien el mismo le hubiera indicado".

Por esta razón, en las campañas de la Patria Vieja, las fuerzas armadas españolas se componían de campesinos chilenos reclutados en el sur del país. Las acciones militares de 1813-14 y las crueldades de los españoles durante la Reconquista, despertaron la conciencia patria de las masas humildes, y luego encendida por el valor y la audacia de Manuel Rodríguez y sus compañeros. Desde ese momento se les

pueden aplicar con justeza estas palabras de un historiador: “las clases populares de Chile, que en la existencia diaria ofrecían un aspecto grosero y vulgar, se levantaban a la altura del heroísmo en las campañas guerreras de la Patria”.

Los patriotas más decididos se desterraron a Mendoza, a preparar la liberación del país, y otros fueron apresados y relegados por las autoridades realistas. Gran parte de la aristocracia terrateniente se sometía a la monarquía. En cambio, el pueblo, se irguió contra el invasor en permanente rebelión, alimentando un amplio movimiento de guerrillas y montoneras. Los guerrilleros debieron enfrentar a las tropas españolas y forzar a los grandes hacendados a cooperar a su sostenimiento. Barros Arana anota, por ejemplo, que después de tomar San Fernando, los montoneros conducidos por Manuel Rodríguez habrían ejercido actos de violencia vituperable “imponiendo gruesas contribuciones y decretando la prisión de vecinos considerados y prestigiosos y que en realidad no habían cometido otra falta que el no haber cooperado a la insurrección popular”.

El huaso Neira, compañero de luchas de Manuel Rodríguez, llevó a cabo audaces acciones en contra de los españoles y éstos pusieron a precio su cabeza. Pues bien, cuando triunfaron los patriotas, Neira fue fusilado por atropellos cometidos contra la propiedad (¡!).

A Manuel Rodríguez le ocurrió otro tanto. En carta a San Martin, de fecha 5 de junio de 1817, O’Higgins le manifiesta: “Rodríguez es bicho de mucha cuenta... Haciéndolo salir a luz, luego descubrirá sus proyectos, y si son perjudiciales, se le aplicará el remedio”. Este le fue aplicado a traición en 1818.

La revolución de la independencia no expresó intereses del pueblo bajo y, una vez terminada la gesta, volvió a la explotación y a la servidumbre. Los padres de la patria, en general, salidos de la clase aristocrática, o ligados a ella, grandes hacendados ellos mismos, únicamente representaron sus intereses y anhelos, y aquéllos de tendencias democráticas y populares perecieron eliminados por sus propios camaradas de armas.

Voces aisladas hicieron ver la triste condición de las masas trabajadoras y pidieron algunas reformas en su favor. Camilo Henríquez, por ejemplo, condenó la desigualdad social y defendió a las multitudes oprimidas. En una de sus vibrantes arengas expresaba: “El pueblo vive en la pobreza y en la miseria en medio de la mayor abundancia. Los propietarios son pocos. ¿Cómo podrán los jornaleros mantener a sus familias si están en la clase de los mendigos?”

SINTESIS Y LEGADO DE LA INDEPENDENCIA

A fines de la Colonia, Chile ya era una perfecta unidad nacional, con una potencialidad suficiente para emanciparse y con fuerzas sociales conscientes para llevarla a cabo, animadas por una “élite” decidida, capaz y con un claro sentido de las posibilidades. La independencia aparecía como necesaria e ineludible para resolver las contradicciones del régimen colonial y la profunda crisis del sistema, planteada desde fines del siglo XVIII. Por otra parte, los grandes fenómenos económicos, sociales y políticos de la época, de consecuencias universales, repercutieron en Iberoamérica, aceleraron el proceso y animaron a sus minorías más dinámicas a emprender la resolución de sus problemas. Aunque el movimiento emancipador nació como una adhesión a la monarquía legítima, ante la invasión napoleónica, y la idea de la independencia no se planteó sino más tarde, el anhelo inicial de reformas y de autonomía era indiscutible.

Los sucesos de 1808, en España, y sus repercusiones en el país, más el incapaz gobierno de García Carrasco, profundizaron aquellos anhelos, condujeron al movimiento juntista y, luego, al despertar del sentimiento independentista. Mientras los criollos, en torno al Cabildo, propiciaban medidas que implicaban el reconocimiento de derechos del cuerpo político chileno para decidir por sí mismo; el elemento español-monárquico, y criollos adeptos, en torno a la Real Audiencia, eran partidarios de no innovar y mantener intacto el sistema colonial.

En definitiva, la culminación de un largo proceso económico-social a comienzos del siglo XIX: la invasión de España por Napoleón, provocando la acefalia del trono y un largo periodo de caos y desorden; y el desacertado gobierno de García Carrasco, conmovieron a los criollos y los llevaron, naturalmente, a tomar el gobierno en sus manos. La lucha fue larga y costosa, sembrada de episodios dramáticos, con alternativas de victorias y desastres, hasta el triunfo completo, demostrativo de la existencia de fuerzas poderosas en la naciente nacionalidad, capaces de dar vida a una república. Pero, en esencia, el triunfo de la independencia significó sólo la emancipación política de los países americanos, pues no modificó el régimen económico-social de la colonia. Continuó el dominio del latifundio, de la servidumbre y de la explotación de las masas campesinas y ni siquiera favoreció a la incipiente burguesía urbana. El gobierno quedó en las manos de la oligarquía terrateniente.

A lo largo del siglo XIX se librará una lucha sin tregua por derribar el poder de la oligarquía latifundista y de la Iglesia, su aliada, y eliminar las instituciones coloniales, a fin de democratizar el régimen, lucha encabezada por las nuevas fuerzas sociales, la burguesía minera, bancaria, comercial e industrial, y más adelante por el proletariado.

Al celebrar los 150 años de vida republicana, podemos comprobar que aún quedan por resolver tareas planteadas en 1810. Las palabras de Manuel de Salas, escritas a fines del siglo XVIII, todavía poseen validez: “El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de la América y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles: teniendo proporción para todo, carece de lo necesario, y se traen a él frutos que podría dar a otros” ...

Desarrollo del Capitalismo en Chile

ARAUCO N°11 septiembre 1960

El volumen de Marcelo Segall: Desarrollo del capitalismo en Chile, de la Editorial del Pacífico, es un estudio extenso y, a veces, confuso. Posee méritos reales, aunque un despliegue excesivo de erudición y una alusión constante a materias, obras y personas ajenas al tema, tornan sofocante y difícil su lectura. Además, es evidente un desorden metodológico: la misma época se enfoca varias veces y existen repeticiones insistentes; mezcla su desarrollo dialéctico con análisis críticos a los historiadores del período respectivo (en vez de haber enfocado en un capítulo critico especial a los diversos autores a quienes tenía interés en vapulear), y alarga innecesariamente sus ensayos por su afán de citar, con monotonía agobiadora, el genio de Tréveris. Largos párrafos textuales, o comentarios esclarecedores, agregados para la mejor comprensión de sus consideraciones acerca de Chile, de las obras clásicas de la literatura marxista, entorpecen el hilo natural de su desarrollo y dejan demasiado en descubierto la armazón de la obra. Por este motivo sentimos, con frecuencia, la sensación de que todo el esfuerzo de Marcelo Segall obedece primordialmente a un deseo irresistible de volcar sus amplias lecturas marxistas. El mismo confiesa (nota de la página 48): “La concepción de la historia de Marx, sobre todo El capital, entrega un esquema teórico de tal precisión y veracidad que, aplicado a la historia nacional, mi aporte

parece limitar su originalidad a la aplicación de acontecimientos nacionales y nombres criollos a los descubrimientos teóricos del Genio. A veces con tal facilidad, que se reduce a trasladar documentos sueltos y revueltos, a un orden sistemático por materias". Y en esta tendencia de respetarlo a la letra reside la mayor resistencia que se experimenta a leerlo. Su obra hubiera ganado considerablemente si la deja expurgada de todo ese fárrago de erudición marxista, y se reduce al análisis del desenvolvimiento nacional, a la luz de aquel método, con lo cual junto a la originalidad y riqueza interpretativas hubiera agregado claridad y agilidad, dentro de proporciones muy discretas. La acusación de obedecer su obra a un esquema y criterio apriorísticos encuentra una fundamentación atendible en lo expuesto y le resta calidad, en circunstancias que la posee de manera efectiva y en amplia escala.

La obra de M. Segall consta de un primer capítulo sobre la génesis del capitalismo y de las luchas sociales en Chile, con un análisis de la historiografía nacional; un segundo capítulo sobre Economía Política y Minería contiene, también, un extenso estudio acerca del capitalismo en la Agricultura; el tercer capítulo enfoca la presidencia de don José M. Balmaceda, más un apéndice crítico sobre los historiadores del periodo; el capítulo cuarto analiza el movimiento obrero en la segunda mitad del siglo XIX; y el capítulo quinto, y final, traza una síntesis de las ideas filosóficas en Chile.

Los tres primeros capítulos, los más extensos, contienen la substancia original del estudio y de ellos es preciso extraer el pensamiento básico que informa la obra de M. Segall. El capítulo cuarto se inicia con la fundación de la Sociedad de la Igualdad y se detiene en la creación de los primeros grupos socialistas en 1897-98. En varias páginas se refiere a la constitución y actividades de la Sociedad de la Igualdad, apoyándose en la obra de Julio César Jobet, sin aportar nuevos datos. De todos modos, hace algunos reparos a este escritor. Lo acusa de ubicar a Santiago Arcos "aislado de las clases sociales y de su tiempo, pues sólo utiliza materiales de segunda mano" e ignora la influencia de Arcos y Bilbao en el anarquista español Victory Suárez, padre del movimiento obrero argentino (quien publicó El artesano y tradujo La Icaria, de Cabet, inspirado por Arcos). Santiago Arcos, según Segall, fusionó las doctrinas del socialismo utópico francés con el anti latifundismo de la burguesía nacional más avanzada, y sería el representante chileno del socialismo burgués. Fracasó al propiciar una reforma revolucionaria donde no existían condiciones necesarias para ejecutarla ni fuerzas sociales para poner en marcha tales condiciones: la burguesía era débil; los artesanos eran escasos y dispersos; y los inquilinos no poseían ninguna conciencia ni actuación. Es más o menos, la misma tesis de J. C. Jobet, cuyo libro está realizado con seriedad, después de una vasta investigación de primera mano, y presentando todos los antecedentes y rasgos de la época de la actuación de Arcos, del carácter de la Igualitaria y del movimiento popular de ese entonces. M. Segall no agrega nada a aquella investigación. En cuanto al supuesto desconocimiento de J. C. Jobet sobre la influencia de Santiago Arcos en la Argentina, o de su vida en Europa, él advierte que sólo analiza la actividad de su personaje en Chile. Carecía, en el momento de escribirlo, de los elementos de primera mano, que le permitieran exponer su labor más allá de las fronteras de su país. Reprocharle, entonces, algo por él mismo declarado es no querer comprender el alcance exacto de su trabajo.

A continuación M. Segall verifica una serie de divagaciones en torno a diversos hechos y personajes aislados en el largo lapso de medio siglo. Sus consideraciones sobre el mutualismo y el Partido Demócrata carecen de novedad; en cambio, son del mayor interés sus datos sobre la constitución de los primeros grupos socialistas. Pero, en general, sus aportes originales en este ensayo son escasos.

En el capítulo quinto, y final, traza un esquema de la evolución de las ideas filosóficas en Chile hasta fines del siglo XIX. Se detiene en la exposición de las tendencias positivista e historicista en el pensamiento nacional, sobre todo de esta última. Enfrenta, en especial, el estudio de Francisco Bilbao y de Jenaro Abasólo. Cuando enfoca la personalidad de Abasólo utiliza los datos entregados por Virgilio Figueroa en su Diccionario histórico biográfico, quien, a su vez, aprovecha los antecedentes dados por Flora Abasólo y también el conocimiento de los papeles inéditos del filósofo, los cuales menciona por sus títulos, pero sin criticarlos. Los datos escuetos y las noticias generales de V. Figueroa le permiten a M. Segall trazar una interpretación de Abasólo como si hubiera leído y meditado el texto de las obras inéditas del filósofo, indicadas por aquél, con gran lujo de intuiciones dialécticas. Si M. Segall no exhibe aquellas obras inéditas de Abasólo, desaparecidas hasta el momento, toda su exposición reposaría exclusivamente en una suposición imaginaria, con todos los contornos de una superchería literaria.

Las tesis fundamentales de M. Segall, contenidas en los tres capítulos principales de su grueso volumen, tienden a destacar que la historia de Chile es la historia de su desenvolvimiento capitalista y sus rasgos característicos son el resultado de la lucha entre la minería y la agricultura, pues mientras la preponderancia económica residía en la industria extractiva, el poder político estaba en manos de la aristocracia terrateniente, y en esta larga contienda el capitalismo agrario se alía más tarde con el capital mercantil habilitados (bancos). La unidad de Chile ha sido la unidad de intereses del latifundismo y de su aliado el capital bancario y comercial, triunfantes sobre la capa progresista minera industrial. Esta última capa quiso crear una nación capitalista moderna con formas democráticas en la lucha con sus rivales; pero éstos mantuvieron una acción organizada para sus fines atrasados de capitalismo agrario con formas autoritarias. Este predominio latifundista sobre el minero en el gobierno se debió a la unidad y estabilidad de la clase agraria, conservadora y disciplinada, frente a la minería fluctuante y sensible a las crisis mundiales. Por esto, la historia de Chile en el siglo XIX, durante la República, es la historia del predominio y del usufructo del latifundismo. La minería al no constituirse en un núcleo orgánico constante, al no transformarse de simple industria extractiva en transformadora, esto es, consolidarse como industria, destrozó el futuro de Chile, conservando su estructura atrasada de simple proveedor de materias primas.

En un vistazo de conjunto M. Segall, páginas 239-40, expresa que la tesis de sus ensayos le parece comprobada, y es la siguiente: “Chile ha cruzado en su desarrollo todas las etapas generales del proceso de relaciones capitalistas. Incluso el de la gran industria. Pero con una dirección original y distinta, diferente al curso seguido por los países con desarrollo industrial elaborador. Las grandes potencias tienen en su desenvolvimiento una forma orgánica general, una homogeneidad entre las distintas fases de la actividad. Chile, en cambio, ha pasado por las mismas etapas, pero en una evolución desigual. Estas diferencias tienen varios aspectos. Una, la principal, es el desequilibrio entre su capacidad de producción extractiva y su realidad transformadora escasa. Las grandes potencias capitalistas tienen su “gran industria” en la transformación de las materias primas. Chile, en la minería. Otro aspecto reside en la desproporción entre el gran uso de capital variable (salarios) y el comparativamente menor de capital constante, en el aspecto instalaciones y maquinarias. Fenómeno este último que se produce inversamente en los países de mayor desenvolvimiento. Y, finalmente, el desnivel que existe entre las distintas ramas de la producción, esto es, entre la minería, la elaboración y la agricultura. Estas características dieron una consecuencia: la necesidad de importar capitales. Esta ayuda para profundizar la explotación moderna del capitalismo tiene una clasificación especial: ser una importación de capitales

para producir plusvalía para el exterior. En otras palabras, el desarrollo moderno del capital en su forma imperialista económica".

El trabajo de M. Segall trata, principalmente, de presentar una síntesis del desarrollo del capitalismo en Chile desde 1848, época de una crisis económica internacional, y cuando en nuestro país se inicia la lucha de la burguesía minera en contra del latifundismo, dueño del Estado, uniéndose a las capas explotadas, populares, para poder dar curso a la revolución industrial y a la liquidación del viejo latifundismo. Revolución industrial representada en Chile por la gran producción minera y sus derivados metalúrgico-fundidores.

Dos son las afirmaciones fundamentales de M. Segall a este respecto: 1° El proceso histórico de la evolución económica y social de Chile en el período de 1848 a 1880, concuerda, en sus perspectivas mayores, con muchas de las características del desenvolvimiento del viejo Continente, especialmente de Inglaterra, en el período de la primera revolución industrial capitalista: "Chile ha sufrido el mismo proceso de formación capitalista que Europa, pero comprimido en un número menor de años y en distinta forma de la industria típica debido a la extraordinaria riqueza del suelo". 2° En Chile el desarrollo del capitalismo arranca desde la conquista española. Tanto la agricultura como la minería tienen las características de este sistema de relaciones de producción... Durante el periodo colonial es un tipo de capitalismo correspondiente a esta etapa.

El desarrollo desigual del capitalismo en Chile adquirió, durante el siglo XIX, dos direcciones y formas distintas. Una es la desproporción entre el auge y la riqueza de la minería con el predominio político del latifundismo, productivamente inferior. La otra es la desproporción entre el auge del capital minero e industrial chileno y el grado de evolución del capitalismo en Europa y Norteamérica.

La guerra civil de 1891 se tradujo en el fin de la etapa independiente de la economía chilena y en su deformación subsiguiente: "La historia de su transformación desde gran potencia sudamericana, avanzada de las relaciones capitalistas en el hemisferio austral, hasta pasar a ser un país dependiente, es la historia de la debilidad de su minería y de su industria fundidora, de su burguesía minera e industrial".

Según M. Segall, la originalidad de su trabajo reside en que parte del análisis de la producción minera (y no de la agricultura como han hecho todos los historiadores nacionales) y de la lucha de clases por ella generada, y en la producción mercantil, que en Chile es fundamentalmente extractiva. Para él las dos fases específicas de la lucha y evolución sociales son: una relacionada con la expansión de las fuerzas productivas, que es una lucha entre distintas capas de una sola clase social, la clase capitalista (y donde se encuentra la explicación de la dialéctica histórica y del curso de la política chilena desde 1810 hasta 1890); y la otra, es la formación activa de la conciencia de clase de los trabajadores explotados. De esta suerte existe una lucha constante entre los mineros industriales con los latifundistas por el dominio del poder del Estado. En esta dramática contienda, el uso del gobierno por los terratenientes y la acción de su aliado el capital bancario mercantil, residente en Valparaíso, impidió el natural desarrollo del capitalismo industrial, de su transformación en industria fabril. A la lucha entre diversas capas de la clase capitalista se sobrepone, en seguida, la contienda entre la burguesía y el proletariado, entre la clase capitalista y la clase trabajadora.

La historia política de Chile refleja las contradicciones de los intereses de la minería y la agricultura. Su progreso descansa en el crecimiento constante de la minería, la tendencia centralizadora del capital y el desenvolvimiento extensivo de la agricultura. Después de la guerra del Pacifico se produce el paso del

mercantilismo y la manufactura (en Chile la minería) al industrialismo y de éste al monopolio (o sea la fusión del capital industrial con el capital bancario). Se produce la lucha entre el capital industrial nacional y el capital internacional cimentado en la gran industria, representado por Thomas North y el capitalismo monopolista inglés. El capital financiero venció al atrasado capital industrial nacional y a la clase obrera en formación. La historia del monopolio en Chile es la historia de su débil estructura y deformación como país industrial, dedicado a la extracción de materias primas.

A través de su nutrido volumen, Marcelo Segall detalla los hechos singulares que caracterizan el proceso evolutivo de la agricultura, de la minería, de los bancos y de la industria metalúrgica, durante el siglo XIX, y se detiene en el análisis exhaustivo de la administración de Balmaceda, cuando dicho proceso alcanza su punto culminante, chocando las diversas fuerzas económicas y las distintas capas sociales, y cuyas contradicciones se reflejan ásperamente en las luchas políticas hasta producirse su desenlace en la guerra civil de 1891.

Las tendencias propias del desarrollo en cada rama, los sucesos más importantes que lo distinguen y fijan, y los personajes representativos más típicos le merecen a M. Segall páginas certeras por sus numerosos datos, enfoques y consideraciones de todo orden. Largo seria enumerar y sintetizar el material vastísimo aportado al esclarecimiento del desenvolvimiento económico y social de este amplio período. Están trazados brillantemente el desarrollo de la agricultura: la conversión de millares de inquilinos en jornaleros de las minas y obras públicas, la formación de un “ejército agrícola de reserva”, la expropiación y concentración de la propiedad agraria en la Araucanía, Patagonia y Tierra del Fuego (donde se elimina en forma bárbara a gran parte de los mapuches y totalmente a los tehuelches y onas; y donde se levantan fortunas colosales como la de José Bunster, quien llegó a ser el primer productor de cereales; y las de los potentados de la “Sociedad Explotadora Tierra del Fuego” y la “Sociedad Ganadera Gente Grande”); el desarrollo de las faenas mineras de la plata, carbón y cobre, donde un proletariado numeroso trabaja en condiciones subhumanas, provocando los comentarios sorprendidos de Darwin y Liebig; los métodos inhumanos aplicados en las labores de extracción del guano y salitre, en las islas Chinchas, Mejillones, Tarapacá y Antofagasta (y para intensificarlas se llegó a raptar la población masculina de la isla de Pascua y a importar coolies chinos, por medio de un comercio increíble, después de haber exterminado a los pobladores indígenas); el desarrollo de los bancos basado en la habilitación, realizada en forma usuraria a los mineros, y a la consolidación de la oligarquía bancaria de Valparaíso (y donde amasa su fortuna Agustín Edwards Ossandón, quien por una despiadada especulación, en 1870, acaparó todo el cobre de los pequeños y medianos productores, conseguido a un precio inferior a su costo de extracción y vendiéndole, en seguida, en condiciones onerosas, levantó una fortuna gigantesca, siendo el primer “rey del cobre’’).

Los bajos salarios y las largas jomadas de trabajo en las faenas agrícolas y mineras dieron origen a una “acumulación primitiva", que permitió el aceleramiento y ampliación del proceso capitalista y una apreciable exportación de capitales a las provincias de Tarapacá y Antofagasta. A la fase del mercantilismo sucede la etapa industrial y se constituye una burguesía manufacturera, cuya expansión desató la Guerra del Pacifico, afrontándola unidos los terratenientes, banqueros y mineros.

En la administración Balmaceda alcanza su cúspide el auge económico y culmina el proceso capitalista inicial. Se afirma un naciente capitalismo industrial, personificado notablemente por Ricardo Lever, inglés chilenizado, quien creó la fundición “Lever y Murphy”, en Caleta Abarca, dando un impulso extraordinario a la industrialización del país, en estrecha relación con la minería, apoyado por el

Presidente Balmaceda. Se produce el paso de la industria al monopolio. Los terratenientes y banqueros ven amagados sus intereses y, en defensa de su hegemonía política, se alían al capitalismo monopolista inglés representado por Thomas North (hábil hombre de empresa y especulador, quien por una afortunada adquisición de los "Certificados" salitreros peruanos emitidos a raíz de la nacionalización de las salitreras de Tarapacá, junto a otras operaciones financieras, se apoderó de toda la provincia y a la cual atrajo, en seguida, el capital inglés), provocando la guerra civil de 1891, que liquidó la industria nacional, todavía débil e incapaz de competir con el capitalismo internacional.

La minería y la metalúrgica cuprífera y el capital bancario y mercantil son elementos importantes entre los factores que gestaron la guerra civil de 1891, pero los decisivos fueron la agricultura, poseedora del Poder Ejecutivo; el salitre cuya producción costeaba el Presupuesto; y la clase obrera, poderosa por su número y cuya conciencia de clase se inicia en esta etapa. Precisamente, M. Segall, analiza de manera prolija su primera acción independiente, la gran huelga de 1890, y su inhumana represión, contienda que puso frente a frente a la antinomia propia del régimen capitalista, la burguesía y el proletariado.

En cuanto a sus críticas a los historiadores chilenos, las concreta en las personas de Francisco A. Encina, Hernán Ramírez y Julio C. Jobet. Cuando los analiza por su posición frente al gobierno de Balmaceda, afirma, en un rasgo humorista, que representan la triplicidad de la dialéctica en su cara externa y superficial. Encina es la tesis; Ramírez, la antítesis; y Jobet, la síntesis. De acuerdo con su juicio, F. A. Encina es demasiado subjetivo, idealista y arbitrario y más bien suministra literatura histórica; y H. Ramírez ignora su oficio: si su obra no se funda en los trabajos de otros historiadores es una acumulación de incultura. Respecto a Julio C. Jobet, sobre quien emite numerosos juicios, nos detendremos especialmente. Condensa su apreciación en estos párrafos: "Jobet tiene un mérito importante: haber tentado una nueva explicación de la historia, desde un ángulo crítico: acertado a ratos, duro las otras veces…". "La obra principal de Jobet tiene otro calibre. Es informada. Recuerda en varios aspectos un trabajo juvenil de Bilbao, Sociabilidad chilena, por…sensacional y por su tendencia crítica, hecha en estilo condenatorio, aunque Bilbao es difuso y Jobet es preciso y claro. Por sus proyecciones políticas son, tanto el trabajo de Bilbao como el de Jobet, una señal de alarma oportuna, pero doctrinaria y científicamente no contribuyen con ningún aporte nuevo" ...

Se advierte una pequeña contradicción entre los párrafos; en el primero reconoce que la explicación de Jobet, en su obra Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile, es nueva y acertada a veces y, en cambio, en el segundo párrafo le niega todo mérito científico. De sus diversas referencias, J. C. Jobet representaría a la clase media y al Partido Socialista y su tesis fundamental residiría en el análisis de la situación lamentable del país atribuyéndola al "tartufismo" y a la "desidia" de la "oligarquía" nacional; y sus ataques en abstracto a la "oligarquía", el "latifundismo feudal", etc., son posiciones que no indican una concepción marxista sino una exclusivamente critica. Marcelo Segall considera una aberración teórica caracterizar a la hacienda actual como semifeudal y afirma: "Llamar semifeudal a Chile es, simplemente, ignorar qué es feudalismo y qué es Chile", en relación con su tesis según la cual el desarrollo capitalista chileno se inicia desde la Conquista, guardando estrecha similitud con el desarrollo capitalista europeo.

En resumen, la crítica de J. C. Jobet sería pequeñoburguesa, proudhoniana, utilizando procedimientos éticos críticos para denunciar la realidad económica y clasista de Chile, donde la debilidad nacional se habría producido por el despilfarro y el lujo de los detentores de la propiedad. Insiste en caracterizar la posición de J. C. Jobet como moralista y subjetiva, correspondiendo al espíritu de Proudhon en su

Filosofía de la miseria, pues de acuerdo con este utopista, padre del anarquismo, sólo encuentra "contradicciones económicas" y “latrocinios”.

M. Segall, elaboró sus ensayos siendo militante del Partido Comunista y, por lo tanto, creyéndose poseedor exclusivo de la concepción marxista. De ahí su actitud con respecto a J. C. Jobet, socialista, a quien debía, colocarlo, obligadamente, en un plano subalterno y presentarlo como un desconocedor de aquella doctrina. De la lectura atenta de sus obras no se desprende que sus tesis sean las señaladas por Segall. Y sus referencias reproducidas sólo indican aseveraciones anexas una vez analizadas las bases económicas y políticas del proceso nacional. Asimismo, le irrita cuando Jobet habla de feudalismo y semi-feudalismo. Segall sostiene que desde la Colonia hubo capitalismo, porque la producción minera y parte de la agrícola estaban dedicadas al mercado. Esta afirmación no es correcta. Si existe producción mercantil en el feudalismo colonial y prepara primitivas condiciones para el capitalismo, es demasiado simple y errado afirmar su existencia desde entonces. El mismo Segall aclara que la encomienda se inició para el uso privado del conquistador, como tipo feudal de explotación, y sólo en parte perseguía producir artículos para el consumo y abastecimiento de las villas y minas; su definición del régimen impuesto por los españoles es ésta: la encomienda y el repartimiento nacen como organización capitalista, pero en su etapa de acumulación primitiva forzada con formas externamente feudales, provenientes de la calidad de colonia de Chile, dependiente de un Estado feudal, cimentadas en el trabajo esclavo o servil. O sea, al propio Segall, se le hace difícil aceptar del todo una afirmación rotunda sobre la existencia de un régimen capitalista en la Colonia. Sale del paso manifestando que la agricultura chilena en la Colonia puede definirse como empresa capitalista de poco desarrollo, lo cual en el fondo equivale a capitalismo colonial o semi-feudalismo. Por otra parte, Julio C. Jobet, en su libro Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad, página 35, al estudiar el desarrollo colonial, escribe: “El campo chileno se transforma en una explotación capitalista extensiva, en tal forma que se disuelve en parte el feudo, y al lado del inquilino radicado en las haciendas, surge el peón “libre”, asalariado, que trabaja en el campo, durante ciertas épocas, y en las minas. La revolución de la Independencia es impulsada, en esta forma, por el naciente capitalismo agrario que necesita, al desarrollarse, del libre cambio para exportar ventajosamente sus cereales. A causa de las trabas feudales, la industria no tenía horizontes y el comercio se movía en marcos demasiado estrechos’’.

Conviene insistir en el carácter verdadero del régimen colonial americano. Sin duda, España conquistó América dominando y organizando pueblos de distintas culturas y orígenes y estructurando una economía colonial subordinada a la economía metropolitana. Lo hizo sin liquidar las formas de producción colectiva indígena y sobre ellas implantó un conjunto de formas feudales y semifeudales que se expresan en la encomienda y reducción y sus correspondientes relaciones semiesclavistas y de servidumbre; pero al mismo tiempo, estas formas atrasadas de la economía se entrelazan con relaciones capitalistas comerciales introducidas por los españoles, como resultado de la expansión del capitalismo mercantilista europeo en busca de metales preciosos y especias. En las encomiendas, más tarde, se produce no sólo para el autoconsumo sino para el mercado y con el móvil de obtener ganancias. Entonces se origina una producción de mercancías, esencia del capitalismo. Con el tiempo, la encomienda y el latifundio no constituyen economías cerradas de autoabastecimiento, característica típicamente feudal, por cuanto de ellas salen los productos que se exportan nutriendo, en parte, el continente europeo. Entran a depender, entonces, del mercado y de los precios.

Tal vez, como anota el investigador Sergio Bagú, se ha exagerado el carácter absolutamente feudal de la Colonia porque "las colonias hispano-lusas de América no surgieron a la vida para repetir el ciclo feudal,

sino para integrarse en el nuevo ciclo capitalista que se inauguraba en el mundo"; pero la economía colonial quedó organizada como un apéndice complementario del capitalismo exterior, adaptado a las necesidades de la economía metropolitana, y España impidió el desarrollo industrial, y aun agrícola, en todas aquellas ramas que no convenían a los intereses del monopolio productor y comercial de la Península. Para Sergio Bagú lo que surge en América española y portuguesa no es feudalismo sino capitalismo colonial, aunque "El capitalismo colonial americano es, sin embargo, un régimen de perfil equívoco, con algunas manifestaciones de inspiración feudal". ("Estructura social de la Colonia"). Sin duda, el sistema económico establecido por los españoles corresponde en varios aspectos a una variante del feudalismo europeo moribundo; y en otros corresponde al capitalismo naciente. Algunos investigadores lo han caracterizado como una "organización capitalista de métodos y formas esclavistas", o simplemente de "capitalismo primitivo". Por eso, no están equivocados quienes hablan de semifeudalismo en la Colonia. Por ejemplo, el historiador argentino Rodolfo Puiggrós destaca que las formas de producción típicamente coloniales eran la economía doméstica y el artesanado; unidades autárquicas características del feudalismo colonial dentro de las cuales se efectuaba la siembra, cosecha, cuidado de los animales domésticos, elaboración y consumo de una parte de los productos y extracción de los excedentes para la venta en el mercado interno local o regional. Únicamente la trituración de estas formas de producción coloniales permitirá el desarrollo del capitalismo, pues como dice Marx: "Sólo el aniquilamiento de la industria doméstica rural puede dar al mercado interior de un país la extensión y la sólida cohesión de que tiene necesidad el modo de producción capitalista".

Las opiniones analizadas permiten señalar la carencia de fundamentos serios para negar la existencia de formas y relaciones económicas semifeudales en la Colonia. Como, asimismo, para afirmar de manera rotunda el predominio de formas y relaciones capitalistas de producción según lo proclama Marcelo Segall, en un esfuerzo por ser audaz y original.

Más adelante, M. Segall reproduce una estadística de 1854 sobre la población activa, deduciendo de ella una serie de consideraciones un tanto precipitadas. Ahí no se incluye a la población activa campesina y sin reparar en tamaña omisión señala que la minería es el rubro más importante en las actividades económicas nacionales; a continuación, le siguen la servidumbre y el artesanado. Aun sin la población activa campesina, queda en evidencia el carácter atrasado, semifeudal, del país por la alta cuota de población artesana y dedicada a la servidumbre. A lo largo del siglo XIX se mantiene este rasgo de la economía chilena: fundamentalmente agrícola por la población que depende de las actividades económicas (todavía en el presente, más de un tercio de la población activa vive de la agricultura), y minera en cuanto al comercio exterior y a la obtención de recursos para pagar importaciones esenciales al país. La minería costea los gastos del Estado en beneficio de la agricultura dueña del poder político. Es indiscutible la existencia de formas semifeudales de economía y de relaciones sociales en Chile desde la Colonia hasta bien entrado el siglo XIX. La disgregación del feudalismo se produce lentamente y con cierta intensidad, a partir de 1850, con el desarrollo vasto de la minería, de las obras públicas, la abolición de los mayorazgos y la aparición de la industria manufacturera.

M. Segall, en cierta medida, corrobora lo anterior cuando habla de los gremios organizados, según reglamentos, desde la Colonia. Perduraron más allá de la Independencia, desintegrándose a causa de la importación de manufacturas europeas, lo que liquidó toda especialidad.

El triunfo de los terratenientes en Lircay restableció el colonialismo ahogando por largo tiempo el desenvolvimiento económico-social y político. A mediados del siglo XIX el desarrollo de la minería y de la

manufactura disuelve del todo las viejas formas feudales; únicamente subsisten ciertos rezagos semi-feudales junto a las relaciones capitalistas. A raíz de la expansión de las actividades capitalistas desde la Guerra del Pacífico y la penetración del capitalismo inglés, se produce una crisis de estructura, comenzando una nueva etapa en la economía nacional, todo lo cual desemboca en la guerra civil de 1891. Esta contienda significó la asfixia del naciente capitalismo industrial chileno, o sea, del nacionalismo burgués y la subordinación completa al capitalismo imperialista inglés. Al mismo tiempo, se agudizó la lucha de clases, entre burguesía y proletariado, con motivo de la constitución de la clase obrera.

Muchos de los reparos de M. Segall a la obra de J. C. Jobet son injustos, descansando en interpretaciones discutibles y en algunas ocasiones se limitan a rectificaciones banales. Sin embargo, M. Segall tiene plena razón en insistir en dos hechos: uno, que las posiciones políticas son un reflejo de las contradicciones económicas y de clases; y el otro, que el defecto de la obra de J. C. Jobet es el de no insistir con claridad en la distinción de capas sociales y matices en la burguesía nacional, caracterizándola de manera demasiado esquemática, en bloque, como oligarquía. Es verdad, y M. Segall consigue esclarecerlo brillantemente, que en el seno del capitalismo nacional han existido capas sociales con intereses antagónicos las cuales lucharon políticamente en bandos opuestos. Y el gran mérito de sus ensayos consiste en estudiar la aparición y evolución de estas capas, sus intereses y anhelos, sus alianzas y luchas y las consecuencias derivadas para el progreso de Chile. Su obra, depurada del ropaje marxista en forma de reproducciones y comentarios ajenos al devenir nacional, es de real importancia. Constituye un esfuerzo original que deberemos tener siempre presente al enfocar la verdadera evolución histórica chilena.

Orígenes y Primeros Congresos del Partido Socialista

ARAUCO N°12 octubre 1960

I

Durante la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo, entre los años 1927 a 1931, se persiguió a las organizaciones obreras y a los partidos políticos populares. Muchos de sus dirigentes fueron encarcelados o relegados a puntos aislados del país, y varios perecieron en sus intentos de evasión o, simplemente, asesinados. A su caída, el 26 de julio de 1931, se restableció el régimen constitucional. Bajo su amparo se inició la reorganización del movimiento gremial y político de las clases asalariadas, estimulada además por una gran eclosión del pensamiento socialista. El desarrollo de la doctrina socialista afectó a los partidos históricos democráticos y dio vida a innumerables agrupaciones nuevas.

En el segundo semestre de 1931 y en el curso de 1932 nació el Partido Radical-Socialista, fundado por Ramón Briones Luco, Benjamín Manterola, Miguel Angel Rivera, Alejandro Cuadra y Eliseo Peña Villalón; la Nueva Acción Pública, organizada por Eugenio Matte Hurtado, Alberto Patiño Mac-Iver, Carlos A. Martínez, Alfredo Weber, Jorge Schneider Labbé, Julio Ortiz de Zárate, Claudio Arteaga y Raúl Boza Bravo; el Partido Socialista Marxista, fundado por Eliodoro Domínguez, Jorge Neut Latour, Carlos Matus y Eduardo Ugarte; el Partido Socialista Unificado, constituido por la fusión del Partido Socialista Revolucionario, creado por Albino Pezoa y Rubén Morales, y el Partido Socialista Internacional, fundado por Santiago Wilson; la Acción Revolucionaria Socialista, estructurada por Oscar Schnake Vergara, Eugenio González Rojas, Augusto Pinto, Julio E. Valiente, Gregorio Guerra y Mario Inostroza; y la Orden Socialista, organizada por Arturo Bianchi G. y Luciano Kulczewski G.

La agitación de estos partidos, a la cabeza del profundo y generalizado descontento popular, se unió a la inquietud de un numeroso grupo de las fuerzas militares, y de su alianza resultó el pronunciamiento del 4 de junio de 1932. Se instauró la República Socialista y sus caudillos fueron el coronel Marmaduke Grove Vallejo y el tribuno Eugenio Matte Hurtado. Durante doce días de existencia llevaron a cabo diversas medidas audaces, desatando un profundo entusiasmo popular. Su caída y reemplazo por la dictadura de Carlos Dávila, no detuvo el florecimiento socialista. Por el contrario, las elecciones presidenciales de fines de 1932, demostraron la enorme extensión alcanzada; la candidatura de Grove logró un número impresionante de sufragios. Las experiencias de la revolución socialista de junio y de la lucha presidencial de 1932 impusieron la conveniencia de fusionar los distintos grupos de socialistas en un gran partido, sólidamente organizado, con su doctrina clarificada y un programa definido y concreto. Sirvió de enlace para realizar tal aspiración la NAP, dirigida por Eugenio Matte H. y Enrique Mozo Merino. La política represiva de Arturo Alessandri Palma apresuró las gestiones unificadoras. Y como respuesta a la primera ley de facultades extraordinarias, bajo el imperio de la cual serían apresados y relegados decenas de dirigentes populares, nació el Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933. Se designó Secretario General Ejecutivo de la nueva colectividad a Oscar Schnake Vergara, quien no pudo asumir su cargo porque debió ocultarse para escapar a la persecución gubernativa. Asumió en forma interina su dirección, el senador Eugenio Matte H., su figura más descollante en ese agitado año de 1933.

II

El Partido Socialista reunió en su seno a grandes masas de obreros, artesanos, campesinos, empleados y estudiantes, es decir elementos de la clase obrera y de la pequeña burguesía. La mayor parte llegó a sus filas por espíritu de lucha y sentimientos idealistas, sin haber militado en otras agrupaciones. Pero una cuota importante procedía de otros organismos; del Partido Radical y del Partido Demócrata; de las huestes anarquistas y de las células comunistas; de las logias masónicas y de las iglesias evangélicas; ex militares, agitadores populares, mutualistas, profesionales e intelectuales diversos. Era una masa abigarrada, entusiasta, tumultuosa e impaciente, aunque sin preparación teórica seria, resuelta a la acción y al combate. A causa de la composición social heterogénea y de la formación política pequeño-burguesa de muchos de sus militantes, el PS crece con algunas peligrosas contradicciones. No obstante, el esfuerzo tenaz por darse una organización sólida y disciplinada y extender una sistemática labor de adoctrinamiento, orientada a fundir los componentes del Partido en una poderosa unidad ideológica y política, a través de una asimilación correcta de los principios teóricos y programáticos del socialismo, imperó una apreciable tendencia al caudillismo. Importantes sectores partidarios se aglutinan tras caudillos y no por la comprensión y respeto a los principios doctrinarios. En este partido la fascinante personalidad de Grove se impuso arrolladora en los cuadros del PS, los sobrepasó y llegó hasta penetrar hondamente en las vastas muchedumbres no politizadas. Para millares de ciudadanos, el socialismo se confundió con la persona de Marmaduke Grove.

Marmaduke Grove Vallejo nació en la vigorosa ciudad minera de Copiapó, cuna de esforzados exploradores del desierto y de románticos políticos de avanzada. Desde muchacho se destacó por su espíritu altivo y orgulloso, a la vez que disciplinado y ejecutivo. Siguió la carrera de las armas y fue un militar de briosa actuación. Participó en el movimiento del 5 de septiembre de 1924, orientado a poner fin al parlamentarismo corrompido, causante de la esterilidad gubernativa; y el 23 de enero de 1925, lanzado a desmontar a los viejos generales que se habían aprovechado de las patrióticas intenciones de la juventud militar, ligándose de nuevo a los grandes politicastros de la oligarquía gobernante. Más tarde figuró entre los principales opositores a la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo y protagonizó la

audaz aventura del “avión rojo” (desde Argentina llegó a Concepción con el objeto de ponerse al frente de un pronunciamiento contra la dictadura. Fracasó por la deserción de los comprometidos, siendo apresado y relegado a la Isla de Pascua). Caído el gobierno dictatorial, se le reincorporó al ejército y se le designó Comodoro del Aire. Ante la incapacidad de la administración de Juan Esteban Montero, encabezó la revolución popular del 4 de junio de 1932. La consigna de los revolucionarios: “Pan, techo y abrigo para el pueblo”, y la figura intrépida de Grove, resumieron ante las masas desposeídas la efímera experiencia socialista del 4-16 de junio de 1932.

A raíz del derrocamiento de la Junta Revolucionaria, Marmaduke Grove y Eugenio Matte fueron enviados a la Isla de Pascua. Mientras permanecían allá, se realizaron las elecciones presidenciales de fines de 1932, donde lucharon cuatro candidatos poderosos: Arturo Alessandri Palma, Héctor Rodríguez de la Sotta, Enrique Zañartu Prieto y Marmaduke Grove. Aunque no pudo participar en su campaña, dio la gran sorpresa al obtener la segunda mayoría con 65.000 votos, colocándose en el primer lugar en las ciudades de Santiago y Valparaíso.

Desde 1932, el grito de “Grove, Grove...” resonó en los diversos rincones de Chile como el sonoro mensaje de esperanza socialista y como la personificación del clamor de un pueblo siempre engañado y postergado. Vuelto al país, Grove tuvo una lúcida intervención en las gestiones para dar vida al PS. Una vez fundado el 19 de abril de 1933, se transformó en su más fervoroso propagandista. Alessandri lo encarceló y el pueblo de Santiago, bajo la consigna “De la Cárcel al Senado”, lo llevó en forma abrumadora al Congreso, en reemplazo de Eugenio Matte Hurtado, fallecido el 11 de enero de 1934.

En el Senado, Grove se distinguió por su caballerosidad, su franqueza y su valentía cívica. Y como senador recorrió el país entero propagando la buena nueva del socialismo. Sus palabras claras, sencillas y valientes llegaban hasta el entendimiento y el corazón de los modestos ciudadanos. Libró memorables campañas en los años del Blok de Izquierdas y del Frente Popular.

Grove, en su calidad de líder del PS, representó un papel decisivo en la expansión del socialismo en Chile y en la democratización de la política nacional en los años de 1932 a 1942. Su gravitación personal alcanzó enormes proyecciones por su gran simpatía humana, resultante de una digna sencillez y de una natural cordialidad en el trato. Al mismo tiempo, de su persona emanaba una fuerte confianza proveniente de su probado valor personal y de su reconfortante optimismo. Su evidente generosidad y su nobleza espiritual le atrajeron innumerables adhesiones de los diversos sectores sociales y la más absoluta lealtad de las masas. Por eso la personalidad de Grove penetró hondamente en el afecto del pueblo. Durante aquellos años difíciles, “Don Marma” fue el caudillo indiscutible de las clases trabajadoras chilenas.

El “grovismo” tuvo, pues, una existencia real y poderosa. Ayudó al desarrollo del PS y, al mismo tiempo, lo limitó en su proceso de solidificación principista. Y, tal vez, en este mismo hecho encuentre su explicación otro fenómeno típico del PS. Mientras, de un lado, se constituye un buen equipo de dirigentes capacitados y responsables, el cual mantendrá la continuidad de la organización socialista, de otra parte, tanto en los planes directivos como en la base, predominará un gran apego a la acción política inmediata, practicista, y, a menudo, con un fuerte descuido por los estudios teóricos, las discusiones de principios y el examen amplio y honesto de la realidad histórica y de los problemas nacionales. Se proclama revolucionario intransigente y subestima y desprecia la organización electoral, pero participa en las elecciones. A la par de su posición revolucionaria, surgen y coexisten, en su vida

cotidiana, una innegable apetencia por los cargos de representación popular y una correspondiente mentalidad electorera.

Según su declaración de principios, el PS adoptó como método de interpretación de la realidad el marxismo, "rectificado por todos los aportes del constante devenir social". Junto a la aceptación de los principios clásicos del socialismo revolucionario: lucha de clases, socialización de los medios de producción, gobierno de trabajadores, internacionalismo, pone especial acento en lo americano, en la necesidad de proceder a la unidad de los trabajadores de América Latina. Rechaza a las internacionales, tanto a la II Social- Demócrata como a la III Comunista-Soviética, por estimarlas ajenas a la consideración realista de los problemas latinoamericanos. De aquí su insistencia en proceder a la lucha contra las oligarquías agrarias semi-feudales y contra la penetración imperialista de los monopolios del capitalismo internacional, con el objeto de crear una economía antifeudal y antimperialista y conseguir la unidad política de América Latina a través de una Federación de Repúblicas Socialistas del Continente. A la vez, el socialismo chileno nació ligado a la fecunda tradición democrática del pueblo, a su izquierdismo un tanto confuso pero generoso y rebelde. Por sobre las divergencias de interpretación, el socialismo, en forma general, era para sus militantes y simpatizantes un ideal de fraternidad y una esperanza en una sociedad mejor y más justa. Fiel a los principios democráticos de las grandes revoluciones americanas y europeas, cree en la libertad política, en la igualdad social, en la soberanía popular y en la justicia económica. En su lucha diaria está siempre al lado de los débiles y de los pobres en contra de los poderosos y de los privilegiados. De ahí que sus concepciones doctrinarias en lo filosófico no sean rígidas; y en lo social, aunque reconoce primacía a la clase obrera, señala también la importancia y gravitación de las clases medias y del campesinado. El PS agrupa, precisamente, a trabajadores manuales e intelectuales. Si para algunos miembros el PS se reduce a la consideración exclusiva del proletariado como clase revolucionaria, para la enorme mayoría abarca, además, la pequeña burguesía (empleados, pequeños industriales, comerciantes detallistas) y las clases campesinas (pequeños propietarios agrícolas, inquilinos, medieros y peones). Su concepción social y política es amplia y puede definirse por varias características un tanto elásticas, a través de las cuales se aprecia cómo recoge las tradiciones de lucha surgidas desde los comienzos mismos de la República y desarrolladas a lo largo de su evolución por grupos de resistencia, pequeños partidos populares, agrupaciones sindicales, periódicos y revistas de oposición y grandes movimientos de masas tras reivindicaciones económicas o vastas conjunciones políticas con plataformas democráticas (1918- 1920, 1925-1926, 1931-1932).

1. El socialismo chileno es anti-oligárquico y anti-aristocrático. Combate a la minoría de grandes latifundistas, núcleo reducido y compacto de la clase dominante, con una influencia desmesurada en la dirección del gobierno. De este sector reaccionario por excelencia, es el tipo clásico del hombre de derecha, quien, por sus intereses, tradiciones de familia, manera de vivir, educación, modo de ser, doctrina y juicios morales, se considera un ser superior. Proclama el derecho sagrado de su "élite", en razón de su fortuna, sangre y talento, a dirigir los asuntos del país. Ha elaborado toda una teoría de derecho natural, justificando sus pretensiones y, en la práctica, un sistema de sufragio restringido y dominado por el cohecho, le asegura el control del gobierno, ratificando su concepción y entregándole el mandato jurídico.

2. El socialismo chileno es anticlerical. No acepta la intervención de la Iglesia en la política y denuncia su actividad proselitista estrechamente ligada a la aristocracia en defensa de sus privilegios e intereses. Repudia al clero porque éste ha colocado su poder al servicio de los ricos y de los poderosos.

3. El socialismo chileno es anticapitalista. Combate la explotación económica del sistema capitalista basado en la propiedad privada de los medios de producción, en la persecución del lucro como incentivo del progreso productivo y en la explotación del trabajador como medio de enriquecerse. En este plano, arremete contra los clanes de grandes industriales, banqueros y comerciantes mayoristas, elementos de la plutocracia, o clase capitalista propiamente tal. Plantea el reemplazo del sistema capitalista por el régimen socialista, en el cual la colectivización de los medios de producción permite organizarla con fines de servicio social y liberar a los trabajadores. Propicia la planificación económica y, al mismo tiempo, defiende la independencia del pequeño productor y la autonomía de su persona. Combate la influencia política dada por la potencia económica, el soborno y el cohecho. Lucha contra los monopolios y la especulación.

4. El socialismo chileno es antiimperialista. Denuncia la penetración del capital imperialista y la absorción de las materias primas nacionales, transformando al país en una colonia de los grandes monopolios internacionales. Su antiimperialismo señala, a la vez, el apoyo que la oligarquía nativa le presta, facilitando su intervención y sirviendo sus intereses.

5. El socialismo chileno es antifascista. Combate el fascismo por su terrorismo anti-obrero, su apoyo al gran capital, su espíritu militarista y belicoso. Y su combate lo lleva a cabo tanto en el plano teórico y político, en lo ideológico, como en la acción callejera, en lucha directa y organizada.

6. El socialismo chileno es antimilitarista. Combate el espíritu de cuartel, el chovinismo nacionalista y el desarrollo exagerado de las fuerzas armadas; propicia el arbitraje en las disputas continentales y se opone a cualquier intervención de los militares en la política. Lucha por la paz y la fraternidad entre los pueblos.

7. El socialismo chileno es anti-individualista. Desconfía de la acción de los individuos aislados, movidos sólo por el egoísmo de la codicia, a base de la explotación del hombre por el hombre; repudia la indiferencia del que se refugia en su torre de marfil, ajeno a la lucha social por la emancipación del hombre y la sociedad. Sin embargo, guarda respeto por la persona y tiene profunda confianza en el ser humano. Es optimista y enemigo de cualquier abdicación de la razón. Es opuesto al derechista que, en general, desprecia al hombre y pretende someter al individuo a las necesidades del orden público y al culto del Estado. A la vez es enemigo del culto a las individualidades fuertes, al líder característico, propio del fascismo y de las otras tiranías.

8. El socialismo chileno es anti-estatista. Es contrario al dominio del Estado gendarme, al servicio de la clase propietaria dominante y utilizada como fuerza policial de represión de las clases trabajadoras. Combate el centralismo y la burocracia. En cambio, reconoce el papel de un nuevo Estado de servicio social, técnico y planificador, capaz de impulsar la destrucción de los privilegios y las instituciones anticuadas, incorporando en su gestión a los trabajadores, cuya participación activa supone la democratización del Estado y de la sociedad.

9. El socialismo chileno critica al socialismo reformista de la II Internacional, por su posición conformista, dentro del rodaje del sistema demo-burgués capitalista; y critica al comunismo Soviético de la III Internacional, por su posición dogmática en función de la defensa exclusiva de los intereses de la URSS., por su pretenciosa vanidad teórica formalista, a veces extremista y, a menudo, conciliadora, y siempre exageradamente verbalista, nociva a la unidad de las clases trabajadoras.

10. El socialismo chileno es internacionalista. Afirma el contenido internacional de la doctrina y acción del socialismo, pero no lo disuelve en lejanas perspectivas internacionalistas; lo enraíza en nuestro continente, en fraternal unidad con los movimientos revolucionarios de nuestros pueblos hermanos por raza, idioma, costumbres e idiosincrasia, por su historia y similares problemas, por anhelos comunes y por enfrentar a idénticos enemigos. Solidariza con todos los pueblos oprimidos del mundo y con sus heroicas luchas emancipadoras.

Estos rasgos típicos del socialismo chileno explican que en sus filas se aglutinaran elementos sociales dispares (obreros, intelectuales, campesinos, empleados, estudiantes) y de formación doctrinaria o espiritual distintas (anarquistas de fuertes tendencias libertarias; comunistas trotskistas de intransigentes concepciones marxistas; miembros de las logias masónicas de ideales espiritualistas y deístas; prosélitos de las diversas iglesias evangélicas de fervorosas creencias cristianas; unos partidarios de la lucha democrática por medio de la organización y educación de las masas; otros de la conquista revolucionaria por medio de la violencia; algunos experimentados conspiradores y entusiastas de los complots y golpes militares; muchos sinceramente enemigos de los viciados procedimientos electoralistas demo-burgueses; y otros encantados con las técnicas electorales, vibrando con los comicios). Incluso los adeptos al marxismo no lo entendían ni interpretaban de idéntico modo y así sus postulados eran esgrimidos para apoyar posiciones antagónicas o divergentes. La adhesión a la dialéctica daba la impresión, frecuentemente, de serlo para justificar todas las actitudes y eliminar la responsabilidad ética, como prejuicio burgués. Tal vez en estos rasgos reside la explicación del avance torrencial del PS en su época revolucionaria, de crítica y lucha con sentido mesiánico, y, a la vez, de su desintegración más tarde, durante un largo período de participación en el gobierno. Pero, de todos modos, durante estos años primeros representó un papel decisivo en el desenvolvimiento político nacional.

IV

La organización interna y el funcionamiento de la vida partidaria se basaron en el principio del centralismo democrático. Las decisiones fundamentales se toman después de la libre discusión de los militantes en sus organismos de base, núcleos y ampliados seccionales, y de ahí pasan a los secretariados seccionales y regionales hasta llegar al Comité Central Ejecutivo, cabeza directiva y responsable de la línea y acuerdos tomados por el Congreso General, autoridad máxima, quien lo elige, a quien representa y ante el cual es responsable. Al frente del C.C.E. un Secretario General Ejecutivo es el jefe del Partido. Una vez adoptada una resolución por el organismo superior, todos los miembros del partido le deben acatamiento disciplinado. La existencia normal se rige por el principio según el cual las minorías deben someterse en forma democrática a los acuerdos de las mayorías. O sea, existe completa libertad de discusión y derecho de oposición y ésta puede llegar democráticamente a ser mayoría y directiva. Sin embargo, en la práctica existió una constante pugna entre las directivas tentadas a obligar drásticamente sus decisiones y las bases en permanente anhelo de resistirlas y, a su vez, imponerle su criterio. A causa del carácter revolucionario de los objetivos y de la actividad del PS y por el ambiente de represión y de persecuciones del gobierno, en sus diversos militantes se afirma una gran adhesión formal al bolcheviquismo-leninista. Se le admira en su aspecto jerárquico, militarizado y clandestino, hecho para la terrible realidad despótica imperante en la Rusia Zarista, a la cual se asimila, en forma desproporcionada, la política fuerte de Alessandri. Así se pretende dar vida a un partido monolítico, rígido y disciplinado y, por otro lado, se trata de mantener vivo el principio del centralismo democrático. La resistencia a la concepción bolchevique, incompatible con el ambiente tolerante e indiferente de la mayor cuota de la

población del país, con la psicología sociopolítica cautelosa y realista, de no comprometerse muy a fondo, de los chilenos, promueve la formación de diversas corrientes, fracciones y grupos secretos. Además, la lucha violenta contra el Movimiento Nacional-Socialista, cuyas tropas de asalto provocaban a las reuniones obreras hostilizaba y asesinaban a sus dirigentes, obligó al PS a crear Milicias de Defensa. Se desarrollaron con cierta amplitud y desempeñaron un lúcido papel en las luchas callejeras. Las Milicias Socialistas, secundadas por la juventud, derrotaron a las insolentes Tropas de Asalto del nacismo criollo. Héctor Barreto, joven intelectual; Gilberto Llanos, Manuel Bastías, y varios otros valiosos camaradas perdieron la vida en esta sangrienta lucha por detener el terror pardo. Pero en la vida interna del partido, una vez aplastado el peligro nazista, se transformaron en una organización casi autónoma, con fines propios, volviéndose en contra de la convivencia democrática, mezclándose en las luchas intestinas como grupo cohesionado y terrorista. De elemento útil y fecundo para la subsistencia del partido, derivó en un factor de discordia y perturbación. La supresión por parte del gobierno de Pedro Aguirre Cerda de todo cuerpo uniformado puso término a su actividad.

El núcleo, grupo básico del partido, funcionó con cierta eficacia durante un tiempo, mientras la represión de Alessandri se mantuvo violenta, pero en seguida fueron la Brigada y el Ampliado las formas corrientes de la actividad partidaria. Una especie de compromiso entre el núcleo, organismo reducido y de tipo revolucionario, y la asamblea democrática, de tipo pequeño-burgués. Se atacó con insistencia el sistema de asamblea por estimársela una escuela de charlatanería infecunda y demagógica, apta para la exaltación de caudillos y el engaño de las masas, pero en muchas ocasiones, el ampliado descendió al nivel de la asamblea demo-burguesa dominado por pequeños líderes subalternos.

El PS concedió una importancia singular a la incorporación a sus filas de la juventud y de las mujeres. Creó dos organismos especiales, con autonomía organizativa, para destacarlas: la Federación Juvenil Socialista (F.J.S.) y la Acción de Mujeres Socialistas (A.M.S.). Se constituyeron a lo largo del país con efectivos poderosos y una magnífica capacidad de lucha.

Asimismo, gastó esfuerzos considerables para levantar la organización sindical de la clase obrera por medio de una nueva política con métodos amplios y unitarios. Su posición sindicalista partió del reconocimiento de la importancia decisiva del sindicato como instrumento de defensa del proletariado, y, por lo tanto, de su organización unitaria y fuerte, para luchar con éxito en el logro de sus reivindicaciones inmediatas y del mejoramiento de sus condiciones de vida en general.

La posición sindical del PS no aceptó el criterio de un sector de la clase obrera en el sentido de estimar al sindicato como un fin, desligado de la lucha amplia del proletariado; pero tampoco adhirió a la actitud de otro sector que consideraba a los sindicatos como organismos subsidiarios del partido, alejando de sus filas a los sectores más numerosos de la clase trabajadora. Su política sindical tendió a reforzar los sindicatos, infundiéndoles vitalidad, espíritu de unidad y de lucha por sus reivindicaciones, con responsabilidad y soberanía, aunque manteniendo un contacto flexible con los partidos políticos populares a través de sus miembros sindicados y de las comunes reivindicaciones de clase.

La política sindical del PS y su actividad consecuente se impusieron, dando un nuevo sentido a la acción de los sindicatos, creando un clima de unidad, poniendo término a la gimnasia huelguística (la huelga por la huelga) y extendiendo la conciencia sobre la necesidad de la reconstitución del movimiento sindical en una sola entidad. Sin duda, a sus esfuerzos y a su política sindical realista, ajustada a las exigencias nacionales, se debió en gran parte la creación de la Confederación de Trabajadores de Chile (C.T.CH.),

como organismo central y directivo de todo el profundo avance de las fuerzas del trabajo, y durante una década llevó a cabo grandes acciones y obtuvo importantes conquistas sociales.

V

Los defectos provenientes de la composición abigarrada y de las fallas constitucionales del partido se paliaban con las admirables condiciones humanas de la mayor parte de sus miembros: obreros del salitre y del carbón, del cobre y de la madera; de las diversas industrias y de los frigoríficos; ferroviarios y marítimos; de la construcción y de imprenta; empleados fiscales, semifiscales, municipales y particulares; pequeños industriales, agricultores modestos y colonos intrépidos; artesanos y operarios independientes; profesores y técnicos; profesionales e intelectuales; mujeres y jóvenes, todos reunían cualidades positivas de esfuerzo, empuje y eficiencia. Constituían las mejores fuerzas creadoras de la nacionalidad, entusiastas y devotos, unidos por la adhesión firme y abnegada a una doctrina, a un programa, a un ideal, a una esperanza: el socialismo. No todos lo comprendían en forma exacta y de manera uniforme, pero estaban de acuerdo en ciertos postulados básicos y se consideraban militantes, camaradas y hermanos, ligados por un común anhelo de justicia, por la solidaridad cotidiana en el trabajo partidario, por la resistencia decidida a un gobierno dictatorial y vejatorio, por el fervor en la lucha y en la propaganda y por la confianza en los dirigentes. La vida partidaria mejoraba a aquellos que poseían algún vicio y, en general, a todos los elevaba por sobre sus flaquezas. La consigna de Grove "no queremos flojos, borrachos ni ladrones", penetraba en todos los corazones y los enaltecía. Por eso, en los primeros años del socialismo, sus hombres, mujeres y jóvenes, dieron vida a un extraordinario movimiento político que gravitó de manera trastornante en la vida cívica nacional. Fraternidad, lealtad, franqueza, sentido del honor y espíritu de sacrificio, fueron los rasgos éticos de la conducta de los militantes; sinceridad política, devoción por el pueblo y valentía en la acción, fueron las normas de la actividad del partido. De aquí el pronto y enorme crecimiento del PS hasta colocarse a la cabeza del movimiento popular y democrático.

Con el alto propósito de educar y adoctrinar a sus miembros para conseguir una real unidad ideológica y política se propició una constante discusión teórica por medio de charlas internas, lecturas comentadas y cursos. A fin de atraer nuevos adeptos se desarrollaron actos públicos regulares de divulgación de los principios y posiciones del PS. Esta labor se impulsó con tenacidad, porque la discusión teórica es indispensable en la vida de un partido revolucionario. En caso de no existir, la teoría se mecaniza e inmoviliza y sus militantes se dogmatizan en consignas elementales, en esquemas infecundos. Sólo una educación sistemática, una discusión y polémica serias permiten la asimilación correcta de la teoría y el programa, con su correspondiente actividad consciente y una línea política consecuente. Por otra parte, editó algunos folletos, un cuadernillo: Núcleo, y un semanario: Consigna, tanto para servir las necesidades de la capacitación teórica y política como para exponer la posición del socialismo frente a los diversos problemas y las cambiantes situaciones de la realidad nacional y mundial. La Federación Juvenil Socialista editó el excelente periódico Barricada y la revista Rumbo. En Valparaíso se sacó a luz la revista Bases, y durante la campaña presidencial de 1938, el diario Claridad.

Las obras clásicas de Marx, Engels, Plejanov, Lenin, Kautsky, Riazanov, Bujarín, Trotsky, Hilferding, Labriola, Beer, Laski, Rosa Luxemburgo, etc., son leídas y comentadas en las reuniones de núcleo y en los cursos de adoctrinamiento. Circulan las hermosas colecciones Cénit, de Madrid; Claridad, de Buenos Aires, y Frente Cultural de Ciudad de México. En Chile prestan servicios fecundos las ediciones populares de las editoriales Ercilla (donde se imprimieron obras de Beer, Rühle, Plejanov, Bujarín, Trotsky, Serge,

etc.), de Zig-Zag y de algunas editoriales efímeras. La literatura sobre la revolución mexicana, sobre el aprismo y acerca de la acción del imperialismo en América Latina es comentada con especial interés.

Entre los libros de mayor circulación en el seno de la masa socialista recuerdo: "El Manifiesto Comunista"; el tomo I de "El Capital", en la traducción del líder socialista argentino Juan B. Justo; el "Anti-Duhring", de Engels, en la traducción del catedrático socialista español José Verdes y Montenegro; "Marx y Engels", de Riazanov; "Carlos Marx", de F. Mehring; "Engels", de G. Meyer; "El imperialismo etapa superior del capitalismo" y "El Estado y la revolución", de Lenin; "La Revolución permanente", de Trotsky; "El Materialismo histórico" y "La Economía mundial y el imperialismo", de Bujarín; "La defensa del marxismo", de J. C. Mariátegui; "Ideas esenciales del socialismo", de Paul Louis, en traducción del profesor Oscar Vera; "La doctrina marxista", de Max Beer, en traducción del profesor Luis Zúñiga; "La diplomacia del dólar", de Scott Nearing y Joseph Freeman; "El camino del poder" y "La doctrina socialista", de K. Kautsky; "El capital financiero", de R. Hilferding; "Conceptos fundamentales del marxismo" y "El materialismo militante", de Plejanov; "Reforma o revolución", de Rosa Luxemburgo; "La economía soviética" de L. Laurat; "Introducción al materialismo dialéctico", de Talheimer; los libros de Aníbal Ponce, Luis Araquistaín y Álvarez del Vayo.

VI

En los dos primeros congresos generales ordinarios celebrados en Santiago, en octubre de 1933, y en Valparaíso, en diciembre de 1934, aparte del estudio de los asuntos relacionados con la organización nacional del partido, se analizó la situación política bajo el imperio de la "dictadura legal" de Alessandri, apoyada en las Milicias Republicanas, numeroso cuerpo civil armado, y en amplias facultades extraordinarias, concedidas por la mayoría reaccionaria del Congreso Nacional; y se examinó el panorama obrero, planteando una nueva política sindical.

A los esfuerzos del PS, en cumplimiento de los acuerdos políticos de esos congresos, se debió la formación del Blok de Izquierdas, alianza de los partidos Socialista, Radical-Socialista, Democrático e Izquierda Comunista. La actividad decidida del Blok de Izquierdas en el Parlamento y en la calle permitió la movilización de las fuerzas populares en contra de las actitudes fascistizantes del gobierno de Alessandri-Ross y de las provocaciones sangrientas del nacismo criollo, impidiendo el entronizamiento de una tiranía totalitaria. A pesar de las represiones, logró mantener una zona de convivencia democrática, básica para el desenvolvimiento del movimiento político y sindical de las clases populares.

Los grandes congresos del PS se inician a partir del tercero, cuando ya ha experimentado un crecimiento apreciable y su organización alcanza a todo el país.

III Congreso General Ordinario. Se realizó en Concepción, en diciembre de 1935. En él contendieron dos corrientes: la del C.C.E., defendida por Oscar Schnake Vergara, y la de oposición, dirigida por Ricardo Latcham y César Godoy Urrutia, regidores de la Comuna de Santiago. En el fondo de la pugna partidaria pesaba la propaganda a favor de la constitución del Frente Popular, lanzada por los comunistas desde la realización del VII Congreso de la Tercera Internacional, en agosto de 1935. La mayoría del PS resistía está consigna por considerarla confusionista para el destino del movimiento obrero en Chile. Su aplicación práctica se traduciría en el revitalizamiento del Partido Radical, dividido y anarquizado, y la subordinación de toda la política popular a sus determinaciones, es decir, a la pequeña burguesía y a un sector de la gran burguesía, hacia el cual se inclinaría la simpatía y el apoyo del Partido Comunista, de acuerdo con el contenido y el propósito de su gran viraje.

La oficialidad del PS se oponía a la formación del Frente Popular, porque lo estimaba una combinación donde prevalecería la política de su ala más conservadora, soporte del régimen capitalista, la del Partido Radical, sostenido por el PC. Los partidos obreros, entonces, pasarían a ser instrumentos del radicalismo demo-burgués y prisioneros del miedo a presentar el programa socialista para no herir o asustar los intereses de clases de sus aliados capitalistas. El Frente Popular unía a partidos políticos representantes de clases distintas y antagónicas, por lo cual era imposible concebir una acción armónica y vigorosa en defensa de las aspiraciones populares. La mayoría de los dirigentes socialistas rebatían las especulaciones favorables al Frente Popular y afirmaban que el movimiento socialista debía basarse únicamente en la clase obrera en alianza con los campesinos y clases medias inferiores, o sea con las clases explotadas por el capitalismo. De aquí surgió el ataque al PS acusándole de anti-unitario, divisionista y trotskista y, al mismo tiempo, se entró a calificar a sus dirigentes, tildándose a unos de unitarios y a otros de divisionistas. Y, por supuesto, la exaltación de los primeros alcanzaba contornos idolátricos.

Es la época en que Eudocio Ravines, fiel agente del Komintern, reparte las bendiciones o las maldiciones del PC, desde las columnas del diario "Frente Popular", para imponer su consigna haciéndole el juego a las fuerzas de la burguesía.

En el seno del Congreso no se produjo una divergencia efectiva, porque la propia cuenta del Secretario General planteó todos los problemas que afectaban al partido y orientó las sesiones por un camino constructivo. Después de notables debates se proclamó la necesidad de ampliar el Blok de Izquierdas con el objeto de incorporar la mayor suma de fuerzas en la lucha democrática en contra de la reacción y del fascismo; y, a la vez, unificar el movimiento sindical hasta echar las bases de una central única del proletariado nacional.

A este Congreso concurrió una delegación de la Izquierda Comunista (Manuel Hidalgo, Jorge Levín, Enrique Sepúlveda y Oscar Waiss) a plantear su ingreso a las filas del PS. La intervención de los delegados trotskistas provocó reacciones violentas de parte de la oposición, originándose acalorados incidentes. El Congreso resolvió aceptar el ingreso a sus cuadros de los militantes de la Izquierda Comunista y la decisión acerca de la manera y fecha de hacerlo quedó entregada al nuevo Comité Central.

En la designación de las autoridades se reeligió Secretario General a Oscar Schnake V. y el C.C. quedó constituido por Marmaduke Grove, Ricardo Latcham, César Godoy Urrutia, Arturo Bianchi, Luis Zúñiga, Arturo Velásquez, Eduardo Ugarte, Carlos A. Martínez, Joaquín del Real y Albino Pezoa.

Apenas terminó sus labores el Congreso, se desató la gran huelga ferroviaria del verano de 1936. El gobierno procedió a tomar medidas drásticas para conjurarla, y relegó al extremo sur del país a centenares de dirigentes políticos y sindicales. Esta violenta represión apresuró la constitución del Frente Popular y con la celebración de elecciones complementarias en la agrupación de Biobío, Cautín y Malleco, para llenar la vacante de Senador dejada por el fallecimiento de Artemio Gutiérrez, patriarca del Partido Demócrata y adepto del gobierno, se estrenó la nueva combinación. La elección era de gran importancia, pues de ella dependía la mayoría para aprobar o rechazar las nuevas facultades extraordinarias.

El Frente Popular levantó la candidatura del acaudalado terrateniente radical, doctor Cristóbal Sáenz; y las fuerzas reaccionarias, la del demócrata Luis Mandujano Tobar. Triunfó el candidato del Frente

Popular. Desde ese instante, la nueva alianza penetró en el afecto y en la adhesión de las grandes masas laboriosas.

En las elecciones parlamentarias de marzo de 1937, el Partido Socialista dio la gran sorpresa haciendo triunfar a 17 diputados: Carlos Müller, en Tarapacá; Oscar Cifuentes Solar, en Antofagasta; Manuel E. Hubner, en Coquimbo; Salvador Allende, Amaro Castro e Hipólito Verdugo, en Valparaíso; Carlos A. Martínez, Ricardo A. Latcham y César Godoy Urrutia, en el primer distrito de Santiago; Oscar Baeza, en el segundo distrito; Luis Videla Salinas, en el tercer distrito; Carlos Gaete, en Rancagua; Rolando Merino Reyes y Natalio Berman, en Concepción; Julio Barrenechea, en Cautín; Jorge Dowling, en Valdivia; Juan E. Ojeda, en Magallanes.

A Asdrúbal Pezoa, en Biobío, le dieron poderes condicionales y, más tarde, al repetirse las elecciones en la Comuna de Quilaco, le arrebataron su triunfo en beneficio de un radical derechista.

IV Congreso General Ordinario. Se desarrolló en Talca, en mayo de 1937. Aquí se manifestaron dos corrientes: una mayoritaria, propiciaba el mantenimiento del Frente Popular y de la candidatura presidencial de Marmaduke Grove V.; y otra minoritaria, acaudillada por Ricardo A. Latcham y Arturo Natho, estimaba incompatible la subsistencia del Frente Popular con la candidatura de Grove. También separaba a estas corrientes la nueva consigna del Partido Comunista tendiente a estructurar un partido único nacional-revolucionario. Esta maniobra era resistida en forma unánime por las directivas y las bases socialistas.

Después de debates magníficos, por la calidad de las intervenciones y de los discursos, se impuso de manera amplísima la proclamación de la candidatura presidencial Grove (quien fue declarado, al mismo tiempo, líder del partido, entrando a gozar de derechos especiales). Se rechazó la idea del Partido Único y se definieron con claridad las relaciones con el PC.

Concurrió al Congreso el Secretario General del PC, Carlos Contreras Labarca. Pronunció un discurso de saludo, donde aprovechó para exponer los puntos de vista comunistas sobre la política del momento y sus nuevas consignas, en medio de reiteradas manifestaciones de desaprobación. Al terminar su intervención, el Congreso resolvió contestarle en el acto y señalarle sus posiciones frente a los planteamientos comunistas. Se le encargó la delicada misión a Manuel E. Hubner, quién en un discurso brillante, supo recoger con mucha exactitud y dramática elocuencia el estado de ánimo del Congreso y el pensamiento del socialismo, dándole cumplida respuesta a Contreras Labarca, en medio de constantes y atronadores aplausos.

En este Congreso se expulsó al recién elegido diputado por el segundo distrito de Santiago, Oscar Baeza, quien todavía no había jurado en la Cámara, por haber empleado métodos incorrectos en la consecución de su triunfo. En el distrito indicado, el diputado socialista fue Emilio Zapata, de la ex Izquierda Comunista.

Se reeligió Secretario General a Oscar Schnake V., Senador por la agrupación de Tarapacá y Antofagasta, e integrantes del C.C. a: Marmaduke Grove, Carlos A. Martínez, Arturo Bianchi, Eduardo Ugarte, Asdrúbal Pezoa, Arturo Velásquez, Luis Zúñiga, José Rodríguez, Jorge Téllez Gómez y Julio César Jobet. Por derecho propio concurrían: Carlos Müller, jefe de la Brigada Parlamentaria; Raúl Ampuero, Secretario General de la F.J.S., y María Montalvo, Secretaria General de la A.M.S.

A partir de esta época, el país entró a vivir preocupado por la lucha presidencial, a librarse en octubre de 1938. Con el objeto de enfrentarla, el Frente Popular decidió convocar a una gran convención de izquierda y, en su seno, designar a su abanderado. El PS tenía su candidato, el Senador M. Grove, de gran raigambre en el pueblo, pero los radicales creían poseer el mejor derecho y en su lucha interna triunfó el veterano estadista, Pedro Aguirre Cerda. Con motivo de la pugna presidencial, el PS soportó su primera división de importancia. Los diputados Ricardo A. Latcham y Amaro Castro, seguidos por varios cientos de militantes, dieron vida a una entidad denominada Unión Socialista, en noviembre de 1937. En el fondo se movían los partidarios de levantar la figura del ex dictador Carlos Ibáñez del Campo, como el personero de las fuerzas populares, la Unión Socialista, el Movimiento Nacional-Socialista y diversos grupos ibañistas, los cuales dieron vida a la Alianza Popular Libertadora (APL). A estas fuerzas se sumaban las simpatías de un sector radical y del PC (éste lanzó un manifiesto famoso donde destacaba la condición progresista de las huestes ibañistas y del papel de Ibáñez), todo lo cual mantuvo muy confuso el panorama electoral hasta la celebración de la Convención de Izquierdas, en abril de 1938. Paralelamente a su realización, el PS se constituyó en Congreso, su Primer Congreso General Extraordinario, con el objeto de darle una solución justa al problema presidencial.

La Convención de Izquierdas no logró, a través de varias votaciones, elegir su candidato de acuerdo con las bases estipuladas por los participantes en el torneo. Entonces, ante el peligro de rompimiento de la Convención, el Congreso General Extraordinario del PS resolvió retirar la candidatura de Marmaduke Grove y apoyar la postulación de Pedro Aguirre Cerda, personero radical. La actitud unitaria del PS salvó la existencia del Frente Popular y determinó en gran parte su triunfo posterior. Grove pasó a ser el Presidente del Frente Popular y líder de la campaña presidencial. En seguida, la consigna clara, sin vacilaciones, lanzada por el socialismo: “Todo Chile con Aguirre Cerda”, definió la dirección y el ritmo de la campaña. Además, el fracaso del putsch nacista del 5 de septiembre de 1938, reprimido en forma salvaje por el Presidente Alessandri, obligó a las fuerzas ibañistas a apoyar a Pedro Aguirre Cerda y ayudó a la derrota de Gustavo Ross Santa María, candidato de la reacción y el imperialismo, sostenido por una fuerte intervención del gobierno. La victoria extraordinaria del 25 de octubre de 1938 abrió una nueva etapa en la vida política nacional, y el Partido Socialista dio una contribución notable en su conquista.

V Congreso General Ordinario. Se desarrolló en Santiago, en diciembre de 1938. Sus debates más dramáticos giraron en torno al problema de la colaboración en el nuevo gobierno de Pedro Aguirre Cerda. La mayoría aplastante de las delegaciones se inclinó por la participación ministerial. La oposición estuvo representada por la delegación central de la F.J.S. y algunas escasas delegaciones, sobresaliendo la de la provincia de Atacama. Las condiciones de la colaboración acordada las estipularía el nuevo Comité Central. Se reeligió Secretario General al Senador Oscar Schnake V. El C.C. se integró con: M. Grove, Arturo Bianchi, Luis Zúñiga, Eduardo Ugarte, Arturo Velásquez, Asdrúbal Pezoa, Eliodoro Domínguez, Carlos Alberto Martínez, Manuel Mandujano, José Rodríguez y Pablo López.

El nuevo C.C. aceptó la invitación del Presidente de la República para colaborar en el gobierno popular y ocupó tres carteras: Fomento (Arturo Bianchi); Tierras y Colonización (Carlos A. Martínez), y Salubridad (Doctor Miguel Etchebarne).

En vista de las mayores responsabilidades, el C.C. designó Sub-Secretario General al diputado Salvador Allende.

La experiencia del gobierno de Frente Popular fue lamentable. Se demostró incapaz para detener el agio y quebrar el poder de la reacción. No intentó extender las instituciones democráticas; no reformó la Ley Electoral para ampliar y purificar el sufragio; no permitió la sindicalización campesina ni impulsó la colonización. La falta de realizaciones se ocultó en la disculpa de no poseer un Parlamento favorable. La oposición reaccionaria lo extorsionaba y le impedía avanzar. Todo se postergaba para después de las elecciones de marzo de 1941. Únicamente se crearon la Corporación de Reconstrucción y Auxilio, con el fin de levantar las provincias destruidas por el terremoto de enero de 1939; y la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), planteada con criterio social y en pro del desarrollo económico del país, pero entregada a elementos de concepciones económicas liberales añejas.

El PS planteó, como primera medida, la creación de una Junta Económica Nacional, con el propósito de someter toda la economía del país a un plan de conjunto y comenzar su desenvolvimiento por medio de la intervención financiera y técnica del Estado. Al mismo tiempo expuso todo un conjunto de grandes reivindicaciones: reforma agraria, nacionalización de las industrias fundamentales: carbón, energía eléctrica y tranvías, transportes, teléfonos, telégrafos, cemento, papel, paños, azúcar, etc.; creación del Banco del Estado, control del comercio exterior por el Estado, edificación popular (plan para construir 300.000 viviendas); instalación de la industria siderúrgica y química y electrificación del país; reforma de la previsión social; reforma de la enseñanza; revisión de los contratos y concesiones con el imperialismo (salitre, cobre, fierro, manganeso, azufre, bórax). Con el objeto de impulsar la agitación de este programa, el PS cambió su primer equipo ministerial por otro de mayor peso político: Oscar Schnake, en Fomento; Rolando Merino, en Tierras, y Salvador Allende, en Salubridad.

Los nuevos ministros socialistas presentaron varios proyectos concretos. Schnake presentó proyectos sobre la organización estatal de las industrias del carbón y cemento; el desarrollo de la industria pesquera y un plan caminero; Rolando Merino propició un vasto plan de colonización; Salvador Allende propuso un plan de vivienda popular y una reforma completa de la previsión social.

La debilidad del gobierno, la obstrucción oligárquica, la avidez burocrática del radicalismo y las vacilaciones de los comunistas (a causa de su pérfida posición internacional derivada del Pacto de no agresión y ayuda mutua entre la URSS y la Alemania Nacional-Socialista, de Hitler, en 1939) determinaron la inoperancia del Frente Popular.

El PS empezó a desprestigiarse a causa de la acción burocrática y titubeante de sus ministros y funcionarios. Se originó en sus cuadros militantes un gran descontento y se formó una vasta corriente "inconformista" con respecto de la posición indecisa del partido y de la timorata actuación del gobierno. Este movimiento inconformista partía del reconocimiento del compromiso del socialismo de cooperar con el nuevo régimen, elegido gracias a sus esfuerzos, pero debía afianzar sus posiciones robusteciendo su actividad en defensa de los intereses de las mayorías nacionales y por la rápida solución de sus problemas, hasta desencadenar un choque definitivo con el gobierno, que lo decidiera el pueblo tras las banderas del Partido Socialista.

IV Congreso General Ordinario. Se verificó en Santiago, en el teatro Capítol, en diciembre de 1939, al cumplirse el primer año de gobierno popular. Ha sido uno de los Congresos más dramáticos del PS. Se enfrentaron dos corrientes bien equilibradas. Una defendía la permanencia en el gobierno hasta dar satisfacción a algunas sentidas reivindicaciones populares; y otra inconformista, en franco desacuerdo con la situación del socialismo en el Ministerio y su ineficacia realizadora. Esta corriente la comandaban

los diputados César Godoy Urrutia, Natalio Berman, Emilio Zapata y Jorge Dowling y el miembro del C.C. Pablo López. Pretendía modificar la línea política del PS en un sentido de mayor energía ante el gobierno; renovar la directiva y llevar a su dirección máxima, al diputado Godoy.

La corriente inconformista fue vencida democráticamente, en gran parte, por su violencia gastada en los ataques personales y por su franco espíritu divisionista. Se eligió Secretario General al Senador Marmaduke Grove, y miembros del C.C. a Luis Zúñiga, Manuel Mandujano, Julio César Jobet, José Rodríguez, Arturo Velásquez, Asdrúbal Pezoa, Arturo Bianchi, Eliodoro Domínguez, José Binimelis, Juan Picasso, Luis Moreno y Emilio Zapata. Por derecho propio se agregaban el Secretario General de la F.J.S., Orlando Millas; el Jefe de la Brigada Parlamentaria, Carlos Müller, y la Secretaria General de la AM.S., María Montalvo.

La mayor parte de la corriente inconformista continuó actuando en forma fraccional hasta precipitar una división del PS. Sus caudillos fueron expulsados y en los incidentes desatados encontró trágica muerte Pablo López, magnífico dirigente obrero y orador de masas. César Godoy Urrutia y sus seguidores formaron el Partido Socialista de Trabajadores.

Con motivo de los trastornos ocasionados por esta escisión sé llevó a efecto el II Congreso General Extraordinario, en la ciudad de Curicó, los días 21 al 24 de mayo de 1940. En su seno se planteó un interesante debate sobre los principios teóricos del PS y, en lo político, se mantuvo la línea de Frente Popular y de colaboración en las tareas del gobierno. El debate doctrinario lo originó el antiguo y culto dirigente obrero, de formación anarquista, Augusto Pinto. En una documentada exposición criticó aspectos de la declaración de principios, a su parecer contradictorios, e hizo ver su carácter autoritario en circunstancias que se oponía frente al panorama del mundo totalitario la reafirmación de la libertad. Participaron, en seguida, Julio Barrenechea, Julio César Jobet, Astolfo Tapia, Heriberto Alegre y Manuel E. Hubner, quienes defendieron la orientación marxista de aquel documento; y Alberto Ballofet, de tendencias libertarias, apoyando algunos de los planteamientos de Pinto.

A pesar de la dolorosa división experimentada y de la imposibilidad de obtener del gobierno una política más dinámica y creadora, el PS siguió agitando la resolución de los problemas nacionales agravados con motivo del estallido de la segunda guerra mundial (septiembre de 1939). En este instante golpea con insistencia ante las fuerzas populares la tremenda lucha desencadenada entre el fascismo y la democracia.

El PS, consecuente con su posición antifascista y americanista, convocó al Primer Congreso de Partidos Democráticos y Populares de América Latina, con el objeto de estudiar la situación de nuestro continente frente a la gigantesca conflagración.

El importante torneo se realizó en Santiago, los días 3 al 8 de octubre de 1940. La comisión organizadora estuvo integrada por Juan Garafulic, jefe del Departamento de Relaciones Exteriores del PS, Rómulo Betancourt, Secretario General del Partido Democrático Nacional de Venezuela; Magda Portal, dirigente del Partido Aprista Peruano, y Leonilda Barrancos, miembro del Partido Socialista Argentino. Se invitó a los partidos democráticos y populares de América Latina, socialistas o no, que empuñaban la bandera antifascista, y de liberación americana, independiente en sus determinaciones, de raíz y soluciones fundamentadas en lo autóctono. No fueron invitados los partidos comunistas, porque ellos tenían puntualizada su acción internacional común, en conformidad a las decisiones de sus autoridades moscovitas. Concurrieron delegaciones del Partido Socialista Argentino, del Partido Izquierdista

Revolucionario Boliviano, del Partido Socialista Ecuatoriano, del Partido de la Revolución Mexicana, del Partido Socialista Panameño, del Partido Aprista Peruano, del Partido Socialista Uruguayo, del Partido Democrático Nacional de Venezuela y nutridas delegaciones de los Partidos Socialista, Radical-Socialista y Democrático, de Chile. Adhirieron el Partido Radical de Argentina; el sector izquierdista del Partido Liberal de Colombia, el Partido Socialista de Costa Rica, y otros grupos.

La Mesa Directiva del Congreso se constituyó así: Presidente de Honor, senador Marmaduke Grove; Vicepresidentes: Enrique Dickman (Argentina); Rómulo Betancourt (Venezuela); Julio Serrano Castro (México); Magda Portal (Perú); Luis Maldonado Estrada (Ecuador); Demetrio Porras (Panamá); José Pedro Cardoso (Uruguay), y José A. Camacho (Bolivia). Secretario General: Juan Garafulic; y Secretarios de actas, correspondencia y prensa: Humberto Valdebenito, Raúl Pepper y Luis Hernández Parker.

El Congreso abordó el estudio de cuatro puntos: 1° Las repercusiones políticas y económicas de la guerra en América. Latina. 2° La expansión totalitaria y la soberanía de América. 3° La coordinación de las fuerzas populares de América Latina hacia una política unitaria permanente para la defensa de la democracia. 4° Relaciones de América Latina con Estados Unidos.

Los análisis se verificaron con seriedad y responsabilidad y sus acuerdos tuvieron amplia resonancia. Se dejó expresa constancia que el conflicto mundial, además de sus determinantes económicas (disputas de colonias, de materias primas y de mercados por parte de los países desarrollados industrialmente), era también una pugna entre dos concepciones de la vida colectiva: “De una parte se agrupan los hombres que aspiran a que la sociedad humana se desenvuelva por el concurso espontáneo y libre de las fuerzas políticas que concurren por coincidencia u oposición, a la elaboración de fórmulas de mejoramiento permanente, y por la otra se alinean aquellos que, suprimiendo las libertades esenciales del individuo, sostienen que debe primar la voluntad omnímoda de hombres providenciales, convenientemente endiosados, que anulan toda exteriorización del pensamiento libre, persiguen y castigan las conquistas de los derechos del hombre, y aspiran a impulsar una tiranía que importa la vuelta a los obscuros períodos de la Edad Media. Con la idea de que existen una o varias razas superiores, hecho científicamente falso, se propugna una organización mundial de privilegios en favor de unos pueblos, con detrimento o subordinación de otros”.

El Congreso condenó el fascismo y su expansión y denunció a todas las fuerzas totalitarias, afanosas por esclavizar a los pueblos; se colocó al lado de la democracia y, con respecto a las aspiraciones de las fuerzas democráticas y populares de América Latina, se pronunció por la necesidad de crear una Confederación Latino Americana de Partidos Democráticos Populares, dejando constancia de “que es un ferviente anhelo de los partidos democráticos y populares de América Latina, de origen y raigambre nacionales, el constituir una organización que los vincule permanentemente para intercambiar informaciones, uniformar ideas y propugnar una acción común sobre los siguientes principios, en que coinciden: a) Acción en favor de la progresiva unidad de los pueblos del continente; b) Defensa contra toda penetración extranjera, especialmente la totalitaria; c) Defensa y perfeccionamiento del régimen democrático; d) Acción en pro de un régimen de justicia social; e) Defensa de la soberanía continental, interpretando con todo ello una fraternal aspiración de los pueblos nacidos de un mismo esfuerzo emancipador y unidos por la historia, por su constitución étnica fundamental, su lenguaje, su cultura y un idéntico destino”.

El 15 de noviembre de 1940, por intermedio de Oscar Schnake V., Ministro de Fomento, el PS rompió el Frente Popular por su incapacidad realizadora y sus contradicciones internas. En estas circunstancias, el socialismo afrontó solo las elecciones de marzo de 1941, siendo abiertamente hostilizado por el gobierno. Su ministro del Interior, Arturo Olavarría Bravo, dio amplias facilidades a la coalición derechista y especiales garantías a la combinación frentista (radicales, democráticos y comunistas), y a raíz de esa actitud tan parcial, los Ministros socialistas renunciaron a sus carteras.

En las elecciones de 1941 se renovaban cuatro agrupaciones senatoriales y la Cámara de Diputados. A pesar de las persecuciones, el PS logró una alta cifra de sufragios (más de 80.000) y el triunfo de 2 Senadores (Eliodoro Domínguez, por Atacama y Coquimbo; y Marmaduke Grove, por Santiago) y 15 Diputados: Tarapacá, Carlos Müller; Antofagasta, Vicente Ruiz; Coquimbo, Estenio Meza; Valparaíso, Bernardo Ibáñez y Vasco Valdebenito; primer distrito de Santiago, Luis González Olivares y Astolfo Tapia; segundo distrito, Ramiro Sepúlveda; tercer distrito, José Acevedo; cuarto distrito, Simón Olavarría; O'Higgins, Carlos Gaete; Colchagua, Luis Videla Salinas; Concepción, Narciso Rojas; Cautín, Julio Barrenechea; Valdivia, Eduardo Rodríguez Mazer; y Magallanes, Juan Efraín Ojeda.

Una vez realizadas las elecciones, el PS volvió a participar en el gobierno y desde ese instante el equipo administrativo (su burocracia) entró a pesar en forma desmedida en la dirección política llevándolo a transformarse en un elemento más del sistema demo-burgués.

V Congreso General Ordinario. Se efectuó en Santiago, en junio de 1941. Las discusiones tuvieron un carácter académico y nacional, enfocándose su responsabilidad para dar vida a una democracia social en el país y para imponer una política internacional antifascista. Se insistió en la urgencia de una acción planificada de desarrollo de la economía nacional y propender a la unidad americana, en vista de las dificultades impuestas por la guerra.

Se reeligió como Secretario General, al Senador M. Grove e integrantes del C.C. a: Luis Zúñiga, José Rodríguez, Arturo Velásquez, Manuel Mandujano, Asdrúbal Pezoa, Albino Barra, Blas Milicic y Enrique Monti. El C.C. agregó a tres nuevos miembros: Pedro Fernández Riffo, Esterfio Silva y Jorge Cash. Se agregaban por derecho propio, Luis Videla Salinas, jefe de la Brigada Parlamentaria; Raúl Vásquez, Secretario General de la F.J.S., y María Montalvo, Secretaria General de la A.M.S.

A fines de noviembre de 1941 falleció don Pedro Aguirre Cerda, y para analizar el problema presidencial se reunió el III Congreso General Extraordinario, en Santiago, en el mes de diciembre. En su seno, la mayoría de los delegados eran partidarios de levantar la candidatura de Oscar Schnake V., a causa de su prestigio de antiguo dirigente socialista y por su enorme volumen político en su calidad de artífice del triunfo del 25 de octubre de 1938 y, en seguida, como Ministro de Fomento. Un grupo pequeño creía vigentes las posibilidades de M. Grove. Iniciados los debates, la adhesión a Schnake se evidenció unánime y el propio Grove se inclinó a su favor. Únicamente la F.J.S. se opuso a levantar una candidatura presidencial socialista, de acuerdo con su línea de conseguir el retiro del PS de las tareas gubernativas. Creía que una postulación presidencial socialista lo era con el exclusivo propósito de negociar una mayor participación del PS en el gobierno y que, una vez obtenida la promesa adecuada, la retirarían en favor del personero radical. Así sucedió, la candidatura de Schnake proclamada con gran entusiasmo sobre la base de un amplio programa nacional y democrático, fue entregada en beneficio del caudillo radical Juan Antonio Ríos. Quienes apoyaron la perspectiva presidencial socialista, como manera de independizar al PS y provocar un reajuste político más dinámico y progresivo, quedaron defraudados.

La reacción llevó como abanderado a Carlos Ibáñez del Campo. Aunque derechista, con ribetes fascistizantes, su carácter se lo dieron los elementos independientes y desengañados del gobierno frentista, cansados del desorden y de la incapacidad reinantes.

Triunfó Juan Antonio Ríos e inauguró su gobierno el 1° de marzo de 1942 con un ministerio de radicales, liberales y socialistas.

VIII Congreso General Ordinario. Se realizó en Santiago, en el teatro Brasil, en febrero de 1942. Alcanzó caracteres memorables por sus apasionados debates, concentrados en torno a la situación política. Se enfrentaron dos corrientes: una, partidaria de continuar en el gobierno e integrar el gabinete de Juan A. Ríos, dirigida por Oscar Schnake, M. Grove, Bernardo Ibáñez, Humberto Mendoza, Eliodoro Domínguez y Asdrúbal Pezoa (y apoyada por todos los altos funcionarios); y otra anti colaboracionista, pugnaba por alejar al partido del poder con el propósito de cohesionarlo y restituirlo a sus cauces revolucionarios. La corriente opositora estuvo encabezada por la delegación central de la F.J.S. presidida por Raúl Ampuero, y por la de Santiago, presidida por Julio César Jobet. Triunfaron los partidarios de la colaboración en forma estrecha, a pesar de las intervenciones políticas en su apoyo de Oscar Schnake y Humberto Mendoza. Se reeligió Secretario General a M. Grove y el C.C. quedó constituido por: Asdrúbal Pezoa, Eliodoro Domínguez, Eusebio Maidana, Lorenzo Olcay, Roberto Aranda, Esterfio Silva, Humberto Godoy, Guillermo Morales, Pedro Poblete. Más tarde el C.C. se completó con José Binimelis, Rolando Merino, Quiterio Chávez, Blas Milicic y Astolfo Tapia.

El C.C. aceptó ingresar al Ministerio con tres carteras: Fomento, (Oscar Schnake); Tierras y Colonización (Pedro Poblete y, en seguida, Enrique Arriagada Saldías); y Salubridad (Eduardo Escudero).

El Gobierno de Juan A. Ríos se apoyó en la Alianza Democrática, combinación inspirada por el P.C. en reemplazo del Frente Popular y para impulsar la consigna de "unión nacional" lanzada por el Komintern cuando Alemania atacó a la URSS, a pesar de su alianza (pacto Molotov-von Ribbentrop). J. A. Ríos no fue consecuente con su programa electoral. Mantuvo relaciones estrechas con las fuerzas reaccionarias a través de "amigos personales" y "técnicos", todos del Partido Liberal; se resistió a tomar una actitud anti-fascista definida y entregó la gestión diplomática a personeros neutralistas, muy inclinados hacia el bando fascista, enemigos de la ruptura de relaciones con el Eje; se negó a imponer soluciones enérgicas a los graves problemas económicos nacionales, a pesar de contar con dos leyes amplísimas: Ley de Emergencia y Ley Económica (N° 7.200 y 7.747), de acuerdo con la cual se promulgó un ambicioso Plan Agrario; se dedicó a dividir a los partidos de izquierda, soportes de su gestión gubernativa, con el fin de mantenerlos sojuzgados a sus decisiones.

La emancipación del gobierno de Ríos y el servilismo manifiesto de la directiva del PS a su actividad reaccionaria desataron un gran descontento en el seno del socialismo. En respuesta, M. Grove emprendió una descontrolada represión, expulsando a varios altos dirigentes (José Rodríguez, Federico Klein, etc.); prohibiendo la circulación de periódicos críticos, y por medio de una comunicación inquisitorial, trató de impedir la lectura del libro de Humberto Mendoza "¿Y Ahora?", a causa del extenso y condenatorio prólogo de Julio C. Jobet a la conducción del PS en esa época y a su desviación burocrática y demo-burguesa. La actitud atropelladora de M. Grove era estimulada por una minoría oportunista y de escasa solvencia socialista, envalentonada por la ausencia de la otra gran figura del PS Oscar Schnake V. Schnake abandonó el Ministerio de Fomento y se alejó de Chile como Embajador en

México y desde entonces no volvió a tener injerencia en la dirección del socialismo chileno. En el Ministerio fue reemplazado por el viejo luchador social Manuel Hidalgo Plaza.

En este clima de desencanto ante la gestión mediocre de Juan A. Ríos y de repudio al C.C. y a M. Grove, se llamó a un nuevo congreso.

IX Congreso General Ordinario. Se verificó en Rancagua, en enero de 1943. En él se enfrentaron dos corrientes claramente definidas: la del C.C. cuyos personeros más destacados eran M. Grove, Eliodoro Domínguez y Astolfo Tapia, que persistía en continuar colaborando en el gobierno de Ríos y pretendía, además, mantener la actitud carismática de Grove; y la llamada "corriente de recuperación", porque deseaba salvar al partido de su lamentable experiencia, sacarlo de su desmedrada condición de sirviente de un gobierno incapaz. Esta corriente recuperacionista la dirigían las delegaciones de Santiago, presidida por Julio C. Jobet; de Valparaíso, a cargo del doctor Jorge Alvayay, y la de Talca, presidida por Enrique Monti y Oscar Carrasco. Venció en forma abrumadora. Grove y sus partidarios abandonaron el Congreso, provocando una escisión. La mayoría continuó en sesión, aprobó una línea de independencia política y eligió Secretario General a Salvador Allende G. El C.C. se integró con: José Rodríguez Corces, Carlos Godoy, Enrique Monti, Ramiro Sepúlveda, Carmen Lazo, Avelino Aguilera, Rolando Merino, Oscar Naranjo, Raúl Ampuero, Humberto Soto, Quiterio Chávez y Carlos A. Martínez. Como suplentes se eligieron a Luis Nelson, Carlos Bernales y Arturo Bianchi.

Poco después de la celebración del Congreso de Rancagua se unificaron los dos sectores socialistas, naciendo la llamada directiva colegiada, formada por M. Grove, Salvador Allende, Carlos A. Martínez, Vicente Ruiz, Lorenzo Olcay y Eliodoro Domínguez. Para unificar en la práctica al PS se llamó al IV Congreso General Extraordinario, celebrado en Valparaíso, en agosto de 1943. En él se resolvió retirar al PS de las responsabilidades del gobierno, mantenerlo en la combinación de Alianza Democrática, como manera de defender y vigorizar las instituciones republicanas. El C.C. fue designado por unanimidad de las delegaciones: Secretario General, Salvador Allende, e integrantes: M. Grove, José Rodríguez, Carlos A. Martínez, Vicente Ruiz, Humberto Soto, Carlos Godoy, Albino Barra, Pedro Poblete, Raúl Ampuero, Humberto Elgueta, Víctor Jaque y Carmen Lazo.

El retiro del PS del gobierno perdió gran parte de su eficacia por la actitud divisionista del senador Grove. En 1944 escindió al partido y dio vida a una pequeña montonera política con el nombre de Partido Socialista Auténtico.

El socialismo entró en un período de anarquía y desintegración, en los momentos mismos de su resurgimiento en escala mundial a consecuencia de la derrota de la contrarrevolución fascista y del debilitamiento del capitalismo. En este año terminó el primer período de la agitada vida del socialismo chileno. Tiempo después, con la celebración del XI Congreso General Ordinario, en octubre de 1946, en Concepción, se reiniciará su lento proceso de reconstrucción y su segundo período de existencia, afirmándose su contenido socialista y elevándose su trayectoria política.

La noble existencia de Augusto Pinto

ARAUCO N°12 octubre 1960

El reciente fallecimiento de Augusto Pinto ha provocado sincero pesar en el seno del Partido Socialista, del cual era uno de sus fundadores, y en el mundo obrero, donde por su origen, sus largas y denodadas luchas como adepto inteligente y chispeante del credo libertario, y por su vastísima cultura, lograda en

tenaz y paciente búsqueda, consiguió un sitio de excepción, de genuino líder, cuyo ejemplo influenció a varias generaciones de militantes.

Augusto Pinto, obrero y autodidacto, de formación doctrinaria anarquista y socialista, dotado de un extraordinario talento natural, se educó y formó en el taller y en la acción. Estudió, leyó, observó y militó con responsabilidad y profunda devoción. Convivió apasionadamente con todas las experiencias sociales, políticas y culturales a lo largo de sesenta años. Era un espíritu inquieto, abierto a las manifestaciones de la ciencia y de la lucha social; capaz de los mayores entusiasmos, fraterno y cordial, con un natural sello de cortesía y distinción. Por su espíritu selecto y su amplia sabiduría, por sus finos modales, por su vocabulario esmerado y por sus preocupaciones creadoras en el campo de las doctrinas filosóficas y políticas, del arte y de la literatura, pertenecía a esa reducida "élite" qué, surgida de las distintas capas sociales, entra a constituir un estrato definido, con rasgos y perfiles propios, la "intellegentzia". Y Augusto Pinto era un valiente y honesto miembro de la "intellegentzia chilena" defensora de la verdad, de la justicia y de la libertad. En el transcurso de medio siglo nunca desfalleció en la batalla dura, interminable y agotadora en defensa de aquellos valores permanentes y sin los cuales es imposible la existencia, el progreso y la paz. Antes de extinguirse su poderoso espíritu pudo repetir, como suyas, estas hermosas palabras de Albert Camus, uno de sus escritores favoritos, porque en estos años difíciles y turbios mantenía encendida la misma llama de sus convicciones... "lo único que puedo afirmar hoy públicamente, después de haber tomado parte durante veinte años en nuestra historia sangrienta, es que el valor supremo, el bien decisivo, por el que vale la pena vivir y luchar, sigue siendo la libertad".

II

Otro glorioso dirigente del movimiento obrero, y también espíritu de selección, Alejandro Escobar Carvallo, quien a los 83 años de edad conserva intactas su lucidez mental y su generosidad de corazón, en unas interesantísimas memorias publicadas en la revista "Occidente" recuerda cómo, a influencia de la ideología de León Tolstoi, se constituyó en nuestro país, en 1903, una colonia tolstoyana, donde figuraron, además de Escobar Carvallo, tres obreros zapateros franceses: Aquiles Lemire, Alfonso Renoir y Francisco Robert; el pintor Benito Rebolledo Correa (Premio Nacional de Arte en 1959); Temístocles Osses y Augusto Pinto, todos ellos con sus esposas e hijos. Era una comunidad fraternal; en las noches sus componentes charlaban sobre temas de arte y filosofía, y en los días festivos excursionaban por los campos vecinos. La colonia funcionó espléndidamente, creció con nuevos miembros y, durante dos años felices, puso una nota curiosa en el ambiente santiaguino. (Su ejemplo fue seguido por un grupo de intelectuales y artistas que, en 1905, bajo la dirección de Augusto Thompson D'Halmar más tarde, dio vida a otra colonia similar en San Bernardo, y descrita por Femando Santiván en su obra "Memorias de un tolstoyano").

Augusto Pinto inició su vida militante en esa colonia tolstoyana movido por un ansia de perfeccionamiento espiritual y adhirió al ideario anarquista. Su generación de pioneros en la educación del proletariado y en la formación de su conciencia de clase, presenta desde sus primeras actividades características notables: fraternidad en las formas diarias de existencia; nobleza y entusiasmo en el proceder; afán de perfeccionamiento individual y anhelo de saber; amplitud de criterio y de comprensión hacia la situación de los hermanos del trabajo. Sin duda ha sido una generación obrera sorprendente y no se ha vuelto a dar en el movimiento social más reciente.

El escritor José Santos González Vera ha descrito, con su finura acostumbrada, ese deseo de saber y el afán de formarse una personalidad en el elemento anarquista. En una de sus crónicas de "Babel" (número de mayo-junio de 1947), escribe: "Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, fuera de consagrarse al estudio con pasión. Durante un año entero estudiaba geografía, al siguiente francés y así por espacio de decenios". Pero, a la vez, ese conocimiento adquirido no era guardado en forma egoísta para sí; lo transmitía a innumerables discípulos y a la ciudadanía en general. El propio González Vera anota que la avanzada obrera era anarquista y en Santiago hubo una Universidad Popular, bajo el lema "educación mutua y libre", donde se estableció el primer contacto entre estudiantes y obreros. Como elementos más representativos estaban Pedro Godoy, entre los estudiantes, y Augusto Pinto, entre los obreros. La actividad de esta universidad; el movimiento antirreligioso, desatado a raíz de la visita de Monseñor Sibilia; y la constitución de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional, integrada por elementos obreros y estudiantes (de la I.W.W., FOCH y FECH), se encuentran en la base profunda del vasto movimiento social y político del año 1920.

Augusto Pinto figuró entre los grandes dirigentes de la I.W.W. y en su calidad de tal actuó con brillo en las inolvidables jomadas cívicas del año 20. Según el maestro y escritor Carlos Vicuña Fuentes, uno de los protagonistas principales de aquel movimiento, el campo obrero había dejado muy rezagado a los partidos políticos de avanzada. Sólo el Partido Radical contaba con una juventud idealista y generosa, pero se encontraba a una distancia astronómica de la gente que animaba las inquietudes del proletariado. Esta se componía de intelectuales ligados al proletariado y de obreros autodidactos de fuerte solidez doctrinaria. Figuras como las de Pedro Godoy, Pedro León Loyola, Juan Gandulfo, Javier Lagarrigue, Augusto Pinto, Laín Diez, Julio Rebosio, Luis E. Recabarren, Aquiles Lemire y muchos otros, conferían una superioridad ideológica y cultural indiscutible al movimiento proletario frente al oportunismo electoralista y a la politiquería intrascendente de los llamados partidos históricos y al podrido sistema parlamentario. Esta capa de intelectuales proletarizados y de obreros de amplia cultura, fue la verdadera creadora del ambiente de renovación social y política del año 1920. Y en su seno Augusto Pinto destacó siempre sus excepcionales condiciones humanas e intelectuales.

A pesar del fracaso de aquel promisorio movimiento, de la esterilidad del gobierno de Alessandri y de la dura tiranía de los militares, Augusto Pinto no desesperó ni perdió su fe libertaria. Se mantuvo sereno en medio del caos, pero entró a revisar su actitud anarquista en favor de una acción política constructiva.

III

Al caer derribada la dictadura de Carlos Ibáñez, se preocupó de ayudar a la creación de un organismo nuevo, combativo, de composición social amplia, orientado por la filosofía socialista, entendida como un humanismo revolucionario, a cuya sombra se unieran los obreros, estudiantes e intelectuales para cambiar el régimen y dar vida a una sociedad igualitaria y libre. Augusto Pinto, Eugenio González Rojas, Oscar Schnake, Julio E. Valiente y otros ciudadanos, constituyeron la ARS (Acción Revolucionaria Socialista), para cumplir aquellos propósitos. En seguida, ante la existencia de diversos grupos políticos con idénticos fines, la ARS impulsó su unidad en un gran partido revolucionario de trabajadores manuales e intelectuales, con una organización moderna y un programa realista, estrechamente conectado con las necesidades y urgencias nacionales. De ahí nació el Partido Socialista, el 19 de abril de 1933. Augusto Pinto fue uno de sus fundadores, como integrante de la delegación de la ARS y, al mismo tiempo, pasó a ser un dinámico dirigente del nuevo partido.

Muchas veces lo escuché en reuniones partidarias o en charlas de grupos y siempre experimenté una viva simpatía por su inteligencia despierta y su agilidad en la discusión ideológica. Trascendían su vasta cultura, su dominio del ideario socialista en sus diversas corrientes, y su franqueza y sinceridad para exponer o criticar. Tuve oportunidad de alternar más a fondo con él con ocasión del Congreso Extraordinario de Curicó (en mayo de 1940), convocado con la finalidad de contrarrestar los efectos de la escisión provocada por los diputados César Godoy Urrutia y Natalio Berman. En este torneo tuvo una brillante intervención. Originó una polémica de alto rango sobre los principios doctrinarios del P.S. Sometió a una inteligente crítica a algunas de las teorías del pensamiento marxista y condensó sus puntos de vista en un proyecto de declaración de principios, de acuerdo con los postulados del socialismo humanista.

Aunque sus posiciones fueron rechazadas por quienes participaron en el debate (Julio Barrenechea, Julio C. Jobet, Astolfo Tapia, Heriberto Alegre y Manuel E. Hübner), y por el Congreso, se conquistó grandes simpatías entre todos los concurrentes por su cultura socialista y su habilidad polémica, además de su comportamiento vigoroso, pleno de entusiasmo y ardor[3].

Una proposición de Augusto Pinto fue, sin embargo, aceptada en forma unánime por el Congreso. Se refería a la conveniencia de designar una comisión integrada por camaradas versados en el examen de las doctrinas socialistas, para analizarlas a la luz del desarrollo contemporáneo y de las nuevas necesidades. Sus resultados serían enviados a los comités regionales para su discusión democrática y, en seguida, con las sugestiones respectivas, se debería redactar un proyecto de declaración de principios definitiva que se sometería al próximo Congreso General del P.S. El Comité Central recogió la proposición de A. Pinto, aprobada por el Congreso, designando una comisión bastante numerosa. Aunque inició sus labores con interés, no logró concretar un trabajo efectivo y esta aspiración sólo se vino a cumplir en la Conferencia Nacional de Programa, realizada en noviembre de 1947.

En aquel memorable debate, A. Pinto planteó, en esencia, una crítica al marxismo, como método de interpretación de la realidad, por estimarlo obscuro y discutible, confusa mezcla de metafísica hegeliana y de ciencia y, por ende, proclive al esquematismo y al dogma. Asimismo se extendió en la necesidad de esclarecer su concepción de la historia y de la sociedad, pues en ellas, según Marx, todo parece reducirse a fenómenos de producción; modos de producción, relaciones de producción, medios de producción, olvidando la conciencia humana, movida por la noción de justicia, y el papel soberano de la voluntad humana para actuar conscientemente en la transformación de la sociedad. El socialismo no es sólo el epifenómeno del proceso económico-social sino también es el resultado del desarrollo de la conciencia moral del hombre. Por eso la socialización de los medios de producción no es un fin sino el medio para llegar a un orden social más justo y más libre. El socialismo persigue, ante todo, el libre desarrollo de la persona humana; el desenvolvimiento armónico de sus diversas facultades, dentro de la libertad, subyugando a la economía y liberando a los hombres. Esta ampliación de la vida constituye el socialismo ético, basado en la dignidad de la persona humana. En la vida de los hombres existen valores esenciales independientes de una simple transformación económica, valores reconocidos por todos los grandes pensadores y luchadores socialistas.

[3] Un resumen bastante completo del debate doctrinarlo se publicó en la revista "RUMBO", N° 13, julio-agosto de 1940. En el curso de las discusiones defendió el criterio de Augusto Pinto, su discípulo y nobilísimo luchador social, Alberto Ballofet, de formación anarquista, alto dirigente de la I.W.W. y después connotado miembro del Partido Socialista.

Poco después de la realización del Congreso Extraordinario de Curicó, participé con Augusto Pinto y otros camaradas en un círculo de lecturas donde comentamos la obra del sabio Georg Nicolai: "La Miseria de la Dialéctica", aparecida en ese año de 1940. El gran humanista, con su habitual categoría polémica, lanzaba un demoledor ataque a las obscuridades, extravagancias y contradicciones de Hegel. A. Pinto lo encontraba magistral y oportuno y, en gran parte, justificaba su posición sostenida en el Congreso. Precisamente, en su libro, Nicolai manifiesta que en el marxismo se mezclan dos métodos opuestos; el dialéctico y el científico; y su propósito es defender a Marx científico, de su peor enemigo, Marx dialéctico. La aportación más importante de Marx científico es su concepción del materialismo histórico, según el cual los métodos de las ciencias naturales son aplicables a todo y, por eso, a lo social. Por la utilización consecuente de este método se puede llegar a establecer el socialismo que, en su concepción más general, significa la firme resolución de realizar en lo posible todas las consecuencias que, razonable o científicamente, podemos sacar de la solidaridad del género humano. En cambio, el materialismo dialéctico, o sea, el hegelianismo revitalizado por Marx, es el peor obstáculo para avanzar hacia el socialismo. A continuación, Nicolai verifica un examen profundo y despiadado de la filosofía de Hegel y del comunismo soviético, su continuador. Hace una distinción neta entre Marx científico (defensor del materialismo histórico y del socialismo), y Marx dialéctico (padre del comunismo), y llega a afirmar que los dos peligros más grandes para el socialismo son: de una parte, la mixtificación dialéctica en el dominio ideológico; y de otra, el oportunismo innato en la actividad del hombre. El socialismo debe aprovechar exclusivamente a Marx científico y eliminar el dialéctico.

IV

Al desatarse la ola de escisiones en el seno del P.S. a partir de 1943, me trasladé al sur del país, por varios años. Al regresar a Santiago volví a tomar contacto con Augusto Pinto. Como siempre, su curiosidad intelectual era amplia y el panorama mundial le suministraba la oportunidad de perspicaces comentarios. Alejado de la vida partidaria regular, y sin tomar posición ante los grupos existentes, se mantenía informado y atento a sugerir actitudes y planteamientos por medio de sus innumerables compañeros y amigos. Por esta razón, cuando se verificó el Congreso de Unidad del Socialismo, en julio de 1957, propuse un voto, aprobado por la asamblea, incorporando directamente a las filas del P.S., como figuras señeras, a Augusto Pinto, Manuel Hidalgo y Oscar Schnake, conductores esclarecidos del movimiento popular en años particularmente críticos dentro de la evolución social de Chile.

En el almuerzo de clausura de aquel torneo, A. Pinto hizo recuerdos de sus años de lucha, de sus compañeros, de su viaje de esfuerzo a Francia, donde siguió cursos en la Sorbona y se atiborró de conferencias y exposiciones y, sobre todo, se empapó del inefable ambiente cultural y humano de París; y exaltó el porvenir del socialismo, como única esperanza de la atribulada humanidad.

Por esta época me sumé a un simpático grupo de amigos. Tenía sus figuras centrales en Augusto Pinto, Laín Diez y Mariano Rawicz y como entusiastas acompañantes a Alejandro Gallegos, Federico Godoy Guardia y Perrin Godoy Lagarrigue. Celebrábamos reuniones semanales, donde A. Pinto presidía por su talento e ingenio. Laín Diez, miembro prominente de las jornadas sociales de 1920, de saber enciclopédico y poseedor de varios idiomas, nos mantenía informados de los grandes sucesos del movimiento socialista y obrero mundial, a través de sus estudios y de su correspondencia; Mariano Rawicz, combatiente en las filas españolas republicanas (y durante años preso en las mazmorras de Franco), radicado en Chile, nos daba a conocer los hechos más relevantes del mundo tras el telón de hierro, por intermedio de la prensa polaca, que nos traducía con esmero. Alejandro Gallegos, amigo fiel

de A. Pinto, removía el ambiente con sus preguntas directas y bruscas y con sus juicios tajantes; Federico Godoy, animador de la empresa editorial PLA, ponía mesura y fraterno espíritu, y Perrin Godoy, joven ingeniero, aportaba su inquietud generosa y nos vinculaba a la tradición de su ilustre padre, don Pedro Godoy.

En estas sesiones de lecturas, estudios y discusiones surgieron muchas iniciativas fecundas. Una de ellas fue la de ubicar a Alejandro Escobar Carvallo y conseguir sus apuntes sobre sus actividades en la divulgación del socialismo y en la educación del proletariado, entre 1897 y 1910, para publicarlos como un aporte al conocimiento directo de aquella heroica época. A mediados de diciembre de 1958 visitamos a Alejandro Escobar Carvallo, en compañía de Augusto Pinto y Alejandro Gallegos. Fue un instante emotivo contemplar el estrecho abrazo de los dos tolstoyanos. Pasamos una agradable tarde escuchando su inagotable y sabrosa charla, repleta de recuerdos del más alto interés. El alma generosa y entusiasta de los dos viejos dirigentes se iluminaba al rememorar tantos hechos vividos y al deslindar innumerables actuaciones. Sólo la evocación de las figuras leales y queridas, tragadas por el inexorable turbión de la vida, ponía un temblor de tristeza en su evocadora conversación.

Los apuntes de Alejandro Escobar Carvallo, sobre el primer movimiento socialista en Chile, aparecieron en las páginas de la excelente revista OCCIDENTE.

V

Augusto Pinto conservó su vigor cerebral y su contagiosa inquietud ideológica hasta sus últimos momentos. A pesar del mal estado de su salud, ni el menor asomo de angustia ni de pesimismo se notaba en su actitud diaria; por el contrario, su alegría, su interés por la existencia de sus amigos, su preocupación por los sucesos políticos nacionales y mundiales, su conversación animada, fluían con naturalidad y optimismo. Su rostro moreno, simpático, se iluminaba en medio de la charla y sus ojillos negros chispeaban de entusiasmo o de malicia, según el sesgo de la charla. Se había dejado crecer una pequeña barbita en punta que le daba un aire de convencional mandarín chino y su sabiduría hecha de estudio, reflexión y experiencia, reafirmaba esa impresión.

Hasta el fin de su noble existencia le dominó el anhelo de dejar escrito un ensayo sobre las relaciones entre las concepciones marxistas y el pensamiento socialista general. La lectura de la obra del profesor de filosofía francés, Pierre Fougeyrollas: “Le marxisme en question” (“El marxismo en discusión”), quien abandonó las filas del comunismo a raíz de la represión de los obreros, intelectuales y jóvenes húngaros por los tanques soviéticos, y llegó en su proceso de desestalinización hasta la crítica de las fuentes marxistas en el libro citado, le estimuló en su intento. Desgraciadamente no logró llevar a cabo su propósito.

Como todos los demócratas de su tiempo, Augusto Pinto saludó con entusiasmo la revolución rusa y la caída del despotismo zarista, pero, también, vio con angustia el camino dictatorial seguido por Lenin-Trotsky, y desde el ascenso de Stalin miró con franco desagrado el restablecimiento de la autocracia a través de su régimen tiránico. Para Augusto Pinto, la tragedia de los marineros de Cronstadt simbolizaba la trayectoria de la gesta del pueblo ruso.

El año 17, fueron los instrumentos intrépidos y heroicos de la caída del zarismo; cuatro años después se sublevaban contra la dictadura bolchevique, pidiendo la vuelta a la democracia socialista y eran vencidos, aplastados y fusilados por millares, iniciándose la reacción thermidóriana. La eliminación de las

fuerzas democráticas (mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas de Machno), y de la libre discusión en el seno de los bolcheviques, con el comienzo de las represiones sangrientas, liquidaron la revolución socialista y democrática, dando paso a un régimen concentracionario.

En las conversaciones sobre el sistema soviético y el reinado de Stalin, A. Pinto hacía ver cómo éste desfiguró todos los postulados básicos del socialismo: el internacionalismo lo redujo a un virulento nacionalismo; la socialización de los medios de producción y el colectivismo los concretó en una implacable economía de Estado, con una máxima subordinación y explotación del obrero; el debilitamiento y extinción del Estado los tradujo en el reforzamiento faraónico de su poder levantando un Leviatán al cual enajenó toda la sociedad soviética; el sentido crítico lo asimiló al peor sometimiento conformista y dogmático; la supresión de la burguesía la reemplazó por una todopoderosa burocracia con las características de una nueva clase; el rechazo del culto al dirigente absoluto lo transformó en el "culto a la personalidad", o sea, a sí mismo, como líder carismático, infalible.

Si el sistema capitalista se basa en la explotación de los individuos, y el trabajador sufre una doble alienación económica y política: la propiedad privada de los medios de producción y el poder del Estado, guardián de dicha propiedad, la revolución proletaria debe, al mismo tiempo, socializar los medios de producción y marchitar y extinguir el Estado. Al no hacerlo, la revolución conducirá a forjar una nueva esclavitud. Por eso el derecho al producto íntegro del trabajo y el derecho a la democracia son inseparables e irrenunciables en el sistema socialista.

Ante el aterrador ejemplo del régimen soviético, Augusto Pinto se planteaba angustiosas interrogantes, motivos de largas y ardientes controversias entre nosotros, interrogantes que siguen conturbando a los socialistas responsables, a los rebeldes, a los intelectuales libres, a quienes desean sinceramente un cambio profundo en favor del hombre: ¿Cómo organizar una nueva sociedad donde se eliminen los males que avasallan al individuo sin quitarle la libertad? ¿Cómo conciliar esta libertad que implica, en lo concreto, iniciativa y responsabilidad, con la seguridad que la sociedad debe a sus miembros? Uno de los problemas máximos es el de conciliar la organización con la libertad y evitar el aplastamiento del hombre por sus propias creaciones materiales.

Augusto Pinto ya no participará en estas reuniones cordiales y apasionadas, pero su potente y luminoso espíritu estará siempre presente, radiante en cada uno de nuestros corazones.

Desarrollo de la educación chilena

ARAUCO N°13 noviembre 1960

I

Al examinar la situación de Chile, en su conjunto, el momento histórico impone responsabilidades en dos direcciones: 1) Definir y llevar a cabo una política económica planificada, que abarque la totalidad de la nación y atienda al desarrollo armónico de las fuerzas productivas y a la transformación cuantitativa y cualitativa de su base económica y social, atrasada en aspectos fundamentales. 2) Definir y llevar a cabo una reforma educacional en correlación con la política económica, que actúe eficazmente sobre toda la juventud y por medio de una finalidad precisa de acuerdo con las necesidades de cambio y progreso del país, la oriente hacia destinos creadores aprovechando íntegramente su vigor, su pureza, su fe, su inconformismo y su coraje.

En Chile no ha existido jamás una política económica planificada, trazada con audacia hacia la transformación estructural del país y presentando los estímulos indispensables para atraer y canalizar las energías de la juventud. Al no promoverse un reajuste y un impulso concertados de la economía nacional, a fin de sacarla de su atraso, convirtiéndola en fuente de riqueza y prosperidad hasta dar vida a un nuevo ambiente, no han existido en la industria, agricultura y comercio los incentivos adecuados al interés de las nuevas generaciones por las faenas productivas. Tampoco se ha formulado una política educacional cuya finalidad además de formar al hombre más libre, elevando su nivel de racionalidad, tienda a dignificar las vocaciones económicas y dirigir el interés de la juventud hacia la producción y la transformación de Chile. Una política educacional científica y realista nace, naturalmente, de una gran política económica y social. En Chile se ha carecido de ambas y ahí reside la causa del caos actual en lo económico-social y en la educación.

En los países subdesarrollados, la educación es decisiva como agente de transmutación y si es verdad que guarda relación con todo lo básico de la actividad humana, aquí debe concentrarse sobre las necesidades y problemas primordiales y más urgentes, y su propósito principal debe ser el de capacitar al hombre para superar su existencia actual ayudando a verificar el progreso económico y social indispensable en la obtención de prosperidad y bienestar y a desarrollar los elementos genuinos de su propia cultura, decisivos en su mejoramiento espiritual y moral y, de tal suerte, pueda vivir una existencia más plena y feliz.

Por el hecho de haberse desarrollado el sistema educacional chileno en forma anárquica, determinado únicamente por las presiones múltiples y contrapuestas surgidas de los cambios sociales y por las demandas individuales de educadores dispersos, o por las peticiones oportunistas de políticos profesionales, o de la acción interesada de la Iglesia, su avance ha sido muy lento y desigual, reducido a construir algunas escuelas, a crear pequeños liceos, a montar servicios burocráticos y a subvencionar la enseñanza particular. De esa manera se ha convertido más bien en una fuerza de resistencia al desenvolvimiento armónico del país, a su modernización y a su progreso general y, a la vez, ha tendido a reforzar la parte conservadora de la sociedad y a mantener y ahondar las diferencias sociales existentes, robusteciendo el antipático sistema de estratificación social imperante. La educación pública en Chile no responde a las exigencias de su desarrollo, en gran parte, a causa del descuido del Estado al no arbitrar medios para hacer efectiva la obligatoriedad escolar y mejorarla en general. Su desidia ha determinado el incremento de la enseñanza privada como verdadera industria lucrativa, o como escuela proselitista, y, al mismo tiempo, su abdicación del mandato constitucional de atenderla en forma preferente. Entrega a la enseñanza particular quince mil millones de pesos en subvenciones con el pretexto de que el Estado carece de medios para ampliar la enseñanza pública. Y la enseñanza particular junto con recibir tan inmensa ayuda invoca el principio de “la libertad de enseñanza” absoluta a objeto de eliminar la doctrina del “Estado docente”, o sea, la potestad del gobierno para dirigir e inspeccionar la enseñanza nacional. Es curioso comprobar cómo el sistema educacional del país, no obstante ciertos pequeños adelantos y ensayos pedagógicos, ha desempeñado en los últimos años un papel social retrógrado, acentuando la separación social entre las diversas clases; y, en comparación con el ritmo de industrialización de los últimos años, se advierte un retroceso marcado al no corresponder a las necesidades actuales de la sociedad chilena.

II

La aparición de dos libros, elaborados con criterio absolutamente científico sobre los problemas educacionales de Chile, suministran los datos ratificadores de las consideraciones enunciadas. Esas obras son: “DESARROLLO DE LA EDUCACION CHILENA”, de los educadores Erika Grassau y Egidio Orellana; y “EDUCACION ELEMENTAL, ANALFABETISMO Y DESARROLLO ECONOMICO”, del sociólogo Eduardo Hamuy.

De la investigación de la realidad educacional verificada por Grassau, Orellana y Hamuy se desprenden estos problemas mayores: 1) Eliminación del analfabetismo. La población escolar menor de 15 años alcanza a 1.400.000, con un 71% matriculada en las tres ramas de la enseñanza. Un 29% no recibe instrucción; o sea, unos 400.000 niños se agregan cada año a las filas de los analfabetos. 2) Impedir la deserción escolar. El abandono prematuro de la escuela contribuye al aumento de la capa de los semi-analfabetos. Retener al niño en la escuela hasta el cumplimiento de su obligación escolar es condición fundamental para su progreso educacional y técnico. De cada 100 niños que ingresan al I año de la escuela primaria la mitad llega al III, y al VI alcanzan 20. El 80% se pierde en el transcurso y no completa sus estudios primarios. De los finalistas sólo el 57% pasa a los liceos o a escuelas profesionales. La otra porción no estudia más. En el alumnado secundario ocurre otro tanto., La mitad de los que empiezan en primer año sólo llega hasta el III año; y al VI año alcanza poco más de la cuarta parte y de esta porción únicamente el 55% aparece matriculado en la Universidad. 3) Detener el avance de la enseñanza particular. Se hace urgente tomar tal medida porque, en su mayor parte, según el sociólogo Hamuy, “está ligada a la estructura social tradicional y por esta razón es, más que la fiscal, un instrumento de perpetuación de fines, valores y símbolos que no son los más adecuados para la acción económica dentro de un Estado que pretende ser industrial”. Al respecto es necesario suprimir la cuantiosa ayuda del Estado a la educación particular e incrementar los recursos puestos a disposición de la enseñanza fiscal. Es excesiva la acción del Gobierno en favor de la enseñanza particular en sus diversas ramas, por medio del incremento constante del aporte fiscal a su sostenimiento. Entre 1940 y 1958, un 854,9% de aumento, es decir, un aumento medio de 47,5% anual. En el campo universitario ha sido mucho mayor. Desde 1942, cuando se inició la ayuda, hasta 1958, aumentó de $ 890.000 a 1.770.040.000 millones; un crecimiento de 3.614,1%, con un ritmo medio anual de 207,5%. Los aportes fiscales de la enseñanza particular en porcentajes del presupuesto total de educación correspondiente a cada año, han oscilado alrededor de un 3% entre 1940 y 1951. A partir de 1952 se elevaron por encima del 10%, y en 1957 llegaron a un 146%. Estas subvenciones son injustas, porque, como anota el sociólogo Hamuy, en la actividad educacional, el sistema fiscal es relativamente armónico en desarrollo en relación con la distribución de la población del país y repartido entre la ciudad y el campo; en cambio, el sistema particular se desarrolla principalmente en el área urbana (en Santiago, Valparaíso y Concepción) y crece proporcionalmente más a través de los anexos a los liceos y colegios que el sistema fiscal, cuya línea gruesa de crecimiento es la escuela primaria común. El sistema fiscal se reparte entre las clases bajas y medias, mientras que el particular tiene más “clientela” en las clases alta y media, o sea, las clases más privilegiadas.

El presupuesto de la educación, entre 1940 y 1955, no ha correspondido a un mismo porcentaje del ingreso nacional. En 1940 fue del 1,8%, y en 1955, del 1,4% fluctuando durante todo el período entre 1,4 y 2,7%. En cuanto a la cuota del Presupuesto Nacional se observa la misma variabilidad. Ha oscilado entre el 19,2%, en 1946, la cuota más alta, y el 11,5%, en 1955, la cuota más baja. Este presupuesto es insuficiente para atender siquiera los actuales servicios. Por eso la enseñanza fiscal no se desarrolla, yace estancada, mientras la enseñanza particular, por su espíritu lucrativo y reforzado con los miles de

millones dados por el Fisco, crece con un ritmo más rápido que la fiscal. 4) Dotar a la enseñanza pública de una nueva finalidad. Es decir, la enseñanza nacional debe ser orientada a servir los ideales nacionales de progreso; adecuar los medios, (contenidos programáticos), a esos fines, eliminando la tendencia puramente humanista-intelectual y su carácter selectivo; integrándola a los planes de desarrollo económico del país y haciéndola representar un papel dinámico en el progreso nacional; preparando a sus habitantes para los cambios sociales provenientes de la creciente industrialización y de las aspiraciones de las masas.

Del estudio de Grassau-Orellana, al analizar la composición total de la población escolar, resulta que el 91% sigue estudios generales de carácter puramente humanista (escuelas primarias y liceos), y 9% está en la enseñanza técnico-profesional y universitaria. O sea, el sistema educacional chileno es excesivamente intelectual. Además, desempeña un papel social retrógrado al acentuar, en vez de reducir, la distancia social entre las clases. Y aun el sistema de educación primaria es selectivo y anti-democrático, pues sirve, en definitiva, a menos de un tercio de los escolares que empiezan el I año, es decir, a quienes son socialmente más privilegiados. 5) Eliminar su espíritu anti-democrático. Según anota el sociólogo Hamuy, "el sistema educacional está organizado de tal modo que los niños de las clases alta y media reciben más y mejor educación y los de la clase baja, menos y peor". Las escuelas están estratificadas de acuerdo con los privilegios sociales, determinando una verdadera segregación escolar: "las escuelas comunes, tanto fiscales y particulares como de hombres, mujeres y mixtas, están destinadas a atender a los niños de bajo nivel económico de las ciudades y de los campos; las escuelas anexas a los liceos y colegios, fiscales y particulares, están al servicio de los niños de más recursos. El caso extremo lo representa la escuela anexa particular que se dedica a educar los niños más privilegiados de nuestra sociedad".

En resumen, los gobiernos no se han preocupado de definir una política educacional planificada de acuerdo con la realidad, por lo cual carece de una finalidad clara y de una cohesión interna sólida y vital. Se encuentra retrasada con respecto de las necesidades nacionales, desarticulada en múltiples servicios, sin las adecuadas correlaciones, y completamente burocratizados. Sus planes y programas son formalistas, donde prevalece la teoría pedagógica sobre la experiencia viva.

Una nueva política educacional tendiente a ampliar y mejorar la educación pública debe estar integrada y sincronizada con una política general de desarrollo económico del país. Y una nueva política educacional debe partir con estos objetivos: retener al niño en la escuela hasta que complete sus estudios primarios; reorientar el contenido programático de la educación para convertirla en un factor de cambio de la estructura rural; ofrecer a los niños de todos los niveles de escolaridad, la posibilidad de aprender un oficio o una profesión; toda escuela debe ser asistencial, o sea que represente en algún grado una elevación efectiva del nivel económico y cultural de la familia del niño. Además debe afirmar el papel ineludible del Estado en su desenvolvimiento, y robustecer el control severo de la enseñanza privada, rompiendo su pretensión actual de eliminar la influencia del Estado como poder laico y democrático. Por otra parte, el profesorado vive en pésimas condiciones a causa de su escasa renta y de su exceso de trabajo. Es decisivo dignificar la carrera docente, mejorar las rentas del magisterio y reducir sus agobiadoras jornadas de trabajo. Y, finalmente, sobre la educación se hace sentir más que en cualquier otro servicio público la influencia corruptora de la politiquería partidista. Debe ser eliminada asignándole un carácter exclusivamente técnico a tan decisivo servicio público, en resguardo del progreso y destino de Chile.

Las relaciones Chileno-Argentinas

ARAUCO N°14 diciembre 1960

I

Los problemas de límites han envenenado las relaciones de los países latinoamericanos, provocando odiosidades y recelos. Por su causa no ha sido posible llevar a cabo una acción mancomunada para el desarrollo económico y cultural del Continente. Las oligarquías gobernantes los utilizan con el propósito de afirmar su poder y sus privilegios. Mantienen fuerzas armadas desproporcionadas a sus recursos y necesidades y su papel principal reside en su empleo como poder represivo de los movimientos de masas dirigidos a tratar de modificar las estructuras anticuadas e injustas de sus países. Agitando reivindicaciones territoriales y desatando pleitos con los países vecinos, exaltan un chovinismo dañino con el cual engañan a los pueblos, presentando a tales litigios, y a los países con quienes los sostienen, como los causantes de la situación desmedrada en que yacen. Los obscuros problemas de límites constituyen una calamidad americana.

Nuestro país todavía los sufre, a raíz de la actitud nacionalista de la oligarquía argentina. A pesar de tratados explícitos, vigentes desde hace varias décadas, después de prolongadas discusiones, amenazas de guerra y arbitraje, la clase gobernante trasandina no renuncia a sus pretensiones geopolíticas de salir al Pacífico y dominar sus accesos. Tal es la causa de fondo de sus continuas “reivindicaciones” en Palena Alto y Canal de Beagle.

Dos libros recientes enfocan con detención los aspectos sobresalientes de las complicadas negociaciones entre Chile y Argentina para llegar a la solución relativa de sus dificultades fronterizas. En primer término, la obra del historiador Jaime Eyzaguirre: “Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren. 1896-1901”, y la monografía de Oscar Espinosa Moraga: “La postguerra del Pacifico y la Puna de Atacama. (1884-1899)”, publicados en 1957 y 1958 respectivamente.

Aunque el libro de Jaime Eyzaguirre, como lo indica su título, se propone describir la administración de Federico Errázuriz Echaurren, es tan poco lo realizado en cuanto al desarrollo y progreso nacionales, que designarle un volumen es evidente exageración. Por eso, el historiador mencionado, dedica la casi totalidad de su esfuerzo al análisis minucioso de las relaciones internacionales, centradas en las cuestiones de límites con los países limítrofes: Perú, Bolivia y Argentina.

Respecto de la obra de Oscar Espinoza Moraga, ella trata todo lo relacionado con el proceso de la pérdida de la Puna de Atacama.

En materia de límites, la bibliografía chilena es vastísima y rica en investigaciones capitales, pero de fatigosa lectura en razón de la complejidad de sus asuntos. Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Carlos Moría Vicuña escribieron obras clásicas por su documentación y rigor lógico, sobre todo en relación con la Argentina.

II

La obra de Jaime Eyzaguirre exhibe su acostumbrada investigación minuciosa, pero, a la vez, demuestra una reiterada parcialidad. A cada paso deja en descubierto su propósito de exaltar al presidente Federico Errázuriz Echaurren y denigrar al historiador Diego Barros Arana, su más inflexible contendor. Asimismo rebaja a otros distinguidos servidores públicos, como es el caso de Joaquín Walker Martínez. Utiliza una

bibliografía inmensa, donde alternan fuentes directas (archivos oficiales y correspondencias privadas) con innumerables obras diversas. De entre los archivos privados, dispuso del de F. Errázuriz E., entregado a su examen por los descendientes del discutido mandatario, deseosos de conseguir la redacción de una obra favorable a su administración. Jaime Eyzaguirre se entregó con entusiasmo al panegírico del mediocre mandatario y, al mismo tiempo, a la diatriba de sus contrarios. Por eso, el valor de su trabajo, aunque grande en cuanto al intento de presentar un cuadro detenido, claro y completo de los engorrosos pleitos de límites con Perú, Bolivia y Argentina, es discutible en su reiterado afán de menoscabar las actuaciones de Barros Arana. Tan abierta parcialidad no podía dejar de provocar protestas y polémicas. Apenas salió su volumen, mereció una refutación de don Horacio Walker Larraín. Este distinguido hombre público en su folleto "La cuestión de límites con Argentina durante la administración Errázuriz Echaurren" junto con señalar su carácter de "libro de encargo" y de panegírico, lo rectifica en diversos puntos y esclarece la actuación patriótica de su padre, el diplomático Joaquín Walker Martínez. En seguida, el historiador Ricardo Donoso, erudito biógrafo de Barros Arana, en un largo y fundamentado ensayo, aparecido en "Atenea", y recogido en un folleto: "Omisiones, errores y tergiversaciones de un libro de Historia", lo refuta en varios aspectos y reivindica a Diego Barros Arana.

En realidad, aparte todo espíritu sectario, es demasiado evidente que a Jaime Eyzaguirre, como "biógrafo comprometido" le preocupa fundamentalmente elevar a las nubes a F. Errázuriz Echaurren y, luego, en su calidad de católico militante y proselitista, zaherir por todo, y a cada instante, a Diego Barros Arana, anti-clerical batallador e inflexible. Resulta, entonces, un tanto pueril achacarle siempre posiciones dudosas y endosarle a él, exclusivamente, la culpa de la pérdida de los terrenos trasandinos. En cambio, los altos políticos (congresales, ministros, dirigentes de partidos) que aprobaron y firmaron los acuerdos entreguistas, aparecen limpios de toda responsabilidad o como patriotas arrollados por fuerzas superiores o como virtuosos ciudadanos amantes de la paz y de la fraternidad americana. Solo Barros Arana es el culpable, el hombre de perversas intenciones anti-patrióticas, de enfermiza vanidad y de ignorancia avasalladora. ¡En unas cuantas líneas de su "Geografía Física", copiadas de Darwin, se encuentra la causa decisiva de la pérdida de la Patagonia!

Con tal criterio, el estudio del problema de límites con Argentina se demuestra enfocado casi, exclusivamente, como parte del pleito interno de Chile entre el conservantismo católico y el liberalismo laico, representado por Barros Arana, y trasladado hasta el presente en un deliberado intento de proseguir idéntica pugna.

Si alguna culpabilidad afecta a Barros Arana, ella no es mayor que la de todos los demás participantes en estas negociaciones ni tampoco es separable del espíritu predominante en la clase gobernante del país, en esa época. Reducir a una, dos o tres individualidades la responsabilidad del desenlace de los asuntos patagónicos y de la Puna es infantil, cuando toda la clase dirigente nacional demostró la más completa indiferencia y el mayor desinterés por aquellos territorios, pues su mentalidad era incapaz de elevarse por sobre la Cordillera de los Andes. Vivió confinada en el estuche del valle central, sólo deslumbrada por el norte minero. Ni siquiera demostró preocupación por el extremo sur del país ni vocación marina ante los ilimitados horizontes del Pacifico, incitando a la aventura y el comercio. En este aspecto, únicamente, exhibió esporádicos esfuerzos y las hazañas marineras son el resultado de la actividad del pueblo, abandonado a sus propios esfuerzos. Incluso entregó el dominio de su litoral a las flotas mercantes europeas. Ante una realidad tan escueta y verídica ¿es digna de confianza una empresa tan vasta y reiterada como la de Encina, Eyzaguirre y otros historiadores conservadores y católicos, para achacar la pérdida de aquellos territorios desconocidos, a la opinión marginal de un historiador o a la acción

limitada, ocasional, de un perito, subordinado de autoridades gubernativas numerosas? Una clase gobernante que ni siquiera ha sido capaz de desarrollar su estrecho territorio y aun en esta época no ha sido capaz de colonizar Chiloé, Aisén, Río Baker, etc., no puede ser liberada de su tremenda incapacidad histórica. Todo el esfuerzo para disimular su carencia de previsión, de audacia y de responsabilidad, tras el sacrificio de Barros Arana, en el papel de chivo expiatorio de este pleito, es absurdo e inútil y sólo expresa esa hipócrita mentalidad casuista y leguleya de la aristocracia castellano-vasca.

Por lo demás, el mismo Jaime Eyzaguirre suministra antecedentes que explican con claridad la actitud del gobierno ante la Patagonia y precisan el motivo de su entrega definitiva. Por ejemplo, en la página 91, al enviar el gobierno de Chile a Diego Barros Arana, en 1876, a Buenos Aires, en las instrucciones del Ministro de Relaciones Exteriores, don José Alfonso, se contemplaba prácticamente la entrega del territorio en litigio: “Nuestro vivo anhelo por un arreglo que aleje para siempre posibles desavenencias con la República Argentina nos llevaría hasta circunscribir nuestras pretensiones en Río Gallegos, abandonándole todo el vastísimo territorio que se extiende al norte de la desembocadura de ese rio y de una línea paralela al grado 50 que cortase en el Interior la tierra patagónica”.

Y en la página 93, escribe: “La guerra contra el Perú y Bolivia, en que el país se halló envuelto a partir de 1879, dio alas a la República Argentina, no sólo para desechar un nuevo pacto de arreglo que ya contaba con la aprobación de Chile, sino también para insinuar veladamente una posible ruptura con el mismo. La necesidad de alejar este peligro y de asegurar al país la terminación de la guerra en el norte sin nuevas y graves complicaciones, llevaron al Gobierno a consentir en 1881 en un tratado que fijaba como límite hasta el paralelo 52 la Cordillera de los Andes y mantenía para Chile la soberanía del Estrecho con prohibición de artillarlo. La Patagonia quedaba así definitivamente entregada a la Argentina".

Los dos párrafos indican, por una parte, la conciencia de los gobernantes chilenos de que la Patagonia debía entregarse y por eso nunca se preocuparon de llevar a cabo actos de soberanía en la zona, mientras Argentina los multiplicaba año a año; y por otra, que la causa inmediata de su entrega fue la guerra del Pacifico. Y es lo justo. Sin embargo, Jaime Eyzaguirre, siguiendo la tradición de los historiadores conservadores José Miguel Yrarrázaval Larraín y F. A. Encina culpa siempre a Barros Arana. Al dar cuenta de la celebración del acuerdo de 1881, donde no tuvo participación el ilustre historiador liberal, le dispara esta acusación: “El amor propio del señor Barros Arana se veía a la postre satisfecho. Sólo que esta victoria personal se confundía con la pérdida para la patria de un inmenso territorio a que por títulos históricos tenía derecho y que reservaba para el futuro impensadas sorpresas económicas”.

No creo que sea excesivo calificarlo de juicio innoble, porque revela una saña desmesurada y con él se trata de escamotear la responsabilidad histórica de los innumerables gobernantes que por dejación, incapacidad o presión de hechos graves resolvieron la entrega de aquellos territorios.

A Jaime Eyzaguirre, como a los historiadores enemigos de Barros Arana, no le hace la menor fuerza la actitud de las autoridades chilenas demostrada desde la época de O’Higgins, de completa indiferencia por aquella comarca. Las constituciones diversas y, fundamentalmente, la de 1833, expresión del genio “nacionalista” de Portales, establecen que la Cordillera de los Andes es el límite oriental de Chile, eliminando sin el menor escrúpulo a la Patagonia. Al tomarse más tarde posesión del Estrecho de Magallanes no se llevó a cabo ningún intento para establecer bases permanentes en el litoral patagónico. Esta mentalidad anti-patagónica se explica no sólo por los juicios errados emitidos por Lastarria, Barros Arana y Vicuña Mackenna, sino por la actitud general de la clase gobernante, para la

cual la Cordillera de los Andes era una barrera demasiado abrumadora para pretender la Patagonia como una posesión armónica con nuestro territorio; en cambio, su articulación natural con Argentina era indiscutible. Por otra parte, si en verdad don Miguel Luis Amunátegui publicó dos opúsculos exponiendo los títulos de Chile a aquella zona y refutando a publicistas argentinos, lo cierto es que sólo cuando apareció su gran obra, en 1379, "La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina" se conocieron en toda su amplitud los antecedentes históricos que Chile podía esgrimir en su defensa. Pero las contingencias de la guerra del Pacífico llevaron a la firma del tratado de 1881, aprobado por el Congreso y muy bien recibido en el país, con el cual se liquidó la disputa de fondo. A continuación se desataría el problema de la determinación del límite, con variadas discusiones y alternativas durante veinte años.

A partir del trabajo de 1881, por el cual se cedía la Patagonia y se establecía la manera de fijar los límites definitivos, Diego Barros Arana, en calidad de perito chileno, entró a actuar con el argentino Francisco Moreno para proceder a la fijación de los límites. El tratado establecía que la línea limítrofe debía pasar por las cumbres más altas que dividiesen las aguas. O sea, no se tomaban en cuenta las más altas cumbres absolutas sino aquellas colocadas en el nacimiento de los ríos y separando la vertiente oriental de la occidental. Tal era el principio del "divortium aquarum" defendido en forma intransigente por el perito chileno. La interpretación incorrecta del perito argentino se basaba en la defensa de las más altas cumbres absolutas, con lo cual pretendía llegar hasta el Pacifico en una extensa zona de los canales.

Después de agotadoras reuniones y debates, Barros Arana logró negociar el Protocolo de 1893, aclarando la futura actuación de los peritos. Al narrar estas gestiones, Jaime Eyzaguirre aprovecha para suponerle nuevos errores a Barros Arana, insistiendo en ciertas disposiciones que se prestarían para interpretaciones dudosas, pero, al hacerlo, soslaya o no insiste en forma suficiente en las disposiciones de fondo, todas sosteniendo la tesis esencial de Chile, según las cuales se reconocía la división de las aguas como "la condición geográfica de la demarcación" y los peritos tendrían el principio de la división de las aguas como "norma invariable de sus procedimientos". O sea, el protocolo negociado por Barros Arana obtuvo una victoria al establecer que la Argentina no podía pretender partes de la costa del Pacífico.

En cuanto al asunto de la Puna de Atacama, da de nuevo pretextos a Jaime Eyzaguirre para reiterar sus ataques a Barros Arana y exaltar, en cambio, a Errázuriz Echaurren, haciendo girar la solución del problema en tomo a las dos figuras, criterio desde ya erróneo. Los factores condicionantes de la resolución final fueron numerosos y complicados: títulos muy débiles de Chile sobre el territorio en cuestión, por lo cual diversos políticos lo estimaban un "mal pleito" (Chile ocupó el territorio en litigio a raíz de la guerra del Pacifico y mientras lo ocupaba "teóricamente" Bolivia, a quién pertenecía desde antiguo, lo cedió a Argentina a cambio de otros territorios en litigio, es decir, Argentina adquirió la Puna a título oneroso y por eso, hizo cuestión de honor de su posesión y no estaba dispuesta a perderla por ningún motivo); situación económica crítica e imposibilidad de resistir una carrera armamentista con Argentina; pérdida de la supremacía militar ante Argentina al adquirir este país dos acorazados, rompiendo el equilibrio naval; indiferencia de la opinión pública por este territorio y una conciencia arraigada en numerosos hombres públicos y de gobierno que un fallo arbitral sería desfavorable para Chile, de tal suerte que no sólo se perdería la Puna sino se sentaría un antecedente pésimo sobre la retención por Chile de la costa boliviana (Antofagasta). Por eso existía una idea predominante en cuanto a la entrega de la Puna a cambio de la aceptación por Argentina del arbitraje en el resto de la frontera.

Aprovechando el clima indicado, Federico Errázuriz Echaurren y Julio Roca concertaron a espaldas de los peritos un acuerdo por medio del cual el asunto de la Puna quedó entregado al veredicto del representante norteamericano en Buenos Aires, Mr. Buchanan. Su decisión favoreció a Argentina, pero de todos modos dejó un pedazo en poder de Chile y su fallo fue bien recibido por toda la opinión chilena al concluir una querella confusa y enemiga de la amistad con Argentina.

A pesar de su renuncia y de las vejaciones del gobierno de F. Errázuriz Echaurren, Diego Barros Arana siguió colaborando, llevado solo por su ardiente patriotismo, en los asuntos de límites y escribió un libro con todos los antecedentes doctrinarios alegados por Chile y que sirvió de presentación ante el árbitro inglés: “Exposición de los derechos de Chile en el litigio de límites”, obra de enorme erudición y claridad. (Antes había escrito "La cuestión de límites entre Chile y la República Argentina”, 1893, donde demostraba en forma irrefutable que el “divortium aquarum” constituía el límite con Argentina).

En definitiva, la Patagonia se perdió a causa de la ninguna preocupación de los gobiernos chilenos por realizar actos efectivos de soberanía en ese territorio y, en seguida, por la situación de incertidumbre al finalizar la guerra con Perú y Bolivia. La Puna se perdió por los dudosos títulos de Chile a esa región y por la angustiosa crisis económica del país frente al poderío real y creciente de Argentina.

Desgraciadamente, el país vecino no se ha conformado con su victoria y siempre está realizando actos agresivos en contra de Chile, porque en el fondo persiste en su aspiración de llegar al Pacifico y dominar nuestras variadas y abundantes materias primas, indispensables para complementar su economía agropecuaria con un gran desarrollo industrial, a objeto de jugar un rol hegemónico en América Hispana.

Don Joaquín Walker Martínez expresó, en 1901, un juicio de validez actual sobre las permanentes fricciones limítrofes con Argentina: “Todo esto se debe al candor imperdonable de la Cancillería chilena: a ese famoso espíritu de confraternidad que nos lleva a someternos a las imposiciones de la política argentina en obsequio a una paz que solo nosotros mantenemos con lealtad”.

III

La segunda obra sobre la materia de límites, de Oscar Espinoza Moraga, “La postguerra del Pacífico y la Puna de Atacama”, está realizada también de acuerdo con una inmensa documentación. Es un estudio escrupuloso y exhaustivo, animado por un elevado y valeroso sentido crítico. Su bibliografía es inmensa; utiliza fuentes directas esenciales, como ser, correspondencias del Ministerio de Relaciones Exteriores, y las de numerosos personajes de la alta política; los archivos secretos de la Cámara de Diputados y del Senado y los archivos privados de muchos distinguidos hombres públicos; los artículos de la “Revista de Derecho, Historia y Letras”, de Buenos Aires, entre los años 1898 a 1923, y una cantidad sorprendente de obras diversas.

Según se advierte en su introducción y en su bibliografía, el autor es un estudioso especializado en los asuntos diplomáticos. Ha publicado varios trabajos sobre aspectos de la actividad diplomática nacional y mantiene inéditas dos obras de gran envergadura: una “Historia del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile” y una “Historia Diplomática de Chile”, en 3 volúmenes (I. Las relaciones diplomáticas con Argentina, II. Las relaciones diplomáticas con Bolivia. III. Las relaciones diplomáticas con el Perú). Para redactarla compulsó más de 800 títulos, muchos de los cuales utiliza en su monografía sobre la cuestión de la Puna de Atacama.

El autor es, pues, un estudioso de vasta preparación y competencia. La lectura de su amplia investigación permite seguir en sus innumerables detalles las complicadas negociaciones sobre la Puna y formarse un juicio cabal del rol verdadero de los diversos protagonistas del asunto. Su claridad y desarrollo metódico suministran un conocimiento adecuado del obscuro litigio. Aunque la obra no está informada por algún propósito deliberado de exaltar o rebajar a un determinado ciudadano, su desenvolvimiento lógico deja en descubierto la frivolidad del Presidente de la República, Federico Errázuriz Echaurren y de algunos de sus amigos y consejeros y, al mismo tiempo, libera de la culpabilidad tradicional de otros señalados ciudadanos zaheridos por una crítica partidista, como sucede con Barros Arana y Joaquín Walker Martínez. Aunque sin proponérselo, el libro de Oscar Espinoza Moraga, es una verdadera respuesta a la apasionada exaltación de Federico Errázuriz Echaurren, y a la diatriba de Diego Barros Arana, hecha por Jaime Eyzaguirre.

Al revés de lo manifestado por este historiador, los análisis minuciosos de Oscar Espinoza Moraga demuestran una definida actitud entreguista del Presidente Errázuriz y una firme actitud de defensa de Barros Arana, perito en las negociaciones, y de Joaquín Walker, enviado extraordinario ante el gobierno argentino. La única excusa para la actuación del Presidente radica en que la inmensa mayoría del país no deseaba la guerra ni la paz armada, respaldando toda solución conciliatoria. En general, su actitud expresaba el temor de la clase aristocrática del país a un conflicto más grave y del cual era partícipe la Cancillería chilena. Pero el arreglo, a base del doblegamiento de Chile, no logró poner término a las pretensiones argentinas, pues el gobierno del “país hermano” no demuestra su intención fraternal de arreglar en forma definitiva las cuestiones de límites con el alto propósito de mantener la paz, la tranquilidad y la confianza entre ambas naciones.

En varias páginas deja en claro la actitud entreguista del Presidente. En trozo de página 248-49, donde reproduce algunas líneas de la obra “La cuestión de límites...” del ministro argentino Norberto Pinero, éste escribe: “Con su característica llaneza de “huaso colchagüino”, que quiso imprimir en todos sus actos públicos, le afirmó una vez más que estaba convencido de que esa región era argentina "pero deseaba que se le facilitase el medio de entregarla y de llegar así a la solución del único punto pendiente de la cuestión de límites”. O sea, F. Errázuriz E., gastó sus principales esfuerzos en deshacerse cuanto antes de la Puna y celebró reuniones secretas para el efecto con el ministro argentino Francisco Moreno, en casa del historiador José Toribio Medina, amigo de ambos.

Los juicios de Oscar Espinoza Moraga constituyen una réplica poderosa a Jaime Eyzaguirre, para quien el culpable de todo es D. Barros Arana. Así como afirma que el tratado de 1881 fue una victoria personal de Barros Arana a costa del patrimonio nacional, el arreglo del asunto de la Puna de Atacama constituyó “el mayor despecho” para Barros Arana, porque no fue él quien la entregó, sino F. E. E. Expresa que si bien él no creía que Chile pudiera invocar título de reivindicación en esa zona, el hecho de haber logrado el Presidente un entendimiento sobre el problema, por mediación del perito Moreno, a espaldas de don Diego, constituyó “un golpe de gracia a su amor propio... una ofensa a su dignidad y un crimen de lesa patria” (págs. 236-37).

¡Don Diego no tiene escapatoria posible con los argumentos tendenciosos de Jaime Eyzaguirre!

Se impone una comparación entre los conceptos de Jaime Eyzaguirre y los de Oscar Espinoza sobre las personalidades de Federico Errázuriz y Diego Barros Arana.

En la página 237 de su obra, Eyzaguirre detalla los motivos del resentimiento del ilustre historiador con el Presidente, y de paso trata de limpiarlo de algunas acusaciones sobre su conducta crapulosa. Escribe: “sardónico e implacable, se solazaba en recordar los tiempos de estudiante de don Federico en el Instituto Nacional, su desaplicación y las argucias de que se valía para sacar adelante sus exámenes. Luego se detenía en contar chascarros sobre la vida nocturna del señor Errázuriz, presentándole como un libertino despreocupado por entero de sus graves deberes de mandatario”. Según Eyzaguirre, el Presidente, a pesar de saber todo, por tratarse de un funcionario útil, no tomaba medidas en su contra y “dada su natural socarronería criolla acabó por reír ante las anécdotas, verdaderas o apócrifas, que don Diego corría de su persona, y por contrastarlas con la gravedad y omnisciencia del historiador, a quien por eso bautizó con el nombre de Taita Dios”.

En cambio, el historiador Oscar Espinoza Moraga escribe (páginas 249- 250): “Como la mayoría de los hombres públicos en esa época, Federico Errázuriz pensaba que la puna de Atacama, desde el punto de vista jurídico, era un pleito perdido para su país. Influían, como hemos visto, en esta posición, Carlos Walker Martínez y Pedro Montt, que tenían sobre su persona un ascendiente muy grande. A esta idea se unía la creencia generalizada en el escaso o ningún valor económico que esa región tenía; desde luego se creía que no valía el sacrificio de arriesgar la estabilidad política y la paz americana. Persona amiga de la diversión y de la vida agradable, el Jefe del Estado tenía una marcada tendencia a no tomar en serio los problemas. Los que en el trajín diario de sus altas funciones debía conocer, solía resolverlos con una salida ingeniosa, que le permitía no estudiarlos con la profundidad necesaria. Cuando en el círculo íntimo de sus amigos se refería a los personajes de la política que por alguna razón no concordaban con sus planes, acostumbraba lapidarlos con un mote desdeñoso o ridículo. Era común oírlo expresarse de Barros Arana, que siempre hizo pesar su fuerte personalidad y no toleró que el Presidente se ingiriera en los asuntos periciales, con el despectivo calificativo de “Taita Dios”. No menos duras eran las expresiones que a sus espaldas tenía para su Vicepresidente Elías Fernández Albano y para el propio Emilio Bello Codecido”.

Y más adelante, al describir la detención de las negociaciones del Presidente a raíz de un fuerte ataque de parálisis, emite francos conceptos sobre la vida crapulosa de Federico Errázuriz y entrega datos sobre sus correrías culpables. Es decir, las acusaciones de Barros Arana a este respecto no eran falsas, sino exactas y del dominio público. Textualmente manifiesta el historiador Oscar Espinoza: “Hombre de mundo, que había hecho de su existencia una juerga continua, a la que ni las delicadas tareas de gobernante habían puesto valla, había ido empeorando paulatinamente su ya resentida salud”. Y anota que la prensa de oposición publicaba los “itinerarios nocturnos de S. E.”; su entrada en el célebre restorán “La Tour Eiffel” y muchos otros.

En resumen, según el historiador Oscar Espinoza Moraga, el gobierno chileno habría actuado con notoria debilidad en el asunto de la Puna de Atacama y el Presidente Federico Errázuriz Echaurren habría negociado por su propia cuenta su entrega, dejando en una posición inconfortable al perito, Diego Barros Arana, quien frente al perito argentino Francisco Moreno, sostenedor de la soberanía de su país a la Puna porque el Altiplano se la había transferido en virtud de un tratado vigente, alegaba con decisión “que los derechos de Chile arrancaban de la ocupación militar durante el año 1879", por lo cual ante el Derecho Internacional, Bolivia no podía haber cedido un territorio que no estaba poseyendo.

En fin, hemos realizado estas largas consideraciones sobre las obras citadas para exhibir ante los lectores la disparidad de opiniones sobre una materia tan engorrosa como son las cuestiones de límites, pero, al

mismo tiempo, para destacar, cómo aun tras ellas algunos historiadores deslizan sus posiciones ideológicas sectarias, militantes y reñidas con la estricta verdad histórica, pretendiendo menoscabar a grandes figuras del pensamiento liberal del país, con un afán revisionista al servicio de intereses reaccionarios, de beligerantes dogmatismos dañinos para el avance social del país y para el progreso efectivo de su cultura.

Semblanza de Eugenio Matte Hurtado

ARAUCO N°15 enero-febrero 1961

Una de las figuras más interesantes de la política nacional es la de Eugenio Matte Hurtado. Irrumpió repentinamente en el primer plano de ella; conquistó de golpe un sitio preponderante y en el curso de un breve período, aunque trascendental, desempeñó un papel de considerable magnitud, señalándose por su extraordinaria capacidad intelectual y por su elevada moralidad cívica.

Abogado distinguido y prominente miembro de la masonería, donde desempeñó el cargo de Gran Maestre, a pesar de sus vinculaciones familiares y profesionales con la burguesía, abrazó con fervor y sinceridad la causa de los sectores oprimidos, poniendo a su servicio incondicional un alto idealismo y una brillante elocuencia, humana y desinteresada. Se dio a conocer con algunos editoriales y artículos valiosos en el diario “Crónica” (1931-32); encabezó la revolución socialista del 4 de junio de 1932, como su caudillo civil y, a fines del mismo año, el pueblo de Santiago lo eligió senador, con una mayoría impresionante, mientras permanecía confinado en la lejana Isla de Pascua.

A los treinta y siete años cayó consumido por las exigencias tremendas de su labor en pro de la redención social del pueblo chileno. En el desenvolvimiento político de nuestro país existen pocos casos de abnegación que puedan parangonarse al de Eugenio Matte H.

Eugenio Matte H., desde fines de la dictadura de Ibáñez trabajo para forjar un nuevo partido político, democrático y popular, como instrumento eficaz de las aspiraciones dé las clases desheredadas e imponerlas en un nuevo tipo de gobierno. Con este propósito fundó la Nueva Acción Pública (NAP), cuyo programa expuso en el Senado, en un extenso discurso, el 25 de enero de 1933, motivo de una larga polémica. En el curso de 1932 participó en el golpe revolucionario del 4 de junio y formó parte de la Junta de Gobierno hasta el 16 del mismo mes. Derrotada por un estallido militar reaccionario, fue relegado a la Isla de Pascua, donde se le mantuvo, hasta fines de ese año, cuando el pueblo de Santiago lo eligió senador con la primera mayoría.

Eugenio Matte se colocó en el primer sitio del Senado por su elocuencia magnífica y generosa. Demostró una versación profunda en todos los asuntos económico-sociales que se debatieron en esa época, labrándose un prestigio sólido entre los diversos sectores políticos. Sus intervenciones fueron numerosas y brillantes. Para muchos se tradujo en asombro su notable desenvolvimiento en el Senado; en cambio, quiénes lo conocían como periodista perspicaz en el diario “Crónica”; como dirigente político al frente de la NAP y del gobierno del 4 de junio, no demostraron ninguna sorpresa. Sólo lo estimaron el resultado lógico de un talento superior. Durante el desempeño de su mandato senatorial no hubo asunto doctrinario, político y económico, de interés, general, en el que no participara con elocuencia y versación. Su palabra fácil y precisa, su desenvoltura personal, distinguida y resuelta, sus conocimientos amplios, se impusieron desde el primer día y le granjearon la admiración y el respeto de amigos y enemigos.

A comienzos de 1933, Eugenio Matte H. tuvo figuración destacada en las gestiones tendientes a fusionar los diversos grupos socialistas y democráticos surgidos desde mediados de 1931. La NAP, la ARS, el PSM, el PSU y la OS, eran grupos distintos; aunque todos orientados por una común finalidad socialista, de donde nació la aspiración de cohesionarlos en un gran partido socialista, verdadero cauce de los intereses de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile. Esta legítima aspiración y la amenaza constante de la dictadura "legal" de Alessandri, lograron que el 19 de abril de 1933 se materializara tan legítimo anhelo.

Eugenio Matte al sustentar el ideal socialista tenía la profunda convicción de que el socialismo sólo podría implantarse en Chile por la paulatina organización de un poderoso partido sobre la base de los sentimientos socialistas inculcados a las masas populares mediante una educación sistemática. Pero, aun en el poder, consideraba que dada la estructura económica incipiente y heterogénea del país, no se podía pasar inmediatamente del régimen feudal-capitalista a un sistema socialista. Había necesidad de una larga etapa de transición. En el Senado, en diversas oportunidades, se dedicó a definir la doctrina socialista, a exponer su programa y a señalar los abusos del capitalismo y la miseria económica y social que éste entraña. Y para él el carácter superior del socialismo residía en su aspiración a establecer un régimen de justicia haciendo reinar la armonía y la fraternidad entre, los hombres.

Al refutar a los enemigos del socialismo, negadores de la posibilidad de su instauración por falta de educación política, sostenía: "Nuestra educación política es mala, pero no porque estemos divididos en derecha, izquierda y vanguardia, sino por nuestro afán de personalizar, de empequeñecer los problemas confundiéndolos con hombres determinados, en vez de buscar, con mirada profunda de hombres de Estado, sus causas y sus remedios. Sí, falta sinceridad en nuestra vida política, sinceridad para sobreponerse a las pasiones, a los intereses, y a los afectos de círculo y levantarse a la comprensión de las grandes cuestiones nacionales y humanas y resolverlas con verdadero espíritu de progreso y de justicia. Falta sinceridad para obtener que los vencedores se sobrepongan a la embriaguez del triunfo y no olviden que sólo la equidad y el respeto a los hombres y a las organizaciones pueden hacer respetable y duradero ese triunfo".

Su criterio profundo lo llevaba a pensar que, en la situación angustiosa de Chile, sus problemas debían enfocarse con un plan de conjunto, como única forma de salvar la crisis y evitar otras: "Las graves crisis económicas de los pueblos no se pueden solucionar, no se han solucionado en ninguna parte, y no se solucionarán jamás, con meros parches, arreglos o componendas políticas; a los cuales, por desgracia, somos tan adictos en nuestro país". Para E. Matte, las grandes crisis se arreglan con soluciones económicas y si éstas no se logran, porque los que tienen en sus manos el gobierno no las dan, "el pueblo fatalmente sabe encontrarlas". Eugenio Matte recibió diversos ataques, acusado de "ideólogo", especialmente de parte de los radicales y conservadores. Al fundar su voto con motivo de la discusión de las Facultades Extraordinarias, pedidas por Alessandri en abril de 1933, expresa que hay legislación suficiente para evitar, reprimir y sancionar cualquiera conspiración que pudiera existir y refuta a un senador radical interesado defensor de ellas: "Yo que no he usufructuado nunca en mi vida y que me he valido de mi propio trabajo digo...que muchos de los defensores del proyecto son personas que sin títulos intelectuales ni morales propios, usufructúan del actual gobierno y, por eso, lo defienden". Al contestar al Senador Álamos Barros, quien había aludido a su persona, expresándose en forma despectiva de los ideólogos que sustentan ideas de renovación, y calificándolas como promesas falaces con las que se pretende engañar a las masas, dijo: "Creo que hay que ser un poco cauteloso para hacer estas apreciaciones porque si hay ideólogos que sustentan ideas o que han hecho promesas que algunos

califican de falaces, también es muy cierto que hay partidos políticos que en sus programas han consagrado principios de carácter socialista revolucionario y que, a pesar de eso, no han dejado ni un solo instante de apoyar frenéticamente a los gobiernos reaccionarios y de opresión". Cuando el senador Errázuriz encuentra normal la cesantía le contesta: "Dentro del caos económicos en que vivimos puede ser normal, señor Senador, pero en una organización consciente y racional no puede ser normal una barbaridad semejante".

Eugenio Matte luchó con firmeza en contra de la expoliación imperialista y abogó por una amplia y democrática reforma. Al exponer su pensamiento en este respecto lo hizo deplorando que "seamos países que, en lo económico, no hemos salido del período colonial y estamos sometidos al vasallaje de las grandes potencias industriales y financieras". Asimismo comprendió la realidad agrícola de Chile al manifestar que "nuestra agricultura es débil, porque la propiedad de la tierra está en manos de unos pocos, al paso que los trabajadores, los verdaderos productores, ganan salarios reducidos y están ajenos a los beneficios y comodidades de la civilización. Aspiramos, agregó, a realizar la reforma agraria, inspirada en el propósito de obtener que no haya trabajadores sin tierra, ni tierra sin trabajadores".

Al discutirse un proyecto autorizando al Banco Central para entregar créditos a varias instituciones de fomento de la producción, expresó; "Siento no haber podido participar en la discusión general de este proyecto, porque habría manifestado la idea de movilizar el crédito en cuanto fuera posible a fin de fomentar las industrias nacionales y de reducir al mínimo las emisiones de papel monedara fin de evitar el inconsiderado aumento del circulante con la consiguiente depreciación de la moneda y de la inevitable alza en el costo de la vida. La doctrina socialista consiste precisamente en evitar que el pueblo que tiene salarios y sueldos muy reducidos, esté costeando todas estas operaciones en un régimen económico en que el capitalista que usufructúa de estas medidas no sufre las consecuencias que ellas traen, y una de esas consecuencias es la depreciación de la moneda y el encarecimiento de la vida"

Oscar Schnake V., su compañero de luchas, dio este juicio del gran líder: "Era un hombre culto, de gran talento político, dotado de excelentes condiciones organizadoras...Era dinámico y un orador brillante: claro para exponer, convincente para argumentar y en medio de las discusiones se imponía su enorme serenidad, casi podría decir, la frialdad con que oía, razonaba y respondía. Había formado la NAP; logró organizar el 4 de junio, y después, desde el destierro, sus comunicaciones traían directivas a los que quedaban eh el país trabajando por la causa del pueblo".

Eugenio Matte H. se destacó en su condición de socialista íntegro y digno. No transigió con los enemigos de la democracia y, por eso, fue un opositor tenaz de la gestión reaccionaria del gobierno de Alessandri-Ross. Su prestigio lo ganó en lucha abierta y franca, sin vacilaciones, contra un régimen injusto y un gobierno opresivo. Su recuerdo resplandece en la historia del socialismo chileno como un ejemplo de lealtad al pueblo y de insobornable fidelidad a la revolución.

Democracia liberal y subdesarrollo económico en Chile[4]

ARAUCO N°16 marzo-abril 1961

Los observadores extranjeros, al enfocar, con simpatía, la situación de Chile, señalan su alto grado de progreso con respecto a la mayoría de los países latinoamericanos. Ponen de relieve su relativa estabilidad política, con una extendida conciencia civil y republicana; su sólida organización institucional,

[4] Ensayo publicado en la revista venezolana POLITICA.

afirmada en una profunda tradición jurídica; su elevado nivel de conciencia social y democrática; su sostenido avance cultural y su alto ingreso nacional por habitante. Por otra parte, destacan los esfuerzos serios por mejorar el nivel de vida de las clases laboriosas por medio de una moderna legislación social y previsional a partir de 1920, y para conseguir una industrialización amplia desde 1939, con la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), estableciendo los rubros siderúrgico, eléctrico y petrolero bajo la intervención del estado, mientras la iniciativa privada afirma los rubros metalúrgico y textil.

En el decenio de 1940-50 se aprecia un importante avance en el campo industrial: la "fuerza de trabajo empleada en la industria fabril crece...desde las 60.000 personas que ocupaba en 1920 hasta las 204.000 que emplea en 1952", y en el período de 1940-45 la industria generaba el 15.4% del producto bruto, aumentando a un 19.6% en el año 1956.

Aunque esos observadores comprueban que en su base el país es atrasado y dependiente, subdesarrollado por la fuerte penetración imperialista en la minería y servicios de utilidad pública, y por su sistema agrario semifeudal, subrayan al mismo tiempo cómo Chile está dejando de ser una nación dependiente típica, pues sus caracteres de tal se modifican en aspectos esenciales: su industrialización es apreciable; su economía no reposa en lo interno, en la agricultura, sino en la industria; el volumen de su producción exportable es menor con relación a la producción total; la intervención del estado para crear un desenvolvimiento orgánico de la estructura productiva, como condición previa para un grado de independencia económica, es más importante que la iniciativa privada; su desarrollo de las fuerzas productivas, a través de la industrialización, ha estado aparejado con un mejoramiento de las condiciones de la vida de las masas, a través de numerosas leyes sociales y previsionales, y en lo social se ha formado un vigoroso proletariado industrial en minas, ciudades y sectores medios con niveles de vida de bastante categoría.

Chile ha conquistado un progreso indudable en muchos aspectos materiales y posee una alta conciencia política; pero, no obstante, su estructura económica básica es primitiva. De ahí derivan sus características de país subdesarrollado, semifeudal y semicolonial. En él existe un entrelazamiento de formas económicas irreconciliables y de tendencias sociales contrapuestas, surgidas del semifeudalismo agrario, de la penetración imperialista, del incipiente capitalismo nativo, del burocratismo estatal y del movimiento obrero, dentro de un régimen orientado por fórmulas políticas liberales, todo lo cual crea un precario e inestable equilibrio de clases, una indefinición económica, atraso, inflación descontrolada y anarquía política.

La solución de sus hondos problemas y de sus numerosas contradicciones sólo es posible rompiendo y eliminando tan heteróclita realidad según las líneas de una completa reestructuración económico-social científicamente planeada.

EL FRACASO DE LA "REVOLUCION PACIFICA"

La desacertada gestión económica y política de los gobiernos de postguerra produjo un general descontento en las grandes masas laboriosas y, a la vez, un abierto repudio a los partidos políticos a causa de su incapacidad para interpretar las aspiraciones de mejoramiento y bienestar y por su total esterilidad realizadora. En este ambiente de descontento y confusión se llevó a cabo la elección presidencial de septiembre de 1952. En ella logró una victoria impresionante el anciano y versátil político "independiente" don Carlos Ibáñez del Campo, en brazos de un esperanzado movimiento populista

cuyos lemas más resaltantes radicaron en una fuerte afirmación creadora y nacionalista (rehacer la colectividad chilena con plena soberanía por medio de una economía moderna, de una política dinámica y de una elevada moralidad) y en su denuncia patriótica de la politiquería frívola y corrompida, en medio de la cual los partidos y sus dirigentes representaban el papel de meros instrumentos de la demagogia y de la desmoralización. El triunfo electoral de septiembre de 1952 se presentó ante el país como una ineludible "revolución pacífica". Desgraciadamente, el nuevo gobierno se demostró, desde su primer día, vacilante y contradictorio, provocando rápidamente un doloroso desaliento aun entre sus partidarios más decididos. A pesar de sus vigorosas declaraciones nacionalistas, favoreció en forma generosa a las grandes empresas capitalistas extranjeras y mantuvo tolerancias equívocas con dictaduras vecinas. Las compañías explotadoras del cobre lograron la aprobación de una ley de "nuevo trato", concediéndoles extraordinarias garantías a sus capitales y a sus utilidades, a costa de los intereses del país; y la industria salitrera recibió en la misma forma un tratamiento asaz favorable. En cambio, la esperanza de una política agraria de reforma y fomento, orientada a cubrir el tremendo déficit alimentario del país, anhelado por la gran mayoría ciudadana, se frustró de manera vergonzosa. Se permitió la continuación de los métodos primitivos de cultivo el no aprovechamiento de gran parte de la superficie agrícola, el atraso y la rutina. La industrialización prosiguió con el mismo criterio de las anteriores administraciones, sin plan ni orientación, sujeta al egoísmo y al desmesurado afán de lucro de los intereses particulares, y por parte del sector estatal, en forma burocrática y vacilante.

A consecuencia de la inoperancia del gobierno, del caos político y de la especulación desenfrenada de la oligarquía dueña del capital, se desataron violentos movimientos sociales de protesta (huelgas nacionales de 1954, enero de 1956 y movimiento del 2 de abril de 1957). El gobierno, incapaz de contener la inflación desorbitada, contrató una misión de expertos norteamericanos, encabezada por los financistas Klein-Saks, con el propósito de ordenar y sanear el proceso económico nacional. En esa forma, el gobierno se subordinó abiertamente a la política imperialista norteamericana.

En vez de mejorar la situación del país, se agravó por la presión violenta del capitalismo yanqui, preocupado en imponer una línea económica de tipo liberal en defensa de sus grandes monopolios imperialistas, y de las empresas nacionales aliadas, a costa de las masas populares. La misión Klein-Saks fue la encargada de uniformar aquella política, y durante el tiempo de su actividad consumió elevadas rentas. En el último año de su permanencia, desde julio de 1957 a junio de 1958, recibió por sus servicios la suma de 324.000 dólares, más de trescientos millones de pesos. Al mismo tiempo que su coerción económica, EEUU nos impuso una política militar de defensa hemisférica que, a través de pactos bilaterales, nos obliga a la adquisición de armamentos y a la habilitación de grandes efectivos militares. Según el proyecto de Ley de Presupuesto para 1958, la Defensa Nacional consumía el 23%, mientras Educación absorbía el 15% y Salud Pública el 8.6%. Y en esos mismos instantes 370.000 niños en edad escolar permanecían al margen de toda atención y 730.000 chilenos mayores de catorce años eran analfabetos por falta de escuelas y recursos adecuados. Por otra parte, de diversas regiones del país llegaban noticias de numerosas muertes por epidemias y carencia de atención médica y sanitaria.

De acuerdo con los estudios muy serios y objetivos de la CEPAL, Chile ha ido quedando postergado en la competencia por industrializarse y desarrollarse, y así lo establece también el economista Alberto Baltra en su excelente libro de reciente publicación Crecimiento económico de América Latina, en uno de cuyos párrafos anota: "El proceso de crecimiento de la economía chilena se lesiona seriamente a partir de 1953. Desde este año, el producto bruto deja de crecer. Como lo reconoce la CEPAL, "se detiene" el desarrollo de la economía chilena. Esta es la consecuencia de tendencias a largo plazo que influyen sobre

el crecimiento de la economía de Chile; pero, además, fruto de los múltiples y reiterados desacuerdos y errores económicos y financieros cometidos desde 1953 en adelante y que en 1955 culminaron con la puesta en práctica de una política llamada antinflacionista, fundamentalmente inadecuada, socialmente dañina e intrínsecamente reaccionaria, que reduce sin piedad el nivel de vida de la clase trabajadora y provoca una fuerte contracción artificial de las actividades productivas."

ASPECTOS Y CIFRAS DEL ATRASO DE CHILE

Examinando a fondo el desenvolvimiento nacional, en los últimos años se comprueba una estagnación seria en el desarrollo de las fuerzas productivas, traducida en la disminución del ritmo de aumento de la producción y en la débil capitalización neta anual, inferior a un 5% del total del ingreso nacional. El 90% de los ingresos se gasta y consume, un 5% se destina a reponer el desgaste del capital y sólo un 5% representa la capitalización neta. Los países adelantados de Europa dedican hasta el 40% de sus ingresos a fines de capitalización (por ejemplo, Yugoslavia, el 28%; Holanda, el 40%). En Chile, 300.000 personas poseen el 52% de la renta nacional; 2.000.000 tienen el 28%, y 600.000, el 20%. Según el ingeniero Helio Varela en un estudio reciente (Distribución del ingreso nacional en Chile a través de las diversas clases sociales), 280.000 personas, patronos y propietarios —el 9% de la población activa— reciben el 43% del ingreso nacional, mientras que 2.700.000 obreros y empleados —el 91% de la población activa— reciben el 57%. La minoría privilegiada despilfarra sus inmensos ingresos en vez de ahorrar; tradicionalmente derrochadora, ha constituido el obstáculo más serio para cualquier mejoramiento económico del país, pues consume recursos que debieran emplearse en el incremento material y en el aumento del bienestar colectivo. A juicio de diversos economistas, si los patronos y empresarios doblaran su propensión a ahorrar, el coeficiente del ahorro total se elevaría al 16% del ingreso, o sea, aumentaría en un 60% con respecto a la tasa actual. Alberto Baltra expresa: "Bastaría que las clases con altos ingresos incurrieran en moderados sacrificios de sus consumos excesivos para que la economía chilena mejorara sustancialmente la inversión y, por lo tanto, apresurase el ritmo de su crecimiento sin sacrificar los consumos, ya exiguos, de las clases con ingresos bajos y medianos." Su opinión es la del economista británico Nicholas Kaldor, profesor de Cambridge, quien en 1956, a petición de la CEPAL, visitó Chile y redactó un profundo análisis de su realidad (Problemas económicos de Chile). Según Kaldor, el consumo suntuario de la clase propietaria chilena absorbe una parte desproporcionada de los recursos nacionales y, mediante su reducción, en Chile la tasa de capitalización se podría elevar a niveles comparables a los exhibidos por las economías industriales avanzadas, y nota cómo, si dedicara al consumo el mismo porcentaje destinado por la clase patronal empresaria de Inglaterra, el coeficiente chileno de inversión aumentaría en más del doble, y concluye Kaldor: "Las estimaciones anteriores vienen a contradecir, por lo tanto, el socorrido argumento de que es imposible financiar una tasa más acelerada de capitalización real en Chile sin contar con una gran ayuda económica del extranjero. De acuerdo con las estimaciones del ingreso nacional, sería posible doblar la tasa de inversión bruta en por ciento del producto nacional sin rebajar el nivel de las masas."

A raíz de lo señalado, ni siquiera se pueden mantener en su estado actual los servicios públicos, las vías de comunicación y los transportes, y tampoco cerrar el déficit habitacional. Su agricultura desciende en forma continua; su expansión industrial es lenta y muchas de sus industrias constituyen una carga dolorosa para la población; su producción minera sufre oscilaciones temibles y en el cobre experimenta los trastornos propios de estar en manos de un monopolio internacional (la armazón financiera del país descansa en las ventas del cobre), y, envolviéndolo todo, una inflación pavorosa, agravadora del lamentable proceso nacional. La industria de la construcción se encuentra casi paralizada, y la industria

de la madera, semiparalizada; sin embargo, en el país faltan 400.000 viviendas. Algunas contradicciones indignan: los trabajadores visten harapos y los sectores medios deben realizar milagros para adquirir un traje; mientras tanto las bodegas de las fábricas de paños están abarrotadas de géneros. Se importa trigo y, no obstante, la CEPAL ha dicho que en las provincias de Santiago y Valparaíso se cultiva únicamente el 29% de las tierras regadas. Si se cultivara el saldo habría una mayor producción de cerca de un millón de quintales de trigo. En conferencia reciente en la Universidad de Chile, un experto dio datos al respecto, y, según ellos, 400.000 hectáreas regadas no se aprovechan. En los últimos años las masas asalariadas perdieron el 31.8% del valor adquisitivo de sus salarios y sueldos. Y este fenómeno ha continuado ahondándose. Aparte de las muy precarias condiciones de trabajo de vastas masas laboriosas, en la actualidad existe una cifra de 200 mil cesantes.

La propiedad agraria está concentrada en unas pocas manos (los grupos de 1.000 a 5.000 hectáreas y mayores de 5.000 hectáreas suman 2.700 explotaciones, el 2.8% del total, y concentran el 41.2 por ciento de la superficie arable del país), lo que se traduce en un aprovechamiento parcial del suelo, mientras, por otro lado, existen miles de pequeñas explotaciones incapaces de ayudar a una subsistencia tolerable del campesino. Entre 1946 y 1955, las importaciones de productos agropecuarios que el país está en condiciones de producir en forma eficiente y con altos rendimientos (trigo, oleaginosas y carne, crecieron de 60 millones a 120 millones de dólares, y las exportaciones bajaron de 48 millones a 38.5 millones de dólares. De esta suerte, la agricultura nacional, en vez de ayudar al fortalecimiento económico, le resta una alta proporción de divisas a la importación de bienes de capital, combustibles y materias primas indispensables para la expansión de la economía "interna", y día a día ahonda el problema alimenticio, pues la natalidad se mantiene alta (39 por mil), mientras la mortalidad ha disminuido a 9 por mil, o sea, anualmente se agregan a cada mil bocas otras treinta.

Un tercio de las personas que en Chile perciben ingresos monetarios lo hace en la actividad agrícola, y como éstos son bajísimos, la demanda interna no es capaz de desempeñar un papel dinámico para el desarrollo de los demás sectores económicos. Los grandes propietarios del suelo alegan en defensa de sus privilegios que el descenso de la producción agraria se debe al escaso suelo agrícola del país. Es sólo una verdad a medias. El territorio agrícola abarca 186.000 kilómetros cuadrados, y el forestal, 79.000 kilómetros cuadrados; un total de 265.000 kilómetros cuadrados. De ese total todavía existen grandes porciones sin roturar, y otras están insuficientemente cultivadas o sometidas a destrucción por la incuria de los poseedores. Según el ingeniero agrónomo Gustavo Schmidt G. (en artículos publicados en El Mercurio), existen todavía 11.3 millones de hectáreas inactivas (1.4 millones de hectáreas regadas por iniciativa privada y de la Dirección de Riego y por nuevos reconocimientos y proyectos; 1.3 millones de hectáreas del área pantanosa; 400.000 hectáreas de las cajas de los ríos. después de fijar sus cauces; 1.1 millones de hectáreas de terrenos indígenas; 850.000 hectáreas de arenales para forestar; 6.5 millones de hectáreas por destroncar, despalar y desmontar en Cautín, Valdivia, Chiloé, Aisén y Magallanes). En resumen, las posibilidades agrarias del país son todavía inmensas, pero serán realidades en la medida en que el gobierno prepare e impulse un plan agrario moderno, realista y audaz.

En la minería ocurre algo similar, desfavorable para la economía nacional. Los valores no retornados de la gran minería del cobre han tenido una escala ascendente desde el año 1944 hasta 1955 (en este año fueron 83 millones de dólares no retornados), con un promedio de 42 millones de dólares. Según cifras proporcionadas por el Departamento del Cobre, en 1956, la producción de cobre fue de 443.000 toneladas métricas, a un precio de 40,3 centavos de dólar la libra. El valor de lo vendido alcanzó a 341.9 millones de dólares: 207.1 millones correspondientes a valores retornados, 26.3 a internación con

cambios propios y 108.4 millones a valores no retornados. En estos últimos años ha decaído en forma sorprendente la tributación del cobre. En 1955 alcanzó a 163 millones de dólares, en 1956 bajó a 131 millones, en 1957 a 74 millones y en 1958 a 52 millones de dólares.

En el rubro salitre ocurre una situación parecida. El valor de las ventas de salitre y yodo (1.400.000 toneladas de salitre y 800.000 kilogramos de yodo) alcanzó a 57 millones de dólares: valores retornados, 37.9 millones (costo de producción, 36.1; participación fiscal, 1.8); valores no retornados, 9.8 millones (amortización y deudas, 1.2; intereses de deudas, 0.7; amortización de capital, 3.5; utilidades, 4.4).

La deuda externa constituye otra sangría económica del país. De acuerdo con una publicación de la Caja de Amortización, Chile debía, en 1937, 344 millones de dólares en 1957, 161.700.000. En veinte años se amortizaron 182.300.000 dólares y se pagaron en intereses 84.950.000 dólares.

Desde 1870 a 1930 la moneda ha descendido en su valor de 45 a 6 peniques. En 1930 el dólar valía 8 pesos: en 1958, más de 1.000 pesos. El alza de los precios al por mayor experimenta este crecimiento; si se coloca como índice 100 en 1930, en 1956 es de 9.411 y en 1957, de 15.602. El alza del costo de la vida presenta este ritmo: si en 1930 se coloca un índice 100, en 1956 es de 10.832 y en 1957, de 16.002.

La inflación en Chile ha sido aguda y persistente y se origina en la anticuada estructura económica. Ninguna de las administraciones últimas se ha atrevido a modificarla con el objeto de remediar los males imperantes. La inflación ha agravado la situación de Chile; ha determinado el estancamiento del proceso económico-social, la anarquía política y el desquiciamiento espiritual del país; la desvalorización de la moneda impide la formación de capitales, pues esfuma los ahorros, desalienta las inversiones, dificulta la reposición del capital social e industrial, obstaculiza la exportación debido a los crecientes costos internos, favorece la intensificación de la explotación de los grandes consorcios internacionales, esteriliza el mejoramiento de los salarios y sueldos burlando los reajustes; acentúa el desconcierto político y estimula el clima de irresponsabilidad, agio y deshonestidad. Son innumerables los ciudadanos que viven de las diferencias de precios, del mayor valor de los bienes, de las franquicias cambiarías, de beneficios previsionales, de expedientes crediticios, de operaciones en la bolsa, de negocios rápidos y oscuros, del contrabando elevado ya a una costumbre “normal", aceptada y practicada en todos los sectores sociales.

LAS CONTRADICCIONES BASICAS DE CHILE

A consecuencia de lo expresado se ha producido la detención del proceso de mejoramiento real de las condiciones de vida del pueblo. Diversos sectores obreros, las capas campesinas, secciones de la burocracia, profesionales y técnicos viven en situación angustiosa. Sus escasos aumentos de sueldos y jornales no compensan las tremendas alzas ocasionadas por la inflación. En general, la capacidad adquisitiva de las clases populares ha descendido por la subida de los precios y la desvalorización de la moneda.

En lo político se observa una anarquía grande. Desde hace varios años se advierte una ausencia de autoridad propia de un gobierno firme y justo, bien orientado, que ponga término a la rotativa ministerial, a los apetitos espurios de partidos artificiales, al desorden en la administración pública e imprima rumbos definidos y dinámicos al conjunto de la comunidad, El desgobierno y la crisis de la autoridad pública, la irresponsabilidad gubernativa se corresponden con la anarquía de las fuerzas políticas. Innumerables agrupaciones políticas, sin doctrinas ni programas, movidas por exclusivos

apetitos y oportunismos, tratan de incorporarse al Estado para gozar de las ventajas de la política a base de un asqueroso personalismo y de las más bastardas ambiciones. Las mayorías nacionales se restan entonces a la acción política al confundirla con la deprimente politiquería de sinecuras y chanchullos, y repudian a los partidos por su esterilidad y sus contubernios intrascendentes. Se produce en la opinión ciudadana mayoritaria un evidente cansancio, desinterés y escepticismo por la acción de los partidos, grupos e individuos de la política profesional y un repudio al desgobierno, al favoritismo y a la deslealtad a los programas de los grandes caudillos. Este estado de ánimo derrotista y de desilusión se traduce en un peligroso hastió hacia la estructura republicana y las formas democráticas de gobierno.

En lo espiritual y moral predomina un individualismo egoísta y despiadado, un dominante afán de lucro y especulación, tras ganancias fáciles o enormes; un cínico desdén por el honor y la honestidad. Todos tratan de engañar al prójimo; de trepar sobre sus espaldas, de vivir sin trabajar, por medio de engaños, desfalcos, negociados y robos.

En resumen, en Chile, la presencia de rezagos feudales (latifundio) en lo agrario origina y sostiene una oligarquía terrateniente y causa el descenso de la agricultura; la penetración imperialista explica la dependencia económica y el empobrecimiento del país en su conjunto; el incipiente capitalismo criollo acusa un elemental desarrollo industrial; la existencia de una frondosa legislación social y previsional, ineficaz en muchos aspectos por falta de recursos, y el poderoso movimiento sindical, traducen la presencia y el peso social y político del proletariado; el predominio de la ideología democrático-burguesa refleja el crecimiento de las clases medias y su influencia preponderante en la conducción del país. Y, en general, se comprueba la vigencia en lo económico, social y político, del sistema de incentivos propio del capitalismo y del demo-liberalismo.

Esta realidad heteróclita, contradictoria e inestable, provoca la pobreza, la inflación, la cesantía, la especulación y el peso muerto de una agobiadora burocracia y de otros sectores parasitarios y derrochadores. O sea, Chile, no obstante su progreso en muchos aspectos y su alta politización, es un país básicamente primitivo. Es semi-feudal y semicolonial y en ello reside el origen, la raíz, de su difícil situación.

CARACTER DE LAS ELECCIONES DE 1958

La elección de septiembre de 1958 se verificó en medio del panorama reseñado. Aunque se presentaron cinco candidaturas, sólo dos expresaron en forma definida la pugna económico-social de fondo. Fueron las de Jorge Alessandri R. ingeniero, senador de la provincia de Santiago y gerente del monopolio papelero del país, dirigente máximo en diversos periodos de la Confederación de la Industria y el Comercio y ex Ministro de Hacienda de don Gabriel González Videla, y la de Salvador Allende G., médico, senador de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, y ex Ministro de Salubridad del gobierno de don Pedro Aguirre Cerda. La lucha se dio en circunstancias democráticas a causa de un vuelco político a fines de la administración de Carlos Ibáñez del Campo. Hizo derogar la Ley de Defensa de la Democracia reemplazándola por una ley de seguridad interior y, en consecuencia, les devolvió la ciudadanía a los comunistas; reformó la ley electoral estableciendo la inscripción permanente, el voto obligatorio, la cédula proporcionada por el Estado y diversas otras disposiciones encaminadas a purificar el acto electoral, poniéndose término al cohecho y demás presiones.

En las elecciones del 4 de septiembre de 1958 triunfó Jorge Alessandri, candidato de las derechas tradicionales, con 390.000 votos (31% del electorado); le siguió Salvador Allende, candidato socialista de

las fuerzas populares, con 356.000 sufragios (28,5%); en seguida Eduardo Frei, candidato democratacristiano, con 255.000 votos (20%); Luis Bossay, candidato del Partido Radical, con 192.000 votos (15%), y en último término, Antonio Zamorano, candidato independiente (ex cura de Catapilco), con 15.000 sufragios (1,5%).

El triunfo de Jorge Alessandri R., se debió al apoyo entusiasta de los partidos de extrema derecha (conservadores y liberales y de algunos pequeños grupos sueltos), cauce político de los intereses de los poderosos sectores de terratenientes, alto comercio, banca, industria monopolista y alta burocracia, respaldados por los cuantiosos vínculos de la penetración imperialista. Sin embargo, el candidato victorioso se presentó siempre como independiente. En verdad, tuvo la adhesión de algunos contingentes de los diversos estratos sociales ajenos a las agrupaciones políticas, pero éstos en ningún instante inspiraron y orientaron su campaña. Su postulación y su victoria fueron el resultado de una poderosa movilización financiera, social, política y demagógica, de las clases poseedoras del capital, a través de las agrupaciones mencionadas, y por la hábil explotación del desprestigio de la administración del General Ibáñez, quien triunfó en brazos de una formidable marea popular, pero a la cual engañó y burló.

El estrecho triunfo de Jorge Alessandri fue confirmado en el Congreso. Organizó su gobierno con personeros independientes, en su mayoría ingenieros-gerentes ligados a las grandes empresas capitalistas, de mentalidad “técnica”, conservadora-liberal, defensores de la libre empresa, de la iniciativa privada en vez de la intervención estatal, de la austeridad a costa del sacrificio de las masas trabajadoras y de un apoyo generoso al capital extranjero.

El nuevo gobierno de los "gerentes”, representación política de los intereses del gran capital, no logrará sacar al país de su profunda crisis estructural. A lo más podrá desarrollar limitadas fuerzas productoras con criterio capitalista, lograr ciertas ordenaciones administrativas y, tal vez, algún alivio momentáneo por las poderosas inyecciones del capitalismo imperialista. O sea, alejar transitoriamente el estallido de las fuertes tensiones y pugnas.

ENDEUDAMIENTO Y SUMISION AL GRAN CAPITAL EXTRANJERO

En su primer año de gestión ha demostrado, en general, una idéntica orientación a la del gobierno de Ibáñez. Sólo es más pronunciada su tendencia al reforzamiento de la estructura monopolista de la industria nacional y más intenso el sometimiento al imperialismo. En lo agrario no ha intentado nada. Todo se reduce a conseguir el máximo otorgamiento de préstamos por parte de los EEUU, con el propósito de paliar los déficits de la balanza de pagos como del presupuesto fiscal y dar el mayor estímulo a la inversión de capitales foráneos en la minería, industria y comercio del país. Esas medidas a largo plazo y la reducción de los gastos fiscales, la eliminación de empleados y la mantención de las remuneraciones a niveles mínimos, sin nuevos reajustes, son consideradas fundamentales para terminar con la crisis, la cesantía de 200.000 obreros, el reanimamiento de algunas industrias semiparalizadas y el incremento general de la economía nacional.

La nota predominante en el nuevo gobierno es su preocupación por el “problema económico”, pretendiendo el desarrollo del país dentro de los más estrictos moldes capitalistas, en estrecha colaboración (o más bien sumisión) con las finanzas internacionales. Su lema de estímulo a la empresa privada, aunque frena la expansión del sector de empresas estatales, no se opone del todo. La burguesía acepta que el Estado intervenga en la formación de empresas básicas que por su magnitud y, al mismo

tiempo, escasa rentabilidad están fuera de la iniciativa privada. El capital privado se reserva el sector de la industria de transformación, donde las inversiones son menores y el lucro es mayor e inmediato. Por otra parte, las grandes empresas básicas son financiadas con capital extranjero, préstamos y por medio de impuestos indirectos. Una vez éstas en uso, crean condiciones indispensables para el desenvolvimiento manufacturero, sector dominado por la iniciativa privada en su exclusivo provecho y, a veces, las empresas ya montadas por el esfuerzo estatal, tratan de ser dominadas por los consorcios privados. Precisamente el nuevo Vicepresidente de la CORFO, elemento representativo del equipo de gerentes de Alessandri, señor Pierre Lehmann, anunció en una larga exposición el propósito del Ejecutivo de sacar a remate las empresas e industrias de propiedad de la CORFO o enajenar su participación en las mismas con el objeto de favorecer los intereses particulares. En el fondo se propone desmantelar la CORFO, órgano de la economía estatal, y transformarla en sirviente de los intereses privados. Este organismo es una creación de las fuerzas democráticas y promovió la organización de empresas públicas y semipúblicas para desarrollar grandes industrias en función de los intereses nacionales. Así nacieron la ENDESA (energía eléctrica), la ENAP (petróleo), la CAP (acero), con éxito sorprendente. El gobierno de Alessandri trata ahora de liquidar una empresa en estado de realización (la industria azucarera, a base de remolacha); encarpeta dos proyectos estudiados y en condiciones de realizarse (industria petro-carbo-química e industria de celulosa) y abandona tres proyectos en estudio (industria de carbones livianos de Pupunahue, en la provincia de Valdivia; industria de cenizas de soda, en la provincia de Tarapacá, y proyecto Corfiat, en Rancagua). Este detenimiento del desarrollo industrial por la CORFO se debe exclusivamente a la presión de los intereses monopolistas.

El capital extranjero posee ya grandes inversiones en el país, domina las actividades de la gran minería y extiende su participación en las diversas industrias y casas comerciales. El capital nacional se encuentra asociado al capital extranjero en un número cada vez mayor de ramos, como Insa, Corporación de Radio, Rayónhil, Inchalam, Cristalerías Chile, Chiprodal, Tejidos Caupolicán, Electromat, etc., y en el sector comercial en firmas como Wessel Duval, Gibbs y Cía., Ford Motor, Coca-Cola, Williamson Balfour, Cía. Imperial de Industrias Químicas, Cía. Chilena de Tabacos, Bayer, Merck, Philco, Societé Francaise de Sucreries au Chili, A.S.E.A., Ericsson, etc.

Según un estudio de Carlos Keller, tomando como base informes del Banco Central y publicado en “El Mercurio”, del 11 de marzo de 1957, las inversiones y créditos extranjeros en dólares, en Chile, eran:

	1948	1953
Deuda externa y garantía del Estado	141.9	227.1
Agricultura	6.9	4.1
Minería	383.0	524.1
Industria	35.0	47.8
Comercio	34.9	36.7
Bancos y seguros	6.6	7.0
Electricidad, ferrocarriles, telégrafos y teléfonos	99.7	72.9
Otras	85.3	100.8
	793.3	1.020.5

En 1953, la deuda externa y garantías del Estado tenía la siguiente composición: deuda directa del Estado. 67,0; CORFO, 105,1; Ferrocarriles del Estado, 22,8; LAN, 4.5; INACO 0,5: Fondo de Estabilización, 25,0; y convenios de compensación, 2,2 millones de dólares. Por países el detalle era éste:

	1946	1953
Estados Unidos	536.0	813.1
Gran Bretaña	198.4	127.7
Banco Internacional	8.8	22.1
Suiza	5.0	9.8
Francia	4.8	9.6
Argentina	29.9	6.7
Alemania	0.2	5.0
Bélgica	2.2	4.8
Suecia	0.9	2.9
Uruguay		2.8
Japón		2.7
Otros países	7.1	13.3

En un estudio del periodista Rubén Corvalán, aparecido en “La Nación”, en el quinquenio de 1960-64 las nuevas inversiones deberán elevarse de 700 millones a 1.000 millones de dólares. El Comité de Inversiones ha autorizado nuevos ingresos de capital extranjero al país por un total de 62 millones de dólares, pero hasta el momento se han incorporado en forma efectiva a las actividades productoras nacionales únicamente 22 millones. De acuerdo con el nuevo estatuto jurídico aprobado para la gran minería del cobre, entre los años 1955 a 1958 las compañías cupríferas han solicitado autorización gubernamental para invertir 159.309.540 dólares y han hecho efectivo 143 millones, quedando por invertir el saldo. Recién se inauguró la explotación de la nueva mina “El Salvador”, con una producción anual de 100.000 toneladas métricas y reservas para medio siglo. Las inversiones iniciales suman más de 100 millones de dólares. La Compañía de Teléfonos de Chile está desarrollando un plan de expansión con una inversión de 30 millones de dólares. La Anglo Lautaro Nitrate Co. está colocando en sus oficinas salitreras y en la mecanización del puerto de Tocopilla, 30 millones de dólares y tiene en proyecto un nuevo plan por otros 7.500.000 dólares y una inversión adicional para un futuro más lejano de otros 15.000.000 de dólares. En cuanto a las inversiones futuras señaladas por el Ministro de Hacienda para los próximos cinco años se consideran 300 millones de dólares en la expansión de las faenas cupreras, 75 millones en la siderúrgica de Huachipato; otros millones en la minería del hierro, desarrollo de la energía eléctrica y la industria del papel y la celulosa y una serie de inversiones menores en diversas industrias nacionales ya establecidas. Por otro lado, en los últimos diez años, el país ha recibido créditos del Eximbank por 270 millones de dólares y el Banco Mundial le ha facilitado otros 74.100.000 dólares. Los nuevos empréstitos contratados por el gobierno llegan a 272.000.000 de dólares, El endeudamiento del país es tan grave que compromete el porvenir de las futuras generaciones. En una intervención reciente, el senador Raúl Ampuero exhibió la situación siguiente: para atender el servicio de los 272 millones obtenidos últimamente se deberán cancelar en 1960, 1961 y 1962 alrededor de 47 millones de dólares cada año y en 1963, más o menos 60 millones. Para atender el servicio de los antiguos créditos, los cuales alcanzan a 680 millones de dólares, en 1960 se pagarán 81 millones; en 1961, 63 millones: en

1962, 39 millones, y en 1963, 38 millones. Es decir, por el servicio total de las deudas contraídas por los sectores público y privado en el extranjero, sin tomar en cuenta ni una sola operación adicional de crédito en los años venideros, el país pagará en 1980, 128 millones; en 1961. 110 millones; en 1962, 86 millones, y en 1963, 98 millones de dólares.

Las estadísticas reproducidas señalan con claridad meridiana la subordinación completa de la economía nacional al capital extranjero y el endeudamiento sistemático del país. Si en verdad esta inyección de capitales foráneos puede asegurar un cierto desarrollo a su crecimiento industrial, sus perspectivas son limitadas y no suponen eliminar su atraso básico. A su sombra, las clases tradicionales impiden reformas urgentes en el sector agrario, imprimen un aspecto burocrático al sector estatal y se reparten con la alta burocracia los beneficios de la economía, en detrimento de la población laboriosa. Mantiene bajos salarios y a través del proceso inflacionista sustraen de la población los recursos necesarios para la ampliación de sus empresas. Los monopolios provocan una especulación sin medida aumentando los precios a su arbitrio, mientras el gobierno en confusas y enredadas explicaciones oculta sus privilegios y sus ganancias desorbitadas y cae en la frivolidad de adiestrar al consumidor en la petición de rebajas de un 10 o 20%, como manera de contrarrestar los abusos de industriales y comerciantes, quienes elevaron los precios en un cien por ciento.

A la actitud económica del gobierno de Jorge Alessandri le quedan muy justas estas observaciones del economista Alberto Baltra, en su libro ya citado: “El problema fundamental de la economía chilena no puede plantearse en términos estrictamente económicos. Este es un criterio estrecho y corto. Más que nada es, seguramente, un criterio interesado. El problema básico que afecta a Chile se relaciona indisolublemente con la estructura social, cultural e institucional del país. Es verdad que los cambios en la estructura, por lo común, envuelven penosos sacrificios para las personas cuyos intereses están ligados a las instituciones en vigencia, pero el sacrificio de las minorías privilegiadas es el precio histórico que siempre han debido pagar los pueblos para abrirse camino hacia el progreso que buscan y conceder a las grandes masas populares el bienestar que exigen... Las sociedades no pueden crecer dentro de las viejas estructuras. Desde este punto de vista, el desarrollo económico es un proceso genuinamente revolucionario. No puede haber avance sin que cambien fundamentalmente la posesión del mando político y la distribución del ingreso nacional. Los que, apegados a sus conveniencias y enceguecidos por la pasión lucrativa se aferran al actual orden negándose a oír las exigencias del progreso, sólo conseguirán con su conducta insensata añadir la violencia a la reforma. Es la lección de la Historia. Creemos que el problema esencial de Chile es, en mayor o menor grado, problema común de América Latina".

EL DRAMA DE CHILE

El panorama nacional es muy sombrío: la producción agraria sigue estancada; los monopolios dominan a su antojo; los beneficios del abusivo régimen imperante se distribuyen entre los miembros insaciables de una minoría privilegiada, compuesta por las familias tradicionales y advenedizas, especuladores afortunados, ávidos y derrochadores. En cambio, los trabajadores, campesinos, empleados y técnicos, sufren angustias intolerables; viven una existencia cada vez más insegura y miserable. De ahí su emigración constante a otros países, en busca de un porvenir menos incierto.

En Chile coexiste la riqueza ostentosa e insolente de una minoría con la miseria más degradante de la gran mayoría; las formas jurídicas más adelantadas se entrelazan con las prácticas de los vicios más

infamantes; los últimos adelantos de la técnica en refrigeradores, radios y automóviles se sobreponen a una realidad económico-social primitiva y atrasada. La más despiadada injusticia y un sórdido ambiente de corrupción se enseñorean de nuestra sociedad. Los privilegios desmesurados, los beneficios exorbitantes y el espíritu de lucro de una minoría irreductible mantienen al país en su atraso y aumentan el empobrecimiento del pueblo. La alianza estrecha de esa minoría, u oligarquía, con el imperialismo, impide la liquidación de las instituciones tradicionales de explotación y dependencia; de los privilegios agobiadores, y se opone a un desarrollo económico progresivo, armónico y autónomo, con una planificación adecuada, una intervención técnica reguladora del Estado, una industrialización efectiva en beneficio del bienestar del pueblo; un comercio exterior diversificado, una reforma agraria prudente y fecunda: una cultura extendida a las masas y un real mejoramiento de las condiciones de vida de las clases laboriosas. Para terminar, y a manera de resumen, el proceso actual, aunque asegure cierto incremento a la economía del país, no verificará la reforma agraria, no mejorará las formas de vida de las clases medias y populares y no consolidará las instituciones democráticas. Creará únicamente una más estrecha alianza entre el capital nacional y el extranjero y la alta burocracia del sector estatal de la economía, interesados ambos en mantener el grado actual de expoliación de las clases productivas. Inflación, desocupación, inseguridad, persecuciones en la administración pública, contraste irritante entre los privilegios de unos pocos y la angustia o la miseria de los más, desilusión, fatalismo derrotista e indiferencia negativa, serán los aspectos predominantes de la realidad nacional.

El régimen económico social de Chile ha llegado a un punto crítico de su evolución, porque ya no es posible expandir la economía, desarrollarla cuantitativa y cualitativamente, en términos apreciables; lograr un progreso hondo y acelerado de las fuerzas productivas, sin cambiar de manera profunda sus bases estructurales. Esto es una tarea revolucionaria, pues significa despojar del poder político a las clases dominantes y reemplazarlas por otras, actualmente subyugadas, pero capaces de colocar al país sobre cimientos nuevos y de inaugurar una fase de transformaciones radicales, por medio de una planificación integral de la vida nacional. Esta planificación exige la eliminación del régimen capitalista y burgués, por cuanto el sistema económico capitalista y el individualismo burgués son incompatibles con el establecimiento de una planificación económica, con criterio social, hacia fines de beneficio colectivo. Sólo un gobierno de trabajadores manuales e intelectuales, de profesionales y técnicos, puede liquidar el marasmo nacional y desatar las inmensas fuerzas creadoras contenidas en el pueblo, dando una nueva perspectiva a la nación.

Dos historiadores reaccionarios

ARAUCO N°17 junio 1961

El historiador católico Jaime Eyzaguirre prosigue con tesón y laboriosidad ejemplares sus enseñanzas y sus investigaciones preconcebidas en un sentido regresivo. De acuerdo con la línea ideológica de los profesores e historiadores ultramontanos, se encuentra empeñado en una vasta tarea de divulgación reivindicativa de doctrinas e instituciones enemigas de la democracia pero presentadas como libertarias y progresistas, a través de una erudición formalista y con interpretaciones antojadizas, tratando de deformar el criterio de la juventud, y de revisionismo histórico que no tiende al esclarecimiento de la historia sino a afirmar sus juicios unilaterales y sibilinos.

La Editorial del Pacífico, en su colección “Rostro de Chile’’, ha sacado a luz una segunda edición de su ensayo “Fisonomía histórica de Chile” (apareció por primera vez en Fondo de Cultura Económica, colección “Tierra Firme”, en México); y la Editorial Universitaria, en su colección “América Nuestra”, le ha

publicado su ensayo “Ideario y ruta de la emancipación chilena”. (El grueso de este trabajo se había insertado en la revista Atenea, N° 291-292, de septiembre-octubre de 1949, bajo el título de “Los presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia de Chile”).

El examen de los ensayos citados permite comprender con claridad el propósito histórico de Jaime Eyzaguirre. So pretexto de reparar la leyenda negra aspira rehabilitar integralmente el período del colonialismo hispánico, como resultado de una fantástica fascinación erudita por la legislación de Indias y de sus artífices; repudia el enciclopedismo francés, negándole influencia importante en la formación ideológica de los caudillos de 1810 y en el proceso de emancipación hispano americana y, al mismo tiempo, saca del polvoriento arsenal de la escolástica medieval los elementos doctrinarios y jurídicos de aquel suceso; desconoce a la revolución de 1810 todo carácter popular y democrático y toda inspiración en las revoluciones norteamericana y francesa.

En general, glorifica el absolutismo español, presentándolo como democrático y popular. Exalta el monopolio, la encomienda, la mita y el Santo Oficio, durante la Colonia. En el movimiento de la independencia desconoce los factores económicos y sociales y niega la influencia de las ideas revolucionarias europeas y americanas del siglo XVIII. En su análisis del desenvolvimiento republicano eleva a los conservadores y reaccionarios; condena a los personeros reformistas y subestima la acción de los arquetipos de mentalidad liberal- democrática, como Bilbao, Lastarria y Barros Arana.

Jaime Eyzaguirre se coloca en el mismo plano y espíritu de Alberto Edwards y coincide en todo, de manera literal, con Francisco A. Encina. Muchos de sus desarrollos ya los habíamos leído en la voluminosa obra del pretencioso y extravagante historiador argentino Enrique de Gandía: “Nueva historia de América. Las épocas de libertad y anti libertad desde la Independencia”. El historiador mencionado combate las teorías del materialismo histórico, porque está firmemente convencido “que no son los hechos económicos los que crean las ideas, sino las ideas las que determinan los sistemas económicos”. Considera interpretación reaccionaria de la independencia de América a la que afirma que hubo revolución e independencia en busca de libertad. Los americanos no realizaron ninguna revolución, porque no fue un movimiento en contra de España, de Fernando VII, sino en contra de Napoleón. Fue una guerra civil entre los partidarios de las Juntas y los partidarios del Consejo de Regencia, la cual terminó por llevamos a la formación de nuevas naciones. “Todo lo que cae fuera de este marco no tuvo importancia, no tuvo trascendencia alguna, en la constitución de nuestros orígenes nacionales: ni la Revolución Francesa, ni la política inglesa, ni los supuestos, falsos, intentos de independencia anteriores a 1810, que nunca pasaron de protestas movidas por otros fines, ni las causales de orden económico. Todo esto es letra muerta para el verdadero estudio de nuestros orígenes políticos”.

Para de Gandía, “los conquistadores españoles son el ejemplo más perfecto de conquistadores idealistas” y, en el siglo XVI, “brilló en España la más pura libertad y democracia” y sólo con la llegada de los Borbones “la antigua democracia y el antiguo sentido de justicia y de libertad, de los Austrias, fue substituido por un absolutismo que convirtió a los reyes en verdaderos autócratas”. Es decir, la época de mayor intolerancia, de guerras por razones de fanatismo dogmático, de destrucción de los sefarditas, moriscos, comuneros de Castilla y de Aragón, etc., lo fue en defensa de la justicia y de la democracia, ¡Carlos V y Felipe II fueron reyes populares y libertarios!

Jaime Eyzaguirre sostiene el mismo predicamento y, según él, durante los Austrias la comunidad conserva prerrogativas que hace valer ante el soberano; en cambio, a partir de la subida de los Borbones estos tratan de absorber la plenitud de la soberanía sin dejar resquicios a la intervención del pueblo.

¡Sin duda, este criterio, aplicado a la historia actual de España, permite afirmar que la tiranía de Franco es democrática y defensora de la libertad!

El alegato histórico de Eyzaguirre es, con frecuencia, ingenuo y absurdo. Según presenta las "encomiendas", éstas constituyeron un modelo de justicia y de bondad y no podemos menos que emocionamos ante el minucioso cuidado de la Corona y de las autoridades de América, para proteger la salud corporal y espiritual de los indios. Reconoce que las encomiendas tropezaron en Chile con grandes obstáculos, pues el aborigen era aventurero y trashumante, amante de la libertad anárquica: "extraño a la idea de un trabajo racionalizado e imprevisor por naturaleza, no comprende tampoco las ventajas que el derecho y la cultura hispanos le ofrecen, y en codo esto sólo divisa un medio del conquistador para exigirle el pago de un tributo que desea rehuir". Eyzaguirre sintetiza con honda satisfacción: "el sentido ético-jurídico que encarnan las encomiendas y los contratos de trabajo y la suma de principios morales que reglan el campo económico, delatan la alta visión en que ha puesto Su mira el hombre de cultura hispana". Este trozo es la apología del formalismo escolástico, pues son innumerables los documentos donde se demuestra hasta la saciedad cómo las disposiciones de las Leyes de Indias no se aplicaron y, por el contrario, el trabajo forzado, la mita impuesto de manera bárbara por los ávidos y codiciosos conquistadores, casi exterminó la población indígena en muchas regiones de América. Eyzaguirre exalta del mismo modo la labor evangelizadora de la Iglesia y su amor por los aborígenes, aunque no menciona a aquellos numerosos sacerdotes y misioneros que gastaron sus energías en luchar por el mejoramiento efectivo de las condiciones de vida, del trato de los indios expoliados de manera terrible por los encomenderos. (Eran, según Encina, frailes desconformados cerebrales en quienes "un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad", y por eso no merecen la atención de los historiadores hispanistas). En un párrafo donde aplaude a los miembros de la Iglesia, dice: "ellos, al componer las primeras gramáticas de las lenguas autóctonas, salvan la barrera que impedía el intercambio y conocimiento entre indígenas y españoles y con la llave del idioma en la mano penetran en el alma de los naturales, acudiendo a mil recursos de la pedagogía (¡!) para hacerles entender en forma clara los misterios del dogma católico y los adelantos del orbe europeo". Serían los creadores de la educación, logrando tales resultados que en un colegio de Cali "los indios llegan a representar comedias en latín elegante". ¡Lástima que no se hubiese generalizado esta educación latinista de los indios!

En la Colonia, aparte de los indios reducidos a encomiendas, había otros que alquilaban sus servicios a los grandes terratenientes. Estos eran los "inquilinos" cuya situación contempló la Tasa de Esquilache, en 1621, Comenta Eyzaguirre que a este sistema jurídico se acoge: "desde el primer momento la población mestiza. Su falta de espíritu constructivo y lo imprevisor de su naturaleza impiden que se haga propietaria; y sin la audacia para correr el albur del trabajo independiente prefiere asegurarse la subsistencia recurriendo al amparo de un propietario agrícola, a quien ofrece sus servicios en calidad de inquilino. De manera que va quedando ella ligada, poco a poco, a la explotación de la tierra y sometida a un régimen paternalista, que si en algo coarta su libertad, está lejos de parecerse a la servidumbre europea todavía en boga". ¡Delicioso e idílico cuadro! La falta de audacia del inquilino y del peón es la generadora de la gran propiedad agrícola y de la servidumbre; y de su desmedrada situación. Así, de manera amable y bonachona, describe y explica las diversas instituciones económicas injustas y las relaciones sociales opresivas existentes a lo largo del desarrollo nacional.

Al enfrentar la explicación del movimiento de emancipación, al igual que Enrique de Gandía, trata de demostrar que el régimen colonial no consideró a las tierras del nuevo mundo como meras factorías de explotación sujetas a un sistema jurídico degradante y de inferioridad y que el espíritu de libertad anidó profundamente en el mundo de la cultura hispánica y no fue necesario, entonces, importarlo de los Estados Unidos o de Francia. Las Indias no son factorías de explotación sino provincias autónomas, ligadas a España, en la persona del Monarca y los dirigentes criollos se apoyan en este distingo jurídico para propiciar el movimiento juntista; y encuentran en los teólogos de la Compañía de Jesús y en la escolástica las teorías sobre la generación popular de la soberanía, opuestas a las teorías del origen divino de la realeza, para afirmar sus propósitos de autonomía. Según Eyzaguirre, "no hacía falta pues que se buscaran fuera del acervo del mundo hispánico los conceptos de libertad, soberanía popular y limitación del poder real". O sea, Locke, Paine, Jefferson, el enciclopedismo, Rousseau, etc., ya se encuentran en las tesis de la escolástica. Algunos escrúpulos le obligan a reconocer que si en los inicios del movimiento de 1810 algún papel tuvo la ideología francesa revolucionaria sería el de modesto coadyuvante. En 1810 y 1811 la idea de total independencia de España sólo anidó en escasos cerebros.

Por ejemplo, en Juan Martínez de Rozas y Camilo Henríquez, bebida en la literatura de la "ilustración", Raynal y Rousseau; en O'Higgins y Carrera, bebida en sus viajes a Europa, donde tuvieron contacto con sociedades secretas. Si la filosofía francesa fue apenas influyente en los momentos iniciales del proceso revolucionario, en la segunda etapa se hace notar de manera más efectiva, cuando se aspira a una total independencia, en los años 1812 y 1813.

A J. Eyzaguirre no le preocupa en lo más mínimo estudiar la situación económica y social de la época; los intereses materiales contrapuestos; las pugnas comerciales; la presión del capitalismo europeo; las aspiraciones de la aristocracia agrícola-ganadera y de una incipiente burguesía, deseosas de romper las trabas, monopolios, impuestos, con el objeto de intercambiar libremente, encontrando en el ideario demo-liberal la justificación ideológica y política a sus intereses y anhelos. Todo su desarrollo descansa en el análisis minucioso, erudito, de la literatura sobre la legislación de Indias y de los teólogos y moralistas jesuitas. Le son desconocidas las obras de Mariátegui ("Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana"); de Rodolfo Puiggrós ("De la Colonia a la Revolución"); de Sergio Bagú ("Economía de la Sociedad colonial" y "Estructura social de la Colonia"); de Jan Bazant ("Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México"), y de tantos otros colocados en una moderna y científica línea de investigación de los procesos económicos y sociales de América Hispana; de sus instituciones y verdadero funcionamiento, alejados de la estéril adhesión a cuerpos jurídicos, doctrinas y tesis no aplicados ni cristalizados en organismos reales, actuantes. Por estas razones, la orientación, tendencias y directivas de J. Eyzaguirre tergiversan la evolución real del país y entregan una visión deformada y unilateral del pasado nacional.

II

En realidad no conocemos la personalidad de Enrique de Gandía y no sabemos si, verdaderamente, posee categoría como investigador. Al final de su libro examinado suministra una lista de sus obras, con 65 títulos, lo cual indica una notable fecundidad, pero no tenemos noticias del valor de su producción. La lectura de su "Nueva Historia de América" sorprende por su desorden, abigarramiento y prurito egolátrico. Casi 500 páginas las dedica al estudio de la independencia y menos de 100 páginas a la evolución republicana hasta el año 1946. Un capítulo final de 50 páginas, lo destina a enfocar la interpretación de la historia de América. Aquí se presenta como un liberal y un demócrata, defensor de

la libertad en contra de la reacción y el obscurantismo, pero su modo de entender el liberalismo democrático es bastante curioso: lo asimila al hispanismo tradicionalista. Por otra parte, combate las teorías del materialismo histórico y considera interpretación reaccionaria a aquella que sigue las directivas trazadas, hace un siglo, por algunos grandes historiadores liberales de América. Según de Gandía, para esta interpretación "reaccionaria", hubo revolución e independencia en busca de libertad. A su entender los papeles donde se habla de revolución e independencia de todo poder extranjero, se refieren a los poderes extranjeros de Francia e Inglaterra, no al de España. De tal suerte, en ninguna parte de América se habría declarado una independencia estatal nacional. En síntesis, de acuerdo con de Gandía... "la independencia que los historiadores reaccionarios confunden con formación de nuevas naciones, no es más que el autogobierno del pueblo por medio de las Juntas, como había dado el ejemplo España... Los americanos no realizaron ninguna revolución... Las juntas españolas nacieron de la revolución contra Napoleón. Del mismo modo nacieron las americanas. Nuestra "'revolución" americana, bonaerense, caraqueña, etc., fue una revolución en contra de Napoleón, como la española, madrileña, sevillana, valenciana, barcelonesa, etc..."

Enfoca la lucha de la emancipación y el desarrollo republicano como el resultado de una pugna entre las fuerzas espirituales del liberalismo y del absolutismo, con notorias contradicciones, y reiterando en forma insistente sus grandes descubrimientos. Se proclama adepto fervoroso de la concepción ideológica de la historia. Comprende la historia como exclusivo choque de ideas y las luchas sociales como pugna de principios políticos. Así lo afirma en estos párrafos, donde no brilla la modestia: "La historia de las ideas conocida en forma superficialísima, por los historiadores americanos y nunca aplicada a nuestra historia continental y local de un modo exclusivo, ha iluminado panoramas históricos insospechados. Hemos sido los primeros en llevarla a estos estudios y confesamos que sus visiones han transformado por completo la vieja historia de nuestra América. Reclamamos todas las prioridades en este sentido... Podemos estar seguros de haber creado en la Argentina, una nueva escuela histórica..."

Agrega, de Gandía, que la aparición de esta nueva escuela histórica de las ideas habría llenado de inquietud a los viejos historiadores, porque ven en peligro sus escritos y "no conciben que plumas independientes y libres logren barrer un siglo de interpretaciones históricas equivocadas y en su lugar coloquen una nueva y verdadera historia..."

A través de sus diversos capítulos dispara los más peregrinos juicios y cae en las más jocosas contradicciones. He aquí una de bulto: "en 1789, en Francia, no hubo verdadera revolución... No fueron revoluciones ni la francesa ni las sudamericanas... En Francia, la gran revolución de los tiempos modernos es la que hizo Napoleón..." Sin embargo, algunas páginas más adelante anota: "En 1810 y en años posteriores tampoco nadie combatió a la revolución francesa. Lo que se combatió es a Napoleón y Napoleón no es la Revolución Francesa... Napoleón es, realmente, la antítesis de la revolución". ¡A menudo encontramos análisis como el reproducido! Tampoco hubo revolución de la independencia en América Latina sino lucha por la libertad... Y esta libertad por la cual se combatió, no era la proclamada por los filósofos del siglo XVIII, por los realizadores de la emancipación norteamericana y la revolución francesa. Eran la libertad y la democracia medievales de los escolásticos, sostenidas luego por los Austrias, pues Carlos V y Felipe II son los creadores de las más trascendentales ideas de democracia y libertad. Los revolucionarios de 1810 se levantaron en contra del absolutismo borbónico, por haber ahogado aquellas tradiciones libertarias y en contra del despotismo de Napoleón. Para de Gandía, la época en la cual predominaron las ideas de democracia y libertad fue la Edad Media y el país donde se asilaron aquellas ideas trascendentales fue España. Y la fuerza de estas ideas medievales y españolas

determinó los grandes acontecimientos de los tiempos modernos: la revolución de Cromwell, la revolución norteamericana y la revolución francesa. ¡Sólo en España no originaron ninguna revolución porque ahí, con los Austrias, brillaba la más "pura libertad y democracia"!

De Gandía se proclama liberal y para él el liberalismo del siglo XVIII y sus concepciones "fueron ideas sobre el Estado y los derechos de las personas: mejor dicho: viejas ideas medioevales de democracia e igualdad que derrocaban a las nuevas teorías absolutistas impuestas en distintas partes de Europa". A la luz de este liberalismo medioeval enfrenta el examen del movimiento de la emancipación americana. Niega la revolución, pues "la lucha de la independencia, en América, no fue en realidad por la independencia, sino por la libertad". La revolución de la independencia no se originó por causas económicas, aunque reconoce que las restricciones comerciales impuestas desde España hacían desear a los americanos un pleno liberalismo económico. De todos modos afirma con rotundez: no podemos seguir diciendo que las causas económicas hicieron la independencia de América en general ni de ninguna parte en particular". A menudo emite observaciones un tanto cómicas. Por ejemplo esta: "revolucionario no es quien mantiene el orden establecido sino quien va en contra de ese orden. La revolución no la hicieron por tanto los llamados revolucionarios de la independencia hispanoamericana. La hicieron los absolutistas Borbones introduciendo el concepto de derecho divino donde siempre sé había respetado el derecho natural del hombre".

De Gandía insiste en forma continua sobre esta idea central: España fue una democracia y la única monarquía absoluta europea era Francia: los revolucionarios americanos luchaban por lo que siempre habían poseído, los viejos principios democráticos españoles, los cuales se estaban perdiendo con la llegada de los Borbones, quienes habrían suprimido la antigua democracia "y el antiguo sentido de justicia y de libertad de los Austrias".

Ideas similares desarrolla el historiador Jaime Eyzaguirre, en su obra "Ideario y ruta de la emancipación chilena", en su afán de exaltar el régimen colonial español, restarle toda influencia al pensamiento liberal del enciclopedismo francés y revalidar las ideas de los teólogos medioevales y de los tratadistas jesuitas, a pesar de no haber cristalizado tales ideas en instituciones reales. Su valor es sólo formal, como ocurre con el contenido jurídico de la Legislación de Indias, sin aplicación efectiva en ningún instante.

De Gandía y Eyzaguirre olvidan que el absolutismo fue un fenómeno político general a toda Europa y resultado de las exigencias de una época histórica bien determinada. En España se consolidó con la obra de los Reyes Católicos y los Austrias, dándole un contenido particularmente reaccionario e intolerante.

Es verdad que el absolutismo y la intolerancia no fueron rasgos constantes del carácter español y durante largos períodos vivieron en paz las tres religiones: católica, judaica y musulmana. Más tarde, las expulsiones en masa de judíos y moriscos, inspiradas en móviles religiosos; el desarrollo y permanencia de la Inquisición y la ferocidad de la persecución de los protestantes; la destrucción de los fueros y libertades de Castilla y Aragón; el mantenimiento de monopolios abusivos y agotadores, dan a la historia de España de los siglos XV y XVI un carácter sombrío de fanatismo y crueldad. Los Reyes Católicos concibieron la unificación de España con la subyugación de todas sus regiones en lo político y lo religioso. Unidad monárquica, absolutismo político y tiranía religiosa fueron los pilares del despotismo de los Reyes Católicos, al igual que los Valois en Francia y los Tudor en Inglaterra. Pero al revés de estos últimos, llevaron a cabo una política económica desastrosa, agravada por los Austrias, a causa de su descomunal ignorancia en materia tan decisiva y al predominio de los factores religiosos en su acción.

Por otra parte, los Austrias gastaron sus recursos y energías en destruir las libertades internas y en eliminar las fuerzas económicas creadoras de España (judíos, moriscos y burguesía urbana) y, al mismo tiempo, en asumir el papel de potencia contrarrevolucionaria frente a las profundas transformaciones que se operan en la Europa occidental. La ascensión de la burguesía, el advenimiento del capitalismo, la reforma protestante, la extensión del humanismo y el renacimiento, expresiones de una verdadera revolución, encuentran su oposición más implacable en la España de los Austrias, obstinados en sostener el absolutismo y la intolerancia religiosa. Por eso se decía en Castilla, en aquellos años, "dos Santas y un Honrado traen el reino acabado", aludiendo a la Santa Inquisición y a la Santa Hermandad y al Honrado Consejo de la Mesta, cuyos privilegios de paso para la trashumancia de los ganados perjudicaban a la agricultura y a los campesinos.

En cuanto al sistema colonial, el gobierno de los Austrias aisló a América por medio de las leyes del monopolio comercial y las restricciones a la navegación y a la presencia de extranjeros en sus dominios. Sólo desde Sevilla, y más tarde de Cádiz, se mantiene un precario contacto con América. En el plano administrativo, el monopolio de los cargos en favor de los peninsulares, y en el religioso, el inmenso poder de la Inquisición (creada en América por Real Cédula de 1569), reforzaban el despotismo. En cuanto a la educación superior, las Universidades copiadas de las de España únicamente ofrecían Teología y nada que pudiera contribuir al adelanto intelectual y material de las colonias. Este régimen cerrado mantenía a América en el atraso y la ignorancia.

A pesar de las trabas, América experimenta un desenvolvimiento apreciable, su población crece, y un activo contrabando permite vender a buen precio muchos de sus productos y, a la vez, adquirir variadas y útiles manufacturas. Los Borbones, en el siglo XVIII, verifican diversas reformas beneficiosas para el desarrollo de las colonias americanas, pero no llegan a permitirles comerciar con las demás naciones. Ya en esta época el impulso natural de las fuerzas productivas de América pugnaba por romper los escollos de la política monopolista. Como lo expresaba don Manuel de Salas, "la falta de libertad comercial limitaba la producción y cortaba el vuelo a la industria privando de trabajo a sus pobladores". Únicamente el contrabando remediaba en parte la aflictiva situación. El atraso industrial de España le impedía abastecer a América; sus productos eran caros, poco variados y de inferior calidad a los de las grandes naciones europeas, como Inglaterra y Francia; al mismo tiempo, su escaso poder comprador para los productos de sus dominios no significaba ningún incentivo. En esta situación, el contrabando era una necesidad. Franceses e ingleses compraban a buen precio y vendían productos excelentes y baratos. En este sentido el contrabando fue un elemento revolucionario en el seno de la sociedad colonial, pues ayudó de manera práctica a la formación de una conciencia separatista. Los miembros más dinámicos de la aristocracia e incipiente burguesía llegaron a la convicción de que sus países encontrarían un mejor porvenir fuera que dentro del imperio español. El interés económico de los países capitalistas europeos, y en especial de Inglaterra, estimuló las aspiraciones de progreso y libertad de las naciones americanas. Así sus intereses y anhelos coincidieron plenamente. La "Representación de los hacendados del Río de la Plata", redactada por Mariano Moreno, en 1810, expresa con nitidez el avance de la mentalidad capitalista y liberal de las clases poseedoras criollas. Decía; "es notorio a todos que los frutos que produce el cultivo de la tierra son las verdaderas riquezas de un país y que en esto consiste la subsistencia, el sustento del poder de los pueblos y del soberano. El deseo de ganancia es el estímulo más vivo para animar a los hombres al trabajo, para fomentar la industria, y conseguir las empresas más arduas. Este deseo que es el que procura la abundancia no debe amortiguarse, sino aliviarse con libertades que sean compatibles con la justicia y la pública utilidad".

Desconocer tales antecedentes y centrar el problema de la independencia en distingos jurídicos, para negar la revolución, como lo hacen de Gandía y los historiadores de su misma tendencia hispanista reaccionaria, es miopía partidista y tendenciosa. Del mismo modo, la reducción de sus búsquedas y hallazgos (?) al plano político y jurídico limita, parcializa y obscurece su obra. De Gandía como Eyzaguirre desconocen todas las grandes investigaciones modernas, serias y vastas, según las cuales lo económico y social posee una importancia decisiva en el movimiento emancipador.

Con motivo de la visita de la expedición científica francesa organizada en 1735, por los sabios astrónomos La Condamine, Bouger y Gadin, y de la cual formaron parte los sabios españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, éstos dejaron un documento impresionante sobre el estado calamitoso de la América Española que contradice todas las apologías interesadas del sistema impuesto por los peninsulares y, por el contrario, explica el estallido de las frecuentes rebeliones de los pueblos aborígenes y el descontento de los criollos y sus anhelos de vinculación directa al mundo de la época, en pleno desarrollo y progreso. En su detalle amargo se encuentran las causas de la posterior gesta emancipadora.

Dicha expedición tuvo por objeto averiguar el verdadero valor de un grado terrestre sobre el Ecuador, a fin de que cotejado con el que resultase tener el grado medido al mismo tiempo por Clairant, Maupertnis y otros matemáticos, enviados para tal fin al norte de Europa, se infiriese de uno y otro la figura de la tierra y quedase de una vez decidida la cuestión del sistema copernicano. De esta expedición nos quedaron las famosas “Noticias Secretas” de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Fueron editadas en Londres, en 1826, por David Barry. El editor inglés, quien había viajado por América y conocido su auténtica situación, encontró el informe de los Ulloa en los archivos españoles y estimó indispensable su publicación con el propósito de dar a conocer lo que había sido la administración española durante tres siglos y de su exposición justificar la revolución de la Independencia y sus efectos auspiciosos para el destino de estos países. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, concluida la parte científica de la comisión, se dedicaron a informarse del verdadero estado político de los países americanos de acuerdo con instrucciones del marqués de la Ensenada, primer secretario de Estado del Rey Fernando VI. Recorrieron las costas de Nueva Granada, provincia de Quito, Reinos de Perú y Chile. Del cuadro trazado por los Ulloa resaltan la cruel opresión de los indios y criollos y las extorsiones de sus corregidores, curas y hacendados. El régimen español estuvo constantemente empañado por crueldades innecesarias, determinabas por una codicia y una avaricia insaciables. El informe de los Ulloa traza un panorama sombrío de ese régimen, dejando en descubierto el atraso de estos pueblos y la dureza de las autoridades españolas, de la Iglesia y de los terratenientes con las masas. Es el más enérgico mentís a los glorificadores del sistema colonial.

Estas diversas expediciones científicas, en el siglo XVIII, impulsaron la formación de una conciencia nacional y estimularon el naciente sentimiento de libertad. Singular trascendencia en el sentido indicado alcanzó la de los sabios Alejandro Humboldt y Amadeo Bonpland, de 1799 a 1804, a raíz de la cual exploraron las Antillas, Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Centroamérica y México.

La visión exclusivamente política de la Historia contribuye a falsificarla y a ponerla al servicio de la razón de Estado o de las ideologías en boga, en vez de serlo al servicio de la verdad. Esa tendencia lleva a desfigurar los hechos históricos, como ocurrió con los fascistas y sucede, en la actualidad, con los comunistas y los católicos. Jaime Eyzaguirre, por ejemplo, de acuerdo con muchos historiadores reaccionarios, participa de esta aberración: el Santo Oficio fue una institución admirable, filantrópica, hasta simbólica. (El notable crítico español Andrenio, al mencionar la “Historia de los Heterodoxos”, de

Menéndez Pelayo, recuerda que al hablar de Luis de Usoz, editor de los protestantes españoles, le supone animado de las "mismas feroces pasiones que acompañaron hasta la hoguera al bachiller Herrezuelo, a Julianillo Hernández y a don Carlos de Sessé", y comenta "los feroces eran los quemados y no los tostadores de carne humana, con la hipocresía de la entrega al brazo secular...").

El historiador de Gandía es, a menudo, un verdadero charlatán de la historia. Sus juicios contienen una apreciable cantidad de extravagancia. Con frecuencia incursiona en la época contemporánea para prodigarse en aterradoras originalidades. Proclamándose liberal, demuestra una gran admiración por Mussolini y lamenta su fracaso, no obstante ser "uno de los genios de los tiempos modernos", y agrega: "Mussolini, por su talento literario, filosófico e histórico, por su voluntad y por su habilidad de hombre de Estado y de diplomático, será considerado en el futuro, como una mentalidad superior a la de Napoleón, y en todos los puntos a la de Hitler"... ¡A cada paso exhibe un curioso liberalismo!

De Gandía se esfuerza a lo largo de su mamotreto por presentarse como un historiador novedoso y original, pero su cacareada concepción histórica, a pesar de su vocabulario estridentista, es la tradicional de los hispanistas reaccionarios, rellena de contradicciones y de malabarismos formales para ocultar el anquilosado y podrido régimen colonial. Pertenece, al igual que Jaime Eyzaguirre y Francisco A. Encina, en nuestro país, al grupo de historiadores preocupados de exaltar la España absolutista, atrasada, intolerante y enemiga de la democracia. Desde que se consolidó la independencia de América y se estructuró la República, se originó en España un movimiento hispanista tendiente a reivindicar y sobreestimar su obra en la formación de las naciones hispanoamericanas. A raíz del triunfo de la reacción clérigo-castrense en la guerra civil de 1936-39, se intensificó, porque sus características se avenían perfectamente con el régimen fascista de Franco. Sus rasgos comunes son: tradicionalismo hispanista, pro-catolicismo, anti- yanquismo y visión romántica del pasado imperial y colonial. Con Franco sus pretensiones han sido las de estrechar vínculos con América Latina y tratar de imponer sus atrasadas concepciones a través de una elevada exportación de curas y el estímulo a historiadores del estilo de los mencionados.

El problema educacional en Chile

ARAUCO N°20 septiembre 1961

I

Nuestra tradición educacional

En Chile se aprecia una valiosa tradición educacional y los asuntos relacionados con la enseñanza ocupan un sitio destacado en su evolución. Los asuntos educacionales han dividido con acritud a los ciudadanos y han distinguido con perfiles nítidos a las agrupaciones políticas históricas. No obstante, examinando a fondo su desenvolvimiento educacional sólo se encuentran cortos lapsos de verdaderos adelantos en medio de largos períodos de abandono, en los cuales la incuria gubernativa asombra y desconsuela. Pero en todas las épocas se yerguen grandes educadores, vigilantes atentos de la realidad nacional, de sus deficiencias y necesidades; propiciadores de ideas y reformas educacionales modernas, dirigidas a conjurar el atraso del país por medio de una amplia política educacional y a través de una finalidad realista de la enseñanza en conexión con los verdaderos intereses nacionales.

Los próceres del movimiento de la Independencia demostraron una fuerte aspiración por difundir las luces de la educación, poniendo grandes esperanzas en su poder emancipador. Uno de los cargos más

serios a la dominación española fue acusarla por su descuido y despreocupación por impulsar la enseñanza manteniendo deliberadamente a sus colonias en la sumisión y la ignorancia. Una vez afirmada la independencia, sus conductores pensaban que sólo la educación podría preparar al pueblo para el goce de la libertad y el cumplimiento de las responsabilidades republicanas. Manuel de Salas, Camilo Henríquez, Juan Egaña, José Miguel Carrera, José Miguel Infante, Bernardo O'Higgins... demostraron un interés constante por su desarrollo, dando vida a los primeros establecimientos educacionales del país. Una vez consolidada la República el desvelo por la difusión de la enseñanza se acrecentó: se acogió en forma calurosa a numerosos educadores extranjeros, tanto de los países latinoamericanos, como de las grandes naciones europeas; se fundaron numerosos colegios; en la Constitución de 1833 se estableció que "la educación pública es una atención preferente del gobierno" y, al mismo tiempo, afirmó su control al expresar que "habrá una Superintendencia de Educación Pública, a cuyo cargo estará la inspección de la enseñanza nacional y su dirección bajo la autoridad del gobierno".

Concepto del Estado Docente

En Chile, entonces, desde la organización de la República rigió el principio del Estado Docente, y la libertad de enseñanza proclamada en otro de los artículos de la Constitución Política se la entendió siempre como limitada: libertad para crear colegios e impartir enseñanza, pero fiscalización del gobierno a través de sus organismos en cuanto a planes, programas, certificados, títulos y grados. En el correr de los años, constituidos y diferenciados los partidos políticos, la cuestión educacional ocupó un lugar importante en sus programas. Mientras los conservadores miran la enseñanza con interés proselitista, orientada a formar la clase dominante privilegiada, apoyada en la Iglesia, con el propósito de mantener una sociedad aristocrática y católica; los liberales estiman que democracia y educación son inseparables y, por lo tanto, no se podían afirmar la una sin la otra. Según el pensamiento liberal, el ejercicio de la libertad se obtiene por medio de la educación, de la cultura. El desarrollo de ambas se traduce en el mejoramiento de las instituciones. Entonces, la educación debía ser obligatoria, gratuita y laica. Defiende la libertad de enseñanza, pero controlada y vigilada por el Estado. Los conservadores, en cambio, defienden la libertad de enseñanza con un contenido absoluto, rechazando toda intervención del Estado. La desean sujeta a la ley de la oferta y la demanda, como una mercancía cualquiera, de acuerdo con el criterio del liberalismo económico, bajo la libre iniciativa y la actividad privadas.

El liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX afianzó instituciones y normas jurídicas liberales. La proclamación de los derechos individuales y las libertades democráticas y, luego, consagradas en reformas de la Constitución y en diversas leyes, formaban la base de su concepción y actividad políticas. Y la educación debía difundirse para preparar hombres conscientes y responsables de sus deberes, ciudadanos amantes de la libertad y la democracia. Para la filosofía liberal, racionalista y laica, sólo tiene validez el individuo "en sí", sin nexo con el sistema de relaciones dentro del cual se desenvuelve. Le es suficiente la declaración formal de la libertad e igualdad, aunque en la vida real no tengan vigencia. Su concepción del Estado se limita a concebirlo como un órgano dedicado a velar por el cumplimiento formal de las leyes, el respeto de los derechos ciudadanos y de las libertades promulgadas en la Constitución, sin demostrar la menor atención a la justicia social y a la seguridad económica.

El Estado liberal se estructuró sobre principios abstractos, elaborados para un hombre aislado de la realidad social, y sus leyes concebidas como estructuras racionales fijas e inmutables, de una vez para siempre, como si la sociedad fuera inmóvil y no estuviera sujeta a continuos e incesantes cambios, le llevaban a afirmar y a creer como suficiente la formulación de los principios jurídicos para que éstos

operasen y asegurasen la justicia, la igualdad y la libertad. Gracias al liberalismo el país se articuló sobre instituciones democráticas formales y se extendió el culto a la norma jurídica, el apego a lo formal y el predominio de los abogados en la política y en la conducción del país. Dentro de la concepción liberal, la educación pone acento especial en el desenvolvimiento de los poderes intelectuales y reduce la tarea educativa a transmitir conocimientos elaborados, acumulándose en la mente del niño como en un receptáculo pasivo. De todos modos, fue valiosa su preocupación por el desarrollo de la enseñanza y su formulación y defensa del principio del Estado Docente frente a la presión reaccionaria del conservantismo y la Iglesia Católica.

II

La influencia de educadores latinoamericanos. Andrés Bello.

Es de sumo interés en la evolución de la enseñanza en Chile mencionar las doctrinas de algunos grandes educadores latinoamericanos avecindados en él y las bases para una reforma educacional de varias altas personalidades nacionales. Constituyen una demostración palpable de la permanente inquietud por tan decisivo campo de la actividad social y, a la vez, reflejan los contornos de la realidad educacional, de su extensión, defectos y necesidades frente a las exigencias perentorias del progreso.

En los años iniciales de la república conservadora, dos ilustres venezolanos se ligaron al desenvolvimiento cultural de Chile. Uno, contratado en forma especial, Andrés Bello, llegó al país en 1829, en plena madurez, y durante treinta y seis años (falleció en 1865) llevó a cabo una inmensa y múltiple obra. El otro vivió un largo período, al margen de la vida oficial, en diversos lugares de Chile, desempeñando varios oficios y siempre enseñando: Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar.[5]

Simón Rodríguez

Andrés Bello fue un maestro fecundo y el asesor de los gobiernos de la época. Su figura es demasiado destacada como para insistir en su labor. En cambio, la estancia y las ideas de Simón Rodríguez son menos conocidas. El notable maestro de Bolívar escribió y participó en muchas tareas. Es curioso su pensamiento por lo justo de su formulación democrática y lo realista de sus finalidades. Para Simón Rodríguez existe la obligación de enseñar y el gobierno debe ser maestro: generalizar la instrucción y asumir el gobierno las funciones de padre común en la educación es una necesidad que se manifiesta en nuestro siglo como se ha manifestado la necesidad de la vacuna". El Estado posee la obligación de dirigir la enseñanza, porque la iniciativa particular jamás puede atender las demandas educacionales y, sobre todo, porque es indispensable asegurar la organización de la comunidad alrededor de un mismo plan general de vida. Según Simón Rodríguez, la educación debe definir una filosofía de la vida, dar un sentido a la existencia y habilitar para la vida. La educación debe propender a la implantación de los ideales de libertad, justicia, solidaridad social y nueva moral. Debe preparar para el goce de la ciudadanía, como resumen de lo mejor de la condición humana, a través de cuatro especies de conocimiento: el saber social, sin el cual no hay nociones prudentes; el saber corporal, que permite constituir pueblos robustos y sanos; el saber técnico, que hace a los individuos expertos en algún oficio y capaces de ganarse en forma decorosa la vida y contribuyendo a un mejor bienestar; y el saber científico, que permite pensar correcta y objetivamente.

[5] Arribó en 1834. Ayudado por el Intendente de Concepción, José Antonio Alamparte, abrió un curso e imprimió su obra: "Las Sociedades Americanas". Años después pasó a Valparaíso, donde fundó una escuela.

El pensamiento de Simón Rodríguez, es una de las vertientes del programa democrático chileno, cuyo desenvolvimiento comienza desde el término mismo de la lucha por la independencia en pugna con el conservantismo colonialista.

Domingo F. Sarmiento. En Chile vivió, también durante largos años y, en gran parte, aquí se formó, desempeñando cargos de responsabilidad e influencia, el educador argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento fue un decidido campeón de la enseñanza primaria. Publicó su opúsculo "Educar al Soberano", donde exponía el primer deber de república: impartir enseñanza a las masas. Gobernar en Hispanoamérica es educar al soberano, o sea, al pueblo, fundamento de la democracia. Sarmiento tuvo oportunidad de llevar a la práctica sus ideas en calidad de primer Director de la Escuela Normal de Preceptores, fundada durante la presidencia de Manuel Bulnes.[6]

Educadores chilenos. Diego Barros Arana

Entre los maestros chilenos Diego Barros Arana, eminente historiador, se preocupó por modernizar el sistema docente del país, dándole un contenido científico y eliminando los dogmatismos anticuados para ponerla más a tono con los adelantos universales y con las aspiraciones, del movimiento liberal, del cual era uno de sus más brillantes representantes. Valentín Letelier, esclarecido sociólogo y educador, adepto al positivismo comtiano, se dedicó a fundamentar filosóficamente la educación y es quien mejor definió la teoría del Estado docente en sus diversas obras y en un discurso pronunciado el 16 de septiembre de 1888 en la Universidad de Chile. La educación es atención preferente del Estado y éste por medio de sus organismos adecuados es quien debe orientar y unificar la enseñanza nacional.

Letelier, Palacios y Venegas

Para Valentín Letelier, el Estado precisado por su propia destinación a mantenerse por encima de todas las sectas y partidos, está lógicamente forzado a adoptar y sostener un sistema general de educación pública, basado en una filosofía humana y realista puesto que de las distintas enseñanzas la única que aceptamos todos como verdadera, la única que no nos divide, es la enseñanza de la ciencia. El Estado debe aplicar, entonces, resueltamente su política docente. Nicolás Palacios, en su trascendental libro "Raza Chilena" publicado en 1904, cifra grandes esperanzas en la labor educacional para mejorar el pueblo y cambiar los destinos del país, sobre todo si se le da una orientación realista y técnica que habilite para la vida y la haga servir a los fines de incremento material de la Patria y de generación moral de la sociedad. Alejandro Venegas, educador de sobresalientes perfiles, conocido por su pseudónimo de doctor Julio Valdés Cange, en su valeroso y despiadado libro, "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", sombrío balance del país al cumplir su primer centenario de vida republicana independiente, somete a severa crítica la estructura económica, social, educacional y ética de Chile. Encuentra a la enseñanza carente de

[6] Otro argentino ilustre, Juan Bautista Alberdi, escribió en Valparaíso, en 1832, su obra trascendental: "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina", donde trata el problema del desarrollo y progreso de Hispanoamérica. Su lema ''gobernar es poblar" se refiere a la urgencia de transformar el ambiente mediante una civilización traída por sus miembros más dinámicos y no formalizada en los textos de la enseñanza sistemática.
Vivió varios años en Chile, en dos periodos distintos, el gran educador portorricense Eugenio María de Hostos. Aquí redactó algunas de sus obras más notables. Enfocó los problemas educacionales y llevó a cabo una amplia labor práctica como rector del Liceo de Chillán, en su primera estada, y en su segunda permanencia, desde su cargo de primer rector del Liceo Miguel Luis Amunátegui, creado durante la fecunda administración de José Manuel Balmaceda, uno de los lapsos de mayor avance educacional de Chile.

una orientación adecuada a las necesidades de la nación; plantea su reforma y reorganización en sus diversas ramas, en estrecha conexión con una serie de reformas en el plano económico, dándole preferencia a las de carácter agrícola, minero e industrial (no aprecia la comercial porque estima al comercio como a una industria de segundo orden, de intermediarios, de hombres improductivos). Sus críticas y orientaciones en aquella época fueron extraordinariamente justas y previsoras. Francisco A. Encina, máximo historiador de la actualidad en Chile, en dos libros publicados en 1912, "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el Liceo", critica la orientación errada de la acción económica de los gobiernos de ese entonces y de la enseñanza. A ésta la encuentra recargada de un intelectualismo artificial y de un absurdo desprecio hacia las tareas productivas y su resultado era la inferioridad económica de Chile. Encina aboga por la transformación de Chile en país industrial, según la acción directa del Estado y por un cambio fundamental en la orientación de la enseñanza, pues la estima un agente decisivo de transmutación y de ahí que pueda corregir las preferencias, contrarrestar las desviaciones y suplir los vacíos de la evolución nacional.

L. Galdames y E. Molina

La publicación de los libros de Encina coincidió con la celebración del Congreso de Educación Secundaria de 1912, donde se recogieron sus críticas y afirmaciones dando origen a uno de los debates más interesantes de la historia educacional chilena. El historiador y sociólogo, Luis Galdames, expuso un punto de vista realista y ecléctico frente a las posiciones tajantes de Encina, defensor de una orientación demasiado utilitaria en la enseñanza y de Enrique Molina, partidario de una finalidad demasiado humanista-intelectualista. (Enrique Molina, uno de los educadores de mayor labor e influencia en Chile, desarrolló sus posiciones en aquella época en dos libros: "La cultura y la educación general", 1912, y "Educación Contemporánea", 1914). En su libro "Educación económica e intelectual", de 1912, Luis Galdames, después de un estudio prolijo, llega a la conclusión siguiente: es menester una reforma educacional amplia y en especial de la rama secundaria sobre la base de la armonización, de una íntima unión, entre la tendencia intelectualista dominante y la nueva tendencia económica. Concibe la educación como un elemento de perfección y expansión de todas las facultades individuales, como un medio de conseguir la mayor suma posible de bienestar para el individuo, para la nación y para la especie. Debe amoldarse a las exigencias de la colectividad chilena, donde urge desarrollar la riqueza, explotar su inmensa masa de recursos naturales, crear una industria propia, que nos dé cohesión, energía y vitalidad permanentes.

Tancredo Pinochet Le-Brun

Escritor original y de gran espíritu nacionalista, en su obra "Oligarquía y Democracia", publicada en 1917, expone la calamitosa realidad educacional en la época de la república parlamentaria. Rinde homenaje al impulso educacional del gran presidente Balmaceda, derribado por las fuerzas oligárquicas, las cuales una vez en el poder detienen el progreso y estancan al país en la miseria y la ignorancia, derrochando en forma criminal los fondos del salitre. Comprueba la existencia de un enorme analfabetismo y en el campo abarca la totalidad de la población. La mayor parte de la nación vegeta en la ignorancia y sus miembros "no saben pensar, no saben sentir, no tienen ni el sentimiento de la dignidad humana. El país está por hacerse, las conciencias por formarse, la democracia por crearse". En el campo educacional, como en el de la vida en general, "la ignorancia se ha dejado sistemáticamente subsistir entre las clases pobres. En política educacional se ha legislado para el rico". Entrega datos fidedignos sobre la carencia de educación técnica, pues las escasas escuelas industriales, mineras y agrícolas

funcionan mal y no cumplen ningún papel. Los expertos solicitados por la industria, en cualquiera de sus ramas, es necesario importarlos. Al mismo tiempo, el sistema educacional está organizado para mantener y fomentar la separación de castas; la instrucción primaria posee una estructura independiente de la secundaria y superior. La primaria es para las clases pobres y éstas no se cuentan como chilenos. En resumen, "nuestra educación ha dejado inculta, analfabeta, a dos terceras partes de la población. Del otro tercio, a la inmensa mayoría le ha enseñado malamente el alfabeto. A casi nadie ha preparado para la vida del trabajo y de ninguno de nosotros ha hecho un verdadero ciudadano".

Darío Salas

Partícipe brillante en el congreso señalado, escribió un notable volumen, publicado en 1917, "El problema nacional", crudo balance de la atrasada situación educacional del país. Su aparición provocó sensación y contribuyó de manera decisiva a la dictación de la ley de instrucción primaria obligatoria en 1920. Darío Salas defendió con insistencia la vigencia de una enseñanza democrática y democratizadora, con un fin social y ético en lugar de uno estrechamente utilitario. Para él el objetivo de la educación en una sociedad democrática es el de lograr la eficiencia social, o sea, la educación existe en beneficio de la comunidad y pretende "hacer de cada hombre un factor de mejoramiento colectivo, habilitar a cada uno para prestar a la sociedad el mejor servicio que sus aptitudes le permitan ofrecer". Esta finalidad supone dos implicaciones: que las oportunidades de recibir enseñanza sean las mismas para todos; y que la educación prepare a cada uno para la participación correcta en la vida democrática, pues la participación de cada uno en el gobierno, la preservación de la libertad bajo la ley y las instituciones, requieren la ilustración de todo el pueblo. Así, la educación popular debe ser universal y obligatoria, costeada y dirigida por el Estado, común en cuanto sirve de base a la ciudadanía, adaptada a las aptitudes en cuanto es vocacional; que contribuya a mejorar la salud y aumentar el vigor de la raza; capacite para el trabajo productivo; desarrolle las virtudes sociales y haga de cada miembro de la colectividad un ciudadano y un patriota.

P. Aguirre Cerda

Presidente de la República en los años de 1938 a 1941 y cuya campaña se llevó a cabo bajo el lema de "Gobernar es educar", en su libro "El problema industrial", aparecido en 1933, enfoca en un sugerente capítulo el agudo problema de la enseñanza chilena. Ahí escribe; "Si observamos nuestra educación y las exigencias que la vida moderna impone al ciudadano, resalta el desacuerdo entre la orientación educacional y las necesidades sociales...Es un hecho indiscutido que el concepto económico es el predominante en la época presente y que para alcanzarlo se requieren aptitudes que es necesario desarrollar y fortificar dentro de las ideas que pueden contribuir a formarlo... El mundo económico marcha en el sentido de que cada país sea una gran empresa científico-industrial encargada del bienestar económico sin perjuicio de la libertad espiritual de los ciudadanos".

Los juicios reproducidos demuestran la permanente preocupación por la enseñanza de los grandes maestros chilenos, y aquellos formulados desde el comienzo de este siglo traducen, además, el grave divorcio existente entre la finalidad de la educación, muy humanista y abstracta, y las urgentes necesidades económicas y sociales del país, golpeando en forma dramática y exigiendo una atención pronta en vista del atraso material, de la dependencia económica, de la injusticia social y de la ignorancia imperantes.

III

La crisis de la post primera guerra mundial

Es un hecho indiscutible que, al término de la primera guerra mundial, hacen crisis total las ideas e instituciones liberales y su régimen parlamentario, en Chile, por no responder ya a las profundas transformaciones económicas y sociales ni a las necesidades y aspiraciones de las grandes mayorías nacionales. La crisis fue diferida algunos años por la dictadura militar, pero desde 1931 se reabrió con mayor profundidad y desde entonces el país sufre un trastorno sin solución hasta el presente.

Algunos aspectos de esta crisis son los siguientes: aumento importante de la población, repartida desigualmente en el país y con tendencia a concentrarse en la capital, Santiago, provocando su desarrollo desmesurado, un centralismo agobiador y una enorme burocracia; considerable crecimiento de una clase media emprendedora y ambiciosa; formación y ascenso violento de un proletariado numeroso, con una capa de obreros calificados constituida en desmedro del artesanado, en vías de desaparecer; auge de la industria fabril e intensificación de la penetración imperialista en las industrias extractivas, amarrando la economía nacional al salitre y cobre en calidad de factoría de los monopolios internacionales y determinando, como contrapartida, la formación de una conciencia anti-imperialista; atraso de la economía agraria y carencia de una industria pesada; mejoramiento e incremento de los medios de comunicación y de transportes influyendo en la transformación de las costumbres; exceso de sectores parasitarios (oligarquía plutocrática, burocracia, fuerzas armadas e iglesia); retraso de la educación con principios orientadores fuera del desafío histórico, con una organización burocrática pesada, una evidente detención en su desarrollo primario y técnico y una gran masa escolar sin escuelas.

Una juventud sin destino

El panorama reseñado explica el desajuste violento del país, su estancamiento y atraso y la carencia de destino para las nuevas promociones juveniles, las cuales vegetan sin ocupación ni esperanza. Ante el fracaso del individualismo liberal para remediar los males del país, y su exacerbación a causa de su desenvolvimiento caótico sin plan ni concierto, surgen las tendencias socialistas con una idea más social del hombre y una concepción más real de la colectividad, y de la nación. No basta reconocerle al individuo su igualdad y libertad en la constitución, dejándolo abandonado a sus propias fuerzas sin un mínimo de seguridades económicas, sociales y educativas. De esta suerte, no puede vivir con dignidad ni ejercer sus derechos políticos, ni disfrutar de las libertades, pues permanece aplastado por el temor, la inseguridad y la miseria.

La esencia del socialismo

En su esencia, el socialismo, levanta el viejo ideal de dar libertad, justicia y dignidad humana al hombre común. Plantea un nuevo concepto del Estado, involucrando estos rasgos: es socialista y democrático, exalta la personalidad humana y las potencialidades individuales y, al mismo tiempo, afirma los derechos de la comunidad; e impugna todo totalitarismo. En el fondo, exalta la ecuación individuo-colectividad como interdependientes, reconcilia hombre y comunidad, para afianzar la libertad y el progreso, la justicia y el bienestar.

Desde el punto de vista de la concepción socialista, la enseñanza humanista-intelectualista, de letras, opuestas a la formación técnica y profesional, es de prosapia aristocrática, dada a grupos de individuos de recursos y dotados de una inteligencia superior. Su criterio estrecho no guarda relación con las necesidades de la época y hoy día junto con educar al individuo y capacitarlo para desempeñar un rol útil

en la colectividad debe ayudar a la comunidad a desarrollar formas de vida superiores. En Chile, desde un punto de vista jurídico, formal, la educación ha experimentado una democratización y ha pasado a ser un derecho de todos, y no un privilegio, pero en la práctica siempre persiste una gran limitación en su desarrollo y una gran separación de clases. Por eso, con el objeto de evitar la contradicción entre un sistema supuestamente democrático y en la realidad todavía aristocratizantes, y el fin más amplio de una educación popular, es urgente adaptar la enseñanza a la revolución social, económica y política desatada en esta época y exaltadora de las masas al primer plano de la vida.

La educación es un proceso integral

Una educación democrática y socialista, según la conciben los educadores chilenos, de acuerdo con las exigencias del mundo actual, debe perseguir propósitos renovadores. Debe ser definida y entendida como un proceso de desarrollo, uno y múltiple a la vez, de desenvolvimiento interior y de integración a la comunidad, de adaptación social. La educación es un proceso integral donde se acogen los intereses y necesidades de los niños y adolescentes y en un ambiente de libertad y comprensión se propende al desenvolvimiento de una personalidad armoniosa. O sea, debe ser enfocada como un todo, desde la infancia a la edad adulta, y debe dar a todos un mínimo de conocimientos teóricos y prácticos, indispensables para vivir en una comunidad industrial moderna. A la vez, debe desarrollar todos los aspectos del hombre, equilibrando la tendencia actual a la especialización y a la fragmentación de la vida y de la personalidad humana. Debe desarrollar, además de la personalidad individual, la personalidad social: capacidad de pensar y actuar con independencia, sentido de las responsabilidades sociales y del servicio de la comunidad. Es decir, formar hombres capaces de llenar y cumplir las diversas tareas ineludibles en la vida plena de toda sociedad. Debe ser igualitaria, preocupándose de todos los niños y persiguiendo la igualdad social, para eliminar las diferencias clasistas e impedir la creación de castas separadas. Debe dar posibilidades de formación superior, universitaria o de otro tipo, a todos quienes posean condiciones o capacidad de sacar provecho en los diversos dominios de la enseñanza superior técnica, científica, literaria. Y es el Estado el único capaz de asegurar una enseñanza libre, igual para todos, sin discriminación de clases, riqueza y religión; sólo él puede mantener un sistema democrático de educación. La educación es un servicio público, cuya extensión y trascendencia son vitales para la nación, y es al Estado, legítimo representante de la colectividad, a quien corresponde asegurar la solidaridad entre las diversas partes de la comunidad y por medio de la educación impulsar la convergencia y armonía de todos los esfuerzos creadores al servicio de los intereses colectivos del pueblo, del progreso de la nación. Sólo de acuerdo con los objetivos indicados, la educación pública puede contribuir al trabajo productivo, al desarrollo económico y al progreso científico y técnico del país, al mejoramiento espiritual y ético del hombre y la sociedad; a la emancipación económica y al fortalecimiento de la comunidad patria.

La educación y la realidad nacional

Ante la gravedad de la situación educacional chilena se está abriendo paso un criterio técnico, por encima de las luchas partidistas, dirigido a conseguir una política educacional moderna, partiendo del reconocimiento de un hecho primordial: la educación y la acción pedagógica no dependen de intereses de grupos, de partidos o de sectas, sino del estudio objetivo de la realidad nacional, de sus realidades y necesidades con el alto propósito de definir y concretar los ideales y aspiraciones de la colectividad chilena, a los cuales debe responder el sistema educacional; de la elaboración cuidadosa y ajustada de programas de desarrollo educativo (planes de estudios y programas de materias), y de la ejecución firme

y atinada de ellos. La educación, el sistema escolar, debe ser ajena al sectarismo y a los vaivenes de la política partidaria, engendradores del personalismo y de la estratificación burocrática, con una estructura flexible, que se adapte a las transformaciones y cambios producidos en el seno de la sociedad nacional y así impedir su desajuste y anquilosamiento. La escuela debe estar en permanente contacto con la vida del país y ser el reflejo, la expresión de ella, porque existe no sólo para resolver el problema pedagógico que plantea la necesidad de educar al individuo sino, en especial, para ayudar a la comunidad a desarrollar formas de vidas nuevas y mejores.

El proyecto de reforma de Eugenio González Rojas

En tal sentido, uno de los proyectos más interesantes de reforma educacional, en Chile, con vista a abrir un período de reajuste y cambio, en transición hacia una completa reorganización, se debe al brillante catedrático Eugenio González Rojas, actual Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, y presentado al Senado de la República cuando era el representante de la provincia de Santiago, (1949-1957).

Sus grandes líneas de fondo son: Su base filosófica tiende a acentuar el valor de la persona humana y la dignidad del trabajo productor, como fundamentos del orden democrático; su estructura tiende a simplificar los servicios técnicos y administrativos, adaptada a las necesidades de la sociedad chilena y a las orientaciones de la educación científica; su organización establece el carácter orgánico de la educación nacional, que debe desenvolverse como unidad funcional de las actividades preescolares hasta los estudios universitarios, sin perjuicio de su descentralización administrativa y técnica de acuerdo con las zonas geográfico-económicas del país. Para dar forma práctica al principio de correlación entre las diversas ramas de la enseñanza se establecen las unidades educacionales sobre la base de las ya existentes y de las que se irán creando, para impartir bajo una misma dirección la enseñanza primaria, media y profesional, a objeto de simplificar el mecanismo administrativo y técnico; aprovechar mejor los medios de trabajo y realizar una amplia labor de extensión cultural en las respectivas localidades; contempla la educación sistemática y la educación extraescolar. Para los fines de la descentralización administrativa establece Directores y Consejos locales y la representación genuina del profesorado en funciones; como organismo máximo se constituye la Superintendencia de Educación donde participan personeros del magisterio; para asegurar la independencia de la función docente del Estado se asigna al Ministerio de Educación un carácter técnico; y para la formación del profesorado de todos los servicios se establece que será preparado por las Escuelas de Pedagogía dependientes de la Universidad de Chile.

Desgraciadamente, los Poderes Públicos no dieron menor acogida al Proyecto del senador Eugenio González y el sistema de enseñanza chileno ha continuado vegetando sumido en el atraso y el caos, contradiciendo su carácter democrático formal, pues no se respeta en la práctica el principio de igualdad de oportunidades para todos y se amenaza desde varios ángulos el principio de la libertad de pensamiento.

IV

Estado actual de la educación chilena

Después de las consideraciones expuestas conviene reducir a cifras escuetas el estado de la educación chilena. A este respecto, y con el propósito de entregar un cuadro objetivo, sintetizaré los resultados del magnífico estudio verificado por Erika Grassau y Egidio Orellana (ex-Director del Instituto Pedagógico de

la U. de Ch), publicado por el Instituto de Investigaciones Pedagógicas (sección Estadística), con el título "Desarrollo de la educación chilena desde 1940".

La población escolar menor de 15 años alcanza a 1.400.000, con un 71% matriculado en las tres ramas de la enseñanza. Un 29% no recibe instrucción; así, unos 400.000 niños se agregan a las filas de los analfabetos. De cada 100 alumnos primarios sólo 33 egresan del sexto año. Es decir, un 67% de escolares primarios se incorporan al trabajo con una educación elemental, engrosando la masa de los semianalfabetos.

En 1940, el alumnado total de las escuelas primarias fue de 524.125, y en 1957, de 880.458, lo que significó un 68% de aumento con respecto a 1940, a base de un crecimiento medio de 3%. En 1940, la enseñanza primaria fiscal abarcó 420.796, el 80,3% del alumnado; y en 1957, 594.687, el 67,5%, con un 41,3% de aumento. La enseñanza primaria particular pasó, en el mismo lapso, de 103.329, (19,7%), a 236.771, (32,5%), con un aumento de 176,6%.

El ritmo actual de crecimiento y desarrollo favorece a la enseñanza particular y, si continúa la misma tendencia, ésta seguirá ganando terreno. En cuanto a la proporción de hombres y mujeres, en la población primaria es de un 51% y 48%, en 1957, y tal proporción se ha mantenido en todo el período considerado, (1940-1957).

En la enseñanza media (Liceos y enseñanza técnico-profesional de grado medio: Institutos Comerciales, Escuelas Industriales, Escuelas Técnicas), se presentan datos de mucho interés:

A. Educación secundaria

	Núm. De alumnos		Aumento	Aumento
	1940	1956	total	medio anual
Fiscal	28.009	70.685	152,3%	5,3%
Particular	16.046	42.910	167,4	6,2
Total	44.055	113.595	157,8	5,6
Hombres	24.245	55 093		
Mujeres	19.810	58.502		

La tasa de crecimiento para varones ha sido de 4,2% y para niñas de 6,5%. El fenómeno acusa un aumento rápido del alumnado femenino y su mayor velocidad de crecimiento puede conducir a un predominio marcado del elemento femenino en los Liceos.

B. Educación Técnico-Profesional

	Núm. de alumnos		Aumento	Aumento
	1940	1956	total	medio anual
Fiscal	29.833	70.663	136,9	
Particular	2.527	8.273	227,4	

Total	32.360	78.936	143,9	5,5

Aunque el ritmo de crecimiento en los técnicos-profesionales particulares ha sido más rápido que en los fiscales, su población es muy reducida con respecto a la de los establecimientos fiscales.

C. Enseñanza universitaria

	Núm. de alumnos		Aumento	Aumento
	1940	1956	total	medio anual
U. de Chile	6.040	13.919		
Universidades particulares	1.806	5.320		
Totales	7.846	19.239	145.2	7.1

Se aprecia una mayor velocidad de crecimiento del alumnado de las Universidades particulares.

Hombres	5.877	11.1364
Mujeres	1.969	7.565

Se advierte una fuerte tendencia del elemento femenino a crecer con mayor velocidad que el masculino, en el alumnado universitario.

PORCENTAJE DE SUPERVIVENCIA

A. Alumnado primario

Curso	1940	1948
1° Año	100,0	100,0
2°	58,8	63,0
3°	49,0	51,1
4°	33,7	39,1
5°	22,6	29,5
6°	16,3	22,9

De cada 180 niños que ingresan al I año sólo la mitad al III año y al VI año alcanzan 20%. El 88% se pierde en el transcurso y no completa sus estudios primarios. Por otra parte, de los finalistas sólo una parte, el 57%, pasa al Liceo o a las escuelas profesionales. La otra porción no estudia más.

B. Alumnado secundario

Curso	1940	1948
1° Año	100,0	100,0
2°	73,8	84,6

3°	56,8	64,7
4°	44,6	54,0
5°	31,9	40,4
6°	23,1	30,7

La mitad se pierde antes de ingresar al segundo ciclo; al VI año sólo llega poco más de la cuarta parte y de ésta el 55% aparece en la Universidad.

Sistema excesivamente intelectual

Al estudiarse la composición de la población escolar total se revela que el 91% sigue estudios generales de carácter puramente humanista (escuela primaria y liceos) y 9% enseñanza técnico-profesional y universitaria. O sea, el sistema educacional chileno es excesivamente intelectual y sólo una mínima parte de su población escolar "recibe una preparación especializada que los habilite para ganarse la vida y los capacite para participar en la vida económica de la nación".

Presupuesto. En cuanto al crecimiento del de educación presupuesto total de la educación para apreciarlo en su justa realidad es necesario compararlo con el ingreso total y fijar su porcentaje dentro del Presupuesto nacional. Entre 1940 y 1955 el Presupuesto de Educación no ha correspondido siempre a un mismo porcentaje del ingreso nacional. En 1940 fue del 1.8% y en 1955 del 1.4%, fluctuando durante todo el período entre 1.4% y 2.7%.

En cuanto a la cuota del Presupuesto nacional se observa la misma variabilidad. Ha oscilado entre el 19.2%, en 1948, la cuota más alta; y el 115%, en 1955, la cuota más baja.

También queda en claro que ha existido en las esferas de gobierno una acción en favor del incremento del aporte fiscal al sostenimiento y desarrollo de la enseñanza particular en sus ramas primaria, secundaria y profesional. Entre 1940 y 1958 un 854.9% de aumento, es decir, un aumento medio de 47.5% anual. En el campo universitario ha sido mucho mayor. Desde 1942, cuando se Inició la ayuda, hasta 1958, aumentó de E° 890.000 a 1.770.040.000, un crecimiento de 3.614.1%, con un ritmo medio anual de 207.5%. Los aportes fiscales de la enseñanza particular, en porcentajes del presupuesto total de educación correspondiente a cada año, han oscilado alrededor de un 3% entre 1940 a 1951. A partir de 1952 se elevaron por encima del 10% y en 1957 llegaron a un 146%.

Según el censo de 1952, la población en edad escolar, de 7 a 14 años, era de 1.103.132 y de esa cantidad no recibían educación 321.789 niños, el 29.2%. Junto a una grave inescolaridad se apreciaba otro hecho no menos grave: el trabajo prematuro de un alto porcentaje de niños.

Analfabetismo. De la población entre 15 y 19 años, ascendiente a 571.883 personas, todavía cursaban estudios primarios, 38.351; secundarios, 59.328; profesionales, 33.410; y habían iniciado estudios universitarios, 4.973; en total, 136.067, el 23,8%. Un remanente de 435.762, el 76.2%, no asistía a ningún establecimiento. Además, de ese total, 79.533, el 13,9%, eran analfabetos. Sólo 268.876 habían ingresado a la población activa y 161.886, el 29.2%, no estudiaban ni trabajaban. En resumen, existe un alto porcentaje de analfabetos en edad en que no debían estarlo; una alta cuota que ingresa a actividades económicas sin preparación adecuada; y hay una cifra pavorosa de adolescentes sin labor

socialmente útil. Este fenómeno trágico se atenúa en parte por el hecho de que las personas que no trabajan ni estudian son mayor en las mujeres que en los hombres.

La población de 20 años y más, alcanzó a 3.131.498, de los cuales apenas 39.752, (1.3%), asistían a algún establecimiento educacional. Respecto de su nivel educacional; 20.7% era analfabeto; 54.8% poseía estudios primarios; 16,7.4% estudios secundarios; 2.8% estudios profesionales; 2.3% estudios universitarios; 1.3% continuaban estudiando; y 1.7% sin datos.

Las conclusiones de estas cifras: alto porcentaje de analfabetos; nivel educativo muy bajo para el resto; y escaso grado de preparación profesional.

El estudio de Erika Grassau y Egidio Orellana pone de relieve varios males en la realidad educacional chilena: 1. Grave inescolaridad infantil. 2. Escaso desarrollo de la educación profesional. 3. Una educación superior (universitaria) muy concentrada en el campo de los servicios, haciéndose urgente extenderlas en ramas de la actividad económica. 4. El Presupuesto de educación, a pesar de haber crecido, es insuficiente para atender las necesidades educacionales. 5. Carencia absoluta de una planificación educacional.

Locales y equipo para la enseñanza

En la enseñanza primaria y normal existen 3.841 locales de propiedad fiscal o arrendados, con sólo un 15% en buen estado; en la enseñanza secundaria, 118 locales con un 35% en buen estado; en la enseñanza agrícola, comercial y técnica, 91 locales, con un 20% en estado de conservación.

En la rama de la enseñanza primaria y normal trabajan 25.120 profesores, de los cuales 14.433 carecen de títulos; en la rama secundaria, más de 4.000 profesores, de los cuales, en términos imprecisos, habrá más de un 30% sin título profesional. En la rama agrícola, comercial y técnica ocurre otro tanto, es decir, un elevado porcentaje de sus maestros no posee estudios pedagógicos.

¿A qué se debe esta situación? La carrera de profesor en Chile no ha sido estimulada económica, social y culturalmente. El profesor está mal rentado y, al mismo tiempo, es expoliado por los horarios excesivos. En tal forma, a las escuelas pedagógicas no se incorporan los alumnos mejor dotados intelectualmente, porque los más capaces buscan carreras con más y mejores posibilidades económicas. Un profesor primario obtiene en su primer año de trabajo alrededor de $ 50.000 líquidos, (50 dólares), y un profesor secundario, (con 5 años de estudios universitarios), si posee horario completo, (36 horas semanales de clases, el doble de los horarios existentes en los países adelantados) un poco más de $ 80.000 líquidos, (80 dólares). Son cifras irrisorias de por sí y más en un país de vida tan cara como es Chile, en permanente inflación. El hecho de consignarlas produce vergüenza y ellas expresan en forma brutal la condición miserable del profesorado chileno y el atraso educacional del país.

V

Las graves deficiencias actuales

La enseñanza democrática, en Chile, no ha logrado afirmarse y ha quedado rezagada ante el avance de las necesidades y exigencias de la sociedad moderna. Si puede exhibir algunas grandes realizaciones y en el siglo pasado y primer cuarto del presente, comparativamente, demostrar un gran impulso; en el presente denota deficiencias graves. Las analiza en forma científica el sociólogo Eduardo Hamuy, en su

pequeño, pero substancioso libro: “Educación elemental, analfabetismo y desarrollo económico”, de reciente aparición. De acuerdo con su examen las fallas más resaltantes de nuestra educación son:

Un 30% de niños en edad escolar no concurren a la escuela primaria, aumentando el analfabetismo; un tercio de los niños que concurren a la escuela la abandonan antes de cumplir dos cursos completos engrosando la masa de los semianalfabetos; sólo un tercio llega al 6° curso y los desertores, en general, son de bajo nivel económico; el sistema escolar primario, entonces, sirve al tercio de los alumnos, los de mayores recursos económicos, lo cual le asigna aun a la escuela primaria un carácter selectivo y anti-democrático, ayudando a acentuar las formas de desigualdad social; en el sistema educacional chileno tienen las mejores oportunidades educacionales los niños de las familias urbanas de nivel económico alto y medio, quienes ingresan a las preparatorias anexas de los liceos y a los colegios particulares (constituyen luego el alumnado universitario y la clientela de la burocracia nacional); los niños del área rural, hijos de inquilinos y peones, poseen mínimas oportunidades educacionales; la división social existente se agrava con la marcada escisión entre las áreas urbanas y rural, pues en la estructura rural, donde las relaciones de propiedades son serviles y la sociedad muy tradicional, el rol de la escuela es ínfimo, por cuanto su agricultura atrasada exige una actividad económica de inquilinos, peones y pequeños propietarios muy primitiva, rutinaria y orientada hacia la mera subsistencia elemental; en la estructura educacional chilena, además, el sistema de educación particular es distinto del fiscal.

El sistema particular, se ha desarrollado en el área urbana, mientras el fiscal es urbano y rural; el sistema particular atiende a los sectores de nivel económico alto y medio, en cambio el sistema fiscal se concentra en los sectores medio y bajo. Al sector particular no le interesa atender a los sectores socialmente débiles y, sin embargo, recibe sustanciosas subvenciones fiscales, lo cual entraña una descomunal injusticia y un aberrante privilegio; un número insignificante, de escuelas técnicas, lo cual desvincula a la juventud de la producción; un liceo un tanto atrasado con respecto a la realidad nacional y orientado únicamente hacia la universidad; carencia de locales e instalaciones escolares adecuados; alto porcentaje de profesorado mal preparado, sin títulos pedagógicos; bajísima renta del magisterio y exceso de horario, lo cual suma la expoliación intelectual a la miseria económica.

Los hechos indicados se agravan en vez de solucionarse por el crecimiento demográfico, el proceso de industrialización y urbanización, los profundos cambios económicos y socio-culturales y la presión de los grandes inventos y progresos científicos y técnicos.

La responsabilidad de gobiernos ineptos

Al plantear lo anterior, los enemigos de la enseñanza democrática y laica, deducen un criterio contrario a la educación pública y a ella achacan los fenómenos señalados (serían consecuencia del fracaso de la educación fiscal) en vez de denunciar el abandono en que los gobiernos incapaces la han dejado y el retroceso consiguiente por la presión de los grupos dogmáticos y obscurantistas, transitoriamente encaramados en el poder o con gran influencia en él. No ha fracasado la educación pública, sino quienes desde el gobierno han descuidado su desarrollo, negándole los estímulos y recursos indispensables para ponerla a tono con las nuevas necesidades sociales (planes racionales enchufados en la realidad nacional, aumento del número de escuelas, preparación eficiente del profesorado y mejoramiento de sus condiciones materiales y económicas) desperdiciando y aniquilando en cada generación vastos contingentes juveniles, en quienes residen las energías, el vigor y la fe para mejorar el país.

La ofensiva contra la escuela pública

Los gobiernos últimos no han sabido elevar al primer plano el problema educacional. A su descuido se agrega la ofensiva tenaz en contra de la escuela pública, en nombre de la libertad de enseñanza, realizada por los sectores reaccionarios con el anhelo de reconquistar la dirección ideológica de la sociedad, llegar a su dominio político y retornar a la escolástica y el Medioevo.

Esta lucha, como en los diversos países donde se plantea, es la contienda entre los elementos tradicionalistas y retrógrados, partidarios de la escuela privada, de la escuela religiosa, de la enseñanza confesional, en contra de los partidarios de la escuela pública y de la enseñanza laica. El ataque persigue debilitar la educación pública, democrática y laica, para fortalecer la enseñanza particular en poder de la Iglesia Católica y de la clase privilegiada y, a la vez, para obtener mayores recursos del Estado y con ellos fortalecer su acción contraria a las conquistas democráticas.

Se da la paradoja de que los partidarios de la libertad de enseñanza se afanen por destruir la fiscalización del Estado, pero, al mismo tiempo, que éste la remunere y financie. Toda su acción tiende a obtener una enseñanza libre, no fiscalizada por la Nación pero subvencionada por ella, enarbolando los principios de la tolerancia, de la convivencia democrática y de la libertad. Realizan justo lo señalado por el gran crítico español Andrenio, cuando escribía: "Los partidarios de la tolerancia la mantienen como un acto de consecuencia con su doctrina y como otro acto de consecuencia reclaman la tolerancia de sus adversarios. Aprovechan sus tesis y la del contrario".

Si la educación privada se independizara de las normas de la legislación se transformaría en pública, asimilada al Estado y convertida, en oficial, de donde resultaría esta aberración: la enseñanza particular dejaría de ser particular para convertirse en pública explotada por particulares que el Estado financiaría y sustentaría.

Los educadores democráticos chilenos defienden el Estado Docente, oponiéndose a la libertad absoluta, no fiscalizada, porque a su sombra se mueven las fuerzas dogmáticas, sectarias y retrógradas; y combaten el monopolio total, porque él supone organizar a la enseñanza como instrumento político e ideológico del Estado, como instrumento para dominar.

La educación pública fortalece la verdadera democracia

La educación pública es la única dueña, a pesar de sus limitaciones en la realidad, de un espíritu democrático y, por eso, es la única que puede extender y fortalecer la democracia. Por ser gratuita sirve a todos sin distinción de clases, razas, creencias y posiciones. Es contraria a todo distingo, separación o antagonismo y ajena a cualquier imposición de pensamiento político, religioso o sectario. La enseñanza pública necesita, no su debilitamiento, sino su perfeccionamiento, su mejoramiento, su avance.

Sólo la enseñanza pública, del Estado, puede en esta época abarcar a toda la población en edad escolar y llevar a cabo una definida política nacional de educación, a través de la escuela democrática, universal, obligatoria, gratuita, asistencial, integral y progresiva, o sea, organizada en forma de administrarla a todos sin distinciones de ningún orden y las ramas primarias, secundaria y profesional comunes, orientadas a preparar al hombre eficiente para el trabajo y la convivencia democrática, armado contra los errores, los prejuicios y los fanatismos. En este sentido, anti-dogmática y des-fanatizadora para liberar al hombre de todo lo que entrabe el libre juego del razonamiento científico. Fundada, entonces, sobre el espíritu de libertad y el respeto a la persona humana; desenvolviendo la conciencia nacional y el sentimiento democrático, al servicio de los planes económicos; despertando y fortaleciendo el amor a la

patria; creando la conciencia de responsabilidad profesional y cívica y las condiciones de una disciplina consciente; estimulando la amistad y la unión entre los pueblos; obligatoria y gratuita en todos sus grados y de tal manera llegue a ser, efectivamente, igualitaria.

La política educacional democrática debe atraer a la escuela a todos los niños de edad escolar (la inescolaridad es por falta de escuelas y, en general, por la explotación del trabajo infantil a causa de la miseria de las clases bajas) y retenerlos durante todo el lapso de la obligación escolar; debe organizar la escuela con seis cursos por lo menos y con su contenido programático adaptado a las necesidades ocupacionales de la población, íntimamente ligada a la comunidad; y asistencial, que ayude a la elevación efectiva del nivel económico y cultural de la familia del niño, y en el campo, una acción educacional Integrada en un plan de desarrollo general y de cambio de su estructura económica y social.

La función de la escuela rural

El Estado, como anota el sociólogo E. Hamuy, puede convertir a la escuela rural en factor dinámico del desarrollo económico, porque orientada adecuadamente puede alterar el sistema tradicional de la organización rural, elevando niveles de aspiración, creando nuevos valores y motivaciones y aumentando el grado de racionalidad de la acción económica de los campesinos. La enseñanza pública, además, es integral, destinada a la formación del niño, del adolescente y del joven, asegurándole el mayor desarrollo de sus facultades físicas, morales, intelectuales y artísticas; funcional, en cuanto sus contenidos y sus formas surgen y se nutren en las realidades económicas, sociales y culturales de la colectividad; y progresiva, porque busca las formas más deseables de convivencia, los procedimientos más adecuados para ajustarse a los cambios sociales, los recursos más valiosos y los instrumentos más perfeccionados para conducirla.

La literatura yugoslava y su gran novelista, Ivo Andric

ARAUCO N°21 octubre 1961

Las características específicas de la actual creación literaria en Yugoslavia traducen las particularidades originales de su proceso histórico contemporáneo. El pueblo yugoslavo libró una terrible lucha de liberación nacional en contra del despiadado invasor nazi, y, al mismo tiempo, verificó una completa transformación social, destruyendo el viejo orden feudo-capitalista. Yugoslavia es el único país de la Europa oriental en donde se produjo una profunda revolución popular. Es decir, el pueblo en armas dio vida a su nuevo régimen. En los demás Estados el ejército soviético impuso los gobiernos comunistas.

En el curso de la guerra, dos países, Yugoslavia y Polonia, desataron un movimiento de resistencia que abarcó toda la vida nacional. En Polonia dirigió y encarnó la resistencia al fascismo invasor el “Ejército del Interior”, no comunista, alcanzando la cima del heroísmo en el formidable levantamiento de Varsovia. Las tropas hitlerianas, a la vista del ejército soviético, destruyeron las fuerzas patriotas después de una batalla encarnizada. En esa forma dejaron el camino libre a las divisiones rusas y éstas, sobre las ruinas de Polonia resistente, impusieron su gobierno soviético.

En Yugoslavia fueron los partisanos, acaudillados por Tito, quienes sostuvieron la lucha implacable contra el cruel invasor y sus aliados internos. La Yugoslavia resistente se reconocía, exclusivamente, en sus guerrilleros titoistas. A lo largo de cuatro años combatieron con heroísmo sin igual rechazando siete ofensivas germano-italianas y, finalmente, liberaron su territorio nacional con sus propias fuerzas. Por la razón señalada, la época de la guerra de liberación, la lucha de los partisanos, es el tema de

innumerables relatos y poemas de la nueva literatura. Por otra parte, muchos de sus escritores militaban en el Partido Comunista desde antes de la guerra y por esa causa sufrieron persecuciones y encarcelamientos. Ya en aquellos años de entre las dos guerras, crearon una literatura de rebelión anticipándose al "neo-romanticismo realista" de la época reciente, como visión barroca de un mundo en descomposición en la obra de Andric y Krleza, y como poesía surrealista en Oskar Davico, Dusan Matic y Vasko Popa. Estos escritores a pesar de sus orígenes burgueses, se unieron al movimiento revolucionario por una exigencia de verdad y de sinceridad.

Actividad literaria de postguerra

Cuando triunfó la revolución y estableció el nuevo régimen, el gobierno tuvo el acierto de no inmiscuirse en el campo literario y artístico. No siguió el camino de la URSS, bajo el sistema de Stalin, apoyado en una política oficial de intervención, en el campo de las letras, artes, teatro y música, por medio de severas normas de creación, en el fondo y en la forma, subyugando a todos sus escritores, artistas e intelectuales, a una humillante y férrea dictadura. En Yugoslavia, por el contrario, su nuevo régimen impulsó la actividad literaria y artística, experimentando un gran florecimiento. Ha existido la más completa libertad de creación, tanto en lo referente al contenido como en lo tocante a la forma de las obras. En la reunión plenaria de la "Unión de Escritores Yugoslavos", celebrada los días 10 y 12 de noviembre de 1954, el escritor Marko Ristic definió el criterio orientador de la actividad literaria. Según sus conceptos, el escritor y, en general el intelectual, no puede moverse sino en la línea de su convicción personal. Todo lo demás es oportunismo, cálculo o, en el mejor de los casos, pragmatismo. Y si esta convicción está moralmente fundada y es justa, la línea en la cual se mueve corresponderá en forma natural, sin violencia, ni presión, a las aspiraciones y anhelos de las fuerzas sociales más progresistas.

El mismo Ristic, agregó algo definidor de la responsabilidad de los escritores yugoslavos de hoy: encontrar las formas iniciales de una nueva cultura, al mismo tiempo popular (es decir, humana) y refinada (es decir, de élite) que contenga, superadas y realizadas, todas las adquisiciones de la Humanidad. Y la historia ha querido, continúa Ristic, que un pequeño país balcánico, atrasado, juegue en la génesis de esta memorable determinación y elaboración de una nueva cultura humanista el rol de catalizador.

En Yugoslavia son los escritores y artistas quienes discuten, juzgan y deciden sobre los problemas de la creación artística y literaria. No existe la menor imposición estatal; numerosas revistas salen a luz en las diversas repúblicas y a su alrededor se agrupan poetas, novelistas y ensayistas. El principio del respeto del mundo interior del hombre y el reconocimiento del derecho a la libre expresión de la emoción y del pensamiento, de su visión del mundo y de su relación con la realidad, son aplicados ampliamente, y de aquí surgen la riqueza y la potencia de su literatura y arte actuales.

La experiencia de la literatura yugoslava "muestra que la libertad creadora no puede perjudicar ni a la literatura ni al socialismo".

Con respecto al clima cultural en Yugoslavia, son innumerables los testimonios favorables. Por ejemplo en una crónica de junio de 1958, el escritor francés Armand Gaspard, expresa: "Estoy convencido, después de dos recientes viajes de estudios en Yugoslavia, que reinan ahí, en el dominio de las artes y de las letras, condiciones propicias para su desarrollo y un ambiente que permite al artista o al escritor expresarse sin coerción".

La extensión de la libertad cultural en Yugoslavia se puede medir también, por la difusión de las obras de las democracias occidentales. Todos los libros de los autores colocados en el índex soviético, como Camus, Malraux, Joyce, Upton Sinclair, Kafka, T. S. Eliot y Sartre, son muy leídos y apreciados en los medios literarios. Faulkner y Hemingway están en boga. El tiraje de las obras de Faulkner es, proporcionalmente, más elevado que en los Estados Unidos. En cuanto al teatro, se representan obras de Anouilh, Sartre, Henry James y Ionesco. Las obras de la época post-estaliniana en Polonia, como las de Hlasko y Wazyk, encuentran una acogida calurosa. De la literatura de la URSS, la novela "No sólo de Pan...", de Dudinsev, logró comentarios favorables. Un semanario de Belgrado publicó extractos del "Doctor Yivago" de Pasternak, y se publicó su obra "Salvoconducto" aparecida en 1935, en la URSS.

II

Desarrollo de la literatura yugoslava

La literatura yugoslava posee un rico pasado. Pero, tal vez, por razones lingüísticas y políticas, era casi desconocida en Occidente. Sus tres idiomas: servo-croata, esloveno y macedonio; y sus dos alfabetos: latino en Eslovenia y Croacia; y cirílico en Serbia, Bosnia, Macedonia y Montenegro, pueden explicar sus dificultades de conocimiento.

Su literatura nació en la Edad Media, bajo una doble influencia: bizantina y ortodoxa en el Este; romana y católica en el Oeste. El gran cisma religioso, en 1053 dividió el territorio entre las dos iglesias. Enseguida, la dominación turca junto con suprimir la independencia de los Estados yugoslavos ahogó su vida intelectual en los momentos mismos de la invención de la imprenta y del renacimiento. La literatura se reduce a un intenso florecimiento de una epopeya nacional, con miles de poemas.

Durante los siglos de dominación turca surgió una literatura importante en el litoral dálmata y, más tarde, en el siglo XVIII, en las grandes ciudades como Belgrado, Novisad, Zagreb y Liubliana. Desde el siglo XIX su tradición es brillantísima. De esa época son: el vate montenegrino Petar Petrovic Njegos, (1813-1851), con su drama poético "Guirnalda de montañas"; el croata Iván Mazuranic, (1814-1890), con "La muerte de Smailága", cuadro conmovedor de los sufrimientos de su Patria bajo la opresión turca: el esloveno Frañc Preseren, (1800-1849), con admirables sonetos. Siguen otros notables poetas y autores de teatro, novelistas y cuentistas de tendencias realistas, inspirados en los maestros franceses y rusos. Las nuevas ideas de la época inspiraron la obra de Svetozar Markovic, (1846-1875), fundador del socialismo serbio.

De la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera guerra mundial es considerable el número de grandes escritores. Son notables sus poetas simbolistas, por influencia de Francia, como los serbios Jovan Ducic y Milán Rakic; el croata Vladimir Nazor, y el esloveno Otón Zupancic. El trágico destino de un pueblo oprimido por el Imperio austro-húngaro, y cuyos hijos abandonan por miles su Patria desterrándose a lejanos países en busca de libertad y pan, nutrió la poesía de Aleksa Santic, (1868-1924). Muy importante fue la producción del cuentista, dramaturgo y novelista esloveno, Iván Cankar.

Escritores del siglo XX

En pleno siglo XX se. destacan el autor dramático Branislay Nusic y los novelistas Lovro Kuhar, (1893-1950), conocido por su pseudónimo Prezihov Voranc, esloveno; Miroslav Krleza, (1893), croata, e Ivo Andric, (1892), bosníaco.

La obra de Voranc alcanzó gran influencia, y uno de sus críticos la caracterizó con estas frases: “Si la literatura se da por tarea la de pintar, contar e iluminar la vida a la luz de la verdad y del genio artístico, la de hablar del destino y de los caminos de los hombres, de los problemas individuales y colectivos y de los problemas sociales, de ennoblecer la existencia misma, de educar a los seres humanos, de enriquecerlos por la moral, de formar su gusto estético y su personalidad, esa tarea, Prezihov Voranc la cumplió plenamente. Su talento y sus capacidades le permitieron el éxito y su obra literaria lleva en sí, además, el soplo generoso de verdad y lucha por los ideales humanitarios sin los cuales no se podrían concebir la democracia, la cultura y la civilización”. Idénticos conceptos pueden aplicarse a la personalidad de Andric y Krleza, cuya significación ha sobrepasado los límites de la literatura nacional yugoslava y su obra representa una original contribución a la literatura mundial.

Miroslav Krleza, notable por su poder creador y su fecundidad, es novelista, poeta, autor teatral, ensayista y crítico. Sus obras completas abarcarán treinta y seis volúmenes. En su vasta producción ocupa un lugar prominente su novela “Le retour de Tilip Latinovic”, traducida a varios idiomas. Apareció en 1933 y a través de la descripción de la vida del pintor Tilip Latinovic, conjuga un magistral análisis de la sociedad burguesa croata de entre las dos guerras mundiales y un retrato profundo de un artista agobiado por los problemas espirituales y psicológicos propios de un temperamento individualista, abúlico, débil y egoísta. La novela abunda en cuadros sociales y en digresiones psicológicas y estéticas, y su estilo, de gran fuerza sugestiva, es subyugante.

Ivo Andric, autor de prosas líricas y cuentos, con su famosa trilogía de novelas bosníacas: "La Mademoiselle”, “II est un pont sur le Drina” y “La Chronique de Travnik”, enfoca la existencia de esos apartados lugares de su tierra natal, pero se eleva por sobre la crónica localista y se hace universal. Cuando se tradujeron al francés, la crítica parisiense saludó a su autor como a un nuevo Tolstoi.

III

Prosa yugoslava contemporánea

La riqueza actual de la literatura yugoslava se refleja con claridad en diversas publicaciones sostenidas por los organismos culturales del país y sus recientes recopilaciones sobre su poesía y su prosa aparecido en París. Una antología de la poesía yugoslava, realizada por Alain Bosquet, en Ediciones Seghers, suministra un cuadro notable de su gran riqueza lírica. Según los expertos, el lirismo de los poetas yugoslavos participa de Maiakovsky y de Breton. Belgrado es la segunda capital del surrealismo. Florece una poesía de vanguardia, cuya densidad y fecundidad maravillan a los entendidos. Dusan Matic, Oskar Davico, Vasco Popa y Vesna Parum son figuras señaladas. En la lucha contra el invasor alcanzó contornos de símbolo, el sacrificio del joven poeta Iván Garan Kovacic, caído en combate en 1943. Su poema “La Fosa” es un monumento lírico.

En ediciones Seghers se publicó también, una antología de la prosa yugoslava contemporánea, con un prólogo de Jean Cassou. En esta excelente obra se incluyen desde autores clásicos de comienzos del siglo hasta representantes de la más nueva generación literaria, como Andric, Krleza, Voranc, Alexander Vuco, Viekoslav Kaleb, Vladan Desnica, Petar Segedin, Oskar Davico, Mihailo Lalic, Dobrica Cosic, Branko Copie y otros.

En esta última década se publicaron algunas novelas extraordinarias relacionadas con la heroica lucha de liberación nacional. En 1950 apareció “El Sol está lejos”, de Dobrica Cosic, (Chosich). Describe el destino

apasionante de un destacamento guerrillero y logró una vasta repercusión, porque fue el primero en ahondar los problemas psicológicos y morales aportados por la guerra y la revolución. En 1953 se publicó "Día Primaveral", de Ciril Komac, bella novela de guerra y, a la vez, social y moral. Narra las peripecias de la lucha contra el invasor y recuerda los humildes destinos y las grandes miserias de los campesinos. Pinta la indiferencia de la vida por las existencias humanas y, al mismo tiempo, la vitalidad del hombre, quien, aun en la adversidad, es capaz de triunfar sobre sus males o de los de otros.

En 1952 se impuso como una revelación en la literatura yugoslava, una obra sin par y sin precedentes. "El Poema", novela de gran originalidad en su estilo y composición, del poeta Oskar Davico.

Su acción se limita a un período de tres días y se desarrolla en Belgrado ocupado por los nazis, en 1942. Se refiere, entonces, a las horas terribles de la lucha clandestina y presenta la condición moral de un grupo de jóvenes resistentes. La acción y los acontecimientos se entremezclan con los análisis psicológicos, las meditaciones de orden ético y la consideración de los problemas sociales y artísticos. Ofrece un examen profundo de los caracteres y de las circunstancias complejas de la lucha clandestina, en la cual los hombres deben entregar toda su voluntad para conservar el concepto humano y su dignidad, analizando sus sentimientos más íntimos y sus impulsos secretos, que determinan sus actos. "El Poema" es una novela fascinante, por cuanto abarca desde las consideraciones políticas y morales en la actividad del hombre en la revolución a la disección de los problemas de la creación artística.

La literatura y la acción revolucionaria

En 1950 y 1952 aparecieron las novelas bélicas "La Boda" y "Mala Primavera", del escritor montenegrino Mihailo Lalic. En ellas descubre el drama de las relaciones humanas en el ambiente atrasado y primitivo y, al mismo tiempo, épico por el valor legendario en su obstinada lucha secular por la libertad de Montenegro. Dos novelas más recientes: "La Ruptura" y "El Monte Leley", publicadas en 1955 y 1957 respectivamente, enfocan el problema del individuo en la lucha revolucionaria en el momento de quedar aislado, entregado a sí mismo. En "El Monte Leley", el personaje abandonado en territorio dominado por el enemigo, rodeado de gentes desconfiadas, y de las que desconfía, vive acosado como una bestia en las vertientes de la salvaje e impenetrable montaña Leley. Describe su lucha despiadada con la naturaleza y los hombres y sus estados de alma Es el relato alucinante de la soledad humana.

Uno de los escritores yugoslavos actuales más fecundo y popular, es Branko Copie, (Chopich), poeta y novelista, narrador de los combates y de las emociones de los guerrilleros de Bosnia. Se colocó en el primer lugar del interés del público cuando salió a luz su extensa novela "La Brecha", en 1952. Es la epopeya de la lucha de liberación nacional y una de las primeras obras auténticas, de valor artístico, con tema de la revolución y de la edificación de la nueva Yugoslavia, basada en una serie de conmovedores documentos humanos. Describe el comienzo de la insurrección en Bosnia, verdadera cuna de la lucha de liberación nacional; y los sucesos más relevantes de su desarrollo se ven a través de la acción de un gran número de personajes. La narración es atrayente porque combina los elementos trágicos de la epopeya con las situaciones cómicas, y así entremezcla en el drama el humor y la ironía.

En 1957 publicó una nueva gran novela, más concisa que "La Brecha", sobre la revolución: "Gluvi Barut" (en francés "Le Baroud sans feu"), obra audaz e inconformista, pues en ella describe el calvario de la población bajo la bota hitlerista y, a la, vez, saca a luz aspectos sobrecogedores de la guerra de liberación. Se desenvuelve en Bosnia Oriental y comienza con el éxodo de campesinos a las montañas a fin de escapar al régimen de terror de los "ustachis" y de los germanos-italianos. Nutren las filas

guerrilleras de Tito, pero a los ojos de muchos jefes comunistas son elementos dudosos, contrarrevolucionarios en potencia. Muchos son liquidados como enemigos del pueblo. Los comunistas honestos se sublevan ante esa crueldad y estupidez eliminando a los torturadores y asesinos. Aunque la novela tiene un feliz desenlace, es muy cruda y dura en la exhibición de brutalidades en el campo de los guerrilleros.

La publicación de esta novela demostró en forma concreta la existencia de la más amplia libertad de creación estética en Yugoslavia. No imperan trabas de ninguna especie para la actividad de sus literatos y artistas.

En la actualidad su producción se encuentra en pleno desarrollo: grandes novelistas y cuentistas; poetas bien dotados y autores teatrales; ensayistas y críticos vigorosos, entregan obras numerosas, de alta calidad, e indican el florecimiento de una literatura pujante, original y profundamente realista.

IV

Ivo Andric

En el centro de Yugoslavia se encuentra enclavada Bosnia-Herzegovina, donde nació el extraordinario novelista Ivo Andric. Dentro del abigarrado y complejo mundo eslavo del sur, esta comarca presenta caracteres propios, muy originales. Su historia es sorprendente. El año 395 a. de c. al dividirse el Imperio Romano, la línea demarcatoria siguió el curso del río Drina, entre Bosnia y Serbia. Por ahí pasó el límite de Roma y Bizancio y, más tarde, entre la Europa cristiana y el Imperio Otomano.

En Bosnia, durante los siglos XII al XIV, se extendió la herejía de los “bogomilos”, emparentada con la de los cátaros y de los albigenses. La creó un tal Bogomil, como una fe fundada sobre los dos principios maniqueos del bien y del mal. Los “bogomilos” predicaban la desobediencia a las autoridades, condenaban a los ricos y a los señores feudales, despreciaban a los funcionarios del Estado, a quienes conceptuaban impíos, y excitaban a los siervos a no servir más a sus amos. La influencia bogomil está en la base de las tradiciones de libertad y de independencia de los pueblos yugoslavos. La iglesia romana no podía tolerar semejante actividad y estimuló verdaderas cruzadas, llevadas a cabo por los reyes católicos de Hungría, con el apoyo de los polacos, en contra de los bogomilos. En sangrientas y largas luchas fueron casi exterminados y cuando llegó la avalancha turco-otomana, sin fuerzas para resistir, se pasaron a sus filas y se hicieron musulmanes en gran parte.

Los turcos ganaron contra los serbios la batalla decisiva de Kosovo, en 1389, y desde 1401 los bosníacos pagaron tributo al Sultán. La dominación turca fue cruel. No sólo debían los bosníacos entregar pesados tributos en dinero, también los agobiaba un bárbaro impuesto de sangre. Como el Minotauro de Creta, el opresor turco, periódicamente, sacaba del país un apreciable número de adolescentes para ir a servir en el ejército de los jenízaros. A raíz de él, todavía en ciertas aldeas, en las montañas, las mujeres alumbran lejos de sus casas, y sin gritos, como antaño sus madres, para impedir que los turcos pudiesen sospechar el nacimiento de un niño; y se baila la “danza silenciosa’’, sin acompañamiento musical, escuchándose sólo el martilleo de los pasos y el ruido de los cequíes, para impedir a los turcos que sorprendieran sus fiestas.

Después de cuatro siglos de dominación, el Congreso de Berlín, en 1878, entregó la administración de las dos provincias, a título provisorio, al Imperio Austro-Húngaro. En 1908 se las anexó desatando una grave crisis. Y el atentado de Sarajevo fue su resultado directo. El estudiante serbio Qavrilo Princip, quien

formaba parte del movimiento “Joven Bosnia”, mató al archiduque Francisco Fernando y a su esposa, el 28 de junio de 1914, hecho inicial de la primera guerra mundial. Durante la última conflagración, en Jajce, en medio de las montañas bosníacas, se constituyó el Gobierno Nacional Yugoslavo, base del actual régimen. La realidad de agudos contrastes y la atormentada existencia de Bosnia han sido evocadas y recreadas por Ivo Andric. En un ambiente de completa libertad intelectual, sin atenerse a las modas estridentes ni a las posiciones beligerantes, Ivo Andric ha entregado novelas capitales dentro de la literatura yugoslava. Como escritor nato y artista verdadero no le preocupan los “ismos”. Es dueño de un arte original donde se anidan el realismo, la imaginación y el lirismo, sin la menor concesión a lo vulgar u oportunista.

Su vida

Ivo Andric nació en Travnik, Bosnia, el 10 de octubre de 1892. Hijo único de una viuda pobre (familia de artesanos), vivió su infancia en Visegrad, pintoresca ciudad a orillas del Drina, y famosa por su hermoso puente, donde hizo sus estudios primarlos. Se trasladó a Sarajevo y ahí realizó sus estudios secundarios. Enseguida, siguió cursos en las universidades de Zagreb, Cracovia (aquí descubrió la literatura polaca cuya influencia reconoce), y Viena (estudió lenguas eslavas e Historia y leyó a Kierkegaard). En julio de 1914 se le detuvo por las autoridades austríacas como miembro de la juventud revolucionaria y patriota. Conoció tres prisiones y residencias forzadas, en los alrededores de Travnik y en la ciudad misma. Liberado, en 1917, se dirigió a Zagreb y fundó con otros jóvenes “Le Sud Litteraire”. En 1918 era Secretario del “Consejo Nacional de Zagreb” que proclamó la unión de los croatas y serbios. Terminada la guerra culminaron sus estudios en la Universidad de Gratz. Obtuvo su título de Doctor en Letras con una tesis sobre la vida intelectual de Bosnia-Herzegovina bajo la dominación turca. Ingresó a la carrera diplomática y permaneció dos años en Roma y uno a dos años en Madrid, Bucarest, Génova, Bruselas y Berlín. En esa época conoció la literatura rusa, italiana, española y la francesa, su compañera familiar.

Su obra literaria

Se inició en las letras con poemas y prosas líricas y tradujo a Whitman. En 1918 apareció su primer libro: “Ex-Ponto”, creado en el campo de internación austro-húngaro. Son poemas en prosa, como una especie de diario íntimo de gran elevación y melancolía. En 1920 apareció su segunda obra: “Inquietudes”. Su nombre se hizo conocido con la publicación de tres colecciones sucesivas de “Cuentos”, en 1924, 1931 y 1936, todos consagrados a personajes y sucesos característicos de Bosnia.

A partir de 1941 vivió en el interior de su patria ocupada, en Belgrado, compartiendo los sufrimientos de su pueblo, en condiciones muy difíciles. El trabajo literario fue su salvación y escribió sus tres novelas célebres, de gran maestría narrativa y psicológica: “La Mademoiselle”, “II est un pont sur la Drina” y “La Chronique de Travnik”. La acción de las tres transcurre en Bosnia.

Con posterioridad a sus tres grandes novelas ha publicado dos nuevas colecciones de cuentos y una novela corta: “El patio maldito”, amén de numerosos artículos y ensayos en distintas revistas.

“La Mademoiselle” se desenvuelve en Sarajevo y es un estudio de carácter. La señorita Raika es una joven obsesionada por el dinero, dura y sin preocupaciones sentimentales. En su madurez se prende de un muchacho ante el cual capitula y hace por él toda suerte de locuras, hasta arruinarse. Es la tragedia de un corazón que se deshace por no haber sabido abrirse a tiempo.

El puente sobre el Drina

“II est un pont sur la Drina”, (Chronique de Vichegrad), ha sido traducida del serbio-croata al francés por Georges Luciani, profesor de lenguas y literaturas eslavas en la Facultad de Letras de Burdeos. En esta vasta, dramática y encantadora novela, el soberbio puente de piedra de 11 arcos, sobre el accidentado Drina, en Visegrad, es el personaje básico y unitario de la narración. Es como el emblema histórico de Bosnia y de su papel jugado en la lucha entre Oriente y Occidente. El puente se construyó por orden del gran visir Mehmed Pacha Sokolovitch, originario de una aldea de Bosnia, y arrancado a sus padres, a los diez años de edad, en virtud del “tributo de sangre”. En Constantinopla fue islamizado y llegó a ser oficial turco. Su carrera se volvió brillante y alcanzó enorme influencia.

Ivo Andric describe amorosamente el bello puente y se detiene con especial cuidado en su parte central, la llamada “kapia” (una especie de plataforma), punto de reunión de los habitantes de Visegrad y lugar escogido de los sucesos memorables de la comarca. Aquí, a lo largo de los siglos, hombres y mujeres de las diversas generaciones esperaron la aurora a la hora de la oración vespertina, o con el rostro entre las manos y acodados sobre la piedra del puente, presenciaron el juego eterno de la luz en las montañas y las nubes en el cielo. Alguien llegó a afirmar que era preciso buscar en este sitio la explicación a la tendencia de muchos vichegradenses a la meditación y el ensueño, la razón de su serenidad melancólica, su inclinación al derroche y al goce de la existencia, y su indiferencia.

La construcción del puente dio lugar a rudas faenas, a abusos irritantes, a sufrimientos penosos impuestos a la población aledaña. Radislav, patriota, bosníaco trató de impedir su construcción en vista de las crueldades, pero descubierto sufrió una condena a empalamiento. La descripción minuciosa del suplicio de Radislav es escalofriante y resume de manera insuperable los métodos terroristas de los turcos en su dominación y desprecio a los cristianos. Desde su construcción, en 1571, hasta su bombardeo, en 1914, Andric detalla los sucesos más curiosos o conmovedores ligados a la existencia del admirable puente. Tragedias individuales, insurrecciones, epidemias, aventuras, inundaciones, amores, cambios económicos y políticos, se suceden y las generaciones se renuevan con otras costumbres o modos de pensar y de sentir, pero el puente permanece y para todos los habitantes “representaba una cosa eterna e incambiable, como la tierra sobre la que caminaban y el cielo sobre sus cabezas”.

La cantidad de hechos escogidos por Andric para entregar su visión amplia de la existencia en esa parte del mundo es abrumadora. Y en todos demuestra su pericia de narrador, de psicólogo y de artista. Entremezcla acontecimientos históricos y los fija en algún episodio humilde, pero cargado de la más profunda significación universal, o reconstruye hechos de la vida cotidiana que se transforman en dramas individuales, como la tragedia de la bella Fátima. Forzada a casarse por la voluntad de su padre, con un hombre que no ama, al pasar el puente con su brillante cortejo de bodas se lanzó al río, pereciendo en medio de la consternación de los parientes y amigos.

Al referirse al fracaso de la rebelión de Karageorges, el patriota serbio, y su reflejo en Vichegrad, expresa esta observación sugerente: “Quedaba la esperanza, una esperanza insensata, esa gran ventaja de los oprimidos. Pues Quienes gobiernan, y deben oprimir para gobernar, están condenados a actuar razonablemente. Pero si llevados por la pasión u obligados por el adversario, exceden los límites de los actos razonables, descienden un camino resbaladizo y fijan ahí mismo el comienzo de su caída, mientras que los oprimidos y los explotados se sirven con facilidad, tan bien de su espíritu como de su locura, por cuanto son las dos únicas especies de armas que ellos pueden utilizar en la lucha incesante, ora oculta, ora abierta, que sostienen contra el opresor”.

Cuando describe los anhelos generosos de la juventud patriota, traza líneas emocionadas, porque esa juventud es poseedora de “una savia preciosa, gracias a la cual se conserva y se rejuvenece el árbol de la humanidad”. Y esa juventud aspiraba a conseguir “un Estado nacido en la libertad y fundado sobre la justicia, como una parcela del pensamiento divino realizado sobre la tierra”.

El genio literario de Andric

A través de las páginas de su apasionante e inmensa novela, Ivo Andric demuestra poseer una sensibilidad innata para comprender todos los repliegues de la vida; una pasión poderosa en la exposición de sus observaciones y descubrimientos de la existencia cotidiana y de los caprichos del alma humana; una sabiduría alerta para abarcar y entender las contradicciones y los prejuicios de los individuos en su diario deambular, trabajar, sufrir y soñar. De aquí resulta su potencia recreativa para revivir aquellos trozos del pasado nacional en un vasto friso novelístico. Su obra reanima en un inmenso bajo relieve la tragedia local de Vichograd y, a la vez, la inagotable desgracia humana.

“La Chronique de Travnik” ha sido traducida del serbio al francés por Michel Glusevic (Giuchevitch) y publicada en una bellísima edición, en dos volúmenes por el “Club Bibliophile de France” con una extensa introducción de Claudé Aveline. Se la tradujo también al inglés con el título de “Bosnian Story”.

Al ocupar el Mariscal Marmont el puerto de Split y el litoral dálmata, organizando las Provincias Ilirias, tuvo necesidad de proteger su retaguardia. De ahí surgió la conveniencia de establecer un centro de informaciones en Bosnia y, a la vez, asegurar vías de comunicación a través de los Balcanes, bajo control francés, en vista del dominio del Mediterráneo por los ingleses. Napoleón obtuvo la autorización de la Sublime Puerta para acreditar un cónsul en Travnik, capital administrativa turca, gobernada por un visir. A comienzos de 1807 se instaló el cónsul francés y la potencia rival de Francia, interesada en esa región. Austria, no tardó en lograr idéntico privilegio. Así penetramos en la “época de los cónsules”, de mucha trascendencia en la vida de Bosnia. Durante ella se suceden 3 visires turcos y 2 cónsules austríacos. El francés permaneció en todo el lapso napoleónico, hasta 1814, año de la caída del gran Emperador.

Novelista e investigador

El fondo histórico de la novela de Andric es rigurosamente exacto. Para trazarlo estudió en forma detenida los archivos de los Ministerios de Relaciones Exteriores de Francia y de Austria, cuando representó a su país en París y Viena. Leyó los informes de los cónsules y se compenetró de sus problemas. La investigación histórica minuciosa de la época y de sus protagonistas, a través del examen de los documentos salidos directamente de su pluma, y su conocimiento profundo de Bosnia, le permitieron escribir su novela con un cabal dominio de su vida, paisaje, seres y sucesos. Describe acontecimientos y problemas con maestría y penetra en lo hondo de las angustias de los seres. Se exhibe un psicólogo profundo y un conocedor portentoso de su tierra. El personaje central es Jean Baptiste Etienne Naville, el cónsul napoleónico. (Su verdadero nombre era Pierre David y está ligado a un sensacional suceso artístico. En 1819 consiguió el cargo de cónsul en Smima y, mientras lo desempeñaba, su agente consular en Milo le comunicó el descubrimiento de una Venus admirable en tierra de un campesino. De inmediato escribió a su Embajador exponiéndole la necesidad de adquirirla para el Museo del Louvre. Así se hizo y el agente consular, el Embajador y el Rey Luis XVIII aparecieron vinculados al acontecimiento, en cambio el diligente cónsul, propiciador de la idea de la compra, no fue mencionado).

Jean Naville vive como desterrado en ese sitio bárbaro cumpliendo con fidelidad su misión, pero sujeto a una constante inquietud y a una angustia dolorosa, provenientes de su desajuste con el mundo primitivo circundante y de la rivalidad sorda, pero tenaz, con su colega austríaco. En cambio, su esposa, Mme. Naville, mujer dulce, fuerte y paciente, recrea en un medio tan difícil un hogar ejemplar y acogedor, al cual no es indiferente la población de Travnik. Cría sus hijos, alumbra otros; ser magníficamente equilibrado, irradia humanidad y simpatía. Expresa el eterno amor conyugal y maternal.

Aunque es la rivalidad de ambos representantes del "occidente" en un lejano y agreste país de los Balcanes y el estudio minucioso de sus pensamientos y reacciones psicológicas, el tema de la novela, el marco físico y social (paisaje, seres y costumbres) donde actúan, es descrito de manera fascinante.

Bosnia, región montañosa, cubierta de selvas, cruzada por ríos torrentosos, y frontera entre el mundo cristiano y el mundo musulmán, constituye una zona única, extraña y abigarrada. La idiosincrasia de sus pobladores, sus costumbres, religiones y actitudes opuestas, determinan una complejidad de vida incomprensible para los europeos occidentales. Frente a la codicia de turcos, franceses y austríacos, en su seno intrigan y luchan católicos, quienes anhelan la derrota de Napoleón; judíos, partidarios de la victoria de los franceses; ortodoxos, que sueñan con una intervención rusa; y los turcos, indiferentes en apariencia, pero deseando la destrucción de todos los "infieles". La masa bosníaca permanece inmutable y Bosnia, como entidad y pueblo, a pesar de la dominación turca o austríaca, no pierde su carácter ni su individualidad, estrechamente ligada a las tierras y a los pueblos eslavos vecinos; serbios, montenegrinos y macedonios. La belleza, la vitalidad y la crueldad de la vida bosníaca y su poder irresistible para moldear a quienes llegan hasta sus orillas se enfocan con poderoso realismo.

"La Chronique de Travnik" es un cuadro de costumbres bosníacas y una novela psicológica en cuanto examina las reacciones contradictorias y complejas de dos europeos en un mundo hostil, desconfiado y primitivo.

En esta lejana ciudad de Travnik, donde todo parece detenido, inmóvil, no obstante se producen horribles sucesos: un visir eliminado con rapidez, en una noche, a un representante del Sultán enviado para perderlo; la multitud azuzada por fanáticos se levanta en contra de los serbios de Bosnia, porque en la vecindad luchan con heroísmo y tenacidad contra sus opresores turcos, los torturan y los cuelgan; otro visir aterroriza a la población diezmada por el hambre, y así suceden diversos acontecimientos escalofriantes. Por otra parte, la descripción de las relaciones entre los cónsules y de éstos con los funcionarios turcos, dueños del país, se vuelve una prodigiosa trama de finura, sutilezas y doblo fondo. La presentación soberbia del complejo mundo aborigen se fija en admirables cuadros populares: el bazar de Travnik, los comerciantes, los dignatarios musulmanes (turcos y bosníacos), el tambor de la ciudad, el cantante de las calles, el destilador de rakia, el adivino, etc.

Si en verdad la obra fija su máxima atención en los seres, en el análisis de las relaciones entre los individuos y de su vida interior; no es de menor calidad y hondura su examen de la vida y costumbres bosníacas. En esta doble condición radica su belleza y su absorbente desarrollo.

La novela es curiosa, además, por el contraste entre su tema y el carácter de la época. Entre 1807 y 1814, Europa cruza una etapa grandiosa por sus pugnas y convulsiones de toda suerte. La personalidad de Napoleón y sus empresas colosales dan una tónica épica a esos años. Pues bien, Andric, en una región aislada y remota y casi desconocida, al margen de la caudalosa corriente histórica, con seres modestos, comunes, consigue delinear un cuadro épico que no desmerece del escenario universal, por la intensidad

narrativa y la hondura de su disección del alma humana. Sin utilizar un marco brillante ni engrandecer los tipos humanos, sino describiendo el medio primitivo en toda su brutal y sobrecogedora realidad y desnudando el alma de sus moradores y de los modestos funcionarios del momento, entrega una visión alucinante de una sociedad, de una época y de la fatalidad humana.

"La Chronique de Travnik" reconstituye el fondo histórico de Bosnia en la época de la rivalidad de la Francia napoleónica y del Austria imperial por ganarse al indescifrable dominador turco (en el fondo hostil a ambos rivales); fija la trayectoria psicológica de un hombre honesto, pero sin imaginación, el cónsul francés, adepto sincero a un genial dictador, pero corroído por la duda y sujeto a vacilaciones desgarradoras; y describe en forma admirable la tierra bosníaca, el espíritu de su pueblo. A la vez plantea el tremendo problema de su rescate del atraso, de la ignorancia y de la pobreza, con el fin de elevarlo a la libertad y a la dignidad, eliminando para siempre la expoliación de las grandes potencias en manos de las cuales los pequeños estados son juguetes. Precisamente, el personaje francés antitético de Naville, el joven Des Fossés, conocedor de la lengua nativa e hijo "de los nuevos tiempos", emprendedor y dinámico, se afana por comprender la existencia de los bosníacos, por penetrar en su "misterio". Enuncia el problema y aunque lo encuentra difícil, le parece perfectamente posible solucionarlo. Sólo es preciso comprender que la causa esencial de todas sus calamidades radica en las terribles intolerancias recíprocas. Poco antes de abandonar Travnik, en un amplio enfoque, llega a la conclusión siguiente: "Esos pueblos bajo la dominación turca, que llevan nombres diferentes y pertenecen a religiones diferentes, estarán obligados cuando el Imperio Otomano se derrumbe... a encontrar para su existencia una base común, una fórmula de convivencia más amplia, más razonable y más humana". Es decir, extirpar la intolerancia absurda y el odio torpe. ¡Lo que el nuevo estado yugoslavo ha realizado!

Tanto "La Chronique de Travnik" como "II est un pont sur la Drina" son novelas de una extraordinaria calidad artística. Exhiben a un creador poderoso y atrayente. En general, la obra de Ivo Andric es de una insuperable perfección y maestría. De ahí su lugar excepcional en la literatura yugoslava contemporánea y al ser conocida en el Occidente, (en francés e inglés) se la estima de valor universal. Su nombre figuraba entre los más legítimos candidatos al Premio Nobel, y, en este mes de octubre de 1961, le fue conferido con toda justicia y acierto.

Yugoslavia, Democracia Socialista

ARAUCO N°22 noviembre 1961

I

La experiencia, yugoslava para crear un sistema social avanzado, de democracia directa, señala al movimiento obrero internacional una nueva vía en la edificación del Socialismo. De ahí el profundo interés por conocer los detalles de sus realizaciones prácticas y las producciones de sus teóricos y pensadores.

En Chile se han publicado tres obras capitales de su literatura: "El Camino Yugoslavo. Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia"; y los ensayos de Edvard Kardelj: "La democracia socialista en la práctica yugoslava" y "El socialismo y la guerra". En otros países del Continente latinoamericano ocurre algo similar. En Argentina se imprimió, en 1960, un conjunto de trece trabajos, a cargo de los más destacados dirigentes yugoslavos, con el título de: "Nuevas respuestas para un mundo en crisis. La verdad sobre Yugoslavia". En México acaba de aparecer el libro de Jovan Djordjevich: "Yugoslavia,

democracia socialista", en la Colección Popular, Tiempo Presente, del fondo de Cultura Económica. Su autor es un jurista de reconocido prestigio en Europa, con una vastísima obra de publicista, traducida a varios idiomas. En su volumen citado presenta un cuadro bastante completo de la revolución yugoslava, a través de sus diversas fases, y verifica un análisis objetivo y detenido de su régimen socialista.

En nuestro trabajo suministraremos un panorama de los aspectos esenciales de la trayectoria y experiencia yugoslavas por medio de una síntesis del libro de Jovan Djordjevich. Aunque escueta permite apreciar su calidad intrínseca y, a la vez, abarcar los esfuerzos admirables del pueblo yugoslavo para construir un régimen de bienestar y progreso según una honesta aplicación de las ideas programáticas del socialismo marxista.

El éxito indiscutible de su ejemplar empresa proviene de la fidelidad de sus grandes dirigentes a los principios revolucionarios del Socialismo; del heroísmo y dignidad de sus clases trabajadoras y del entusiasmo y decisión de su juventud, hondamente compenetrada de su misión y de su destino. Precisamente, uno de estos admirables jóvenes yugoslavos me escribió, en julio recién pasado, algunas líneas traspasadas de pasión socialista y de conciencia revolucionaria, reveladoras de los sentimientos predominantes en la nueva generación encargada de extender y profundizar el sistema de democracia directa. En un párrafo me expresa: "Nuestro país se desarrolla con un ritmo acelerado. Cada día se nota un mejoramiento del nivel de vida de la población. Los progresos en la economía son muy grandes, lo que repercute en el desarrollo de la cultura y de la ciencia, lo que también influye, por su parte, en el desenvolvimiento del país en general. En una palabra, han fracasado por completo todos los intentos de parar nuestro avance. Nosotros ahora tenemos un ritmo de desarrollo más alto que muchos de los países de Europa oriental..." Y me señala esta observación sintomática: cuando un ciudadano de los países del Este llega a Yugoslavia muestra una gran sorpresa ante su progreso y por su forma de vida democrática y humana. Mi amigo destaca, por otro lado, que los intentos de aislar en el plano internacional a su país fracasaron y, por el contrario, su prestigio crece cada día más. De esta suerte, las calumnias contra Yugoslavia únicamente hacen daño a sus autores, aunque también provocan males al movimiento obrero internacional, por cuanto en la práctica luchan contra sus tendencias progresistas. Pero estas triunfan a pesar de todas las trabas y dificultades, agrega mi joven camarada, y en tal aserto reside el optimismo de la juventud yugoslava, y su inquebrantable determinación de seguir adelante.

II

Tres etapas en el desarrollo yugoslavo

De acuerdo con Jovan Djordjevich se pueden distinguir tres etapas en la evolución de la República Federativa Popular de Yugoslavia. La etapa inicial se extiende desde el comienzo de la insurrección popular, el 7 de julio de 1941, (primero estalló en Serbia y se propagó, sucesivamente, a Montenegro, Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina y Macedonia), y la adopción de la primera Constitución federal, el 31 de enero de 1946. Esta fase corresponde a la lucha de liberación nacional; al nacimiento y desarrollo del poder popular, y a la creación de un nuevo Estado de forma federativa y democrática. La segunda etapa se extiende desde 1946 a 1952. Es la fase de la revolución Socialista, durante la cual se consolida el poder popular y se procede a la expropiación del capital nacional y extranjero. Junto con la nacionalización de los medios de producción, la dirección de la sociedad y de la gestión económica se entrega al Estado. En este período, además, se perpetró la tentativa de Stalin para dominar la economía y la vida política de Yugoslavia y, como consecuencia, se consiguió la emancipación de la tutela doctrinal

y política ejercida por la URSS. La tercera etapa, se define a partir de 1952, en la cual se afirma un régimen socialista, donde se intenta dar existencia real a una república socialista democrática, basada en la autogestión obrera, de acuerdo con las leyes constitucionales de 1953.

III

La lucha de liberación nacional

La lucha de liberación nacional contra los crueles invasores fascistas se desató con un carácter eminentemente popular. El Partido Comunista se colocó a su frente y la enfocó con un sentido patriótico, llamando a todos los eslavos del sur, sin distinción de clases, a participar en ella. Su propósito tendía a impedir la lucha fratricida, logrando la comprensión y unidad entre los pueblos yugoslavos, y a liberar el país de los ocupantes. Pero las capas reaccionarias de la burguesía apoyaron al invasor para conservar sus posiciones y privilegios de clase. Traicionaron los intereses del país llegando a constituir fuerzas armadas para combatir contra el pueblo que defendía su existencia y la libertad de su patria. A causa de la traición de la burguesía, la lucha de liberación nacional contra los ocupantes nazi-fascistas adquirió un carácter de clase, y se amplió a una acción revolucionaria contra los representantes de las viejas fuerzas sociales y su dominación política. Desde ese instante no sólo se persiguió aplastar a los invasores, sino también crear un nuevo sistema social. Al mismo tiempo que se combatía al enemigo extranjero se liquidaban los residuos de la administración oligárquica, al servicio de los ocupantes, y se creaban órganos de poder revolucionario: los comités populares de liberación nacional, cuya tarea era abastecer las unidades armadas y hacer funcionar la vida en los territorios liberados. Nacieron como órganos específicos de la guerra de liberación y de la revolución popular. Al destruir la organización política de los antiguos grupos dominantes, el poder pasó a manos de los sectores sociales que dirigían la guerra de liberación nacional y aspiraban a una estructuración más justa y democrática de los eslavos del sur. En el seno de los Comités Populares, cuya originalidad radicó en la amplitud de su base política y en el espíritu democrático de su organización, se plantearon con justeza los lazos entre las diferentes nacionalidades, reemplazando las relaciones basadas en la hegemonía y la desigualdad, por otras fundadas en el respeto de la libertad nacional y de la individualidad de cada uno de los pueblos yugoslavos, o sea en la fraternidad y la igualdad.

Los órganos del poder revolucionario de 1942. El 26 de noviembre los Comités Populares se unificaron en un sistema político único: el Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia, (Avnoy). Surgió como “organización general de los partidos”, encargado de dirigir la lucha por la liberación; no se constituyó en órgano supremo del poder popular, es decir, cuerpo representativo central del nuevo Estado. Todavía en esa época la lucha por la liberación no llegaba aún a la creación de una organización estatal, aunque los Comités Populares funcionaron como órganos permanentes del nuevo poder. A fines de 1943 se llevará a cabo aquella decisión. El Avnoy, en su segunda sesión, el 29 de noviembre de 1943, en la ciudad de Jajce, en territorio liberado de Bosnia, votó las leyes constitucionales revolucionarias. Según una de esas leyes, el Avnoy “se constituye en cuerpo representativo legislativo y ejecutivo de Yugoslavia” y se convierte en “el representante supremo de la soberanía popular y del Estado Yugoslavo en su conjunto”. Otra ley decidía que Yugoslavia sería edificada, sobre el principio federativo, en comunidad estatal de los pueblos iguales en derechos, de Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia, Herzegovina, Macedonia y Montenegro. Otras decisiones retiraron al gobierno yugoslavo en el extranjero todo derecho a obrar en tanto gobierno legal de los pueblos yugoslavos; prohibieron al rey la

vuelta al país, y declararon nulos todos los tratados y compromisos que hubiesen contraído. Así se confirmaba jurídicamente la ruptura entre el nuevo poder popular y el gobierno en el exilio.

A partir de la segunda sesión del Avnoy, los Comités Populares y las fuerzas armadas, es decir, el pueblo en armas, en estrecha colaboración, unidos por la comunidad de fines y de ideología, aseguraron la victoria, y por ello "se explica que la liberación haya podido realizarse sin desórdenes interiores y sin conflictos entre los órganos del Estado y el Ejército. Este es uno de los rasgos importantes y originales de la revolución popular y de la formación del nuevo Estado en Yugoslavia".

Durante el período de la lucha de liberación nacional, las clases dirigentes del régimen anterior fueron privadas de su poder político, y solo la burguesía fue despojada parcialmente de su poder económico, por medio de la confiscación en provecho del Estado de ciertas fábricas y algunas propiedades privadas a los colaboradores y otros adversarios de la liberación nacional; y toda la propiedad de los ocupantes fue proclamada propiedad del pueblo. También se quitó a los industriales y comerciantes los bienes adquiridos durante la ocupación. En la base, además, se inició una amplia reforma agraria.

El reconocimiento del Desde noviembre nuevo Estado yugoslavo de 1944, a raíz de la liberación de Belgrado y la mayor parte del territorio nacional, se apresuró la definición y preponderancia del gobierno popular para eliminar la dualidad con el gobierno emigrado y obtener el reconocimiento internacional de las nuevas instituciones revolucionarias y evitar cualquier atentado contra la continuidad internacional del Estado Yugoslavo. La totalidad de los aliados reconoció a Yugoslavia democrática y el Avnoy se transformó en Asamblea Nacional Provisional. En seguida se prepararon las elecciones para designar una Asamblea Constituyente encargada de dar al país su nueva constitución. El movimiento de liberación, hasta entonces movimiento de masas conducido por el Partido Comunista, se cambió en una organización política federativa unificada, abarcando a la mayoría del pueblo (obreros, intelectuales, campesinos), como un "frente popular" el cual pasó a ser la base de todo el sistema político del país; y organizó las elecciones para los organismos locales, primero, y después las elecciones para la Asamblea Constituyente.

La Asamblea Constituyente emitió el 29 de noviembre de 1945 una declaración sobre la proclamación de la República y dio al Estado su nueva denominación de República Federativa Popular de Yugoslavia. En el proceso de creación del nuevo Estado, el acto final fue la promulgación de la Constitución, el 31 de enero de 1946.

IV

La Constitución de 1946

La Constitución Yugoslava de 1946 (compuesta por la constitución federal y las constituciones de las repúblicas populares federadas) se redactó bajo la influencia ideológica de la teoría soviética de la constitución estalinista de 1936. Pero no se trató de una simple copia, a diferencia de los países de Europa Oriental, porque en ella se acogen las experiencias de su propia revolución popular. No define a Yugoslavia ni como "Estado Socialista" ni como una "unión de repúblicas populares", sino como una república federativa popular única. En el terreno social y económico, se abstiene de presentar su organización como un sistema ya logrado de socialismo; sólo es una primera etapa en el paso del capitalismo al socialismo. Reconoce dos formas nuevas de propiedad: la propiedad del Estado y la propiedad cooperativa y garantiza, también, la propiedad y la iniciativa privadas en la economía; prohíbe

la formación de monopolios privados y otorga a la clase obrera una serie de derechos sociales y económicos nuevos.

En conjunto, la Constitución Yugoslava, afirmaba y consolidaba conquistas políticas y sociales profundas. De acuerdo con Jovan Djordjevich, eran las siguientes: 1. El poder popular estaba organizado en un sistema político único para todo el país. En el ejercicio de ese poder, el papel dirigente quedaba reservado a la clase obrera, con el Partido Comunista a la cabeza, inspirador y organizador de todos los cambios realizados y del desarrollo futuro. 2. El nuevo sistema del poder se aplicaba al sector económico del Estado y se apoyaba en la confianza de la mayoría del pueblo trabajador. 3. La unidad de la comunidad federal era asegurada por la solución aportada al problema nacional, gracias a la libre unión de los pueblos yugoslavos sobre la base de la igualdad de derechos y del respeto de las diferentes individualidades nacionales. 4. El frente popular afirmaba la alianza democrática sellada entre la clase obrera, los trabajadores del campo, los intelectuales salidos del pueblo y los demás trabajadores. 5. La mayoría del pueblo manifestaba su voluntad de seguir desarrollando la revolución, coincidiendo el poder popular y el Partido Comunista en la necesidad de perseguir vigorosamente, por sus propios caminos y medios, el desarrollo social y político del país."

Las bases de la edificación socialista

En este período prosiguió la nacionalización en gran escala de la propiedad capitalista: la industria, los transportes, las comunicaciones, el sistema bancario y el comercio fueron integrados al sector económico del Estado y confiados de inmediato a la administración de organismos del Estado, y se prosiguió la reforma agraria estableciéndose centros de explotación agrícola. En tal forma se echaron las bases de la edificación socialista, y en 1947 se adoptó un plan económico quinquenal orientado a crear una industria moderna y a la electrificación del país.

Sin duda las medidas tomadas entre 1946 y 1949, tales como la nacionalización de los medios de producción y la formación de cooperativas de trabajo rural, modificaron la organización social y económica de Yugoslavia. El sector socialista de Estado se convirtió en la parte dominante de la economía del país, modificando profundamente las relaciones sociales. Estos avances se impusieron en medio de lucha de clases y debates ideológicos, y muchas veces se dio prioridad a los métodos administrativos e incluso represivos para resolver problemas económicos. El régimen resultante de tales transformaciones no era un verdadero sistema socialista. Al ocuparse el Estado de la gestión de las ramas económicas más importantes, las funciones de sus diversos órganos cobraron mayor importancia. En esa forma se fue constituyendo un enorme monopolio de Estado, útil a la sociedad en sus comienzos, pero "ese monopolio daba a la capa administrativa dirigente una autoridad aún más considerable que no era posible otorgar en un sistema de poder popular".

Los hechos y tendencias al centralismo y al burocratismo resultaban de factores objetivos y subjetivos de la realidad yugoslava, de los cuales dos, por lo menos, eran primordiales: el primero estaba constituido por el retraso económico y cultural del país, legado del desarrollo desigual del capitalismo y de la situación semi-colonial en que las capas dirigentes de la burguesía habían colocado a la nación; el segundo residía en el insuficiente nivel de la conciencia social de las masas y de la ausencia de tradiciones democráticas estables.

La lucha contra las tendencias estatistas y burocráticas

En medio de esa peligrosa realidad, en 1948, se produjo la tentativa de los jerarcas de la URSS para someter bajo su hegemonía a Yugoslavia, lo cual produjo una ruptura de relaciones. Mientras Stalin desencadenó una violenta presión política y un ruinoso bloqueo económico sobre Yugoslavia, sus pueblos resistieron con determinación, defendiendo su independencia y dignidad nacionales; sus tradiciones democráticas de su lucha por la liberación, y su propia revolución. Al plantearse el conflicto y la separación de la tutela doctrinal y política soviética, las fuerzas dirigentes de Yugoeslavia llevaron a cabo un análisis crítico de la desviación del proceso revolucionario ruso bajo la tiranía de Stalin y, al mismo tiempo, de la situación social y política de su país. Ellos mismos con valentía, señalaron las tendencias estatistas y burocráticas manifestadas en su realidad y entraron a remediarlas a objeto de salvar y ampliar su contenido socialista. Desde mediados de 1949 se inauguró el proceso de "descentralización". La ley sobre la gestión de empresas por las colectividades de trabajo, promulgada a mediados de 1950, inicia la serie de modificaciones profundas de la estructura económica, social y política con el propósito de romper el capitalismo de Estado y el centralismo burocrático imperantes, como consecuencia de la influencia del modelo soviético. En este violento choque entre las fuerzas del estatismo y la burocracia, por una parte, y las tendencias socialistas y democráticas, éstas se imponen en forma avasalladora. La democracia introducida en la esfera del poder económico se extiende a los demás campos de la vida social y la política. En tal forma se consigue el fortalecimiento de las libertades y de los derechos de los ciudadanos, y el esfuerzo de la justicia y de la legalidad, acentuándose la independencia de los tribunales frente a los órganos de la administración y las organizaciones políticas locales; se afirma el autogobierno de las organizaciones económicas y se reducen los poderes de la administración federal en diversos dominios en favor de su transferencia a los órganos de poder local; y, por ende, se consigue el aumento constante del autogobierno local y de la gestión obrera de la economía.

La ampliación del autogobierno de los productores

La ley general sobre los "comités populares", de abril de 1952, desembocó directamente en el nuevo orden. Estos pasaron a ser los órganos de base del sistema, reuniendo todas las funciones que pertenecían a los órganos locales. Además la citada ley introdujo simultáneamente la representación de los productores. Abarcan, entonces, un cuerpo político y un consejo de productores. El autogobierno de los productores se amplía de la esfera del poder económico y de la gestión social a la del poder político y del gobierno del Estado.

Las transformaciones realizadas condujeron a la instauración de un sistema constitucional nuevo. El 13 de enero de 1953 se promulgó una "Ley Constitucional Federal", complementada con las leyes constitucionales de las repúblicas federadas, equivalente a una nueva constitución. En resumen, durante este segundo período, se realizó la expropiación del capital nacional y extranjero, y los medios de producción pasaron a ser patrimonio social; se llevó a cabo la renovación y desarrollo de la economía devastada por la guerra, y se procedió a echar las bases de su industrialización. Todo ello operó grandes cambios en el desenvolvimiento de las fuerzas materiales de producción y de las relaciones sociales. El avance se logró por medio de la concentración de los recursos en manos de los organismos supremos del Estado, y por la centralización de la dirección del desarrollo económico en los órganos administrativos. Aunque tales medidas contenían en sí elementos restrictivos de la iniciativa de las masas y de inversiones no siempre racionales de los recursos, provocando cierto burocratismo de Estado, en su conjunto fue la única posibilidad de afrontar aquella tarea en vista del subdesarrollo de la economía, atraso de la industria y escasa preparación de la clase obrera, nutrida con elementos campesinos. A

continuación facilitó la descentralización de la administración en la economía y la transferencia de amplios derechos a los órganos de la autogestión obrera y social.

En el nuevo período, a partir de 1952-53, se da comienzo a la transferencia de los derechos de la administración económica a los Consejos Obreros, como resultado del desarrollo de la industrialización y de la clase obrera. Se abren condiciones favorables a la autogestión obrera y a las relaciones sociales socialistas. La ley constitucional ha sido completada por una serie de leyes relativas "a la edificación del sistema comunal; a la instauración de un mecanismo político, que reúne la democracia representativa y la democracia directa; a la gestión social desligada del Estado de la economía de los servicios públicos (1955-57)", y por otras "que amplían los derechos de los productores directos, en lo relativo a la apropiación de una parte determinada del producto social, y destinada a la satisfacción de las necesidades individuales lo mismo que a las colectivas".

V

Critica al capitalismo de Estado

La constitución fundamental de todo régimen social y político es el derecho de propiedad de los medios de producción que refleja las relaciones esenciales establecidas en la producción y de las cuales dependen en última instancia la naturaleza del poder político y la verdadera condición del hombre. En un régimen fundado en la propiedad privada, el producto social del trabajo se lo apropian los poseedores de los medios de producción. También el Estado retiene una parte de ese producto para emplearlo en elevar el nivel material y cultural de la comunidad, pero no obstante esa limitación, el derecho de propiedad privada es el fundamental y los capitalistas privados obtienen privilegios especiales. En un régimen de capitalismo de Estado se transfiere el derecho de propiedad a un nuevo poseedor, la comunidad, personificada por el Estado, pero, en la realidad, "los verdaderos propietarios son los grupos sociales en el poder, los dirigentes del Estado, ya sea que estos constituyan los fundamentos del poder de la clase capitalista o que formen una nueva capa social que impone su voluntad a la sociedad, por medio del aparato estatal (burocracia). En los dos casos, el capitalismo de Estado presupone, en beneficio de ciertas capas sociales, derechos privilegiados de gestión y de apropiación de los medios de producción y de los productos del trabajo humano". De aquí desprende Jovan Djorjevích, que en un régimen de propiedad colectiva del Estado, las relaciones democráticas en lo relativo a los medios de producción y los productos del trabajo no pueden establecerse sino a condición de que los productores administren por sí mismos los medios de producción y dispongan del producto de su trabajo.

En Yugoslavia, en las primeras fases de su revolución, se afirmó un sistema de capitalismo de Estado y mientras se luchó contra el capitalismo privado su rol fue indispensable y progresista ayudando a la edificación de la nueva economía. Sin embargo, "dicho sistema frenaba el desarrollo de la propiedad socialista y tenía el doble peligro de la restauración de la antigua burocracia y de la formación de una nueva burocracia dentro del socialismo. Porque, cuando se instituye un aparato único y centralizado, la burocracia aspira inevitablemente a perpetuar las formas de producción existentes y, al mismo tiempo, a consolidar su posición privilegiada, en detrimento de las fuerzas productivas y de la socialización de las relaciones de producción".

La propiedad social y el derecho de autogobierno de los productores

Para eliminar tan grave peligro se tomaron medidas radicales, sobre todo con la formación de consejos obreros, como nueva etapa en la organización de la economía socialista. Según la ley constitucional que generaliza los derechos de los productores y las colectividades de trabajo en las empresas, el autogobierno económico de los productores se funda en los siguientes derechos: 1. Derecho de la colectividad de trabajo a administrar la empresa o la cooperativa, ya sea directamente o a través de los consejos obreros, elegidos y revocados por los productores. 2. Elegibilidad de los productores para los cuerpos representativos de las empresas económicas. 3. Derecho de la empresa económica a disponer de sus ingresos, después de cumplidas sus obligaciones sociales, garantizándole un mínimo de participación. 4. Derecho de la empresa a fijar la remuneración de sus trabajadores, dentro del límite de sus capacidades, garantizando la ley, por otra parte, a los trabajadores un salario mínimo sobre los recursos sociales. 5. Derecho de la empresa a fijar de manera autónoma sus propios planes económicos. 6. Derecho de los productores a participar, mediante sus representantes en las nuevas Cámaras de las asambleas populares —Consejo de Productores—, en la determinación de los recursos materiales consagrados a la satisfacción de las necesidades sociales y a su forma de empleo.

Reconoce, Jovan Djordjevich, que los derechos de autogobierno no son todavía integralmente ejercidos por los productores yugoslavos, pero con todo, el autogobierno de los productores llena ya dos funciones sociales fundamentales: 1. impedir el establecimiento del capitalismo de Estado, porque el autogobierno prohíbe la identificación de la organización económica con los del Estado. 2. impulsar la transferencia de los medios de producción de manos del Estado a las de los productores. El Estado deja en forma gradual de ser propietario.

En la actualidad el autogobierno de los productores es la base de la organización social y política de la República Federativa Popular de Yugoslavia. Realiza en forma verdadera la propiedad social de los medios de producción. O sea, la propiedad no pertenece a ningún grupo ni al Estado, sino a la sociedad. Y los derechos de la sociedad no se los apropia el Estado, es decir, la administración del Estado y la burocracia, son “confiados a los órganos democráticos del pueblo trabajador, elegidos y revocados por éste, órganos a los que se confiere la misión de asegurar la independencia y el desarrollo socialista de la comunidad y de fijar las normas de interés general...”

La autogestión de los productores es la institución de relaciones socialistas en la economía y constituye la base de una democracia real, susceptible de transformar la función y la estructura del Estado.

La gestión obrera de las empresas se encuentra estructurada así: en las empresas grandes y medianas la colectividad de trabajo está representada por todo el Consejo Obrero. Este es elegido por un año, pero puede ser revocado en cualquier momento. En las empresas pequeñas, con menos de treinta obreros y empleados, no hay Consejo Obrero; es la colectividad misma la que asume dicha función. El Consejo Obrero ejerce, las siguientes funciones: a) adopta los planes de producción y los balances; b) decide la gestión de la empresa y la realización del plan económico; c) reparte el monto de las reservas, que está a disposición de las empresas, es decir de la colectividad de trabajo; d) discute las relaciones del Comité de dirección y aprueba o rechaza las decisiones tomadas por este último; e) adopta el reglamento de la empresa.

En resumen, la propiedad social y el derecho al autogobierno de los productores forman la base de las relaciones sociales en la fase actual de transición hacia el socialismo. Y el mérito histórico de la revolución yugoslava es el haber instituido dicho sistema del autogobierno de los productores, donde se

ha dado su verdadero sentido a la noción de propiedad social. Y en este marco se resuelven dos derechos contradictorios: el derecho de los productores a administrar los medios de producción y apropiarse de su parte del producto social, y el derecho de la comunidad a determinar, por intermedio de los cuerpos representativos, el monto de los recursos a deducir del producto social, para la satisfacción de las necesidades de la sociedad.

VI

Las instituciones políticas y los derechos ciudadanos

En la República Federativa Popular de Yugoslavia "todo el poder emana del pueblo y pertenece al pueblo trabajador". Los derechos del ciudadano y las instituciones políticas mediante las cuales el pueblo trabajador realiza ese poder y administra los asuntos de la sociedad, son: a) los cuerpos representativos: comités y asambleas populares, consejos obreros y otros órganos de autogobierno; b) la elección y la revocación por el pueblo de sus representantes en los cuerpos representativos; c) el ejercicio directo del poder por el pueblo, mediante el referéndum, las reuniones de electores, los consejos de ciudadanos, la participación de los ciudadanos en la administración y la jurisdicción y en otras formas de gestión directa ya existente o por crearse.

En Yugoslavia la soberanía del pueblo implica no sólo el ejercicio del poder político, sino también la gestión de las cuestiones sociales. Tanto en los países de capitalismo individualista como en los de capitalismo de Estado, la soberanía popular se reduce a una soberanía política; en los primeros, por el derecho privado de propiedad; y en los segundos, por el derecho de los órganos del Estado de administrar los medios de producción. En el sistema yugoslavo la soberanía se vuelve de naturaleza social tanto como política y engloba todas las formas de autogobierno político, económico y social. El poder político está formado por la representación política de los ciudadanos y por la representación directa de los productores. Gracias a esta doble representación se asegura un papel dirigente a la clase obrera de manera democrática, en lugar de hacerlo en forma autoritaria, mediante la dictadura de un partido único. Según Kardelj, "este papel dirigente (de la clase obrera) no es asegurado ya por la Ley Constitucional, antes que nada, gracias a las posiciones reservadas a su vanguardia política, en el aparato administrativo —lo que, en último análisis, como se ha visto en la URSS, lleva al burocratismo de la vanguardia misma, a su fusión con el aparato administrativo del Estado y la clase obrera—, sino mediante el autogobierno de los trabajadores en las empresas y las demás organizaciones económicas, y por el control directo que las masas obreras, a través de sus órganos representativos, ejercen sobre la ocupación y la distribución del ingreso nacional.

En la actualidad, el autogobierno no se ha realizado todavía bajo la forma de una democracia directa. Coexisten órganos representativos (comités populares, asambleas populares, consejos obreros) con formas de participación directa (reunión de electores, referéndum) y, semi directas (consejos de ciudadanos, consejos de la República en el terreno de la enseñanza, ciencia, servicios sociales).

La democracia directa

En síntesis, según Jovan Djordjevich, en el sistema político yugoslavo "no es exacto decir que el poder del pueblo trabajador sea ejercido exclusivamente por los órganos representativos. Es más justo hablar de un "sistema combinado de parlamentarismo y democracia directa", como el que había preconizado Lenin para la organización política de la comunidad socialista. Las diversas instituciones de democracia

semi directa y directa tienen como fin impedir que el poder con base representativa se restrinja o se burocratice". La democracia directa hace posible una acción política más amplia y más completa de las masas populares. La democratización de las instituciones por la gestión directa del pueblo trabajador tiende a la limitación del poder del Estado y a la transformación de sus órganos y actividades en funciones de autogobierno, para el desarrollo de la democracia socialista y la desaparición paulatina del Estado. En el sistema yugoslavo su fundamento es el autogobierno del pueblo trabajador en las comunidades locales. El autogobierno comunal es la base de la organización política y administrativa del Estado y ha transformado la estructura del Estado tradicional en cuanto "expresión suprema" de la sociedad. En la realidad yugoslava "la organización social y política es concebida como una especie de asociación de productores, ligados vertical y horizontalmente, es decir, económica y políticamente. En la base de este sistema se encuentra la comuna, que es la asociación orgánica de las instituciones culturales, económicas y sociales así como de las unidades autónomas de productores y ciudadanos, que constituyen las células, al mismo tiempo, originales y originarias de la sociedad yugoslava". La comuna logra "la armonización de los intereses generales y los intereses individuales", y estimula una fuerte solidaridad entre los trabajadores. Joyan Djordjevich recuerda que Marx consideraba muy ventajosa la comuna autónoma por favorecer, como ninguna otra formación social, "la emancipación del trabajo". Supone, entonces, que la comuna está fundada en la propiedad social de los medios de producción, en el autogobierno de los productores, en la economía y en la supresión progresiva de toda explotación del hombre por el hombre. Es preciso subrayar, también, que la "formación de las comunas no tiene por objeto dividir y dislocar a la sociedad sino unirla sobre una base lo más libre, lo más corriente y real posible. Las comunas sólo pueden consolidarse y desarrollarse en una sociedad donde las relaciones sean socialistas, donde el autogobierno del pueblo trabajador se aplique en todos los terrenos y en todos los niveles.

La autogestión social

En el plano de la gestión social se ha conseguido el "autogobierno en el dominio de la educación, de la cultura y de los servicios sociales". En este aspecto, la autogestión social, elimina dos peligros gravísimos: la dirección autoritaria y burocrática de las instituciones educativas, científicas y culturales, y el monopolio de Estado sobre el pensamiento científico, y en general, sobre el pensamiento y la vida sociales. En cuanto al segundo peligro, el autor escribe esta página notable: "El monopolio de Estado, inclusive si es llevado a cabo por una organización política progresista, representa siempre y sobre todo en el campo del pensamiento científico un fenómeno nefasto, antidemocrático y antisocialista. Proclamar de alguien que sostiene "verdades eternas e infalibles" en todos los aspectos de la vida política y social es de por sí anticientífico, dogmático y, en consecuencia, contrario al socialismo. Marx condenaba la "pretendida razón oficial" que "no se instruye a través de la ciencia, sino que quiere instruir a la ciencia". En ninguna parte las trabas impuestas a la ciencia y al espíritu de investigación son tan peligrosas como en un Estado socialista, ya que el socialismo exige una producción material en expansión y hombres cultivados y libres. Son el pensamiento creador del hombre y la investigación científica los que descubren las formas matrices encerradas en la materia, en los fundamentos de la sociedad, y en el hombre mismo. Toda pretensión de dominar a los espíritus, de imponer opiniones en el campo de la ciencia y la enseñanza conducen al estancamiento, a la podredumbre del sistema social. Entonces no es el socialismo lo que se desarrolla, sino la anarquía, la burocracia, el hastío social, la mediocridad, el espíritu servil. La peor forma de dogmatismo es la que reina en los regímenes donde un grupo de políticos en el poder se proclama poseedor de las verdades científicas, iniciador, controlador y

organizador de todas las actividades sociales. Este monopolio del Estado —suponiendo inclusive que sea ejercido por hombres de talento— conduce inevitablemente a resultados desastrosos, tanto en el plano moral como en el plano político. Ahoga todos los gérmenes de democracia en la sociedad, instituye el automatismo y la burocracia, destruye las libertades y los derechos de los ciudadanos. Es al arrogarse el derecho de "no equivocarse nunca, de tener siempre razón" cuando la administración del Estado se vuelve tan antidemocrática, tan burocráticamente despiadada, tan orgullosa, tan falsamente superior, tan imbuida por un espíritu de casta, tan irresponsable y peligrosa para la sociedad".

En resumen, la gestión social "se opone a todo intento hecho por grupos o individuos para establecer su monopolio en un campo de la actividad o el pensamiento sociales. Libera la iniciativa, el pensamiento crítico y creador de los hombres, en el desarrollo de las actividades que conocen y les hace cobrar conciencia de su responsabilidad."

La gestión social tiende a limitar el estatismo y a impedir el funcionamiento de un "socialismo de Estado". Por el contrario, su objetivo es dar vida al socialismo democrático, donde la sociedad se organiza ella misma, progresivamente, sobre la base de la libertad, por la actividad consciente de los ciudadanos. En tales condiciones, la intervención del Estado sólo se justifica en cuanto es indispensable para favorecer el desarrollo de la democracia socialista y protegerla contra las fuerzas antisocialistas y antidemocráticas. La gestión social permite la evolución sostenida del estatismo al autogobierno.

VII

Garantías de la libertad y los derechos fundamentales

La democracia es el régimen de los derechos del hombre y cuanto mejor garantizados estén más real es ella. Su condición esencial es el reconocimiento y la defensa de los derechos individuales y políticos, considerados como clásicos, y los derechos socio-económicas, logrados en una lucha secular, en la mayoría de los países adelantados, por las clases trabajadoras. A este respecto la democracia socialista debe no sólo reconocer y ampliar los derechos clásicos sino asegurar las condiciones materiales y sociales de su ejercicio a la totalidad de los ciudadanos; y debe poseer una concepción nueva de la situación y el papel del hombre en la sociedad. Los derechos del hombre no pueden ser concebidos sólo como una consecuencia de la dignidad humana y una garantía para la actividad individual; ni como simple limitación de un Estado y de un poder separados del hombre y más fuertes que él: "su papel debe ser integrar al hombre en la sociedad y transformar la naturaleza del Estado y del poder, restituyendo al hombre todos los medios que le han sido arrebatados y cuya privación ha hecho posible su enajenación: el Estado, los medios de producción, los productos del trabajo humano (derecho de propiedad)". Entonces la cuestión de las relaciones entre el hombre y la sociedad está estrechamente ligada a la del autogobierno del pueblo trabajador. El principio del autogobierno afirma que no puede haber democracia ni en la esfera de la economía ni en la de la política, sin que el individuo consciente y libre, sea la fuente de las iniciativas, las actividades y las decisiones de la sociedad. Rechaza la identificación de la soberanía del pueblo con el poder absoluto del Estado o, más exactamente, del Parlamento y los partidos, que hablan en su nombre aunque sólo sean grupos limitados (como ocurre en el sistema democrático burgués); y también rechaza la idea de que el papel preponderante en la edificación del socialismo pertenece al Estado e inclusive al aparato del Estado centralizado, dominado por un partido único (como ocurre en el régimen soviético-estalinista).

Durante el paso del capitalismo al socialismo el Estado es una fuerza necesaria, como consecuencia de las desigualdades sociales y políticas y del subdesarrollo de la sociedad sólo puede superar mediante la acción combinada de la actividad libre del individuo, del juego de las leyes económicas y la fuerza del Estado, “pero es esencial para la democracia socialista aceptar el postulado de que la fuerza creadora fundamental es la del hombre consciente y libre”.

La Constitución yugoslava garantiza las libertades y los derechos fundamentales de los ciudadanos, dando un desarrollo nuevo al derecho de asociación, al derecho electoral y al derecho al trabajo. Sobre la base de la libertad de asociación se han formado diversas “organizaciones sociales” para la gestión de intereses generales de orden económico, político, cultural y científico; y las políticas: la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador y la Liga de los Comunistas. Además los sindicatos, organizaciones económicas de la clase obrera, para la afirmación de sus derechos socio-económicos y para educar a los trabajadores en el espíritu del socialismo, como instrumentos del autogobierno de los productores. En Yugoslavia, con el establecimiento de la propiedad social de los medios de producción y de la gestión obrera de las empresas, los sindicatos no son ya organismos de lucha; son organizaciones cuyo objeto es la satisfacción de las necesidades e intereses sociales de obreros y empleados, como integrantes del libre mecanismo de la gestión social, sobre todo en la economía.

En cuanto al derecho electoral, existe el sufragio universal, (el derecho de voto lo poseen los mayores de 18 años) y una institución original: el derecho de los electores a presentar ellos mismos candidatos en sus asambleas electorales, llamadas “reuniones de electores”. En esta forma, el derecho de voto, al que se reduce la participación de los ciudadanos en los regímenes democráticos, se transforma, en el sistema yugoslavo, en derecho de elección. La separación entre la elección de los candidatos (función de los partidos) y el voto (función de los ciudadanos) desaparece y así el papel y la importancia de las organizaciones políticas se modifican, eliminándose todo monopolio político de parte del partido.

El derecho al trabajo supone la afirmación del valor social y moral del trabajo, dejando de considerársele una mercancía, y destacando la dignidad humana del obrero. Comprende el derecho a una ocupación y una remuneración equitativa. Pero, además, el derecho al trabajo se aplica no sólo a las relaciones de trabajo activas, sino también a las relaciones de trabajo pasivas; “no significa sólo la liberación del desempleo, sino también la liberación de la miseria y del hambre, en el caso que el obrero se encontrara involuntariamente colocado fuera del proceso activo del trabajo”. Por otra parte, este derecho no puede realizarse mediante la ocupación plena resultante del trabajo forzado, es decir, no hay derecho al trabajo sin libertad de trabajo y sin libertad individual. En definitiva, el derecho al trabajo “debe significar libertad del hombre, liberación del trabajador de “la presión de las leyes económicas”, y de la indiferencia y del egoísmo sociales, así como de la indigencia y de todas las formas de trabajo forzado”.

VIII

Los derechos políticos básicos

El sistema yugoslavo, según Jovan Djordjevich, ha dado origen a dos nuevos derechos políticos. El primero, es la autogestión de los productores; y el segundo, es el autogobierno del ciudadano.

El hombre no será libre sino cuando se haya emancipado de todas las formas y de todos los instrumentos de la enajenación humana, en primer lugar la propiedad y el Estado. Toda propiedad de los medios de producción, “ya sea privada o del Estado”, es la expresión jurídica de la enajenación de los productores,

desposeídos al mismo tiempo de los medios de producción y de los productos de su trabajo. Entraña inevitablemente la explotación de los trabajadores por grupos minoritarios, que actúan en calidad de propietarios o "en nombre" del Estado propietario, administrando los medios de producción y decidiendo las modalidades de la distribución del producto del trabajo social. El pleno derecho de autogobierno de los productores al abolir las últimas formas de propiedad de los medios de producción, pone fin a la "enajenación humana" y señala el nacimiento de las relaciones verdaderamente socialistas, es decir, plenamente humanistas, puesto que se fundan en la reintegración del hombre a su verdadera naturaleza humana".

Reconoce, Jovan Djordjevich, que el autogobierno, tal como lo establece la ley constitucional, no es todavía un derecho completamente realizado, porque todos los medios de producción no se han convertido realmente en propiedad social, pues subsisten la producción mercantil en la agricultura y el subdesarrollo relativo del país. Son fenómenos limitadores de la economía yugoslava, y por ello los productores siguen dominados, por una parte, por el mercado y, de otra, por la "naturaleza de las cosas". En razón de tal causa sus derechos de autogobierno son restringidos.

El autogobierno de los productores no puede realizarse sin la instauración de la propiedad social de los medios de producción, sin la eliminación de la injerencia administrativa del Estado en la gestión de la economía. El derecho "de los productores a administrar los medios de producción sociales es definido por la constitución como un derecho colectivo de los productores organizados. Con frecuencia se ejerce, en efecto, en esta forma. No obstante, la autogestión no es el derecho de una organización económica abstracta sino de la colectividad de trabajo, compuesta por productores individuales. Es, por ello, un derecho individual del productor: el derecho, de éste, de apropiarse una parte del producto social en la creación del cual ha participado. Así comienza a modificarse el carácter de la propiedad social, que adquiere un contenido concreto".

A la autogestión del productor se agrega el autogobierno del ciudadano. Este la prolonga y amplía. Se trata de un derecho individual, que da al principio de autogobierno su carácter concreto y facilita su realización. Una serie de prerrogativas amplían el derecho al sufragio y las formas clásicas de participación del ciudadano en la acción política. Los ciudadanos reciben el derecho no sólo de elegir a sus representantes, sino también de revocarlos.

Por otra parte, gracias al desarrollo progresivo de instituciones de democracia directa o semi directa, los ciudadanos participan en la adopción de las decisiones políticas mismas. Así la acción política de los ciudadanos no se reduce a la sola elección de los cuerpos representativos. Es en la comuna donde este sistema de autogobierno ha sido llevado más lejos. Todavía no es completo en Yugoslavia, porque su organización requiere la ampliación de la base material y del contenido político de la democracia socialista, pero su nacimiento, en tanto derecho individual, es un acontecimiento capital. El autogobierno del pueblo no es posible si las relaciones políticas no se liberan de la tutela de la administración del Estado y si el hombre libre, consciente e informado, no tiene un camino real de expresar su opinión y, sometiéndola a la mayoría, de verla convertirse en fuerza social.

Un Estado en vías de transformación. El sistema socialista no está todavía plenamente establecido en Yugoslavia, según Jovan Djordjevich, porque su democracia se desarrolla sobre los fundamentos heredados de la antigua sociedad, en un Estado aún atrasado, a través de una dura lucha social e ideológica, dentro de los límites trazados por el nivel ya alcanzado del desarrollo de la nueva sociedad.

En estos instantes la democracia socialista yugoslava es la organización política hecha para asegurar el paso del capitalismo al socialismo, propio de una sociedad que liquida la propiedad privada y el capitalismo de Estado de los medios de producción. De otro lado, el Estado, en el período de transición del capitalismo al socialismo, es esencialmente la constitución política de la clase obrera, de la última clase dominante de la historia. Se trata, entonces, de un Estado en vías de transformación. La democratización del Estado se efectúa mediante la reducción permanente de sus funciones y de sus medios de presión sobre la sociedad, lo cual implica correlativamente el desarrollo de la autogestión obrera en las empresas y organismos económicos.

La transformación del Estado y de la sociedad "forman, en realidad, un proceso histórico único, en el cual los dos factores influyen el uno sobre el otro. La desestatización y la democratización son sus dos aspectos. La amplitud y el ritmo de la desestatización dependen de los progresos de la democratización del Estado. A la inversa, el Estado no puede democratizarse sino en una sociedad en vías de desestatización."

IX

El papel dirigente de la clase obrera

La democracia socialista yugoslava reserva el papel decisivo a la clase obrera; es ella la que guía a la sociedad en su marcha hacia el socialismo, y constituye la más firme garantía contra los intentos de restauración de las clases desposeídas del poder y contra el peligro de que la burocracia se constituya en casta dominante. Es la base sociológica de la democracia socialista. Únicamente asegurándole el papel dirigente a la clase obrera, política y socialmente organizada, existe la posibilidad de fundar una democracia socialista eficaz y capaz de evolucionar hacia formas más perfeccionadas. Toda negación de la importancia del papel de estas "fuerzas subjetivas" significa un debilitamiento de las energías vitales de la democracia socialista.

Las organizaciones políticas de la clase obrera yugoslava son la Liga de los Comunistas y la Alianza Socialista. En el curso de la guerra contra el fascismo invasor asumió el papel directivo del movimiento de resistencia el Partido Comunista. Se convirtió en el único partido de la libertad y de la liberación nacional. Al mismo tiempo agrupó a las masas populares en la lucha contra el ocupante y la formación de un nuevo poder, creando las condiciones para la constitución de un organismo político de masas: el Frente Popular, alianza democrática de obreros, campesinos e intelectuales. Después de la liberación nacional, y establecido el nuevo régimen, el Frente Popular se convirtió en la base del poder y el principal factor de las transformaciones del país hacia el socialismo. Gracias al Frente Popular no conoció, Yugoslavia, el sistema de partido único, ni en forma de un partido estatal, creado y comandado desde arriba, como las dictaduras absolutistas, ni en forma de un partido confundido con el aparato del Estado. A raíz de los cambios operados en la realidad económica, social y política de Yugoslavia, el Partido Comunista se transformó en la Liga de los Comunistas; y el Frente Popular en la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador. La Liga de los Comunistas agrupa los elementos conscientes de la clase trabajadora. Su misión consiste en orientar la educación de las masas y contribuir a la victoria del Socialismo. No se atribuye el monopolio del poder y la vida política del país ni pretende gobernar en lugar de los trabajadores. La Alianza Socialista del Pueblo Trabajador, asimismo, no pretende monopolizar el poder. Su misión es discutir los asuntos públicos, decidir la orientación política y dar directivas de trabajo a los órganos del Estado y a las instituciones sociales. Es un amplio foro democrático, donde se analiza y

define el pensamiento progresista, sobre la base de la libertad de expresión. Permite a cada ciudadano, a condición de ser partidario del socialismo y de la independencia nacional, hacer oír su voz y contribuir a sus conclusiones, aunque divergencias filosóficas, ideológicas y religiosas lo separan de los demás miembros. Las fuerzas productivas y la conciencia de las masas "no han alcanzado todavía, en Yugoslavia, un nivel suficiente para que la vida social pueda prescindir de una fuerte organización política ni del apoyo de las fuerzas socialistas más conscientes. No obstante, la democracia socialista posee ya una base política suficiente para que la libre iniciativa de los ciudadanos pueda desarrollarse y el pueblo logre ejercer por sí mismo su propio poder, gracias a la ausencia de posiciones políticas privilegiadas y del monopolio de una organización cualquiera. Por eso puede decirse que Yugoslavia se libera progresivamente del "sistema de partido" y evoluciona hacia una democracia socialista "sin partidos".

X

Los revolucionarios yugoslavos y su lealtad al Marxismo

En Yugoslavia se ha instituido una organización social y política fundada en la propiedad social de los medios de producción, donde el poder pertenece a los grupos sociales que crean valor haciendo fructificar el patrimonio popular, es decir, a los trabajadores. Su Estado, órgano de la clase obrera, aspira a desaparecer progresivamente como Estado, a ceder el lugar a un autogobierno de ciudadanos cada vez más libres. El Estado yugoslavo busca, a diferencia del régimen soviético, las condiciones mismas de su auto-desaparición. Los revolucionarios yugoslavos afirman tales ideas de acuerdo con una leal adhesión al marxismo, de su concepción del mundo y de la historia. Sus adversarios, quienes han desfigurado totalmente sus principios, los acusan de "revisionistas", manejando unos cuantos slogans marxistas formales, sin aplicación en su realidad social y económica ni en sus posiciones ideológicas. Constituye una de las peores mistificaciones teóricas y políticas. Para los revolucionarios yugoslavos, "el marxismo no es sólo una explicación de la sociedad y del Estado, sino también el descubrimiento de las leyes de su transformación. Es esto lo que hace del marxismo una teoría verdaderamente progresista y revolucionaria. Es lo que le confiere al socialismo un lugar privilegiado en relación con todos los demás sistemas sociales. Al aspirar al autogobierno, a la libertad e igualdad de todos los hombres, el socialismo busca, por su carácter mismo, y crea, por su existencia y evolución, las condiciones que permitirán emancipar a la sociedad humana de todas las formas de opresión."

Para los yugoslavos, la dictadura del proletariado debe ser en forma efectiva la dictadura de las masas y no puede convertirse en la de una oligarquía reducida, confundida con la jerarquía del partido único y la burocracia del Estado. Al suceder esto último, el Estado se refuerza y no se debilita; su renovación supone, entonces, un robustecimiento tomando la forma de una dictadura monocrática y pasando a constituir el obstáculo principal para la evolución hacia un régimen sin clases y sin Estado.

El autor del prefacio de la obra de Jovan Djordjevich, sintetiza sus afirmaciones sobre las características actuales de un régimen democrático de inspiración socialista, en las siguientes: 1. El autogobierno del pueblo trabajador, gracias al cual la soberanía clásica del pueblo se transforma en una introducción activa y creadora de un conjunto cada vez más grande de ciudadanos en la esfera de la vida social y política. 2. La comuna socialista autónoma, célula de base de la organización social y política. 3. La desestatización permanente de las funciones del Estado por el desarrollo de una red de instituciones autónomas e instituciones sociales independientes, que aseguren los servicios de interés público en la enseñanza, la cultura, la salud, la seguridad social. 4. La transformación progresiva de la democracia

indirecta centralizada y de Partido, en una democracia directa, sin partido, sistema de autoadministración de hombres libres. 5. El ensanchamiento permanente de los derechos y mejoramiento de las condiciones materiales y de los medios institucionales que permitan al ciudadano, en tanto individuo, participar en los asuntos públicos. 6. La solución de las contradicciones fundamentales del socialismo, que existen entre los intereses generales y los intereses particulares, por medio de la participación directa de las colectividades y de los ciudadanos en los arreglos del desacuerdo.

Realidad y perspectiva de la Revolución Cubana

ARAUCO N°25 febrero 1962

I

En el segundo concurso literario hispanoamericano obtuvo el premio de ensayo el escritor socialista colombiano LUIS EMIRO VALENCIA, con su trabajo “REALIDAD Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCION CUBANA” Se publicó en La Habana, en 1961, en un substancioso volumen de 400 páginas. El texto del ensayo abarca 230 páginas apretadas, y se le acompaña con un valioso anexo de 165 páginas, donde se reproducen las leyes del gobierno revolucionario, (sobre reforma agraria, minería, petróleo, reforma urbana, enseñanza, seguro social, etc.). De esta suerte, la obra constituye un verdadero manual del proceso histórico cubano y de su revolución actual.

Aunque el autor es un apasionado admirador de la gesta cubana, su pluma se mueve animado por un alto y noble afán de comprensión desinteresada y de apreciación imparcial; y de acuerdo con sus propias palabras, su ensayo "es una especie de acercamiento afectuoso pero objetivo a una realidad social y a un tema vivo que hace historia en cada uno de sus actos".

En cuanto al plan de fondo de su investigación lo define como una aproximación “al conocimiento de la realidad geográfica, humana e histórica del pueblo cubano, haciendo inmersión en la estructura económica y social, producto de su proceso histórico, y teniendo en cuenta la serie de factores que lo integran. De este análisis esquemático se desprende que la revolución cubana, que constituye una de las transformaciones más profundas en América, es fruto y consecuencia de su propia realidad y no presencia artificial o importada”.

La obra de Luis Emiro Valencia es una de las más calificadas sobre el fenómeno cubano; digno de lectura y meditación detenidas. Permite comprender nítidamente su proceso, aquilatar y sopesar sus aciertos y sus fallas, y entenderlo como lección ejemplar en la lucha social de nuestros pueblos latinoamericanos.

II

Quién es el autor

Luis Emiro Valencia es economista en la Universidad Nacional de Colombia, escritor y periodista. Pertenece a las jóvenes promociones intelectuales y políticas de América Latina, bordeando los cuarenta años, (nació en Bogotá en 1922). Ocupa ya un sitio brillante entre aquellos dirigentes destacados en la acción para conseguir un cambio revolucionario de la atrasada estructura económica, social y política de Latinoamérica.

Hemos tenido el privilegio de conocer a varios de esos líderes en sus visitas a Chile y de estrechar una firme amistad, nutrida en la solidaridad de anhelos, de ideales y de esperanzas. Así nos ocurrió con Luis Emiro Valencia, cuya obra sobre Cuba comentamos; Antonio García, líder del socialismo colombiano y original escritor en “La rebelión de los pueblos débiles” y “La democracia en la teoría y en la práctica”; Juan José Arévalo, expresidente de Guatemala, de quién se publicó en Santiago de Chile su demoledor escrito contra el imperialismo; “La Fábula del tiburón y las sardinas”; Juan Bosch Gaviño, líder de la República Dominicana, escritor extraordinario, quien en su permanencia en Chile dejó tres libros y, entre ellos, “Cuba, la isla fascinante", bello y apasionado canto a la patria de Martí; Luis Beltrán Prieto, maestro y escritor venezolano; José Luis Romero, alto personero del socialismo argentino e historiador ilustre, con obras macizas como “Las ideas políticas en Argentina”, y muchos otros.

Luis Emiro Valencia ha visitado Bolivia, Chile, México, los Estados Unidos y Europa; y ha realizado cinco viajes a Cuba. En la actualidad es dirigente del Movimiento Nacional Popular Gaitanista, y director de la “Casa del Pueblo", en Bogotá. Asimismo fundó el semanario “GAITAN”, donde colabora en forma regular. Casado con Gloria Gaitán, hija del gran líder democrático de Colombia, Jorge Eliecer Gaitán, asesinado en 1948.

En carta del 15 de junio de 1961, Luis Emiro me informaba de sus quehaceres en estas líneas: “Te diré que me hallo embarcado en la tarea de construir un movimiento de tipo socialista, revolucionario, nacionalista, no comunista, pero más enmarcado en la historia nuestra. Por eso lo denominamos Gaitanista. No es para repetir a Gaitán sino para continuarlo. La lucha de Gaitán fue truncada con el asesinato, el 9 de abril de 1948. Desde ese momento el pueblo ha sido masacrado, humillado, aplastado. Los demagogos de turno, los oligarcas, los traidores al pueblo han utilizado su nombre... Pero el formidable movimiento que dejó Gaitán no alcanzó sino al sentimiento, al corazón de las masas. Nuestra tarea es rescatar, no tanto la figura de Gaitán, como su ideario, su programática, su lucha revolucionaria...”

Luis Emiro Valencia se demuestra optimista en cuanto al desarrollo de este movimiento. Ya han conseguido grandes resultados, en parte a causa del afecto por Gaitán, quien dedicó treinta y cinco años de su existencia a la causa popular. Pero, por otro lado, la actividad incansable de Gloria Gaitán y de Luis Emiro, acompañados de un selecto grupo de jóvenes y de escogidos comandos de obreros, campesinos y estudiantes, ha permitido en gran proporción aquel éxito.

En contraste con su optimismo respecto del movimiento popular gaitanista, demuestra bastante frialdad hacia el socialismo colombiano y continental, su tienda política, y donde ocupó un puesto señalado, al cual encuentra en franca crisis. Me expresa: “mucho me temo que ha perdido el tren histórico. Nuevas formas alientan la revolución americana. Personalmente creo que la revolución cubana ha influido más en el comunismo y socialismo latinoamericanos que a la inversa. Es necesario tomar contacto con nuestra realidad...” De ahí su decisión de entrar a constituir el Movimiento Popular Gaitanista, como frente de masas, en el cual se realice la unidad social y política de las clases asalariadas, sin sectarismos ni dogmatismos, y como medio para llegar más rápido a la revolución, sin abdicar de los principios socialistas. Me declara tajantemente: “No practico el culto ni a la personalidad ni al partido. Por eso a veces soy incómodo. El único culto, el único compromiso trascendente, para mí, es la revolución, el pueblo y nuestra nación. Esto enmarcado en la “patria grande", América Latina”...

Luis Emiro Valencia es un fanático de la acción; y, según su criterio, es preciso abandonar las sabias, aunque cómodas, posiciones librescas, los idealismos de academia, verbalistas y utópicos, y luchar sin descanso en la cotidiana empresa de crear un movimiento de masas, arrollador. Me confiesa: "soy un apasionado de la acción. El pensamiento es la herramienta fundamental de la acción. Pero el pensamiento sin acción lo considero infecundo, paralizador, esterilizador".

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad de Luis Emiro Valencia y la esencia de su actual planteamiento ante los problemas de Colombia y de América Latina.

III

Evolución histórica de Cuba

Su obra laureada: "Realidad y perspectivas de la revolución cubana" se inicia con un par de capítulos sobre la geografía física y humana, y en torno a la evolución histórica de Cuba. La "isla fascinante" logró su independencia sólo al comenzar el siglo XX. Después de luchas sangrientas y crueles, España dio su autonomía a Cuba por real decreto del 25 de noviembre de 1897. En el momento mismo que la guerra de independencia estaba ganada por los patriotas, se vio interferida por la intervención de los Estados Unidos, a raíz de los disturbios habaneros de enero de 1898. Al pretexto de la voladura del "Maine", el 15 de febrero de 1898, Estados Unidos declaró la guerra a España venciéndola con gran rapidez. El Tratado de París, del 10 de diciembre de 1898, puso término al conflicto y en las negociaciones se proscribió por voluntad del vencedor, la representación cubana. Cuba quedó sujeta al dominio de los Estados Unidos; y el 10 de enero de 1899 asumió el gobierno del pueblo cubano. Solo el 21 de febrero de 1901 se reunió la convención que redactó la constitución del nuevo estado y ella se adicionó con un apéndice colonialista, denominado la "Enmienda Platt", impuesta por el gobierno yanqui. La famosa "Enmienda Platt" significaba una independencia nominal, por cuanto Cuba era gobernada desde Washington. Establecía fuertes limitaciones a la libre acción del gobierno cubano y estipulaba varías restricciones territoriales, tratando de convertir a la gran isla en colonia de los Estados Unidos. Se suceden los gobiernos títeres, alternándose los períodos de dictadura con los lapsos anárquicos. En 1935 se pudo abolir la "Enmienda Platt". A partir de entonces se inicia la era dominada por la figura siniestra del ambicioso e ignaro sargento Fulgencio Batista, con un fuerte poder oculto hasta 1940 y abierto y efectivo desde ese año. Se le eligió presidente constitucional para el período de 1940-1944. Terminado su mandato continuó envileciendo la política y obstaculizando toda labor normal, por fin, el 10 de marzo de 1952, dio un golpe de Estado, tomándose el poder. Su primer acto vergonzoso consistió en abolir la constitución democrática y progresista de 1940, dando paso a una dictadura pretoriana. Durante siete años hará escarnio de la legalidad republicana y de las libertades democráticas, sumiendo a Cuba en un abismo de terror, persecuciones, corrupción y latrocinio.

IV

La economía cubana

Tres capítulos densos, dedica, al análisis de la estructura de la economía cubana, enfocando los factores de su conformación y desarrollo y las trabas a su progreso. Aquí el autor demuestra su pericia de economista y nos entrega un completo examen de la realidad de un país subdesarrollado, válido para toda América Latina.

Cuba era un país de economía dependiente, semicolonial y atrasada. El predominio del latifundio y de la penetración imperialista le asignaban los rasgos de economía monoproductora y monoexportadora, subordinada completamente al monomercado norteamericano. O sea, el imperialismo extranjero, apoyado en el vasallaje de la oligarquía nacional, imponía un total colonialismo económico. Verifica una disección detenida y profunda de la deformación de la economía cubana; de sus graves contradicciones; de sus abusos irritantes y de su despiadado saqueo monopolista. Explotación primaria, inversiones especulativas, fuga de capitales, gastos suntuarios, pauperización constante, estancamiento de la producción, etc., eran algunos de los rasgos impresos a la economía cubana por la explotación imperialista. A pesar de ser un país pobre y subdesarrollado, con más de 600 mil desempleados, contribuía con una inmensa suma de dólares al avance del país más industrializado del mundo y afirma; "en su intercambio con los Estados Unidos, Cuba ha perdido en los últimos diez años mil millones de dólares". Cuba era, después del Canadá, el primer comprador en el mercado de los Estados Unidos.

En Cuba se daban, dramáticamente, aquellas paradojas propias de Latino-América; economía de desperdicio sobre un mar de necesidades, o sea, desperdicio y exportación de capital a los Estados Unidos y Europa cuando su gran problema es la carencia de capital para la inversión en su desarrollo. (Estados Unidos tenía invertidos diez mil millones de dólares en América Latina, proporcionándole mil millones de dólares de beneficios declarados, pero que, en realidad, son tres mil millones, fuera del control político). De tan pingüe expoliación brota su invariable posición de "mantener asida la economía latinoamericana al sistema colonial de venta de materias primas basadas en explotación primaria de recursos naturales como minerales en Bolivia, Chile, Venezuela, etc., y la compra de productos elaborados con esas mismas materias primas en Estados Unidos, con los consiguientes desequilibrios en salarios y términos de intercambio del comercio exterior".

En un nutrido capítulo examina los aspectos sociales fundamentales de Cuba, relacionados con el empleo, la distribución de mano de obra, comercio interior, vivienda y educación. Con respecto a la vivienda señala este hecho abismante: el déficit urbano era de un millón de habitaciones y los alquileres llegaban hasta un 50% del ingreso normal mensual.

V

La ruta de Fidel Castro

Los capítulos finales describen la trayectoria del líder Fidel Castro, la revolución en el poder y sus problemas.

Fidel Castro nació el 13 de agosto de 1926, hijo de un próspero azucarero y maderero de Oriente. Estudió en colegios católicos de Santiago de Cuba y de La Habana. Se recibió más tarde de abogado en la Universidad de La Habana, Afiliado al movimiento estudiantil de resistencia a la tiranía planeó el ataque al cuartel Moneada, con un grupo de compañeros. Fracasó. El y su hermano Raúl fueron sometidos a juicio y confinados en la prisión de Isla de Pinos. Su defensa en el juicio: "La Historia me absolverá" es un documento patético y una de las grandes piezas oratorias de América. A los dos años de cárcel se le liberó. Marchó a México donde se adiestró en guerrillas por el general español Alberto Bayo. Ahí conoció al "Che" Guevara. Al amanecer del sábado 25 de noviembre de 1956, se embarcó en Tuxapán, (Veracruz), en el yate "Granma", con 82 hombres. El 2 de diciembre desembarcaron en las costas orientales de Cuba y, después de diversas peripecias, sólo 12 sobrevivientes llegaron a la cima de Sierra Maestra, en la navidad de 1956. A lo largo de dos años libró una memorable campaña en contra de las

fuerzas mercenarias de Fulgencio Batista. En el transcurso de su acción emitió su célebre “Declaración de Sierra Maestra”, manifiesto y “programa de su lucha por la libertad y la justicia”.

El 1° de enero de 1959 se derrumbó la dictadura del sargento traidor sumergida por la intrépida y heroica campaña de los guerrilleros de Sierra Maestra y, como explica Luis Emiro Valencia, ese triunfo no solo se tradujo en la liberación de Cuba sino también pasó a ser el ejemplo para América, porque “el hecho real es que Fidel Castro encarnó en un momento histórico convergente, la revolución cubana y la revolución latinoamericana más importante de nuestro siglo”.

El carácter de la Revolución

La revolución cubana queda situada históricamente dentro de la más pura corriente americana, como las revoluciones mexicana, de 1910, y boliviana, de 1953. Surge del anhelo de las masas de “tierra, libertad y soberanía”, corno revolución democrático-nacionalista y, precisamente, la “toma de la causa nacionalista por el pueblo es lo que constituye el espíritu de la revolución cubana”. Es, además, profundamente antiimperialista en atención al despiadado pillaje efectuado por los monopolios internacionales en su seno. El antiimperialismo en América Latina se confunde con una posición antinorteamericana por ser los Estados Unidos la potencia avasalladora y hegemonista en el continente.

En América Latina, los Estados Unidos han apoyado a los círculos reaccionarios y a los sectores dominantes y ociosos; su ayuda se ha traducido en darles dólares, armas y apoyo militar en nombre de la “defensa del continente”; pero en la práctica, defensa contra sus propios pueblos. Según el escritor C. Wright Mills, en su sensacional libro “ESCUCHA, YANQUI”, la política norteamericana contribuye a sostener las deplorables condiciones económicas y sociales de América Latina, cuyos aspectos principales son éstos: “La increíble pobreza (quizás las dos terceras partes de la población padece desnutrición); la mala salud (cerca de la tercera parte de la población sufre infecciones o enfermedades por deficiencias); las colonias “internas” (una tercera parte de la población permanece fuera de la comunidad económica y cultural latinoamericana); la explotación permanente (dos terceras partes de la población está sujeta a condiciones de trabajo semi-feudales); las economías monoproductoras (y la peligrosa dependencia de las fluctuaciones de los mercados extranjeros); los injustos e ineficaces sistemas de propiedad y tenencia de la tierra (las dos terceras partes de la tierra están controladas y con frecuencia mal utilizadas por las oligarquías nativas y las empresas extranjeras); el dominio extranjero (quizás la mayoría de las “industrias de extracción” son propiedad o están controladas por el capital extranjero); los inadecuados sistemas de transporte (los que existen son, principalmente, medios para transportar materias primas del interior a la costa, más que vehículos propicios para el desarrollo de mercados internos); los ineficaces sistemas de crédito y la falta de verdadero comercio dentro y entre estos mismos países (el comercio entre ellos corresponde al 7% del comercio mundial de América Latina); las repetidas intervenciones —comerciales y militares— de grandes potencias mundiales, el dominio político de las oligarquías feudales, mezclado con intereses de las compañías extranjeras y sujeto a los actos arbitrarios de los inflados ejércitos; los árbitros militares (desde fines de la segunda Guerra Mundial, los gobiernos de América Latina han “cambiado de manos” sin ningún “procedimiento formal” más de treinta veces)”.

Tales son las realidades de América Latina y eran las de Cuba. Hoy ya no lo son en Cuba y ese es el significado de la revolución cubana.

El gobierno de Cuba surgido, naturalmente, del seno de la victoria contra la corrompida tiranía de Batista, respaldado por vastos contingentes de combatientes, y legitimado por el apoyo fervoroso de la inmensa mayoría del pueblo cubano. Sin duda, es una dictadura revolucionaria de trabajadores, de campesinos, obreros e intelectuales, sin amarras con teorías exóticas ni con partidos fracasados. El revolucionario cubano es un tipo nuevo y distinto de teórico y de práctico de izquierda, sin vinculaciones con el liberalismo o el estalinismo; y su revolución es socialista a su manera, con formas propias y con un amplio contenido demo-popular.

El núcleo dinámico estuvo constituido por jóvenes intelectuales y estudiantes, quienes se unieron a los campesinos y éstos desempeñaron el papel decisivo en la insurrección.

Los obreros de la ciudad carentes de conciencia revolucionaria, vivían una etapa "economicista" y muchos sindicatos estaban corrompidos. La pasividad de las organizaciones obreras en la lucha nacionalista hizo que se orientara hacia el sector rural, hacia el guajiro. Al triunfar, la insurrección armada a fines de 1958 comenzó la revolución misma y, entonces, al lado de los campesinos, siempre decisivos, adquieren importancia los obreros y el movimiento obrero se unió a la revolución y formó parte de ella. El proceso revolucionarlo adquirió un desarrollo original y se inició la edificación de una sociedad socialista y no de un régimen estalinista.

VI

Ha roto los esquemas sectarios

La gesta cubana es el suceso político-social de mayor trascendencia en nuestra Amerindia, porque junto con llevar a cabo una profunda transformación socialista en Cuba, ha roto con todos los esquemas sectarios y oportunistas en el plano de las ideas, tácticas y actividades de los partidos y dirigentes que se proclaman revolucionarios. Además está probando que una revolución contra el imperialismo yanqui en un país latinoamericano puede triunfar. C. Wright Mills le asigna como características sobresalientes éstas: Como la revolución mexicana de hace cuarenta años, la de Cuba se basa en el campesinado, pero con una reforma agraria rápida y profunda; destrucción del papel funesto del aparato militar tradicional en la vida política, social y económica; destrucción de la base económica del capitalismo, la extranjera y la cubana; destrucción a fondo de las fuerzas económicas dominantes, de las clases burguesas.

El principio de que la revolución en los países subdesarrollados se hace con la alianza de las ciases trabajadoras y la burguesía nacional, en un amplio frente democrático, para llegar a instaurar un gobierno de coalición, de partidos obreros y burgueses, y con una política democrática burguesa, sufrió una rotunda negación. En Cuba se verifica la revolución agraria y antiimperialista con la destrucción del Estado oligárquico, la liquidación del latifundio y la nacionalización de las grandes empresas de los consorcios imperialistas, y nacionales aliados, por medio de la insurrección armada de las masas campesinas unidas a los estudiantes, técnicos y sectores obreros.

La revolución cubana liquidó la burguesía nacional, estrechamente ligada al imperialismo; y derrumbó la democracia burguesa, con sus partidos burgueses y pequeño-burgueses. Ha sido una definida y exitosa revolución agraria antiimperialista y anticapitalista, contra las clases y agrupaciones burguesas, sin colaborar ni conciliar con ellas, entregando el poder a los trabajadores.

La burguesía atada al imperialismo no puede realizar el desarrollo nacional; sus instituciones caducas impiden la solución de los grandes problemas (agrario, industrial, educacional, sanitario, etc., y

constituyen una rémora para el avance de la comunidad. Solamente el poder revolucionario de las clases trabajadoras, con su Estado democrático y su forma socialista de planificación, cumple el papel de realizador de las necesidades del progreso nacional y del bienestar de las masas.

La revolución cubana ha roto todos los esquemas sectarios y oportunistas, porque condujo a la liquidación del poder capitalista y a la construcción de un estado socialista, sin pasar por un período de gobierno basado en coaliciones o "frentes nacionales democráticos", burgueses demo-liberales; o ''frentes de liberación nacional", social-reformistas.

Los aportes de la Revolución

En cuanto a la mecánica revolucionaria en América Latina, la insurrección cubana entrega tres aportaciones de acuerdo con el análisis de Luis Emiro Valencia: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el Ejército; no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución, pues el foco insurreccional puede crearlas; y en Latinoamérica subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo.

Es preciso conseguir el apoyo amplio de las masas rurales en la tarea insurreccional para derrotar militarmente al ejército profesional, sostén armado principal del viejo orden. Respecto de las guerrillas, Luis Emiro Valencia recuerda que "los especialistas" militares se burlaban de los guerrilleros, y los comunistas, "que menospreciaban a esos "terroristas pequeño-burgueses", a esos "neo-populistas cubanos", no entraron en relación oficial con ellos sino pocos meses antes de la victoria, cuando ésta casi no ofrecía dudas". Y, sin embargo, las guerrillas demostraron un vigor decisivo, desatando la dormida fuerza de las masas campesinas, despertándolas a la lucha contra sus opresores, desmoralizando y derrotando al ejército, y hundiendo al régimen. La revolución cubana ha sido profundamente original; no tuvo compromiso previo con ninguna ideología y, en la actualidad, es una dictadura revolucionaria de trabajadores, orientada a producir cambios estructurales y a construir una sociedad política libre, donde el pueblo de Cuba ejerza el control auténtico sobre sus procesos y sobre sus dirigentes. Junto con extender el espíritu de renovación institucional y política en Cuba da aliento a nuevas formas de organización social para América Latina. A pesar de sus fallas, o desviaciones, es un ejemplo y es menester recordar que "ninguna revolución, como ningún movimiento similar de la historia, puede considerarse puro y libre de problemas, de errores, y de contradicciones".

VII

La complejidad del fenómeno cubano

En la actualidad los dirigentes de la revolución cubana se definen como adeptos al marxismo-leninismo. ¿Significa tal declaración que el régimen cubano reniega de sus fuentes democráticas, profundamente originales, constitutivas de una "vía cubana" en la edificación de un socialismo americano? El acusado predominio en sus organismos directivos de miembros del Partido Comunista y su incorporación al bloque soviético, en el plano internacional, ¿significa que su marxismo-leninismo corresponde a la versión soviética con su partido único y su natural culminación en el "culto a la personalidad", propios del burocratismo como sistema y del terrorismo como método?

Luis Emiro Valencia es categórico para negar su existencia. En Cuba no imperan ''ni el culto a la personalidad ni el culto al partido", porque "la moderna idolatría política no conduce sino al extravío, al

seguidismo, para luego, muy tarde, reconocer el error, efectuar la demoledora auto-crítica kruscheviana pero la oportunidad, como los ríos, no regresa jamás".

Wright Mills, a pesar de su ardiente admiración por la revolución cubana, se demuestra muy cauto en este aspecto y así manifiesta: "no me gusta la dependencia en un solo hombre que existe actualmente en Cuba, ni el poder virtualmente absoluto que posee este hombre. Creo, sin embargo, que no basta con aprobar o desaprobar este hecho respecto de Cuba... Hay que entender las condiciones que le han dado origen y que siguen provocándolo; porque sólo entonces pueden considerarse las perspectivas de su desarrollo".

De todos modos, son aspectos complejos del fenómeno cubano y determinan dudas y retraimiento aun en militantes bien decididos del movimiento revolucionarlo latinoamericano.

La revolución cubana es atacada, como lo fueron la mexicana, la guatemalteca y la boliviana, esgrimiéndose sobre todo el espectro del comunismo y utilizándose argumentos sobre la intromisión de métodos dictatoriales por la carencia de elecciones generales. En el caso de Cuba, el ataque es más implacable en vista de constituir un ejemplo formidable. De extenderse puede llevar a la destrucción de todo el sistema de privilegios establecido en el continente en razón de la subsistencia de un marcado semifeudalismo en alianza con el imperialismo.

En estos instantes se agita y utiliza el anticomunismo para atacar la revolución en general, es decir la marcha hacia el cambio violento de los anticuados regímenes oligárquicos-imperialistas, y así desacreditar todo movimiento renovador al colgarle la etiqueta comunista. Es el criterio, macartista, pero debemos rechazar el macartismo y asimismo el estalinismo, por ser ambos excrecencias en la lucha de los pueblos en pos de justicia y libertad.

Para Luis Emiro Valencia no puede haber elecciones prematuras porque no se ha culminado la etapa revolucionaria. La etapa actual "no es el comienzo de una dictadura sino el principio de un nuevo género de democracia".

En cuanto al asunto de las relaciones con los Estados Unidos, éstos no pueden alcanzar un nivel de comprensión y cooperación, pues para lograrlo el país del norte tendría que renunciar al saqueo del continente latinoamericano, a través de su alianza con los intereses retrógrados de las oligarquías locales. Todo movimiento de avance económico y social en América Latina tendrá que chocar con la potencia sajona, por cuanto sus monopolios son los peores obstáculos al desarrollo armónico y creador de nuestros países. Todo movimiento revolucionario es antiimperialista, contrario tanto a las oligarquías criollas como al gobierno norteamericano, defensor de los intereses de sus consorcios monopolistas y de sus enlaces con las minorías privilegiadas nativas de terratenientes y burgueses. Un mejoramiento de las relaciones entre los movimientos populares de los países latinoamericanos con los Estados Unidos sólo se podría conseguir si el pueblo yanqui destruye el imperialismo dentro de su país y transforma su economía imperialista facilitando sus capitales para ayudar al desarrollo de nuestros países atrasados y hambrientos, y obligando a los consorcios y compañías a renunciar a la propiedad de las riquezas de nuestros países, pues, "la propiedad de las riquezas significa el control de nuestra política".

La Alianza para el Progreso no es otra cosa que el intento sistematizado de sobornar y comprar a los pueblos latinoamericanos a fin de mantener los regímenes oligárquicos, y burgueses, con sus irritantes

privilegios; y afirmar la política de rapiña y saqueo de los consorcios imperialistas dueños de las materias primas del continente.

Por otra parte, la política soviética, aunque no traduce los anhelos genuinos y permanentes de desarrollo, soberanía y libertad de nuestros países, penetra y se extiende ante la ceguera y egoísmo yanquis. La política de bloques lleva al juego que vemos en Cuba; por eso, únicamente, una postura independiente, de coexistencia activa, en el plano internacional, corresponde en forma genuina a los intereses de los países del mundo hambriento y subdesarrollado, y Cuba debiera practicarla honesta y resueltamente para no caer en las tenazas de los colosos hegemonistas en pugna por el predominio mundial. Con razón escribe Wright Mills, "el enorme problema al que se enfrenta hoy el mundo es que se encuentra en una posición en que debe escoger entre el capitalismo, que mata de hambre a los pueblos, y el comunismo, que resuelve los problemas económicos pero suprime las libertades tan apreciadas por el hombre. Los cubanos y los latinoamericanos aprecian y propician una revolución que pueda responder a sus necesidades materiales sin sacrificar esas libertades. Si logramos esto por medios democráticos, la Revolución Cubana será un ejemplo clásico en la historia del mundo".

Por todo lo expuesto, la causa del pueblo cubano es profunda, pues es el proceso de estructuración de un nuevo país sobre modernas bases de ajuste, y aun en caso de resistencia a tan magno acontecimiento, Luis Emiro Valencia cree que "los pueblos y los gobiernos de Latinoamérica debieran comprender, si no los aspectos positivos de la revolución cubana por lo menos los reflejos negativos, que están obligando por su repercusión e impulso a los Estados Unidos y a ciertos países europeos a mirar con menos abandono y rapiña los problemas y las injusticias que mantienen, por factores internos y externos, a nuestros países atados al subdesarrollo y a la degradación. Lo último que pueden perder los hombres es la gratitud".

Teoría y Programa del Partido Socialista de Chile

ARAUCO N°27 abril 1962

El 19 de abril de 1933 se fundó el Partido Socialista chileno, que representa las aspiraciones de grandes sectores de trabajadores manuales e intelectuales, destinado a promover la transformación económica y social de Chile, Nació estrechamente vinculado a las clases desposeídas tras una larga trayectoria de luchas y tragedias del pueblo. No se creó como un organismo artificial ajeno a la tradición y realidad chilenas. Por el contrario, significó la culminación natural de un largo proceso social, político e ideológico.

Antecedentes lejanos

Su primer antecedente se encuentra en la Sociedad de la Igualdad, asociación fundada por Santiago Arcos y Francisco Bilbao, en abril de 1850. Reunió en sus filas a sectores de artesanos, obreros y jóvenes liberales, y libró memorables jornadas democráticas. Durante siete meses conmovió al mundo santiaguino, todavía colonial y pacato. Se la estimó un peligro público y el gobierno la disolvió en octubre de 1850. La Sociedad de la Igualdad surgió a raíz de los cambios sociales y políticos iniciados en el interior de la estructura del país y a manera de reflejo de las agitaciones revolucionarias de Francia Sus dirigentes máximos, Arcos y Bilbao, se formaron en el crisol del pensamiento democrático y socialista francés de la primera mitad del siglo XIX. A pesar de su breve existencia, la Sociedad de la Igualdad alcanzó renombre y una influencia apreciable en el pueblo, cuyo despertar político comienza con la actividad de este

organismo. Su creador, Santiago Arcos Arlegui, legó un curioso y penetrante análisis de la realidad chilena, de su gobierno y de sus partidos políticos, en su "Carta a Francisco Bilbao", escrita en la Cárcel de Santiago, el 29 de octubre de 1852. En ella, además, expone sus puntos de vista sobre la manera de llevar a cabo una amplia reforma en el país. Según su criterio únicamente la repartición de las tierras hábiles, al estilo de la verificada por los revolucionarios franceses de 1792, y la creación de un partido republicano popular, permitirían abrir en Chile una era de adelanto y de progreso.

La desaparición de la Sociedad de la Igualdad y la política represiva del gobierno de Manuel Montt llevaron el temor y el desaliento a los sectores conscientes del pueblo. Años más tarde demostraron su vitalidad a través de la fundación y sostenimiento de sociedades mutualistas y de organismos culturales, donde se distinguió Fermín Vivaceta, trabajador autodidacta, verdadero padre del mutualismo en Chile.

Las primeras agrupaciones socialistas en Chile

A fines del siglo XIX, como resultado del desarrollo económico del país y de la influencia del pensamiento socialista europeo, nacen varios grupos socialistas y se constituyen numerosas sociedades de resistencia, orientadas por las ideas anarcosindicalistas. Al mismo tiempo se publican innumerables y efímeros periódicos populares.

Entre estas agrupaciones sobresalen la Unión Socialista, fundada en 1897, y el Partido Socialista, creado en 1901. La Unión Socialista logró dar vida a varios núcleos importantes en distintas ciudades así como también diversos periódicos. Su objetivo primordial era el de luchar por la implantación de un sistema social en donde los medios de producción estuvieran colectivizados y la producción y el consumo se organizaran de acuerdo con las necesidades colectivas. En su fundación desempeñó un papel destacado el joven Alejandro Escobar Carvallo, quien sostuvo correspondencia política con José Ingenieros, Juan B. Justo, Leopoldo Lugones y otros dirigentes socialistas argentinos. Durante quince años Alejandro Escobar Carvallo realizó una abnegada labor en la formación de grupos socialistas, libertarios, sociedades de resistencia y periódicos obreros. El Partido Socialista se organizó en escala nacional y en 1902 contaba con más de treinta secciones, a lo largo de todo el país. Se definía como enemigo de la oligarquía y de sus partidos, y antagónico al anarquismo.

A comienzos del siglo XX se forman las mancomunales —primeros sindicatos— y se declaran grandes huelgas. El gobierno trató de entorpecer el fervor mancomunalista mediante métodos policíacos y reprimió con inaudita crueldad los grandes movimientos huelguísticos, ocasionando centenares de víctimas. Desde este instante surgió la "cuestión social", aunque los principales jefes políticos la negaran. Enrique Mac-Iver, ilustre orador radical, individualista acérrimo, afirmó rotundamente: "La cuestión social... no existe entre nosotros..."

El único partido popular, con organización estable, es el Partido Demócrata, (fundado en 1887), acaudillado por Malaquías Concha, pero este partido no actúa con independencia. A menudo participa en alianzas con las fuerzas oligárquicas y se aleja de los intereses de las clases laboriosas. En vista de esto, Luis Emilio Recabarren, quien ya había conquistado gran prestigio por su incansable actividad en la estructuración de mancomunales y en la creación de la prensa obrera, dio vida al Partido Obrero Socialista, el 6 de junio de 1912, en Iquique. El nuevo organismo se arraigó en las grandes ciudades y en los centros obreros. Jugó un papel apreciable en calidad de inspirador de la aglutinación sindical a través del robustecimiento de la Federación Obrera de Chile, fundada en 1909 con finalidades mutualistas, y más tarde cauce natural del sindicalismo revolucionario. Según su reglamento, el Partido Obrero

Socialista pretendía reunir en sus filas a todas las fuerzas proletarias del país y luchar por mejorar su suerte. En su "Exposición de principios" manifiesta: "Socialismo es una doctrina por la cual se aspira a transformar la constitución de la sociedad actual por otra más justa e igualitaria. Consideramos que esta sociedad es injusta desde el momento que está dividida en dos clases: una capitalista que posee las tierras, las minas, las fábricas, las máquinas, las herramientas de labor, la moneda y, en fin, posee todos los medios de producción; otra, la clase trabajadora, que no posee más que su fuerza muscular y cerebral, la cual se ve obligada a poner al servicio de la clase capitalista para asegurar su vida, mediante el pago de una cantidad denominada salario... El Partido Socialista expone que el fin de sus aspiraciones es la emancipación total de la Humanidad, aboliendo las diferencias de clase y convirtiendo a todos en una sola, de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes; y la implantación de un régimen en el que la producción sea un factor común, y en común también el goce de los productos. Esto es, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva o común".

La crítica valerosa al régimen imperante, desde el punto de vista democrático, la llevó a cabo el publicista Alejandro Venegas Carús, (Dr. Julio Valdés Cange), en su obra "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", en donde se revela como un verdadero y genuino precursor del programa socialista. En esa obra tremenda traza un panorama certero del desenvolvimiento nacional con sus injusticias y vicios irritantes, a causa del predominio de privilegios seculares. También esboza todo un plan de reformas con el propósito de modificar la desdichada realidad nacional. Su voz acusadora y alerta, aunque profundamente patriótica, no fue escuchada y se perdió en la persecución y el olvido.

El gran movimiento social de 1920

En estos años la próspera industria salitrera permitió el crecimiento de la burguesía minera y fortaleció su conexión con los grupos de la banca, el alto comercio y los terratenientes. De esta manera, una casta plutocrática poseía fabulosas riquezas y privilegios desmesurados. Vivía en medio del derroche, la especulación y la más increíble irresponsabilidad política, a costa de la expoliación y de la miseria de las masas trabajadoras y del atraso del país. El parlamento, órgano básico de su poder, era sitio reservado sólo a la gente opulenta y en los comicios electorales, donde imperaban el fraude, la falsificación y el cohecho, se conseguían los sillones de diputados y de senadores con millones de pesos para los representantes exclusivos de los altos intereses latifundistas, mineros y bancarios.

Al término de la primera guerra mundial se produjo en Chile un gravísimo trastorno.

Su andamiaje económico-financiero descansaba en el salitre y al cesar las exportaciones extraordinarias, exigidas por las industrias bélicas, la producción de esta materia prima cayó verticalmente. Se originó una honda crisis fiscal y una temible cesantía. La nación entró en un período de agudas convulsiones. Por otra parte, la revolución rusa con su estremecedor mensaje de redención proletaria, agitó todos los espíritus. La conjunción de ambos factores desató uno de los movimientos sociales más trascendentales del país. Las clases populares ascendieron al primer plano de la política. Las ideas anarcosindicalistas y socialistas-marxistas se difundieron ampliamente. Cundió el credo libertario, fundándose la I. W. W. (Trabajadores Industriales del Mundo), de gran influencia en importantes sectores proletarios, y, en la Federación de Estudiantes de Chile. Luis Emilio Recabarren, convirtió el Partido Obrero Socialista en Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional, durante el Congreso de Rancagua, en diciembre de 1921 y enero de 1922; además afilió la Federación Obrera de Chile a la Internacional Roja. El mismo viajó a la URSS para conocer de cerca su gran experimento, donde permaneció seis semanas

(noviembre-diciembre de 1922). Recabarren tomó las decisiones señaladas, guiado por un criterio revolucionario y democrático y por su adhesión al pueblo ruso, cuyos inmensos sacrificios por derribar la bárbara e inepta autocracia zarista, conmovían a todos los espíritus generosos del orbe, y, asimismo, por su admiración a Lenin y a Trotski, caudillos intrépidos y decididos.

La grave crisis económica de la postguerra y el impacto emotivo de la revolución rusa estimularon, pues, en nuestro país, el desencadenamiento de un profundo movimiento popular en demanda de un cambio de régimen. Planteó la democratización de las instituciones y la instauración de la justicia social. Las elecciones presidenciales de 1920 reflejaron esta aspiración. Mientras la oligarquía se movilizó para defender sus privilegios; las clases medias, columna vertebral de la combinación denominada Alianza Liberal, bregaban por llevar a cabo reformas sociales, económicas y políticas.

Las clases medias experimentaron un crecimiento apreciable y con motivo de la crisis y de las transformaciones de postguerra, se aceleró su vigor, colocándose al frente del movimiento social y político de la época. Arrastraron tras sus consignas demagógicas a los núcleos obreros, todavía sin una amplía y sólida conciencia de clase ni una firme unidad, a pesar de los esfuerzos de Luis Emilio Recabarren por organizarlos y despertarlos a la lucha con espíritu clasista y soberanía propia.

El fenómeno indicado, junto con la radicalización de las clases medias, con una intensa agitación oportunista, explican su predominio y su conducción del proceso antioligárquico. Su caudillo, Arturo Alessandri Palma, político liberal, verboso y demagogo, logró conquistar la presidencia de la República. Su gobierno fracasó y las clases medias agotaron con rapidez su desorientado y fugaz espíritu combativo. Se burocratizaron y se disgregaron. Así, el movimiento social y político de 1920, después de inolvidables acciones, naufragó en la elección victoriosa de Arturo Alessandri Palma, porque su gobierno no dio solución satisfactoria a ninguno de los agobiadores problemas nacionales. Se debatió estérilmente en el egoísmo y la anarquía del régimen parlamentario.

Reemplazo del régimen parlamentario por la dictadura militar

Ante esta situación, la clase obrera entonó su actividad y su oposición al régimen. Cuando el movimiento obrero se tornó amenazante, la pequeña burguesía se alió a la oligarquía para reprimirlo, (matanzas de San Gregorio y La Coruña), aceptando enseguida la dictadura “salvadora” de las Fuerzas Armadas. El suicidio de Recabarren, en diciembre de 1924, dejó sin dirección a la clase obrera, y la intervención de los militares, con su correspondiente dictadura, puso término a esta turbia época.

Ante la profundización del movimiento popular constituido por la clase obrera, por empleados y estudiantes, y su actitud amenazante —demostrada en su participación en la caída del parlamento oligárquico y en las grandes convulsiones sociales de 1925-26— las clases plutocráticas se entregaron a la dictadura militar y, por medio del gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, se aliaron estrechamente al imperialismo norteamericano. De esta suerte trataron de extirpar el poderoso frente de obreros y sectores medios pauperizados, que luchaba por la transformación del régimen y la efectiva democratización del país.

Las clases privilegiadas por su parte, con sus partidos corrompidos y sus políticos anacrónicos, se deshacían ante el empuje de las masas y por su propio carácter arcaico, semifeudal. Para sostenerse en el poder se entregaron abierta y dócilmente al imperialismo. La oligarquía dominante se daba cuenta de su agonía histórica y ante el peligro de su disgregación y la pérdida de sus privilegios, se sometió en

calidad de colonia económica, política y espiritual al imperialismo. Sus contradicciones, su individualismo egoísta, su retraso histórico, la condujeron pues, a los brazos de la dominación imperialista. Anota con justeza un ensayista de la época: "La hora les ordena elegir entre el Imperialismo y la Revolución. Naturalmente que se deciden por el Imperialismo. A la sombra del capital extranjero, siervos y esclavos de él —porque serían incapaces de crear un poder económico propio— esperan mantener sus últimos privilegios". Y desde este instante denunciaron en toda agitación espontánea de las masas, sublevadas a causa de la miseria, de la injusticia, de la incapacidad de las oligarquías y burguesías nativas, la obra de Moscú, como procedimiento para ocultar en su acción mercenaria las garras de Wall Street, de la City y del Vaticano.

La administración de Ibáñez, que cerró este ciclo y puso atajo a la actividad democrática de las fuerzas medias y obreras, no fue sino "una dictadura policial al servicio del imperialismo norteamericano". Durante cuatro años, (1927-1931), subsistió en Chile una áspera tiranía.

El parlamentarismo oligárquico provocó la estagnación económica de Chile y trajo su descomposición política y moral al mantenerse el atraso de su estructura agraria, al entregar su minería al capitalismo extranjero y al obstaculizar un desarrollo industrial de magnitud, mientras la charlatanería, la venalidad y la incapacidad creadora imperaban sin contrapeso. La dictadura militar destruyó el régimen parlamentario, pero no innovó ningún elemento básico. No intentó modificar la estructura de la economía nacional ni desenvolver las fuerzas creadoras del pueblo. Solo agregó nuevos males. Envileció la conciencia social al burlar y atropellar las leyes; destruyó las organizaciones sindicales de la clase obrera; pulverizó los partidos políticos haciéndolos cómplices de la tiranía, y los hombres públicos, en general, se humillaron ante el dictador a cambio de prebendas.

Después de cuatro años de dictadura, por los efectos de la tremenda crisis capitalista de 1930 y bajo la presión general y valerosa de la ciudadanía, con los estudiantes universitarios como vanguardia heroica, cayó derribado el 26 de julio de 1931 el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo.

La vuelta al civilismo oligárquico

A la caída de Ibáñez se desató un amplio movimiento "civilista", como antídoto al período de hegemonía de los militares. Con habilidad, las fuerzas oligárquicas, la Iglesia y los partidos históricos, ocultaron tras ese engañador estandarte, sus manejos para recuperar el poder y someter al pueblo, nervio victorioso de la insurrección triunfante. Levantaron como personero a un jurista de clase media, honesto pero carente de experiencia política y de voluntad, Juan Esteban Montero. Las fuerzas sociales y políticas tradicionales obligáronle a aceptar la candidatura presidencial. Y su célebre frase "me someto" señaló desde el primer momento su capitulación total ante los intereses de la plutocracia, de la Iglesia y del imperialismo, frustrando las esperanzadas mayorías.

El agudo ensayista Domingo Melfi manifiesta, en su valioso estudio "Sin Brújula", que en Montero "se condensan las fuerzas llamadas de reacción, que aspiran a gobernar una realidad nueva con prácticas y hombres en desuso". Por eso los políticos se apegaron a las estériles posiciones tradicionales; en lo económico se aferraron a los privilegios del pasado; en lo social trataron de afirmar una estructura anacrónica basada en la desigualdad y la inercia. El levantamiento de julio de 1931 se malogró porque "Montero no tuvo el sentido de la revolución. No se identificó con ella... Fue el mito circunstancial, construido por los acontecimientos, manejado por los hombres reaccionarios, que en un comienzo creyeron servir los ideales civilistas. En realidad, servían los intereses de casta o de grupo". Montero no

comprendió que el movimiento ciudadano triunfante el 26 de julio “no era simplemente cuestión de civilidad, aunque en el fondo llevara adherida esa voluntad colectiva, hastiada de regímenes militares. Era, y acaso con más fuerza, una revolución moral”. Moral en el sentido de anhelar la creación de un gobierno dinámico y de una economía progresista, donde se consideraran las nuevas fuerzas sociales y se impusieran la justicia y el saneamiento general de la sociedad. Tanto la dictadura de Ibáñez como el inepto gobierno civilista de Montero, gobernaron en contra de los intereses y de las aspiraciones del pueblo, reprimiéndolas con dureza y persiguiendo a sus dirigentes. Pero a la vez originaron, con su torpeza e incapacidad, una gran fermentación social y política. Se definió una nueva conciencia social y sus correspondientes posiciones políticas, fenómeno traducido en una intensa pugna de clases. Las masas trabajadoras, obreros, empleados, estudiantes, sectores medios pauperizados, se aglutinaron bajo programas, doctrinas y actitudes autónomas y trataron de dar vida a organismos sindicales y políticos propios. Combatieron a la oligarquía plutocrática y al imperialismo, a los partidos políticos históricos fracasados, a sus politiqueros profesionales, cínicos camaleones del oportunismo y la demagogia, y a sus doctrinas anticuadas. Y estallaron manifestaciones violentas, desbordándose el descontento de los asalariados. La marinería de guerra se amotinó, apresando a sus oficiales y controlando los barcos, lo cual dio origen a una cuasi guerra civil. El gobierno de Montero entonces movilizó al Ejército y la Aviación, llamó a diversas clases a reconocer cuartel y emprendió ataques concertados en contra de las principales bases de los marinos insurrectos: Coquimbo y Talcahuano. El levantamiento fue sofocado, pero su desarrollo demostró el hondo divorcio existente entre las masas y las autoridades. Poco después se produjo la cruel represión de Vallenar y Copiapó, donde se ultimó a numerosos obreros, matanza conocida como la “Pascua Trágica” de 1931.

El renacimiento socialista y el pronunciamiento del 4 de junio de 1932

El descontento nacional fue canalizado por los grupos socialistas, fundados desde 1931. De 1931 a 1933 la doctrina socialista se extendió considerablemente en los diversos sectores intelectuales y obreros del país. Bajo sus banderas se formaron partidos y grupos universitarios de lucha. El Partido Socialista Marxista, la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista, el Partido Socialista Unificado y la Acción Revolucionaria Socialista, llevaron a cabo una intensa agitación, en estrecha unión con los sindicatos y gremios. Su tribuna periodística era el diario “Crónica”, en cuyas páginas se denunciaban la esterilidad e incapacidad del gobierno de Montero, producto del predominio oligárquico, a la vez que se libraban grandes campañas de bien público.

La actividad de estos grupos políticos nuevos se unió con el descontento de los militares jóvenes, originándose una vasta conspiración. Estalló en forma de pronunciamiento militar el 4 de junio de 1932. Instauró la República Socialista, inspirada en el lema de “Pan, Techo y Abrigo para el pueblo”. Sus caudillos más destacados fueron el abogado y tribuno Eugenio Matte Hurtado, fundador de la NAP, (Nueva Acción Pública), y el Comodoro del Aire, Marmaduke Grove Vallejo. Al escribir más tarde sobre ese grandioso movimiento, Oscar Schnake afirmaba que la revolución del 4 de junio de 1932 despertó en las masas “las consignas de verdadera unidad: unidad de propósitos (lucha contra el imperialismo y la oligarquía nacional), unidad de sectores sociales hasta ayer separados (obreros y clases medias)... El pueblo se incorpora a la política activa del país, halla su cauce en una acción clara, revolucionaria, contra la oligarquía latifundista, bancaria y financiera nacional, aliada del gran capitalismo extranjero que nos agobia”.

La importancia de la Revolución Socialista del 4 de junio de 1932, a pesar de sus escasos doce días de duración, es de gran trascendencia. Despertó el entusiasmo de las masas populares y al mismo tiempo las incorporó de nuevo con extraordinario fervor a la lucha política: “a lo largo del país se movilizó la fe entera de un pueblo sobre esta base de trabajadores manuales e intelectuales que aman con fervor una acción unida de las clases medias y obreras contra la oligarquía nacional y contra el capitalismo extranjero de nuestro país”. Desde este instante el pueblo se entregó a la lucha política activa, con objetivos propios, con una definida posición revolucionaria en contra de las fuerzas económicas y sociales capitalistas y burguesas, nacionales e internacionales, y “Frente a él se levantan como signos negativos los partidos históricos con su cortejo de corrupción y traición al país y a su pueblo”.

Desde el 4 de junio se tomaron las primeras medidas antifeudales y antiimperialistas: Plan de Reforma Agraria; disolución de la COSACH; elaboración de proyectos para nacionalizar el salitre y crear el Banco Central; reforma educativa. Su caudillo civil Eugenio Matte Hurtado, al defender más tarde, en el Senado, aquel gran acontecimiento revolucionario, exclamaba: “Bien comprendíamos que lo arriesgábamos todo: situación, amigos y aún la vida. Pero, a trueque de estos peligros, podía obtenerse una finalidad superior: establecer un Gobierno que representase, por fin, un mejoramiento efectivo de la situación material y moral del pueblo de Chile, de este pueblo tantas veces postergado y engañado, de cuyos derechos y anhelos se hace burla y escarnio, y para quien no hay pan ni justicia”.

La Revolución del 4 de junio influyó en la fundación de un gran Partido Socialista. Precisamente, Oscar Schnake escribió en aquellos años: “Toda la breve historia política de Chile enseña que el pueblo no ha podido nunca llevar a cabo sus aspiraciones porque nunca tuvo un partido propio y permanente y porque siempre ha vivido separado en tiendas de pequeñas sectas o grupos personalistas... El 4 de junio nos ha dejado a todos una tarea: organizarse férrea y disciplinadamente en el Partido Socialista que será el arma formidable para realizar nuestro supremo y único ideal, la República Socialista de los trabajadores manuales e intelectuales”... La revolución de junio de 1932 provocó bastante descontento contra los partidos históricos por su incapacidad para traducir los anhelos populares y por su esterilidad; en cambio, dio un enorme impulso a la organización de las masas hasta el punto de arraigar en su seno el programa socialista, considerado como la esperanza de su liberación próxima.

La fundación del Partido Socialista de Chile el 19 de abril de 1933

En 1932 triunfó en los comicios Arturo Alessandri Palma. Amparado en amplias facultades extraordinarias desató una fuerte represión contra los grupos socialistas. Estos comprendieron que la única posibilidad de supervivencia era la unidad, con el objetivo de dar vida a un gran partido donde se canalizaran las profundas inquietudes de los sectores medios y obreros de Chile, según un nuevo programa, una nueva organización y nuevos métodos de lucha. El 19 de abril de 1933 se realizó la fusión de los cinco grupos, representados por nutridas delegaciones. Se redactó su “Declaración de Principios”, inspirada en la doctrina del socialismo científico; se eligió su Comité Central y se designó un Secretario General. Resultó nombrado Oscar Schnake V., quien había sido Secretario General de la Junta de Gobierno del 4 de junio de 1932. No pudo asumir su cargo por encontrarse perseguido, bajo orden de prisión, permaneciendo oculto. Asumió en forma interina la jefatura del Partido el senador Eugenio Matte H., uno de los más brillantes conductores del movimiento del 4 de junio, protegido por su fuero parlamentario y quien llegaría a ser su más elocuente vocero en el Senado hasta su temprano fallecimiento, el 11 de enero de 1934.

El 19 de abril de 1933 se fundó, pues, el Partido Socialista de Chile. Nació en años de crisis y de fuerte represión política. Se estructuró en los momentos en que el movimiento obrero chileno sufría una crisis profunda de dirección. Su inspiración marxista le permitió analizar correctamente las características de la sociedad capitalista mundial y ubicarse concretamente en la realidad del continente americano, donde la explotación imperialista, en estrecha alianza con las oligarquías nacionales, asumía caracteres pavorosos; recoger y valorizar con justeza los antecedentes populares y democráticos de la trayectoria histórica nacional y, a la vez, interpretar con exactitud la situación económica, social y política de Chile.

Al capitalismo burgués se le abrían amplias grietas, caducando como régimen, después del tremendo colapso económico de 1930. Al mismo tiempo ascendía cruel y soberbio el fascismo, como una expresión totalitaria del capitalismo, intentando resolver sus contradicciones por medio de un reagrupamiento de las clases burguesas y medias, y de un fortalecimiento del Estado al servicio del gran capital. El fascismo se presentaba como un movimiento antiliberal revestido de cierta demagogia socializante, procurando dar la impresión de estar del lado de los obreros; pero no era sino una feroz contrarrevolución capitalista, por ende reaccionaria y bestial, ante el avance de las clases trabajadoras y del socialismo. En esta época el fascismo alcanzaba el triunfo en Alemania (en 1933, Hitler subió al poder como ministro de Hindenburg, y desató desde entonces su política de terror) y su influencia llegaba a la tierra chilena, dándole alientos, a un agresivo Movimiento Nacional Socialista, dispuesto a combatir al elemento obrero y al Partido Socialista. Por otra parte, el comunismo soviético se estabilizaba por medio de sus planes quinquenales y del inhumano totalitarismo de Stalin, aun cuando en el exterior mantenía una actitud extremista en pos de una revolución catastrófica. El Partido Comunista de Chile se reestructuró en obediencia ciega de la III Internacional y entró de lleno en una posición extremista de gran virulencia antisocialista. Apenas surgido, el socialismo recibió los ataques violentos del comunismo estalinista por ser un partido popular ajeno a las consignas de la III Internacional, tratándolo de confundir con el socialismo reformista de la socialdemocracia desprestigiada por su colaboracionismo infecundo.

El sombrío cuadro bosquejado se reflejaba entonces en la existencia de un gobierno fuerte, financiado por el imperialismo como “dictadura legal”, que sometía a las fuerzas populares a una continua represión; en la presencia de un activo y desafiante movimiento nacional-socialista, calcado del hitlerismo alemán; y en la presencia de un pequeño Partido Comunista cuya actividad sectaria y virulencia verbal obstaculizaban el proceso de organización de las clases populares.

El gobierno fuerte de Arturo Alessandri Palma se apoyó en los partidos políticos tradicionales: Conservador y Liberal, vehículos de los intereses de las clases dominantes, o sea, de la oligarquía terrateniente, de la alta burguesía industrial, bancaria y comercial, vinculada al imperialismo; de la alta burocracia fiscal y semifiscal, de los profesionales ligados a las grandes empresas nacionales y extranjeras y en fin, de la Iglesia. En suma, los partidos de la feudo burguesía, dueños de la riqueza y del Estado. En torno suyo giraban los Partidos Radical y Demócrata. El Partido Radical, expresión de los intereses de un sector de la burguesía agraria e industrial y de gran parte de la pequeña burguesía (empleados públicos, particulares y municipales, pequeños industriales, agricultores y comerciantes, profesionales), por su dualidad clasista vivía en permanente inestabilidad, ora como instrumento de la reacción, ora como aliado de las fuerzas populares, en una posición demagógica y mistificadora. El Partido Demócrata, agrupación de sectores de artesanos y operarios independientes, de pequeños agricultores y colonos, sin destino político, actuaba dividido en diversas fracciones comandadas por caudillos personalistas al servicio de los privilegios reaccionarios y antipopulares.

Por otro lado, el Gobierno estimuló la formación de un cuerpo civil armado, como fuerza represiva de choque para combatir el movimiento popular, denominado las Milicias Republicanas, y dirigido por los personeros de los partidos reaccionarios mencionados y de algunos pequeños grupos satélites (Partido Agrario, Unión Republicana, Social Republicano, etc.).

A pesar de la represión gubernativa y de los ataques del nazismo la doctrina y las fuerzas socialistas ascendieron desde 1933 organizadas en un partido fuerte, que creció día a día, y cuya influencia aumentó en el seno de las clases trabajadoras, hasta tomar su dirección y encabezar sus luchas, resistiendo con éxito la represión gubernativa, los asaltos de las tropas de choque del nazismo criollo. El Partido Socialista libró pues, una lucha denodada en contra de la reacción nacional y, del imperialismo; se enfrentó con decisión al nazismo criollo; denunció la demagogia y el engaño de los partidos históricos; y realizó una vasta actividad de esclarecimiento doctrinario, político y sindical, verificando una trascendental acción democrática, popular y latinoamericanista.

Los postulados teóricos del Partido Socialista de Chile

Las realidades, internacional y nacional, contribuyeron a darle al Partido Socialista recientemente fundado, algunas de sus características más señaladas; se define como anticapitalista, antiimperialista y antifascista; adhiere al marxismo considerado como una doctrina en constante evolución; no lo acepta como un conjunto de dogmas sino en calidad de método de interpretación de la realidad, como una herramienta de investigación de las leyes de la dinámica social. Se opone al reformismo de la socialdemocracia (al estilo de Bernstein y de Man) y al extremismo de la III Internacional.

Condena la posición anti dialéctica del Partido Comunista al contentarse con la transposición literal y mecánica de consignas dogmáticas, sin preocuparse, en forma honrada, por comprender la realidad nacional y subordinar a ésta su actividad política. El Partido Socialista se afana, en cambio, por agrupar en sus filas a las clases trabajadoras nacionales, forjando un partido de masas y, a la vez, por su dirección consciente y activa, un partido conectado de manera estrecha con los grandes movimientos populares, interpretándolos y orientándolos hacia sus objetivos.

De acuerdo con su declaración de principios y su programa, el conjunto de postulados básicos del socialismo chileno contiene los siguientes puntos esenciales:

1. El Partido Socialista acepta como teoría y método de interpretación de la realidad al marxismo, enriquecido con todos los aportes científicos del constante devenir social.

Para el Socialismo la teoría marxista tiene valor solamente como un método para prever el desarrollo colectivo, o como una herramienta auxiliar para alcanzar sus objetivos. En esto consiste para él la importancia del marxismo, es decir, como instrumento de orientación social e histórica.

2. La actual organización económica capitalista divide a la colectividad humana en clases sociales antagónicas: una clase reducida que se ha apropiado de los medios de producción, distribución y cambio, explotándolos en su exclusivo beneficio; y otra clase numerosa que labora y produce, sin más posibilidad de vida que su salario o sueldo.

La imperiosa necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico, y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios, oponiendo resistencia a la democratización de la riqueza, determinan la lucha entre estas dos clases. La clase capitalista está representada por el Estado actual,

que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases, debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose éste a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad.

3. Durante el proceso de transformación total del sistema, es necesaria la acción de un gobierno revolucionario representativo de los trabajadores manuales e intelectuales, que reemplace el régimen de producción y propiedad capitalista por el sistema de producción y distribución socialistas. El socialismo sólo podrá ser realizado por medios revolucionarios y las fuerzas fundamentales de esta revolución son los trabajadores de la industria y del campo, de la técnica y de la inteligencia, poseídos de una clara y profunda conciencia socialista.

El nuevo régimen socialista solo puede nacer de la iniciativa y de la acción revolucionaria de las masas laboriosas.

4. El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, minas, fábricas, máquinas, bancos y medios de transporte y comunicaciones, deberá ser sustituido por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en propiedad colectiva. La producción socializada se organiza, según una planificación científica, en beneficio de toda la comunidad y la distribución se realiza conforme a las necesidades colectivas y no con fines de lucro o beneficio particular.

El Socialismo, entendido como doctrina científica y sistema social de producción y convivencia humana, que propugna la propiedad colectiva de los instrumentos de trabajo, y el sometimiento de la economía a una planificación técnica, es quien solo puede solucionar racionalmente las necesidades de la colectividad, establecer la justicia social y asegurar la efectiva libertad individual.

5. La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. El socialismo propicia la unidad política y económica de los pueblos de América, para llegar a constituir una Federación de Repúblicas Socialistas del Continente, como primer paso hacia la confederación mundial.

6. Chile soporta una doble explotación: la de la clase capitalista nacional y la del imperialismo extranjero. Se entrelazan en él, las formas y relaciones de producción semifeudal, derivadas de la Colonia, y las formas y relaciones de producción capitalistas desarrolladas por la burguesía nacional y la penetración imperialista. Es un país semifeudal y semicolonial en donde el latifundio, la industria incipiente de sostenimiento artificial, y la dependencia del capital extranjero, entraban todo verdadero progreso.

El Socialismo lucha por conseguir, como primera fase de su acción, el establecimiento de un régimen que trace las líneas generales de una reestructura económico-social tendiente a desarrollar las fuerzas productivas, a superar el atraso social, técnico y cultural, y a eliminar la subordinación económica. El Socialismo lucha por llevar a cabo una reforma agraria que suprima el latifundio y modernice la agricultura; por el control de las inversiones imperialistas y la nacionalización de los servicios de utilidad pública; por la industrialización que permita el aumento cuantitativo de las fuerzas productivas, y por la transformación cualitativa de la estructura económica. En esta forma el Estado y la democracia adquirirían una nueva significación acorde con la realidad social, y se lograría el bienestar de las grandes masas trabajadoras.

Posición revolucionaria y americanista

De su declaración de principios se desprende con claridad que el Partido Socialista Chileno no se adhiere a un marxismo rígido y escolástico. Lo importante para él es su contenido dinámico, utilizado como un método de interpretación y guía para la acción. Rechaza tanto la actitud dogmática como la oportunista del mismo y reconoce la necesidad ineludible de enriquecerlo y ensancharlo, adaptándolo a las nuevas realidades, impidiendo su modificación sectaria.

Sigue el pensamiento de Riazanov, según el cual el marxismo debe explicar dentro de un país determinado su realidad histórica concreta, demostrar que tiene su explicación en sí misma, en el choque de sus contradicciones internas y demostrar que todas las características específicas "brotan de una raíz, de la lucha de clases, del desarrollo de la pugna de los antagonismos en la realidad concreta-histórica, económica, geográfica, del país que se estudia".

El Partido Socialista se colocó en un plano nacional y continental, enfocando la situación del país y la del Continente, ajeno a las directivas de las internacionales beligerantes. Sometió a crítica a la II Internacional Socialdemócrata, y a la III Internacional Comunista-soviética. A ambas las acusó de haber fracasado en su propósito de conducir a los trabajadores del mundo a una lucha fecunda por la instauración de la democracia y el socialismo. Condenó sus posiciones extremistas y decidió propiciar una agrupación de los trabajadores del Continente, como primer paso hacia un nuevo reagrupamiento internacional. Asimismo, la proyección de la enconada lucha de esas organizaciones una contra otra, debería excluirse de nuestros pueblos, por ser un factor de divisionismo perjudicial a los intereses de las clases trabajadoras americanas. Y más aún, en el caso específico de la III Internacional, por ser éste un organismo dependiente del Estado soviético estaliniano, instrumento exclusivo de su política nacional, sin relación ninguna con los anhelos genuinos de la clase obrera. (Gracias a los desvelos del Partido Socialista, pudo reunirse en octubre de 1940, en Santiago de Chile, el Primer Congreso de Partidos Populares y Democráticos de América Latina, aunque sin lograr una organización permanente).

El Partido Socialista nació como un movimiento revolucionario y democrático de gran aliento, formado por trabajadores manuales e intelectuales: obreros, campesinos, empleados, profesionales y técnicos, pequeños agricultores y pequeños industriales. Surgió libre de sectarismo, enemigo de todo dogmatismo infecundo, con goce de plena autonomía nacional, inspirado en una perspectiva americanista. El Partido Socialista recogió las conquistas democráticas del país, logradas a lo largo de un siglo de evolución, mediante la actividad incansable de las fuerzas de avanzada social, y ha pretendido dotarlas de un contenido más amplio, dándoles plenitud y validez para todos.

El Partido es revolucionario en cuanto pretende derrocar a las clases dominantes para establecer el gobierno de las clases explotadas, con el propósito de transformar la estructura económico-social del país, porque no es posible expandir la economía nacional y desarrollar en un proceso rápido las fuerzas productivas, sin cambiar radicalmente sus bases estructurales. Es democrático en cuanto pretende incorporar las clases trabajadoras al Estado y a la economía, destruyendo los privilegios y logrando una verdadera soberanía popular. Rechaza el reformismo porque la práctica de una política de pequeñas reformas es inútil para combatir las hondas contradicciones, las injusticias, los privilegios, el atraso y la expoliación del régimen capitalista, en un país subdesarrollado, semifeudal y semicolonial. Al mismo tiempo, niega toda misión y ejecutoria a la burguesía, por haberse mancomunado con la clase terrateniente y asociado estrechamente con el capital imperialista. La burguesía no es una clase revolucionaria ni progresista en nuestros países. Sólo las clases trabajadoras (obreros industriales y mineros, campesinos, artesanos, empleados, pequeña burguesía intelectual), pueden llevar a cabo una

revolución democrática para destruir los soportes del régimen imperante, es decir, el latifundio, y con él todas las formas y rezagos semifeudales de producción, reemplazándolo por una vasta redistribución de la tierra entre los campesinos que no la poseen, y entre los pequeños propietarios que la tienen en forma insuficiente, sujetos a programas nacionales de cultivo; y el imperialismo que succiona y esclaviza la economía chilena, al dominar todas sus materias primas. Es preciso liquidarlo por medio de la nacionalización de las empresas extranjeras. Únicamente las medidas de fondo indicadas podrán permitir el desarrollo de la economía nacional, la elevación del nivel de vida de las masas de la ciudad y del campo, la ampliación del mercado interno, y la industrialización del país, es decir, la emancipación nacional.

Propósitos básicos y grandes líderes del socialismo chileno

La actividad del Partido Socialista encontró amplio eco en las grandes masas trabajadoras. Su doctrina revolucionaria, su programa moderno y su política realista atrajeron a vastos contingentes de juventud, obreros y profesionales, y desde su fundación gravitó en la ciudadanía. Su propaganda penetró muy hondo en los sectores más dinámicos de la colectividad nacional, donde llegó a ser una firme creencia que solo un cambio radical en el régimen de propiedad y en la forma de convivencia podrían dar vigencia a una legítima democracia social y política y permitir un avance efectivo en el progreso del país.

La clase obrera, los profesionales y los técnicos, los sectores medios diversos, o sea, los trabajadores manuales e intelectuales, entienden claramente que la transformación propiciada por el Partido Socialista es una revolución democrática, orientada hacia el socialismo, cuyos objetivos en su primera fase tienden a eliminar las formas semifeudales de explotación agraria, y a liberar a la nación de toda dependencia extranjera. De ahí su insistente posición anti-oligárquica y anti-imperialista. Por otra parte, su neta actitud americanista encontró amplia aceptación.

Los países de Latinoamérica poseen, salvo algunos rasgos peculiares, idénticas características socio-económicas, sometidas todos al poder de los terratenientes y a la explotación del imperialismo, dentro de la órbita norteamericana. Se plantea, entonces, la necesidad ineludible de su unión como única posibilidad de alcanzar su independencia y su progreso. Primero, unidad de los movimientos nacionales de liberación; en seguida, unidad de la política económica y exterior de los Estados. Únicamente la unidad podrá fortalecer la resistencia popular contra la penetración imperialista, y constituir un sistema económico regional, destinado a reemplazar la actual servidumbre de América Latina respecto a los Estados Unidos, por relaciones equitativas y justas entre comunidades libres y soberanas.

Además, al desarrollo del socialismo ayudó en forma considerable la personalidad fascinante del gran tribuno Eugenio Matte Hurtado, joven y elocuente orador, hombre de mentalidad poderosa y brillante, quien se colocó como el más capaz líder de las fuerzas democráticas en el Senado de la República en el año crucial de 1933. Tuvo una gran figuración en la revolución socialista de junio de 1932 y en seguida, en la fundación del Partido Socialista en abril de 1933. A pesar de su breve existencia (falleció en enero de 1934, a los 37 años) dejó una huella profunda en el Partido Socialista recién constituido y en la política nacional.

Junto a Eugenio Matte se destacó el coronel Marmaduke Grove Vallejo, figura de primer rango en las filas de las fuerzas armadas de la nación, y protagonista singular de románticas peripecias políticas durante los años de la agonía del régimen parlamentario y de la dictadura de Ibáñez, y luego principal

caudillo de la revolución del 4 de junio de 1932. Durante varios años su nombre y su prestigio se confundirían, entre las masas, con el socialismo chileno.

Por otra parte, el Partido Socialista tuve un espíritu propio y un estilo singular de vida, profundamente originales. Su Secretario General Ejecutivo, Oscar Schnake Vergara, definió en forma muy acertada ese espíritu y ese estilo, en estas líneas: "'Falta un instrumento político eficaz que resuma las esperanzas y la fe del pueblo. El pueblo necesita un partido que por su organización, por los hombres que lo dirijan y por su voluntad de acción, sea garantía de un nuevo destino político. Es el Partido Socialista que nace como depositario de su unidad de propósitos y llamado a realizar su unidad de acción. Nace como una necesidad y por eso es recibido como el partido del pueblo. Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad, pretendemos movilizar al pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social, al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que han fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo hacia su liberación; por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la revolución que Chile necesita para hacer su historia dentro de Latinoamérica y de la Humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso".

La realidad chilena según el enfoque socialista

El Partido Socialista, al analizar la evolución histórica nacional, pone en claro que Chile carece de una estructura económica y social homogénea, pues posee formas y relaciones semifeudales de producción, derivadas de la Conquista y la Colonia, mezcladas con formas y relaciones capitalistas de producción desarrolladas por la burguesía nativa y el imperialismo, lo cual le confiere un carácter semifeudal y semicolonial. Sus características son: régimen de latifundio en la propiedad de la tierra, con un poderoso influjo de los intereses terratenientes en su evolución económica y social; débil formación de capitales y dependencia económica de la explotación del cobre y salitre, que representa el ochenta por ciento de las explotaciones totales del país, y cuyas faenas correspondientes están dominadas íntegramente por grandes consorcios internacionales; industria incipiente, local, cuyo sostenimiento es artificial en su mayor parte, pues no elabora las materias primas nacionales, mientras vive a la sombra de aranceles prohibitivos, con una fuerte tendencia monopolista; inflación y desvalorización monetaria inveteradas, agravadas por la utilización que de ellas se hace para proteger los intereses del sector dominante, pues toda inflación modifica el reparto de las rentas en favor de los empresarios; bajo nivel de vida a causa de una renta nacional insuficiente, que coloca a la mayoría de la población en condiciones lindantes con la miseria; y escasez crónica de divisas en virtud de la expoliación imperialista, del atraso de la explotación agraria, de la débil industria, del exceso de consumos suntuarios del sector plutocrático y de la carencia de una planificación económica científica y eficaz del Estado.

La pobreza, la debilidad y las contradicciones de Chile son profundas, debido al atraso de su estructura económica, a la subyugación de la soberanía nacional por parte del capitalismo extranjero, al carácter formal y fraudulento de la democracia existente, y al mantenimiento de niveles de vida ínfimos. Las clases gobernantes no han conseguido el avance de Chile en lo económico y social, como tampoco en lo

político y cultural. De ahí las contradicciones de fondo señaladas, que dificultan toda acción técnica y fecunda para impulsar el progreso. Las clases dirigentes tomadas en su conjunto, se encuentran social y psicológicamente retrasadas en el campo de las exigencias y de las transformaciones de la economía moderna. Han sido incapaces de echar las bases de una economía para el servicio del hombre, cuyo objetivo sea el aumento de la producción para disponer de los bienes necesarios destinados a satisfacer todas las necesidades de la población, según una distribución justa y equitativa. Y los partidos tradicionales, en cuyas filas militan los elementos más dinámicos de las clases dominantes, han carecido de una concepción técnica del Estado y de un sentido orgánico y constructivo del mismo, manejando al país con un criterio electoral y burocrático. La democracia "concebida como un método para controlar científicamente la economía y la técnica en beneficio de una sociedad que se desarrolla planificadamente, y como un gobierno de verdadera representación popular", ha sido desconocida en nuestro país.

El Partido Socialista chileno nació precisamente como expresión de los intereses de las grandes muchedumbres de clase media, obreros y campesinos, que no poseían representación ninguna; y recogió los anhelos de todo el pueblo frente a la frustración de las grandes esperanzas de 1920 y de 1931-32. Esta es la explicación de su asombroso crecimiento. Desde su primer día de vida libró una denodada batalla en defensa de las libertades públicas y de la ampliación y vigorización de la democracia, auspiciando reformas estructurales y luchando por la defensa y la extensión de la sindicalización obrera. En el campo sindical combatió a quienes veían en el sindicato un fin, a quienes practicaban un apoliticismo inerte y negativo, y a los extremistas partidarios de las huelgas, promotores de la "gimnasia revolucionaria". Para el Partido Socialista el sindicato no es un fin en sí mismo sino un medio de liberación, que no admite convertirse en sucursal de un partido determinado. Si bien es cierto que no es posible establecer una diferencia radical entre los problemas económicos y los políticos, —porque ambos entran en el conjunto de la lucha de clases dirigida a la derrota de la burguesía y a la conquista del poder— no es menos cierto que el sindicato no debe servir a los intereses partidaristas, las más de las veces transitorios.

Por esto un partido responsable de su misión revolucionaria debe dirigir la acción sindical dentro de la línea propia del movimiento general de las clases trabajadoras. Así, el Partido Socialista defendió los sindicatos, realizó una permanente labor de organización y educación del proletariado y propició, al mismo tiempo, la unidad de las clases asalariadas.

La posición indicada a la larga se impuso y culminó en la constitución de la Confederación de Trabajadores de Chile (C.T.CH.) de brillante trayectoria en las luchas sociales del país durante diez años (1936-1946).

El latifundio y la economía semifeudal

En su programa, el Partido Socialista Chileno critica severamente los fundamentos económicos del régimen feudal-capitalista imperante en Chile y acusa, a la feudo burguesía por su egoísmo, por su incapacidad y su carencia de una concepción nacional capaz de liberar las fuerzas económicas y robustecer la nación. Al remontarse en el análisis histórico de la actual realidad nacional, verifica algunas comprobaciones dolorosas.

A fines de la Colonia la estructura socioeconómica de Chile era simple, semifeudal, caracterizada por un capitalismo primitivo. Aunque la abolición de las encomiendas, la libertad de comercio y la libertad de

vientres son medidas tendientes a acelerar el proceso de disolución del régimen colonial, la fisonomía del país no cambia durante la República. La Independencia no alteró el sistema agrario colonial; dejó intacta la gran propiedad y sus rezagos feudales. El movimiento de emancipación se amparó en los principios liberales y democráticos; pero éstos no fueron aplicados ni tampoco cristalizaron en nuevas instituciones. Los terratenientes y comerciantes realizaron la revolución y se beneficiaron con la libertad de comercio que les permitía gozar de un mercado más amplio para sus exportaciones. De ahí que no tuvieran ningún interés por transformar a sus inquilinos en propietarios. La gran propiedad agraria, trabajada por multitud de inquilinos, se mantuvo vigorosa gracias a los mayorazgos. Los terratenientes dominaron el gobierno e impusieron sus leyes. La República, en último término, afianzó el latifundio y a lo largo de su desarrollo éste se amplió con el acaparamiento de nuevas tierras. A pesar de que desde el exterior la expansión del capitalismo tritura viejas formas locales de producción e intercambio, inundando a Latinoamérica con sus mercaderías baratas y despertando en ella nuevas necesidades para poder colocarlas, deja en pie importantes ramas de la economía pre capitalista, fuentes de materias primas para el industrialismo capitalista. Es curioso comprobar que el libre cambio y el liberalismo, propiciados por Inglaterra sobre todo, provocaron más bien en nuestros países la imposibilidad de todo desenvolvimiento industrial y toda economía diversificada; consolidaron el mantenimiento de una economía subdesarrollada, mono cultora, atrasada y dependiente, que fue captada por el capitalismo inglés primero, y por el capitalismo norteamericano después.

La agricultura latifundista se extendió con la demanda de trigo de los mercados remunerativos de California y Australia (1848-1868), y con la incorporación al cultivo de las fértiles regiones de Valdivia, Osorno y Llanquihue, a partir de 1848, realizada por inmigrantes alemanes. Más tarde, el crecimiento de la población agraria se localizó en gran parte en la Araucanía, con la afluencia de numerosos ocupantes y colonizadores. Por otra parte, a causa de la exigencia de artículos alimenticios en las zonas mineras del Norte, el gobierno inició la conquista de esas comarcas (1860-1885). Además, desde 1870 había empezado la colonización de Magallanes, en donde fueron exterminados los aborígenes.

El predominio del latifundio en la economía chilena mantiene la explotación agraria en un atraso medieval. Importamos trigo, aceite, carne, mantequilla y leche, mientras enormes extensiones de nuestro suelo permanecen incultas y muchas otras se cultivan de manera deficiente. Tan defectuoso régimen de propiedad de la tierra, determina la insuficiente producción agrícola; y ésta se logra con altos costos, debido a métodos primitivos de trabajo y a escasa mecanización. A su vez, provoca misérrimas condiciones de vida en las masas de trabajadores del campo.

La débil agricultura ha llevado a la economía del país a una completa subordinación a la minería, dominada casi totalmente por el capitalismo extranjero. Así, en último término, la nación está sometida al poder incontrolado del imperialismo.

La penetración imperialista, el atraso industrial y la economía semicolonial

La economía chilena depende de su comercio exterior. El país disfruta de independencia política, pero sus vínculos con las naciones industrializadas son de tipo colonial. La minería, puntal decisivo de la economía chilena, es monopolizada por grandes consorcios internacionales, provocando, por su organización y resultados, situaciones contrarias a los intereses patrios. Y dentro de la minería, es el cobre el mineral sobre el cual descansa la economía de la nación. Cualquier fluctuación en su precio ocasiona terribles trastornos nacionales. Sin embargo el Estado chileno no tiene ninguna participación

efectiva en tan vital industria; ésa se desenvuelve como un elemento independiente y ajeno a la realidad del país. Chile no sabe nada de los costos, mercados y otros resortes esenciales de una industria, cuyos auges y depresiones repercuten en forma gravísima en sus niveles de ocupación, de consumo, rendimiento de tributación y en el activo de su balanza de pagos.

La penetración imperialista se inició en Chile a fines del siglo pasado cuando se conquistó el salitre. El gran Presidente Balmaceda cayó envuelto por una vasta coalición de intereses oligárquicos nacionales ligados con los apetitos salitreros Ingleses, representados por Thomas North, y con alemanes, aunque éstos en menor escala. Al intensificarse la penetración imperialista, durante la época del régimen parlamentario, se formó una burguesía financiero-colonial, verdadera agente nacional del imperialismo en la administración y defensa fiel de sus foráneos intereses, facilitando la entrega de todas las materias primas a los grandes consorcios internacionales. Al mismo tiempo, ocupa en sus faenas a miles de obreros, fortaleciendo el proletariado. A su vez el proletariado encabezará la lucha anti-imperialista.

Con la intensificación de la penetración del imperialismo yanqui, se produjo en Chile un considerable progreso industrial manufacturero (al explotar las fuentes de producción se construyeron grandes instalaciones, líneas férreas, puertos, se introdujeron técnicas más avanzadas, etc.), lo cual determina un cierto grado de adelanto, pero el país en su conjunto siguió atrasado porque el imperialismo impide un verdadero desarrollo industrial. Mantiene siempre al país como proveedor de materias primas y como mercado para colocar sus productos manufacturados. Permite sólo el desenvolvimiento de ciertas fuerzas productivas y la economía nacional sufre en las ramas de sus industrias las consecuencias de las medidas adoptadas por el imperialismo en las industrias extractivas básicas. El imperialismo empobrece al país y dificulta la formación de capitales nacionales, debido a la exportación de las utilidades del trabajo de los nacionales, impidiendo así un amplio desarrollo industrial. En resumen, el imperialismo se beneficia a costa de la explotación del país; forma y enriquece una burguesía para la defensa de sus intereses y de sus necesidades; y se constituye en el peor obstáculo al desarrollo profundo y armónico de Chile.

La actividad industrial chilena no está montada sobre el cimiento natural de nuestras materias primas básicas: hierro, cobre, salitre, maderas, lana, sino con materias primas ajenas. Es dependiente en esto del extranjero y funciona con equipo mecánico también extranjero. Trabaja con reducidos capitales, deficiente mecanización y en pequeñas unidades de producción; dispone de un limitado mercado interno, por las bajas condiciones de vida de la masa asalariada, y carece de mano de obra especializada. Sin embargo, su rentabilidad ha sido elevada a causa del alto nivel general de precios, utilizando su posición privilegiada de monopolización y protección estatal, a costa de la masa consumidora del país. Al régimen monetario o financiero, aparte de su progresiva y permanente desvalorización —reflejo de las debilidades estructurales de la economía— lo corroe la inflación. Los fenómenos de desvalorización e inflación son el resultado lógico del caótico e injusto régimen económico imperante y no será posible ponerles término mientras no se solucionen las fallas fundamentales de la estructura básica.

En cuanto a la intervención del Estado, si se la examina a través del análisis de la Ley de Presupuestos, se advierte que adolece de falta de orientación y carencia de objetivos concretos, que pudieran lograrse mediante la utilización de los recursos públicos. Hay una deficiente distribución de los gastos del Estado, con una cuota exagerada para hacer inversiones no reproductivas, tanto en lo concerniente a servicios públicos como en otros gastos. Se exagera en consumos, y no existe una política tributaria justa, pues la obtención de los ingresos públicos no es equitativa, es decir, no considera la condición particular de los

contribuyentes, ni tampoco está dirigida con el fin económico de lograr una mejor distribución de la renta nacional.

Planificación económica y democracia social

Frente a este panorama, para el Partido Socialista chileno la solución más adecuada es impulsar una política económica y social moderna, por medio de una planificación integral; dirigir y controlar las diversas actividades privadas, y promover la transformación de las bases estructurales de la economía nacional. Los graves problemas existentes imponen la reestructura económico-social del país, mediante una economía planificada de Estado, como una transición hacia un sistema socialista que logre los objetivos que las clases dominantes han frustrado.

El desarrollo histórico del país impone la transformación de una economía semifeudal y semicolonial, orientada, con criterio liberal capitalista, a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialista, tendiente a superar el atraso imperante e inspirado por una finalidad de servicio social. Esta economía planificada de Estado, en su primera fase, supone una amplia reforma agraria y una vasta industrialización (siderurgia, industria del cobre, de la madera, del carbón, de la pesca, química, energía eléctrica, industrias de alimentación y vestuario, vivienda popular) como un proceso dialéctico que comprende simultáneamente el incremento cuantitativo de las fuerzas productivas y la transformación cualitativa de la estructura económica, con lo cual el Estado y la Democracia adquieren una nueva significación.

El programa socialista pretende desarrollar la economía y lograr el progreso material de la comunidad; consolidar una amplia democracia social, donde existan el respeto a las libertades, la justicia económica y la disciplina colectiva e individual; además, la lucha permanente por el ennoblecimiento espiritual del hombre.

El fortalecimiento de la comunidad nacional sólo podrá conseguirse elevando las condiciones de vida de sus miembros, sobre bases económicas nuevas en donde se haya substituido la producción anárquica, inspirada en el provecho y el lucro particulares, por una producción dirigida hacia la satisfacción de las necesidades colectivas; y también por la rehabilitación moral y espiritual del hombre y la comunidad, a través del desarrollo cultural, el civismo y la moralidad; por último, de la reforma de las diversas instituciones y la depuración de los cuadros llamados a influir en esta renovación, es decir, enseñanza, justicia, administración y prensa.

El Partido Socialista cree, como lo expresó Alejandro Venegas, que ha llegado el tiempo “de que los estadistas se convenzan, de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco lo es hacerlo agrícola, o minero, o comercial, o fabril, porque todas estas cosas son medios y no fines... El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes que hoy rigen la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia”.

El Partido Socialista en la política chilena

Es innegable que el Partido Socialista chileno demostró seriedad política al preocuparse por conducir el movimiento popular de acuerdo con un programa amplio y moderno, acorde con principios doctrinarios, sindicales e internacionales, realistas. Al mismo tiempo, se afanó por inculcar disciplina y responsabilidad a las masas asalariadas. En su trayectoria, iniciada en condiciones difíciles, resistió severas represiones

del gobierno de Arturo Alessandri Palma, presidente al servicio de los partidos derechistas, quien gobernó apoyado en anchas facultades extraordinarias y en una organización semi-militarizada: las milicias republicanas. Sus principales dirigentes sufrieron persecuciones, prisión y relegamiento. En la calle resistió los asaltos del Movimiento Nacional Socialista, de corte hitlerista, en los cuales perdieron la vida numerosos militantes. Entre ellos el joven escritor Héctor Barreto, mártir y símbolo de esta dolorosa contienda contra el fascismo criollo. La acción terrorista del nazismo decreció cuando el Partido Socialista perfeccionó sus milicias defensivas. A través del Block de Izquierdas primero, y del Frente Popular, en seguida, ayudó a consolidar la unidad de las fuerzas democráticas. En las elecciones parlamentarias de marzo de 1937 obtuvo veinte representantes, colocándose entre los más poderosos conglomerados políticos; y su adhesión a la candidatura presidencial de Pedro Aguirre Cerda, de filiación radical, hizo posible su victoria memorable el 25 de octubre de 1938. Desde fines de ese año hasta 1943, formó parte, en los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda y Juan A. Ríos. Luego declinó con rapidez, desintegrándose en un divisionismo personalista. En su Undécimo Congreso General, realizado en Concepción en octubre de 1946, triunfó el sector deseoso de rehacer el movimiento socialista, según su doctrina y actitud originales, eliminando el caudillismo y el oportunismo politiquero; aprobando su inquebrantable lealtad a las clases trabajadoras.

Al asumir la dirección del Partido, ese grupo se preocupó por esclarecer sus bases teóricas y programáticas, para lo cual verificó una Conferencia Nacional de Programa en noviembre del 1947. Desgraciadamente la presión del gobierno de Gabriel González Videla, condujo a un enconado secesionismo en 1948, y algún tiempo después en 1952, su defensa de la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, determinó una nueva división. Desde esa época el socialismo chileno actuó separado en dos agrupaciones: el Partido Socialista, cuya representación parlamentaria era de 2 senadores y 5 diputados, y el Partido Socialista Popular cuya fuerza parlamentaria era de 5 senadores y 19 diputados.

La unificación del socialismo y el Frente de Acción Popular

La crítica situación social y económica a fines de la reaccionaria administración de Ibáñez, impulsó la alianza de ambos grupos socialistas, del Partido Comunista, y de otros sectores, en el Frente de Acción Popular (FRAP), como bloque político sobre una base clasista y revolucionaria. Facilitaron su formación la necesidad de afrontar la lucha presidencial de 1958 y, de otro, lado, las influencias alentadoras desatadas por el viraje del comunismo ruso en su XX Congreso al iniciar un fuerte ataque al estalinismo sectario. En el seno del Socialismo se produjo un entusiasta espíritu de colaboración, apresurándose su unidad. Esta se llevó a cabo en un gran Congreso de Unificación, en julio de 1957, en Santiago (XVII Congreso General). Aquí se definió con claridad la nueva línea política del socialismo chileno, concretada en la defensa de su posición de Frente de Trabajadores, lanzada a conquistar el poder e instaurar una república democrática de trabajadores. Según el Partido Socialista la revolución chilena no es una revolución democrático-burguesa, porque ésta no ofrece solución a los problemas nacionales y más bien significa un retroceso puesto que, al propiciarla en el presente, significaría reeditar las superadas experiencias de Frente Popular y Alianza Democrática, donde la orientación y dirección correspondió a la burguesía, y el papel del proletariado fue secundario, de mera comparsa.

El Partido Socialista, entonces, concibe la revolución chilena con características nuevas, “donde el poder pase de manos de la burguesía a manos de la clase trabajadora en un sentido amplio, considerando en su seno a la clase obrera, los empleados, la pequeña burguesía empobrecida, los campesinos. Donde

muchos de los objetivos de dicha revolución son coincidentes con aquellos de la revolución democrática-burguesa, pero que son imposibles de realizar por la misma burguesía. En esta revolución, el poder está en manos del pueblo trabajador. Este tipo de revolución intermedia, transitoria en el camino del socialismo, no se logra por el previo acuerdo con la burguesía, sino por la imposición a dicha burguesía de un sistema de colaboración". Tal es el concepto de Revolución Democrática de Trabajadores.

La política de Frente de Trabajadores se la concibe como una táctica de lucha de la clase obrera de acuerdo con su mayor grado de madurez y las nuevas circunstancias nacionales y mundiales, por la conquista del poder político. Tiende al agrupamiento de las masas de acuerdo con su carácter de clase explotada, para enfrentar a la clase capitalista, es decir, provocar el choque de la burguesía y el proletariado.

Desde el Congreso de Unificación del Socialismo, en 1957, se lograron grandes progresos en el desarrollo del movimiento popular chileno, a causa de la justeza de la línea de Frente de Trabajadores, aceptada con fervor por vastos sectores de obreros, empleados y campesinos. Estuvo a punto de triunfar en las elecciones presidenciales de septiembre de 1958, en las cuales el abanderado popular, senador Salvador Allende, obtuvo 355.000 sufragios, a estrecha distancia del personero de la reacción, ingeniero Jorge Alessandri, y al cual venció en el registro de varones.

Hacia la República Democrática de Trabajadores

A partir de aquella jomada, el movimiento popular prosigue su avance inusitado, reforzado de manera extraordinaria por el despertar combativo del campesinado. En el campo opuesto, las fuerzas de la burguesía se alinean al lado de la oligarquía terrateniente y del imperialismo extranjero. Tal alianza inhibe completamente a la burguesía para cualquier acción creadora y convierte en falaz y mixtificador cualquier intento de distinguir en su seno un sector de "burguesía progresista". La revolución chilena, como la de los países subdesarrollados, es una "revolución democrática de trabajadores", que no es burguesa ni socialista, sino democrática, conducida por la clase trabajadora, bajo el comando de los partidos socialistas. Sus características, según los últimos documentos oficiales del Partido Socialista, son las siguientes: 1. Es una revolución hacia el socialismo. O sea, sin plantear de inmediato las conquistas y aspiraciones finales del socialismo, pretende crear las condiciones que conduzcan ineluctablemente a la organización de una sociedad socialista. 2. Es anti-imperialista. Junto con luchar por incorporar al patrimonio nacional sus riquezas naturales, combate por despojarla de las manos de los consorcios imperialistas. 3. Es anti-feudal. Tiende a modificar la estructura agraria, cambiando el régimen de propiedad y explotación de la tierra, por la abolición del latifundio, resto de dominación feudal. 4. Es clasista. La clase trabajadora es la única con autoridad histórica para cumplir los objetivos de dicha revolución, porque es la única no comprometida con el orden actual, el que por el contrario la mantiene explotada y oprimida. 5. Es democrática. Aspira a la ampliación de la soberanía popular y a imponerse como mandato del pueblo. El estado democrático, entonces, estará al servicio de la mayoría nacional y en la medida en que el poder económico pase de manos de las minorías privilegiadas y asociadas al imperialismo, a manos de la comunidad se perfeccionará la democracia. 6. Es americana. Por ser comunes los problemas de subdesarrollo de los países latinoamericanos, y siendo sus reservas las más variadas y grandes del mundo, es factible que una integración económica de sus Estados asegure condiciones de producción mejores y más amplias, y una real unidad para conseguir su liberación.

La tesis de la revolución democrática de trabajadores ha sido ratificada en los dos últimos Congresos Generales del Partido Socialista (XVIII, Valparaíso, 1959; y XIX, Los Andes 1961). Más allá de su enunciación teórica lleva en sí una táctica propia, consistente en la agrupación de los partidos de clase de las masas trabajadoras, enfrentándolas a la oligarquía terrateniente y a la burguesía, aliadas del imperialismo. Ante los cambios revolucionarios exigidos por la realidad de atraso y subdesarrollo, éstos solo los puede llevar a cabo la clase social afectada por la explotación y la miseria, la clase trabajadora, sin concomitancias con ningún sector social ligado al viejo orden. Como tendencia diferente, "basada en la clásica concepción de que se trataba en esta etapa de impulsar el desarrollo de la revolución burguesa y en consecuencia la tarea de la clase obrera y el pueblo era fundamentalmente contribuir a que esta revolución lograra su pleno desarrollo, surgió la tesis comunista que se denominó "Frente de Liberación Nacional". Política que sin diferencias se aplicaba por resolución del campo socialista en todos los países americanos y atrasados del mundo. De acuerdo a este criterio el objetivo principal era la lucha contra el imperialismo y en este propósito deben crearse y acentuarse las contradicciones que surgieron entre el imperialismo y las burguesías criollas, las que asumían en esta actitud el carácter de progresistas. De allí se derivaba la conveniencia de llegar a entendimientos, a alianzas y a acciones comunes con ciertos sectores de la burguesía calificados de progresistas".

El entendimiento socialista-comunista en Chile es el caso único de colaboración entre los dos partidos obreros sobre la base de la igualdad, a pesar de sostener posiciones ideológicas y tácticas distintas. Hay discrepancia seria entre la línea de Frente de Liberación Nacional, de los comunistas, y la de Frente de Trabajadores de los socialistas. No obstante la alianza socialista-comunista se ha estrechado a causa de las exigencias de la realidad chilena subyugada por un gobierno profundamente reaccionario en manos de las agrupaciones políticas de la burguesía industrial y financiera y de la oligarquía terrateniente, en sólida integración con los monopolios imperialistas. El entendimiento socialista-comunista posibilita la unidad del movimiento popular y plantea la responsabilidad única de su dirección política en manos de los partidos obreros, lo cual implica el rechazo de cualquier eventual colaboración de clases en el ejercicio del poder.

El Partido Socialista persiste intransigentemente, en el plano nacional, en la defensa y fortalecimiento del Frente de Trabajadores; y en el plano internacional, condena la política de bloques y la amenaza de guerra; combate el imperialismo y cualquier tipo de servidumbre nacional contra el armamentismo y la intimidación, y lucha por el derecho de autodeterminación de los pueblos, y de elegir con independencia la ruta de su emancipación económica y política.

El Partido Socialista reafirma su decisión de contribuir a la unidad ideológica y orgánica del movimiento obrero en todo el mundo, sobre la base teórica del marxismo, el respeto a la democracia interna y el reconocimiento de la autonomía de los pueblos para escoger libremente, de acuerdo a su propia realidad, el camino más adecuado para edificar el socialismo.

La Revolución Socialista de Yugoslavia

ARAUCO N°29 junio 1962

Los revolucionarios yugoslavos junto con proclamar su fe indestructible en el socialismo luchan con tesón para hacerlo realidad, esforzándose en echar las bases de un nuevo tipo de democracia por medio de la descentralización administrativa y económica, con la participación directa de los trabajadores en la gestión de sus asuntos, porque el socialismo de acuerdo con sus afirmaciones no es tal si no da más

libertad, más iniciativa creadora y más felicidad individual frente al viejo sistema de explotación burgués-capitalista. El socialismo sin libertad no puede sostenerse ni expandirse.

El año 1952 fue decisivo en la consolidación del régimen socialista yugoslavo. Este ensayo persigue sintetizar La importancia de la revolución socialista yugoslava y entregar los antecedentes históricos de su nacimiento y Los principios teóricos básicos de su desarrollo, en ese primer decenio crucial.

I

Significado y trascendencia de la revolución socialista yugoslava

A pesar de los enormes obstáculos provenientes de factores internos del país y de las tremendas amenazas externas, surgidas del capitalismo imperialista, del Vaticano y del hegemonismo soviético, Yugoslavia ha sido capaz de vencer y eliminar las tendencias hacia el capitalismo de Estado y el burocratismo; y, a la vez, ha logrado desenvolver en la práctica tendencias y fuerzas socialistas capaces de abrir nuevos horizontes de desarrollo hacia un sistema de democracia directa de una importancia internacional.

La experiencia de Yugoslavia es de un interés excepcional para el movimiento obrero al demostrar que en determinadas condiciones históricas, la edificación del socialismo es factible en un país pequeño y, en razón de su pequeñez, no puede ser acusado de intenciones beligerantes y anexionistas, y prueba de manera efectiva la posibilidad de un camino diferente en la realización del socialismo, y la exactitud de la crítica al régimen soviético desde la izquierda.

Precisamente, el encono de la URSS hacia Yugoslavia, apenas mitigado por la nueva diplomacia de viajes y contactos personales de Bulganin-Kruschev, primero, y por la unipersonal de Kruschev, a continuación, fluye de un hecho inobjetable: la experiencia soviética puede ser sometida a critica confrontándola con las teorías de los clásicos del marxismo, y también con las realizaciones prácticas de la implantación del socialismo revolucionario en Yugoslavia, país con parecidas características sociales, económicas y políticas a las de Rusia y en circunstancias más o menos semejantes.

La lucha contra las tendencias burocráticas

Las tendencias burocráticas que el gobierno proletario engendra inevitablemente, aparecieron con vigor en el nuevo régimen, pero se desató una lucha tenaz contra ellas por estimárselas una degradación del carácter de ese gobierno y una deformación de su misión, bajo la forma de una lucha contra la aplicación mecánica de las formas soviéticas y contra el menosprecio de las experiencias de la propia revolución yugoslava

Los dirigentes yugoslavos, en el plano teórico-político, verificaron un profundo y severo análisis del sistema soviético y un valiente planteamiento del curso y carácter de su propia revolución. Por la interpretación justa de los principios marxistas, y su consecuente aplicación, señalaron de manera irrefutable en su estudio de la revolución rusa de 1917, que el proceso soviético es el resultado de la desviación de aquella histórica jornada; y en lo relacionado con el esclarecimiento de su realidad revolucionaria nacional, formularon con exactitud las leyes del desarrollo social en el periodo de transición del capitalismo al socialismo en un país subdesarrollado, como era Yugoslavia, e indicaron las fuentes de las tendencias reaccionarias que ponen en peligro la orientación progresista de su proceso.

En la victoria de las fuerzas socialistas en Yugoslavia, venciendo las tendencias burocráticas, ha sido de una importancia decisiva el factor subjetivo, o sea, la existencia de un partido de clase, revolucionario, consciente de sus fines e ideológicamente unido, agrupando a su alrededor la masa trabajadora de mayor conciencia. Fueron el Partido Comunista y el Frente Popular, los instrumentos eficaces de esa victoria. Y, luego, un estado estrechamente ligado al pueblo a través de los comités y asambleas populares. Por otra parte, Yugoslavia superó en gran medida las contradicciones que la encaminaban hacia una experiencia similar a la de la URSS porque, a pesar de su atraso, entró en el periodo de la edificación socialista más desarrollada desde el punto de vista material y cultural que la Rusia zarista, con un cuarto de siglo más de evolución capitalista. Además, su lucha independiente contra el invasor formó sólidamente los factores subjetivos, (partido revolucionario, ejército poderoso y un poder popular como tipo especial de gobierno proletario), para conducirla a la victoria sin necesidad de la ayuda soviética con su correspondiente instalación hegemónica en el país, como ocurrió en las naciones de Europa Oriental. Esos factores subjetivos se revelaron capaces, al mismo tiempo, de impedir que la revolución tomara una orientación burocrática no socialista.

La instauración de relaciones socialistas

Los revolucionarios socialistas, junto con demostrar que las tendencias burocráticas al monopolio de capitalismo de estado constituyen el peligro principal en la sociedad durante el período cíe transición del capitalismo al socialismo, lucharon prácticamente para impedirlas e instaurar verdaderas relaciones socialistas. Y si pudieron resistir a la presión agresiva rusa desde 1948, se debió al éxito conseguido en ese aspecto. Las nuevas medidas revolucionarias tomadas para cortar las raíces sociales del burocratismo y del capitalismo de estado, aseguraron su victoria sobre el cominformismo. Los nuevos y profundos cambios sociales, económicos y políticos logrados en Yugoslavia se reflejaron en el conjunto de leyes aprobadas desde 1950 en adelante y entre las cuales se destacan: la ley sobre administración de las empresas económicas por los consejos obreros, del 20 de junio de 1950; la ley sobre los comités populares, en la primavera de 1952; la ley constitucional, de enero de 1953; y los reglamentos en el dominio de las relaciones económicas y sociales que, a su turno, tratan de apresurar aquellas transformaciones.

La situación de atraso del país obligó a aplicar en la gestión de la economía, métodos administrativos burocráticos, después de la nacionalización de los medios de producción básicos, en una sostenida acción para resolver el problema de la desproporción entre las diversas ramas de la economía en su conjunto y las riquezas naturales del país. Pronto la descentralización de la gestión de la economía, que pasó de la competencia del gobierno federal a la de los gobiernos de las repúblicas y de los órganos administrativos locales, debilitó en parte las tendencias burocráticas hacia el capitalismo de Estado. En seguida la creación de los “consejos obreros” fue un nuevo y eficaz paso como contrapeso de todas las deformaciones eventuales contrarias a un desarrollo socialista auténtico, y, luego, los esfuerzos verificados para fortalecer la conexión entre las autoridades populares y las masas, afirmando las formas democráticas y asegurando la legalidad socialista, liquidaron todo peligro reaccionario. Las medidas indicadas tienden firmemente al debilitamiento gradual del estado como manera de instaurar relaciones socialistas.

El escritor Edvard Kardelj, principal teórico yugoslavo, ha criticado con notable franqueza y originalidad la desviación profunda del régimen soviético, desde un punto de vista estrictamente marxista, y ha expuesto con precisión los rasgos más acentuados de la revolución socialista yugoslava. Kardelj considera

que la marcha exitosa de la experiencia de su país, no obstante los obstáculos interiores y la presión agresiva del exterior, se explica por los resultados alcanzados en el desenvolvimiento de las fuerzas de producción, permitiéndoles crear sólidas bases materiales para el establecimiento futuro de relaciones socialistas; a la elevación del nivel cultural y de la conciencia social y política de las clases trabajadoras. Por otra parte, éstas se dedicaron al estudio serio, sin prejuicios, de la teoría socialista y a su confrontación con la realidad, prestando atención preferente a las necesidades de las masas. Negaron toda injerencia a los pontífices poseedores de la verdad absoluta y dedicaron su máximo esfuerzo a la práctica revolucionaria, a la opinión y estado de espíritu de los trabajadores. Supieron someter a un análisis franco al hegemonismo soviético y las causas de su aparición como resultado de la desviación de la revolución rusa. Rechazaron todos los dogmas y supuestas verdades eternas del "marxismo congelado", creando y desenvolviendo un pensamiento social analítico y teórico independiente, apoyado en el espíritu dinámico y revolucionario del marxismo.

Los revolucionarios yugoeslavos condensaron los resultados de su aplicación leal del marxismo al examen actual de la realidad mundial y de su experiencia nacional en su nuevo "Programa de la Liga de los Comunistas de Yugoeslavia", adoptado por el VII Congreso de ese organismo en Liubliana del 22 al 26 de abril de 1958.

II

La lucha de liberación nacional y el nacimiento del régimen socialista

Desde comienzos de 1929, Yugoeslavia se transformó en una dictadura monárquico militar, bajo el rey Alejandro Karadjordjevic. En 1934, con motivo de una visita a Francia, pereció asesinado en el puerto de Marsella, junto a Barthon, Ministro de Relaciones Exteriores francés. Le sucedió el príncipe Pablo, pero el hombre fuerte, el verdadero gobernante era Milan Stoyadinovic, de tendencias reaccionarias, ligado a intereses bancarios alemanes e italianos. Llevó a su país a un régimen francamente fascista; disolvió la Pequeña Entente y el Acuerdo Balcánico, facilitando la penetración nacista. Los países danubianos sucumben bajo el poderío hitlerista y la política de entrega de la monarquía yugoeslava culmina cuando firmó su incorporación al Pacto Tripartito (Alemania, Italia, Japón), el 25 de marzo de 1941, en Viena, comprometiéndose a apoyar a Alemania con materias primas, víveres y tropas.

Las masas populares yugoeslavas, frente a la actitud de su gobierno, constituyeron un Frente Antifascista, para defender la democracia y resistir la agresión. Su abierta oposición al pacto, expresando el sentimiento de las diversas capas de la población, llevó a un grupo de oficiales, encabezados por el general Dusan Simovic, a dar un golpe de estado el 27 de mayo de 1941, dirigido a salvar la monarquía, desprestigiada por su entrega a las potencias del Eje, sin preocuparse por los derechos democráticos del pueblo. Frente al alzamiento de Simovic, Hitler reaccionó con desmedida furia y preparó la destrucción de Yugoeslavia. Cientos de aviones lanzaron un despiadado ataque aéreo a Belgrado, los días 6 y 7 de abril. En él fueron demolidos 10.000 edificios y muertos 17.000 habitantes. El rey y su gobierno huyeron dejando al ejército sin mando y al pueblo entregado a su propia suerte, bajo el cruel ataque de los efectivos hitleristas. El ejército capituló tras once días de lucha desorganizada y la nación yugoeslava cayó bajo la más terrible represión.

El sacrificio de Yugoeslavia tuvo, no obstante, consecuencias de enorme trascendencia. Alteró los planes estratégicos de Hitler, retrasando en seis semanas el asalto a la URSS proyectado para comienzos de

mayo. Estas seis semanas fueron decisivas, más tarde, en la detención de los ejércitos alemanes ante Moscú y el invierno ruso.

Los pueblos de Yugoeslavia quedaron sometidos a la ocupación de fuerzas alemanas, italiana, húngaras y búlgaras. Estas llevaron a cabo represiones sangrientas, fomentaron los odios nacionales y de culto; dieron vida al “estado independiente” de Croacia, bajo el mando de Ante Pavelic; y formaron el gobierno títere de Serbia, poniendo a su frente al general Milán Nedic.

La brutalidad alcanzó caracteres de inaudita ferocidad; en el campo de concentración de Jasenovac (Croacia), mataron a 800.000 personas; en el de Banjica (Belgrado), a 200.000 personas, y dieron muerte a decenas de millares en varios otros. A lo largo de la ocupación murieron 1.700.000 hombres y mujeres. Las fuerzas armadas tuvieron 305.000 muertos y cerca de 400.000 heridos. Sus pérdidas materiales sumaron 870.000 edificios demolidos; 200.000 propiedades agrícolas destruidas con su ganado e inmuebles, casi la mitad de sus líneas férreas voladas (4.350 kilómetros en un total de 9.650 kilómetros; y 2.305.000 vehículos destruidos. Durante la guerra, sobre el suelo yugoeslavo perecieron alrededor de 450.000 del eje.

Comienza la lucha de los guerrilleros

El levantamiento del pueblo yugoeslavo contra el invasor empezó el 7 de julio de 1941, en Serbia, organizándose guerrillas. Las encabezó el Partido Comunista de Yugoeslavia, cuyo secretario general era Josip Broz Tito. Tito, hijo de un campesino del pueblo de Kumrovac (Croacia), obrero metalúrgico de profesión, estuvo encarcelado durante cinco años a causa de sus actividades revolucionarias, de carácter recio, valiente y hábil, se destacó pronto como un jefe innato y eficiente. Dio vida a un verdadero ejército guerrillero: “Las Formaciones Guerrilleras de Liberación Nacional de Yugoeslavia”, incluyendo campesinos, obreros e intelectuales.

Por otra parte, se constituyeron fuerzas de resistencia, los “chetniks" al mando Draza Mihaijlovic, quien fue elevado a la categoría de general por el Gobierno emigrado, residente en Londres, haciéndole comandante del "Ejercito Real en la Patria”. Mihaijlovic se opuso cerradamente a toda colaboración con Tito, alegando ser el representante legítimo del gobierno yugoslavo, y con el correr del tiempo llegó a cooperar con el gobierno títere de Nedic en su lucha contra los guerrilleros. La situación de éstos se hizo difícil al combatir, a la vez, a las fuerzas fascistas de ocupación, a los “ustachis" de Pavelic y a los “chetniks" de Mihaijlovic. El prestigio de éste en el exterior se debió a los círculos del gobierno yugoslavo en la emigración, en Londres, quienes lo presentaron como al jefe de la resistencia contra los alemanes, asignándole a sus formaciones muchas de las acciones y éxitos de los guerrilleros de Tito. El gobierno emigrado lo apoyaba y exaltaba, porque solamente él podía asegurarle el poder en Yugoslavia una vez terminada la guerra. Tito, en cambio, quería la unidad de todas las fuerzas yugoslavas contra el invasor y sus títeres locales, y que, terminada la guerra, el pueblo decidiera la suerte del país en elecciones generales y libres. También proclamaba la unidad y fraternidad de todos los pueblos de Yugoslavia, para poner término a la odiosidad entre croatas y serbios, estimulada por Pavelic y Mihaijlovic.

En medio de estas luchas intestinas, los guerrilleros soportaron sucesivas ofensivas de los ejércitos alemanes, favorecidas por los "ustachis" de Pavelic y los “chetniks" de Mihaijlovic. La última ocurrió en mayo de 1944. Luego, la marea se volvió contra los nazis: el 20 de octubre de 1944 quedó liberado Belgrado. A comienzos de 1945, el ejército ce Tito tenía 54 divisiones, con 800.000 hombres.

El comité antifascista de liberación nacional

Con el objeto de dirigir las operaciones contra el invasor, dar forma al movimiento de liberación nacional y organizar el gobierno local, a fines de noviembre de 1942, se constituyó el “Comité Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia'', (Avnoy), de extraordinaria importancia histórica, pues de sus acuerdos nació la república federativa popular y democrática de Yugoslavia. Se formó el “Comité Nacional de Liberación de Yugoslavia” orientado por las ideas de libertad e independencia, presidido por Tito, a quien se le proclamó Mariscal de Yugoslavia, y que tuvo los caracteres de un gobierno provisional del país. Entró a actuar como aliado de las grandes potencias, no como satélite, hasta conseguir la victoria por sus propias fuerzas e inmensos sacrificios. Tanto Londres, sostén del gobierno yugoslavo en emigración, como Moscú, anheloso de convertir a Yugoslavia en vasallo, se manifestaron molestos y descontentos ante las decisiones del Avnoy. Según los dirigentes de Moscú esos acuerdos significaban “una puñalada por las espaldas a las discusiones de Teherán y a la URSS”. (El gobierno soviético, en agosto de 1942, había elevado a la Legación Real de Yugoslavia en la URSS al grado de Embajada. Esta actitud provocó una protesta de Tito al gobierno ruso). En 1943, en medio de tremendas dificultades. Tito solicitó ayuda material a la URSS y, a pesar de las promesas favorables, no recibió nada. Solamente en septiembre de 1944 obtuvo armas rusas, cuando el Ejército Rojo apareció en el norte de Yugoeslavia, avanzando hacia Viena y Budapest, ayuda que este país pagó. (Y la cooperación militar en la liberación de Belgrado y el Banato fue necesaria al propio ejército rojo para su avance hacia Budapest y Viena).

Durante tres años los yugoslavos lucharon solos contra los nazis y cuando alcanzaron la victoria, debieron resistir los intentos de los aliados de resolver el destino de Yugoslavia, sin consultar a su heroico pueblo. En el mismo mes de la liberación de Belgrado, octubre de 1944, Churchill-Eden, en Moscú, se pusieron de acuerdo con Stalin-Molotov, sobre un amplio reparto de los intereses de Yugoslavia en esferas de influencias para ambas potencias. Este acuerdo secreto fue descubierto por Cordell Hull, ministro de Relaciones Exteriores de los EEUU en sus "Memorias". El pueblo yugoslavo impidió la consumación al celebrar, apenas fueron expulsados los nazis de su territorio, elecciones generales, en noviembre de 1944, en las cuales el pueblo, en forma casi unánime (90% de los sufragios), reafirmó su adhesión a las decisiones de la segunda sesión del Avnoy. Desde este instante el Movimiento de Liberación de Yugoslavia demostró su unidad e independencia, con el más firme respaldo de sus masas laboriosas. Esta actitud digna y soberana molestó profundamente a los imperialistas, pero se resignaron a verla surgir como una creación estatal sólida, dispuesta a jugar un papel de primera importancia en la nueva Europa. Yugoslavia no desconoció la ayuda de la URSS y de las potencias occidentales a su emancipación, pero al mismo tiempo la calificó de interesada; se la dieron por razones estratégicas y por miras políticas. Y desde un punto de vista moral, de acuerdo con las declaraciones antifascistas de las grandes potencias democráticas, cualquiera ayuda a Yugoslavia era de elemental justicia después de los sacrificios espantosos y del extraordinario heroísmo de su gran pueblo.

III

Relaciones de Yugoslavia y la URSS

Desde el término de la guerra, Yugoslavia estrechó sus vínculos con el gobierno soviético y con los países del campo comunista, las democracias populares. El organismo coordinador era el Cominform, (Oficina de Información de los partidos comunistas), constituido con el propósito de mancomunar su acción. Pronto se transformó en el poder directivo de esos partidos, a través del cual el P. C. ruso ordenaba sus

decisiones y perseguía sus miras políticas. Yugoslavia se resistió a caer inerme en manos de Stalin y se suscitaron constantes choques y dificultades con la URSS. Entró a exaltar sus conquistas democráticas durante su larga guerra de liberación; afirmó con altivez su aporte inmenso en la lucha contra el nazismo, en medio de la soledad y la total falta de ayuda de los aliados, destacando siempre su condición de país soberano, lo cual indignó a Stalin y su sistema hegemonista.

Ante la posición digna de Yugoslavia, el C. C. del P. C. ruso envió el 27 de marzo de 1948, una primera carta al C. C. del P. C. Y. detallando una serie de hechos reprobados por la URSS y susceptibles de agravar las relaciones entre ambas naciones. El P. C. Y. debía admitir sus "errores", con el objeto de volver a la confianza y fraternidad comunista. Entre los hechos condenados por el P. C. ruso figuraban supuestos ataques calumniosos a la URSS, a su P. C. y a su ejército; hostilidad a los expertos soviéticos y vigilancia por el servicio de seguridad del Estado; carencia de democracia en el seno del P. C. Y.; predominio de un caudillismo militar apreciable; Yugoslavia había logrado su liberación por la ayuda del ejército soviético y el P. C. Y. se jactaba demasiado de sus éxitos guerreros.

El C. C. del P. C. Y. contestó rebatiendo todas las acusaciones soviéticas y de ahí se siguió una seria disputa. En tales circunstancias, el Cominform, convertido ya en una oficina para proclamar las decisiones del P. C. ruso, aprobó una resolución, el 28 de julio de 1948, en Bucarest, censurando al P. C. Y. La resolución significaba excluirlo de la comunidad socialista. El gobierno de Stalin, pasando por sobre el principio de igualdad de los componentes del mencionado organismo, impuso la decisión cominformista para agravar las relaciones entre la URSS con Yugoslavia y así justificar su política de presión agresiva.

Presión sobre Yugoslavia

A pesar de haber insistido siempre la URSS en ser la única intérprete de las tendencias modernas de paz y democracia, desde la aprobación de la citada resolución cominformista, desató una campaña violenta contra Yugoslavia con el objeto de obligarla, mediante amenazas, coerción política y por la presión diplomática y militar, a la renuncia de sus derechos de soberanía e independencia. Sin embargo, la causa profunda del conflicto no era porque el P. C. Y. se negara a aceptar la crítica del P. C. ruso; se debía a la no tolerancia del gobierno soviético a que Yugoslavia se organizara de acuerdo con sus aspiraciones y con sus propias directivas, porque el poder soviético se consideraba el super gobierno en otro país socialista. Así exigía una posición privilegiada para sus expertos en cuanto a retribuciones y a derechos (ganaban tres y cuatro veces más que los técnicos yugoslavos); obligaba a sus expertos a realizar actos de espionaje, en vez de promover el desarrollo económico; sus diplomáticos no podían vacilar en reclutar ciudadanos yugoslavos para su servicio de inteligencia, pues los comunistas debían lealtad, en primer lugar, al gobierno soviético; insistía en dominar la economía del país, llevando a cabo una verdadera invasión y de esa suerte, los acuerdos económicos concertados protegían fundamentalmente los intereses de la URSS en detrimento de Yugoslavia.

La ruptura se produjo, entonces, porque Stalin trató de dominar a Yugoslavia, imponiéndole relaciones desiguales; interfiriendo en su vida interna; llevando a cabo actos y medidas odiosas, junto a una política internacional con métodos equivocados y antisocialistas. Desde el mismo instante de la ruptura, la URSS en abierta pugna con su llamado de paz de Estocolmo, desató una verdadera ofensiva.

El Ministro sin Cartera de Yugoslavia, en aquellos años, Milován Djilas, en su discurso ante la Comisión Política de la O.N.U., el 27 de noviembre de 1951, expuso todos los antecedentes de la continua presión

agresiva del gobierno do la URSS y las democracias populares en contra de Yugoslavia. Exhibió una inmensa cantidad de hechos y documentos probando la política de aquel gobierno. Hasta 1948, a través de convenios comerciales que dieron vida a compañías mixtas, Stalin trató de inmiscuirse en las ramas básicas de la economía yugoslava, intentando ejercer funciones de autoridad para desviar su desarrollo económico y transformarla en un simple anexo, proveedora de materias primas de la economía soviética; organizando actividades hostiles y de espionaje contra Yugoslavia; exaltando la superioridad rusa y su papel dirigente dentro del bloque soviético y en el mundo entero. O sea, toda su actividad tendió a la explotación económica y al sojuzgamiento político de Yugoslavia. Ante la imposibilidad de conseguir este propósito, rompió sus relaciones y desató una violenta política agresiva: presión económica y bloqueo; presión militar y violación de cláusulas militares de los tratados de paz; actividades subversivas y terroristas; provocación de incidentes fronterizos y violación de los derechos humanos (maltrato y asesinato de ciudadanos yugoslavos, crímenes contra las minorías yugoslavas de Rumania y Hungría). Ésta abierta presión pretendía imposibilitar el desarrollo pacífico de Yugoslavia y destruir su independencia nacional, negándose sistemáticamente a resolver, por medio de negociaciones pacíficas y directas, las cuestiones existentes y, por el contrario, aumentaban los incidentes fronterizos, los preparativos militares y las actividades hostiles en abierta contradicción con sus frecuentes llamados de paz en occidente. Al mismo tiempo los comunistas del mundo entero, desencadenaban una tremenda propaganda en contra de Yugoeslavia, acusándola de nación traidora. Pero, como comentó Milován Djilas ante la ONU, si algo habían traicionado, habría sido la política falsamente pacifista, imperialista y anti-democrática del gobierno soviético y esto es traición solo a los ojos de quienes deben realizar y justificar tal política. En cambio, ha sido de perfecta lealtad para sus principios socialistas, al pueblo y los deseos de relaciones pacíficas y justas con todos los países del mundo. En un nuevo discurso, pronunciado en diciembre de 1951, refutando a los personeros rusos, expresó: “Los delegados soviéticos parten de la base de que los pueblos pequeños existen solamente para recibir órdenes de los más grandes; y de ahí es lógico y natural que piensen que Yugoslavia está bajo las órdenes de algún otro país, desde que se ha negado a estar bajo las órdenes soviéticas. Esto es lo que nosotros llamamos hegemonismo y que se ha transformado en un nuevo tipo de imperialismo... Ellos dividen a los hombres y a los pueblos en agentes y bases propios o extraños, probando, de esa manera, sus propias intenciones y actividades hegemonistas”.

El propósito sostenido de la URSS, de provocar la ruina de la economía yugoslava y su constante amenaza de guerra, obligaron a Yugoslavia a posponer sus proyectos de desarrollo económico y a tratar de fortalecer su capacidad defensiva, de tal modo, una proporción cada vez mayor del presupuesto debió ser destinada a la defensa nacional. No obstante, de acuerdo con una hábil reorientación en su desarrollo industrial según planes realistas y una discreta ayuda extranjera, Yugoslavia mejoró en forma apreciable su potencial y sus condiciones de vida y logró éxitos notables en su edificación socialista. Con decisión y valor demostró que un país pequeño puede mantener dignamente su soberanía y desenvolver su existencia según nuevos cánones de progreso, justicia y democracia, experiencia trascendental para el destino del socialismo en el mundo.

Tito, en su Informe al VI Congreso del P. C. Y., a fines de 1952, manifestó “En este conflicto, en la lucha constante para difundir en el exterior la verdad de nuestra posición, nuestros cuadros estudiaron y se armareo con la auténtica ciencia del socialismo en la lucha contra los revisionistas soviéticos y sus satélites. Nuestra lucha fue un triunfo: logramos desenmascarar a los revisionistas y dejar al descubierto su verdadera cara. Triunfamos al exponer sus maniobras y abusos de la ciencia marxista-leninista como

disfraz de sus propósitos imperialistas y expansionistas. Señalamos, y no sin éxito, las falsas doctrinas revolucionarias empleadas por los soviéticos para utilizar a otros partidos comunistas para los fines imperialistas soviéticos. En ese mismo periodo logramos suprimir entre nosotros mismos muchos de los métodos soviéticos de trabajo. Eliminamos todo lo que tenía un carácter negativo, todo lo que obstaculizaba nuestro desarrollo y nuestra edificación socialista".

El Presidente Tito supo colocar en su sitio a quienes degradaron el marxismo y, a la vez, les dio el exacto calificativo de "revisionistas".

IV

Yugoslavia Popular y el Vaticano

Sin duda, la presión agresiva de la URSS constituyó el mayor peligro para la independencia de Yugoslavia, pero también soportó una fuerte ofensiva de parte del Vaticano. Su campaña de acusaciones por supuestas persecuciones a la iglesia católica, pretendió provocar una reacción en el mundo católico en contra del régimen de Tito y entorpecer las relaciones de éste con el mundo occidental; crearle un clima de desconfianza y de recelo y, de este modo, debilitar los intereses nacionales de Yugoslavia. El Vaticano ha combatido siempre a Yugoslavia: apoyó a Mussolini en su política anti yugoslava; a raíz de la victoria hitlerista en los Balcanes reconoció rápidamente el "estado independiente de Croacia"; y excomulgó a los sacerdotes yugoslavos puestos al lado de su pueblo en contra del fascismo. El encono del Vaticano aumentó con motivo del triunfo de la revolución socialista, resistiendo toda penetración o tutela extranjera. Desde entonces participó activamente en todas las tentativas contra el actual régimen de Tito. En el problema de Trieste, por ejemplo, estuvo al lado del gobierno italiano, porque la incorporación de ese territorio a Italia significaba crear de nuevo el papel dirigente de Italia y de la iglesia católica, en esa parte de Europa, dejando a Yugoslavia a merced de las grandes potencias. Yugoslavia rompió sus relaciones diplomáticas con el Vaticano cuando éste, en un gesto de abierta hostilidad, le dio el capelo cardenalicio a Stepinac, fraile procesado por crímenes de guerra y puesto en libertad, a pesar de comprobársele su participación directa en las terribles persecuciones contra los fieles no católicos durante la guerra, por el gobierno yugoslavo, en un gesto de armonía hacia los católicos. La actitud del Vaticano, al rodear a Stepinac con una densa aureola de martirio, demostró su odiosidad al gobierno de Yugoslavia. Stepinac fue "vicario militar apostólico" del ejército "ustachi", de Ante Pavelic, bajo la protección nazi. En ese cargo participó en el incendio de las iglesias ortodoxas, asesinato de decenas de sacerdotes de ese culto y de miles de fieles ortodoxos, y en la exterminación de 23.000 judíos; asimismo, en la conversión por el terror de 240.000 ortodoxos.

El gesto del Vaticano tendió a desencadenar un conflicto entre el estado yugoslavo y la iglesia católica, para provocarle dificultades. Actitud torpe, pues el poder revolucionario se manifestó sin vacilaciones en favor de la libertad de cultos, sobre la base de la separación de la iglesia y el estado. Sus dirigentes consideran a la religión un fenómeno social que no puede suprimirse con decretos o persecuciones. El nuevo régimen normalizó sus relaciones con todas las iglesias (ortodoxa, musulmana, judía y protestante), por normas de recíproca tolerancia, e incluso de cooperación entre ellas y el Estado. Solamente fue imposible hacerlo con la iglesia católica por la mala disposición del Vaticano, que ni siquiera escuchó las tentativas conciliadoras de los católicos yugoslavos. La iglesia católica no está limitada en ninguna de sus funciones y su vida normal sigue su curso sin trabas.

A los sacerdotes presos se les juzgó públicamente por traicionar a la nación y por crímenes cometidos al servicio de los “quislings” de los ocupantes alemanes e italianos durante la guerra. A pesar de la enemistad del Vaticano, Yugoslavia no modificó su actitud principista frente a la iglesia, ni anuló sus esfuerzos por normalizar las relaciones entre el estado y la iglesia. En ningún instante pidió a la iglesia ni a sus sacerdotes que se transformaran en propagandistas del socialismo ni que se separaran del Vaticano. Sólo exigió a la Iglesia Católica, al margen de su ideología, la adopción de una actitud patriótica con respecto a su propio país y a su propio estado.

V

La política exterior yugoslava

A pesar de la constante agresión política, económica y religiosa, Yugoslavia trató siempre de mejorar sus relaciones interestatales con la URSS, con el Vaticano, y con todos los países del mundo, de acuerdo con una irrenunciable posición de coexistencia activa, cooperación fructífera y mutuo beneficio.

En lo interno prosiguió con decisión su desenvolvimiento socialista y democrático; y en lo exterior junto con fortalecer la acción de las Naciones Unidas, llevó a cabo una intensa actividad de colaboración con las naciones vecinas y con los nuevos estados africanos y astáticos Perfeccionó una alianza defensiva con Grecia y Turquía para mantener la paz y la cooperación en el Mediterráneo oriental, de gran eficacia en un momento difícil de la situación europea. Solucionó en forma armónica y digna el grave problema de Trieste, restableciendo sus relaciones normales con Italia. Estrechó sus intercambios comerciales y sus contactos culturales con los países de América Latina, (Misión Blazevic. en 1954; con los de Asia, especialmente India y Birmania, adonde viajó el Presidente Tito, diciembre de 1954 y enero de 1955), y con los de África, sobre todo con Etiopia y Egipto.

La política internacional pacífica y creadora de Yugoslavia fue reconocida como sincera y justa por todas las democracias del mundo. La propia URSS se inclinó ante ella, reanudando sus relaciones diplomáticas, rotas desde 1948. Y en un acto sorprendente en la diplomacia soviética, los nuevos dirigentes del Kremlin. Bulganin y Kruschev, concurrieron a Belgrado, a mediados de 1955, para visitar al Presidente Tito y darle personalmente sus excusas. Proclamaron el error de la actitud soviética en esos años, 1948-1955. Con la visita mencionada se abrió una nueva etapa de intercambio entre la URSS y Yugoslavia, sujeta a numerosos altibajos por discrepancias políticas e ideológicas.

VI

Principios teóricos y políticos directivos de la revolución yugoslava

La revolución yugoslava se inició con un acto necesario, históricamente inevitable y progresista: la apropiación por el estado de la propiedad privada capitalista, dándose comienzo al periodo de la propiedad estatal de los medios de producción Y desde ese Instante el régimen socialista se desarrolló en lucha abierta con los dos peligros que amenazan a todo gobierno proletario victorioso: el uno procedente de la burguesía derribada del poder y los restos del capitalismo (que en caso de imponerse conduce a la restauración de la propiedad privada capitalista); y el otro procedente de su propia burocracia al realizar tentativas para transformarse en una “potencia dominante en la sociedad", conquistando una posición privilegiada (que al imponerse conduce a la instauración del capitalismo de estado). Al respecto escribe Djilas "Las tendencias burocráticas nacen de la revolución proletaria misma, y se manifiestan con fuerzas, precisamente, en el momento que la revolución ya ha vencido por las

armas, es decir, cuando los medios de producción más fundamentales han sido nacionalizados y cuando se trata de orientar todo el proceso del desarrollo, bien hacia el fortalecimiento del papel del estado en la producción, hacia el fortalecimiento de la dirección burocrática (de hecho, de los privilegios de la burocracia), o bien hacia el fortalecimiento del papel consciente y organizado de los derechos efectivos de las masas en la economía y en los órganos del estado..."

Las fuerzas de producción de Yugoslavia alcanzan un grado de desarrollo en el que demuestran, por una parte, tendencias burocráticas muy fuertes, engendradas por la realidad objetiva y por el papel todavía necesario y progresista del estado en la economía; y, por otra, las posibilidades de pasar a una gestión de la economía (en la industria y la minería) independiente del estado o con su participación parcial y cada vez más reducida.

El régimen lucha contra los restos de capitalismo, o sea, contra una forma burguesa orientada a ahogar las formas socialistas para conducir la evolución hacia las relaciones de capitalismo privado, y contra el burocratismo, o sea, una forma encaminada a rechazar las formas socialistas para reemplazarlas por las formas de capitalismo de estado. Tales tendencias expresan las relaciones de clase y la lucha de clases en Yugoslavia, en el curso inicial de la edificación del socialismo.

Los principios socialismo yugoslavo

Según Edvard Kardelj la revolución yugoslava se inspiró en ciertos principios directivos, que son los rasgos distintivos del sistema popular y democrático con respecto del régimen burocrático de capitalismo de estado, vigente en la URSS, y la aplicación tenaz de ellos permitió salvar el carácter socialista del sistema eliminando, poco a poco, las tendencias burocráticas de capitalismo de estado.

El primer principio, del régimen socialista yugoslavo, es el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza con todos los demás trabajadores y con formas democráticas de poder que permiten la expresión real de ese papel dirigente.

El segundo principio, es la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social.

El tercer principio, es la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores de las diferentes funciones sociales.

Para asegurar el papel dirigente de la clase obrera, los revolucionarios yugoslavos toaron medidas con el fin de contrarrestar la tendencia a identificar los órganos dirigentes del partido con el aparato administrativo del poder ejecutivo, siguiendo este pensamiento de Tito: "cuanto mayor éxito alcancemos en nuestro nuevo camino de implantación del socialismo, no mediante el terror y la concentración de todas las funciones en manos de un pequeño grupo de hombres, sino mediante una amplia democratización y descentralización, mayor será la influencia de nuestro ejemplo". El Partido Comunista Yugoslavo y el Frente Popular evitaron el peligro de verse identificados con el aparato del poder ejecutivo y de convertirse en el instrumento de éste o de hacer de él su propio instrumento, pues tal camino llevarla a su inevitable burocratización, manteniéndose estrechamente unido a la clase obrera y a las masas laboriosas para luchar conscientemente por la implantación de relaciones socialistas. Al mismo tiempo trataron de afirmar la clase obrera como el factor social dirigente en tanto productor, como la fuerza económica más importante capaz de atraer a los elementos sociales atrasados y de influirlos por su papel en la economía. Para conseguirlo fue necesario que las fábricas y toda la

producción social, se arrancasen de las manos del capitalismo privado y de las de la burocracia, confiando su dirección a los propios productores, (la administración estatal y económica sirve a ese fin), y se ha conseguido por medio del sistema de los colectivos obreros de cada empresa en particular y de cada rama económica considerada en su totalidad.

Para realizar el segundo principio, esto es, afirmar la democracia socialista impidiendo el burocratismo y el capitalismo de estado, los revolucionarios yugoslavos guardaron fidelidad al principio de Lenin, formulado en 1905: "Si alguien quiere ir al socialismo por un camino distinto al de la democracia política llegará inevitablemente a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el sentido económico como en el político". Con respecto a la democracia liberal, reconocen que muchos de sus principios son progresistas (y los “derechos individuales” formulados por la revolución demo-burguesa forman parte inalienable del patrimonio socialista), pero, en verdad, su base y misión principales son las de proteger la propiedad privada y los privilegios de la clase burguesa poseedora. En cambio, para el socialismo, la base fundamental de una sociedad democrática que se desenvuelve en la libertad es, ante todo, la garantía de los derechos de cada persona a no ser explotada y a poder decir, en tanto productor, cómo será repartida y empleada la plusvalía del trabajo en su colectividad y en la sociedad en general.

El autogobierno popular

La democracia yugoslava surgida espontáneamente de una revolución obrera y campesina, se moldeó en las formas de autogobierno popular. La dirección del proceso estuvo en manos del P. C. Y., fuerza consciente y disciplinada, pero éste no se separó del conjunto de las clases laboriosas, agrupadas en un vasto Frente Popular. En ningún instante se erigió en fuerza exclusiva y dominante y ha actuado como un organismo nexo de las masas y el estado. En resguardo de la revolución no se permitió el sistema de partidos múltiples, por cuanto todo partido creado al margen del Frente Popular se habría convertido, no obstante cualquier programa formal, en el centro de reunión de todo género de indeseables hasta transformarse en instrumento de la reacción contra el progreso, y de la agresión extranjera contra la independencia del país Por lo demás, el P. C. experimentó transformaciones notables hasta organizarse como una Liga de Comunistas, con una orientación democrática y con una concepción diametralmente opuesta a la del P. C. ruso monolítico y excluyente. Y el Frente Popular adquirió carácter permanente al transformarse en un organismo político estable: la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador de Yugoslavia.

Los revolucionarios yugoslavos, como socialistas, enfrentaron esta dramática disyuntiva: adherir a la teoría marxista de la extinción del estado y, al mismo tiempo, de todo sistema de partidos; o aplicar la teoría estalinista del reforzamiento del estado. Sin duda, la primera teoría lleva por el camino de la democracia socialista, estimulando una participación cada vez mayor de las masas populares en la dirección consciente de la sociedad y en la marcha hacia el socialismo. En cuanto a la teoría estalinista, lleva fatalmente al burocratismo despótico, a la concentración creciente de poder en manos de un número cada vez menor de dirigentes y al predominio de las relaciones sociales de capitalismo de estado.

Los dirigentes de Yugoslavia, de acuerdo con la teoría marxista de la extinción del estado, se esforzaron por ampliar las formas de organización creadas por la actividad de las masas en el curso de la revolución y, luego, de la edificación socialista. El papel dirigente del P. C. se desarrolló en conexión con el Frente Popular, como verdadera alianza socialista de todas las fuerzas laboriosas, (obreros, campesinos,

técnicos, profesionales). En esos años no lograron alcanzar todas las consecuencias deseables a causa de las influencias negativas del sistema soviético y de la ruda agresión de la URSS. En seguida, su principal tarea fue la de asegurar a la democracia socialista un mecanismo y una organización que correspondieran a sus bases sociales y económicas. Kardelj la definía así: "La llevaremos a cabo desarrollando los consejos obreros, los órganos de autoadministración de la seguridad social, de la instrucción pública, de los comités populares, de los consejos de productores y de los organismos colectivos. Elegidos por los trabajadores, colocados a la cabeza de las células básicas de la organización de toda la vida social, esos órganos pueden ser transmisores de la voluntad de los trabajadores mucho más sensibles y eficaces que cualquier sistema de partidos múltiples".

La nueva "Ley sobre Comités Populares" tendió a garantizar que el funcionamiento de los municipios, ciudades y distritos se orientara en tal sentido. Además, trató de enlazar todas esas células en un organismo único permitiendo formar órganos republicanos y federales democráticos para realizar funciones de interés común; de asegurarles sus funciones desde un punto de vista material y financiero, dándoles sobre todo un papel preponderante en los asuntos de orden general relativos a la edificación del estado, la seguridad interior y exterior, y la planificación económica. Los Comités Populares serán los órganos locales de un poder único, autónomos en sus actividades, pero en el marco de los principios fijados por la comunidad social.

La crítica socialista

Sin duda, aunque el régimen socialista de Yugoslavia se afanó por extender el espíritu democrático y humanista de la revolución, por conservar su carácter popular al mismo tiempo debió aplicar medidas de coerción y violencia administrativas para reprimir las tentativas de los elementos enemigos: cominformista y vestigios de la antigua Yugoslavia monárquica, porque representaban una amenaza a la integridad y unidad del país, y así lo explica Kardelj: "Un país socialista en una situación en la que se ejerce contra él tamaña presión agresiva, tanto económica como política, perdería a la vez el socialismo y su independencia si permitiera la destrucción, so pretexto de crítica política, de la fuerza de resistencia del pueblo en su lucha contra la presión extranjera y contra la amenaza de agresión y de conquista. Por ello, jamás negaremos el hecho de que una forma democrática susceptible de determinar semejante actividad no es admisible en nuestro país". Pero, por otra parte, el régimen no entraña ninguna limitación de la iniciativa socialista, ni de la lucha de opiniones en bien del progreso social, desde que "no puede haber "papas" infalibles ni "verdades eternas" protegidas por decreto". Para la democracia yugoslava una crítica sana, política y científica, que contribuya al avance del socialismo, debe ser la ley de todo régimen de democracia popular. Sin crítica no hay progreso socialista, por ello es parte integrante del sistema yugoslavo, representando un factor importantísimo de las transformaciones democráticas actuales.

La descentralización del poder

Respecto del tercer principio directivo de la revolución yugoslava, el criterio sostenido por sus gobernantes, para lograr una efectiva descentralización, pretende establecer, en primer lugar, que los órganos centrales, tanto republicanos como federales, asuman únicamente las funciones que no pueden dirigir los órganos de base del poder popular y, en segundo lugar, incluso en lo tocante a la gestión de las funciones centralizadas se ha de tender a que este centralismo sea democrático: con un contenido y una forma de autoadministración social de un grado más elevado. Si las revoluciones populares proceden en

sus comienzos a la mayor descentralización de poder, más tarde, al no saber encontrar un camino hacia formas democráticas adecuadas, empiezan a degenerar y a sucumbir en un proceso de concentración de poderes en manos de un número cada vez menor de dirigentes, coincidiendo con un estancamiento de la sociedad en general e incluso con su retorno a las formas más atrasadas. En Yugoslavia no ocurrió así por la participación de las masas trabajadoras en la dirección de las posiciones claves del estado y de la economía. Sin embargo, "cuando bajo la acción de las leyes económicas y sociales por una parte, y bajo la influencia exterior por la otra, en Yugoslavia se manifestaron ciertos signos de burocratización y de reducción de la base del poder popular de las masas, el P. C. tuvo la fuerza de ser el primero en levantar la voz contra ese estado de cosas y de empezar a combatirlo primeramente en sus propias filas y después en el sistema estatal. Una lucha enérgica por la ampliación ininterrumpida de la democracia socialista, por la autoadministración del pueblo trabajador en todos los grados de la organización del estado y de la economía, por la descentralización, ha orientado el desarrollo de nuestro sistema político en un sentido opuesto al de la URSS, no de la reducción sino del ensanchamiento de la base del poder de las masas, y no del robustecimiento y de la intervención del aparato ejecutivo en la vida social, sino de su gradual eliminación. El control de las masas trabajadoras en el estado y la economía no disminuye, sino que se extiende cada vez más".

El proceso de descentralización se prosiguió en dos direcciones: en un mayor desarrollo de las autonomías y de la transmisión de los poderes a los órganos políticos y sociales de base, y en un traspaso de muchas funciones sociales del aparato ejecutivo estatal a los órganos sociales autónomos, particularmente la economía, sanidad y las instituciones culturales.

De acuerdo con este proceso de descentralización y democratización del sistema de administración básica del estado y de la economía, se trató de formar y de ampliar los órganos responsables de la autoadministración popular, de desarrollar mediante una colaboración del interés individual y del interés colectivo, organismos que, conscientes de sus derechos y de sus deberes bien establecidos por las leyes, ejerzan el control del trabajo y del aparato administrativo. Los consejos obreros en las empresas y otras instituciones y órganos económicos; los consejos de los ciudadanos en el sistema administrativo de los comités populares y de los gobiernos, así como los otros órganos autónomos en materia de política social, de sanidad, de enseñanza, representan esas formas básicas de la autoadministración del nuevo mecanismo democrático.

Con tales medidas los revolucionarios yugoslavos lograron grandes avances en el proceso de su obra socialista, rompiendo la columna vertebral del burocratismo y del capitalismo de estado (que como realidad de la etapa soviética de la revolución se infiltraba en la vida de la nación) y venciendo la existencia de las antiguas relaciones capitalistas. De este modo sentaron las bases serias de la evolución democrática de la sociedad yugoslava en su marcha hacia el socialismo.

Los propios dirigentes reconocen las dificultades de su obra, sembrada de inmensos obstáculos heredados de la vieja Yugoslavia, por los hábitos del pasado, el particularismo y el egoísmo, y por la constante presión agresiva del pasado y del exterior. Tales dificultades serán vencidas en la medida que se logre un mayor ritmo en el aumento de los medios materiales del sistema, del éxito en el desarrollo de las fuerzas de producción y de la elevación constante de la conciencia socialista de los trabajadores. No se pueden levantar construcciones ideales de democracia socialista sobre la base de fuerzas materiales poco desarrolladas, pero no creer en la posibilidad de lograrlo en la marcha hacia la democracia socialista significaría no creer tampoco en la posibilidad de implantar el socialismo.

En un vistazo de conjunto sobre el alcance de la revolución yugoslava. Tito expresó: “Nuestro desarrollo, la democratización de nuestra vida social, es decir la plena conquista de la democracia socialista se está extendiendo por un lado en medio de la incesante lucha contra los métodos soviéticos, contra la realidad soviética que ha perdido su carácter socialista, y que se está convirtiendo en la mayor amenaza para el futuro desarrollo revolucionario y socialista del mundo y, por otro lado, en conflicto permanente con concepciones extrañas al socialismo, que llegan del Oeste. El mundo entero sigue con la mayor atención nuestros esfuerzos para edificar el socialismo... Nos critican por no tener una democracia del tipo occidental, por no tener un sistema de varios partidos políticos, por poner trabas a la empresa privada, es decir, por no dar rienda suelta al sector privado para participar en el comercio y en la industria, o más exactamente, en la producción, etc. Diariamente tenemos que explicar que la transformación de nuestra vida social es una transformación revolucionaria, que la revolución no tolera medidas a medias, que lo que ellos sugieren es hacer girar hacia atrás y no hacia adelante la rueda del desarrollo social... en una palabra, que queremos edificar el socialismo y no un socialismo falso. Nuestra democracia socialista es en todos los aspectos mejor que la de Occidente y no tiene como ésta un carácter formalista porque abarca a amplias masas de la clase trabajadora y les ofrece toda clase de oportunidades para elevar su nivel de vida, porque solo una sociedad socialista puede y debe proporcionar las bases materiales para ello. Esta es, por lo tanto, la genuina democracia, tanto para la comunidad como para el individuo de la misma, tanto material como cultural y política. Con esto se puede ver que todo conflicto entre nuestra democracia socialista y la democracia occidental se debe, precisamente, a los cambios básicos de relaciones en la sociedad, es decir, en la socialización de los medios de producción y en la liquidación de la explotación del hombre por el hombre”.

VII

Papel de la conciencia socialista en la revolución yugoslava

En cuanto al papel jugado por el Partido Comunista y el Frente Popular yugoslavos en el proceso revolucionario y a su evolución experimentada de acuerdo con las transformaciones operadas en la sociedad actual, son interesantes los aspectos siguientes, según las notas críticas de Edvard Kardelj, en uno de sus tantos informes, ricos en substancia teórica y política: el P. C. era, según las clásicas directivas leninistas, un estado mayor de la revolución, organizado de acuerdo con una disciplina severa, consciente, casi militar, que educaba a sus miembros en vista de tareas revolucionarias, a la cabeza de las masas trabajadoras. Después de la guerra asumió el control del poder en calidad de fuerza dirigente, y sus militantes tomaron los puestos de mando en el aparato ejecutivo del estado. Pronto se advirtió una apreciable soldadura de las funciones administrativas del estado con las del partido, produciéndose manifestaciones de burocratismo. Ciertos cuadros del P. C. se anquilosaron y disminuyeron las aptitudes de sus diferentes organizaciones por el trabajo político en el seno de las multitudes, reemplazando los medios políticos de la lucha de masas por formas administrativas. Entonces su dirección se levantó contra esta peligrosa falla y tomó medidas convenientes para impedirla. Surgió la necesidad de cambiar sus métodos de trabajo y su papel general en la lucha por el socialismo. El P. C. Y. pudo advertir estos peligros y tomar las medidas para cambiar, porque había mantenido estrecho contacto con las masas, y a través del Frente Popular. El F. P. se formó y endureció en el fuego del combate, como organización de masas, del movimiento de liberación nacional, en la guerra contra los invasores y en la lucha contra el antiguo régimen podrido, cuyas clases dirigentes eran aliadas del enemigo, anti demócratas y explotadoras del pueblo. Una vez expulsado el ocupante, el F. P. se transformó en el campeón de todos los cambios políticos y sociales que hicieron posible la evolución hacia el socialismo. El apoyo masivo del

pueblo, de los trabajadores urbanos y campesinos, permitió a los revolucionarios la reconstrucción del país, la ejecución del Plan Quinquenal y la edificación del socialismo. El F. P. no se disolvió ni se debilitó. Y él dio el golpe más serio al burocratismo insinuado en Yugoslavia como influencia del ejemplo ruso. Es el hecho explicativo del ataque violento del P. C. ruso, en 1918, especialmente dirigido contra el Frente Popular y los lazos que lo unían al P. C.

La alianza socialista del pueblo trabajador

El poder de la clase obrera, aliada a las demás clases laboriosas, se consolidó y se entró de lleno a un período de edificación práctica del socialismo gracias a las nuevas leyes dictadas desde 1950 (formación de los “consejos obreros” y de los “comités populares”). Entonces se planteó la necesidad de modificar la estructura y rol del P. C. y hacer del F. P. una organización permanente. A este respecto es de importancia decisiva el VI Congreso del P. C. de Yugoslavia, a fines de 1952. Aquí, el Presidente Tito, analizó la expansión efectiva de la democracia en la administración de la economía y del gobierno del pueblo, hasta eliminarse los peligros del capitalismo de estado y del burocratismo existentes al comienzo de la revolución. Según sus palabras, ya se había superado aquella fase inicial del desarrollo económico y resuelto los problemas sociales de la clase trabajadora. Y el avance experimentado permitió entregar la responsabilidad de la gestión económica a los propios obreros. Y anotó: “Sólo al poner en manos de los trabajadores las fábricas y las empresas fue realizado el primer acto de mayor importancia del estado, un acto que contiene todos los elementos de la extinción de sus funciones en la economía, y que es, al mismo tiempo, la instauración de la verdadera democracia socialista en la producción y, en consecuencia, en la sociedad misma. Esta es una de las más importantes conquistas de nuestra revolución socialista, lograda solo a cinco o seis años después da la guerra, es decir, después de la expropiación y nacionalización de los medios de producción”, Y paralelamente a la descentralización en la economía, tendiente a eliminar los peligros de la burocracia y del capitalismo de estado, se llevó a cabo la reorganización y descentralización de los organismos del gobierno del pueblo.

En este VI Congreso, Tito presentó dos proposiciones 1° Transformar el P C, de Yugoslavia en Liga de los Comunistas de Yugoeslavia. 2° Transformar el F.P, en Alianza Socialista del Pueblo Trabajador de Yugoslavia. Estas proposiciones habrían sido imposibles si los medios de producción se hubiesen encontrado en manos del aparato administrativo del estado, y no como propiedad del pueblo bajo la dirección de los productores mismos (peligro conjurado por la constitución de los "consejos obreros” y por la movilización de las masas en el Frente Popular) y si hubiese existido un sistema político de partido único.

Al ser aprobadas aquellas proposiciones, el PC se desembarazó de sus trabas estatales administrativas, se liberó de las formas exteriores de un partido político y de un monopolio político, para afirmarse como un organismo vasto, inspirador de la practica socialista y de la acción política de las más amplias masas laboriosas Pasó a ser el lazo estrecho con la clase obrera y las demás clases. Los mismos cambios económicos y sociales que llevaron a la modificación del papel y de la organización del PC, transformándose en la “Liga de los Comunistas", determinó el cambio del Frente Popular en "Alianza Socialista del Pueblo Trabajador”, como un verdadero parlamento social permanente de las grandes masas laboriosas. La Liga de los Comunistas no es propiamente una organización política de socialistas sino una alianza política de la clase obrera y de todo el pueblo laborioso No pretende reinar en lugar de las masas laboriosas sino educarlas e inspirarlas a ejercer ellas mismas el poder. Antes se resolvían en las reuniones del partido todas las cuestiones políticas y en seguida, se transmitían sus decisiones a las

organizaciones del F.P. para su confirmación. Ahora, las tareas de la Liga de los Comunistas deben reducirse a los asuntos del dominio de la dirección ideológica general en la lucha por el socialismo, al mantenimiento de la unidad de las masas laboriosas en esa lucha, a la ayuda a sus miembros en su trabajo político y educativo en el seno de las masas. Las cuestiones políticas y sociales concretas deberán ser arregladas directamente en loa organismos de la Alianza Socialista, Esta tiene a su cargo la cooperación con los movimientos internacionales, obreros o socialistas, y con los demás movimientos democráticos y progresistas. La Alianza Socialista es la tribuna pública de las masas en materia de pensamiento y de política socialista; la forma estructural de la libre lucha de opiniones sobre una plataforma socialista general es la base política de todos los organismos sociales y estatales autónomos En su seno la discusión y critica ampliamente practicadas tendrán a los órganos bajo el control constante de las masas. Aquí habrá una plataforma política lo bastante amplia para permitir a todo ciudadano leal a la comunidad social, y que adopta los objetivos generales del socialismo, participar en su trabajo sin mirar a las diferencias de opiniones ideológicas u otras. Será una especie de parlamento de todo el pueblo, sesionando permanentemente, y donde cada ciudadano de buena fe pueda exponer sus opiniones, sus sugerencias y su crítica sobre todas las cuestiones de la vida social.

VIII

El asunto Djilas

Respecto de la suerte de los dirigentes del gobierno, el régimen yugoslavo no se manchó con ningún hecho reprobable por torpe o cruel. Practica una política de respeto a la persona y a sus opiniones, impulsándose la autocrítica. Y las discrepancias de fondo se ventilan democráticamente en sus congresos El único caso grave ocurrido en este plano es el "asunto Djilas",

Milován Djilas, montenegrino, alto dirigente del régimen, presidente de la Asamblea Nacional Federal, gran orador y magnifico escritor, a raíz de los nuevos cambios sociales y políticos producidos desde 1952 en adelante, llegó a preconizar, en una serie de artículos, la disolución de la Liga de los Comunistas y el restablecimiento de la libertad democrática burguesa, al estilo occidental. Por esta razón, es frecuente presentar a Djilas como partidario de una democratización más a fondo de la vida de su país.

Se produjo una reacción general contraria a dicha posición, porque sí en el fondo desarrollaba las nuevas tendencias estimuladas por los propios equipos dirigentes, resultaba prematura y desligada del proceso social y político original de Yugoslavia. La concepción de Djilas, según el criterio de Veljko Vlahovic, era anarquista, carente de nexo efectivo con la realidad del país. En su base existía una negación del rol de la clase obrera y, en consecuencia, ésta debía renunciar a su partido de clase. De tal suerte, la Liga de los Comunistas se transformaría en un club de discusión, sin disciplina interior ni unidad ideológica. Al negar el papel de la Liga de los Comunistas ponía en discusión, también, la Alianza Socialista del Pueblo Trabajador, las Juventudes Populares y los Sindicatos. (Según V. V., Djilas habría llegado a preparar un proyecto de creación de un partido socialista de oposición, donde, de funcionar, se reunirían todos los elementos antisocialistas).

El camino de Djilas significaba dejar el desarrollo del país entregado al azar de las circunstancias y renunciar a toda fuerza socialista organizada, y en ese aspecto los artículos de Djilas estaban impregnados de escepticismo e indiferencia con respecto a la misión de la clase obrera. Mientras la democracia de base no esté completamente asegurada, según los nuevos medios y organismos creados, el rol director y educativo del partido (Liga de los Comunistas), es necesario, y del mismo modo, el

mantenimiento de cierto aparato de coerción. La concepción yugoslava reposa sobre este principio: no se puede desarrollar la democracia sino extendiendo las formas democráticas en la economía, perfeccionando el sistema ya instituido de la autoadministración de los trabajadores, (consejos obreros, comunas, etc.), y consolidando el rol de la clase obrera en ese sistema.

En un país en plena transformación, recién salido del atraso para entrar a una economía industrial; y en un mundo de tremendas convulsiones y pugnas imperialistas, la desaparición del papel directivo del partido, (Liga de los Comunistas y Alianza Socialista del Pueblo Trabajador), desembocaría en el desorden y la anarquía y haría imposible el desarrollo agrícola e industrial, indispensable para crear la base técnica de la auténtica democracia obrera. Por eso las proposiciones de Djilas eran equivocadas y, dadas su personalidad y alta investidura, peligrosas. Sometido a proceso quedó en claro su error y fue expulsado del partido.

Los revolucionarios yugoslavos realizan inmensos esfuerzos para dar vida a un régimen socialista, donde obtengan mayor bienestar y libertad sus ciudadanos; defienden una política internacional en favor de la paz, la cooperación mundial y la coexistencia activa; ensayan nuevas formas de democracia directa sobre la base de la propiedad social de los medios de producción, de extraordinaria importancia para el movimiento obrero. Y esta "vía yugoslava" del socialismo se caracteriza porque nunca ha pretendido imponer sus puntos de vista, pues sus líderes aprendieron en circunstancias graves que no puede existir monopolio ideológico en la lucha por el socialismo.

El Nacionalismo creador de José Manuel Balmaceda

ARAUCO N°32 septiembre 1962

El 19 de septiembre de 1891, se suicidó el Presidente de la República de Chile, (legalmente dejó de serlo el día antes), don José Manuel Balmaceda Fernández, derrotado por una insurrección de las clases poseedoras y conservadoras apoyadas por el imperialismo inglés. En una actitud de suprema consecuencia con sus ideas y con sus actos prefirió eliminarse a aceptar la derrota y a soportar los vejámenes odiosos de sus enemigos, y como un holocausto consciente para aplacar la furia de las hordas vencedoras y atenuar la persecución cruel a sus partidarios.

Desde aquella fecha aciaga en la historia de Chile, su figura mártir no ha cesado de crecer en la admiración y el respeto de sus connacionales. Su obra ha adquirido mayores dimensiones al compararse su patriótica y desbordante actividad creadora con la esterilidad y corrupción del período parlamentario impuesto a raíz de su muerte; y su sacrificio doloroso sigue provocando sentimientos de asombro y pesar y, a la vez, de condenación hacia quienes lo determinaron por ceguera, egoísmo y obcecación política.

El brillante escritor y educador Eugenio González Rojas, en uno de sus grandes discursos en el Senado de la República, emitió un juicio acertado sobre el significado profundo de Balmaceda, que traduce el pensamiento de la inmensa mayoría de los chilenos de esta época. Al rechazar el mito portaliano esgrimido por las reducidas fuerzas conservadoras a manera de remedio posible en la grave crisis nacional del presente, afirmó que su forzada e interesada actualización sólo podría tener una eficacia reaccionaria; en cambio nuestro deseo sería "que surgiera, dignificando nuestra vida pública, un hombre realmente señero como don José Manuel Balmaceda, personalidad por donde se le mire superior a su medio y a su tiempo, en la que armoniosamente se conciliaron las altas dotes del talento y del carácter, la amplia visión del estadista de rango y la recia voluntad de un constructor apasionado en el servicio de

su pueblo. Fecunda como pocas su actividad política y, sin exageración puede decirse, inigualado entre nosotros el noble estilo que trasunta, con impresionante coherencia, en sus actitudes y en sus palabras, tanto en el ejercicio del poder como en las vísperas de su sacrificio, en su vida y en su muerte. Sería irrespeto inexcusable compararlo, aunque fuera en ocasionales desbordes de la gratitud partidaria, con cualquiera que confunda la energía del hombre de Estado con los arrestos del personalismo".

La ruta del estadista

José Manuel Balmaceda nació en Santiago de Chile, en 1838, en el seno de una familia distinguida, de la aristocracia colonial. En su juventud demostró una inicial vocación eclesiástica, pero pronto su espíritu atormentado experimentó la fuerte influencia del movimiento demo-liberal desatado en Chile desde la administración de Manuel Montt (1851-1861), junto al deslumbramiento de las doctrinas de los pensadores franceses del siglo XVIII, como Montesquieu, Rousseau y Voltaire, leídas y asimiladas con entusiasmo y pasión.

De esta suerte evolucionó con decisión hacia el liberalismo combativo, entrando a actuar en el poderoso frente reformista constituido durante la década de José Joaquín Pérez (1861-1871), al lado del maestro José Victorino Lastarria, de los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta, Pedro León y Angel Custodio Gallo, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Isidoro Errázuriz, Vicente Reyes, Eduardo de la Barra.

Balmaceda impresionó a sus contemporáneos desde sus primeras inquietudes públicas. Los hermanos Arteaga Alemparte, en su obra clásica "Los Constituyentes de 1870", nos dejaron un testimonio penetrante de su naciente personalidad política y un acertado juicio sobre su destino. Para los críticos citados, Balmaceda era una de las encarnaciones más atrayentes y elevadas del pensamiento de progreso político, originada en los clubes de reforma de la época. Escribían: "hay en su inteligencia bastante fuerza lógica, en su carácter bastante impetuosidad, en su alma bastante pasión, para no permitirle quedarse a medio camino. Tomada una dirección, se pone en marcha, y puesto en marcha, llega al término de la jornada".

En verdad, a lo largo de toda su trayectoria pública, se advierten un recio carácter, un batallador espíritu liberal y un gran dinamismo realizador. Era un orador brillante y, al mismo tiempo, un infatigable hambre de acción. Cada discurso lo ratificaba con una obra práctica de adelanto, al servicio de la colectividad.

Al definir su oratoria, los Arteaga Alemparte, señalan estas características: "El señor Balmaceda puede disminuir sin peligro el lujo de las vestiduras de su elocuencia, bastante hermosa por sí misma. Su dialéctica es firme, la disposición de sus discursos, generalmente feliz, su punto de vista elevado, A esas dotes junta una voz clara, insinuante, persuasiva, rica en entonaciones. Hay energía en su apostura y la sangre que falta a su semblante pálido y rubio, está bien suplida por los nervios, esa sangre del alma". Con el correr del tiempo su oratoria ganó en profundidad; conservó siempre su belleza formal pero se enriqueció con el planteamiento de los grandes problemas nacionales de acuerdo con enfoques originales, a la luz de una concepción renovadora de la vida económica, social y política del país.

Candidato a la Presidencia de la República

Desde su elección de diputado en 1870 se desempeñó con singular brillo y aplauso en la política. En el Parlamento, en la Diplomacia y en el Ministerio ocupó cargos de responsabilidad y los sirvió con inteligencia y desinterés. Le tocó vivir sucesos de honda trascendencia para el destino del país y en ellos

participó con altas misiones en los difíciles y exigentes episodios de la guerra del Pacífico (1879-1883) y los apasionantes años de la administración liberal de Domingo Santa María (1881-1886). En ese quinquenio dramático se dio término a la guerra y se firmó la paz después de largas y complicadas negociaciones; en él también se dictaron numerosas leyes para afirmar el liberalismo y el laicismo, a costa de una lucha enconada con la Iglesia Católica y el conservantismo. En la administración de Santa María le cupo a Balmaceda una destacada actuación en calidad de Ministro del Interior. Debió defender ante el Congreso aquellas leyes tan resistidas por los elementos ultramontanos, con su elocuencia y tenacidad acostumbradas, concitándose la admiración y el respeto de las huestes liberales y el rencor profundo de las mesnadas conservadoras. Su brillante papel en el gobierno de Santa María tuvo como remate natural su designación de candidato a la Presidencia de la República, en la gran convención liberal de enero de 1886, celebrada en el puerto de Valparaíso.

Al aceptar tan señalado honor, Balmaceda pronunció un discurso-programa notable. Constituye la expresión ideológica y política de un verdadero estadista, atento a las necesidades inmediatas y a las exigencias de largo alcance propias de un país en desarrollo, consideradas ambas en un marco doctrinario liberal amplio en el plano político y enriquecido por ideas realistas y nacionalistas en el dominio económico-social. No se limitó a exteriorizar su anhelo de extender la democracia, en cuanto a nuevas leyes e instituciones; al mismo tiempo enfocó el nivel material de la nación y presentó los rasgos de una vigorosa política económica propia para la situación chilena: “El cuadro económico de los últimos años prueba que dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y se debe emprender obras nacionales reproductivas que alienten especialmente la hacienda pública y la industria nacional”.

“Si a ejemplo de Washington y de la gran República del Norte, preferimos consumir la producción nacional, aunque no sea tan perfecta y acabada como la extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en substancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia de aplicación por la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas; si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos, individual o colectivamente, a producir más y mejor y a consumir lo que producimos, una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República y un mayor grado de riqueza y bienestar nos dará la posesión de este bien supremo de pueblo trabajador y honrado: vivir y vestirnos por nosotros mismos. A la idea de industria nacional está asociada la de inmigración industrial y la de construir, por el trabajo especial y mejor remunerado, el hogar de una clase numerosa de nuestro pueblo, que no es el hombre de la ciudad, ni el inquilino, clase trabajadora que vaga en el territorio, que presta su brazo a las grandes construcciones, pero que en épocas de posibles agitaciones sociales puede remover intensamente la tranquilidad de los espíritus”.

Su discurso traducía su honda preocupación por el desenvolvimiento de todas las fuerzas productoras de la nación; la modificación de su base material primitiva; el estímulo a los diversos sectores sociales creadores, con especial atención a las masas trabajadoras; y un franco repudio a la posición económica del “laissez-faire, laissez-passer”, a cuya sombra el Estado y sus conductores mantenían la más completa indiferencia dedicando sus esfuerzos únicamente a las cuestiones político-ideológicas. Así, el país presentaba un notable progreso jurídico con una oligarquía dirigente de alto nivel de vida y de apreciable

cultura doctrinaria, pero sobre una nación de atrasada base material cuya fisonomía rural, con grandes masas campesinas pobres y analfabetas, era imperativo cambiar. Por tal razón, Balmaceda proponía la intervención del Estado en la creación y avance de una industria nacional, la protección al trabajador, y el fomento de la educación.

En su noble afán de adelanto material, cultural y político consideraba de rigurosa obligación la labor permanente, incansable y tenaz del jefe del Estado y de sus colaboradores. Detestaba con indignación, a aquellos gobernantes desprovistos de una apasionada y diaria inquietud creadora.

Incansable y tenaz reformador

Desde que asumió el gobierno de la República,[7] con un profundo conocimiento y comprensión de la realidad inmediata, actuó con dinamismo y eficiencia, realizando la más caudalosa obra de progreso y, a la vez, con clara visión del futuro del país planeó medidas de largo alcance donde chocó contra los poderosos intereses creados nacionales y foráneos, y de su estrecha confabulación brotará la más cerrada oposición a su labor. A partir del primer día de su período presidencial se exhibió como un estadista superior, preocupado por el beneficio de su pueblo y la grandeza de su país. Hombre de realidades y gobernante de noble ambición reformadora, atento al presente y dirigido al porvenir, sintetiza su dinámica empresa en un discurso pronunciado en La Serena, en marzo de 1889. En uno de sus párrafos expresa: “El Estado puede suministrar, en gran parte, los elementos en que las aptitudes individuales deben ejercer su acción directa y bienhechora, y por esto procuro que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos, escuelas y establecimientos de instrucción de todo género que mejoren la capacidad intelectual de Chile; y por eso no cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos, que faciliten el trabajo, que alienten a los débiles y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica del país”.

En su afán de mejorar las comunicaciones se propuso la construcción, de 1.200 kms de ferrocarriles (la red existente alcanzaba a unos 1.000 kms.) y los defendía en bellos conceptos: “Así como las aguas fecundan la campiña árida y seca y la vuelven risueña y la cubren de mieses, así la locomotora y sus carros de acero abren en el valle y en la montaña el surco donde germina el trabajo, se acrecientan los productos, se derrama el capital y se agita la población que vive con el sudor de su frente”. Al mismo tiempo hizo abrir, de preferencia en las regiones apartadas, más de 1.000 kms de caminos, y por las exigencias del tendido de las redes ferroviarias y camineras ordenó construir alrededor de 300 puentes, entre ellos varios de enorme envergadura, como los viaductos del Malleco (450 metros de largo a una altura de 100 metros sobre el nivel del agua), soberbia y ejemplar obra de ingeniería y del Biobío, de 1.888 metros de largo; y se levantaron numerosas estaciones con sus bodegas respectivas. Se tendieron 1.500 kms., de líneas telegráficas. Para atender a las necesidades marítimas se habilitaron 10 puertos con muelles y malecones; se levantaron grandes edificios de aduana en Valparaíso; se construyó un dique seco en Talcahuano y se colocaron más de 30 faros a lo largo del litoral.

Su plan de obras públicas se tradujo, además, en el mejoramiento de las ciudades, con la pavimentación de numerosas calles y dotación de servicios de agua potable; edificios para intendencias y gobernaciones; decenas de hospitales; y en Santiago, se canalizó el río Mapocho, se construyó el palacio

[7] En Chile, a menudo la iniciación de un período presidencial coincide con una gran catástrofe geológica o una grave epidemia, ocasionando pérdidas de vidas humanas y de bienes materiales de grandes proporciones. A Balmaceda le afectó una terrible epidemia de cólera, a fines de 1886, causante de varios miles de víctimas.

del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, el edificio de la Escuela Militar, el edificio y talleres de la Escuela de Artes y Oficios; en Valparaíso, el edificio de la Escuela Naval. Se preocupó, también, de la modernización de las fuerzas armadas, utilizando los servicios de instructores alemanes y desde 1887 empezó a funcionar la Academia de Guerra. Se inclinaba por la existencia de un ejército permanente pequeño, pero bien constituido y eficiente, con una Guardia Nacional numerosa, como organismo semi militarizado. Hizo adquirir varias naves poderosas, aumentando y fortaleciendo la marina de guerra en atención al largo litoral del país. Su preocupación por la expansión marítima del país se concretó en la afirmación de la soberanía chilena sobre la Isla de Pascua.

Balmaceda dedicó especial cuidado al fomento de la colonización con el fin de incorporar las fértiles tierras de la Araucanía a la agricultura (provincias de Malleco y Cautín). Llegaron casi 24.000 inmigrantes europeos y obtuvieron "hijuelas" (lotes), de buenas tierras. En cuanto a la Hacienda Pública y Finanzas, tendió a simplificar el régimen tributario, a disminuir la deuda interna y a consolidar la deuda externa. Esta casi no aumentó y preparó al país para la conversión metálica mediante la gradual eliminación del billete inconvertible y la prohibición a los bancos de emitir billetes en un monto superior a sus encajes. En general la Hacienda Pública fue administrada: recta y eficientemente. Respecto de la Administración Pública logró un alto mejoramiento reorganizando los servicios y propendiendo a una eficaz descentralización.

Según el criterio de Balmaceda, la minería debía no sólo procurar materias primas al mercado exterior; su papel principal era de servir de fundamento sólido a una industria metalúrgica poderosa. De ahí su sostenido propósito de impulsar la industria nacional y de asegurar un desarrollo incesante de la instrucción pública. Y ambas metas se alcanzarían por la acción y riqueza del Estado dentro de una política realista y sensata. Creó el Ministerio de Industrias y Obras Públicas, en 1887, para dar mayor estímulo a esa finalidad, y su acción logró resultados apreciables. Entre 1887 y 1890 empezaron a funcionar más de 40 fábricas de cierta importancia y algunas, como las de G. Bash, en Santiago, y Lever y Murphy, en Valparaíso, ocupaban varios cientos de obreros en sus faenas. A los establecimientos fabriles nacionales el gobierno los apoyaba entregándolas la construcción de locomotoras, carros planos, estructuras metálicas de los puentes, barcos, maquinarias, asegurándoles labor permanente y de tal suerte permitirles su crecimiento.

La Exposición Nacional de 1888 entregó una optimista muestra del avance del país en este rubro reciente de la actividad nacional.

En cuanto a la instrucción pública, Balmaceda puso especial énfasis en su desenvolvimiento y en su progreso, estimándola un agente decisivo en el avance económico, social y espiritual de la nación. En su discurso-programa le dedicó párrafos magistrales: "Es la instrucción la ley del espíritu y la moral aplicada con discernimiento a las acciones de los hombres. Ella constituye el más seguro fundamento de los derechos individuales y la más seria garantía de la prosperidad general. La influencia intelectual, los progresos del siglo, la experiencia y la previsión política, señalan el campo de la instrucción pública como el punto cardinal en que el liberalismo chileno habrá de probar su inteligencia, la superioridad de su doctrina y su positivo anhelo por los intereses del pueblo. En la organización completa del preceptorado, en la aplicación general de los métodos más adelantados de enseñanza, en la creación de nuevas escuelas, en la preparación de los medios prácticos que nos conduzcan a la enseñanza primaria gratuita y obligatoria, en el ensanche y mejoramiento de los internados y externados de la instrucción secundaria, en la adopción de métodos y textos adecuados a los sistemas de enseñanza experimental y práctica, en

la constitución del profesorado para la especialidad del profesor en cada ramo, en la fundación de escuelas especiales y propias para servir las industrias del país y, finalmente, en la reforma de la ley de instrucción pública, encontraremos labor considerable, que requiere gran meditación y estudio, la consagración enérgica de nuestros más sanos esfuerzos. Considero que para emprender con fruto esta interesante reforma, es necesario aplicar las fuerzas vivas del Estado, y desterrar de los recintos de la enseñanza todo espíritu de intolerancia o de secta".

De acuerdo con sus conceptos programáticos, una vez en el Gobierno, llevó a cabo una fructífera labor en favor del mejoramiento y perfeccionamiento de la educación en todos sus planos. En la rama primaria creó 300 escuelas y 600 plazas de maestros; obtuvo autorización para construir 100 edificios de escuelas primarias y hasta 1890 se habían levantado 60, con capacidad para 25.000 alumnos. Fundó nuevas escuelas normales (La Serena, Chillan) y envió profesores a perfeccionarse a Europa. En septiembre de 1889 se celebró el Primer Congreso Pedagógico, donde se echaron las bases de la evolución moderna de la enseñanza primaria. Al iniciarse el gobierno de Balmaceda, funcionaban 786 escuelas primarias con 63.559 alumnos; al terminar su período dejó 1.253 escuelas con 114.565 alumnos.

Se preocupó con especial esmero en fomentar la enseñanza profesional y técnica. Creó 6 escuelas prácticas de agricultura, 3 escuelas prácticas de minas y 1 escuela técnica femenina. Dotó de talleres modernos y elementos a la Escuela de Artes y Oficios.

En la rama secundaria creó 10 liceos y el Internado Barros Arana, y en 1889 impulsó la reforma de la enseñanza secundaria estableciéndose el sistema concéntrico. Para preparar el personal idóneo, fundó el Instituto Pedagógico, en el mismo año. Hizo contratar los servicios de un selecto grupo de profesores alemanes, como Lenz, Hanssen, Johow, Schneider, Tefelmacher, quienes cumplirán una larga y destacada actividad en la educación chilena.

Balmaceda dignificó la carrera del magisterio y aumentó las rentas a su profesorado.

En resumen, Balmaceda, atendió con especial interés el progreso industrial y el fomento de la educación. Comprendió que la misión de un estadista chileno, en ese instante histórico, consistía en invertir las entradas provenientes del salitre en estructurar una nueva economía industrial y extender un sistema educacional humanista y técnico. De inmediato se preocupó por llevar a cabo un vasto plan de obras públicas y de la intensificación de cultivo de los terrenos agrícolas; y como medidas de más vasto alcance se propuso nacionalizar el crédito por medio de un Banco del Estado, para impedir la especulación usuraria de los bancos particulares; nacionalizar la industria del salitre y los ferrocarriles, dominados en gran parte por consorcios ingleses; y llevar a cabo la conversión metálica con el objeto de defender y estabilizar la moneda. Balmaceda, entonces, enfocó siempre los problemas nacionales con un criterio de conjunto, con un sentido orientador y con una voluntad realizadora como no existe ejemplo en la trayectoria de Chile.

Toda su labor obedeció a un pensamiento unitario y aunque liberal sincero en su formación doctrinaria y en su posición política, en el plano económico-social postuló con firmeza la intervención del Estado para lograr el desarrollo amplio, profundo y homogéneo de la realidad nacional.

El imperialismo entra en escena

¿Cómo se explica que Balmaceda, estadista de tan honda visión, de tanto fervor patriótico, haya caído envuelto en una sangrienta guerra civil, odiado y vilipendiado? ¿Por qué las clases sociales tradicionales y los partidos políticos liberales de avanzada ideológica se unieron tan estrechamente para derrocarlo?

Balmaceda apreció certeramente las favorables condiciones creadas por la victoria en la guerra del pacífico para facilitar el avance del país hacia una fase de capitalismo industrial, con el objeto de abrir paso al crecimiento rápido y armónico de sus fuerzas productivas, romper la desmesurada hipertrofia del salitre en la economía del país y, a la vez, eliminar la ya peligrosa penetración del imperialismo inglés en su captación y aprovechamiento, tornando peligrosa la situación del país ante su dependencia de los consorcios salitreros ingleses, y en menor escala alemanes.

Precisamente, el villano que actúa en el fondo de todo el proceso chileno de aquella época es el salitre, personificado en el magnate inglés Thomas North, prototipo del colonizador de nuevo cuño: audaz, decidido, inescrupuloso y de ambición desorbitada.

Desde el término de la guerra del Pacífico, Chile experimenta un notable auge económico basado en el monopolio del salitre y en la expropiación y concentración de la propiedad agraria en la Araucanía y en Magallanes. Pero las ricas salitreras de Tarapacá pasaron a poder del especulador inglés Thomas North, quien habilitado con capital chileno acaparó los certificados salitreros emitidos por el gobierno peruano cuando expropió a los industriales chilenos poco antes de la guerra del Pacífico. Esos documentos se depreciaron, porque el Perú no tuvo dinero para pagar la confiscación. North, con extraordinaria visión no dudó en la victoria de Chile, en vista de su mayor desarrollo, en la contienda de 1879 y se inclinó a su lado. Finalizada la guerra obtuvo del gobierno chileno, imbuido en la filosofía liberal, el reconocimiento de sus certificados y así pasó a transformarse en el gran propietario de las salitreras de Tarapacá. Dominó una industria en plena prosperidad sin aportar capitales efectivos. En seguida, utilizando la expansión del capitalismo británico, le fue fácil importar capital inglés ante las perspectivas lucrativas. North constituyó sociedades anónimas para la explotación del salitre en vasta escala y con los procedimientos típicos del imperialismo. Desde aquella época, las inversiones directas del capital inglés en la producción minero-industrial del salitre, elemento básico de la vida económica chilena, inició la dependencia económica de Chile. El inversionismo inglés se concentró en Tarapacá, dominándola totalmente. En 1889, las inversiones inglesas alcanzan a 24 millones de libras esterlinas: 16 millones en inversiones directas, (salitreras, ferrocarriles, bancos) y 8 millones en empréstitos contratados en Inglaterra. El capital inglés triunfó en la concurrencia entablada gracias a su cuantía y centralización. Chile pasó de su estadio capitalista nacional, de libre empresa y libre competencia, al control económico del capital internacional, sufriendo la deformación imperialista de su economía. El país adquirió la fisonomía de una semicolonia dependiente y entró a producir en calidad de factoría de los grandes consorcios imperialistas. La expansión económica del país no era el resultado del desencadenamiento de todas sus fuerzas productivas sino de la conquista del salitre y de su monopolización por Chile. Se desarrolla, pero amarrado a la prosperidad de un solo producto. Su semi-feudalismo agrario no se modificó, pero su agricultura todavía se expande por la incorporación de nuevas y ricas zonas al cultivo. A esa realidad semifeudal se agregó su minería monocultora, sostenida en el salitre, cuya deformación se agravó al caer en manos de inversionistas extranjeros, llevando al país al semicolonialismo, al sometimiento económico del imperialismo inglés. Este encontró aliados interesados y fieles en los terratenientes empeñados en perpetuar el régimen semifeudal y, opuesto a cualquier avance hacia un moderno capitalismo industrial; en los banqueros usurarios y en los grandes comerciantes especuladores.

Un sector de la burguesía nacional pretendía desarrollar la industria y alcanzar la etapa del capitalismo industrial. Balmaceda se puso a su lado y orientó su política económica en ese sentido, para lo cual se trazó un vasto plan de desenvolvimiento material y educacional del país y, a la vez, planteó una serie de medidas de fondo en orden a socializar el crédito a través de un Banco del Estado y en tal forma romper la dictadura de los bancos particulares; y a nacionalizar el salitre y los ferrocarriles, yugulando los intereses imperialistas.

Los elementos afectados por las ideas y actividades de Balmaceda y concretamente, por sus primeras medidas prácticas en correspondencia con ellas, reaccionaron en forma violenta, coaligándose en contra del gran Presidente y de su patriótica gestión. Se intensificó la oposición a su política agitando las banderas político-jurídicas de la libertad electoral, la eliminación del personalismo y omnipotencia presidencialistas y el establecimiento de un régimen parlamentario por ser más democrático en su origen y funcionamiento que el presidencial establecido en la Constitución de 1833. Conservadores, representantes de la clase terrateniente y de la iglesia católica (aún resentida en contra de Balmaceda por su participación decisiva en la dictación de las leyes laicas); liberales de diversos tonos ligados a Mr. North y a sus negocios; nacionales, expresión política de la oligarquía bancaria; radicales, doctrinarios del parlamentarismo y al mismo tiempo vinculados en calidad de abogados a los apetitos de Mr. North, se mancomunaron cerradamente a una implacable resistencia y oposición a la actitud de Balmaceda.

El nacionalismo de Balmaceda

En el año 1889 alcanzó su momento más dramático la pugna señalada y quedaron claramente delineadas las fuerzas en lucha. Los partidos históricos, (Conservador, Nacional, Radical y la mayor parte del Liberal) y Mr. Thomas North del lado de la reacción y de la contrarrevolución, Balmaceda respaldado por un reducido sector liberal y demócratas (pequeño partido popular fundado durante la administración, en los años 1887-89) del lado del progreso y de la verdadera revolución industrial propiciada por el gran Presidente.

Balmaceda viajó al norte del país y en Iquique, principal centro de la provincia de Tarapacá, pronunció un discurso famoso, en marzo de 1889. Enfrentó con franqueza el agudo problema salitrero y expuso con claridad su criterio nacionalista. Sus principales párrafos no dejan dudas al respecto: “La extracción y elaboración corresponden a la libre competencia de la industria misma; más la propiedad nacional es objeto de serias meditaciones y de estudios. La propiedad particular es casi toda de extranjeros y se concentra exclusivamente en individuos de una sola nacionalidad. Preferible seria que aquella propiedad fuese también de chilenos... La próxima enajenación de una parte de la propiedad salitrera del Estado abrirá nuevos horizontes al capital chileno si se modifican las condiciones en que gira y se corrigen las preocupaciones que le retraen. La aplicación del capital chileno en aquella industria producirá para nosotros los beneficios de la exportación de nuestra propia riqueza y la regularidad de la producción, sin los peligros de un posible monopolio... El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantir la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean estos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos. El Estado habrá de conservar la propiedad salitrera suficiente para resguardar, con su influencia, la producción y su venta, y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá. Es oportuno marcar el rumbo, y, por lo mismo, señalo en los perfeccionamientos de la elaboración, en el abaratamiento de los acarreos, en los embarques fáciles y expeditos, en la disminución de los fletes y del seguro de mar y principalmente en el ensanchamiento de los mercados y

de los consumos, los provechos que la codicia y el egoísmo pretendiesen obtener del monopolio. Es este un sistema condenado por la moral y por la experiencia, pues en el régimen económico de las naciones modernas está probado y demostrado que sólo la libertad del trabajo alumbra y vivifica la industria... En el orden de las ideas enunciadas, la viabilidad pública es aquí una grave cuestión de localidad. Juzgo que la cuestión de los ferrocarriles debe resolverse equitativamente, sin lastimar intereses particulares legítimos, ni ofender la conveniencia y los derechos del Estado. Espero que en época próxima todos los ferrocarriles de Tarapacá serán propiedad nacional; aspiro, señores, a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio. Los ferrocarriles de particulares consultan necesariamente el interés particular, así como los ferrocarriles del Estado consultan, antes que todo, los intereses de la comunidad, tarifas bajas y alentadoras de la industria, fomentadoras del valor de la propiedad misma..."

En seguida agregaba: "debemos invertir el excedente de la renta sobre los gastos en obras reproductivas para que en el momento en que el salitre se agote o menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado, la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza".

En este discurso Balmaceda censuraba el monopolio de la industria salitrera y de los ferrocarriles y en cambio exponía una actitud tendiente al control, como primera etapa, para llegar hasta la nacionalización. El gran Presidente mantuvo siempre sus ideas y tomó varias resoluciones en concordancia con ellas. En su Mensaje a las Cámaras, del 1° de junio de 1889, insistía: "Es verdad que no debemos cerrar la puerta a la libre concurrencia y producción del salitre de Tarapacá, pero tampoco debemos consentir que aquella vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera. No podría desconocerse el hecho muy grave y real de que la singularidad de la industria, la manera cómo se ha producido la constitución de la propiedad salitrera, la absorción del pequeño capital por el capital extranjero, y hasta la índole de las razas que se disputan el imperio de aquella vastísima y fecunda explotación, imponen una legislación especial, basada en la naturaleza de las cosas y en las necesidades especiales de nuestra existencia económica e industrial".

Mientras Balmaceda pronunciaba su discurso, Thomas North viajaba a Chile con el propósito de recorrer sus posesiones y adquirir las reservas salitrales del Fisco chileno. Balmaceda rechazó todas las ofertas del magnate inglés. A partir de ese instante, este se dedicó a estrechar sus contactos con los políticos enemigos del Presidente. Thomas North y los salitreros ingleses son defendidos por "influyentes y bien rentados abogados", con poderosas relaciones sociales y políticas. Sus cuantiosos intereses, en gran parte, contrarios a los del país, son cautelados por los principales dirigentes de los partidos oposicionistas a Balmaceda. Se ha probado documentalmente la exactitud de las acusaciones de los adeptos al Presidente Balmaceda en orden a que los principales líderes de la oposición estaban al servicio rentado de los magnates salitreros y ferroviarios y de Mr. North. Por ejemplo, los personeros liberales Julio Zegers y Eulogio Altamirano. El primero era abogado de los ferrocarriles salitreros de Tarapacá; y el segundo, era abogado de la casa Gibbs, dueña de las grandes empresas salitreras. El más distinguido orador radical y gran parlamentario, Enrique Mac-Iver, era abogado de Mr. North y hacía valer su calidad de congresal en sus asuntos en favor de su cliente. El más violento jefe conservador, y enconado enemigo de Balmaceda, Carlos Walker Martínez, era abogado de numerosos capitalistas salitreros y representante de empresas inglesas. Se produce, pues, una extraña y desconcertante coincidencia: los grandes líderes de la oposición política a Balmaceda prestan sus servicios profesionales remunerados a los consorcios ingleses contra los cuales lucha el Presidente. Por otra parte, aquellos personajes eran, también, los jefes de los partidos defensores de los intereses económico-sociales

afectados por la política del gobierno. En seguida fueron los organizadores y conductores de la insurrección que sumió al país en su más sangrienta guerra civil (en ella murieron más de 10.000 personas y se causaron daños materiales por más de 100 millones de pesos de 16 peniques). La victoria significó la instauración del régimen parlamentario de nefastas consecuencias en el desenvolvimiento de Chile.

La guerra civil

Sin duda fue de cierta importancia el factor político en el desencadenamiento de la guerra civil; efectivamente existía en el seno de la minoría culta la creencia en la superioridad del régimen parlamentario frente al autoritarismo presidencialista, pero no es el único fundamental como pretenden los historiadores anti-balmacedistas anhelosos de justificar la absurda guerra civil y de ocultar la participación decisiva, y desdorosa para los congresistas, del capital internacional con su fuerte ayuda financiera directa, en los preparativos de la insurrección y en el control de la prensa, y, a continuación, su fuerte presión material y diplomática en el curso de la contienda.

La aristocracia veía en el sistema parlamentario el medio propicio para imponer su predominio y avasallar al Ejecutivo fuerte, eliminando el presidencialismo. Con este régimen, personalidades recias y batalladoras como las de Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda, contenían a la oligarquía, cercenaban sus privilegios y abrían camino a las nuevas fuerzas sociales. El autoritarismo presidencial al servicio del progreso nacional, les hería en lo hondo de su poder, influencia y prejuicios. Balmaceda aspiraba de acuerdo con sus antecedentes liberales, a un régimen político parlamentario, a base de un equilibrio justo entre los poderes ejecutivo y legislativo, y sostenido en partidos organizados y disciplinados. Cuando se encontró en la imposibilidad de conseguir la unidad de “la familia liberal” y la disciplina de los partidos políticos, entró a defender con firmeza las prerrogativas del Ejecutivo, según las disposiciones de la Constitución de 1833, en vigencia, y abogó francamente por el sistema presidencialista de gobierno.

El contenido de la oposición a Balmaceda, y fundamento político de la insurrección de 1891, lo definió con su habitual elocuencia Enrique Mac-Iver al explicar el voto de censura de la Cámara de Diputados al Ministerio Sanfuentes, organizado en junio de 1890. En sus párrafos más precisos manifestó: “El poder electoral del Presidente de la República, el personalismo presidencial, pesan como una montaña sobre los hombros del país. Contra el Presidente elector, contra el Presidente acaparador de la actividad social, contra el Presidente jefe de círculos, se sublevan las convicciones, el honor, el decoro y hasta el orgullo nacional. Ya basta; una nueva generación entra al gobierno, que quiere mandatarios y no amos, verdad y no fraudes, justicia y no mercedes, que quiere derecho de elegir para el país y gobierno del pueblo por el pueblo y que lo tendrá”.

Sin embargo, en el fondo de aquella bandera ideológica, se ocultaban causas más hondas y determinantes: el ataque enconado a la actitud de Balmaceda de rechazo absoluto a la gestión de la plutocracia nacional y del capitalismo internacional, fuertemente aliados en vista a tomar el control del gobierno; las maniobras de North y de los magnates ingleses para romper la altiva defensa de las riquezas del país de parte de Balmaceda, y desprestigiar su intento de nacionalización de la industria salitrera y los ferrocarriles; la oposición violenta de los sectores latifundistas, bancarios y grandes comerciantes a los insistentes proyectos destinados a poner término a la desvalorización monetaria que beneficiaba a los propietarios de fundos hipotecados, a los exportadores y a los consorcios extranjeros, y

a su política crediticia orientada a crear un Banco del Estado e impedir las especulaciones usurarias de los bancos particulares.

Por otro lado, son innumerables los testimonios acerca del papel de North como instigador del movimiento insurreccional. En sus informes al Departamento de Estado, el Ministro de los Estados Unidos, Mr. Patrick Egan, comenta que las casas inglesas contribuyeron al financiamiento de la insurrección y sus jefes han reconocido en forma franca el aporte de la suma de 100.000 libras esterlinas por Thomas North.

Dentro del país los congresistas contaron con el apoyo de la Marina de Guerra y por su intermedio se apoderaron de la región salitrera, clave de la lucha. Con el dinero de North y de los industriales ingleses adquirieron armas y reclutaron un numeroso ejército, ofreciendo a los obreros del salitre $ 2 diarios durante la campaña y amenazándoles que serían despedidos y nunca más tendrían ocupación si no se unían a ellos. El ejército lo organizó, según nuevas tácticas, y con armamento modernísimo, el oficial prusiano Emilio Korner, quien abandonó el gobierno presionado por los intereses salitreros y comerciales alemanes, contrarios también a Balmaceda.

El salitre es la clave de la revuelta. La región donde se producía fue la sede del levantamiento y de la Junta Revolucionaria dirigente; sus rentas más la ayuda exterior del imperialismo inglés permitieron el financiamiento de la campaña de ocho meses (enero-septiembre de 1891), y a sus trabajadores se les transformó en soldados “constitucionales”, mientras obreros bolivianos los reemplazaban temporalmente en las faenas. Un telegrama de Isidoro Errázuriz, máximo orador liberal y connotado jefe de la rebelión, enviado al representante de la Junta en el Perú, el 30 de abril de 1801 es altamente esclarecedor. Dice: “Ocupamos a Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama con una renta de 33 millones contra 17 para el resto del país; con 13 millones de libras esterlinas de capital extranjero contra 800 mil en el resto; con 60 millones de comercio y 60 mil residentes extranjeros”.

En el sangriento conflicto el pueblo no participó. NI Balmaceda ni los insurrectos tuvieron un respaldo popular, porque las masas no entendieron el significado de la insurrección ni comprendieron la gran obra de Balmaceda a pesar de estar a su servicio. Los ejércitos de uno y otro bando en lucha se formaron con obreros y campesinos. El pueblo demostró una indolencia e indiferencia completas.

Balmaceda afrontó casi solitario la trascendental crisis, con la única adhesión del ejército regular, el cual luchó valerosamente, pero sin jefes de calidad. Talvez el error de Balmaceda consistió en no formar un partido popular democrático abriéndole los ojos al pueblo sobre su responsabilidad en la obra emprendida; señalándole con franqueza quiénes eran sus enemigos, sus explotadores, y cuáles sus verdaderos servidores. Debió formular un claro programa político de defensa del patrimonio nacional, indicando al país entero el peligro que lo amenazaba. No desenmascaró el plan de ataque de la reacción, sus apetitos e intereses de clase ocultos tras la bandera de la “libertad electoral” y el parlamentarismo. No planteó su pugna con el Congreso y los elementos foráneos en el seno de las masas. Por eso quedó aislado, sin apoyo popular.

Las fuerzas militares congresistas, conducidas por Korner y sostenidas por la escuadra ganaron las batallas de Concón y Placilla, y la guerra civil.

El testamento político

Balmaceda escribió poco antes de suicidarse una carta a sus amigos y colaboradores Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinoza, conocida como su "Testamento Político". En sus páginas junto con vindicar su actitud y su obra, enumera los males que el nuevo sistema parlamentario acarreará a sus defensores y al país. Su trozo más emotivo expresa: "El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. O el estudio, el convencimiento y el patriotismo abren camino razonable y tranquilo a la reforma y a la organización del gobierno representativo, o nuevos disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos, y que mantienen la unión para el afianzamiento del triunfo, pero que al fin concluirán por dividirse y chocarse. Estas eventualidades están, más que en la índole y en el espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en la fuerza de las cosas. Este es el destino de Chile, y ojalá las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente, induzcan a la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo gobierno, seria y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente la vida y el funcionamiento de los Poderes Públicos y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República. No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir. Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempos no lejanos, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado por sobre todas las cosas de la vida".

Así desapareció el más grande y visionario de los presidentes de Chile. Sus afirmaciones relacionadas con los trastornos ineludibles del parlamentarismo, tal como lo entendían los vencedores, resultaron de una exactitud impresionante. El sistema parlamentario que funcionó en Chile desde 1891 a 1925, introdujo la más absurda y estéril anarquía política, con una irresponsable rotativa ministerial y en el seno del Congreso desató una charlatanería bizantina. Las obras se paralizaron reemplazadas por los interminables y vacíos discursos. Se produjo la detención del avance económico del país, porque la oligarquía plutocrática dueña del Parlamento recurre al cómodo y suicida expediente de entregar todas las materias primas, el comercio de importación y de exportación, parte de la banca y los medios de comunicación a los consorcios imperialistas como procedimiento normal de financiar los servicios elementales del Estado y vegetar en medio del derroche de unos pocos pudientes y de la miseria de las mayorías nacionales. La nación en su conjunto quedó sumergida en el atraso, el analfabetismo, las enfermedades y la servidumbre.

En el enfoque de los problemas económicos nacionales y en el intento de resolverlos, Balmaceda se adelantó medio siglo. Fue incomprendido en su inmensa empresa; a menudo luchó solitario y, finalmente, cayó vencido. Durante algún tiempo sus enemigos lograron desfigurar su personalidad y su obra en una avalancha de falsas acusaciones, pero el pueblo, despierto de su pasividad, los intelectuales, los maestros, en una palabra, las fuerzas creadoras del país, lo reivindicaron colocando su nombre glorioso, su figura romántica, en el sitio más alto y venerado de su afecto y de su admiración. Y hoy día, cuando Chile afronta su más dramática crisis y se generaliza hasta hacerse unánime, el acuerdo de la necesidad urgente de una reforma estructural para desatar las energías renovadoras de la nación, el recuerdo y el ejemplo de Balmaceda vuelven a señalar el camino y la decisión de emprenderlo a cualquier precio y venciendo todos los obstáculos.

Esquema de las Contradicciones Económicas y Sociales de América Latina

ARAUCO N°34 noviembre 1962

1. Al lograr su independencia política, América Latina pasó a ser una fuente de productos agrícolas y proveedora de materias primas de los países industriales. Su estructura económico-social quedó deformada. No se eliminó el semifeudalismo colonial. Por el contrario, sobrevivió y ha frenado el progreso al concentrar las tierras agrícolas en manos de una reducida capa de latifundistas, quienes las cultivan en parte y con métodos primitivos. Una clase de terratenientes goza de enormes fortunas y elevadas formas de vida y es dueña de los gobiernos o, por lo menos, posee una influencia decisiva en ellos. Bajo su férula despiadada sobreviven grandes masas campesinas en condiciones subhumanas.

2. Durante la República se produce una débil industrialización y se constituye una burguesía nativa que no alcanza un desarrollo apreciable. El capitalismo moderno se introduce paralelamente a la penetración del capital extranjero. En esta forma, los inversionistas extranjeros usurparon a la burguesía nativa latinoamericana su papel histórico y, a la vez, injertaron una nueva deformación al transformarla en factoría de sus monopolios capitalistas.

La alianza de la oligarquía nativa, terratenientes y burgueses, con el capital extranjero dio vida a un sistema de gobierno y a un tipo de Estado que afirmaron el semifeudalismo en el campo y transformaron a cada país en semicolonia de los consorcios imperialistas.

3. El desarrollo capitalista logra mayor intensidad en las grandes ciudades y en los centros mineros, con lo cual se ensancha el abismo existente entre las ciudades modernas y el campo primitivo. Sobre una agricultura atrasada y frente a una explotación imperialista intensa, la burguesía nacional fuerza la industrialización descargando el peso de la inflación general y del crecimiento de los gastos de vida, sobre los sectores obreros.

4. Las causas profundas de la crisis actual de América Latina, radican en las contradicciones sociales heredadas de la Colonia, en la monocultura de sus economías, en su industrialización inadecuada, sin plan, y en la expoliación imperialista.

a. Mientras la producción de América Latina se encuentra estancada, o disminuye, su crecimiento demográfico es uno de los más elevados del mundo, con un 3% anual más o menos. Según datos de la FAO, dos tercios de la población (120 o 130 millones) viven en estado crónico de desnutrición. El economista agrícola francés Rene Dumont, (en un ensayo publicado en “POLITICA", de Caracas), suministra datos terribles acerca del rezago de la agricultura latinoamericana y sobre la miseria degradante de las masas campesinas. En Brasil es tan vasta y profunda como en China antes de la revolución, o en la India, y es peor que en África. Anota Dumont: “sobre un suelo más pobre, pero que todavía le pertenece, el trabajador negro de África tropical, produce a veces menos, pero guarda todo para si lo que le da un nivel de vida superior. Y dado el proceso de liberación que existe en África, la última forma de colonialismo, el peor, el colonialismo interno, el de una minoría sobre la mayoría en su propio país, permanecerá sólo en América Latina, aunque, evidentemente, no por mucho tiempo”.

La agricultura latinoamericana es primitiva y de bajísima productividad, porque “los dominios son tan grandes, que sus dueños se contentan con un bajo rendimiento que cubra sus necesidades y no les demande esfuerzos directivos”. El atraso y la miseria de las masas campesinas son inauditos, porque en

las sociedades latinoamericanas de grandes terratenientes “uno de los mayores obstáculos que encuentra el peón en su lucha por prosperar y contra el hambre, es el de la estructura social existente”.

Según el III Censo Nacional Agrícola Ganadero de Chile, la superficie agrícola de 21.637.060 hectáreas se reparte entre 151.082 propiedades, y de ellas 6.326 explotaciones poseen 16.804.792 hectáreas, entre las cuales se cuentan 2.933.293 hectáreas de las 5.543.380 hectáreas de tierra arable. O sea, el 4.1% de las explotaciones posee el 77.6% del total de la superficie agrícola y el 52.9% de las tierras arables.

b. América Latina depende fundamentalmente de la exportación de materias primas y de productos agrícolas, y de los precios que rigen para ellos en el mercado internacional. Y cada país depende de uno o dos productos, cuyos precios disminuyen, por lo cual las condiciones de intercambio van en perjuicio cada vez mayor de las economías latinoamericanas. A raíz de tan sombría realidad cada día se ahonda el abismo que separa a los países industriales de los países productores de materias primas; y la capitalización de las naciones industrializadas continúa haciéndose a expensas de los pueblos subdesarrollados, porque los precios de sus materias primas son distorsionados por los países industriales mediante diversos arbitrios dirigidos todos a “obtener las materias primas foráneas al más bajo precio posible”. (Informe Palley, 1952, en “Resources for freedom").

Aportes por cada 100 dólares exportados

Pais	Producto	Aporte
Argentina	carne, trigo	41
Bolivia	estaño	56
Brasil	café, cacao	71
Colombia	café, petróleo	91
Chile	cobre, salitre	85
Ecuador	bananos, café	55
Perú	algodón, azúcar	37
Uruguay	carnes, lana	57
Venezuela	petróleo	92
Costa Rica	bananos, café	89
Cuba	azúcar	78
El Salvador	algodón, café	90
Guatemala	bananos, café	86
Haití	café	62
Honduras	bananos, café	76
México	algodón, café	38

Nicaragua	algodón, café	78
Panamá	bananos	73
Rep. Dominicana	azúcar, café	66

Fuente... CEPAL... Valores FOB... Promedios 1956-58.

En el caso de Chile, el cobre produce más del 70% de las divisas del país. En 1956 alcanzo un precio de 54 centavos la libra; en 1957 bajó a 23 centavos significando una menor entrada de 60 millones de dólares para la débil economía chilena.

c. A pesar de su relativo avance industrial, en América Latina la industria progresa con mucha lentitud, La mayor parte de la población activa se ocupa en la agricultura, que emplea el 51.7% de la fuerza de trabajo: la industria, el 18.4%; y el comercio y servicios, el 27.6%.

Tanto la oligarquía terrateniente como la burguesía industrial son despilfarradoras, gastando sus grandes entradas con fines improductivos. Además, el sistema de tributos en los países del continente, favorece a los grupos de altos ingresos, en especial a los latifundistas, cuyas tierras y ganancias no pagan impuestos, conformando una irritante injusticia más a costa de las clases trabajadoras agobiadas, también, por los impuestos indirectos.

En Chile, según los estudios de los ingenieros comerciales Helio Varela y Roberto Jadue, “una décima parte recibe la mitad de la renta nacional”. Según H. Varela, el 9.5% de la población, la clase patronal empresaria recibe el 46.4% del ingreso nacional real; y el 90.5%, proletariado y clase media, percibe el 53.6% del ingreso. De acuerdo con un estudio de R. Jadue, el 12.5% de la población recibe el 48.1% de la renta.

d. Para aumentar la tasa de inversión, requisito esencial en el desarrollo económico, se hace perentorio obligar a la clase pudiente, a la plutocracia terrateniente e industrial, a sacrificar sus altas rentas en beneficio de la colectividad, a eliminar sus gastos suntuarios escandalosos, invirtiéndolas en nuevas obras reproductivas. Al lado del incremento de la inversión de medios propios, camino legítimo y sano, existe el recurso de conseguir préstamos extranjeros y estimular la inversión privada extranjera. Los empréstitos conseguidos en buenas condiciones y bien invertidos en actividades productivas, permiten su cancelación y el pago de sus intereses correspondientes, sin provocar trastornos, y ayudan en forma eficaz al desenvolvimiento del país. La inversión privada ajustada a los intereses y a las leyes de la nación, dejando un porcentaje conveniente de sus utilidades en el país, es también, beneficiosa. Pero las clases plutocráticas recurren a los empréstitos extranjeros no para atender a las necesidades reales del desarrollo de sus países sino, fundamentalmente, para eximirse de su responsabilidad económica, para no colocarse tributos ni morigerar su tren de derroches. Los obtienen en condiciones leoninas y los malgastan en cubrir déficits presupuestarios, dedicando porciones ínfimas a la inversión reproductiva. De esta suerte, agregan una nueva y terrible lacra, la del endeudamiento sistemático de sus países, remachando su atraso y su servidumbre.

En cuanto a la inversión directa extranjera del tipo "factoría”, como expresa el economista Alberto Baltra, "no se aviene con la etapa del esfuerzo industrializador en que están empeñados los pueblos de América Latina. La inversión privada extranjera, de cuño colonialista, no beneficia sino que perjudica".

e. La enajenación de sus materias primas al capital imperialista y el endeudamiento someten a las naciones latinoamericanas al control foráneo. Las transforman en semi-colonias y factorías de los monopolios e instituciones bancarias imperialistas. La política de las oligarquías latinoamericanas radica en obtener ayuda de los Estados Unidos aunque ella suponga endeudar sus países, agravar su situación económica y perder su soberanía política. A su vez, Estados Unidos con la relativa ayuda prestada disimula la absorción y pillaje de los pueblos del continente y, por lo tanto, la exagera presentándola como una acción generosa, sin beneficios, muy onerosa para sus contribuyentes y capitalistas. Sin embargo la realidad es completamente opuesta.

Los países latinoamericanos no obstante clamar y solicitar capitales yanquis, los exportan en grandes cantidades hacia los Estados Unidos, en forma de amortizaciones, intereses y utilidades de sus inversiones y préstamos. El Departamento de Comercio del gobierno norteamericano estableció que las utilidades logradas por sus inversionistas en América Latina alcanzaron un promedio de 13% de utilidad respecto del capital invertido, en circunstancias de ser la utilidad media, en inversiones del mismo tipo en los Estados Unidos, del orden del 4 al 4.5%.

Según datos de la CEPAL sobre balanza de pagos, Chile, entre los años 1944 a 1956, recibió recursos externos por la suma de 793 millones de dólares, y en el mismo período pagó por conceptos de amortizaciones e intereses la suma de 1.345 millones de dólares, O sea. Chile, exportó a los Estados Unidos, en aquel periodo 561 millones de dólares.

5. Los antecedentes y datos suministrados demuestran los defectos y taras del desarrollo económico y social de América Latina y dejan en descubierto el egoísmo de las clases de altos ingresos, el implacable utilitarismo mercantil de las empresas capitalistas extranjeras y la total carencia de espíritu nacional de los terratenientes y de los monopolios industriales de sus países. En esta realidad reside la explicación de que América Latina, según la CEPAL, posea la más baja tasa de desarrollo económico del occidente, un 1% al año “per cápita”, en un ingreso promedio de apenas 270 dólares por año. En Chile alcanza a 310 dólares por año.

Al mismo tiempo pueda en descubierto la insuficiencia del aparato institucional, resultado de la acción de gobiernos meramente políticos, con un gran sentido demagógico y exhibicionista, carentes de una visión de largo alcance, de sentido planificador y técnico y de un sentido verdaderamente nacional.

Para desarrollarse América Latina necesita una tasa de inversión alta. De acuerdo con la CEPAL, la inversión media del continente y de Chile ha sido la siguiente:

	1945	1950	1955	1956	1957
América Latina	13.3%	16.6%	17.3%	17.7%.	19.1%
Chile	7.6%	9 %	10.2%	8.5%.	7.5%

Sin lugar a dudas la economía chilena está empobreciéndose, descapitalizándose, de tal suerte que su capacidad productiva en vez de aumentar, retrocede. Por otro lado, acusa una fuerte inferioridad respecto del índice medio de América Latina, y dentro del de sus países vecinos, como Argentina, Bolivia y Perú. Estas, en 1957, alcanzaron una tasa de inversión tres veces superior a la de Chile.

Mantenerse en su situación actual, a Chile le significa una tasa de inversión promedio de 10.5% anual, lo cual, en la práctica, es un retroceso con respecto a la urgencia de avance y de progreso, y una injusticia

sobre las clases populares, obligadas a sostener sus mismas condiciones de vida, misérrimas y degradantes. Y sin embargo, la tasa de inversión real es inferior a aquel mínimo. En el desarrollo del país es ineludible una tasa de inversión más alta, es decir, sobrepasar muy lejos aquel 10.5%, como única manera de abrir grandes y permanentes posibilidades de avance, trabajo y bienestar, eliminándose la cesantía y la pobreza, y mejorando de manera real las condiciones de vida del pueblo.

6. La consolidación de los privilegios de las oligarquías terratenientes y burguesas, a costa de la expoliación de las multitudes laboriosas, se ha traducido en el aumento hipertrófico de la administración pública, con el fin de absorber los sectores medios, y de las fuerzas armadas, para mantener el orden interno, engendrándose un artificial militarismo. En algunos países latinoamericanos el peso social y político del militarismo es agobiador. El estadista colombiano, de tendencia liberal, Eduardo Santos, con respecto a dicho fenómeno, anota que "estaríamos creando ejércitos insignificantes en la vida internacional, pero aplastantes en la vida interna de cada país. Cada país está siendo ocupado por su propio ejército". La vigencia de los acuerdos continentales, (Acta de Chapultepec, que creó la garantía colectiva en América, lo cual impide la guerra) y el desarrollo de los armamentos atómicos, hace inútiles los costosos ejércitos y el armamentismo de los países latinoamericanos. De tal suerte se transforman en agrupaciones políticas armadas y en factores de anarquía, como se ha podido ver, recientemente, en Argentina y en Perú.

7. La atrasada estructura económica y social de América Latina se traduce en la existencia de bajísimos niveles educacionales. Según la UNESCO hay 70 millones de analfabetos, y otro elevadísimo porcentaje de semi-analfabetos.

La estructura educacional latinoamericana es anticuada, mal orientada, por estar calcada de países con un alto grado de desarrollo y con aspiraciones y necesidades distintas a las nuestras (Francia, Alemania, Estados Unidos, etc.). La educación aquí se encuentra divorciada de la realidad nacional, de la idiosincrasia de su pueblo, y, únicamente, sirve a los reducidos sectores pudientes. Una inmensa masa de niños en edad escolar no concurre a la escuela; y de los asistentes, la mitad la abandona en el tercer año de escuela primaria. Apenas un 18 a 20% de ingresados al primer año llega al 6° año. El problema de deserción escolar es tanto o más grave que el del analfabetismo.

La enseñanza latinoamericana es profundamente clasista, no contempla las nuevas realidades sociales ni las necesidades nacionales; en ningún caso refleja las sentidas aspiraciones de sus pueblos. Casi no existe la educación técnica y profesional, y el subdesarrollo científico es alarmante, por lo cual es completa la ausencia de investigaciones y de inventores.

En Chile, la pirámide de la enseñanza primaria y media, reducida a porcentaje, ofrece este panorama:

Primer año	100%
Segundo	62 %
Tercero	50%
Cuarto	37%
Quinto	26%
Sexto	19%

Séptimo	16%
Octavo	11%
Noveno	7%
Décimo	6 %
Undécimo	4%
Duodécimo	3%

8. En cuanto a la acción por modificar la anticuada estructura económica, social, educacional y política de América Latina, por eliminar las condiciones de atraso y de miseria, en una palabra, por romper el subdesarrollo, es preciso dejar en claro que ni las clases poseedoras ni el sistema capitalista pueden lograr la resolución de aquellos hondos problemas.

Las clases poseedoras, apegadas a sus privilegios, se oponen a toda reforma y al avance de las masas, y como anota Paul A. Baran: “cada vez que tales presiones aumentan en intensidad, logran estrechar nuevamente la alianza de todos los elementos conservadores, que desacreditan toda tentativa de reforma, presentándola como un ataque a los fundamentos de la sociedad”. El intento de verificar un plan económico de desarrollo en el seno de esa realidad atrasada, injusta y opresiva es contraproducente, porque "la inyección de la planificación en una sociedad que vive el crepúsculo entre el feudalismo y el capitalismo no puede tener por resultado sino nuevas corrupciones, mayores y más astutas infracciones a la ley, y abusos más descarados de la autoridad”.

En una página luminosa, P. A. Baran explica la incapacidad histórica de las clases demo-burguesas y de su sistema capitalista, aun en su denominada base popular, para encarar y dar solución a los complejos asuntos de estos países atrasados y hambrientos. Dice así: "la posibilidad de solucionar los obstáculos económicos y políticos imperantes en los países subdesarrollados, sobre la base de un capitalismo progresista, desapareció totalmente. Aliándose con otros sectores de la clase dirigente, las clases medias capitalistas abandonaron todas las actitudes progresistas en los asuntos agrarios. Temerosas de que un conflicto con la iglesia y con los militares pudiese debilitar la autoridad política del gobierno, las clases medias se retiraron de todas las corrientes liberales y pacifistas. Temerosos de que la posibilidad hacia los intereses extranjeros pudiese privarlos del apoyo extranjero en el caso de una emergencia revolucionaria, los capitalistas nativos abandonaron las antiguas plataformas antimperialistas y nacionalistas. El primitivo fracaso de las clases medias para proporcionar inspiración y guía a las masas populares, empujó a estas masas al campo del socialismo. El crecimiento del socialismo obligó a las clases medias a pactar una alianza con la reacción aristocrática y monopolista. Esta alianza, estrechada por un común interés y por un temor común, empujó a las fuerzas populistas aún más adelante por el camino del socialismo y de la revolución". De aquí la urgencia de un cambio político radical, según Paul A. Baran, “para que los países atrasados puedan entrar a la senda del crecimiento económico y del progreso social, la estructura política de su existencia debe ser drásticamente reajustada. La alianza entre los señores feudales, los barones industriales y las clases medias capitalistas debe ser quebrada. Los mantenedores del pasado no pueden ser los constructores del futuro".

En América Latina no existe "burguesía progresista”. La burguesía no se opuso ni se opone al mantenimiento del latifundio y del gobierno de los terratenientes, (se limitó a aliarse con ellos); no se

opuso ni se opone a la acción neocolonialista del capital imperialista, por cuanto busca resolver los problemas económicos, exclusivamente, con los empréstitos e inversiones privadas del extranjero, por falta de las acumulaciones internas, tanto a causa del derroche y gastos suntuarios de las clases privilegiadas como por la intensa expoliación de los consorcios internacionales, los cuales saquean nuestros países.

9. En la acción por transformar el sistema semifeudal y semicolonial imperante en América Latina, origen del atraso y miseria reinantes, el proletariado que surge y extiende su lucha de ciases, es llamado a orientar la empresa eficaz para derribar los soportes del régimen y establecer una nueva sociedad democrática y progresista. Por una equivocada actitud no se esforzó en obtener su aliado natural y decisivo en las explotadas masas campesinas. Durante un largo período se dedicó a concertar alianzas políticas con las ciases medias de las ciudades, de donde proviene la burguesía, en combinaciones democráticas, frentes populares y frentes de liberación nacional. Y aun algunos sectores proletarios persisten en tan errada e infecunda táctica.

En razón de la anterior perspectiva, la legislación social, el mejoramiento económico y las conquistas políticas logradas por el proletariado no se extendieron en beneficio del campesinado. Por otra parte, la equivocada actitud política del proletariado al ingresar a aquellas conjunciones de frentes populares, u otras similares, se tradujo en un fortalecimiento de la burguesía, y como ésta llegó al poder en compromiso con las clases tradicionales, (terratenientes, banqueros y comerciantes), y con el apoyo del capital extranjero imperialista, ha sido incapaz de abrir amplío cauce a las fuerzas productivas del país, de modernizarlo, de acuerdo con las nuevas necesidades y aspiraciones colectivas y de solucionar sus problemas. En este sentido, Cuba, con su amplia revolución, señaló con éxito la participación decisiva de los campesinos en el derrocamiento de la tiranía de Batista y de su oprobioso régimen de privilegios en favor de terratenientes, militares y monopolios imperialistas norteamericanos, suministrando una lección y un ejemplo trastornante para la verdadera forma de lucha social y política en América Latina.

10. La actual política popular en Chile impulsada, fundamentalmente, por el Partido Socialista, de FRENTE DE TRABAJADORES, sin nexos ni amarras con las clases medias burguesas y sus partidos corrompidos, tiende a corregir las erradas tácticas ya indicadas y a colocar la lucha por la transformación del país, en su verdadero terreno, conducida por el proletariado en alianza con los campesinos.

El éxito inicial de esta posición revolucionaria y, a la vez, democrática, se manifestó claramente en la campaña presidencial de 1958. Y desde entonces el proceso social y político demuestra un constante progreso de la táctica de Frente de Trabajadores.

El distinguido economista. Alberto Baltra, miembro del Partido Radical, (la agrupación política de los mayores sectores de clases medias burguesas, estrechamente ligado a los partidos tradicionales, órganos de la reacción nacional) ha visto con claridad la incapacidad de las clases poseedoras y de sus partidos políticos para romper la anticuada estructura económica y social del país. De paso, creemos que la tragedia personal de Alberto Baltra, como político, reside en su clarividencia social e ideológica, y en sus tendencias democráticas, con la posición conservadora y oportunista de su tienda política. En su libro “Crecimiento económico de América Latina", en una página brillante, escribe: "La Historia enseña que el progreso emerge desde abajo y que cada nueva etapa del desarrollo económico es obra de clases que, con tenacidad y firmeza, se levantan desde sus humildes orígenes hasta conquistar el poder político e imponer a la sociedad una nueva estructura. Por lo común, las clases ascendentes libran su lucha con la

alianza de los intelectuales y de la juventud que en general, no están psicológica ni económicamente comprometidos con el orden vigente y su correlativa escala de valores. La reforma jamás es obra de las clases que usufructúan del poder y la riqueza. La reforma es producto del esfuerzo de las clases ascensionales. Las clases que ya lograron sus propósitos se aferran al orden construido por ellas mismas, pues de éste obtienen las ventajas que persiguen en su dura lucha por el ascenso. El progreso no es fruto de la conformidad sino del descontento".

La burguesía y el capitalismo, a quienes anhelamos derrocar, en su tiempo criticaron y aniquilaron las instituciones del orden feudal, cerradas a reconocer las fuerzas del progreso representadas por la burguesía y el capitalismo. En el presente tratan de convertir en intocable y eterno su orden demo-capitalista, porque expresa sus intereses, y tratan de impedir el ascenso y triunfo de las clases trabajadoras "pero es inútil, desde los sótanos de la sociedad surgen las clases desposeídas que, junto con otros grupos desvinculados del statu quo, reinician la lucha por la reforma en el inextinguible deseo de progreso, bienestar y justicia, que anima a la Humanidad y que, en especial, agita y conmueve a todos los pueblos del inmenso e insatisfecho mundo subdesarrollado contemporáneo".

Problemas y contradicciones fundamentales en la crisis chilena

ARAUCO N°35 diciembre 1962

A pesar de su fisonomía política liberal, resultado de la vigencia de la Constitución de 1925 y de un innegable apego a las normas jurídicas en la vida cívica, Chile atraviesa por una gravísima crisis económica, social y espiritual. Sus formas de existencia relativamente adelantadas, sus conquistas jurídicas de diverso orden; su amplia legislación previsional y del trabajo; el apoliticismo de sus fuerzas armadas; sus prácticas ciudadanas de apego a la libre discusión y a los procedimientos democráticos; su poderosa minería del cobre; sus éxitos en la creación de algunas importantes ramas industriales (siderurgia, petróleo, textil y celulosa) y en la electrificación del país, llevan a muchos observadores a proclamar a Chile un país desigualmente desarrollado en vez de nación atrasada. Pero tal juicio no logra disimular las profundas contradicciones imperantes; subsistencia de profundos rezagos coloniales; predominio de privilegios desmesurados e irritantes; miseria y desamparo de sus mayorías laboriosas; primitivismo increíble en zonas, y en rubros, decisivas para el poderío y progreso del país; destrucción irracional y vandálica de sus recursos naturales por incapacidad e inercia; desperdicio de las fuerzas creadoras de enormes sectores de su población, de su juventud, de sus obreros y campesinos, de sus profesionales. La nación entera pareciere marchar a la deriva por carecer de rumbo y destino.

El catedrático y economista Alberto Baltra, en su excelente obra: "Crecimiento económico de América Latina", escribe con certeza: "El problema fundamental de la economía chilena no puede plantearse en términos estrictamente económicos. Este es un criterio estrecho y corto. Más que nada es, seguramente, un criterio interesado. El problema económico básico que afecta a Chile, se relaciona indisolublemente con la estructura social, cultural e institucional del país. Es verdad que los cambios en la estructura, por lo común, envuelven penosos sacrificios para las personas cuyos intereses están ligados a las instituciones en vigencia, pero el sacrificio de las minorías privilegiadas es el precio histórico que siempre han debido pagar los pueblos para abrirse camino hacia el progreso que buscan y conceder a las grandes masas populares el bienestar que exigen. Es la destrucción creadora, de que habla Joseph Schumpeter. Las sociedades no pueden crecer dentro de las viejas estructuras. Desde este punto de vista, el desarrollo económico es un proceso genuinamente revolucionario. No puede haber avance sin que cambien fundamentalmente la posesión del mando político y la distribución del ingreso nacional. Los

que, apegados a sus conveniencias y enceguecidos por la pasión lucrativa, se aferran, al actual orden negándose a oír las exigencias del progreso solo conseguirán, con su conducta insensata, añadir la violencia a la reforma. Es la lección de la Historia.

Es el dramático caso de Chile. Con su régimen democrático-burgués no ha podido resolver sus graves problemas y, por el contrario, las injusticias se ahondan; la miseria aumenta: el desarrollo se encuentra detenido; el descontento se vuelve general y un clamor violento en contra del sistema y de los privilegiados se extiende a los diversos sectores, crece, se torna amenazante...

I

Los problemas económico-sociales de Chile son los mismos de la América Latina y se derivan de su semifeudalismo agrario, de la monocultura de su economía, de la explotación imperialista y de su industrialización inadecuada. Desde fines de la segunda guerra mundial sus consecuencias nocivas se han profundizado. Según los economistas, a partir de 1950 el ritmo del desenvolvimiento económico chileno empezó a declinar peligrosamente. El gobierno de Gabriel González Videla se demostró ineficaz y no pudo impedir el marasmo. Las multitudes desencantadas de la politiquería estéril personificaron en la figura de Carlos Ibáñez del Campo, ex-dictador militar, caudillo “independiente”, sus ansias de justicia social y de seguridad económica, dándole una victoria espectacular en los comicios presidenciales de septiembre de 1952. Pero el gobierno del anciano y versátil "estadista independiente" siguió los mismos cauces del anterior y exhibió idéntica infecundidad. Frente al agravamiento de la crisis nacional, recurrió a los servicios de la misión de técnicos norteamericanos Klein-Saks, en 1956, para intentar con ella una reorganización y una nueva orientación del proceso nacional. Nuevo y rotundo fracaso. La política Klein-Saks impuesta al gobierno chileno por los Estados Unidos causó un mayor perjuicio al desenvolvimiento económico general del país. La CEPAL informó al respecto: “La situación económica en 1957 con relación al promedio anual 1953-55 sufrió las siguientes variaciones: el producto bruto por habitante bajó en 8.8%; el ingreso real por asalariado bajó en 19.8%: la inversión bruta bajó en un 24.2%; el índice de producción de vestuario bajó en un 9.4%: el índice de producción industrial bajó en un 4.1%; el índice de edificación bajó en un 55.2%. La proporción del sector asalariado en los gastos de consumo bajó en un 10.5%”.

El fracaso del gobierno de Ibáñez repercutió en una nueva dispersión política y permitió el triunfo de la postulación de Jorge Alessandri Rodríguez, en las elecciones presidenciales de septiembre de 1958, apoyado por todas las fuerzas capitalistas. Venció por un estrechísimo margen al candidato del Frente de Acción Popular, senador Salvador Allende.

El gobierno de Alessandri se propuso como meta y remedio a los males de Chile, instaurar un régimen liberal, extendiendo la “libre empresa”, y frenar ante todo la inflación. Tales medidas se imponían, al decir de los vencedores, por un verdadero estadista, independiente de los partidos políticos, conocedor de los problemas nacionales, empresario eficiente y laborioso, ciudadano austero. Su actividad y sus medidas serían el antídoto a los efectos dañinos del “socialismo de Estado”, implantado desde 1938 por las izquierdas demagógicas.

A partir de sus primeros actos el pretencioso gobierno de Alessandri evidenció una asombrosa y desconcertante improvisación, una absoluta carencia de plan y objetivos, sin energía y originalidad para enfrentar y resolver los tremendos problemas del país. Según los especialistas, la situación a fines de 1959, al cumplirse el primer año de su gobierno, “estaba alcanzando perfiles peligrosos como

consecuencia de la política gubernamental que puso todo el acento en la contención de la inflación y atacando sólo su aspecto monetario. La violenta contracción de la demanda que ello ocasionó, fue seguida por cesantía, distribución regresiva del ingreso, desaprovechamiento creciente de la capacidad instalada, descenso de la tasa de inversiones y mala orientación de los escasos proyectos de inversión, mal uso de las divisas, efervescencia social, etc. Tal orden de cosas, en último término, se debía a la aplicación gubernamental del esquema irrelevante del Fondo Monetario Internacional, que encontró en la mentalidad de la Derecha Económica el ambiente propicio para imponer su modelo de desarrollo "al estilo tradicional", es decir, aquel que llevaba el aporte exterior a la calidad de única panacea para el crecimiento y para salir del circulo en que se debaten los países subdesarrollados".

II

Ante la posición intransigente del gobierno de Alessandri de defensa de la "libre empresa" y de los empréstitos del extranjero, cabe preguntarse ¿es que el régimen liberal ortodoxo dio resultados fecundos en el desenvolvimiento del país, como para pensar en su restablecimiento, a manera de nuevo y eficaz remedio? No. Y, precisamente, los problemas económicos y sociales actuales son la secuela de ese sistema clasista, derrochador y estéril. En 1959 apareció una obra magistral sobre la evolución económica del país: "Chile, un caso de desarrollo frustrado" del economista y sociólogo Aníbal Pinto Santa Cruz, como una oportuna respuesta a las recetas liberales del gobierno. Realizada con gran seriedad científica y basada en una vastísima documentación, su autor señala dos conclusiones primordiales en su amplio examen: La verificación de que el desenvolvimiento chileno se llevó a cabo durante cerca de un siglo en las condiciones más favorables para que se hubieran cumplido las expectativas del credo clásico y liberal. El comercio exterior fue un resorte inestable, pero dinámico; no hubo interferencias oficiales de importancia en el mecanismo de las "fuerzas naturales" del mercado; la "paz y el orden" primaron Casi invariablemente; el ingreso se distribuyó con la suficiente desigualdad como para crear amplias posibilidades de ahorro en los pudientes; hubo una corriente importante y sostenida de capitales y créditos extranjeros, y sin embargo en el desarrollo económico no se lograron ni un aumento general de la productividad del sistema ni una diversificación apropiada de sus fuentes productivas. Es este un hecho principal, "sobre todo cuando en la actualidad, olvidando lo ocurrido, se presentan como panacea infalible una serie de circunstancias y requisitos que fueron precisamente los que primaron en el siglo de pre-crisis". 2. La "gran contradicción del desenvolvimiento chileno, que se viene planteando desde antiguo entre el ritmo deficiente de expansión de su economía y el desarrollo del sistema y la sociedad democráticas. La contradicción apuntada se agrava y quizás se aproxime a un punto de ruptura. El desequilibrio tendrá que romperse o con una ampliación substancial de la capacidad productiva y un progreso en la distribución del producto social o por un ataque frontal franco contra las condiciones de vida democrática, que, en esencia, son incompatibles con una economía estancada".

Las afirmaciones de Aníbal Pinto con respecto a la evolución del país bajo el imperio del liberalismo ortodoxo adquirieron plena validez al enfocar la experiencia del gobierno de Alessandri. Su régimen de libre empresa se tradujo en una red de privilegios en favor de los clanes financieros-industriales ligados estrechamente a los consorcios extranjeros. A los cuatro años de gestión el desastre económico-social experimentado con su sistema libre-empresista administrado por gerentes y técnicos liberales, es de tal magnitud que Chile se encuentra al borde del colapso, apenas suspendido en medio del abismo de la peor crisis de su historia, por la frágil cuerda de los empréstitos extranjeros y de las promesas de la Alianza para el Progreso.

Chile, en este año de 1962, según lo establecido por el propio Presidente de la República, en su último Mensaje, posee un déficit por cubrir del Presupuesto, de 338 millones de escudos, (el escudo a la par con el dólar), cuando el ingreso total es de 860 millones de escudos. Es el déficit más grande en la historia del país y lo más grave: tiende a empeorar; cada año el déficit aumenta con respecto al anterior.

El senador Eduardo Frei, líder de la democracia cristiana, en un vigoroso discurso analizando el Mensaje Presidencial del 21 de mayo de 1962, en relación con el endeudamiento del país por la actual administración, dio datos aterradores. El año 1952, al iniciarse el gobierno de Ibáñez, la deuda pública ascendía a 310.000.000 de dólares. A su término, en 1958, llegaba a 392.400.000 dólares. Hubo un aumento de 82.400.000 dólares. Al 31 de diciembre de 1961, en tres años de régimen alessandrista, llegó a 787.700.000, es decir, creció en 395.300.000 dólares. Con los créditos ya contratados, llegará al 31 de diciembre de 1962, a una suma no inferior a 1.000 millones de dólares. Al término de su administración tendremos una deuda de 1.500 millones de dólares, o sea, en seis años la deuda exterior habrá aumentado en más de mil millones de dólares. Y en todo esto el terremoto influye sólo en poco más de 100 millones de dólares. Y no se ha incluido en las deudas señaladas 120.000.000 de dólares en deudas particulares con garantía del Estado. A tan lamentable panorama se agrega, el endeudamiento privado, hecho nuevo en la historia del país. Una política errónea empujó al sector privado a endeudarse con dólares. Esos compromisos se estiman en una suma aproximada a los 250.000.000 de dólares.

No obstante esta tremenda deuda el gobierno sigue esperanzado en nuevos empréstitos y en la ayuda externa a través de la Alianza para el Progreso.

III

Por otro lado, el gobierno hizo pomposas declaraciones en orden a mantener la estabilidad de la moneda, defendiendo el cambio de $ 1.053 por dólar. La desacertada gestión económica de sus cuatro años de gobierno culminó con una nueva devaluación. El dólar se cotiza, en el mercado libre a $ 2.000. Por la razón anterior el costo de la vida experimentó una violenta alza, cuyo nivel es todavía prematuro fijar. Pero el propio gobierno, obstinadamente reacio a reconocer el fenómeno inflacionario durante su mandato, se adelantó a presentar un proyecto de reajuste de rentas por un 15%, con la confesión de sus partidos de ser insuficiente para compensar el encarecimiento real. Lo tangible en este asunto: un nuevo y más grave deterioro en las ya precarias condiciones de vida de las masas asalariadas chilenas.

El gobierno clama desesperadamente por la ayuda prometida a través de la Alianza para el Progreso, y el intercambio de misiones y de personeros chilenos y norteamericanos con el objeto de hacerla realidad es, sencillamente torrencial. Pero no se concreta, porque el gobierno de Kennedy exige, previamente, Reforma Agraria y un Plan General de Desarrollo. Sus expertos desean conseguir la inversión efectiva de sus préstamos en obras reproductivas y no en cubrir los gastos ordinarios del Estado,

El gobierno de Alessandri en ningún momento ha intentado imponer medidas drásticas sobre los capitalistas nacionales y extranjeros, enderezadas a obtener recursos propios, según el economista Alberto Baltra, el ahorro total chileno, en los últimos años, ha sido del 10% del ingreso nacional; el ahorro de patrones y empresarios se estima en un 6% de ese ingreso. Si el ahorro de éstos se doblara, el coeficiente del ahorro total se elevaría a un 16% del ingreso, o sea, aumentaría en un 60% con respecto a la tasa actual: bastaría que las clases con altos ingresos incurrieran en moderados sacrificios de sus consumos excesivos para que la economía chilena mejorara sustancialmente la inversión y, por tanto,

apresurase el ritmo de su crecimiento sin sacrificar los consumos ya exiguos, de las clases con ingresos bajos y medianos.

La opinión de Baltra es también la del economista inglés Nicholas Kaldor, profesor de Cambridge, quien en 1956, a solicitud de la CEPAL, visitó Chile. Entregó un profundo análisis de su situación en el trabajo: “Problemas económicos de Chile”. Para Kaldor, el consumo suntuario de la clase propietaria chilena ‘‘absorbe una parte totalmente desproporcionada de los recursos nacionales”. De acuerdo con la forma en que la clase propietaria distribuye su ingreso bruto, utilidades, intereses y rentas —entre las diversas categorías de gastos, resulta que consume el 64%; ahorra el 21% y paga en impuestos, el 14.7%. La misma clase en Inglaterra, consume el 30.5%; ahorra el 27.4%, y paga en impuestos, el 42%. Si, en Chile, la clase patronal empresaria dedicase al consumo un porcentaje idéntico al de la británica, el coeficiente chileno de inversión aumentaría en más del doble. Concluye Kaldor: “las estimaciones anteriores vienen a contradecir, por lo tanto, el socorrido argumento de que es imposible financiar una tasa más acelerada de capitalización real en Chile sin contar con una gran ayuda económica del extranjero. De acuerdo con las estimaciones del ingreso nacional, sería posible doblar la tasa de inversión bruta en por ciento del producto nacional sin rebajar el nivel de vida de las masas”.

Con el egoísmo despiadado y la falta de patriotismo de las clases pudientes es imposible obtener recursos extraordinarios con el alto propósito de abrir las compuertas del desarrollo del país, al gobierno, por expresar sus intereses, no se allana a cercenar sus privilegios y despilfarros; tiende, entonces, su mano implorante, al gobierno norteamericano y al mismo tiempo, le promete a cambio de sus préstamos, una reforma agraria mistificadora, concebida como un nuevo y colosal negocio para los grandes propietarios de tierras, quienes se desprenderán de porciones de sus latifundios a cambio de suculentas indemnizaciones o venderán en forma abusiva sus predios; y presentándole un plan decenal de desarrollo económico que en nada herirá o modificará los intereses privados y anti-sociales.

Frente a la experiencia chilena el siguiente trozo del economista Paul A. Baran es de una irrefutable justeza: "El hecho crucial que determina que la realización de un programa de desarrollo sea ilusoria es la estructura política y social de los gobiernos que están en el poder. No se puede esperar que la alianza de clases propietarias que controla los destinos de la mayoría de los países subdesarrollados proyecte y ejecute una serie de medidas que vayan en contra de sus propios intereses inmediatos. Si con el propósito de apaciguar a un público inquieto se enuncian oficialmente planes de medidas progresistas, tales como la reforma agraria o una equitativa legislación tributaria, etc., su ejecución será intencionalmente saboteada. El gobierno, que representa un compromiso entre los intereses de los dueños de la tierra y los de los comerciantes, no puede suprimir la ineficiente administración de las propiedades raíces, y el consumo conspicuo por parte de la aristocracia no puede suprimir los abusos monopolistas, las especulaciones, las fugas de capitales y la vida extravagante de los hombres de negocios. No puede reducir o suprimir sus pródigas concesiones a las instituciones militares y policiales, más aún cuando estas instituciones constituyen su principal protección en contra de posibles levantamientos populares. Establecido para resguardar los derechos de propiedad y los privilegios existentes, el Gobierno no puede transformarse en el arquitecto de una política encaminada a destruir los privilegios que obstaculizan el progreso económico y a colocar la propiedad y las rentas de ellas derivadas, al servicio de la sociedad".

IV

Aunque Chile ha experimentado una "explosión demográfica", en razón de su alta tasa de crecimiento, superior al 2.5%, todavía su población es reducida frente a su gran extensión geográfica. Son 7.500.000 habitantes en 742.000 kilómetros cuadrados, con una densidad de 10 habitantes por Km.

Junto con el crecimiento demográfico se ha acentuado el proceso de urbanización, según queda de manifiesto en la siguiente estadística:

1920.	46.4	población	urbana;	53.6	población	rural
1930.	49.4	población	urbana;	50.6	población	rural
1940.	52.5	población	urbana;	47.5	población	rural
1952.	60.2	población	urbana;	39.8	población	rural

Entre 1940 y 1952 la población rural creció apenas un 3%, en cambio la urbana alcanzó un 42%. Y el aumento global de la población del país, en el período de 1940-1952 correspondió a una variación de 23.2%. La proporción de la población que vive en ciudades de más de 20.000 habitantes aumentó de 28%, en 1940, a 40%, en 1950. Entre 1952 y 1960 aumentó en 1.408.000 personas, un 23.2%, alcanzando a 7.341.000 habitantes. La población activa suma 2.800.000, de la cual un 39% se dedica a la agricultura y pesca y un 15% a la industria. La renta media per cápita se estima en 325 dólares.

En general, la población es escasa y se encuentra estratificada en clases sociales marcadamente separadas, donde alternan formas de sociedad colonial, precapitalistas, con formas propias de la estructura capitalista. En cuanto a su infraestructura, Chile presenta un acusado subdesarrollo económico, social, educacional y técnico. Dentro de este cuadro negativo se podría destacar como rasgo favorable el hecho de encontrarse en el momento de tránsito de una economía de tipo agrario, bajo el predominio del latifundio, a una economía de tipo industrial.

El avance industrial de Chile ha sido muy lento. En 1895 existían 2.248 establecimientos industriales con 42.747 operarios; en 1911, se clasificaron 5.270 establecimientos industriales, con un capital de 420.300.000 pesos de la época. La composición de la fuerza de trabajo era: hombres, 49.000, (69%); mujeres, 16.500 (23.2%); y niños, 5.500. (7.8%). Un total de 71.000 trabajadores. En 1920, año de gran efervescencia social, se registraron 8.000 establecimientos industriales, con 80.549 obreros. En 25 años aunque se cuadruplicó el número de establecimientos, apenas se dobló el número de trabajadores, porque el carácter de aquéllos era predominantemente artesanal, pero a partir de 1939, con el triunfo del Frente Popular y la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), se inició una política de independencia económica, contemplándose un incremento industrial amplio: electrificación, siderurgia, petróleo, celulosa; y el mejoramiento técnico de las diversas actividades productivas. La iniciativa privada de un sector de la burguesía nacional promovió la industria metalúrgica y textil, principalmente. En 1952, la fuerza de trabajo empleada en la industria fabril llegó a 204.000 personas. En el decenio de 1940-50 se anotan importantes adelantos en el campo industrial. Y en el periodo 1940-45 la industria generaba el 15.4% del producto bruto; y en 1956, el 19.6%. Pero el proceso de crecimiento se detiene a partir de 1953.

No obstante su progreso es todavía una industria incipiente, carente de instalaciones adecuadas y con escasez de obreros especializados. Por otra parte utiliza un alto porcentaje de materia prima importada, lo cual la hace dependiente por ese hecho y respecto al equipo mecánico, traído en su totalidad de los

grandes países capitalistas. Dispone de un mercado interno reducido en vista de los ínfimos salarios y sueldos de los obreros y campesinos. En 1957, por ejemplo, los establecimientos manufactureros sólo utilizaron el 48% de la capacidad teórica instalada.

Desde el bienio de 1936-38 hasta 1958, la producción industrial se incrementó en 226%; la producción agropecuaria en un 32% y la producción minera en un 21%. En los últimos años la producción de bienes creció en 157% y dentro de ella, a la agricultura correspondió un 84% de incremento; a la industria un 354% y a la minería un 9%. Estas cifras subrayan el profundo desnivel entre una industria en relativo ascenso y una agricultura atrasada, de escasa productividad, y frente a una minería estancada por su condición de industria extractiva de materias primas en manos de grandes consorcios internacionales.

De todos modos la rentabilidad de la industria chilena ha sido elevadísima por el alto nivel general de precios, aprovechando su posición privilegiada por la protección del Estado y por su monopolización. Según el excelente libro de Ricardo Lagos E. “La concentración del poder económico", publicado en 1961, las “sociedades anónimas nacionales, incluidas compañías de seguros y bancos, casi llegan a 1.300, y tienen un capital total de 720.943.429 escudos. De las 1.300 sociedades anónimas, cincuenta y nueve tienen en conjunto un capital de 437.237.121 escudos. En otras palabras, el 4.2% de las sociedades anónimas nacionales controla el 59.2% del total de los capitales por ellas invertidos, en tanto que el 95.8% restante posee sólo el 40.8% del capital total”.

Los bancos se han convertido en los detentadores del capital financiero indispensable a toda industria y con él ejercen una influencia poderosa. Ricardo Lagos demuestra en su estudio que “de los once grupos que constituyen el núcleo de la economía chilena solo tres no están organizados alrededor de un banco”. Por ejemplo el Grupo Banco Sud-Americano está constituido por 126 sociedades anónimas, el 9.7% del total. Lo integran tres subgrupos. Alessandri-Matte; Salía (Salinas y Fabres); y Cooperativa Vitalicia, y algunos “independientes”. El grupo mencionado controla o influye en sociedades cuyos capitales ascienden a 288.351.848 escudos, el 40% del total de los capitales invertidos en sociedades anónimas. En seguida, por la magnitud financiera alcanza una importancia decisiva, el grupo Banco de Chile. Es, además, elemento de unión entre los grupos económicos Edwards, Sud-Americano y Punta Arenas.

Ricardo Lagos detalla las diversas empresas industriales, minas y fábricas, que controla e influye cada grupo económico y demuestra en forma objetiva e inapelable, la tremenda monopolización del poder económico en Chile. Se traduce en la imposición de altos precios, y de su aumento constante a pesar de las disposiciones legales fijándolos: en una profunda desigualdad en la distribución de la renta nacional; con el control casi total de los medios de expresión (prensa y radio) en la influencia determinante en la política, (gran número de parlamentarios son miembros de los directorios de las sociedades anónimas; asimismo ministros y jefes de servicios, y las directivas de algunos partidos se confunden con las de las grandes empresas económicas; y también actúan y dominan en los organismos estatales, (Empresa Nacional de Petróleo, Empresa Nacional de Electricidad, Compañía de Acero del Pacifico, Industria Azucarera Nacional).

Al lado de la concentración del poder económico nacional se destaca la trascendencia de la sociedad anónima extranjera, a la cual se subordina aquél. En 1957, los activos de las sociedades anónimas nacionales alcanzaron 826.434.406 escudos, sin considerar bancos ni compañías de seguros, y los activos de las agencias extranjeras llegaron a 430.781.251 escudos, o sea, a más de la mitad del capital de las

sociedades nacionales. Las entidades extranjeras sólo son 60, y las nacionales son 1.300. Estas cifras suministran una idea de la gran dependencia de Chile del capital extranjero.

V

La dependencia de Chile del capital extranjero es completa y por eso presenta los rasgos de una factoría de los consorcios imperialistas. Todas sus materias primas esenciales se encuentran en poder de los monopolios internacionales. Y, en último término, su andamiaje financiero depende de la industria cuprera, acaparada por empresas norteamericanas. Se aplica a la trágica realidad chilena esta página del economista Alberto Baltra, de su obra "Crecimiento económico de América Latina": "En numerosos países latinoamericanos hay empresas extranjeras —productoras y exportadoras de bienes primarios que aún disfrutan de regímenes de privilegios, que las tornan carentes de influencia positiva en el proceso de desarrollo. Estas empresas retienen en el exterior una cuota apreciable de los valores exportados. Dicha cuota excede —en mucho— a lo que puede estimarse una remuneración equitativa de los capitales foráneos invertidos en las correspondientes actividades primarias. Como ya se dijo, el valor no retornado resta impulso dinámico a la economía del país de origen de la exportación. Se da así el hecho paradójico de que los pueblos de América Latina no puedan crecer más rápidamente debido a la escasez de sus ahorros y de la inversión, pero, no obstante, algunos de estos países sean exportadores de capital. En Chile, por ejemplo, entre los años 1944 y 1956 la gran minería del cobre dejó fuera del país 600 millones de dólares en circunstancias que la inversión privada total de Estados Unidos en la minería chilena asciende a 600 millones de dólares. Es difícil sostener que estos sectores privilegiados extranjeros constituyan parte integrante de las respectivas economías latinoamericanas".

Desde la iniciación de las faenas de la industria cuprera hasta 1928 no retornaron al país unos 300 millones de dólares. Entre los años 1928-1950, según el diputado liberal Mariano Puga, no retornaron al país 1.013,8 millones de dólares, más 217 millones de dólares de gastos en el exterior (fletes, seguros, comisiones, intereses, impuestos de internación en los Estados Unidos). En el decenio de 1950-59, según el economista Mario Vera, los valores no retornados alcanzaron a 770 millones de dólares. En 1960, el no retorno llegó a 145 millones de dólares, o sea 2.445 millones de dólares. Y es preciso agregar la pérdida, para Chile, por la congelación del precio de venta del cobre a 11,5 centavos de dólar la libra, durante la guerra mundial, impuesta como contribución a la lucha contra el fascismo. Los consorcios entregaron el cobre al gobierno norteamericano al precio de guerra, burlando al gobierno chileno en 500 millones de dólares. En resumen, desde el establecimiento de los consorcios extranjeros del cobre hasta 1960 han retirado del país, o se han dejado de percibir, 2.945 millones de dólares.

La expoliación anterior se ha intensificado con los privilegios otorgados a los inversionistas norteamericanos por la ley 11.828, llamada del "nuevo trato". El economista Mario Vera Valenzuela en su notable monografía "La política económica del cobre en Chile", aparecida en 1961, lleva a cabo un amplio examen de la gran minería del cobre y de la expoliación de las inversiones extranjeras dueñas de él. Abarca la totalidad de los elementos que juegan con el desenvolvimiento de la gran minería del cobre y suministra un balance completo de los resultados de la ley N°11.828.

El autor demuestra que "la inversión extranjera, al establecerse en un país subdesarrollado, no es hecha como respuesta a la necesidad de crecimiento de dicho país, sino que se realiza respondiendo, a una necesidad del país de origen de la inversión. En este sentido, el capital foráneo va a radicarse en el sector exportador y más concretamente en aquellas actividades que proporcionarán a bajos precios las

materias primas que necesita la metrópoli". Por esta razón, las refinerías y sus industrias manufactureras se construyen en los países de donde vienen los capitales. El cobre y el hierro chilenos son llevados en forma mineral, sin ninguna elaboración previa en el país.

La explotación del cobre adquiere importancia en Chile desde 1834, cuando el francés Lambert introdujo el horno de reverbero, que permitió la fundición de los minerales sulfurosos. En 1850 la producción fue de 15.000 toneladas: en 1872, de 52.400 toneladas; y en 1876 alcanzó su máxima producción, el 62% del cobre extraído en el mundo. Y lograda, exclusivamente, con el trabajo y los capitales de los chilenos. En seguida decayó y se le reemplazó por el salitre. A comienzos del siglo actual la empresa "Braden Copper Company" adquirió el mineral "El Teniente", en la provincia de O'Higgins, operando como agencia extranjera desde 1905. En 1916 pasó a ser subsidiaria de la Kennecott Copper Corporation. En 1913 se instaló la "Chile Exploration Company", en Antofagasta, para explotar el mineral de Chuquicamata; y en 1920, se instaló la "Andes Copper Mining Company", en Atacama, para explotar Potrerillos. Ambas como subsidiarias de la Anaconda Copper Mining Company. Mientras en 1913 las empresas mencionadas cubrían el 20% del total de la producción cuprera nacional, en la actualidad alcanzan al 80%.

La Braden inició sus faenas con un capital de 2,5 millones de dólares; y la Chilex, con capital inicial de 1 millón de dólares. Son los aportes iniciales del capital norteamericano en la industria del cobre. La Andes Copper inició sus actividades en 1920 con un capital de 50 millones de dólares. En el presente, la Braden, la Chilex y la Andes Copper poseen una capacidad de producción de 500.000 toneladas e inversiones por 540 millones de dólares. Un índice de las ventajosas condiciones del negocio del cobre lo revela este hecho, citado por Mario Vera: la Braden en el periodo de 1924-1951 retiró del país por utilidades, reservas, amortizaciones por construcciones y equipos, 324.308.081 de dólares; y dejó por conceptos de impuestos, 154.575.720 dólares.

Desde la vigencia de la Ley N°11.828, de Nuevo Trato al Cobre, los ingresos tributarios del metal rojo pierden importancia dentro del total de impuestos recaudados por el Fisco: "en 1955, los ingresos tributarios del cobre alcanzan a 163 millones de dólares; en 1961, serían 68 millones. Atendiendo a los niveles de exportación de ambos años se tiene que, para 1955, el Fisco percibe 423 dólares por tonelada y en 1961 tan sólo se percibirán 122 dólares por tonelada". Esta menor tributación del cobre es sustituida con un marcado ascenso de los tributos indirectos. Según CEPAL, en 1948, Chile produjo el 21% del cobre mundial, y en 1953, se redujo su participación al 14%.

La tasa de tributación en Chile es bajísima, porque la rentabilidad de las inversiones de estas compañías es elevadísima, excediendo al 20% sobre el capital invertido. La Ley del Nuevo Trato significó una regresión con respecto de la Ley N°10.255 que regía antes a las empresas, con respecto a los retornos. Comenta el economista Vera: "debe anotarse que el menor retorno ocasionado con la aplicación de la ley actual para el quinquenio 1955-59 asciende a 141,2 millones de dólares. Agregando los menores retornos de los años 1960 y 1961 se llega a los 203 millones de dólares desde la vigencia de esta ley, y ello sin considerar las pérdidas ocurridas por la liberación de derechos aduaneros y los gastos en el exterior". Las compañías ahora producen más cobre blíster y menos refinado, porque construyeron nuevas refinerías en los Estados Unidos. En 1950 se producen 45.000 toneladas métricas de tipo blíster y en 1959, dicha producción alcanzó a 232.000 toneladas métricas. Se tradujo en un alza de los gastos de refinación en el exterior de 2 millones de dólares en 1950, a 10 millones de dólares en 1959,

El gobierno chileno no tiene ninguna intervención en el comercio de su cobre, y éste, únicamente, se vende en el "mercado occidental", en circunstancias que de acuerdo con los antecedentes traídos por la Misión Arteaga después de visitar algunos países del bloque soviético, en la URSS, Polonia, Checoslovaquia y Hungría podrían comprar unas 170 a 180.000 toneladas a buen precio.

El gobierno chileno percibe menores ingresos provenientes del cobre y los reemplaza con impuestos indirectos, o sea, la masa consumidora, las clases populares pagan lo que deja de tributar el imperialismo. En cambio, las compañías beneficiadas con la menor tributación (de 163 millones de dólares bajó a 70 millones) aumentan sus utilidades de 54 millones de dólares, en 1955, a 65 millones de dólares, en 1961 Adicionalmente, la recuperación de inversiones, hecha a título de depreciación se eleva de 10 millones de dólares en 1955 a 37 millones de dólares en 1961. Esta depreciación es una forma de beneficio sobre la cual no se tributa.

Mario Vera termina su extraordinario examen de la industria del cobre con estas líneas: "Se ha estimado en 3.000 millones de dólares el valor de los no retornos de las empresas de la gran minería del cobre. Esta cuantía es una cifra sideral si se piensa que en 1960 el capital nacional en valor actual tiene un equivalente a US$ 8.000 millones de dólares. Estos se formaron durante 400 años. Las empresas del cobre sólo en 40 años han retirado del país 3.000 millones de dólares. Ahora, si sabemos que estas empresas desde su iniciación han invertido bastante menos que 500 millones de dólares y cuyos aportes Iniciales fueron de 3,5 millones, queda como afirmación categórica: el cobre es un buen negocio".

Según otros estudios técnicos sobre las inversiones reales de los consorcios norteamericanos, Braden, Chilex y Andes Copper, hasta 1960 alcanzaban 444 millones de dólares y si a dicho valor se le deducían 235 millones de dólares amortizados, restaban 209 millones de dólares. Ese sería el valor actual de las instalaciones de la gran minería del cobre.

Esta larga exposición demuestra la expoliación terrible de la economía chilena por los consorcios del cobre.

Una expoliación idéntica se aprecia en la minería del hierro. Su producción aumentó en forma notable por la inversión de nuevos capitales norteamericanos y japoneses. Los planes contemplan una producción de 9 millones de toneladas, la cual será íntegramente exportada a los Estados Unidos y al Japón. En este rubro la situación es más grave por encontrarse en desarrollo una industria siderúrgica nacional y se compromete su destino si se exportan con tanta liberalidad sus existencias de hierro, en vez de reservarlas para el incremento de la industria pesada nacional.

La producción de salitre y de carbón ha disminuido considerablemente. Si se observa, por ejemplo, la producción de carbón en un lapso de diez años, se advierte un sostenido descenso. En 1952 alcanzó a 2.208.619 toneladas; en 1960, se redujo a 1.365.380. En 1961, repuntó a 1.622.140 toneladas.

En resumen, la minería es una actividad esencial de la economía chilena, pero es controlada en su casi totalidad por los grandes consorcios internacionales provocando, en su organización y resultados, situaciones contrarias a los intereses patrios. La economía chilena depende en alto grado de su comercio exterior y, de acuerdo con un análisis científico de él, resulta un cuadro de relaciones propio de una economía semicolonial.

Aunque posee su independencia política los vínculos económicos con las naciones industriales son de tipo colonial. El cobre es una industria trascendental para la economía general de Chile, pero el Estado

chileno no tiene ninguna participación efectiva en ella; se desenvuelve como un elemento independiente y ajeno a la realidad de la nación.

VI

La superficie territorial de Chile es de poco más de 74 millones de hectáreas. La ecúmene agraria es de 21.637.060 hectáreas. De esta superficie agrícola sólo se cultivan 5.543.380 hectáreas, el 25.6%. Un 2% son plantaciones forestales (422.535 hectáreas); un 16.8% son bosques naturales, (3.632.114 hectáreas); un 34.6% son pastos naturales en tierras cultivables que no se cultivan, (7.421.312 hectáreas; y 21.3% son matorrales, renovales y montes, (4.617.717 hectáreas).

Chile es uno de los países que dispone de mayor cuota de hectáreas cultivables por habitante (1,7) y, sin embargo, no produce lo necesario para abastecerse. Anualmente gasta más de 100 millones de dólares en alimentos, los cuales se podrían producir perfectamente en su territorio. Con mucha exactitud expresa el economista Jorge Ahumada, en su excelente obra "En vez de la miseria", "la agricultura, no obstante ser la más antigua de nuestras actividades productoras se encuentra en un grado de atraso lamentable".

El atraso de la agricultura chilena tiene su origen en la desigual repartición de la superficie agrícola con un predominio aplastante del latifundio y del minifundio, (como consecuencia de la concentración de la propiedad) y en la ineficiente explotación del suelo por la utilización de métodos anticuados. En los Estados Unidos la hectárea de suelo se cultiva con 13 horas de trabajo-hombre; en Chile, con 160 horas de trabajo-hombre.

Tanto el latifundio como el minifundio constituyen unidades antieconómicas, cuya escasa producción redunda en perjuicio de toda la colectividad. Pero la mayor traba para el progreso lo es el latifundio porque es una vasta propiedad agrícola cultivada en parte, con sistemas primitivos y reducido aprovechamiento del suelo, con mucha mano de obra y poco capital; bajísimos ingresos del trabajador de la tierra y ausentismo patronal. De aquí se desprende la escasez y alto precio de los productos agrícolas; las importaciones crecientes de productos agropecuarios; la pobreza del campesinado en razón de sus jornales ínfimos; la subalimentación de las clases populares, que ocupan la casi totalidad de sus ingresos en la compra de alimentos; y la restricción del mercado consumidor, básico para la expansión industrial, con lo cual ésta se reduce y encarece.

El periodista Rubén Corvalán V., en un ensayo aparecido en la revista OCCIDENTE, de marzo-abril de 1961, analiza las 151.082 explotaciones agrícolas contabilizadas por el Censo Agrícola y Ganadero de 1955. Suponiendo que minifundio es toda explotación inferior a 10 hectáreas y latifundio la superior a 1.000 hectáreas, entrega este panorama de la realidad chilena: Mientras por un lado existen 75.623 explotaciones agrícolas minifundiarias, con 192.410 hectáreas (el 0.88% de ecúmene agrario), por el otro lado existen 3.250 explotaciones latifundiarias, con 14.882.978 hectáreas (el 68.8% de ecúmene agrario). Si de este último grupo se desglosan los poseedores de predios superiores a 5.000 hectáreas, que son 696, éstos poseen 10.359.240 hectáreas, el 48% del ecúmene agrario.

La concentración de la propiedad rural en pocas manos alcanza su mayor intensidad en la zona del valle central, la región agraria por excelencia de Chile. Entre Aconcagua y Chiloé, se encuentran radicados 2.360 latifundios, de los 3.250 existentes en el país. En la zona central se encuentra el 70% de los latifundios.

El 30% de la población de Chile se compone de labradores (2.400.000). La población activa, sobrepasa las 800.000 personas. De ellas 75.623 son propietarios minifundiarios y 3.250 son propietarios latifundiarios; y 72.209 son medianos propietarios (con explotaciones de 10 a 1.000 hectáreas). Los restantes, 648.918 personas, forman el ejército de los campesinos sin tierras: peones, inquilinos y medieros.

La ley 14.688, de 1961, estableció los salarios campesinos. Por ejemplo, en las provincias trigueras de Biobío, Cautín y Valdivia, fijó los siguientes salarios diarios; $ 780. 75% en regalías. $ 585. 25% en dinero efectivo. $ 195. Total mensual en dinero efectivo: $ 5.850.00. O sea, cinco y medio dólares. Estos jornales vergonzosos explican la miseria inhumana, la desnutrición, las enfermedades y el analfabetismo del campesinado chileno.

Entre mayor es la propiedad rural menor es su rendimiento y menor la superficie realmente cultivada. De 1.300.000 hectáreas regadas no se cultivan 427.000. La agricultura chilena no alimenta a la población del país ni arroja saldos exportables de magnitud como para compensar las importaciones de alimentos. Por eso existe un grave problema alimenticio y se aprecia una progresiva desnutrición en el pueblo, afectando a la niñez. Según las estadísticas de diversos organismos hay déficit por habitante en el consumo de leche, huevos, leguminosas, papas, verduras, frutas, pescados y mariscos. En 1945-47, el consumo de carne por habitante era de 52.8 kilos anuales; en 1957-59 fue de 33.9 kilos anuales. Sobre el consumo de proteínas, en 1945-47, el consumo medio era de 30.2 gramos diarios; en 1957-59, fue de 26 gramos diarios. Los expertos estiman un déficit de 15 gramos diarios por habitante.

En un informe de la Junta de Auxilio Escolar, en 1957, se dieron los datos siguientes; “El 98% de los niños recibe menos calcio del requerido, lo que predispone a la tuberculosis y al raquitismo; el 54% menos proteínas; el 91% menos vitamina A; el 85% menos vitamina C, y el 43%, menos hierro’’... “Los niños estudiantes se encuentran en situación incompatible con su desarrollo normal y un buen estado de salud, lo que se revela en el hecho de que un 60%; de ellos presenta talla y peso inferiores a los normales; el 70% se encuentra en diversos grados de sub-alimentación, y el 30% restante revela estar en condiciones límites de normalidad nutritiva”.

Además, el 86% de los niños tiene su dentadura enferma.

Según estadísticas de la Corfo el comercio exterior agrícola (exportaciones e importaciones) arrojó los siguientes saldos en contra: 79.2 millones de dólares en 1955; 52.1 millones en 1956; 55.4 millones en 1957; 67 millones en 1959 y 83.4 millones, en 1961. La balanza comercial de la agricultura que tuvo saldos favorables hasta 1942, se transformó en saldos desfavorables desde entonces. En 1948, el saldo negativo fue de 6 millones de dólares; y se elevó a 63 millones en promedio en el período de 1955-57. Entre 1945 y 1956, Chile importó productos agropecuarios por valor de 900 millones de dólares y se estima que un 65% de ese total corresponde a productos que pudieron darse en el país, es decir unos 600 millones de dólares.

El crecimiento agrícola alcanza a 1.5% y la población aumenta en 2.5%. El déficit agropecuario per cápita aumenta en 1% al año.

El panorama chileno en este aspecto es sombrío; la población aumenta y decrece la cantidad física de los productos; la estructura agraria actual arruina los suelos en muchas provincias; mantiene en míseras condiciones de vida a los campesinos; arruina a la inmensa mayoría de los pequeños y medianos agricultores; da a la comercialización la mayor parte del precio (el productor no recibe más de un 35%

del precio en que se venden sus productos al consumidor final) de los productos agrícolas perecibles no llega al consumo el 50%, o sea, la mitad se pierde por falta de bodegas, frigoríficos, o por no convenir la cosecha a causa del bajo precio o la expoliación del intermediario. (En 1959, el precio que recibía por un kilo de arroz el agricultor era de $ 87 y el precio al público de $ 174; en 1961, el agricultor siguió recibiendo $ 87, y el consumidor pagó a $ 275 el kilo).

La agricultura tributó en 1947, el 11.8% del total de los impuestos directos percibidos por el Estado, en ese año. Porcentaje pequeño sí se toma en cuenta que ocupa un tercio de la mano de obra, más de la mitad del crédito de fomento y capta un sexto del ingreso nacional. De 1950 a 1957 el porcentaje con que la agricultura contribuye al total de impuestos directos ha venido disminuyendo gradualmente. Sin embargo, el Estado canaliza miles de millones de pesos hacia la agricultura tanto en crédito de fomento agrícola, a través de bancos y cajas, como por las inversiones en caminos, almacenes de depósitos, frigoríficos, mataderos, centrales lecheras, riego, mecanización de labores agrícolas, (venta a plazo de miles de tractores, sembradoras, carros de arrastre); en instituciones creadas por el Estado para el desarrollo agrícola; o por la cooperación internacional: Plan Chillán, FAO, etc.

A pesar de todo, el atraso de la agricultura es indiscutible, provocando una crisis profunda en el país, y cuyo origen reside en la estructura arcaica, semifeudal, precapitalista del régimen de tenencia de la tierra agrícola. Las opiniones de los técnicos son unánimes al respecto y por ello el gobierno norteamericano ha exigido una reforma agraria si se desea su ayuda económica.

Entre las numerosas consideraciones científicas sobre el problema agrario chileno, merecen una referencia especial las del economista agrícola francés René Dumont, quien tuvo destacada participación en la XXV Escuela Internacional de la Universidad de Chile, referente a la incorporación del agro latinoamericano al siglo XX. En su ensayo “Subdesarrollo, hambre y subempleo en la agricultura", (publicado en la revista POLITICA, de Caracas), al enfocar la aparcería, sistema común en las provincias centrales de Chile, en especial en los cultivos más exigentes de mano de obra, como las “chacras”, dice: “la participación del propietario chileno en las cosechas, corresponde, probablemente, a la que existía en Europa a fines de la Edad Media y hasta el siglo XVI. Pero a pesar de las condiciones por él impuestas, el propietario se cree generoso, ya que tiene numerosas solicitudes de "medieros” y pretende, además, que con asalariados sus beneficios serían mayores. Esta pretensión nace del hecho de cómo son pagados los salarios a los “inquilinos”: dos tercios le son atribuidos en especies y corresponden al alojamiento, al pequeño terreno para huerta y jardín y a veces al derecho de pasto para dos o tres animales; en metálico, recibe 250 pesos diarios, menos de un cuarto de dólar, lo que se acerca a los salarios indios más bajos. Cuando el tractor del latifundio no es utilizado en forma total y diaria y el inquilino debe trabajar su campo con azadón, hay, por un lado, un material inútil y, por el otro, una baja productividad de la mano de obra. La modernización de la agricultura, sería realizada más fácilmente si se remunerase en forma más justa al trabajador. Sí éste recibiese salarios más altos el propietario estaría obligado a cultivar mejor sus campos para seguir recibiendo beneficios que le permitiesen vivir cómodamente. Por ahora, dadas las condiciones actuales, muchos “fundos" chilenos no producen más que un tercio o una cuarta parte de su capacidad de producción. Con el empleo de técnicas tan malas como he visto a menudo, los agricultores europeos se arruinarían. Creo que los bajos salarios, son la causa esencial en el estancamiento de la agricultura chilena, la que desde hace treinta años progresa muy lentamente y, en todo caso, a un ritmo inferior al del aumento de la población. Con un terreno fértil y un generoso clima, el nivel medio de vida del “inquilino", excepto en los alrededores de Santiago y un pequeño rincón del sur, me parece, actualmente, muy inferior al del campesino negro del África tropical. Y durante todo este

período, Chile importa el 30 por ciento de los alimentos que necesita, y exporta un 10 por ciento, lo que compromete sus posibilidades de importación de elementos para su desarrollo industrial''.

Respecto a un posible cambio en la situación de la agricultura chilena, manifiesta Rene Dumont: "Pero para realizar una reforma agraria se necesita cierto número de condiciones políticas que no existen actualmente en Chile. De todas formas, en el estado actual del orden social y político se puede orientar el desarrollo agrícola hacia un aumento más rápido de la producción, para que Chile salga de su estancamiento agrícola y libere al "inquilino" y al trabajador de los suburbios, del hambre, o al menos de la penuria en calidad o cantidad, en sus regímenes alimenticios... El agricultor chileno paga una contribución irrisoria, lo que permite a ciertos comerciantes, industriales, miembros de profesiones liberales, comprar grandes extensiones de terreno para preservar de la inflación a sus capitales, sin ningún interés en el mejoramiento de los cultivos. La contribución sobre la tierra debiera ser proporcional a la potencialidad de rendimiento del suelo y no a la producción que tenga: o sea, al que saca grandes cosechas de terrenos pobres, corresponde una baja contribución y, por el contrario, quien dedica a praderas, tierras ricas y regadas, debe de pagar tales impuestos, que se vea obligado a cultivar verdaderamente o a vender. La contribución debiera ser particularmente elevada para las praderas y viñas de riego, para los prados naturales en zonas planas y regadas que no se labran nunca, para los propietarios que no residen en sus dominios y para los predios demasiado grandes. Con este tipo de contribuciones el precio de la tierra tendería a bajar y nadie compraría un "fundo" para no trabajarlo, pudiendo el agricultor dedicar una parte de sus reservas en inversiones realmente productivas, como obras para mejor aprovechamiento del agua, nivelación de terrenos, lucha contra la erosión y, sobre todo, labranza y fertilización".

Problemas y contradicciones fundamentales en la crisis chilena

ARAUCO N°36 enero 1963

VII

En Chile, por el atraso y las injusticias imperantes, se observa "el espectáculo de la sórdida pobreza de los más, en contraste tan agudo con la ostentación orgullos a de los menos". Una minoría plutocrática absorbe la mayor parte de la renta nacional, no ahorra casi nada de sus altos ingresos, consume y despilfarra en un lujo insultante. El 9% de la población activa, (280.000 patrones y propietarios), recibe el 43% del ingreso nacional, mientras que el 91% (2.700.000 obreros y empleados), recibe el 57%. A esta odiosa desigualdad se agregan otros factores que ahondan la miseria de las clases populares. La desvalorización de la moneda y el alza del costo de vida, fenómenos inveterados en Chile, han adquirido un ritmo vertiginoso en los últimos años y provocan un agudizamiento de las malas condiciones de vida.

En 1926-1931 el peso valía 6 peniques y el dólar se cotizaba a $ 8. Treinta años más tarde, el dólar se cotiza a $ 2.000. Desde 1940 se habla del costo de la vida en vez del valor del peso. Las alzas anuales son: 12.6% en 1940; 15.2% en 1941; 72.2% en 1954; 86% en 1955. Las medidas aconsejadas por la misión Klein-Saks, significaron que en 1957 y 1958 la renta nacional disminuyera en 70% anual, aproximadamente, y en 1959 se mantuvo el nivel de 1958. El país se paralizó. El índice del poder adquisitivo que fue de 99 en 1958, bajó a 69 en 1969; y a 65, en 1960. La inflación continúa y los precios aumentan en forma desorbitada.

Entre 1940 y 1952 el alza del costo de la vida se mantuvo en un porcentaje medio de 19%, (con valores tan bajos como 8.8% en 1945 y tan altos como 33.5% en 1947). Desde 1953 la inflación adquirió un desarrollo impresionante. En 1955 llegó casi al 90%. Las medidas de control de la inflación determinaron disminución de la renta nacional, disminución de la tasa de inversión, cesantía, destrucción del poder adquisitivo de la masa, menor consumo de alimentos protectores. La mortalidad infantil subió de 99.5 por mil nacidos vivos en 1953, a 122.7 por mil nacidos vivos en 1958.

El gobierno de Alessandri la contuvo durante cierto tiempo a costa del sacrificio de las masas, pero de nuevo se ha producido un alza general y una nueva caída del peso. El dólar debió devaluarse de $ 1.053 a 2.000 pesos. Las precarias condiciones de vida del pueblo chileno experimentan un nuevo y más grave deterioro.

De acuerdo con los datos de publicaciones de la Superintendencia de Seguridad Social y de la Dirección General de Estadística, se pueden estimar para 1960 los siguientes salarios promedios: obreros, 1,7 escudos (especialmente en actividades de producción); empleados públicos y particulares, exceptuando las Fuerzas Armadas, 3 escudos. Un salario promedio para 1960 podría estimarse en 2,11 escudos. Si se agregan las cargas familiares, estimadas en 3,6 cargas promedio por obrero, y en 2,7 cargas promedio por empleado, el ingreso total por obrero sería de 2,10 escudos diarios, y por empleado sería de 2,7 a 3,1 escudos diarios.

En ambos casos la utilización de los ingresos en el presupuesto familiar está afectada por el costo del arriendo mensual, movilización y vestuario, en que se ocupa una proporción superior al 50% y no puede ser rebajada sino a costa de vivir en poblaciones callampas o de reducir la alimentación de la familia.

Un estudio de la Dirección de Agricultura y Pesca con asesores de la FAO, investigando las condiciones socio-económicas de los inquilinos de una zona del país, estableció que su ingreso total alcanzó a 313 escudos anuales, formado en partes iguales por dinero y por especies (año agrícola de 1956-57). En ese año el costo de una ración modelo fue de 0,14 escudos, dando un total diario de 0,72 escudos, frente a un ingreso promedio de 0,87 escudos, en dinero y especies.

Toda aquella parte de la población con un salario igual o inferior a las cantidades señaladas, no está en condiciones de resolver el problema de su subsistencia, en lo que de su propio ingreso depende.

Chile se encuentra entre los países subalimentados de América. Un hombre de 70 kilos de peso requiere 2.520 calorías para permanecer en reposo; 3.360 para trabajos moderados; y 6.620 para trabajos intensos. La alimentación término medio en Chile alcanza a suministrar 2.300 calorías, como para reposo absoluto. La alimentación es deficiente porque no se produce la cantidad y variedad de alimentos necesarios para su población. Por eso los alimentos son caros; y como los salarios son bajos, en el rubro alimentación del pueblo, “la disponibilidad per cápita muestra un déficit franco en 9 a 11 alimentos básicos”.

Entre 1937 y 1955 la producción agropecuaria creció en un 16% y la población aumentó en un 39%. En 1957, según cifras oficiales, el número de calorías en su valor medio era de un 35% inferior a lo normal.

El rubro alimentación en 1961, de acuerdo con la base de la “Ración Modelo” recomendada por la Sección de Nutrición, comprometía el 50% de los ingresos de un empleado (y para atender a sus demás necesidades debía cercenar el rubro alimentación); en la clase obrera, comprometía del 80 al 100% de sus ingresos, (por eso viste harapos y vive en pocilgas o casas callampas). Las familias modestas se

procuran una alimentación preferentemente energética, a base de cereales y derivados, papas y bebidas estimulantes azucaradas, muy distante de satisfacer siquiera sus necesidades meramente energéticas[8].

En cuanto al problema habitacional es uno de los más graves en Chile y se explica por el desequilibrio entre la tasa de urbanización, el nivel de ingreso por persona y el costo de edificación.

Entre 1940 y 1952 la población rural creció en un 3% y la urbana en un 42%. Al aumento constante y rápido de la población que vive en las ciudades, por el desplazamiento rural-urbano, se agrega el aumento vegetativo propio de las ciudades, agravando el problema de la vivienda. El movimiento de la población hacia la urbe no se acompaña con un crecimiento correspondiente del nivel de ingreso susceptible de pagar o costear viviendas adecuadas.

El costo de la edificación en Chile es muy alto, sobre todo por la reducida capacidad de producción de la economía que no permite una industria de la construcción tecnológicamente avanzada. De esta suerte el problema habitacional no es un problema aislado de la realidad económica chilena. Su solución debe contemplarse dentro de un plan general de desarrollo económico.

Según el Primer Censo Nacional de la Vivienda, de 1952, el Instituto de Economía de la Universidad de Chile publicó en 1958 un informe donde se establece: 1. Al considerar sólo la "categoría o tipo" de la vivienda determinó:

921.359 viviendas aceptables 88%

129.716 viviendas no aceptables 12%

1.051.075 viviendas familiares.

2. Si se atiende, además, a la "calidad de construcción y estado de conservación", los resultados son:

588.651 viviendas aceptables 56%

462.424 viviendas no aceptables 44%

1.051.075

De esta manera, las 462.424 "viviendas no aceptables" dan lugar a la estimación total de necesidades de edificación nueva de la comunidad chilena. Las 462.424 viviendas no aceptables se componen de 129.716 viviendas estimadas como no aceptables al considerar la "categoría o tipo" de la vivienda y por 332.708 viviendas no aceptables estimadas deficientes al considerar, además, la "calidad de construcción y el estado de conservación".

Las necesidades de edificación nueva, según tipos de vivienda son:

42.102. Pieza de conventillo.

27.614. Rancho, ruca o choza, vivienda provisoria o vivienda callampa.

[8] Datos tomados del trabajo "Problemas de la salud pública y sus relaciones con el desarrollo económico y social de Chile", del Dr. Alfredo Leonardo Bravo y un grupo de especialistas, en "Revista de Medicina Preventiva y Social", de enero-junio de 1961.
Respecto de la vivienda utilizó el trabajo del ingeniero comercial Rudolf Hoffman: "La necesidad de un programa para abordar el problema habitacional", en la Revista "Economía", N° 66, primer trimestre de 1960.

270.663. Casa unifamiliar o departamento en edificio.

62.045. Departamento o pieza en una casa.

462.424. Total de viviendas por reemplazar.

Por otra parte, se ha estimado que en Chile el número de habitaciones anuales para hacer frente al crecimiento de la población fluctúa entre 27.000 y 30.000 viviendas, número correspondiente más o menos al aumento de habitantes calculado en 180.000 personas.

El crecimiento demográfico y la urbanización no han tenido un aumento simultáneo de la vivienda y el saneamiento. Desde 1953 se han construido poco más de 100.000 viviendas, un 10% de aumento sobre las de 1952, pero la población creció en un 23.5% (1.408.000 personas).

La mala alimentación, la vivienda insalubre y la carencia de obras de saneamiento provocan consecuencias perjudiciales. Así por ejemplo, la mortalidad infantil que descendía rápidamente desde 1940, se estacionó a partir de 1953 y tiende a subir en el presente. En 1960 fue de 125,2 por cada mil nacidos vivos. Significa una muerte de 34.000 niños por año, en circunstancias que una tasa tolerable no debía ser mayor de 20.000. La tasa de mortalidad por tuberculosis bajó de 250 por 100.000 habitantes a menos de 70, para estabilizarse en una tasa cercana a los 50 por 100.000 habitantes. Ahora se aprecia una tendencia a subir.

La gravedad del problema sanitario en Chile se exhibe en algunos datos como estos: el 73% de la población urbana dispone de agua de buena calidad y sólo el 57% posee un sistema adecuado de eliminación de excretas, con fuertes variaciones porcentuales en ambos rubros por provincias. Únicamente el 4% de la población rural evacúa las excretas a una red de alcantarillado; el 36% utiliza pozos negros no sanitarios, acequias, etc., y el 60% carece de todo sistema de eliminación de excretas.

VIII

El sistema educacional chileno se ha desarrollado en forma anárquica, determinado por las presiones múltiples y contrapuestas, surgidas de los cambios sociales y por las demandas individuales de educadores dispersos, o por las peticiones oportunistas de políticos profesionales, o de la acción proselitista de la Iglesia. Su avance, entonces, ha sido lento y desigual, reducido a construir algunas escuelas, a crear pequeños liceos, a montar servicios burocráticos y a subvencionar la enseñanza particular. La educación se ha convertido más bien en una fuerza de resistencia al desenvolvimiento armónico del país, a su modernización y a su progreso general; y, a la vez, ha tendido a reforzar la parte conservadora de la sociedad y a ahondar las diferencias sociales existentes robusteciendo el antidemocrático sistema de estratificación social imperante.

La educación pública no responde a las exigencias de su desarrollo a causa del descuido del Estado al no arbitrar medios para hacer efectiva la obligatoriedad escolar y mejorarla en general. El analfabetismo abarca el 20% de la población (730.000 analfabetos mayores de 15 años). Aunque la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, de 1920, establece la obligación de permanecer en la escuela, en los sectores urbanos, desde los 7 hasta los 14 años, esto no ocurre y la deserción escolar es enorme. Por otra parte la escuela rural es incompleta, pues nunca tiene más de 4 años y la población escolar que sirve es muy reducida por la miseria de los campesinos, las dificultades de las comunicaciones, la carencia de locales, de útiles y de maestros. La desidia del gobierno ha determinado el incremento de la enseñanza privada

como verdadera industria lucrativa, o como escuela proselitista, y, al mismo tiempo, su abdicación del mandato constitucional de atenderla en forma preferente.

La educación en Chile presenta un carácter marcadamente clasista. Su estructura y orientación tienden a mantener escindida la sociedad en tres sectores; primaria para el pueblo; anexa y secundaria fiscales para las clases medias; y anexa y secundaria particulares para las clases pudientes. La enseñanza particular se origina en tres agentes; 1. Iglesia, especialmente la católica. Limita su acción educacional a la zona urbana, de preferencia la enseñanza media humanística y la superior. Pretende influir en la formación de las clases dominantes y dirigentes. Las clases altas y los sectores arribistas la prefieren por su educación religiosa y como medio de distinción y discriminación social. En esta forma contribuye a cerrar los caminos del progreso social y a mantener estructuras sociales arcaicas, negando el proceso democrático y tratando de conservar el régimen oligárquico. Sus miembros, acostumbrados a pagar, se oponen al desarrollo de la enseñanza popular, laica y gratuita. 2. Colegios de colonias extranjeras. Tratan de vincular a los descendientes de inmigrantes a sus patrias de origen y realizan una separación antinacional y antidemocrática, al impedir una mayor integración a la nacionalidad y, a veces, constituyen verdaderas "posesiones" en un Estado soberano. 3. Colegios-empresas comerciales. Han prosperado al amparo de suculentas subvenciones fiscales. Tienden a especular con la educación como si se tratara de una mercancía corriente; a hacer más profundas las diferencias sociales; y muchos establecimientos se prestan para malos manejos corrompiendo la alta función educativa.

El Estado entregó, en 1961, a la enseñanza particular, quince mil millones de pesos en subvenciones con el pretexto de carecer de medios suficientes para ampliar la enseñanza pública. Y la enseñanza particular junto con recibir tan inmensa ayuda invoca el principio de la "libertad de enseñanza absoluta", a objeto de eliminar la doctrina del "Estado docente", o sea, la potestad del gobierno para dirigir e inspeccionar la educación nacional. Es curioso comprobar cómo el sistema educacional del país, no obstante ciertos pequeños adelantos y ensayos pedagógicos, ha desempeñado en los últimos años, un papel social retrógrado, acentuando la separación social entre las diversas clases; y en comparación con el ritmo de industrialización se advierte un retroceso marcado al no corresponder a las necesidades actuales de la sociedad chilena.

Dos libros importantes, elaborados con criterio absolutamente científico, sobre los problemas educacionales chilenos, suministran los datos ratificadores de las consideraciones expuestas. Esas obras son: "Desarrollo de la educación chilena", de Erika Grassau y Egidio Orellana: y "Educación elemental, analfabetismo y desarrollo económico", de Eduardo Hamuy.

De la investigación realizada por Grassau-Orellana y Hamuy se desprenden los siguientes problemas mayores de la realidad educacional chilena; 1. Eliminación del analfabetismo. La población escolar menor de 15 años alcanza a 1.400.000, con un 71 % matriculada en las tres ramas de la enseñanza. Un 29% no recibe instrucción, o sea, unos 400.000 se agregan cada año a las filas de los analfabetos. 2. Impedir la deserción escolar. El abandono prematuro de la escuela contribuye al aumento de la capa de los semi- analfabetos. Retener al niño en la escuela hasta el cumplimiento de su obligación escolar es condición fundamental para su progreso educacional y técnico. De cada 100 niños ingresados al I año de la escuela primaria la mitad se pierde en el III año y al VI año únicamente llegan 20. El 80% desaparece en el transcurso y no completa sus estudios primarios. De los finalistas sólo el 57% pasa a los liceos o a escuelas profesionales. La otra porción no estudia más. En el alumnado secundario ocurre otro tanto. La mitad de los que empiezan en primer año llega al II año; y al VI año alcanza poco más de la cuarta parte y

de esta porción el 55% aparece matriculado en la Universidad. 3. Detener el avance de la enseñanza particular. En su mayor parte, según el sociólogo Hamuy, "está ligada a la estructura social tradicional y por esta razón es más que la fiscal, un instrumento de perpetuación de fines, valores y símbolos que no son los más adecuados para la acción económica dentro de un Estado que pretende ser industrial". Por tanto, es necesario suprimir la cuantiosa ayuda del Estado a la educación particular e incrementar los recursos puestos a disposición de la enseñanza fiscal. Es excesiva la acción del Gobierno en favor de la enseñanza particular en sus diversas ramas, por medio del incremento constante del aporte fiscal a su sostenimiento. Los aportes fiscales en porcentajes del presupuesto total de educación correspondiente a cada año, han oscilado alrededor de un 3% entre 1940 y 1951. A partir de 1952 se elevaron por encima del 10%, y en 1957 llegaron a un 148%. Estas subvenciones son injustas porque, como anota Hamuy, en la actividad educacional, el sistema fiscal es relativamente armónico en desarrollo en relación con la distribución de la población del país y repartido entre la ciudad y el campo; en cambio, el sistema particular se desarrolla principalmente en el área urbana y crece proporcionalmente más a través de los anexos de los liceos y colegios que el sistema fiscal, cuya línea gruesa de crecimiento es la escuela primaria común. El sistema fiscal se reparte entre las clases baja y media, mientras que el particular tiene más clientela en las clases alta y media, o sea, las clases más privilegiadas.

El presupuesto de educación entre 1940 y 1955 ha fluctuado entre 1,4 y 2.7% del ingreso nacional. En cuanto a la cuota del Presupuesto nacional ha oscilado entre el 19.2%, en 1946, la cuota más alta, y el 11.5%, en 1955, la cuota más baja. Este presupuesto es insuficiente para atender siquiera los actuales servicios. Por eso la enseñanza fiscal yace estancada, mientras la enseñanza particular, por su espíritu lucrativo y reforzada con los miles de millones dados por el Fisco crece con un ritmo más rápido. 4. Dotar a la enseñanza pública de una nueva finalidad. La enseñanza debe ser orientada a servir los ideales nacionales de progreso; adecuar los medios (contenidos programáticos), a esos fines, eliminando la tendencia puramente humanista-intelectual y su carácter selectivo; integrándola en los planes de desarrollo económico del país y haciéndola representar un papel dinámico en el progreso nacional; preparando a sus habitantes para los cambios sociales provenientes de la creciente industrialización y de las aspiraciones de las masas.

Al analizar la composición total de la población escolar chilena, resulta que el 91% sigue estudios generales de carácter humanista y 9% está en la enseñanza técnico-profesional y universitaria. El sistema educacional chileno es excesivamente intelectual. Además, desempeña un papel social retrógrado al acentuar, en vez de reducir, la distancia entre las clases. Aun el sistema de educación primaria es selectivo y antidemocrático pues, en definitiva, sirve a menos de un tercio de los escolares que empiezan en I año, es decir, sirve a quienes son socialmente más privilegiados. 5. Eliminar su espíritu antidemocrático. Según Hamuy "el sistema educacional está organizado de tal modo que los niños de las clases alta y media reciben más y mejor educación y los de la clase baja, menos y peor". Las escuelas están estratificadas de acuerdo con los privilegios sociales, determinando una verdadera segregación escolar: "las escuelas comunes, tanto fiscales y particulares como de hombres, mujeres y mixtas, están destinadas a atender a los niños de bajo nivel económico de las ciudades y de los campos; las escuelas anexas a los liceos y colegios, fiscales y particulares, están al servicio de los niños de más recursos. El caso extremo lo representa la escuela anexa particular que se dedica a educar los niños más privilegiados de nuestra sociedad".

La educación chilena carece de una finalidad clara y de una cohesión interna sólida y vital. Se encuentra retrasada con respecto de las necesidades nacionales, desarticulada en múltiples servicios, sin las

adecuadas correlaciones, y completamente burocratizadas. Sus planes y programas son formalistas, donde prevalece la teoría pedagógica sobre la experiencia viva.

Una política educacional moderna debe partir con estos objetivos: retener al niño en la escuela hasta que complete sus estudios primarios; reorientar, el contenido programático de la educación para convertirla en un factor de cambio de la estructura rural; ofrecer a los niños de todos los niveles de escolaridad, la posibilidad de aprender un oficio o una profesión; toda escuela debe ser asistencial, o sea que represente en algún grado una elevación efectiva del nivel económico y cultural de la familia del niño. El Estado debe afirmar su papel ineludible en su desenvolvimiento y robustecer el control severo de la enseñanza privada, rompiendo su actual pretensión de eliminar la influencia del Estado como poder laico y democrático. Por otra parte, el profesorado vive en pésimas condiciones a causa de su escasa renta y de su exceso de trabajo. Es urgente dignificar la carrera docente, mejorar las rentas del magisterio y reducir sus agobiadoras jornadas de trabajo.

IX

De acuerdo con el Censo de 1960, de los cuatro millones de personas en edad activa, (15-55 años), sólo 2.700.000 son económicamente productivas, (el 35% de la población). Hay una masa permanente de 300.000 cesantes y otro gran porcentaje realiza trabajos ocasionales.

La sindicalización legal no alcanza ni al 10% de la población asalariada del país. En 1945 había 332.714 trabajadores sindicados legalmente. El 31 de diciembre de 1949, en plena vigencia de la Ley de Defensa de la Democracia, y del gobierno de concentración nacional, aquella cifra descendió a 257.000. En 1956 los trabajadores sindicados alcanzaron la cantidad de 317.346. A raíz de las leyes de congelación propuestas por la Misión Klein- Saks se produjo un nuevo ausentismo sindical. Al 31 de diciembre de 1960 eran 222.870 afiliados, (112.000 en los sindicatos industriales; 109.000 en los sindicatos profesionales; y 1.870 en los sindicatos agrícolas). Por otra parte, el convenio 11, de 1921, sobre derechos de asociación y de coalición de los trabajadores agrícolas, aunque ratificado por Chile, lo ha infringido en la práctica impidiendo la sindicalización campesina. Tampoco ha ratificado el convenio N° 87, del año 1948, sobre libertad sindical y protección del derecho de sindicalización, aprobado en la O.I.T. por 127 votos contra 0 y 11 abstenciones; ni el convenio N° 98 sobre sindicalización y negociación colectiva, del año 1949, aprobado por 115 votos contra 10 y 25 abstenciones.

El no cumplimiento de los anteriores principios del derecho internacional del trabajo ha significado para el proletariado chileno: 1. La exclusión del derecho de sindicalización para los trabajadores agrícolas, un tercio de la población activa del país. 2. Igual exclusión de los trabajadores del sector público. 3. Proscripción del derecho sindical al nivel de las federaciones, confederaciones y centrales. 4. Desprestigio y fracaso de los mecanismos de negociación colectiva, (pliegos, discusión, conciliación, arbitraje y huelga). 5. Los trabajadores no poseen representación auténtica en los organismos rectores de la economía nacional, por carecer de formas de expresión legal al nivel nacional, y de todo nivel con los sectores públicos y agrícolas. 6. Carencia de medios económicos para desenvolverse, pues su ilegalidad le impide percibir cuotas colectadas por planillas y, a consecuencia de tal situación, carece de locales confortables, bibliotecas, escuelas.

Las restricciones apuntadas desvirtúan las continuas e interesadas loas a la legislación social y del trabajo chilena, presentándola como avanzadísima y ejemplar, y traducen el temor de los gobiernos a la organización sindical de la clase asalariada y, asimismo, un desconocimiento de la importancia del

sindicato como instrumento de dignificación del trabajo y como herramienta indispensable y permanente para el desarrollo del país, bajo cualquier tipo de gobierno, y como una alta expresión de verdadera democracia.

X

La despoblación del agro y de las aldeas por la emigración de sus habitantes hacia las grandes ciudades y centros industriales y, en especial, a la capital, ahonda las diferencias de condiciones de vida entre la ciudad y el campo; detiene el progreso rural y la atención de las provincias. Es muy alto el porcentaje de pequeñas poblaciones y de caseríos con escasas comunicaciones con los grandes centros del país y donde los servicios municipales no existen.

En los grandes centros urbanos, sobre todo en la capital, se origina un agudizamiento de los problemas de habitación, transporte, abastecimiento, educación y trabajo, por el congestionamiento abrumador. En su periferia viven hacinadas millares de personas sin trabajo permanente, en precaria situación, formando "poblaciones callampas", al margen de los servicios públicos, donde prosperan la miseria, los vicios y la delincuencia. Este lumpen-proletariado consigue trabajo en forma ocasional, por lo cual origina un aumento de la mendicidad, de la vagancia y del robo. En esta zona se incuba una amplia capa de rateros, cogoteros y degenerados.

La hipertrofia de la capital ha conducido a un centralismo con las mismas lacras de los países de alto capitalismo, de gran industria y de elevado coeficiente urbano. El gigantismo capitalino (Santiago de Chile comprende la cuarta parte de la población del país), con su absurda congestión urbana genera graves males: insuficiencia y costo excesivo de los servicios municipales (locomoción, alcantarillado, agua potable, alumbrado, pavimentación); destrucción de las fértiles zonas agrícolas vecinas, complicando y ahondando el problema de la alimentación; especulación desenfrenada con la tierra loteada para levantar poblaciones.

Los servicios públicos se concentran en la capital, dando origen a un absorbente y pesado centralismo y a una fuerte decadencia de la vida de provincia. Junto al centralismo se extiende una agobiadora burocracia administrativa, en perjuicio de la eficaz resolución de los asuntos vitales de la existencia nacional.

El crecimiento de la burocracia en vista de la extensión desproporcionada de la administración pública y de los servicios públicos, determina un aumento de los sectores parasitarios y de las jubilaciones tempranas, reduciendo el promedio de la población activa.

En las grandes ciudades una intensa propaganda del capitalismo extranjero a sus múltiples productos desata una gran predilección por las actividades comerciales lucrativas, de simple distribución de artículos con un desmedido encarecimiento. Se multiplica un comercio intermediario inútil, costoso y artificial. Al mismo tiempo se genera un auge de los actos ilícitos, de carácter económico, como el contrabando, y la extensión de malos hábitos: derroche, endeudamiento por el sistema de créditos a plazo (con un recargo tremendo en los precios), lujo insultante. Se produce, entonces, un agudo contraste entre los deseos de la población de disfrutar de los adelantos de la técnica y confort modernos y de sus baratijas deslumbrantes y los limitados recursos destinados a satisfacerlos. Esta apetencia rompe los moldes de la austeridad y de la sencillez, alcanzando caracteres malsanos, y naufraga en una

morbosa inclinación por el juego, el crédito usurario, la delincuencia, la generalización de la prostitución, del robo, de los desfalcos y negociados.

En el rubro de los hábitos negativos ocupa un lugar pavoroso el alcoholismo. El doctor Hernán San Martín, en su completo ensayo: "La salud de la población y el desarrollo", (revista "Panorama Económico", de junio de 1962), afirma que Chile posee una de las tasas de alcoholismo más elevadas del mundo. Es de 1.497 por 100.000 adultos. En la población chilena, mayor de 15 años, los alcohólicos crónicos llegan a un 5% (150.000 a 180.000 mayores de 15 años); los bebedores excesivos son un 14%, (500.000 mayores de 15 años; bebedores moderados, son el 62%. Los abstemios representan un 19%. Este alcoholismo ocasiona enfermedades mentales, ausentismo al trabajo, accidentes, actos antisociales y criminales, delincuencia, prostitución y vagancia.

El doctor San Martín entrega otros datos tremendos: en Chile es muy elevado el porcentaje de accidentes del trabajo y de enfermedades sociales; una alta tasa de accidentes de todo orden: del tránsito, domiciliarios y públicos. En 1954, Chile, tenía la tasa más alta de la tierra de muertes por accidente, (86,7 por 100.000 habitantes); el 4° lugar en las estadísticas mundiales por accidentes automovilísticos, y el primero en relación a muerte de peatones. Asimismo, aparece con el primer lugar de homicidios de la tierra y en el décimo tercer lugar con respecto de los suicidios. Estos accidentes de todo tipo representan una carga inconmensurable para la economía y para la salubridad.

XI

En resumen, Chile es un país subdesarrollado, con un nivel de vida extremadamente bajo; sin embargo posee inmensos recursos naturales inaprovechados, aunque mermados por una explotación irracional, causante de la erosión de vastas extensiones de suelos fértiles, incendio de sus bosques, formación de dunas, avance del desierto, destrucción de riquezas marítimas. A este respecto es sencillamente, sobrecogedor leer el libro: "La sobrevivencia de Chile. La conservación de sus recursos naturales renovables", editado por el Ministerio de Agricultura, en 1958. La desidia de los gobiernos y la irracionalidad de los habitantes, de consuno, se empeñan en aniquilar la tierra chilena.

Las masas populares se debaten en una miseria desgarradora. En rubros como alimentación y vivienda su nivel es sub fisiológico, y en salubridad es primitivísimo. Y sobre tan lamentable realidad social cayó la catástrofe sísmica de mayo de 1960, arruinando varias provincias, provocando miles de muertes y en el rubro vivienda, destruyendo, o dejando inhabitables, 150.000 casas.

La población se encuentra escindida en clases sociales antagónicas, con niveles de vida muy diferentes. En lo agrario, subsisten relaciones semifeudales de producción: un grupo reducido de grandes terratenientes monopolizan la tierra cultivable, y enormes masas de campesinos vegetan en la más degradante miseria. La minería es poderosa, pero ha sido captada en su casi totalidad por consorcios imperialistas, los cuales han impuesto al país relaciones de tipo colonial y cada día intensifican el saqueo de las riquezas y del trabajo nacionales. La industria progresa lentamente, sobre bases artificiales y, en gran parte, dependiente del extranjero, con una fuerte concentración monopólica, bajo la égida de los bancos. Si se permite elevadas utilidades es a costa de la expoliación del consumidor. Una oligarquía financiera controla el capital bancario, industrial y comercial.

A consecuencia de las contradicciones anotadas, de los rezagos y debilidades de la estructura económico-social, una permanente inflación ahonda las dificultades de la subsistencia y agrava las condiciones de vida de los sectores asalariados.

El subdesarrollo económico-social se traduce, además, en una anticuada e insuficiente educación, en un bajo nivel de vida, en una alta morbilidad y mortalidad y en una reducida vida media.

Chile es el ejemplo dramático de una democracia burguesa, limitada y formalista, roída por tremendas injusticias y un gran atraso, con una total carencia de perspectivas creadoras. Su juventud no posee horizontes ni destino alentadores. De persistir este régimen le espera un sombrío porvenir.

La reestructura e independencia económicas solamente podrán modificar su crítica situación y abrir un proceso de cambio, en el cual la recuperación de las riquezas nacionales y el desenvolvimiento de las fuerzas productivas, por medio de la reforma agraria, de una industrialización adecuada, de las reformas tributaria, educacional, previsional, dentro de un plan revolucionario integral de desarrollo, transforme completamente el contenido de la actual democracia fraudulenta para dar vigencia a una real democracia económica, social y política

Los Fundamentos del Marxismo

ARAUCO N°38 marzo 1963

Se encuentra en prensa la reimpresión del manual de Julio César Jobet: "LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO". Corresponde, en realidad, a la cuarta edición de la popular obra, cuidadosamente revisada por su autor. Aparecerá depurada de algunas pequeñas confusiones, y con el agregado de varios párrafos esclarecedores y de un amplio trozo sobre la moral marxista, sintetizada de una de las publicaciones del brillante teórico francés Georges Lefebvre. En cambio, suprimió las páginas finales consagradas a la revolución rusa y al régimen soviético por ser demasiado polémicas, por tanto discutibles, y ajenas al carácter y propósito del libro. En esta forma, la cuarta edición de "Los fundamentos del marxismo", constituye un excelente compendio, sistemático y sencillo, sobre el conjunto de las teorías de Marx-Engels, concebido exclusivamente como un ensayo de divulgación, pero elaborado con gran rigor, utilizando con plena fidelidad las páginas más sugestivas de las grandes obras de Marx-Engels y recurriendo a los mejores comentarios de su vasta y compleja producción. Su lectura es fácil por estar redactado en un lenguaje claro y correcto, desprovisto de todo alarde seudo erudito.

Recomendamos a nuestros lectores la nueva edición de "Los fundamentos del marxismo", manual que ha introducido en el estudio y comprensión del socialismo científico a millares de militantes y simpatizantes; a manera de homenaje al trigésimo aniversario del Partido Socialista y de solidaridad a su autor, camarada Julio César Jobet, militante desde su fundación el 19 de abril de 1933, y miembro de la redacción de "Arauco", publicamos el texto de las principales innovaciones señaladas.

SOCIOLOGIA MARXISTA

Para Marx, la ley general que rige las transformaciones de un modo de producción a otro superior, se origina en el choque entre el estado de desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción o de propiedad anticuadas. Es decir, las fuerzas productivas entran en pugna con las relaciones de producción.

El conjunto de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, sobre la que se levanta una superestructura política y jurídica, a la cual corresponden formas de conciencia sociales e ideológicas determinadas. Lo que diferencia una sociedad de otra, son las relaciones de producción. De acuerdo con ellas los modos de producción por los cuales ha pasado la Humanidad, en su desarrollo, son: colectivismo primitivo, esclavista, feudal y capitalista, el que deberá desaparecer para dar paso al modo de producción socialista. (Las relaciones de producción en el capitalismo tienen por contenido la propiedad privada de los medios de producción y la apropiación privada de la producción social; y en el socialismo, la propiedad colectiva de los medios de producción y la apropiación colectiva de la producción social).

Las fuerzas productivas y los medios de producción

Las relaciones básicas de toda sociedad humana son las relaciones de producción, o sea, los vínculos fundamentales de los hombres con la naturaleza y de los hombres entre sí en su trabajo. En la estructura esencial de una sociedad entran las condiciones naturales, o sea, la naturaleza que la rodea, el medio geográfico, las técnicas, es decir, los instrumentos de producción a su disposición; y los hombres que los manejan, con capacidad productiva, de acuerdo con una organización y división del trabajo social.

Las fuerzas productivas de una sociedad determinada, (condiciones naturales, técnicas y división del trabajo), pueden ampliarse y perfeccionarse por el descubrimiento de nuevos recursos naturales o la mejor explotación de los conocidos, por nuevos inventos técnicos, por el ingreso a la actividad social de individuos o grupos mejor dotados. El medio geográfico es condición indispensable de la vida material de la sociedad y por tal motivo algunos hombres de ciencia han llegado a afirmar que su influencia en el desarrollo social y en el carácter del régimen social sería determinante. Marx lo considera un factor importantísimo, pero no determinante. De todos modos, en cuanto más variadas son las propiedades del medio geográfico, más idóneos son para el incremento de las fuerzas productivas. Respecto de las relaciones de los hombres con el medio. Marx, aclara: “no es la fertilidad absoluta del suelo sino la diferenciación de este último, la variedad de sus productos naturales, lo que constituye la base natural de la división social del trabajo y las que empujan al hombre, en virtud de la variedad de las condiciones naturales, en medio de las cuales vive, a variar sus necesidades y capacidades, sus medios y modos de producción’’.

En el análisis de las fuerzas productivas el conflicto principal es la lucha del hombre con la naturaleza y cuando se habla del estado de las fuerzas productivas se refiere a los instrumentos empleados por los hombres para crear sus bienes materiales. El otro aspecto de la producción lo constituyen las relaciones de unos hombres con otros dentro del proceso de la producción. Esta es social y en su seno se crean determinados vínculos como elemento tan necesario de la producción como lo son las fuerzas productivas de la sociedad, vínculos que pueden ser de dominio y subordinación, o de colaboración y ayuda mutua entre hombres libres de toda explotación. Cuando se habla de las relaciones de producción se trata de especificar en poder de quién se encuentran los medios de producción, o sea, de la tierra, minas, fábricas, máquinas, herramientas, edificios, vías y medios de comunicación; si en manos de grupos o clases o en las de toda la sociedad.

Marx escribió en su opúsculo “Trabajo asalariado y capital”: “En la producción los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para

producir los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción".

La estructura social enfocada como organización de la sociedad y de las funciones sociales y clases sociales, constituye, según Marx, el modo de producción. Las fuerzas productivas y el modo de producción no pueden separarse; y el estado de las fuerzas productivas determina el modo de producción. Este abarca, entonces, las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones de producción entre los hombres.

Sobre el modo de producción se erigen el régimen social y el sistema político, y también sus concepciones e ideas. Es decir, la explicación de la historia de la sociedad es preciso buscarla no en las concepciones e ideas de los hombres, sino en el modo de producción de los bienes materiales indispensables para la vida, como son el alimento, el vestuario, la vivienda, el combustible, las herramientas.

El elemento más dinámico y revolucionario de la producción son las fuerzas productivas; su desarrollo determina los cambios de las relaciones sociales de producción, aunque éstas influyen sobre el avance de las fuerzas productivas, sea para acelerarlo o sea para obstaculizarlo y estancarlo. Marx observa que, al descubrir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar de modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales, Las relaciones sociales, entonces, se encuentran íntimamente vinculadas al desarrollo de las fuerzas productivas; y entre la evolución de las fuerzas productivas y el régimen social se produce una acción y reacción reciprocas, que toman en las diferentes épocas las formas más variadas.

En el examen de los modos de producción se comprueban contradicciones, y ante todo, los conflictos de clases sociales. En los modos de producción el fenómeno esencial es la lucha del hombre contra el hombre y la explotación del hombre por el hombre. En el desarrollo de las fuerzas productivas y la estructura de la división del trabajo, de la propiedad y de las clases sociales, Marx, ha demostrado la sucesión de los modos de producción patriarcal, esclavista, feudal y capitalista. Según Henri Lefebvre, en su examen de la sociología marxista, Marx denomina formación económico-social al proceso concreto que se desenvuelve sobre la base de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas y donde se revela la acción eficaz política, administrativa, jurídica e ideológica de los grandes individuos, en las condiciones y límites de tiempo y lugar, es decir, del modo de producción y de la clase. El conjunto de las instituciones e ideas resultantes de los sucesos y de la iniciativa de los individuos activos y pensantes, en el cuadro de una estructura social determinada, es lo que Marx denomina superestructura de esa sociedad. La superestructura incluye, principalmente, las instituciones políticas y jurídicas, las ideologías y creencias; y es la expresión del modo de producción, de las relaciones de propiedad. (Las ideologías expresan esas relaciones aunque las apariencias ideológicas están destinadas a disfrazar y ocultar las relaciones, contradicciones y soluciones). Las fuerzas productivas, el modo de producción y la superestructura, son los aspectos de toda formación económico-social, y son distintos aunque ligados, es decir, en interacción y conflictos incesantes.

La estructura económica de la sociedad explica la "Conciencia Social"

La vida institucional de la sociedad descansa en las relaciones de producción que responden a la propiedad de los medios de producción. Las instituciones y las relaciones de producción, a su vez, logran dar forma a la "conciencia social", a las ideas tipo de la sociedad.

Plejanov, con su habitual claridad, en su ensayo "Sobre la concepción materialista de la Historia", (escrito para comentar la obra de Antonio Labriola del mismo título), lo resume así: "Los hombres hacen su historia tratando de satisfacer sus necesidades. Es evidente que estas necesidades son determinadas en su origen por la naturaleza; pero, después, cambian de manera considerable cuantitativa y cualitativamente, por las propiedades del medio artificial. Las fuerzas productivas que se encuentran a disposición de los hombres condicionan todas sus relaciones sociales. Ante todo, el estado de las fuerzas productivas determina las relaciones que los hombres establecen en el proceso social de producción, es decir, las relaciones económicas. Estas relaciones crean, naturalmente, ciertos intereses que encuentran su expresión en el Derecho: "Toda norma de derecho ha sido y es la defensa habitual, autoritaria o judicial de un interés determinado", dice Labriola. El desarrollo de las fuerzas productivas crea la división de la sociedad en clases cuyos intereses no sólo son diferentes, sino que en muchos sentidos, en los más esenciales por cierto, son diametralmente opuestos. Esta oposición de intereses engendra choques hostiles entre las clases sociales, su lucha. La lucha lleva a la sustitución de la organización de la gens por la del Estado, cuya tarea consiste en la defensa de los intereses dominantes. Finalmente, sobre la base de las relaciones sociales condicionadas por un estado determinado de las fuerzas productivas, nace la moral corriente, es decir la moral que guía a los hombres en su habitual vida cotidiana.

Así pues, el derecho, el régimen estatal y la moral de todo pueblo determinado son condicionadas de forma inmediata y directa por las relaciones económicas que le son propias. Estas mismas relaciones condicionan —pero ya de forma indirecta y mediata— todas las creaciones del pensamiento y de la imaginación: el arte, la ciencia, etc.".

Según Plejanov, entonces, la concepción materialista de la Historia, en lo que respecta a las relaciones entre la base, o estructura, y la superestructura, supone este proceso: a) Estado de las fuerzas productivas; b) Relaciones económicas condicionadas por estas fuerzas; c) Régimen social-político edificado sobre una base económica dada; d) Psicología del hombre social determinada, en parte, directamente por la economía y, en parte, por todo el régimen social-político edificado sobre ella; e) Ideologías diversas que reflejan esa psicología social.

El modo que tienen los hombres de procurarse sus subsistencias determina sus concepciones y sus ideas, es decir, su conciencia social. Lo material determina lo espiritual. No excluye que la conciencia y el pensamiento poseen un rol importante; no niega que los hombres actúan según ciertas concepciones determinadas, sino que explica estas concepciones y estos fines por la estructura material de la sociedad. Considera, al revés de los idealistas, a la idea no como un elemento primario, esencial, sino como algo secundario, como la consecuencia de ciertas condiciones materiales, ("lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la cabeza del hombre", expresa Marx en el prólogo del tomo I de "El Capital").

Por otro lado, Plejanov, aclara que en la comprensión de la historia del pensamiento científico o la historia del arte, en un país determinado, es insuficiente conocer sólo la economía. Para lograr la explicación materialista de la historia de las ideologías, es preciso un estudio atento de la psicología social, partiendo del reconocimiento de que el estado de los sentimientos y las ideas es el resultado de

las relaciones sociales, pues son las formas de la existencia social las que determinan las formas de la conciencia de los hombres. En verdad “no existe ni un solo hecho histórico que no deba su origen a la economía de la sociedad; pero no es menos cierto que no existe ni un solo hecho histórico al que no le anteceda, no acompañe y no siga un cierto estado de la conciencia. De aquí la enorme importancia de la psicología social. Si ya es necesario tenerla en cuenta en la historia del derecho y de las instituciones políticas, aún lo es más en la historia de la literatura, del arte, de la filosofía, etc.”

Si no cambian las relaciones sociales, tampoco cambia la psicología social, y los hombres se acostumbran a ciertas concepciones, creencias y formas estéticas; pero si el desarrollo de las fuerzas productivas introduce transformaciones serias en la estructura económica de la sociedad y, por consecuencia, en las relaciones mutuas de las clases sociales, entonces también se alterará la psicología de esas clases y con ella “el espíritu de la época” y el "carácter del pueblo”. El cambio producido se expresará en la aparición de nuevas creencias religiosas, nuevas creencias filosóficas, nuevas corrientes artísticas o formas estéticas.

Algunos tratadistas han establecido la siguiente clasificación marxista de los fenómenos o categorías sociales: 1. Economía, cuyo fin es la satisfacción de las necesidades biológicas. 2. Moral y Derecho. La moral es el medio de asegurar el funcionamiento conveniente y la estabilidad de la organización económica, la marcha sin tropiezos de la producción, repartición y consumo de los bienes. El Derecho es el medio de consolidar la moral. El poder político es el medio de asegurar el ejercicio del Derecho. 3. Ciencias, filosofía, Religión y Arte. Comprenden las reglas del pensamiento de la concepción del mundo y de la creación estética.

La concepción materialista de la Historia "consiste en desarrollar el proceso real de producción partiendo de la producción material de la vida Inmediata y en concebir la forma de las relaciones ligadas a ese modo de producción y creadas por él, (es decir, la sociedad civil en sus diversos grados), como base de toda la historia; tanto al representarla en su acción como Estado, como al explicar, a partir de ella, los varios productos y formas de la conciencia: la religión, la filosofía, la moral. El medio forma a los hombres y los hombres forman el medio. Esa suma de fuerzas productivas, de capitales de relaciones sociales que cada individuo y cada generación encuentra como dada, es el fundamento real de aquello que los filósofos han imaginado como “substancia” y “esencia del hombre”; fundamento real que, en verdad, no es perturbado en sus efectos y en sus influjos sobre los hombres por el hecho de que estos filósofos se rebelan contra él como “autoconciencias” o como “únicos”. Aunque el hombre es el único y verdadero sujeto del devenir, a su alrededor adquieren una existencia extraña las abstracciones. Al respecto, resume Eugenio Werden, "las filosofías son “ideologías”, es decir, trasposiciones de la realidad, teorías ineficaces y unilaterales, inconscientes de sus condiciones y de su contenido, que representan siempre intereses particulares como universales, sirviéndose de abstracciones “cosificadas”. La filosofía sólo es la religión lógicamente sistematizada, y ambas, filosofía y religión, más el derecho y la ideología en general, son formas de la alienación humana.

El marxismo no afirma que la única realidad es la económica y que existe una fatalidad económica absoluta. Por el contrario, sostiene que el destino económico es relativo y provisional y será superado cuando los hombres hayan adquirido conciencia de sus posibilidades. Dicha superación, será el acto esencial, infinitamente creador, de nuestra época.

La Moral según el marxismo

La moral y las costumbres pasadas únicamente han expresado condiciones de existencia dadas, e inevitables, aunque bajo una forma indirecta, alienada, o sea, traducen las formas de la existencia humana alienadas. Jamás las reglas, sanciones y represiones aparecen en su verdad práctica y en su sentido real; siempre se relacionan con potencias misteriosas. Las morales y costumbres del pasado han sido, pues, teológicas o metafísicas. La norma práctica siempre se da como consecuencia de un imperativo trascendente y la acción conforme con ella toma el prestigio del mérito, de la gracia, de la virtud. En cuanto a la acción no conformista se la evalúa, también, según un cartabón de origen obscuro y recibe los nombres extraños de pecado, falta, mancha, entidades a la vez materiales y místicas, difíciles de definir con claridad.

De acuerdo con el desarrollo de Henri Lefebvre, de quien sintetizamos estas líneas, la alienación moral es evidente, en primer lugar porque se condena lo nuevo y lo excepcional, rechazándose las iniciativas de los creadores en un mismo plano que la de los destructores, y la moral y las costumbres tienden hacia la fijación y la inmovilización de la sociedad, sancionando el statu quo. La reprobación moral castiga siempre al individuo audaz. En segundo lugar, las morales afectan las acciones y los pensamientos con un coeficiente ilusorio, con una resonancia mistificadora. Así la simple paciencia en la actividad individual o ante los sufrimientos tomó la apariencia de una virtud: la resignación estoica o cristiana. Para el moralista la pasividad adquiere entonces, un gran valor y sufrir voluntariamente para experimentar tal impresión de importancia moral es un mérito. El hombre, de ese modo, se precipita hacia sus cadenas creyendo encontrar ahí la libertad. Para Henri Lefebvre, la expresión "grandeza moral" es engañosa, por cuanto la moral únicamente codifica y legaliza la práctica social media en un momento dado, en el interior del individuo, bajo la forma de conciencia moral; y en el exterior, bajo la forma de sanción y de prédica. Por esta razón un progreso cualquiera se ha podido cumplir a pesar de las morales reinantes o en contra de ellas; y cuando las condiciones de existencia cambian, las morales reinantes tratan de refrenarlas o de disimular esos cambios. En tercer lugar, las morales ligadas a un decreto, a un imperativo misterioso, son utilizadas por quienes pretenden representar ese poder misterioso. O sea, las morales se transformaron siempre en instrumento de dominación de una casta o una clase social. Las condiciones de existencia sancionadas por las morales permiten siempre esa dominación y la formulación moral las corona, sanciona y remata lo mismo que la formulación jurídica y la religiosa. La clase dominante interpreta las obligaciones morales a su modo y se libera de ellas cuando obstaculizan sus intereses, Por eso todas las morales pasadas desembocaron en el fariseísmo o en la inmoralidad pura y simple. La moral como el derecho ha sancionado siempre las relaciones y condiciones existentes de manera de fijarlas e inclinarlas en el sentido de la dominación de las clases privilegiadas, dueñas de la riqueza y del poder político.

La alienación moral no se ha separado histórica, social y prácticamente de las otras formas de la alienación: el derecho, la religión y la ideología en general.

La posición del marxismo frente al problema moral no es meramente negativa, como algunos pretenden atribuyéndole una especie de cinismo amoral o inmoralista. Su crítica dialéctica ataca simultáneamente a la moral y a las inmoralidades pasadas. El cinismo inmoralista se encuentra entre los representantes políticos, ideológicos y literarios de la burguesía decadente o entre elementos desclasados.

El marxismo afirma que es preciso crear una nueva ética, emancipada de la alienación moral y de la ilusión ideológica, rechazando colocar sus valores fuera de lo real. Una nueva ética debe buscar en lo real el fundamento de las evaluaciones morales. En la sociedad actual, únicamente el proletariado puede

poner fin a la alienación humana y al emanciparse emancipará a la sociedad y al hombre. Como clase oprimida hasta el presente ha aceptado los valores morales que le fueron impuestos y lo mantienen en la servidumbre: resignación, humildad, conformidad pasiva. En cambio el proletariado ascendente se libera de los valores ilusorios y crea valores propios; en tanto individuo consciente del rol histórico de su clase tiene necesidad de coraje, entusiasmo y sentido de la responsabilidad. Si como oprimido el proletario considera la obediencia como una virtud, en su actividad económica y política la disciplina, la iniciativa, el sentido de las responsabilidades llegan a serle necesariamente valores fundamentales. Debe adquirirlos y alcanzar a una esfera superior de actividad con una nueva ética que solucione problemas en apariencia insolubles, como el de la necesidad de unir la disciplina colectiva con la iniciativa individual resolviendo en el campo real de la acción el viejo conflicto de lo individual y lo social.

A la pregunta de si es posible fundar valores humanos sobre lo real, es decir de no dejarlos en el ideal abstracto, fuera de lo real, el marxismo responde que sí, porque solo el idealismo tradicional, forma metafísica de la alienación humana, coloca el ideal fuera de lo real, en lo abstracto. Lo real no es inmóvil, dado y completamente hecho; es devenir y posibilidad. Si la resignación y la paciencia ya no tienen sentido; si la pasividad ya no puede pasar por una virtud, es posible, entonces, algo nuevo: ello es la expansión del hombre. El marxismo supone un nuevo humanismo, no un humanismo sentimental y llorón, (de tipo caritativo o filantrópico); si exalta al proletariado no lo es porque sea débil, sino por ser una fuerza que lleva en su seno el porvenir del hombre. El marxismo ve en el proletariado su devenir y su posibilidad. Su ideal, sin idealismo, su encuentro en la idea del hombre, de su total desarrollo y de su realización. El hombre total, como expresión del devenir real, funda la ética nueva de dos maneras. En primer lugar, el estudio científico, (fisiológico, psicológico y pedagógico), del ser humano permitirá determinar las condiciones objetivas de su desarrollo. Y las leyes de ese devenir humano se transformarán, sin posibles negaciones, en reglas de acción, en normas. Así no podrá existir oposición entre el hecho humano determinado y tomado en su movimiento, y el derecho; ni entre la regla técnica fundada sobre la observación y la experiencia, y el valor. En segundo lugar, el avance hacia el hombre total lo será por la superación de las actuales condiciones de existencia, cuya abolición supone al mismo tiempo la elevación a un nivel superior de lo real que ellas limitan. La superación concebida de tal manera implica un imperativo social y un imperativo individual, es decir una ética. El individuo, cada individuo, debe superarse. Y esta superación dialéctica no entraña una anárquica libertad, pues superarse es ir en el sentido del devenir hacia el hombre total; participar cada vez con mayor amplitud en ese devenir. La superación implica, pues, un imperativo de conocimiento, de acción, de realización creciente, como expresión ética del devenir. Es un ideal sin ilusión ideológica o idealista.

El individuo se desarrolla en un doble sentido. La individualidad se desarrolla en el curso de su vida, en el individuo mismo; pero la individualización del hombre se desarrolla en la historia, siendo un hecho social e histórico. Cada época posee su tipo dominante de individualidad. En la expansión social del individuo se encuentran el entrelazamiento y los conflictos de tres elementos: un elemento natural, vital y espontáneo, (herencia, raza, temperamento fisiológico y psicológico, dones naturales); un elemento reflexionado, (educación, cultura, experiencia individual y social); y un elemento ilusorio, (compensaciones morales y metafísico-religiosas trasposiciones ideológicas, ensueños, imaginación, consuelos). En cada época el elemento ilusorio, especialmente moral, completa en apariencia la realidad y da a los individuos la impresión de una realización total que no es sino un engaño. En apariencia la sociedad individualista burguesa exalta el individuo y la libertad del individuo, pero en la práctica lo aplasta. Es una de sus más profundas contradicciones. Este individualismo corresponde a un hecho

histórico: la libre concurrencia cuando se formaba la sociedad capitalista, y a una ideología mistificadora: la burguesía utiliza su individualismo natural para dispersar los individuos y las conciencias de las otras clases, sobre todo del proletariado.

La verdadera individualidad tenderá hacia el hombre total, capaz de acción práctica y de pensamiento teórico, superando las actividades mutiladas, incompletas. El marxismo renueva la idea del hombre y del humanismo dándole un sentido pleno y concreto; elimina lo abstracto, contemplativo, es decir, lo metafísico. Su ética corresponde al individuo libre en una sociedad libre.

POLITICA MARXISTA

La democracia burguesa, la dictadura del proletariado y la libertad.

La política marxista propugna la revolución como el método con el cual los trabajadores conquistarán el poder y la dictadura del proletariado como el medio para consolidarlo, a fin de obtener su liberación integral y la emancipación de la sociedad entera.

El análisis marxista de la evolución histórica nos indica que el paso del feudalismo al capitalismo está señalado por la sangrienta revolución de 1789, en lo político, y a consecuencia de ella se implantó el sistema de la democracia burguesa, cristalización de los postulados de la doctrina del liberalismo capitalista.

El liberalismo y la democracia burguesa aspiraban a alcanzar la armonía preestablecida del “orden natural" espontáneo, por el libre juego de los egoísmos individuales. Ha tenido su expresión práctica en el “sufragio universal", en el sistema de partidos múltiples y en el Parlamento liberal. Estas doctrinas liberales y el sistema de la democracia burguesa, en el hecho, consagraron la dominación de la clase capitalista, y ésta a través del control de los medios de producción ha dominado a las grandes mayorías trabajadoras. Las doctrinas demo-liberales son el velo ideológico que ha encubierto la dominación económica de la burguesía.

La transformación del régimen capitalista en forma evolutiva por medio del sistema democrático liberal no es posible, pues la clase dominante, la burguesía, por el control de la economía es dueña del poder político, del Estado, ejerciéndolo a su antojo y, de hecho, ha erigido su propia dictadura para mantener a la clase trabajadora en la servidumbre y la explotación. Sólo puede cambiarse el actual régimen y alcanzarse una etapa superior de vida social y política, por medio de la revolución, que instaure una dictadura de trabajadores. Esta fase de la dictadura de trabajadores es un régimen de democracia proletaria, de gobierno socialista. Es transitoria y dura mientras se elimina a la burguesía y se extingue el Estado.

El conflicto entre la burguesía y el proletariado es la etapa final de la lucha de clases. Marx entiende por dictadura de los trabajadores la instauración de un Estado de clase, en donde el proletariado ejerce el poder y se esfuerza por realizar el socialismo y crear una sociedad sin clases, o sea, conseguir una definitiva igualdad social. Precisamente, para Engels, el verdadero contenido del postulado de la igualdad proletaria, “es reivindicar la abolición de las clases. Toda otra reivindicación de igualdad que trascienda de esos límites se pierde necesariamente en el absurdo". Si la división de la sociedad en clases surgió de la insuficiencia de la producción, será barrida cuando se desarrollen todas las fuerzas productivas y la producción alcance un nivel tan alto “que la apropiación de los medios de producción y de los productos, y por tanto, el poder político, el monopolio de la instrucción y la hegemonía espiritual

ejercidos por una clase determinada de la sociedad, no sólo se hayan hecho superfluos sino que, además constituyan económica, política e intelectualmente, una barrera levantada ante el progreso".

La expresión "dictadura del proletariado" puede inducir al error de creer que el socialismo es enemigo de la libertad. Nada más lejos de la verdad. Para el socialismo, la libertad es una conquista histórica del hombre, conseguida en una incesante lucha con la naturaleza, el mundo material, y con la sociedad escindida en clases, a través de una actividad concreta.

La burguesía afirmó la libertad en contra del feudalismo y la iglesia a lo largo de un incansable batallar, al triunfar definitivamente, la estableció en su exclusivo provecho, esto es, en favor de los propietarios. La libertad dentro de la sociedad demo-burguesa es un privilegio de clase: libertad para la clase poseedora y servidumbre para la clase desposeída. La libertad actual es la libertad burguesa que no rige para las masas trabajadoras, porque su reconocimiento es formal, pero en la práctica sufre tremendas limitaciones y se encuentra constantemente amenazada. En la época actual únicamente el socialismo y el proletariado defienden la libertad en su pleno sentido y luchan por extenderla a la sociedad entera. Para el socialismo la libertad es la libertad del proletariado y con él de toda la sociedad.

Engels, en su magna obra "ANTI-DUHRING", expresa, con respecto a la definición filosófica de la libertad: "Hegel fue el primero que supo exponer de un modo exacto las relaciones entre la libertad y la necesidad. Para él, la libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad. "La necesidad solo es ciega en cuanto no se la comprende". La libertad no reside en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad que lleva aparejada de hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados. Y esto rige, no sólo con las leyes de la naturaleza exterior sino también con las que presiden la existencia corporal y espiritual del hombre; dos clases de leyes que podremos separar a lo sumo en la idea, pero no en la realidad. El libre arbitrio no es, por tanto, según eso, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Así, pues, cuanto más libre sea el juicio de una persona con respecto a un determinado problema, tanto más señalado será el carácter de necesidad que determine el contenido de ese juicio; en cambio, la inseguridad basada en la ignorancia, que elige, al parecer, caprichosamente entre un cúmulo de posibilidades distintas y contradictorias, demuestra precisamente de ese modo su falta de libertad, demuestra que se halla dominada por el objeto que pretende dominar. La libertad consiste, pues, en el dominio de nosotros mismos y de la naturaleza exterior, basado en la conciencia de las necesidades naturales; es, por tanto, forzosamente, un producto del desarrollo histórico".

El socialismo y el proletariado por medio de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la supresión de las clases sociales persiguen la liberación completa del hombre, hoy sojuzgado, y la emancipación de la Humanidad entera.

El socialismo afirma que la libertad integral sólo puede ser efectiva en una sociedad sin clases.

En su actividad cotidiana, práctica, el socialismo defiende la libertad personal y las libertades políticas, tratando de animarlas de real contenido y de hacerlas efectivas. Marx y Engels escribieron, entre otros, este bello pensamiento: "Existen, en verdad, comunistas que toman los principios a su comodidad y niegan y quieren suprimir la libertad personal que, según ellos, obstruye el camino de la armonía. Pero nosotros no queremos conquistar la igualdad al precio de la libertad". La instauración del socialismo significará el funcionamiento real de la democracia y de la libertad.

El contenido de la dictadura del proletariado

Marx es el creador de la expresión “dictadura del proletariado". En efecto, al enfocar críticamente el programa socialdemócrata de Gotha, establece que entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista habrá un período revolucionario de transición política, cuyo estado no puede ser otro sino la dictadura del proletariado. Marx no entregó una explicación precisa de su concepción expuesta, pero en ningún caso, de acuerdo con el espíritu general de su obra y de su actitud permanente frente a los diversos sucesos revolucionarios de su época, significa una negación de la democracia proletaria y un estímulo a la implantación de un Estado omnipotente.

En otro manuscrito, consistente en notas sobre el libro de su contendor Bakunin; “El Estado y la Revolución”, manifiesta: “la dictadura del proletariado es la dominación de clase de los obreros, sobre los vestigios del viejo mundo que los resisten. Durará en la medida en que no sean destruidas las bases económicas de la existencia de las clases y, en particular, la clase capitalista, y el proletariado lucha contra ellas, pues con el advenimiento al poder del proletariado, sus adversarios no desaparecen, ni tampoco el viejo orden social, deberá emplear medios de violencia, pues la violencia es un medio de gobierno”. (Archivos de Marx-Engels, volumen IV),

La idea de la dictadura del proletariado de Marx implica, claramente, afirmar y extender la democracia oponiéndose al aparato burocrático y militar del Estado burgués, en ningún caso fortalecer su poderío, porque para él “la libertad consiste en transformar el Estado, de un órgano que está por encima de la sociedad, en otro órgano que le está sometido”. En sentido similar se expresó Engels, en 1891, con estas palabras: “si algo hay de positivo, esto es que nuestro partido y la clase trabajadora solo podrán llegar al poder bajo la forma de la república democrática. Y esta es, precisamente, la forma específica de la dictadura del proletariado”.

Tanto Marx como Engels designaron a la república democrática como a la forma del Estado bajo la cual debería llevarse a cabo la lucha de clases definitiva y la cual se extendería con la socialización de los medios de producción. Marx formuló, además, el principio de la participación directa de los productores en la administración de la economía en varias de sus obras y, en especial, en “La guerra civil en Francia”, donde enfoca la experiencia de la comuna de París, en marzo de 1871, y a raíz de la cual los trabajadores pusieron en práctica la idea de los consejos obreros y de la autoadministración obrera.

En 1891, Engels finalizaba su prefacio a “La guerra civil en Francia”, con estas palabras: “Los filisteos alemanes entran en un estado de terror santo cuando oyen las palabras “dictadura del proletariado". ¿Queréis saber, señores, lo que quiere decir esta dictadura? Mirad la comuna de París. Esto es la dictadura del proletariado”.

El régimen de dictadura del proletariado, entonces, fue enfocado por Marx y Engels, como expresión de una auténtica democracia obrera, en la cual junto con la socialización de los medios de producción, éstos debían ser administrados en forma directa por los trabajadores y, al mismo tiempo, el Estado burgués debía ser eliminado, destruyéndose su maquinaria burocrática y militar; quitándoseles muchas de sus funciones económicas para iniciar su debilitamiento y extinción.

En este periodo de transición, mientras se consolida la sociedad socialista, el Estado experimenta un fortalecimiento a causa de la creciente participación de las masas, pero, al mismo tiempo, deja de ser un Estado en el sentido burgués de la palabra, porque ya no es órgano de opresión de la clase poseedora y,

por el contrario, ha sido deshecho su poder burocrático-policial y sus funciones económicas pasan a manos de los productores mismos. De todos modos, el Estado proletario es un órgano de violencia, por cuanto es el medio para expropiar a los propietarios privados, (socialización de la propiedad privada capitalista), e impedir que puedan volver al poder, y para rechazar toda agresión del exterior. Pero, a la vez, ciertas funciones del Estado socialista deben comenzar a extinguirse inmediatamente después de la nacionalización de los medios de producción, en las actividades económicas; y su injerencia desaparece al lograrse el máximo desarrollo de las fuerzas de producción.

En el periodo de transición del capitalismo al socialismo se manifiestan graves antagonismos derivados de las poderosas tendencias antisocialistas subsistentes en el seno de la sociedad derrocada; este periodo de transición de la sociedad de clases a la sociedad sin clases es, también, un periodo de lucha de ciases. En él, según Marx, “lo que está caduco tiende siempre a reafirmarse y consolidarse otra vez en las nuevas formas creadas”. Las tendencias antisocialistas se manifiestan en forma de tentativas abiertamente contrarrevolucionarias y de resistencias inconscientes, pero también de manera casi imperceptible se infiltran en el sistema del Estado socialista, sobre sus hombres, sus métodos y formas de trabajo y de su organización. Así las fuerzas antisocialistas actúan en el sentido del estancamiento y de la supervivencia de las formas antiguas. Aquí reside el peligro más grave que amenaza a la clase obrera después de su victoria política. Y en él se oculta el más grave de todos: la formación de la casta burocrática, administradora de la revolución.

Marx estimaba, con razón, que el período de transición del capitalismo al socialismo era una época de grandes contradicciones. Así en su brillante ensayo “La guerra civil en Francia”, escribe: “Los obreros... saben que para realizar su propia emancipación y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual mediante su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos que transformarán a la par las circunstancias y los hombres. No se trata de realizar un ideal, sino simplemente de liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno”. Y en el prólogo a la primera edición de “El Capital” emitió este juicio: "una sociedad... jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto”.

La victoria revolucionaria de la clase obrera no crea por sí misma relaciones socialistas. Su misión es derribar los obstáculos que se oponen a la libre formación y a la consolidación de esas relaciones cuyo proceso depende del nivel de las fuerzas materiales de la sociedad, es decir, del grado de desarrollo de las fuerzas de producción. El papel de la conciencia socialista, representado por los partidos socialistas, factor también de importancia decisiva, consiste en actuar en relación con aquél, liberando y activando los elementos de la nueva sociedad, desarrollando las fuerzas productivas hasta el nivel en que el socialismo pueda convertirse en la forma indiscutible de las relaciones sociales.

La revolución será verdaderamente socialista si evita que la primera propiedad socialista, en forma estatal, se transforme en propiedad exclusivamente estatal, porque desde ese instante el Estado se convierte en potencia autónoma por encima de la nueva sociedad. Y provocado tal hecho desaparecen la democracia y la libertad proletarias. La revolución será socialista, entonces, en la medida que haga efectiva la socialización de los medios de producción y su administración por los trabajadores mismos, a través de los sindicatos, consejos obreros, comités populares, y descentralice las funciones administrativas por medio de organismos de base, como son las comunas, los municipios y los comités de ciudadanos. La revolución se hará fructífera cuanto más logre avanzar las cosas y prepare el terreno

para nuevos progresos sin limitaciones ni coacciones policiales. En este sentido, la crítica socialista científica es la única que puede garantizar el progreso socialista: “Las revoluciones proletarias se critican ellas mismas constantemente, interrumpen a cada paso su propia marcha, vuelven sobre lo que parece realizado ya para reconocerlo de nuevo, y se burlan implacablemente de las vacilaciones, debilidades y miserias de sus primeras tentativas”. (“El 18 Brumario de Luis Bonaparte”).

Las fuerzas socialistas deben poseer un alto grado de conciencia y de fortaleza, y su control ideológico revolucionario, proletario y socialista, no puede abdicarse en ningún instante. Su dirección del desarrollo práctico debe ser constante, viva y eficaz; únicamente así se evitará la degeneración de la revolución proletaria en un sistema de despotismo burocrático, expresión y superestructura de las relaciones sociales propias del capitalismo de Estado.

La organización política y sindical de los trabajadores

Marx expresa que la emancipación de los trabajadores deberá ser obra de los trabajadores mismos, es decir, únicamente por la acción de la clase obrera se podrá derrocar a la burguesía e instaurar el socialismo. Los trabajadores de cada país, entonces, deben organizarse política y sindicalmente, dando vida a partidos revolucionarios socialistas que agrupen a las fracciones más combativas y decididas de la clase obrera, como vanguardia de todos los explotados, conduciendo sus luchas en contra de la burguesía, por su liberación integral; y, a la vez, constituir sindicatos para luchar por sus reivindicaciones inmediatas, de carácter económico. Al mismo tiempo, estos partidos y sindicatos tendrán que coordinar su acción con la de los demás partidos revolucionarios y organizaciones sindicales del mundo, para así obtener la unión de todos los trabajadores del orbe y aplastar a la burguesía y el capitalismo.

La lucha del movimiento obrero se desarrolla en tres direcciones, íntimamente enlazadas; en el plano teórico, como asimilación de la teoría socialista y esclarecimiento de la estrategia y táctica de la lucha revolucionaria; en el plano político, como acción por la conquista del poder con el objeto de llevar a cabo la transformación de la sociedad capitalista en otra socialista; y en el plano económico-práctico, como resistencia a la burguesía y el capitalismo, para alcanzar determinados objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase asalariada. En este aspecto los trabajadores aprovecharán las garantías democráticas en su organización de clase, política, sindical e internacional, y en mantener viva la lucha de clases, dirigida a derrocar la burguesía y el régimen demo-capitalista. En el “transcurso de muchos decenios los trabajadores han edificado dentro de la democracia burguesa, bajo su protección y en lucha con ella, fortalezas y bases propias de la democracia proletaria: sindicatos, escuelas de formación, organizaciones deportivas, cooperativas, etc. El proletariado no puede llegar al poder desde los cuadros formales de la democracia burguesa, sino únicamente por el camino revolucionario. Pero, justamente, para la conquista revolucionaria ha menester del punto de apoyo de la democracia obrera dentro del Estado burgués”.

El movimiento político “de la clase obrera tiene, desde luego, el objetivo final de conquistar el poder político para dicha clase, lo cual exige, por supuesto, una organización previa de la clase obrera hasta cierto grado, organización que está condicionada por su propia lucha económica. Por otra parte, cualquier movimiento en el cual la clase obrera se levante como clase frente a sus opresores tratando de imponérseles mediante una presión “desde afuera” es un movimiento político”. La acción política revolucionaria de la clase trabajadora se orienta hacia la conquista total del poder. La acción sindical tiende, también, a lo mismo, pero se dirige en especial a la obtención de las reivindicaciones económicas

inmediatas de la clase obrera, de hondo valor humano, a la vez que mejoran sus condiciones de vida. Estas luchas reivindicacionistas crean conflictos sociales que se transforman en conflictos de clases y, por ende, en conflictos políticos, orientados por los partidos políticos de clase.

Según Engels, en “Ludwig Feuerbach”, queda demostrado en la Historia moderna "que todas las luchas políticas son luchas de clases y que todas las luchas de emancipación de clases pese a su inevitable forma política, pues toda la lucha de clases es una lucha política, giran, en último término, en torno de la emancipación económica. Por consiguiente, aquí por lo menos el Estado, el régimen político es el elemento subalterno, y la sociedad civil, el reino de las relaciones económicas, lo principal".

La personalidad socialista de Eugenio González Rojas

ARAUCO N°42 julio 1963

I

Eugenio González Rojas es una de las figuras de mayor categoría intelectual del país y uno de los representantes más calificados del socialismo chileno. Su larga trayectoria como educador, escritor y político posee rasgos atrayentes y ejemplares. Miembro brillante de la generación de 1920, se nutrió en sus atributos esenciales bien definidos por el propio Eugenio González, en un bello artículo, con estas frases: “Había entonces ideales, no consignas. Nadie abdicaba de su autonomía moral, de su independencia intelectual, de su derecho a juzgar libremente las ideas, los sucesos y los hombres.” En ese ambiente se formó el fondo sustentador de su calidad intelectual e ideológica; de la inagotable originalidad y vitalidad de su pensamiento y de sus actividades sociales y políticas. El espíritu de la generación del año 20, idealista, libertaria y rebelde, le marcó su sello indeleble y, a su vez, Eugenio González la personifica con brillo inigualado y le asegura una gravitación e influencia mucho más allá de sus reales fronteras cronológicas.

Fiel a su ideario democrático-social resistió la instauración de la dictadura militar, actitud que le valió una larga relegación a la isla de Más Afuera. A su regreso al continente participó en las inquietudes de un selecto grupo de ciudadanos, organizado con el fin de dar vida a una nueva agrupación política. De su seno surgió la ARS, (Acción Revolucionaria Socialista) y como dirigente intervino en la revolución socialista del 4 de Junio de 1932, en cuyo gobierno ocupó el Ministerio de Educación. En seguida tuvo una señalada actuación en el nacimiento del Partido Socialista de Chile, el 19 de abril de 1933, y en los años iniciales de su organización.

En uno de sus tantos discursos pronunciados en el Senado, expresó que un partido político nuevo aparece en el seno de una sociedad democrática cuando responde a los intereses y a las aspiraciones de un sector social sin cabal expresión en los organismos existentes. Al fundarse el P. S. se daban las condiciones objetivas para que los trabajadores intelectuales y manuales actuaran de consuno en una colectividad política propia, por cuanto ninguno de los partidos tradicionales, ni tampoco las pequeñas agrupaciones obreras de la época, representaban sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales, dentro de una doctrina concordante con el sentido del movimiento histórico. El P. S. emerge, entonces, como producto natural de las circunstancias económico-sociales, dentro de la continuidad orgánica de la evolución democrática del país, con el propósito de reconstruir la economía y afirmar una nueva moral.

Por las razones expuestas, Eugenio González R., actuó con decisión en el nuevo conglomerado político popular y revolucionario, y en los momentos particularmente graves para su destino socialista jugó un

papel de primera magnitud, siendo designado Secretario General del Partido Socialista Popular, y, a continuación, en las elecciones de marzo de 1949, salió elegido Senador por la provincia de Santiago. Durante los ocho años de su mandato cumplió una magnífica misión, no sólo por su preocupación constante por los problemas nacionales, concretada en peticiones y proyectos, sino por sus numerosos y eruditos discursos polémicos en torno a la doctrina socialista, a su programa, al enfoque de la evolución histórica de Chile y al análisis de la política de la época. A pesar de la dura pugna ideológica y política, se le escuchó con interés y respeto y se le admiró por su extensa cultura, por su estilo original y su riqueza idiomática, por su profunda versación técnica. Además, siempre constituyó una fiesta espiritual escuchar sus intervenciones por el tono elevado y distinguido de sus planteamientos, y por sus frecuentes consideraciones ingeniosas, en las cuales brillaba un agudo y remozado volterianismo. Tales condiciones explican el homenaje de admiración y respeto que le rindiera el beligerante senador liberal, don Raúl Marín Balmaceda, en la última sesión de su mandato, en su nombre y en el de la oposición, al caballeresco y talentoso antagonista ideológico y político.

En el campo educacional, en el cual Eugenio González ha desempeñado una fecunda y eminente jornada, se ha destacado en forma brillante, reconociéndoles sus méritos, su sabiduría y sus dotes ejemplares de maestro y de catedrático, desde los diversos sectores. En la última elección de Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, se le reeligió para un nuevo período, unánimemente, como acatamiento espontáneo y general a sus relevantes condiciones de educador y pensador. Como demostración máxima de su ascendiente intelectual y moral, varios cientos de profesores universitarios levantaron su candidatura a Rector de la Universidad de Chile, en la cual, sin duda, triunfará para dignificación, progreso y renovación de nuestro más alto plantel educacional.

II

¿Cómo entiende el Socialismo Eugenio González? De acuerdo con sus propias palabras, en memorables discursos, el socialismo es revolucionario y creador. Los partidos Socialistas frente a la sociedad burguesa son revolucionarios como en otra época lo fueron frente a la sociedad nobiliaria los partidos liberales. La condición revolucionaria del Socialismo no depende de sus métodos empleados para alcanzar sus objetivos, sino de la naturaleza de su impulso histórico dirigido a un cambio radical en el régimen de propiedad y en la forma de convivencia. Por otra parte para superarlas, dándoles la plenitud de su sentido humano, el socialismo pretende poner al alcance de todos los miembros de la colectividad trabajadora los bienes de la civilización técnica desarrollada por el sistema capitalista. El Socialismo es revolucionario por sus objetivos, pues implica un cambio completo en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, por cuanto procura el respeto a valores de vida que exigen el régimen de libertad.

¿Cuál podría ser la fórmula expresiva del programa socialista? La siguiente: Planificación económica dentro del estado democrático popular con vistas a la dignificación espiritual de la vida humana. Las formas de vida, en que el socialismo se realice, solo serán auténticas y verdaderamente progresivas si están animadas por lo esencial de su espíritu la dignificación del hombre.

Para el socialismo la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana, hoy día desvirtuada en sus más nobles atributos y convertida en mero resorte de la maquinaria estatal. El capitalismo se afirma de hecho en una negación de la persona humana e impide a la mayoría de los hombres, adscritos a la servidumbre

moderna del salario, el acceso de los bienes de la cultura y los limita a todos por igual —capitalistas y obreros— en una práctica mecánicamente rutinaria del trabajo y en una concepción sórdidamente utilitaria de la vida. Ante la confusión de los medios y fines y la trasmutación tan negativa de los valores vigentes en la convivencia humana, Eugenio González expresa: “Así la técnica, la economía y la política, de simples medios han llegado a convertirse en fines eminentes. El Socialismo, y esa es la raíz de su fuerza ética y de su significado cultural, tiende a restablecer la subordinación de los medios a los fines y a determinar estos últimos de acuerdo con una jerarquía de valores cuyo eje sea la dignidad de la persona. Aprovechar la técnica, organizar la economía y configurar el Estado de modo que sean posibles, conjuntamente, la libertad política, la justicia económica y el desarrollo espiritual”. El Socialismo se esfuerza por establecer condiciones que permitan devolver al trabajo su alegría creadora y a la vida su dignidad moral. Los socialistas quieren una economía para la comunidad no para el Estado.

III

Es arbitrariedad de la ignorancia, cuando no propósito de intencionada malicia, sostener que el socialismo es incompatible con la libertad y, por lo tanto, siendo ésta su esencia, con la democracia. Eugenio González aclara que la socialización del poder económico propiciada por el socialismo no implica que ella se realice en forma de centralización totalitaria impuesta por una burocracia estatal y porque como heredero del patrimonio cultural repudia, el socialismo, cualquiera forma de Estado totalitario Los fueros de la conciencia personal en lo que concierne a los sentimientos y a las ideas así como a su expresión legítima son inalienables para el socialismo como el derecho de los trabajadores para designar a sus representantes en la dirección de las actividades comunes.

El socialismo no excluye ninguno de los modos superiores de vida espiritual. Ningún método de violencia estatal, menos aún la violencia erigida en sistema, es incompatible con la índole del Socialismo, porque si puede realizarse por la violencia una planificación económica para colmar el abismo del atraso y del subdesarrollo, ello se hará a costa de una inevitable deformación moral de las nuevas generaciones en el ámbito inhumano del Estado totalitario. Dice en forma textual Eugenio González R.: "El Socialismo no aspira a reforzar el poder político del Estado con el manejo del poder económico. No pretende el socialismo que sea el Estado quien planifique, regule y dirija los complejos procesos de la producción y distribución de bienes y servicios. No se propone el Socialismo levantar sobre las ruinas de las empresas privadas a una especie de gran empresario que sería el Estado burocrático y policial. Por el contrario quiere el socialismo que los propios trabajadores y técnicos a través de sus organizaciones planifiquen, regulen y dirijan, directa y democráticamente los procesos económicos en beneficio de ellos mismos, de su seguridad de la sociedad real vigente. Para el socialismo es tan imperativa la defensa de intereses y valores humanos frente a las tendencias absorbentes del totalitarismo estatal como frente al poder económico del capitalismo monopolista

No es posible, entonces, separar el socialismo de la democracia. Más aún: solo utilizando los medios de la democracia puede el socialismo alcanzar sus fines sin que ellos se vean desnaturalizados Sin duda se trata de una democracia viva superadora de la democracia puramente formal, de alcances civiles y políticos, y se haga una democracia real, de contenido económico y social, pero sin que su sentido histórico y moral que es, por sobre todo, la preservación de los derechos humanos, experimente menoscabo alguno en provecho del poder del Estado o del progreso de la economía.

En este instante de crisis y de transición en nuestra evolución democrática la instauración del socialismo es ineludible y en su fase inicial, exige la planificación económica como absolutamente necesaria para acelerar el desarrollo interno del país; industrialización conforme a un plan, reforma del régimen de propiedad y trabajo de la tierra, reajuste del sistema institucional democrático, la incorporación de las masas a la actividad cultural; entendimiento de los países latinoamericanos sacándolos de su estado de simples dependencias de la política y economía de los grandes imperialismos en pugna para una integración orgánica de sus economías y unidad de sus estadas en la política internacional, con los gobiernos democráticos.

IV

El Socialismo se está realizando en el mundo como exigencia perentoria de las transformaciones económicas impuestas por los avances tecnológicos, pero como imperativo insoslayable de la conciencia moral. Y aquí está, según Eugenio González, "la fuente primordial de la vitalidad del socialismo: en que es todavía una esperanza de superación humana. Si él no fuera otra cosa que la nacionalización, en términos políticos y económicos de los impulsos utilitarios y materialistas de las masas urbanas, carecería de verdadera grandeza, de virtud creadora".

Los socialistas que combatimos, en lo teórico, el esquematismo dogmático por estimarlo nocivo para el enriquecimiento y ensanchamiento del socialismo; que reconocemos la importancia decisiva de la clase obrera en la lucha por el socialismo pero, al mismo tiempo, resistimos la idealización del proletariado y el mesianismo proletario, porque damos gran importancia a los sectores medios, a los técnicos y a los campesinos; y criticamos la concepción del partido único, por llevar, en caso de triunfo, inexorablemente al culto al partido y al culto de la personalidad bases de la peor tiranía imaginable, nos hemos planteado siempre estas dos preguntas angustiosas: ¿Se puede construir el socialismo en un ambiente de libertad política? y ¿en un país en vías del socialismo ¿puede existir organizadamente una oposición política socialista?

Creo interpretar correctamente el pensamiento de Eugenio González R. al responder de acuerdo con sus ideas expuestas, afirmativamente dichas preguntas. Y en tal sentido expresa la posición de la mayoría de los adeptos al programa y a la actividad socialista y, a vez, los caracteriza en forma precisa ante las otras corrientes del movimiento obrero.

El Socialismo en comunión íntima con todos los desheredados, es un humanismo democrático, cuya misión es construir una nueva sociedad, un ideal de vida, una comunidad de intereses, una civilización del trabajo. En la reconstrucción de esta comunidad de vida e intereses es esencial el funcionamiento de una economía planificada que nacionalice los medios de producción y asegure una justa repartición de las rentas; pero la planificación no debe aplastar y sumergir al individuo. El régimen socialista debe prescribir a la política y al Estado límites que dejen al ciudadano un campo de libertad filosófica o religiosa y permitan el amplio respeto humano. El Socialismo no es un dogma ni una disciplina obligada y apremiante, sino una ética. Al concretarse como régimen político es un sistema de libertades, con garantías individuales, libre discusión y crítica, bajo un permanente control democrático. La democracia socialista debe ser un modo de convivencia, organización y dirección social basado en la libertad, cuya expresión positiva sea el derecho a disentir. La democracia socialista debe favorecer la crítica de sus métodos, y aun de sus fundamentos, para lograr su incesante perfeccionamiento; debe estimular la

iniciativa creadora de los ciudadanos; debe respetar y ampliar las libertades, proteger la oposición y la disidencia. En caso contrario cae en la dictadura simple y niega su teoría, su contenido y su esencia.

Eugenio González R., personifica brillantemente el programa y la posición del socialismo humanista, revolucionario y democrático, cuyas líneas generales hemos presentado según propias palabras del eminente intelectual y educador.

Los problemas sociales y económicos de Chile en el examen de dos sociólogos

ARAUCO N°52 marzo 1964

Los años de la primera guerra mundial fueron de prosperidad para el Fisco chileno. Las entradas provenientes de las grandes ventas de salitre financiaban los gastos del gobierno y permitían la construcción de algunas obras públicas. Esas entradas extraordinarias disimulaban la infecundidad del régimen parlamentario y el marasmo general del país. En medio del conformismo reinante aparecieron dos libros del más alto valor sociológico, como denuncia y programa a la vez, sobre la atrasada y patética situación nacional. En 1917 se publicaron "El Problema Nacional", del educador Darío E. Salas, y "Oligarquía y Democracia", del periodista Tancredo Pinochet Le Brun. El libro de Darío E. Salas, implacable análisis de la situación educacional de Chile, tuvo amplia difusión, removió el ambiente, repercutió en el Congreso Nacional e influyó en la dictación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, en 1920. La obra de Tancredo Pinochet, en cambio, no logró el impacto de la de Salas, a pesar de su mérito. Apareció con una introducción del doctor Carlos Fernández Peña, apóstol del antialcoholismo; y en ella examina los aspectos sobresalientes de la raza chilena, de su medio geográfico y recursos; de su desarrollo y problemas más importantes. En páginas encendidas defiende al pueblo chileno y deshace las interesadas acusaciones sobre su inferioridad, como resultado de sus vicios. Por el contrario, considera a la minoría gobernante, ciega y egoísta, la única causante de la decadencia del país, de la postración de su pueblo. Según Tancredo Pinochet, Chile no es una democracia; su gobierno reside en manos de una oligarquía plutocrática y política, cuyos privilegios mantienen aniquilada a la nación, en el atraso material, en la injusticia social y en la incultura.

Al hacerse cargo de las acusaciones corrientes en contra de las clases populares por parte de personeros o representantes de quienes las explotan y oprimen, rebate su alcoholismo como tendencia natural, porque "el alcoholismo es fomentado entre el pueblo por las clases dirigentes que son las que controlan la industria del alcohol, la cual representa en el país un capital de 263.464.734 pesos, con 110.000 personas ocupadas directa o indirectamente en las industrias alcoholizadoras. Esto constituye una fuerza social que empuja al obrero a la taberna". El pueblo no es borracho porque sí; lo es por la acción de fuerzas sociales, económicas y políticas, las cuales fomentan el alcoholismo: "nuestra oligarquía no se vanagloria de explotar el fierro o el cobre, sino de producir vino".

El chileno es capaz de un trabajo esforzado, como lo demuestra en las faenas del salitre, del carbón, del hierro; en las labores del campo en el centro o en el extremo sur, en condiciones terribles. El obrero de las minas realiza jornadas de doce horas diarias, y el campesino aún mayores. La fortaleza de la raza es asombrosa y hasta ese momento el alcoholismo no la ha abatido; no es flojo, ama el trabajo, pero el obrero y el gañán son expoliados, mal pagados y carecen de estímulos. Tampoco es enemigo del estudio, pues posee ansias de aprender, de estudiar, de surgir; no es torpe, todo lo aprende con facilidad y se

desempeña con acierto. Refuta su mala fama de ladrón, porque es asunto de educación, como en lo referente al aseo, el cambiar en un sentido positivo.

En los diversos aspectos del carácter o de la idiosincrasia, presenta rasgos favorables: los chilenos no son pusilánimes, ni derrochadores, y son capaces. Escribe Tancredo Pinochet: “La raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces. El que nuestros “Lajas” no estén domados y no estén rindiendo millones de caballos de fuerza, no quiere decir que no tengan esa fuerza, sino simplemente que no se ha aprovechado esa fuerza. Así también el que no se aproveche la capacidad de esta raza, no quiere decir que esta capacidad no exista, sino que no se ha aprovechado”.

Es enorme la variedad de recursos inexplotados o apenas explotados, y muy grande el desconocimiento de sus verdaderos recursos naturales: los geólogos aseguran la existencia de petróleo en Magallanes y de nuevos mantos de carbón, de minerales de hierro y de cobre; además hay enormes reservas de maderas; inmensas fuerzas hidroeléctricas; una rica y prodigiosa fauna marítima; suelos aptos para el cultivo de arroz, caña de azúcar y frutas. Al efectuar el balance del progreso nacional, sobre un medio geográfico rico y con una raza capaz, se pregunta si nuestro grado de progreso corresponde a tal riqueza y a tal capacidad. En respuesta exhibe el terrible atraso general, la miseria y la mortalidad de sus masas trabajadoras. Con respecto al problema de la vida, manifiesta: “Tenemos una organización nacional de una eficiencia estupenda para aniquilar la raza y matar a sus hombres. Todo Chile es un matadero infantil. El conventillo, la taberna, la ruca del inquilinato, el campamento de la salitrera, todos estos son baterías más perfectas que la más moderna maquinaria bélica de los países en guerra, para concluir con la población chilena y cercenar la pujanza física de los pocos que quedan con vida...” La salubridad es pésima; la habitación se encuentra en pavorosas condiciones y el alcoholismo en aumento: “los conventillos de nuestras ciudades son una afrenta para cualquier país que se llame civilizado”, e igual juicio formula con respecto a los campamentos salitreros y los ranchos de inquilinos"; y “el medio millón de inquilinos chilenos, no están más incorporados a la vida nacional que el millón y medio de nuestras vacas”.

En la estructura social y política del país, comprueba una profunda separación de clases, siendo avasallador el predominio de una reducida minoría privilegiada, dueña de la riqueza y del poder político. Es el gobierno de una oligarquía. Los presidentes y parlamentarios están estrechamente emparentados y unidos por los lazos de la riqueza. Para romper tan cerrada oligarquía y dar paso a una efectiva igualdad social y con ella desatar el progreso del país, corrigiendo abusos, eliminando instituciones arcaicas, nivelando los recursos, es preciso iniciar la hora de la democracia auténtica. La solución del atraso del país exigía la vigencia de una real democracia en lo económico, en lo social y en lo político.

La voz de Tancredo Pinochet, como la de otros sociólogos, cayó en el vacío. El régimen oligárquico parlamentario continuó ahondando los males del país y acumulando contradicciones explosivas.

A raíz del término de la primera guerra mundial, el régimen parlamentario experimentó una profunda conmoción y un evidente agrietamiento. En 1919 se desató una gravísima crisis económica; se paralizó la industria salitrera. El Estado dejó de percibir sus mayores entradas y millares de obreros quedaron cesantes. Sobre las masas trabajadoras hambrientas y sobre las clases medias pauperizadas llegó la influencia beligerante de la revolución triunfante en Rusia Zarista y el ejemplo de confusas experiencias extremistas en Alemania, Hungría... La crisis capitalista, de una parte; el éxito de la revolución rusa en Europa, y la consolidación de la revolución mejicana, en América Latina, estimularon la formación de un

amplísimo movimiento social y político en Chile. En él se integraron las grandes masas populares, hasta ese momento indiferentes y ajenas a los llamados de la acción política, y las agrupaciones de los sectores dinámicos de las clases trabajadoras: la FOCH (Federación Obrera de Chile), organismo sindical clasista desde 1919; la I.W.W. (Trabajadores Industriales del Mundo), núcleo sindical de acción directa, constituido en 1919; el P.O.S., (Partido Obrero Socialista), de cuadros reducidos, pero activos, y con numerosos dirigentes obreros fogueados; la Asamblea Obrera de la Alimentación, vasto frente de explotados, de asalariados y consumidores; y la FECH, (Federación de Estudiantes de Chile), organismo de la juventud universitaria que, en 1919, abandonó su posición apolítica y se sumó al gran movimiento y despertar sociales. Se alió a los organismos señalados y algunos de sus dirigentes fueron militantes de la I.W.W. y de la FOCH.

El vasto movimiento social y político, de repudio al régimen parlamentario oligárquico, lo canalizó en su provecho electoral la conjunción política populista de la Alianza Liberal, con su caudillo verboso y demagogo, senador Arturo Alessandri Palma.

La reacción reprimió, a través de diversos medios, las actividades de los organismos obreros y trató de hacer fracasar la candidatura presidencial de Arturo Alessandri. La Unión Nacional, conglomerado político derechista, y su candidato Luis Barros Borgoño contaron con la decidida intervención del Gobierno a su favor, a través de un ministerio decididamente unionista.

El gobierno persiguió a los elementos populares de acuerdo con el famoso “Proceso de los Subversivos” y, además, con la farsa de “la guerra de don Ladislao”. El Ministro de Guerra, oligarca Ladislao Errázuriz, inventó un supuesto peligro de guerra en el norte; movilizó el ejército y envió 60.000 soldados a esa zona, a mediados de junio de 1920. Los despidió en la Estación Mapocho, con estas palabras tribunicias: “Vais cumpliendo una noble y elevada misión que compromete la gratitud nacional”. A pesar de ser una burda comedia, “la guerra de don Ladislao” se tradujo en la compra de caballares y provisiones por millones de pesos en los fundos de la oligarquía. ¡La farsa apuntaba a un doble beneficio! Sin embargo, respecto al propósito de impedir la victoria de Alessandri, no tuvo éxito. El 25 de junio de 1920, Arturo Alessandri obtuvo un gran triunfo en las urnas, creándose un verdadero estado pre-revolucionario en el país. La reacción consternada, para ella Alessandri y sus partidarios eran “Lenin y sus bolcheviques-maximalistas” en la Moneda, continuó utilizando procedimientos de fuerza, terroristas, con el propósito de despojar de su triunfo al abanderado de la combinación populista.

La FECH tomó un acuerdo el 18 de julio de 1920 condenando la movilización militar ordenada por el Ministro de Guerra y a raíz de él, el 21 de julio, con motivo de las manifestaciones patrióticas de despedida a las fuerzas que iban al norte, miembros de “la canalla dorada” y turbas asaltaron y destruyeron el Club de la Federación de Estudiantes, en calle Ahumada, porque sus elementos “eran espías vendidos al oro peruano”.

Mientras tanto, un Tribunal de Honor, por 5 votos contra 2, reconoció el triunfo de Alessandri, y el Congreso Pleno, el 6 de octubre de 1920, respetando aquel fallo, proclamó a Arturo Alessandri Palma, Presidente de Chile, y el 23 de diciembre se hizo cargo de su mandato.

El Gobierno de Alessandri fracasó, y por la oposición oligárquica, atrincherada en el Senado, el parlamentarismo llegó a su máxima descomposición. Un golpe militar lo derribó el 5 de septiembre de 1924, y un nuevo pronunciamiento, el 23 de enero de 1925, lo repuso. En este corto período, Arturo Alessandri se preocupó de la dictación de una nueva Constitución de la República, en la cual se

estableció el sistema presidencial de gobierno con el objeto de poner término a los excesos del parlamentarismo. Para dar forma a su propósito llamó a la Moneda a las personas más representativas de la opinión nacional y trató lo referente a una Asamblea Constituyente. El 7 de abril designó una Comisión Consultiva, con la misión de elaborar un proyecto de Constitución Política. De sus debates salió la actual Carta Fundamental de 1925. Por la presión de los militares, Alessandri abandonó el gobierno y se llamó a nuevas elecciones. Los partidos políticos tradicionales se unieron y levantaron la candidatura de Emiliano Figueroa Larraín. Los elementos populares, asalariados, proclamaron la candidatura del doctor José Santos Salas, Ministro de Higiene y Previsión Social, autor de la Ley de Vivienda y de otras leyes sociales. Los organismos aglutinadores de aquel movimiento en pro de la solución del problema de la vivienda, fueron las Ligas de Arrendatarios.

Para llevar a cabo los trabajos de la postulación de José Santos Salas, se constituyó un Comité Nacional de Asalariados. También la apoyó la FOCH y el ex diputado socialista Víctor Luis Cruz, figuró como Secretario General de aquel Comité. Los elementos socialistas se organizaron en la Usrach (Unión Social-Republicana de Asalariados de Chile), verdadero embrión de un partido laborista.

En aquellas elecciones triunfó Emiliano Figueroa con 187.000 votos. José Santos Salas obtuvo 74.000 sufragios. Su gobierno duró escaso tiempo por la intervención creciente de los militares y debió renunciar para dar paso al cesarismo castrense.

En 1924-25 los pronunciamientos militares barrieron con la vana y falsa retórica parlamentaria y con su corrompido sistema. Desgraciadamente, su predominio posterior, a consecuencia de la caída del infecundo sistema oligárquico amurallado en el Congreso, envolvió la pérdida de las libertades republicanas. Sobre el cansancio y la reprobación del pueblo, los militares exaltaron al César criollo, Carlos Ibáñez del Campo, cuya dura tiranía aniquiló la libertad y para adormecer la conciencia ciudadana, dio un gran impulso al desarrollo material superestructural. Aplastó la politiquería estéril y desterró la difusa charlatanería de los núcleos dirigentes de la casta plutocrática, pero, también, ahogó la crítica, la oposición, con lo cual florecieron el abuso, el favoritismo y el despilfarro.

Un balance del país, de su situación social, política y moral al asumir la dirección del gobierno los militares, se encuentra en la obra del sacerdote Guillermo Viviani Contreras: “Sociología Chilena. Nuestro Problema Social”, aparecida en 1926. Adepto al contenido social de las Encíclicas “Rerum Novarum” y “Quadragésimo Anno”, no se le puede acusar de extremista y resentido, ni recusar su estudio como demagógico, dada su condición de miembro calificado de la Iglesia. Pues bien, su obra citada es un documento lapidario para la gestión gubernativa de las clases poseedoras y, al mismo tiempo, una condenación del egoísmo y la incapacidad de la oligarquía dominante. Al enfocar el problema social chileno analiza las clases sociales; su origen, sus divisiones y características más acusadas; en seguida, apunta los rasgos más sobresalientes de la evolución social del país; y, finalmente, plantea el fondo de la cuestión social chilena.

No obstante su posición espiritualista, cristiana, a menudo se le escapan afirmaciones del más puro corte materialista. Ante todo, reconoce que “la primera y más imprescindible necesidad de todo ser es alimentarse para vivir” y, por tal motivo, “el dinamismo de los pueblos hambrientos es terrible”.

En su examen de las clases sociales, parte de la comprobación de un hecho indiscutible; “La riqueza de nuestro país está poco repartida. Un grupo reducido de familias tiene la propiedad de las principales haciendas del valle central, de casi todas las minas de carbón, cobre, plata y salitre, y dirige las

instituciones de crédito, los bancos y el engranaje superior del alto comercio, de exportación e importación"...

Las llamadas clases altas son las clases de los grandes terratenientes, mineros, industriales y comerciantes; representan el capital organizado de Chile y su influencia es preponderante en la política, por medio de dos grandes partidos: el Conservador y el Liberal. Según G. Viviani: "El Estado ha permanecido, hasta hace poco, bajo la dirección, sin contrapeso, de una verdadera oligarquía que se repartía, para su beneficio, todos los más importantes y mejor remunerados puestos públicos y diplomáticos, los sillones de la Cámara de Diputados y el Senado; y elegía entre sus prohombres al Presidente de la República. El régimen, en que vivíamos, era popular y democrático, en su organización jurídica, tenía como base el sufragio universal, la elección de los gobernantes por el pueblo; y con todo, en la realidad, nuestra República era, y lo es todavía, la más aristocrática de todas las repúblicas americanas".

En sus formas de vida y, en su conducta cotidiana las clases altas llevan un boato desmedido, con una fuerte inclinación al vicio: juegos en el club, o garito elegante; apuestas mutuas del hipódromo, mantención de casas de placer... Sus rasgos en el plano moral, los resume así: "Profundamente religiosas y morales, en tiempo antiguo, a medida que han ido enriqueciéndose y transformándose en plutocracia, el lujo exorbitante y la sensualidad las ha ido paulatinamente relajando. En la vida económica han prescindido de la moral cristiana. De ahí, la falta de equidad con que un cierto número de grandes hacendados trata a sus inquilinos, el abuso en las especulaciones bursátiles, los escándalos por quiebras fraudulentas, las maniobras inmorales de los gestores administrativos, la explotación política de los ciudadanos pobres por el cohecho; y cien otros abusos, de todos conocidos, que han disminuido notablemente los sentimientos patrióticos del pueblo y han engendrado la desconfianza en los gobernantes"...

Aunque es claro para exponer los privilegios de la clase dominante, en los cuales reside su poder, su riqueza y su profunda inmoralidad, como sacerdote hace una concesión a su calidad de tal, y trata de encontrar en razones religiosas la propagación de aquellas injusticias y vicios imperantes. Así, lamenta la educación de las nuevas generaciones en el ateísmo, lo cual habría dado origen a innumerables focos de degeneración física y moral en ciudades y pueblos. No obstante, reconoce también que el avance del ateísmo se debe al debilitamiento de las fuerzas de la moralidad cristiana.

Después de caracterizar a las clases plutocráticas, analiza las clases medias, les asigna un papel de extraordinaria importancia, pero las encuentra corroídas por un movimiento intelectual antirreligioso que ha creado profundas raíces en su seno. Expresa: "en resumen, las clases medias, muchísimo más numerosas que las clases altas, con razón llamadas espina dorsal de las naciones, en el orden político, están representadas por los dirigentes del Partido Radical y Demócrata; y elementos de segundo orden de todos los demás partidos, cuya influencia social está supeditada a la de sus dirigentes. En el orden económico, representan el pequeño capital y la gestión de las empresas de poca importancia, la burocracia estatal, y las funciones variadísimas de la inteligencia al servició del capital. En el orden moral, son un conjunto heterogéneo de grandes energías morales y católicas, y de no menos grandes perversidades morales e intelectuales, cuyo veneno descompone el organismo sano de la patria".

Luego lleva a cabo un completo examen de los diversos estratos de las clases trabajadoras y lo inicia con esta afirmación: "Nuestros trabajadores tienen grandes cualidades físicas e inteligencia; lo que los coloca

a la altura de los mejores del mundo. Son de fácil comprensión, mucho sentido práctico, y poseen una energía muscular extraordinaria. Cuando se construyó el canal de Panamá, la cuadrilla de obreros chilenos se distinguió, y superó en competencia a muchas otras cuadrillas de norteamericanos y europeos, y mereció los elogios unánimes y la admiración de sus empresarios y del pueblo".

Las condiciones de trabajo y de existencia de las clases obreras chilenas son inhumanas. Todos, obreros de la ciudad y de las minas, campesinos de las grandes haciendas, colonos e indígenas, experimentan la misma explotación desalmada y vegetan en la más degradante miseria. Los gañanes o peones, llamados vulgarmente "rotos", son la escala inferior de las clases obreras, analfabetos, sin familia ni hogar, hijos del azar, generosos, fuertes y vigorosos en las labores pesadas, trabajan en todas las grandes faenas, dando ejemplos de pujanza y de extraordinaria resistencia orgánica. Sin educación, no reconocen partido y venden su voto si están inscritos, sometidos al cohecho corruptor y a la influencia de cantinas embrutecedoras. Por otra parte, los inquilinos "sufren silenciosa y resignadamente la miseria" y en algunas regiones su situación "es casi insoportable. Son explotados sin piedad". Son, generalmente, analfabetos e ignorantes; no pertenecen a ningún partido y sólo obedecen a sus patrones: "en las provincias agrícolas las fuerzas políticas dependen principalmente de los grandes hacendados. Cada uno de éstos sabe que sus inquilinos le pertenecen como heredad".

He aquí un trozo sobre las condiciones económicas y sociales de las clases trabajadoras chilenas, según el sacerdote-sociólogo Guillermo Viviani: "Para comprender plenamente la situación económica y moral del proletariado, es necesario trasladarse a los suburbios de nuestra gran ciudad, recorrer los barrios populares, mal pavimentados, formados por conventillos insalubres y casitas antihigiénicas, y entrar a las míseras habitaciones de los pobres. Oprime el alma, ver tanta degradación moral y física. Hombres y mujeres viven sin casarse en espantosa y repugnante promiscuidad. Niños sucios y harapientos, candidatos prematuros a todos los vicios, juegan en patios húmedos, mal oliente, lleno de miasmas deletéreos, y aguas detenidas. En una sola pieza habita, a veces, numerosa familia. La miseria escuálida siega vidas en flor, retoños apenas abiertos al sol de la primavera. La mortalidad infantil es enorme. En los jóvenes, se ceba la tuberculosis, infección universal que devora familias enteras. El alcoholismo, en su forma más cínica y escandalosa, y los juegos de carreras matan las sanas energías del obrero, el cual invierte en esos vicios, los salarios, a veces subidos, que gana en la fábrica o el taller; entre tanto, la mujer, cargada de un racimo de hijos, trabaja sin descanso, agotando su vitalidad materna, para asegurar el sustento a sus pequeñuelos y satisfacer sus más apremiantes necesidades. Tronco robusto de la raza, cae también a veces para no levantarse jamás, azotado por el vendaval de la miseria. Los niños abandonados, son recogidos piadosamente por otras mujeres, madres también de numerosos hijos, que conocen el dolor de vivir pobre. La caridad de nuestro pueblo es inagotable"...

En cuanto a la tragedia de los obreros mineros describe un cuadro aterrador: "Donde la situación de los mineros es digna de especialísima consideración y estudio, es en la Pampa, inmensa planicie, calcinada por el sol, sin vegetación, árida y desolada como un desierto. Sus riquezas en yacimientos de salitre y minas de cobre son fabulosas. Sobre la vasta planicie a mil, dos mil, tres mil metros de altura, está la Oficina. Allí nada se produce, no crece yerba ni pasto, ni es posible mantener animales para beneficiarlos. Los productos indispensables para la subsistencia vienen de afuera, del puerto. Los encarga la empresa explotadora. La elaboración del salitre y el cobre exige un esfuerzo humano ingente, efectuado en condiciones por demás difíciles. Hay trabajos tan duros que el más fornido obrero no los resiste más de seis meses. En ninguna parte, la organización capitalista y su gran armazón económica se manifiesta al espíritu de los trabajadores con mayor claridad que en las oficinas de la Pampa. Cada

oficina reúne dos mil, cinco mil y a veces diez mil obreros, que han venido, en enganches, de campos floridos y fértiles a la trágica y solitaria llanura. La Empresa que les da trabajo instala almacenes, llamados pulperías, donde se vende la carne, el pan, todos los artículos de consumo y de tienda. Allí nada falta, pero todo es caro.

"Las dificultades para la conducción de los productos, el espíritu de lucro de las administraciones de las Pulperías, la escasez de artículos de primera necesidad, muchos de los cuales deben ser traídos desde la región central del país, y otros factores, como la no competencia, influyen poderosamente en el subido valor de los objetos que la Pulpería vende. Por eso, aunque los salarios sean buenos, el obrero los gasta totalmente en su subsistencia y la de su familia. Además, los garitos clandestinos en que, con simulada ignorancia de la policía, se juega a las cartas, se vende licor, y se mantienen entretenciones inmorales, destruyen las sanas energías del obrero, fomentan el vicio y conducen a la miseria.

"En suma, el minero ve que la Oficina que ha pagado su trabajo con un regular salario recibe, a los pocos días, ese mismo salario en cambio de las mercaderías que le vende a subido precio. Ella gana así dos veces: primero, como Empresa productora de salitre o cobre; después como almacén universal que tiene, de hecho y sin posibilidades prácticas de competencia, el monopolio total y cerrado del comercio. Ningún objeto llega a la Oficina sin el visto bueno de sus jefes. Como, por otra parte, todos los servicios públicos, la Administración de Justicia, la Policía, el Ejército, las oficinas de Registro Civil, etc.... están, aunque no por derecho, a lo menos de hecho, bajo la dirección y patronato de los gerentes de la Oficina, los trabajadores de minas se hallan como seres indefensos y siempre pobres, parias en su propia tierra, ante la potencia formidable del capital organizado y anónimo, el cual se enriquece considerablemente. Algunas oficinas han pagado en pocos años de explotación, los millones de pesos invertidos en sus maquinarias; y han comenzado a dar una ganancia líquida enorme a los capitalistas que las instalaron. Se explica con lo dicho, que los pampinos sean obreros descontentos de su propia suerte, en los cuales se desarrolla rápidamente, el espíritu revolucionario. El movimiento socialista y comunista ha dominado la Pampa y logrado, con continuas huelgas y reclamaciones, mejorar un poco las duras condiciones del trabajo. Es digna de admiración esa inmensa multitud de héroes anónimos que, bajo un sol inclemente, rinde la vida trabajando y enriqueciendo a las grandes compañías extranjeras y nacionales, a grandes compañías extranjeras y a la patria. El gobierno y las empresas mineras, se han preocupado muy poco de mejorar la situación económica y moral de los trabajadores de la Pampa"...

Por las terribles condiciones expuestas se producen continuos motines y conatos revolucionarios, sofocados por medio de sangrientas represiones. Como sacerdote-sociólogo se lamenta de la falta de curas y de la reducida acción religiosa y moral en la región, de tal suerte que esas poblaciones están impregnadas de la más absoluta indiferencia religiosa.

Al enfocar la evolución social de Chile afirma que la existencia de la oligarquía económica ha tenido como resultante lógica la formación de una oligarquía política, y así los políticos dirigentes de los partidos Conservador, Liberal y Radical, tienen como hacendados, industriales o capitalistas, más afinidades económicas entre ellos que con los ciudadanos de las clases medias y obreras de sus asambleas respectivas. Por otro lado, se ha constituido una inmensa burocracia que obstaculiza el desarrollo de la nación, a causa de sus poderosos intereses creados. Pero lo más grave es la desnacionalización de la economía chilena:

“La evolución capitalista de las clases altas está actualmente íntimamente ligada al desarrollo de grandes empresas extranjeras, principalmente norteamericanas e inglesas. Capitales más poderosos han arrastrado tras sí muchos capitales chilenos, que se han colocado bajo su tutela y protección. De este modo, poco a poco, se va convirtiendo nuestro país en una factoría extranjera; y las grandes riquezas de nuestro suelo pasan a manos de personas extrañas que ni siquiera nos conocen. Es verdad que las empresas extranjeras benefician a nuestro pueblo porque le proporcionan trabajo en abundancia; pero también lo es que las grandes oligarquías financieras que ellas forman, procuran ejercer un tutelaje, económico primero, después político, y por último moral sobre nuestra patria. Y como no es posible ni conveniente impedir la llegada de capitales extranjeros, a un país nuevo y vigoroso como el nuestro, es necesario que con sabia política, el Gobierno establezca un equilibrio en la presión económica ejercida por los capitales de los diversos países y sus respectivos intereses con el objeto de mantener incólumes la libertad e independencia nacionales”.

Para Guillermo Viviani, la cuestión social chilena deriva de la explotación capitalista. El capitalista quiere ganancia sin trabajo personal, y los capitalistas y gerentes propenden a pagar los más bajos salarios a sus trabajadores y a despedirlos cuando no los necesitan, porque en la organización económica capitalista se considera el trabajo como una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda, en circunstancias que el trabajo debe ser dignificado, permanente y retribuido con un salario no sólo equivalente al servicio prestado, sino también proporcionado a las necesidades de vida del obrero que lo recibe.

En definitiva, las consecuencias de la explotación y especulación capitalistas se traducen en el fenómeno social de diferenciación de clases: mientras los ricos se hacen cada vez más ricos, los pobres son cada día más pobres. “La estructura económica capitalista, hoy predominante, tiene refracciones morales dilatadísimas. Ella ha empobrecido progresivamente a las clases bajas, y ha acumulado la riqueza en manos de pocas personas. Miseria, en los de abajo; lujo exorbitante, en los de arriba. El industrialismo moderno ha sacado a la mujer de su hogar, y la ha llevado a talleres y fábricas, en busca del salario indispensable para su subsistencia. La organización económica actual favorece la inmoralidad y propende a la destrucción de la familia”.

Mientras los capitales nacionales se han dedicado más a la especulación que a la labor productiva, el gobierno gasta más de lo que gana y se endeuda, de tal suerte que el pago de los intereses de la deuda pública es un pesado fardo que impide la máxima expansión económica del país. Por otro lado, el elevado consumo de riqueza en el sostenimiento del lujo de las clases altas, sustrae capitales a la producción de la riqueza destinada a satisfacer las necesidades del pueblo y a abaratar la vida. En lo político, se extiende el pernicioso vicio del cohecho, y los elegidos son todos de las clases pudientes o a su entero servicio. Así el Parlamento, representante genuino de la burguesía, no se ha preocupado de la situación del pueblo, ni de sus miserias, ni de sus vicios, que consumen en flor sus mejores energías. Los partidos políticos se han convertido en sociedades de socorros mutuos, buscando sus propias conveniencias de grupo, y no el bien general del país. Y a su alrededor prolifera, y aumenta, una dañina casta de gestores administrativos, de nefasta actividad, que origina negociados con los bienes nacionales, defraudaciones al Fisco y grandes especulaciones.

Desde extremos opuestos, el lujo exorbitante de las clases altas y la miseria de las clases populares, fomentan la corrupción, el robo y el vicio. La sociedad entera camina envuelta en la sordidez y en su centro exalta el egoísmo de los poderosos, no pone límites a sus ambiciones “y estima que el aplastamiento de los débiles es una fatalidad necesaria e irremediable”.

La dictadura militar de 1927-1931 no modificó en lo más mínimo la tremenda realidad reseñada por Guillermo Viviani. Más bien agravó la situación nacional, porque no dio solución a sus problemas básicos y, en cambio, para mantenerse en el poder, otorgó nuevas y amplias concesiones a los consorcios internacionales y endeudó, en forma desmedida e irresponsable, al país por medio de cuantiosos empréstitos. La nación quedó sometida al imperialismo norteamericano. Al atraso interno impuesto por el predominio de la clase terrateniente, sustentadora del latifundio, se sumó el saqueo colonial de la arrolladora penetración imperialista de los monopolios norteamericanos.

La crisis capitalista de 1929-1930 puso al desnudo las tremendas injusticias y las insolubles contradicciones de ese régimen semi-feudal y semicolonial; y el descontento de las grandes masas laboriosas frente a los seculares privilegios y a la dictadura, desató un movimiento de resistencia que se transformó en abierta insurgencia revolucionaria hasta provocar la caída de la tiranía el 26 de julio de 1931.

A raíz del derrocamiento de Ibáñez, quien se fugó a la Argentina, volvió al poder la oligarquía levantando la enseña del "civilismo" como antídoto a la "dictadura militar". Su gobierno, cuyo personero fue el abogado radical Juan E. Montero, se demostró incapaz y desubicado históricamente. No intentó la menor reforma económica y social en favor de las masas y, por el contrario, reafirmó el poder del latifundio, de la Iglesia y del imperialismo. Su esterilidad realizadora y su orientación reaccionaria agudizaron el descontento nacional y dieron origen a un "pronunciamiento" de militares y civiles, dirigido por Marmaduke Grove, Comodoro del Aire, y Eugenio Matte Hurtado, abogado y tribuno brillante, quienes dieron vida a una efímera república socialista, del 4 al 16 de junio de 1932, bajo el lema de "Pan, Techo y Abrigo para el pueblo". Aunque la oligarquía, apoyada en milicias represivas semi-militarizadas y sostenida por el imperialismo, logró retomar el control del país y afirmarse en el poder, la violenta lucha de clases de este período sacó a las masas populares de su resignada sumisión, elevándolas al plano de la actividad política revolucionaria, dándoles clara conciencia de sus intereses y necesidades. Como expresión de ese despertar y de su destino soberano nació el Partido Socialista, en cuyas filas se aglutinó un sector inmenso y dinámico de los trabajadores manuales e intelectuales del país, el 19 de abril de 1933, iniciándose una nueva etapa en las luchas de las clases asalariadas del proletariado chileno.

Diego Barros Arana, educador e historiador enemigo del clericalismo

ARAUCO N°53 junio 1964

I

El 4 de Noviembre de 1907, a los 77 años de edad, dejó de existir don Diego Barros Arana, historiador ilustre y educador insigne. Y a través de su inmensa obra histórica como de su cotidiana actividad educativa, se perfiló su alta condición de representante altivo y batallador del pensamiento racionalista. Su vastísima empresa de investigación y reconstrucción históricas, sintetizada en la Historia General de Chile, es demasiado conocida y apreciada para insistir en ello. Mientras realizaba su prolija crónica del pasado patrio, actuaba con intensidad en el campo educacional, desarrollando una tarea sistemática en la reforma de la enseñanza, de acuerdo con los más recientes adelantos de las ciencias y las nuevas necesidades sociales; en la dirección del Instituto Nacional y de la Universidad de Chile; en la docencia diaria y en la redacción cuidadosa de textos de estudios. Tampoco se marginó de la gestión política. En calidad de diarista y miembro del Partido Liberal, llevó a cabo numerosas campañas de oposición a los

gobiernos autoritarios de la época y de aguda crítica a las posiciones e ideas retrógradas. Asimismo, llegó a la Cámara de Diputados en tres oportunidades (1867, 1870 y 1886), aunque no demostró interés para participar en sus debates.

Barros Arana se definió en sus distintas acciones como un áspero y combativo personero del liberalismo anti-dogmático y antidictatorial, en circunstancias históricas que ese ideario traducía los anhelos de renovación y de progreso de las mayorías nacionales. Por esta actitud ideológica, clara y batalladora, recibió los ataques continuos de las huestes conservadoras y católicas. Todavía sus corifeos le propinan fuertes mandobles sectarios con no disimulada mala fe.

II

Las diatribas en contra de Barros Arana no son de extrañar cuando se conoce su pensamiento auténtico, sostenido sin vacilaciones a lo largo de su existencia. Lo expresó con franqueza en diversos discursos públicos.

En su intervención con motivo de celebrarse el cincuentenario de la fundación de la Universidad de Chile, proclamó su adhesión ilimitada a la ciencia, por sus múltiples beneficios en favor del progreso y de la felicidad del género humano. En uno de sus párrafos dijo: “La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos haciéndonos superiores a las miserias y contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad humana, engranda a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones y les conquista para más tarde la gloria de los fastos históricos de la Humanidad. Trabajemos sin descanso para alcanzarla”.

En el Congreso General de Enseñanza, verificado en Santiago, en 1902, donde se le designó Presidente Honorario, participó en sus debates y cuando se hizo la afirmación de que la moral debía estar apoyada en la fe religiosa, la refutó en los términos siguientes: "Yo afirmo que la única moral aceptable, la única que puede formar hombres dignos de una República libre y capaces de grandes empresas, es la moral independiente. La moral independiente que da al hombre el dominio de sí mismo, sin sugestiones extrañas, es muy superior a esa moral que lo liga a religiones sectarias, que le imponen la obligación de confesarse, de comulgar, de ir a misa, en una palabra, de ser hipócrita. Yo sólo acepto la moral independiente, que es la que he practicado durante toda mi vida; con ella he luchado tenazmente por mis ideas, sin que jamás se me haya acusado de falta de honradez, y, sin embargo, yo declaro bien alto que no tengo creencias religiosas”.

La posición ideológica contenida en los trozos reproducidos alentó toda la trayectoria intelectual, política, educacional y en el campo de la investigación histórica, de Barros Arana. A lo largo de su existencia combatiente demostró su insobornable espíritu laico y racionalista. Por esta actitud franca y beligerante se atrajo el odio de los elementos reaccionarios. En su creación histórica como en sus realizaciones educacionales, recibió las incesantes requisitorias de los personeros más señalados de las huestes retrógradas. Abdón Cifuentes en el plano de la enseñanza, y Pedro Nolasco Cruz en el dominio literario, le lanzaron sus dardos más virulentos, acusándole de enemigo de la religión y de la Iglesia Católicas; y de carecer de una sólida formación filosófica y de una amplia cultura histórica. Según estos

críticos, Barros Arana habría realizado, entonces, una obra sectaria y superficial. Sin duda, si, al revés, hubiera sido un defensor de aquellas instituciones, su obra alcanzaría contornos insuperables, geniales.

Es curioso subrayar desde ya que los enconados vituperios de Francisco Antonio Encina, en el presente, prodigados con insistencia en sus diversas publicaciones en contra de Barros Arana, se nutren en las fuentes de Abdón Cifuentes y Pedro Nolasco Cruz. Su única novedad consiste en agregar a las diatribas de aquellos prohombres conservadores sus frases comodines de "inerte mental" y "desheredado de la sensibilidad cerebral".

III

Diego Barros Arana participó esporádicamente en las contiendas políticas. En su juventud tuvo una breve y entusiasta actuación como decidido adversario del gobierno autoritario de Montt-Varas. Inspiró y redactó El País (julio-octubre de 1857), y, al año siguiente, fundó La Actualidad. En sus columnas lanzó violentos ataques al régimen montt-varista, propició algunas reformas institucionales y abogó por el restablecimiento de la libertad. A raíz de sus actividades y campañas, las autoridades hicieron allanar su casa y detenerlo, acusándolo de fraguar una revolución. En vista de la actitud represiva indicada, se expatrió a fines de 1858. Visitó Argentina (donde alternó con Francisco Bilbao y Santiago Arcos y con otras personalidades chilenas y argentinas), Uruguay y Brasil. Continuó a Inglaterra, Francia y España, aprovechando de recorrer los ricos archivos de Londres, París, Madrid, Simancas y Sevilla. Regresó a su patria, pasando por Lima, a fines de 1860.

Ante la proximidad del fin de la presidencia de M. Montt, preparó con José Victorino Lastarria, Domingo Santa María y Marcial González, el famoso Cuadro histórico de la administración Montt, en cuyas páginas apasionadas revelaron los abusos de poder, las arbitrariedades y los atropellos a las libertades, de aquel decenio.

En 1867 y 1870 fue elegido diputado, pero no se interesó por intervenir con asiduidad en los debates de la Cámara. En esta época lo mejor de sus esfuerzos lo consagraba al desarrollo educacional, desde la Rectoría del Instituto Nacional.

Con motivo de las elecciones presidenciales de 1886, volvió a inquietarse por un corto tiempo con los trajines políticos. Apoyó la candidatura del distinguido ciudadano José Francisco Vergara, quien se trabó en una enconada pugna y escribió unas famosas Cartas Políticas (en La Unión de Valparaíso, en agosto de 1885). Diego Barros Arana tomó parte en la polémica con sus incisivos artículos de Sévero Perpena, aparecidos en La Libertad Electoral, en abril-agosto de 1886. En este año volvió a ser elegido diputado. No se preocupó de su mandato, entregando todos sus esfuerzos y desvelos a la publicación de su Historia General de Chile, y a la preparación de la reforma educacional de 1889.

En la guerra civil de 1891, estuvo al lado de los congresistas y en abierta oposición a Balmaceda. Debió ocultarse para escapar a la dura represión de esos días dolorosos. Terminada la sangrienta contienda, se consagró a sus altas responsabilidades de perito en la cuestión de límites con Argentina y a la atención de su rectorado de la Universidad de Chile.

Barros Arana fue fundamentalmente historiador y educador. Su actividad política nunca tuvo caracteres de continuidad ni se destacó por intensa. De todos modos, formó con brillo en las filas de los liberales más intransigentes, siendo uno de sus representantes de mayor autoridad intelectual y moral, en el campo de las ideas. Defendió y personificó las doctrinas liberales en el plano de las concepciones

historiográficas y de la política educacional. Defendió siempre con decisión y entusiasmo las libertades civiles y el régimen republicano.

IV

Barros Arana demostró desde temprano interés y devoción por los asuntos educacionales, a través de informes y artículos periodísticos. El historiador Ricardo Donoso, en su erudita biografía del ilustre educador reproduce sus primeros conceptos sobre la educación tomados de un artículo aparecido en el semanario El Correo del Domingo (fundado por Barros Arana, en abril-octubre de 1862), en su primer número del 20 de abril de 1862, titulado Del profesorado en Chile, donde esboza algunas de sus principales observaciones sobre los problemas docentes. Exigía por lo menos el grado de bachiller en la facultad universitaria a que correspondiese la cátedra, a quienes la sirviesen; los sueldos de los profesores debían ser elevados y, por lo menos, equiparados con los de los demás empleados de la administración, porque "la enseñanza de la juventud es una misión demasiado importante, para que no se la ponga bajo el mismo nivel que los demás ramos del servicio público''; debía establecerse la inamovilidad del profesor que ha obtenido su cátedra por oposición, para asegurarle su independencia y seguridad; la jubilación con sueldo íntegro después de treinta años de servicios en la enseñanza y el aumento de los sueldos en un 10% por cada cinco años de servicios como estímulo para atraer a la juventud a la carrera del profesorado; se oponía al régimen de los profesores universales (el de humanidades enseñaba todo el latín y demás ramos: Matemáticas, Geografía y Cosmografía, Gramática Castellana, Historia), y abogaba por la especialización, o sea que enseñaran uno o dos ramos. En este artículo desarrollaba todo un programa, fruto de su experiencia ya considerable. Y puso sus energías al servicio del logro de sus sugestiones, con motivo de su designación de Rector del Instituto Nacional, a comienzos de 1863. Inició una audaz política de reformas abarcando planes, programas y métodos educacionales, y durante los diez años de su Rectorado un soplo renovador agitó en forma permanente las aulas institutanas. Colocó en alto sitio al Instituto Nacional mejorando la enseñanza literaria y desarrollando la científica. Amplió los programas de Matemáticas, Física y Cosmografía, y creó la enseñanza de nuevos ramos de estudios: Historia General de la Literatura, Historia de la Filosofía. Química, Geografía Física e Historia Natural, perfeccionó los métodos en orden a eliminar la memorización estéril y los excesivos datos nimios e inútiles, y estableció la especialización del profesorado en determinados ramos; adoptó nuevos textos (redactados especialmente o traducidos de aquéllos en uso en el extranjero); estimuló la afición al estudio y a la lectura de los alumnos, por medio de Biblioteca, Academia Literaria y certámenes; suprimió las prácticas piadosas (misa diaria y rosario nocturno). En resumen, una atmósfera de soberanía y de libre examen caracterizó al Instituto Nacional a partir de aquella fecunda etapa.

Desde 1865 asumió labores docentes, desempeñando las cátedras de Historia Literaria y de Historia de América. Al mismo tiempo se puso a preparar textos modernos sobre la base de una vasta bibliografía. Entre 1865 y 1871, redactó los siguientes: Compendio de Historia de América, en dos gruesos volúmenes, y su correspondiente Compendio Elemental, en un volumen; Elementos de Literatura, Retórica y Poética; Nociones de Historia Literaria; Manual de Composición Literaria y Elementos de Geografía Física.

Los manuales de Barros Arana prestaron utilísimos servicios durante medio siglo y en varias naciones americanas. Aún recuerdo con afecto dos textos del gran educador: Compendio de Historia de América y Nociones de Historia Literaria, pues en ellos y en la Historia de Chile y la Geografía Económica de Chile,

de Luis Galdames; el Curso de Geografía Universal, en tres volúmenes, de Julio Montebruno; y el Curso de Historia Universal, en siete volúmenes, de Malet e Isaac, bebí mis primeros conocimientos sólidos y agradables de Historia, Geografía y Literatura universales.

Después de diversas vicisitudes, Barros Arana logró imponer sus reformas y extenderlas a toda la rama secundaria del país. En esta forma, junto con destacar y dignificar el Instituto Nacional, provocó una beneficiosa reforma general, introduciendo la enseñanza obligatoria de los ramos científicos y la adopción de nuevos métodos y de textos modernos. Por su actividad docente y su afán reformista, de espíritu laico, se atrajo la enemistad de los elementos del Partido Conservador. En el seno de esta agrupación se levantó como principio doctrinario "la libertad de enseñanza". Según el historiador Luis Galdames, "conforme a este principio debía permitirse a cualquier persona hacer los estudios que más le agradasen, dónde y cuándo le viniese en deseo, y obtener así los grados académicos correspondientes para optar a los títulos de las profesiones superiores. Cualquiera persona también podría abrir y sostener un colegio, enseñar en él lo que estimase conveniente, salvo, queda entendido, lo que contrariase a la moral o al orden público, y otorgar certificados de exámenes, de estudios y de competencia. Estas libertades de carácter docente y profesional, eran como una derivación, y complemento de las libertades civiles y de las libertades económicas, referentes al comercio y al trabajo, que integraban el programa del mismo Partido. En todo, la libre concurrencia haría triunfar a los mejores".

La famosa reivindicación conservadora no sólo trataba de la simple libertad de estudios y así suprimir la enseñanza de los ramos científicos; tendía a la libertad de conceder los títulos necesarios para el ejercicio de las profesiones superiores.

Al hacerse cargo del gobierno Federico Errázuriz Zañartu, su Ministro de Educación, el connotado personero conservador, Abdón Cifuentes, dictó el 15 de enero de 1872 un decreto relativo a exámenes, seguido de otras medidas, vulnerando la solidez y seriedad de la enseñanza, al servicio de las aspiraciones clericales y retrógradas. Barros Arana combatió esa actitud perjudicial y se trabó en desigual lucha con el Ministro. Al cabo de algunas laboriosas y sibilinas maniobras fue destituido de sus funciones, por decreto del 12 de marzo de 1873, al cumplir diez años de rectorado. En su documento Mi Destitución, explica las razones y ajetreos de su separación. Pero me agrada reproducir el contenido de su carta a Bartolomé Mitre, del 28 de agosto de 1875, donde se refiere al mismo asunto de manera irónica. Ahí le expresa: "Fui rector del Instituto durante diez años. Trabajé con un tesón incontrastable para reformar la enseñanza, estudiando yo mismo por la noche lo que debía enseñar al día siguiente, y aprendiendo así lección por lección, lo que había estudiado antes. Creo que mi acción sobre la enseñanza no ha sido inútil, y que al fin he conseguido introducir útiles reformas y despertar en la juventud el amor por ciertos estudios que antes se hacían mal o no se hacían. Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdonó medio alguno para suscitarme dificultades. El gobierno de Errázuriz, que al fin ha tenido que romper con los clérigos, había comenzado por ponerse a las órdenes de las gentes devotas, y las sirvió hostilizándome por todos los caminos, e inventando mil tramoyas para separarme. Al fin me sacaron del Instituto a principios de 1873, es decir después de diez años de consagración a los trabajos de este orden".

El famoso decreto de Cifuentes dio origen a tan escandalosos abusos que provocó el desprestigio total de la medida implantada, la caída del Ministro y la salida del partido Conservador del Gobierno. Barros

Arana, a pesar de las persecuciones y molestias, prosiguió en su honda preocupación educacional. Años adelante le correspondió trazar los planes de la reforma aprobada en 1889, para la enseñanza secundaria, cuando se impuso el llamado sistema "concéntrico" o gradual. También contribuyó a la creación del Instituto Pedagógico. Desde fines de 1891, como miembro del Consejo de Instrucción Pública, en su calidad de miembro docente más antiguo de la Facultad de Filosofía y Humanidades, pasó a ser el orientador de la política educacional. El 3 de julio de 1893 se le eligió Rector de la Universidad de Chile. El significado de su candidatura y de su designación, fue exactamente interpretado en estas palabras de Valentín Letelier: "Reconocimiento al mérito, emancipación de la Universidad, predominio absoluto de la enseñanza científica. Afortunadamente, el ilustre educacionista, que por sus antecedentes debíamos considerar como el más digno de ocupar el asiento del rectorado, es también el que por sus aptitudes puede iniciar con más acierto en servicio de las nuevas aspiraciones, el segundo cincuentenario de la Universidad Nacional".

Ungido Rector, en el acto, volcó todas sus energías al servicio de la reforma, por estimarla necesaria y provechosa para la nación. En su discurso con motivo de los actos de Celebración del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Universidad de Chile, señaló su trascendencia, los progresos logrados y el haber "excitado al estudio en este país en que el estudio tenía tan escasos estímulos". También se refirió con entusiasmo y fe a la nueva reforma iniciada y a sus beneficios para la colectividad patria.

La hostilidad del Partido Conservador le obligó durante el gobierno de Errázuriz Echaurren, a renunciar a su reelección, a pesar de otorgarle el Claustro Pleno Universitario la primera mayoría. Su rectorado quedó ligado a la consolidación de una gran reforma educacional, a la aplicación de nuevos métodos de enseñanza y al impulso general de la cultura, tal como ya había ocurrido con su Rectorado del Instituto Nacional.

V

Muchos de los trabajos históricos de Barros Arana están escritos con un vivo espíritu volteriano. Así, su importante ensayo: Riqueza de los antiguos jesuitas de Chile, inserto en la Revista de Santiago (1872). Acertadamente anota Domingo Amunátegui Solar; "Redactado con malicia y picardía, este estudio seria digno de ser incorporado en la biblioteca de los filósofos franceses del siglo XVIII". O su nutrido artículo: La acción del clero en la revolución de la Independencia americana, dado a luz en la Revista Chilena (1875), donde deja en claro la incondicional adhesión del clero y de la Iglesia Católica a la causa monárquica y contraria a los patriotas, Y lo termina con una irónica alusión a las excomuniones prodigadas por las autoridades eclesiásticas chilenas en contra de los defensores de la aprobación del Código penal: "Esta rápida reseña, en que hemos pasado en revista los principales hechos de la lucha que el clero sostuvo en América para combatir la revolución, envuelve una alta enseñanza. Si las censuras y excomuniones de tantos obispos no pudieron impedir el triunfo de la Independencia americana, ¿ahora, cuando la difusión de las luces ha hecho tantas conquistas, podrán esas mismas armas atajar el progreso de las ideas y la reforma liberal de las instituciones?".

En 1884 inició la publicación de su Historia General de Chile. En septiembre de 1899, la terminó de redactar, pero el tomo décimo-sexto, y último, fue impreso en 1902. En su notable capítulo final: Mi Conclusión, confiesa que consagró dieciocho años a escribirla, sin dejar un solo día de pergeñar a lo menos una página, pero su preparación la había comenzado muchos años antes, investigando los

archivos nacionales y extranjeros, formando colecciones documentales y entregando diversas monografías. Es, pues, la obra de toda una laboriosa vida.

La Historia General de Chile está realizada de acuerdo con el método narrativo, en orden cronológico, con abundancia exagerada de datos. El autor defiende la concepción narrativa, siguiendo las sensatas recomendaciones de Andrés Bello en la famosa polémica de 1844. Es, sin duda, su más alto representante en nuestro país, y tal vez en América. A pesar de su prolijidad, supera la mera crónica, en cuanto trata de presentar la historia no sólo en las personas de sus gobernantes, militares y hombres notables, sino la del pueblo mismo estudiado en sus costumbres, leyes, ideas y creencias, todo ello expuesto con claridad y fidelidad al pasado. Así lo declara en líneas de gran interés: “La historia debe estudiar y dar a conocer con igual competencia todas las diversas fases de la vida de un pueblo o de una época: y el historiador está obligado a poseer los más variados conocimientos para tratar con cierta competencia esa diversidad de órdenes de hechos, Sin pretender haber llenado esta condición del género histórico, creyendo por el contrario que sólo es dado a los hombres eminentemente superiores acercarse a ella, me he empeñado en la medida de mis fuerzas, en trazar cada una de las diversas manifestaciones de la vida de nuestros mayores, con el mismo estudio, con el mismo interés, y en cuanto parecía convenir, con la misma extensión. Los hechos de carácter económico y social, la declaración de la libertad comercial, la introducción de la vacuna, etc., las cuestiones y competencias de carácter eclesiástico, y los accidentes grandes o pequeños que importan un progreso de la cultura tienen en el desenvolvimiento y en la marcha de las naciones la misma o mayor influencia que las guerras; y el historiador debe por tanto estudiar los acontecimientos de aquel orden con tanto celo como las manifestaciones más agitadas y brillantes de la vida de los pueblos, manifestaciones que antes ocupaban casi exclusivamente los libros de historia. Así se comprenderá que todas las páginas de esta obra, aun aquéllas que se refieren a hechos subalternos y secundarios, y hasta las notas al parecer de menos importancia, me han merecido la misma atención que los acontecimientos más aparatosos y que de ordinario parecen más trascendentales".

Sin duda la Historia General de Chile es un monumento de erudición y el producto de medio siglo de investigación benedictina. Su valor histórico en el sentido de haber buscado siempre la verdad en los hechos, es indiscutible. Es el arsenal de hechos más completo y escrupuloso y su defecto más resaltante proviene de ese mérito: exceso de pormenores desprovistos de interés o de importancia. Las noticias de carácter económico y social son escasas y quedan ahogadas en el fárrago de incidentes políticos, militares y biográficos. Por otra parte, no existe una clara definición y valorización de los hechos, ni un análisis coordinador de sus causas, relaciones y consecuencias. O sea, no se encuentran explicaciones generales precisas frente a la masa de datos relatados prolijamente.

El propio Barros Arana reconoció que su obra tendría un valor relativo, porque la historia está destinada a rehacerse constantemente: "Pero si muy seguramente antes de muchos años una nueva historia de Chile, producto natural de esa renovación inevitable y útil en los estudios históricos, vendrá a reemplazar, como libro de lectura, a la que yo he escrito, estoy cierto también de que ésta será consultada más tarde como punto de partida para la futura investigación, y como fuente abundante de noticias de primera mano. Mi obra vivirá entonces en las bibliotecas, como hoy viven tantos libros que no porque se leen menos, o porque no se leen en toda su extensión, han dejado de ser útiles a los hombres de estudio que tienen que acudir a consultarlos”.

Sin embargo, los ataques más violentos propinados a su obra no lo son tanto a su concepción historiográfica, a su procedimiento, como a su orientación. Es su tendencia laica y critica la que irrita a sus impugnadores. Si hubiese exaltado el régimen colonial español y cantado loas a la Iglesia Católica, sería genial.

VI

El crítico católico Pedro Nolasco Cruz, en estudio sobre los once primeros tomos de la Historia General de Chile, publicado en 1893 (y recogido en el tomo de su obra de recopilación, Estudios sobre la literatura chilena), emite extensas consideraciones sobre la orientación y el método de la gran obra y las cuales han guiado a los diversos enemigos del ilustre historiador. Una síntesis de sus reparos se encuentra en estos párrafos: "En la Historia General salta a la vista que el caudal filosófico propio de Barros Arana es sumamente escaso. No hay ideas luminosas, pensamientos elevados, puntos de vista nuevos, ni facilidad para manejar por junto los hechos, para descubrir las leyes a que están subordinados o las consecuencias que de ellos se deducen". En cuanto al relato, según P. N. C., no despierta ni excita nada, porque todo pasa en orden regular "con monótono y apagado colorido, sin que un grito del alma, una exclamación, un movimiento impulsado por convicciones enérgicas, venga a romper ese discurso siempre parejo, correcto y mesurado... Sin embargo, su propósito de limitarse rigurosamente a la aclaración de los hechos, no ha sido tan firme que resistiese a un espíritu de propaganda escéptica y antirreligiosa, que, aun cuando no penetra la obra (para esto se necesitaría que hubiese sido concebida de una manera filosófica), aparece en ella de trecho en trecho como desagradables excrecencias". En seguida subraya sus manifestaciones anticatólicas y dice; "Es lástima que un autor que presume de imparcial y serio, que escribe para una sociedad católica en su mayor parte, y tan empeñoso en no salir de los límites de la investigación, se deje llevar por una incredulidad fría y porfiada, sin haber para qué, sin que pudiera convencer a nadie con simples aseveraciones, sin que racionalmente hubiera de conseguir otro resultado que herir las creencias de muchos de sus lectores". Le duele anotar que a Barros Arana le incomodan tres cosas: los milagros, las prácticas religiosas y la eficacia de las misiones para la conversión de los indios. Lo refuta, pues si los historiadores incrédulos no admiten los milagros, los católicos (más ilustrados y de mejor criterio que Barros Arana, según el crítico) creen en los milagros y, cuando es el caso, "los toman en cuenta como a cualquier suceso real y positivo", según Barros Arana, los progresos de la ilustración y del criterio han desterrado para siempre los milagros de la historia y si los recuerda en su obra es con el objeto de dar a conocer el carácter de la época y los sentimientos religiosos de los conquistadores, los cuales, por lo demás, nunca "ponían freno a su insaciable codicia y a su bárbara crueldad". Aquí reside la causa de la violenta oposición de Pedro Nolasco Cruz a la obra de Barros Arana y se sulfura ante su falta de creencias y su afán de "hacer pueriles manifestaciones de incredulidad". En cambio, para el católico "un milagro es posible en cualquier circunstancia", pues, "Dios, autor y supremo legislador del Universo, puede suspender las leyes naturales o modificarlas, cuando así lo cree conveniente su infinita sabiduría".

Pedro Nolasco Cruz defiende la acción de las misiones para convertir a los indígenas, aunque confiesa: "poca cosa fue sin duda lo que consiguieron". Frente a los hechos desfavorables del régimen colonial, anotados por Barros Arana, reconoce que "el rey, para estimular a los soldados, les permitía reducir a esclavitud a los prisioneros, con lo cual les facilitaba un modo de enriquecerse. Al mismo tiempo registra los abusos de las autoridades (aun con los propios españoles) y de los mercaderes, pero niega que la Colonia vegetase en una atmósfera de absolutismo insoportable. Llega a defender el monopolio comercial y España habría atendido los intereses de las colonias "en cuanto eran compatibles con la

dependencia de una autoridad paternal y humanitaria". Si no faltaron abusos, también el progreso "entrabado por tantas causas, ajenas todas ellas al absolutismo y tiranía, tuvo que ser muy lento".

En resumen, para Pedro Nolasco Cruz, con todas las injusticias, fallas y contradicciones del régimen colonial, su ataque ha sido explotado sólo por escritores mal intencionados no tanto por animadversión a España, como por "odio al legado más precioso que ella nos dejó, y ante el cual todo lo demás es nada; la religión católica".

Pedro Nolasco Cruz reivindica sobre todo a la Iglesia Católica y al régimen colonial organizado por España, y le indigna comprobar en Barros Arana una gran frialdad, cuando no un abierto rechazo, hacia aquel sistema y la Iglesia. Los historiadores de una misma tendencia niegan todo valor a los documentos y testimonios que hablan de las crueldades e injusticias irritantes de un sistema despótico y atrasado. Por el contrario se apoyan en la frondosa Legislación de Indias para rehabilitarlo y presentarlo como un dechado de perfección y de preocupación por la suerte de los naturales y criollos. Pero la Legislación de Indias no se aplicó; no se concretó en instituciones ni formas de vida reales. Sin duda, sobre este tópico la polémica será permanente. De todos modos, cuando se leen las Noticias secretas de América, de los sabios Jorge Juan y Antonio de Ulloa (editada en Londres, en 1826, por David Barry) no causa extrañeza que los historiadores liberales no se entusiasmen con el régimen colonial español, Esos comisionados del Rey exhiben a cada instante su asombro ante el trato inhumano sufrido por los habitantes de Nueva Granada, Quito, Perú y Chile, bajo el poder incontrolado de corregidores, curas y hacendados, en pueblos, campos y minas, durante el siglo XVIII. El informe de Jorge Juan y Antonio de Ulloa es el más lapidario desmentido a los rapsodas del supuesto humanitarismo cristiano del régimen colonial. Pero, a los testimonios o documentos de quienes denuncian las crueldades cometidas por la codicia insaciable de autoridades y sectores dominantes se les descalifica. Si son religiosos, porque en ellos "el delirio místico ahoga el sentido de la realidad"; si son militares o gobernantes, porque en su actitud se perciben apreciables "desconformaciones cerebrales".

Barros Arana expuso, con seriedad, multitud de hechos y de actitudes, relacionados con la crueldad y el atraso coloniales. El propio Pedro Nolasco Cruz los reconoce, pero los justifica. La Iglesia, como institución, y la mayor parte del clero estuvieron al lado del régimen. Y más tarde combatieron con rudeza el movimiento de la Independencia. Sólo se produjo la rebelión de sacerdotes aislados.

Nos parece natural reivindicar a España en el sentido que su régimen implantado en América no fue inferior ni distinto al de los demás países colonialistas. Pero de ahí a destacarlo como un modelo de justicia y progreso, es engañar por pasión partidista. Es más justo describir objetivamente la realidad, demostrando el desacuerdo palpable entre ella y la legislación, avanzada en la letra, aunque sin aplicación efectiva y caracterizarla como propia de un régimen universal, de estructura feudal-absolutista, penetrado por la exasperada codicia del capitalismo naciente, y cuyo propósito era vivir a costa del saqueo sistemático de los territorios dominados y cuya organización práctica constituía una perfecta máquina para expoliarlos.

VII

En la actualidad, se ha señalado por sus ataques continuos a la obra y a las concepciones historiográficas de Barros Arana, en la misma línea de Pedro Nolasco Cruz, aunque en un lenguaje más caudaloso, pintoresco e hiriente, don Francisco Antonio Encina.

Son innumerables los párrafos dedicados a Barros Arana en la inmensa producción de Encina; muchos de ellos de extraordinaria dureza. Asimismo son incontables los trozos donde habla de sus propias concepciones históricas y de su genial superioridad sobre todos los demás investigadores chilenos. No es únicamente Diego Barros Arana el atacado. Para F. A. Encina todos los grandes historiadores y pensadores de tendencias democráticas son gentes en quienes asombra la indigencia mental y la pobreza de vida interior, como él lo palpa con su poder sobrenatural para leer, como en un libro abierto, las reconditeces del subconsciente, en las inteligencias del corte de Barros Arana, Amunátegui, Lastarria y Valentín Letelier. Es de meridiana claridad, entonces, que en Chile no se cultivaba la historia hasta su aparición providencial. Así se encarga de señalarlo, con su Información de primera mano: "En Chile no existía historia hasta la fecha. Toribio Medina es únicamente investigación y papeles viejos. Barros Arana, documentos y más documentos. Vicuña Mackenna, imaginación y fantasía".

Los ataca y ridiculiza y, sin embargo, todos los materiales de su enorme obra los extrae de ellos, envolviéndolos en su personalísimo estilo, y reordenándolos a la luz de teorías equivocadas, anticientíficas, ya desechadas por la crítica. Sus puntos de vista originales, en cuanto a lo singular del desarrollo chileno, están tomados de Nicolás Palacios y Alberto Edwards fundamentalmente (a través de ellos se ha remontado a Gobimeau, Ammon, Lapouge, Spengler y Bergson, en híbrida mezcla); y con respecto a Barros Arana sus diatribas parten de la vertiente de Pedro Nolasco Cruz.

Según su criterio, entre los eruditos que soñaban con escribir una historia de Chile, "Barros Arana, por sus características intelectuales, parecía el menos indicado. Sin embargo, fue el único que se atrevió a intentar la empresa". ¿Por qué el menos indicado? ¡Porque era un miope cerebral que cogía los hechos al bulto...! La verdadera historia de Chile comienza con don Francisco Antonio Encina al poseer una sagacidad psicológica espontánea que "le permite coger los hombres y los acontecimientos directamente de la realidad, sin razonarlos", poder mágico donde descansa su orgullosa superioridad.

Frente a Diego Barros Arana, vasco, racionalista, adepto sensato de las ciencias, de extracción aristocrática, de ideas liberales y de buen sentido; se alza don Francisco Antonio Encina, castellano, intuicionista, devoto de las más peregrinas teorías seudo-científicas, de extracción media, elevado a acaudalado hacendado de provincia, de ideas conservadoras, desbordante de fantasía y de mitos. No puede darse, pues, contraste mayor.

Encina se presenta en nuestra historiografía como un atrasado racista, intuicionista, mitómano, de una egolatría descomunal, hasta reconocerse poderes mágicos, todo lo cual aplica a la acomodación de nuestro pasado histórico a sus pretendidas concepciones genéticas, a sus predicciones arbitrarias y a sus aventuradas teorías. Los historiadores, como los personajes históricos que no le son simpáticos caen apabullados, unos y otros, bajo sus dicterios de "desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes e inertes mentales, ideólogos, soñadores y desheredados de la sensibilidad cerebral".

Tal vez donde ha tratado de presentar con mayor ecuanimidad, dentro de su soberbia, la figura de Barros Arana, es en su ensayo Breve bosquejo de la literatura histórica chilena, aparecido en Atenea, de septiembre-octubre de 1949. Ahí escribe; "Barros Arana deliberadamente procuró dar a su obra el doble carácter de enciclopedia o diccionario histórico y de una crónica con ribetes de historia. El erudito logró el primer objetivo en una forma que no ha sido superada en la América española... En cambio, fracasó en su segundo objetivo, si juzgamos los resultados con las normas actuales de la historiografía. En primer

lugar, los dos objetivos se excluían: el diccionario histórico exige el registro de todos los sucesos y datos, y la historia, la selección del material en el sentido de producir la imagen fiel y viva del pasado. En seguida, las dotes intelectuales de Barros Arana se avenían con la erudición, pero no con el cultivo de la historia. La inercia cerebral le impedía captar los factores espirituales del suceder, absorber el contenido del material y transfigurarlo en una imagen del pasado. Su excesiva limitación intelectual lo condenaba a resbalar por la superficie de los sucesos y de los actores. Su apasionamiento, deliberadamente disimulado por la frialdad de la narración, deformaba los sucesos y los hombres en una medida incompatible con la historia objetiva, como hemos visto, el material no sólo dejaba grandes lagunas, sino que también era demasiado exiguo para formarse idea exacta aun de los aspectos de nuestro pasado mejor conocidos en su tiempo. Finalmente, faltaba el largo trabajo preparatorio que hace posible la ardua tarea de escribir la historia de un pueblo... Con todos estos reparos, por el partido que Barros Arana sacó al escaso y crudo material histórico de su época, por su tendencia a establecer los hechos dentro de la medida en que los permitía el marco enciclopedista que encuadraba la obra, y por el orden y sencillez de la forma, la Historia General de Chile es quizás la que más vale entre las diversas historias generales de la literatura histórica hispanoamericana del siglo XIX".

A pesar de su esfuerzo por colocarse en un plano imparcial, F. A. Encina no puede sustraerse a su morboso procedimiento de encontrar inercia cerebral, limitación intelectual, etc., en Barros Arana. Sólo él posee sensibilidad cerebral, agilidad mental, sagacidad y genio. Es el único capaz de penetrar en el misterio del suceder histórico, de evocar correctamente el devenir, de entregar la imagen fiel del pasado, de comprender los factores espirituales de la evolución, de captar y describir el subconsciente de los grandes personajes y de tornar claros y diáfanos todos los fenómenos "ininteligibles" en la pluma de los historiadores vascos.

El historiador Julio Alemparte, autor de un brillante estudio sobre El cabildo en Chile colonial, utilizado ampliamente, pero sin citarlo, por Encina, en un folleto verdaderamente primoroso por lo irónico y sarcástico, acerca del mencionado historiador, junto con anotar sus soberbias, orgullos y egolatrías, informa que don Benjamín Valdés ha realizado un completo cotejo de los textos de Barros Arana y Encina, estableciendo de manera irrecusable su similitud, donde, a menudo, la copia es casi literal.

Es una de las novedades prácticas del método histórico enciniano: utilizar y reproducir a los diversos historiadores y, en seguida, atacarlos despiadadamente, con el propósito de ocultar la depredación.

No obstante los ataques nutridos de los historiadores conservadores, la obra de Barros Arana resiste aquellos interesados embates y presta servicios irremplazables para el conocimiento pormenorizado del desarrollo nacional durante tres siglos. A pesar del adelanto de la investigación, su estructura permanece sólida y su orientación responde en forma más real a la verdadera fisonomía de la sociedad colonial que las reconstrucciones actuales, resultado de un hispanismo parcial y unilateral.

Con toda su frondosidad verbal y su autorrecomendación, la obra histórica de F. A. Encina no ha logrado disminuir el valor de la Historia General de Chile, de Diego Barros Arana. Nos atrevemos a afirmar que la ha fortalecido, por sus ataques continuos e injustos, y ha logrado extender su influencia a través de sus propias páginas en vista de la amplia reproducción de las investigaciones del gran historiador anticlerical.

Notas sobre literatura Marxista Chilena

ARAUCO N°54 julio 1964

I

La literatura marxista chilena es muy escasa. Últimamente circulan tres interesantes ensayos, enriquecedores del reducido haber marxista de nuestro país. Son: "Del Hegelianismo al Marxismo", de Néstor Porcell, publicado a fines de 1962; "Esencia y apariencia de la Democracia Cristiana", de Luis Vitale; y "Las Nacionalizaciones y la Democracia Cristiana", de Federico Klein, aparecidas en este año de 1964.

El trabajo "Del Hegelianismo al Marxismo", de N. Porcell, se publicó bajo el signo de las Ediciones Lafargue. Esta joven empresa entregó, anteriormente, un enjundioso opúsculo del sociólogo Moisés Latorre Ralph, sobre "Naturaleza y valor de la técnica". N. Porcell analiza el proceso de gestación del marxismo desde el punto de vista filosófico, o sea, la formación del materialismo dialéctico, examinando la producción intelectual de Marx y Engels hasta el instante del impacto de "El Manifiesto Comunista", en 1848. Primeramente, lleva a cabo una completa revisión sintética de la filosofía de Hegel, antecedente ineludible para comprender el nacimiento de las concepciones marxistas; en seguida, traza un claro esbozo del hegelianismo de izquierda y de la posición de Feuerbach, eslabón decisivo con el pensamiento de Marx. Realizada esta previa tarea de esclarecimiento penetra en el análisis de las diversas "obras juveniles" de Marx, en las cuales se contiene su trayectoria del idealismo hegeliano al materialismo dialéctico, médula filosófica del marxismo. Las llamadas obras juveniles de Marx son: Su Tesis de doctorado, "La diferencia entre la filosofía natural de Demócrito y la de Epicuro"; "La crítica de la filosofía del Estado de Hegel", escrita en 1842-43, y conocida también como los "Cuadernos de Kreuznach", y en él trata las formas del Estado en conexión con el sistema de relaciones materiales; afirma ya que la clase, o estamento, es categoría previa y esencial al Estado, pues éste es expresión de la Sociedad civil o política; "Introducción a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel", escrita en 1843, y dada a luz en los "Anales franco-alemanes", en 1844, reveladora de su tránsito vigoroso, del hegelianismo de izquierda al "marxismo"; "Sobre la cuestión Judía"; "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", conocidos también bajo el título de "Economía Política y Filosofía", obra de singular trascendencia, en la cual se reúnen dos trabajos centrales de Marx: su teoría de la alienación, (o "enajenación", según otros traductores), y una crítica de la dialéctica y la filosofía en general de Hegel; las "Tesis sobre Feuerbach"; "La Sagrada Familia" y "La ideología alemana", escritas en colaboración con Federico Engels.

"La ideología Alemana" sienta las bases de una sociología materialista del conocimiento, según su premisa "no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia", y su texto completo sólo se conoció en 1932; y, finalmente, "La miseria de la filosofía", escrito polémico en contra de Proudhon, y donde desarrolla aspectos esenciales de la concepción materialista de la Historia.

Cada una de las obras mencionadas le merece un comentario preciso a N. Porcell, dejando establecido su aporte básico al conjunto del pensamiento marxista, objetivo de su ensayo, pues en él no se toca la culminación del proceso de formulación del materialismo dialéctico e histórico en las obras de madurez, a partir de "El Manifiesto Comunista" hasta "El Capital".

Según la hipótesis central de N. Porcell, "no existe una ruptura, un corte vertical" entre las obras de juventud y las de madurez de Carlos Marx, "buscando por ello los entronques dialécticos entre los

momentos esenciales del proceso básico de formación del Marxismo, al margen de un fatalismo metodológico que pondera visiones penetrantes, pero inacabadas, en desmedro de las categorías socio-económicas o filosóficas que culminan el proceso de estructuración interna del materialismo dialéctico e histórico y se proyectan en la creación del socialismo científico". Asimismo, como hipótesis particular, formula la aserción de "que el nacimiento y desarrollo del marxismo no puede reducirse a escala ascendente, en que los eslabones cronológicos son peldaños que corresponden como en un mecanismo de reloj a piezas que componen un todo funcionante". Esto, explica por qué se preocupa más en descubrir cómo se han forjado las categorías o momentos estimados, en la actualidad, los pilares de la estructura socialista, en el marco de las obras consideradas con el trasfondo epocal.

Resulta interesante destacar que la tesis principal de N. Porcell, la defiende también Eric Fromm en su reciente libro, "Marx y su concepto del hombre", aparecido en castellano en 1962, en el mismo instante de salir a luz el ensayo de N. Porcell. De acuerdo con E. Fromm, a quienes expresan que las ideas del joven Marx contenidas en sus obras iniciales, sobre todo en "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", habrían sido abandonadas por Marx viejo y maduro, como restos de un pasado idealista, relacionado con el pensamiento de Hegel, les responde con un rotundo no. Según Fromm, no hay tal abandono y sus ideas básicas sobre el hombre, expresadas en aquellas obras de juventud, son idénticas a las del viejo Marx expuestas en "El Capital", es decir, Marx no renunció a sus ideas primeras; únicamente las amplió y desarrolló.

Es halagador, creemos, para N. Porcell comprobar la coincidencia en inquietud y planteamiento sobre un aspecto trascendental del conjunto doctrinal marxista, con un pensador de tanta reputación como es E. Fromm.

N. Porcell posee una evidente erudición marxista, con un conocimiento cabal directo de las obras de Marx y Engels y de las de sus más grandes comentaristas, tanto "occidentales" como de la nutrida falange de investigadores "soviéticos". En su libro "Del Hegelianismo al Marxismo" llega a las siguientes conclusiones:

1. Para Marx, el hombre es el creador de la historia, y de las ideas políticas, filosóficas y religiosas son el reflejo de su actividad social; y al establecer la teoría de la praxis como elemento esencial de la realización racional de la filosofía por los hombres, entroniza el criterio de la acción social como elemento fundamental de la historia.

2. El descubrimiento central de Marx es el de la categoría socio-económica de clase social como el elemento constituyente básico de las relaciones sociales, del derecho y del Estado. Esa tesis se encuentra desarrollada en sus estudios sobre la filosofía del derecho de Hegel, en "La Sagrada Familia", y en la "Ideología Alemana".

3. Marx descubre la existencia de las ideologías en la relación al modo de producción dominante en una sociedad, de acuerdo con los intereses de las clases en juego. La formulación de su teoría de las ideologías se encuentra en "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y en "La Ideología Alemana".

4. Los análisis de Marx de los derechos humanos enfocados, de manera inicial, en "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y "Sobre la Cuestión Judía", terminan en la formulación del Socialismo como sistema social que les garantice, derechos reales a los hombres, según se aprecia en "La

Sagrada Familia" y "La ideología alemana" antecedentes directos del programa expuesto en "El Manifiesto Comunista".

5. En Marx culmina la dialéctica del pensamiento concreto con la tesis de la existencia de las formaciones económicas-sociales, que condicionan relaciones de producción determinadas. Y los criterios al respecto quedarán constituidos, definitiva y científicamente, en "El Capital".

En resumen, N. Porcell, cree haber demostrado que no existe ninguna obra juvenil de Marx que no nos conduzca a la integración del marxismo tal cual lo conocemos hoy y, para lograrlo, ha puesto al descubierto "entronques dialécticos entre obras cronológicamente distantes y teóricamente diferentes, reformulando su proceso de gestación como constituido por momentos que no se excluyen entre sí ni adquieren una, particular trascendencia mágica en el aparecimiento del materialismo dialéctico".

El libro de Luis Vítale: "Esencia y apariencia de la Democracia Cristiana" es de alto nivel polémico, realizado con seriedad, como resultado de una aplicación brillante del método marxista, y en él se propone desenmascarar el papel jugado por la Democracia Cristiana, poniendo de manifiesto su esencia reaccionaria oculta detrás de una apariencia izquierdizante. En seis densos capítulos examina la praxis cristiana en la historia; el origen y evolución del socialcristianismo; la acción de los partidos democratacristianos en Europa (Alemania, Italia, Francia y Bélgica), y en América Latina, (Cuba, Venezuela); la formación de la democracia cristiana en Chile, (desde la Falange Nacional al Partido Democratacristiano); el contenido de su programa; y la praxis democratacristiana chilena, o sea, la actitud de dicho partido frente a problemas como los del nuevo trato del cobre y del referéndum salitrero, cuando votaron favorablemente leyes en beneficio de la penetración imperialista; su apoyo a las facultades extraordinarias del 2 de Abril de 1957, en un instante de represión popular por el gobierno de la época; y su solicitud de apoyo a conservadores y liberales, partidos de extrema derecha, para su postulación presidencial, en circunstancias de autoproclamarse representantes de la izquierda democrática y enemigos de la reacción.

Luis Vítale es un experto en historia medieval, motivo por el cual examina con singular pericia la estructura económico-social de esa época y su expresión ideológica en el agustinismo y el tomismo, conjunto doctrinal nutricio de las raíces teóricas del actual movimiento democratacristiano. Este trata de darle modernidad y validez a pesar de ser una posición filosófica que se ha sostenido sólo por el dogma y el compromiso, y a través de un milenio se ha demostrado estéril, retrógrada y enemiga de la justicia, de la libertad y de la verdad. Pero no sólo la época medieval ha concentrado la atención de Luis Vítale; en general, es un estudioso de la historia universal, de los grandes movimientos políticos, de la ascensión y luchas de la clase obrera y de las teorías socialistas. En su ensayo "Historia del movimiento obrero", publicado en 1962, dedica su segunda parte a esbozar una síntesis de la formación y avance del proletariado chileno, con gran información y vigoroso poder de síntesis.

Luis Vítale es el prototipo del intelectual y político marxista dominado por una gran pasión en favor de la emancipación de la clase trabajadora y de una poderosa inquietud ideológica. Podemos discrepar de sus posiciones, pero es imposible desconocer su honestidad teórica y su labor revolucionaria. En el caso de su libro "Esencia y apariencia de la democracia cristiana", se trata de una producción colocada estrictamente en la línea del pensamiento socialista, esclarecedor y valiente.

El libro de Federico Klein: "Las nacionalizaciones y la democracia cristiana", publicado por Prensa Latinoamericana, enfoca uno de los asuntos de mayor trascendencia en la dramática lucha de los países

semicoloniales por conseguir su completa liberación económica y política y así dar vida a una auténtica democracia, con bienestar, libertad y soberanía; y la posición frente a él de los movimientos populares y la de la democracia cristiana en nuestro país. Ante todo descubre la pretendida ayuda de las grandes potencias capitalistas a los países atrasados, en especial la de Estados Unidos en América Latina, y escribe: "Formando en su conjunto las remesas que América Latina hace a los Estados Unidos, por ganancias y amortizaciones de los capitales invertidos, intereses y amortizaciones de los préstamos públicos y privados, por beneficios obtenidos en el mayor precio de los productos que nos vende en relación con los que nos compra, y por los frutos del comercio invisible tales como fletes y seguros, se llega a la conclusión que la América pobre, hambrienta y subdesarrollada remite cada año a la América industrializada y rica tres veces más de lo que recibe de ella". A continuación examina las conexiones de la inversión extranjera y de las estructuras tradicionales, señalando el enlace estrecho de los monopolios imperialistas con las anticuadas estructuras feudo-burguesas de América Latina, y de tal modo las oligarquías criollas juegan el triste papel de aliadas y servidoras de la penetración imperialista, hecho fundamental del atraso y de la miseria de nuestros pueblos. El carácter y los efectos de la expoliación imperialista ha sido verificado, principalmente, por sociólogos y políticos de izquierda, y, por tal motivo y no ser acusado de parcial, Federico Klein presenta los irrecusables testimonios de hombres como Arturo Frondizi y Raúl Prebisch, quienes no pueden ser catalogados de extremistas, y, sin embargo, denuncian la presencia y actividades de los monopolios internacionales como los causantes del atraso de Latinoamérica. Raúl Prebisch, ex director de la CEPAL, es contundente, en su disección del régimen imperante, en afirmar que la expoliación de los monopolios extranjeros está unida irreversiblemente a la mantención de las viejas estructuras económicas. Entonces "la lucha por nuevas estructuras sociales y una verdadera democracia política sólo se podrá lograr, cuando los "enclaves" del capital imperialista hayan sido eliminados e incorporados a la riqueza nacional. En esta empresa revolucionaria no tendrán cabida, por cierto, los alucinados que hablan de cambio de estructuras y revolución en libertad en tanto aseguran la intangibilidad de los grandes monopolios extranjeros". Describe el nacionalismo de los pueblos dominados, el único auténticamente popular, el cual persigue la independencia política y la nacionalización de sus riquezas, o sea, la recuperación de sus materias primas, es el fenómeno más característico y el corolario ineludible de la lucha por la independencia. F. Klein enfoca las nacionalizaciones en su concepto jurídico y en su realidad práctica en diversos países demo-capitalistas, incluso los EEUU, en favor del Estado; en países democráticos en poder de la colectividad; y en las naciones socialistas, donde la aplicación de aquel principio fue radical como consecuencia de la socialización de los medios de producción. Agrega un capítulo excelente sobre la consideración de las nacionalizaciones en las conferencias internacionales de Bandung, (en 1955), Belgrado, El Cairo y Moshi, (Tanganika, en 1963), y reproduce el notable acuerdo de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 14 de Diciembre de 1962, en el cual se afirma y reconoce "que las nacionalizaciones constituyen un derecho inalienable de todo Estado".

En la última parte de su opúsculo, F. Klein contempla la extraña y equivocada posición de la Democracia Cristiana chilena frente al nacionalismo, interpretándolo en forma coincidente con el de las fuerzas imperialistas, y donde residiría la explicación de su actitud contraria a los intereses populares de Chile en diversos actos trascendentales, bien desmenuzados por Klein: apoyo y voto favorable al tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro en 1949; al convenio Educacional de enero de 1951, (tan ignominioso que lo denunció al propio embajador de los EEUU, en abril del mismo año, ante la resistencia y crítica generales); al Pacto Militar, ratificado favorablemente por el senador Eduardo Frei, en el Senado, en julio de 1952; al "nuevo trato" del cobre, (Ley 11.828, del 5 de mayo de 1955); al

referéndum salitrero, en 1956; y su adhesión al "sistema interamericano y a la "Alianza para el Progreso".

En síntesis, la democracia cristiana es contraria a las nacionalizaciones según lo declara su programa y lo reafirma su candidato, y "en el fondo el gran temor de Frei y de la Democracia Cristiana, expresado entre otras cosas en la definición misma que ella hace del término nacionalismo — es el efecto revolucionario de las nacionalizaciones. Cuando una nación pequeña se enfrenta con poderosos monopolios internacionales en reivindicación de sus riquezas, no cabe reducir el problema a una simple operación jurídica o comercial aunque el país así lo quisiera. El imperialismo, pese a las sucesivas derrotas, todavía no se acostumbra a negociar. Su norma sigue siendo la amenaza y la agresión y la respuesta debe ser la movilización nacional y un alto espíritu patriótico que no puede admitir privilegios, ni vacilaciones en el frente interno. Todos deben unirse y sacrificarse para rechazar al agresor, y estos sacrificios deben ser compartidos".

Federico Klein, brillante abogado, es fundador del Partido Socialista, con una ejemplar trayectoria militante y una rica hoja de servicios en calidad de alto dirigente nacional y como su representante en diversos torneos internacionales. Aunque no es un escritor profesional, a menudo entrega artículos y ensayos valiosos sobre aspectos de la teoría y programa socialistas y acerca de los asuntos internacionales. Su libro "Las Nacionalizaciones y la Democracia Cristiana" es metódico, de sólida argumentación económica y jurídica, y de poderosa lógica doctrinaria y política, en un estilo correcto y vigoroso. El libro de F. Klein se complementa admirablemente con el de Luis Vítale, y ambos constituyen un examen calificado y convincente de las turbias posiciones teóricas y programáticas de la arrogante y prepotente democracia cristiana, de su demagógica campaña de "revolución en libertad" para los monopolios y la penetración imperialista.

II

Al aparecer la cuarta edición de mi manual de divulgación "LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO" debo manifestar que es una obra de juventud, y en ella ordené y resumí mis primeras lecturas, para abarcar y comprender las complejas doctrinas marxistas. En sus diversas ediciones agregué algo y corregí errores, pero siempre he mantenido el plan y el esqueleto iniciales. No obstante poseer muchos apuntes tomados con motivo del conocimiento de varios trabajos y de la correspondencia de Marx y Engels, y de la lectura de nuevas obras sobre el conjunto de la producción marxista, no los he incorporado al manual en cuestión. Asimismo, guardo una apreciable cantidad de comentarios críticos personales, surgidos de mis investigaciones y reflexiones y de mi larga práctica socialista. No sé si todo este material lo encierre en un volumen especial, o sencillamente, lo olvide. A esta altura de mi existencia carezco de la audacia propia de la juventud capaz de impulsarme a entregar una obra sobre materia tan analizada y enriquecida por innumerables autores de la más alta jerarquía teórica y política.

En el enfoque y exposición de las teorías marxistas, con un sentido objetivo, con rigor científico, nosotros los socialistas independientes de la II y de la III Internacionales encontramos un escollo difícil en la posición del Socialismo reformista, al despojar de su médula revolucionaria al marxismo; pero el obstáculo más serio lo presenta la actitud del Partido Comunista por considerarse el único representante legítimo de las doctrinas de Marx-Engels y proclamar al régimen soviético como marxista-ortodoxo. Las dogmáticas interpretaciones, esencialmente políticas, de Lenin; la enconada disputa político-ideológica de Stalin-Trotsky; y la consolidación durante un cuarto de siglo del sistema de "culto de la personalidad",

opuesto al humanismo marxista, constituyen acontecimientos de profundas proyecciones en el campo de la investigación y aplicación del ideario marxista, afectando sobre todo a los pensadores y escritores socialistas-marxistas. Y es el caso de los socialistas chilenos, adeptos al marxismo “enriquecido por todos los aportes del constante devenir” e independiente de las internacionales existentes. Fatalmente, al enfocar los postulados marxistas, se les compara con las realizaciones del régimen soviético y con las posiciones del Partido Comunista. La labor, entonces, se torna ingrata.

En la tercera edición de “LOS FUNDAMENTOS DEL MARXISMO” incluí un capítulo, extremadamente polémico, sobre el carácter del régimen soviético y de la desviación experimentada por la revolución rusa bajo la dirección de Stalin. En esta nueva edición lo suprimí por considerarlo ajeno al carácter del manual, y desligado del conjunto doctrinal marxista, cuya síntesis, y presentación ordenada, constituye su propósito fundamental. Además, no es posible desconocer las nuevas realidades surgidas en la URSS con el desaparecimiento de Stalin.

En su época, los escritores socialistas que atacamos los desmanes estalinistas sufrimos toda suerte de calificativos y vituperios, sin embargo, Nikita Kruschev, en el XX Congreso del PC ruso, nos dio amplia razón.

Entre las revelaciones de Kruschev, alcanzó caracteres sensacionales su reconocimiento oficial de la existencia del llamado "Testamento de Lenin” y su entrega a la publicidad. Durante treinta años el gobierno soviético lo mantuvo oculto y lo negó acusando de embusteros y falsificadores a quienes afirmaban su realidad.

El llamado testamento de Lenin son dos notas de fecha 25 de diciembre de 1922 y de 4 de enero de 1923, dictadas por el gran líder en la última fase de su enfermedad, y con destino al XII Congreso Comunista, celebrado en 1923, y en las cuales exhibe su clarividencia y su conocimiento de los hombres. Lenin, dándose cuenta de la rivalidad entre Trotsky y Stalin, temió el peligro de una escisión entre los dirigentes bolcheviques y, por lo tanto, en el PC. Para evitarla sugería varias recomendaciones. Define a Trotsky como “el hombre más capaz del Comité Central actual”, y a Stalin lo estima “demasiado brutal”, defecto “intolerable en la función de Secretario General”. Proponía separarlo de su cargo y nombrar en su lugar a un hombre “más paciente, más leal, menos caprichoso”. Señala a Zinoviev, Kamenev, Bujarín, y Piatakov como a las principales personalidades, quienes, a pesar de sus defectos, debían trabajar unidas en la dirección del PC y del Estado Soviético. Las notas no fueron comunicadas al Congreso y, al fallecer Lenin el 2 de Enero de 1924, su viuda Nadiedja Krupskaia, propuso que fueran leídas en el XIII Congreso, se opusieron Stalin y la mayoría del C.C. aliada ya al astuto georgiano en contra de Trotsky, y no se tomaron en cuenta las sugestiones de Lenin. Triunfó Stalin y, más tarde, en su furia homicida, ordenó asesinar a Zinoviev, Kamenev, Bujarín, Piatakov y Trotsky.

A propósito del examen de los sucesos iniciales de la revolución rusa entré en contacto con dos grandes escritores comunistas; Max Eastman y Víctor Serge, cuya trayectoria seguí con el más vivo interés. El primero todavía vive, pero abjuró de su concepción socialista-marxista; el segundo falleció y nunca flaqueó en su adhesión al humanismo revolucionario.

Max Eastman, poeta, ensayista, periodista, traductor y viajero, es uno de los más interesantes escritores norteamericanos. Redactó una serie de obras fascinantes sobre la revolución rusa y el régimen soviético. Su trayectoria ideológica es desconcertante y desalentadora; socialista admirador de Lenin, adherente

de la revolución bolchevique, crítico sagaz de la desviación estalinista, amigo y traductor de Trotsky, terminó en antimarxista, proclamándose liberal democrático.

Entre 1912 y 1922 fundó y dirigió las revistas "The Masses" y "The Liberator". Esta, en un momento dado, fue el único órgano defensor de los bolcheviques en los EEUU. En 1917, cuando tomó partido a su favor, reunió los fondos para enviar a John Reed a Rusia y le publicó sus artículos, los cuales formaron su célebre libro "Diez días que estremecieron al mundo".

El propósito de las publicaciones de Eastman y Reed en defensa de la URSS, en 1917, guarda gran similitud al de Wright Mills, Leo Huberman y P. M. Sweezy, en la actualidad, con respecto a Cuba, por sus libros "Escucha Yanqui" y "Cuba, anatomía de una revolución".

En seguida, Max Eastman, deseoso de conocer en forma directa la experiencia soviética, y cautivado por las ideas expuestas por Lenin en su folleto "Los soviéticos en el trabajo", aprendió ruso y se trasladó a la URSS, donde permaneció casi dos años, (desde Septiembre de 1922 a Junio de 1924). Asistió al IV Congreso de la III Internacional y vio de cerca la lucha por la sucesión de Lenin y las maniobras iniciales de Stalin en contra de Trotsky. Con los antecedentes reunidos en esos meses y el testamento de Lenin, compuso su libro "Depuis la mort de Lénine", en 1927, de valor inapreciable a causa de las posteriores falsificaciones de Stalin. M. Eastman recibió las notas de Lenin de manos de Boris Souvarine, quien las obtuvo de sus amigos del círculo de N. Krupskaia, viuda de Lenin. Este las hizo publicar, en 1926, en los periódicos "Revolución Proletaria" y "Boletín Comunista", de París, al mismo tiempo que las imprimía M. Eastman en el "New York Times" y el "New York Herald". Algunos años más tarde, Souvarine, publicó su "Staline", (Plon, 1935), formidable biografía crítica exhibiendo con gran lucidez la magnitud de la dictadura del georgiano.

Mientras permaneció en Europa Occidental terminó su libro "'Marx et Lénine, La Science de la révolution", publicada en Londres, en 1926. (Posteriormente lo realizó y le dio nueva redacción imprimiéndolo, en 1940, con el título de "Marxism, is it Science?").

Según M. Eastman, en Lenin le fascinaron su sentido de las realidades, su espíritu positivo, su solicitud ardiente hacia los pobres y los oprimidos y su anhelo de libertad; encarnaba su ideal de revolucionario científico. No obstante su admiración por Lenin y su posición socialista, en su visita a Rusia experimentó el comienzo de una decepción cruel: le chocaron el sectarismo y el bizantinismo en torno de las tantas escrituras marxistas, leídas como una revelación y, por ello, advertía que en lugar de emancipar el espíritu humano, el régimen bolchevique tendía a encerrarlo en una prisión de Estado más hermético. Para sus adentros, según declara en una de sus obras, se convenció "que contenía el germen de una teocracia y de un régimen policial", pues: "Toda religión de Estado aniquila la Libertad del hombre" y, por eso, "la separación de la Iglesia del Estado es una de las principales medidas de protección contra la tiranía". El marxismo tratado como una nueva religión hacía imposible esa separación; se le reducía a un conjunto de dogmas, fijado y administrado por el Estado, transformado en iglesia. Su crítica se confirmó con el afianzamiento del régimen de Stalin y de ahí su polémica constante contra él. De esa época son sus libros: "La jeunesse de Trotsky", (traducción de Madeleine Marx, París 1929) y "La fin du Socialisme en Russie", 1937. Por referencias en revistas conozco los títulos de obras, como "Artists in uniform", 1934; y "Stalin's Russia and the crisis in Socialism", 1940. Max Eastman tradujo la "Historia de la Revolución rusa", de León Trotsky, y según su juicio, "para mí, esta obra es el ejemplo supremo, la demostración más poderosa de la metafísica marxista aplicada a la Historia excediendo los esfuerzos

similares del mismo Marx. Pero esta aplicación pienso que será la última. Ya no se encontrará jamás un parecido titán para prodigar una tal potencia intelectual en encerrar los hechos en tales moldes".

En revistas francesas se tradujeron algunas soberbias semblanzas suyas de Chaplin, Einstein, Trotsky, integrantes de su volumen "Greats Companions", publicado en 1959, y, en el cual estudia la personalidad de eminentes contemporáneos frecuentados por él, como John Dewey, Freud, Bertrand Russell, Santayana, Pablo Casals, y los citados más arriba.

En 1955 dio término a su parábola ideológica publicando "Reflections on the failure on socialism". Su experiencia directa de la URSS y su lucha contra el régimen estalinista, lo llevaron a criticar los principios filosóficos del marxismo, y de ahí saltó a su condenación completa por estimarlo anticientífico, proclamándose demócrata liberal.

El caso del gran escritor Víctor Serge es distinto. A pesar de terribles vicisitudes no se debilitó su fe en el ideario socialista y murió leal a su pasado, legándonos su libro póstumo, hermoso, conmovedor y subyugante: "Mémoires d'un révolutionnaire". Hasta el presente no conozco traducción española. En el periódico "La Calle" le dediqué un extenso comentario. Un grupo de socialistas chilenos mantuvimos correspondencia con él y con el escritor y dirigente francés Marceau Pivert, a través del movimiento "Socialismo y Libertad". Cuando ambos, Serge y Pivert, vivían en México, a fines de la segunda guerra mundial.

Victor Serge conquistó un sitio excepcional en la literatura contemporánea como novelista, ensayista y periodista. Era hijo de un Suboficial de la guardia imperial rusa, demócrata emigrado de Moscú a Bruselas, y de una dama belga. De joven se instaló en París y se enroló en las filas libertarias. La policía lo complicó en uno de los procesos de anarquistas y se le encarceló en Nelun. Más tarde militó en España. Su novela "Nacimiento de nuestra fuerza" revive sus experiencias de esa época. Cuando estalló la revolución rusa acudió a sumarse a ella. Se incorporó a los bolcheviques y actuó en todas sus luchas. Su admirable libro: "El año primero de la revolución", es un testimonio de aquellos sucesos.

En sus "Memorias de un revolucionario" expone con excepcional lucidez el desarrollo de los trastornantes sucesos de los primeros años de la revolución: describe el fervor y el heroísmo revolucionarios de las masas; los marineros de Cronstadt toman por asalto el Palacio de Invierno instalando en el poder a Lenin y los bolcheviques; se suceden la guerra civil y la intervención extranjera; en seguida, ve a los bolcheviques encarcelar y exterminar a sus rivales y a sus aliados libertarios y, a la vez, desarrollarse a la policía política; asiste a la represión de Cronstadt en 1921, donde son aplastados los heroicos marineros cuya intervención decisiva, en 1917, cuatro años antes, permitió la victoria bolchevique, y, por ahora, sublevados en contra de la naciente burocracia y la dictadura terrorista; participa en la lucha Stalin-Trotsky, y presencia la exoneración del gran conductor del Ejército Rojo, con quien Serge se unió y su fidelidad a él lo llevó a la prisión y, luego a la relegación de la comarca primitiva del Ural.

En 1935, durante el primer Congreso Internacional de Escritores pro-defensa de la Cultura se expuso su caso. Aunque, la delegación soviética, encabezada por Ehrenburg, afirmó que Serge era un traidor, culpable del asesinato de Kírov, la misma estupidez de la acusación levantó la protesta general de los asistentes, quienes solicitaron su libertad. La actitud influyó ante Stalin, inclinado ya, en esa época, en favor de la táctica del Frente Popular, y ordenó la liberación de Serge. Volvió a París y reanudó su combate en pro de la dignidad humana y de la libertad. Entonces se hizo la firme promesa de no transigir

jamás ante la mentira y la impostura por conveniencia partidaria. Defendió siempre el socialismo y la revolución, como expresión del dinamismo interno y de la energía de las Sociedades: Comuna de París, revolución de octubre, establecimiento de los soviets espartaquista en Alemania; rebelión de Cronstadt; comuna de Cantón... fue un revolucionario, libertario, independiente, nutrido en los anhelos de liberación del pueblo y dispuesto a romper todo privilegio como medio de obtener la transformación de la sociedad y de la vida. Repudió todos los dogmas y se opuso con tenacidad a la religión del poder, y, asimismo rechazó todo compromiso intelectual con las sectas o capillas y, por el contrario trató de legar un testimonio sincero de su época, de sus luchas, de sus angustias y de sus esperanzas. El mismo decía: "Produzco el efecto de un animal exótico que he acumulado el libertarismo, el bolchevismo, el trotskismo, y que se permite aún vivir".

Escribió libros admirables: "Retrogrado en peligro", "Si fuere la media noche del siglo", "El caso Tulaef". En Chile, la Editorial Ercilla le publicó un volumen acusador y polémico; "El destino de la revolución".

Y a Max Eastman y Víctor Serge podemos agregar a teóricos y escritores tan formidables como Ernst Bloch, Henri Lefebvre, Georges Lukács y Andrezy Stawar... A pesar del interés profundo por conocer las principales publicaciones marxistas de los grandes países siempre nos encontramos en retraso. Los trabajos más notables que he leído recientemente son los de Maximilien Rubel, marxólogo francés, autor de: "Karl Marx, Pages choisies pour une éthique socialiste", publicado en 1948; "Bibliographie des œuvres de Karl Marx, 1956, el más completo y científico inventario de sus escritos; y Karl Marx, essai de biographie intellectuelle", 1957, obra de la cual reproducimos algunas páginas en "ARAUCO".

En la revista teórica yugoslava "Questions actuelles du socialisme" apareció la reseña de una obra al parecer excelente: "Histoire du Marxisme", de Predrag Franicki, profesor de la Universidad de Zagreb. El libro comprende siete partes desde el nacimiento del marxismo hasta la época actual, incluso con un enfoque del marxismo en Yugoslavia y de su revolución. Escribí solicitándola, pero no recibo aún respuesta.

III

Entre los historiadores marxistas rusos, encuentro notable a M. N. Pokrovski. Por ejemplo, su "Historia de la Cultura rusa", aparecida en 1914, posee el más alto interés, por constituir una demostración brillante de la aplicación rigurosa del método marxista en el dominio de la investigación histórica. Su cuarta edición rusa, de 1924, fue traducida al castellano por Andrés Nin (valioso marxista español, asesinado en obscuras y siniestras circunstancias en los disturbios de mayo de 1937, en Barcelona), y publicada en Madrid, en 1932.

En sus observaciones preliminares, M. N. Pokrovski, define el contenido de "Cultura", desde el punto de vista materialista, y como entienden el concepto de "Historia" los historiadores liberales y marxistas.

Según Pokrovski, "todo lo que es resultado del trabajo humano, en el amplio sentido dé la palabra, puede ser definido "como el conjunto de todo lo creado con el esfuerzo del hombre en oposición a lo que nos da generosamente la naturaleza, sin ningún esfuerzo por nuestra parte".

Para explicar su concepción materialista de la Historia expone en forma sintética el plan de su obra, de gran importancia para comprender una explicación marxista en la historiografía. Por tal razón lo reproduzco íntegramente en beneficio de quienes laboran en este campo.

La evolución económica, los sistemas de producción que se suceden en la Historia constituyen la base de los grupos sociales.

En otros términos, la historia económica está indisolublemente ligada con la historia de la Sociedad, de la aparición y desenvolvimiento de las clases sociales. Conviene examinar los resultados sociales de una organización determinada de la producción en estrecha relación con dicha organización. Pero los elementos sociales que dominan en la economía nunca se contentan con su predominio de hecho sino que aspiran a consolidar este último mediante normas jurídicas, mediante la costumbre, el Derecho y las instituciones estatales, que crean una especie de envoltura sólida alrededor del proceso fluido de la evolución económica. De vez en cuando la economía se siente cohibida en esa envoltura; ésta se resquebraja y se desprende precisamente en el momento en que bajo la misma se ha formado ya una "piel joven", de suficiente consistencia. Es imposible, considerar las relaciones de producción, de un modo independiente de estas últimas; pero se pueden aislar y estudiar por separado la forma del proceso económico, el derecho y las instituciones.

Generalmente, aún el derecho formal resulta insuficiente a las clases dominantes para asegurar su predominio. En fin de cuentas, el derecho se apoya siempre en la fuerza material; sin embargo, ningún régimen en el mundo podría sostenerse mucho tiempo si tuviera que recurrir a cada paso a la fuerza material. Esta triste necesidad corresponde sólo a los regímenes abiertamente reaccionarios que se hallan en contradicción evidente con las exigencias del desenvolvimiento económico. En la mayor parte de los casos no sucede así, sino que se procura obtener el predominio mediante la sumisión voluntaria de los subordinados. En este caso desempeña un papel principal la religión que constituye un complemento necesario del derecho y de la organización estatal. Por su origen las emociones religiosas no tienen nada que ver ni con la economía ni con el derecho: la religión se basa en un hecho casi tan fisiológico como la necesidad de alimento o el miedo a la muerte. (La fisiología es una premisa de la sociología. Si el hombre no tuviera necesidad de alimento no habría ni agricultura, ni ganadería, ni caza... Si no existiera el instinto sexual no habría familia. Si no se siente el miedo a la muerte no habría religión. Pero de la misma manera que con sólo el amor sexual no se puede explicar la familia, ésta presupone la existencia de una organización económica determinada, el miedo a la muerte no basta para explicar la religión. Este miedo queda reducido a la situación de un simple reflejo fisiológico mientras no se apodera de él o lo utiliza una determinada organización económica. No es posible considerar la religión como un hecho individual). En la práctica la religión se concreta en una serie de instituciones. Su signo inevitable es el culto y la Iglesia. Si el derecho obliga a la sumisión con el miedo de los castigos materiales, las instituciones religiosas consignan el mismo fin. Con el miedo a los castigos "del otro mundo", tanto más terrible cuanto dicho mundo es misterioso e incomprensible. En este caso el miedo místico en que se basa la religión se cultiva con fines sociales; la organización religiosa es un sistema especial de dominación que completa la autoridad del Estado. De aquí que en el estado antiguo la religión y el derecho aparezcan íntimamente entrelazados y las prescripciones jurídicas tomen, a menudo, la forma de precepto divino.

La economía, el derecho, la religión, en los primeros grados de la evolución abrazan todo el contenido de la cultura; por esto en la historia de la cultura primitiva no debería hablarse de nada más. Pero, a medida que se desarrolla la conciencia, aparece en los hombres la tendencia a comprender el sentido de lo existente, con la particularidad de que esta labor de comprensión de lo existente, iniciada con la naturaleza, se extiende asimismo a los fenómenos sociales. Las clases dominantes quieren mandar no sólo ayudadas del miedo humano y divino, sino que quieren demostrar que así se debe ser, que su

dominación es razonable y necesaria. Las ideas que luchan por la dominación contra las que en el momento dado se hallan en el poder aspiran también a justificar razonablemente sus exigencias. Cada clase elabora su ideología. En el proceso económico, al lado de la firme envoltura del derecho y la envoltura nebulosa y mística de la religión, aparece una tercera envoltura, la de las ideas.

Mediante la educación que recibimos en la escuela nos asimilamos precisamente esta última envoltura, bajo el aspecto de estudio de la realidad efectiva, la cual a menudo es difícil adivinar bajo la envoltura ideológica. Por este motivo, incluso desde el punto de vista práctico, el análisis de las distintas ideologías constituye una sección importante de la historia de la cultura.

Finalmente, es preciso el análisis de la historia de la cultura como ciencia, es decir, la historia de la literatura y el arte. Tanto la una como el otro son tan antiguos como la cultura misma, y la economía, el derecho, la religión tienen sus reflejos estéticos en las fases primitivas de la evolución cultural. (Desde la época Paleolítica existe un arte elevado desde el punto de vista técnico y ligado de un modo íntimo con la religión primitiva). Para el historiador materialista lo importante ante todo, es el aspecto social de la poesía y el arte, el reflejo en los mismos de determinadas relaciones sociales

En cada fase de la evolución cultural, la economía, el derecho, la religión, la literatura y el arte, aparecen como un todo único. Si en esta obra se corta el proceso histórico en cinco zonas verticales y no se examina en estratos horizontales, manera como aparece con más claridad la base material de la cultura, es para dar una visión más completa de las secciones más importantes.

Héctor Barreto, combatiente por la Libertad y el Socialismo

ARAUCO N°55 agosto 1964

Para muchos filósofos y sociólogos el motor del proceso histórico reside en la pugna y antagonismo de las generaciones, serian éstas, constituidas por minorías dinámicas, en las cuales se dan un nuevo sentido de la época, nuevos anhelos y nuevos horizontes, a una misma o aproximada altura de la vida, y a partir de un acontecimiento sobresaliente, las que por su acción resuelta, ansiosa de futuro, aceleran el devenir, abren vastas perspectivas renovadoras y permiten profundos avances de todo orden en la sociedad. Si aplicamos tal concepción al desenvolvimiento de nuestro país comprobamos, en efecto, la presencia de generaciones bien definidas y con una actividad creadora fecunda en toda suerte de resultados. Sin remontamos demasiado es típica, y ejemplar, la trayectoria de la llamada generación de 1920, cuyo papel histórico alcanzó perdurables logros. Desde ese año se apresuró el ritmo de la evolución social y política de Chile, planteándose en el país los problemas de la moderna lucha de clases y abriéndose una etapa de reformas orientadas a echar las bases de una democracia efectiva. Como personificación de esa combativa y generosa pléyade se alza la figura de Domingo Gómez Rojas, poeta y luchador social, inmolado por la persecución torpe de un gobierno oligárquico y retardatario. Con acertado juicio, el escritor y educador eminente, Eugenio González Rojas, actual Rector de la Universidad de Chile, miembro brillante de dicha generación, lo ha recordado en estas líneas: “Gómez Rojas ha quedado como el mejor símbolo de aquella época y aquella generación. Tuvo de ellos, en su carácter y en su obra, el exaltado romanticismo, la patética osadía, el ardiente afán de plenitud humana, el visionario sentido de una vida superior de libertad, de justicia, de belleza”.

Más tarde, en el decenio de 1930-40, actúa con caracteres típicos y resaltantes, la llamada generación de 1938, la cual surgió en la vida nacional como grupo escogido y valeroso, en lucha contra el podrido

régimen semifeudal y semicolonial imperante, sustentado en la alianza estrecha del incipiente capitalismo criollo y la caudalosa penetración imperialista norteamericana, y en abierta y decidida oposición a la amenaza del fascismo cavernario, enemigo de la dignidad y de la libertad del hombre.

La generación de 1938 libró memorables contiendas en contra de la dictadura de Ibáñez; en contra del gobierno reaccionario de Arturo Alessandri-Gustavo Ross; dinamizó el Frente Popular; aplastó la actividad criminal del virulento nacismo criollo, copia ridícula y sanguinaria del hitlerismo alemán; y consiguió, con su fervor y entusiasmo, la trascendental victoria del 25 de Octubre de 1938. Generación abnegada, combativa y valiente se personifica en la figura mártir del joven luchador social y escritor Héctor Barreto, asesinado por las bandas fascistas el 23 de Agosto de 1936, a los veinte años de edad. Héctor Barreto era un hombre de fina sensibilidad, seguidor atento de los sucesos políticos, y preocupado fundamentalmente por la creación literaria. Cuando niño, estudiante en el Instituto Nacional, había participado en las manifestaciones contrarias a la dictadura de Ibáñez. Adolescente, se entregó por entero a la lectura, a las charlas con amigos dilectos sobre los asuntos sociales y estéticos, y pronto empezó a escribir...

Las tropelías del nacismo criollo de González von Marées, amparado por la reacción de la época, asaltando locales obreros, atacando a los personeros y a las concentraciones populares, le conmovieron y le sacaron de sus afanes exclusivamente literarios. Cuando arreció la magnitud de las luchas callejeras entre los nacistas y los militantes de la F.J.S., y la prepotencia criminal de las tropas de asalto llegó al asesinato, en su propia casa y delante de su familia, de Manuel Bastías, comandante de la F.J.S de Concepción, entonces Héctor Barreto se vinculó a este organismo e ingresó a las filas socialistas. Los nacistas provocaron una nueva muerte, la de Gilberto Llanos, de La Cisterna. Frente a este innoble crimen, Barreto exclamó: “Yo pasaré a ocupar su puesto”, y desde ese instante, se sumó con pasión viril a la lucha por el socialismo, distinguiéndose por su trabajo abnegado y resuelto. Al mismo tiempo impulsó el estudio y la discusión de las doctrinas socialistas y no cesó de escribir. De esta época son sus relatos, algunos de los cuales se recogieron en el volumen “La noche de Juan y otros cuentos”, prologado e ilustrado por el pintor Fernando Marcos, su amigo y compañero. Precisamente, su prólogo suministra valiosos datos sobre la vida y preocupaciones de Barreto, con detalles precisos sobre su asesinato, a manos de una pandilla nacista.

A raíz de la trágica y cruel represión de Ránquil escribió una página estremecida. En ella dice: “Nada querían ellos sino vivir. Eran alegres. Pensaban que nada mataría su vida, o su alegría... Nada pedían ellos sino lograr de nuevo su día y su alegría. Pero los hombres del capital odian la alegría de vivir. La estrangulan siempre que pueden. La ahogan. A cosas tan brutalmente inhumanas y torpes sólo puede responderse de un modo, según la ley mosaica. Y el día está pronto, y la verdad es que el color de la sangre no se olvida. Nada pedían ellos sino vivir... paz para los caídos y los mártires. Paz”... su frase “el color de la sangre no se olvida” fue elevada a categoría de consigna por la juventud socialista y enarbolándola con arrojo y decisión derrotó a las mesnadas pardas del nacismo criollo.

Cuando Héctor Barreto ingresó a la F.J.S. se esforzaba por consolidar sus cuadros, bajo la dirección de Raúl Ampuero, y por detener las agresiones terroristas del fascismo. Al mismo tiempo editaba su dinámica y combativa revista “Rumbo”. Tenacidad organizativa, coraje en la lucha y actividad cultural permanente, sintetizaban la vida de esta nueva juventud revolucionaria.

Héctor Barreto intelectual, idealista y soñador, se agregó a sus cuadros, trabajó y pereció trágicamente en defensa de sus ideales, sellando con su labor y su sacrificio la unidad indestructible de la acción política con el ideal artístico.

Héctor Barreto adhirió al socialismo marxista, porque era un humanista. En su cuento "La Velada", pone esta frase inicial: "nada importa, sino la vida del hombre". Expresa el arraigo en su espíritu de aquellas palabras de Marx, definidoras de su doctrina, y que han llevado a tantos jóvenes de las distintas generaciones a las filas del socialismo y de la revolución: "El hombre es el ser supremo para el hombre", denunciando todas las formas de alienación que le impiden realizarse; en primer lugar, el poder del Estado, en el plano político, y, en seguida, la propiedad, fuente de la enajenación del hombre en las relaciones económicas, y para suprimir todas esas formas de alienación, plantea la necesidad de la revolución como "el imperativo categórico para cambiar todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, avasallado, abandonado y despreciable".

La revolución pretende destruir las relaciones de propiedad, anticuadas e injustas, los privilegios y la explotación del hombre por el hombre, y, a la vez, exige el respeto y la ampliación de la libertad y de la democracia. Frente a la expoliación capitalista inhumana y a la agresión terrorista del fascismo, coludidas para mantener una tiranía antihumana, el socialismo propicia el derrocamiento del capitalismo y la burguesía, a fin de imponer la justicia económica y la libertad plena. Ha sido Marx uno de los defensores más constantes y consecuentes de la libertad. En 1842, escribió estas palabras definitivas: "El peligro vital para cualquier criatura reside en perderse a sí misma. Por lo tanto, la pérdida de la libertad es un peligro mortal para el hombre".

Héctor Barreto asimiló el contenido humanista y revolucionario del marxismo; lo hizo norma de su acción, y entregó su existencia bajo su bandera emancipadora, en los cuadros aguerridos y batalladores de la F. J. S. La figura de Barreto constituye en nuestro país el más alto ejemplo y heroico símbolo de la lucha contra el fascismo y la dictadura y, a la vez, representa la unión indisoluble entre los hombres de acción y de pensamiento, entre los trabajadores manuales e intelectuales, con el propósito de transformar la realidad, cambiándole sus bases materiales y abonando así el terreno para el crecimiento y fructificación de un auténtico hacer cultural. Y esta ha sido la base esencial en el desarrollo del socialismo chileno.

La doctrina socialista, generosa y libertaria, recoge por un lado los anhelos de mejoramiento económico y progreso social de los pueblos, y, por otro, los altos ideales de la intelectualidad científica, artística y literaria. Barreto, al ingresar a las filas del movimiento socialista, encontró el clima adecuado a su responsabilidad ciudadana y a su condición de escritor. A poco de actuar cayó ultimado por las balas del nacismo criollo, pero su sacrificio se tradujo en un mandato ineludible para todos los intelectuales y artistas: sumarse a la contienda por la libertad y la democracia. No podían permanecer al margen de una batalla general y decisiva para los destinos de la cultura y de la vida. Desde entonces, los intelectuales socialistas persiguen la emancipación del hombre y de la cultura de la tiranía oprobiosa de las fuerzas retrógradas, sectarias y fanáticas, por ser enemigas de la justicia, de la libertad y de la tolerancia; pretenden concertar en una amplia unidad de labor y de propósitos a los escritores, artistas y profesionales de América, como una avanzada generosa y clarividente en la lucha ineludible por la exaltación fraternal y pacífica de los pueblos americanos y la real solidaridad continental. Al mismo tiempo, anhelan y persiguen el más estrecho contactó con todas las comunidades democráticas del mundo. De consiguiente, rechazan el chovinismo apasionado y estéril; el anexionismo y la tiranía, y

propician, en cambio, la cooperación y el intercambio sin trabas de ninguna especie, exigiendo sólo el respeto por los valores tradicionales de cada pueblo. Propugnan como requisitos primordiales de su actividad creadora, la defensa y el respeto del hombre, de la verdad y de su libre expresión; el ennoblecimiento del hombre por medio de la seguridad económica y los derechos políticos; el repudio a la mentira y el engaño de doctrinas tortuosas, por la discusión y la crítica libres; el rechazo del dogmatismo mojigato, por la acción honrada y franca de la inteligencia, creando las bases necesarias e indispensables de una convivencia social y de una real creación científica, artística y literaria.

Barreto fue un combatiente activo por el socialismo y un escritor libre. Por eso, su breve creación literaria estuvo ajena a cualquier propaganda partidista. Se enraizó, únicamente, en su alma de artista rebelde y generoso. En este aspecto es también, un ejemplo. Se mantuvo fiel a su vocación creadora por cauces propios y, a la vez, a su responsabilidad cívica luchando contra el fascismo en las filas del socialismo. Pero no confundió ambas zonas de su personalidad. Es que siempre los escritores, artistas e intelectuales socialistas han combatido el arte y la literatura dirigidos y domesticados; han resistido la Intervención del Estado y de la censura, se han opuesto a quienes pretenden introducir a viva fuerza la política militante en las creaciones del arte y de la literatura, para transformarlas en propaganda partidista; han denunciado todo intento de utilizar la cultura con fines menguados, o como instrumento estatal para la exaltación de una doctrina, de un régimen o de un sistema. Hacen suyo este pensamiento de Ignacio Silone; “La verdadera dignidad humana exige libertad. El artista sólo es capaz de dignidad, cuando es soberano de lo que hace”.

Los intelectuales socialistas afirman que el arte y la literatura no pueden quedar al margen de los procesos y de los problemas de su tiempo. Deben examinar y, reflejar la vida, tal cual es, en su verdad más honda y sincera, y forjar una imagen honesta de su dinamismo múltiple y polifásico, que se expresa por el espíritu independiente, desinteresado, de los creadores de bien, de justicia y de belleza. Creen que el sentido profundo del arte y de la literatura es el de describir con valentía, honradez y crudeza la sociedad de su tiempo; señalar las injusticias y las bajezas, la estupidez y la crueldad de un mundo en crisis, poblado de contradicciones y de intereses opuestos a la dignidad del hombre, dentro de normas de libre interpretación y al servicio de la esperanza humana. Por eso repudian a quienes ponen su creación al servicio de una sociedad capitalista injusta, tratando de encubrir idealmente sus ruindades y sus miserias; y a quienes invocando los principios libertarios del socialismo ensalzan la conducta esclavizadora y omnímoda del Estado totalitario, ocultando sus fines dictatoriales y antihumanos.

Los escritores, artistas y profesionales del socialismo, leales al espíritu noble y enaltecedor de su doctrina, tratan de estimular la libertad creadora, la libre discusión, la crítica abierta y fecunda, la tolerancia y la verdad, para entregar al pueblo un arte y una literatura de profundo contenido social e ideal humano, donde aniden la justicia, la ética y la pureza de sentimientos. Oponen a la violencia, la mentira, y el fariseísmo, la esperanza en la liberación del hombre y la realidad de un mundo mejor, y éste es su mejor homenaje a Barreto, caído en defensa de la libertad.

En este año de 1964, al conmemorar el trágico desaparecimiento de Héctor Barreto, nos encontramos empeñados en otra gran batalla para impedir la continuación del dominio de una casta plutocrática despiadada en estrecha relación con las huestes clericales, fanáticas e intolerantes, amenazando la convivencia democrática y el progreso social. La acción mancomunada del imperialismo, la plutocracia, la iglesia y algunos restos del nacismo, asesino de Barreto, se proponen restaurar el “peso de la noche”, del

privilegio, la censura inquisitorial, el dogma y el atraso en beneficio de latifundistas, especuladores y traficantes internacionales.

Barreto de estar vivo exclamaría sin titubear “no pasarán”, colocándose en su sitio de combate, junto al pueblo, al lado del abanderado de la nacionalidad oprimida y sufriente, Senador Salvador Allende, su camarada de ideas y de partido, líder del socialismo y del pueblo de Chile y futuro Presidente de la República.

Trayectoria ejemplar de Luis Emilio Recabarren

ARAUCO N°59 diciembre 1964

Hace cuarenta años, el 19 de diciembre de 1924, puso fin a su abnegada existencia Luis Emilio Recabarren Serrano, el dirigente obrero chileno de mayor coraje, inteligencia y sentido de la realidad. Por su actividad en el primer cuarto del presente siglo para impulsar la formación de la conciencia de clase del proletariado nacional, darle su correspondiente organización propia, y estimular su espíritu revolucionario de lucha sin cuartel contra sus opresores, se levanta muy por encima de su época y nos entrega una enseñanza fecunda, rica y múltiple.

Recabarren nació el 6 de julio de 1876, en Valparaíso. Sus padres fueron José Agustín Recabarren y Juana Rosa Serrano, pequeños comerciantes. Estudió en la Escuela Santo Tomás de Aquino y desde los catorce años trabajó como tipógrafo. En 1894 se casó con Guadalupe del Canto y de su matrimonio nació un hijo, pero pronto rompió con su esposa y ésta se radicó en Los Andes, donde tenía familia.

Recabarren ingresó al Partido Demócrata, organismo político popular, en cuyas filas se agrupaban artesanos, núcleos obreros y algunos profesionales.

RECABARREN, MILITANTE DEL PARTIDO DEMOCRATA

El 16 de septiembre de 1866 apareció, en Santiago, el periódico "La Igualdad”, dirigido por Malaquías Concha y Avelino Contardo, ambos miembros de la asamblea radical. El 6 de noviembre de 1887, bajo su influencia, numerosos asambleístas celebraron una reunión preparatoria para dar vida a una nueva colectividad de carácter popular, encargando a un directorio provisorio la elaboración de un programa y de un reglamento. El 20 de noviembre de 1887 se llevó a efecto una reunión amplia y en ella quedó fundado el Partido Democrático. En su convención del 14 de Julio de 1889 se aprobó la declaración de principios y su programa. En sus dos primeros puntos expresa: “Que la salvación de las instituciones republicanas debe buscarse en la participación real y efectiva del pueblo en los comicios electorales...” y “que la ley de elecciones debe garantizar al pueblo el ejercicio legítimo del derecho del sufragio, atribuyendo a los ciudadanos Inscritos por cada circunscripción electoral, el nombramiento de las comisiones inscritas y escrutadoras. La base de los mayores contribuyentes, que es el privilegio de los más ricos, es odiosa a la democracia y contraviene la Constitución del Estado”. En otro de sus acápites afirma "que la emancipación social y económica es inseparable de la emancipación política, por consiguiente, los obreros, artesanos, empleados y proletarios, y en general, todos los hombres que viven de su propio trabajo, que desean mejorar de condición, alcanzar el bienestar de su familia y hacer práctica la igualdad de derechos que establece la Constitución, tiene el deber de ejercitar su soberanía, so pena de abdicar de su personalidad, renegar de la libertad y someterse a la esclavitud y servidumbre de los más audaces o de los menos escrupulosos...”

El nuevo partido inició su agitación oponiéndose al alza de tarifas de la Compañía del Ferrocarril urbano que, en marzo de 1888, elevó en 1/2 centavo el pasaje de segunda clase. Organizó su primer mitin al cual asistieron más de seis mil personas; y otro, verificado el 29 de abril, terminó con el incendio de varios carros. El directorio del Partido Democrático, entonces, fue encarcelado y durante cuarenta y tres días, mientras duró el proceso, permaneció en prisión. No obstante la dura represión en la guerra civil de 1891, fue partidario de Balmaceda y sólo hubo escasos disidentes; entre ellos, Antonio Poupin, fundador y primer presidente.

Tales eran el carácter y la actividad del partido popular al cual ingresó el joven Luis Emilio Recabarren. En él alcanzó con rapidez cierta jerarquía y por dos años dirigió el periódico “La Democracia”, órgano de la colectividad. Desgraciadamente, la nueva agrupación política, a pesar de su composición y finalidad proletarias, se incorporó a las luchas bizantinas y a las maniobras oportunistas, con menguados propósitos electorales. En repudio de sus desviaciones bastardas, diversos grupos, sucesivamente, se alejaron para dar efímera vida a pequeñas organizaciones socialistas. Entre ellas, vale la pena recordar la “Unión Socialista”, fundada en 1897, primera agrupación de este tipo en el país.

Así, pues, apenas surgido el nuevo partido ya no interpretaba a sus militantes con conciencia de clase y enemigos de todo compromiso con las fuerzas oligárquicas. Pero de todos modos, con sus errores y componendas vituperables, el Partido Democrático posee una gran importancia histórica. De sus filas salieron los grandes dirigentes obreros, cuya abnegada y valerosa labor dio vida a los organismos sindicales de lucha del proletariado nacional. Luis Emilio Recabarren se formó en su seno y a lo largo de varios años desempeñó funciones dirigentes y por su intermedio tomó contacto estrecho con su clase, transformándose en el más genuino líder de los trabajadores chilenos.

RECABARREN, CREADOR DE LA PRENSA OBRERA Y FUNDADOR DEL PARTIDO OBRERO SOCIALISTA

En septiembre de 1903 se celebró en Valparaíso una reunión del “Congreso Social Obrero", en el cual tuvo destacada figuración Recabarren, en medio de sus labores entró en relaciones con Gregorio Trincado, fundador de la Combinación Mancomunal de Obreros de Tocopilla, quien al saberlo experto tipógrafo (Recabarren trabajaba en la imprenta de Los Salesianos de Valparaíso), le propuso trasladarse al puerto norteño para encargarse de la publicación de un periódico mutualista. Recabarren aceptó, se trasladó a Tocopilla y dirigió “El Trabajo”, como vocero del proletariado marítimo y salitrero. A partir de esa fecha no cesará en su tenaz tarea de fundar, dirigir o animar periódicos obreros junto a una prodigiosa actividad gremialista en pro de la estructuración sólida e independiente de la clase trabajadora.

En Tocopilla, a causa de sus valientes campañas de prensa, sufrió una prisión de ocho meses y su caso repercutió en los debates de la primera convención mancomunal de Chile, en los días 16-19 de Mayo de 1904, en Santiago.

En 1906 realizó una gira por las salitreras del cantón de Toco y de Antofagasta y se radicó en este puerto. Ahí inició la publicación del periódico “La Vanguardia”, y el Partido Democrático lo proclamó candidato a diputado. Pero antes de las elecciones, en febrero de 1906, se produjo la huelga de los obreros del ferrocarril de Antofagasta a Oruro, sofocada en forma sangrienta por las fuerzas armadas. En el proceso abierto se acusó, como instigador del movimiento, a Recabarren. Aunque ajeno al trágico suceso se le enredó pretendiendo las autoridades liquidarlo en sus posibilidades electorales. La persecución no pudo impedir su victoria. En esa época, la propia Cámara calificaba las elecciones y en el caso de Recabarren

solo le dio poderes presuntivos ordenando repetir la elección. Por otro lado, el recio luchador se negó a jurar por Dios, lo que provocó un incidente resonante, de tanta repercusión que aún se sigue afirmando ser el la causa de su posterior exclusión de la Cámara de Diputados. En la repetición de la elección, Recabarren triunfó de nuevo, pero una mayoría ocasional, político-religiosa lo despojó de su mandato, no obstante haberlo obtenido de manera correcta; según la propia prensa burguesa, el primero y único conquistado en forma absolutamente limpia.

A raíz de su victoria electoral se radicó en Santiago (el proceso de su elección se desarrolló entre marzo y octubre de 1906) y por desacuerdo con la posición de su partido en la lucha presidencial, constituyó el Partido Democrático Doctrinario, del cual fue su secretarlo general, y sacó a luz el periódico “La Reforma”. Al ser eliminado de la Cámara de Diputados y, a la vez, condenado en el burdo proceso instruido por su supuesta participación en los sucesos de febrero de 1909, se alejó del país. Permaneció dos años en Argentina y en Europa (viajó por España, Francia y Bélgica). Regresó en noviembre de 1908 y cumplió la injusta condena pendiente, permaneciendo ocho meses en la cárcel.

En estos años de 1909 y 1910, a la par de su labor de educación y organización del proletariado, escribió sus folletos: “MI Juramento”, en el cual esclarece la maquinación ignominiosa por medio de la cual se le excluyó de la Cámara de Diputados; y “Ricos y Pobres”, conferencia y ensayo donde analiza la situación de atraso, explotación y miseria del pueblo chileno, al cumplirse su primer centenario republicano.

Se estableció en Iquique y, en 1911, fundó el periódico “El Grito Popular”, siendo su director responsable Elías Lafferte Gaviño. A comienzos de 1912 sacó a luz el diario “El Despertar de los Trabajadores”, de gran influencia en la zona del salitre. En las elecciones parlamentarlas de marzo de 1912, un importante grupo de ciudadanos levantó su postulación pero el candidato oficial de su partido era Pedro Segundo Araya. La división produjo la derrota del Partido Democrático y a Recabarren se le expulsó.

Desde hacía tiempo las ideas socialistas habían prendido en el espíritu de Recabarren; su viaje por Argentina y Europa, donde mantuvo contacto con grandes figuras del socialismo mundial, fortalecieron su posición, resolviendo dar vida, en Chile, a un Partido Socialista. En su artículo “Vamos al socialismo”, en “El Despertar de los Trabajadores” del 21 de mayo de 1912, planteaba la separación del Partido Democrático, y escribía: “Alcemos nuestras frentes y sin vacilaciones fundemos aquí el formidable pedestal del Partido Socialista de Chile”. Y el 6 de junio de 1912, fundó el “Partido Obrero Socialista", con el objeto de reunir a las clases trabajadoras “a fin de mejorar, de común acuerdo, la suerte del proletariado”. El Partido Obrero Socialista surgía como el instrumento indispensable dirigido a arrebatar el poder político a la burguesía dominante, obstáculo principal en la conquista de una sociedad mejor.

En la parte principista declaraba: “El Partido Socialista expone que el fin de sus aspiraciones es la emancipación total de la Humanidad, aboliendo las diferencias de clases y convirtiendo a todos en una sola clase de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes; y la implantación de un régimen en el que la producción sea un factor común, y común también el goce de los productos. Esto es, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva o común”.

Apenas fundado el P.O.S publicó su folleto “El Socialismo”, para explicar los principios teóricos y programáticos de la nueva colectividad. Se crearon seccionales del POS en Santiago (agosto de 1912), Antofagasta (noviembre de 1912) y en varias otras ciudades.

En 1913-1914 realizó giras de propaganda por las provincias del norte. Entonces conoció a Teresa Flores, con quien unirá su vida afectiva hasta su suicidio, en su casa de calle Dardignac, cerca de Purísima.

Al estallar la primera guerra mundial, publicó su folleto "Patria y Patriotismo", con varias ediciones, condenando las conflagraciones bélicas, y originó muchas polémicas.

A mediados de 1916, después de una intensa gira a lo largo del país llegó a Punta Arenas y de ahí pasó a Argentina. En su nueva estada en el país vecino publicó su opúsculo "La materia eterna e inteligente", resumen de sus inquietudes filosóficas.

Militó en el Partido Socialista Argentino, pero descontento de su posición equívoca frente a la guerra mundial y a su actitud pro-aliada, participó en la organización del grupo denominado Partido Socialista Internacional, los días 5 y 6 de enero de 1918. En seguida se trasladó a Montevideo, donde en igual forma ayudó a crear una sección similar. El P.S.I. en su primer congreso extraordinario, los días 25 y 26 de diciembre de 1920, en Buenos Aires, resolvió aceptar las veintiuna condiciones propuestas por el III Congreso de la Internacional Comunista y cambió su nombre por el de PC, sección argentina de la III Internacional. Igual actitud tomó el P.S.I uruguayo. Por los antecedentes expuestos es correcto afirmar que Recabarren fue uno de los precursores del comunismo de Argentina y Uruguay. Más tarde será el creador del Partido Comunista de Chile.

Recabarren regresó a su país en abril de 1918. El P.O.S lo había presentado como candidato a diputado en las elecciones de marzo de ese año, pero no logró éxito. Realizó una rápida visita por algunos puntos del país y, en julio, se radicó en Antofagasta, asumiendo la dirección y administración del periódico "El Socialista".

RECABARREN TRANSFORMA LA FOCH EN ORGANISMO SINDICAL REVOLUCIONARIO

En 1909 se fundó la Federación Obrera de Chile por los obreros de maestranza y de vías de los Ferrocarriles del Estado, con el propósito de lograr la devolución de un descuento arbitrarlo de sus jornales. En 1911 se constituyó en forma legal como Sociedad de Socorros Mutuos. En su segunda convención, en Valparaíso en 1917, se transformó en una verdadera central sindical obrera, de carácter nacional. Recabarren estimuló la incorporación de los trabajadores del salitre a la FOCH, quienes habían organizado la "Federación Regional del Salitre", de Tarapacá; la "Unión Minera", de Calama; la "Sociedad Obrera de Pampa Unión", de Antofagasta; la "Unión Obrera del Salitre", de Taltal. Se adhirieron a la FOCH y ésta quedó constituida en Antofagasta, el 19 de Octubre de 1918, con representantes en toda la región.

La FOCH modificó su estructura interna y cambió su posición reformista por otra clasista, tendiendo a abolir el régimen capitalista, en su III Convención, el 29 de Diciembre de 1916, en Concepción. La presidió Recabarren y asistieron más de cien delegados. Desde aquel torneo, pasó a ser su líder indiscutido, y la orientó a lograr la socialización de los medios de producción, a fin de imponer una forma de convivencia social donde el trabajo sea la principal fuente de vida.

En 1920, Recabarren y un núcleo decidido del P.O.S. y de la FOCH, se opusieron a las candidaturas presidenciales burguesas de Luis Barros Borgoño, personero de la más rancia oligarquía, y Arturo Alessandri Palma, abanderado demagógico de una combinación populista. A pesar de las persecuciones de que lo hizo víctima el gobierno de Sanfuentes, Recabarren fue elegido diputado por Antofagasta, en

1921. En la Cámara de Diputados se destacó por su viva inteligencia y su serena ecuanimidad de criterio, sin dejar un solo instante de denunciar los abusos e injusticias del régimen.

La FOCH celebró su cuarta convención en Rancagua, en diciembre de 1921, con una asistencia de 196 delegados. Entonces la FOCH reunía 102 consejos federales, con unos ochenta mil obreros afiliados. Por amplia mayoría se acordó su afiliación a la Internacional Sindical Roja de Moscú, y, además, se reestructuró a base del consejo industrial y no de oficios múltiples como hasta entonces. El Partido Obrero Socialista realizó a continuación su III Congreso, en la misma ciudad, a comienzos de enero de 1922, y acordó transformarse en Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional. En su congreso rechazó la participación de representantes del Partido Democrático porque "era colaborador de los partidos opresores que explotan a las clases trabajadoras''.

A fines de 1922, Recabarren partió a la URSS en calidad de delegado al 4° Congreso de la Internacional Comunista y al 2° Congreso de la Internacional de Sindicatos Rojos. Como resultado de su experiencia publicó, en 1923, su libro "La Rusia Obrera y Campesina. Algo de lo visto en una visita a Moscú". Incluye un extenso ensayo de León Trotsky sobre la situación económica de la URSS, y reproduce parte de un informe de Lenin sobre la Nueva Política Económica (NEP).

En 1924, Recabarren quedó fuera de la Cámara (las elecciones fueron brutalmente intervenidas); y a fines del año se producen sucesos políticos insólitos: el 9 de septiembre, un pronunciamiento militar puso fin al régimen parlamentario. Aunque el fogueado líder era enemigo del militarismo, el 13 de septiembre apareció en "Justicia", órgano del PC, un comentarlo suyo a favor de la proposición de la Junta Militar en el sentido de llamar a una Constituyente. Pero, en general, mantuvo su desconfianza ante las maniobras castrenses y cuando advirtió con claridad su entrega a la oligarquía, en una concentración en el Teatro Esmeralda, en noviembre de 1924, los condenó abiertamente.

Mientras se sucedían los hechos expuestos, en el seno del joven PC ocurrían otros de profundas consecuencias morales para Recabarren. En el congreso extraordinario de Viña del Mar se designaron nuevos dirigentes del PC y varios fueron impugnados por Recabarren. En "Justicia" hizo un llamado a la rectificación. Sus opositores le contestaron en un panfleto, "Rebelión", lanzando improperios en su contra. Recabarren les respondió en "Justicia", diciendo: "Éste incidente que me he visto obligado a provocar tiene por objeto defender los intereses del partido, del presente y del porvenir del Partido Comunista, amenazados por la vanidad y petulancia de afiliados novicios, que ignoran el verdadero objetivo de nuestro partido".

Le respondieron con mayores denuestos, y el 13 de diciembre se reunieron para elegir miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PC. Junto al venerable líder designaron a algunos elementos que él estimaba divisionistas y provocadores.

El cansancio de más de treinta años de lucha sin tregua, con largos períodos de cárcel y vejámenes; un debilitamiento físico agravado por un principio de ceguera; la comprobación dolorosa de la indolencia en la gran mayoría de sus compañeros ante los incidentes de los últimos meses; y el desmoronamiento del partido, además de su impotencia contra la dictadura militar, le hicieron flaquear la voluntad y en un momento de desfallecimiento o de desesperación, se suicidó a las 7 A. M. del 19 de diciembre de 1924. Su trágica muerte; la feroz masacre de La Coruña, el 5 de Junio de 1925, y la prolongada dictadura militar de Carlos Ibáñez, destruyeron el poderoso movimiento obrero que desde principios de siglo hasta la década de 1920 librara memorables luchas en un proceso de constante avance. El suicidio de Recabarren

señaló el principio del reflujo y retroceso. Pero una nueva generación revolucionaria tomará la bandera y el legado de Recabarren en los comienzos de la década de 1920 y reestructurará el movimiento sindical y político de las clases trabajadoras nacionales. El ejemplo y la lección de Recabarren le iluminarán el camino.

Sobre el humanismo socialista

ARAUCO N°62 marzo 1965

I

Los espíritus más lúcidos afirman la existencia de una profunda crisis en la sociedad humana actual. Para Albert Einstein, por ejemplo, su origen reside en las relaciones del individuo y la sociedad: “Más que nunca el individuo ha llegado a tener conciencia de su dependencia frente a la sociedad. Pero adquiere esta experiencia no como un apoyo positivo, como un lazo orgánico, como una fuerza protectora; la siente más bien como una amenaza hacia sus derechos naturales, incluso de su existencia económica”, y la fuente real del mal señalado se encuentra en la anarquía económica de la sociedad capitalista, tal como existe hoy día: "vemos frente a nosotros a una inmensa comunidad de productores cuyos miembros se encarnizan continuamente en despojarse unos a otros de los frutos del trabajo de todos, y esto, no se hace por el uso de la violencia, sino que, generalmente, por la observación leal de reglas legalmente establecidas. A este respecto es importante no perder de vista que los medios de producción, es decir la capacidad productiva entera necesaria para la producción de bienes de consumo y equipos suplementarios, puede estar y está en realidad sujeta a la aprobación de los intereses privados”. En la situación indicada el propietario de los medios de producción compra el poder de trabajo del obrero, y éste utilizándolos crea nuevos bienes los cuales pasan a ser propiedad del capitalista. Y la remuneración del trabajador no está determinada por el valor real de su producción. En la economía capitalista, entonces, dos principios predominan: los medios de producción están sometidos a la propiedad y los propietarios disponen de ellos como lo juzgan conveniente y, en seguida, el contrato de trabajo es libre. Como el objetivo de la producción es el provecho y no la utilización de los bienes, innumerables obreros capaces de trabajar, y deseosos de hacerlo, no encuentran empleo. Así el trabajador vive con el constante temor de la cesantía. Por otra parte, el capital privado tiende a concentrarse en algunas manos, en parte a causa de la competencia entre los capitalistas y en parte porque el progreso tecnológico y la división acrecentada del trabajo alientan la formación de más grandes unidades de producción en detrimento de las pequeñas. El resultado del desarrollo del capital en este sentido es una oligarquía del capital privado, cuyo poder enorme no puede eficazmente ser tenido en jaque, aun por una sociedad política democráticamente organizada".

Los capitalistas privados imponen sus decisiones porque controlan en forma directa, o indirecta, la educación, la prensa, la radio. Los individuos no pueden llegar a conclusiones objetivas y a hacer uso inteligente de sus derechos políticos. Además, en esta realidad capitalista, el progreso tecnológico trae consigo un aumento de la inactividad en vez de aliviar la parte de trabajo que corresponde a todos. La persecución del provecho y la competencia provocan el despilfarro del trabajo y conducen a severas depresiones.

Albert Einstein afirma que el capitalismo lisia y destruye a los hombres: “el capitalismo estropea a los hombres: ahí está, a mi parecer, la más grande de sus taras. Todo nuestro sistema educativo la sufre. Se inculca al estudiante una actitud exageradamente competitiva, arrastrándolo al culto del éxito

adquisitivo en vista de su carrera futura. Estoy convencido de que no existe sino un solo medio de eliminar esos males aflictivos: es el establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educativo que estaría orientado hacia fines sociales. En una economía de esta especie, los medios de producción serían la propiedad de la sociedad misma y serían utilizados de una manera planificada. Una economía planificada que ajuste la producción a las necesidades de la comunidad distribuiría el trabajo entre todos los individuos aptos y garantizaría los medios de una existencia decente a cada hombre, a cada mujer, a cada niño. La educación además de su tarea de promover las capacidades individuales innatas, se esforzaría por desarrollar el sentimiento de las responsabilidades con respecto del prójimo, en lugar de glorificar, como lo hace en la actualidad, el poder y el éxito".

Entonces, para eliminar sus males, ha de establecerse una economía socialista, acompañada de un sistema educativo orientado hacia fines sociales. Los medios de producción serían propiedad de la sociedad misma, y utilizados de manera planificada; pero una economía planificada no es todavía socialismo, por cuanto "una economía planificada puede muy bien estar acompañada de la servidumbre completa del individuo. Es que la realización del socialismo exige la solución de algunos problemas socio-políticos, extremadamente difíciles. ¿Cómo luchar contra la concentración impulsada por el poder político y económico e impedir que la burocracia adquiera una prepotencia petulante? ¿Cómo asegurar la protección de los derechos del individuo y aportar con esto un contrapeso democrático al poder de la burocracia? La claridad respecto de los fines y problemas del socialismo es de la mayor importancia en el período de transición en que vivimos".

II

El desarrollo de la sociedad impone el socialismo como norma superior e inevitable de vida y la opinión de Einstein refleja una actitud muy generalizada entre los grandes intelectuales y sabios en su favor. Sin embargo, el movimiento político socialista no ha estado a la altura de su responsabilidad. De aquí brota una de las contradicciones más resaltantes entre la justeza de la doctrina socialista y el avance inexorable de la sociedad hacia formas socialistas y la impotencia de los movimientos socialistas, en crisis o divididos. Por eso, otros intelectuales, al enfocar esta paradoja han llegado a afirmar la necesidad de rectificarlo de acuerdo con las nuevas modalidades de la experiencia histórica. Pero es más correcto hablar de su ensanchamiento, pues a la luz de los acontecimientos mundiales nada hay que modificar en las doctrinas socialistas. Sólo es menester poner de relieve aspectos poco considerados de ellas, rectificar algunas interpretaciones equivocadas, volver a examinar sus fuentes y destacar el sentido correcto de sus grandes líneas. El socialismo no tiene necesidad de transformar su doctrina, apenas precisa esclarecerla en algunos puntos, y en su conjunto, actualizarla. Si el socialismo ha fracasado en algunos periodos no lo ha sido a causa de su doctrina, sino por su falta de eficacia como movimiento político para imponerla. Cuando se habla de crisis del socialismo, ella debe entenderse como un fracaso de organización y de dirección, pero en ningún instante como crisis de ideal y de principios. Es innecesario, entonces, hablar de renovación teórica. Y oportuno, en cambio, hablar de esclarecimiento del socialismo y de reacondicionamiento de sus postulados a las nuevas realidades económicas, sociales y técnicas de la sociedad contemporánea.

Al proclamar el valor de la doctrina socialista es preciso enfrentar un doble problema: 1) Revisar y reivindicar a los teóricos socialistas deformados y aplastados por la agresión polémica de Marx. 2) Revisar el marxismo para insistir en su contenido revolucionario, a menudo negado o soslayado por el socialismo reformista; y para exaltar su contenido democrático y humanista.

Marx, utilizó ampliamente a los llamados socialistas utopistas, de quienes extrajo muchas de sus teorías. En éstos se encuentra una admirable crítica de la sociedad de su tiempo y al mismo tiempo, certeros planteamientos comunitarios y democráticos, opuestos a todo dogmatismo y centralismo tiránico. Proudhon resumió en forma admirable esa actitud en una carta a Marx, cuyo texto es el siguiente: “Mi querido señor Marx, consiento gustoso a ser uno de los que reciban su correspondencia, cuyos fines y organización me parece que han de ser muy útiles. No prometo, sin embargo, escribirle mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda índole, juntas con una pereza natural, no me consienten tales esfuerzos epistolares. Me tomaré, pues, la libertad de hacer algunas reservas que diversos párrafos de su carta me han sugerido. Primeramente, aunque mis ideas respecto a organización y realización estén paradas en este momento, por lo menos en lo que respecta a los principios, creo que mi deber, que es el deber de todo socialista, es conservar todavía durante algún tiempo la forma crítica o dubitativa; en una palabra, hago profesión con el público de un anti dogmatismo económico, casi absoluto. Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo cómo esas leyes se realizan, el progreso según el cual llegamos a descubrirla; pero, por Dios, después de haber demolido todos los dogmatismos a priori no vayamos a soñar, a nuestra vez, con adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Martin Lutero quien, después de haber derribado la teología católica, se puso en seguida, con grandes refuerzos de excomuniones y anatemas, a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos, Alemania no se ha ocupado más que de destruir la revocadura hecha por Lutero; no vayamos a preparar nuevas tareas para el género humano con otras capas de yeso. Aplaudo de todo corazón su idea de esclarecer las opiniones; hagamos una polémica buena y leal, demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero precisamente porque nosotros estamos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos las demos de apóstoles de una nueva religión, aunque esta religión sea la religión de la lógica, la religión de la razón. Acojamos y alentemos todas las protestas, denunciemos todas las exclusiones, todos los misticismos; nunca consideremos una cuestión como agotada, y cuando hayamos gastado hasta el último argumento, volvamos a empezar si necesario es, con la elocuencia y la ironía. En esas condiciones entraré gustoso en su asociación y si no, no".

Proudhon, con su espíritu crítico y anti dogmático, su sed de justicia y de libertad, supo alertar a Marx sobre el peligro de un pensamiento autoritario y rígido. La polémica de Marx, a menudo injusta, relegó a cierto olvido e incomprensión su rico ideario, con aciertos notables. Supo ver en las doctrinas marxistas una peligrosa base para discípulos estrechos de miras, inclinados a la organización de una sociedad ultra centralizada y totalitaria, en apariencia fundada en la dictadura de las masas, pero en que éstas no tienen más poder que el necesario para asegurar el avasallamiento general, de acuerdo con las siguientes fórmulas y principios tomadas del antiguo absolutismo: indivisibilidad del poder público, centralización absorbente, destrucción sistemática de todo pensamiento individual, ya sea corporativo o local, considerándolo agente destructivo”.

III

El socialismo es humanista porque tiende a la más completa liberación del trabajador y del hombre en general. Su único dogmatismo filosófico es el valor del hombre. ¿Cuál es este valor? Es la libertad. Entonces trata de conseguir la instauración de una sociedad donde se permita su pleno desarrollo. La aspiración máxima del socialismo es la emancipación del hombre, o sea, el hombre libre.

El socialismo es revolucionario y democrático porque pretende destruir la enajenación económica y política del hombre en la sociedad burguesa y terminar con la “explotación del hombre por el hombre”.

En cuanto a la democracia, la estima justa en principio y si su funcionamiento se encuentra falseado lo es por los factores económicos del capitalismo. Sin embargo, la democracia es el medio de acción indicado para transformar las realidades económicas y modificar el Estado.

El contenido humanista y revolucionario del socialismo fue claramente exaltado por Marx en sus escritos de juventud, dominado por una ética humanitaria. Se desprendió del hegelianismo por su justificación "racional" de un presente en el cual el hombre aparece enajenado. Para Marx "la naturaleza del hombre es tal que no puede alcanzar su perfección sino obrando impulsado por el bien y el perfeccionamiento de la humanidad". Su primera visión de la condición humana es moral, enemiga del conceptualismo de Hegel y del naturalismo de Gustav Hugo. De su crítica antirreligiosa inspirada en Feuerbach, (a quien supera, pues éste sólo describe la enajenación del hombre en sus creaciones religiosas y Marx va más lejos revelándola en los planos económico y político) y de su contacto con las aspiraciones revolucionarias en Francia, afirma que "el hombre es el ser supremo para el hombre"; denuncia todas las formas de alienación que le impiden realizarse (y en primer lugar el Estado, elevado a fetiche por Hegel, donde concentra el espíritu de la sociedad, y la propiedad fuente de la enajenación del hombre en las relaciones económicas) y plantea la necesidad de la revolución como "el imperativo categórico para cambiar todas las condiciones que hacen del hombre un ser envilecido, avasallado, abandonado y despreciable".

Marx no concibe su ética sino en la acción y en sus "Tesis sobre Feuerbach" opone la "práctica" a la teoría; la actividad humana apta para transformar el mundo a la contemplación filosófica de los hegelianos y a su justificación mistificadora de ese mundo de injusticias. Por eso escribe en su tesis XI: "Los filósofos no han hecho hasta hoy más que dar diversas interpretaciones del mundo; lo que importa es transformarlo".

Su concepción materialista de la Historia, formulada más tarde, fue para Marx el hilo conductor de sus investigaciones; en ningún instante una concepción dogmática y sectaria que pudiera confundirse con la verdad absoluta y convertirse en una religión civil. De aquí la riqueza de su pensamiento, de sus análisis y de sus críticas. Entonces no se puede aceptar que en nombre del marxismo se afirmen y prolonguen esas condiciones degradantes donde el individuo es un ser abyecto, servil y anulado, por medio del trabajo forzado, la cárcel y la tortura, en una sociedad totalitaria despiadada y antihumana.

La revolución capaz de lograr un cambio y un efectivo progreso humano únicamente podrá verificarlos por medio de la democracia. La voluntad de remediar las injusticias económicas no puede llevar a tolerar su eliminación, pues son imposibles la justicia social y la libertad sin un control democrático.

Antonio Giolitti, quien abandonó el Partido Comunista e ingresó al socialismo proclamó sin reservas ni equívocos "que la libertad democrática, no es burguesa, ni aun bajo su forma institucional, la que comporta la división de los poderes, garantías formadas y garantías parlamentarias; elementos indispensables para la edificación de una sociedad socialista..."

IV

Marx enfoca la caída de la burguesía y el triunfo del proletariado como inevitables y anuncia el advenimiento ineluctable de una sociedad liberada de toda alienación.

En su credo y en su método, según Maximiliano Rubel, a la investigación empírica de los fenómenos sociales e históricos, corresponde en la esfera de los valores éticos, la elección de medios inmediatos en

vista de un fin lejano, y la exigencia fundamental de la ética marxista requiere la instantaneidad y correspondencia del fin y del medio en la conciencia y en la praxis revolucionaria. El hombre no debe asumir nuevas servidumbres en nombre de un problemático beneficio en transformaciones imprevisibles.

El hombre de Marx asume la finalidad histórica escogida conscientemente en conformidad de una interpretación sociológica de la historia. Rehúsa someterse a los imperativos categóricos que le proponen salvadores providenciales. De la enseñanza marxista se desprende un llamado patético al individuo; una exigencia ética; una exhortación a un cambio fundamental interior y visible y "el individuo apuntado por este llamado es el hombre moderno, corrompido por la gangrena universal que tiene el nombre de "alienación de sí" y que afecta indistintamente a todos los hombres de la sociedad capitalista, cualquiera que sea su pertenencia de clase".

M. Rubel en su notable libro "Karl Marx, essai de biographie intellectuelle", reproduce una página admirable, escrita en 1856. Sus párrafos principales dicen: "Hay un hecho evidente que caracteriza nuestra época... De un lado, hemos visto nacer fuerzas industriales y científicas que ninguna época anterior pudo imaginar. Del otro, se notan los síntomas de un desastre que podría eclipsar los horrores indecibles de la caída del imperio romano. En nuestros días, cada cosa parece preñada de su contrario. La máquina que posee el maravilloso poder de abreviar el trabajo y de hacerlo más productivo, trae el hambre y el exceso de fatiga. Por un extraño capricho del destino las nuevas fuentes de riqueza se transforman en fuentes de miseria. Se diría que cada victoria de la técnica se paga por una pérdida moral. A medida que el hombre se hace amo de la naturaleza, él se transforma en esclavo de sus semejantes y de su propia infamia. La pura luz de la ciencia misma parece llamar, para resplandecer, las tinieblas de la ignorancia. Todas nuestras invenciones y todos nuestros progresos no parecen tener otros resultados que el de dotar de vida y de inteligencia a las fuerzas materiales y rebajar al hombre a una fuerza material. Este contraste de la industria y de la ciencia moderna con las condiciones sociales de nuestro tiempo es un hecho patente, aplastante, innegable. Ciertos partidos políticos pueden deplorarlo; otros pueden pensar ser liberados de la técnica moderna y, al mismo tiempo, de los conflictos modernos. O aun, pueden creer que un progreso tan notable en la industria tenga necesidad, para ser perfecto, de un retroceso no menos marcado en el orden político. En cuanto a nosotros, no nos dejamos engañar con el espíritu pérfido que no se cansa de señalarnos todos estos contrastes. Sabemos que las fuerzas nuevas de la sociedad reclaman hombres nuevos que las dominen y las hagan realizar un buen trabajo. Estos hombres nuevos son los obreros. Ellos son el producto de los nuevos tiempos tanto como las máquinas mismas. En los signos que desconciertan a la burguesía, la aristocracia y a los pobres anunciadores de la decadencia, nosotros reconocemos a nuestra vieja amiga... la revolución..."

En este trozo admirable, Marx, destaca en forma brillante algunas de las contradicciones más hirientes de la sociedad contemporánea, las cuales se han agravado en la actualidad. En efecto, en el seno del capitalismo demo-burgués el progreso científico y técnico, y su correspondiente maquinismo perfeccionado, no han traído más justicia y libertad ni tampoco seguridad y mejoramiento moral. Hasta este instante a pesar de los prodigiosos adelantos científicos y técnicos, es muy lento el mejoramiento material de la especie humana y muy reducida la ampliación del área de su libertad.

Por otra parte, examinando en conjunto la sociedad humana la civilización y el desarrollo portentoso de la ciencia, no han generado un progreso moral paralelo. Si se mide el avance de la moralidad social por el grado de igualdad y respeto por la personalidad individual y por el grado de justicia y de libertad, más

bien comprobamos un retroceso, por cuanto la tiranía la tortura y el miedo impera en la mayor parte del mundo.

En el llamado “mundo libre” se incluyen regímenes tan odiosos como las tiranías clérico-castrenses de Franco y de Salazar; la China Nacionalista de Chiang Kai-Chek; la racista Unión Sudafricana; las monarquías feudales del Medio Oriente; la Norteamérica de Mac-Carthy y Faubus y la Francia de Massu. En este “mundo libre” las economías de los países se encuentran en manos de grupos restringidos de capitalistas. La prensa y radio están monopolizadas por los grandes intereses, quienes orientan la opinión conforme a sus apetitos. Existen irritantes desigualdades sociales en todos los planos: en los salarios, en la habitación, en la salud pública, en la enseñanza, en el esparcimiento. Las libertades se encuentran siempre amenazadas y se mantienen por la dura batalla, desde hace más de un siglo, de las clases populares y de la intellegentzia. La democracia no existe en forma real en los países pobres y donde la lucha de clases es violenta, subsiste con muchas limitaciones.

V

El socialismo reformista, a pesar de sus largos periodos de colaboración no ha logrado modificar la estructura del capitalismo y acelerar su paso hacia el sistema socialista. No se ha producido el colapso del régimen capitalista y, por el contrario, ha demostrado poder de evolución y transformación. Pero aun en los Estados Unidos, donde impera el capitalismo más dinámico, ha sido incapaz de eliminar sus contradicciones, de suprimir el desempleo y la cesantía, mientras un exceso de producción se malogra y destruye para mantener los precios y las ganancias de los dueños de los medios de producción, llegándose a bonificar a los agricultores si reducen sus siembras y limitan la producción.

La crisis del socialismo europeo radica, según André Philip, socialista francés de izquierda, autor de dos obras de gran calidad: “La democracia industrial” y “El socialismo traicionado”, en su reformismo conformista. Su permanencia en el poder lo acostumbró a gobernar en el cuadro de la actual sociedad demo-capitalista. Es innegable su éxito en la obtención de ventajas apreciables para la clase obrera, pero no ha podido modificar los fundamentos del sistema. Han sido reformas de distribución en el cuadro de una estructura invariable, que llegan hasta cierto límite, más allá del cual nuevas reformas sociales aumentan los precios de fábrica, y no aportan ventajas reales a los trabajadores. Esto último es posible únicamente sí se afronta una transformación radical de la estructura económica capitalista.

Para André Philip, un verdadero movimiento socialista revolucionario y democrático debe guardarle fidelidad al ideal humanista de 1848 y al método de análisis científico de los acontecimientos aportado por el marxismo, por ser el único que nos permite una apreciación correcta de la evolución de la sociedad e incluso alcanzar resultados diferentes a los de Marx en su época.

El socialismo cree ante todo en el hombre y lucha por implantar una organización económica, social y política más favorable al desarrollo de su existencia y de su personalidad. En esta empresa debe mantener una severa concordancia entre su finalidad y los medios para lograrla, buscando siempre la verdad. El socialismo no puede engañar jamás y debe estar dominado por un afán de justicia, un anhelo de libertad y la más estrecha solidaridad con los oprimidos.

En el mundo actual se operan transformaciones gigantescas. Se ha iniciado una nueva revolución industrial caracterizada por la utilización de la energía atómica y la automatización, la cual cambiará profundamente la estructura social. Se asiste ya al reemplazo del obrero por la máquina automática y a

la formación de grupos profesionales nuevos. El socialismo, entonces, debe ser constructivo y técnicamente progresivo, colocándose al frente de la lucha por el aumento de la producción y los progresos de la técnica y, en la etapa de transición, por asegurar el pleno empleo de los trabajadores. Al mismo tiempo crear un nuevo cuadro donde se rompa la resistencia de los intereses particulares, se planifique la producción y distribución en el marco de una descentralización administrativa e industrial y se desarrollen las economías regionales. Pero el socialismo no sólo trata de reorganizar la producción; ante todo se esfuerza por liberar a los trabajadores, dándoles participación efectiva en las decisiones de las cuales dependen su nivel de vida y su existencia misma. Por eso, el socialismo investiga el papel de los comités de empresas, la autogestión obrera, la participación de las organizaciones sindicales en todos los actos de decisión de la vida económica y social.

Según André Philip, el problema de fondo de la acción socialista en este instante es el de conseguir la democracia industrial, porque no es el caso de asegurar una planificación de la producción de acuerdo con el interés colectivo, aunque puesta en manos de minorías de técnicos, quienes deciden para el pueblo, pero sin el pueblo. Los trabajadores deben poseer una plena conciencia de sus responsabilidades. A este respecto el socialismo debe seguir de cerca la experiencia yugoslava de gestión obrera y las tentativas realizadas en Polonia.

Por otro lado, el socialismo debe ser internacionalista, porque es imposible su realización en un marco nacional. Si se integra en las estructuras nacionales de los Estados demo-burgueses se hará proteccionista, colonialista y reaccionario, pues por encima de los antagonismos de clases se establecerá una solidaridad nacional entre la burguesía y la clase obrera. El socialismo se ahoga en el marco nacional y ahí carece de destino. Debe reafirmar su carácter internacionalista y su lucha contra el capitalismo pues la socialización en el cuadro nacional es un paliativo temporal, a merced de los factores exteriores que no domina.

La emancipación de los trabajadores será universal. Este mensaje de Marx es ineludible. La social democracia se transformó en defensora de los intereses inmediatos y limitados en el tiempo y en el espacio, de los obreros y empleados de un país. El comunismo- soviético en la época de Stalin y su consigna del “socialismo en un solo país” llegó a ser nacionalista e imperialista; del comunismo de Stalin al socialismo de Mollet se aprecia el mismo virus nacionalista y reaccionario.

La política del socialismo reducida al ámbito nacional debilita su fuerza y su influencia, lo dispersa, le impone una gran diversidad de política y le da un carácter estrecho y poco efectivo a su lucha. La URSS con Stalin al subordinar el internacionalismo proletario a una acción táctica en favor de sus apetitos expansionistas, pervirtió y desnaturalizó la actividad de los comunistas colocándola como mero instrumento del Kremlin.

El socialismo debe combatir el colonialismo y poner en el primer plano de sus preocupaciones el problema de los países subdesarrollados. De aquí su posición antimperialista práctica. El movimiento socialista es solidario de las tres cuartas partes de la humanidad en busca de libertad política y de desarrollo económico. Un socialista no puede solidarizar con un poder colonialista que trata de mantener el actual régimen de opresión y se opone a la emancipación de los pueblos. Tampoco pudo solidarizar con el totalitarismo soviético de Stalin que, a pretexto de desarrollar económicamente a un pueblo, suprimió la libertad y quitó sus derechos políticos y sindicales a los trabajadores.

Un socialismo dinámico, creador, revolucionario y democrático, constituye la verdadera esperanza de las grandes masas de trabajadores, técnicos y jóvenes, ansiosos de nuevas oportunidades y de seguridad, en estos instantes cuando el capitalismo exhibe su incapacidad para lograr la justa distribución de los bienes.

VI

Es preciso volver al estudio de los maestros: coger de ellos la llama de sus doctrinas, no sus cenizas, y con ellas alumbrar el verdadero camino del socialismo; su real contenido de solidaridad y de liberación humana; su defensa del hombre y de la libertad; su dignidad revolucionaria y su aspiración de verdad y de justicia. En ningún caso pervertirlas por interpretaciones antojadizas e interesadas para justificar la opresión y la tiranía o el oportunismo y la componenda.

El socialismo es revolucionario y profundamente democrático y libertario. De aquí procede su lucha tenaz en contra del capitalismo y su correspondiente estado gendarme y su oposición irreductible a regímenes burocráticos y tiránicos. Por principio está en contra del capitalismo y en contra del fascismo totalitario. Aquellos sistemas suponen la negación del hombre y de la libertad.

A causa del desarrollo de las fuerzas productivas, de la técnica y de la ciencia, el socialismo se presenta como la solución racional a los problemas de la sociedad contemporánea. Su objetivo básico es realizar una profunda revolución social para poner término a las contradicciones existentes y a las clases antagónicas y edificar una nueva sociedad emancipada, sin clases. En su actividad diaria no rechaza la obtención de reformas, y por eso lucha para conseguirlas, pero estima sus resultados, aunque puedan ser bienhechores, muy limitados. Por eso es revolucionario y para realizar la revolución toma en cuenta todos los elementos: desarrollo de la producción, grado de concentración capitalista, progresos técnicos, voluntad de resistencia de los privilegiados, madurez política de la población, educación general y nivel de vida de los trabajadores llamados a cumplir su misión histórica de construir la nueva sociedad.

El verdadero enemigo del régimen y del espíritu capitalista es la democracia socialista. Por eso el fascismo, tanto en su forma italiana como alemana, aun cuando su propaganda demagógica pretendía eliminar el capitalismo no hizo sino reforzarlo y dirigir toda su actividad real hacia la destrucción de las instituciones democráticas y de las conquistas sociales. Se impuso a base de una insistente propaganda en contra del régimen democrático-liberal, agitando consignas anticapitalistas y, al mismo tiempo, propiciando ciertas reformas de tipo socialista. Pero, como lo anotara Harold Laski, en uno de los luminosos capítulos de su gran obra "Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo", el fascismo no fue otra cosa que una contrarrevolución capitalista y, una vez en el poder, estableció un "gobierno de forajidos".

Siempre exhibió un feroz anti-liberalismo en lo político y se demostró profundamente capitalista en lo económico. Su sistema corporativo se basó en la explotación minuciosa de los obreros con salarios reducidos, sin defensa frente a los patrones fuertemente organizados. El estado corporativista y autocrático del fascismo no fue sino un Estado de empresarios, donde se negó toda participación a los trabajadores, manejado como una empresa policíaca para oprimir al pueblo. En él "es como si la línea de montaje de una fábrica racionalizada se extendiera a toda la trama de la vida social, reduciendo al ser humano a la condición de esclavo de sus herramientas... En aras de la eficiencia y del bajo costo de producción se destruye toda libertad personal, cada individuo es manejado por el Estado que extiende su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales". De aquí surgió su

inhumana dictadura, haciendo desaparecer todo rasgo de democracia. Suprimió las garantías de la libertad individual; la prensa quedó sometida a una censura implacable, y la educación, así como toda la actividad nacional, se orientó hacia la guerra.

Thomas Mann, en su conferencia “El artista y la sociedad", escribió con exactitud: “el fascismo... no es una idea sino una maldad”. El ensayista chileno Luis D. Cruz Ocampo anotó el verdadero contenido del fascismo en este trozo: “El anti-democratísmo fascista es de la más pura cepa capitalista. El patrón no acepta ni puede aceptar discusiones dentro de su industria. El absolutismo de la usina pasa al Estado dirigido por el gran capital”. En el régimen fascista una arrogante casta gobernante, disciplinada en un partido único, pasó a controlar el Estado y la economía con los rasgos de una nueva clase social privilegiada, cargada de poder. Este estado burocratizado surgió del seno mismo de la democracia burguesa y de la producción industrial en masa, propia del alto capitalismo.

Pero la burocratización de la vida no sólo alcanzó su máximo en Alemania nazi de Hitler, también sucedió idéntico fenómeno en la Unión Soviética, de Stalin. Y tanto en el capitalismo burocrático fascista como en el soviético se suprimió toda democracia y se aplastó a los trabajadores. En los países fascistas para conjurar de manera drástica las contradicciones de un régimen de propiedad privada monopolista, con una intensa expoliación de las clases trabajadoras, dentro de una economía de guerra; y en la URSS en cuanto resultado de la degradación del sistema socialista. Su desviación burocrática se produjo a causa de la desaparición de la democracia proletaria. El partido único al suprimir la libertad de sus adversarios y de sus propios miembros, ahogó las fuerzas creadoras de las masas laboriosas, condenó el régimen a la tiranía y favoreció la formación de nuevos privilegios y de una casta burocrática soberbia.

El resultado capitalista y burocrático en la URSS con Stalin, talvez se explica, además, porque el comunismo ha conquistado el poder donde ninguna de las condiciones objetivas (desarrollo de la producción, concentración capitalista) y subjetivas (extensión de las libertades, educación popular) subrayadas y exigidas por Marx se habían dado: en la atrasada Rusia Zarista y en la China feudal. Entonces se pasó del atraso, la miseria y la opresión a la dictadura y el totalitarismo y no al socialismo.

Con razón Marx y Engels escribieron: “La minoría opone a la concepción crítica una concepción dogmática; a la visión materialista, otra idealista. A las circunstancias reales, sustituye la mera voluntad como motor de la revolución. Mientras nosotros decimos al obrero: tienes que pasar por quince, por veinte, por cincuenta años de guerra civil y de luchas de pueblos, no sólo para cambiar las circunstancias, sino para cambiarte a ti mismo, y capacitarte para el poder; vosotros le decís todo lo contrario: “o conquistáis inmediatamente el poder, o puedes echarte a dormir". Y en tanto que nosotros enseñamos al obrero alemán, especialmente, el atraso en que está todavía el proletariado de su país, vosotros aduláis de la manera más descarada su sentimiento nacional y sus prejuicios de clase, lo cual es más práctico, desde luego, como medio de conquistarse la opinión. Hacéis con la palabra “proletariado” lo que los demócratas con la palabra “pueblo”; lo convertís en un ídolo. Y como los demócratas queréis adelantaros al proceso revolucionario enarbolando la frase de la revolución”.

Al estallar la revolución en los países más primitivos el socialismo degeneró en tiranía. Así se pasa más fácilmente en un país subdesarrollado y sub-instruido a la dictadura y al totalitarismo que al socialismo y la democracia.

El socialismo pretende la apropiación colectiva de los instrumentos de producción y de cambio, pero como medio para alcanzar su objetivo final: la liberación del hombre y su definitiva dignificación.

Mientras el capitalismo y el fascismo constituyen la negación del hombre, el socialismo es su plena afirmación y su más alta reivindicación.

El socialismo combate el capitalismo de Estado y la burocratización con su feroz totalitarismo a través de la instauración de un sistema donde los medios de producción sean propiedad social y se manejen por los productores mismos con formas de democracia directa.

VII

En la experiencia socialista mundial cobra especial relieve el experimento yugoslavo, porque a pesar de haberse producido la revolución en un país pequeño y atrasado, sus dirigentes y su pueblo se esfuerzan por impulsar la edificación socialista dirigida a fundamentar una sociedad de nuevo tipo y a contribuir a una evolución democrática y pacífica en el mundo.

En el régimen socialista yugoslavo, sus postulados teóricos y sus instituciones tienden a dar organización a una democracia efectiva, a base de un proceso sostenido de descentralización administrativa por medio de organismos de autogobierno, o sea, de la intervención directa de las clases trabajadoras. La experiencia yugoslava rechazó los principios estalinistas y sus dirigentes señalaron que en la URSS no existía democracia, porque el régimen socialista se desfiguró al suprimir la iniciativa creadora de las masas, permitiendo la formación de una poderosa burocracia con todos los privilegios inherentes a su condición de dueña de los medios de producción y del Estado. En esta discrepancia y en esta crítica residen las causas del conflicto de ambos países.

Desde 1950 se inició una nueva etapa en la construcción del socialismo en Yugoslavia con la dictación de leyes avanzadas: Ley de los Consejos Obreros; Ley de los Comités Populares y Ley Constitucional, de 31 de enero de 1953. La Ley Constitucional se apartó del modelo soviético, pues tiende a disminuir la intervención administrativa centralizada y el empleo de medios político-administrativos, robusteciendo la tendencia al autogobierno. Los fundamentos de la organización política, económica y social se erigen en estos principios: "La propiedad social de los medios de producción, el autogobierno de los productores en la economía y el autogobierno del pueblo trabajador en el municipio, la ciudad, el distrito..."

Según Edward Kardelj, la revolución yugoslava ha tenido éxito porque se ha inspirado en ciertos principios fundamentales, característicos de su desarrollo y cuya aplicación tenaz y consecuente salvó el contenido socialista del sistema implantado, eliminando las tendencias burocráticas de capitalismo de Estado y evitando así reproducir la terrible experiencia soviética, donde se degradó totalmente el movimiento socialista. Estos principios directivos han sido: el mantenimiento firme del papel dirigente de la clase obrera en las posiciones claves del desarrollo social, en alianza estrecha con todos los demás trabajadores, y con formas democráticas de poder; la orientación constante y consecuente hacia la democracia socialista en toda su vida y en todo su desarrollo social; y la sostenida tendencia hacia la descentralización del poder sobre la base de la autoadministración más amplia de los trabajadores en las diferentes funciones sociales y económicas.

Estos principios han sido defendidos en forma intransigente en el enfrentamiento de las dos tareas cardinales de la revolución; la primera, sacar al país de su estado de atraso. (Yugoslavia de preguerra era uno de los países más atrasados de Europa; un 75% de los habitantes vivía en el campo; carecía de industrias y la explotación de sus materias primas estaba en manos de capitales extranjeros, por lo cual

debía importar la totalidad de los numerosos artículos que necesitaba) y edificar "la base económica indispensable, sin la cual es imposible un mejoramiento de las condiciones de existencia de los trabajadores, menos todavía un desarrollo de las formas socialistas de vida". En esta magna empresa, Yugoslavia ha conseguido grandes resultados y ha creado una base bastante sólida para su desarrollo económico y político. Es apreciable el progreso de su producción industrial y la transformación consiguiente de la estructura social, fundamentos de una más sólida estabilidad en las relaciones políticas. Según las estadísticas de las Naciones Unidas, desde 1953 a esta fecha, Yugoslavia es el país de Europa que ha experimentado el más alto ritmo de desarrollo industrial (superior al de la URSS y al de las grandes potencias capitalistas como Francia, Gran Bretaña y Alemania Occidental). La segunda tarea, instaurar un sistema político democrático correspondiente a sus nuevas condiciones económicas y sociales, esto es, a la socialización de los medios esenciales de producción, verificada por un acto revolucionario. Según la concepción y la experiencia yugoslavas en estas condiciones, para el desarrollo del mecanismo democrático, es primordial saber sobre qué principios será orientado el sistema de gestión de los medios sociales de producción. En primer término, no debe significar su entrega a un aparato de funcionarios que los dirijan. Una práctica de esta especie engendra ausencia de iniciativa individual, estagnación en la productividad del trabajo y, en general, el estancamiento económico con todas las manifestaciones negativas del monopolio de Estado y la tendencia a imponer el despotismo político de un poder de Estado absoluto. En segundo lugar, el sistema económico basado en la socialización de los medios de producción debe significar la emancipación del trabajo: "Todo hombre que trabaja debe participar de manera consciente y responsable en su gestión. Esta participación no puede ser sólo un derecho político formal, sino estimulada por sus reales intereses económicos y morales".

El éxito y avance constantes de la experiencia yugoslava para construir una democracia socialista y su política internacional independiente de los bloques, impulsando una coexistencia activa y una neutralidad positiva, junto con todos los países democráticos ajenos a los intereses de las superpotencias, ha generado una elevada influencia en los países "socialistas" bajo la dominación rusa. De aquí la constante presión de la URSS en su contra. A pesar de haber restablecido sus relaciones en 1955 (Declaración de Belgrado), los sucesos de Polonia y Hungría y la negativa de Yugoslavia de firmar la Declaración de Moscú, de noviembre de 1957, reabrieron la disputa iniciada en 1948. El Kremlin desató la lucha contra el llamado "revisionismo", como el peligro máximo que afrontan los partidos comunistas. Con motivo de las discusiones del Anteproyecto de Programa de la Liga de los comunistas de Yugoslavia y de su aprobación, en seguida, en su VII Congreso de Liubliana, los días 22-26 de abril de 1958, la URSS y China asimilaron en forma violenta el revisionismo a la experiencia yugoslava y desencadenaron un ataque general en su contra. Frente a su exitosa experiencia, donde se construye el socialismo según caminos propios, el comunismo soviético los acusó de revisionistas y practicantes de los siguientes supuestos pecados: negar el espíritu revolucionario del marxismo y socavar el socialismo entre las clases trabajadoras; negar el papel dirigente del partido marxista-leninista; rechazar los principios del internacionalismo proletario, minar los principios leninistas en la organización del partido, o sea, del centralismo democrático y de querer transformar el P. C. de organización revolucionaria en una sociedad de debates y de fracciones.

A partir de esta campaña en los países bajo régimen comunista "revisionismo" es sinónimo de traición política más que desviación ideológica.

Para contrarrestar los peligros del “revisionismo”, el Kremlin insistió en el respeto del “internacionalismo proletario” y el “papel dirigente del Partido Comunista Ruso”. A través de tales principios, la URSS se opuso a la soberanía e independencia de los diversos partidos comunistas para determinar su línea de acción. Debían someterse estrictamente a los intereses de la URSS y de su política.

En esto consiste la subordinación de los “intereses locales” a los “intereses de la lucha proletaria mundial".

En cuanto a la defensa del “partido marxista-leninista” y del “centralismo democrático” se le entiende como la existencia de un partido monolítico, con una obediencia incondicional de todos sus miembros a la voluntad de la directiva central. En este aspecto consideran “revisionismo” la petición de democracia interna y libertad de discusión. Aceptarla significaría abrir a la crítica las decisiones tomadas por la dirección central del partido. El mantenimiento rígido del “centralismo democrático” (en buenas cuentas “centralismo autocrático”) permitió la subsistencia de partidos comunistas obedientes y fieles instrumentos de las consignas soviéticas.

VIII

El triunfo del socialismo es inevitable. Y triunfará en razón del desarrollo económico de la sociedad, de la educación política de las masas y del funcionamiento de la democracia.

Si pone acento especial en la crítica de las injusticias del orden capitalista imperante, de sus abusos y de sus desigualdades y atrasos, al mismo tiempo señala a las clases trabajadoras sus responsabilidades en una gestión disciplinada y consecuente. Las grandes transformaciones sociales no son la consecuencia de hábiles componendas; ellas resultan de la acción de las masas impulsadas por necesidades hondamente sentidas y porque son capaces de asimilar ideas inspiradoras. De acuerdo con lo expresado por los grandes teóricos socialistas las tácticas astutas, las maniobras caudillistas, las consignas burocráticas o la conquista de cargos directivos en los organismos populares, con ser importantes en un momento dado, no logran reemplazar las ideas, las cuales se convierten en fuerza material cuando penetran y prenden en las masas. Y las ideas sin las cuales es imposible cualquier transformación progresiva de la sociedad no proceden de los politiqueros audaces y prácticos, que las subordinan o adaptan a una organización poderosa, sino de personalidades innovadoras, de talento crítico y de espíritu libertario.

Las ideas socialistas incrustadas en las masas no pueden ser jamás extirpadas por métodos represivos, por campos de concentración o ejecuciones. Como escribía Marx: “actos notorios, aun cuando realizados en masa, pueden oponerse con cañones en cuanto se tornan peligrosos; pero las ideas que se enseñorean en nuestra inteligencia y rinden nuestro albedrío, y que la razón remacha a nuestra conciencia, esas ideas son cadenas que no pueden arrebatarse al hombre sin destrozar su corazón”.

La experiencia nos enseña también que reformas profundas en el dominio de la propiedad territorial y mobiliaria, en la producción y repartición de las riquezas, no bastan para echar los fundamentos del socialismo. Dichas reformas pueden ser la base de una sociedad tecnocrática y tiránica, como lo demuestra la experiencia rusa. Es necesario que el socialismo rechace los métodos dictatoriales, afirme la verdad y una severa ética revolucionaria. Para los socialistas el fin no justifica los medios, pues cuando éstos son detestables deterioran y encanallecen el fin. Aunque los comunistas ridiculizan a los socialistas como a pequeño-burgueses titubeantes, paralizados por escrúpulos éticos, mientras ellos son hombres

de acción sin vacilaciones ni prejuicios morales, lo cierto es que la posición socialista es más fuerte y justa.

Los socialistas asiáticos han señalado particularmente la importancia de este problema. Para ellos todas las tentativas de la reconstrucción socialista de la sociedad están condenadas al fracaso si no se afirma una ética socialista, por medio de la cual se establezca una perfecta correspondencia entre los fines y los medios; un respeto severo por la verdad y su práctica constante; un mejoramiento ininterrumpido del individuo. Según los teóricos socialistas asiáticos, los obstáculos para conseguir lo anterior radican en dos fuentes principales: el amoralismo de muchos de los dirigentes socialistas-marxistas, quienes consideran a los principios éticos básicos como relativos y como “prejuicios burgueses”; y la debilidad de la naturaleza humana (el innato sentido del oportunismo del hombre).

Es irrefutable, y los socialistas asiáticos lo han señalado con extraordinaria claridad, que si nuestros actos inmediatos no guardan consonancia con nuestro ideal último, no tendremos jamás posibilidad de alcanzarlo. En cambio sólo al encuadrarse nuestros valores inmediatos con nuestros ideales, al no existir la menor contradicción entre los valores inmediatos y los objetivos últimos, entonces habrá posibilidad de alcanzar nuestro ideal.

Los programas socialistas, deben contener, entonces, ciertos valores éticos, cuya aceptación sería obligatoria y jamás descartados por el oportunismo.

En cuanto a la debilidad de la naturaleza humana es preciso contar con este hecho y no preocuparse sólo del medio ambiente que rodea al individuo; es necesario encarar su naturaleza interna propia y poner acento en su mejoramiento. Es un proceso encadenado: cambio de las condiciones sociales y mejoramiento espiritual del individuo. Gran parte del éxito del fascismo se debió a su aprovechamiento cínico de la mala condición humana. Hitler, en su obra “Mí Lucha”, escribió: “Debemos tomar a los hombres tales como son, y también tomar en cuenta su debilidad y su brutalidad”. O sea, no preocuparse por mejorar y elevar la condición humana, sino sacar provecho de ella para afirmar una política contraria a los intereses del hombre y de la humanidad; embaucar a las masas para oprimir a la sociedad.

El hombre es un ser social y la influencia del medio ambiente, del sistema imperante, lo conforma en gran parte. Un cambio de régimen entonces significa de inmediato una modificación apreciable de su conciencia. La democracia y el socialismo se afanan por cambiar la sociedad y por dignificar al hombre; de elevarlo por sobre sus propias taras, porque creen en su perfectibilidad ilimitada. Es cierta y justa la observación del Dr. Rieux, personaje de “La Peste", de Albert Camus, cuando reconoce "que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”. Entonces se debe actuar de consuno sobre medio e individuo para ser transformados. Y así, en un ambiente apropiado, sin miseria ni opresión, pueda el individuo comportarse como un ser humano libre, pero disciplinado y capaz de someter sus propios deseos y ambiciones al bien social.

Si es posible transformar las condiciones económicas y sociales, también es posible crear en el corazón del hombre sentimientos más altos y darle un ideal moral superior. Y en la resolución de la cuestión social deben predominar la defensa y el respeto de la personalidad humana, dando a cada individuo el máximum de seguridad, de dignidad, de felicidad. El verdadero progreso debe tender sin cesar a liberar al hombre y a la humanidad; a acrecentar el valor individual del hombre, no a transformarlo en un insignificante tornillo de un complicado mecanismo ni en una ínfima hormiga en un inmenso y

despiadado hormiguero como, desde puntos opuestos, tienden el capitalismo egoísta y el fascismo totalitario; ambos negadores de la esencia del hombre, de su dignidad, de su libertad y de su posibilidad de perfeccionamiento espiritual.

Trayectoria del Partido Socialista de Chile

ARAUCO N°63 abril 1965

A raíz de la grave crisis capitalista de 1930 y de la caída de la dictadura militar, en 1931, se formaron diversos grupos socialistas, los cuales experimentaron un fuerte impulso con el pronunciamiento revolucionarlo del 4 de junio de 1932, que instauró la República Socialista.

Sus principales caudillos fueron el coronel Marmaduke Grove Vallejo y el abogado y tribuno Eugenio Matte Hurtado, jefe de la NAP, (Nueva Acción Pública), uno de los partidos socialistas constituidos en esa época. Durante doce días de existencia, (4-16 de junio de 1932), se llevaron a cabo medidas audaces, desatando un extraordinario entusiasmo popular. Su caída y reemplazo por la dictadura de Carlos Dávila, sostenida en los mandos reaccionarios de las fuerzas armadas, no detuvo el florecimiento socialista, aunque su dispersión en varios pequeños conglomerados no le permitía obtener una influencia proporcional en el seno de las masas laboriosas y de la política nacional. Las elecciones presidenciales y parlamentarlas de 1932 le dieron un nuevo estímulo después del pasajero retroceso provocado por la dictadura de Dávila. La candidatura de Grove logró un alto número de sufragios, no obstante su ausencia del proceso electoral por encontrarse relegado en la lejana isla de Pascua. Las experiencias de la revolución socialista de junio y la lucha presidencial de fines de 1932 impusieron la conveniencia de fusionar los distintos núcleos de socialistas en un gran partido, sólidamente organizado, con doctrina definida y programa concreto. Sirvió de enlace para realizar su aspiración la NAP, dirigida por Eugenio Matte Hurtado. La política represiva de Arturo Alessandri Palma, apresuró las gestiones unificadoras. Y como respuesta a la primera ley de facultades extraordinarias, bajo el imperio de la cual serían apresados y relegados decenas de dirigentes populares, el 19 de Abril de 1933, en una entusiasta y memorable asamblea de delegados de los diversos grupos, se acordó la fusión y se dio vida a un solo y gran movimiento socialista. Se designó secretario general ejecutivo de la colectividad a Oscar Schnake Vergara, quien no pudo asumir su cargo porque debió ocultarse para escapar a la persecución gubernativa. Asumió en forma interina su dirección el senador Eugenio Matte Hurtado, la figura más descollante en ese agitado año de 1933. La estructuración del nuevo partido revolucionario fue el resultado de una misión cargada de futuro, en cuyo seno se incorporaron amplios sectores de trabajadores manuales e intelectuales, los cuales por su espíritu combativo, se colocaron a la vanguardia del pueblo chileno, en su dura y tenaz brega por conseguir la implantación de un nuevo régimen económico y social. Y, también, fue la respuesta inmediata y decidida a la política represiva del segundo gobierno de Arturo Alessandri Palma, personero sumiso de los poderosos intereses del latifundio, la banca, la iglesia y el imperialismo, y quien desató una agresiva acción contra las masas populares por medio de constantes facultades extraordinarias y con el sostenimiento de cuerpos civiles armados, pretorianos del gran capital y de la reacción.

El PS no nació como un organismo político más, ajeno a la tradición del país, a sus problemas y tragedias, o extraño a los anhelos y esperanzas de sus multitudes desvalidas. El PS se gestó estrechamente vinculado a las aspiraciones y necesidades de las clases laboriosas; como expresión creadora y dinámica de sus grandes sectores obreros, campesinos, técnicos, empleados, profesionales, jóvenes y mujeres; y

en estricto nexo con la tradición de lucha del pueblo chileno, como continuidad histórica de sus largas contiendas para conquistar la justicia, la libertad y el progreso.

A fines del siglo se crearon las primeras agrupaciones socialistas; luego las mancomunales y las sociedades de resistencia; más adelante, el Partido Obrero Socialista, fundado por Luis Emilio Recabarren, y la Federación Obrera de Chile, (FOCH), que se constituyó en el principal instrumento revolucionario, encabezando grandes acciones de masas. Desde fines de la primera guerra mundial, se plantea, en Chile, la moderna lucha de clases en vasta escala y como consecuencia, se agrieta el régimen oligárquico y feudo-imperialista. Se suceden el amplio y esperanzado movimiento político-social de 1920; el vasto y fervoroso movimiento de los asalariados en 1925- 26; y la efímera revolución socialista del 4 de Junio de 1932. El P.S. cierra aquél largo período de la lucha popular, recoge sus experiencias, y, al mismo tiempo desencadena esta nueva acción, más firme, disciplinada y responsable. Aquellas grandes conmociones sociales son hitos que exhiben el desarrollo ininterrumpido de las clases trabajadoras en crecimiento y en dura pugna con sus opresores hasta madurar en la constitución de su mejor herramienta de combate, el Partido Socialista.

El PS organizó bajo las banderas del marxismo revolucionarlo, entendido como una concepción científica de la sociedad y como un método de acción para transformarla, implantando un régimen socialista, un gobierno democrático de trabajadores. Para el socialismo chileno el marxismo es una doctrina amplia, abierta, de conocimiento real y de acción revolucionaria orientada hacia el establecimiento de un régimen progresivo; no es una esquemática codificación de dogmas ni una retahíla de citas de los clásicos, interpretados de una manera oportunista por quienes viven en permanentes virajes al servicio de políticas ajenas a los intereses de los trabajadores nacionales. Es un método de orientación social que no excluye ninguna verdad adquirida en cualquier terreno y se nutre constantemente con el contenido creador de la práctica revolucionaria siempre nueva y única.

En sus 32 años de vida ha protagonizado grandes luchas, entremezclándose victorias y derrotas, éxitos y errores, pero siempre animado por una inextinguible pasión en favor de los desheredados, de las clases laboriosas y humildes.

Al examinar su trayectoria pueden distinguirse etapas bien señaladas. Entre los años 1933-38, época de crecimiento y de lucha revolucionaria, el PS representó un papel determinante en la política nacional; detuvo y venció la amenaza fascista representada por el Movimiento Nacional-Socialista (M.N.S.); agrupó a los partidos democráticos populares en el Block de Izquierda y con su acción contuvo los desbordes dictatoriales del gobierno reaccionario de Alessandri-Ross y sus milicias republicanas, manteniendo un margen de convivencia democrática; dinamizó el Frente Popular; orientó la actividad sindical por nuevos caminos de unidad y lucha, impulsando la constitución de la Confederación de Trabajadores de Chile (C.T.CH.); extendió una nueva conciencia política y social en las grandes multitudes nacionales, destacando que el latifundio y los consorcios imperialistas eran los pilares del sistema de atraso y explotación del país, de expoliación y miseria de las clases trabajadoras y, luego, su actitud en la Convención de Izquierdas, en abril de 1938, al retirar la candidatura presidencial de su abanderado, senador Marmaduke Grove, en beneficio del personero radical, Pedro Aguirre Cerda, significó su victoria sobre el candidato de la reacción y el imperialismo, Gustavo Ross Santa María. Su consigna, “Todo Chile con Aguirre Cerda”, se tradujo en la memorable victoria del 25 de Octubre de 1938.

En los años 1939 a 1946, época de colaboración gubernativa y de divisionismo interno, el PS pasó por descorazonantes experiencias. Aunque fue decisiva su participación en la creación de la CORFO, con el objeto de proceder a la electrificación y al desarrollo industrial del país, y, a la vez, formuló un amplio programa de reformas para modernizarlo y superar las condiciones de vida de las masas, atendiendo los aspectos de la educación, salubridad, habitación, colonización y progreso agrario, en definitiva no pudo impedir el predominio de la burguesía radical en la orientación del régimen, ni logró imponer una gran política realizadora en beneficio del pueblo. Fracasó en su colaboración ministerial y no se retiró a tiempo de su infecundo compromiso. Sus sectores dirigentes se burocratizaron y se alejaron de sus principios doctrinarios y revolucionarios, divorciándose a menudo de los intereses de las masas. Se desataron, entonces, luchas internas que condujeron a una serie de divisiones lamentables, debilitándolo y desprestigiándolo en los instantes mismos de la más tremenda conflagración bélica, de contornos mundiales, y de cuyo seno brotaron revoluciones de emancipación social y de liberación nacional, llevando a centenares de millones de seres a la libertad y el socialismo.

La celebración del XI Congreso General Ordinario, en octubre de 1946, en Concepción, inició la nueva etapa de reorganización interna y de recuperación política del socialismo chileno. En aquel torneo ganaron la dirección del partido los sectores jóvenes dirigidos por Raúl Ampuero Díaz. Bajo su jefatura el PS se rehízo lentamente; se depuró de sus pasados errores; y en la Conferencia Nacional de Programa, celebrada en noviembre de 1947, se reafirmaron sus principios teóricos socialistas, enriquecidos con los avances mundiales de la clase obrera; se definieron con precisión sus bases programáticas de acuerdo con las necesidades del país y las exigencias del progreso; y, en general, se recuperó y acentuó su orientación revolucionaria.

El periodo comenzado a fines de 1946 ha sido difícil, pero por encima de todo, una nueva conciencia socialista, firme y combativa, se impuso hasta lograr el reagrupamiento total del socialismo en su gran Congreso de Unidad, los días 5-6-7 de julio de 1957. Desde ese momento alcanzó un empuje extraordinario; dio vida a una nueva estrategia y táctica en el movimiento popular, concertada en el Frente de Acción Popular, aglutinante de los partidos obreros, con un programa de reformas estructurales, y una línea política independiente y soberana, ajena a cualquier concomitancia con agrupaciones democrático-burguesas.

El PS a través de cinco Congresos extraordinarios y de veinte congresos ordinarios, en treinta y dos años de vida, por sobre transitorias divisiones, ha vitalizado la doctrina socialista y la lucha del pueblo por su liberación.

Los congresos ordinarios y extraordinarios del PS son los siguientes: I Congreso General Ordinario, realizado en Santiago, 27-30 de octubre de 1933; II C.G.O., en Valparaíso, 22-25 de diciembre de 1934; III C.G.O., en Concepción, 23-26 de enero de 1936; IV C.G.O., en Talca, 6-9 de mayo de 1937; I Congreso General Extraordinario, en Santiago, 15-17 de abril de 1938; V C.G.O., en Santiago, del 1° al 4 de diciembre de 1938; VI C.G.O., en Santiago, 20-23 de diciembre de 1939; II C.G.E., en Curicó, 21-24 de mayo de 1940; VII C.G.O., en Santiago, 4-8 de junio de 1941; III C.G.E., en Santiago, 14-15 de diciembre de 1941; VIII C.G.O., en Santiago, 13-16 de marzo de 1942; IX C.G.O., en Rancagua, 22-24 de enero de 1943; IV C.G.E., en Valparaíso, 14-17 de agosto de 1943; X C.G.O., en Talca, 6-9 de julio de 1944; V C.G.E., en Santiago, 27-29 de julio de 1945; XI C.G.O., en Concepción, 18-20 de octubre de 1946; XII C.G.O., en Valparaíso, 26-29 de junio de 1948; XIII C.G.O., en Santiago, 2-4 de junio de 1950; XIV C.G.O., en Chillán, 21-24 de mayo de 1952; XV C.G.O., en San Antonio, 16-18 de octubre de 1953; XVI C.G.O., en Valparaíso,

29, 30, 31 de octubre y 1° de noviembre de 1955; XVII C.G.O., en Santiago, 5-7 de julio de 1957; XVIII C.G.O., en Valparaíso, 9-12 de octubre de 1959; XIX C.G.O., en Los Andes, 7 al 10 de diciembre de 1961; y XX C.G.O., en Concepción, 14 al 16 de febrero de 1964.

El PS impulsó el Blok de Izquierdas porque era una combinación política, a base de partidos populares, con una clara definición frente a las agrupaciones centristas y reaccionarias, sostenedoras del gobierno dictatorial y represivo de Arturo Alessandri-Gustavo Ross. Su composición social poseía, también, una nítida unidad clasista: obreros, empleados, campesinos, intelectuales, sectores de industriales, comerciantes y agricultores modestos, en suma, elementos trabajadores, asalariados, explotados por el gran capital nacional e internacional, por el latifundio, la banca, el monopolio y el imperialismo. Por eso, el PS resistió la consigna de Frente Popular, cuando fue lanzada a fines de 1935, por el PC y un ala del Partido Radical. Veía en ella un serio peligro para su desarrollo como partido de masas, y para la profundización de un movimiento popular revolucionario. Aceptarla significaba revitalizar al Partido Radical debilitado y desprestigiado por su participación en un gobierno represivo y responsable de innumerables atropellos contra las clases trabajadoras; en concreto, significaba abandonar su línea popular y revolucionaria para plegarse a una acción democrático-burguesa, reformista, orientada por el ala derecha del radicalismo. La resistencia socialista se rompió por la fuerte propaganda de los interesados en constituir el Frente Popular, por la implacable gestión económica y política de Alessandri-Ross y por la influencia de los acontecimientos mundiales, en especial la creciente oposición al avance del fascismo, agregándose a ella, desde mediados de 1936, la epopeya de los republicanos españoles. Por otra parte, el PS, a pesar de su aparente vigor revolucionario, exhibía actitudes vacilantes y bastante inclinación por los compromisos y las transacciones; en sus núcleos dirigentes se notaban un marcado electoralismo y una fuerte apetencia por los cargos de representación popular. No había logrado todavía asimilar su concepción marxista y trazarse una política consecuentemente socialista. Finalmente, las condiciones socio-económicas del país no se mostraban favorables para una actividad revolucionaria a ultranza. Existía una clase obrera reducida, con una escasa conciencia e inmadura; un inmenso campesinado, ajeno a toda inquietud; y una vasta clase media, o pequeña-burguesía, con un evidente predominio en la acción política de las masas trabajadoras. Primaban las tendencias pequeño-burguesas sobre las proletarias y a través del Frente Popular encontraron su cauce natural.

A partir de su primera y exitosa prueba, el triunfo electoral en la elección complementarla de un senador, en las provincias de Biobío, Malleco y Cautín, en la cual venció el abanderado frentista, el doctor Cristóbal Sáenz, acaudalado terrateniente de la zona y político radical, el Frente Popular, dinamizado por el Partido Comunista y apoyado en forma amplia por el Partido Radical, se impuso sin reservas.

El Partido Socialista aunque bloqueado en sus posibilidades de desarrollo autónomo, se sumó con vigor a su acción; arrió su bandera revolucionaria y en la lucha presidencial de 1938 retiró la candidatura presidencial de Marmaduke Grove, para dar su respaldo a la del personero radical, Pedro Aguirre Cerda. Su consigna “Todo Chile con Aguirre Cerda’’ obligó a definirse a los elementos vacilantes, aisló la candidatura divisionista de Carlos Ibáñez, agitada por elementos nacionalistas y fascistas, (y el fracaso del putsch nacista del 5 de Septiembre de 1938, reprimido en forma sangrienta por el gobierno, les obligó a plegarse a la postulación del Frente Popular) y contribuyó, en gran medida, a la victoria de las fuerzas democráticas, el 25 de Octubre de 1938.

El PS ingresó al gobierno con tres ministerios. A raíz de su colaboración ministerial aparecen las primeras grietas en la estructura partidaria. Estallan las contradicciones acumuladas en su trayectoria desde la renuncia a su posición popular socialista, expresada en el Block de Izquierdas, hasta el triunfo electoral de octubre de 1938 y la subsiguiente formación del gobierno frentista. Dentro del Frente Popular fue obligado a abatir la candidatura presidencial de Grove, personificación del anhelo revolucionario de las clases trabajadoras, y manifestación entusiasta de la voluntad de lucha del partido, de la decisión de las bases socialistas de no entregar la dirección del movimiento popular a la burguesía, o sea, al Partido Radical. La candidatura presidencial Grove suponía la concreción del hondo anhelo de combatir con un sentido de clase y bajo las banderas del socialismo. Al retirarla para plegarse a la de Aguirre Cerda, el PS perdió su línea propia, quedó encerrado dentro del Frente Popular y en el marco de las ilusiones democrático-liberales, características de la burguesía. Desde ese instante, aunque defendía formalmente una posición revolucionaria, no pudo elaborar una política revolucionaria y olvidó su programa socialista. Toda la acción del PS se resintió de esa contradicción fundamental entre sus principios y programa revolucionarios y su política colaboracionista; y de la oposición entre sus bases proletarias y su dirección pequeño-burguesa.

El Frente Popular en el poder llevó a cabo una labor de conciliación, permitiendo el fortalecimiento de la burguesía a costa de las clases trabajadoras. Se definió como el gobierno de la pequeña y mediana burguesía arribista e insatisfecha, acomodada en la burocracia, con una tónica conservadora en defensa de sus recién conquistadas prebendas, de apaciguamiento frente a los privilegios, y de abierta beligerancia en contra de las reivindicaciones obreras y campesinas.

El PS comienza a quebrarse y debilitarse como consecuencia de sus compromisos en el gobierno de Frente Popular y de sus ilusiones depositadas en la lucha parlamentaria, (cayó en el “cretinismo parlamentario’’ tal como lo definiera Marx). En 1940 experimentó una importante escisión: cinco diputados y un número apreciable de militantes, (entre ellos la mayor parte de los ex miembros de la Izquierda Comunista), levantaron la bandera del “inconformismo”, como expresión del descontento de la mayoría del partido por la burocratización de su capa dirigente y como resultado de la desilusión de los sectores pobres de la población en contra de la esterilidad del Frente Popular; y al ser vencidos en el VI Congreso Ordinario, celebrado en Diciembre de 1939, se alejaron y dieron vida a un efímero Partido Socialista de Trabajadores, a comienzos de 1940.

El inconformismo respondía, sin duda, a una realidad partidaria y nacional. En el país se manifestaba una repulsa franca al carácter burgués del Frente Popular, y en el seno del PS se generalizaba un sentimiento de rechazo a la orientación burocrática y entreguista de la dirección oficial. Sin embargo, a pesar del estado de rebelón de sus bases proletarias, el movimiento inconformista fue derrotado, porque en él actuaban muchos elementos oportunistas del sector de pequeña burguesía insatisfecha y en su comando figuraban líderes demagogos y resentidos, quienes pretendían la división del Partido antes que su enmienda y recuperación socialistas.

A raíz de la división provocada por el “inconformismo” se verificó el II Congreso Extraordinario del PS, en la ciudad de Curicó, en mayo de 1940. En él se revisó la vida entera del partido: programa, organización, política. Y, por primera vez, se planteó un amplio debate estrictamente doctrinario, en torno a la declaración de principios, a su base teórica marxista.

Los acuerdos y debates del Congreso Extraordinario de Curicó significaron un intento de revitalizar el socialismo y darle una nueva perspectiva, pero la división del "inconformismo" lo debilitó en su base proletaria y, en general, provocó desaliento entre sus miembros, por lo cual impidió que alcanzara la recuperación fructífera de una política revolucionaria cuando el PS abandonó el Frente Popular y enfrentó sólo las elecciones parlamentarias de marzo de 1941. Asimismo repercutió más lejos, imposibilitando a la oposición surgida a partir de 1941 para sacar al partido del pantano colaboracionista. Desde ese instante el PS perdió la confianza de las masas y se burocratizó profundamente, protagonizando toda suerte de aventuras. Durante cinco años pasó de una escisión a otra, hasta casi desintegrarse.

Por suerte, en medio de la descomposición y decadencia, importantes núcleos de la juventud y de los elementos obreros e intelectuales, guardaron inquebrantable fidelidad a los principios del socialismo marxista, revolucionario y creador, y acaudillados por el abogado Raúl Ampuero, líder de gran vigor ideológico y de reconocida honestidad política, triunfaron en el XI Congreso General Ordinario, celebrado en Concepción, en octubre de 1946. A partir de esa fecha se Inició un nuevo período de la trayectoria del PS de Chile: se reconstruyeron sus cuadros y se afirmó una línea política independiente, como intérprete de las reivindicaciones populares. Culminó el resurgimiento del PS con la realización de una Conferencia Nacional de Programa, en noviembre de 1947. El PS se rehízo y se entonó: su posición política realista y responsable y su programa socialista desataron el entusiasmo en sus miembros y aglutinaron en su torno a numerosos independientes.

El exitoso renacimiento socialista se encontró obstaculizado por la resistencia fraccional interna del sector vencido en el Congreso de Concepción y por las implicaciones de la victoria de Gabriel González Videla, (en las elecciones presidenciales de septiembre de 1946, apoyado por una coalición radical-comunista), concretada en su gobierno de "unidad nacional" primero, y en su viraje reaccionario, de marcado perfil fascista, a continuación. Los factores surgidos en los dos hechos señalados, entorpecieron la intensa obra de reajuste emprendida por la directiva de Raúl Ampuero, y confluyeron en una nueva división, en 1948, en plena crisis del régimen democrático, cuando Gabriel González Videla, por medio de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, desató una implacable persecución al comunismo y al movimiento obrero. El grupo secesionista logró, con el apoyo del gobierno, acaparar el nombre del PS; y el sector mayoritario, representante reglamentario y legítimo del partido, debió adoptar el nombre del Partido Socialista Popular. En medio de la feroz represión, el PSP se empeñó en mantener un margen de convivencia democrática y detener el establecimiento del fascismo; al mismo tiempo se esforzó por impedir la destrucción del socialismo tratando de salvar sus bases. En torno al PSP se reconstruyó lentamente el socialismo chileno. Por otra parte, con el propósito de resguardar una zona democrática, alcanzó a dar vida a una modesta alianza política dirigida a mantenerla. De ahí nació el FRAS, combinación formada por la Falange Nacional, los radicales democráticos, los Agrariolaborista y los socialistas populares.

El viraje reaccionario de Gabriel González canceló, en el más rotundo fracaso, la política reformista, y colaboracionista traducida en las combinaciones de "Frente Popular", de "Alianza Democrática" y de "Unidad Nacional". Un decenio de colaboración política de los partidos obreros con los partidos demo-burgueses quedó sepultado en la traicionera entrega del radicalismo a la reacción feudo-clerical-imperialista. En las masas se produjo una degradación de su conciencia política y un repudio a los partidos políticos históricos. Entonces pusieron sus esperanzas en la actitud de un caudillo mesiánico, independiente de los partidos políticos, animado siempre por el anhelo de encontrarle una salida a su

miseria y angustia. La incapacidad y la perfidia del gobierno de Gabriel González Videla, tanto en su etapa de "Unidad Nacional" como más tarde en la época de la "Ley de Defensa de la Democracia", con sus fases de "Concentración Nacional" y de "Sensibilidad Social", determinaron la exaltación de la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo, ungido personero del profundo descontento nacional.

El PSP vio con claridad el fenómeno del ibañismo popular y lo estimó la única salida democrática a la honda crisis política nacional. El apoyo a la candidatura presidencial de Ibáñez significaba colocar al PSP en estrecho contacto con las masas y en el centro de la política popular, y, también, envolvía la más tremenda sanción a un pasado repleto de errores, de oportunismos y componendas sin destino. A la vez, permitía reabrir una vía promisoria al socialismo y al movimiento popular. Aunque la adhesión a Ibáñez provocó una grieta al socialismo popular, persistió en su decisión. La certeza de su actitud la subrayó el triunfo impresionante del abanderado popular al obtener 450.000 sufragios, el 48% del electorado nacional.

El PSP trató de canalizar la victoria ibañista en una empresa seria y realizadora y para ello gastó sus mejores esfuerzos en la constitución de una sólida unidad de las fuerzas políticas organizadas. Así surgió el ANAP, (Alianza Nacional del Pueblo). Pronto se hizo evidente que era imposible gobernar con eficiencia y cumpliendo el programa de la victoria, por la incapacidad y versatilidad del Presidente y los apetitos insaciables de las agrupaciones ibañistas, montoneras personalistas, sin arraigo real en las masas. A la etapa inicial populista, con un ministerio en el cual figuraban dos socialistas populares, sucedió otra etapa bonapartista. Ibáñez se desvió hacia la derecha y el PSP pasó a desatar una fuerte oposición. Se retiró del gobierno y se sumó a la resistencia nacional al mandatario incapaz y desleal. En su etapa bonapartista, Ibáñez persiguió a la CUT e intentó crear una organización sindical estatal; mantuvo contactos estrechos con el peronismo; contrató la misión Klein-Saks, propiciadora de una política económica antipopular, y favoreció en forma desmedida al imperialismo norteamericano. Mientras tanto el descontento popular se tradujo en varias grandes huelgas dirigidas por la CUT, en una fuerte oposición en el parlamento y en el estallido popular del 2 de Abril de 1957, reprimido con dureza. Sin embargo, después de estos luctuosos sucesos, Ibáñez dio un nuevo viraje hacia la izquierda, en el cual derogó la Ley de Defensa de la Democracia e hizo aprobar una Ley de Reforma Electoral, que eliminó el cohecho y permitió la expansión ciudadana de los sectores campesinos.

El PSP preparó el camino para una nueva y gran estrategia del movimiento popular, de clara y profunda inspiración socialista, tras la toma del poder para llevar a cabo la revolución chilena. La finalidad perseguida exigía la unidad del socialismo y la unidad de los partidos políticos populares, pero no la unidad por la unidad, como un mero slogan sentimental, sino con altos fines creadores: en cuanto al socialismo, para crear un sólido instrumento que se transformara en el auténtico conductor del proceso social y revolucionario de Chile; y respecto de los partidos populares, para sellar la unión sólida de las clases trabajadoras a objeto de realizar su propia política, de acuerdo exclusivamente con sus grandes intereses y ajena a toda concomitancia con sectores demo-burgueses. La cohesión del socialismo se alcanzó en su gran Congreso de Unificación celebrado en Santiago, en julio de 1957; y la unidad popular se logró en el Frente de Acción Popular.

El Frente de Acción Popular, (FRAP), se demostró una herramienta política formidable. En la lucha presidencial de 1958 llevó como abanderado al senador socialista Salvador Allende, prestigioso caudillo, con una larga trayectoria política en defensa de los intereses populares; alto dirigente del PS, diputado y

senador desde 1937; eficiente ministro de Salubridad en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, y autor de numerosas leyes de beneficio social. Su campaña removió las distintas capas de la población y estuvo a punto de triunfar, (venció en el registro de varones). El FRAP se templó en esa dramática lucha y quedó consagrado como el arma de la próxima victoria de las fuerzas populares chilenas. El pensamiento y la acción del PSP fueron decisivos en la obtención de la unidad del socialismo y de la unidad popular. Aunque se le acusó de sectario y sufrió ataques e incomprensiones, se impuso su criterio y se le reconoció la justeza de su posición. Por lo demás los hechos se encargaron de ratificarla por encima de intereses o pasiones y cálculos mezquinos.

A partir de su unificación el PS actúa con honestidad e intransigencia en defensa de su nueva fórmula política, afirmada en la alianza de los partidos obreros y orientada hacia el socialismo con el objeto de imponer una República Democrática de Trabajadores. El PS demuestra un espíritu sinceramente unitario, pero no abdica de su personalidad inconfundible, ni de su soberanía para decidir y actuar; se reconoce un papel propio, decisivo, en el panorama nacional, y, por lo tanto, un alto rol histórico irrenunciable. De ahí que no rehúye su responsabilidad ni tampoco la polémica, incluso con sus propios aliados, cuando ésta es necesaria para esclarecer la política nacional y la posición internacional de las fuerzas democráticas. En este aspecto ha desatado juicios adversos su rechazo inflexible a toda alianza con los partidos políticos centristas, en cuyo seno se encuentran representados amplios sectores de "burguesía progresista". Sin duda, tanto los promotores de este tipo de conjunciones, como los beneficiados con ellas, apuntan sus críticas y malevolencias en contra del partido enemigo de tales combinaciones por estimarlas trampas perjudiciales para el desarrollo y triunfo del auténtico movimiento popular. Las etapas del Frente Popular y la Alianza Democrática fracasaron, porque contribuyeron a fortalecer a la burguesía y a la reacción y retardaron el avance y triunfo de las clases trabajadoras. La consigna de "Frente de Liberación Nacional" al pretender resurgir aquellas agotadas experiencias, únicamente contribuyó a obstaculizar el ascenso y avance de las masas según un programa, una organización y un objetivo propios e independientes. Es verdad que la evolución social y política en Chile, aceleró su ritmo a partir de 1920, planteándose en el país los problemas de la moderna lucha de clases, a través de grandes conjunciones populistas, uniones de grupos obreros con partidos democrático-burgueses, que empujaron el desplazamiento del poder político desde los sectores de la derecha tradicional hacia los partidos de tendencias renovadoras, hasta alcanzar éstos el triunfo en 1938, y, en seguida, en 1942 y 1946, pero el avance político no tuvo una expresión concordante en el plano económico.

Los partidos democrático-burgueses, en especial el Partido Radical, permitieron que los elementos del latifundio y de la banca unidos a los personeros del capitalismo internacional mantuvieran el control de los procesos económicos y, en último término, manejaron la política interna y externa del país. La contradicción señalada produjo el fracaso de las agrupaciones populares, por cuanto, estas no pudieron cercenar los privilegios económicos, ni las instituciones de la reacción y, de tal modo, provocar una verdadera democratización de la economía y del Estado, consumiéndose en el Gobierno en subalternas intrigas politiqueras y desprestigiándose en menudos cambalaches burocráticos. A causa de la esterilidad de las combinaciones de partidos obreros y partidos democrático-burgueses, las derechas regresaron al poder y el Partido Radical, eje de las anteriores alianzas populistas, se incorporó total y definitivamente a las fuerzas reaccionarias, pues sus sectores "burgueses progresistas" son integrantes y administradores de la penetración imperialista.

Ante tal experiencia histórica, el PS elaboró y definió la nueva posición de frente de acción popular, de base clasista y orientación revolucionaria, con un programa amplio de reformas estructurales y una línea

independiente y soberana. Los partidos populares, a partir de ese momento, pretenden el poder para liberar a las clases trabajadoras y al país entero.

En el presente, el PS, en estrecha alianza con los partidos de izquierda, integrando el Frente de Acción Popular, avanza tras la conquista del poder para dar vida a una República Democrática de Trabajadores. En septiembre de 1964, de nuevo el senador Salvador Allende fue el abanderado de las fuerzas populares. Para vencerlo se produjo una coalición general de todas las agrupaciones centristas y derechistas, abiertamente apoyadas por la Iglesia Católica, el imperialismo norteamericano y la democracia cristiana europea, con una gigantesca propaganda mistificadora y un nuevo tipo de cohecho en escala nacional. A pesar de las condiciones desfavorables para la candidatura socialista, el senador Salvador Allende alcanzó un millón de sufragios, el 40% del electorado del país.

Sin desconocer ni menoscabar el aporte y significación de sus aliados, es innegable que el PS posee un papel de guía de la clase trabajadora de Chile y ocupa un lugar de honor en el movimiento popular por su clarividencia ideológica y su honestidad política; en resumen, por su acción revolucionaria tenaz y consecuente. El PS, libre de todo sectarismo y sin espíritu hegemónico, es algo vital en Chile; pertenece a sus entrañas y expresa los sufrimientos de su pueblo y, a la vez, traduce y enarbola sus profundos anhelos de bienestar, de justicia y de libertad.

Análisis socialista de la obra de Francisco A. Encina

ARAUCO N°67 agosto 1965

Al examinar la historiografía nacional se comprueba una situación paradojal: de una parte, la existencia de una impresionante cantidad de obras voluminosas en las cuales se investiga y narra con minuciosidad el desarrollo del país en sus aspectos político y militar; y de otra parte, la carencia de estudios serios acerca de su evolución económica, social, educacional e ideológica. A pesar de la inmensa producción historiográfica chilena, amplias secciones de su desenvolvimiento no han sido analizadas, ni han merecido la atención de los investigadores y eruditos. Tampoco se ha escrito una síntesis completa y moderna de la historia de Chile, basada en los métodos de las ciencias sociales. En la mayoría de los casos, los diversos historiadores aceptan los mismos esquemas conceptuales usándolos sin el menor examen crítico. En esta forma repiten los datos y las interpretaciones, y sus aportes originales se limitan a la presentación del material escrito de nuevo y a algunos escasos detalles antes ignorados.

CARACTER DE LA HISTORIOGRAFIA CONTEMPORANEA

Hoy día la Historia no puede reducirse a la narración caudalosa de los sucesos político-militares con una agobiadora exhibición de documentos. La reconstrucción objetiva y exacta del pasado nacional, en su totalidad, exige la exploración de la estructura económica y el enfoque de los procesos sociales. Sólo el análisis de los procesos económico-sociales operados en el subsuelo de la realidad política, en íntima conexión, nos puede permitir la tan deseada reconstrucción objetiva y la explicación científica del movimiento histórico. Y para verificarlo fecundamente deben utilizarse en la investigación correspondiente los conceptos, métodos y datos de las ciencias sociales. Para comprender con claridad los problemas nacionales es necesario encarar el conocimiento detenido de la base material de nuestra sociedad en toda su evolución, porque la estructura económica y los hechos económicos no son el resultado de repentinos estallidos. Por el contrario, son consecuencia de lentos procesos, con una trama tupida de luchas y contradicciones, que se originan en el seno de la sociedad, imponiendo leyes,

moldeando instituciones, extendiendo nuevas ideas y aspiraciones, todo lo cual define y singulariza las acciones y posiciones políticas. La actividad de los grandes personajes únicamente puede comprenderse y apreciarse, con imparcialidad, por su ubicación precisa en su medio histórico y por su filiación como individuos pertenecientes a una clase social, o a un sector, cuyos intereses representan consciente o inconscientemente. De esta suerte es posible conocer bien la trama de los acontecimientos de los cuales han participado y, al mismo tiempo, valorar con rigor y exactitud su conducta. Exclusivamente con este método científico se podrá entregar una imagen fiel de la vida real de un período definido y del papel jugado por una determinada personalidad. Nada más distante de este procedimiento que el falaz estudio de la "conformación cerebral", de la "psiquis" y de los "avisos de la sangre", al cual recurren los adeptos a la intuición histórica.

LAS INSUFICIENCIAS DE LA HISTORIOGRAFIA TRADICIONAL

Los métodos tradicionales de análisis e interpretación no ofrecen ya soluciones completas y admisibles para el complejo proceso histórico. Quien se proponga explicarlo debe manejar múltiples conceptos, datos y técnicas elaborados en disciplinas no históricas, como son la sociología, la antropología, la economía, la estadística, la psicología social y la ciencia política. La narración prolija de los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos de la historiografía clásica excluye los procesos sociales y culturales, los más importantes, y no arroja ninguna luz sobre realidades e instituciones de excepcional importancia. Fenómenos relacionados con las condiciones y fluctuaciones del avance o el estancamiento económico; las consecuencias sociales del desarrollo urbano; los nuevos tipos de ocupación de la mano de obra y las oportunidades que se abren o se cierran a la población; la alteración de las relaciones familiares; los orígenes y la persistencia de hábitos y creencias sociales; la naturaleza de la actividad política y las características del dirigente político; los objetivos sociales erróneos; la pérdida de los valores éticos y espirituales; las finalidades de la enseñanza; el papel de la Iglesia y de las fuerzas armadas, de la prensa, y las corrientes literarias y artísticas, son elementos esenciales en la existencia y progreso de la sociedad y, por lo tanto, deben merecer una atención preferente en el bosquejo del cuadro histórico. En caso contrario, la visión resulta trunca, parcial y equivocada, por más extensión formal y palabrera que se le dé.

El esfuerzo gastado en describir la guerrilla politiquera, en confrontar leyes, en publicar nutridos epistolarios de próceres, es más útil orientarlo hacia el conocimiento de las normas de la sociedad en las cuales se ventilaron aquellas pugnas y donde vivieron y actuaron aquellos personajes.

FRANCISCO A. ENCINA Y SU "HISTORIA DE CHILE"

En Chile, existe una formidable base documental, organizada en numerosas colecciones eruditas, para reconstituir nuestro pasado. A la vez es sobresaliente la cantidad de grandes historiadores, quienes, aprovechándolas con amplitud, han entregado valiosas e irremplazables obras, aunque dando siempre importancia decisiva al plano político y soslayando el examen de la base material del país. Sin duda, personifican toda esta pléyade de investigadores y, a la vez, compendian sus virtudes y defectos, las figuras eminentes de Diego Barros Arana y José Toribio Medina. De entre los historiadores contemporáneos se propuso repetir y superar la empresa de Barros Arana, pero basándose en su vasta producción y en la de Medina, a la luz de nuevas concepciones, que denomina genéticas, Francisco Antonio Encina Armanet, abogado, hacendado, político y escritor. Entre los años 1940 y 1952 publicó su "Historia de Chile desde la Prehistoria hasta la revolución de 1891", en veinte gruesos volúmenes.

En el tomo I, analiza las características geográficas de Chile, su prehistoria y el drama de la conquista hispánica; en los tomos II, III, IV y V, describe la época colonial; en los tomos VI, VII y VIII, trata de la lucha de la Independencia; el tomo IX es un estudio del lapso de 1823 a 1830, la época de la "anarquía política", y el tomo X es un panorama de conjunto de la vida económica, social, religiosa y cultural de Chile desde 1810 a 1830; y en ambos volúmenes enfoca la obra de Portales; el tomo XI trata del gobierno de J. J. Prieto (1831-41); el volumen XII, de la administración de Manuel Bulnes (1841-51); el volumen XIII, de la presidencia de Manuel Montt (1851-61); el volumen XIV, del gobierno de J. J. Pérez (1861-71); los tomos XV, XVI y XVII examinan los gobiernos de Federico Errázuriz Zañartu y Aníbal Pinto (1871-81); el tomo XVIII, trata del gobierno de Domingo Santa María (1881-86), y los volúmenes XIX y XX de la administración de José M. Balmaceda (1886-91).

LAS FINALIDADES DE LA "HISTORIA DE CHILE" DE ENCINA

Su detallado análisis de la evolución histórica de Chile pretende ser el resultado de una actitud objetiva y comprensiva frente al devenir nacional, ajeno a cualquier partidismo, porque, según sus palabras, "una historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico, político, moral o religioso, no es historia... El historiador que, antes de repasar los documentos, sabe a dónde va a parar, sencillamente no es historiador, cualesquiera que sean su poder cerebral y sus dotes artísticas". Esta observación no sólo la fórmula para exaltar el valor de su producción, sino también con el propósito de invalidar la clásica "Historia General de Chile", de Diego Barros Arana, de orientación liberal. Le supone parcialidad en sus investigaciones y lo acusa de haberlas subordinado a ideas preconcebidas en contra de España y del régimen colonial. Lo cierto es, sin embargo, que F. A. Encina, al realizar su ambiciosa empresa histórica, tuvo por modelo y apoyo la "Historia de Chile" de Barras Arana, aunque la ataque continua y despiadadamente y al autor lo encuentre "inerte mental" y desprovisto de "sensibilidad cerebral" para aprehender el suceder histórico. Asimismo, aprovecha los trabajos de Ramón Sotomayor Valdés sobre el decenio de Joaquín Prieto (1831- 41), y de Alberto Edwards sobre el decenio de Manuel Montt (1861-61). Pero, únicamente, reconoce haber utilizado la inmensa documentación reunida en las postrimerías del siglo pasado y primer tercio del presente por el gigantesco erudito J. T. Medina. A los autores contemporáneos que han suministrado valiosas obras, renovando en muchos aspectos la historiografía tradicional, a pesar de reproducirlos en muchas de sus consideraciones, no los cita, ni deja constancia de sus publicaciones.

La lectura atenta de la Historia de Chile, de F. A. Encina, permite advertir varias finalidades de fondo. En primer término, la defensa cerrada de la conquista española como empresa idealista y espiritual, y la reivindicación apasionada de la obra colonizadora de España y de su régimen colonial; en seguida, exaltación ardorosa de la obra de la aristocracia castellano-vasca y de sus personeros, como Portales, Tocornal, M. Montt, A. Varas, A. Cifuentes; y condenación sistemática del movimiento liberal y de sus hombres más representativos, como Lastarria, Bilbao, Barros Arana, Balmaceda. Un propósito anexo, y bastante reiterado, es el de destacar la participación decisiva que habrían jugado en la política de su tiempo, sus familiares, los huasos Encina, de Maule-Linares. Asimismo, pretende llenar el vacío de la deficiente información económica y social de los anteriores historiadores. En este terreno logra sus mejores éxitos, aunque no establece ninguna conexión entre el avance y las transformaciones de la base económica y las actividades políticas, con el objeto de presentar una explicación sociológica del proceso histórico. Prefiere señalar los discutibles factores raciales y psicológicos como los determinantes de la acción colectiva e individual.

ACTITUD DE F. A. ENCINA FRENTE A BARROS ARANA

Otra finalidad, presente a través de toda su obra, es la de rebajar y desacreditar a Barros Arana. A este respecto la actitud de Encina llega a tomarse odiosa, como si todo su estudio hubiera sido trazado con el ruin propósito de deprimir y ridiculizar al gran historiador liberal. Es verdad que, con una soberbia desmedida y una descomunal egolatría, apabulla y demuele a todos los historiadores opuestos a sus particulares concepciones, a sus afectos militantes y a sus intereses políticos e ideológicos, pero es Barros Arana la víctima predilecta, en quien se ensaña y descarga a cualquier pretexto, sus hirientes e insidiosos anatemas. Encina, según Feliú Cruz, "ha rebajado, por desgracia, con este encono, la propia dignidad de su obra", y pronuncia, a continuación, este juicio exacto y justo sobre la deuda de F. A. Encina con respecto a D. Barros Arana: "En rigor, si se hace honor a la verdad científica, Encina no había podido materialmente escribir su historia sin el auxilio, sin la base, sin las indicaciones, sin el plan, sin las investigaciones de Barros Arana. Las mismas fuentes bibliográficas son las que han consultado y a veces ha vertido párrafos completos. En cuanto a los documentos, en su auxilio vinieron los de Medina y otros, aprovechados para corregir detalles de errores de Barros Arana. Pero Encina los ha ampliado con el evidente propósito de descalificar al autor de la Historia General. Esos errores, que no logran cambiar el fondo de los sucesos que relató, no son nada en conjunto. ¿Hay algo nuevo, fundamental en Encina que no esté en el relato de Barros Arana? Absolutamente. Lo nuevo es su estilo vigoroso, el sentido polémico que da siempre a la narración, las sugerencias, discutibles o no, con que la avasalla, la interpretación científica o sociológica con qué procura explicar los sucesos. Es penosa la actitud de Encina para con Barros Arana historiador".

Creemos razonable el juicio reproducido y la única rectificación necesaria se reduce, en nuestro concepto, a agregar en el párrafo final, el vocablo "seudo", por cuanto la interpretación histórica de Encina, en vista del abuso de anticuadas teorías racistas y de un psicologismo irracionalista, es seudo-científica y nada sociológica.

LAS INFLUENCIAS DE P. N. CRUZ Y N. PALACIOS EN ENCINA

Aunque Encina se vanagloria de su originalidad, hasta en sus ataques a Barros Arana, demuestra ser un seguidor obediente de envenenadas plumas anteriores. Con toda la enorme extensión y porfía de su diatriba en contra del gran historiador vasco, en el fondo repite los reparos sibilinos de Pedro Nolasco Cruz, escritor católico y conservador, quien en su estudio de la "Historia General de Chile" acusó a Barros Arana de poseer un escaso caudal filosófico propio, de carecer de ideas luminosas y de pensamientos elevados; de faltarle puntos de vista originales y de no tener facilidad para manejar los hechos y descubrir las leyes a que están subordinados o las consecuencias que de ellas se deducen. Y, según P. N. Cruz, estos graves defectos de Barros Arana se deben a su concepción racionalista, positivista y liberal, y a su desdén por la España feudal-absolutista, el régimen colonial, y la actividad y rol de la Iglesia Católica en el devenir histórico.

Pues bien, idéntico criterio evidencia F. A. Encina en sus cansadores ataques al autor de la "Historia General de Chile". La diferencia entre ambos representantes del conservantismo y de la reacción en el plano de la crítica y de la historiografía radica sólo en la extensión desmesurada del ataque de Encina, de su caudal fraseológico excesivo para llevarlo a cabo, y de su disfraz con pretendidas concepciones históricas modernas.

F. A. Encina insiste reiteradamente en la originalidad de sus planteamientos con respecto a los rasgos característicos de la evolución nacional, pero, en realidad, lo único novedoso en el anciano historiador es su estilo pintoresco y desenfadado y su actitud irrespetuosa hacia los distintos personajes que le son antipáticos. En cuanto a sus concepciones más decisivas, están desechadas por la crítica histórica contemporánea. Y los puntos de vista en los cuales pone mayor acento, como exclusivos, los extrajo de Nicolás Palacios, de su caótico arsenal de "Raza Chilena", y de Alberto Edwards.

La influencia de Nicolás Palacios en F. A. Encina es muy profunda. Tanto sus críticas de la realidad económica chilena como sus remedios para transformarla, en su denso ensayo "Nuestra inferioridad económica", le fueron suministradas en gran parte por los desarrollos de N. Palacios. Para este escritor la posibilidad de un nuevo destino chileno se encuentra en la creación de una economía industrial y en la reforma de la educación, a fin de dotarla de una orientación más realista, utilitaria. En tales proposiciones se encuentra la rica fuente del pensamiento de F. A. Encina expuesto en su famoso opúsculo. Además, las aventuradas teorías racistas de Palacios provocaron su entusiasmo y su adopción apasionada, esgrimiéndolas para demostrar la superioridad de la aristocracia castellano-vasca y su derecho histórico a dirigir el país, derecho amenazado por el ascenso de la sangre aborigen en las "clases inferiores".

De otro lado, la exaltación de la aristocracia castellano-vasca y del autoritarismo; el desprecio por el pueblo mestizo y el liberalismo, provienen del arsenal de Alberto Edwards.

F. A. ENCINA CONTINUADOR DE ALBERTO EDWARDS

Al historiador A. Edwards no le interesaron los grandes cambios económicos ni las transformaciones sociales como base de las acciones políticas, de los programas y posiciones de los partidos y de las actitudes de sus dirigentes. Consideró a las agrupaciones políticas desligadas de aquellas estructuras materiales. Sólo estima fundamentales las ideas abstractas y los programas teóricos. Los hombres, entonces, se mueven y actúan, únicamente, por grandes concepciones idealistas. La trama de la lucha política del siglo XIX es, para él, la contienda entre el presidencialismo, de origen portaliano, y el parlamentarismo aristocrático, o sea, una pugna ideológica entre el conservantismo y el liberalismo. Es una interpretación simple donde no se enfoca el nacimiento de las nuevas fuerzas sociales, en razón del desenvolvimiento económico creciente y las vinculaciones de ese proceso a la economía internacional. No considera la presencia de poderosos y dinámicos intereses materiales, ni la acción de factores extra-nacionales, tanto en su avance económico como en sus luchas políticas, realidades económicas y sociales nuevas que aclaran las extrañas alianzas entre conservadores, liberales y radicales, a pesar de sus posiciones ideológicas. Esta misma ceguera sociológica de Alberto Edwards la padece F. A. Encina, no obstante su conocimiento de los factores económicos y sociales.

Alberto Edwards no comprende el nacimiento de los partidos populares como vehículos expresivos de los nuevos sectores sociales de clase media, o pequeña burguesía, artesanado y clase obrera. Permaneció siempre ajeno a la consideración de la vida y reacciones del pueblo. A menudo se refiere con desprecio a las "clases inferiores" y no les reconoce ningún papel. En cuanto a sus organismos, sólo los explica por la obra de agitadores, quienes, con el pretexto de ilustrar a las masas, las preparan para la sedición y los trastornos, y así inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria. Este es el criterio de A. Edwards en la comprensión de la existencia y las acciones de las clases populares en el país. Y es también el criterio de don F. A. Encina.

Por otra parte, A. Edwards considera utopías desquiciadoras a las reformas políticas tendientes a extender las libertades, patrocinadas por el liberalismo. En seguida, la contienda de 1891 la reduce al choque abierto del gran presidente Balmaceda con las clases dirigentes del país, porque habría tratado de "derribar sus venerables instituciones constitucionales" y se arrojó en brazos de una minoría débil, obscura e irresponsable. Los intereses de clases y los apetitos foráneos, heridos por la actitud y los proyectos de Balmaceda, hasta provocar la unión de enemigos ideológicos tan acérrimos como conservadores y radicales, no le arrancan la menor observación. Todo se limita a meras contiendas jurídicas e ideológicas, en el plano político, sin la menor vinculación con los grandes intereses materiales, económicos y sociales.

El análisis de F. A. Encina de la época posee el mismo criterio, con similares planteamientos y desarrollados, eso sí, envueltos en un torrente fraseológico colosal y adornados con abundantes "retratos psicológicos".

A. Edwards, cuando advierte la aparición de tendencias socialistas, las explica como el exclusivo resultado de la "animadversión contra las clases ricas y consideradas"; cuando comprueba la constitución de agrupaciones obreras las acusa de pretender que "el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan". Combate el sufragio universal, "que entrega a las masas venales los destinos de la nación", pero nada dice de quienes realizan el cohecho, con qué fines y cuál es el sistema amparador de esa inicua situación.

LA INFLUENCIA DE SPENGLER EN A. EDWARDS Y F. A. ENCINA

El indisimulado pensamiento reaccionario y aristocratizante de Alberto Edwards nutre las páginas de la producción histórica de F. A. Encina. Su común filiación monttina los une en apretada simbiosis ideológico-personalista. Para Edwards como para Encina, el liberalismo y la democracia son concepciones exóticas, ajenas a la idiosincrasia chilena. En cambio, el régimen colonial, la preeminencia de la Iglesia Católica y el autoritarismo, de corte portaliano y montt-varista, expresarían la genuina vocación nacional. El latifundio, el inquilinato, el sufragio censitario, la represión y un gobierno autocrático y paternalista, ejercido con "buen sentido" por la aristocracia y la iglesia, constituyen los elementos de poder y dirección defendidos por el binomio Edwards-Encina. Todo cuanto desborde dicho cuadro supone un atentado a la tradición, a la legalidad y al progreso; y los diversos personajes enemigos de los "ideales" mencionados son "ilusos y desconformados cerebrales".

A. Edwards sufrió el impacto de la brillante y discutible obra de Spengler: "La decadencia de Occidente". Y, precisamente, la comentó en un extenso ensayo. F. A. Encina sufrió idéntico deslumbramiento y adoptó muchos de sus atrevidos esquemas. Cuando apareció la discutida obra, un perspicaz crítico español la analizó como un vasto ensayo de imaginación, cuya pretensión más insistente era la de explicar los secretos del pasado y del futuro, en virtud de un desarrollado sentido intuitivo, de una verdadera inspiración. También señaló que su influencia sería considerable y se la tomaría por los esnobs como la última palabra de la ciencia histórica y la clave de la historia de la civilización. Juicio exacto si tomamos el ejemplo de F. A. Encina. Para el escritor chileno la historia no se descifra por un saber científico, sino por la intuición. Sin duda en la obra de Encina hay historia (el esquema tomado, en lo fundamental, de Barros Arana y rellenado con la documentación de J. T. Medina), pero hay más imaginación, al modo spengleriano.

A pesar de proclamar, F. A. Encina, que la historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico o político cualquiera no es historia, la suya está predeterminada y deformada por una adhesión ciega a anticuadas concepciones racistas y clasistas, y por su insistente afán de refutar a Barros Arana y a los historiadores liberales.

ALGUNAS CONTRADICCIONES DE F. A. ENCINA

La urdimbre de su historia ha sido trazada con el fin de demostrar que la conquista se basó en altos ideales de creación desinteresada y que la tiranía española durante la Colonia es una burda patraña; que el español llegado a Chile era de sangre germana y su mestizaje con los aborígenes significó un retroceso de su grado de evolución mental; es qué la grandeza de Chile se debe exclusivamente a la aristocracia castellano-vasca y los elementos de ideas democráticas eran "ideólogos", "tarados mentales" y "desconformados cerebrales".

En defensa de sus tesis cae a menudo en gruesas contradicciones y, por otro lado, se extiende en consideraciones aventuradas apoyadas, exclusivamente, en su potencia intuitiva.

Al leer la obra de Tancredo Pinochet Le-Brun, "Autobiografía de un Tonto", me encontré con un excelente capítulo donde examina los primeros tomos de la producción de Encina. En él registra diversas afirmaciones rotundas del anciano historiador y, luego, las confronta a lo largo de esos volúmenes verificando una serie de flagrantes contradicciones, muy propias de quien se deja llevar por la facilidad torrencial de su imaginación y de su pluma incansable. La lectura de este capítulo de Pinochet me ratificó varias de mis observaciones y me suministró otras que más adelante consigno.

F. A. Encina sostiene en el tomo II: "Para España lo fundamental fue la expansión espiritual y material de América. Los móviles económicos estuvieron siempre supeditados por el impulso creador". No obstante, en el tomo I, había escrito: "El mandato inconsciente de la sangre impulsaba a través de móviles egoístas y pequeños. Crearon, inconscientemente, movidos por avidez de riquezas, de mandato, de lustre, de honores o de gloria inmediata". Y en el tomo IV, agrega: "A los capitanes, oficiales y soldados solo les interesaba capturar indígenas para venderlos. Cogían indios de todas las edades, con frecuencia pacíficos, para venderlos en las minas del Perú, o en Santiago, o en Concepción".

F. A. Encina es rotundo en negar que la conquista fuera una empresa de negocios, pero suministra numerosos datos reveladores de cómo los españoles la llevaron a cabo para repartirse las tierras y los indios y adquirir riquezas y honores. Muchas veces los hechos se oponen a sus disquisiciones. Entonces los sepulta bajo sus desbordes intuitivos. A los frailes defensores de los indios, quienes denunciaron las crueldades cometidas por los conquistadores, los acusa de "desconformados cerebrales", pues en ellos "un sentimiento místico ahogaba el sentido de la realidad".

Según Encina el trabajo forzado y los castigos no eran las causas de la rebeldía de los indígenas y de su resistencia a plegarse al género de vida de los españoles. En el tomo I escribe: "Ningún poder, ninguna enseñanza, sin excluir la religión, podían hacer germinar en los aborígenes, aun aislándolos en grupos, los sentimientos y las ideas que informaron el cristianismo y la civilización occidental. Las concepciones y la moral abstracta del cristianismo tenían que resbalar por la superficie de sus cerebros primitivos, lo mismo debía suceder con el patrimonio mental que constituye el alma mater de la civilización europea". Pero el detalle de las atrocidades de los españoles explica mejor la razón de la indomable lucha del indio. En el tomo I, algunas páginas antes de la cita reproducida, expone: "Valdivia les hizo cortar la mano y las

narices a cuatrocientos prisioneros indios y los puso en libertad para que sembraran el terror entre sus tribus". Aplaude a aquellos conquistadores partidarios de los métodos de terror. Para él, Rodrigo de Quiroga (1575-1580): "fue, talvez, después de Valdivia, la personalidad de mayor valer entre los conquistadores de Chile. A un fondo de hidalguía, que manaba de la sangre y que no desmintió a lo largo de su vida y de su actuación, unía la prudencia, la sagacidad y un gran conocimiento de los hombres; un carácter recto y afable, siempre dueño de sí mismo, y que no excluía la firmeza y la decisión en los momentos difíciles; y la simpatía que gana espontáneamente las voluntades. —Pero faltó a este concierto de rasgos, rara vez aunados en un hombre, el embalsamiento en un gran propósito, que constituye la piedra angular de la personalidad de Valdivia"—. Es un retrato típico del método y estilo del apasionado historiador, trazado en gran parte de acuerdo con su exclusiva intuición, pues en la descripción de los sucesos protagonizados por Rodrigo de Quiroga o de sus actitudes trascendentales, no se aprecian con rotundidad los brillantes rasgos que le son atribuidos. Lo único resaltante en su acción, se reduce a sostener la necesidad de tomar prisioneros a los indios más belicosos, ejecutar a los cabecillas y "desgobernar" a los demás (cortarles los dedos de un pie).

EL ATRASADO RACISMO DE F. A. ENCINA

Los defectos más graves de las concepciones históricas de Encina fluyen de su obstinada adhesión a las teorías que ven en la raza el factor más importante de la Historia, tal como Gobineau, Vacher de Lapouge y H. S. Chamberlain, lo sostuvieron en el siglo XIX. Hace suyas, en parte, las teorías del doctor Nicolás Palacios, discípulo chileno de aquellos escritores europeos, expuestos en su libro "Raza Chilena".

Según el doctor Palacios, los españoles que conquistaron Chile eran de ascendencia germana, por lo cual la raza chilena es una raza mestiza araucano-gótica. Palacios formuló su teoría con fines patrióticos, dirigida a exaltar la bondad del mestizaje y las grandes cualidades del pueblo chileno. Encina hace suya la teoría de Palacios en algunos aspectos. Acepta la ascendencia germánica de los españoles llegados a Chile, cuya sangre se habría concentrado en las altas clases sociales; pero combate el mestizaje español-indígena, donde se originaron las clases populares, por haber significado un retraso en la evolución mental del pueblo chileno. De todos modos, el mayor porcentaje de sangre goda que circula por las venas de la población chilena habría influido en su temperamento y carácter, diferenciándola de los demás pueblos latinoamericanos. Para superar la contradicción de esta teoría con la realidad en la que los vascos se constituyeron en clase dominante, agregándose a ella elementos franceses, irlandeses, sajones, etc., Encina afirma que la capa vasca sólo recubrió la base goda, sin destruirla, a fines de la Colonia y dio origen a la aristocracia castellano-vasca. Su insistencia sobre la alta proporción de sangre germana de los peninsulares dominadores de Chile, donde habrá influido poderosamente en su constitución étnica y en sus rasgos psicológicos, no puede asentarse sobre ninguna base seria. Entonces, Encina recurre en forma exclusiva a su fina sensibilidad cerebral y a su sagacidad intuitiva, de las que carecieron los historiadores vascos del siglo XIX, para demostrarla e imponerla.

La teoría enciniana acerca del fondo germánico del pueblo chileno resulta más peregrina si consideramos el panorama étnico de la Península Ibérica. El fondo racial característico y fisonómico de España está constituido por elementos íberos, celtas, romanos, semitas, fenicios, cartagineses, árabes y judíos sefarditas, bereberes, parientes de los íberos, y vascos. Los germanos establecidos en los siglos V y VI, formarán la aristocracia feudaloide sobre el pueblo hispano, celtíbero en su mayoría, relativamente romanizado. Y pasada la Reconquista que dejó raudales de sangre árabe y bereber, y también judía, en más de dos tercios de la península, la capa visigoda desapareció en la secular contienda o se mezcló

abundantemente. De subsistir restos todavía en el siglo XVI, es difícil suponer que abandonara España para venir a América, si poseía puestos de comando en el gobierno de la época y su actividad internacional se encauzaba hacia la consecución de la hegemonía en Europa. A América se dirigen los elementos populares desesperados por la miseria y la sujeción, por las represiones terribles, quienes se juegan el todo por el todo (campesinos humildes, cuidadores de cerdos, presidiarios, marinos, moriscos y sefarditas, temerosos de las medidas fanáticas de la Inquisición), deseando mejorar la condición social y capaces de las mayores empresas a trueque de lograr riquezas y honores. El valor, la codicia y la crueldad, forman el simple andamiaje psicológico de estos conquistadores, sin el menor freno que provenga de la cultura o de la moralidad, y que se manifiesta a cada instante en contra de los aborígenes y de sí mismos. En realidad, el germanismo de los peninsulares llegados a Chile y su influencia en la clase dirigente nacional hasta determinar modalidades raciales, sociales e históricas, es el producto de un "estado delirante", para usar los propios términos, tan pintorescos y fantasiosos, del autor.

En cuanto al problema del mestizaje, expresa en el tomo III: "En la gran masa, el mestizaje determinó el retroceso del grado de evolución mental del español. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, se acentuaron mucho en el criollo las manifestaciones de una especie de infancia cerebral que ya no desaparece en todo el curso de la historia de Chile". En los tomos siguientes insiste en diversas oportunidades que el mestizaje español-aborigen retrasó la evolución mental del pueblo chileno, legó al mestizo la repulsión por el trabajo, engendró desequilibrados mentales y produjo reversiones a la animalidad primitiva.

EL ARISTOCRATISMO REACCIONARIO DE ENCINA

Encina, en estrecha relación con su racismo, es clasista. El mestizaje es una calamidad y sólo las clases altas, sin contaminaciones aborígenes, son las creadoras y las hacedoras de la historia. La superioridad racial y, por lo tanto, mental y moral de las clases españolas dominantes es un dogma indiscutible. Es la gente distinguida y superior en constante peligro por la infiltración de la sangre aborigen. Si ésta se infiltra determina en el acto un retroceso del cerebro español, lo hace descender en la escala del desarrollo mental, lo torna más basto e imprime un ritmo más lento a las reacciones del temperamento y de la inteligencia. En el tomo V escribe: "Todo el siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII fue una lucha, sorda e inaparente, entre la barbarie representada por el avance de la sangre aborigen hacia las altas clases sociales, y la civilización representada por la sangre europea que siguió llegando".

A pesar de combatir con dureza al aborigen, en diversos capítulos reconoce el valor extraordinario de los araucanos y se admira de su voluntad y tenacidad guerreras y de su fecunda imaginación militar. Si los acusa de perezosos y señala su repugnancia por el trabajo, también comprueba una actitud similar de los españoles, haciendo resaltar que son descuidados y holgazanes. Son soldados y frailes y tratan por todos los medios posibles de hacer trabajar en su beneficio a los indios y mestizos. Llega a anotar que si los españoles entran en masa a los conventos es para esquivar el trabajo. ("El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y a la mendicidad vagabunda", tomo II). De ahí los miles de conventos y las decenas de miles de religiosos. Si fue imposible habituar a los indios a un trabajo sistemático, algo semejante ocurrió con los españoles. En el siglo XVII los días festivos eran 139, es decir, los españoles trabajaban únicamente durante 226 días al año.

Ante la realidad bosquejada, Encina, defiende la esclavitud, las encomiendas, los mayorazgos y la servidumbre de los mestizos. Y con la misma intensidad arremete en contra de los sacerdotes

denunciantes de los abusos cometidos por los conquistadores y partidarios de la abolición de las encomiendas; rechaza las “tasas”, porque habrían provocado la ruina de los encomenderos al reglamentar el trabajo de los indígenas. Combate la cultura y, en el tomo V, emite este juicio sorprendente: "Las Universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias, ni palancas del desarrollo mental”, y duda de la educación pública como medio para transformar el desarrollo mental de un pueblo, en abierta contradicción con su ensayo sociológico “Nuestra inferioridad económica”, su primer escrito, en donde señala los diversos males del país, achacándolos a la mala orientación de la enseñanza. En ese ensayo pone toda su confianza en la educación para conseguir la modificación de la realidad nacional y la mentalidad de sus habitantes.

EL INTUICIONISMO FANTASIOSO DE ENCINA

Junto a su adhesión a las teorías racistas demuestra una simpatía constante por la filosofía irracionalista de Bergson, quien afirma que, únicamente, la intuición puede entregamos la posibilidad de aprehender la realidad. De aquí saca Encina su ilimitada confianza en la intuición como método para lograr la resurrección del pasado y para comprender las acciones y móviles de los personajes. Y en este terreno el historiador abusa en forma desmesurada. Analiza con impresionante seguridad el subconsciente de numerosos personajes y conoce claramente los “avisos de la sangre” (el conocimiento proveniente de la sangre y no del intelecto) de muchos otros; traza extensos retratos psicológicos, a menudo, meros pretextos para sus exageraciones intuitivas, sin el menor valor histórico. De tal modo se acumulan las páginas ingeniosas, a veces agradables, pero fantasiosas e inútiles.

Su adhesión a las teorías racistas y a la filosofía irracionalista se completa con su admiración devota por Spengler, cuya influencia directa, y a través de Alberto Edwards, es palpable en toda su obra. Spengler aplica en su concepción histórica la psicología irracionalista bergsoniana y un marcado materialismo biológico, al dividir el proceso histórico universal, de manera arbitraria, en culturas separadas, y éstas sujetas a un proceso biológico. Abusa de la imaginación y de las explicaciones y profecías intuitivas, Encina reproduce la particular terminología spengleriana y con ella forja innumerables mitos y enreda y obscurece el devenir nacional.

Respecto de los personajes históricos, Encina exalta y endiosa a algunos y denigra y ridiculiza a otros. Los santos de su devoción, Portales, Manuel Montt, Prieto, Tocornal, Antonio Varas, son todos genios o semi genios y, al revés, quienes provocan sus antipatías, los hombres de ideas democráticas, son "desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes mentales e hipocondríacos”. A Portales le consagró una obra especial, y muy extensa, publicada en 1934, donde acumula la más impresionante cantidad de ditirambos en favor del político conservador. Lo considera un genio extraordinario. A la misma altura coloca a Manuel Montt. En las páginas del tomo XIII vuelca su pasión admirativa de monttino fervoroso, siguiendo una definida línea familiar. Trata ahí de demostrar cómo Montt fue impuesto Presidente por la aristocracia, pero que ésta jamás lo consideró suyo. Su fuerza residió, entonces, en el apoyo del elemento modesto de la administración pública, en los acaudalados propietarios de provincia, en los sectores militares y civiles descendientes de la vieja aristocracia colonial arruinada y desplazada del Poder. Lo apoyaron devotamente, aunque “no era psicológicamente uno de los suyos, pero era el Mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados”. El trozo es muy representativo del estilo y método de Encina. Según el autor, Montt no sostuvo una lucha tenaz contra sus enemigos doctrinarios, ideológicos, los liberales, sino también con la fronda aristocrática, en especial

al agregarse el motivo religioso en la contienda. El retrato psicológico de Manuel Montt ocupa varias páginas y en ellas menudean los más generosos elogios, lo recarga de tal manera que su personalidad histórica real se esfuma para dejar un cuadro ideal, una grandiosa, perfecta y solemne estatua. Montt, de acuerdo con el retrato mencionado, "posee admirable claridad y cordura intelectuales; recio andamiaje moral, poderoso instinto político; un fondo de profunda bondad humana; una fuerza magnética avasalladora, que emana directa sobre los hombres y los domina; es un gran conocedor de hombres, tal vez el mayor de los que registra la historia de la América española". A su amigo Antonio Varas lo considera, igualmente, un cerebro poderoso, "de un vigor semi genial", con vivo sentido de la realidad, una asombrosa amplitud de pensamiento y una vivísima sensibilidad cerebral, única en la larga serie de estadistas y políticos chilenos. Y en esta forma exalta a quienes le son simpáticos, mientras sepulta en una avalancha de dicterios y juicios adversos a quienes le disgustan. En el endiosamiento de Portales y M. Montt y en el aniquilamiento de los personeros liberales, por repulsa ciega al movimiento democrático, es el seguidor, con mayor caudal fraseológico, de Alberto Edwards y de los historiadores conservadores.

LA OBRA DE FRANCISCO A. ENCINA ES REACCIONARIA

Encina acusa a nuestros historiadores de otorgale una exagerada importancia al desarrollo político, dejando "en los demás aspectos de la evolución social, lagunas que hacen difícil su aprehensión". Colma el vacío apuntado, por medio de informativos capítulos sobre la evolución económica y cultural del país; pero, no obstante, no establece ninguna vinculación entre el proceso económico y la acción política. Para él, el desenvolvimiento histórico nacional está determinado en forma decisiva por los factores de raza y sangre y los psicológicos. Cae en el mismo pecado de sus predecesores reseñando de manera minuciosa el desarrollo político, al cual reduce, principalmente, la marcha de la nación. Y los sucesos políticos se hacen y se deshacen de acuerdo con la acción de individuos destacados, quienes, se unen o se dividen, según tengan su psiquis normal o sean desconformados cerebrales; según sean castellanos-godos o vascos advenedizos, o meridionales delirantes.

Cuando analiza la época republicana lleva a cabo una condenación sistemática de los adeptos al ideario democrático y libertario. Son "ideólogos", "soñadores", que vivían en "estado delirante", verdaderas excrecencias del desarrollo nacional. No les reconoce ningún papel en el curso del devenir nacional, ni siquiera como incitadores e inquietadores del progreso político y jurídico del país.

En este aspecto, Encina, oscila entre el culto al héroe local (Portales, M. Montt) sin la menor interpretación critica, pues todo se le antoja genial, excelso y asombroso en él; y la fácil diatriba dictada por la pasión partidista y la incomprensión frente a lo que ofrezca un leve matiz popular o democrático. Subestima o desprecia el aspecto social como trasfondo del acontecer histórico y por ello no establece la necesaria conexión entre sus capítulos respectivos y los sucesos políticos.

Por las razones expuestas, la obra de Encina, interesante y atrayente por motivos de estilo y soltura de interpretación es, al mismo tiempo, extremadamente peligrosa, a causa de la fantasía que abunda en sus páginas y por su reiterado afán de desprecio de las ideas democráticas. Por otra parte, sus teorías racistas están reñidas con la ciencia y con las investigaciones biológicas modernas. Ya no es posible dividir a la sociedad en un sector de sangre azul y otro de sangre roja. Su concepción es reaccionaria y tiende a justificar la dominación española primero y la explotación de la nacionalidad por una reducida y egoísta oligarquía a continuación. En este aspecto es un verdadero arsenal histórico de la reacción,

estrecha y miope, bloqueadora del progreso amplio del país, al impedir el desencadenamiento libre de todas las fuerzas materiales y espirituales avasalladas en gran parte por los privilegios y las injusticias que mantiene intransigentemente.

Valgan todas estas consideraciones, cuando conocemos la triste noticia de la muerte del historiador, como un juicio póstumo pero permanente que nos mereció y merece su obra.

Notas sobre las concepciones marxistas del Partido Socialista

ARAUCO N°68 septiembre 1965

I

Asistimos a una ofensiva general contra el marxismo. Sus enemigos plantean en la lucha política e ideológica actual diversos dilemas y, en todos ellos, el marxismo es uno de los elementos: cristianismo versus marxismo, democracia versus marxismo, libertad versus marxismo... En sus enfoques le endosan y suponen concepciones que constituyen un desconocimiento o una franca tergiversación del conjunto doctrinarlo marxista; también, es cierto, explotan con habilidad aspectos obscuros, ambiguos, del complejo pensamiento de Marx; y, además, examinan en forma implacable los rasgos sombríos de la experiencia comunista soviética, considerándola como acabado modelo de un régimen marxista, y, al mismo tiempo, utilizan mañosamente las acusaciones, denuncias e improperios que se lanzan los distintos partidos comunistas de la órbita de Moscú y de Pekín.

En su esencia la concepción marxista, critica y desenmascara a la democracia burguesa y liberal por no ser suficientemente democrática, por cuanto es falso que la democracia y las libertades humanas básicas puedan existir de manera real en un sistema capitalista de libre empresa, porque él consagra la propiedad privada de los medios de producción y la explotación del hombre por el hombre, agravándose esa situación, en la actualidad, cuando el sistema de libre empresa ya no funciona en ningún país capitalista siendo reemplazado por el imperio de una red de grandes monopolios, y cuyas sociedades se encuentran aherrojadas por controles en mayor o menor escala y, en general, la dirección del gobierno y la administración de la libertad, están entregadas al gran capital y al Estado tecno-burocrático. Pero tampoco la democracia y las libertades humanas pueden regir en un régimen de capitalismo de Estado, pues, si en él se ha suprimido la propiedad privada de los medios de producción, éstos no se han entregado a la clase trabajadora, sino al Estado, bajo el dominio de un partido único, con lo cual se ha reforzado el poder del Estado y se han suprimido las libertades públicas. En él, el individuo sufre una opresión muy similar a la de un sistema capitalista monopolista.

Marx y Engels fueron campeones denodados de la democracia, de la libertad y de la verdad; su pasión revolucionaria tenía por norte llegar a destruir los privilegios económicos, las injusticias sociales, la represión política, la censura de pensamiento y a establecer, en cambio, la completa emancipación del individuo y de la sociedad, eliminando todas sus alienaciones. El mensaje fundamental de Marx radica en su denuncia de la inhumanidad del capitalismo y la responsabilidad ineludible de establecer el socialismo como solución eficaz de todas las aspiraciones y necesidades del hombre, como sostén definitivo de la libertad. Su concepto de la revolución tiende a la consecución impostergable de la plena dignidad humana. En uno de sus escritos la definió así: “yo llamo revolución a la conversión de todos los corazones y al alzamiento de todas las manos en defensa del honor del hombre”.

El concepto de libertad de Marx es tan amplio que ha llevado a algunos de sus discípulos hacia la reivindicación del libre albedrío. El original filósofo marxista alemán Ernst Bloch, por ejemplo, destaca el humanismo de Marx y proclama el papel avasallador de la acción y de la libertad humanas e, incluso, da una nueva dimensión al libre albedrío y al poder de decisión del hombre, porque sin la posibilidad de elegir no puede haber progreso y si todo el proceso del mundo está determinado de antemano nada nuevo puede ocurrir en la conciencia humana ni en la realidad. Y en una conferencia sobre la libertad expresó: "el libre albedrío se deriva de un deseo convertido en disfrute a través de una serie progresiva de elecciones, decisiones y acciones. La elección es el punto de partida de la libertad". El hombre decide por sí mismo si el mundo debe ser más humano o más diabólico. Y, precisamente, la lucha por someter la economía a una planificación, corresponde a un evidente grado de libertad y a un consciente poder decisional.

El Partido Socialista de Chile en su declaración de principios de 1933, al fundarse dejó establecida su adhesión al marxismo, rectificado y enriquecido por todos los aportes del constante devenir; y en su fundamentación teórica del programa aprobado en noviembre de 1947, ratificó su posición marxista, a la luz de las nuevas realidades mundiales, porque el marxismo como método mantiene un valor insuperable y su aplicación consecuente permite enfrentar con acierto la cambiante realidad y rectificar y enriquecer su propio cuerpo doctrinal. Uno de los comentaristas de sus teorías ha señalado que todos los aspectos fundamentales del pensamiento de Marx proponen grandes interrogantes más bien que soluciones definitivas, siendo esa su verdadera fuerza, excepto para mentes religiosas. Es quien ha indicado el mejor camino para penetrar en el análisis social, pero una vez entrado en él, quienes siguen sus enseñanzas quedan entregados a sí mismos y deben abrirse paso por sus propios medios. Según el mismo autor, el método de Marx, adaptado de Hegel, es el dialéctico, esto es la búsqueda de los rasgos contrapuestos de la realidad, la conciencia del movimiento, del conflicto, del cambio, de la impermanencia, y, por dicho contenido, la dialéctica de Marx debe distinguirse del sistema conocido con el nombre de materialismo dialéctico, según la denominación de Engels, para quien la dialéctica es "la ciencia de las leyes generales del movimiento y desarrollo de la naturaleza, la sociedad humana y el pensamiento". Marx no utilizó la dialéctica en tal sentido y, precisamente, para conciliar la definición de Engels con la realidad sus seguidores han debido fijar una interpretación rígida, un cuerpo oficial de doctrina, y excluirla del proceso dialéctico de cambio. Desde entonces los escolásticos del marxismo resisten su confrontación con las grandes transformaciones de la época y hasta marxistas notables, como Henri Lefebvre, en su época de militante comunista, (posteriormente fue expulsado del Partido Comunista francés), llegó a afirmar que era tarea inútil tratar de superar el marxismo, porque "es la concepción del mundo que se excede (o supera) ella misma". Juicio confuso y, en el fondo, manera de excluirlo del inexorable devenir dialéctico, aunque de acuerdo con la concepción materialista de la historia, toda ideología es parte de la superestructura regida por un ineludible proceso de cambio, y "si en la concepción marxista no puede haber superación sin negación, es evidente, entonces, que hay una contradicción en pretender, de una parte, que el marxismo es una teoría definitiva, imposible de negar, y, de otro lado, que él mismo se excede y supera".

Los escolásticos del marxismo se niegan a incluirlo en el proceso de cambio, porque supondría adoptar una posición revisionista; pero al considerarlo como una teoría definitiva, fija, inmóvil, la concepción dialéctica sería reemplazada por una posición metafísica. Revisionistas son quienes deforman el marxismo, despojándolo de su contenido humanista, revolucionario y democrático, transformándolo en

un conjunto de dogmas, desprovistos de realidad social, en manos de “caudillos infalibles” en calidad de intérpretes oficiales, omniscientes e infalibles, a quienes no se puede discutir so pena de excomunión.

En cuanto a la posición reformista, tampoco es marxista, porque niega su esencia revolucionaria. Las reformas dentro de un sistema de explotación son posibles, pero ellas no afectan el carácter del sistema de explotación. Las reformas dentro del régimen capitalista-burgués no resuelven sus contradicciones ni ponen término a la explotación; esto puede conseguirse solo por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Y ésta se suprime, exclusivamente, por la revolución. Aunque la sociedad actual es distinta a la de la época de Marx, no es posible la adaptación pacifica del socialismo al mecanismo de la sociedad demo-burguesa hasta lograr su reemplazo. De aquí fluye la validez permanente de los postulados revolucionarlos del marxismo. A pesar de las transformaciones del capitalismo, las nuevas realidades de la sociedad y las nuevas necesidades del hombre y del mundo hacen indispensable el socialismo. En cada etapa el movimiento socialista requiere un nuevo programa y exige una nueva estrategia, pero siempre sobre la base del reconocimiento de la revolución como medio de triunfo.

El comentarista Camilo Jordán, en una crónica sobre mi manual ‘‘Los fundamentos del marxismo”, hizo una serie de interesantes consideraciones sobre la actualidad del marxismo. Así escribe: “Es verdad que Marx no pudo figurarse el progreso técnico y científico que tomaría un ritmo tan colosal hasta engendrar una “segunda revolución industrial” y que las estructuras sociales y las condiciones de trabajo experimentarían cambios sorprendentes; pero no es menos cierto que el antagonismo social, señalado por Marx, se mantiene inalterable a pesar del progreso y las estructuras sociales de las naciones industrializadas, aunque diferentes a las de mediados del siglo pasado, no han perdido su carácter antagónico ni su tendencia a la concentración del poder económico y político, previsto por Marx, y ha sido la resistencia tenaz de las clases asalariadas la que ha impedido el establecimiento de un totalitarismo universal, como culminación de aquella tendencia propia del capitalismo”. En efecto, la inhumanidad del capitalismo se ha atenuado por la actividad del sindicalismo obrero y de los partidos populares; su combate cotidiano ha impuesto la dictación de una legislación democrática, la cual ha mitigado la expoliación capitalista; pero la legislación social y del trabajo no la ha otorgado la burguesía: le ha sido arrancada después de largas y costosas luchas por los trabajadores. El cambio de las condiciones de trabajo: disminución de la jornada de trabajo, alza de salarios, reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños, leyes de previsión y de protección, ha sido el resultado de la acción organizada y consciente de la clase trabajadora de acuerdo con la recomendación de Marx: “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”. Nunca la clase capitalista ha dado, por un espíritu de justicia, alguna concesión o mejoramiento a los trabajadores; todo lo obtenido, y exaltado como progreso que contradice las afirmaciones marxistas por los enemigos del socialismo, ha significado grandes conflictos, largas huelgas, sangrientas represiones, y airadas protestas de la burguesía y de los poderes públicos a su servicio. En cuanto a la posición de justicia social de la Iglesia Católica, en defensa de la clase obrera, y de la cuál alardea en nutrida literatura, responde exclusivamente a su actitud secular de despertar ante los clamores del pueblo y tratar de narcotizarlo con pastorales evangélicas y ofrecimientos para la otra vida, pero en el fondo, ante todo, “vigila sus cuentas bancarias, sus tierras, su prestigio, su influencia política, sus dogmas idolátricamente venerados, sus ritos y tradiciones”.

En definitiva, la justeza indiscutible de las doctrinas económicas, sociales y políticas de Marx-Engels queda en evidencia al comprobarse que en la sociedad actual, a pesar de todo su prodigioso avance

económico y su desarrollo técnico portentoso, permanecen intactas, en vasta escala, las diferencias de niveles de vida de las capas sociales; se mantienen los antagonismos sociales e Internacionales; son frecuentes las crisis de cesantía y “sobreproducción" y, sin embargo, las tres cuartas partes de la población terrestre yacen en un espantoso subconsumo y no se aminoran las tendencias del régimen capitalista a eliminar los sectores intermedios colocados entre los asalariados y los empresarios. Desempleo y miseria, guerras y represiones, tiranías y sadismo, inseguridad y temor imperan en las regiones más extensas del mundo.

II

Según la concepción materialista de la historia, el fundamento de toda sociedad es su sistema económico; el modo como actúa y piensa la gente está determinado en última instancia por el modo como se gana la vida; el cambio económico es la fuerza motora de la historia. Las diferencias en el modo de ganarse la vida, por el trabajo o por la propiedad, originan grupos de intereses, actitudes y aspiraciones distintas y antagónicas. Tales grupos son las clases sociales, y son éstas, y no los individuos, las que juegan el papel decisivo en el escenario de la historia; hasta nuestros días la historia de todas las sociedades que han existido “es la historia de las luchas de clases”.

El primer acto que el hombre realiza, y que le hace diferente del resto de la naturaleza y de los animales, es la producción de objetos para la satisfacción de sus necesidades; la Historia así comienza, y así continúa y en la base siempre se encuentra el hombre y éste, fundamentalmente, es un complejo de necesidades que se satisfacen mediante el trabajo productivo. Jean Touchard, en su “Historia de las ideas políticas”, escribe: “Para Marx la historia del hombre en sociedad no es otra cosa que la relación fundamental hombre-naturaleza-hombre. La historia nace y se desarrolla a partir de la primera mediación que pone en relación al hombre con la naturaleza y al hombre con los otros hombres: el trabajo. La historia es, por consiguiente, la historia de la procreación del ser genérico del hombre por el trabajo y por las mediaciones que de éste derivan”.

Marx expuso el contenido fundamental de su concepción materialista de la historia en el prólogo de su obra “Contribución a la crítica de la Economía Política”, aparecida en 1859, pero ya había llevado a cabo una aplicación brillante de ella en su célebre documento “El Manifiesto Comunista”, publicado en 1848. En su famoso prólogo expresa: “...en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social...”

Marx distingue entre la base, o infraestructura, de la sociedad y la superestructura de la sociedad. En la infraestructura es preciso considerar, primero, el estado de desarrollo de las fuerzas productivas, (en la

lucha del hombre con la naturaleza enfrenta un determinado medio geográfico, con mayores o menores condiciones naturales; emplea determinados instrumentos de producción, de acuerdo a técnicas elevadas o rudimentarias); y, segundo, las relaciones económicas de producción, (en el proceso de producción, en el trabajo, los hombres establecen determinadas relaciones; un grupo de ellos acapara los medios de producción: tierras, minas, fábricas, bancos, ferrocarriles, herramientas... Se trata, entonces, de examinar las relaciones de producción condicionadas por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, y de saber en poder de quienes se encuentran los medios de producción; o sea, las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto las relaciones de producción).

En modo de producción es la estructura social enfocada como organización de la sociedad, de las funciones sociales y clases sociales. Abarca las fuerzas productivas de la sociedad y las relaciones de producción entre los hombres.

En la superestructura es necesario considerar, en primer término, el régimen social-político; en segundo lugar, la psicología del hombre social; y en tercero, las ideologías.

El estudio de la base material de la sociedad, de las relaciones de producción, demuestra que todas las sociedades han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y clases oprimidas; entre poseedores y desposeídos.

Los aspectos principales de su concepción materialista de la historia Marx los expuso primeramente en su obra "La Ideología Alemana". Muchos de los desarrollos expuestos en ella los sintetiza en "El Manifiesto Comunista". Por ejemplo estos fragmentos son muy sugestivos: "De donde se desprende que todas las luchas que se libran dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho de sufragios, etc., no son sino las formas ilusorias bajo las cuales se ventilan las luchas reales entre las diversas clases... Y se desprende, asimismo, que toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda la forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general, cosa a que en el primer momento se ve obligada... Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante... Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por lo tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas..."[9]

En el pensamiento de Marx se armonizan teoría y praxis. No sólo interpreta la realidad y el movimiento histórico, también preconiza la transformación de la sociedad en un sentido progresivo. La fuerza explosiva de "El Manifiesto Comunista" reside, precisamente, en su acertada explicación del desarrollo social, de las leyes del sistema capitalista, y de la formación y dominio de la burguesía, y, sobre todo, en su llamado a la revolución para derribar el régimen de la burguesía. El capitalismo está condenado por sus propias contradicciones internas: "Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía el terreno sobre el cual ha establecido su sistema de producción y de apropiación de lo producido. Ante todo produce sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son

[9] Fragmentos de "La Ideología Alemana", traducción de W. Roces, Incluidos en "Marx y su concepto del hombre", de E. Fromm, págs. 216 y 221.

igualmente inevitables". Pero, además, para asegurar el triunfo de la clase trabajadora y del socialismo es indispensable la acción organizada, la lucha revolucionaria del proletariado.

Marx y Engels escribieron en "El Manifiesto Comunista": "El primer paso de la revolución obrera es la constitución del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas... Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase, y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el Poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la fuerza organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, destruye por la fuerza las viejas relaciones de producción, destruye al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y las clases en general y, por tanto, su propia dominación como clase. En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos"...[10]

Se desprende, con claridad, que el primer paso de la revolución obrera es elevar al proletariado a la condición de clase dirigente y establecer la democracia, es decir, una constitución democrática de la cual derivará el gobierno político del proletariado, y la concentración de los instrumentos de producción en manos del Estado, modificado éste en el sentido de ser la expresión del proletariado como clase dominante. Y tanto el predominio del proletariado como la existencia del Estado poseen un carácter transitorio; duran mientras se destruyen las condiciones originadoras de los antagonismos de clase y las clases en general para llegar a establecer una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

Los ideólogos de la burguesía, contribuyendo con la parte propia de su misión a la guerra fría, dirigen una violenta cruzada en contra del marxismo para presentarlo como una doctrina de tendencia autoritaria, cuyo conjunto de ideas no persigue otro objetivo que justificar la dictadura y el terror, tomando como base su concepción de la revolución y el gobierno del proletariado y asignando a la experiencia comunista-soviética la aplicación cabal de esos principios marxistas. Según tales ideólogos, Marx habría propiciado una "dictadura" en el sentido corriente del término, o sea, funcionamiento de un gobierno basado en la supresión de las garantías legales y de las libertades públicas y bajo el control de un grupo minoritario dueño de los resortes del Estado.

Marx usó, por primera vez, la denominación "dictadura del proletariado" en su obra "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", en el siguiente párrafo: "Mientras que la utopía, el socialismo doctrinario, que supedita el movimiento total a uno de sus aspectos, que suplanta la producción colectiva, social, por la actividad cerebral de un pedante suelto y que, sobre todo, mediante pequeños trucos o grandes sentimentalismos, elimina en su fantasía la lucha revolucionaria de las clases y sus necesidades, mientras que este socialismo doctrinario, que en el fondo no hace más que idealizar la sociedad actual y forjarse de ella una imagen limpia de defectos, quiere imponer su propio Ideal a despecho de la realidad social;

[10] "El Manifiesto Comunista". Editorial Anteo. Buenos Aires, 1955.

mientras que este socialismo es traspasado por el proletariado a la pequeña burguesía; mientras que la lucha de los distintos jefes socialistas entre sí pone de manifiesto que cada uno de los llamados sistemas se aferra pretenciosamente a uno de los puntos de transición de la transformación social, contraponiéndolo a los otros, el proletariado va agrupándose más y más en torno del socialismo revolucionario, en torno del comunismo, que la misma burguesía ha bautizado con el nombre de Blanqui. Este socialismo es la declaración de la revolución permanente, de la dictadora de clase del proletariado como punto necesario de transición para la supresión de las diferencias de clase en general, para la supresión de todas las relaciones de producción en que éstas descansan, para la supresión de todas las relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, para la subversión de todas las ideas que brotan de estas relaciones sociales".[11]

Marx emplea la palabra "dictadura" según el sentido de la institución republicana romana, consistente en el gobierno provisional de un solo hombre, designado durante alguna crisis grave y con poderes limitados, por un período determinado. En el caso de la "dictadura del proletariado", como el gobierno provisional de la clase trabajadora en tránsito hacia la eliminación de las clases. En la época de su formulación, Blanqui y los blanquistas, abogaban por una dictadura revolucionaria de una minoría sobre la sociedad y, por lo tanto, sobre el propio proletariado. Desde un comienzo, Marx dio como contenido a su concepción de la dictadura del proletariado el de gobierno de la clase trabajadora, del pueblo; en ningún instante el de dominio de una élite revolucionaria, ni de un partido, en nombre del pueblo. La enunció, precisamente, en contraposición a la de Blanqui, quien pretendía llegar al poder y derribar el gobierno de la burguesía por la acción de una minoría, de una élite, de conspiradores y revolucionarios desligados de la masa, de la clase trabajadora. Marx demostró siempre admiración por Blanqui como revolucionario devoto y honrado, pero rechazó su prédica del "putsch", del golpe, a cargo de un grupo revolucionario conspirador. Al concepto bienquista de la dictadura de una minoría revolucionaria activa, Marx opuso su concepción de la dictadura de clase del proletariado, usando el vocablo "dictadura" con el significado de "gobierno social" o dominio de la clase trabajadora. Para implantar el socialismo, el proletariado debe conquistar el poder político, y tal es el contenido del término "dictadura del proletariado".

En 1874, Engels, explicó, en forma retrospectiva, la diferencia entre la idea blanquista y la marxista, en estos términos: "De la hipótesis de Blanqui de que cualquier revolución puede ser hecha por la irrupción de una pequeña minoría revolucionaria, se sigue por sí misma la necesidad de una dictadura después del triunfo de la aventura. Esta es, por supuesto, una dictadura no de la clase revolucionaria entera, el proletariado, sino de la pequeña minoría que ha hecho la revolución y de quienes se han organizado previamente bajo la dictadura de unos cuantos individuos".

Marx, en oposición a los blanquistas, entiende la "dictadura del proletariado" como el gobierno de toda la clase revolucionaria (en ninguna parte habló Marx de su posible realización por una minoría, o por medio de un partido único), porque vinculó siempre la dictadura o gobierno del proletariado a la idea del apoyo de la mayoría, y la forma de ese gobierno dependía de la existencia de un proletariado con conciencia de clase, erigido en fuerza dominante. Marx no sólo rechaza la dictadura mediante una minoría de revolucionarios conspiradores o profesionales, como lo quería Blanqui, sino inclusive mediante el proletariado en tanto éste no tiene el apoyo de las otras clases. Marx contrapuso al concepto de Blanqui de dictadura de una minoría, su idea de dictadura de clase, de dictadura del

[11]"Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1880". Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú. págs. 137-38.

proletariado, entendida como “gobierno del proletariado” o “poder político de la clase trabajadora”, manteniendo la revolución permanente hasta eliminar las clases privilegiadas e imponer el socialismo.

En general, Marx, rechaza la dictadura de una minoría en nombre del proletariado; tampoco acepta la dictadura del proletariado como un fin; y es enemigo de todo fetichismo estatal. En su carta a J. Weydemeyer, fechada en Londres a 5 de marzo de 1852, le manifiesta: ... “Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1°) que la existencia de las clases solo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2°) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3°) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases”...[12]

En su “Crítica del Programa de Gotha”, Marx llevó a cabo una violenta crítica al proyecto de programa redactado con motivo del congreso de unificación de las organizaciones obreras alemanas, (Partido Obrero Socialdemócrata, los eisenachianos, dirigidos por Liebknecht y Bebel; y la Unión Central de obreros alemanes”, organización lassalleana), el 22-27 de mayo de 1875, en Gotha, del cual surgió el Partido Socialista Obrero de Alemania, y rebatió las posiciones teóricas económicas y las tácticas políticas de Lasalle. En el párrafo sobre la aspiración del Partido Obrero Alemán “al estado Ubre”, la ridiculiza y expresa: “La libertad consiste en convertir al Estado de órgano que está por encima de la sociedad en un órgano completamente subordinado a ella, y las formas de Estado siguen siendo hoy más o menos libres en la medida en que limitan la “libertad del estado”. Después de referirse a las frases “sociedad actual" y “estado actual”, escribe: “Sin embargo, los distintos estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen de común el que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros, en el sentido capitalista. Tienen también, por tanto, ciertos caracteres esenciales comunes. En este sentido, puede hablarse del “Estado actual”, por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido. Cabe, entonces, preguntarse: ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra pueblo y la palabra Estado, no nos acercaremos ni un pelo a la solución del problema. Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista, media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”.[13]

Le enrostra plantear reivindicaciones democráticas y no exigir la principal, en la cual caben todas, la de una república democrática. Y en un párrafo expresa: “Hasta la democracia vulgar, que ve en la república democrática el reino milenario y no tiene la menor idea de que es precisamente bajo esta última forma de Estado de la sociedad burguesa donde se va a ventilar definitivamente por la fuerza de las armas la lucha de clases; hasta ella misma está hoy a mil codos de altura sobre esta especie de democratísmo que se mueve dentro de los límites de lo autorizado por la policía y vedado por la lógica”. Y más adelante

[12] Marx-Engels. Obras Escogidas, t. II, pág. 481. Ediciones en lenguas extranjeras. Moscú.
[13] Marx-Engels. Obras Escogidas, t. II, págs. 24-28

agrega; “Pese a todo su cascabeleo democrático, el programa está todo él infestado hasta el tuétano de la fe servil de la secta lassalleana en el Estado; o —lo que no es mucho mejor— de la superstición democrática; o más bien un compromiso entre estas dos supersticiones, ninguna de las cuales tiene nada que ver con el socialismo”.

La revolución popular de París, la Comuna de marzo-abril de 1871, realizó en forma práctica el primer intento de un gobierno proletario. Marx la defendió en un opúsculo vibrante, “La guerra civil en Francia”. Ahí la presenta como un “gobierno de la clase trabajadora”, como “la forma política al fin descubierta bajo la cual realizar la emancipación económica del trabajo”. Describe y subraya el carácter completamente democrático de la Comuna con sus medidas de sufragio universal, funcionarios electivos y revocables, abolición del ejército permanente, fin de toda investidura jerárquica, despolitización de la policía, democracia comunal desde abajo en reemplazo del destruido estado centralizado. Los rasgos predominantes en la experiencia de la Comuna son la hegemonía del proletariado en la revolución, (los demás sectores sociales lo consideran su vanguardia y dirigente), y sus formas de instituciones realmente democráticas, y, por todo ello, Marx expresaba que “sus medidas especiales no podían sino favorecer la tendencia de un gobierno del pueblo para el pueblo”. Más tarde, Engels, en la Introducción a una nueva edición de “La guerra civil en Francia”, decía: “Finalmente los filisteos social-demócratas se han llenado una vez más de saludable terror ante las palabras dictadura del proletariado. Bueno y muy bueno, caballeros. ¿Quieren saber a qué se parece esa dictadura? Vuelvan los ojos a la Comuna de París. Eso fue la dictadura del proletariado”.

Marx y Engels comprendían el régimen de dictadura del proletariado como una sociedad en la cual el poder del Estado estaría en manos de los trabajadores y en proceso de extinción, por medio de la entrega de muchas de sus funciones a la sociedad de acuerdo con medidas como las practicadas durante la Comuna de parís. El estado burgués sería reemplazado por un estado proletario que retendría, en sus comienzos, un poder coercitivo semejante al de su predecesor, por la imposibilidad de eliminar en el acto todas las bases del dominio de la burguesía, pero, al mismo tiempo, tendería a facilitar un orden democrático, con formas de democracia directa. De esta suerte el Estado iniciaría su marchitamiento.

Finalmente, Engels en su crítica del programa de Erfurt, en el cual se había omitido la petición de una república democrática, anota: “Una cosa es absolutamente cierta y es que nuestro partido y la clase trabajadora no pueden lograr el gobierno salvo bajo la forma de una república democrática. Esto último es inclusive la forma específica de la dictadura del proletariado como lo ha mostrado ya la gran revolución francesa”.

En resumen, Marx y Engels, concibieron la dictadura del proletariado como antítesis de la dictadura de la burguesía y no como antítesis de la democracia. Para Marx-Engels, la república democrática era la forma específica de la dictadura del proletariado. (Marx habría eliminado cualquier ambigüedad en su pensamiento si hubiese hablado, sencillamente, de “gobierno del proletariado” o de “democracia proletaria”, sin emplear el insidioso vocablo “dictadura”). De todos modos es justa la posición de quienes defienden el contenido revolucionario y democrático del marxismo y rechazan su interpretación autoritaria, estatista y dictatorial, de corte jacobino o blanquista, y propia del llamado marxismo-leninismo.

III

Diversos comentaristas de Marx consideran que, en su pensamiento, se combinan dialécticamente los principios políticos de la libertad y la revolución, y las de la autoridad y el establecimiento de un nuevo orden orgánico y armonioso; pero en el movimiento socialista posterior han sido causa de distintas interpretaciones y divisiones. Por ejemplo, Lenin, formado bajo un orden social autocrático, tendía hacia el autoritarismo y el centralismo; en cambio, Rosa Luxemburgo, influida por la tradición del liberalismo político del occidente europeo, se inclinaba hacia su aspecto libertario y democrático.

A partir de la revolución rusa y de la victoria de los bolcheviques se entró a hablar del "marxismo-leninismo". Lenin habría alcanzado la exacta comprensión del conjunto teórico del marxismo, y, al mismo tiempo, le habría dado la justa aplicación, en el sistema comunista-soviético instaurado en Rusia.

El problema es difícil, porque existen la obra y el pensamiento de Marx-Engels, y, también, existen las interpretaciones de Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, Stalin y Mao Tse-tung, como anota un crítico agudo, no es ninguno de ellos y es algo más que un guion lo que separa al marxismo del leninismo. El filósofo marxista polaco Andrés Stawar, en una obra póstuma, no cree que un retomo a las fuentes leninistas pudiera remediar en lo más mínimo las deformaciones estalinistas; y Giovanni Amendola, alto dirigente del comunismo italiano, ha expuesto la siguiente tesis: los partidos socialistas y comunistas están en quiebra. Ni unos ni otros han alcanzado sus objetivos. La sociedad capitalista se ha transformado profundamente. El mundo de hoy no tiene nada que ver con la sociedad en que vivió Lenin. Por sus orígenes históricos y por el tiempo transcurrido, la revolución rusa no puede servir de modelo a la occidental. Hay que liquidar los actuales partidos comunistas y socialistas y crear uno nuevo capaz de agrupar a cuantos adhieran de una manera u otra a las ideas socialistas. Hay que elaborar un programa completamente nuevo, que corresponda a la sociedad real de hoy...

El leninismo es una interpretación propia de una época, y por una posición unilateral, del marxismo; y, en todo caso, superada ya por el dinamismo de la sociedad contemporánea.

El Partido Socialista de Chile nunca se proclamó marxista-leninista, ni tampoco aceptó la Segunda ni la Tercera Internacionales. Se proclamó marxista a secas, y, por lo tanto, subrayó el ineludible proceso de rectificación y de enriquecimiento de su conjunto doctrinal.

Sin duda, Lenin aportó una notable contribución al haber teórico del marxismo, pero sus doctrinas sobre la revolución y la dictadura del proletariado, a través de la actividad de un partido de revolucionarios profesionales, merecieron violentas críticas del sector reformista del socialismo internacional, y serios reparos de grandes teóricos y luchadores socialistas revolucionarios, por creerlas una visión parcial y dogmática, a menudo deformada, del marxismo, influidas por la particular realidad rusa con un proletariado escaso y una enorme masa de campesinos, sin educación política, y mantenida por la más bárbara y atrasada opresión, realidad muy distante de la analizada por Marx y sobre la cual edificó su vasta creación teórica.

Lenin lanzó sus primeras concepciones sobre la organización del partido revolucionario y el carácter de su misión, a comienzos del siglo XX. En su libro "¿Qué Hacer?" plantea la estructuración de un partido reducido, monolítico, con disciplina de hierro, como vanguardia de la clase trabajadora, para luchar por el derrocamiento del poder zarista y establecer la dictadura del proletariado. En planteamiento seguía la línea blanquista, y no la marxista, ponía su fe en la lucha de una minoría activa, fanática, de revolucionarios profesionales, y no en la clase misma. Escribía: "pero de ello se debe sacar la conclusión de que se necesita un comité de revolucionarios profesionales, ajeno al hecho de que sea un estudiante

o un obrero el que se convierta en revolucionarlo profesional... Y yo afirmo: 1°, que ningún movimiento revolucionario puede tener duración sin una organización estable de dirigentes que mantenga la continuidad; 2°, que, cuanto más amplia es la masa que se adhiere espontáneamente a la lucha, que constituye la base del movimiento y participa en él, tanto más urgente es la necesidad de una organización semejante, y tanto más sólida debe ser esta organización ya que será tanto más fácil a los demagogos de todo pelaje el arrastrar a las capas atrasadas de la masa; 3°, que una organización así debe componerse principalmente de hombres que se dedican por profesión a da actividad revolucionaria"...

Rosa Luxemburgo, profunda conocedora del marxismo y luchadora intrépida, (fue dirigente del movimiento espartaquista, a fines de la primera guerra mundial, y pereció asesinada por las fuerzas de la reacción alemana en las luchas revolucionarias de 1919), a propósito del nuevo libro de Lenin "Un paso adelante, dos pasos atrás", rechazó, en 1904, las concepciones del partido-vanguardia monolítico, con "disciplina" y "obediencia", según el principio del "centralismo", organizado como un estado mayor de "revolucionarios profesionales", por desnaturalizar y aniquilar la democracia que se decía proclamar. A su entender, el "centralismo democrático" leninista no era sino la transposición mecánica de los principios de la organización blanquista de círculos de conjurados, al movimiento socialista de las masas obreras. Según ella, la disciplina que Lenin tenía en vista era inculcada al proletariado no sólo por la fábrica sino también por el cuartel y por el burocratismo actual; en resumen, por el mecanismo del Estado burgués centralizado. En cambio, en el movimiento socialista el espíritu de organización debe tender a la coordinación y la unificación del movimiento de masas, pero de ninguna manera su sumisión a un reglamento rígido. El partido debe estar compenetrado de este espíritu de movilidad política, y debe completar una severa fidelidad a los principios y el cuidado de la unidad, para que la acción y experiencias prácticas sean fecundas y corrijan todas las Incongruencias de los Estatutos. Y en su seno debe existir un amplio espíritu de discusión y critica, o sea, el clima exigido por Engels, cuando escribía al Partido Social-Demócrata Alemán: "No hay partido en el mundo que pueda condenarme al silencio cuando estoy dispuesto a hablar... Ustedes —el partido-- necesitan de la teoría socialista y esa teoría no puede existir a no ser que haya libertad en el partido".

Rosa Luxemburgo rechazaba la tesis del "centralismo democrático" leninista, por dividir las fuerzas de la acción socialista en "masa" y "jefes"; por un lado, la vanguardia revolucionaría, la "élite", el estado mayor de la revolución; por el otro, la masa, sin clara conciencia de los objetivos finales, apta sólo para ser manejada y conducida hacia la meta propuesta. Por el contrario, "la inteligencia real de la masa en cuanto a sus fines y medios es para la acción socialista una condición histórica indispensable, del mismo modo que la inconsciencia de las masas fue otrora la condición de la acción de las clases dominantes". Por eso la tarea esencial del movimiento socialista es la educación y esclarecimiento de las masas, labor superflua para los "revolucionarios profesionales", a quienes no interesa educar sino controlar y para los "oportunistas", quienes sólo ven en la masa, electores, votos, bancas parlamentarias o carteras ministeriales. Por lo expuesto, la socialdemocracia ligada a la clase obrera debe ser el movimiento propio de las clases trabajadoras.

Lenin llevó a la práctica sus concepciones políticas en 1917. Un primer intento de conquistar el poder por medio de un putsch, o golpe, al estilo blanquista, en julio de aquel año, fracasó; pero en octubre, en circunstancias especiales, obtuvo el triunfo y entró a aplicar sus doctrinas y métodos en la construcción de un nuevo régimen en Rusia. Procedió a socializar todos los medios de producción, cambio, transportes y comunicaciones; estableció el trabajo obligatorio; y el derecho de los pueblos a disponer

de sí mismos; consolidó un estado proletario, ejerciendo el monopolio del poder con tendencia al partido único, el Partido Comunista Bolchevique, es decir, a la dictadura de una minoría en nombre del proletariado. Fue la época del "comunismo de guerra".

A Lenin le correspondió actuar en el periodo más difícil de toda revolución; aquel en que se manifiestan los mayores antagonismos derivados de las poderosas tendencias antisocialistas subsistentes en el seno de la vieja sociedad que se derroca.

La socialización de las empresas capitalistas en la URRS fue un acto revolucionario y progresista, por cuanto significó un salto cualitativo desde las antiguas relaciones sociales capitalistas hacia nuevas relaciones socialistas. El estado proletario se robusteció como una necesidad propia del período de transición del capitalismo al socialismo, aunque con un carácter distinto, pues mientras el estado burgués, en la época del imperialismo, tiende al reforzamiento de las fuerzas burocráticas y de los monopolios, el estado socialista, no obstante su aumento momentáneo de poder, debe tender a su debilitamiento, a su marchitamiento, al pasar sus funciones en el terreno de la economía a la sociedad y de esa suerte aumenta la importancia del papel del productor mismo. Pero en este punto se manifestó con claridad el peligro encerrado en la concepción leninista del partido único, como representante de la clase trabajadora, al monopolizar el gobierno y confundirse con el Estado. Eliminó implacablemente a los demás partidos obreros y socialistas, (los cuales facilitaron su victoria como aliados), y tomó terribles medidas represivas. La desviación de la revolución proletaria por la dictadura del partido-vanguardia monolítico, en este caso el Partido Bolchevique, provocó a comienzos de 1921, el levantamiento popular encabezado por los marineros de Cronstadt, ferozmente reprimido, que pedía el restablecimiento de la democracia popular, socialista, para impedir la desviación terrorista de la revolución. Lenin hizo abolir el "comunismo de guerra" e instauró la NEP, (Nueva política económica), que logró el desarrollo de las fuerzas productivas mediante la organización centralizada de las grandes industrias, de acuerdo con una especie de capitalismo de Estado. Pero, en lo político, afirmó un fuerte poder gubernamental, reforzando de manera ilimitada el Estado, en vez de proceder a su debilitamiento, según lo exigido por las teorías de Marx. Desde ese instante las tendencias burocráticas y de capitalismo de Estado, que pugnaban por imponerse en el seno de la revolución soviética, se desencadenaron con fuerza hasta dominar el nuevo régimen bajo el comando de Stalin.

En la terrible experiencia leninista de 1917-1924, durante la cual conformó un sistema ajustado a sus teorías y prácticas, defendidas como la correcta interpretación y la consecuente aplicación de las concepciones marxistas, se encuentran los orígenes del totalitarismo comunista-soviético y del denominado "culto de la personalidad", de Stalin. Resultaron proféticas las críticas de Rosa Luxemburgo a los métodos leninistas, en el otoño de 1918, hechas a la luz de una correcta posición marxista. Decía la brillante teórica y revolucionaria: "Las tareas gigantescas a las cuales los bolcheviques se han entregado con coraje y resolución reclamaban precisamente la más intensa educación política de las masas y una acumulación de experiencias que jamás es posible sin libertad política... La libertad reservada solo a los partidarios del gobierno, solo a los miembros de un partido, por más numerosos que éstos fueren, no es libertad. La libertad es siempre la libertad del que piensa distinto. No por fanatismo por la "justicia" sino porque todo lo que hay de instructivo, de saludable y de purificador en la libertad política tiende a ella y pierde su eficacia cuando la "libertad se convierte en privilegio"... "decretos, poder dictatorial de los inspectores de usinas, penalidades draconianas, reino del terror, son apenas paliativos. El solo camino que conduce al renacimiento es la escuela misma de la vida pública, la democracia más larga y más ilimitada, la opinión pública. Lo que desmoraliza es justamente el terror. Suprimido todo eso ¿qué

queda? Según Rosa Luxemburgo, al sofocarse la vida política del país se paralizaría la vida incluso en los soviets y, finalmente la burocracia permanecería activa. La dictadura del proletariado se transformaba en el dominio de una pandilla o camarilla, en una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación, jacobina, y "un tal estado de cosas engendra necesariamente un aumento de salvajismo en la vida pública: atentados, rehenes fusilados, etc."... Para ella, la dictadura del proletariado debe ser obra de la clase obrera misma y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en su nombre. Su penetración crítica resultó certera. El gobierno de Lenin llegó hasta la terrible represión armada de Cronstadt y a medidas policiales implacables, propias de una despiadada tiranía. Y el régimen de Stalin quedó de antemano magistralmente retratado en las líneas de la escritora socialista: "Estado totalitario con una dictadura fuertemente centralizada, en donde una burocracia con todos los privilegios de la burguesía, (autoridades de partido, policía, ejército, prensa) domina sobre una masa de trabajadores privados de todo derecho, en un régimen de salarios diferenciales de enorme oscilación, stajanovismo, terror y campos de concentración, (los soviets fueron despojados de todo poder). Y en el seno del partido dirigente desapareció la democracia para transformarse en una mera correa de transmisión del Comité Central a las bases, es decir, en un organismo ejecutor de las órdenes superiores, y sometido a periódicas purgas y procesos donde son sacrificados despiadadamente sus elementos valiosos, con "ideas propias".

El teórico yugoslavo Edvard Kardelj ha tratado de explicar el fenómeno de la desviación totalitaria de la revolución soviética, en estas líneas: "Cuando más atrasada es una nación, mayor y más centralizado habrá de ser el aparato que organice el proletariado revolucionario para luchar contra las tendencias antisocialistas. Cuanto mayor sea el poder que el proletariado delegue en ese aparato, más amenazador será el peligro de que aquél se haga independiente del propio proletariado y, por otra parte, cuanto más poderoso e independiente de la clase obrera y de las masas laboriosas en general sea el aparato ejecutivo, más se transformará en una fuerza social autónoma que aspire a conservar y desarrollar las relaciones sociales propias del capitalismo de Estado. En otras palabras, en estas condiciones la misma revolución proletaria engendra la fuerza que tiende a degradarla hasta transformarla en una tiranía burocrática basada en el capitalismo de Estado". Lo ocurrido en la URSS constituye la comprobación de lo descrito por Kardelj, pero tal realidad surgió deliberadamente conformada por la práctica leninista y, más tarde, estalinista. En el fondo se desvió y degradó la revolución porque no se aplicaron las recomendaciones marxistas sobre la dictadura del proletariado asentada en la participación activa de las masas, y sometida, entonces, a su voluntad y al control de la opinión pública; porque debía resultar de la educación política creciente de las masas populares. La concepción marxista de la dictadura del proletariado no supone un repudio a la democracia ni un estímulo a la exaltación de un Estado todopoderoso, tampoco la entrega de la representación de la clase obrera a un partido único; por el contrario, para impedir la anomalía anotada por Kardelj, plantea Marx la administración de los medios de producción por los trabajadores mismos a través de la implantación de los consejos obreros y la autoadministración obrera.

En el régimen comunista-soviético, el Estado aumentó su poder en escala monstruosa, en vez de debilitársele y transformársele, porque no se entregaron las funciones económicas a la clase obrera, sino que las asumió él y dio vida a una burocracia todopoderosa. En vez de un régimen socialista entró a conformar un sistema de capitalismo de Estado. Según numerosos teóricos socialistas este fenómeno se debió a que Lenin no enfocó con claridad, en sus obras esenciales, como "El Estado y la revolución" y "la revolución proletaria y el renegado Kautsky", el tremendo problema de la democracia proletaria. En un

trozo escribe: “como todo estado es una organización sistemática de violencia, y como la democracia burguesa sólo es una forma del Estado burgués, en la primera fase del comunismo, que es la dictadura del proletariado, en la que todos los ciudadanos se convierten en empleados del Estado, idénticos a los obreros armados, el Estado proletario ejercerá la violencia, no en mayor medida que el Estado democrático burgués, pero de otro modo y de una manera directa”.

Lenin vincula la suerte de la democracia con la del Estado, sin pensar en la posibilidad de la organización de la democracia industrial, en donde la economía planificada sería reajustada directamente por los obreros mismos. Actitud extraña en un marxista ortodoxo, pues el principio de la participación directa de los productores en la administración de la economía lo formuló Marx en sus libros “La miseria de la Filosofía”, “La guerra civil en Francia” y “'Crítica del programa de Gotha”. Las ideas de los consejos obreros y de la autoadministración obrera fueron aplicadas, por primera vez, durante la Comuna de marzo de 1871, por los trabajadores de París. Y su práctica la han imitado, en la actualidad, los socialistas yugoslavos, para impedir el burocratismo y el capitalismo de Estado, suministrando una experiencia original para la constitución de un legítimo régimen popular, de democracia directa por medio de los consejos obreros y las comunas.

En definitiva, una vez triunfante la revolución, es preciso impedir que el nuevo régimen degenere en una dictadura bonapartista de la burocracia sobre las masas, a través del partido único, e incluso de la dictadura de su dirección sobre el partido y sobre las masas. Un gran partido marxista, revolucionario, debe ser, en lo interno, profundamente democrático, permitiendo la libre confrontación de tendencias ideológicas en su seno, (la lucha de tendencias democráticas en el partido será el reflejo de las aspiraciones e intereses de las diferentes capas de las clases trabajadoras). Por otra parte, en un régimen socialista debe proclamarse y respetarse el derecho a la existencia de todo partido que se ubique en el marco de la constitución socialista del país y adhiere a las conquistas económicas, sociales y políticas de la revolución: “este derecho a la existencia eventual de otros partidos así definido es la llave del desarrollo de una verdadera democracia socialista”. Así se podrá conjurar el peligro de la burocratización rápida del partido revolucionario y del Estado, en los países de bajo nivel material, donde la revolución triunfe conducida por un partido único.

Lenin mantuvo su posición de partido único monolítico, encarnación de la clase obrera, en un país campesino, con un escaso proletariado verdadero, implantando una implacable tiranía, y eliminando los otros partidos populares (mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas), con lo cual echó las bases de un peligroso totalitarismo, con un desarrollo faraónico y monstruoso bajo el gobierno de Stalin. En lo formal se le ha proclamado siempre dictadura del proletariado, pero en la realidad ha sido una dictadura sobre el proletariado obrero y campesino, ejercida por un partido minoritario dueño del gobierno y del Estado, el cual poco a poco fue despojado de su poder real en beneficio del Comité Central y de su líder. El culto del partido único desemboca, fatalmente, en el “culto de la personalidad”.

El sociólogo francés Jean Duvignaud subraya que el partido, como toda corporación sólidamente organizada, se forja una ideología absoluta, aspecto en lo cual lo precedieron la Iglesia y el Ejército. En general, el partido arrastra una clase, que él idealiza, a combates en que la clase real debe reconocer su verdadero destino y aceptar esa idealización. Su poder lo mantiene con mítines, reuniones, periódicos, fiestas, y con un dogmatismo inflexible: “el partido representa a la clase; la clase tiene su partido. Ese totalitarismo de clase es formalmente idéntico al de los nacionalistas que aseguran que la nación tiene su ejército”.

En la concepción leninista, particularmente, dicha afirmación alcanza caracteres extremos. El partido es la vanguardia escogida, con disciplina de hierro y jerarquizada, de esa clase. De tal concepción surge, naturalmente, el “culto del partido”, y al llegar a ser dueño del gobierno se traduce, en el acto, en su identificación con el Estado, dando vida a una burocracia, como nueva clase, y a un duro capitalismo de Estado. Y, finalmente, el “culto del partido" se encama en el de su líder o jefe, de donde resulta el “culto de la personalidad”, eufemismo para significar la más feroz tiranía personal.

Estado y Partido se presentan, en los últimos tiempos, como nuevas deidades bárbaras al servicio de la eficiencia y para el sometimiento del hombre.

No era desacertada, entonces, la crítica de algunos bolcheviques a las concepciones políticas leninistas al caracterizarlas como propias de un ideólogo de la “intellegentzia” y no del proletariado, al estilo de Blanqui en el siglo pasado. Lenin como ideólogo, eleva el proletariado a una categoría abstracta y su concepción práctica del partido-vanguardia, representante auténtico de la clase, significa una idealización y una intelectualización del proletariado, por cuanto casi no existía en Rusia y, sin embargo, en su nombre, y con rigor implacable, actuó la minoría del partido-vanguardia eliminando y persiguiendo a los demás grupos populares e imponiéndose sobre el proletariado. La unilateralidad de su concepción, elaborada de acuerdo con una errada interpretación del marxismo, al ser aplicada no se tradujo en un régimen de dictadura del proletariado con democracia industrial, autogestión obrera y marchitamiento del Estado, sino en un sistema tecnocrático y burocrático de capitalismo de Estado, con un fortalecimiento del Estado como no había visto en la historia, y en el cual ha alcanzado un desmedido rol social el sector de técnicos, burócratas y altos jefes de las fuerzas armadas.

Marx presintió en el volumen de su obra magna (“Proceso de conjunto de la producción capitalista”) la formación de una nueva clase social, constituida por el grupo tecno burocrático, el cual con el desarrollo del capitalismo y de la técnica aumentaba su fuerza y su importancia y podría entrar en lucha con la burguesía y con el proletariado. Aparecen los directores como burócratas y supervisores de la gran industria. En una economía de Estado bajo la “dictadura del proletariado”, al estilo soviético, entran a comportarse como una nueva clase y tratan de volverse independientes. Milován Djilas en “La Nueva clase” enfoca y desmenuza la realidad social y política de los países comunistas, comprobando el ascenso de esta nueva clase tecno-burocrática, a causa del proceso de industrialización y de la dictadura totalitaria, dueña del poder. James Burnham en “La Revolución de los Directores” analizó dicho fenómeno partiendo de algunos pasajes de Marx y de varios textos de Saint-Simon, en la sociedad industrial contemporánea. Según Pierre Naville, el norteamericano Burnham se apoderó del pensamiento y de las tesis del italiano Bruno Rizzi, quien, en 1939, hizo aparecer en Francia su obra “La bureaucratisation de monde”. Burnham lo conocía desde su polémica con Trotsky y, al romper con el marxismo, se apropió sencillamente del contenido del volumen de B. Rizzi y lo adaptó en su “Managerial revolution”, aparecido en 1945.

Lo interesante a deducir en estas diversas obras es el unánime acuerdo en la existencia y poderío de una nueva clase social, surgida de las transformaciones económicas y del portentoso avance tecnológico, en las sociedades industriales, con una importancia decisiva en la conducción de la sociedad, que modifica, en gran parte, el antagonismo señalado por Marx y, a la vez, lo rectifica en cuanto a la capacidad de este régimen para reformarse y adaptarse a las nuevas necesidades y exigencias de la sociedad.

El dirigente yugoslavo V. Vlahovic, por otro lado, ha escrito lo siguiente: “ocultándose detrás de una fraseología marxista, pretextando actuar en nombre del proletariado y de los trabajadores en general, una minoría burocrática puede sojuzgar al proletariado, frenar el desarrollo socialista y orientar toda la evolución en un sentido anti-socialista”. Lo que pasó en la URSS, durante la época de Stalin, es el ejemplo de tal proceso: se dio vida a un régimen de capitalismo de Estado burocrático y totalitario, no contemplado en las previsiones de Marx y Engels.

En resumen, frente al capitalismo, monopolista e imperialista, y al comunismo soviético, estatista y burocrático, existe un tercer camino, una salida hacia el progreso dentro de la democracia: la planificación socialista. El socialismo, según Mendes-France, “es la prolongación normal de la democracia porque asimila los problemas económicos y sociales al dominio de las decisiones políticas, de las cuales el sistema liberal pretendía excluirlas; y también porque tiende a repartir más equitativa y útilmente los beneficios de la producción común y, por esto mismo, el poder económico”.

El Partido Socialista de Chile, partiendo del reconocimiento de la lucha de clases en la sociedad en general y, por tanto, de la nuestra, otorgó idéntico valor social al proletariado, reducido pero de gran peso por su concentración en los centros decisivos de la economía nacional, (salitre, cobre, carbón, puertos, transportes e industrias); al campesinado, el sector más numeroso de la clase trabajadora del país; y a las clases medias pauperizadas, susceptibles de transformarse en una importante fuerza del movimiento revolucionario. Se constituyó, entonces, como una agrupación de trabajadores manuales e intelectuales, es decir, de obreros, campesinos, empleados, estudiantes, intelectuales, profesionales, pequeños industriales, artesanos y pequeños agricultores, en alianza, tras la aspiración de conquistar el poder para dar vida a una República Democrática de Trabajadores.

El PS nació como un partido profundamente chileno, enraizado en su rica tradición popular revolucionaria, y como culminación de un largo proceso de luchas ardorosas de las clases laboriosas por forjar un instrumento de sus intereses y de sus necesidades. No se afilió a las internacionales existentes, porque no respondían a los anhelos de nuestras clases oprimidas, pero, al mismo tiempo, exaltó el carácter americanista de su acción y de sus ideales de largo alcance, pretendiendo llegar a la unidad económica y política de los pueblos hermanos del continente por raza, idioma, tradiciones, idiosincrasia, y por sus similares condiciones económicas y sociales, avasallados por oligarquías semi-feudales en lo interno y por la expoliación imperialista en su conjunto, hasta llegar a la creación de una Confederación de Repúblicas Socialistas de América.

Tres semblanzas de socialistas chilenos

ARAUCO N°69 octubre 1965

I

En sus orígenes el Partido Socialista reunió, en su seno, a grandes masas de obreros, artesanos, campesinos, empleados y estudiantes, es decir, elementos de la clase obrera y de la pequeña burguesía. La mayor parte llegó a sus filas por espíritu de lucha y sentimientos idealistas, sin haber militado en otras agrupaciones. Pero una cuota importante procedía de otros organismos: del Partido Radical y del Partido Demócrata; de las huestes anarquistas y de las células comunistas; de las logias masónicas y de las iglesias evangélicas; ex militares, agitadores populares, mutualistas profesionales e intelectuales rebeldes. Era una masa abigarrada, tumultuosa e impaciente, aunque sin preparación teórica seria,

resuelta a la acción y al combate. A causa de la composición social heterogénea y de la formación política democrática burguesa de muchos de sus militantes, el PS creció con algunas peligrosas contradicciones. No obstante el esfuerzo tenaz por darse una organización sólida y disciplinada y extender una sistemática labor de adoctrinamiento, orientada a fundir los componentes del partido en una poderosa unidad ideológica y política, a través de una asimilación correcta de los principios teóricos y programáticos del socialismo, imperó una apreciable tendencia al caudillismo. Importantes sectores partidarios se aglutinaron tras caudillos y no por la comprensión y respeto a los principios doctrinarios.

Aquellos rasgos típicos del socialismo chileno explican que en sus cuadros se mezclaran elementos sociales dispares (obreros, campesinos, intelectuales, empleados y estudiantes), y de formación doctrinaria o espiritual distintas (anarquistas de fuertes tendencias libertarias; comunistas trotskistas de intransigentes concepciones marxistas; miembros de las logias masónicas de ideas espiritualistas y deístas; prosélitos de las diversas iglesias evangélicas de fervorosas creencias cristianas; unos partidarios de la lucha democrática por medio de la organización y educación de las masas; otros de la conquista revolucionaria empleando la violencia; algunos, experimentados conspiradores y entusiastas de los complots y golpes militares; muchos sinceramente enemigos de los viciados procedimientos electoralistas demo-burgueses; y otros encantados con las técnicas electorales, vibrando con los comicios). Incluso los adeptos al marxismo no lo entendían ni interpretaban de idéntico modo y así sus postulados eran esgrimidos para apoyar posiciones antagónicas o divergentes. La adhesión a la dialéctica daba la impresión frecuentemente, de serlo para justificar todas las actitudes y eliminar la responsabilidad ética, como prejuicio burgués. Talvez en estos rasgos resida la explicación del avance torrencial del PS en su época revolucionaria inicial, de crítica y lucha con sentido mesiánico, y, a la vez, de su desintegración más tarde, durante un largo período de participación en el gobierno. Pero, de todos modos, en estos años primeros representó un papel decisivo en el desenvolvimiento político nacional.

Los defectos provenientes de la composición abigarrada y de las fallas constitucionales del partido se paliaban con las admirables condiciones humanas de la mayor parte de sus miembros: obreros del salitre y del carbón, del cobre y de la madera; de las diversas industrias y de los frigoríficos; ferroviarios y marítimos; de la construcción y de imprenta; empleados fiscales, semifiscales, municipales y particulares; pequeños industriales, agricultores modestos y colonos intrépidos; artesanos y operarios independientes; profesores y técnicos; profesionales e intelectuales; mujeres y jóvenes, todos reunían cualidades positivas de esfuerzo, empuje y eficiencia. Constituían las mejores fuerzas creadoras de la nacionalidad, entusiastas y devotos, unidos por la adhesión firme y abnegada a una doctrina, a un programa, a un ideal, a una esperanza: el socialismo. No todos lo comprendían en forma exacta y de manera uniforme, pero estaban de acuerdo en ciertos postulados básicos y se consideraban militantes, camaradas y hermanos, ligados por un común anhelo de justicia, por la solidaridad cotidiana en el trabajo partidario, por la resistencia decidida a un gobierno dictatorial y vejatorio, por el fervor en la lucha y en la propaganda y por la confianza en los dirigentes. La vida partidaria mejoraba a aquellos que poseían: algún vicio y, en general, a todos los elevaba por sobre sus flaquezas. La consigna de Grove: “No queremos flojos, borrachos ni ladrones”, penetraba en todos los corazones y los enaltecía. Por eso, en los primeros años del socialismo, sus hombres, mujeres y jóvenes, dieron vida a un extraordinario movimiento político que gravitó de manera trastornante en la vida cívica nacional. Fraternidad, lealtad, franqueza, sentido del honor y espíritu de sacrificio, fueron los rasgos éticos de la conducta de los militantes; sinceridad política, devoción por el pueblo, y valentía en la acción, fueron las normas de la

actividad del partido. De aquí el pronto y enorme crecimiento del PS hasta colocarse a la cabeza del movimiento popular y democrático.

II

La fascinante personalidad de Marmaduke Grove se impuso arrolladora en los ámbitos del PS, los sobrepasó y llegó a introducirse hondamente en las vastas muchedumbres no politizadas. Para millares de ciudadanos, el socialismo se confundió con su persona y con su palabra.

Marmaduke Grove Vallejo nació en la legendaria ciudad minera de Copiapó, cuna de esforzados exploradores del desierto y de románticos políticos de avanzada. Desde muchacho se destacó por su espíritu altivo y orgulloso, a la vez que disciplinado y ejecutivo. Siguió la carrera de las armas y fue un militar de briosa actuación. Participó en el movimiento del 5 de septiembre de 1924, orientado a poner fin al parlamentarismo corrompido, causante de la esterilidad gubernativa; y en el del 23 de enero de 1925, lanzado a desmontar a los viejos generales que se habían aprovechado de las patrióticas intenciones de la juventud militar, ligándose de nuevo a los grandes politicastros de la oligarquía gobernante. Más tarde figuró entre los principales opositores a la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo y protagonizó la audaz aventura del "avión rojo", (desde Argentina llegó en avión a la ciudad de Concepción con el objeto de ponerse al frente de un pronunciamiento contra la dictadura. Fracasó por la deserción de los comprometidos, siendo apresado y relegado a la lejana isla de Pascua). Caído el gobierno dictatorial se reincorporó al ejército y se le designó Comodoro del Aire. Ante la incapacidad de la administración de Juan Esteban Montero, encabezó la revolución popular del 4 de Junio de 1932. La consigna revolucionaria: "Pan, Techo y Abrigo para el Pueblo", y la figura intrépida de Grove, resumieron ante las masas desposeídas la efímera experiencia socialista del 4-16 de junio de 1932.

A raíz del derrocamiento de la Junta Revolucionaria, Marmaduke Grove y Eugenio Matte fueron enviados a la isla de Pascua. Mientras permanecían allá, se realizaron las elecciones presidenciales de fines de 1932, en las cuales lucharon cuatro candidatos poderosos: Arturo Alessandri Palma, liberal-radical; Héctor Rodríguez de la Sotta, conservador; Enrique Zañartu Prieto, liberal agrario, y Marmaduke Grove, socialista. Aunque no pudo participar en su campaña dio la gran sorpresa al obtener la segunda mayoría, con 65.000 votos, colocándose en el primer lugar en las ciudades de Santiago y Valparaíso.

Desde 1932, el grito de "Grove" "Grove"... resonó en los diversos rincones de Chile como el sonoro mensaje de esperanza socialista y como la personificación del clamor de un pueblo siempre engañado y postergado. Vuelto al país, Grove tuvo una lúcida intervención en las gestiones para dar vida al Partido Socialista. Una vez fundado, el 19 de abril de 1933, se transformó en su más fervoroso propagandista. Alessandri lo encarceló y el pueblo de Santiago, bajo la consigna "De la cárcel al Senado", lo llevó en forma abrumadora al Congreso, en reemplazo de Eugenio Matte H., fallecido el 11 de enero de 1934.

En el Senado se distinguió por su caballerosidad, su franqueza y su valentía cívica, al denunciar el tartufismo político de los grandes personeros del régimen alessandrista. Como senador recorrió el país entero propagando la buena nueva del socialismo Sus palabras claras, sencillas y valientes llegaban hasta él entendimiento y el corazón de los modestos ciudadanos y de los más humildes campesinos. Libró memorables compañas en los años del Blok de Izquierdas y del Frente Popular. Su generosa renuncia a su candidatura presidencial, en abril de 1938, hizo posible la unidad democrática en torno a Pedro Aguirre Cerda. Designado presidente del Frente Popular lo acompañó a lo largo del país, arengando a las

vastas multitudes desvalidas; y su incansable y leal apoyo al abanderado radical posibilitó, en gran medida, su victoria.

Grove, en su calidad de líder del PS representó un papel decisivo en la expansión del socialismo en Chile y en la democratización nacional de los años de 1932 a 1942. Su gravitación personal alcanzó enormes proyecciones por su extraordinaria simpatía humana, resultante de una digna sencillez y de una natural cordialidad en el trato. Al mismo tiempo, de su persona emanaba una fuerte confianza proveniente de su probado valor personal y de su reconfortante optimismo. Su evidente generosidad y su nobleza espiritual le atrajeron innumerables adhesiones de los diversos sectores sociales y la más absoluta lealtad de las masas desheredadas. Por eso la personalidad de Grove se enraizó profundamente en el afecto del pueblo. Durante aquellos tiempos difíciles "Don Marma" fue el caudillo indiscutido de las clases trabajadoras chilenas.

Grove no era un doctrinario abstracto, ni un dialéctico; era un socialista idealista, generoso, y un hombre de acción, de gran coraje y de admirable abnegación partidaria, para quien el PS se confundía estrechamente con el pueblo. En uno de sus más ardorosos congresos confesó no haber leído las grandes obras de Marx, hecho explotado por sus opositores para presentarle como un político intuitivo, practicista y reformista. En verdad, Grove era un ciudadano de gran sensibilidad humana a quien repugnaban las injusticias de cualquier especie y en quien prendió la vocación política como el medio más adecuado para obtener la instalación de un régimen de justicia social, en el cual desaparecieran el abuso, la explotación y el desamparo, y se impusiera una auténtica democracia económica y política. En el fondo se mantuvo leal a su profesión de soldado, trasladándola del cuartel al campo social y político. Su formación y disciplina militares las colocó al servicio de una verdadera cruzada por la redención del pueblo, expoliado por una oligarquía egoísta, y la liberación del país, avasallado por la intervención y rapiña del imperialismo extranjero.

En mis largas y frecuentes conversaciones con él, en mi condición de dirigente joven y admirador sincero de su personalidad y de su trayectoria, con inclinación preferente por el examen de los aspectos teóricos y de educación política del PS, pude tomar nota de muchas de sus ideas, propias de su concepción especial del socialismo y de su actitud crítica frente a las complicadas teorías marxistas. A su entender, la filosofía de la historia de Marx era imperfecta, unilateral, por considerar siempre los antagonismos económicos y políticos como conflictos de clases, en circunstancias que la mayoría de ellos han sido contiendas de razas y de naciones. Tal vez su formación militar le llevaba a tener en cuenta, ante todo, la fuerza poderosa del nacionalismo. En su opinión, el menosprecio de Marx por el nacionalismo daba la explicación de que su lema "proletarios de todos los países, uníos" no hubiera logrado encamar en los distintos proletariados.

Grove hacía notar que el pensador italiano Mazzini, con un sentido correcto, comprendió el poder y la significación del nacionalismo, a cuya fuerza no escapó ni siguiera la revolución bolchevique, a pesar de sus llamados al internacionalismo proletario, y si se consolidó lo fue por su exaltación, en la práctica, del nacionalismo ruso. Por eso, Stalin terminó por proclamar a la URSS "la patria del proletariado". El comunismo soviético no se convirtió en substituto ideológico, político y emocional del nacionalismo, sino en el instrumento al servicio de una nación, o de un imperio, la URSS. Así el antagonismo contemporáneo entre el capitalismo y el comunismo tomó la forma de un choque de naciones: Estados Unidos versus Unión Soviética. (Y en los días presentes, la anterior afirmación de la fuerza todopoderosa del nacionalismo se encuentra corroborada por el enfrentamiento de las dos grandes potencias

comunistas, URSS-China, entre cuyas causas actúan con violencia los ingredientes raciales y nacionalistas).

Grove ligaba el socialismo a nuestra tradición histórica y republicana y subrayaba su finalidad esencial, al pretender la incorporación de todo el pueblo a la economía y al Estado, su mejoramiento material y cultural, como el más serio y adecuado intento de fortalecer la nacionalidad y de aumentar el poderío del país dándole plena soberanía económica y política. Al mismo tiempo colocaba el proceso chileno en estrecha relación con el movimiento de transformación y unidad de América Latina, de acuerdo con una posición de nacionalismo continental. Para Grove la misión fundamental del socialismo chileno era de llevar a cabo con éxito la "segunda independencia nacional", o sea, emancipar al país del atraso, de la miseria, y de la dependencia y explotación imperialistas.

Por otra parte, creía ver en los escritos de Marx una excesiva glorificación del trabajo manual y del proletariado en desmedro de la actividad intelectual y de la labor de los hombres de ciencias, de los técnicos y profesionales. En el avance del proceso económico son muy importantes los cambios en los métodos de producción, pero éstos, a su vez se originan por causas intelectuales, o sea, por los descubrimientos e invenciones científicos. Han sido los adelantos de las ciencias los generadores de la gran industria moderna. Por no haber destacado Marx las causas intelectuales del proceso económico y el papel decisivo de los científicos y técnicos, sus doctrinas no fueron acogidas favorablemente por aquellos importantes sectores sociales, a pesar de significar el socialismo una organización más científica de la industria y de la economía en general, para eliminar el caos y las contradicciones del sistema capitalista. En virtud de su observación expuesta, tampoco M. Grove encontraba acertada la afirmación marxista de la división tajante de la sociedad capitalista en burgueses y proletarios. El desarrollo social indicaba la constitución de una vasta clase intermedia formada por técnicos, científicos, profesionales y administradores, una verdadera clase media moderna, ejecutora de los trabajos más difíciles en las sociedades industriales y de gran responsabilidad en las sociedades atrasadas, compenetrada de su importancia y opuesta a aceptar cualquier subordinación al proletariado, porque éste no solo mantiene una actitud de encono hacia los ricos y explotadores, los burgueses, sino también de desconfianza y rechazo hacia los trabajadores intelectuales, los sectores medios. Por la razón indicada, Marmaduke Grove insistió siempre en señalar el carácter del PS como el de un conglomerado de trabajadores manuales e intelectuales, de clases obrera, campesina y pequeña burguesía. No lo aceptó nunca como partido exclusivamente proletario ni habló de la hegemonía obrera dentro del movimiento socialista.

Por otro lado, para M. Grove, las posiciones políticas, las ideas y opiniones de los individuos, no se basaban exclusivamente en causas económicas y luchas de clases, también eran manifestaciones de anhelos de bien general y resultados de la actividad de grandes personalidades. Creía en la trascendencia de los líderes, los "héroes", de Carlyle, en el campo de la política como intérpretes de las aspiraciones e intereses de la sociedad, de la nación, en un momento determinado de su evolución.

Grove defendía con fervor y profunda fe el socialismo como ideal de superación humana; como eficiente régimen económico-social para eliminar las injusticias y desigualdades; como sistema de convivencia para impedir la amenaza a la libertad y la dignidad del hombre, tanto la proveniente del atraso y la miseria como la contenida en el avance prodigioso de las nuevas técnicas de producción tendientes a hacer del hombre un "robot".

De acuerdo con sus lecturas y sus propias observaciones en los países europeos, para Grove, muchas de las previsiones de Marx no se habían cumplido, y de ahí su resistencia espontánea al dogmatismo y esquematismo marxistas de muchos de los dirigentes y militantes del PS. Por ejemplo, en los países capitalistas no se producía la proletarización creciente de la sociedad, por cuanto la acción misma de la clase trabajadora y de los partidos socialistas obtenía una elevación constante de su nivel económico y social, hasta llegar a comprobarse un aburguesamiento de la clase obrera sostenido en el enriquecimiento gigantesco de esas sociedades industriales y, a causa del mismo fenómeno, entre la burguesía y el proletariado, se constituía una numerosa capa tecno burocrática, como una nueva clase media, de la mayor importancia social y económica; tampoco se advertía la posibilidad de la revolución violenta en los países de mayor desarrollo en los cuales, según Marx, se desencadenaría por la creciente contradicción del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción anticuadas. Las sociedades capitalistas demostraban una gran habilidad para reformarse y adaptarse a las nuevas condiciones, modernizándose y progresando en todo sentido. En cambio, la revolución estallaba en los países más atrasados y por motivos derivados de grandes guerras. En ellos el supuesto socialismo tomaba formas dictatoriales con un reforzamiento colosal del poder del Estado hasta señalarse como un retroceso político con respecto a los países demo-burgueses; y en la URSS, cuna de la revolución comunista, la socialización de los medios de producción no se tradujo en el debilitamiento del Estado y la instauración de la democracia proletaria; se originó una economía de Estado, o capitalismo de Estado, fundamento de un monstruoso totalitarismo sin ninguna vinculación con los anhelas de libertad y justicia del socialismo. En los países industriales capitalistas por la actividad de las clases trabajadoras manuales e intelectuales, se transformaba el Estado en un organismo de servicio social, sobre una economía de bienestar, alejándose la amenaza de su derrocamiento revolucionario.

El pensamiento socialista de Grove, resultado de su natural idealismo social y de su generosidad individual, de su formación militar con su fuerte bagaje nacionalista, y de sus improvisadas y heterogéneas lecturas doctrinarias, animó su inmensa e incansable obra de agitación política populista durante dos decenios y alcanzó una profunda e inolvidable trascendencia en las grandes multitudes chilenas, ansiosas de justicia y de mejoramiento. Su posición doctrinaria tan particular se enfrentó con la de los marxistas ortodoxos y tal pugna se tradujo en uno de los factores posteriores de división y ruptura del socialismo, sobre todo a partir de la incorporación del PS en las labores de gobierno, con motivo de la victoria del Frente Popular, el 25 de octubre de 1938.

El “grovismo” tuvo una existencia real y poderosa. Ayudó al desarrollo del PS y, al mismo tiempo, lo limitó en su proceso de solidificación principista. Y, tal vez, en ese hecho encuentre su explicación otro fenómeno típico del PS, causante de muchas dificultades y trastornos en su vida interna. Mientras de un lado se constituyó un buen equipo de dirigentes capacitados y responsables, el cual mantendrá, la continuidad de la organización socialista, de otra parte, tanto en los planos directivos como en la base, predominará un gran apego a la acción política inmediata, practicista y, a menudo, con un fuerte descuido por los estudios teóricos, las discusiones de principios y el examen amplio y honesto de la realidad histórica y de los problemas nacionales. Se proclama revolucionario intransigente y desprecia la organización electoral, pero participa en las elecciones. A la par de su posición revolucionaria, surgen y coexisten, en su vida cotidiana, una innegable apetencia por los cargos de representación popular y una correspondiente mentalidad electorera. Ha sido una dualidad difícil de superar.

III

Una de las figuras más interesantes de la política nacional es la de Eugenio Matte Hurtado. Irrumpió repentinamente en el primer plano de ella; conquistó de golpe un sitio preponderante y en el curso de un breve período, aunque trascendental, desempeñó un papel de considerable magnitud, señalándose por su extraordinaria capacidad intelectual y por su elevada moralidad cívica. Abogado distinguido y prominente miembro de la masonería, donde ocupó el cargo de Gran Maestre, a pesar de sus vinculaciones familiares y profesionales con la burguesía, abrazó con fervor y sinceridad la causa de los sectores oprimidos, poniendo a su servicio incondicional un alto idealismo y una brillante elocuencia, humana y desinteresada. Se dio a conocer con algunos editoriales y artículos valiosos en el diario "Crónica", (1931-1932); encabezó la revolución socialista del 4 de junio de 1932, como su caudillo civil y, a fines del mismo año, el pueblo de Santiago lo eligió senador, con una mayoría impresionante, mientras permanecía confinado en la lejana isla de Pascua. A los treinta y siete años cayó consumido por las exigencias tremendas de su labor en pro de la redención social del pueblo chileno. En el desenvolvimiento político de nuestro país existen pocos casos de abnegación que puedan parangonarse al de Eugenio Matte Hurtado.

Eugenio Matte, desde fines de la dictadura de Carlos Ibáñez, trabajó para forjar un nuevo partido político, democrático y popular, como instrumento eficaz de las aspiraciones- de las clases desheredadas para Imponerlas en un nuevo tipo de gobierno. Con ese propósito fundó la "Nueva Acción Pública" (y cuyo programa expuso en el Senado en un extenso discurso, el 25 de enero de 1933, suscitando una larga polémica con los representantes de los partidos tradicionales), y como su representante más calificado participó en el golpe revolucionario del 4 de junio e integró la Junta de Gobierno hasta el 16 del mismo mes. Derrocada por un estallido militar reaccionario, fue relegado a la isla de Pascua, donde se le mantuvo hasta fines del año, cuando el pueblo de Santiago lo eligió senador con la primera mayoría.

Eugenio Matte se colocó en el primer sitio del Senado por su elocuencia magnífica y generosa. Demostró una versación profunda en todos los asuntos económico-sociales debatidos en aquella época, labrándose un prestigio sólido entre los diversos sectores políticos. Sus intervenciones fueron numerosas y brillantes. Para muchos se tradujo en asombro su notable desenvolvimiento en el Senado; en cambio, quienes lo conocían como periodista perspicaz en el diario "Crónica"; como dirigente político al frente de la NAP, y del gobierno del 4 de junio, no demostraron ninguna sorpresa. Sólo lo estimaron el resultado lógico de un talento superior. Durante el desempeño de su mandato senatorial no hubo asunto doctrinario, político y económico, de interés general, en el que no participara con elocuencia y versación. Su palabra fácil y precisa, su desenvoltura personal, distinguida y resuelta, sus conocimientos amplios, se impusieron desde el primer día y le granjearon la admiración y el respeto de amigos y enemigos.

A comienzos de 1933, Eugenio Matte tuvo figuración destacada en las gestiones tendientes a fusionar los diversos grupos socialistas y democráticos surgidos desde mediados de 1931. La Nueva Acción Pública, la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Orden Socialista y el Partido Socialista Unificado eran grupos distintos, aunque todos orientados por una común finalidad socialista, de donde nació la aspiración de cohesionarlos en un gran partido socialista, verdadero cauce de los intereses de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile. Esta legítima esperanza y la amenaza constante de la "dictadura legal" de Alessandri, lograron que el 19 de abril de 1933 se materializara tan legítimo anhelo. A Eugenio Matte H., protegido por su inmunidad parlamentaria, le correspondió la pesada tarea de dirigir la nueva colectividad en sus primeros meses de vida, mientras numerosos dirigentes fueron

encarcelados, relegados, o se ocultaron y actuaron clandestinamente, para escapar a las duras medidas represivas del gobierno.

Eugenio Matte al sustentar el ideal socialista tenía la profunda convicción de que sólo podría implantarse en Chile por la paulatina organización de un poderoso partido sobre la base de los sentimientos socialistas inculcados a las masas populares mediante una educación sistemática. Pero, aun en el poder, dada la estructura económica incipiente y heterogénea del país, no se podía pasar inmediatamente del régimen feudal-capitalista a un sistema socialista. Había necesidad de una larga etapa de transición. En el Senado, en diversas oportunidades, se dedicó a definir la doctrina socialista, a exponer su programa, y a señalar los abusos del capitalismo y su miseria económica y social. Y para él, el carácter superior del socialismo residía en su aspiración a establecer un régimen de justicia haciendo reinar la armonía y la fraternidad entre los hombres.

Al refutar a los enemigos del socialismo, negadores de la posibilidad de su instauración por falta de educación política, sostenía: “Nuestra educación política es mala, pero no porque estemos divididos en derecha, izquierda y vanguardia, sino por nuestro afán de personalizar, de empequeñecer los problemas confundiéndolos con hombres determinados, en vez de buscar, con mirada profunda de hombres de Estado, sus causas y sus remedios. Sí, falta sinceridad en nuestra vida política, sinceridad para sobreponerse a las pasiones, a los intereses y a los afectos de círculo y levantarse a la comprensión de las grandes cuestiones nacionales y humanas y resolverlas con verdadero espíritu de progreso y de justicia. Falta sinceridad para obtener que los vencedores se sobrepongan a la embriaguez del triunfo y no olviden que sólo la equidad y el respeto a los hombres y a las organizaciones pueden hacer respetable y duradero ese triunfo”.

Su criterio profundo lo llevaba a pensar que, en la situación angustiosa de Chile, sus problemas debían enfocarse con un plan de conjunto, como única forma de salvar la crisis y evitar otras: “Las graves crisis económicas de los pueblos no se pueden solucionar, no se han solucionado en ninguna parte, y no se solucionarán jamás, con meros parches, arreglos o componendas políticas, a los cuales, por desgracia, somos tan adictos en nuestro país”. Para Eugenio Matte, las grandes crisis se arreglan con soluciones económicas y si éstas no se logran, porque quienes tienen en sus manos el gobierno no las dan, “el pueblo fatalmente sabe encontrarlas”. Eugenio Matte recibió varios ataques, acusado de “ideólogo”, especialmente de parte de los radicales y conservadores. Al fundar su voto con motivo de la discusión de las Facultades Extraordinarias, pedidas por Alessandri en abril de 1933, expresa que hay legislación suficiente para evitar, reprimir y sancionar cualquiera conspiración en potencia y refuta a un senador radical interesado defensor de ellas: “Yo que no he usufructuado nunca en mi vida y que me he valido de mi propio trabajo digno... que muchos de los defensores del proyecto son personas que sin títulos intelectuales ni morales propios, usufructúan del actual gobierno y, por eso, lo defienden”. Al contestar al senador Álamos Barros, quien había aludido a su persona, expresándose en forma despectiva de los ideólogos adictos a las ideas de renovación, porque las esgrimirían con el exclusivo propósito de engañar a las masas, dijo: “Creo que hay que ser un poco cauteloso para hacer estas apreciaciones porque si hay ideólogos que sustentan ideas o que han hecho promesas que algunos califican de falaces, también es muy cierto que hay partidos políticos que en sus programas han consagrado principios de carácter socialista revolucionario y que, a pesar de eso, no han dejado ni un solo instante de apoyar frenéticamente a los gobiernos reaccionarios y de opresión”. Cuando el senador Errázuriz encuentra normal la cesantía, le contesta: “Dentro del caos económico en que vivimos puede ser normal, señor

Senador, pero en una organización consciente y racional no puede ser normal una barbaridad semejante".

Eugenio Matte luchó con firmeza en contra de la expoliación imperialista y abogó por una amplia y democrática reforma agraria. Al exponer su pensamiento, en este respecto, lo hizo deplorando que "seamos países que, en lo económico, no hemos salido del período colonial y estamos sometidos al vasallaje de las grandes potencias industriales y financieras". Asimismo comprendió la realidad agrícola de Chile al manifestar que "nuestra agricultura es débil, porque la propiedad de la tierra está en manos de unos pocos, al paso que los trabajadores, los verdaderos productores, ganan salarios reducidos y están ajenos a los beneficios y comodidades de la civilización. Aspiramos realizar la reforma agraria, inspirada en el propósito de obtener que no haya trabajadores sin tierra, ni tierra sin trabajadores".

Al discutirse un proyecto autorizando al Banco Central para entregar créditos a varias instituciones de fomento de la producción, expresó: "Siento no haber podido participar en la discusión general de este proyecto, porque habría manifestado la idea de movilizar el crédito en cuanto fuera posible a fin de fomentar las industrias nacionales y de reducir al mínimo las emisiones de papel moneda, a fin de evitar el inconsiderado aumento del circulante con la consiguiente depreciación de la moneda y de la inevitable alza en el costo de la vida. La doctrina socialista consiste precisamente en evitar que el pueblo que tiene salarios y sueldos muy reducidos, esté costeando todas estas operaciones en un régimen económico en que el capitalista que usufructúa de estas medidas no sufre las consecuencias que ellas traen, y una de esas consecuencias es la depreciación de la moneda y el encarecimiento de la vida".

Oscar Schnake Vergara, su compañero de lucha, dio este juicio del gran líder: "Era un hombre culto, de gran talento político, dotado de excelentes condiciones organizadoras... Era dinámico y un orador brillante: claro para exponer, convincente para argumentar y en medio de las discusiones se imponía su enorme serenidad, casi podría decir, la frialdad con que oía, razonaba y respondía. Había formado la NAP; logró organizar el 4 de junio, y después, desde el destierro, sus comunicaciones traían directivas a los que quedaban en el país trabajando por la causa del pueblo".

Eugenio Matte Hurtado se destacó en su condición de socialista íntegro y digno. No transigió con los enemigos de la democracia y fue un opositor tenaz de la gestión reaccionaria del gobierno de Alessandri-Ross. Su prestigio lo ganó en lucha abierta y franca, sin vacilaciones, contra un régimen injusto y un gobierno opresivo. Su recuerdo resplandece en la historia del socialismo chileno como un ejemplo de clarividencia doctrinaria, de lealtad al pueblo y de insobornable fidelidad a la revolución.

IV

El fallecimiento de Augusto Pinto provocó sincero pesar en el Partido Socialista, del cual era uno de sus fundadores; y en el mundo obrero, donde por su origen, sus largas y denodadas luchas como adepto inteligente y chispeante del credo libertario, y por su vastísima cultura, lograda en tenaz y paciente búsqueda, consiguió un sitio de excepción, de genuino líder, cuyo ejemplo influenció a varias generaciones de militantes.

Augusto Pinto, obrero y autodidacto, de formación doctrinaria anarquista y socialista, dotado de un extraordinario talento natural, se educó y formó en el taller y en la acción. Estudió, leyó, observó y militó con responsabilidad y profunda devoción. Convivió apasionadamente con todas las experiencias sociales, políticas y culturales a lo largo de sesenta años. Era un espíritu inquieto, abierto a las manifestaciones de

la ciencia y de la lucha social; capaz de los mayores entusiasmos, fraterno y cordial, con un natural sello de cortesía y distinción. Por su espíritu selecto y su amplia sabiduría, por sus finos modales, por su vocabulario esmerado y por sus preocupaciones creadoras en el campo de las doctrinas filosóficas y políticas, del arte y de la literatura, pertenecía a esa reducida élite que, surgida de las distintas capas sociales, entra a constituir un estrato definido, con rasgos y perfiles propios, la "intellegentzia". Y Augusto Pinto era un honesto y valiente miembro de la intellegentzia chilena defensora de la justicia, de la libertad y de la verdad. En el transcurso de medio siglo nunca desfalleció en la batalla dura, interminable y agotadora en defensa de aquellos valores permanentes y sin los cuales es imposible la existencia, el progreso y la paz. Antes de extinguirse su poderoso espíritu pudo repetir, como suyas, estas hermosas palabras de Albert Camus, uno de sus escritores favoritos, porque en estos años difíciles y turbios mantenía encendida la misma llama de sus convicciones: "lo único que puedo afirmar hoy públicamente, después de haber tomado parte durante veinte años en nuestra historia sangrienta, es que el valor supremo, el bien decisivo, por el que vale la pena vivir y luchar, sigue siendo la libertad".

Otro glorioso miembro del movimiento obrero, en sus años iniciales, y también espíritu de selección, Alejandro Escobar Carvallo, quien casi nonagenario conserva intactas su lucidez mental y su generosidad de corazón, en unas interesantísimas memorias publicadas en la revista "Occidente" recuerda cómo, a influencia de la ideología de León Tolstoi, se constituyó en nuestro país, en 1903, una colonia tolstoyana, donde figuraron, además de Escobar Carvallo, tres obreros zapateros franceses: Aquiles Lemire, Alfonso Renoir y Francisco Robert; el pintor Benito Rebolledo Correa, (Premio Nacional de Arte en 1959); Temístocles Osses y Augusto Pinto, todos ellos con sus esposas e hijos. Era una comunidad fraternal; en las noches sus componentes charlaban sobre temas de arte y filosofía, y en los días festivos excursionaban por los campos vecinos. La colonia funcionó espléndidamente, creció con nuevos miembros y, durante dos años felices, puso una nota curiosa en el ambiente santiaguino. (Su ejemplo fue seguido por un grupo de intelectuales y artistas que, en 1905, bajo la dirección de Augusto Thompson, D'Halmar más tarde, dio vida a otra colonia similar en San Bernardo, y descrita por Femando Santiván en su obra "Memorias de un tolstoyano".)

Augusto Pinto inició su vida militante en esa colonia tolstoyana movido por un ansia de perfeccionamiento espiritual y adhirió al credo anarquista. Su generación de pioneros en la educación del proletariado y en la formación de su conciencia de clase, presenta desde sus primeras actividades características notables: fraternidad en las formas diarias de existencia; nobleza y entusiasmo en el proceder; afán de perfeccionamiento individual y anhelo de saber; amplitud de criterio y de comprensión hacia la situación de los hermanos del trabajo. Sin duda ha sido una generación obrera sorprendente y no se ha vuelto a dar en el movimiento social más reciente.

Su esfuerzo en pro de la capacitación de las clases trabajadoras con el apoyo desinteresado y vibrante de numerosos elementos intelectuales de las clases acomodadas tuvo óptimos resultados. De acuerdo con el testimonio de Augusto Pinto en su homenaje a don Pedro Godoy, rendido en 1946, en la alborada de este siglo se produjo un desplazamiento de un grupo ideológico de las clases cultas del país hacia los proletarios. Entre otros los hermanos Parra Mége, Valentín Brandau, "el sabio"; Baldomero Lillo, "pequeño, enjuto de carnes, con la maldita enfermedad ya en el pecho, lo queríamos como nuestro Zola relatando en sus cuentos los sufrimientos del pueblo"; Augusto Thompson, el ex-marino Luis Ross Mujica, "de temperamento ardiente y generoso, tenía arrestos de caudillo con su cálida y vibrante voz", y muchos más. Con ellos se fundó la primera Universidad Popular. En cuanto a los proletarios, algunos eran pequeños escritores u oradores, la mayoría del gremio de tipógrafos, como Manuel Montenegro,

Nicolás Rodríguez, Agustín Saavedra. Sobre el ambiente reinante en los círculos obreros de la época rememoró Augusto Pinto: “no podré olvidar al bondadoso Pichard, el carpintero francés, que sin saber leer ni escribir era uno de los propagandistas más estimados. Todo lo había aprendido conversando y haciéndose leer. Cuando Godoy nos tradujo de “El hombre que ríe” el discurso de Guenphalin, las lágrimas llenaban sus ojos azules. Del grupo “La Agitación” salieron algunos puritanos cuyas vidas no sería ocioso conocer. En el grupo “La Batalla” estaba el italiano Inocencio Lombardozzi. Con su rostro de niño, su voz tan bellamente timbrada y su oratoria lírica más de una vez hizo llorar a los hombres. Vivió una vida atormentada por la miseria y la persecución y murió en las sierras del Perú. Cavieres, él ferroviario, casi un santo, consumió sus energías en la propaganda hasta que la tuberculosis le trajo el reposo. No se pueden omitir los nombres de Magno Espinoza y Alejandro Escobar entre los precursores...”

Las más encontradas corrientes de pensamiento cruzaban el mundo obrero chileno de la época y el espíritu de crítica era activo y despiadado. La mayor influencia la ejercían pensadores como Bakunin, Kropotkine, Malatesta y Stirner, quien “descansaba al revés de Dios después de haberlo destruido todo”; escritores como Ibsen, Anatole France, Tolstoy, Zola, con sus “Cuatro Evangelios”, y también Marx, quien “había dejado en manos de los proletarios el más poderoso de los panfletos: “El Manifiesto Comunista”, y otras cosas obscuras que sirvieron a Lenin para el incendio bolchevique. Pero mi impresión es que las más altas cumbres del pensamiento miraban de un modo o de otro hacia la utopía libertaria”...

¿Cuáles eran las principales ideas del credo anarquista? Augusto Pinto las resume al trazar la silueta de don Pedro Godoy y al exponer su proceso de conversión al anarquismo. Escribe: “Pedro fue un militante resuelto, aunque silencioso y sin premura, como se me ocurre que serían esos constructores de las viejas catedrales... compartió las negociaciones del anarquismo, Dios, las religiones y el cortejo de supersticiones que la acompañan; el Estado, la ley y sus representantes, el legislador, el juez y el policía; la propiedad y el capitalismo con su ley de la concurrencia; la moral fundada en la revelación o en las nebulosidades de la metafísica; la sujeción de la mujer al hombre y todas las formas de esclavitud; el patriotismo con sus fronteras artificiales, sus vanidades y sus guerras, guardando él un hondo sentimiento de gratitud para este pueblo que le “hizo posible una vida elevada y le dio una Universidad”.

Los anarquistas pretendían conseguir el ennoblecimiento del individuo a través de un desarrollo moral constante, extrayendo de él todas sus cualidades de animal sociable. Al mismo tiempo, lograr la seguridad económica por medio de la organización de las actividades materiales del trabajo y la distribución de los bienes, suprimiendo la lucha de los intereses y basándose en las formas de cooperación del genio popular, que le permitieron al primitivo entrar en la Historia y avanzar hasta elevados grados de civilización sin la tutela del Estado. Por otra parte, la técnica ayudando al trabajo liberaría al obrero de la maldición bíblica; y la educación libre de dogmas favorecería el despertar de todas las aptitudes del individuo. En esta forma "la libertad seguirá siendo la condición permanente del progreso y la garantía del equilibrio en las relaciones humanas. La justicia y la igualdad como punto de partida para arribar a las excelsitudes del amor”.

El escritor José Santos González Vera ha descrito, con su finura acostumbrada, ese deseo de saber y el afán de formarse una personalidad en el elemento anarquista. En una de sus crónicas de “Babel” (número de mayo-junio de 1947), escribe: “Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, fuera de consagrarse al estudio con pasión. Durante un año entero estudiaba geografía, al siguiente francés y así por espacio de decenios”. Pero, a la vez, ese conocimiento adquirido no era guardado en

forma egoísta para sí; lo transmitía a innumerables discípulos y a la ciudadanía en general. El propio González Vera anota que la avanzada obrera era anarquista y en Santiago hubo una Universidad Popular, bajo el lema: "educación mutua y libre", donde se estableció el primer contacto entre estudiantes y obreros. Como elementos más representativos estaban Pedro Godoy, entre los estudiantes, y Augusto Pinto, entre los obreros. La actividad de esta universidad; el movimiento antirreligioso, desatado a raíz de la visita de Monseñor Sibila; y la constitución de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional, integrada por elementos obreros y estudiantes (de la I.W.W., FOCH, y FECH), se encuentran en la base profunda del vasto movimiento social y político del año 1920.

Augusto Pinto figuró entre los grandes dirigentes de la I.W.W y en su calidad de tal actuó con brillo en las inolvidables jomadas cívicas del año 20. Según el maestro y escritor Carlos Vicuña Fuentes, uno de los protagonistas principales de aquel movimiento, el campo obrero había dejado muy rezagado a los partidos políticos de avanzada. Sólo el Partido Radical contaba con una juventud idealista y generosa, pero se encontraba a una distancia astronómica de la gente que animaba las inquietudes del proletariado. Esta se componía de intelectuales ligados al proletariado y de obreros autodidactos de fuerte solidez doctrinaria. Figuras como las de Pedro Godoy, Pedro León Loyola, Juan Gandulfo, Javier Lagarrigue, Augusto Pinto, Laín Diez, Julio Rebosio, Luis E. Recabarren, Aquiles Lemire, y muchos otros, conferían una superioridad ideológica y cultural indiscutible al movimiento proletario frente al oportunismo electoralista y a la politiquería intrascendente de los llamados partidos históricos y al podrido sistema parlamentario. Esta capa de intelectuales proletarizados y de obreros de amplia cultura, fue la verdadera creadora del ambiente de renovación social y política del año 1920. Y en su seno Augusto Pinto destacó siempre sus excepcionales condiciones humanas e intelectuales.

A pesar del fracaso de aquel promisorio movimiento, de la esterilidad del gobierno de Alessandri y de la dura tiranía de los militares, Augusto Pinto no desesperó ni perdió su fe libertaria. Se mantuvo sereno en medio del caos, pero entró a revisar su actitud anarquista en favor de una acción política constructiva.

Al caer derribada la dictadura de Carlos Ibáñez se preocupó de ayudar a la creación de un organismo nuevo, combativo, de composición social amplia, orientado por la filosofía socialista, entendida como un humanismo revolucionario, a cuya sombra se unieran los obreros, estudiantes e intelectuales para cambiar el régimen y dar vida a una sociedad igualitaria y libre. Augusto Pinto, Eugenio González Rojas, Oscar Schnake Vergara, Julio E. Valiente y otros ciudadanos, constituyeron la ARS, (Acción Revolucionaria Socialista), para cumplir aquellos propósitos. En seguida, ante la existencia de diversos grupos políticos con idénticos fines, la ARS impulsó su unidad en un gran partido revolucionario de trabajadores manuales e intelectuales, con organización moderna y un programa realista, estrechamente conectado con las necesidades y urgencias nacionales. De ahí nació el Partido Socialista, el 19 de abril de 1933. Augusto Pinto fue uno de sus fundadores, como integrante de la delegación de la ARS y, al mismo tiempo, pasó a ser un dinámico dirigente del nuevo partido. No abdicó de sus principios filosóficos anarquistas y, precisamente, en julio de 1933, redactó una síntesis de la concepción libertaria, tal como la entendía de acuerdo con sus numerosas lecturas. Según Augusto Pinto, el anarquismo es una doctrina social que abraza al hombre en todas sus manifestaciones: económicas y morales, individuales y sociales: "parte del individuo, en el cual mide y juzga las reacciones del cosmos y de la sociedad, y en la asociación no de otra cosa que la gran condición de vida de la especie y de progreso individual. Sin la sociedad habría desaparecido o se habría estancado en el salvajismo primitivo. Pero la sociedad no es un contrato ni una creación del hombre; nace de un impulso de su propia naturaleza animal sociable". El comunismo anárquico o socialismo libertario es la síntesis del pensamiento y de la acción de muchos individuos y

núcleos sociales a lo largo de la evolución de la humanidad y de grandes filósofos modernos como Godwin, Stirner, Proudhon, Bakunin, Kropotkine y otros. Aplicando el método inductivo, propio de la ciencia positiva, afirma "que en la iniciativa individual, sostenida por la cooperación, se halla la raíz de todo progreso. Sin ese impulso, que nosotros denominamos espíritu de rebeldía, la rutina de las costumbres y de las instituciones habría fosilizado a las sociedades. El Estado y los dogmas ideológicos son las barreras que la evolución debe romper. Siendo el Estado una institución situada por encima de la sociedad, a la que le fija normas invariables y la constriñe por la fuerza, es el centro de resistencia de los grupos opresores a través de todas las épocas. De este hecho incontrovertible saca el anarquismo el principio anti estatal y su propio nombre anarquía, (no gobierno), punto de convergencia de todas sus escuelas: el individualismo, el colectivismo y el comunismo anárquico. Por el método inductivo, el anarquismo llegó hace más de un siglo a la negación de la propiedad privada y a la afirmación de que la suma no perdida de los esfuerzos particulares ha creado la portentosa riqueza de nuestra época, herencia común de toda la humanidad. Contra el principio de autoridad, el anarquismo proclama el libre acuerdo, desde sus formas más simples a las más complejas; y contra el derecho de propiedad individual de la riqueza, la comunidad de los bienes distribuidos según las necesidades de cada uno. Reconoce la lucha de clases, pero la circunscribe al terreno económico, pues en el plano moral sigue siendo fundamentalmente una la naturaleza humana. Solo así se explica que de las clases privilegiadas hayan salido tantos grandes apóstoles. Acepta la violencia en la revolución, pero rechaza la violencia sistemática y organizada de la dictadura del proletariado, porque confiere a la violencia el rol de destruir el viejo orden, pero nunca el de reconstruir el nuevo mundo, que solo la inteligencia, la abnegación y el ejemplo pueden efectuar. No acepta la disciplina ciega o forzada que mata el espíritu de crítica y de iniciativa personal, pero sí la coordinación nacida del raciocinio o suscitada por el ejemplo emocionante de las minorías revolucionarias y de sus personalidades más descollantes. Combate el parlamentarismo y todo remedo del Estado, porque siempre son corruptores el privilegio y el poder. En cambio las masas trabajadoras poseen impulsos constructivos, a las que únicamente faltan divisas claras y modelos dignos. Empieza a abrirse camino entre algunos anarquistas la idea de un período de transición entre la realidad capitalista y el ideal comunista anárquico. El anarquismo es, pues, una rama del socialismo; y partiendo de la negación del Estado exalta la personalidad humana, y en la comunidad de los bienes encuentra la perfecta solidaridad de uno para todos y todos para uno".

Muchas veces lo escuché en reuniones partidarias o en charlas de grupos y siempre experimenté una viva simpatía por su inteligencia despierta y su agilidad en la discusión ideológica. Trascendían su vasta cultura, su dominio del ideario socialista en sus diversas corrientes, y su franqueza y sinceridad para exponer o criticar. Tuve oportunidad de alternar más a fondo con él a raíz del Congreso Extraordinario de Curicó, (en mayo de 1940), convocado con la finalidad de contrarrestar los efectos de la escisión provocada por los diputados César Godoy Urrutia y Natalio Berman. En ese torneo tuvo una brillante intervención. Originó una polémica de alto rango sobre los principios doctrinarios del PS. Sometió a una inteligente crítica algunas de las teorías del pensamiento marxista y condensó sus puntos de vista en un proyecto de declaración de principios, de acuerdo con los postulados del socialismo humanista. En el fondo, para A. Pinto, las periódicas crisis doctrinales y políticas del socialismo de orientación marxista tenían por causa el dogmatismo y esquematismo del pensamiento de Marx-Engels y de sus intérpretes ortodoxos.

Aunque sus posiciones fueron rechazadas por quienes participaron en el debate (Julio Barrenechea, Julio César Jobet, Astolfo Tapia, Heriberto Alegre, Manuel E. Hübner), y por el Congreso, se conquistó grandes

simpatías entre todos los concurrentes por su cultura socialista y su habilidad polémica, además de su comportamiento vigoroso, pleno de entusiasmo y de ardor.[14]

Una proposición de Augusto Pinto fue, sin embargo, aceptada en forma unánime por el Congreso. Se refería a la conveniencia de designar una comisión integrada por camaradas versados en el examen de las doctrinas socialistas, para analizarlas a la luz del desarrollo contemporáneo y de las nuevas necesidades. Sus resultados serían enviados a los comités regionales para su discusión democrática y, en seguida, con las sugestiones respectivas, se redactaría un proyecto de declaración de principios definitivo que se sometería al próximo Congreso General Ordinario. El Comité Central recogió la proposición de A. Pinto, aprobada por el Congreso, designando una comisión bastante numerosa. Aunque inició sus labores con interés, no logró concretar un trabajo efectivo y esta aspiración se vino a cumplir en la Conferencia Nacional de Programa, realizada en noviembre de 1947.

En aquel memorable debate, A. Pinto planteó, en esencia, una crítica severa al marxismo, como método de interpretación de la realidad, por estimarlo obscuro y discutible, confusa mezcla de metafísica hegeliana y de ciencia y, por ende, proclive al simplismo y al dogma. Asimismo se extendió en la necesidad de esclarecer su concepción de la historia y de la sociedad, pues en ellas, según Marx, todo parece reducirse a fenómenos de producción: modos de producción, relaciones de producción, medios de producción, olvidando la conciencia humana, movida por la noción de justicia y el papel soberano de la voluntad humana para actuar conscientemente en la transformación de la sociedad. El socialismo no es sólo el epifenómeno del proceso económico-social sino también es el resultado del desarrollo de la conciencia moral del hombre. Por eso la socialización de los medios de producción no es un fin sino el medio para llegar a un orden social más justo y más libre. El socialismo persigue, ante todo, el libre desarrollo de la persona humana; el desenvolvimiento armónico de sus diversas facultades, dentro de la libertad, subyugando a la economía y liberando a los hombres. Esta ampliación de la vida constituye el socialismo ético, basado en la dignidad de la persona humana. En la vida de los hombres existen valores esenciales Independientes de una simple transformación económica, valores reconocidos por todos los grandes pensadores y luchadores socialistas.

Poco después de la realización del Congreso Extraordinario de Curicó, participé con Augusto Pinto y otros camaradas en un círculo de lecturas donde comentamos la obra del sabio George Nicolai: “La Miseria de la Dialéctica”, aparecida en ese año de 1940. El gran humanista, con su habitual categoría polémica, lanzaba un demoledor ataque a las obscuridades, extravagancias y contradicciones de Hegel. A. Pinto lo encontraba magistral y oportuno y, en gran parte, justificaba su posición sostenida en el Congreso. Precisamente, en su libro, Nicolai manifiesta que en el marxismo se mezclan dos métodos opuestos: el dialéctico y el científico; y su propósito era defender a Marx científico, de su peor enemigo, Marx dialéctico. La aportación más importante de Marx científico es su concepción del materialismo histórico, según el cual los métodos de las ciencias naturales son aplicables a todo y, por eso, a lo social. Por la utilización consecuente de este método se puede llegar a establecer el socialismo que, en su concepción más general, significa la firme resolución de realizar en lo posible todas las consecuencias que, razonable o científicamente, podemos sacar de la solidaridad del género humano. En cambio, el materialismo

[14] Un resumen bastante completo del debate doctrinario se publicó en la revista RUMBO, N° 13, de julio-agosto de 1940. En el curso de las discusiones defendió el criterio de Augusto Pinto, su discípulo y nobilísimo luchador social, Alberto Ballofet, de formación anarquista, alto dirigente de la I. W. W. y después, connotado miembro del Partido Socialista.

dialéctico, o sea, el hegelianismo revitalizado por Marx, es el peor obstáculo para avanzar hacia el socialismo. En seguida, Nicolai verifica un examen profundo y despiadado de la filosofía de Hegel y del comunismo soviético, su continuador. Hace una distinción neta entre Marx científico (defensor del materialismo histórico y del socialismo), y Marx dialéctico (padre del comunismo), y llega a afirmar que los dos peligros más grandes para el socialismo son: de una parte, la mixtificación dialéctica en el dominio ideológico; y de otra, el oportunismo innato en la actividad del hombre.

El socialismo debe aprovechar exclusivamente a Max científico y eliminar el dialéctico.

Al desatarse la ola de escisiones en el seno del PS a partir de 1943, me trasladé al sur del país, por varios años. Al regresar a Santiago volví a tomar contacto con Augusto Pinto. Como siempre, su curiosidad intelectual era amplia y el panorama mundial le suministraba la oportunidad de perspicaces comentarios. Alejado de la vida partidaria regular, y sin tomar posición ante los grupos existentes, se mantenía informado y atento a sugerir actitudes y planteamientos por medio de sus innumerables compañeros y amigos. Por esta razón, cuando se verificó el Congreso de Unidad del Socialismo, en julio de 1957, propuse un voto, aprobado por la asamblea, incorporando directamente a las filas de PS, como figuras señeras, a Augusto Pinto, Manuel Hidalgo y Oscar Schnake, conductores esclarecidos del movimiento popular en años particularmente críticos dentro de la evolución social de Chile.

En el almuerzo de clausura de aquel torneo, Augusto Pinto hizo recuerdos de sus años de lucha, de sus compañeros, de su viaje de esfuerzos a Francia, donde siguió cursos en la Sorbona y se atiborró de conferencias y exposiciones y, sobre todo, se empapó del inefable ambiente cultural y humano de París; y exaltó el porvenir del socialismo, como única esperanza de la atribulada humanidad.

Por esa época me sumé a un simpático grupo de amigos. Tenía sus figuras centrales en Augusto Pinto, Laín Diez y Mariano Rawicz y como entusiastas acompañantes a Alejandro Gallegos, Federico Godoy Guardia y Perrin Godoy Lagarrigue. Celebrábamos reuniones semanales, en las cuales A. Pinto presidía por su talento e ingenio. Laín Diez, miembro prominente de las jomadas sociales de 1920, de saber enciclopédico y poseedor de varios idiomas, nos mantenía informados de los grandes sucesos del movimiento socialista y obrero mundial, a través de sus estudios y de su correspondencia; Mariano Rawicz, combatiente en las filas españolas republicanas (y durante años preso en las mazmorras de Franco), radicado en Chile, nos daba a conocer los hechos relevantes del mundo tras el telón de hierro, por intermedio de la prensa polaca, que nos traducía con esmero. Alejandro Gallegos, amigo fiel de A. Pinto, removía el ambiente con sus preguntas directas y bruscas y con sus juicios tajantes; Federico Godoy, animador de la empresa editorial PLA, ponía mesura y fraterno espíritu y Perrin Godoy, joven ingeniero, aportaba su inquietud generosa y nos vinculaba a la tradición de su ilustre padre, don Pedro Godoy.

En estas sesiones de lecturas, estudios y discusiones surgieron muchas iniciativas fecundas. Una de ellas fue la de ubicar a Alejandro Escobar Carvallo y conseguir sus apuntes sobre sus actividades en la divulgación del socialismo y en la educación del proletariado, entre 1897 y 1914, para publicarlos como un aporte al conocimiento directo de aquella época heroica. A mediados de diciembre de 1958 visitamos a Alejandro Escobar Carvallo, en compañía de Augusto Pinto y Alejandro Gallegos. Fue un instante emotivo contemplar el estrecho abrazo de los dos tolstoyanos. Pasamos una agradable tarde escuchando su inagotable y sabrosa charla, repleta de recuerdos del más alto interés. El alma generosa y entusiasta de los dos viejos dirigentes se iluminaba al rememorar tantos hechos vividos y al deslindar

innumerables actuaciones. Sólo la evocación de las figuras leales y queridas, tragada por el inexorable turbión de la vida, ponía un temblor de tristeza en su evocadora conversación. [15]

Augusto Pinto conservó su vigor cerebral y su contagiosa inquietud ideológica hasta sus últimos momentos. A pesar del mal estado de su salud, ni el menor asomo de angustia o de pesimismo se notaba en su actitud diaria; por el contrario, su alegría, su interés por la existencia de sus amigos, su preocupación por los sucesos políticos nacionales y mundiales, su conversación animada, fluían con naturalidad y optimismo. Su rostro moreno, simpático, se iluminaba en medio de la charla y sus ojillos negros chispeaban de entusiasmo o de malicia, según el sesgo de la charla. Se había dejado crecer una pequeña barbita en punta que le daba un aire de convencional mandarín chino y su sabiduría hecha de estudio, reflexión y experiencia, reafirmaba esa impresión.

Hasta el fin de su noble existencia le dominó el anhelo de dejar escrito un ensayo sobre las relaciones entre las concepciones marxistas y el pensamiento socialista general. La lectura de la obra del profesor de filosofía francés, Pierre Fougerolles: "Le marxisme en question", ("El marxismo en discusión"), quien abandonó las filas del comunismo a raíz de la represión de los obreros, intelectuales y jóvenes húngaros por los tanques soviéticos, y llegó en su proceso de desestalinización hasta la crítica de las fuentes marxistas en el libro citado, le estimuló en su intento. Desgraciadamente no logró llevar a cabo su propósito. Me adelantaba como, a pesar de su condición proletaria, no aceptaba el mesianismo proletario contenido en "El Manifiesto Comunista"; porque la evolución de la sociedad a lo largo de un siglo desmentía la profecía de su división en dos clases polarizadas, de las cuales una tendría vocación para la dirección de un nuevo destino; tampoco se había logrado la unidad de la clase obrera y su llamado para conseguirla no pasaba de ser una quimera; las clases estallaban en grupos, y sus intereses, comportamiento e ideologías estaban diversificados y, a menudo, opuestos; y por eso, frente a los grupos en lucha, asignaba al socialismo el papel de intérprete de los intereses de toda la sociedad y no de los de una clase solamente.

Como todos los demócratas de su tiempo, A. Pinto saludó con entusiasmo la revolución rusa y la caída del despotismo zarista, pero, también, vio con angustia el camino dictatorial seguido por Lenin-Trotsky, y desde el ascenso de Stalin miró con franco desagrado el restablecimiento de la autocracia a través de su régimen tiránico. Para él, la tragedia de Cronstadt simboliza la trayectoria de la gesta del pueblo ruso. El año 17, fueron los instrumentos intrépidos y heroicos de la caída del zarismo; cuatro años después se sublevaban contra la dictadura bolchevique, pidiendo la vuelta a la democracia socialista y eran vencidos, aplastados y fusilados por millares, iniciándose la reacción thermidóriana. La eliminación de las fuerzas democráticas (mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas de Machno), y de la libre discusión en el seno de los bolcheviques, con el comienzo de las represiones sangrientas, liquidaron la revolución socialista y democrática, dando paso a un régimen concentracionario.

En las conversaciones sobre el sistema soviético y el reinado de Stalin, hacía ver como éste desfiguró todos los postulados básicos del socialismo: el internacionalismo lo redujo a un virulento nacionalismo; la socialización de los medios de producción y el colectivismo los concretó en una implacable economía de Estado, con una máxima subordinación y explotación del obrero; el debilitamiento y extinción del Estado los tradujo en el reforzamiento faraónico de su poder levantando un Leviatán al cual enajenó

[15] Los apuntes de Alejandro Escobar Carvallo, sobre el primer movimiento socialista en Chile aparecieron en las páginas de la excelente revista OCCIDENTE, números 119, 120, 121, 122 y 123, de julio-agosto, septiembre-octubre y noviembre-diciembre de 1959 y marzo-abril y mayo-junio de 1960

toda la sociedad soviética; el sentido crítico lo asimiló al peor sometimiento conformista y dogmático; la supresión de la burguesía la reemplazó por una todopoderosa burocracia con las características de una nueva clase; el rechazo del culto al dirigente absoluto lo transformó en el "culto de la personalidad", o sea, a sí mismo, como líder carismático, infalible.

Si el sistema capitalista se basa en la explotación de los individuos, y el trabajador sufre una doble alienación económica y política: la propiedad privada de los medios de producción y el poder del Estado, guardián de dicha propiedad, la revolución de los trabajadores debe, al mismo tiempo, socializar los medios de producción y marchitar y extinguir el Estado, con formas de democracia directa. Al no hacerlo, la revolución conducirá a forjar una nueva esclavitud. Por eso el derecho al producto íntegro del trabajo y el derecho a la democracia son inseparables e irrenunciables en el sistema socialista.

Ante el aterrador ejemplo del régimen soviético, Augusto Pinto, se planteaba angustiosos interrogantes, motivos de largas y ardientes controversias entre nosotros, interrogantes que siguen conturbando a los socialistas responsables, a los rebeldes, a los intelectuales libres, a quienes desean sinceramente un cambio profundo en favor del hombre: ¿Cómo organizar una nueva sociedad donde se eliminen los males que avasallan al individuo sin quitarle la libertad? ¿Cómo conciliar esta libertad que implica, en lo concreto, iniciativa y responsabilidad, con la seguridad que la sociedad debe a sus miembros?

Uno de los problemas máximos es el de conciliar la organización con la libertad y evitar el aplastamiento del hombre por sus propias creaciones materiales.

Augusto Pinto ya no participará en estas reuniones cordiales y apasionadas, pero su potente y luminoso espíritu estará siempre presente, radiante en cada uno de nuestros corazones.

Estudios sobre las ideas políticas en chile

ARAUCO N°72 enero 1966

I

Los ensayos sobre asuntos político-sociales de Chile fueron escasos en el siglo pasado, y relativamente abundantes a partir de la década del 20 en la centuria presente.

El gran orador liberal Isidoro Errázuriz escribió la "Historia de la Administración Errázuriz. Precedida de una introducción que contiene la reseña del movimiento y la lucha de los partidos desde 1823 hasta 1871". En realidad sólo redactó la parte inicial de la reseña, comenzándola con la asamblea del 28 de enero de 1823, en la cual abdicó O'Higgins, (antes se remonta a un breve análisis de las influencias del coloniaje y su gravitación en el seno de la sociedad de principios de la República), hasta los sucesos de 1850, que culminaron con el asalto a la Sociedad de la Igualdad y el correspondiente proceso instaurado en su contra. O sea, llegó hasta los antecedentes del conflicto político cuyo desenlace fue la "revolución" de 1851. El ensayo de I. Errázuriz es brillante y modelo de exposición y enjuiciamiento.

El escritor y político Alberto Edwards Vives escribió dos libros típicos sobre la evolución política y social del país: "Historia de los partidos políticos chilenos" y "La Fronda Aristocrática". Este último, aparecido en 1928, es una interpretación del desarrollo político y social de nuestro país, influida por la filosofía de Spengler, y cuya tesis es esta: "La historia de Chile independiente es la de una fronda aristocrática casi siempre hostil a la autoridad de los gobiernos y a veces en abierta rebelión contra ella" A. Edwards se demuestra un espíritu agudo, a menudo certero; pero, en su conjunto, es profundamente reaccionario y

de gran desdén, o desprecio, para calificar el movimiento liberal democrático y el ascenso de los sectores medios, de tendencias reformistas; y de las clases proletarias, o “inferiores”.

El primer libro de A. Edwards alcanza en su examen de las agrupaciones políticas hasta 1891. El líder democratacristiano, y autor de numerosos ensayos socio-políticos, Eduardo Frei Montalva, resolvió continuar aquel estudio hasta 1948, y en 1949 apareció su “Historia de los partidos políticos chilenos”, integrando el opúsculo de A. Edwards con su ensayo sobre el periodo de 1891-1948. En 1939, había aparecido la “Evolución histórica de los partidos políticos chilenos", de René León Echaíz; y junto con la de Edwards-Frei, son las únicas obras de conjunto sobre el desenvolvimiento y programa de los partidos políticos chilenos; y ambas son esquemáticas y parciales, con un tratamiento Insuficiente del complicado tema.

En 1947 publicó Oscar Bermúdez Miral: “El drama político de Chile”, análisis inteligente y objetivo del fracaso de los diversos conglomerados políticos, tanto en sus responsabilidades de gobierno como en sus actividades prácticas para formar e imponer un gran movimiento de renovación nacional, y en su comportamiento ético para mantener una mínima consecuencia entre sus principios y programa y su acción práctica en la lucha política o en el seno del gobierno.

En la actualidad circula la obra de Sergio Guilisasti: “Los partidos políticos de Chile”, aparecida en 1964, en la cual presenta los principios teóricos y las líneas programáticas de los partidos Conservador, Liberal, Radical, Demócrata Cristiano, Socialista y Comunista, por medio de entrevistas a dos altos dirigentes de cada colectividad: Eduardo Moore y Pablo Aldunate, por el partido Liberal; Marcial Mora y Humberto Enríquez, por el Radical; Francisco Bulnes y Bernardo Larraín, por el Conservador; Eduardo Frei y Juan de Dios Carmona, por el Demócrata Cristiano; Salvador Allende y Raúl Ampuero, por el Socialista; Luis Corvalán y José Cademártori, por el partido Comunista.

En 1946, se publicó en México, en la editorial Fondo de Cultura Económica, el denso volumen del historiador Ricardo Donoso: “Las ideas políticas en Chile”, (526 páginas) en el cual estudia las pugnas políticas desde las postrimerías del siglo XVIII hasta 1891. Es, fundamentalmente, un examen del siglo XIX, en algunos conflictos esenciales: fases ideológicas de la independencia; federalismo, organización portaliana, lucha contra la aristocracia, contra la influencia de la iglesia; libertad de imprenta; libertad electoral y reformas constitucionales.

La mencionada obra se complementa, y a veces reproduce, con la anterior del mismo autor: “Desarrollo Político y Social de Chile desde la Constitución de 1833”, parte de la “Historia de América”, dirigida por el historiador argentino don Ricardo Levene.

En el capítulo primero enfoca la influencia de las ideas filosóficas francesas en América Latina, conocidas por los criollos en sus viajes a Europa. Era notable la avidez con que adquirían y leían las obras de los grandes escritores del siglo XVIII, siendo típico el caso de don José Antonio de Rojas, admirador fervoroso de los enciclopedistas. En el capítulo segundo estudia los documentos más característicos, para condensar el pensamiento de los dirigentes de la Revolución de la Independencia. Es interesante la hipótesis del señor Donoso, según la cual afirma que el Catecismo Político Cristiano, atribuido corrientemente a Martínez de Rozas, habría sido redactado por el doctor don Jaime de Zudáñez, quien

llegó a Chile procedente de Chuquisaca, (Alto Perú), para actuar con inteligencia y definido sentido revolucionario durante varios años.[16]

En el capítulo IV desarrolla los hechos y opiniones producidos en Argentina y Chile, en torno a la posibilidad de implantar regímenes monárquicos, ante el temor de la reacción europea, cuyo instrumento, la Santa Alianza, podía intervenir en el continente en defensa de los intereses de la monarquía española. Frente a la gravedad de la situación internacional, el Gobierno chileno resolvió acreditar un representante ante el Congreso de Aquisgrán, con el principio de obtener el reconocimiento de nuestra Independencia por las naciones ahí congregadas. Antonio José de Irisarri, el designado, redactó las instrucciones oficiales de las que sería portador y ellas contienen la prueba indiscutible que no se consideraba incompatible la forma monárquica de gobierno con la independencia política de España. Agrega el señor Donoso una observación digna de ser conocida: "Como una excusa para el fundador de nuestra independencia política, se ha sostenido que esas instrucciones no fueron firmadas por don Bernardo O'Higgins y el Ministro de Despacho correspondiente, y que al darse cuenta de ello el enviado las devolvió a Santiago, y no le fueron renovadas en los mismos términos. Pero conviene no olvidar que esta excusa ha surgido a posteriori, con el propósito de exaltar las convicciones republicanas del Director Supremo de Chile, como si en el ánimo de los hombres públicos no anidaran también, en los momentos dramáticos, las vacilaciones y las dudas en la eficacia de las convicciones que sostienen para hacer la felicidad de la patria".

En el capítulo IV describe el origen, triunfo y caída del federalismo, cuyo más firme defensor fue el ilustre patriota don José Miguel Infante. Según decreto del 31 de enero de 1826, se dividió el territorio en ocho provincias, con el objeto de iniciar una efectiva descentralización. Fracasó el intento y ya no se volvió a considerarlo hasta la Presidencia de Balmaceda, quien nuevamente trató de llevar a cabo una reorganización administrativa del país, tomando como base la realidad económica. El federalismo era y es contrario al espíritu predominante en el país por razones ya conocidas, pero, en la misma forma, el centralismo oligárquico triunfante agostó, en gran parte, a la nación. Así, con profunda exactitud, dice el señor Donoso: "En un país tan acentuadamente centralizado, la preponderancia económica y espiritual de la capital creó en el santiaguino un sentimiento de orgullo aristocrático, que lo hacía mirar con el más soberano desdén todo lo relacionado con la provincia. De esa convicción de superioridad y preeminencia se derivaban los conceptos según los cuales sólo en la capital existían las rancias familias y las buenas maneras, la inteligencia y la distinción, la cultura intelectual y el buen gusto, la vida refinada y la discreción, la austeridad y la honradez, el amor a las letras y al arte; mientras que los pobres provincianos vivían poco menos que en estado de barbarie, ajenos a los dones de la civilización más refinada, sin aspiraciones ni iniciativas''.

El capítulo V trata de la organización política de la República, conseguida después del triunfo de la aristocracia conducida por Diego Portales en Lircay. El Gobierno surgido de la contienda civil entre pipiolos y pelucones "no fue a buscar su fuerza en la espada de los caudillos ni en el prestigio de los tribunos, sino en la estructura misma de la sociedad, cimiento el más sólido para las construcciones políticas. Ese cimiento iba a ser el de una aristocracia conservadora, terrateniente y tradicionalista, resuelta a asumir la dirección de la República y a imponerse por todos los medios a cuantos se enfrentaran a sus propósitos".

[16] La tesis de Ricardo Donoso ha sido rechazada de plano por los Investigadores de aquella época histórica. El erudito Aniceto Almeida propone como su posible redactor a Bernardo de Vera y Pintado. (1780-1837).

El sector más ágil y verdaderamente directivo de la aristocracia pelucona fue el grupo de los "estanqueros", quienes tomaron dicho nombre del contrato suscrito por la firma Portales, Cea y Compañía con el Gobierno de Freire, para la administración del monopolio del tabaco y licores. El Congreso de 1826 hizo rescindir el contrato y pidió cuenta a sus gestores, y "el odio profundo que esa resolución provocó en el alma de Portales y de sus amigos contra el régimen imperante, constituyó el principal origen del partido de los estanqueros. Este círculo, arrastrado en su origen por móviles mezquinos, se convenció de que sólo un gobierno fuerte podría organizar políticamente la República". Unidos a los pelucones, con un criterio realista, partidarios de la centralización y de dotar al Jefe del Estado de amplios poderes, triunfaron. Además, aunque Portales "era un volteriano incorregible y un gozador apasionado, comprendió en todo su valor la significación de un buen entendimiento entre la Iglesia y el Estado en ese momento de tan hondas perturbaciones" y se atrajo al clero, cuyos bienes habían sido confiscados por Freire seis años antes, aunque no habían encontrado compradores, devolviéndoselos y dándole preeminencia al hacer del culto católico el exclusivo del Estado.

La Constitución de 1833 expresó jurídicamente el triunfo de los pelucones y de las ideas simples y realistas de Portales. En su esencia constituyó un conjunto de disposiciones armónicas que, bajo apariencias republicanas, organizó el Estado sobre la base de instituciones monárquicas, con miras a afianzar el poder social y político de la oligarquía terrateniente. Este documento revistió de facultades poderosas al Presidente: tenía en sus manos la paz y la guerra, la hacienda pública, la magistratura, y el personal legislativo; ejercía el patronato sobre la Iglesia y era irresponsable durante el ejercicio de sus funciones. En resumen, estableció una dictadura con solo las formas republicanas. Por otra parte, el Presidente designaba de hecho el Congreso y nunca se sentó en el Senado una persona que no hubiera sido elegida por él, y como no existían incompatibilidades les proporcionaba empleos además.

Esta primera parte del trabajo del señor Donoso es el análisis de la estructuración de la sociedad chilena; en la segunda, describe la acción por liberalizarla. La historia del desarrollo político de Chile en este período, en resumen, consistió "en la lucha que se entablará por arrebatar al Presidente de la República, Jefe Supremo del Estado y árbitro de los destinos de la nación, las atribuciones que lo constituían en su soberano con un título republicano, por lograr la independencia del Congreso como medio de llegar a un régimen de equilibrio de poderes, y por derribar, de todo el legado jurídico y espiritual de España, los obstáculos que se interponían para establecer un régimen democrático. Los historiadores chilenos reconocen que la Constitución de 1833 dio forma jurídica a la realidad social y que Chile constituiría desde entonces una República basada en la influencia de la aristocracia terrateniente y de la tradición colonial, y en el ejercicio efectivo de su poder político. Los esfuerzos del liberalismo se orientarían en el sentido de modificar la estructura social y la filosofía espiritual de la nación en forma que respondieran a las necesidades de los tiempos y abrieran el cauce para el establecimiento del régimen democrático".

La reseña de tales esfuerzos la realiza Ricardo Donoso en los capítulos VI a XI. En capítulo VI describe la lucha contra la aristocracia, presentando las peripecias de la contienda por obtener la abolición de los mayorazgos, 18 o 19, con 12 títulos de Castilla, aprobada durante el Gobierno de Montt. En el capítulo VII estudia la lucha contra la influencia de la Iglesia, la más dramática y apasionante en esta pugna de la reacción y el liberalismo. La contienda para imponer la tolerancia religiosa triunfó al abolirse el fuero eclesiástico por la dictación de la Ley Orgánica de los Tribunales; con la dictación de las leyes sobre cementerios, matrimonio civil y registro civil; y las discusiones violentas sobre la separación de la Iglesia y el Estado, lograda solo en 1925.

En el capítulo VIII considera la última herencia del coloniaje, o sea, la supresión de la enseñanza obligatoria del latín. Para algunos escritores modernos dicha medida habría significado la muerte del humanismo en el país. Entre ellos, don Eduardo Solar Correa; pero no pasa de ser una opinión equivocada. En los capítulos finales estudia la libertad de imprenta; la libertad electoral, analizando el desarrollo del sistema electoral desde el censitario hasta el llamado sufragio universal; de las elecciones indirectas hasta las directas; el reemplazo de la intervención gubernativa por el cohecho; y, finalmente, resume las bases jurídicas de la organización democrática según la síntesis de las diversas reformas de la Constitución de 1833, como ser: reforma del Senado, ley de incompatibilidades parlamentarias, garantías individuales, etc.

De la síntesis efectuada del libro de Ricardo Donoso se desprende su importancia como obra de conjunto sobre uno de los planos más importantes del desarrollo histórico nacional. Abunda en minuciosos relatos de las alternativas de la lucha entre conservadores y liberales, sobre tópicos explosivos en su época, pero que hoy día únicamente nos causan asombro y estupor, por cuanto es difícil concebir que ideas y actitudes desatinadas exigieran tanto esfuerzo para desterrarlas de la legislación y las costumbres, resistidas duramente por el fanatismo y la ignorancia más obstinados.

Aunque comprendemos claramente la voluntaria reducción hecha por el autor en su voluminoso trabajo, tocando sólo las ideas políticas, nos merece, no obstante, algunos reparos tal posición, porque muchos investigadores silguen entendiendo por historia solamente la historia política, o "historia de los acontecimientos", dejando de lado los sucesos económicos y maneras de vida, asimiladas a un vago conjunto denominado "civilización", a pesar de su importancia decisiva. En Chile los historiadores han sido adeptos a esa concepción y por eso, a pesar de los innumerables volúmenes, la vida del pueblo de Chile está por escribirse. La historia económica y social del país no ha sido casi examinada, y sin lugar a dudas constituye el fondo creador de los diversos sucesos. Al no estudiarse de esta manera, pareciera que los acontecimientos políticos se han producido aislados y alejados de los demás fenómenos sociales, como manifestaciones teóricas e ideológicas de hombres ajenos a su pertenencia de clase. Para comprender la historia es preciso describir los hechos políticos, y conocer también la dependencia recíproca de los mismos; discernir cuáles son los principales y cuáles los secundarios, buscar sus verdaderas raíces y ligazones. En estudio de tal índole los partidos y sus programas e ideas se destacan claramente cómo la expresión política adecuada de los intereses de clase o fracciones de clases, determinadas por el desarrollo económico y sus diversas transformaciones. Es, entonces, demasiado abstracto el estudio de las ideas políticas sin ligarlas a la realidad económico-social del país. Y es éste el defecto general de la obra comentada, y, por otra parte, en la exposición misma de las luchas políticas se detiene demasiado en el relato detallado de asuntos y peripecias menudas sin mayores conexiones con algo medular y trascendente en nuestro desarrollo institucional.

Respecto del estudio de los hombres políticos, Ricardo Donoso ha cometido una injusticia grande al enfocar la personalidad de Balmaceda como Presidente de la República. En efecto, después de señalar en forma reiterada, en diversas páginas de su obra, las brillantes intervenciones de Balmaceda en las discusiones para obtener la dictación de las leyes civiles, al retratarlo como primer mandatario de la Nación, lo hace con una serie de virulentos adjetivos, a pesar de haber sido el mejor Ministro de Santa María, a quien reivindica en los siguientes términos: "Ningún estadista del siglo pasado tiene una personalidad más acentuada y representativa del idearlo político de los hombres de la generación de 1830, que Santa María, que no sólo fue el arquitecto de la grandeza de Chile, sino el brazo vigoroso que rompió con decisivo hachazo las más sólidas cadenas que ataban a la sociedad chilena al rancio legado

espiritual de España, sobreviviente a través de los hábitos y costumbres de la época colonial, a fin de impulsarla e incorporarse en los ideales de vida que alimentaban la cultura de los países de la Europa occidental". Pues bien, esta reivindicación de Santa María, supone un elogio, muy merecido, para Balmaceda, su Ministro del Interior y vocero más autorizado. Donoso así lo reconoce al mencionarlo en forma conceptuosa en diversas páginas, (270, 277, 281, 307, 312, 317, 428 y 482), en las cuales destaca su natural y avasalladora elocuencia, su solidez de doctrina, su transparencia, su valentía y entereza para enfrentar la oposición; y en los debates sobre cementerios, matrimonio civil y registro civil, (como antes, cuando era diputado, sobre las incompatibilidades parlamentarias), sus opiniones doctrinarias ofrecían el mayor interés al traducir el pensamiento liberal y la política gubernativa.

Sin embargo, al calificar su Presidencia, la natural continuación de la de Santa María, lo define en este incomprensible juicio: "No hay en la historia política de Chile un caso de versatilidad más impresionante y morboso que el de Balmaceda, luchador insincero de las reformas políticas y constitucionales favorables al progreso democrático, que no vaciló en arrastrar al país a la revolución armada. Teatral y ególatra, desoyó los llamados que se le hicieron en favor del desprendimiento y a que siguiera el sublime ejemplo de abnegación dado por el Padre de la Patria don Bernardo O'Higgins, y no titubeó en sumir a su país en una revolución cruenta que dividiría hondamente a la sociedad chilena durante dos generaciones. Ególatra y vanidoso, megalómano, cruel y sanguinario, provocó la gran tragedia que ensangrentó al país".

Es similar al lenguaje apasionado, injusto y superficial usado por Alberto Edwards para calificar y referirse al movimiento democrático nacional, como el propio Donoso lo recuerda en el Prólogo de su obra, y se lo enrostra y censura. Es idéntico el lenguaje empleado por Raúl Silva Castro para definir en un artículo periodístico, la obra y escritos de Alejandro Venegas, (Julio Valdés Cange), y refutado por Ricardo Donoso en la revista "Atenea". Podemos hacerle el mismo reparo suyo a los nombres indicados: su visión de la personalidad de Balmaceda se encuentra obscurecida por el apasionamiento más rabioso en su contra. Su juicio de conjunto sobre la personalidad de Balmaceda como Presidente de la República, no guarda relación con los anteriores a raíz de su acción junto a Santa María; además aparece demasiado personal y desligado del desarrollo de la obra, por cuanto lo expresa después de unas brevísimas páginas sobre su Gobierno y la insurrección de las clases aristocráticas de 1891, acontecimiento de magnitud y merecedor de una atención más detenida. Debiera haber ahondado en el estudio de los intereses en juego en esa insurrección, los móviles de sus dirigentes y las alternativas de ella para poder expresar, honrada e irrefutablemente, un juicio tan contundente y desfavorable para Balmaceda, cuya obra fuera tan trascendental. Los epítetos de Donoso siguen de cerca las invectivas lanzadas ya por Valentín Letelier en panfletos rebosantes del calor y apasionamiento de la lucha; pero, en la tranquila perspectiva del tiempo, y ante los resultados del régimen triunfante, no son tolerables. El tribuno radical lo acusaba de versátil y desleal, y en su concepto no se podía confiar en su palabra o en los pactos a celebrarse con él.

En cambio, seguramente, confiaba en Julio Zegers, líder de la oposición, financiado por Thomas North, agente del imperialismo inglés. ¿Cuál es la insinceridad de Balmaceda? ¿Su política de apaciguamiento ideológico con el objeto de dedicarse al desarrollo material y educacional del país, siguiendo las normas de Santa María en el último período de su Gobierno? ¿O es su deseo de tregua política para llevar a cabo esas obras de progreso? ¿O su anhelo de unir a los liberales para crear una sólida base de Gobierno, olvidando las animosidades pasadas? ¿O es su oposición a las hábiles reformas patrocinadas por el senador Irarrázaval, dirigidas a restituir el poderío de la reacción aristocrática, debilitada con la abolición de los mayorazgos y la supresión de los privilegios de la Iglesia?

Balmaceda reaccionó profundamente, y he aquí una de las razones de su grandeza, contra el afán discutidor y politiquero que se entronizaba en el país. Los elementos dirigentes de los partidos políticos hasta entonces vivían absorbidos por los debates de las reformas liberales, pero no habían tenido la menor atención para considerar la situación económica del pueblo y la necesidad de mejorarlo incorporándolo a una vida más digna. Los campesinos, artesanos y trabajadores de las minas no merecieron ninguna preocupación de los Poderes Públicos y partidos; en cambio, discutían años y años sobre abstractos principios de ningún interés directo para las masas. Balmaceda, entonces, rehúye ese exceso de debates doctrinarios para no distraerse en su noble afán de incrementar la riqueza, el bienestar de su pueblo, el poderío de la nación.

En el conflicto entre el Congreso oligárquico y el Ejecutivo, el anhelo por quebrantar la omnipotencia presidencial puede haber sido sinceramente sustentado por algunos ciudadanos; pero, ante todo, fue una pantalla teórica de los grupos plutocráticos ansiosos por recuperar su antiguo poder, (conservadores y banqueros); y de los nuevos sectores capitalistas ligados al imperialismo Inglés (liberales e industriales del salitre), enfrentados resueltamente por Balmaceda. Su actitud de repulsa ante los proyectos de Mr. North y del senador Irarrázaval, sintetizan su posición.

Según las palabras de Ricardo Donoso, la fuerza enemiga de Balmaceda fue la oligarquía unida a la Iglesia y el prestigio de la autoridad presidencial decayó profundamente ante dichos círculos. O sea, todos los adjetivos hirientes para Balmaceda lo son porque no se prestigió ante los sectores oligárquicos. No existía una clase media influyente, pero estaba en formación y Balmaceda hizo todo lo posible por prestigiarla e incorporarla a las tareas de Gobierno. Y en cuanto al pueblo, Balmaceda no solamente le dio trabajo, también lo defendió en los diversos conflictos desatados (recuérdense los virulentos ataques en su contra porque no ordenó ametrallar a los obreros del salitre en 1890, lo cual le valló ser acusado por Isidoro Errázuriz en forma violenta).

En la Revolución gravitaron causas de diverso orden y Donoso lo reconoce al expresar que fueron políticas, económicas, sociales, psicológicas: “Entre las primeras, los historiadores chilenos incluyen el fervoroso anhelo por llegar a un régimen de equilibrio de poderes y quebrantar el absolutismo presidencial, que hallaba su manifestación más ostensible en la intervención del Ejecutivo en las elecciones de congresales y de Presidente de la República; entre las segundas, los primeros esfuerzos del capitalismo internacional para hacer pesar su influencia en la política gubernativa; entre las sociales, las ansias de dominio absoluto de la plutocracia bancaria que no tenía el contrapeso de la clase media ajena del todo al poder político; y, finalmente, entre las psicológicas, la desorbitada egolatría del Presidente Balmaceda, el más versátil y falso de los hombres públicos chilenos”.

El texto reproducido evidencia la complejidad de las causas actuantes en el Gobierno de Balmaceda y determinantes de la revolución de 1891, pero del desarrollo verificado por Donoso, todo se debe exclusivamente a Balmaceda, pintado sólo con atributos negros y negativos. Es el genio del mal, mientras los círculos oligárquicos son el bien y la nación. Era Balmaceda, defensor en este caso de la Constitución y, sobre todo, de los intereses superiores del país, quien debía ceder, abdicar y capitular ante los círculos oligárquicos.

Si en verdad el libro de Donoso solamente trata de las ideas políticas, y no entra en su órbita el considerar el estudio de los decisivos factores económicos-sociales, aun haciendo esta salvedad, siempre se nos aparece como precipitada su opinión sobre Balmaceda y nos resistimos a estimarla fundada. Por

el contrario, a nuestro entender, Balmaceda, ha sido el estadista más firme, visionario y patriota, y no el más versátil y falso como afirman sus detractores, enfocada su personalidad con la amplia perspectiva de más de medio siglo y el fracaso del régimen triunfante.

Finalmente, nos resta destacar que la silueta de Balmaceda trazada por Donoso, en esta obra, es más hiriente y violenta que la perfilada en su libro anterior, "Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833". Aquí reconoce que "una noble ambición agitaba su espíritu", que "anheló una tregua política para realizar su obra de progreso" esforzándose por unir a todos los liberales e incluso que deshizo las acusaciones lanzadas por la oposición de tener candidato a la Presidencia en la persona de don Enrique S. Sanfuentes, junto con formar un Gabinete de Conciliación, (el Ministerio Prats). O sea, fue el Congreso el intransigente y, en general, la oposición, (como lo demuestra, también, la opinión de algunos ilustres políticos, entre ellos, don Marcial Martínez, por ejemplo).

En cuanto a la acusación de crueldad, desgraciadamente, una vez envuelto en la guerra civil, se cometieron abusos en gran escala, pero a este respecto, tanto Balmaceda como los revolucionarios son culpables, (asesinatos de Robles, Barboza, Alcérreca, saqueo de Santiago y Valparaíso por los sublevados). Por lo demás don Luis Galdames se ha colocado en el punto preciso en relación con este asunto, en la biografía de Valentín Letelier, página 337 al exponer los caracteres horribles alcanzados por las guerras civiles, trastornando leyes, instituciones, relaciones personales, y una vez producidas constituyen el peor azote para la existencia de una nación.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en un aspecto de esta obra, pero lo hemos hecho porque estimamos la figura de Balmaceda de contornos extraordinarios y la "revolución" de 1891 una de las peores calamidades soportada por nuestro país y punto de partida de su desgraciada situación actual.

III

Respecto de la literatura más calificada sobre las principales concepciones filosófico-políticas y las organizaciones partidarias correspondientes: liberalismo, catolicismo social y democracia cristiana, nacionalismo autoritario y fascismo, radicalismo, socialismo y comunismo, se cuentan numerosos autores representativos de cada una de ellas con obras de interés, cuyo conocimiento es indispensable para entender el pensamiento teórico y la actividad concreta de las grandes agrupaciones políticas nacionales.

En el campo social-católico sobresalen el sacerdote Guillermo Viviani, (fallecido en 1965), sociólogo valioso, con una abundante producción intelectual, indudable vertiente ideológica de la actual democracia cristiana. En 1919, en plena crisis económica estructural del país, publicó "La cuestión social"; en 1926, su "Sociología Chilena — Nuestro problema social", implacable y exacto balance del estado de Chile después de un siglo de dominación oligárquica. Años más tarde dio a luz sus libros, "La Familia", 1947; y "Doctrinas Sociales", en 1949. El periodista (y durante años diputado del Partido Conservador) Ricardo Boizard Bastidas redactó "La democracia cristiana en Chile", cuya segunda edición apareció en 1964, de bastante interés informativo y se complementa con las obras de Alejandro Silva Bascuñán: "Una experiencia social-cristiana"; y de Alejandro Magnet: "El padre Hurtado". En ellas se encuentran los datos de mayor relieve sobre la formación del grupo dirigente del movimiento democratacristiano; sus influencias ideológicas, actividades y posiciones frente a la realidad nacional. Eduardo Frei Montalva, (1911), es autor de algunos libros importantes, en los cuales expone su actitud social-cristiana apoyada en la filosofía tomista de Maritain, y en cuanto a los problemas chilenos, influido

por Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina. En 1937 entregó “Chile desconocido”; en 1942, “Aún es tiempo”; en 1946, “Política y Espíritu”, su producción de mayor contenido teórico; en 1951, “Sentido y forma de una política”; y, en 1955 “La verdad tiene su hora”. El ideólogo Jaime Castillo Velasco ha publicado dos de las obras más típicas de los planteamientos democratacristianos: “El problema del comunismo", en 1955; y “Las fuentes de la democracia cristiana’’, en 1963. Son también muy características las obras de Julio Silva Solar, “A través del marxismo”; y de Jacques Chonchol, “El desarrollo de América Latina y la reforma agraria”. En colaboración, Julio Silva y Jacques Chonchol, entregaron “Hacia un mundo comunitario” y “El desarrollo de la nueva sociedad en América Latina”, de mucho valor para penetrar en el complejo terreno de los propósitos básicos, “revolucionarios”, de la democracia cristiana chilena. En el plano económico alcanzan un elevado nivel crítico y técnico los ensayos de Francisco Pinto: “Estructura de nuestra economía”; y de Jorge Ahumada, (fallecido en 1965), “En vez de la miseria”, con varias ediciones.

Los escritores de la democracia cristiana polemizan en forma constante con las concepciones marxistas, en una línea similar a la de los antiguos impugnadores del clero católico (como, por ejemplo, el fraile Luis M. Acuña, en su panfleto: “Doctrinas sociales de Marx”, impreso en 1933). Recientemente, seis ideólogos cristianos (tres frailes y tres seglares), Jean-Yves Calvez, José Miguel Ibáñez Langlois, Roger Vekemans, Máximo Pacheco Gómez, William Thayer Arteaga y Jaime Castillo, resumieron la crítica democratacristiana al socialismo científico en su libro colectivo: “El marxismo, teoría y acción”, 1964.

El punto de vista liberal intransigente, del individualismo más acusado y del “laissez-faire”, lo sostuvieron dos personeros de larga vida y densa producción: Luis Arrieta Cañas, (1861-1961), conocido por su seudónimo Lac; y Valentín Brandan, (1886-1960). El primero, Luis Arrieta Cañas, se recibió de abogado; estudió en Francia y fue el primer chileno doctorado en el Instituto de París, en Ciencias Políticas y Sociales; fue agricultor, (dueño del fundo San Luis de Peñalolén), y estudió ingeniería agronómica en Europa; tuvo profunda inquietud por las artes y las doctrinas filosóficas e inspiró reuniones musicales durante los años 1889-1933. Publicó diez volúmenes de una “Biblioteca de Estudios Sociales”, “verdadera enciclopedia”, según el juicio de Valentín Brandau. Algunos de los títulos indicadores de las materias tratadas, son: “El liberalismo y la cuestión social”, “El socialismo de cátedra y la cuestión social”; “El marxismo y la cuestión social”, y “Estudios sobre el catolicismo social”. El segundo, Valentín Brandau, en su juventud estuvo ligado a la “intellegentzia” obrera de tendencia anarquista; se recibió de abogado en 1917, con una memoria sobre “La represión y prevención del delito”, y llegó a desempeñar una cátedra de Derecho Penal en la Universidad de Chile. Entre sus títulos se destacan: “Caracteres mentales de la mujer”; “El concepto del Estado”; “La dictadura del proletariado en Rusia”, y una colección con artículos y ensayos, “Al servicio de la verdad”.

A los pensadores y estudiosos del liberalismo les preocupó el problema de los orígenes del cristianismo y de la personalidad de Jesús. En Chile el erudito escritor y agudo crítico literario Ricardo Dávila Silva, (1873-1960), conocido por su seudónimo Leo Par, publicó un libro muy importante: “Jesús — Ensayo de crítica”, en 1940. El inquieto y dinámico político liberal, Enrique Zañartu Prieto dejó un volumen valioso: “Hambre, miseria e ignorancia”.

El punto de vista nacionalista portaliano, con inclinaciones fascistas, o, sencillamente, nacistas, lo exaltaron Carlos Keller, quien a su temperamento portaliano —autoritario y a su concepción spengleriana— fascista, agrega las influencias de Nicolás Palacios, Alberto Edwards, y Francisco A. Encina, en sus libros: “La eterna crisis chilena” y “Un país al garete” y en numerosos artículos y ensayos

insertados en las revistas y periódicos del Movimiento Nacional Socialista; y en 1956, apareció su extraño libro "Revolución en la agricultura"; Jorge González von Marées, (1900-1962), líder del Movimiento Nacional Socialista, rabiosamente anti-liberal, anti-democrático y anti-socialista, terminó sus últimos años de vida como dirigente del Partido Liberal. Sus principales publicaciones son: "El problema obrero en Chile", 1923; "La concepción nacista del Estado"; "El problema del hambre en Chile"; y Guillermo Izquierdo Araya, profesor y abogado, es autor de "La racionalización de la democracia", donde expone su posición autoritaria y nacionalista.

La posición democrática-liberal, a veces meramente racionalista, a veces socializante, se encuentra expresada en varios autores. Oscar Álvarez Andrews, con "La cuestión social", 1919; "Bases para una Constitución funcional", 1932; "Teoría y práctica del sindicalismo", 1940, y "Las fuerzas sociales"; Jorge de la Cuadra Poisson, en "Prolegómenos a la sociología y bosquejo de la evolución de Chile desde 1920", 1957; Domingo Melfi D., (1890-1946), en sus agudos y galanos ensayos "Dictadura y mansedumbre", "Sin Brújula", e "Indecisión y desengaño de la juventud"; Carlos Dávila Espinoza, (1885-1955), en "Nosotros los de América"; Alberto Baltra Cortés, (1912), en su brillante estudio "Crecimiento económico de América Latina"; Roberto Munizaga Aguirre, autor de varios trabajos sobre materias pedagógicas, y de un notable ensayo "Educación y Política"; Jorge Millas, por su volumen "El desafío espiritual de la sociedad de masas".

Algunas producciones de bastante interés y difícil clasificación por sus tendencias o su ardoroso afán polémico; como las de Armando González Rodríguez, cultísimo y severo ensayista en "La crisis de la fe religiosa en Chile" y "Spengler" y áspero polemista en "Democracia y Comunismo"; Jorge Nicolai, (1875-1963), sabio alemán avecindado en Chile, donde falleció, de inmensa obra, por su "Miseria de la dialéctica", en 1940; Sergio Vergara, con "Decadencia o Recuperación", en 1945; y los densos volúmenes del eminente sociólogo Agustín Venturino, "Sociología primitiva Chile-Indiana", "Sociología Chilena", "Sociología general americana" y "Sociología General", impresos entre 1927 y 1935.

La posición socialista, con amplitud y matices, se refleja clara y genuinamente en las obras de Oscar Schnake: "Política Socialista", 1937; Manuel E. Hübner: "México en marcha", 1936; Eugenio Orrego Vicuña: "En el país de Lenin"; Salvador Allende: "La realidad médico-social de Chile", 1939; Humberto Mendoza: "El socialismo, móvil de post-guerra", 1942; Oscar Waiss: "Nacionalismo y socialismo en la revolución latinoamericana", 1954; Aníbal Pinto: "Chile, un caso de desarrollo frustrado"; Mario Vera: "La política económica del cobre en Chile", y "Una política definitiva para nuestras riquezas básicas"; Federico Klein: "Las nacionalizaciones y la democracia cristiana"; Julio César Jobet: "Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile", 1955, y "El socialismo chileno a través de sus Congresos", 1965; Ricardo Lagos: "La concentración del poder económico", Luis Vítale: "Esencia y apariencia de la democracia cristiana", 1964; Juan Rivano: "El punto de vista de la miseria", 1965.

La posición comunista se encuentra en el opúsculo de Galo González Díaz: "La lucha por la formación del PC de Chile"; y en los libros del profesor Hernán Ramírez N.: "Historia del imperialismo en Chile", y "Origen y formación del Partido Comunista" (Ensayo de la historia del partido), 1965. El escritor Gregorio Guerra, fundador de la ARS, (Acción revolucionaria socialista), y, luego, del PS, publicó "Crisis y Desocupación", en 1937; e "Interpretación marxista del Arte". Se afilió al Partido Comunista, y en esta etapa de su acción publicó "Amanecer en Rumania".

La personalidad de Oscar Schnake y los primeros años del Partido Socialista

ARAUCO N°73 febrero 1966

La vida y acción socialistas de Oscar Schnake en el decenio de 1931 a 1941, fueron ejemplares. Reunía en su atrayente personalidad, sólida cultura económica, honda visión política, gran capacidad organizadora y recia contextura moral. Era un magnífico orador: hablaba con sencillez y emoción, exponía con claridad y argumentaba con poderosa lógica. Convencía y orientaba. Escribía poco, pero sus artículos traducían un pensamiento claro y vigoroso; conocedor de los asuntos tratados en sus aspectos variados y profundos, los exponía en forma precisa y sintética. Algunos de sus ensayos sobre la realidad social y política y sobre el significado del Partido Socialista de Chile en la vida nacional, notables por su originalidad y penetración, se recopilaron en un opúsculo titulado “Política Socialista”.

Como Secretario General Ejecutivo del PS, (ocupó ese cargo desde su fundación el 19 de abril de 1933 hasta septiembre de 1939, al ser nombrado Ministro de Fomento), se destacó siempre como magnífico dirigente y conductor de masas, preocupado en estructurar cuadros sólidos y disciplinados, en formar dirigentes políticos y sindicales, en capacitar doctrinaria y políticamente a sus militantes, con el alto propósito de crear un instrumento templado en la lucha revolucionaria y en el conocimiento de la doctrina socialista, capaz de conducir con saber y responsabilidad a las masas trabajadoras a la victoria.

Nos tocó asistir a varios cursos de estudios socialistas patrocinados per Schnake, en su propia casa, en las cuales analizamos aspectos técnicos y prácticos del socialismo sobre la base de la lectura, comentario y crítica de obras calificadas. Recuerdo el análisis del tomo I de “El Capital”, en la traducción de Juan B. Justo; del ensayo “Ideas esenciales del socialismo”, de Paul Louis (traducido por Oscar Vera L.); de la obra de Scott Nearing y Joseph Freeman: “La diplomacia del dólar”; y la “Economía Soviética”, de Lucien Laurat. Creo ser el único sobreviviente de aquellas jornadas, aparte del propio Schnake. Han fallecido Eduardo Ugarte, José Rodríguez, César Flores, Luis A. Fierro, Víctor López, Pablo Vergara, Rafael Pacheco, Juan Picasso, Asdrúbal Pezoa, asistentes asiduos a las mencionadas sesiones.

Poseía una fe inalterable en la necesidad de forjar un partido disciplinado, con cuadros entrenados en la actividad práctica y un conocimiento cabal de la teoría y programa socialistas. En uno de sus artículos expresó: “Toda la breve historia política de Chile enseña que el pueblo no ha podido nunca llevar a cabo sus aspiraciones, porque nunca tuvo un partido propio y permanente y porque siempre ha vivido separado en tiendas de pequeñas sectas o grupos personalistas. El 4 de Junio nos ha dejado a todos una tarea: organizarse férrea y disciplinadamente en el Partido Socialista, que será el arma formidable para realizar nuestro supremo y único ideal: la República Socialista de los trabajadores manuales e intelectuales”.

El Partido Socialista creció y se perfeccionó hasta llegar a ser el partido mayoritario del país, determinando en forma esencial la política nacional de Izquierda bajo el comando experto de Oscar Schnake V. Se impuso resistiendo terribles ataques de la reacción, de los sectores extremista-infantilistas y de muchos emboscados en las filas de la izquierda, hasta lograrse la victoria democrática del 25 de octubre de 1938.

LAS PRIMERAS LUCHAS DE SCHNAKE

Oscar Schnake se enroló muy joven en las filas de la clase trabajadora. Al término de la primera guerra mundial, una grave crisis azotó al país, al paralizarse los mercados del salitre, cobre, fierro y demás materias primas. Se produjo una miseria general debido a la falta de trabajo. Entonces nació un movimiento social y político de grandes proporciones orientado a transformar el régimen oligárquico y a proceder a una distribución justa de la riqueza. La revolución rusa influyó decisivamente en su dinámica, al indicar la posibilidad de llevar a cabo semejante finalidad. Schnake se incorporó con entusiasmo y coraje a la lucha y se dio a conocer desde el año 1919 como un notable agitador desde los cuadros de la I.W.W. en cuyo seno realizó una vasta acción revolucionaria. Estudió medicina y actuó en las huestes de la Federación de Estudiantes de Chile, organismo que cumplía un rol de gran trascendencia en las batallas sociales de la época. Fue elegido presidente de la FECH, pero renunció a su cargo en virtud de sus convicciones anarquistas. Formó parte del grupo director y animador de la gran revista "Claridad", en cuyas páginas resonaban todas las inquietudes y esperanzas de entonces. Schnake salió desterrado del país debido a su actividad revolucionaria, y vivió en Argentina y Uruguay, en donde mantuvo contacto con los círculos políticos e intelectuales de avanzada y, en especial, con los dirigentes del movimiento de reforma universitaria. A su vuelta prosiguió sus estudios de medicina y persistió en su lucha en favor de la emancipación de las clases populares. Después de la turbia época de Alessandri, época de esterilidad política, Schnake participó en el amplio movimiento de las clases asalariadas, estructurado en los cuadros de la Usrach (Unión Social-Republicana de Asalariados de Chile). Luego se precipitaron los negros días de la dictadura militar de Carlos Ibáñez, enemigo del pueblo y servidor incondicional del imperialismo. Schnake sufrió duras penurias económicas, pero con indomable voluntad, se mantuvo al margen de la descomposición moral entronizada por esa oprobiosa dictadura.

Fue una época de angustias y de miserias, pero a la vez de profundo estudio, de tenaz reflexión, de aguda observación de la política nacional, de los hombres y de las ideas; por eso, época decisiva en la actuación futura de Schnake. De su seno, dolorosa y firmemente, nació su orientación definitiva. Con un conocimiento más cabal de los hechos sociales y políticos, con un criterio más seguro, surgido del análisis marxista de la sociedad, Schnake inició una nueva etapa de su vida.

Organizó en compañía de otros jóvenes luchadores la A.R.S. (Acción Revolucionaria Socialista), como una agrupación para combatir contra la oligarquía y el imperialismo, soportes económicos y sociales del régimen dominante. La acción de la A.R.S. y de otros grupos socialistas (NAP, Orden Socialista, Partido Socialista Marxista y Partido Socialista Unificado), y el descontento popular causado por el régimen civilista, reemplazante de la dictadura militar, fructificó en la revolución socialista del 4 de Junio de 1932, acaudillada por M. Grove, E. Matte y Oscar Schnake. A pesar de la brevedad de su triunfo, doce días, abrió en Chile una nueva era social y política de proyecciones incalculables para los destinos de las masas populares.

El propio Schnake la enfocó con exactitud; "La revolución de Junio despierta en las masas las consignas de verdadera unidad; unidad de propósitos (lucha contra el imperialismo y la oligarquía nacional); unidad de sectores sociales hasta ayer separados (obreros y clases medias). A lo largo del país, se moviliza la fe entera de un pueblo sobre esta base de trabajadores manuales e intelectuales que aman con fervor una acción unida de la clase media y obrera contra la oligarquía nacional y contra el capitalismo extranjero en nuestro país. El pueblo se incorpora a la política activa del país, halla su cauce en una acción clara, revolucionaria, contra la oligarquía latifundista, bancaria y financiera nacional, aliada del gran capitalismo extranjero que nos estrangula. Frente a él se levantan como signo negativo los partidos históricos con su cortejo de corrupción y traición al país y a su pueblo".

Después del derrumbe de la República Socialista se instauró la dictadura personalista de Carlos Dávila. Grove y Matte fueron relegados a la isla de Pascua; Schnake se ocultó para burlar la persecución y desde su escondite dirigió las huestes socialistas en su resistencia a la dictadura. Estas, a la caída de Dávila, levantaron la candidatura presidencial de Grove. Su campaña la comandó O. Schnake y obtuvo más de 60.000 votos.

SCHNAKE Y LA FUNDACION DEL PARTIDO SOCIALISTA

En 1933, una sola idea animaba a Schnake, a sus compañeros de lucha y a los dirigentes de los diversos grupos socialistas: crear un partido revolucionario, que agrupara a los sectores más combativos de la clase trabajadora, y unificara a todos los socialistas bajo una organización y una dirección únicas, para derrotar al latifundio y al imperialismo.

El 19 de abril de 1933 se llevó a cabo aquella idea, y Oscar Schnake fue designado Secretario General Ejecutivo del nuevo organismo. Por su valor histórico reproducimos el documento en el cual se acordó la unificación de los diversos grupos socialistas.

“Acta de la sesión de fundación del Partido Socialista”

Presiden los camaradas Schnake, Bianchi y De la Barra.

SCHNAKE.— Dice que no obstante la comunicación del Secretario General del Frente Único que había dirigido a las organizaciones pactantes, para una reunión propuesta para el jueves 20 de los corrientes y en la cual debía responderse a los puntos anotados, se verificó ayer martes 18 una interesante asamblea en vista de la situación política creada por el Gobierno con la petición de las facultades extraordinarias solicitadas al Congreso, con la asistencia de representantes de la Orden Socialista, de la ARS, de la NAP, y de los Socialistas Marxistas. En esa sesión se acordó la fusión de los partidos socialistas y que esta fusión fuese ratificada otro día por cada directiva para responder en forma categórica esta noche. Corresponde, pues, según la tabla leída, proceder a oír la palabra de los representantes de las directivas.

Rodríguez. — Manifiesta a nombre de la directiva de los Socialistas Marxistas su deseo de ir a la fusión en forma incondicional.

Bianchi. — A su vez la Orden Socialista, por acuerdo unánime de su autoridad máxima, el Colegio, va a la fusión con todos los grupos genuinamente socialistas; pero, pide se declare traidor a la causa a todo individuo o grupo que pretenda organizar nuevos núcleos con máscaras socialistas, fuera de esta única entidad.

Mozó (De la Nap). — Dice que cree haber entendido que esta fusión no fue acordada en la reunión de ayer.

Schnake. — Dice que esto lo puede aclarar el que actuó de secretario.

De la Barra.— Manifiesta que haciendo de secretario en la asamblea citada, la NAP no opuso otra resistencia a la fusión que su anhelo de llevar a cabo la Convención proyectada, pero que en vista de la situación creada, y en virtud de la proposición del camarada Venero que dijo textualmente: “propongo que sentemos por hecha la fusión y que se espere la ratificación de las directivas de cada partido”, no hubo oposición alguna a esta indicación y que siguiendo el debate hacia otras consideraciones, el secretario llamó la atención a Inostroza que dirigía la sesión, acerca de este asentimiento unánime de la

sala a la propuesta mencionada, quedando por hecha y aprobada y que en el día de hoy, los representantes debían hacer esta diligencia para traer esta noche una respuesta definitiva y autorizada de cada directiva para suscribir el Acta de Fusión.

Mozó. — Dice que se vaya a la fusión y que la NAP desea que se haga con todos los grupos de tendencias avanzadas, pero que previamente su partido pone como condición la Convención, en la que la NAP llamará a los representantes de las provincias y que de esa gran Convención saldrá el partido, ya que de aquí a quince días estarán aprobadas las facultades extraordinarias, no existiendo peligro para continuar preparando la convención napista.

Inostroza.— Dice que en realidad ayer dio a conocer a los reunidos la nota del Secretario General del Frente Único, Schnake, para verificar una sesión en la que las directivas contestarán los puntos en ella formulados, pero que a insistencia del compañero Mozó se realizó la asamblea. Por otra parte, la ARS, por acuerdo de su directiva acepta gustosa la fusión.

Schnake. — Pide a la NAP que se declare esta noche en cuanto si va o no a la fusión.

Mozó. — Dice que la NAP insiste en que debe hacerse previamente la Convención para ir a la fusión.

Schnake. — Analiza todos los preparativos hechos para ir a la Convención y que en vista de la situación creada recién, es la nota enviada a las distintas directivas por el Secretario General para ir inmediatamente a la fusión, junto con la debida declaración de principios. Dice que las fuerzas socialistas divididas y fraccionadas ofrecen una resistencia ridícula, y a la postre le hacen el juego a las clases dirigentes y a la oligarquía, que miran a estas agrupaciones despreciativamente y como su hazmerreír. Se alegra de la acogida de los partidos verdaderamente socialistas a su iniciativa. Por último, debe considerarse ya el hecho de que tres partidos se fusionar definitivamente y que uno espera una Convención para ir a la fusión. Llama a los amigos napistas para reconsiderar la situación que se les crea.

Klein. — Dice que hay que preguntarle a la NAP si su acuerdo es irrevocable, para no atrasar la fusión de los demás partidos.

Mozó. — Dice que oye por primera vez la declaración de Schnake de que no podrá realizarse la Convención. Aboga otra vez, porque se hagan todos los esfuerzos posibles para verificar la Convención contra viento y marea.

Schnake. — Dice que puede y no puede realizarse la Convención por la difícil situación conocida de todos, que puede dispersar o encarcelar a todos los de ideas avanzadas y que ante esta incertidumbre es que hay que dejar establecido un partido.

Uribe. — Dice que no puede hacerse esa Convención porque no se han transmitido acuerdos ni principios a las provincias para la Convención.

Venero. — Dice que los tres partidos están de acuerdo en la fusión y que la NAP pide la Convención para ir también a ella. Pide que esto se deje por resuelto y que se respete la reserva de la NAP y que se adelante en el estudio de los demás puntos de la tabla.

Jiménez. — Hace una historia de la marcha socialista desde el 4 de Junio y apoya la indicación de Venero, y que por lo tanto, no se debe impedir la fusión. Debe irse esta noche a la ratificación de la fusión.

Matte. — Dice que su directiva central no podrá acordar por sí la fusión y que tendría que hacerlo por su Convención napista. Que la directiva central no puede obligar a la masa napista a ir a la fusión sin efectuar la convención prometida. Puede convenir ad referéndum la fusión. Dice que la ley de facultades extraordinarias se demorará diez días a lo menos en ser despachada y que la convención, puede efectuarse para ratificar con el 1° de mayo la fusión y creación del gran partido. En resumen, la NAP concurre a la fusión esta noche en sus bases ideológicas.

Schnake. — Hay tres organizaciones que están de acuerdo sin reservas para ir hoy mismo a la fusión y que en consecuencia la NAP aceptará el espíritu que predomina y que ella buscará la solución necesaria para ingresar a la fusión.

Fuentes, René. — Dice que los tres partidos entendieron una cosa y que deben realizar lo que acordaron, es decir la fusión, porque la actitud de la NAP hace aparecer la fusión parcialmente.

Schnake. — Lee el borrador del acta para suscribirla y en la cual se salva la dificultad para que la NAP concurra a su firma.

Mozó. — La NAP está de acuerdo en la fusión en la forma propuesta, pero insiste en que se haga el esfuerzo para realizar la Convención.

Boza. — Pregunta si firmada esa acta desaparece la NAP.

Schnake. — Dice que no desaparece la NAP.

Matte. — Habla nuevamente del trámite interno de la NAP para ratificar la fusión y que ellos irían a su convención únicamente con ese objeto, sin hacer o desarrollar otras actividades.

Mozó. — Está de acuerdo con lo manifestado por el compañero Matte.

Bianchi. — Da lectura a la Declaración de Principios Fundamentales.

Schnake. — Propone que una comisión elegida por cada partido para que constituyan el Comité Ejecutivo, proponga la Declaración de Principios y la estructuración del partido.

Matte. — Propone que en la designación de los delegados se considere a los trabajadores intelectuales y manuales y que se piense en esa declaración: 1°, en la expansión de la cultura; 2°, reivindicación de la mujer, y 3°, construcción económica indo-americana.

Schnake. — Queda acordada la fusión y que las comisiones que se designen, redacten la Declaración de Principios y la estructuración del Partido.

A continuación esta asamblea, convertida en una grandiosa Convención por la gravedad de los momentos que se vive, resuelve, después de un largo debate, llamar a la nueva entidad que nace: PARTIDO SOCIALISTA.

Acuerdos:

1° Firmar el acta de fusión.

2° Que un comité formado por cinco delegados de cada partido redacte la Declaración de Principios y la estructuración del Partido.

3° Llamar a la nueva entidad PARTIDO SOCIALISTA.

4° Lanzar un Manifiesto.

Al finalizar la Convención, el camarada Marmaduke Grove leyó un bien inspirado discurso felicitando a todos los concurrentes por el alentador y brillante término de ese gran torneo y haciendo votos por el éxito de la causa socialista en Chile.

Se levantó la Convención a las dos de la mañana".

El PS, nació en los mismos instantes de aprobarse una ley de Facultades Extraordinarias solicitada por Alessandri, convertido en "dictador legal". De acuerdo con ella dictó un decreto relegando a Schnake a Arica y a causa de él se vio obligado a permanecer oculto desde abril hasta septiembre de ese año. No pudo asumir su cargo de Secretario General del PS; interinamente tomó la dirección del recién organizado PS, el senador Eugenio Matte H.

Schnake definió con nitidez los rasgos esenciales del PS en estas líneas: "Falta un movimiento político eficaz, que resuma las esperanzas y la fe del pueblo. El pueblo necesita un partido que por su organización, por los hombres que lo dirijan y su voluntad de acción, sea una garantía de su nuevo destino político. Es el Partido Socialista que nace como depositario de su unidad de propósitos y llamado a realizar su unidad de acción.

"Nace como una necesidad y por eso es recibido como el partido del pueblo. Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar el pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo hacia su liberación, por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la revolución que Chile necesita para hacer una historia dentro de Latinoamérica y de la Humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso".

DE LA PERSECUCION AL SENADO DE LA REPUBLICA

Schnake trabajó activamente en la consolidación de los cuadros del PS; y en la unificación de las fuerzas enemigas de la reacción y del fascismo. Frente al recrudecimiento de la presión oligárquica con sus Milicias Republicanas, y ante la aparición del nacismo, con sus tropas de choque de la reacción, dirigidas contra la clase obrera, Schnake luchó por conseguir la unidad de los partidos afines, en lo político, para defender los principios democráticos, a fin de permitir a los trabajadores seguir perfeccionando sus organismos de clase. Por sus esfuerzos se constituyó el Blok de Izquierda, cuya actividad limitó la prepotencia dictatorial de Alessandri y mantuvo cierta zona democrática en favor del desenvolvimiento del proceso político y sindical popular. Y en el proceso de fortalecimiento del PS dio forma a las "Brigadas de Defensa", las cuales libraron frecuentes y sangrientas batallas callejeras con las tropas de asalto nacistas, conteniéndolas con éxito en sus desmanes criminales.

En brazos del Blok de Izquierda triunfó la candidatura senatorial de Grove, quien llegó “de la cárcel al Senado”, en la provincia de Santiago, como primera respuesta ardorosa de las masas populares a la constante amenaza fascistizante del Gobierno Alessandri-Ross, por cuanto durante toda esta administración se vivió en la ilegalidad, perseguidos, encarcelados o relegados, por la aplicación continua de leyes de facultades extraordinarias y estados de sitio.

En 1934, al ser dictada la segunda ley de Facultades Extraordinarias, fueron detenidos Schnake, Grove y otros dirigentes, permaneciendo siete meses en la Penitenciaría de Santiago. A Schnake se le deportó al Perú, país donde vivió una etapa de intenso trabajo y estudio. En junio y julio de 1935 se le encarceló por 45 días; y en octubre y noviembre del mismo año se mantuvo oculto para burlar una nueva orden de detención. En 1936, a raíz de la huelga ferroviaria de Febrero, se le relegó al sur (Coelemu) junto con varios cientos de dirigentes socialistas. En el mes de enero de ese año se había realizado el III Congreso General Ordinario del PS, en Concepción, y en él se le aclamó como Secretario General por cuarta vez, al leer una profunda cuenta política, pasando revista a los sucesos afrontados y analizando en forma magistral el porvenir del país y la misión del PS. En octubre de 1936, ya constituido el Frente Popular, se le detuvo en Antofagasta y permaneció 15 días en la cárcel, acusado de injurias al Presidente de la República. El Frente Popular, alianza política de todas las fuerzas democráticas, se estructuró como consecuencia de la dura represión de marzo de 1936, a raíz de la huelga ferroviaria de febrero, y libró su primera batalla electoral a fines de abril de 1936, para llenar la vacante de senador por Biobío, Malleco y Cautín, producida por el fallecimiento de Artemio Gutiérrez, senador de Gobierno. Era una elección decisiva: de su resultado dependía la mayoría para aprobar o rechazar otra ley represiva. La victoria del FP, permitió mantener un clima democrático y enfrentar con vigor las elecciones parlamentarias de marzo de 1937.

El PS se movilizó con particular entusiasmo con el anhelo de demostrar su disciplina, arraigo en las masas populares y su real poderío. Obtuvo 22 parlamentarios y, entre ellos, salió elegido senador por Tarapacá y Antofagasta, Oscar Schnake V. El partido puso a cubierto de las persecuciones a su principal dirigente, con el fuero de su mandato senatorial, y en el IV Congreso General, realizado en marzo de 1937, en Talca, lo reeligió por aclamación Secretario General Ejecutivo.

En el Senado, Oscar Schnake, se reveló un notable orador político, un valeroso fiscalizador y su actividad constituyó la revelación parlamentaría del PS y de la Izquierda. Hasta ese instante era conocido como agitador político, organizador partidista y conductor de una agrupación revolucionaria; en el Senado se distinguió con caracteres singulares como un experto y hábil parlamentario; ágil y desenvuelto, pronunció discursos macizos, presentó proyectos de interés, en beneficio de los trabajadores, y pasó a ser el valor más definido y eficaz de la Izquierda. En sus hombros descansó la oposición revolucionaria al Gobierno de Alessandri-Ross.

Entre sus innumerables discursos merecen destacarse aquellos sobre el problema de las tierras magallánicas, análisis magistral del origen, desarrollo y situación actual del latifundio magallánico y del dominio incontrolado de tres familias sobre ese rico territorio; sobre la burla y atropello constante de la legislación social chilena, la más avanzada en el papel, prácticamente inaplicada; sobre la evolución política nacional, estudiando en forma novedosa la acción de los partidos oligárquicos y la opresión de las masas populares; sobre la penetración imperialista, llevando a cabo una investigación minuciosa de la explotación de la Compañía Chilena de Electricidad sobre las masas consumidoras nacionales, y destacando los aspectos de la absorción imperialista en las industrias de materias primas (salitre, cobre)

y en las industrias de consumo (electricidad, ferrocarriles); sobre la engañosa reconstrucción nacional, destruyendo las falacias económicas de Ross...

En resumen, la actividad de Schnake en el Senado adquirió contornos notables, revelándose un gran político, y un versado conocedor de los problemas económicos y sociales del país, y de su historia.

SCHNAKE EN LA LUCHA PRESIDENCIAL DE 1938 Y EN EL GOBIERNO DE AGUIRRE CERDA

El IV Congreso General del PS lanzó la candidatura presidencial del senador M. Grove, líder del PS y de los grandes sectores obreros y campesinos del país. La derecha plutocrática lanzó la candidatura de Gustavo Ross, autor de la nefasta gestión económica del Gobierno de Alessandri. Los sectores nacistas levantaron la candidatura fascista y divisionista del general Carlos Ibáñez del Campo.

El Partido Radical se auto consideraba, en la Izquierda, con el derecho exclusivo de llevar un candidato de sus filas como representante del Frente Popular y después de numerosas vicisitudes internas exaltaron a don Pedro Aguirre Cerda, hombre de vasta actuación política, estudioso y conocedor de los problemas nacionales, aunque lento y falto de audacia. Era sí un convencido de la bondad del régimen democrático.

En ese año de prueba, Schnake debió resistir los más enconados ataques de la reacción y del ibañismo. Los partidarios de Ibáñez desataron una concertada y vasta ola de calumnias e infamias en su contra para obligarlo a retirar la candidatura de Grove y apoyar la de Ibáñez. Pero con dura energía, y grandeza moral, se mantuvo fuerte en su posición frentista, y supo responder sin amilanarse a los arteros ataques fascistas. En esos días amargos su figura se enalteció, incluso ante sus propios enemigos.

La realidad política impuso la urgencia de agrupar las fuerzas democráticas en torno a una sola candidatura para enfrentar con posibilidades de éxito a la Derecha, mancomunada estrechamente en torno a Ross, con inagotables cantidades de dinero nacional e internacional y con todos los recursos del poder a su favor.

En la histórica Convención de las Izquierdas, en abril de 1938, en cuya inauguración Schnake pronunció un discurso inolvidable por su contenido y sus proyecciones, M. Grove en un gesto nobilísimo retiró su candidatura para apoyar la de Pedro Aguirre Cerda. El pueblo se unió en torno al personero del Frente Popular, presidido por Grove. El ibañismo, al ver perdidas sus posibilidades electorales, se jugó una aventura golpista, el 5 de septiembre de 1938. El Gobierno la aplastó rápidamente con ferocidad inaudita, ordenando masacrar a 63 jóvenes putchistas. Ante su hecatombe retiró la candidatura del ex dictador y sus efectivos se plegaron a Pedro Aguirre Cerda, contribuyendo a su victoria sobre el personero de la reacción y él imperialismo, el 25 de octubre de 1938.

El papel de Schnake en todos estos sucesos alcanzó una decisiva trascendencia y fue, sin duda, uno de los artesanos indiscutibles de aquel histórico triunfo.

El V Congreso General del PS, efectuado en diciembre de 1938, lo proclamó de nuevo su Secretario General Ejecutivo y acordó la participación del Partido en las tareas de gobierno. Se inició el régimen frentista con la colaboración de tres ministros socialistas, como una garantía exigida por las masas populares, en cuanto al cumplimiento del programa agitado en la campaña presidencial y la apertura de una nueva era auténticamente democrática.

El Gobierno se inició con desalentadoras vacilaciones agravadas con el catastrófico terremoto de enero de 1939. A pesar de la acción de masas del PS, de sus manifiestos y peticiones, y de la actividad de sus ministros, el ritmo del Gobierno era demasiado cauteloso e ineficaz. Con el objeto de acelerar la realización de medidas económicas urgentes para aliviar la situación de miseria de las masas, la directiva máxima del PS cambió su equipo ministerial, en septiembre de 1939, y llevó al Gabinete a tres nuevos representantes. Entre ellos, Oscar Schnake Vergara, en la cartera de Fomento, quien había planteado la necesidad de crear una Junta Económica Nacional para someter la economía a un plan de conjunto y llevar a cabo una gestión económica renovadora.

Agitador, organizador y conductor, Oscar Schnake llegó al Ministerio y pronto se definió como un estadista de aguda visión gubernativa. En el breve lapso de diez meses, desde su designación hasta el momento de su partida a La Habana y Washington, llevó a cabo una labor positiva, concretada en numerosos proyectos de leyes para crear diversas industrias bajo el control del Estado, intentando poner fin a odiosos monopolios privados. Elaboró los proyectos de una Empresa Carbonífera y de una Fábrica de cemento del Estado; y otros para crear una Compañía Nacional de Pesca, y el estanco del tabaco y del alcohol. Planeó la reorganización de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, desquiciada por la reacción y la politiquería; y la nacionalización del ferrocarril salitrero de Pueblo Hundido a Iquique, en manos del imperialismo inglés. Abordó el estudio de varios planes sobre caminos, riego, electrificación, e impulsó el incremento de la industria metalúrgica y de las perforaciones para obtener petróleo.

La política de Schnake de crear empresas fiscales, para destruir, los monopolios privados, era la más conveniente en aquellos instantes a fin de poner término a la especulación y al fracaso de las empresas particulares, pues como lo expresara: “Se ha venido confiando excesivamente en la iniciativa particular y el Estado ha permanecido al margen de una actividad que ha estado en la obligación ineludible de afrontar directamente, en presencia de la insuficiencia notoria de las iniciativas privadas”. Schnake trató de iniciar una nueva política económica, adecuada a una etapa de transición de un gobierno popular democrático. Pero no logró resultados positivos por la debilidad del Presidente Aguirre Cerda, la resistencia tenaz de las fuerzas reaccionarias y las vacilaciones irreductibles de los integrantes del Frente Popular, en especial del Partido Radical.

SCHNAKE EN LA CONFERENCIA DE LA HABANA Y EN LOS ESTADOS UNIDOS

El Presidente Pedro Aguirre Cerda lo designó Jefe de la Delegación chilena a la Conferencia Interamericana de La Habana, realizada del 21 al 30 de julio de 1940. En dicha reunión, Schnake, demostró una vez más su capacidad y visión políticas. En su discurso, en la sesión plenaria del 27 de julio, expresó conceptos dignos de ser recordados: “En medio de esta vorágine, toca a los pueblos de América la misión de fortalecer y expresar lo que hay de permanente y valioso en las normas económicas, políticas y morales que necesita la Humanidad para perdurar. Los hombres de estas tierras deben hoy, con sus esfuerzos y sacrificios alentados por una heroica voluntad, comenzar a vivir su propia y grande historia, creando un continente decidido a defender su paz, y acrecentar el bienestar de sus pueblos. Así podrán entregar mañana al mundo un aporte de cooperación económica en vez de la guerra, de respeto internacional en vez de vasallaje, de justicia social en vez de miseria”... Para Schnake, la defensa del Continente sólo sería posible si se lograba una perfecta cooperación económica entre todos los países americanos y una estrecha unidad política. Una amplia lucha antitotalitaria sólo tendría eficacia en caso de afianzarse el régimen democrático, incorporando a todas las fuerzas populares en la dirección de los

destinos de cada nación y procediendo a una profunda justicia social, que permitiera el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases laboriosas.

La guerra mundial, manifestó Schnake, había aumentado en los diversos pueblos del Continente las esperanzas de un mayor bienestar, las ansias de solidaridad, y sus convicciones democráticas. Sus frases finales expresaron: “Los gobiernos y los pueblos de este Continente tienen la convicción de que esta reunión que celebramos sabrá convertir en realidad, en paz y bienestar, las aspiraciones que han sido formuladas. De no ser así esta magnífica asamblea panamericana no sólo habría sido estéril sino perjudicial, porque habría llevado un desengaño más, tal vez definitivo, al corazón de las muchedumbres de América”.

Tomó parte considerable en la discusión de los numerosos estudios sometidos al análisis de la Conferencia y entre las mociones presentadas por Schnake se destacó aquella relacionada con la necesidad de nacionalizar las empresas de utilidad pública de los países capitalistas beligerantes. Dicho proyecto tenía por objeto velar en defensa de los intereses fundamentales de los pueblos americanos, a fin de poner muchas de sus industrias, medios de comunicaciones y riquezas mineras, bajo su efectiva soberanía, en provecho de sus clases laboriosas e impidiendo que por el hecho de estar bajo el dominio de consorcios internacionales figuraran en los pagos de guerra hechos unos a otros por los imperialistas en lucha.

La actuación de Schnake en la Conferencia de La Habana tuvo una doble finalidad: defender la unidad de los países americanos en una poderosa y solidaria alianza dirigida a eliminar toda amenaza al Continente de los totalitarios del Atlántico y del pacífico, y a permitir la existencia de un régimen democrático efectivo; y, en seguida, mantener la integridad soberana de cada país, la defensa y la recuperación de su patrimonio nacional, poniéndolo a cubierto de cualquier móvil imperialista, y con el propósito de conseguir el mejoramiento económico y social de sus multitudes trabajadoras.

Al enfocar el objetivo de la Conferencia de La Habana, expresó Schnake, poco después de su término: “Los gobiernos de América en La Habana no hicieron otra cosa que reiterar su voluntad de mantener al Continente dentro de la paz y evitar que las situaciones de la guerra efectiva y material llegaran hasta nuestros propios países”.

Al término de la Conferencia de La Habana, Schnake pasó a cumplir una delicada misión financiera en los EEUU, para estudiar con el gobierno de ese país las posibilidades de mejorar las posiciones económicas de Chile y obtener una ayuda sustancial para desarrollar su capacidad industrial. Las bases de su misión fueron tres: 1) Lograr la venta de los excedentes de materias primas, sobre todo de salitre; 2) Asegurar la estabilidad de la industria del cobre para impedir una disminución de su producción y la correspondiente cesantía de miles de trabajadores; 3) Obtener un crédito para el Banco Central u otra institución de Chile, a fin de cubrir el déficit existente.

Después de largos trajines consiguió la solución favorable de aquellos puntos. EEUU adquirió el sobrante de varios cientos de miles de toneladas de salitre; aseguró la estabilidad de la industria cuprífera y la promesa de encontrar nuevas ventas y de aumentar el consumo en Norteamérica en vista de sus planes de defensa; y el Banco de Importación y Exportación acordó un crédito por cinco millones de dólares para cubrir el déficit de divisas.

La gestión de Schnake originó los ataques de los fascistas y de sus aliados ocasionales porque habría significado la "entrega" al imperialismo yanqui. Pero, en verdad, únicamente constituyó un esfuerzo exitoso para asegurar un mercado firme a las exportaciones básicas de la economía del país, en el único gran país con el cual Chile, a consecuencia de la guerra, podía comerciar y, a la vez, donde poder adquirir las maquinarias indispensables y demás elementos necesarios para su desarrollo industrial.

Por sobre las incomprensiones del momento, la gestión de Schnake en los EEUU consiguió salvar la amenaza de una grave crisis económica, como trágica consecuencia de la guerra mundial, en el país.

SCHNAKE Y LA POLITICA NACIONAL A FINES DE 1940

El 15 de diciembre de 1940, Schnake pronunció su valiente discurso en el cual examinó detenidamente la experiencia mundial del movimiento obrero, señalando los desaciertos del reformismo de la II Internacional socialdemócrata y los fracasos y virajes del comunismo de la III Internacional; definió con precisión la causa del nacimiento del PS; sus claros perfiles revolucionarios, su profundo contenido nacional y su perspectiva americanista. El PS nació en Chile, como un partido popular orientado a organizar las masas trabajadoras con disciplina y responsabilidad, en defensa de sus intereses y los de la nación, a objeto de conducirlas al triunfo, a su emancipación económica y social y a la liberación del país. El PS. repudió la gimnasia revolucionaria, la huelga por la huelga, la provocación torpe e inútil, realizadas en función de las órdenes de directivas foráneas, ajenas a los reales intereses de las clases trabajadoras chilenas; a cambio de dar al pueblo una nueva orientación, métodos de lucha eficaces, y una finalidad revolucionaria creadora, hasta implantar un régimen socialista, en el cual se armonizaran las transformaciones económicas, el desarrollo material, con el mantenimiento y ampliación de la libertad, en su exacto y verdadero significado.

En seguida, Schnake entró a analizar la quiebra práctica del Frente Popular, por las distintas posiciones internacionales del PS y del PC, desde el momento del pacto Molotov-von Ribbentrop, es decir, de la alianza entre Stalin e Hitler. El pacto nazi-soviético lo convenció de que el PC era capaz de actitudes un tanto confusas y le afirmó el sentimiento de la imposibilidad de entenderse con sinceridad con el PC, por cuanto cambiaba constantemente de política, según los vientos predominantes en la URSS. Desde 1932 a 1935, había atacado al socialismo chileno por suponerlo fascista y al servicio del imperialismo; desde agosto de 1935 hasta agosto de 1939, como campeón del Frente Popular, lo consideró "partido hermano", reconociendo el error de sus anteriores tácticas, y señalándose como el más decidido enemigo de Hitler, (y en sus deseos de conjurar sus amenazas, desataron una táctica antifascista, en la cual englobaron hasta las capas "burguesas democráticas"). Repentinamente, en agosto de 1939, en los momentos de dirimirse de una vez para siempre la batalla contra el fascismo, la URSS se alió con él. De inmediato, el PC preconizó una política en armonía con la nueva posición soviética, por lo tanto en desacuerdo con los intereses del Gobierno popular. Desde ese instante el Frente Popular perdió su unidad, se extendió el desconcierto y la confusión en el seno de la clase obrera, y se desacreditó la política internacional del gobierno chileno. A lo largo de un año, el PS vio la dificultad insuperable de hacer caminar al Frente Popular por una definida línea antifascista, y, al mismo tiempo, de imponer las realizaciones económicas y la superación de la democracia, y el consiguiente mejoramiento de la situación de las masas trabajadoras; de lograr su efectivo bienestar.

Por las razones expuestas, Schnake en su discurso del 15 de diciembre de 1940, desnudó ante el país, ante las clases trabajadoras, la actitud del Partido Comunista y desligó al PS de la combinación de Frente Popular, llamando a los partidos democráticos a una nueva combinación genuinamente antifascista.

El Frente Popular quedó roto, y el llamado de Schnake no fue escuchado, por cuanto en esos momentos las agrupaciones políticas se encontraban preocupadas por las próximas elecciones parlamentarias de marzo de 1941.

El PS afrontó solo las elecciones de 1941, recibiendo el ataque sistemático de la Derecha, con plenas garantías del Gobierno, de la coalición radical-comunista, y la persecución enconada del Ministerio del Interior, hasta provocar la renuncia de los ministros socialistas en vista de los reiterados atropellos a los funcionarios y candidatos socialistas. A pesar de aquellos factores adversos, los socialistas obtuvieron 80.000 votos, la segunda mayoría electoral.

SCHNAKE, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA EN 1941

En su discurso del 15 de diciembre, Schnake, vaticinó que el PC cambiaría su posición y volvería a hablar de unidad democrática antifascista, pues estimaba inevitable la agresión del nacismo a la URSS, a pesar de su pacto de ayuda mutua. Así ocurrió. En junio de 1941, Hitler invadió a la URSS, y, desde ese instante, el PC se transformó en adalid de la lucha antinazi en todo el mundo.

Este nuevo vuelco demostró la justeza de la posición internacional planteada por Schnake y el PS en esos instantes: defensa de la democracia, unidad de los pueblos americanos y cooperación con los Estados Unidos.

Su política internacional clara, sin ambigüedades, y su labor ministerial, colocaron a Schnake en una alta situación política. Asimismo, su permanente crítica a la falta de realizaciones de fondo y al predominio de una politiquería infecunda, en el campo de la Izquierda, lo hicieron aparecer como el principal hombre público de esos instantes. En su discurso del 4 de junio de 1941, al inaugurarse el 7° Congreso Ordinario del PS, analizando el Gobierno manifestaba: “La ciudadanía que eligió este régimen y la nación entera que lo acata, tienen derecho a exigir de los partidos de Gobierno un sentido constante de superación que, relegando al lugar que le corresponde las pequeñas diferencias y rencillas de baja politiquería, los una en el común propósito de poner su esfuerzo y su capacidad al servicio del país y del programa que el país espera ver realizado. La nación no acepta que le demos circo en vez de gobierno. Agregaba concretamente que la actitud de los partidos de Gobierno daba “la impresión de no querer gobernar” y en las ocasiones más álgidas y exigentes producían “la sensación de incapacidad para gobernar.”

Las condiciones reveladas por Schnake como conductor de masas y estadista, impulsaron a los socialistas a levantar su nombre como candidato a la Presidencia de la República, cuando falleció don Pedro Aguirre Cerda. Aquel anhelo se materializó en el Congreso Extraordinario, celebrado en diciembre de 1941 en Santiago. El propio senador M. Grove, líder del PS, recogiendo los deseos y las esperanzas de los miembros del socialismo chileno, lo proclamó candidato presidencial del PS y de las fuerzas renovadoras nacionales.

En el acto de su proclamación, en el Teatro Caupolicán, el 21 de diciembre de 1941, leyó un magistral discurso, sobrio y profundo, sobre el significado de su candidatura y las líneas básicas de su programa.

Schnake en ningún momento se manifestó conforme con su labor en el Ministerio de Fomento ni tampoco con las realizaciones del Gobierno durante los tres años. En varias oportunidades señaló que los problemas esenciales del país no habían sido abordados, que la politiquería siempre en aumento amenazaba malearlo todo; que el burocratismo, la inercia y la carencia de una voluntad creadora dinámica y audaz habían paralizado las energías vitales de la nacionalidad.

Indicó cómo las rotativas ministeriales, impulsadas por grupos políticos sin una concepción superior del bien colectivo ni compenetrados de la gravedad del momento histórico, habían impedido llevar a cabo una obra estructurada y positiva. En la misma forma, la carencia de homogeneidad de la combinación de Gobierno, la falta de un sentido y criterio uniformes para apreciar los problemas nacionales, a fin de planear las soluciones adecuadas, no habían permitido llevar a cabo ninguna política realizadora de trascendencia y de renovación. Por otra parte, la absoluta carencia de coordinación entre los diversos servicios administrativos malogró la resolución acertada y rápida de las numerosas iniciativas de algunos ministros capaces.

En resumen, la carencia de una política de ordenamiento y coordinación, la falta de unidad de propósitos y medios de acción de los partidos de Gobierno y las rotativas ministeriales, causaron una increíble ineficacia en la acción gubernativa, y una grave desorganización política, abriéndose ancha puerta a la politiquería infecunda.

Tales hechos negativos no lo cegaban como para no ver la tarea positiva del Gobierno popular, a pesar de la tremenda herencia de injusticias, errores y desaciertos entregada por la Derecha después de largos años de incontrolado dominio. Expresaba Schnake: “El Gobierno, fría e imparcialmente juzgado, ha hecho hasta hoy mucho con mantener un régimen de libertades públicas, con haber creado confianza y haber obtenido el acatamiento consciente de toda la nación, con haber trazado las líneas generales de una política de defensa de la raza y defensa nacional, con haber trazado los fundamentos de una política de defensa de nuestras riquezas y fomento de nuestra producción y haber estimulado un mejoramiento en las rentas de los asalariados en general. Pero con todo, hay mucho por hacer, y las circunstancias mundiales nos enfrentan cada día a problemas nuevos y a una urgente tarea de previsión del futuro”.

Aparte de las miserias e injusticias existentes como resultado del régimen feudo-capitalista imperante, la guerra vino a desorganizar la producción agrícola, minera e industrial del país; numerosos mercados de exportación se cerraron, originando una causa segura de cesantía y miseria, de pobreza general, si no se reemplazaban por otros. Asimismo era necesario asegurar los mercados de importación para disponer de los abastecimientos indispensables para las industrias, (maquinarias, repuestos, combustibles, etc.). La carencia de algunas materias primas podía paralizar diversas manufacturas como igualmente se podía producir una semiparalización de la construcción, crisis en los ferrocarriles y en la industria metalúrgica.

Muy poco se lograría resolver de los graves problemas nacionales más los derivados del conflicto mundial, "si no fijamos la posición de nuestros espíritus y nuestro trabajo común, como nación organizada, en esta revolución mundial que crece en las entrañas de la brutal tragedia de la guerra... En nuestras Repúblicas, la urgente necesidad de sobrevivir, de mantener la producción, las exportaciones e importaciones, es la que exige una política de intervención del Estado para obtener condiciones favorables en los mercados internacionales y asegurar el abastecimiento nacional del país, y como natural consecuencia exige, también, la intervención del gobierno en la organización de nuestra producción y en el rendimiento del trabajo. La suprema obligación de defenderse y vivir como nación

organizada, es la que crea nuevas modalidades de relación económica entre los países y crea nuevas relaciones económico-sociales entre los factores que producen la riqueza en cada país".

A continuación planteaba su concepción de fondo: "La carestía de la vida siempre en aumento, las interrupciones en el trabajo, las paralizaciones ocasionales de la industria, la inseguridad en el pan de mañana, la incertidumbre de los capitales, los campesinos botados a lo largo de los caminos, los niños y madres abandonados, la falta de explotación de muchas riquezas aún vírgenes, son problemas que podrán ser resueltos o mitigados si superamos el actual régimen de democracia individualista —sin coordinación ni organización— por un régimen de democracia social y economía dirigida, basado en el deber que todos tienen de servir al país".

ECONOMIA DIRIGIDA Y DEMOCRACIA SOCIAL

La finalidad de la planificación económica era someter toda la economía nacional a un plan de conjunto, para poner término al caos actual y, a la vez, provocar un aumento apreciable de la producción, con el fin de mejorar las condiciones de vida de las masas obreras y elevar su estándar de vida; sacar al campesinado de su postración material y moral; y poner límite a la carestía de la vida.

La economía dirigida suponía terminar con la incontrolada libertad de los capitalistas para la inversión y explotación de sus capitales, la limitación de las grandes utilidades, el control de los monopolios y la eliminación de los especuladores; y, por todo lo expresado, tendía al mejoramiento de los salarios y al abaratamiento de la vida. La economía dirigida tenía por objeto poner fin a las injusticias irritantes y a los privilegios abusivos del régimen liberal-capitalista y destruir las supervivencias feudales, para crear un cambio, una economía renovada y orientada fundamentalmente al mayor bienestar de la colectividad. A este nuevo régimen de economía dirigida correspondía, lógicamente, un nuevo sistema de democracia social, de democracia dirigida, en la cual los derechos del ciudadano llegasen hasta donde no lesionen el bienestar general de la comunidad de la nación. La aplicación de una economía dirigida exigía el desaparecimiento de la democracia individualista, para dar paso a un gobierno democrático fuerte y animado de un profundo sentido social, mirando esencialmente a una organización económica moderna, más justa y racional.

La democracia social impediría los males que hundieron a los gobiernos democráticos tradicionales, porque haría posible la eliminación de la politiquería, del caudillismo, de la inmoralidad y de todas las demás lacras, causantes de su esterilidad y pretexto para la actividad y programa del fascismo. En Chile, el imperio de un régimen democrático individualista produjo el desgobierno, la pérdida de la autoridad ejecutiva, la carencia de labor realizadora de proyecciones, la corrupción burocrática y la degradación caudillista; originó una separación profunda entre la política y la moral dando curso a una permanente desmoralización política.

La democracia social daría un ritmo creador poderoso al régimen democrático; le insuflaría aliento y vitalidad, poderío y dureza, poniendo término a las injusticias y a los abusos odiosos, y permitiendo una mejor distribución de la riqueza; sin caer en la dictadura oprobiosa, sojuzgadora de la dignidad y personalidad humanas, ordenaría y coordinaría la producción y el trabajo de la nación e impediría el establecimiento de un sistema tiránico, destructor de las libertades públicas. La democracia social estimularía el desarrollo de los organismos de clase de las masas obreras, partidos revolucionarios, sindicatos, cooperativas, establecimientos culturales, y, a la vez, desarrollaría la productividad nacional. Su instalación sería conveniente para el proceso normal de avance de la sociedad: de una parte,

suprimiría los defectos y vicios tradicionales del individualismo, y de otra, alejaría la amenaza del fascismo; pero, al mismo tiempo, exigiría la constitución de partidos políticos fuertes, disciplinados, responsables, y de honda raigambre nacional, con absoluta eliminación de los intereses personales, de círculos, y la exaltación, en cambio, de los grandes anhelos de la colectividad y de las aspiraciones del pueblo. Finalmente, un régimen de democracia social no podría dar amparo a quienes dedican toda su actividad a socavar las bases del gobierno para implantar la tiranía fascista; y debía extinguir las quintas columnas y los emboscados enemigos de la democracia.

La democracia social permitiría la planificación de todas las actividades económicas del país, la organización material y espiritual de la nación, y la defensa de los derechos esenciales del hombre. Schnake expresó que "los dictadores vienen cuando los pueblos no saben organizarse ni defenderse a tiempo". En Chile y América esa organización y esa defensa sólo las daría un régimen de economía dirigida y de democracia social.

Un sistema económico y político como el esbozado por Schnake en aquel crucial año de 1941 significaba al mismo tiempo mantener una posición internacional consecuente. En primer término, impulsar la unificación del Continente, echando las bases de una efectiva y amplia cooperación económica y política entre todos sus países. En segundo lugar, eliminar radicalmente todos los litigios pendientes para afirmar la armonía y la confianza. Y, por último, establecer la adhesión y práctica severas y sinceras a un sistema democrático. Sólo así América llegaría a ser un Continente de paz, de libertad, de bienestar y de justicia, señalando a la humanidad la finalidad para prosperar y hacer digna la existencia humana.

Schnake sintetizó su posición en vibrantes frases: "¡Soy chileno y latinoamericano! Y en medio de esta vorágine de odios, de destrucción y de pasiones, creo que debemos emplear todas las potencias de nuestro espíritu y todas nuestras fuerzas para dar término a la tarea que iniciaron los libertadores de nuestro Continente, haciendo de cada uno de nuestros pequeños países, naciones grandes en su desarrollo industrial, minero, agrícola y comercial, grandes por el trabajo, por la justicia y por la libertad, que sepamos crear y hacer respetar, grandes por la unión de los Estados Unidos de Indoamérica. Y entonces, sólo entonces, nuestro Continente podrá alzarse libre, independiente y soberano y gritar al mundo viejo, desangrado por la conquista y la destrucción una inmensa palabra de fraternidad y de paz. He aquí nuestra tarea. He aquí vuestra tarea, trabajadores de Chile y América".

La candidatura de Schnake no prosperó; por exigencias de la unidad democrática la retiró para apoyar la del personero del Partido Radical, Juan Antonio Ríos, quien triunfó sobre Carlos Ibáñez del Campo, abanderado de la Derecha y de los simpatizantes de las potencias fascistas, en las elecciones de comienzos de 1942. Schnake fue Ministro en el Gobierno de Ríos durante algunos meses y, luego, abandonó el país como Embajador de Chile en Méjico y, a continuación, en Francia. Al ingresar a la diplomacia, se alejó definitivamente de la política interna y de la dirección del socialismo. Cuando, por influencias de los intereses de las nuevas administraciones, tuvo que retirarse de la diplomacia se incorporó como técnico a los organismos internacionales de desarrollo económico constituidos a consecuencia de la actividad de las Naciones Unidas, en los cuales todavía trabaja.

La intensa acción socialista de Schnake abarcó el decenio de 1931-1941, y, entonces, se destacó como el más calificado y más influyente conductor del PS, y no es equivocado afirmar su decisiva gravitación en las virtudes y en los éxitos, y, asimismo, en los defectos y fracasos del joven conglomerado político. Al

examinar los primeros años de vida del PS, no es posible trazar su historia sin enfocar con detenimiento la poderosa y brillante personalidad de Oscar Schnake Vergara.

«Los marxistas»

ARAUCO N°79 agosto 1966

Wright Mills alcanzó una gran, popularidad intelectual con sus obras “Las clases medias en Norteamérica” y “La élite del poder” aparecidas en castellano en 1957, en las cuales examina aspectos esenciales de la realidad socio-económica de los Estados Unidos. Su fama se acrecentó con la publicación de su comprensivo y valeroso panfleto “Escucha yanqui”, uno de los más inteligentes alegatos en defensa de la revolución cubana. Falleció repentinamente en medio de la consternación y de un sincero sentimiento de pesar de las gentes de pensamiento socialista y democrático.

Junto a los libros señalados dejó otro: “Los marxistas”, cuya primera edición española salió a luz en 1964. En él se propuso verificar un inventario sintético y sistemático de las ideas fundamentales del marxismo clásico, y algunos breves perfiles históricos de sus principales líneas de desarrollo y aplicaciones; asimismo, las críticas más pertinentes de acuerdo con el avance social y político desde la época de su formulación hasta el presente. En vez de interrumpir el proceso de su análisis con citas extensas, llevó a cabo una selección cuidadosa de los escritos de Marx y Engels y de los de sus grandes continuadores, ofreciendo entonces un texto original de exposición y crítica y una amplia antología de Marx, Engels, Kautsky, Bernstein, Rosa Luxemburgo, Lenin, Trotsky, Stalin, Hilferding, Borkenau, Deutscher, Kruschev, Togliati, MaoTse-tung, Kardelj, Colé y Che Guevara.

El ensayo de Wright Mills posee un alto mérito y es el resultado de una mente sociológica, libre, abierta e independiente y, por ello, de gran agudeza y originalidad. A su entender, “como sucede con la mayoría de los grandes pensadores complicados, no hay un Marx”, sino muchos y encontrados: "Tenemos a Marx el agitador, y por consiguiente compilaciones del mensaje ideológico; tenemos a Marx el economista, y por lo tanto nuevas ediciones y resúmenes de “El Capital”; y tenemos a Marx el historiador, acaso el más ignorado de todos. A últimas fechas se ha puesto énfasis en Marx el filósofo de la historia, el sociólogo político y el joven Marx como humanista y moralista. Ciertamente no hay un solo Marx; cada estudioso debe aprender su propio Marx”.

Para Wright Mills las dos grandes ideologías, o filosofías políticas, contemporáneas son el liberalismo y el marxismo. Y en cuanto a enunciaciones de ideales, ambas llevan en sí el humanismo laico de la civilización occidental. La superioridad del marxismo reside en que lo más valioso del liberalismo clásico está incorporado, de la manera más convincente y fructífera, en el marxismo clásico. De todos modos, en la actualidad, en cuanto a ideología, tanto el liberalismo como el marxismo han sido vulgarizados y trivializados; cada una de ellas suministra frases hechas para la defensa de una gran potencia estatal y para la denigración del otro bloque. El liberalismo como el marxismo han sido credos insurgentes, el ideario de movimientos, partidos y clases en camino hacia el poder, y, luego, cada uno de ellos se ha convertido en un credo conservador: la ideología de sistemas políticos y económicos consolidados. Como “utopía” política, el liberalismo ha sido históricamente específico de las clases medias ascendentes de las sociedades capitalistas en desarrollo; el marxismo, credo proclamado de los movimientos y partidos de la clase obrera. Pero cuando han alcanzado el poder, esas filosofías políticas se han convertido en ideologías oficiales, envueltas por el nacionalismo. En la Unión Soviética el marxismo ha quedado sujeto al control oficial; en los Estados Unidos el liberalismo ha llegado a ser una retórica vacía. En el presente,

la ideología del marxismo vulgar y la retórica del liberalismo abstracto se enfrentan y ofrecen a los públicos del mundo diversas imágenes de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, En la propaganda del liberalismo, los Estados unidos son un país libre en el que los hombres en general verdaderamente gobiernan sus propios asuntos; La Unión Soviética es una tiranía absoluta, monolítica y totalitaria, en la que los hombres son sometidos por la fuerza y en donde no existen ni libertad ni alegría, y además, es agresiva, empeñada en conquistar el mundo para su credo anticristiano. En la propaganda del comunismo, la URSS es el gran paso adelante de la humanidad en el siglo XX; los Estados Unidos son un rezago reaccionario en donde las injusticias del capitalismo sólo son comparables con las hipocresías de la democracia formal y está gobernado por traficantes de guerra, empeñados en usar los recursos militares para extender y consolidar su dominación imperialista. Y en ambos colosos la situación del marxismo es triste. En las sociedades soviéticas la obra de Marx, unida a la de Lenin, se la elogia y vulgariza, pero el marxismo-leninismo se ha convertido en una retórica oficial con la cual se ha defendido la autoridad de un Estado unipartidista, se han velado sus brutalidades injustificadas y se han exagerado sus logros; y en las sociedades capitalistas las ideas de Marx se ignoran o, sencillamente, se las identifica con la "mera ideología comunista", siendo tratadas como un blanco oficial de denostación en vez de ser objeto de un estudio serio.

Según Wright Mills, las ideas de Marx constituyen una de las corrientes principales en el desarrollo histórico del pensamiento social de nuestro tiempo; Marx fue el pensador social y político por excelencia del siglo XIX. Los rasgos distintivos de su personalidad intelectual son los siguientes: 1. Marx es un moralista laico, un ateo que considera a toda religión un fraude intelectual y una trampa política, un medio más de explotación, tanto psíquica como material. Los ideales de un humanismo radical en el que el hombre reemplaza al propio Dios, acompañado de una inmensa pasión por la justicia humana, figuran entre los móviles principales de la actividad de Marx como pensador y los fundamentos morales de su denuncia de los efectos degradantes y mutiladores del capitalismo. 2. Marx es un pensador racionalista. Su creencia en la razón humana y en la libertad como una de sus condiciones y consecuencias: he ahí las fuentes de su energía moral, de su pensamiento, de su optimismo. 3. Marx es cabal y consecuentemente humanista. Su concepto de la "enajenación" --su análisis del significado del trabajo bajo el capitalismo, soparte de una sociedad inhumana—, basta para revelar su humanismo. Pero además lo acredita su implacable análisis de los generalizados y corruptores efectos del dinero como el valor supremo de la sociedad capitalista. Marx es un humanista radical. 4. Marx creía en la libertad humana, tanto en sí misma como por sí misma y como una condición para la utilización de la razón del hombre. Su ideal para la comunidad política es aquél en el que "prevalece la verdadera democracia, y el Estado mismo, así como todas las clases, desaparecen". Su ideal es "el reino de la libertad"; un régimen donde se organicen las condiciones concretas bajo las cuales esta libertad sería una genuina realidad humana.

Según Wright Mills, las bases morales de la crítica de Marx a la sociedad liberal son los ideales proclamados por esa misma sociedad, tomados en serio y concretizados. Marx acepta los ideales de libertad e igualdad heredados de la ilustración del siglo XVIII; de la burguesía en ascenso de su tiempo toma la idea racionalista y optimista del progreso mismo y la reinserta en los bajos fondos de la sociedad liberal. En suma: no hay uno solo de los ideales positivos sustentados por Marx que no sea una contribución cabalmente valiosa a la tradición humanista, según el legado de las imágenes clásica, judaica y cristiana de la condición humana. Moralmente considerados los postulados de Marx se encuentran entre los principios animadores de la civilización occidental.

La superioridad de la concepción marxista sobre el liberalismo es evidente. Como una ideología útil, el liberalismo pertenece a la época heroica de las clases medias de las naciones ya industrializadas del capitalismo; en la actualidad, como ideología y como retórica, es sólo útil como una defensa del statu quo —en la minoría de naciones ricas y de estas naciones ante el resto del mundo— y ya no es un credo para el cambio histórico deliberado.

Las ideas de Marx son actualmente una parte oficial de la política mundial chino-soviética; pero también lo son de grandes masas de trabajadores e intelectuales del mundo entero. El alcance y la brillantez intelectual de su contenido teórico, así como la fuerza política de su mensaje ideológico, han hecho de las ideas de Marx un espectro que atemoriza y atrae al mismo tiempo al mundo no marxista. La obra de Marx considerada en su conjunto, es la apasionada y sostenida denuncia de una pretendida injusticia: que la ganancia, la comodidad y el lujo de un hombre se pagan con la pérdida, la miseria y la privación de otro. Esta contradicción desaparecerá bajo el socialismo cuando el hombre conquiste la naturaleza y los medios de sustento y desarrollo humano sean asequibles para todos. En las concepciones marxistas sobresalen su amplitud enciclopédica y el alcance de las explicaciones dadas. En su obra utiliza todo lo que ahora se llama ciencia política, psicología social, economía, sociología y antropología, utilizándola en una visión abarcadora de la estructura de una sociedad en todos sus dominios; la mecánica de la historia de esa sociedad, y los papeles que desempeñan los individuos en todos sus matices psicológicos.

En su análisis, Wright Mills, se comporta como un marxista dinámico, vivo, y parte de un reconocimiento justo de la verdadera grandeza de la obra de Marx, y también de lo que contiene de erróneo, ambiguo o inadecuado. De ahí su aprovechamiento del propio marxismo clásico para una crítica del marxismo de nuestros días, o sea, de la consideración de cuán abiertas a la revisión están realmente las ideas de Marx dentro de su propio sistema. Trabaja como un marxista creador, rehuyendo los hábitos de los marxistas eruditos y de los marxistas vulgares. Repudia el marxismo muerto, o sea aquél que recurre a Marx como autoridad y trata sus textos, e incluso frases, como algo sagrado, porque en ellas todo sería verdadero y contendría todo lo que los hombres necesitan saber.

II

En cuanto al inventario de las concepciones y proposiciones más importantes del marxismo clásico, Wright Mills las agrupa en 17 puntos. Ellos son los siguientes:

1. La base económica de una sociedad determinada, su estructura social en su conjunto, así como la psicología de las personas dentro de ella. (Las instituciones políticas, religiosas y legales, así como las ideas, las imágenes y las ideologías por medio de las cuales los hombres comprenden el mundo en que viven, su lugar en él y su propio ser, son reflejos de la base económica de la sociedad). La base económica, o infraestructura, incluye las fuerzas de producción (recursos naturales: tierra, minerales, etc.; equipo físico: herramientas, máquinas, tecnología; ciencia e ingeniería, habilidades de los hombres que inventan o mejoran este equipo; quienes efectivamente trabajan. con estas habilidades y herramientas; su división del trabajo, en cuanto esta organización social aumenta su productividad), y las relaciones de producción (en el capitalismo significan la institución de la propiedad privada y las consecuentes relaciones de clase entre quienes poseen la propiedad y quienes no la poseen), sobre la base económica, o infraestructura, se erige la superestructura de la sociedad, o formas institucionales e ideológicas.

2. La dinámica del cambio histórico es el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. (Llega el momento en que la organización capitalista de la industria —las relaciones de producción— encadena a las fuerzas productivas, entrando en una contradicción objetiva con ellas. El constante desarrollo tecnológico y su utilización plena para la producción, entran en conflicto con los intereses de los propietarios. Los capitalistas se interesan en la mayor productividad y en el progreso técnico sólo en la medida en que éstos mantienen o hacen aumentar sus ganancias. De esta suerte, el propio capital es "la verdadera barrera histórica de la producción de capital".

3. La lucha de clases entre los propietarios y los trabajadores es un reflejo social, político y psicológico de los conflictos económicos objetivos. (En esta lucha, los trabajadores asalariados representan las fuerzas de producción en expansión, y los propietarios representan el mantenimiento de las relaciones de producción establecidas, las relaciones de propiedad principalmente, y con ellas la explotación de la clase desposeída).

4. La propiedad como fuente de ingresos es el criterio de clase objetivo: dentro del capitalismo las dos clases básicas son los propietarios y los trabajadores. (El criterio básico de clase es la relación de los hombres con los medios de producción, un criterio objetivo que tiene que ver primordialmente con el hecho económico y legal. Quienes poseen los medios de producción constituyen la burguesía, y quienes se alquilan por un salario constituyen el proletariado. Así definidos, estos términos indican conjuntos de personas, no organizaciones sociales o asuntos psicológicos).

5. La lucha de clases más bien que la armonía —"natural" o de otra índole— es la condición normal e inevitable en la sociedad capitalista. (Para Marx el conflicto general y básico de intereses proviene de la división entre las clases poseedoras y las desposeídas).

6. Dentro de la sociedad capitalista, los trabajadores no pueden escapar a su condición de explotados y a su destino revolucionario mediante la conquista de derechos y privilegios legales o políticos: los sindicatos y los partidos obreros de masas son útiles como escuelas de adiestramiento para la revolución, pero no garantizan el socialismo. (La democracia de clase media se basa siempre y necesariamente en las desigualdades económicas y en la explotación. Hay una sola salida: los asalariados deben resolver ellos mismos la contradicción objetiva, mediante su lucha victoriosa como clase desposeída contra la clase poseedora).

7. La explotación es parte integrante del capitalismo como sistema económico, aumentando así las posibilidades de la revolución. (Solo el trabajo humano puede crear valor. Pero, mediante la aplicación de su fuerza de trabajo, el trabajador produce un valor mayor al pagado por el capitalista para quien él trabaja. La "plusvalía" así creada se la apropia la clase capitalista y de esta suerte el trabajador es explotado bajo el capitalismo.

8. La estructura de clase se polariza más y más, aumentando así las oportunidades de la revolución. (La burguesía disminuirá en número; los trabajadores asalariados aumentarán; y las clases intermedias se debilitarán en la misma medida de la polarización entre la burguesía y el proletariado).

9. La miseria material de los trabajadores aumentará, como también aumentará su enajenación. (La miseria creciente de los trabajadores asalariados no se refiere únicamente a la miseria física de sus condiciones de vida, sino también a la privación psicológica derivada de su enajenación. Los hombres no "desarrollan libremente" sus energías físicas y mentales por medio de su trabajo, sino que se agotan

físicamente y se denigran a sí mismos mentalmente. En el trabajo, los hombres se sienten desvalidos; solo durante el ocio se sienten dueños de sí. El trabajo tiene como resultado la creación de propiedad privada; el producto del trabajo pertenece a otro. El trabajador se vacía en este producto; mientras más trabaja, mayor es el producto, pero no es suyo. La propiedad privada, por consiguiente, es la causa de su enajenación. De esta suerte, la enajenación del trabajo y el sistema de la propiedad privada son recíprocos).

10. Los trabajadores asalariados, una clase en sí, se transformarán en el proletariado, una clase para sí. (De clase como un conglomerado definido por su posición en la economía, sus miembros adquieren conciencia de su identidad como clase, conciencia de su situación común y de su papel en la transformación o en el mantenimiento de la sociedad capitalista. Adquirirán una conciencia de clase y una perspectiva internacional cada vez mayores).

11. La oportunidad de hacer la revolución existe únicamente cuando las condiciones objetivas y la disposición subjetiva coinciden. (El proletariado debe realizar su tarea mediante su propia acción revolucionaria como proletariado, pero solo puede tener éxito bajo las condiciones objetivas correctas; es decir, cuando las fuerzas productivas modernas y las formas burguesas de producción entran en contradicción y, al mismo tiempo, existe la voluntad revolucionaria en el proletariado).

12. La función indispensable de una clase en el sistema económico conduce a su supremacía política en la sociedad en general. (Los capitalistas reemplazaron a los nobles y el capitalismo sucedió al feudalismo. Ahora, la burguesía, al igual que la nobleza feudal antes que ella, se ha vuelto parasitaria. Por eso el proletariado deberá substituir a la burguesía y el socialismo reemplazará al capitalismo).

13. En todas las sociedades clasistas, el Estado es el instrumento coercitivo de las clases propietarias. (El Estado es considerado como el instrumento de una clase y, en el capitalismo avanzado, de una clase en decadencia económica. Ya no es progresista, y está obligada a obrar a través del dominio del Estado en forma cada vez más coercitiva).

14. El capitalismo sufre una crisis económica tras otra. Estas crisis empeoran. De esta suerte, el capitalismo avanza hacia su crisis final y hacia la revolución del proletariado. (Las crisis son cada vez mayores por las contradicciones insubsanables del capitalismo y tal proceso no puede detenerse sino cuando la base del capitalismo sea abolida).

15. La sociedad post-capitalista pasará primero por una etapa de transición: la de la dictadura del proletariado; después ascenderá a una fase superior, y en ella prevalecerá el verdadero comunismo. (En la etapa de transición, la clase expropiadora será expropiada, el Estado de los propietarios será destruido, los medios de producción serán transferidos a la sociedad a fin de permitir una planificación racional de la economía. La sociedad será administrada y defendida de sus enemigos por una dictadura del proletariado revolucionario. A continuación, se instaurará una fase superior, la del comunismo, caracterizada por el hecho de formar el proletariado la inmensa mayoría de la población; el proletariado será la nación, en la cual no habrá distinciones de clase ni lucha de clases; y también desaparecerá el Estado, por ser la función de éste la de mantener sometida a la clase explotada, ahora inexistente, por cuanto el proletariado será toda la población, y prácticamente dejará de serlo y no necesitará ningún Estado. La anarquía de la producción será reemplazada por la planeación racional y sistemática. Entonces se pondrá en práctica el principio rector de la sociedad comunista: “De cada uno según su capacidad, a cada uno de acuerdo con la necesidad”).

16. Aunque los hombres hacen su propia historia, dadas las circunstancias del fundamento económico, la manera como la hacen y su dirección están determinadas. El curso de la historia está estructuralmente limitado hasta el punto de ser inevitable.

17. La estructura social, está determinada por sus fundamentos económicos; por consiguiente, el curso de la historia está determinado por los cambios en estos fundamentos económicos. (Para Wright Mills, Marx es un determinista, y no acepta la tendencia de algunos marxistas a condicionar su determinismo económico. Marx enunció claramente la doctrina del determinismo económico, según se refleja en su elección de vocabulario, porque constituye un supuesto de su obra en general y encaja en ella, particularmente en su teoría del poder, su concepción del Estado, sus nociones de clase y su utilización de estas nociones, incluido el proletariado como el agente a través del cual se hace la historia. Aunque se conceda un margen de libre juego entre los diversos factores en interacción, en fin de cuentas, las causas económicas son las causas básicas, últimas, generales e innovadoras del cambio histórico).

En resumen, según Wright Mills, el marxismo clásico consiste en un modelo de sociedad capitalista en maduración y en teorías acerca de la manera cómo cambian esta sociedad y los hombres dentro de ella. “En esta sociedad, los medios de producción son poseídos privadamente y utilizados para hacerlos rendir ganancias privadas; el resto de la población trabaja por salarios que pagan los propietarios. Es una sociedad que cambia porque sus fuerzas de producción entran en un conflicto cada vez mayor con la organización de su economía por los propietarios y el Estado. En el fondo, los desarrollos de su base económica —particularmente sus contradicciones económicas— promueven los cambios en todas sus instituciones e ideologías. Produciendo crisis cada vez mayores, intensificando cada vez más la explotación de los hombres por los hombres, estas contradicciones causan el desarrollo del agente histórico que, al alcanzar su madurez, está destinado a derrocar el propio capitalismo. Este agente es el proletariado, una clase que dentro del capitalismo se está transformando de un mero conglomerado de asalariados en una clase para sí, unificada y consciente, conocedora de sus intereses comunes y alerta en cuanto a la manera revolucionaria de hacerlos prevalecer. Los conflictos objetivos o institucionales son una realidad de la vida capitalista, pero pueden no reflejarse aún como la lucha de clases entre los propietarios y los trabajadores. Si bien actualmente los trabajadores son una minoría, preocupada tan sólo por sus intereses inmediatos, están siendo cada vez más explotados, más enajenados, más miserables y más organizados; en sus filas, aquello en lo que los hombres se interesan está viniendo a coincidir con lo que redunda en interés de los hombres; y los trabajadores se están haciendo más numerosos. Están convirtiéndose en “el movimiento independiente y consciente de sí mismo de la inmensa mayoría” en defensa de sus intereses verdaderos y de largo alcance. Se están haciendo verdaderamente conscientes de sí mismos, porque esta misma conciencia está siendo transformada por las relaciones de producción en que entran los hombres independientemente de su voluntad. Y habiéndose hecho conscientes de sí mismos, no pueden defender sus intereses, no pueden elevarse "sin hacer saltar todos los estratos superiores de la sociedad oficial”. Es por eso que cuando llega el momento, cuando el capitalismo está maduro y él proletariado preparado, la revolución del proletariado realizada por el sector políticamente más despierto de éste tiene que sobrevenir. A su vez, la sociedad post-capitalista del socialismo evolucionará hacia el reino comunista de la libertad”.

III

Wright Mills emprende, a continuación, un análisis crítico de los 17 puntos ya enumerados, sobre el contenido teórico del marxismo clásico. Algunos de sus enfoques polémicos son del mayor interés. A su

juicio, no está claro en la teoría marxista el contenido real de la “base económica”, ni tampoco están definidas con precisión ni son utilizadas de manera consecuente, las “fuerzas” y las “relaciones” de producción. La “ciencia”, en particular, parece flotar entre la base y la superestructura; y la propia distinción entre base y superestructura no es en modo alguna exacta. Muchos factores que no pueden considerarse como “económicos” entran en lo denominado por Marx como “modo de producción”, o “base económica”.

Marx no ahondó en forma sistemática en el tratamiento de las clases sociales; en sus comentarios generales sobre la concepción de clase, así como en sus expectativas generales, se atuvo a la simplificación, y ésta resulta, a menudo, engañosa e infecunda. Además de las clases determinadas por la propiedad, y que dependen de su naturaleza y volumen, se puede clasificar también a las personas que no poseen propiedad en los medios de producción determinadas por los ingresos. La simple distinción entre propiedad versus salarios no permite comprender cabalmente ni siquiera los hechos económicos de la estratificación en la actualidad. En las sociedades capitalistas, entre la inmensa mayoría de quienes carecen de propiedad, las distinciones de status y ocupación posibilitan o imposibilitan precisamente aquellas consecuencias políticas y psicológicas de la estratificación económica con que Marx contaba. Para mencionar el caso más obvio: los empleados de “cuello blanco”, como los obreros de fábrica, carecen de propiedad y a menudo devengan un ingreso inferior; y, ello no obstante, considerarlos juntos como un solo estrato, según el exclusivo criterio de la propiedad, equivale a renunciar a cualquier verdadero esfuerzo para entender uno de los hechos más importantes de la estratificación en todas las sociedades capitalistas avanzadas.

Si la “armonía natural” es un mito de los apologistas del capitalismo, tampoco ha demostrado ser normal o inevitable la lucha de clases. Se ha producido una creciente institucionalización de los conflictos de intereses económicos. Por ejemplo, en el papel de los sindicatos obreros en la medida de representar clases y la controversia obrero-patronal expresar lucha de clases, el objeto de la pugna ha venido a ser el de recibir una participación mayor del producto más bien que cambiar el capitalismo como estructura social. Bajo tales condiciones, la lucha de clases en el sentido de Marx, o en cualquier otro, no se hace necesariamente más aguda, más abierta, más política en su forma. Al contrario, con frecuencia se fragmenta en divisiones ocupacionales de complejidad siempre creciente. En el ciclo de auge y depresión, la lucha de clases es intermitente y algunas veces no existe en absoluto. Las organizaciones de los asalariados han sido incorporadas dentro de las rutinas del capitalismo del siglo XX. No revelan “normalmente", como sostenía Marx, un anticapitalismo espontáneo, mucho menos el intento de organizar una nueva sociedad. Son organizaciones económicas que operan dentro del capitalismo, y sus lineamientos políticos no rebasan su función negociadora. Por otra parte, en ninguna sociedad capitalista avanzada han aumentado las condiciones de explotación propias para crear las oportunidades para desencadenar revoluciones proletarias. La polarización de clase no ha ocurrido, la estructura de clase no se ha simplificado en dos clases, como esperaba Marx, y, por el contrario, la tendencia opuesta ha sido general. Mientras más avanzado se ha hecho el capitalismo, más compleja y diversificada se ha vuelto la estratificación. Las clases intermedias no han desaparecido y su proporción con la población trabajadora ha aumentado enormemente. Se ha producido una drástica disminución entre los empresarios agrícolas; una nivelación entre los profesionales libres; un gran movimiento de trastrueque, con un elevado índice de quiebras y de nuevas empresas entre los pequeños comerciantes; y una decisiva expansión de la nueva clase media de empleados asalariados: los profesionales asalariados, los administradores, los oficinistas y el personal de ventas. Desde un punto de vista marxista, estos empleados de “cuello blanco”

sólo pueden ser considerados como “un nuevo proletariado”, pues no poseen los medios de producción con los cuales laboran, y trabajan por jornales o salarios. Pero considerarlos en esta categoría equivale a limitar seriamente la comprensión de este sector como un nuevo conjunto de estratos. Sus administradores de alto nivel se han unido a los propietarios y constituyen con ellos un sector de ricos corporativos de un tipo nunca conocido por Marx. Sus niveles medios e inferiores no pueden comprenderse como un nuevo tipo de proletariado; no encajan en el esquema de estratificación proporcionado por el marxismo clásico; y su existencia misma contradice la esperada polarización en dos clases del capitalismo moderno. La miseria económica o material no ha aumentado dentro del mundo capitalista avanzado y, por el contrario, el hecho general ha sido el incremento de los niveles materiales de vida. En su conjunto la tendencia del capitalismo avanzado en el siglo XX ha sido contraria a la expectativa de Marx. En cuanto a la enajenación, sobre todo referente a la privación psíquica, se manifiesta tanto en las sociedades capitalistas como en las no capitalistas. A juicio de W. M. no es necesariamente inherente a la propiedad privada o a la propiedad estatal de los medios de producción, al parecer es inherente a las realidades de la industrialización en masa. Además, la enajenación no produce necesariamente impulsos revolucionarios; más bien va acompañada por la apatía política y no por la insurgencia.

En opinión de Marx, el desarrollo estructural del capitalismo conduce al desarrollo psicológico y político del proletariado, a su unidad, su conciencia, su insurgencia revolucionaria, a transformarse en una clase para sí. No ha ocurrido así, salvo en periodos correspondientes a las fases tempranas de la industrialización y en situaciones de coincidencia de la represión política con la explotación económica. Pero en las etapas modernas no se advierte tal proceso; en la realidad, a los hombres más a menudo les importan los intereses temporales en vez de los intereses a largo plazo, y los intereses particulares, como los de los oficios ocupacionales, más que los intereses generales de su clase. Predominan la apatía social y la indiferencia política.

El proceso revolucionario no se ha producido en ninguna sociedad capitalista avanzada, ni siquiera en la más avanzada en la peor crisis económica conocida hasta hoy; los Estados Unidos en la década de los treinta.

Respecto de la existencia y funciones del Estado en las sociedades donde hay clases propietarias, aquél no puede entenderse únicamente como el instrumento de tales clases; y en las sociedades en las cuales han desaparecido las clases propietarias el Estado no se ha desvanecido y ni ha cambiado milagrosamente todas sus funciones. El elemento de verdad en la teoría del Estado de Marx es su concepción general de los poderes de la propiedad. Esta no provee solo un dominio sobre las cosas, sino también un dominio sobre los hombres. Este poder se ejerce en muchas diferentes esferas de la vida y en algunas de ellas a través del Estado; pero los poderes de la propiedad en el capitalismo se encuentran restringidos por los sindicatos obreros, los cuales también actúan a través del Estado, y por otras fuerzas que efectivamente contrapesan los poderes políticos y económicos de la propiedad (y la nacionalización de la propiedad no elimina necesariamente “los poderes de la propiedad”; para Marx con la abolición de las clases propietarias, la colectivización iría acompañada de mecanismos democráticos y, en la actualidad, en las sociedades donde se ha producido ese proceso no se ha logrado su gestión democrática). En el rol del Estado las categorías de élites políticas, militares y económicas son tan importantes (o más) para su análisis y comprensión, como la mecánica de las clases económicas.

Referente a las crisis agudizadas del capitalismo, en el sistema avanzado, en sus formas políticas, militares y económicas, se ha estabilizado en escala internacional. Dentro de él operan medidas correctivas de sus propias fallas; por eso el capitalismo no ha sufrido un colapso como resultado de una crisis económica, a pesar de haber enfrentado graves depresiones. Al superar sus crisis en formas no marxistas, la sociedad capitalista tal como la conoció Marx ha sido cambiada en otras modalidades, muchas de las cuales él no previó. Ha venido a prevalecer un capitalismo político y militarmente organizado, y desde la segunda guerra mundial ha experimentado un auge económico en una escala sin precedentes. Marx no vio clara y adecuadamente la naturaleza de la forma monopolista del capitalismo y la manera política y militar de su estabilización. En esta forma monopolista el capitalismo no ha seguido siendo una mera "anarquía de la producción". Vastos sectores del sistema han sido altamente racionalizados por las corporaciones privadas, las asociaciones de comercio y la intervención estatal. La anarquía de la producción no se ha generalizado; en medida considerable, se ha racionalizado. Y esto porque los medios económicos son solo uno de los elementos del poder, y pueden ser moldeados —determinados en realidad— por los medios políticos y militares de acuerdo con sus objetivos y sus intereses.

El "determinismo político" y el "determinismo militar" son a menudo tan importantes como el "determinismo económico", o más, para la explicación de muchos acontecimientos cardinales de mediados del siglo XX. A juicio de W. M., la concepción de que las causas económicas son las causas supremas dentro del capitalismo está directamente vinculada con las expectativas erróneas acerca del papel del trabajador asalariado, la teoría excesivamente formal del poder y la concepción excesivamente simplificada del Estado. Desde la primera guerra mundial se ha hecho cada vez más claro que las formas políticas pueden modificar, y aun determinar, drásticamente la economía de una sociedad. El modo de acción política, y no el modo de producción económica, bien puede ser el decisivo. Por medio de la política se puede llevar a cabo la reforma y el cambio deliberado de la propia economía; en algunos países las fuerzas políticas han modificado el capitalismo realizando reformas en nombre de Marx; y en otros, como en el caso del New Deal rooseveltiano, han sido las fuerzas liberales encabezadas por altos círculos sociales y poderosamente influidas por el peso de aquellas "clases intermedias" que, según Marx, estaban destinadas a desaparecer.

La secuencia de épocas históricas, imaginadas por Marx, del feudalismo al capitalismo y de éste al socialismo, no ha tenido lugar. Del capitalismo avanzado no ha nacido en ninguna parte el socialismo de tipo marxista; en cambio, del feudalismo y capitalismo primitivos ha nacido si un tipo de socialismo. El capitalismo prevaleciente en la actualidad no es el capitalismo conocido por Marx; las sociedades pos capitalistas surgidas, no concuerdan con las expectativas de Marx ni en sus orígenes ni en su carácter. El socialismo y mucho menos el comunismo, previsto por Marx, no es todavía la sociedad surgida de un tipo de feudalismo en la zona chino-soviética.

Una implicación del determinismo económico perjudicial a la utilidad de la obra de Marx, en la actualidad, se refiere al papel del Estado nacional y del nacionalismo en la historia. Las expectativas de que el nacionalismo declinaría y el internacionalismo lo suplantaría en la ideología y los lineamientos políticos seguidos por los asalariados, han resultado erróneas, tanto dentro de los movimientos socialistas y los Estados comunistas como dentro de las sociedades capitalistas y dentro de las áreas coloniales y sub- desarrolladas. El internacionalismo ha perdido fuerza como corriente desde la época de Marx y los asalariados no han sido menos nacionalistas que las clases medias y altas. El nacionalismo

contrariamente a la suposición de Marx ha crecido en importancia como una fuerza política y económica, como una forma militar y como una base de la conciencia de los hombres.

En el centro del pensamiento de Marx se encuentra esta proposición: de todos los elementos y las fuerzas de la sociedad capitalista, los trabajadores asalariados serán los actores políticos dinámicos en la madurez y decadencia del capitalismo. El marxismo es una afirmación de los procesos por los cuales los trabajadores se convertirán en un proletariado revolucionario. Pues bien, la principal expectativa política de Marx no se ha cumplido. Los trabajadores asalariados en el capitalismo avanzado rara vez se han convertido en una "vanguardia proletaria"; no se han convertido en el agente de ningún cambio revolucionario de gran importancia. En una medida muy considerable se han incorporado al capitalismo nacionalista, económico, política y psicológicamente. Así incorporados, constituyen dentro del capitalismo una variable más bien dependiente que independiente, y lo mismo es cierto con respecto a los sindicatos y los partidos obreros. Estas organizaciones funcionan política y económicamente solo de una manera reformista, y dentro del sistema capitalista. La lucha de clases en el sentido marxista no prevalece; los conflictos de intereses económicos han sido institucionalizados: están sujetos a las decisiones indirectas y burocráticas más bien que a la batalla abierta y pública. Existen, desde luego, conflictos de intereses clasistas, pero hay poca lucha de clases en relación con ellos.

Según Wright Mills, los errores de Marx provienen de haber construido su vasta concepción sobre y alrededor de la metafísica del trabajo; y detrás de la metafísica del trabajo y de las concepciones equivocadas de las tendencias que la apoyan, se encuentran deficiencias en las categorías marxistas de la estratificación; ambigüedades y juicios errados acerca de las consecuencias psicológicas y políticas del desarrollo de la base económica; errores relativos a la supremacía de las causas económicas dentro de la historia de las sociedades y la mentalidad de las clases; deficiencias de una teoría psicológica racionalista; una teoría del poder generalmente errónea, y una concepción inadecuada del Estado. Lo encuentra demasiado equivocado en demasiados puntos. Sus teorías muestran el sello del capitalismo Victoriano. Pero no obstante los aspectos inadecuados de su concepción, permanece válido su método de trabajo. El método de Marx es una contribución notable y duradera a las mejores formas sociológicas de indagación y de reflexión de que disponemos. (Al exaltar el valor del método de trabajo de Marx, se refiere a su método materialista, porque Wright Mills rechaza las misteriosas y presuntuosas leyes de la dialéctica y expresa categóricamente: "Para nosotros, el método dialéctico es un revoltijo de trivialidades o una forma de lenguaje anfibológico, o un oscurantismo presuntuoso, o las tres cosas. El error esencial del "dialéctico" es la confusión omnisapiente de la lógica con la metafísica; si las reglas de la dialéctica fueran "las leyes más generales del movimiento", todos los físicos las usarían a diario. Por otra parte, si la dialéctica es la "ciencia del pensamiento", entonces nos estamos ocupando del asunto de la psicología y no de la lógica o el método en modo alguno"). En la actualidad la obra de Marx es un punto de partida, no una concepción terminada de los mundos sociales que se trata de entender. El marxismo no se cierra con Marx, comienza con él. Pensadores y actores posteriores han usado, revisado y elaborado sus ideas, y han propuesto doctrinas, teorías y estrategias nuevas, las cuales aunque "basadas en Marx" sólo pueden ser identificadas con el marxismo clásico por quienes se sienten obligados a desfigurar la historia intelectual y política en aras de su antimarxista necesidad de certidumbre a través de la ortodoxia.

IV

A lo largo de toda su vida, Marx fue siempre un socialista revolucionario, pero no obstante su experiencia directa de 1848 y su cuidadoso estudio de la comuna de Paris, en 1871, nunca enunció con

claridad su concepción, la manera, de la revolución proletaria. Otros socialistas la han formulado en diferentes formas, cada uno en nombre de Marx, por lo cual es muy grande el desacuerdo acerca de "las vías del socialismo".

Las ideas de Marx se ligaron efectivamente a la acción política y en los años finales de su existencia se constituyeron los partidos socialdemócratas bajo su inspiración y la de Engels. La socialdemocracia se planteó la problemática de instalar el socialismo en naciones capitalistas avanzadas con sistemas políticos parlamentarios. Desde fines del siglo XIX se delinearon tres corrientes en el seno de la socialdemocracia y la II Internacional: una evolucionista y revisionista, cuyo principal teórico fue Eduard Bernstein. (Este entró a criticar como equivocados algunos de los puntos fundamentales de la doctrina del marxismo clásico. A su juicio: "el campesinado no se reduce; la clase media no desaparece; las crisis no son cada vez peores; la miseria y la servidumbre no aumentan, si aumentan la inseguridad, la dependencia, la desigualdad social, el carácter social de la producción y la superfluidad funcional de los propietarios"). De acuerdo con la corriente evolucionista y legalista, un partido Socialista vinculado a los sindicatos y a las cooperativas y apoyado por un sector principal del electorado puede lograr el socialismo dentro de una comunidad democráticamente constituida por medios constitucionales, es decir, sin una revolución. Otra corriente resultó del rechazo a la posición de Bernstein y sus seguidores. Esta la personificó Karl Kautsky, fiel en lo teórico a la ortodoxia marxista, pero bastante cercano al reformismo en lo político. Kautsky refutó las concepciones revisionistas de Bernstein y se esforzó en demostrar la exactitud de las afirmaciones de Marx y Engels, pero no logró deslindar con nitidez una política socialista revolucionaria. (En el fondo Kautsky aceptaba la acción electoral y parlamentaria como "la vía del socialismo", y así lo sostuvo con energía a partir de 1918 en su polémica con Lenin y los comunistas bolcheviques). Una tercera corriente, radical, en hombre del socialismo revolucionario, la defendió Rosa Luxemburgo. Esta intrépida luchadora junto con enriquecer el haber teórico de Marx (con su obra clásica en teoría económica e imperialismo, "La acumulación del capital"), subraya con especial énfasis el contenido revolucionario de la política marxista, negándose a toda colaboración con los gobiernos democrático burgueses y desconociendo el valor absoluto concedido a la práctica reformista, a las conquistas legales, por los socialdemócratas revisionistas y evolucionistas en desmedro de la finalidad revolucionaria indeclinable del socialismo.

A pesar de la existencia de las tres corrientes indicadas, predominó de manera incontrarrestable la de Bernstein y los partidos socialdemócratas crecieron poderosamente como agencias de reformas y, en último término, puntales del sistema capitalista, al cual limitaran en muchos de sus rasgos y efectos más hirientes, y no como motores de la revolución de acuerdo con los anhelos de Marx y Engels. Los fieles a la concepción radical únicamente lograron mantenerse como pequeños grupos oposicionistas en el seno de la socialdemocracia y del movimiento obrero.

A consecuencia de la I guerra mundial, (y ante la cual fracasó estrepitosamente el movimiento socialista de la II Internacional), se produjo la revolución rusa y a fines de 1917 conquistó el poder el Partido Bolchevique conducido por Lenin y Trotsky. La concepción bolchevique-leninista (o comunista-soviética), aporta una nueva interpretación del marxismo. Ella fue combatida por la socialdemocracia reformista con Kautsky a la cabeza; y criticada por el socialismo radical de Rosa Luxemburgo, quién sucumbió asesinada durante la revolución alemana de 1919.

Según Wright Mills, el leninismo se basa en Marx pero difiere profundamente de muchas de sus teorías, sobre todo del alcance de la acción política esperada y de la línea política más claramente derivable de

Marx. Las concepciones bolcheviques de Lenin-Trotsky constituyen una brillante serie de intentos de adaptar las ideas de Marx a los propósitos revolucionarios en una realidad diametralmente opuesta al tipo de sociedad sobre la que Marx había escrito. Aunque utilizan las categorías de Marx y elementos de su modelo general de sociedad; emplean una retórica extraída del rico y eficaz vocabulario de la invectiva de Marx; proclaman los ideales formulados por Marx; y todo lo hacen en su nombre, no existe una relación concluyente ni con su teoría ni con su orientación política. Por eso, observa Wright Mills, tanto el bolchevismo soviético como el marxismo clásico, de la época victoriana, son filosofías políticas históricamente específicas.

En 12 puntos resume los rasgos distintivos del bolchevismo, como doctrina y como práctica, hasta la muerte de Lenin en 1924. 1. Una revolución socialista puede ocurrir en un país atrasado con un débil desarrollo capitalista lo mismo que en una nación capitalista madura. 2. Un partido de revolucionarios profesionales, disciplinado y organizado con gran cohesión, ilegal si es necesario, representa (o reemplaza) al proletariado como agente histórico espontáneo de esta revolución. 3. En tales países, el campesino se encuentra al lado del obrero. El campesino ruso es un aliado del obrero ruso. El partido Bolchevique representará los intereses de ambos, porque debido a circunstancias peculiares de Rusia, el campesinado ruso es una clase revolucionaria. 4. Política y moralmente, la violencia y la conspiración están justificadas, primero contra el Estado policíaco zarista (que no sabe nada de la "libertad liberal") y después contra los contrarrevolucionarios (que vienen a ser definidos como aquellos que se oponen al régimen bolchevique). Lo moral es lo que tiene que hacerse para efectuar una revolución, siempre y cuando se acepten moralmente sus consecuencias históricas. Para los bolcheviques, los logros de la revolución determinan y justifican los medios de la revolución como acto. 5. El mundo capitalista ha entrado en su fase imperialista; una época dominada por grandes redes financieras de capitalistas monopolistas. Esta es la última etapa del capitalismo. Es un período de guerra continua por la división del mundo entre las potencias capitalistas. 6. En escala mundial, el sistema capitalista se está consumiendo a sí mismo; es incapaz de auto sustentarse. A fin de adquirir nuevos mercados, el capitalismo monopolista mundial requiere la exportación de capital y no tan solo la exportación de bienes de consumo terminados. Solo de esta manera pueden adquirir ahora nuevos mercados los capitalistas. 7. Este imperialismo significa que el mundo está dividido entre las principales potencias capitalistas; por lo tanto, los países atrasados nunca podrán desarrollarse económicamente en la misma forma que las potencias capitalistas ya establecidas. Por ejemplo, una clase burguesa nunca será fuerte en países como Rusia, China o la India. La industria rusa en particular está dominada por capitalistas franceses y británicos que no permitirán su desarrollo ulterior. 8. Por estas razones, y especialmente debido a este desarrollo desigual causado por el imperialismo, el proletariado ruso, pequeño y todo, debe hacer su revolución antes de que los imperialistas se lo traguen por completo. Es el eslabón más débil en la cadena; los bolcheviques romperán ahora ese eslabón. 9. Además, los imperialistas han producido precisamente la situación que les hace ver a los trabajadores de las naciones atrasadas la verdadera faz del imperialismo. El imperialismo ha producido la guerra y ha intensificado la explotación colonial. Los trabajadores de las colonias actuarán contra el capitalismo precisamente cuando los grandes países capitalistas se encuentran ocupados combatiéndose —y en consecuencia debilitándose— los unos a los otros. Por medio de su acción, los trabajadores de los territorios subdesarrollados ofrecerán a grandes sectores decisivos de la clase obrera de las propias naciones imperialistas una inspiración moral para hacer lo mismo: para hacer la revolución proletaria. 10. El partido bolchevique, el agente por medio del cual la revolución es dirigida con firmeza, si es que no realizada, debe mantener su estructura como organización revolucionaria después de haber conquistado el poder estatal. Será el

único partido porque es el único "representante verdadero de los obreros y campesinos". Dentro de este partido puede haber muchos desacuerdos, pero una vez que el pequeño grupo dirigente toma una decisión, todos los miembros del partido deben acatarla. Cualquier desacuerdo público después de tomada la decisión, equivale a una traición. (La idea del monopolio político es un punto histórico de controversia. El dogma del partido único fue menos un principio esencial de Lenin y Trotsky que una reacción frente a las actividades de otros partidos durante la guerra civil. Los bolcheviques buscaron la colaboración de otros partidos, desde los socialistas revolucionarios hasta los mencheviques. Solo cuando esos partidos emprendieron actividades contrarrevolucionarias fueron ilegalizados por los bolcheviques, y esto se consideró como una medida militar provisional que sería abandonada tan pronto como concluyera la guerra civil. El dogma del partido único, la prohibición de las facciones dentro de ese partido y finalmente el gobierno totalitario de un solo hombre, vinieron a ser, con el tiempo, rasgos básicos del estalinismo). 11. Una vez que hayan conquistado el poder en Rusia, los bolcheviques deberán estimular activamente otras revoluciones, tanto en las sociedades capitalistas avanzadas como en las sociedades pre-industriales. Puesto que los bolcheviques habían logrado hacer una revolución, les parecía obvio que estaban en lo correcto. Por lo tanto, cualquier partido que aspire al éxito debe seguir su organización y sus tácticas, tomando en cuenta, en cierta medida, las diferencias históricas y nacionales. 12. Tanto en la conquista del poder estatal como después de la victoria, los bolcheviques sostienen que es necesario destruir por completo el antiguo Estado y establecer una maquinaria estatal completamente nueva.

Mientras los trabajadores asalariados de las sociedades capitalistas avanzadas no se han proletarizado y mucho menos han ejecutado el acto de la revolución proletaria, los bolcheviques tomaron el poder en Rusia y su concepción versa acerca de una sociedad atrasada, predominantemente agrícola, tanto autocrática como pre-industrial y es la búsqueda de maneras de promover activamente el proceso de proletarización, y en consecuencia el advenimiento del socialismo por medios políticos. Tres hechos significaron el fin del bolchevismo original así como de una buena parte del ethos original del "leninismo": la muerte de Lenin, en 1924; el fracaso de la revolución en Europa Occidental, y la expulsión de Trotsky, de Rusia, en 1929. Desde este año, Stalin y el estalinismo se impusieron en la Unión Soviética y en los partidos de la Tercera Internacional. Stalin no fue un marxista creador en ningún sentido ni en ningún momento, por eso el estalinismo es importante como hecho político y no como contribución teórica de tipo alguno al desarrollo de las ideas de Marx-Engels o de Lenin-Trotsky. El estalinismo se basa en un hecho y en dos decisiones. El hecho es éste: en las naciones capitalistas avanzadas no se produjeron revoluciones bolcheviques ni de ningún otro tipo.

La primera decisión es: debemos avanzar solos; debemos construir el socialismo en la Unión Soviética. La segunda decisión, virtualmente impuesta por la primera, es: por medio de agentes políticos y fuerzas militares, debemos construir la base económica del socialismo. En la Rusia zarista, el capitalismo no construyó esta base económica, una de las principales funciones históricas del estalinismo fue la de ayudar a hacer una revolución industrial en un país atrasado. Esta función sugiere los medios utilizados: la tiranía política y la coerción policíaca, un sistema totalitario que combinó "el progreso y la tiranía". Para los estalinistas, una meta —la industrialización pesada y la modernización rápida eran inmediatamente necesarias. Stalin fue capaz —y esta es la sustancia del estalinismo— de organizar todas las actividades sociales en la dirección de estos fines. Se creó una organización cultural e intelectual con el propósito de adaptar el arte, la literatura y las ciencias sociales y económicas al objetivo de urgencia. A la inversa, todos aquellos que no aceptaban esto como necesario o se oponían a ello, eran en el mejor de

los casos severamente condenados y en el peor de los casos asesinados. Pronto se identificaron el ideal, el Estado y el líder, exaltándose la unidad monolítica a fin de impedir toda dispersión de energía necesaria para el avance. El tema de la unidad suministró la base para fundir las instituciones y organizaciones separadas en la imagen de este único hombre: Stalin, el Tirano. Mientras más unidad se obtenía, más severo era el castigo a la desunión, y poco después a la sospecha de desunión. De ello resultaron las purgas, las ejecuciones, el trabajo forzado, (en la Rusia estalinista la cruel tarea de los primeros administradores capitalistas en los grandes países industriales pasó a manos políticas), la anfibología política. El costo en vidas humanas y en energía mental fue enorme, pero el estalinismo funcionó y fue efectivamente el medio de industrializar rápidamente un país atrasado, aislado, amenazado por enemigos reales y potenciales desde adentro y desde afuera. Su industrialización le permitió afrontar la terrible segunda guerra mundial y vencer, aunque a un precio terrible. Su rehabilitación fue "auxiliada" por una combinación de imperialismo de saqueo entre las naciones vencidas y por la continuación del método estalinista de industrialización forzosa.

El trotskismo y la socialdemocracia han sido los dos centros principales de oposición marxista al desarrollo de la Revolución Soviética bajo la dirección de Stalin y al papel desempeñado por los partidos comunistas de la Tercera Internacional. León Trotsky llegó a constituir la Cuarta Internacional, que no alcanzó importancia como realidad política, pero sí como un centro teórico de controversia marxista tanto en lo concerniente a la naturaleza de la sociedad soviética como a otros problemas histórico-mundiales. Durante el periodo entre las dos guerras mundiales, estos tres tipos de marxismo: la socialdemocracia, el estalinismo y el trotskismo, o sea, la Segunda, la Tercera y la Cuarta Internacional, se enzarzaron en un enconado combate doctrinal y político. Trotsky ha sido un profundo pensador marxista y uno de los más brillantes revolucionarios de todos los tiempos. Al principio de su carrera elaboró algunos de los puntos esenciales de lo que vino a ser el intento más serio y convincente de reconciliar la teoría de Marx con la práctica bolchevique: su teoría de "la revolución permanente". Hacia el final de su vida, Trotsky formuló la teoría más cabal y penetrante de la sociedad presidida por Stalin.

Una serie de acontecimientos ocurridos desde el término de la segunda guerra mundial han determinado nuevas situaciones en los dominios de la teoría y práctica marxistas, de grandes repercusiones en la política popular en el mundo entero: el rompimiento de Tito con Stalin (la revolución de Yugoslavia era la única autóctona en Europa, y Tito estaba en desacuerdo con muchos de los dogmas estalinistas y, en general, los comunistas yugoslavos deseaban decididamente "seguir su propio camino", aunque en la teoría y la práctica se vinculaban a los postulados revolucionarios democráticos del marxismo y al ethos mismo del bolchevismo original); el triunfo de la revolución comunista de Mao Tse-tung, en China; la muerte de Stalin y, en seguida, el informe secreto de Kruschev, en 1956, denunciando a Stalin, aunque no realmente al estalinismo; y, diversas rebeliones dentro del bloque soviético, en Alemania Oriental, Polonia y Hungría. Desde este instante se ha desatado una segunda ola de revisionismo, sucedáneo del que encabezó Bernstein medio siglo antes en el seno de la socialdemocracia en ascenso.

El "marxismo-leninismo", tal como prevalece en la actualidad en los países del bloque soviético, no es un conjunto de teorías libremente desarrolladas, o en libre desarrollo, elaboradas por filósofos políticamente desinteresados. Es un intento de justificar, en términos de diversos elementos tomados del legado de Marx y Lenin, decisiones y líneas políticas creadas por la élite política e intelectual de un Estado que ha llegado a ser una gran potencia. Tiene que ver más con la ideología, con la enunciación de

ideales y con la estrategia y decisiones políticas, tanto nacionales como internacionales; tiene menos que ver con las teorías de la sociedad, de la historia y de la naturaleza humana.

Los ideales que Marx esperaba se realizarían en la sociedad post capitalista no se han realizado en la Unión Soviética. Su uso ha sido claramente utópico y optativo, pues la Unión Soviética no ha sido la sociedad plenamente industrializada que Marx previó como la condición de una revolución marxista triunfante. La Unión Soviética se está acercando a esa condición (y cuando lo logre, una libertad más genuina se impondrá, porque incluirá tanto la vida económica como la política). A pesar de cuán brutales hayan sido los medios, el estalinismo realizó la tarea de la industrialización y la modernización que en otras sociedades realizó el capitalismo. Y los ideales del marxismo clásico todavía forman parte del legado oficial del régimen y de las organizaciones y prácticas que lo constituyen. Las revoluciones hechas en nombre del marxismo han triunfado sin ayuda exterior, en tres países: Rusia, China y Yugoslavia, contrariamente a lo que esperaba Marx, cada una de estas sociedades, en el momento de hacer su revolución, era en extremo atrasada y tenía una población predominantemente campesina y un gobierno autocrático. La instauración de regímenes estalinistas en Albania, Bulgaria, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Alemania Oriental, no fueron el resultado de revolución autónoma alguna, ni proletaria, ni no proletaria. Todos esos regímenes fueron impuestos por los ejércitos rusos después de la derrota del nacismo.

Desde la muerte de Stalin, los acontecimientos señalan que el marxismo —a pesar de lo monolítico, irracional y dogmático que se hizo bajo Stalin— es, después de todo, un credo liberador y explosivo y que los fines acariciados por Marx, y que están implícitos en su pensamiento, son fines liberadores... En la actualidad, el marxismo debe abarcar las teorías de las sociedades del tipo soviético tanto como las de las sociedades de los países capitalistas avanzados y los subdesarrollados. Y los marxistas, para actuar correctamente, deben servirse de la tradición sociológica en su conjunto, dentro de la cual el estudio de Marx es un aspecto muy importante, pero solo uno. En caso contrario, estiran y tuercen las ideas de Marx para hacerlas coincidir con los nuevos hechos, aunque éstos contradigan las afirmaciones del maestro.

La conciencia nacional de don Manuel de Salas

ARAUCO N°80 septiembre 1966

A fines del siglo XVIII inició su larga actividad cívica el primer educador chileno, de espíritu realista, en quién despertó una auténtica conciencia nacional no obstante el fuerte dominio colonialista hispánico, don Manuel de Salas Corvalán, (1754-1841), infatigable propulsor de la difusión de las luces, de la ilustración general, y del desenvolvimiento de la industria y del comercio del país.

Nació en Santiago de Chile, el 19 de junio de 1754, hijo de José Perfecto de Salas y los Ríos, fiscal de la Real Audiencia, y de María Josefa Corvalán y Chirinos. Cuando el presidente Manuel Amat y Junient fue designado por Carlos III virrey del Perú, se llevó como asesor a don José Perfecto de Salas, en 1761. Manuel de Salas contaba 7 años, por lo cual se educó en Lima y cursó las clases de Filosofía, Teología, Jurisprudencia Civil, Derecho Canónico y Práctica Forense en la Universidad de San Marcos. En ella obtuvo el diploma de bachiller en Sagrados Cánones, el 3 de julio de 1773 y, posteriormente, en Chile, en 1776, la Real Audiencia le otorgó el título de Abogado, después de comprobar su suficiencia con un brillante examen.

Manuel de Salas regresó a Chile a principios de 1774, y el Cabildo de Santiago le eligió el 1° de enero de 1775, por unanimidad de votos, alcalde ordinario. En seguida, le nombraron Procurador General y abogado del Cabildo. En 1777 partió a España, vía de las provincias argentinas. En julio de ese año se hallaba en Madrid. Permaneció cerca de siete años en la península, fructífera estada de estudio, observación y vastas experiencias, donde examinó todo lo de interés para una obra de mejoramiento y regeneración en su tierra. A su regreso se casó con doña Manuela Fernández de Palazuelos y Aldunate. Tuvieron seis hijos. Se le eligió regidor del Cabildo de Santiago, y el Presidente de Chile, don Ambrosio O'Higgins le nombró Superintendente de Obras Públicas, lo cual le permitió realizar diversas empresas de adelanto y esparcimiento.

En toda su fecunda existencia tratará siempre de romper la inercia del ambiente, el inmovilismo colonial, y de provocar el progreso, la expansión económica y educacional, la cordialidad y mejoramiento en las relaciones humanas. Su incansable actitud, galvanizada por un optimismo inagotable, no obstante la sombría situación y el inhóspito ambiente para una empresa como la suya, emanaba según sus propias palabras estampadas en la comunicación dirigida al Consulado de La Coruña, en agosto de 1804, de "la pasión o manía que me domina de ser útil a la nación y a mi país, o más bien, de que éste, que siempre fue gravoso a su metrópoli, le compense la protección y seguridad que ella le presta, radicó en mí un vivo deseo de franquear los estorbos que lo han impedido, esto es, la ignorancia y la desidia".

El rey Carlos IV, por Real Cédula fechada en Aranjuez, a 26 ele febrero de 1705, estableció un Consulado en Santiago de Chile, (sólo existían otros dos, en México y en Lima), cuyos objetivos eran sustanciar y fallar las causas mercantiles; y proteger y fomentar la agricultura, la industria y el comercio del país. Al mismo tiempo nombró síndico del Consulado a don Manuel de Salas. Llegó a ocupar el alto cargo por su ardiente devoción al progreso, preocupado siempre por el desarrollo de las actividades productivas y por su inquietud educacional. Hijo legítimo del siglo de las luces, poseía una fe inquebrantable en el adelanto económico por medio del estímulo del gobierno, y una creencia optimista e incansable en la educación. Para él la instrucción era indispensable en el mejoramiento del hombre y de la sociedad.

En su calidad de síndico del Real Consulado redactó su célebre memoria al Ministro de Hacienda Diego Gardoqui, el 10 de enero de 1796, bajo el título de "Representación sobre el estado de la agricultura, industria y comercio del reino de Chile", documento capital para conocer la situación del país al final de la Colonia y en vísperas del movimiento emancipador. En él, además del análisis económico y social, enfoca también la situación educacional; y, luego, junto a los arbitrios propuestos para remediar el atraso y el decaimiento de Chile (remover las trabas fiscales que impedían el libre comercio entre la metrópoli y sus posesiones, y entre éstas; apertura de nuevas fuentes de riqueza; nuevos cultivos y estímulos a los existentes, etc.), propiciaba propagar la enseñanza de las ciencias que tuvieran aplicación a la agricultura, minería e industria y a perfeccionar los oficios.

Su posición educacional se encuentra influida por su conocimiento de la realidad económico-social y aspira a un cambio y a un impulso de ambas, en íntimo consorcio, para lograr un mejoramiento sustancial de la situación del país.

Ante todo se hace necesario sintetizar sus observaciones y sus posiciones frente a la estructura material de la sociedad chilena. En su famosa "Representación" al ministro Gardoqui expone lo esencial de su pensamiento en las líneas siguientes;

... “El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de América, y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles. Teniendo proporciones para todo, carece aún de lo necesario; y se traen a él frutos que podrá dar a otros”... A continuación describe las características geográficas del territorio y sus variadas riquezas, todas muy favorables para asentar una numerosa población, un comercio vasto y una floreciente industria. Sin embargo, la población, según los mejores cómputos, no pasa de 400.000 almas, o sea la vigésima parte de la gente que puede admitir. Admiran su despoblación, a pesar de su tierra feraz y de la fecundidad de sus mujeres, y su miseria: “... Nada es más común que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan, los brazos que las recogieron, y talvez en el lugar donde acaba de venderse la fanega de trigo a ínfimo precio en la era”. Podría creerse “si se deja llevar del espíritu decidor de los viajeros” que ‘‘la causa es la innata desidia, que se ha creído carácter de los indios y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente”. Manuel de Salas rechaza tal aserto: “la flojedad y molicie que se atribuyen a estos pueblos es un error”, y de acuerdo con su experiencia escribe: “Todos los días, se ven en las plazas y calles jornaleros robustos, ofreciendo sus servicios, malbaratándolos a cambio de especies, muchas inútiles y a precios altos. Se ven amanecer a las puertas de las casas de campo, mendigando ocupación, y sus dueños en la triste necesidad de despedirlos”. Es la carencia de empleo permanente, de faenas numerosas y constantes la causa de aquella lamentable situación: “con que no es desidia la que domina; es la falta de ocupación la que los hace desidiosos por necesidad: a algunos, la mayor parte del año, que cesan los trabajos; y a otros, el mayor tiempo de su vida, que no lo hallan”...

A consecuencia de la falta de trabajo caen en el vicio de la bebida, están expuestos a la intemperie, acortan su vida y rara vez llegan a la vejez, “de modo que no hay un país en el mundo donde haya menos ancianos”. A pesar de la riqueza potencial predominaban la indigencia y la ociosidad, por falta de trabajo debido al atraso increíble de la agricultura y de la industria.

Al proponer algunas iniciativas de mejoramiento expresa: “Por medio de meditadas especulaciones, solicitará el Consulado establecer aquella fraternidad que hace comunes los intereses, como de un mismo pueblo; extender estas ideas respecto de la Metrópoli, y abrir, la puerta a sus consumos. Persuadido íntimamente de que sus provechos son nuestros, procurará con preferencia unas utilidad es que refluyan sobre estos países, a quienes aquella los devuelve en protección, fomento y seguridad; pues, aunque siempre hemos debido tener estos sentimientos por una racional economía, hoy por este principio y por gratitud”.

A pesar de la triste situación del país cree en su restablecimiento si se emprenden medidas de fomento adecuadas: “El deplorable estado de Chile, lejos de hacer desesperado su remedio, debe empezar a buscarlo; él mismo encierra recursos para restablecer su población, industria, comercio y agricultura, y para ser tan útil a la metrópoli como hasta hoy le ha sido gravoso. España necesita consumidores de sus frutos y artefactos; Chile, consumirlos y pagarlos. Para lo primero es necesaria una gran población, y para, lo segundo, que éste tenga con que satisfacer lo que recibe; y se completaría la felicidad de ambos países, si los efectos que éste retornase fuesen, de los que no produce la Península y compra a otras naciones. Así, no embarazando su exportación y conservando a la madre patria la debida dependencia, la libertaría de la que sufre”.

Con el fomento de la agricultura y ganadería se producirá riqueza y crecimiento de la población; las tierras se dividirán por si mismas “sin recurrir a los medios violentos de los nuevos Gracos, que declaman contra los grandes propietarios y atribuyen a ellos la despoblación, tomando la causa por el efecto.

Cesarán los crímenes, hijos de la ociosidad y del abandono, que abundan más (aquí como en todas partes) en las provincias donde hay menos industrias"; aboga por el fomento de la pesca, curtiduría de pieles para cordobanes y suelas; cultivo del cáñamo y del lino, tabaco, vino; por el incremento de la minería en sus múltiples elementos existentes en abundancia en Chile; y por el ensanchamiento del comercio sobre bases reales y sanas ("el comercio, una profesión sujeta a reglas y que exige principios ha sido aquí únicamente el arte de comprar barato y vender caro").

Mantuvo una constante ofensiva para dar a conocer y tratar de imponer sus doctrinas y proposiciones concretas. Así en su "Representación que en su carácter de síndico hizo al Consulado sobre fomentar algunos artículos útiles al comercio de este reino", en Santiago, a 11 de junio de 1796, sintetiza con fuerza algunos de los enfoques de su "Representación" al ministro Gardoqui, sobre la despoblación del país; la pequeña industria artesanal en manos inexpertas; las escasas industrias locales, y la urgencia de estímulos indispensables a la agricultura y comercio. A su juicio se hace necesaria una nueva actividad económica, eliminándose la indolencia y la incapacidad. Exclama: "excluido de nuestras sesiones aquel ominoso no se puede, hijo del orgullo y padre de la desidia, fatal barrera que en todas partes defiende a la ignorancia, miseria y vicios; alejados él no es adaptable, eso es bueno para otras tierras, no hay fondos; y sustituidos, en lugar de estos perniciosos axiomas, nuestra constancia, aplicación, buen deseo y amor a la humanidad, disiparemos las dificultades aparentes bajo los auspicios del monarca bienhechor"... En seguida clama por la traída de maestros, porque "no bastan la instrucción que nos da la lectura, ni algunos conocimientos prácticos adquiridos al pasar. Tampoco son suficientes las nociones de algunos viajeros... San, pues, necesarios sujetos que sepan la teoría y la práctica de las operaciones conexas con las ideas propuestas, y que, instruidos dé ellas, viniesen con ese solo destino, o con otro del real servicio, a enseñarnos, lo que no será difícil, habiéndose hecho tan común el estudio de la historia natural, comercio, economía y química, entre los que sirven en diversas carreras. Un solo descubrimiento o un solo ramo que pusiesen en vigor, compensaría con exceso los gastos".[17]

En una "Comunicación al Consulado de la Coruña sobre fomentar la industria del lino y del cáñamo", de fecha 18 de agosto de 1804, exhibe una vez más sus preocupaciones de progreso. Escribe: "La ociosidad de la clase menesterosa, dispersa y que perece en los vicios por no tener en que emplear sus brazos, es horrible. La fertilidad y la miseria, la despoblación y la escasez de recursos, forman aquí un contraste, que choca más al que mira por todas partes producciones espontáneas de la naturaleza, cuya abundancia podría formar ramos de entretenimiento y de exportación que relevasen a los colonos y a la madre patria del comercio pasivo y vergonzoso que los tiene agobiado. Todo lo vivificaría una mirada de la corte; y con ello doblaría nuestros vínculos".[18]

Y detalla la necesidad del envío del lino, del cáñamo y de otras plantas y cultivos para diversificar la agricultura y estimular la industria anexa.

Manuel de Salas completó su cuadro de Chile en una presentación que, en 1804, dirigió la Junta Directiva del Hospicio de la Ollería, al Presidente Luis Muñoz de Guzmán.

Era miembro del referido establecimiento y fue quién redactó el documento aludido. Resume muchos de sus conceptos de la famosa "Representación" al ministro Gardoqui. Algunos de sus párrafos dicen: "La pobreza extrema, la despoblación asombrosa, los vicios, la prostitución, la ignorancia y todos los males

[17] "Escritos...", Vol. I, Págs. 190-199
[18] "Escritos...". Vol. I, págs. 246-249.

que son efecto necesario del abandono de tres siglos, hacen a este fértil y dilatado país la lúgubre habitación de cuatrocientas mil personas, de las que los dos tercios carecen de hogar, doctrina y ocupación segura, cuando podrían existir diez millones sobre más de diez mil leguas cuadradas de fácil cultivo". La causa de tan aflictivo atraso se debe a la preferencia dada a las minas, olvidándose de la agricultura, la cual debió abastecer a la metrópoli de las materias que compra a sus enemigos, y la exclusión de la industria; "El comercio exterior, que se reduce al cambio de un millón de pesos, valor del oro, plata y cobre que anualmente produce el reino, por efectos de Europa, y el de los granos que lleva a Lima para sólo pagarse de la azúcar y tabaco y otros cortos artefactos, no presentan ocupación sino a muy pocos; y el giro interior, que lo constituye la reventa, las segundas compras, las usurarias anticipaciones, hacen la escasa fortuna, y la ruina de muchos, especialmente de los más recomendables de las únicas manos creadoras, del labrador, el artesano, el minero, el jornalero. Estos brazos privilegiados destilan un sudor o sangre que después de mejorar algo la suerte de tal cual, los extenúa, y les hace aborrecer un trabajo sin esperanzas, que, no alcanzando a sus míseras familias, les hace mirar con horror el matrimonio, y los hijos como carga insoportable".

En 1805, Manuel de Salas resumía su pensamiento sobre un Chile progresista en estas líneas: "Los pueblos solo son felices cuando un cultivo bien dirigido hace producir a sus terrenos aquellos frutos de que son capaces y que, después de satisfacerles sus necesidades, ofrecen un sobrante que, llevado a otras partes, sirve para canjear lo superfluo por artículos que les son necesarios. Solo son dichosos los hombres cuando a las materias primeras que se crían a su inmediación les dan nuevas formas con que aumentan su valor; y, educando a sus hijos en medio de un trabajo asiduo, les enseñan a no depender de otros, que les revenden manufacturadas las mismas especies que ellos enajenaron a vil precio, por ignorancia o pereza. Entonces son ricos y virtuosos, bendicen el sabio gobierno que los rige, y le tributan gustosos un homenaje que él les retribuye en protección y seguridad. Entonces el comercio tiene sobrados en que extender su actividad y beneficencia, proporcionando salida y consumo a los frutos del sudor del honrado labrador y del industrioso artista".

En general, las críticas y remedios de Manuel de Salas traducían un ataque a fondo al sistema colonial, a la incapacidad del gobierno y administración españoles, pero no pretendía el nuevo destino para Chile separado del de la monarquía española; su plan reformista contemplaba la mutua unión y el fructífero progreso de la Metrópoli y el reino de Chile. Aunque no pidió directamente la libertad de comercio con las naciones extranjeras, ella se deducía de los principios sustentados en sus diversos documentos. Sus planes y actividades progresistas entrañaban un contenido revolucionario y, sin darse cuenta, impulsaban la emancipación, pues no encontró acogida en sus proyectos de fomento económico, porque España solo quería que las colonias produjesen materias primas, pero no que ellas las elaborasen, y de ahí su desinterés por la política proteccionista, de estímulo a la industria, de don Manuel de Salas. No convenía a los intereses de la metrópoli. Y esta incomprensión llevará lentamente a los hombres de mayor sensibilidad social y política a pensar que el futuro de América encontraría un horizonte más fecundo para sus intereses rompiendo la dominación peninsular para ligarse libremente al mercado mundial.

En Chile el régimen económico-social de la Colonia estorbaba el progreso material y político del país; el impulso y crecimiento de las fuerzas productivas se rebelaban contra el sistema cerrado y medieval de la Monarquía española, lo cual se traducía en una crisis permanente absurda. A causa de las trabas del régimen monopolista, la agricultura progresaba con mucha lentitud, la industria era muy débil y carecía de incentivos, el comercio exiguo y se movía en marcos muy estrechos, y el comercio exterior resultaba

desfavorable a Chile. A pesar de todo, se advertía un fuerte capitalismo agrario que necesitaba, al expandirse, del libre cambio para exportar ventajosamente sus cereales. Por otro lado, los hacendados criollos exportadores sufrían la explotación de los navieros del Callao, quienes le imponían el precio a sus productos, pues si no los aceptaban corrían el peligro de perder sus existencias debido a la carencia de barcos nacionales para transportarlos. Numerosos observadores perspicaces señalaron las deficiencias del régimen imperante y propusieron atinadas reformas para sacar al país de la crisis; pero el crítico más lúcido del atraso colonial y de su débil desarrollo fue Manuel de Salas. Vio con claridad los problemas de la crisis del sistema colonial por falta de un desenvolvimiento económico amplio, con oportunidades de trabajo para todos, a causa de las limitaciones monopolistas impuestas por la metrópoli y de la producción agraria restringida por el latifundio y, por la misma situación, la imposibilidad de acceso a la propiedad de una apreciable cantidad de hombres de empresa y de trabajo, capaces de abrir nuevos cauces a la economía del reino.

A don Manuel de Salas, sus años de estudios en España, durante el apogeo del despotismo ilustrado y de su política reformista, le llevaron a transformarse en un fervoroso e incansable adepto de las luces y en un sincero creyente en la efectividad y fecundidad de la política renovadora y de progreso de la monarquía borbónica en el siglo XVIII, sobre todo de las nuevas concepciones y de la actividad de Carlos III. Los grandes escritores y estadistas de esa época influyeron y conformaron el pensamiento y la prodigiosa labor de Manuel de Salas. La obra ''La industria y educación popular", de Campomanes, "libro de oro", según su ardiente juicio, de las nuevas tendencias y aspiraciones le suministró los fundamentos teóricos de su acción reformista y le cimentó sus anhelos en orden a desarrollar la economía del país, por el fomento y la diversificación, y a impulsar una educación realista, vinculada a las necesidades y exigencias del avance económico, que formara y mejorara al hombre, lo capacitara científica y técnicamente, lo hiciera sujeto eficiente, moral y culto.

A lo largo de la Colonia, la enseñanza impartida fue reducida y se daba exclusivamente en los claustros de las comunidades religiosas; por lo tanto era eclesiástica, escolástica, sin conexión con los problemas de la sociedad y, en general, imperaba una ignorancia profunda en el país, "donde se desconocía hasta las nociones más rudimentarias de las ciencias a cuya aplicación se deben los progresos de la agricultura, de la minería y de la industria".

Manuel de Salas economista, sociólogo, educador y filántropo, aparte de sus estudios teóricos mantuvo un contacto estrecho, permanente, con la realidad chilena a través de múltiples empresas económicas y sociales, y en la práctica de los asuntos político-administrativos como miembro del Cabildo de Santiago y en la Sindicatura a perpetuidad del Consulado de Santiago. Su radiografía de Chile suponía, para usar un lenguaje contemporáneo, mostrar en los "defectos estructurales" de su economía las causas del atraso y de la miseria del país. En efecto, no radicaban en la desidia u ociosidad de sus habitantes, los cuales, por el contrario, ansiaban trabajar y "enjambres de infelices" acudían a ofrecer sus brazos en las obras públicas y las faenas agrícolas, y las minas contaban con abundante mano de obra. El régimen de la gran propiedad no permitía el cultivo sino de una escasa porción de la tierra aprovechable, traduciéndose en la desocupación y miseria de los campesinos; tampoco facilitaba la instalación de nuevos cultivos productivos; asimismo la industria manufacturera no alcanzaba un estado importante y el artesanado era ignorante y pobre. Las consecuencias nocivas para la existencia del pueblo de aquel estado de cosas eran: el alcoholismo, la inestabilidad de la familia, la vagancia infantil, la delincuencia... En 1805 anotaba las repercusiones sociales de la incipiente organización económica, mostrando "al pobre pueblo que nos circunda y cuyo alivio es el fin de nuestra institución", que "vaga sobre un terreno que ofrece a cada

punto atractivos para detenerlo: desnudo, donde sobran materias para vestirse; hambriento, donde se arrojan los alimentos; ocioso, en presencia de las riquezas de todas clases que les encubre la falta del arte y del ejemplo. Por eso es ebrio, para sofocar las tristezas de su existencia; es homicida, por el disgusto continuo en que vive y porque nada tiene que perder; es célibe, porque mira su posteridad como una carga, y por esto se aminora cada día sensiblemente o, al menos, no crece; y por lo mismo es gravoso y no, como pudiera, útil a la metrópoli".

Manuel de Salas asignó siempre a la economía una función humana y social, o sea su finalidad debía tender a incrementar la producción para liberar de la miseria a todos sus pobladores; al mismo tiempo poseyó una fe indestructible en las posibilidades racionales del hombre, "para dominar la naturaleza y vencer sus propias limitaciones", de donde fluía su concepción educacional. Se demuestra un legítimo hijo de la "Ilustración", por su respeto al ejercicio de la razón, su entusiasmo por la ciencia y su creencia en el perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, es decir, en el progreso ilimitado. Y como consecuencia una incondicional adhesión a la importancia decisiva de la educación en equilibrada proporción: a parte de su carácter intelectual, imprimirle una orientación vocacional, completando las disciplinas teóricas con los conocimientos prácticos. Y se afanó por conseguir la participación del elemento laico en la organización de la educación y para impartirla. En toda su larga y fecunda actividad se demostró con los mejores atributos del economista, del sociólogo y del educador, y siempre exhibió una profunda conciencia nacional anhelosa de progreso y de justicia.

En su "Representación al Ministro de Hacienda don Diego Gardoqui", abordó también la situación educacional del reino, en apretada síntesis, en ponderada concordancia con sus concepciones y críticas económicas y que, más adelante, desenvolverá con extensión al propiciar la creación de la Academia de San Luis. El texto es el siguiente: "Del estado de población y comercio se infiere bien el de las artes. Solo hay las necesarias a la vida; las que no están en la infancia, aún les falta mucho para la perfección; carecen de los principios esenciales para su adelantamiento, dibujo, química y opulencia: esta madre de las necesidades artificiales y del lujo, que ni se puede extinguir, ni conviene a la metrópoli combatir, y es necesario dirigirlo al bien y mover este resorte que hace a los hombres industriosos y activos. Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, beneficiadores sin docimasia, hojalateros de rutina, zapateros tramposos, forman la caterva de artesanos, que cuanto hacen a tientas más lo deben a la afición y a la necesidad de sufrirlos, que a un arreglado aprendizaje sobre que haya echado una mirada la policía y animado la atención del magistrado. Su ignorancia, las pocas utilidades y los vicios que son consiguientes les hacen desertar con frecuencia, y, variando de profesiones, no tener ninguna. Si por medio de una academia o sociedad se les inspirasen conocimientos y una noble emulación, ellos se estimarían, distinguirían desde lejos el término a que pueden llegar, y emprendiendo el camino, serían constantes, útiles y acomodados; tal vez harían brotar de cada arte los ramos en que están divididos en los lugares donde se han perfeccionado".

Según Manuel de Salas, las nuevas ciencias eran la base de una educación útil y su enseñanza formaría hábiles agricultores, verdaderos mineros, buenos comerciantes, artesanos competentes, ocupaciones conexas con el bien del pueblo, de los individuos y del Estado. Para corregir el carácter caduco de la enseñanza y para colocarla en una orientación realista, útil a las verdaderas necesidades de progreso del país, se empeñó en la creación de un establecimiento educacional moderno. El 1° de diciembre de 1795, Manuel de Salas elevó una "Representación a los señores de la Junta de Gobierno del Consulado", donde abogaba por la urgencia de introducir la enseñanza pública de la aritmética, geometría y dibujo, si se quería fomentar la industria, el comercio y los oficios. Al respecto comenta Miguel Luis Amunátegui:

“Este testimonio auténtico de no haberse enseñado nunca en la capital unos ramos tan elementales, es el documento más expresivo que pudiera exhibirse de la extremada ignorancia en que Chile estaba sumido”. El documento citado demuestra el patriótico desinterés de Manuel de Salas y deja en descubierto la pobreza increíble de los recursos disponibles para la difusión de la instrucción pública en la época colonial.

Después de innumerables esfuerzos y trajines consiguió que el Gobernador Gabriel de Avilés aprobara su proyecto y por decreto del 6 de marzo de 1797 ordenó la apertura de la escuela propuesta de aritmética, geometría y dibujo, bajo la denominación de Academia de San Luis (en obsequio de la reina de España, María Luisa, esposa de Carlos IV, y amante de Godoy), para servir a los hombres de trabajo, a la industria, minería y comercio. Fueron quince meses de fatigosos trámites para lograr el funcionamiento de una escuela cuyo sostenimiento demandaba un gasto anual de 2.375 pesos. Resaltan a través de esas gestiones el atraso casi inconcebible de la época y la perseverancia heroica de Manuel de Salas. Se instauró el 18 de septiembre de 1797, en una modesta casa de la calle de San Antonio, con tres clases: una de primeras letras; la segunda, de gramática latina y castellano; y la tercera, de aritmética y geometría, y dibujo. Por primera vez, en Chile, hubo enseñanza pública de la lengua patria y de dibujo. Mientras en el Convictorio Carolino todos los ramos se cursaban en latín, en la Academia de San Luis, con la excepción de la cátedra de latín, sólo se hablaba el idioma patrio. La deseada clase de Matemáticas pudo abrirse el 19 de octubre de 1799, bajo la dirección del ingeniero Agustín Marcos Caballero, recién venido de la Península.

El rey aprobó el 31 de enero de 1798 la fundación de la Academia de San Luis y ordenó se le diera para su funcionamiento 2.400 pesos (a cargo de la Junta de Minería, 1.000 pesos; Consulado, 1.000 pesos; y Cabildo de Santiago, 400 pesos). En otra real orden confirmó el nombramiento de director de don Manuel de Salas que le había conferido el Presidente de Chile. Para propagar una instrucción científica, Salas cuidó la formación de un gabinete de física y una biblioteca. Esta contaba, en 1801, con 800 volúmenes, de los cuales 116 los obsequió el incansable filántropo.[19]

El 10 de abril de 1801, Manuel de Salas le dirigió al Presidente interino del reino, oidor José de Santiago Concha, un informe sobre el origen, progreso y estado actual de la Academia de San Luis. En el exordio de su memorial expresa algunos de sus pensamientos relacionados con el bien de Chile. Dice: “en lo que jamás encontré razón de dudar, o que no sirviese a confirmar mi primer concepto fue el de que el remedio radical es la enseñanza de las ciencias naturales. Me ratificó en él la vista de Europa, donde se abrazaron con ansias desde que se conoció que las palabras valen menos que las cosas, y que de éstas son precarias y pequeñas las que no se tratan científicamente, o no se fundan en el conocimiento de sus elementos... Las ciencias especulativas, necesarísimas a la conducta del hombre, no pueden ocuparlos a todos, ni servir a todas sus necesidades. Una agricultura sin consumos ni reglas, una sombra de industria sin enseñanza ni estímulo, un comercio, o propiamente mercancía de rutina, sin cálculos, combinaciones ni elementos, necesitan para salir de la infancia y tosquedad los auxilios del arte de medir y contar, por cuyo defecto no se ve aquí en estas profesiones pasar de la mediocridad, como sucede a cada paso en todo el mundo; y por eso la común prosperidad, que nace de la individual, no avanza una línea. Las

[19] El historiador Domingo Amunátegui Solar reproduce la nómina de los alumnos sobresalientes; la atención de las cátedras (profesores); la lista de los libros de su biblioteca, entre los cuáles figuraban muchos de ciencias; las cuentas de sus gastos; y, en general, la vida del plantel año a año hasta su fin, el 27 de julio de 1813, cuando se le incorporó al Instituto Nacional.

facultades abstractas, que exigen previamente metodizar el discurso, hallarán su perfección en las demostrativas, si antes se enseña por ellas a buscar por orden práctico y progresivo los conocimientos útiles y sólidos de que es capaz el ingenio humano. Así se rectifica acostumbrándolo a la exactitud en el raciocinio, y de ese modo se purgan los ánimos del escolasticismo y espíritu de partido, que, después de trastornar el juicio, inspiran una terquedad que trasciende a la sociedad y costumbres, que siempre se resienten de aquella utilidad y orgullo consiguientes a los estudios de memoria, muy diversos de la sinceridad y modestia inseparables de los que sólo estudian la verdad, que se habitúan a ella a fuerza de buscarla, y que fundan sus más sublimes discursos en principios sencillos y ciertos"...[20]

Y esta equilibrada enseñanza es fundamental para formar hombres capaces de aprovechar y explotar los variados recursos naturales del país en forma amplia, racional y fructífera.

La Academia de San Luis caminó con los tropiezos derivados de la atrasada situación del país, la estrechez de recursos económicos y la falta de personal docente idóneo. Para conocer la reacción de la minoría culta frente a su experiencia es interesante reproducir algunos párrafos del informe de la comisión nombrada para presenciar sus exámenes. En ese documento se advierten la influencia de las ideas educacionales de Manuel de Salas y de su inagotable optimismo sobre los beneficios de la nueva enseñanza impartida por ese plantel. Así informan: "...En efecto, los comisionados que conocen que es un error creer que las nociones generales y el celo suplen la falta de principios, y que están persuadidos a que cuando éstos no se esperan sino de la experiencia de los casos particulares, se establecen con suma lentitud, y siempre con poca seguridad, creen que con la enseñanza de tan útiles conocimientos, y los del dibujo, que se ha interrumpido con la ida del profesor que por rara casualidad se logró al principio, los cuales son la base de las ciencias naturales y mecánicas y de las artes, no tardarán en verse en el país agrimensores, que, estableciendo sólidamente los hechos, preparen la pronta y entendida decisión en los litigios sobre límites de las propiedades territoriales; perspicaces mineralogistas, metalúrgicos y docimásticos; químicos que, simplificando las operaciones que están en el día en manos meramente prácticas, aumenten sus tesoros y descubran nuevos recursos; buenos constructores navales y hábiles pilotos que den y faciliten al país todas las ventajas con que los convida la naturaleza y su situación geográfica y política; elegantes arquitectos, pintores, escultores, que establezcan el placer y comodidades de la vida, que esparcen las nobles artes; por último, ven abierta una nueva carrera de utilidad y aprovechamiento, así a la juventud distinguida, como a la menos considerada. Circunstancia es ésta que han notado los comisionados con el mayor placer en la academia; porque, prescindiendo de que los más necesitados son quizá los más acreedores a la instrucción pública, sobre todo a ésta que conduce a las artes, es de un excelente influjo la reunión por los conocimientos entre clases que separan el nacimiento y la comodidad más de lo que exige el orden de una sociedad bien organizada. Así serán más respetados los unos, y más atendidos y considerados los otros"... (El documento lo firman Juan Enrique Rosales y Juan José de Santa Cruz comisionados del Cabildo; Juan Manuel Cruz y José de Cos Iriberri, comisionados del Consulado; y José Baptista de las Cuevas, comisionado del Tribunal de Minería, fechado a 11 de marzo de 1801). Sin embargo, una real orden de 1801 la derogaba, y para impedir la aplicación de tan absurda medida, Manuel de Salas llevó a cabo innumerables trámites, y gracias al apoyo de la Real Audiencia salvó la supervivencia de la Academia.

Manuel de Salas trató siempre de ampliar y mejorar la enseñanza impartida por la Academia de San Luis, sobre todo en lo aplicable a la minería, actividad tan importante en Chile, pero no consiguió obtener la

[20] "Escritos...". Tomo I, págs. 569-587.

suficiente ayuda económica de parte de las autoridades reales para poder llevar a cabo sus acertados propósitos, y no pudo hacer aprobar la creación de una cátedra de docimasia, (ensaye de minerales), ni la formación de un gabinete de mineralogía. M. L. Amunátegui comenta con razón; "la poderosa corte española, en cuyos dominios no se ponía el sol, no encontró tres mil pesos anuales para fomentar en Chile la enseñanza de las ciencias indispensables a la explotación de las minas, una de las principales fuentes de producción en este país".

La Academia de San Luis subsistió hasta su incorporación en el Instituto Nacional a mediados de 1813. En ese año sus alumnos eran 94: en primeras letras, 54; en latinidad, 28; en curso inferior de matemáticas, 6; y en curso superior de matemáticas, 6.

Su espíritu reformista y de progreso lo llevó a aceptar con simpatía la constitución de la primera Junta de Gobierno, el 18 de septiembre de 1810. Precisamente, en marzo de 1811 escribió "El Diálogo de los Porteros" en el cual defiende su conveniencia y legalidad. Junto con proclamar la soberanía del pueblo sostenía la adhesión a Fernando VII. A través de sus páginas muestra su molestia por la incomprensión de las autoridades españolas ante cualquier intento de avance. En "El Diálogo de los porteros", conversan Argote, portero de la Excma. Junta, y Quevedo, portero del Ilt. Cabildo. Argote expresa estas airadas palabras: "nos han tenido en la obscuridad y miseria; pues los buenos pensamientos que leíamos en los pocos escritos útiles que dejaban por descuido pasar a nuestras manos, los tachaban de quimeras y cuentos, o los llamaban proyectos sólo buenos para libros, como si los libros no enseñasen lo mismo que se hace en todo el mundo. Estoy cansado, podrido de oírles decir a boca llena y arqueando las cejas esto no es adaptable; no lo permiten las circunstancias locales, ¡Ah cabrones!".

Las palabras reproducidas traducían su desencanto frente al inmovilismo colonial, pues a menudo sus actividades y proyectos en favor de la difusión de la enseñanza, del desarrollo de la agricultura y del comercio, de la creación de nuevas industrias y del fomento de la minería, se vieron obstaculizados por "aquella ruinosa frase de que esto no es adaptable. Dios me libre de una palabra tal que, según su concepto, conjurada con la de expediente y sustanciación ha destruido el país".

En 1823, al exponer algunas críticas sobre el carácter de la educación impartida en la flamante república anotaba una semejanza apreciable con la de la época colonial y, por lo tanto, no adecuada a las reales necesidades del país. Con la independencia no se había mejorado nada, todavía, en el campo educacional. Escribía; "la educación científica de la época española no dividía sus frutos, sino entre eclesiásticos y abogados. Así es que los destinos que necesitan de más extensos conocimientos, se reparten exclusivamente y por necesidad, entre los ministros del altar y los defensores de causas particulares. ¿Qué conexión tienen estas profesiones con la ciencia de gobierno, la economía, la política, el arte de la guerra, el del comercio y el de todos los otros ramos sobre que han de recaer las providencias del ministerio, si tenemos el derecho de esperar que la patria empiece a ser dichosa? En el gabinete y en las asambleas públicas, de nada sirven las cuestiones de teología, ni el saber discernir entre las falsas y verdaderas decretales, ni las disputas entre Bártulo y Baldo, o las alegaciones en derecho para sostener el valor de un testamento, o argüir de inoficiosa una dote. No es lo mismo estar penetrado del estudio de la religión, de los cánones, que de los principios de la legislación y de la mejora de los pueblos"...

Don Manuel de Salas falleció el 28 de noviembre de 1841. En síntesis, su personalidad fue extraordinaria, dotada de un profundo sentido histórico. Si la Monarquía hubiera escuchado sus atinadas peticiones y

sugerencias otro habría sido el destino del Reino y al extenderse sus recomendaciones al conjunto hispanoamericano, otro el futuro de América. España pudo ampliar la autonomía de los reinos americanos, conceder derechos políticos, fomentar la agricultura e instalar industrias, y modernizar la enseñanza, pero no lo hizo porque en la misma metrópoli existía una realidad de atraso, ignorancia y fanatismo. Sin embargo, gastó una enorme energía en desorbitadas empresas políticas europeas, en reprimir los movimientos insurreccionales americanos y, más tarde, en combatir terca y cruelmente las gestas emancipadoras. ¡Es la trágica ceguera de las potencias colonialistas! Por eso, ante la exactitud del diagnóstico de Manuel de Salas y la sensatez de sus proposiciones reformistas, asombra la falta de sentido histórico de los gobernantes y de la clase dirigente de España.

En cualquiera de sus escritos se exhibe su personalidad superior, en la cual anidan bien armonizados los atributos del economista, el sociólogo y el educador. Aparte de los alcances humanos y sociales de la economía, poseía plena conciencia de la categoría científica de la economía política y, por lo tanto, de la urgencia del estudio técnico de los fenómenos económicos para proceder a una actividad racional, eficaz y, de tal suerte, eliminar la inercia, la estagnación y las prácticas rutinarias. El aumento y diversificación de la producción debía llevarse a cabo por medio de una política científica: fomento de las producciones naturales del país, introducción de aquellos cultivos susceptibles de aclimatarse; industrialización de todos los ramos de la producción para obtener con ella mayor empleo, un aumento del consumo y un remanente de exportación destinado a liberar el país de la dependencia de un par de productos de exportación, fatal origen del monopolio y la decadencia. Por eso sería indispensable proteger a las empresas particulares “a la sombra de algún privilegio”, y las explotaciones de utilidad efectiva merecerían ser ayudadas; por los caudales de la Real Hacienda.

Al mismo tiempo resultaba imprescindible formar maestros, dar una educación moderna de acuerdo con las exigencias del desarrollo económico y social. De ahí su planteamiento insistente sobre la trascendencia de la educación como motor del avance económico, para lo cual era ineludible dotarla de una orientación social y científica, realista, ligada a los requerimientos de la sociedad y del progreso.

Su penetrante mirada abarcó todos los asuntos y se anticipó con gran lucidez a muchos de los problemas que podrían generarse en una actividad creadora, renovadora. Propuso algunas medidas inmediatas audaces para superar las condiciones de vida de la población. Por ejemplo, la división de las tierras agrícolas según la extensión de los cultivos, pero “sin recurrir a los medios, violentos de los nuevos Gracos, que declaman contra los grandes propietarios y atribuyen a ellos la despoblación...”, y el mejoramiento de los cultivos primitivos, únicos medios de poner fin a la desocupación y a “los crímenes, hijos de la ociosidad y del abandono, que abundan más, aquí como en todas partes, en las provincias donde hay menos industrias”; propiciaba la instalación, de nuevas industrias y su manejo por mano de obra capacitada y experta, con el propósito de diversificar la producción, de aumentar la variedad de productos y de acrecentar el mercado consumidor; y en relación con aquel propósito, capacitar a los artesanos y trabajadores hasta hacer desaparecer las rutinas consuetudinarias en las cuales se debatían; modificación e impulso de la educación con un contenido realista, dando preparación técnica y científica a la juventud.

Tales eran algunas de sus proposiciones dirigidas a provocar el adelanto del país, el acrecentamiento de su riqueza y el bienestar de su pueblo. Su programa, sus ideas y sus anhelos poseen una sorprendente actualidad y, en este instante histórico, a más de un siglo y medio de distancia de su prédica, frente a una realidad muy similar en su esencia a la expuesta por el ilustre sociólogo y educador, luchamos, como

él, por conseguir la instauración de un nuevo régimen económico-social más racional, más justo, más eficiente, partiendo de la realización de muchas de las reformas planteadas por el egregio patriota.

Andrés Bello: Homenaje de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile

ARAUCO N°80 septiembre 1966

Con motivo de la conmemoración del centenario del fallecimiento de don Andrés Bello, primer rector de la Universidad de Chile, la Facultad de Filosofía y Educación hizo imprimir un volumen con los discursos pronunciados en los actos oficiales y una serie de ensayos, especialmente preparados, a cargo de catedráticos competentes, sobre los aspectos más señalados de la múltiple actividad del egregio sabio y educador. Es un medular volumen, de 326 páginas, enriquecedor de la amplísima bibliografía sobre la personalidad y obra de Bello. A partir de este instante pasa a ser una publicación indispensable para el cabal conocimiento y la adecuada comprensión de la prodigiosa producción del ilustre caraqueño-chileno. Lo integran tres discursos de gran hondura interpretativa: del actual Rector de la Universidad de Chile, Eugenio González Rojas: "Andrés Bello y la Universidad de Chile"; del decano de la Facultad de Filosofía y Educación, (recientemente reelegido para un segundo período), Julio Heise González: "Acción y pensamiento de Bello"; y de Roberto Munizaga Aguirre: "Actualidad de Bello para una moderna reorientación de la enseñanza en Latinoamérica"; y seis ensayos originales, eruditos y novedosos, de Guillermo Feliú Cruz: "Los primeros contactos de Bello con Chile"; de Rodolfo Oroz: "Andrés Bello, imitador de las bucólicas de Virgilio"; de Ricardo Donoso: "Bello en el Senado"; de Gastón Carrillo: "Actualidad de la gramática de Andrés Bello"; de Graciela Mandujano: "Consideraciones sobre la obra educativa de don Andrés Bello"; y de Julio César Jobet: "Las ideas educacionales de don Andrés Bello y su labor en la Facultad de Filosofía y Humanidades".

El volumen es de una importancia extraordinaria para abarcar y entender el significado de la empresa educacional, jurídica, literaria y cultural de don Andrés Bello, y cada ensayo aporta valiosos elementos a una visión integradora de su inmensa y sorprendente obra. No cabe sino felicitar a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile por el estímulo y patrocinio de estos selectos estudios.

En cuanto a la trascendencia de la actividad y de la producción Intelectual de Bello, el magnífico ensayista Mariano Picón-Salas, (venezolano también y formado en nuestra Universidad), ha escrito estas justísimas líneas: "unió como ningún otro letrado la vieja tradición española con los nuevos impulsos que desde la Revolución y el Romanticismo empezaron a configurar el alma moderna. Abrió al trato intelectual de otras naciones y otras culturas el entonces cerrado mundo hispanoamericano, con la misma decisión que los héroes de la Independencia lo abrían al trato político. Su seria erudición, su sosiego, su don de análisis, su ponderado juicio, sabían canalizar el frenesí. Toda su obra parece así un compromiso entre la tradición y la modernidad".

Andrés Bello fue un hombre de su tiempo, dotado de un espíritu abierto, innovador y liberal en el campo de la cultura. Su pensamiento filosófico y educacional se nutrió en diversas fuentes: en su juventud tradujo la "Lógica" sensualista de Condillac; leyó a los grandes representantes del humanismo renacentista y a los escritores del siglo XVIII; estudió a Descartes, Locke, Hobbes, Hume, Berkeley, Cousin y Constant; y, en Inglaterra, profundizó la escuela escocesa, (Bentham, Mill). Según su definición, la educación "es la que enseña los deberes que tenemos para con la sociedad como miembros de ella, y los que tenemos para con nosotros mismos, si queremos llegar al grado de mayor bienestar de que nuestra

condición es susceptible”... O sea, la educación junto con estimular el perfeccionamiento individual, desempeña una función social delicada, porque el individuo posee obligaciones con la sociedad. Le asigna un sentido utilitario en cuanto debe tender al mejoramiento y al bienestar individual y social, para lograr la felicidad humana, idea ésta proclamada por los filósofos de la “Ilustración”. El gobierno entonces, posee la responsabilidad de dedicar una atención preferente a la enseñanza, con el propósito de dar conocimientos sólidos de sus deberes y de sus derechos a todos los ciudadanos, asegurando de tal modo la estabilidad de la república y el avance del progreso.

Bello propiciaba la extensión de la educación y, en especial, de la primaria, defendiendo la necesidad de instruir a las “clases inferiores”, por medio del aumento de las escuelas públicas, el establecimiento de escuelas dominicales y el reparto de textos adecuados. Su pensamiento ilustrado, liberal-burgués, queda de manifiesto al auspiciar el incremento de la enseñanza primaria en relación con la función social desempeñada dentro de la colectividad, en cuyo seno existen clases sociales separadas, con intereses antagónicos, es decir, clases superiores y clases inferiores, y "éstas clases, como las más numerosas y las más indigentes, son las que más exigen protección de un gobierno, para la ilustración de su juventud. Más, como sus necesidades sociales son diferentes, y como su modo de existir tiene distintos medios y distintos rumbos, es preciso también darles una educación análoga a esta situación particular”. ..

La educación debe amoldarse estrictamente a las diferencias sociales, y con un contenido de utilidad práctica respecto de las clases inferiores, a fin de mantener su estado y su desempeño de las funciones más pesadas de la colectividad.

Bello exhibió una preocupación constante por el cultivo y fomento de las ciencias naturales, pero tras su espíritu científico y su fe en la importancia de la enseñanza de los ramos científicos, se ocultaba un fuerte conservantismo social. Su reconocimiento del papel de la educación partía de la aceptación, como una realidad natural, de la existencia de una clase superior, la de los propietarios, llamada a dirigir el gobierno y, por lo tanto, a obtener la mayor cultura; y la clase inferior, de los pobres, a la cual era indispensable darle una mínima instrucción por medio de la extensión de la educación primaria.

El historiador Miguel Luis Amunátegui ensalza las aspiraciones educacionales de Andrés Bello, tanto por su contenido intrínseco como por su valor histórico, por cuanto las exponía en una época en la cual todavía predominaba el criterio de la iglesia docente, heredado del régimen colonial. En el sistema escolar impuesto por España, su magisterio estaba formado por hombres de iglesia; su enseñanza impregnada de escolasticismo y avasallada por las prácticas eclesiásticas; los rezos y ritos de devoción ocupaban tanto o mayor tiempo que los estudios semejando los colegios a conventos o claustros frecuentados por aspirantes al sacerdocio y no por hombres destinados a vivir en el mundo. Bello, aunque era católico y manifestó siempre respeto por la religión y le asignaba valor a la instrucción religiosa, dentro de un plan racional de estudios, protestó con energía en contra de ese atrasado régimen escolar. Respecto a este punto era clasificado por muchos coetáneos entre los sospechosos de impiedad, pues quería “una instrucción religiosa en que se dé menos importancia a las prácticas exteriores, al culto meramente oral, a las expiaciones de pura fórmula, al misticismo, a las autoridades ascéticas; y en que ocupen el primer lugar, las grandes verdades morales, el homenaje del corazón, y el ejercicio habitual de la justicia y de la beneficencia”.

El liberalismo intelectual de Bello se manifestó con nitidez en su tenaz campaña librada en contra de la censura a la internación de libros; (y a raíz de sus artículos se mitigó mucho, pero no se abolió sino hasta

el decreto del 31 de julio de 1878), en el fervor puesto en pro de la difusión de las ciencias naturales y en la atención primordial al estudio de las ciencias físicas. Bello, colocado en su época y ante su circunstancia, sobresale como un gran civilizador, a través de su constante actividad educacional y de su reformismo jurídico. Difundir la cultura, organizar un sistema de enseñanza eficiente y eliminar el caos de la atrasada legislación vigente, fueron anhelos inalterables de su quehacer fecundo, con el objeto de dotar a nuestra naciente república de instituciones y formas de convivencia, renovadas, en concordancia con las exigencias de la realidad creada por la independencia nacional. Fue un apóstol del progreso. Y su obra cobra caracteres egregios por sus resultados positivos y por haberlos obtenido en medio de un ambiente cargado de indiferencia y de resistencia a su empresa. En el campo educacional sostuvo una posición humanista amplia, en el sentido de implantar un sistema en el cual se fundieran las humanidades clásicas, como nexo con lo más valioso de la tradición, con las ciencias físicas y naturales, indispensables por las nuevas realidades creadas por el desenvolvimiento industrial y el avance científico. Al mismo tiempo, proclamaba la necesidad de instruir a las clases populares y señalaba la trascendencia de la educación primaria, a la cual asignaba, en su plan de estudios, elementos de las ciencias. Para él no podían separarse, en un sistema educacional idóneo, las asignaturas literarias cuyo foco es la vida del hombre, de las disciplinas científicas, cuyo centro es el estudio de la naturaleza.

Bello presenció en Europa, (en su permanencia de 19 años en Inglaterra), la declinación del humanismo clásico, exclusivamente literario, y el ascenso de un realismo científico renovador, acorde con las nuevas exigencias de un profundo proceso de cambio económico, social y educativo. De ahí el robustecimiento de su concepción humanista-científica y la insistencia en sus numerosos artículos en exponerla y propiciarla. Desgraciadamente, el marcado escepticismo respecto de la eficacia de la educación como medio para promover el adelanto de la sociedad, predominante en la clase superior del país y la resistencia cerrada a la enseñanza de los ramos científicos, tanto de la aristocracia como de la iglesia, no permitieron que las ponderadas ideas de Bello prosperaran. No se pudo dar vida a un sistema educacional nuevo, en conexión con las necesidades del país y de una actitud previsora, y no se hizo sino injertar sobre la base colonial española, latina y escolástica, algunos elementos del sistema francés no adaptados a la rudimentaria situación republicana. A la instrucción primaria se la descuidó completamente, salvo en el período de don Manuel Montt; no se estableció su obligatoriedad ni se la dotó de recursos especiales vegetando durante un siglo, con muy pequeños períodos de impulso, hasta 1920 cuando se dictó la ley de instrucción primaria obligatoria. La educación secundaria se la redujo a las humanidades clásicas, (filosofía, historia, literatura, religión, idioma patrio), centradas en el latín; se impuso un humanismo literario, un tanto añejo, que por la importancia desproporcionada del latín y de los ramos dialéctico-literarios, adquirió un carácter escolástico, retórico y verbalista, desvinculado de las cosas y de los problemas de Chile. Bello, a pesar de su pensamiento moderno y de su defensa de la enseñanza de las ciencias físicas y naturales, se vio obligado a moverse en el sistema impuesto. Por eso se equivocan quienes afirman que la enseñanza es la causa de nuestros males y de nuestra inferioridad económica. Al contrario, el sistema educacional del país es el resultado del sistema económico-social y político oligárquico, sojuzgado por la penetración y subordinación imperialista, caracterizado por su profunda diferenciación de clases y desigualdad de rentas, el cual obstruye e impide la reforma educacional. Cada sistema educacional refleja las características y limitaciones del régimen económico y social sobre el cual reposa. En la actualidad vivimos una etapa de acelerados cambios socio-económicos y marchamos hacia el establecimiento de un régimen democrático integral, de completa igualdad social y política de los individuos; caminamos hacia la instauración del socialismo por la acción sostenida de las clases trabajadoras. Este proceso revolucionario plantea el otorgamiento a todos de iguales

oportunidades de desarrollo de sus capacidades y de actuación social y política. La vida y el gobierno actuales son posibles, únicamente, con la participación de todos con idénticos derechos y deberes. Una sociedad democrática, igualitaria y justa, propia del socialismo, en la que se le restituya su dignidad al hombre, reclama una educación integral, científica y técnica, sobre la base de una completa fusión entre el espíritu democrático, que es el de confianza en el hombre, y el espíritu científico, que es el de la búsqueda imparcial de la verdad.

Don Andrés Bello respondió con inteligencia, fervor y abnegación al desafío de su tiempo. Su ejemplo y su labor merecen permanente respeto y simpatía; y sus obras son fuentes inagotables de ideas creadoras y de enseñanza útiles, aun para las exigencias de nuestro dramático momento histórico.

El socialismo científico y la libertad

ARAUCO N°82 NOVIEMBRE 1966

Si al Socialismo se le considera como una reacción contra la Injusticia social y económica, su origen se remonta a las más lejanas épocas de la humanidad; a aquéllas en donde apareció la propiedad privada y la sociedad se dividió en clases antagónicas. Si se le estima como una forma histórica determinada de la sociedad, el socialismo tiene su raíz en la sociedad capitalista y la doctrina socialista, misma se formuló en el siglo XIX.

El término Socialismo fue creado y usado en la década de 1830-40 para designar al conjunto de ideas surgidas del seno de dos grandes revoluciones: la revolución industrial y la revolución francesa. La revolución industrial junto con renovar las formas económinas y liquidar el antiguo régimen, significó una intensificación de la miseria. En este sentido, el socialismo pretende resolver esa terrible paradoja del mundo contemporáneo; el pauperismo nacido del maquinismo. Desde el punto de vista político el "antiguo régimen" fue eliminado por la revolución francesa; y aunque este trascendental acontecimiento está bastante alejado del socialismo moderno, pues a través de ella se impusieron la burguesía, la propiedad y el liberalismo, y no el proletariado y el socialismo, la doctrina socialista le es deudora de algunos de sus elementos más característicos: el igualitarismo, (apreciable en Robespierre y los "jacobinos" y en Babeuf y los "iguales"); el racionalismo, (para los jacobinos la era de las religiones había pasado, comenzando la era de la razón); es espíritu revolucionario, (la revolución francesa demostró que la energía revolucionaria permite pasar a la sociedad de un régimen determinado a otro diferente); y el internacionalismo, (la revolución no plantea sus principios sólo para la nación, sino también para el género humano).

El término Socialismo se hizo corriente entre los sansimonianos, en Francia. Y parece haber sido Pierre Leroux el primero en darle un sentido preciso como doctrina: para Leroux era la teoría opuesta al individualismo; la teoría que subordina el individuo a la sociedad. En Inglaterra adquirió popularidad entre los miembros de la escuela de Robert Owen. Y la palabra se hizo célebre, precisamente, con su panfleto: "¿Qué es socialismo?", aparecido en 1841.

En la doctrina socialista es necesario distinguir dos etapas: la primera, en los orígenes del socialismo, a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, el llamado socialismo utópico; y la segunda etapa, a partir de la aparición de "El Manifiesto Comunista", en 1848, el socialismo científico.

El socialismo utópico (Saint-Simon, Fourier, Cabet, Owen...), es la concepción determinada por la existencia de profundas injusticias sociales; pero en vez de indagar su solución en el desenvolvimiento de

la sociedad, las busca en el cerebro de los hombres. No se apoya sobre la evolución económica, ni en sus leyes, por ignorarlas; ni en los antagonismos profundos de la sociedad moderna, sino en la razón, en la comprensión, en el espíritu de justicia. El socialismo utópico no ve las clases, sino los hombres; se dirige tanto a los pueblos como a los gobernantes; a los pobres como a los ricos. Siempre aprecia las transformaciones como el resultado de espíritu de justicia, a pesar de ser ellas el resultado de los antagonismos sociales y de las luchas originadas por aquellos antagonismos.

Al contrario, si se considera el socialismo como una forma histórica determinada de la sociedad, forma ineludible, a partir de un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas, la doctrina socialista alcanza el carácter de científica. El socialismo científico consiste en observar los hechos y en buscar sus leyes; en utilizar los antagonismos que dominan la sociedad contemporánea y en dar a la clase oprimida en lucha la conciencia de su papel histórico. El régimen capitalista actual ha sido precedido por el régimen feudal y éste por el régimen esclavista. Tres grandes modos de producción, entonces, se han sucedido en la historia. Así como el sistema capitalista nació de la entraña del feudalismo, al desarrollarse debe alumbrar un nuevo régimen. Y analizándolo, buscando sus leyes rectoras, se puede apreciar cómo lleva en sí las condiciones de su propia transformación. Lo puso en evidencia, de manera penetrante y convincente “El Manifiesto Comunista”. Las fuerzas productivas, a raíz del progreso de la técnica de los instrumentos de producción, han alcanzado tal grado de avance que desborda la forma capitalista burguesa de su utilización dando origen a una incompatibilidad dramática. Esta se comprueba por el maltusianismo económico, (destrucción de productos), y la cesantía crónica, hechos que serían más catastróficos si la preparación para la guerra no suscitase ciertas formas económicas y no implicase el empleo de una mano de obra considerable. Pero si el desarrollo de un sistema termina en su propia transformación y en el nacimiento de otro superior, este cambio no se verifica por sí mismo; tiene necesidad de la intervención de los hombres.

El socialismo científico se distingue del socialismo utópico al demostrar que la transformación de la sociedad deriva del conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la forma jurídica de su manejo, y tiene su expresión en la lucha de clases. Este cambio es la condición necesaria de todo progreso ulterior y la clase oprimida por el sistema imperante es la única fuerza social capaz de realizarlo, por cuanto es indispensable romper las formas jurídicas de utilización de las fuerzas productivas, defendidas por la clase privilegiada. El socialismo no puede ser sino el resultado de la lucha de clases.

Pero, ¿cuáles son las características de la sociedad socialista? Hoy día casi todos los países de Europa y Asia se proclaman socialistas. Por otro lado, la propaganda comunista presenta a la URSS, como el país del socialismo, aunque los socialistas la denuncian como una nación totalitaria por su régimen político dictatorial y policíaco. El socialismo es la colectivización de los medios de producción y la dictadura del proletariado dicen unos; el socialismo es la abolición de la sociedad privada, la libertad y el respeto de la persona humana, afirman otros. Según Bourgin y Rimbert las diversas interpretaciones del socialismo concuerdan en que su exigencia esencial es la abolición de la propiedad privada, fuente de todas las desigualdades e injusticias sociales. Al mismo tiempo, dejan bien en claro que el socialismo es una forma de sociedad cuyas bases fundamentales son las siguientes: 1. Propiedad social de los instrumentos de producción 2. Gestión democrática de esos instrumentos. 3. Orientación de la producción en vista a la satisfacción de las necesidades humanas. Además, la instauración de una sociedad así, implica no sólo la eliminación de la propiedad privada, sino también de la propiedad nacional. Entonces, la desaparición de

la soberanía nacional es una condición necesaria del socialismo. El socialismo debe realizarse en escala internacional.

En síntesis, el socialismo es una concepción del mundo; un sistema para organizar la producción y distribución de los bienes, y una actitud frente a la vida. Cree en la posibilidad de constituir una sociedad nueva, estable y próspera, implantando la justicia económica y la igualdad social, por medio de la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, y de las clases sociales. Reconoce que la colectividad existe para lograr el progreso del individuo y mantener la libertad; que el control de los medios económicos significa el control de la existencia misma, los cuales no pueden ser equitativamente utilizados cuando se encuentran en manos particulares, El socialismo se propone un cambio total en el mecanismo económico-social y lo justifica dando una amplia y efectiva extensión a la libertad humana; la organización económica es la condición, no la antítesis de la plena libertad individual. Y sólo ella permitirá a la Humanidad dar el salto del mundo de la necesidad al de la libertad. La meta del socialismo, en esencia, es implantar un régimen de libertad, donde cada hombre sea estimado como un fin en sí mismo y no como un medio para el fin de otro hombre, es decir, un régimen donde se haya eliminado la actual explotación del hombre por el hombre.

El socialismo es una doctrina completa y orgánica, cuyos principios están basados en investigaciones científicas y en el estudio sistemático de las disciplinas sociales, económicas y jurídicas. Su método es experimental. Y espera que la regeneración social ha de venir del Estado, como expresión de las clases trabajadoras organizadas en el poder, en tránsito hacia su extinción. El socialismo, además, tiene carácter universal y persigue la agrupación internacional de los trabajadores con el objeto de reemplazar en forma general el sistema capitalista. La doctrina socialista es camino de liberación, opuesta a cualquier totalitarismo y supone el reafirmamiento y la extensión de la democracia.

El escrito socialista donde se han sintetizado con mayor elocuencia los puntos de vista de la doctrina es “El Manifiesto Comunista”, de Marx y Engels. Alcanzó una influencia universal por sobre todos los demás documentos socialistas de la época, a causa de su síntesis admirable de los rasgos más sobresalientes del desarrollo de la sociedad y de la necesidad histórica del socialismo como culminación de la evolución de la Humanidad. El año de su aparición, 1848, corresponde a un vuelco decisivo de la historia: la economía capitalista se encontraba en el momento de llegar a ser la forma dominante de la sociedad, por su expansión prodigiosa. A pesar de sus crisis periódicas, la producción capitalista progresaba rápidamente. “El Manifiesto Comunista” explica esta transformación y la describe con claridad: revela sus leyes y sus contradicciones de fondo. Es un régimen de progreso y, al mismo tiempo, de explotación y de opresión. Es una categoría histórica necesaria, pero destinada a desaparecer bajo el efecto de sus contradicciones insolubles. La propia dinámica de su desenvolvimiento crea formas de producción que lo excederán y, a la vez, a los hombres correspondientes a esas formas de producción: los asalariados. Al alcanzar las fuerzas productivas un cierto grado de desenvolvimiento, el socialismo es indispensable; deviene una forma histórica inevitable de la sociedad.

Las ideas principales del Manifiesto según el resumen de los tratadistas Bourgin y Rimbert, son: 1. La historia de toda la sociedad es la historia de la lucha de clases, luchas sin tregua, ya disimuladas, ya abiertas, que terminan siempre por una transformación revolucionaria de la sociedad entera o por la destrucción de las clases en lucha. 2. La sociedad burguesa no ha hecho sino substituir las antiguas formas de lucha con otras nuevas, y tiende más y más a dividirse en dos grandes clases diametralmente opuestas: la burguesía y el proletariado. 3. La sociedad burguesa ha desarrollado la división internacional

del trabajo y ha hecho a las naciones interdependientes. 4. La ley de la concurrencia que domina a la sociedad burguesa ha dado a las fuerzas productivas un desarrollo tal que éstas han llegado a ser demasiado poderosas para las condiciones burguesas de producción. Así resulta una contradicción entre la potencia de las fuerzas productivas y su utilización jurídica, o sea, las relaciones de propiedad. 5. La sociedad burguesa ha desarrollado y concentrado a la clase social que es su negación; los asalariados. 6. Los asalariados no pueden liberarse de la servidumbre económica sino destruyendo las formas burguesas de utilización de esas fuerzas productivas y creando nuevas condiciones sociales de producción. 7. La lucha de los trabajadores en sus comienzos es nacional en su forma, pero llega a hacerse internacional a medida de su desarrollo. 8. Los trabajadores deben organizarse en partido de clase para conquistar el poder político de cada país y concentrar en las manos del Estado los instrumentos de producción. Y termina con las famosas frases: “Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen en cambio, un mundo a ganar. ¡Proletarios de todos las países, uníos!’’

Al imponerse el capitalismo como la forma económica dominante de la sociedad contemporánea, el “Manifiesto Comunista” llegó a ser el manual fundamental del socialismo de todos los países. Enseguida Marx suministró un estudio detenido, científico y crítico, del régimen capitalista en su obra magna "El Capital”. Si en este aspecto "El Manifiesto Comunista” es un punto de partida, “El Capital” es un punto de llegada (Según I. Berlín, “es un intento de ofrecer una visión unitaria e integral de los procesos y leyes del desarrollo social, y contiene una teoría económica completa tratada históricamente y, en forma menos explícita, una teoría de la historia según la cual ésta está determinada por factores económicos. La interrumpen notables digresiones consistentes en análisis y esquemas históricos de la condición del proletariado y de sus empleadores, en particular durante el período de transición de la manufactura al capitalismo industrial en gran escala; las introduce para ilustrar la tesis general, pero de hecho muestra con ellas un método nuevo y revolucionario de escribir historia y de interpretar la política”). La historia ideológica del socialismo casi queda terminada con él. En lo sucesivo lo más importante es su historia política, es decir, la organización del proletariado y su actividad para llegar al poder. Y desde el punto de vista ideológico la labor fundamental consiste en la interpretación y enriquecimiento del pensamiento marxista.

El socialismo como teoría no podía ser sino el resultado de un trabajo intelectual, la obra de numerosos pensadores, entre quienes se destacan, indiscutiblemente, Marx y Engels. Para que la teoría llegase a ser práctica y el socialismo saliese del dominio de la especulación intelectual debía constituir la conciencia de la única fuerza capaz de realizarla. Esta fuerza, aparecida en la actividad pública en el curso del siglo XIX, es el movimiento obrero, el cual comprende pronto su responsabilidad ineludible de transformar la sociedad. Se produjo entonces una fusión entre los pensadores socialistas y el movimiento obrero. De esta fusión nació el movimiento socialista, forma consciente de la lucha de clases. El capitalismo ha creado las condicionas técnicas del socialismo, pero no serán los capitalistas quienes destruyan su sistema y se aniquilen a sí mismos. Por eso, el régimen socialista será una realidad solamente rompiendo la estructura jurídica de la sociedad capitalista. Y esto no puede ser sino la obra de un factor voluntario, es decir, de la intervención de los hombres. Este factor voluntario es el movimiento socialista.

El análisis marxista de la evolución histórica de acuerdo con H. Lefebvre, deja bien establecido lo siguiente: La sociedad burguesa se formó en un momento dado de la historia, sobre la base de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas. La burguesía tuvo una misión histórica: desarrollar sus fuerzas productivas rompiendo los obstáculos del modo de producción anterior. Después, el modo de producción capitalista ha llegado a ser, a su vez, un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas

productivas; entra en conflicto permanente con ellas. La misión histórica de la burguesía ya ha terminado; es una clase en decadencia y solo se defiende por la violencia; las condiciones que permitieron su dominación desaparecen y son excedidas. Al proletariado actuante incumbe la misión histórica de resolver el antagonismo planteado: poner de acuerdo el modo de producción con las fuerzas productivas prodigiosamente acrecentadas. El proletariado y el socialismo son quienes restituirán el carácter social del trabajo, hoy en día en abierta contradicción con la propiedad privada de los medios de producción. En la sociedad moderna es el proletariado quien por su actividad, pondrá término a la alienación humana. Únicamente él puede liberar la sociedad y el hombre, librándose él mismo, porque sufre todo el peso de la explotación y de la opresión. Tal es el papel histórico del proletariado y del movimiento socialista.

Sin duda, el pensamiento marxista es la parte más considerable dentro del conjunto de las doctrinas socialistas. El escritor francés Henry Lefebvre ha destacado en una brillante síntesis la ubicación del marxismo, su valor y sus relaciones con otras doctrinas. Para el escritor mencionado, sólo existen tres grandes concepciones del mundo: la concepción cristiana; la concepción individualista liberal, y la concepción marxista.

La concepción cristiana, formulada con nitidez y rigor por los grandes teólogos católicos, se puede definir, en lo esencial, por la afirmación de una jerarquía estática de seres, actos, valores, formas y personas. En la cima de esta jerarquía se encuentra el ser supremo, el puro espíritu, Dios. Su formulación de mayor amplitud se verificó durante la Edad Media. En los siglos ulteriores ha agregado muy poco a la obra de su máximo representante, Santo Tomás, por razones históricas esta teoría de la jerarquía convenía particularmente a la Edad Media. Es la concepción medieval del mundo, aunque todavía, en nuestros días, se la propone y defiende como válida.

La concepción individualista del mundo aparece a fines de la Edad Media, y en el siglo XVI con Montaigne. Diversos pensadores la amplían a lo largo de los siglos posteriores. Según ella, la realidad esencial es el individuo y no la jerarquía; él posee en sí, en su fuero interior, la razón. Entre esos dos aspectos del ser humano —lo individual y universal, es decir, la razón—, habría una unidad, una armonía espontánea, lo mismo entre el interés individual y el interés general, entre los derechos y los deberes, entre la naturaleza y el hombre. A la teoría pesimista de la jerarquía, (inmutable en su fundamento y con su justificación en un "más allá" puramente espiritual), el individualismo intenta substituirla por una teoría optimista de la armonía natural de los hombres y de las funciones humanas. Históricamente esta concepción del mundo corresponde al liberalismo, al crecimiento de la burguesía. Es, pues, la concepción burguesa del mundo, (aunque la burguesía en su decadencia la abandona y hoy día se vuelve hacia una concepción pesimista y autoritaria, jerárquica, del mundo).

La concepción marxista del mundo rehúsa colocar una jerarquía exterior, (metafísica), a los individuos. Tampoco se deja encerrar como el individualismo, en la conciencia del individuo y en el examen de esta conciencia aislada. Ella considera las realidades que escapan al examen de la conciencia individualista: son las realidades naturales (la naturaleza, el mundo exterior); prácticas, (el trabajo, la acción); sociales e históricas, (la estructura económica de la sociedad, las clases sociales). El marxismo no admite la hipótesis de una armonía espontánea. Comprueba contradicciones en el hombre y la sociedad humana. Así, el interés individual privado se opone a menudo al interés común; las pasiones de los individuos y los intereses de grupos y clases no se acuerdan espontáneamente con la razón, con el conocimiento y la

ciencia. Al existir contradicciones se plantean dificultades, obstáculos, problemas a resolver, de donde surgen luchas y acción. El marxismo, entonces, escapa al pesimismo definitivo y al optimismo fácil.

El marxismo apareció históricamente con la sociedad moderna, o sea, con la gran industria y el proletariado y como resultado de la contradicción según la cual el progreso técnico, la liberación del hombre frente a la naturaleza y el enriquecimiento general de la sociedad capitalista, supone la servidumbre y el empobrecimiento de las clases trabajadoras. De esta suerte, el marxismo es la concepción del mundo que expresa las contradicciones y problemas de la época moderna, aportando al mismo tiempo las soluciones racionales correspondientes.

El pensamiento de Marx y Engels es la continuación de las tendencias humanistas del Renacimiento y del movimiento filosófico de los siglos XVII y XVIII. El genio de Marx y Engels analiza, adopta y desarrolla las teorías y doctrinas de la economía política inglesa; de la filosofía alemana, (en especial la dialéctica de Hegel); y del materialismo y socialismo de los pensadores avanzados de Francia, Según el escritor inglés Isaías Berlín, (en su biografía "Karl Marx. Su vida y su contorno"), respecto a los antecedentes de sus concepciones, Marx jamás intentó negar su deuda a otros pensadores y únicamente pretendía haber dado respuestas adecuadas a problemas hasta entonces incomprendidos o interpretados erróneamente, persiguiendo siempre la verdad, y no la novedad. A continuación agrega: "Acaso el embrión de cada uno de sus puntos de vista pueda hallarse en algún escritor anterior o contemporáneo. Así, la doctrina de la propiedad comunal, fundada en la abolición de la propiedad privada, probablemente haya tenido adherentes, en una u otra forma, en muchos períodos durante los dos últimos milenios. Y, por consiguiente, la cuestión a menudo debatida sobre si Marx la tomó directamente de Mably, o de Babeuf y sus seguidores, o de alguna versión alemana del comunismo francés, es demasiado académica para revestir importancia. En cuanto a doctrinas más específicas, un materialismo histórico más o menos semejante se halla plenamente desarrollado en un tratado de Holbach publicado casi un siglo antes, autor que a su vez debe mucho a Spinoza; por lo demás, una forma modificada de ese materialismo fue enunciado por Feuerbach en los mismos días de Marx. La visión de la historia humana como historia de la guerra entre las clases sociales se encuentra en Linguet y Saint-Simon, y fue adoptada en gran medida por historiadores liberales franceses contemporáneos, como Thierry y Mignet, así como por el más conservador Guizot. La teoría científica de la inevitabilidad de la recurrencia regular de crisis económicas fue probablemente formulada por primera vez por Sismondi; la del ascenso del Cuarto Estado fue ciertamente sostenida por los primeros comunistas franceses, popularizada en Alemania en la época de Marx por Stern y Hess. En la última década del siglo XVIII, Babeuf anunció la dictadura del proletariado la cual fue explícitamente desarrollada en el siglo XIX, y en diferentes formas, por Weitling y Blanqui; la posición presente y futura, así como la importancia de los trabajadores en un estado industrial, fue más plenamente estudiada por Louis Blanc y los socialistas estatales franceses de lo que Marx quiere admitir. La teoría laboral del valor deriva de Locke, Adam Smith, Ricardo y los otros economistas clásicos; la teoría de la explotación y la plusvalía se halla en Fourier, y el modo de ponerle remedio, merced a un deliberado control estatal, en los escritos de los primeros socialistas ingleses tales como Bray, Thompson y Hodgskin; Max Stirner enunció la teoría de la alienación de los proletarios por lo menos un año antes que Marx. La influencia de Hegel y de la filosofía alemana es la más profunda y más ubicua de todas; esta lista podría fácilmente prolongarse".

Para Berlín el sistema finalmente erigido por Marx resultó una maciza y original estructura que alteró la historia del pensamiento humano en el sentido de no poder decirse ya ciertas cosas después de él. Aparte de sus grandes producciones teóricas, sus folletos, artículos y cartas "constituyen un comentario

coherente de los asuntos políticos contemporáneos a la luz de su nuevo método de análisis. Son penetrantes, lúcidos, mordaces, realistas, de tono sorprendentemente moderno y apuntan de modo deliberado contra el optimismo dominante en su tiempo". Como revolucionario no aprobaba los métodos de conspiración y, por el contrario, "Se proponía crear un partido político abierto dominado por la nueva visión de la sociedad". Su obra en general es un ataque en contra de la sociedad burguesa, y "en su totalidad constituye la acusación más formidable y fundada jamás lanzada contra todo un orden social, contra sus gobernantes, sus ideólogos, los que lo apoyan, sus instrumentos conscientes e inconscientes, contra todos aquellos cuyas vidas están enlazadas en su supervivencia".

A Marx y Engels les pertenece, como descubrimientos exclusivos, la comprensión de la importancia de los fenómenos económicos y su papel fundamental en la marcha de la sociedad; el análisis de la estructura contradictoria de la economía capitalista y su relación básica: el salario y la producción de plusvalía; el rol histórico del proletariado y la posibilidad de una política independiente de la clase obrera y de la transformación de las relaciones sociales por medio de esa política.

El mérito de Marx, radica, según escribe Engels en el prefacio a la tercera edición alemana de "El XVIII Brumario de Luis Bonaparte", en haber sido el primero en descubrir la ley según la cual "todas las luchas históricas, sea que se lleven sobre el terreno político, religioso, filosófico, o en cualquier otro dominio ideológico, no son, de hecho, más que la expresión neta de las luchas de clases sociales, ley en virtud de la cual la existencia de esas clases, y, por consiguiente, también sus choques, son, a la vez, condicionados por el grado de desenvolvimiento de su situación económica, por su modo de producción y su modo de cambio, que deriva también del precedente".

La estructura económica de una sociedad dada, forma siempre la base real que debemos estudiar para comprender toda la superestructura de las instituciones políticas y jurídicas así como de las opiniones religiosas y filosóficas que le son peculiares. Y Marx en sus grandes obras, llevó a cabo el análisis profundo de la estructura económica capitalista. Formuló su teoría del valor sobre el principio del trabajo y demostró que el valor de cualquier mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo, socialmente necesario, invertido en su producción. En seguida demostró, también, que la fuerza de trabajo de un hombre se convierte en mercancía, debiendo venderla al propietario de la tierra, de las fábricas, de los instrumentos de trabajo. Y de la jomada de trabajo sólo una parte se invierte para su sostenimiento (salario), y otra parte se invierte sin recibir nada, creando la plusvalía para el capitalista, la cual origina su inmensa riqueza. Según Marx, la apropiación del trabajo no pagado es la forma básica de la producción capitalista y de la explotación de los obreros, inseparable de ésta. El capitalista incluso cuando paga la fuerza de trabajo a su valor real como mercancía en el mercado, extrae de ella más valor del que él ha dado para adquirirla. Esta plusvalía constituye la suma de valores de donde proviene la masa de capital sin cesar creciente, acumulada en manos de las clases poseedoras.

El marxismo enseña a los trabajadores que el salario no representa sino una parte del producto de su trabajo; y la otra parte constituye la plusvalía, adjudicándosela el capital bajo la forma de ganancia, renta o interés, y originando la acumulación de inmensas riquezas en pocas manos. El salario no es, por consiguiente, sino una forma atenuada de esclavitud, mientras los trabajadores no sean dueños de los medios de producción; y quienes deben organizarse sindical y políticamente para poner término a esta irritante y regresiva situación, generadora de todas estas injusticias y trastornos experimentados por la Humanidad. En este sentido la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.

Para el marxismo, la historia de la humanidad es la historia del desarrollo económico, de los antagonismos sociales, políticos e ideológicos y de las luchas de clases, en las cuales el hombre juega el papel decisivo, pero donde pasa por diversas fases de avasallamiento y emancipación, con la perspectiva de liberarse finalmente de todas las servidumbres extrañas. El socialismo es la fase en la cual comienza la liberación del hombre por medio de la transformación de los medios fundamentales de su servidumbre, de su alienación. (Marx define su concepto de la alienación, o enajenación, en "La ideología alemana" así: "los actos propios del hombre se erigen ante él en un poder ajeno y hostil que le sojuzga, en vez de ser él quién los domine").

La historia ha conocido dos formas decisivas de alienación y de limitación de la personalidad humana. En primer lugar, la alienación económica sobre la base de la propiedad privada que coloca al hombre, a su trabajo, bajo la dominación de otro. El hombre es el creador de todos los valores, pero al estar alejado de los medios de producción, la propiedad privada lo rebaja al nivel de un instrumento, de un objeto, porque no respeta su personalidad y la subordina al poder de potencias extrañas. El derecho de propiedad conduce a la explotación completa del trabajo y a la anarquía inherente a todo sistema social establecido sobre el derecho de una minoría a beneficiarse, como si le perteneciera, del trabajo de la mayoría de los productores.

La propiedad social de los medios de producción y la gestión de la economía, por los productores mismos es el primer acto de una verdadera humanización del hombre, acto consistente en entregar a los productores los medios de producción y elevarlos del estado de objeto al estado de sujeto, de la esclavitud al poder; de la inseguridad a la seguridad del trabajo; de la miseria al comienzo del goce del derecho de decidir ellos mismos la repartición del producto del sobre-trabajo y la participación activa en la apropiación de una parte determinada de la plusvalía. Marx ha escrito: "la supresión efectiva de la propiedad privada en tanto apropiación de la vida humana, es la supresión real de toda alienación, es la vuelta del hombre a su naturaleza humana". Así, pues, la gestión de la economía por los productores sobre la base de la propiedad social de los medios de producción es el elemento esencial del humanismo socialista. La colectivización de los medios de producción exige la influencia efectiva de los trabajadores en las organizaciones económicas y en el seno de los consejos de productores; y la eliminación de los privilegios del burocratismo y del parasitismo social. En caso contrario se cae en el capitalismo de Estado burocrático, con la consiguiente explotación inhumana del trabajo, como ha ocurrido en el régimen comunista soviético. El ensayista Sebastián Frank ha escrito, con exactitud: "Solo podrá implantarse una democracia real cuando los que producen dejen de ser los esclavos de sus herramientas y dispongan por si mismos del poder sobre los medios de producción, y esto no se alcanza sino por medios democráticos... No hay caso de que el control democrático sobre los medios de producción pueda realizarse mediante una organización qué escapa al control de sus propios medios. A fin de lograr este propósito, debe verificarse un cambio gradual del ambiente a través de una expansión incesante de los sectores democráticos y asimismo un cambio de los propios individuos. El pueblo no podrá adquirir la capacidad de forjarse su destino sino mediante su propia experiencia política".

La segunda forma esencial de alienación y de limitación del hombre encuentra su expresión en el dominio de la política, es decir, del Estado y del Derecho. El Estado es un instrumento de alienación de los derechos de la personalidad política del hombre, aun cuando este Estado le reconozca ciertos derechos políticos. Al realizarse el socialismo, a consecuencia del imperfecto desarrollo de las fuerzas materiales, de las contradicciones de clase, de la presión ejercida por toda suerte de prejuicios y de vestigios de la antigua sociedad en las relaciones sociales, en las ideas y los sentimientos del hombre, el

Estado debe mantener todavía aquella alienación. La libertad, elemento de la personalidad humana, se encuentra todavía limitada. Pero esta restricción debe ser condicional y provisoria, porque el socialismo engendra, y exige al mismo tiempo, la democracia. Como sistema social no puede instaurarse ni desenvolverse sin democratísmo. La propiedad social de los medios de producción, la gestión obrera y la orientación de la producción hacia la satisfacción de las necesidades humanas significan un ensanchamiento de la democracia y de sus fundamentos sociales, y señala la conquista de la soberanía económica; al mismo tiempo ofrece una base material a un goce efectivo y completo de los derechos individuales, políticos, sociales y económicos. La democratización impide la aparición y robustecimiento de la burocracia y hace efectiva la gestión obrera. La democracia, entonces, es parte integrante e indispensable del socialismo. En el socialismo encuentra la democracia la base que le permite realizarse y es en la democracia donde el socialismo encuentra la condición indispensable de su existencia y de su desarrollo.

A menudo se indican tendencias autoritarias en el conjunto de teorías de Marx, pero el contenido medular de su obra entera está dirigido a denunciar todo cuanto enajena al hombre y lo reduce a un objeto en vez de elevarle a la dignidad de un sujeto. El pensamiento marxista en sus diversos aspectos tiende a perfeccionar y a completar la herencia democrática y humanitaria del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX y, al mismo tiempo, es profundamente revolucionario. En su ensayo “Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel” escribió Marx unas líneas en las cuales sintetiza en forma admirable su posición humanista y revolucionaria: “Es cierto que el arma de la crítica no puede sustituir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que derrocarse por medio del poder material, pero también la teoría se convierte en poder material tan pronto como se apodera de las masas. Y la teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando argumenta y demuestra ad hominem, cuando se hace radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo... La crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es la esencia suprema para el hombre y, por consiguiente, en el imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable”. Y el medio para realizar ese “imperativo categórico" de destrucción de las relaciones sociales opresivas es la revolución. La revolución solamente permitirá el derrocamiento del sistema capitalista, explotador y sojuzgador del hombre y, a la vez, la completa emancipación del individuo y de la sociedad.

Lenin ha señalado con claridad el valor de la revolución en las concepciones de Marx, en un párrafo sugestivo: “El marxismo difiere de todas las otras teorías socialistas en que enlaza de manera notable la serenidad científica en el análisis de la situación y de la evolución objetivas, con el reconocimiento categórico de la importancia de la energía de la creación y de las iniciativas revolucionarias de las masas, así como, naturalmente, de los individuos, de los grupos, de las organizaciones, de los partidos que saben descubrir y realizar el contacto con esta o la otra clase. La importancia de los períodos revolucionarios en el desenvolvimiento de la humanidad se desprende de todo el conjunto de las concepciones históricas de Marx; es en estos períodos que se resuelven las múltiples contradicciones que se acumulan lentamente en los períodos llamados de evolución pacífica. Es en estos períodos que se manifiesta con más fuerza el papel director de las diferentes clases en la determinación de las formas de la vida especial, que se crean los fundamentos de la superestructura política, los cuales se mantienen después durante mucho tiempo a pesar del cambio de régimen de producción. Al contrario de los teóricos de la burguesía liberal, Marx no veía en dichos períodos precisamente desviaciones de la marcha

“normal”, síntomas de la “enfermedad social”, tristes resultados de excesos y de errores, sino los momentos más vitales, más importantes, más decisivos de la historia de las sociedades humanas”.

Paralelamente al marxismo, y en constante polémica con él, se elaboró la doctrina anarquista, Proudhon y Bakunin formularon un conjunto de teorías con diversas raíces socialistas y en varios aspectos contrarias al socialismo. El anarquismo acepta la concepción materialista de la Historia y se apoya en la lucha de clases. Afirma que la propiedad privada es una fuente de explotación y de tiranía de un grupo reducido sobre la gran mayoría. Para el socialismo la desaparición de la propiedad privada y su reemplazo por la propiedad social, manejada por los trabajadores, dentro de un cuadro planificado por el Estado, como fase de transición, podrá libertar al individuo. En cambio, el anarquismo teme ese dominio del Estado no obstante el cambio de sus funciones, aun como etapa transitoria, porque heredaría las tendencias tiránicas propias del capital privado. Por eso busca el medio tendiente a reconciliar de inmediato la posesión comunal con la mayor disminución posible los poderes del Estado y su más rápida y completa abolición. El anarquismo ataca al marxismo por creer encontrar en sus doctrinas una fuerte tendencia hacia la autoridad y el centralismo, o sea, hacia el estatismo. El rasgo más característico de la teoría anarquista su resistencia a todo género de autoridad impuesta. De aquí su oposición al Estado por ser la fuerza organizada en el gobierno de la comunidad. Los anarquistas combaten los organismos policiales y las leyes penales por medio de las cuales la voluntad de una parte de la comunidad es forzada por la otra. Para el credo anarquista el supremo bien es la libertad y la persigue por el camino directo de la abolición de toda imposición de control de la comunidad sobre el individuo. Para Bakunin, en su obra “Dios y el Estado”, los dos grandes obstáculos en contra de la libertad humana son la creencia en Dios y la vigencia del Estado. La abolición de la Iglesia y del Estado y de la propiedad privada, es decir, de todo poder coercitivo, es el anhelo fundamental del anarquismo. Aspira a instaurar un amplio colectivismo y la anarquía, esto es, en vez del Estado deberán existir federaciones de comunas.

Con respecto a los medios de lucha para preparar la revolución, rechaza la actividad estrictamente política y, en cambio, propicia el movimiento obrero organizado en sindicatos, cooperativas y organismos de resistencia, en los cuales se exprese democráticamente la capacidad política de las clases trabajadoras y por medio de la huelga general y la insurrección de la comuna, impongan su voluntad.

En cuanto a la agrupación internacional de la clase obrera, Bakunin era partidario de ella, pero manteniendo la autonomía de sus secciones y su derecho a actuar en forma independiente. Era hostil a la centralización. De ahí surgieron sus polémicas con Marx y el resultado fue la desaparición de la I Internacional.

Dentro del movimiento socialista se han diseñado tres grandes corrientes para enfocar e interpretar el conjunto de las doctrinas de Marx-Engels:

1° La revisionista y reformista. Sus adeptos creen encontrar en los nuevos hechos sociales y políticos elementos rectificadores de la doctrina de Marx. Por eso tratan de corregirlas y despojarlas de su espíritu revolucionario. Esta corriente se proclama democrática y liberal. Nutrió en parte considerable a los partidos socialdemócratas y a la II Internacional.

2° La revolucionaria y democrática. Acepta el conjunto de las doctrinas marxistas enriqueciéndolas con los nuevos hechos y aportes del devenir, a la luz del método suministrado por los maestros. Reconoce que Marx nos ha dado de manera inmejorable el sentido de dinamismo de la naturaleza, de la sociedad y

del hombre; a él debemos la idea de desenvolvimiento y superación y la tendencia a dominar las contradicciones y oposiciones existentes en vez de sólo acusarlas. Se apoya con firmeza en la concepción del materialismo histórico, por ser el más fecundo método científico de abordar el estudio de la sociedad, hostil a toda metafísica y excluyente de cualquier concesión a "fuerzas trascendentales", "leyes eternas", o "caudillos infalibles". Esta corriente fue siempre sostenida por las alas de izquierda de los partidos socialistas europeos y por algunos movimientos socialistas en América y Asia.

3° La comunista bolchevique. Esta corriente, en su época leninista, aunque en forma violenta y sectaria, correspondió a un intento de interpretar las doctrinas marxistas de acuerdo con los nuevos hechos de la época del capitalismo imperialista e influida por la situación particular de Rusia. El análisis de Lenin del imperialismo es sin duda, muy valioso, pero en sus posiciones políticas cometió el error de elevar al rango de dogmas inamovibles muchas consideraciones tácticas de Marx, en su primera época, defendiéndolas como la actitud única y excluyente del pensamiento político marxista, en circunstancias de estar su valor limitado a su tiempo. Al triunfar la revolución de 1917, las posiciones de Lenin pasaron a constituir el cuerpo doctrinario del comunismo soviético y de la III Internacional.

Al morir Lenin y caer el poder de la URSS en manos de Stalin, éste mantuvo una adhesión formal rígida al marxismo-leninismo, pero, en la práctica, erigió un sistema totalitario y policial en abierta oposición, con el humanismo marxista. En manos de los comunistas la interpretación del marxismo dejó de ser materialista y científica; se volvió exclusivamente dialéctica e idealista. En ellos la influencia de Hegel alcanzó mayor profundidad que la de Marx, y el materialismo no fue una ciencia sino una fe. Por eso, en su manejo la dialéctica marxista se transformó en una escolástica congelada, con una interpretación oficial rígida y un estéril conformismo partidario, se la esgrimió para justificar un régimen despótico y para aplaudir las monstruosidades de un dirigente: Stalin. El comunismo soviético estalinista desprestigió el marxismo y el socialismo.

Federico Engels, quien sobrevivió doce años a su amigo, hizo numerosas aclaraciones al conjunto de las doctrinas originales, tanto en lo sociológico como en lo político. De aquí lo equivocado de una posición cerrada y unilateral frente al vasto y complejo pensamiento de Marx-Engels, elaborado a lo largo de medio siglo. Una de las objeciones más frecuentes al marxismo se refiere a su concepción materialista de la historia. Se le acusa de haber formulado un determinismo económico rígido y de haber impregnado toda su filosofía de un fatalismo ciego, según el cual la historia tendería por una necesidad ineluctable hacia la revolución socialista, en donde los hombres serían simples objetos de la historia y no actores y autores de ella. En este campo, el filósofo italiano Rodolfo Mondolfo, ha trazado análisis eruditos definiendo con acierto su verdadero alcance. La doctrina marxista del materialismo histórico, o sea su concepción de la historia, tomó su nombre del hecho de haber surgido contra la concepción idealista de Hegel, atribuyendo la función de principio motor de la historia al sistema de las necesidades humanas sociales, consideradas por Hegel solamente materia y medio de la razón. Pero se equivocan quienes reducen su contenido a suponerle que el movimiento de la Historia está determinado por el ritmo automático de los procesos económicos. Según Mondolfo, el materialismo histórico no puede convertirse en determinismo económico, porque "es otra teoría, históricamente preexistente y concomitante con él, una de las teorías de los factores históricos, que hace el factor económico el demiurgo de la historia y su verdadera substancia, reduciendo el resto a simple epifenómeno e ilusoria superestructura. Contra este blanco del determinismo económico se han desencadenado los golpes de los críticos y las tentativas de superación del marxismo, los cuales a menudo contraponen a tan deformada imagen del materialismo histórico precisamente los lineamientos que son esenciales y

peculiares de su verdadera figura. El materialismo histórico, a su vez, quiere superar todas las abstractas teorías de los factores con la concreta filosofía de la praxis. Y filosofía de la praxis significa concepción de la historia como creación continua de la actividad humana por la cual el hombre se desarrolla, o sea, se produce a sí mismo como causa y efecto, como autor y consecuencia a un tiempo, de las sucesivas condiciones de su ser. Al concepto del hombre movido fatalmente por el obscuro poder de la historia, Marx y Engels, ya desde "La sagrada familia", oponen que "es más bien el hombre, el hombre viviente y efectivo, quien hace todo, quien posee y quien combate; la historia no es algo que se sirve del hombre como medio, sino nada más que la actividad del hombre que persigue sus fines".

Según R. Mondolfo, la historia es, para Marx, praxis, lucha constante, en el interior de la sociedad humana; es "enteramente historia de lucha de clases, en cuanto que es continuo conflicto de las fuerzas dinámicas contra la estática de las formas de las relaciones constituidas. Son, sobre todo, fuerzas de producción contra formas de producción y relaciones de propiedad; porque entre las necesidades que estimulan las actividades sociales humanas hay una que es más general, fuerte e impelente que las otras: es el interés económico. En este respecto, puede representar en el curso de la historia casi el hilo rojo que señala el camino esencial. Pero no está nunca separado de las otras necesidades y de las otras formas de actividad, porque no es separable de su sujeto, que es el hombre, más bien la sociedad humana, en la cual todas las exigencias, tendencias y manifestaciones de la vida se unifican en indivisible relación de acciones y reacciones".

En otro esclarecimiento expresa R. Mondolfo: "En la acción histórica hay siempre el momento crítico (conciencia de las condiciones existentes que son a la vez límites e impulsos de la acción) y hay el momento práctico (acción innovadora) inseparable siempre uno de otro. En esta unidad y reciproca dependencia está el carácter crítico-práctico de la concepción del materialismo histórico contrario por eso a las dos opuestas utopías de la reacción conservadora y del revolucionarismo anticrítico. Contra ellas, afirma de una parte que cuando las fuerzas productivas entran en conflicto con las relaciones de producción y de propiedad existentes entraña una época de revolución social; por otra, que una formación social no muere antes de que sean desarrolladas las fuerzas que es capaz de crear, y se hayan formado las condiciones de existencia de las nuevas formas. Así, en su acción histórica, "la humanidad se plantea solamente los fines que puede alcanzar"; y el materialismo histórico, aun concibiendo la historia como un desarrollo continuo de praxis revolucionaria, ha podido ser definido por Sorel como "consejo de prudencia a los revolucionarios". La definición que mejor responde a su verdadero carácter es, pues, "concepción-crítica-práctica de la historia".

También han sido criticadas rudamente las teorías económicas de Marx. Sus impugnadores manifiestan que han envejecido muchas de sus principales afirmaciones, porque el capitalismo ha experimentado un gigantesco desarrollo, remontando sus crisis y adaptándose con eficacia a las nuevas condiciones, sin producirse su derrumbe. Y aquella tesis marxista de que las leyes de producción capitalista conducen a la pauperización creciente de las masas, estaría refutada por el bienestar alcanzado por las clases obreras de los grandes países. Sin embargo, si se examina este asunto, se llega a la conclusión irrefutable de que el bienestar logrado no se debe a una tendencia del capitalismo, cuyo análisis haya escapado a Marx, sino a la acción organizada y permanente de la clase obrera, en conocimiento de las leyes del régimen capitalista, según su estudio científico, y cuya consecuencia práctica ha sido una modificación apreciable de la repartición de las rentas.

En general, lo señalado por Marx, sobre las leyes y características del capitalismo, se evidencia de manera patente en su desenvolvimiento contemporáneo. Su principal contradicción, de la cual derivan las demás, entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la propiedad de los instrumentos de producción se mantiene y exhibe a cada instante. Y para prolongar su existencia ha debido aceptar la intervención drástica del Estado en su proceso, naciendo un tremendo capitalismo de Estado, completa negación del capitalismo liberal del siglo XIX.

Los tratadistas Bourgin y Rimbert al analizar el desarrollo del capitalismo, a la luz de los principios del socialismo científico, comprueban que sus leyes fundamentales son éstas: la búsqueda obstinada del beneficio, la concurrencia, la concentración y la tendencia a la baja de la tasa de beneficio. Se advierte con claridad que el motor de la economía capitalista es la búsqueda del provecho, lo cual provoca una concurrencia áspera entre los capitalistas impeliéndolos, a cada uno de ellos, a agrandar su empresa y a eliminar a sus competidores. De ahí surge la concentración. La búsqueda del beneficio se persigue, entonces, entre empresas gigantescas haciéndose una dura competencia en el interior de un mismo país o de un país a otro, lo cual les lleva a acrecentar sin cesar su productividad, perfeccionando su técnica de producción. El alimento de la productividad no es posible más que por el aumento proporcionalmente más grande del capital constante (maquinarias, fábricas, materias primas) en relación al capital variable (salarios), con lo cual el capitalismo termina desarrollándose en la disminución de la tasa de beneficio. El beneficio, motor de la economía capitalista, es al mismo tiempo, su punto vulnerable. Ha sido su búsqueda la base del gigantesco avance del capitalismo, pero su progreso supone la desaparición del provecho. Es, entonces, cuando los capitalistas se entienden y forman los monopolios, con vista a limitar la producción y así salvaguardar el beneficio; o a buscar nuevos mercados para colocar sus productos y realizar inversiones para obtener una tasa más elevada de beneficio. Es la época del capitalismo imperialista, dirigido a la rapiña y explotación bárbaras de los países atrasados y subdesarrollados. Y, es también la era de las colosales conflagraciones, destacadas por la pugna de vastas coaliciones monopolistas.

Este análisis, verificado según los principios y el método marxista, es inobjetable. Sin duda, Marx no pudo figurarse que el progreso técnico y científico tomaría un ritmo tan colosal hasta engendrar una “segunda revolución industrial”, pero, no obstante, las estructuras sociales de las naciones industrializadas, aunque diferentes a las de mediados del siglo pasado, no han perdido su carácter antagónico ni su tendencia a la concentración del poder económico y político y solo la resistencia tenaz de las clases asalariadas ha impedido el establecimiento de un totalitarismo universal, anti-humano, como culminación de aquella tendencia propia del capitalismo. Y en la URSS existe este totalitarismo, precisamente por haberse instaurado un despiadado capitalismo de Estado, en vez de socialismo.

En cuanto al mejoramiento de las condiciones de trabajo se ha debido a la actividad organizada e incansable de la clase obrera, a través de los sindicatos y los partidos socialistas, en cuyos programas de reivindicaciones inmediatas se contempla la disminución de la jornada de trabajo, la reglamentación del trabajo de las mujeres y de los niños, el alza de los salarios, las leyes de previsión y de protección, etc., junto a la acción más vasta dirigida a la conquista del poder político.

Respecto a la democracia tal como existe en muchos países occidentales y como empieza a organizarse en varias naciones asiáticas existe una marcada propensión a olvidar que ella no ha sido un regalo de la burguesía, sino una conquista difícil y dolorosa de las clases populares, las cuales deben combatir sin tregua para mantenerla y vigorizarla. Finalmente, la justeza de las doctrinas económicas, sociales y

políticas de Marx-Engels, se alza indiscutible cuando vemos que en la sociedad actual, a pesar de todo su prodigioso avance económico y de su portentoso progreso técnico, permanecen intactas las diferencias de niveles de vida de las distintas capas sociales; se mantienen los antagonismos sociales e internacionales; son frecuentes las crisis de cesantía y de "sobreproducción", y, sin embargo, las tres cuartas partes de la población yacen en un espantoso subconsumo y no se aminoran las tendencias del régimen capitalista a eliminar los sectores intermedios colocados entre los asalariados y los empresarios.

En la hora presente, el Socialismo ya no es sólo una aspiración de las clases oprimidas; se impone como la única solución a la economía y al conjunto de las relaciones sociales. En la época en que vivimos, el fin inmediato del desarrollo de la sociedad, y de la realidad mundial, es el Socialismo entendido como la organización de una sociedad, donde la propiedad de los medios de producción y de cambio haya sido abolida en provecho de la colectividad, y donde el hombre haya alcanzado su plena libertad, al liberar la totalidad de las fuerzas productivas.

La explotación e inseguridad de las clases trabajadoras, dentro del actual régimen democrático-capitalista, se desprende de la propiedad privada de los grandes medios de producción, distribución y cambio (tierras, minas, fábricas, bancos, ferrocarriles), determinando la apropiación particular y privada de la plusvalía. El Socialismo supone la socialización y entrega de dichos medios a quienes trabajan y producen, implantando la democracia y la libertad, puesto que la sociedad adquiere los elementos que permiten organizar la producción para el consumo, y no para el lucro, eliminando las causas de la miseria, de las crisis y de la guerra. Muchos creen que la socialización de los medios de producción y de cambio, ahoga la libertad individual, y que la economía socializada tiende a una gestión burocrática, sostenida por un Estado policial y tiránico. Es verdad que la colectivización de los medios de producción y de cambio, supone una transformación revolucionaria de la sociedad, y debe provocar fatalmente una dura resistencia de las clases poseedoras, obligando a realizar una acción drástica por las clases desposeídas, y a usar transitoriamente de la violencia para imponerla. En cuanto al peligro de la burocratización y dictadura estatal, esto se evita con la participación directa de los trabajadores en la economía y la política, a través de la autogestión, o manejo democrático de los medios de producción socializados, y de la actividad consciente y responsable de sus organismos y partidos propios. De esta suerte el Estado pasa a tener un rol planificador y orientador. El Socialismo combate el estatismo y la burocracia; el verdadero Estado Socialista es aquel que garantiza, a la vez, la autoridad para asegurar las nuevas instituciones y la libertad para lograr una amplia gestión de las masas populares. La misión fundamental del Estado Socialista es tender, sin cesar, a la reforma social, el desarrollo material y al mejoramiento moral y humano del Individuo; y significa establecer la justicia social, asegurar la efectiva libertad individual y el gobierno democrático. En este sentido la misión del socialismo está a la orden del día, y responde exactamente a las necesidades del mundo actual.

El poderoso impulso de las fuerzas productivas, debido al avance de la ciencia y la técnica, hasta llegar a la utilización de la energía atómica, lo impone como un modo de producción superior, capaz de solucionar racionalmente las necesidades de la sociedad, por medio de la organización justa, planificada, de la producción y distribución, en la que el hombre ya no se verá obligado a consagrar su vida entera al trabajo físico, y no dependerá de las leyes del mercado, es decir, de las fuerzas ciegas y obscuras que obran fuera de su voluntad. El hombre, entonces, edificará libremente su economía, con arreglo a un plan.

La burguesía liberal conquistó la libertad en contra del feudalismo, (la libertad de conciencia durante la Reforma del siglo XVI; la libertad intelectual en el siglo XVIII y cuyo exponente más elevado es la Enciclopedia; la libertad política con la revolución francesa de 1789 y la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano), pero pronto la estableció en su exclusivo beneficio, a través del Estado Capitalista. En la sociedad actual es el proletariado quien la defiende y la anima de un contenido más amplio, luchando por extenderla a la sociedad entera. Es el heredero auténtico de las clases que le precedieron en el dramático movimiento de la conquista de la libertad.

Si la sociedad humana es el resultado histórico de la lucha por la existencia y su carácter es determinado por el de la economía, y el de ésta por el estado de sus fuerzas de producción, en la actualidad se impone un cambio trascendental que dé vida a una nueva economía. A cada gran época, en el desarrollo de las fuerzas productivas corresponde un régimen social definido. En el presente, el régimen burgués-capitalista, que ha asegurado grandes ventajas a la clase dominante, ha terminado su misión esencial, que fue la elevación del nivel del poder y de la riqueza humana con respecto del feudalismo, de acuerdo con los postulados del liberalismo, su concepción filosófica del mundo. Hoy día es un régimen económico y social agotado; entraba el desarrollo actual de las fuerzas productivas, y su libertad es la libertad burguesa que no rige para las masas laboriosas. El capitalismo se sobrevive artificialmente, por no responder a las necesidades históricas del presente. Ahora detiene el desenvolvimiento de la Humanidad, y ésta no puede estancarse ni inmovilizarse. La libertad burguesa es sólo formal y, en la práctica, impera con grandes limitaciones.

El Socialismo trata de conseguir la transformación de la estructura económica y social, para lograr la plena libertad y el funcionamiento de una auténtica democracia. Ha puesto en evidencia la importancia de los hechos económicos, y la insuficiencia de la democracia formal, puramente política. Por esta razón, la crítica de la democracia que hace el Socialismo está inspirada en el deseo sincero de instaurar una democracia real y perfecta. El Socialismo no solamente se preocupa de la organización económica, del acondicionamiento de la producción y del aumento de su rendimiento; también se afana por la libertad individual, y por la vida espiritual y moral del hombre.

La burguesía ha terminado su rol, pero nunca una clase dominante ha abdicado voluntaria y pacíficamente su poder. De ahí surge la revolución que, en su fondo, constituye un cambio de régimen social, transmitiendo el poder de una clase agotada a la de otra en ascensión. La revolución triunfa únicamente cuando se ha apoyado sobre la clase progresiva, capaz de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría del pueblo. En la sociedad burguesa-capitalista, la clase obrera es la única clase revolucionaria, y el socialismo, que interpreta las exigencias de esta clase, lucha contra la situación actual, en nombre de las necesidades del mayor número y de un principio superior de libertad y justicia buscando las nuevas condiciones materiales sobre las cuales ha de construir un nivel de vida más elevado, y los nuevos valores morales que dirijan la convivencia humana. El Socialismo despierta a las masas, señalándoles su esclavitud e inferioridad actuales, a pesar de su papel social inmenso e irremplazable. Y pide, en nombre de la libertad, para dársela a todos y no, exclusivamente, a una minoría, el fin de los privilegios burgueses. En nombre de la libertad, exige una distribución justa y equitativa de la riqueza y el aseguramiento a todo ser de una vida digna. En nombre de la libertad, habla del reemplazo del criterio egoísta de la utilidad personal por la idea colectiva en la dirección de la vida social. En la sociedad actual, son la clase trabajadora y el Socialismo los verdaderos representantes del progreso, de la paz y de la libertad. Solamente éste puede eliminar los factores que dan a la libertad, en

el sistema capitalista, una inseguridad tan grande, que siempre los hombres están luchando para obtenerla, defenderla o reconquistarla.

La lucha por la libertad, planteada por el Socialismo, incluye fundamentalmente, reivindicaciones económicas y reformas sociales atrevidas. La lucha por el pan, y por condiciones de vida más humanas, se identifica para todos los sectores obreros, y para la sociedad en general, con la lucha por la libertad. La realidad socialista será un hecho, en la medida que reorganice la economía, y la transformación de la estructura social "pueda acompañarse de una renovación moral en la conquista de una humanidad de calidad mejor, más justa, más espiritual", a fin de que sus miembros sean verdaderamente libres.

La democracia social exige nuevas instituciones económicas, que aseguren nuevas condiciones de vida, en donde los privilegios, engendradores de las injusticias y conflictos, hayan desaparecido y renovadas formas de convivencia eliminen toda acción mezquina y egoísta. En tal sentido, debe constituir la realización efectiva "de las ideas de justicia y de libertad entre los hombres". El Socialismo, según el talentoso y heroico socialista italiano, mártir de la lucha antifascista, Carlos Rosselli, pretende transformar la sociedad, lograr el ennoblecimiento de la política y del individuo, requisitos esenciales de una verdadera democracia, en el curso de una lucha continua, contra las injusticias y corrupciones de una sociedad egoísta, basada en el poder del dinero.

Los socialistas reclaman las transformaciones sociales más avanzadas y las justifican en nombre del principio de la libertad plena, efectiva, positiva, para todos los seres humanos en todos los aspectos de su existencia. Esta acción del socialismo en favor de la libertad no posee un carácter económico únicamente, persigue, también, la realización de los valores permanentes del espíritu. Desea una libertad integral. Para el socialismo es utópico hablar de respeto de los principios democráticos, de moral y de autonomía espiritual, cuando nos dirigimos a seres que viven miserablemente, logrando apenas, después de un trabajo agotador, satisfacer las necesidades primordiales de la vida. La miseria es la gran enemiga de la libertad en la misma medida que lo es la riqueza privilegiada. Por ello la condición principal para la realización de la libertad es la destrucción de los privilegios y la conquista permanente de un grado relativo de bienestar.

El socialista lucha para obtener la verdadera libertad y lo hace por su convicción sacada del estudio objetivo de los fenómenos sociales, por su sentimiento de justicia y por su adhesión activa a la causa de los pobres y de los oprimidos. En el fondo, el Socialismo, además de ser una concepción del mundo y un método, es un ideal. El móvil socialista "quiere hacer más felices a los hombres, y también mejores. Si es verdad que el socialismo lucha por la transformación de las cosas, lo hace, asimismo, para modificar las conciencias". Y en, esta lucha, Socialismo y Libertad marchan unidos en pos de la liberación del hombre. Con profunda exactitud, Juan B. Justo, el líder más importante del socialismo argentino, ha escrito qué "el socialismo más que una teoría histórica, una hipótesis económica y una doctrina política, es un modo de sentir, pensar y obrar que vigoriza y embellece la vida de los individuos como la de los pueblos".

La democracia y la libertad solamente pueden ser reinterpretadas en la teoría y en la práctica por el Socialismo. En cambio, las ha desprestigiado el liberalismo burgués al esforzarse por defender el proceso histórico en su etapa actual, para eternizar su dominio y mantener la libertad como un privilegio de clase. El liberalismo burgués se opone a la entrada en la escena de la Historia de las nuevas fuerzas sociales, las clases trabajadoras; y por otra parte, se apega dogmáticamente al liberalismo económico, generador del capitalismo, (el liberalismo político defiende la doctrina de la libertad individual), caduco,

y fracasado, que trata de mantener incólume los añejos conceptos de propiedad privada, herencia, lucro individual y del Estado como órgano de policía al servicio de la burguesía.

Si el liberalismo envuelve la idea de libertad, en la práctica la defiende en forma limitadísima. El Socialismo expresa el anhelo de libertad y la exigencia de organización. El espíritu exige la libertad política; la necesidad material impone la organización económica. Tal como lo manifestara Fourier, ser socialista es hacer el inventario de las necesidades humanas y darles satisfacciones. Y al conseguirlo permite que la libertad impere efectivamente para todos los miembros de la sociedad. La supuesta afirmación de que el socialismo es enemigo de la libertad, deriva del excesivo hincapié de algunos discípulos de Marx en asignarle un valor muy relativo e histórico, (la libertad y la moral serían productos históricos, simples reflejos de la evolución del mundo externo), confundiendo su esencia con sus manifestaciones pasajeras. Esta actitud, sin embargo, no guarda relación con el pensamiento y la actividad de Marx. Su preocupación por el hombre es constante y su lucha por la libertad, apasionada e intransigente. Poseyó una fe indestructible en las capacidades del hombre y en las posibilidades de su transformación y de su perfeccionamiento. Al combatir la reacción en algunos países europeos y denunciar sus tendencias conquistadoras, señalaba su derrota inevitable ante “la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la sed ingénita del hombre por la libertad”. Y no aceptaba su defensa por cualquier hipócrita u oportunista, porque “el que quiere defender la libertad debe primero amarla".

La URSS, al transformarse en una organización dictatorial basada en la socialización de los medios de producción, extendió aquel juicio simplista y equivocado. El comunismo soviético ha desacreditado la libertad y, en la misma forma, el socialismo y la democracia, a causa de su sistema tiránico absorbente, donde se ha avasallado al hombre sometiéndolo completamente inerte a un Estado totalitario. Las ventajas económicas logradas no compensan tal esclavizamiento del hombre. Pero, es preciso no confundir el socialismo, libertario por excelencia, con el comunismo soviético, opresor, totalitario y aplastador de la personalidad humana. Es una verdad profunda la expresada por el líder socialista francés, León Blum, cuando ha dicho; “hay una conexión indisoluble entre socialismo y democracia; sin socialismo la democracia es imperfecta y sin democracia el socialismo es imposible”.

El socialismo combate todo totalitarismo para afirmar una posición democrática y libertaria; señala el peligro de los regímenes dictatoriales centralizados y la amenaza de los grupos reaccionarios: sectores monopolistas, consorcios imperialistas, tarifas clericales y pandillas militaristas. El socialismo precisa que la clase trabajadora es genuinamente democrática y si lucha por eliminar la propiedad privada de los medios de producción y la existencia de las clases antagónicas, es para conseguir la democracia y la libertad. Y como régimen de transición persigue la creación de una economía de Estado planificada, con amplias nacionalizaciones, hacia un colectivismo evolutivo, a cumplirse en provecho de los intereses populares y humanos, destruyendo los viejos privilegios, pero manteniendo en forma intransigente la libertad y reconociendo la acción y dirección de los trabajadores, por medio de sus organismos sindicales y cooperativos y los consejos de productores y comunas, en el proceso. El socialismo en ningún instante coarta la fecunda iniciativa de las masas y tiene el convencimiento de que apoyado en ellas podrá realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económica y social, sin la cual no es posible la democracia política.

Para Carlos Kautsky, el gran teórico socialista y colaborador de Federico Engels, la lucha por el socialismo y por la emancipación del trabajo es, al mismo tiempo, una lucha por la emancipación humana en general; la organización colectiva de la economía no es un fin en sí misma, es el medio para asegurar la

libertad y el completo desarrollo de la persona humana. Al perseguir la emancipación humana el socialismo está ligado indisolublemente a la democracia. La propiedad colectiva no puede concebirse sin democracia. La propiedad colectiva y socialismo son imposibles en un régimen despótico, en donde los miembros de la colectividad estén privados del derecho de decidir libremente sobre el modo en que esta propiedad debe ser organizada y regida, y sobre las reglas según las cuales deban ser distribuidos, entre aquéllos, los frutos de su trabajo. Según Kautsky, para Marx, la implantación del socialismo sólo podría ser obra de la propia clase obrera y creía posible esta realización en el lugar y en el momento en que dicha clase hubiera alcanzado la fuerza y la educación necesarias. La condición para lograrlas consistía, por un lado, en un desarrollo económico avanzado y, por el otro, en una gran libertad política, es decir, en una vigorosa ascensión del movimiento obrero. Kautsky atacó la experiencia del comunismo soviético, precisamente, por su tentativa de imponer el socialismo en un medio atrasadísimo recurriendo a una feroz esclavitud de Estado y a una explotación inhumana del trabajo. Y la realidad del capitalismo de Estado burocrático y de tiranía política no significa el fracaso de los métodos socialistas del marxismo, sino el de los métodos del utopismo operando con un proletariado insuficientemente desarrollado. Es un fracaso de la dictadura como medio de conservar el poder y de realizar el socialismo. El comunismo soviético posee escasa relación con el socialismo porque en su funcionamiento aplasta al hombre con el peso del despotismo en lugar de elevarle y emanciparle. El socialismo se revela superior al comunismo, al perseguir la democratización económica, social y política junto al ennoblecimiento espiritual de la sociedad y del individuo.

Ha ayudado también a extender el errado juicio de que el socialismo es el enemigo de la libertad, el hecho de suponerle un afán igualitario en un sentido nivelador. El socialismo rechaza la igualdad entendida en esta forma por considerarla una concepción simplista y torpe. Únicamente pretende conquistar una base material justa y equitativa para todos a través de la socialización de los medios de producción y de la eliminación de las clases sociales, de donde partan los individuos en iguales condiciones y con iguales oportunidades. El socialismo quiere elevar al hombre sobre sus propias necesidades para hacerlo alcanzar el dominio de la plena libertad. Para los socialistas, la libertad es una realidad y un ideal. Ella es, a la vez, el motor de la vida humana y su objetivo. Los socialistas no niegan la libertad; niegan que pueda ser efectiva por el solo conocimiento de las leyes de la naturaleza y de la evolución histórica, y niegan que sea un milagroso don del cielo, una mera facultad poseída. La consideran un esfuerzo incesante, una creación humana continua, inseparable de la confianza en sí y de la acción. La libertad es la acción del hombre para dominar la naturaleza y superar las contradicciones de la Historia. De este modo, el socialismo es el más completo humanismo. En todas las épocas de la Historia se comprueba este esfuerzo del hombre por escapar de la animalidad para mejorar sus condiciones de vida y de pensamiento. El hombre tiene conciencia de su libertad, pero no la ha podido realizar en plenitud. Pertenece al socialismo hacerla existir verdadera y totalmente. La libertad no puede imperar en una sociedad donde las clases dominantes, dueñas de los medios de producción, aplastan y subyugan a las clases que no poseen sino su fuerza de trabajo. La libertad, entonces, no puede ser el privilegio de algunos elegidos; ella implica un esfuerzo de todos para realizarla. La libertad no puede ser efectiva más que en una sociedad sin clases.

El socialismo es un completo humanismo porque supone la abolición de la enajenación del hombre; su recuperación como verdadero ser humano. El socialismo “es la abolición positiva de la propiedad privada, de la auto-enajenación humana y, por lo tanto, la apropiación real de la naturaleza humana a través del hombre y para el hombre. Es, pues, la vuelta del hombre mismo como ser social, es decir,

realmente humano, una vuelta completa y consciente que asimila toda la riqueza del desarrollo anterior... Es la resolución definitiva del antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución del dilema de la historia y sabe que es esta solución".

Del hegelianismo al marxismo

ARAUCO N°82 noviembre 1966

Néstor Porcell, Ediciones Lafargue, 1962,

En su trabajo N. Porcell analiza el proceso de gestación del marxismo desde el punto de vista filosófico, o sea, la formación del materialismo dialéctico, examinando la producción intelectual de Marx y Engels hasta el instante del impacto de "El Manifiesto Comunista", en 1848. Primeramente, lleva cabo una completa revisión sintética de la filosofía de Hegel, antecedente ineludible para comprender el nacimiento de las concepciones marxistas; en seguida, traza un claro esbozo del hegelianismo de izquierda y de la posición de Feuerbach, eslabón decisivo con el pensamiento de Marx. Realizada esta previa tarea de esclarecimiento penetra en el análisis de las diversas "obras juveniles" de Marx, en las cuales se contiene su trayectoria del idealismo hegeliano al materialismo dialéctico, médula filosófica del marxismo. Las llamadas obras juveniles de Marx son: Su Tesis de doctorado, "La diferencia entre la filosofía natural de Demócrito y la de Epicuro"; "La crítica de la filosofía del Estado de Hegel", escrita en 1842-43, y conocida también como los "Cuadernos de Kreuznach", y ahí trata las formas del Estado en conexión con el sistema de relaciones materiales; afirma ya que la clase, o estamento, es categoría previa y esencial al Estado, pues éste es expresión de la sociedad civil o política; "Introducción a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel", escrita en 1843, y dada a luz en los "Anales franco-alemanes", en 1844, reveladora de su tránsito vigoroso del hegelianismo de izquierda al "marxismo"; "Sobre la cuestión judía"; "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", conocidos también bajo el título de "Economía Política y Filosofía", obra de singular trascendencia, en la cual se reúnen dos trabajos centrales de Marx: su teoría de la alienación, (o enajenación), y una crítica de la dialéctica y la filosofía en general de Hegel; las "Tesis de Feuerbach"; "La Sagrada Familia" y "La ideología alemana", escritas en colaboración con Federico Engels. En "La ideología alemana" sienta las bases de una sociología materialista del conocimiento, según su premisa "no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia", y su texto completo sólo se conoció en 1932; y, finalmente, "La miseria de la filosofía", escrito polémico en contra de Proudhon, y donde desarrolla aspectos esenciales de la concepción materialista de la historia.

Cada una de las obras mencionadas le merece un comentario preciso a N. Porcell, dejando establecido su aporte básico al conjunto del pensamiento marxista, objetivo de su ensayo, pues en él no toca la culminación del proceso de formulación del materialismo dialéctico e histórico en las obras de madurez, a partir de "El Manifiesto Comunista" hasta "El Capital".

Según la hipótesis central de N. Porcell, "no existe una ruptura, un corte vertical" entre las obras de juventud y las de madurez de Carlos Marx, "buscando por ello los entronques dialécticos entre los momentos esenciales del proceso básico de formación del marxismo, al margen de un fatalismo metodológico que pondera visiones penetrantes, pero inacabadas, en desmedro de las categorías socio-económicas o filosóficas que culminan el proceso de estructuración interna del materialismo dialéctico e

histórico y se proyectan en la creación del socialismo científico". Asimismo, como hipótesis particular, formula la aserción de "que el nacimiento y desarrollo del marxismo no puede reducirse a escala ascendente, en que los eslabones cronológicos son peldaños que corresponden como en un mecanismo de reloj a piezas que componen un todo funcionante". Esto explica por qué se preocupa más en descubrir cómo se han forjado las categorías o momentos estimados en la actualidad, los pilares de la estructura socialista, en el marco de las obras consideradas con el trasfondo epocal.

Resulta interesante destacar que la tesis principal de este autor, la defiende también Erich Fromm en su libro "Marx y su concepto del hombre", aparecido en castellano en 1962, en el mismo instante de salir a luz el ensayo de N. Porcell. De acuerdo con Fromm, a quienes expresan que las ideas del joven Marx contenidas en sus obras iniciales, sobre todo en "Manuscritos económico-filosóficos de 1844", habrían sido abandonadas por Marx viejo y maduro, como restos de un pasado idealista, relacionado con el pensamiento de Hegel, les responde con un rotundo no. Según Fromm, no hay tal abandono y sus ideas básicas sobre el hombre, expresadas en aquellas obras de juventud, son idénticas a las del viejo Marx expuestas en "El Capital"; es decir, Marx no renunció a sus ideas primeras, únicamente las amplió y desarrolló. Es halagador, creemos, para N. Porcell comprobar la coincidencia de su inquietud y planteamiento sobre un asunto trascendental del conjunto doctrinal marxista, con un pensador de tanta reputación como Erich Fromm. Otros marxistas creadores, por ejemplo Rodolfo Mondolfo, han subrayado el humanismo del marxismo y el papel de la superestructura en la historia, señalando que subestimar la interacción de la base y la superestructura en el proceso de creación de la historia equivaldría a transformar al hombre en aquella abstracción por la cual el propio Marx criticó a Feuerbach. De acuerdo con Marx, "la crítica de la religión desemboca en la doctrina de que el hombre es la esencia suprema para el hombre y, por consiguiente, en el imperativo categórico de echar por tierra todas las relaciones en que el hombre sea un ser humillado, sojuzgado, abandonado y despreciable"... Junto con exaltar el valor del hombre subraya el papel de la voluntad humana en la creación de la historia, de su libertad en contraste con cualquier ley determinista de la historia.

N. Porcell posee una evidente erudición marxista, con un conocimiento cabal directo de las obras de Marx y Engels y de las de sus más grandes comentaristas, tanto "occidentales" como de la nutrida falange de investigadores "soviéticos".

En su libro "Del hegelianismo al marxismo" llega a las siguientes conclusiones: 1. Para Marx, el hombre es el creador de la historia, y las ideas políticas, filosóficas y religiosas son el reflejo de su actividad social; y al establecer la teoría de la praxis como elemento esencial de la realización racional de la filosofía por los hombres, entroniza el criterio de la acción social como elemento fundamental de la historia. 2. El descubrimiento central de Marx es el de la categoría socio-económica de clase social como el elemento constituyente básico de las relaciones sociales, del derecho y del Estado. Esta tesis se encuentra desarrollada en sus estudios sobre la filosofía del derecho de Hegel, en "La Sagrada Familia", y en "La Ideología Alemana". 3. Marx descubre la existencia de las ideologías en la relación al modo de producción dominante en una sociedad, de acuerdo con los intereses de las clases en juego. La formulación de su teoría de las ideologías se encuentra en "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y en "La Ideología Alemana". 4. Los análisis de Marx de los derechos humanos enfocados, dé manera inicial, en "Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel" y "Sobre la cuestión judía", terminan en la formulación del socialismo como sistema social que les garantice derechos reales a los hombres, según se aprecia en "La Sagrada Familia" y "La ideología alemana", antecedentes directos del programa expuesto en "El Manifiesto Comunista". 5. En Marx culmina la

dialéctica del pensamiento concreto con la tesis de la existencia de las formaciones económicas-sociales, que condicionan relaciones de producción determinadas. Y los criterios al respecto quedarán constituidos, definitiva y científicamente en “El Capital”.

En resumen, N. Porcell cree haber demostrado que no existe ninguna obra juvenil de Marx que no nos conduzca a la integración del marxismo tal cual la conocemos hoy y, para lograrlo, ha puesto al descubierto “entronques dialécticos entre obras cronológicamente distantes y teóricamente diferentes, reformulando su proceso de gestación como constituido por momentos que no se excluyen entre sí ni adquieren una particular trascendencia mágica en el aparecimiento del materialismo dialéctico”.

Las nacionalizaciones y la democracia cristiana

ARAUCO N°82 noviembre 1966

Federico Klein, PLA, 1964

Federico Klein, abogado, es fundador del PS, con una ejemplar trayectoria militante y una rica hoja de servicios en calidad de alto dirigente nacional y como su representante en diversos torneos internacionales; y aunque no es un escritor profesional a menudo entrega artículos y ensayos valiosos sobre aspectos de la teoría y programa socialistas y acerca de los asuntos internacionales. Su libro “Las Nacionalizaciones y la Democracia Cristiana” es metódico, de sólida argumentación económica y jurídica, y de poderosa lógica doctrinaria y política, en un estilo correcto y vigoroso.

Enfoca uno de los asuntos de mayor trascendencia en la dramática lucha de los países semicoloniales por conseguir su completa liberación económica y política y así dar vida a una auténtica democracia, con bienestar, libertad y soberanía; y la posición frente a él de los movimientos populares y la de la democracia cristiana en nuestro país. Ante todo descubre la pretendida ayuda de las grandes potencias capitalistas a los países atrasados, en especial la de los Estados Unidos en América Latina, y escribe; “Tomando en su conjunto las remesas que América Latina hace a los Estados Unidos, por ganancias y amortizaciones de los capitales invertidos, intereses y amortizaciones de los préstamos públicos y privados, por beneficios obtenidos en el mayor precio de los productos que nos vende en relación con los que nos compra, y por los frutos del comercio invisible tales como fletes y seguros, se llega a la conclusión que la América pobre, hambrienta y subdesarrollada remite cada año a la América industrializada y rica tres veces más de lo que recibe de ella”. A continuación examina las conexiones de la inversión extranjera y de las estructuras tradicionales, señalando el enlace estrecho de los monopolios imperialistas con las anticuadas estructuras feudo-burguesas de América Latina, y de tal modo las oligarquías criollas juegan el triste papel de aliadas y servidoras de la penetración imperialista, hecho fundamental del atraso y de la miseria de nuestros pueblos. El carácter y los efectos de la expoliación imperialista han sido verificados, principalmente, por sociólogos y políticos de izquierda y, por tal motivo, F. Klein presenta los irrecusables testimonios de hombres como Arturo Frondizi y Raúl Prebisch, quienes no pueden ser catalogados de extremistas y, sin embargo, ellos denuncian la presencia y actividades de los monopolios internacionales como los causantes del atraso de Latinoamérica. Raúl Prebisch, ex-director de CEPAL, es contundente en su disección del régimen imperante al afirmar que la expoliación de los monopolios extranjeros está unida irreversiblemente a la mantención de las viejas estructuras económicas. Entonces “la lucha por nuevas estructuras sociales y una verdadera democracia política sólo se podrá lograr, cuando los “enclaves" del capital imperialista hayan sido eliminados e incorporados a la riqueza nacional. En esta empresa revolucionaria no tendrán cabida, por cierto, los

alucinados que hablan de cambios de estructuras y de revolución en libertad en tanto aseguran la intangibilidad de los grandes monopolios extranjeros". Describe el nacionalismo de los pueblos dominados, el único auténticamente popular, el cual persigue la independencia política y la nacionalización de sus riquezas, o sea, la recuperación de sus materias primas; es el fenómeno más característico y el corolario ineludible de la lucha por la independencia. F. Klein enfoca las nacionalizaciones en su concepto jurídico y en su realidad práctica en diversos países demo- capitalistas, incluso los Estados Unidos, en favor del Estado; en países democráticos en poder de la colectividad; y en las naciones socialistas, donde la aplicación de aquel principio fue radical, como consecuencia de la socialización de los medios de producción. Agrega un capitulo excelente sobre la consideración de las nacionalizaciones en las conferencias internacionales de Bandung, (en 1955), Belgrado, El Cairo y Moshi, (Tanganika, en 1963), y reproduce el notable acuerdo de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 14 de diciembre de 1962, en el cual se afirma y reconoce "que las nacionalizaciones constituyen un derecho inalienable de todo Estado".

En la última parte de su opúsculo, F. Klein contempla la extraña y equivocada posición de la Democracia cristiana chilena frente al nacionalismo, interpretándolo en forma coincidente con el de las fuerzas imperialistas, y donde residiría la explicación de su actitud contraria a los intereses populares de Chile en diversos actos trascendentales, bien desmenuzados por Klein: apoyo y voto favorable al tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro, en 1949; al convenio educacional de enero de 1951, (tan ignominioso que lo denunció el propio embajador de los Estados Unidos, en abril del mismo año, ante la resistencia y crítica generales); al Pacto Militar, ratificado favorablemente por Eduardo Frei en el Senado, en julio de 1952; al "nuevo trato" del cobre, (ley 11.828, del 5 de mayo de 1955); al referéndum salitrero, en 1956; y su adhesión al "sistema interamericano" y a la "Alianza para el Progreso".

En síntesis, la democracia cristiana es contraria a las nacionalizaciones según lo declara su programa y lo reafirma su líder y "en el fondo el gran temor de Frei y de la Democracia Cristiana, —expresado entre otras cosas en la definición misma que ella hace del término nacionalismo— es el efecto revolucionario de las nacionalizaciones. Cuando una nación pequeña se enfrenta con poderosos monopolios internacionales en reivindicación de sus riquezas, no cabe reducir el problema a una simple operación jurídica o comercial aunque el país así lo quisiera. El imperialismo, pese a las sucesivas derrotas, todavía no se acostumbra a negociar. Su norma sigue siendo la amenaza y la agresión y la respuesta debe ser la movilización nacional y un alto espíritu patriótico que no puede admitir privilegios, ni vacilaciones en el frente interno. Todos deben unirse y sacrificarse para rechazar al agresor, y estos sacrificios deben ser compartidos".

Apenas la Democracia Cristiana llegó al gobierno puso todo su poder en la aprobación de los famosos convenios del cobre por medio de los cuales le aseguró una nueva y larga prórroga a los consorcios imperialistas norteamericanos para continuar su saqueo de la riqueza mineral del país. Y utilizando las tácticas jesuíticas, tan propias de ese partido, a tan anti-nacional medida la denominó "chilenización del cobre". Además de la vergonzosa entrega, la burla verbal.

Una obra crítica sobre Francisco Antonio Encina

ARAUCO N°83 diciembre 1966

El fecundo y sólido historiador don Ricardo Donoso Novoa, prepara un examen completo de la personalidad intelectual y de la obra histórica de don Francisco A. Encina. En el último número de la

revista ATENEA se inserta un capítulo de ese trabajo denominado “Alberto Edwards y Encina”, cuya separata hemos leído con detenimiento. El trabajo de Ricardo Donoso llevará por título “FRANCISCO A. ENCINA, SIMULADOR”, de por sí sugerente y acertado al indicar un rasgo fundamental en la actitud y en la producción históricas del caudaloso Premio Nacional de Literatura cuya inaudita y sorprendente megalomanía rebasa cualquier límite racional y cae en el abismo de las “desconformaciones mentales”. Esperamos con profundo interés el nuevo libro de Ricardo Donoso por el valor singular de cada una de sus investigaciones, siempre originales y ricas en Información y enseñanzas. Es admirable su labor de erudición y creación históricas. Hace muy poco tiempo apareció su notable estudio: “Un letrado del siglo XVIII. El doctor José Perfecto Salas”, y en él, además de delinear a fondo la existencia y trayectoria de aquel importante personaje, presenta un amplio cuadro de toda una época decisiva en la constitución de nuestra nacionalidad. Este año salió a luz la segunda edición de su esmerada biografía de “Antonio José de Irisarri”, ampliada con nuevos y valiosos datos a raíz de fructíferas búsquedas documentales; obra calificada en la cual se conjugan equilibradamente el minucioso registro de una apasionante personalidad con la descripción novedosa del escenario político-social en los momentos de la independencia y de los comienzos de la república. Ahora se encuentra en plena faena crítica y polémica sometiendo a un exhaustivo y cuidadoso enfoque la producción histórica de F. A. Encina, trabajo difícil e ingrato a causa de la complejidad y mitomanía del personaje, y de la prolijidad cansadora en la narración de hechos y expresión de juicios, más la magnitud torrencial de fantasías interpretativas y retratos psicológicos, de su copiosa “Historia de Chile”.

En este capítulo de su nuevo libro, apunta los rasgos más acusados de la posición ideológica y política de Alberto Edwards, las tendencias directrices de su concepción sobre la historia patria, y detalla sus principales actividades funcionarias. Alberto Edwards poseía inteligencia clara y fina agudeza crítica, cruzadas por múltiples inquietudes historiográficas, literarias y periodísticas. Su personalidad humana e intelectual es curiosa y, aunque conservador y reaccionario, la lectura de sus escritos es estimulante, por la originalidad de muchos de sus juicios y por su desencanto, resultado de un conocimiento excepcional del espíritu humano. Es un escritor altanero, desdeñoso del papel de las masas y de la influencia de las ideas democráticas, indiferente y sin ilusiones, moldeado en una tradición aristocrática, no sólo en sentido social, de la vida y de la sociedad. Encontró su pariente espiritual en el filósofo germano Spengler y quedó deslumbrado con el encuentro de esa alma gemela, lanzada a enjuiciar la historia universal con toda la potencia de su genio pesimista. Alberto Edwards intentó idéntica tarea con respecto de la historia republicana de Chile, a la luz de aquella filosofía, con efectos perdurables en el campo de nuestros estudios históricos. Son muy esclarecedores y sugestivos los apuntes de Donoso sobre las relaciones de Francisco A. Encina con “el último pelucón”, porque redondea la deuda del atrabiliario y petulante agricultor-historiador con el autor de “La Fronda Aristocrática en Chile” y, a la vez, deja en descubierto sus clásicos procedimientos de pillaje intelectual y sus formas de encubrimiento por medio de ataques malintencionados, refutaciones desdeñosas y acusaciones de “inercia mental” contra los afectados.

Alberto Edwards y Francisco A. Encina pertenecen a la misma generación (nacieron en 1874); fueron amigos y correligionarios, vinculados estrechamente por una común admiración a Diego Portales y Manuel Montt, y por su activa militancia en el Partido Nacional. Edwards inició temprano su labor de escritor y de intérprete de la evolución histórica nacional (su primer ensayo de categoría, “Bosquejo histórico de los partidos políticos chilenos”, apareció en 1903), difundiendo numerosas ideas originales y novedosas hasta llegar a su compendio más brillante: “La Fronda Aristocrática”, en 1928. Al mismo tiempo, avasallado por la obra de Spengler, se constituyó en uno de sus grandes comentaristas, y

muchas de las fórmulas, y los vocablos, del filósofo germano, las aplicó en su principal producción histórica. Encina experimentó una fuerte influencia de las ideas de Edwards y, por su intermedio, de las concepciones de Spengler. ¿Reconoció Encina su deuda contraída con Edwards y con Spengler? No. De acuerdo con su actitud "normal" en estos casos ha dado a entender su ninguna relación con ellos y, por el contrario, en el último tomo de su "Historia de Chile" aclara haber sido el inspirador de Edwards (y, desgraciadamente, éste no supo entender sus recomendaciones por su carencia de conocimientos en historia colonial de Chile y en historia universal); y en cuanto a Spengler, él, Encina, expuso muchos de los conceptos spenglerianos con anterioridad a la aparición de "La Decadencia de Occidente".

Ricardo Donoso reproduce este párrafo primoroso donde Encina explica sus lazos con Spengler: "Aunque parezca inverosímil, hasta 1933 no había leído a Spengler. A mediados del año, aprovechando una reclusión forzada, cumplí mis deseos de compaginar los capítulos de Portales y de enlazarlos con los acontecimientos históricos, sirviéndome de las notas que había tomado 28 años atrás. Como las repeticiones resultaran frecuentes, mi sobrino don Jorge Pinochet tuvo la bondad de revisar los originales, a fin de suprimirlas. Poco después de iniciar la tarea, me advirtió que muchas páginas del libro se aproximaban demasiado a Spengler, y me insinuó la conveniencia de que yo lo leyera, bien fuera para rehacerlas en otra forma o para sustituirlas por citas. Al día siguiente me trajo una pésima traducción española con un prólogo de Ortega y Gasset. No era ya tiempo, ni tenía voluntad, de rehacer nada. Di un rápido vistazo a "La Decadencia de Occidente", más adivinando que imponiéndome de su contenido. Rayé en "Portales" las semejanzas más pronunciadas, y puse como epígrafe una media docena de pensamientos de Spengler, en sustitución de otros equivalentes de Leibniz, de Nietzsche, de Comte y de Ward".

Don Ricardo Donoso comenta el párrafo reproducido en estas líneas: "Apuntemos ante todo que esa pésima traducción española era la obra del filósofo español don Manuel G. Morente. Al decir que la traducción era pésima, el simulador quería dar a entender que conocía y leía el alemán, lengua que le era total y absolutamente desconocida, con esta falta de probidad intelectual, y con ese refinamiento en la simulación que constituirían sus mejores características, no sólo repudiaba la influencia del pensador tudesco, sino que rechazaba que le cupiera la más remota inspiración en la concepción de su trabajo. Ni para el más intonso escapa, al leer a Encina, la forma servil en que sigue su pensamiento, y cómo se apropió de lo más característico de su fraseología, el Estado en forma, la influencia de la sangre, las fuerzas espirituales, etc.".

En el trozo de Encina, reproducido más arriba, se incluye una frase clave en su método de investigación y de exposición, cuando declara haberle dado sólo un vistazo a "La Decadencia de Occidente", "más adivinando que imponiéndome de su contenido". A lo largo de toda su producción utiliza desmesuradamente el procedimiento "adivinación-intuición", aplicándolo al manejo de los documentos, a la evocación de los sucesos y de las actitudes de los personajes, al análisis del "subconsciente" de los grandes individuos, al ataque de los historiadores vascos, "miopes cerebrales e inertes mentales"... De ahí sus desbordantes fantasías y sus condiciones de mago por sobre las de historiador científico.

En el tomo vigésimo de su "Historia de Chile", pág. 350, recuerda que algunas figuras, como Guillermo Subercaseaux, Luis Galdames "y el autor de esta historia que, desde 1893, venía intuyendo los primeros síntomas de la desintegración de las civilizaciones occidentales, salvo la de Estados Unidos, y el peligro de que los pueblos americanos fueran alcanzados por el cataclismo, antes de independizarse espiritual y materialmente, fundaron el partido nacionalista, sobre la base de un programa económico que

proyectaban ampliar gradualmente al terreno social". ¡A los 19 años de edad ya empezaba a pronosticar la decadencia de Occidente, basándose en su genial intuición!

Ricardo Donoso transcribe largos párrafos de una semblanza de Alberto Edwards realizada por Encina, en la cual menudean los elogios malévolos con las reservas sibilinas, en el típico estilo suyo, y las infaltables comparaciones hirientes con los historiadores clásicos del país: "Alberto Edwards fracasó con su "Historia de la Administración Montt" si se lo juzga con el duro cartabón de la historiografía moderna. Aun sus más exaltados admiradores reconocen que quedó inferior a sí mismo, y que la Historia vale poco delante de "La Fronda Aristocrática en Chile". Pero la culpa del fracaso no debe achacarse al período elegido, sino a defectos de la estructura cerebral del autor, desde el punto de vista de las exigencias intelectuales de la historia. Favorecido con el cerebro más poderoso que hasta hoy ha producido Chile en el terreno político-social, y colocado por su sangre europea en un grado de desarrollo mental más alto que el en que se movieron, Lastarria, Letelier y demás pensadores chilenos, sin más excepciones que los jesuitas Lacunza y Molina, el del pensamiento directo de la realidad, carecía de la sensibilidad cerebral y de la potencia de representación necesarias para aprehender en conjunto el complejo devenir de una época histórica y vaciarlo en una creación artística real y viva. Su poderosa intuición, lo mismo que la de Vicuña Mackenna, a quien excedió mucho en profundidad y cultura, era fragmentaria y francamente esporádica... Desde otro punto de vista le faltaba como a Lastarria, Amunátegui, Barros Arana, el arzobispo Errázuriz, Vicuña Mackenna y todos los que en Chile han cultivado la historia, sin más excepción que Isidoro Errázuriz, el dominio de la historia universal, sin el cual es hoy imposible intentar con alguna probabilidad de éxito la historia de un pueblo o de un período completo de su evolución histórica... ".

Es muestra notable de la maestría de Encina para enredarse en contradicciones, regatear los méritos y herir, sin venir al caso, a los altos historiadores nacionales. Lo proclama favorecido con el cerebro más poderoso de Chile, y se movió con un grado de desarrollo mental más alto que el de todos los demás pensadores chilenos, y, al mismo tiempo, le encuentra defectos en la estructura cerebral y carecía de sensibilidad cerebral. ¿Cuál es, entonces, la verdad? Y, en seguida, todos los historiadores chilenos eran incultos, desconocían la historia universal; la obra de Barros Arana era de extrema fragilidad... ¡El único auténtico, poderoso, insuperable y genial historiador es Francisco Antonio Encina!

La supuesta vertiente enciniana de las concepciones históricas de Alberto Edwards queda explicada en el tomo vigésimo de la "Historia de Chile", en estas líneas de la página 343: "En nuestro empeño porque Alberto Edwards escribiese la historia que nosotros no deseábamos escribir, y que, al fin no escribió (la historia de cien años nunca pasó de la nómina de sus capítulos y de la "Historia de la Administración de don Manuel Montt"), para facilitarle la tarea le confeccionamos memorándums con la interpretación de algunos períodos históricos, a fin de que la comprobara y utilizase, si concordaban con su propio juicio. Como ocurre casi invariablemente con estos aportes oficiosos, sobre todo si se les utiliza veinte años más tarde, se produjeron numerosas incoherencias en el texto de "La Fronda Aristocrática en Chile".

La obra principal de Alberto Edwards contendría lapsus, incoherencias y fallas por no haber seguido literalmente el texto de las notas de Encina, quien sin vacilación lo refuta y corrige. En la página 347, del mismo tomo, agrega: "Pasando a las repercusiones sociológicas de la muerte espiritual del régimen portaliano, dice Alberto Edwards: "La República continuó estando en forma... el sentimiento legitimista hereditario que constituía su fundamento espiritual, se había fortalecido y no debilitado con el desenlace de la crisis". Al suprimir, por distracción o porque no calzaba con su propio criterio, el adverbio del texto

del memorándum que le dimos para ayudarlo en su proyectada “Historia de Chile”, y que decía: “la República continuó siendo aparentemente un estado orgánico”, alteró el fondo del pensamiento poniéndolo en contradicción con lo que le antecede y lo que le sigue. Lo que atravesó intacto el período 1892 y 1920, no fue el estado orgánico (o en forma) surgido del contenido del pasado colonial, de las características de la aristocracia castellano-vasca y del momento histórico, fecundado por el genio de Portales, sino su envoltura externa, su cuerpo. Las fuerzas espirituales que lo animaban se habían extinguido antes de 1891”.

La megalomanía de Encina se refleja de manera insultante en los párrafos reproducidos. ¡Lo perdurable de Alberto Edwards radica en el aporte generoso de ideas y memorándums del hacendado-historiador!

También se ha señalado como una de las fuentes más importantes de las “concepciones originales” de Encina la densa obra de Nicolás Palacios: “Raza Chilena”. Pues bien, en idéntica forma da a entender su ninguna deuda con el discutido doctor y sociólogo y, por el contrario, tal como lo hiciera con respecto a Edwards, descubre sus consejos y orientaciones al mencionado pensador. En el tomo décimo, aparecido en 1948, de su “Historia de Chile”, página 341, al enjuiciar la concepción sociológica y educacional de Manuel de Salas, quien, según el historiador omnisciente, erradamente sobrestimaba las riquezas naturales del país, la fertilidad de su suelo y sus posibilidades agrícolas, escribe en una nota: “Este error trascendental se nos representó por primera vez en 1897, mirando un mapa en relieve del territorio chileno; y lo sugerimos a Nicolás Palacios, que hizo caudal de él en “Raza Chilena", sin lograr imponerlo en el ambiente intelectual y político.

En vista de este fracaso, poco más tarde, en 1911, lo hicimos tema de un curso de extensión universitaria, que se publicó en un volumen con el título de “Nuestra inferioridad económica"."

De esa manera se pone a cubierto de la crítica de los entendidos a su obra en la cual se adueña del programa de Palacios: desarrollo industrial, colonización agrícola y educación realista. ¡Encina, en 1897, ya se lo había sugerido y, por lo tanto, no era original del autor de “Raza Chilena"!

El satánico delirio de grandeza de Francisco A. Encina lo lleva a autoproclamarse el más grande historiador del país, y el generoso suministrador de los elementos básicos de sus creaciones a todos los pensadores de calidad de su época. ¡Y su misión la cumplió desde temprana edad cuando todavía era un estudiante!

Sus contradicciones son aterradoras. Se dio a conocer con una obra en la cual reitera el poder de la educación para formar la mentalidad y los hábitos de la juventud, y de ahí su prédica para cambiar la orientación de la enseñanza nacional a la cual encuentra equivocada, y en ella radicaría una de las causas decisivas de nuestra inferioridad económica. Sin embargo, en su “Historia de Chile” se pueden espigar numerosos juicios adversos al papel de la enseñanza, porque más importante serían los derivados de la raza, de la sangre, del desarrollo mental, del ambiente, etc., sin lograr esclarecer en forma correcta su pensamiento definitivo. Y en el tomo V, publicado en 1946, página 592, emite un juicio bárbaro, a propósito del papel de la Universidad de San Felipe: “Las universidades jamás han sido focos creadores de las ciencias ni palancas del desarrollo mental. Siempre han sido simples esponjas que absorben la producción intelectual del medio que las alimenta, con gran retraso y resistencia tenaz a todo avance científico; y que, en seguida, la devuelven a la misma colectividad achicada y estandarizada para uso de los cerebros más débiles...

Después de esta exhibición de actitudes y juicios de Encina, es objetiva y justa la apreciación del historiador Ricardo Donoso, cuando escribe; “Desmontada de su fraseología, pintoresca, pero hueca de toda significación científica, no queda más que como una labor de segunda mano, en que todos los trabajos de los antecesores han sido utilizados sin probidad intelectual alguna. Recurre al engaño queriendo hacer creer a los lectores que ha trabajado en los archivos. No reconoce superioridad intelectual en nadie, historiadores, políticos, escritores o servidores públicos. Su petulancia, su suficiencia incontenible, la tiñe de un aire de superioridad como no se encuentra en historiador alguno. La influencia de los factores económicos y sociales no se destacan ni gravitan en la evolución de la sociedad, y toda su concepción histórica se desenvuelve como el desfile de un vasto tinglado de fantasmas, movidos por sus pasiones o empujados por sus taras psicológicas”.

En verdad, este historiador genético, se limita a explicar el proceso histórico del país por motivos racistas y psicológicos. Para él los complejos problemas de la evolución surgen del constante antagonismo, primero latente, y, luego, en eclosión, entre la aristocracia castellano-vasca y el elemento meridional (el “odio subconsciente, ya próximo a hacer eclosión, del elemento meridional hacia el castellano-vasco”; la descomposición administrativa y moral de Chile empezó hacia 1910 y “cobró rápido vuelo con el advenimiento al poder del elemento meridional"...); y, además, a la pugna entre los "desconformados cerebrales" y los de "psiquis normal”. A su juicio, casi todos los pre-actores del desarrollo histórico-político, de Chile, han sido "desheredados de la sensibilidad cerebral”, "miopes cerebrales”, "inertes mentales", "tarados", "ilusos", "agraviados”...

En el despojo de las ideas, de los hallazgos investigados, y planteamientos de los historiadores contemporáneos llega a excesos cómicos... El propio don Ricardo Donoso ha sido víctima hasta respecto de una de sus hipótesis históricas rechazadas por los eruditos. En efecto, en el esclarecimiento del problema relacionado con el autor del "Catecismo Político-Cristiano", el señor Donoso lanzó el nombre del doctor Jaime Zudañez como su posible autor. F. A. Encina, en el tomo VI, de 1947, página 53, escribe: "Véase, ahora, la expresión de agravios, que contiene la variante chilena del “Catecismo Político-Cristiano” redactado por el doctor Jaime Zudañez, que circuló en Chile”. Encina utiliza la teoría de don Ricardo Donoso sin mencionarlo, a pesar de la interesante polémica que desató.

En resumen, Francisco A. Encina no nos entregó una síntesis completa y moderna de la historia de Chile, basada en los métodos de las ciencias sociales, y sólo se limitó a redactar una producción frondosa, en la cual de nuevo se describen con minuciosidad agobiadora los hechos políticos y militares, utilizando en forma desmedida al propio Barros Arana, tan vilipendiado por él, y a José Toribio Medina. De aquellos cogió la trama de los acontecimientos y, luego, la revistió con una caudalosa fraseología, a veces muy pintoresca y aguda, pero en gran parte inútil y fantasiosa. No obstante presentarse como un historiador innovador, y, modestia aparte, como el único verdadero historiador en este país de historiadores, la base de sus concepciones es típica del siglo XIX, recubierta con el ropaje verbal de un par de discutidos pensadores del siglo actual. De todos modos, los grandes modelos de Encina son los representantes de la reacción anticientífica, tanto en el siglo XIX como en el XX. En la explicación de los fenómenos históricos abusa de los móviles racistas y de un exagerado psicologismo con gran despliegue de terminachos anticuados; y en su técnica metodológica concede un desproporcionado apego a la intuición como medio de aprehender la realidad del pasado.

Un ejemplo de la peligrosidad de los métodos de Encina, y de la fragilidad de sus creaciones, es el siguiente: Durante algún tiempo concurrió al Instituto Nacional a examinar los documentos en vista de

sus trabajos históricos. Cierto día en el patio principal, por la calle Arturo Prat, le manifestó a un distinguido profesor y amigo suyo; “Don U., al fin he podido reconstituir con exactitud el lugar de la escena entre Diego Portales y el joven Manuel Montt, con motivo de una visita del prepotente ministro al Instituto Nacional. Fue aquí, en este corredor, frente a esas columnas”, etc., todo expuesto con animación, riqueza verbal y gestos adecuados. Terminada su exposición, esperó el juicio de su interlocutor. Don U., imperturbable, le respondió: “¡Pero, don Francisco, si aquella conocida anécdota ocurrió cuando el Instituto Nacional funcionaba en otro sitio, y este edificio se construyó años después del asesinato de Portales!”.

Muchas de las reconstrucciones de Encina se levantan sobre idénticos fundamentos a los expuestos en la historieta descrita. Son los riesgos corridos por los intuicionistas, quienes atropellando el carácter científico de la historia, se comportan como astrólogos y profetas, iluminados por mágicos poderes personales, desviándose hacia el campo de la fantasía y de la mistificación.

La orientación, métodos y resultados de la empresa histórica de Encina, son tendenciosos, equivocados y, a menudo, vituperables, y su contenido es profundamente reaccionario y antidemocrático.

Alejandro Escobar Carvallo y el movimiento obrero chileno

ARAUCO N°84 enero 1967

El 26 de noviembre recién pasado falleció en Santiago el viejo dirigente obrero Alejandro Escobar Carvallo. Había nacido en esta ciudad el 27 de febrero de 1877. Se encontraba próximo a cumplir los 90 años de edad. En tan larga trayectoria vital —dos decenios— los dedicó íntegramente a la organización del movimiento obrero nacional, con resultados de gran provecho, y por ello su nombre se encuentra indisolublemente ligado a la época heroica del despertar de los elementos más resueltos de las masas trabajadoras y de su incansable y difícil labor para ampliar su conciencia de clase y constituir las primeras agrupaciones sindicales y políticas del proletariado chileno.

Desde 1895, apenas un adolescente, recién egresado de la Escuela de Artes y Oficios, inició sus afanes para dar vida a una colectividad proletaria. En 1897 vio coronados sus esfuerzas con la fundación de la Unión Socialista; más tarde se orientó hacia el anarcosindicalismo e intervino en la constitución de diversas sociedades de resistencia, ateneos obreros y escuelas nocturnas. Paralelamente fue un incansable fundador y animador de periódicos y revistas obreros, en los cuales siempre se destacó como redactor. Desde fines del siglo XIX hasta el estallido de la primera guerra mundial desempeñó un papel de mucha trascendencia en la organización política y gremial, y en la cultura de la clase obrera nacional. Aquella labor hace de él una de las figuras más interesantes del movimiento obrero chileno en su época romántica, de empuje e idealismo, y sembrada de tremendos hechos sangrientos.

El gran escritor Femando Santiván en su hermoso libro “Memorias de un tolstoyano”, al describir las peripecias de la colonia de intelectuales y artistas establecida en San Bernardo, recuerda que la primera fue de obreros, y en ella tuvo el papel preponderante Alejandro Escobar Carvallo, personaje simpático y laborioso periodista. Dice textualmente: “Alejandro Escobar Carvallo, quien, además de sociólogo, se dedicaba al estudio de la Medicina. Ejerció en Santiago de médico homeópata y naturista, con lo cual se ganaba la vida. Era hombre de regular estatura, de cuerpo erguido, delgado y ágil. Hablaba con gran facilidad y corrección, pronunciando las palabras con exagerada escrupulosidad. Después de haber formado parte de “la otra colonia” logró introducirse en nuestro círculo y mantener cordiales relaciones

con Augusto, a quien demostraba admiración y respeto... Alejandro disertaba con facilidad sobre los temas más variados y abstrusos. Economía política, psicología y psiquiatría, literatura y medicina. Leía mucho y asimilaba con facilidad. Pero aún le sobraba tiempo para escribir versos"...

Aparte de sus numerosas colaboraciones en los periódicos populares, de algunos poemas y folletos, publicó una obra titulada "Autoeducación integral", en dos volúmenes; y unas breves, pero muy interesantes notas autobiográficas, insertadas en cinco números de la revista "Occidente". Ha dejado algunas obras inéditas. Tuvimos oportunidad de leerle el manuscrito de un libro, sobre la doctrina socialista, en el cual procede a un estudio panorámico de sus orígenes remotos, del socialismo utópico y del marxismo, hasta llegar a enfocar el socialismo contemporáneo. En él se define como un socialista democrático, rechazando el leninismo y la experiencia del comunismo soviético. Junto con destacar el contenido humanista del socialismo, pone mucho énfasis en la necesidad de elaborar una interpretación americanista del socialismo. Nos habló bastante, también, de una obra sobre Jesús, tema de mucha atracción entre numerosos dirigentes obreros, en especial en los de tendencias libertarias (enemigos del Estado y de la Religión). Para redactarlo además de su manejo de la Biblia, nos confesaba haberse leído cada año la vida de Jesús, de Renán y, con frecuencia, la de Strauss.

De acuerdo con sus memorias, he aquí algunas informaciones sobre aspectos del movimiento obrero chileno. En su primer capítulo, "Chile a fines del siglo XIX" (Occidente, N° 119, julio-agosto de 1959), aporta interesantes datos directos sobre el saqueo de Santiago por las turbas "congresistas", en 1891. Son las impresiones visuales de un muchacho de catorce y medio años de edad. Con tal motivo realiza un pequeño análisis de las verdaderas causas de la insurrección oligárquica, de las clases sociales y partidos, y del clima moral a fines de 1891. En seguida describe sus primeras amistades literarias y sus contactos iniciales con la clase obrera, y cómo entró en relaciones con los escritores socialistas argentinos, por cuya influencia, en gran parte, se convirtió al socialismo.

A este respecto es muy importante destacar la influencia de José ingenieros y Juan B. Justo, distinguidos personeros del socialismo argentino, en la formación de la conciencia socialista en Chile. Por medio de una correspondencia regular y el envío de periódicos y revistas, y de numerosos libros de actualidad, los socialistas argentinos contribuyeron a dar a conocer las doctrinas del socialismo científico y a estimular la constitución de grupos socialistas en nuestro país.

En el segundo capítulo, ''Inquietudes populares y obreras a comienzos de siglo" (Occidente, N° 120, sept.-oct. de 1959), relata minuciosamente los preparativos para fundar una agrupación socialista. Alejandro Escobar Carvallo con Luis Olea Castillo, Magno Espinoza y Belarmino Orellana, se unieron a Hipólito Olivares Meza y su hijo Gregorio Olivares, quienes editaban el periódico obrero de Santiago, "La Igualdad", para echar las bases del nuevo partido. Redactaron un semanario, "El Proletario", y, en seguida, dieron vida a la Unión Socilista, cuya inauguración pública se llevó a cabo el domingo 17 de octubre de 1897. Ese día, en San Pablo 213, entre Libertad y Esperanza, los asistentes, en gran número, sufrieron un asalto urdido por la policía, de parte de agentes y de unos 200 garroteros contratados en el barrio Matadero por Santos La Cristala, famoso regente de una cancha de riñas de gallos. La investigación de los dirigentes del nuevo partido descubrió a dos nuevos elementos ligados a la policía, quienes la mantenían informada de todas sus actividades. Uno de ellos era nada menos que Germán Larrechea, hijo del famoso miembro de la Sociedad de la Igualdad, compañero de Arcos y Bilbao, quien resultó ser militante del Partido Conservador.

La “Unión Socialista” llevó una vida lánguida, sin trascendencia, y por esa causa se fundaron nuevas agrupaciones socialistas, como el “Partido Obrero Francisco Bilbao” y el “Partido Socialista”.

Alejandro Escobar Carvallo y sus amigos se alejaron del organismo recién creado y se adhirieron al credo anarquista, empezando a difundir publicaciones en tal línea y a constituir sociedades de resistencia. Fundaron, en marzo de 1898, el periódico quincenal “La Tromba”, y salieron dos números. A raíz del canje recibieron libros y revistas del extranjero y, entre ellos, “La conquista del pan”, de Pedro Kropotkine, de influencia decisiva en los noveles dirigentes. Escobar Carvallo confiesa: “La deslumbrante filosofía del gran revolucionario ruso no llegó a trastornarme, pero tuvo en mí el efecto de mostrarme el amplio e infinito horizonte de la vida humana, más allá de todo convencionalismo formal de leyes, gobiernos y mecanismos políticos transitorios. Envolvía ello la cumbre del idealismo social futuro, cuando todos los hombres hayan trascendido la etapa actual de animalidad egoísta y bárbara, donde el mayor número vive sumido todavía”.

Al año siguiente, en marzo de 1899, publicaron “La Antorcha”, revista mensual. En sus páginas colaboraron Francisco Garfias Merino, Carlos Garrido Merino, Mario Centore, como redactores, y Eduardo de la Barra, Carlos Newman, Carlos E. Porter, Federico Puga Borne, prosiguiendo en sus campañas anarquistas, sacaron a luz: “El Ácrata”, fundado por Magno Espinoza, y, “El Faro”, dirigido por Eulogio Sagredo. De tal movimiento nació la Federación de Obreros de Imprenta. Mientras tanto, José Ingenieros, sorprendido por su deserción del socialismo, les escribió a Alejandro Escobar Carvallo y Luis Olea un extenso artículo titulado “¡A definir posiciones!”, insertado en “La Ley”, diario radical. A pesar del llamado no retrocedieron en su adhesión al credo anarquista y prosiguieron en su acción organizando nuevos grupos y, en Santiago, dieron vida al periódico “La Agitación”, a cargo de Manuel J. Montenegro, Julio E. Valiente, Agustín Saavedra y Temístocles Osses. También constituyeron sociedades de socorros mutuos, como la “Sociedad de Socorros Mutuos e Instrucción Manuel Meneses” (su dirigente Francisco Garfias Merino colaboró en “La Antorcha”) y se preocuparon por difundir la cultura entre los sectores populares con la ayuda de importantes escritores y artistas jóvenes.

En 1900 se fundó el Ateneo de la Juventud, sus miembros activos fueron Jorge Gustavo y Víctor Domingo Silva, Eduardo Poirier, Alberto Mauret Caamaño, Horacio Olivos Carrasco, Leonardo Elis, Ernesto Monge Wilhe, Carlos Garrido Merino, Mario Centore y Alejandro Escobar Carvallo. Por esa época escribió este último su poema “Ideal”. Asimismo se fundó el Ateneo Obrero. En su fiesta inaugural recitó Carlos Pezoa Véliz un poema, “A Dreyfus”, y el obrero, natural de Rengo, Víctor Soto Román, leyó su ensayo “La “Cuestión social en Chile”. El Ateneo realizó veladas mensuales durante más de un año. (Estos interesantes datos, y los siguientes, se encuentran en el capítulo V, “El movimiento intelectual y la educación socialista”, en Occidente, N° 123, de mayo-junio de 1960.)

Por 1900 comenzó el artista proletario Benito Rebolledo Correa, integrante de la primera colonia tolstoyana, quien llegó a obtener el Premio Nacional de Arte, y falleció recientemente a una avanzada edad. Se dio a conocer con sus temas de tesis social: “Sin Pan”, “Principio Social”, y una escena de lupanar, rechazada en el salón Anual de Bellas Artes y en el hall del diario “La Ley”. Al movimiento obrero se agregaron los artistas Alfredo Helaby, Carlos y Barack Canut de Bon, Julio Fossa Calderón, Carlos Alegría, Pablo Burchard, Julio Ortiz de Zárate, José Backhaus, Rafael Valdés, Ramón Abarca, Abelardo Bustamante y Guillermo Vergara. Entre los escritores cooperaron Marcial Cabrera Guerra, redactor de “La Ley”; Eduardo de la Barra, Diego Dublé Urrutia, Samuel Lillo, Manuel Jara, Lautaro Fonce, médico; el sabio Carlos Newman, Luis Roberto Boza (autor de “La Puebla”); Virgilio Figueroa (autor de “Igualdad

fundamental e igualdades secundarias", e integrante del diario liberal-democrático "La República"); Jorge Gustavo Silva, Luis Rosa Mujica, Valentín Brandau, Alejandro Parra Mége, Pedro Godoy, ingeniero; Augusto G. Thompson (luego conocido por su seudónimo de Augusto D'Halmar).

En Valparaíso, en 1901, apareció la revista "Nuevo", redactada por Lautaro Ponce y Alfredo Helsby.; en Santiago, el periódico "Los nuevos horizontes" y la revista "Panthesis", como expresión de las inquietudes de renovación social y artística. Entre los escritores obreros sobresalieron Agustín Saavedra, gráfico, y Manuel J. Montenegro.

En 1903 se organizó la colonia tolstoyana obrera, en Pío Nono, al pie del cerro San Cristóbal, con Alejandro Escobar Carvallo, Alfonso Renoir, Aquiles Lemire, Francisco Robert, Benito Rebolledo Correa, Temístocles Osses y Augusto Pinto. (A. Pinto es figura extraordinaria del movimiento obrero chileno y uno de los fundadores del Partido Socialista de Chile, en 1933. Nació en los alrededores de 1880 y falleció el 1° de agosto de 1960). La colonia se amplió con la participación de Julio Fossa Calderón, Miguel Silva Acevedo, Mamerto Valenzuela y Romilio Quezada, trasladándose a Domínica, cerca del convento del mismo nombre, (En 1905 se constituyó en San Bernardo la colonia tolstoyana de escritores y pintores, con Augusto G. Thompson, Manuel Magallanes Moure, Fernando Santibáñez (Santiván); Pablo Burchard, José Baekhaus y Rafael Valdés, pintores; y Julio Ortiz de Zarate, escritor.)

En 1901, Alejandro Escobar Carvallo estuvo en Casablanca, y junto con Valentín Cangas, fundó el periódico "Tierra y Libertad". En sus páginas sostuvo una polémica con Luis Emilio Recabarren, en los números de julio y agosto, importante para fijar los pensamientos anarquistas y socialistas de ambos líderes y sus posiciones frente a la lucha política del proletariado,

Alejandro Escobar Carvallo describe con pormenores de primera mano los grandes movimientos sociales de Valparaíso, en 1903; Santiago, en 1905; Antofagasta, en 1906, e Iquique, en 1907 (Occidente, N° 121, nov.-dic. de 1959: "La agitación social en Santiago, Antofagasta e Iquique"). Muchos de los prolijos detalles sobre la huelga de 10.000 trabajadores del puerto de Valparaíso y de la concentración de 20.000 ciudadanos el domingo 22 de octubre, en la Alameda de Santiago, y la posterior lucha con la policía y la "guardia blanca", más la represión del ejército, que se encontraba en maniobras fuera de la capital, no han sido dados por ningún historiador. Asimismo los detalles de la huelga del personal de ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y de la represión desatada en el mitin del domingo 6 de febrero, y de la tremenda masacre de Iquique, a fines de 1907. En la gran huelga de Iquique su comité directivo estuvo formado así: presidente, José Briggs; vicepresidentes, Manuel Altamirano y Luis Olea Castillo; tesorero, José Santos Morales; secretarios, Nicanor Rodríguez y Ladislao Córdova, y 20 delegados representando a otras tantas oficinas salitreras. Se destacó en su dirección Luis Olea Castillo, a quien se dio por muerto, pero según Alejandro Escobar logró escapar y ausentarse de Chile para morir oscuramente, abandonado, de fiebre amarilla en Guayaquil. Únicamente los parlamentarios demócratas denunciaron la horrenda masacre de Iquique. Malaquías Concha y Bonifacio Veas la condenaron y dieron espeluznantes detalles: "Sobre 10.000 obreros sin armas se disparó con ametralladoras, no por espacio de treinta segundos, como dice el parte oficial, sino que la espantosa carnicería duró, por lo menos, tres minutos. Se formaron montañas, de cadáveres hasta el techo de la Escuela Santa María. Y esto, señores diputados, en un país de libertad, en un país con instituciones que aseguran las garantías individuales". ("La Discusión" de Chillán, del 12 de enero de 1908.)

Alejandro Escobar publicó en “La Reforma”, de Santiago, en los meses de enero y febrero de 1908 algunos artículos con el título general: "En la tierra del salitre”. En ese mismo año dio a luz su trabajo “El problema social en Chile”.

En el capítulo IV de sus memorias (Occidente, N°122, marzo- abril de 1960: "La organización política de la clase obrera a comienzos del siglo”) describe su ingreso al Partido Demócrata y sus peripecias por tratar de llevarlo a adoptar la doctrina socialista. El Partido Demócrata había crecido no obstante sus frecuentes renuncios doctrinarios y su anarquía interna. Sobre todo en vísperas de sus congresos afloraban diversas corrientes rivales. Sus líderes dirigentes eran Malaquías Concha, Angel Guarello y Zenón Torrealba, éste dirigente obrero, quien contó entre sus prosélitos a Luis Emilio Recabarren. Pero Torrealba, según Alejandro Escobar, a pesar de su extracción obrera era enemigo acérrimo del socialismo y de la lucha obrera de resistencia. Para él, el movimiento obrero debía concretarse únicamente al mutualismo y la instrucción popular de las escuelas nocturnas, recabando para cumplir dichos propósitos la ayuda del Estado. El partido Demócrata llegó a ser electoralmente fuerte (en 1915 hizo elegir solo cinco diputados, pero obtuvo 60.000 sufragios), y a menudo algunos de sus representantes denunciaban los abusos de la clase capitalista y la situación de miseria de las clases trabajadoras.

Alejandro Escobar Carvallo describe un supuesto acuerdo entre el, Luis Emilio Recabarren y Lindorfo Alarcón, realizado en Tocopilla, en octubre de 1905, para luchar por transformarlas huestes democráticas en el Partido Socialista Chileno. Para cumplirlo, Escobar Carvallo abandonó su posición anarquista e ingresó al Partido Demócrata y, al mismo tiempo, despachó una carta política a sus amigos socialistas libertarios de Antofagasta, Valparaíso y Santiago, invitándolos a seguir su actitud. Habría aparecido dicho documento en el diario “La Vanguardia”, redactado por Arturo Laborda. Varios respondieron afirmativamente y se incorporaron a sus filas. En las elecciones de marzo de 1906, Luis Emilio Recabarren salió elegido diputado por Antofagasta, pero la Cámara le anuló su victoria después de indignas maniobras. A raíz de su eliminación y de una condena arbitraria por una supuesta intervención en la huelga de febrero de 1906, Recabarren prefirió abandonar el país. Estuvo en Argentina y pasó a Europa, visitando España, Francia y Bélgica. Aprovechó su estada para inscribir el Partido Democrático Chileno en la Oficina de la II Internacional Socialista, en Bruselas, pero sólo fue una acción simbólica, pues no tenía credenciales para verificar tal acto.

El viaje le fue de gran provecho, a juicio de Escobar Carvallo, porque “en el curso de su larga gira de varios meses, Recabarren estudió y comprendió profundamente la doctrina socialista, según pude apreciarlo más tarde”...

Al relatar las vicisitudes de su actividad en las convenciones del Partido Demócrata con el propósito de llevarlo al socialismo, aunque sin éxito, recuerda la organización en su interior de una escuela socialista, de la cual formaron parte todos sus antiguos compañeros y muchos elementos jóvenes, entre ellos, Manuel Hidalgo Plaza, Carlos Alberto Martínez, Ricardo Guerrero, Nicasio Retamales, Evaristo Ríos, Policarpo Rojas Solís. Ante la imposibilidad de llevar el partido Demócrata al socialismo y frente a medidas persecutorias de la directiva oficial, decidieron dar vida a un Partido Socialista, donde se agruparan los miembros de tendencias socialistas y los integrantes de la Escuela Socialista, en septiembre de 1911. Según su testimonio, no se incorporó porque solicitó consentimiento para continuar en las filas del Partido Demócrata con el objeto de dar una nueva batalla para llevarlo al campo socialista, de acuerdo con el plan de Tocopilla, de 1905. El estudiante de leyes, Luis Zuloaga, redactó la “Declaración de Principios", el “Programa" y el “Reglamento" del nuevo partido, publicándose en un

folleto. La creación del Partido Socialista, en septiembre de 1911, fue comunicada a Valparaíso, Talcahuano y a Recabarren. Los de Valparaíso organizaron la agrupación departamental y sacaron a luz un periódico redactado por el poeta Zoilo Escobar. Asimismo los de Talcahuano crearon una asamblea. En este instante el gobierno disolvió la corporación municipal de Santiago, llamando a nuevas elecciones, y en ellas el Partido Socialista presentó la candidatura de Manuel Hidalgo, quien logró la primera mayoría.

Mientras tanto, en Iquique, Recabarren dividía el PD, presentándose como candidato a diputado en oposición al personero oficial Pedro Segundo Araya, a las elecciones de marzo de 1912. Recabarren alentó su fracción y su candidatura con “El Despertar de los Trabajadores”, pero ambos fueron vencidos, y por ello se le expulsó del PD. Habría sido con motivo de estos sucesos que Recabarren no obstante estar en comunicación con Escobar Carvallo, llevado por su “complejo obrerista" y el deseo de ser el conductor de una nueva agrupación política, en vez de organizar la seccional Tarapacá del PS echó las bases del Partido Obrero Socialista, en julio de 1912, con “Principios” y “Programa Mínimo” propios. Alejandro Escobar, en enero de 1913 emprendió una gira por Tacna-Arica-Tarapacá, durante la cual dio conferencias sobre socialismo y reanudó sus relaciones con Recabarren. Estuvo en el salón de la “Mancomunal de Trabajadores”, de Pisagua; en la "Casa del Pueblo”, recién fundada por Recabarren en Iquique; en la agrupación demócrata de Tocopilla, y en Antofagasta, donde ingresó como redactor al diario “El Industrial”, dirigido por Edmundo Fuenzalida.

Alejandro Escobar detalla la labor enorme de Recabarren en Iquique, donde además de dar vida exitosa a su imprenta y al diario “El Despertar de los Trabajadores” y fundar la “Casa del Pueblo”, había organizado una cooperativa de panadería y arrendado un edificio de dos pisos y media cuadra de largo, instalando ahí un salón cinematográfico, todo ello por cuenta de la cooperativa de obreros. Emite este juicio sobre él: “Su inteligencia práctica y su gran capacidad de organización, unidas a su don natural de gentes, hacían de Recabarren un verdadero conductor de pueblos. A esto cabe añadir su acrisolada honradez en el manejo de bienes de la comunidad y su vida austera y sobria, de un verdadero apóstol”. En este viaje habló con Recabarren para crear un solo Partido Socialista, con representación de todas las asambleas organizadas, en una Convención Nacional. El congreso nacional tuvo lugar en Santiago, en 1913, y a él asistió el diputado socialista argentino Money.

Según Alejandro Escobar Carvallo, él habría proseguido su plan de volver el Partido Demócrata al socialismo, pero fracasó en las sucesivas convenciones por la supremacía de Malaquías Concha, no obstante conseguir la aprobación de que el PD constituía un “partido de lucha de clases” y que, las convenciones de 1924 y 1926 ordenaron al Directorio General emprender la reforma doctrinaria y cambiar su nombre por el de Partido Social Demócrata. Con fecha 1° de marzo de 1927 publicaron un folleto, “Reforma doctrinaria y programática del Partido”, identificándola con el socialismo marxista de la II Internacional de Ámsterdam.

En 1928 se alejó de la directiva y entró a servir la dictadura de Ibáñez en calidad de gobernador. En resumen, no logró nada práctico en favor de su plan de Tocopilla para volcar el PD al socialismo, y al mismo tiempo él se divorció del movimiento obrero y socialista, que pasó a ser conducido exclusivamente por la figura prominente de Luis E. Recabarren, por eso hemos afirmado previamente, que la importancia de Alejandro Escobar es considerable durante dos decenios: entre 1895 y 1915.

En cuanto a sus afirmaciones sobre la creación de un Partido Socialista en 1911, antes del Partido Obrero Socialista, de Recabarren, será necesario llevar a cabo la investigación correspondiente para verificar si son efectivas o si se deben a una confusión natural y propia de la edad y de la distancia de la época de aquellos hechos.

Con todo, la actitud de Alejandro Escobar Carvallo en esos años y su fecunda actividad, merecen respeto y son dignas de recuerdo. Por lo demás, poseen un sitio inamovible en la historia del movimiento y del socialismo chileno. Es en virtud de este leal reconocimiento que le hemos dedicado estas modestas líneas.

Notas sobre Fermín Vivaceta Rupio

ARAUCO N°84 enero 1967

La figura de Fermín Vivaceta Rupio, (1829-1890), no ha sido recordada como lo merece no obstante el mérito ejemplar de su laboriosa existencia. En su tiempo, el educador, historiador y político liberal, don Miguel Luis Amunátegui lo denominó “un héroe de la paz”; y figuró como uno de los amigos dilectos de varias de las grandes personalidades de su época y, entre ellas, José Manuel Balmaceda, Ignacio Domeyko, José Tomás Urmeneta, y Diego Barros Arana.

El conocimiento de los hechos principales de su trayectoria humana se obtiene en algunas obras importantes. José Bernardo Suárez, notable educador del siglo pasado, en su volumen “El Plutarco del joven artista”, aparecido en 1872, inserta una carta de Fermín Vivaceta al autor en la cual le suministra interesantes datos de su vida; en la monografía de Tristón Cornejo y Pantaleón Véliz S., “Memoria histórica de la Sociedad de Artesanos la Unión”, publicada en 1889, entrega noticias sobre la actividad mutualista de Vivaceta; Arturo Blanco A. le dedicó un estudio biográfico; “Vida y obras del arquitecto don Fermín Vivaceta”, en 1924; y más recientemente, Raúl Torres Martínez, su “Semblanza de Fermín Vivaceta”, en 1953. La fecunda acción en el terreno de la arquitectura ha sido prolijamente expuesta y analizada por don Alberto Wood Le Roy en su monografía; “Fermín Vivaceta. Seminario-tesis para optar al título de arquitecto”. (Instituto de Historia de la Arquitectura). 1956.

Fermín Vivaceta Rupio nació en Santiago, en 1829, y falleció en Valparaíso, el 21 de febrero de 1890. Su padre Fermín Vivaceta era de origen argentino y su madre, Juana Rupio, humilde mujer del pueblo. Enviudó pronto y a pesar de su pobreza se esforzó con tenacidad admirable en darle educación a su hijo. Este completó sus estudios primarios y a los trece años ingresó, en calidad de aprendiz, a un taller de ebanistería para iniciarse en carpintería y como mueblista. A los diecisiete años se incorporó a los cursos nocturnos de dibujo lineal y matemáticas para artesanos, dependientes del instituto Nacional. Por influencia de su maestro don José Zegers cambió su oficio de ebanista por el de constructor de edificios y él le enseñó los ramos esenciales en arquitectura. Por decreto del 17 de noviembre de 1849 se creó una clase de arquitectura en el Instituto Nacional y para servirla el gobierno contrató al arquitecto francés Claudio Brunet Debaines. Sus cursos se iniciaron en 1850, y Fermín Vivaceta, a los 21 años, se matriculó y pasó a ser uno de sus alumnos fundadores. El plan de la nueva rama de estudios consultaba tres años de duración, pero él permaneció cuatro y medio años. Se destacó por su concentración y obtuvo un segundo premio (el primero lo ganó Daniel Barros Grez) y una mención honrosa. A causa de un decreto de reorganización de la facultad de Matemáticas, en 1853, prolongó su permanencia hasta 1854 en la escuela de Arquitectura. Luego, un decreto del 4 de septiembre de 1854 declaró que no se necesitaba título para ejercer las profesiones de ingeniero de minas y civil y de arquitecto. Respaldado por él

abandonó la escuela y se entregó de lleno al ejercicio de su profesión. Desarrolló su labor entre los años 1854 y 1882, en Santiago y Valparaíso. Aunque Fermín Vivaceta no recibió su título de arquitecto, y él mismo jamás se dijo, o firmó, arquitecto, lo fue en los hechos por su vasta labor y porque el decreto supremo de 1854 equivalía prácticamente al título de arquitecto. (Es el primer arquitecto chileno, aunque el primer título de "arquitecto general de la República" se le otorgó a Ricardo Brown, por decreto supremo del 4 de septiembre de 1862).

La nutrida obra arquitectónica de Fermín Vivaceta ha sido estudiada y detallada por el señor Alberto Wood Le Roy desde sus trabajos de ebanistería (por ejemplo, la puerta principal de la iglesia de San Agustín, de su concepción, y realizada en madera de ciprés, por sus propias manos; y, según el mencionado autor, todo el frontis y las torres de la misma iglesia serían también obra suya); y construcción, (como la iglesia de Vera Cruz, proyectada por Brunet Debaines, en 1852, y su construcción dirigida por F. Vivaceta, y a partir de la muerte de aquél, en 1856, a su cargo, por entero; el frontis del portal Tagle (o Portal Mac-Clure), edificio según los planos de Brunet Debaines y, a su fallecimiento, al quedar inconcluso, lo continuó Vivaceta, y en 1864 se terminó el frontis según planos de su creación. Se le demolió en 1930 para construir el actual Pasaje Bulnes; la casa central de la Universidad de Chile, cuyos planos originales de Lucien Ambrose Henault fueron notablemente modificados por F. V., (respecto de la fachada y en la proporción general de la planta, construida en 1863); y sus numerosas obras de arquitectura, como iglesias (iglesia del Carmen Alto, en bello estilo gótico, proyectada y edificada por él en 1865, en Alameda esquina Carmen, y demolida; la capilla Ossa, o capilla de Chuchunco, en Chiloé esquina Victoria: se conserva bastante transformada; la torre de la iglesia de San Francisco, proyectada y construida por Vivaceta, en 1858; numerosos altares, púlpitos y reparaciones en iglesias de Santiago y de Valparaíso, (en enero de 1864 se le designó arquitecto director de los trabajos a ejecutarse en la iglesia Catedral, hasta septiembre de 1867); templo masónico de Valparaíso, de tres pisos, en estilo corintio, construido en 1872 y uno de los edificios más famosos de Vivaceta, destruido en el terremoto de 1906; frontis y torre de la iglesia del Espíritu Santo, en Valparaíso, en 1880, su última obra, pues mientras vigilaba sus faenas, el 4 de mayo de 1882, le sobrevino un ataque de hemiplejía, postrándolo hasta su fallecimiento en 1890. El frontispicio se demolió para construir un edificio de departamentos. Construyó grandes casas-habitaciones como las de Domingo Matte; de Carlos Mac-Clure; de Francisco Videla, y otras, todas demolidas; y en Valparaíso, las de Emeterio Goyenechea, de tres pisos; de Antonio Subercaseaux y de Macario Ossa, todas destruidas por el terremoto de 1906; solamente subsiste la de Francisco Ossa, levantada en 1870, de dos pisos por calle Prat y de tres por Cochrane, a causa del desnivel, (hace frente a las calles Prat, Urriola y Cochrane), pero ha experimentado muchas transformaciones. Otras obras: del mercado central de Santiago, por lo menos el segundo cuerpo, con frente a 21 de Mayo, San Pablo y Puente, y rodea el cuerpo central, (sus torres poseen las características de los diseños de F. Vivaceta). En una crónica del señor B. Herrmann sobre la iglesia de Apoquindo, atribuida a Toesca, descubrió que los minaretes colocados sobre las torres son de F. V. maestro de obras. En los años de 1872 a 1875, F. Vivaceta ideó el trazado de un camino para unir todos los cerros al sur del puerto de Valparaíso con el propósito de crear nuevos barrios obreros en la parte alta. El camino en la actualidad es conocido como el "camino de cintura". En 1877 estudió la posibilidad de urbanizar los cerros del puerto desde Avenida Argentina a Playa Ancha con el mismo fin de organizar poblaciones obreras. Como investigador puso en práctica una mezcla llamada "conglomerado", algo parecido a lo conocido en el presente como "mármol reconstituido".

En su creación arquitectónica cultivó exclusivamente los estilos clásico y greco-romano, a excepción de su iglesia gótica del Carmen Alto.

En el plano político se distinguió como miembro del Partido Liberal. Fue un admirador de Francisco Bilbao y se le designó integrante de la comisión destinada para repatriar los restos del ilustre tribuno; en 1870, apoyó a José Tomás Urmeneta, representante de la burguesía progresista; en 1875 fue partidario de Benjamín Vicuña Mackenna; y en 1881, de don Domingo Santa María.

En su actividad social resplandecen dos preocupaciones: 1. Impulsar la enseñanza y elevar el nivel del pueblo, y desde 1858 integró la Junta Directiva de la Sociedad de Instrucción Primaria, donde trabajó con su amigo y protector don José Tomás Urmeneta. Estimuló la creación de escuelas nocturnas para obreros. 2. Propulsar la asociación mutualista. El 5 de enero de 1862 celebró su primera sesión la Sociedad Unión de Artesanos (hoy día "Artesanos la Unión"), con 162 socios, presidida por F. Vivaceta. El 20 de julio de 1862 inauguró la escuela nocturna dependiente de la sociedad, llamada más tarde "Benjamín Franklin" y, hoy día, Fermín Vivaceta. En Valparaíso dio conferencias sobre el mutualismo y con 48 compañeros fundó el 6 de enero de 1877, una sociedad cooperativa, con el nombre de "Asociación de Trabajadores".

En general, Fermín Vivaceta, proletario-artesano, al ascender en la escala social se ocupó de la situación, de los obreros y artesanos de la construcción y de otras actividades y los organizó en gremios-asociaciones mutualistas y, a la vez, estableció escuelas nocturnas para los mismos. Es un notable precursor del movimiento mancomunalista y del sindicalismo obrero. Las ideas de la época sobre justicia y solidaridad social, y de unión de los elementos del trabajo, tan en boga entonces en Europa, encontraron en Chile amplia acogida y comprensión en la actividad de Fermín Vivaceta. Por eso se encuentra ligado a los orígenes difíciles y valerosos del gremialismo chileno.

El Partido Socialista y el Frente Popular en Chile

ARAUCO N°85 febrero 1967

A los dos años de la fundación del PS se produjo un cambio completo en la posición política del comunismo internacional. Ante la terrible amenaza del avance del fascismo y la reacción en Europa, la III internacional, en su VII Congreso, celebrado en agosto de 1935, aprobó una nueva línea táctica, diametralmente opuesta a la seguida hasta ese momento. Abandonó el extremismo revolucionario y su ataque a los partidos socialistas y democráticos, y adoptó una postura de unidad política y sindical, en especial con los socialistas, y de colaboración con las fuerzas burguesas liberales, en defensa de la democracia contra el fascismo, concretándola en la realización de la fórmula práctica de dar vida a frentes populares.

ORIGEN Y SIGNIFICADO DEL FRENTE POPULAR

En el VII Congreso de la Komintern, su jefe el dirigente búlgaro G. Dimitrov, se expresó del fascismo en estos términos: "El fascismo en el poder es la abierta dictadura terrorista de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas del capitalismo. La variante más reaccionaria del fascismo es el fascismo tipo alemán. Se intitula impúdicamente nacional-socialismo, sin tener nada de común con el socialismo. El fascismo hitlerista no es un nacionalismo burgués, sino un chauvinismo bestial. Es un sistema gubernativo de bandidaje político, un sistema de provocaciones y de torturas para la clase obrera y para los elementos revolucionarios del campesinado, de la pequeña burguesía y de los

intelectuales. Es la barbarie medieval y el salvajismo". En otro párrafo agregaba: "El fascismo es la ofensiva más feroz del capital contra las masas trabajadoras. El fascismo es el nacionalismo patriótico más desenfrenado y la guerra de conquista. El fascismo es la reacción implacable y la contrarrevolución. El fascismo es el peor enemigo de la clase obrera y de todos los trabajadores".

En términos parecidos se expresaron Stalin y los diversos dirigentes comunistas de todo el mundo. La URSS pasó a formar parte de la Sociedad de las Naciones y a defender sus principios, y los comunistas pusieron en el primer plano de su acción la defensa del régimen democrático burgués.

Hasta ese instante, en la lucha social y política, se habían enfrentado el proletariado y la burguesía, sostenida ésta por las clases medias. El apoyo de la clase media a la burguesía se debió a diversas circunstancias: a su falta de homogeneidad y cohesión orgánica a causa de la naturaleza misma de sus componentes: pequeños industriales, agricultores modestos, comerciantes de escasos recursos, empleados secundarios; a su carencia de una finalidad histórica por cumplir como clase social definida, y por el ataque continuo y violento del proletariado. Se abrió una grieta en la alianza de la clase media con la burguesía a raíz del proceso creciente de concentración y centralización de la producción capitalista en manos de oligarquías reducidas, y como consecuencia, la pauperización y proletarización de las clases medias. El fascismo, con su propaganda demagógica, atrajo a vastos sectores medios; pero otros numerosos contingentes quedaron a disposición de una posible influencia de la clase obrera.

En este hecho se centrará la táctica del Frente Popular: sellar la unidad de clase del proletariado, poniendo término a sus reyertas intestinas y estériles, causa de su debilidad; y fin de su beligerancia torpe respecto de las clases medias, menospreciadas en su lucha contra el capitalismo. El término de las discusiones en el campo obrero y el acercamiento a la pequeña burguesía, ante la amenaza del gran capitalismo y del fascismo, marcan la raíz de los frentes populares y del nuevo movimiento político democrático. La consigna vital de la época fue la de la unión férrea de los obreros de la ciudad y del campo con los sectores de la pequeña burguesía, arruinada y empobrecida por la explotación del alto capitalismo, para detener las dictaduras fascistas y mantener las garantías democráticas, la libertad y la paz. Los Frentes Populares constituyeron una conjunción de las clases proletarias y medias, con programas esencialmente democráticos, para contener el avance de las fuerzas fascistas. La lucha social y política se ubicó en un nuevo plano: democracia contra fascismo.

El Frente Popular significó una etapa de lucha de las masas trabajadoras en su larga jomada hacia la conquista del socialismo; y en este caso una etapa defensiva, para reconquistar o defender las libertades públicas. Muy lejos del socialismo, significaba la unidad de acción del proletariado y las clases medias para mantener las conquistas democráticas logradas por las clases trabajadoras y detener el fascismo, dictadura sangrienta del gran capital.

La formación del Frente Popular en Chile tuvo alternativas y dificultades previas bastante considerables. Lo resistían el PS y un sector del Partido Radical; lo propiciaban con entusiasmo el PC y un sector del partido Radical, pero incluso en el seno del PC encontró tropiezos.

Los socialistas resistieron la nueva consigna del Frente Popular por estimar que las fuerzas democráticas populares estaban aglutinadas en el Block de Izquierdas, en cambio en la nueva combinación, tal como era propiciada, permitiría el crecimiento del comunismo estalinista; el robustecimiento del Partido Radical, (dividido y maltrecho por su colaboración a la tiranía "legal" de Alessandri-Ross), y, sin duda, prevalecería la política del ala más conservadora de las fuerzas democráticas, es decir, de los sectores

burgueses del Partido Radical, deformándose la línea revolucionaria y popular del movimiento socialista y del movimiento obrero.

Los comunistas desencadenaron una intensa campaña de unidad, movilizándose con agilidad en todos los sectores y explotando los éxitos de Francia y España; y apuntó con especial cuidado al interior del Partido Radical y del Partido Socialista. Exaltó y rodeó de simpatía a los dirigentes "unitarios" y, a la vez, colocó en la picota del oprobio a los tildados de "anti-unitarios", enemigos de la unidad popular. En definitiva consiguió hacer triunfar su nueva consigna y hacerla profundamente popular.

En la asamblea radical de Santiago encontraron fieles cooperadores, como Manuel Cabezón Díaz, Carlos Céspedes, y, en especial, Justiniano Sotomayor. Un discurso de éste, y que lo hizo famoso, en una sesión de la dicha asamblea, en febrero de 1936, aprobando un voto a favor de la constitución del Frente Popular, tuvo una influencia decisiva en la actitud final del Partido Radical. Además en la Junta Central de esa colectividad fueron sus partidarios influyentes Pedro Enrique Alfonso, Héctor Arancibia Lazo, Humberto Álvarez Suárez y Gabriel González Videla.

Las victorias electorales del Frente Popular en Francia y España crearon una innegable mística frentista, a la cual se sumó el profundo sentimiento de repudio a la reaccionaria gestión gubernativa de Alessandri-Ross. El gobierno de Alessandri sólo podría ser derrotado, se pensaba, por la acción mancomunada de todas las fuerzas políticas "democráticas". Después de muchas gestiones el Frente popular chileno quedó constituido el 2 de abril de 1936. Se consolidó con una primera y sensacional victoria electoral, en la agrupación de Biobío, Malleco y Cautín, donde se ganó la elección complementaria de un senador, de cuyo voto dependía la aprobación o el rechazo de una nueva ley de facultades extraordinarias, por medio de las cuales Alessandri mantenía su dictadura "constitucional".

LAS PERIPECIAS DEL FRENTE POPULAR

La línea del Frente Popular exigió una preparación cuidadosa en el seno del propio Partido Comunista. La Komintern destacó a tres altos funcionarios en Chile para difundirla: el profesor checoslovaco Federico Glaufbauf, el dirigente alemán ecuatoriano educado en Praga, Manuel Cazón, y el periodista peruano Eudocio Ravines. El profesor Glaufbauf se dedicó a desarrollar cursos de capacitación marxista, con el objeto de mejorar y elevar el nivel teórico y político de los cuadros dirigentes del PC, adaptándolo a las posiciones propias de la nueva etapa de Frente Popular. El dirigente Cazón tuvo por misión colocar al PC, en la nueva línea política de la Komintern: ingreso de la URSS en la Liga de las Naciones, mejoramiento de sus relaciones con los Estados Unidos y potencias democráticas; apoyo en los países subdesarrollados a gobiernos militares populistas Chiang Kai-shek, en China; Batista y Vargas, en Cuba y Brasil. La aplicación del Frente Popular y su correspondiente democracia populista, encabezada por un militar, en Chile, constituyó la preocupación fundamental de Cazón. Este encontró el caudillo adecuado en la persona del ex-dictador Carlos Ibáñez del Campo. Aunque resistido por los viejos líderes del PC, (Elías Lafferte, Barra Woolf), finalmente el PC lanzó un famoso manifiesto en favor del general e impuso la candidatura senatorial por Santiago del periodista Juan Luis Mery, de reconocida adhesión ibañista y adversario decidido de Alessandri-Ross, a raíz de la defunción de Pedro León Ugalde. Por otro lado, encontró adeptos tanto en pro del Frente Popular como de la candidatura presidencial de Ibáñez, en sectores del partido Radical (J. A. Ríos) como del PS (Ricardo A. Latcham, Amaro Castro, Arturo Natho, quienes llegaron a la división dando vida a un grupo denominado "Unión Socialista'' al servicio de aquella fórmula), pero, la resistencia general del PS, a la posible candidatura de Ibáñez, (el PS, había levantado su

propia postulación en la persona del combativo y popular coronel Marmaduke Grove, enemigo de Ibáñez y líder de la breve revolución socialista del 4-16-VI-1932); de un sector poderoso del Partido Radical, y de muchos elementos jóvenes e independientes de la izquierda, no permitían el avance de aquella pretensión. Además, la adhesión fanática y ruidosa del Movimiento Nacional-Socialista, encabezado por Jorge González von Marées, copia ridícula del hitlerismo alemán, daba un marcado tinte fascista a la candidatura de Ibáñez, quién por lo demás cargaba con un ominoso pasado dictatorial y terrorista. En medio de estas maniobras desconcertantes llegó el dirigente comunista Eudocio Ravines, quién usó el pseudónimo de Jorge Montero y sacó a luz un periódico denominado "Frente Popular'', de rápida influencia en los sectores izquierdistas. Trajo en forma explícita la consigna de Frente Popular antifascista, con dirección y candidatura de representantes destacados de los partidos democráticos-burgueses "que aún no habían tenido el poder". (Cazón abandonó el país.) El secretario general del PC, Carlos Contreras Labarca, sirvió con habilidad y tesón la línea de Eudocio Ravines.

Los comunistas no simpatizaron con un abanderado socialista y no le vieron posibilidades electorales a la candidatura popular de Marmaduke Grove. Fijaron su atención exclusivamente en las filas del radicalismo. Y aquí se impuso la figura del viejo político Pedro Aguirre Cerda. Este pretendía ser candidato al estilo del año veinte, en brazos de una Alianza Liberal, de radicales, liberales, democráticos y socialistas; y ante la imposibilidad de revivir tal combinación, a causa de la estrecha unión de conservadores y liberales en torno a Ross y con el pleno respaldo del gobierno, como de la amenaza de una posible candidatura de Juan A. Ríos, (a quién miraban con simpatía sectores radicales y de otros partidos del Frente Popular; únicamente los socialistas lo rechazaban en forma terminante), entró a apoyar el Frente Popular, con su famosa metáfora de que el puño en alto, símbolo de lucha del Frente popular, no era la amenaza de destrucción del enemigo, como aseguraban sus opositores, sino la unidad apretada de sus cinco componentes: PR, PS, PC, FD, y CTCH.

El PC orientó el Frente Popular y llevó su táctica a todos los planos de la actividad, infiltrándose de manera absorbente en los diversos organismos creados. Bajo la dirección de Eudocio Ravines y su equipo político, brotaron la Liga de los Derechos del Hombre, (con intelectuales y profesionales democráticos, burgueses...); la Alianza de Intelectuales de Chile, (Alberto Romero, Augusto D'Halmar, Pablo Neruda, Roberto Aldunate, etc.), y su revista "Aurora de Chile''; el Movimiento de Emancipación de las Mujeres, (Mench), con Elena Caffarena, Marta Vergara, etc., los Comités de Ayuda al Pueblo Español; la "Casa América", en Alameda esquina Prat...

El PC captó a destacados elementos de la burguesía nacional, los cuales colaboraron con fidelidad en sus labores. En una de las crónicas de Wilfredo Mayorga, en "Ercilla", en la cual entrevistó al sagaz dirigente radical Osvaldo Sagúes, de mucha participación en el gobierno del Frente Popular, éste dio abundantes noticias sobre las maniobras ocultas para dar vida al Frente Popular. Ahí menciona los muchos hogares aristocráticos en los cuales se realizaron cursos clandestinos de capacitación marxista-comunista: recuerda a un médico "burgués", ya fallecido, y a doña María Aldunate viuda de Valdés, suegra de Eduardo Alessandri, en calle Cienfuegos).

El Frente Popular significó en la práctica la extensión y profundización del Blok de Izquierdas, con la inclusión del Partido Comunista y el Partido Radical; secundó la unidad sindical, con la creación de la Confederación de Trabajadores de Chile, (CTCH), en diciembre de 1936; evitó el peligro de una dictadura reaccionaria permanente; y obtuvo una victoria resonante en la lucha presidencial del 25 de octubre de 1938. Se inició un gobierno democrático, en el cual participó el Partido Socialista, con tres ministerios,

junto al Partido Radical, mayoritario y preponderante, y al Partido Democrático. Desde el primer instante se evidenció el desacuerdo profundo entre los componentes de la nueva administración, lo cual imposibilitó una gestión renovadora eficiente. Por otro lado estalló la segunda guerra mundial, antes de cumplirse el primer año de gobierno, agravándose la situación de la economía nacional. El acontecimiento señalado estuvo precedido de un acto inesperado y desconcertante, de grave repercusión en el seno del Frente Popular: el gobierno soviético firmó un pacto de no agresión y de alianza con el régimen nacista. Stalin e Hitler se dieron la mano a través de sus respectivos Ministros de Relaciones Exteriores, Molotov y von Ribbentrop. Según Molotov, "Rusia y Alemania dejaban de ser enemigos" y agregó: "Nos comprometemos a trabajar por la amistad de la Unión Soviética y de la Alemania y por el desarrollo y florecimiento de esa amistad". Hitler respondió: "Todas las intenciones de las potencias democráticas para modificar en algo el pacto, fallaron lamentablemente. El discurso pronunciado por el Comisario de Relaciones, Molotov, sólo puedo apoyarlo palabra por palabra".

El pacto Stalin-Hitler produjo confusión en el Frente Popular Chileno y puso tirantes las relaciones entre el Partido Comunista y el Partido Socialista, los comunistas desataron un ataque verbal violento contra la democracia burguesa y el imperialismo franco-anglo-norteamericano, y a sus líderes, incluso Roosevelt, los acusaron de traficantes de guerra. Entonces, los socialistas, defensores de una política antifascista, no pudieron entenderse lealmente con los comunistas, aliados y solidarios de la agresión del nacismo. El PS señaló las razones odiosas del pacto y denunció la responsabilidad de la URSS, en el desencadenamiento de la segunda guerra mundial, aunque según Molotov, significaba la neutralidad de Rusia en el conflicto entre Alemania y Polonia y estaba destinado a evitar la guerra y a afianzar la paz.

Un documento del Partido Socialista refutó tales declaraciones y afirmó: 1° En vez de evitar la guerra la precipitó inmediatamente, porque Hitler seguro de no ser atacado por Rusia y de la imposibilidad de la ayuda franco-inglesa, invadió rápidamente el territorio polaco con su inmensa superioridad en armas y hombres. El ataque se produjo minutos después de ser ratificado el pacto nazi-soviético, demostrándose así que era la garantía esperada por Hitler para desatar la invasión. 2° En vez de asegurar la paz provocó la guerra, pues Francia e Inglaterra tenían un tratado de ayuda militar con Polonia. Si Stalin no hubiera pactado con Hitler la contienda no se habría producido por el terror de éste a una conflagración general y a una guerra en dos frentes. El pacto lo estimuló a la agresión y lo convirtió en triunfador. 3° Implicó una brutal negación a la política seguida por Stalin y la Internacional en defensa del régimen democrático y de acercamiento a las potencias democráticas. Reemplazó la lucha antifascista por el entendimiento con el fascismo hitleriano en guerra con los países democráticos. A partir de ese momento el comunismo estalinista no podía seguir pregonando su defensa del régimen democrático y se colocaba abiertamente al lado de la "barbarie" y el "salvajismo" y de la "agresión desenfrenada", como había manifestado Dimitrov al caracterizar el hitlerismo. 4° Fortaleció las pretensiones internacionales del fascismo, su política de agresión a los países más débiles y afianzó su estabilidad como gobierno. En vez de debilitarlo, Stalin le dio mayor prepotencia y, por otra parte, remachó las cadenas del proletariado alemán aherrojado por las garras de la Gestapo. 5° Desenmascaró los apetitos imperialistas de la URSS, al participar en el nuevo reparto dé Polonia. Aquello de "Pacto de no agresión", y de la "neutralidad soviética", resultó ser una farsa brutal. El pacto estaba destinado a facilitar la dominación de Polonia por el hitlerismo y, en seguida, proceder a su repartición entre Alemania y la URSS. O sea, Stalin renegó también del principio de "la libre determinación de los pueblos", sostenido hasta el día anterior al Pacto.

Los dirigentes del PS, sin excepción, condenaron el Pacto y el nuevo viraje de la III internacional. El diputado César Godoy Urrutia, líder de la corriente de oposición al C.C., en el semanario oficial

“Consigna”, del 16 de septiembre de 1939, insertó un artículo titulado: “¿Qué podemos esperar de Rusia?”, escrito a riesgo de “quedar inscrito en el índex, de ser llevado y traído como un “perro trotskista", de ser motejado de “agente de esto o de aquello”, por el deber de decir su palabra ante el reciente capítulo escrito en la historia de las claudicaciones y del derrotismo: el pacto nazi-soviético. Y en un párrafo comentaba con ironía los virajes comunistas en nombre del realismo y de la dialéctica —¡especie de Celestina! —. El autor de este trabajo, publicó en “Consigna” del 2 de diciembre de 1939, un artículo titulado “Anotaciones al último discurso de Dimitrov”, en el cual analizaba los virajes del líder moscovita y anotaba que si la nueva política pacifista de la III Internacional prosperara en las masas de Francia e Inglaterra, significaría la victoria del nacismo y la germanización de Europa, y el mismo “padrecito” Stalin experimentaría personalmente la amistad de Hitler.

EL PROGRAMA DEL PS EN EL GOBIERNO DE FRENTE POPULAR

En el gobierno, la combinación frentista no demostraba ninguna celeridad en la resolución de los problemas del país, a causa de las divergencias de sus componentes, el choque de sus intereses partidarios, y la confusión, ya señalada, en el campo obrero a raíz de las repercusiones del pacto nazi-soviético.

En medio de la confusión y el desorden reinantes, el PS impulsaba la realización de un programa mínimo como base del establecimiento de una democracia popular y jalón hacia el socialismo. Agitaba su plan de reivindicaciones y trataba de movilizar a las masas en un amplio movimiento dirigido a conseguir esas reformas vitales y a socavar las bases de la burguesía. Desde el Gabinete, el Parlamento, los municipios y los sindicatos, desde las fábricas y los movimientos de aspirantes a tierras, el PS gastaba toda su energía en imponer sus aspiraciones y en fortalecer la lucha de las masas, hasta conseguir el desarticulamiento del poder económico de la plutocracia y, en su reemplazo, echar las bases de una economía popular.

Ante todo, exigía la planificación de la economía nacional, la destrucción del latifundio y la nacionalización de las riquezas del suelo y del subsuelo, y el fortalecimiento de la democracia. A su juicio, era una necesidad ineludible poner término a la desorganización de la economía, sometiéndola a un plan de conjunto en relación con las necesidades vitales del país y sus posibilidades internacionales. La producción debía ser sometida al control del Estado regulándola en función del bienestar colectivo. Desde el triunfo del Frente Popular, el PS, planteó la urgencia de constituir una Junta Económica Nacional, y en octubre de 1939, al exponer su Plan de Acción Económico-Nacional, con motivo del cambio de su primer equipo ministerial, precisaba que debía estar dirigido por el Presidente de la República e integrado por los Ministros de Hacienda, Relaciones Exteriores y Comercio, Fomento, Agricultura y Tierras y Colonización. Su objetivo sería el de dirigir la economía nacional en todos sus aspectos, aplicar una política de fomento y crédito y llevar a cabo las reformas fundamentales necesarias a un acelerado desarrollo económico.

En primer término, dentro de esas grandes reformas, era imperioso expropiar la tierra no cultivada en forma normal; subdividir los latifundios entre los trabajadores agrícolas, de acuerdo con la consigna: “la tierra para el que la trabaja”. Para evitar los efectos perniciosos inherentes a la pequeña y mediana propiedad según el modo individualista de explotación, se organizaría en centros de producción y en cooperativas agrícolas de producción, para permitir mayores facilidades en el trabajo, mayor rendimiento en la producción y menor costo de producción por la eliminación de los intermediarios parásitos. Al mismo tiempo se propendería a la constitución de haciendas colectivas, explotadas

directamente por el Estado, y colonias colectivas, con salarios adecuados y participación de los trabajadores en las utilidades.

El gobierno debía expropiar los latifundios y todos los terrenos incultos o baldíos. Frente a la realidad del momento propiciaba la ayuda a los pequeños y medianos propietarios, dándoles crédito a bajo interés y facilitándoles semillas, aperos y maquinarias; pedía el mejoramiento de los salarios de inquilinos y peones y la implantación del salario vital en el campo, más la construcción de viviendas confortables, servicios de salubridad y otros beneficios de la civilización. Exigía la libertad de sindicalización de las masas campesinas, como una manera de incorporarlas a la lucha consciente por su mejoramiento social, económico y cultural.

Ante la Caja de Colonización, señalaba su inutilidad, por cuanto en diez años de existencia, con un gasto de 98 millones de pesos apenas había colocado 1.083 colonos y, en cambio, sostenía un desmesurado cuerpo burocrático. Exponía la conveniencia de dotarla con un presupuesto de 300 millones de pesos anuales para llevar a cabo un vasto plan de colonización agrícola.

Frente a las riquezas naturales del país, junto a su defensa y a impedir la explotación incontrolada de aquellas en poder de los consorcios imperialistas, se las debía recuperar progresivamente, y defender sus reservas procediendo a su explotación por cuenta del Estado. Exigía revisar los contratos con los consorcios imperialistas y disolver a aquellos monopolios contrarios a los intereses nacionales, como la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo, porque una correcta política salitrera debía tender a su nacionalización hasta pasar a manos del Estado; asimismo, el ferrocarril salitrero, desde Pueblo Hundido a Iquique; y la Compañía Chilena de Electricidad, y se debía nacionalizar la energía eléctrica para aprovecharla con fines de bienestar colectivo, y realizar un plan completo de electrificación en conexión con el desarrollo de nuevas industrias y el mejoramiento de los transportes. La electrificación y la industrialización eran reivindicaciones fundamentales y propias de las tareas de un gobierno popular. Los capitales necesarios para llevar a cabo el ambicioso propósito podían obtenerse del control estricto del imperialismo por el Estado, obligándolo a dejar en el país el mayor porcentaje de las utilidades de la explotación de las materias primas nacionales.

En su programa reclamaba una acción enérgica contra los monopolios y la represión del agio y la especulación desatados para obtener mayores beneficios a costa de las masas consumidoras. Asimismo, pedía la nacionalización del crédito y la creación del Banco del Estado, con el objeto de destruir el monopolio crediticio en manos del Banco de Chile, el Banco Edwards y el Banco Español de Chile y facilitar crédito barato a los productores modestos, de la industria, agricultura y comercio; poner término a la desvalorización monetaria; alentar el desarrollo de la industria; mejorar la capacidad adquisitiva de las clases trabajadoras.

En su manifiesto dirigido al país, en enero de 1940, el PS reclamaba la intervención del Estado “en el control de algunos productos vitales mediante la formación de estancos, como el del trigo y la harina, el azúcar, el tabaco, el petróleo, el carbón, el cemento y otros, que junto con significar abaratamiento de los precios permitiría organizar efectivamente la producción de acuerdo con las necesidades internas y el comercio exterior”.

En materia de salarios, en Chile no debía haber “un solo hombre sin trabajo justamente remunerado”, con recursos suficientes para satisfacer sus necesidades vitales. El porvenir de la raza y la salud del pueblo imponían la reducción de la semana de trabajo a 42 horas y la fijación de salarios adecuados al

obrero y a la mujer trabajadora, y de acuerdo con la fórmula: “a igual trabajo, igual salario”; una severa protección al trabajo de los menores; y un aumento sustancial de los salarios de los trabajadores del campo. Otro tanto debía llevarse a cabo en el mejoramiento de los sueldos de los empleados, poniendo un tope a los más altos, impidiendo la acumulación de cargos, y atendiendo en forma especial a los bajos.

La política de mejoramiento de salarios y sueldos debía ir aparejada a una política de abaratamiento de los artículos de primera necesidad, (azúcar, carne, leche, pan), del vestuario y de los cánones de arriendo.

Por otra parte era indispensable perfeccionar la legislación social, modificándola en el sentido de proteger en forma eficaz a las clases laboriosas, dando una mayor intervención al Estado en la solución de los conflictos, y una mayor defensa a los trabajadores, contemplando en el Código del Trabajo la implantación del salario vital para obreros, trabajadores, campesinos y empleados particulares.

La salud del pueblo Chileno exigía una atención preferente de parte del Estado a fin de eliminar las causas engendradoras de su elevada mortalidad; implantar una medicina preventiva en eficaz y oportuno resguardo de la existencia del trabajador, creando subsidios para el enfermo y medios de subsistencia para la familia; sanatorios, hospitales y campos de reposo, protección a la infancia desvalida, a los escolares indigentes, a la madre obrera; demolición de los conventillos y ranchos, focos de epidemia, y realización de un vasto plan de edificación popular, a fin de dar vivienda sana, confortable y barata a los trabajadores, (grandes poblaciones obreras, a base de colectivos en las proximidades de los centros de trabajo, dotados de salas cunas, jardines de infantes, comedores populares, cooperativas de consumo, etc., huertos obreros, almacenes populares de vestuario...).

En cuanto a la educación era imprescindible, llevar a cabo una reforma profunda de acuerdo con las realidades económicas y sociales del país, resguardando el destino de la infancia obrera y campesina y propulsando la capacitación técnica y la eficiencia de los trabajadores. El control total de la enseñanza por el Estado, instaurando la escuela única, gratuita, obligatoria, asistencial y laica, y, en general, respondiendo a un sentido democrático, popular, realista, y obedeciendo a un concepto social tanto en su finalidad como en sus métodos y formas. Debía existir completa libertad ideológica y política para el magisterio y estabilidad en sus cargos; y sustancial mejoramiento de su situación económica. Y afrontar con vigor la eliminación del analfabetismo y de la deserción escolar.

En el propósito de obtener mayores recursos con el objeto de llevar a la práctica las reformas sociales urgentes, se procedería a revisar el régimen tributario nacional, eliminando los impuestos indirectos, y aplicando impuestos directos, al lujo y artículos suntuarios; impuestos progresivos a las herencias, al juego, a los terrenos baldíos, al capital improductivo, a las grandes fortunas y a las grandes utilidades, a las minas no trabajadas, a los consorcios imperialistas...

Reajuste y mejoramiento de la Administración Pública; honestidad administrativa, supresión del acaparamiento de sueldos, fijación de un sueldo mínimo compatible con la decencia y dignidad de las funciones y fijación de un sueldo máximo; depuración de la administración de todos aquellos funcionarios deshonestos e incapaces; superación del trabajo administrativo.

Finalmente, en la misma medida de la realización de las reformas económicas y sociales, se procedería a consolidar las garantías democráticas y a superar la democracia política, para ponerla al servicio del

pueblo; organización sindical de los obreros, empleados y campesinos; igualdad de derechos políticos de hombres y mujeres; inscripciones electorales permanentes; eliminación del cohecho. En resumen, suprimir las desigualdades sociales y fortalecer la organización política de la clase trabajadora con su mayor participación en la dirección de los destinos nacionales.

CONTRADICCIONES E INEFICACIA DEL GOBIERNO DE FRENTE POPULAR

En el Gobierno de Frente Popular, radicales, socialistas, democráticos y comunistas asumieron la dirección política del país como un conjunto de fuerzas heterogéneas, sin una política económico-social definida, sin un plan de realizaciones efectivas y carentes de una finalidad clara y concorde. Desde el primer día improvisaron en medio de encontradas y dispares modalidades para apreciar la realidad del país. El Frente Popular en sí mismo, como agrupación y táctica políticas, era un pésimo instrumento de lucha, era apenas una alianza transitoria para ganar elecciones. En el Gobierno se exhibió como una combinación política sin ninguna afinidad social interna y sin un plan para desenvolverse durante los seis años de la presidencia recién conquistada; tampoco tenía poder sobre los medios de producción y cambio del país y, además, se encontraba en minoría en el Poder Legislativo. El Gobierno de Frente Popular siguió la misma política de arreglos y tramitaciones de los regímenes anteriores. El mejoramiento de las condiciones de vida y el aumento de salarios, factores elementales de una política popular, fueron conseguidos a costa de una lucha constante de las masas. Pero el costo de la vida subía más rápidamente que los salarios y sueldos. El gobierno de Frente Popular no hizo ningún análisis objetivo y serio de las condiciones en que recibía el país de manos del régimen conservador, ni entregó ninguna publicación sobre el estado real de las reparticiones fiscales y semifiscales, de las finanzas del Estado, para establecer y deslindar responsabilidades. Luego, el Gobierno de Frente Popular permitió el alza sistemática de los artículos de consumo, a pesar de conocer las fuentes y el origen de la especulación. La oposición reaccionaria, el conjunto de las fuerzas políticas conservadoras vencidas en 1938, atacó con toda clase de armas a la administración popular acusándola de muchos errores de las anteriores presidencias como si fueran suyos mientras en el fondo, por las garantías dadas, se aprovechó para llevar a cabo vastas especulaciones y, a la vez, esparcía el desconcierto, el descrédito y la confusión en el plano político. La reacción intacta llevó a efecto una permanente obstrucción parlamentaria, puso toda clase de entorpecimientos y dilaciones en la administración fiscal y semifiscal; saboteó la producción por medio de la disminución de las siembras y la restricción de los créditos; y una especulación desenfrenada le permitió realizar grandes utilidades, encareciendo en forma exorbitante los artículos de primera necesidad. Por otro lado, no fue capaz el Gobierno de ampliar las instituciones democráticas. No se reformó la ley electoral, no se permitió la sindicalización campesina, ni se impulsó la colonización.

El Gobierno de Frente popular resultó muy mediocre demostrando una debilidad orgánica que ni la misma reacción se imaginó. Entonces su ofensiva arreció desde todos los ángulos, mientras la inoperancia del régimen desalentaba a sus propios miembros. Esta debilidad del Frente popular permitió el enriquecimiento de las capas altas del país a costa de la miseria del pueblo, y su robustecimiento considerable, pues sus privilegios se mantuvieron incólumes. La plutocracia controlaba todos los medios de producción, de crédito y de cambio, y al permitirle el gobierno actuar libremente, especuló y se enriqueció. De ahí su fortalecimiento clasista y el aumento de su poderío económico, llevándola a luchar audazmente para recuperar el poder político (conspiraciones, golpe de Ariosto Herrera en agosto de 1939).

Lo positivo en el haber del Frente Popular fue el mantenimiento y respeto de las libertades públicas. De ellas se aprovecharon los enemigos del régimen para tratar de derribarlo. En cambio las masas agobiadas por la pobreza no podían apreciar el valor de tales libertades, por cuanto a su sombra y protección sufrían una explotación mayor y su miseria experimentaba un crecimiento trágico. En el campo de los partidos políticos se produjeron algunas novedades. Así el Movimiento Nacional socialista se transformó en Vanguardia Popular Socialista, manteniendo una nueva posición de tinte democrático, ante el impulso de la marea popular para subsistir después de sus desastres, culminantes en el trágico 5 de septiembre y su obligado apoyo a la candidatura popular de Aguirre Cerda, debió renegar de su contenido fascista hasta morir democráticamente algún tiempo más tarde. Por otra parte, la Falange Nacional, movimiento aglutinador de un importante sector de la "juventud conservadora", se desarrolló en ciertas proporciones con un programa social-católico, teóricamente bebido en algunas encíclicas papales y en las posiciones de León Eloy, Maritain, Berdaief, Lebret y otros pensadores cristianos, propulsores de la humanización del capitalismo. La Falange Nacional nació con el deseo de aprovechar el desvitalizamiento del Partido Conservador, sordo y ciego ante los cambios económicos-sociales del mundo, encerrado en un egoísmo individualista impermeable a las nuevas ideas democráticas y enemigo de las transformaciones en favor de las clases populares…

El régimen de Frente Popular exhibió siempre una permanente fragilidad orgánica, manifestándose en la pugna abierta y constante entre sus componentes, (alianzas parciales y campañas subterráneas de desprestigio contra terceros), en el aumento de la burocracia fiscal y semifiscal para satisfacer la voracidad del Partido Radical y la competencia de los demás partidos integrantes del gobierno y de los que, estando fuera, (Partido Comunista y Derechas), exigían compensaciones para dar paso a las pequeñas innovaciones del Frente Popular. El gobierno debía reorganizar la administración para impedir el sabotaje y la obstrucción; no obstante dejó casi intacta la burocracia derechista y sobre ella agregó su propia capa de empleados.

Durante los años 1939 y 1940, en lo esencial, el ritmo del gobierno siguió igual a los años anteriores y la falta de realizaciones se disimuló con el pretexto de la minoría izquierdista del Congreso. Todo se postergaba para después de las elecciones generales de marzo de 1941, y sólo al conquistarse una mayoría frentista se podría llevar a efecto un plan de reformas democráticas. El más ferviente deseo de la pequeña burguesía democrática, médula social del Partido Radical, eje todopoderoso del gobierno, era, como siempre, "que la lucha se ventilase por encima de sus cabezas en las nubes, entre las ánimas benditas del Parlamento". Ningún gobierno había logrado, en nuestro país, reunir en su torno tal apoyo y adhesión esperanzada como el triunfante en 1938, con don Pedro Aguirre Cerda. Bien pudo, para corresponder siquiera en pequeña parte a tan decidida posición, como primera medida de un gobierno nuevo y renovador, imponer la disolución del Congreso, por no representar sino el dinero de la oligarquía y la intervención oficial del régimen Alessandri-Ross. El Gobierno de Frente Popular debió ser, y pudo serlo, un régimen renovador democrático-burgués, impulsando desde arriba transformaciones económicas, sociales y políticas para abrir una era de democratización de la riqueza, de la cultura y de las instituciones, pero nada profundo hizo, salvo la creación de la Corporación de Reconstrucción y Auxilio para levantar las provincias destruidas por el terremoto de enero de 1939, y la Corporación de Fomento a la Producción. La Corfo surgió de las ideas sobre la urgencia de una dirección económica del Presidente de la República, de su Ministro de Hacienda, el ingeniero Roberto Wachholtz, y de la presión de los partidos integrantes del Frente Popular. En la redacción definitiva del proyecto de la Corporación de Fomento de la Producción participaron Angel Faivovich, Pedro Opitz, Rolando Merino Reyes, Juan B.

Rossetti y Pedro Cárdenas. En el Parlamento encontró una cerrada oposición de parte de los congresales de derecha, y de esta suerte, en el Senado, el proyecto de ley se aprobó gracias al voto favorable del senador conservador Francisco Urrejola, quién no se sometió a las directivas de su partido, por estimar que el proyecto era de utilidad nacional.

Aunque planeada su creación con un criterio social avanzado, fue desvirtuada y entregada su dirección a elementos de concepciones económicas atrasadas y conservadoras.

DEBILIDAD Y FRACASO DE LA PARTICIPACION SOCIALISTA

El Partido Socialista, partido popular mayoritario, planteó al gobierno un programa concreto y definido de reformas, tendiente a dar alivio a las masas y democratizar efectivamente al país. En primer lugar estimaba necesario someter toda la economía nacional a un plan de conjunto e iniciar su desarrollo por medio de la intervención drástica y técnica del Estado, para lo cual debería constituirse una Junta Económica Nacional, con los poderes y medios adecuados para realizar dicha medida. En segundo término, exponía las grandes reivindicaciones nacionales inmediatas: Reforma Agraria y creación del estanco del trigo y harina; nacionalización de las industrias fundamentales: carbón, energía eléctrica y tranvías, transportes, telégrafos y teléfonos,, cemento, papel, paños, loza, azúcar, velas, clavos; creación del Banco del Estado; edificación popular, (300.000 casas); instalación de las industrias siderúrgica y química y electrificación del país; reforma de la previsión social; reforma de la enseñanza; revisión de los contratos y concesiones con el imperialismo, (salitre, cobre, fierro, manganeso, azufre y bórax). Este Plan de Reformas fue expuesto en el Congreso, en concentraciones de masas, en la prensa y en el Gobierno por los ministros socialistas: Oscar Schnake defendió, (y presentó los respectivos proyectos), la organización estatal de las industrias del carbón y cemento; el desarrollo de la industria pesquera y un plan caminero; Rolando Merino propició un vasto plan de colonización de acuerdo con modernas modalidades; Salvador Allende propuso un plan de vivienda popular y presentó una completa reforma de la previsión social. No se consiguió el menor apoyo a causa de la indecisión del Gobierno; de la fuerte obstrucción oligárquica; de la desorientación y conformismo burocrático del Partido Radical, apoyado por el Partido Comunista, cuya posición internacional derivada del Pacto de la URSS con Alemania Nacista, (1939-1941), era combatida rudamente por el socialismo; y por las vacilaciones del Partido Socialista, principalmente, de sus personeros, quienes formularon el plan, pero no se atrevieron a desatar una lucha franca y tenaz para conseguir su implantación, aún a costa de la destrucción del Frente Popular y del retiro del partido del gobierno. La indecisión, característica central del régimen del Gobierno de Frente Popular, determinó una verdadera entrega a la burguesía plutocrática y especuladora. El Partido Socialista se desprestigió a causa de la acción burocrática y tímida de sus Ministros y funcionarios, originándose en sus cuadros militantes un agudo descontento, el cual promovió la formación de una vasta corriente “inconformista” con la falsa posición del partido y la cobarde actuación del gobierno. Este movimiento inconformista partía del reconocimiento del compromiso del socialismo de cooperar con el gobierno, al cual contribuyó decisivamente a elegir, pero quería que el Partido Socialista afianzara posiciones robusteciendo su acción en defensa de los intereses de las mayorías nacionales y por la rápida solución de sus problemas, hasta desencadenar un choque definitivo con el gobierno, que lo decidiera el pueblo tras el Partido Socialista, cuya confianza se habría ganado con un plan de audaces realizaciones. El movimiento inconformista hizo crisis en el VI Congreso, verificado en diciembre de 1939, al cumplirse el primer año de “gobierno popular”, provocando desgraciadamente, una escisión del socialismo algunos meses más tarde, dirigida por el diputado César Godoy Urrutia. (Constituyó el Partido Socialista de Trabajadores).

La división del partido Socialista y su descrédito ante el país a causa de su incapacidad para lograr del gobierno una política creadora lo obligó a reaccionar enérgicamente, impulsado, además, por su clara posición internacional democrática antifascista (bajo su patrocinio se reunió el Primer Congreso de Partidos Democráticos Populares de América, efectuado en octubre de 1940, en Santiago de Chile). El 15 de noviembre de 1940, por intermedio de su Ministro de Fomento, Oscar Schnake, el Partido Socialista rompió el Frente Popular en vista de su inutilidad. El partido Radical realizaba una acción exclusivamente burocrática, y el Partido Comunista, entrabado por su posición internacional antidemocrática, se refugiaba en una actitud de apoyo al radicalismo para embotellar al Partido Socialista, deseoso de llevar a cabo reformas y romper el absurdo statu-quo favorable a las derechas. La inefectividad del Frente Popular se debió a la desorientación del radicalismo y al oportunismo estalinista. El partido Radical ha sido el representante de la burguesía y de la pequeñaburguesía profesional y de la burocracia estatal y semiestatal; su línea política ha sido siempre sinuosa, avanzada y renovadora en las palabras, conservadora y reaccionaria en los hechos, y, alternativamente, ha sido apoyo de dictaduras, de leyes represivas, de milicias reaccionarias y de gobiernos democráticos. El Frente Popular nació vertebrado por él, esgrimiendo confusas consignas democráticas, y éstas se concretaron en la defensa de la democracia para el radicalismo, y por eso la masa trabajadora no pudo desenvolver sus órganos de clase, ni se logró un desarrollo de las instituciones democráticas nacionales. Esta posición radical se vio fortalecida por el apoyo del Partido Comunista, antagonista del Partido Socialista, por ser éste su rival en el campo obrero y su más serio contendor en la política internacional. La alianza radical-comunista significó anular la independencia de la clase trabajadora y de sus partidos, y entregar la dirección del movimiento democrático a la pequeña burguesía más desorientada y peligrosa por su limitación y demagogia. El Partido Radical fue el principal enemigo de toda labor sinceramente reformista, tendiente a provocar transformaciones progresistas en la economía nacional, contando con el Partido Comunista en las acciones de masas donde éste, vibrando en la misma posición, acusaba de “impaciencia trotskista” el anhelo socialista de dar solución a los graves problemas económico-sociales del país. De esta suerte, el Partido Socialista estaba encerrado en una falsa realidad, la realidad del Frente Popular, obligado a una labor inoperante y burocrática, en nada diferente a la del radicalismo, y se alejaba de su línea doctrinaria y programática, perdía su contenido revolucionario e introducía el desaliento en las masas y en sus propios adeptos. Comenzó su descrédito y su situación cobró caracteres de gravedad. En este momento crucial el Partido Socialista rompió el Frente Popular; pero sus dirigentes más responsables no llevaron dicha actitud hasta sus últimas consecuencias: retiro del gobierno y crítica de su torpeza, para lograr la total independencia del socialismo, encauzando un nuevo movimiento popular de masas por sobre derechas e izquierdas, barriéndolas con su propia incapacidad y demagogia. De todas maneras, la oportuna ruptura del Frente Popular por el Partido Socialista impidió el ascenso y triunfo de la reacción fascistizante. El remedio propuesto por sus dirigentes para superar el Frente Popular, una alianza radical-democrático-socialista, era un absurdo, pues no se pedía saltar a un nuevo organismo estructurado sobre la misma base del anterior. La posición justa era la de crear un frente clasista, polarizando el descontento creciente de las masas laboriosas, porque solamente así se lograba la independencia del Partido Socialista y una posición de ataque no supeditada a otros partidos. En estas condiciones se llegó a las elecciones parlamentarias de 1941. Se enfrentaron el Partido Socialista; la coalición derechista, con toda clase de garantías por parte del gobierno, y el Frente Popular (radicales-democráticos-comunistas). Tanto el Frente Popular como la coalición derechista fueron abiertamente apoyados por el Ministro de Interior, Arturo Olavarría (quien, posteriormente, a raíz de las luchas internas del radicalismo fue excluido de sus filas y en ese instante hizo declaraciones que confirmaron plenamente las acusaciones de

los socialistas en el sentido de haber dado toda clase de garantías a las derechas, por medio de disposiciones favorables y de haber permitido el cohecho a los radicales, a solicitud de ellos, pues en caso contrario habrían sufrido un desastre electoral). El Partido Socialista, aunque perseguido por el gobierno, y a pesar del enorme error de permanecer en las tareas gubernativas, sancionando con la presencia de sus ministros todos los abusos cometidos, incluso contra sus propios militantes, obtuvo más de 70.000 votos y 20 parlamentarios. El resultado indicaba su raigambre en el seno del pueblo.

En la campaña electoral de marzo de 1941 se agitó, como motivo central por el Frente popular y el Partido Socialista, la conquista de una mayoría parlamentaria favorable al gobierno para poder despachar los proyectos pendientes (reforma agraria, sindicalización campesina, reforma de las leyes 4.054 y 4.055, vivienda popular, etc.). Una vez triunfante la izquierda, con una mayoría radical impresionante, no se llevó a cabo ninguna labor en favor de las masas, de carácter inmediato, y ni siquiera se intentó dictar las leyes necesarias para reorganizar la economía. Toda la campaña preelectoral quedó en descubierto, con una cínica demagogia para envolver y engañar a las clases trabajadoras.

La preeminencia radical significó el control del Parlamento por la pequeñaburguesía, haciéndolo totalmente estéril a causa de la charlatanería difusa y la obstrucción legislativa que como clase desplazada de la producción aporta a la política parlamentaria. El examen de todo ese periodo electoral solo se concreta en demagogia y desengaño. Las elecciones de marzo de 1941 significaron únicamente la consolidación de las instituciones de la democracia capitalista de Chile.

Después de ellas, aunque el Partido Socialista había realizado su campaña final fuera del gobierno y en abierta pugna con sus personeros, volvió a la colaboración en la misma forma desmedrada y sin condiciones. Desde este instante el Partido Socialista entró a actuar como ala izquierda de la burguesía, sin política propia, colaborando en la defensa del régimen democrático, por las vías señaladas por la propia burguesía. La acción del Partido Socialista adquirió en estos instantes, todo el aspecto de una entrega consciente al campo de la burguesía especuladora y reaccionaria. La dinámica del proceso colaboracionista sin condiciones, llevó al Partido Socialista a representar intereses cada vez más ajenos a las clases trabajadoras y más próximas a los del capitalismo nacional e internacional. Esta actitud del socialismo se agravó por la burocratización de sus cuadros. El equipo administrativo destinado a ocupar los cargos públicos y semifiscales controlados por el partido, se confundió cada vez más dentro del espíritu que animaba los órganos del Estado burgués. Pasó a constituir un poderoso bloque: domina al partido, le impone su política, lo aleja del contacto fecundo con el pueblo y le devora su médula revolucionaria. Así, pues, la colaboración con el gobierno trajo al partido los efectos funestísimos de una burocracia que tendía a transformarlo en un elemento más del sistema político capitalista.

FALLECIMIENTO DE PEDRO AGUIRRE CERDA Y LUCHA PRESIDENCIAL DE 1942

El 25 de noviembre de 1941 falleció don Pedro Aguirre Cerda, y se desencadenó un nuevo y agitado proceso electoral en el país. Pedro Aguirre Cerda personificó los anhelos e intereses del sector moderado de la burguesía y de la pequeñaburguesía, esperanzadas en un mejoramiento económico-social, por medio de un gobierno democrático. Su contendor, Gustavo Ross Santa María, representó, en cambio, al gran capital y al sector más fuerte de la banca nacional e internacional, siendo su candidatura la expresión del ala reaccionaria de la burguesía.

En el gobierno, Aguirre Cerda actuó como un hombre fiel a sus principios democráticos burgueses; pudo ser un gran Presidente, a causa de las circunstancias nacionales e internacionales en que le tocó actuar, y por resultar elegido con el apoyo entusiasta de las clases trabajadoras, ya poderosas, de donde su candidatura tuvo un manifiesto contenido popular. Sin embargo, se movió con excesiva cautela y con muchas vacilaciones, porque la composición heterogénea de su gobierno era el mayor tropiezo para realizar una obra efectiva. Partidos edificados sobre clases o fracciones distintas, antagónicas, y en lucha por la conquista del futuro, no podían colaborar sinceramente con un Presidente que, como hombre y representante de una clase, estaba igualmente fuera de la Historia. La incapacidad realizadora de Pedro Aguirre Cerda se hizo notoria. En dos libros había estudiado los problemas nacionales, proponiendo soluciones que bien pudo llevar a cabo siendo Presidente, respaldado por el más grande movimiento de masas del país. En su obra "El Problema Agrario", dice: "Si a los pueblos jóvenes nos corresponderá mañana proveer a las naciones industriales de su déficit alimenticio, empecemos desde luego nuestra organización interior y extendamos a nuestras hermanas del Pacífico Norte nuestra producción agrícola y su industria derivada, para preparar nuestro futuro engrandecimiento compensador de otras crecientes importaciones que no podemos evitar. Un impulso colectivo, organizado, con todas las fuerzas particulares y del Estado en cooperación, dirigido a la óptima producción interna y a su expansión hacia el exterior en la agricultura y su industria derivada, produciría un sentimiento de engrandecimiento común que despertaría legítimas ambiciones de progreso nacional". En su obra "El Problema industrial", repite análogos conceptos con respecto a la industrialización del país y la reforma educacional.

No obstante, durante su gobierno no se hizo nada efectivo por la planificación de la economía del país, ni para transformar a la nación en el sentido indicado en sus dos publicaciones citadas. Sólo se creó la Corporación de Fomento de la Producción para ser un organismo planificador e industrializador, aunque desde sus comienzos tuvo un fuerte índice burocrático conducido por un personal reaccionario y orientado a proteger los intereses industriales privados con algunas realizaciones nuevas, entre las cuales, a instancias de los ministros socialistas, se destacó primeramente la electrificación del país.

Respecto a la cuestión agraria, ni siquiera aceptó impulsar una colonización intensiva con el objeto de solucionar los diversos problemas de tierras pendientes, vincular algunos millares de buenos agricultores como propietarios libres y cooperados, y de tal suerte, aumentar la producción agropecuaria; menos ensayar nuevos métodos de explotación del suelo por medio de la intervención de trabajadores de la tierra, idóneos, y del Estado.

A la muerte de don Pedro Aguirre Cerda, el Partido Socialista levantó su candidatura presidencial propia en la persona de su dirigente Oscar Schnake Vergara, en su Tercer Congreso General Extraordinario, reunido en Santiago, en diciembre de 1941. La lucha por una candidatura socialista tenía por objeto imponer una conciencia económica moderna, una organización social y una directiva política nueva, todo ello en función de una renovadora concepción de cómo construir el futuro de Chile.

La candidatura socialista polarizaba los intereses y la atención de los sectores sociales conscientes de la urgencia de un cambio de rumbo decisivo y fundamental; abarcaba el frente obrero y campesino, y las clases medias. Era una candidatura nacional renovadora al representar la mayoría productora del país, capaz de crear para el futuro una época de trabajo y de evolución económica y de revolucionar los métodos y el sistema, sin producir la convulsión de una guerra civil desastrosa, por otra parte, la situación exterior exigía la constitución de un gobierno "nacional" llamado a representar a la gran mayoría de la población y a garantizar el desarrollo de una política audaz para superar las inmensas

dificultades lanzadas por la guerra imperialista sobre la sociedad. Gobierno nacional, no porque estuvieran representados en él todos los sectores sociales del país, sino porque su política estaría al servicio de los intereses de la gran mayoría de la población. (Para la clase dominante lo nacional se confunde con su predominio político; para las clases explotadas, productoras realmente, lo nacional significa la realización de sus aspiraciones económicas y sociales, y el predominio político de la inmensa mayoría laboriosa.) En este caso, como lo planteaba el Partido Socialista, el gobierno nacional sería el medio para vencer los obstáculos y allanar el camino para la organización socialista de la producción.

El Partido Radical puso de relieve su composición social y su definitiva desubicación política en la lucha interna para designar su candidato. Gabriel González Videla y Juan Antonio Ríos disputaron dicha elección. El triunfo de Ríos fue el resultado de la política "fuerte" y el triunfo del sector pequeñoburgués radical, partidario de una solución drástica del desequilibrio político nacional, o sea, de un régimen dictatorial. González Videla representaba también ese mismo sector, con la sola diferencia de alejar los grupos radicales partidarios de Ríos, por no estar ligado al Partido Comunista y haber demostrado con su decreto ley 50, un carácter antiobrero.

La reacción llevó como abanderado a Carlos Ibáñez del Campo, cuya candidatura se gestó a causa de la desorganizada labor del gobierno del Frente Popular y a su notoria incapacidad para resolver los problemas esenciales de la hora. La burguesía vio en Ibáñez un candidato de grandes posibilidades realizadoras y garantizador de una segura estabilidad para sus beneficios. No era una candidatura fascista, aunque la adhesión de dirigentes pro nazis, como González von Marées, le marcaron el tinte fascista causante de su derrota. Más carácter le dio a su candidatura los desengañados y cansados del desgobierno y de la incapacidad reinante.

El retiro de la candidatura de Schnake, acordado por la actitud entreguista de la mayor parte de los dirigentes del Partido Socialista y del propio candidato, provocó un reagrupamiento en torno al personero radical, Juan A. Ríos. Esto significó dejar frente a frente a dos representantes de la misma política: Ríos e Ibáñez. La composición social de las fuerzas de Ibáñez no se diferenciaba mucho de las de Ríos; sólo la presencia del Partido Socialista y del Partido Comunista dio una fisonomía distinta a la de Ríos. En ambas dominó sí la burguesía miope y reaccionaria, ubicada al margen de la realidad mundial.

Después de orna campaña violenta triunfó Juan A. Ríos, inaugurando su gobierno el 1° de marzo de 1942, con un ministerio de liberales, radicales y socialistas, alcanzando con ello el máximo de desorientación, anarquía e ineficacia.

LA CONSIGNA DE "UNION NACIONAL" Y LA PRESIDENCIA DE JUAN A. RIOS

El Presidente Ríos se apoyó en la Alianza Democrática, creada e inspirada por el Partido Comunista, en reemplazo del Frente Popular, con el objeto de impulsar la consigna de "unión nacional", lanzada por la Komintern cuando la Alemania hitlerista, violando el pacto de no agresión y ayuda mutua de agosto de 1939 (Molotov-Von Ribbentrop), desencadenó la guerra en contra de Rusia estaliniana, obligándola a pasarse al campo democrático. Un nuevo viraje se verificó. Ya los comunistas no atacan al imperialismo franco-inglés, sólo condenan la bestia parda —aliado de ayer— y piden la ruptura de la neutralidad, pues mantenerla era servir al fascismo. Era necesario, según el estalinismo, declarar la guerra al Eje Berlín-Roma-Tokio (pero la URSS mantenía su alianza con el Japón), como manera concreta de defender la democracia. Por otro lado, propician en cada país antifascista la agrupación de las diversas fuerzas sociales y políticas en una conjunción democrática, realizando una verdadera "unidad nacional", para

volcar todos los esfuerzos por sobre los límites de clases y antagonismos políticos, derivados de la pugna clasista, hacia la guerra y la derrota del fascismo. De pacifistas y neutralistas, se tomaron en los más furiosos belicistas; de enemigos del imperialismo y aliados del fascismo, se transformaron en los más decididos partidarios de las grandes potencias capitalistas, defensoras de la democracia liberal. Culminó el viraje estalinista con un discurso de Browder, secretario general del partido Comunista de Norteamérica. En el condenaba las huelgas y las luchas reivindicativas de la clase obrera, por significar una interrupción de las faenas productoras y un debilitamiento del esfuerzo bélico en contra del fascismo. Finalmente, la Komintern acordó su disolución para garantizar a las potencias imperialistas su efectiva posición de no obstáculo al proceso capitalista y el abandono de su acción revolucionaria e internacional. Los comunistas chilenos, en obedecimiento de las consignas de la Tercera internacional, aplicaron la nueva táctica a nuestro país, y propiciaron en todos los tonos la necesidad de sellar la unidad nacional para aplastar al fascismo, descubierto repentinamente como una amenaza inmediata y brutal en Chile. Apoyaron decididamente al Presidente Ríos, en quien vieron un intérprete de su nueva posición, por lo menos en la política interior, al cooperar con la derecha a través del Partido Liberal y sus ministros técnicos, principio de unidad nacional tal como la entendían los estalinistas, pero, por otra parte, Ríos resistía el sentimiento popular antifascista partidario de la ruptura con los países del Eje, sobre todo a partir del ataque del Japón a los Estados Unidos, en diciembre de 1941.

El presidente Ríos se aprovechó de la confusión creada por el nuevo viraje, para mantener una situación de equilibrio entre las fuerzas populares y las reaccionarias, en la lucha declarada a causa de la miseria y la inflación. El gobierno, además, no resolvía las apremiantes problemas económicos por no herir los intereses creados, demostrándose ineficaz y mediocre; en cambio, en el plano político realizó una sostenida acción para someter a los diversos partidos a su criterio personalista, estimulando el divisionismo en sus filas. El presidente fomentó el caos y la atomización política con la beligerancia desusada otorgada a sus “amigos personales”, casi todos vinculados a su turbio pasado ibañista, y varios de ellos sin ideales ni prestigio. Por otra parte, mantuvo connivencias estrechas con las fuerzas reaccionarias, expresadas en la exaltación a importantes ministerios de algunos técnicos liberales. El año 1942 se caracterizó por la agudización de la lucha por conseguir que el gobierno definiera una política internacional democrática y operante, alineando al país en el frente mundial antifascista, y de conveniencia para Chile, pasando por sobre el interesado oportunismo estalinista y la ceguera reaccionaria y torpe de las derechas (ahora exhibían una altivez “nacional” muy grande, olvidándose de la venta y entrega sistemática del país al imperialismo, lo que impedía, precisamente, mantener esa soberbia estéril). Y en lo interior, el pueblo exigía el cumplimiento de los puntos vitales del programa enarbolado en las agitaciones electorales, a objeto de poner término a la miseria y el encarecimiento de la vida.

Este año de 1942 supuso, también, el fracaso rotundo del Partido Socialista, colaborador del gobierno con tres importantes ministerios servidos por destacados miembros de sus filas dirigentes, al demostrarse incapaz de imponer, en el Ejecutivo, tanto la definición de su política internacional como por la imposibilidad de obtener la resolución de los graves problemas económico-sociales de las masas y del país, haciéndose reo del delito de complicidad burocrática, de ineficacia y mediocridad.

Las fuerzas democráticas que dieron el triunfo a Ríos sustentaban una posición internacional clara, planteada y defendida por el partido Socialista desde junio de 1941, a raíz de la celebración de su 7° Congreso Ordinario, por intermedio de Oscar Schnake, Ministro de Fomento, sus parlamentarios y diversos dirigentes (los comunistas la hicieron suya desde el momento de la agresión de Hitler a la URSS),

y exigía la ruptura de relaciones con los países del Eje y la entrada, lisa y llana, de Chile en el frente democrático mundial abandonando su neutralidad estéril. Sin embargo, el gobierno la soslayó hasta el último instante colocando al país en una situación inconfortable y desmedrada en el concierto americano y mundial. La ruptura con el Eje la efectuó después de muchos subterfugios y a la zaga de los acontecimientos, a pesar de la lucha constante de las fuerzas populares, por lograrla oportunamente.

La falta de decisión del Gobierno para cumplir su programa y enfrentar los problemas económicos era injustificable, por cuanto ningún Presidente anterior obtuvo la suma del poder lograda por Ríos. Podía tomar todas las medidas necesarias para impedir el encarecimiento de la vida, la especulación, el abuso, y la pobreza existentes. Del Congreso consiguió la aprobación de la Ley N° 7.200, llamada Ley de Emergencia, que autorizó al Presidente para adoptar una serie de medidas tendientes al mejoramiento de la organización administrativa, financiera y económica del país, con el objeto de impedir los efectos producidos por la guerra en la economía nacional; y la Ley N° 7.747, llamada Ley Económica, que fijó normas sobre diversos aspectos de la vida económica de la Nación y cuyo resultado más visible fue la promulgación del Plan Agrario. Estas leyes en manos de un gobierno enérgico, con sentido popular y sensibilidad social, habrían permitido transformar al país, planeando técnicamente el aumento de la producción por la explotación de nuevas fuentes de riquezas y el mejor aprovechamiento de las energías nacionales, pero en las del señor Ríos sirvieron sólo para aumentar la burocracia, pagar servicios políticos y otorgar favores a la plutocracia, cuyos negocios prosperaban incesantemente, y alentar un sinnúmero de negociados y escándalos.

Mientras el Presidente se preocupaba de romper los partidos de izquierda, mantenía relaciones estrechas con las fuerzas reaccionarias y varios de sus personeros gozaron de especial influencia al constituir parte de su séquito personal. Tampoco supo guardar la seriedad y moralidad que el alto cargo de Primer Mandatario impone a quien lo ejerce, siendo del dominio público la vida crapulosa de muchos personeros del gobierno, llevada sin pudor ni temor. Y a pesar de su complacencia con las Derechas éstas atacaban a su administración violentamente. De una parte, la actitud del Ejecutivo, les permitía hacer grandes ganancias, especular y enriquecerse, y determinar, en última instancia, los rumbos económicos y financieros del gobierno y, de otra parte, al no participar oficialmente en él, les facilitaba en el plano político su agitación Incesante en contra de los partidos populares, acusándolos de incapaces, deshonestos y demagógicos. De esa manera las Derechas se aseguraban el triunfo en la lucha por la reconquista del poder político, pues tenían la neutralidad del gobierno frente a sus negocios, prosperando ininterrumpidamente, y libertad para el ejercicio de una oposición política robustecedora de sus cuadros partidarios.

Las facultades obtenidas por Juan Antonio Ríos solamente quedaron en el papel; fueron dos documentos más en el inmenso cementerio de leyes de este país de leguleyos, por medio de las cuales se escamotean los problemas sin resolverlos, agravando la situación del pueblo. El Plan Agrario constituyó un grueso volumen con un balance completo, en todos sus aspectos, de la realidad del agro nacional; pero las medidas propuestas eran tímidas e ineficaces, porque no se consideraba la fundamental y decisiva: la reforma agraria tendiente a liquidar las bases semifeudales imperantes en el campo, para vincular a millares de campesinos como propietarios libres, reunidos en cooperativas o como trabajadores debidamente rentados y con participación en las utilidades, en explotaciones colectivas modernas.

En ningún hecho práctico, demostró el Gobierno alguna voluntad creadora que, aprovechando la situación internacional existente, la exportación intensiva de materias primas, (en los años de 1940-1943

la industria del cobre alcanzó un desarrollo portentoso, exportándose un promedio de 435 mil toneladas anuales) y la suma de poder conseguido de manos del Congreso, hubiera significado el intento serio de solucionar algunos de los más graves problemas del país e iniciar la organización económica de la nación con el objetivo de abrirle nuevas perspectivas en beneficio de sus masas laboriosas.

Por el contrario, las condiciones de vida de las masas experimentaron un sistemático empeoramiento, como lo demuestra la siguiente estadística oficial sobre el índice de los precios al por mayor;

Años		Productos agropecuarios e ind. nacionales	Productos Importados
1938	Índice General	364,9	637,8
1939		344,1	534,1
1940		382,5	673,8
1941		423,5	696,5
1942		540,0	757,8
1943		582,3	965,2
1944		644,8	1.441,7
1945		715,5	1.527,6

Los precios al por mayor de los productos nacionales se duplicaron y los de los artículos importados casi se triplicaron. La miseria y males consiguientes aumentaron. Así, por ejemplo, la ebriedad que parecía haber descendido en años anteriores, empezó nuevamente a aumentar desde 1941 hasta alcanzar las cifras más elevadas en 1944 y 1945, (las 19.000 cantinas y bares existentes en el país consumieron un tercio de los jornales obreros). En la misma forma, desde 1942, se mantuvo estacionaria la mortalidad por tuberculosis, enfermedad de origen socio-económico (1942, 11.395 fallecidos; en 1943, 11.318; en 1944, 11.185; y en 1945, 11.779).

LA DESINTEGRACION DEL SOCIALISMO Y SU RETIRO DEL GOBIERNO

En los hechos señalados radicó el descrédito del Partido Socialista, en el plano político nacional, y el fuerte descontento Interno. (En el VIII Congreso Nacional Ordinario, realizado en Santiago, en febrero de 1942, la oposición a la entrada del Partido Socialista al gobierno de Ríos, en vista de la inoperancia del gobierno de Aguirre Cerda, fue derrotada por media docena de votos y después de turbios manejos por parte de los dirigentes colaboracionistas).

La directiva surgida de ese Congreso, comandada por el senador Marmaduke Grove, apoyó incondicionalmente el gobierno de Ríos e internamente emprendió una descontrolada represión, que se tradujo en su derrota y la de sus adeptos, un año más tarde, en el IX Congreso, de Rancagua, en enero de 1943. No la aceptó rebelándose contra las resoluciones del Congreso, autoridad máxima del Partido

Socialista y contra la democracia interna, (subordinación de la minoría a los acuerdos de la mayoría), dividiendo al Partido.

Nos correspondió señalar algunos de los aspectos sobresalientes de la decadencia del partido Socialista, a causa del abandono de sus principios teóricos y programáticos y de su fracaso político en el gobierno, en un extenso prólogo a la obra de Humberto Mendoza: "¿Y ahora? El Socialismo móvil de post-guerra". Ahí, después de trazar un cuadro del origen y principios del Partido Socialista y de su rol en el desenvolvimiento político, analizamos detenidamente los perniciosos resultados de la estéril colaboración en su acción y en su vida interna. Paso a reproducir algunos de sus párrafos: "Desde comienzos de 1941, se inicia un nuevo período en el que la acción y la voz del socialismo empiezan a modificarse en forma alarmante. La participación en un gobierno democrático-burgués absolutamente ineficaz, desprestigia al partido ante las masas, a la vez que sus directivas se acomodan y burocratizan... El Partido Socialista no ha sabido subordinar la lucha por las reformas a la lucha revolucionaria por el socialismo como la parte al todo. Nuestra agitación no ha sabido unir el ataque contra la reacción que mantiene el control económico, en nombre de todas las clases trabajadoras, junto con la educación revolucionaria del proletariado, junto con el mantenimiento de la independencia política del partido... El Partido no adelanta un paso en el camino del socialismo y se desvía cada vez más hacia una nefasta socialdemocracia, precisamente, en esta entrega a la democracia burguesa reside su descrédito, puesto que en vez de encabezar a las masas hacia la conquista de sus reivindicaciones de clase, sus miembros principales se han ubicado en los puestos públicos. Hoy día ya no se ganan batallas contra el capitalismo sino contra el Presupuesto.

"El Partido Socialista podría salvarse si sabe volver a sus principios y guardarles inquebrantable fidelidad; si sabe persistir en una oposición irrenunciable contra la corrupción y si sabe ganarse nuevamente, como una consecuencia de lo anterior, la confianza de las masas populares. Solamente manteniéndose limpio, inquebrantable, consecuente e intransigente, podrá triunfar de sus adversarios y marchar por un camino seguro hacia la victoria final, en medio del caos y la podredumbre en que toda autoridad vacila y se quiebra. Y por sobre todas las cosas es urgente que abandone la cómoda y blanda ruta de la colaboración escogiendo la senda de la lucha en vez del camino de la conciliación".

La división del partido por Marmaduke Grove y el alejamiento de Oscar Schnake del Ministerio y del país, en circunstancias de ser ambos los más destacados dirigentes nacionales del socialismo, (tomaron esas actitudes por mantener su intransigente y absurdo colaboracionismo, más la ineficacia del gobierno y del Partido Socialista, como su integrante, lo desprestigian y anarquizan totalmente. Los militantes se desmoralizan y muchos se alejan de las tareas diarias, y el pueblo lo mira con desconfianza y antipatía. Se inició entonces su desintegración, y no lograron detenerla ni el retiro del gobierno ni la unificación posterior.

El retiro del Partido Socialista del gobierno significó su abandono de las responsabilidades políticas, pero mantuvo su apoyo al Ejecutivo en todo cuanto fuera intensificar una posición internacional democrática y una política interna de superación, tendiente a resguardar los derechos individuales y sociales y a impedir que el peso económico, derivado de las repercusiones de la guerra, cayera despiadadamente sobre las masas trabajadoras, mientras beneficiaba a una minoría de especuladores y poseedores. El Partido Socialista no podía continuar asumiendo responsabilidades que no poseía en la práctica, dada su representación minoritaria en el Gobierno y en el Parlamento, (pero el pueblo se las hacía efectiva por el hecho de continuar colaborando para satisfacer a una minúscula burocracia partidaria) y ante su

impasibilidad de implantar una política económico-social orientada a dar satisfacción a las necesidades colectivas. Todas sus iniciativas fueron malogradas durante cuatro años por las divergencias de criterio económico-social entre el Partido Socialista y los demás sectores. Mientras el socialismo sustentaba, para la solución de los graves problemas nacionales, una política de intervención del Estado en la economía particular a objeto de organizaría y dirigirla en función de la colectividad, del pueblo, los sectores demo-liberales continuaban propugnando un criterio económico liberal-individualista, en crisis en el mundo entero, agravador de los males del país, y obstaculizador de todo intento serio de renovación y progreso.

Frente a esta realidad, el Partido Comunista mantenía una neutralidad benévola hacia la actitud mediocre del Gobierno, preocupado por su exclusivo afán de ayudar a la URSS, duramente castigada por el nacismo.

En su IV Congreso Extraordinario, realizado en Valparaíso, en agosto de 1943, se hizo un claro balance de la situación del país y de la acción del gobierno, señalando la miseria creciente del pueblo agobiado por la inflación, mientras la inoperancia del Ejecutivo permitía el enriquecimiento del sector plutocrático y agiotista y malograba la posibilidad de crear una nueva economía al servicio de la comunidad, como consecuencia de la guerra. Asimismo, precisaba, una vez más, la posición del socialismo, propiciando una planificación económica destinada a incrementar nuestra producción de acuerdo con las necesidades del consumo nacional y las posibilidades del mercado extranjero y a regular la distribución equitativa de los productos, para impedir la escasez y el hambre de las clases populares. Mayor rendimiento de la producción agrícola, creación de las industrias necesarias y desarrollo de las existentes, dirección del proceso productivo con un fin social, superador de los intereses particulares, constituían el imperativo económico del momento difícil que vivía el país. Esta política económica nueva, organizada y planificada nacionalmente en todos sus aspectos, debía ser el medio para la defensa integral del elemento humano, base de todo progreso, y para garantizar al hombre su recuperación biológica y su reparación económica, eliminando los factores de inseguridad social, acrecentando el valor físico, intelectual y moral de las generaciones actuales para asegurar el destino de las generaciones futuras. Las condiciones de vida, cultura y salud del trabajador, la satisfacción justa de sus necesidades, debían ser la finalidad primordial de una nueva política económica y del gobierno demo-popular.

El Partido Socialista exigía al gobierno el afianzamiento de las garantías sociales y políticas de las clases trabajadoras, y consideraba que el Ejecutivo debía adoptar una política de enérgicas medidas para reprimir la especulación desorbitada de las subsistencias y arriendos, lo cual había destruido completamente el poder adquisitivo de los salarios y sueldos. Si la situación del país, a consecuencia de la guerra mundial, reclamaba sacrificios económicos, era injusto arrojar su peso únicamente sobre las masas laboriosas, en tanto los ricos propietarios, los especuladores y los negociantes de guerra, continuaban aumentando sus caudales a costa del mayor empobrecimiento del pueblo. La tardía actitud de independencia política del Partido Socialista se perdió obscuramente por el pesimismo de sus mejores militantes, el cansancio y desencanto del pueblo y el personalismo divisionista del senador Grove, quién, en 1944, lo escindió de nuevo. Constituyó un grupo propio, con la denominación de Partido Socialista Auténtico y, en corto lapso, cometió los más extraños y disímiles virajes, ayudando al desprestigio total del socialismo, no solamente como movimiento político, también como doctrina y programa, en los instantes mismos que en el mundo entero se producía su despertar y renacimiento. Los apetitos lo dividieron posteriormente, a causa de rencillas personales, y la fracción más numerosa, equivocada por

su adhesión a Grove, al Grove de los años difíciles y fecundos, volvió al seno del partido Socialista desencantada del oportunismo del antiguo líder.[21]

La ineficacia de la gestión del Presidente Ríos; el divisionismo político, a causa de su intervención en los partidos, alentando la voracidad administrativa radical, sirviéndose de la conciliadora posición comunista, y echando manos de sus amigos ibañistas y liberales; los escándalos, la especulación constante de los sectores reaccionarios y el encarecimiento de la vida, crearon un clima desfavorable al gobierno y a sus partidos sostenedores. Tan lamentable situación benefició a las fuerzas anti-populares; y las Derechas triunfaron en las elecciones parlamentarias de marzo de 1945, al expresar la oposición al sistema, propinando una grave derrota a la Alianza Democrática.

En medio de esta confusión realizó el Presidente un viaje a los EEUU. Fue inútil y no logró mayor provecho para Chile y su pueblo. La obcecada y miope posición de Juan A. Ríos y de su Ministro de Relaciones, Ernesto Barros Jarpa, frente a la acción de los EEUU y el bloque democrático, en dura lucha contra el fascismo, al no romper oportunamente con el Eje, como lo pedían los partidos democráticos populares nacionales y los demás países del Continente, para hacerlo tardíamente, a regañadientes, se tradujo en la falta de resultados positivos para nuestro país. La ciega y torpe posición anti-democrática de J. A. Ríos y corifeos, muy de gusto de la reacción y sectores fascistizantes, mantenida por una pretendida altivez en defensa de la soberanía nacional, significó una mayor desunión latinoamericana ante las grandes potencias, una mayor injerencia imperialista en nuestras naciones anarquizadas y ningún provecho particular para Chile. Y, finalmente, debió forzosamente incorporarse a sus filas según las órdenes de Washington y llevar a cabo todas las exigencias respectivas, hasta declarar la guerra al Japón.

LA VICEPRESIDENCIA TERCER FRENTISTA DE DUHALDE Y LAS ELECCIONES DEL AÑO 1946

Terminada la conflagración, y desatadas las divergencias entre la URSS y los anglo-norteamericanos, en Chile se inició la crisis de la Alianza Democrática, a causa del nuevo viraje de los comunistas, quienes otra vez reinician sus ataques en contra del imperialismo y la plutocracia representados exclusivamente, según ellos, por EEUU e Inglaterra.

El Partido Socialista denunció la esterilidad de la Alianza Democrática separándose de su seno para tratar de reestructurar independientemente el movimiento político de las clases laboriosas en un nuevo frente que, atacando con decisión a las fuerzas reaccionarias y criticando las posiciones comunistas, fuera capaz de superar la debilidad e inoperancia de esa combinación burocrático-electoral. Así se esforzó por dar vida a un reagrupamiento político genuinamente popular, el Frente del Pueblo, como expresión legítima de los intereses de las clases trabajadoras y como eco auténtico del contenido revolucionario de la gigantesca contienda bélica recién terminada, para abrir una perspectiva fecunda al movimiento popular y al socialismo, su doctrina y programa. (Esta posición se aprobó en su V Congreso General Extraordinario, realizado en septiembre de 1945, en Santiago).

La decadencia del Partido Socialista, después de su desacertada gestión en el gobierno; la grave enfermedad del Presidente y la ascensión al poder del señor Alfredo Duhalde, como Vicepresidente malograron en su nacimiento el intento renovador del Partido Socialista al ser incorporado, nuevamente,

[21] Para reparar los daños causados por Grove, se reunió el 10° Congreso Ordinario, en Julio de 1944, en la ciudad de Talca.

a las responsabilidades gubernativas, como eje del Gobierno en medio de la mayor anarquía y confusión. Se desvirtuó el Frente del Pueblo en un Tercer Frente, algo así como una alianza centrista de un sector Radical, de los Socialistas y un sector Democrático, respaldada por la presencia de los jefes de las fuerzas armadas. Tal combinación nació desprestigiada y sin arraigo sólido, aunque se impuso ante la neutralidad de las Derechas y la gravedad del momento debido a la extensión de los movimientos huelguísticos, (huelga general de enero de 1946; refriega entre carabineros y obreros, con varios muertos; masacre de la plaza Bulnes, el 1° de febrero de 1946).

La Vicepresidencia de Duhalde de 1946, se produjo en los instantes en que un descontento general invadía la nación y cuando las clases trabajadoras expresaban sus fervientes deseos de ver realizado su programa de reivindicaciones inmediatas, siempre postergado por los diversos Ministerios. Esta inoperancia había causado un cansancio profundo y la existencia de un clima propicio para cualquier golpe de audacia, que terminara con la burocracia agobiadora y con la anarquía reinante, con el abuso incalificable de las especulaciones fantásticas del gran capital y de las ganancias desorbitadas del comercio mayorista y de la industria monopolista, mientras en la base la vida continuaba encareciendo en forma desmesurada, hundiendo a toda la masa consumidora en la desesperación y la miseria. El minorista, el pequeño propietario, el empleado y el obrero, experimentaban un empeoramiento sistemático de sus condiciones de vida y de trabajo, forjando todo esto un ambiente peligroso para el porvenir nacional. Por otro lado, la gran descomposición política, reflejo directo de la desintegración social y de la quiebra económica, originaba huelgas y conflictos de graves consecuencias, todo lo cual anunciaba la hora propicia para una dictadura reaccionaria.

La incorporación del Partido Socialista al Gobierno en esos momentos impidió la consumación de tal amenaza, dando la única salida salvadora al proceso que la reacción ciega y torpe, de un lado, y la Alianza Democrática de otro, conducían a la guerra civil y al caos. Duhalde recibía el país en un estado calamitoso y su exacto balance e inventario quedó trazado en el memorándum que el Ministro de Economía y Comercio, Carlos Arriagada, dirigió al Ministro de Hacienda, Pablo Ramírez, el recordado hombre de los “superávits” en la dictadura de Carlos Ibáñez. La publicación de ese documento frio, objetivo y verídico, le costó el Ministerio a su autor. Este hecho más algunas mediocres medidas demagógicas indicaron claramente que el Gobierno de Duhalde, una vez remontada la crisis, no innovaría en nada y sólo tendería a mantener el statu-quo mientras se producía el desenlace de la enfermedad del presidente.

Al reingresar el socialismo al Gobierno se creyó que lucharía por constituir las bases de un movimiento político vital, reagrupando a las clases en un sentido económico, con el objeto de destruir la influencia de la oligarquía financiera, por medio de reformas de fondo como el verdadero instrumento ejecutor de las exigencias de las masas, concretadas en la planificación de la economía hacia una finalidad de cambio de su estructura actual, eliminando los privilegios de la oligarquía capitalista, para dar solución efectiva a los grandes problemas nacionales, pero durante los siete meses del gobierno del Tercer Frente las cosas siguieron el mismo curso de siempre. El enriquecimiento de la oligarquía; el encarecimiento de la vida y el empobrecimiento de los asalariados; los escándalos administrativos protagonizados por los protegidos del régimen; y la anarquía política, prosiguieron sin que el gobierno demostrara el menor esfuerzo y criterio para conjurarles, a pesar de la presencia de cuatro dirigentes socialistas y de algunos Jefes de las Fuerzas Armadas en el Ministerio.

En el ambiente descrito se produjo el deceso del Presidente Ríos y se llamó a nuevas elecciones para el 4 de septiembre de 1946. En la justa eleccionaria se enfrentaron cuatro candidatos: el doctor Eduardo Cruz Coke, llevado por el Partido Conservador, la Falange Nacional y sectores independientes, atraídos por el carácter social-cristiano de su programa y agitación; Femando Alessandri, abogado y catedrático, apoyado por el Partido Liberal, los Agrarios Laboristas, los Radicales-Democráticos y un sector Demócrata; Gabriel González Videla, respaldado por los partidos Radical y Comunista; y las fuerzas del Tercer Frente dieron vida a un efímero bloque nacional-democrático, levantando la fugaz candidatura de don Alfredo Duhalde, (se tradujo en la ruptura del Partido Radical, y un pequeño sector dio vida al Partido Radical-Democrático, agregándose a la candidatura Alessandri). Ante su fracaso se levantó la candidatura solitaria de Bernardo Ibáñez, sostenida por los núcleos dirigentes del socialismo.

Los trabajadores polarizaron su adhesión en la candidatura Radical-Comunista, dándole la primera mayoría, (192.000 votos), en un resignado acto de postrera esperanza; la Derecha escindida en dos candidaturas reclutó numerosos sectores vacilantes e indefinidos, con 142.000 sufragios para Cruz Coke, y 130.000 para Alessandri. La de Bernardo Ibáñez, después de una permanencia inocua en el gobierno de Duhalde, aliado a sectores definidamente burgueses, (con los cuales se quiso dar vida al bloque nacional-democrático), se la presentó, luego, con una definición clasista, pero la opinión pública, incluidos en ella los simpatizantes y millares de militantes del socialismo, la reputaron como el engendro de un viraje desesperado desde el centro a la extrema izquierda para salvar la unidad orgánica del Partido. Obtuvo la escasa cifra de 12.000 sufragios, escapando la columna vertebral del Partido y con ella la reserva posible para Iniciar su reconstrucción.

La elección de 1946 fue el reflejo fiel de la anarquía y desintegración políticas imperantes; tanto las fuerzas de la derecha como de las izquierdas se presentaron divididas a la contienda por circunstancias subalternas; en ningún caso porque se hubiese iniciado un efectivo proceso de reagrupación política concorde con la realidad económico social. Sin embargo, en ella el Partido Conservador y el Partido Comunista expresaron posiciones definidas y categóricas, demostrando una clara voluntad de comando y dirección dentro del confuso panorama nacional y en beneficio de quienes redundó especialmente, esa contienda eleccionaria. (A raíz del desastre político del Partido Socialista se llevó a cabo el XI Congreso General Ordinario, en octubre de 1946, en Concepción).

EL GOBIERNO DE GONZALEZ VIDELA Y SU DESASTROSA DEMAGOGIA

De los comicios de septiembre de 1946 surgió el gobierno de González Videla, cuya primera mayoría, correspondiente a poco más de un tercio de los votantes, fue respetada en el Congreso Pleno. Se inició el nuevo régimen con un ministerio de '“unidad nacional”, formado por liberales, radicales y comunistas. En las tareas del Gobierno actuó un partido de las Derechas, exponente de los intereses de la burguesía industrial y bancaria, el Partido Liberal, con el fin de neutralizar al Partido Comunista, mediante una acción envolvente desde los propios mandos gubernativos, (el otro gran partido de las Derechas, el Conservador, era partidario de una oposición abierta al nuevo régimen). El Partido Radical, debilitado por su división y con un rol reducido en la candidatura de González Videla, entró al gobierno representando el sector pequeño-burgués y burocrático. El Partido Comunista, “héroe de la jomada gabrielista”, se incorporaba como el vocero del numeroso sector laborioso y como el auténtico vencedor de la contienda, pues había llevado el peso principal de la campaña, alcanzando el máximo de su gravitación política. A través de él la clase obrera había desempeñado un rol decisivo. Sin embargo, la dirección estalinista malogrará rápidamente esta victoria efímera.

Las fuerzas centristas se desintegraron en pequeños grupos, entrando a vivir a la sombra de la derecha, sin mayor beligerancia.

El Partido Socialista reconoció la victoria de González Videla, le dio sus votos en el Congreso Pleno y ante el comienzo de su periodo, declaró que actuaría en el sentido de ayudar al cumplimiento del programa básico de su agitación electoral.

En medio de las mayores esperanzas del pueblo se inició la labor del gobierno con su gabinete de "unión nacional", receta teórica largo tiempo propagada por el Partido Comunista y, en ese instante, solución práctica de las dificultades encontradas por el Presidente en el Congreso Pleno para lograr su consagración. La base política del primer gabinete de González Videla, era una evidente contradicción con el contenido del programa a cumplir, para ser consecuente con sus declaraciones en la campaña y con los anhelos y necesidades del pueblo.

En sus primeras actuaciones el gobierno pareció demostrar un espíritu innovador y un deseo de amenazar los intereses reaccionarios, concentrados especialmente en la banca y en las actividades especulativas anexas. Asimismo, con la derogación de la circular que, durante ocho años, había impedido la sindicalización de los trabajadores del campo. Las medidas financieras tomadas por el Ministro de Hacienda, Roberto Wachholtz tendiente a restringir los créditos con fines especulativos y desligados de la producción y sus declaraciones en orden a proceder a la creación de un Banco del Estado para socializar el crédito, provocaron un revuelo considerable. La oligarquía desató una violenta ofensiva ante la cual capituló el Presidente, y el Ministro debió abandonar su cargo.

En cuanto a la actitud frente a los campesinos, muy pronto quedó en descubierto el espíritu conciliador del gobierno ante los intereses de la oligarquía. Aunque la derogación de la circular mencionada resolvía el asunto de la organización de los obreros agrícolas, devolviendo su plena vigencia a las disposiciones respectivas del Código del Trabajo, el Ejecutivo procedió a discutir una legislación especial y discriminatoria, con todas las trabas y cortapisas del caso, para los trabajadores de la tierra. El Partido Comunista aceptó esta actitud renegando de sus luchas anteriores y de una reivindicación antigua de la clase trabajadora.

El gobierno, a pesar de la presencia de ministros y funcionarios comunistas, se inclinó más y más hacia la derecha. Demuestra una extraordinaria frivolidad y una desordenada improvisación, (durante el Gobierno de González Videla se establecieron relaciones diplomáticas con la URSS). Las espectaculares medidas de Wachholtz fueron un mero fuego de artificio; no respondían a ningún plan de conjunto y solamente provocaron descontento y desconcierto, prestándose para obscuras maniobras financieras.

Ante su rápido desprestigio, como una medida salvadora y para desviar la atención pública, se exaltó la grandiosa perspectiva de un Tratado con Argentina. El Presidente aprovechó con habilidad al señor Jaime Larraín, decaído políticamente a causa de su desorbitada ambición presidencialista y sus correlativas maniobras en la gestación de las candidaturas, y ansioso de reencontrar su popularidad Tomó como empresa personal el estudio y firma de dicho Tratado; mientras el Gobierno, en todos los tonos, destacaba su importancia para la economía nacional y el destino chileno.

Después de muchos viajes, redacciones y aclaraciones, resultó que el Tratado, en el fondo, servía exclusivamente a los provectos argentinos de franco intento hegemónico sobre sus países vecinos. El espíritu y finalidad de dicho Tratado estaban orientados a obscurecer el criterio de los chilenos con

algunas inversiones y préstamos sin influencias apreciables en el mejoramiento efectivo de nuestro pueblo y sin desmedro para los señores de la tierra y del dinero. En cambio, se colocaban las materias primas fundamentales de Chile y el esfuerzo de los chilenos, al servicio del desarrollo de una economía poderosa, con pretensiones imperialistas, de la Argentina. El Tratado no unía dos economías complementarias, como afirmaban sus partidarios, únicamente ponía al servicio de la Argentina las fuentes de riquezas chilenas y los mercados del Pacífico. El punto fundamental perseguido por Argentina con dicho Tratado era el de tener acceso a las materias primas chilenas, (fierro, carbón, cobre, manganeso, energía eléctrica, maderas), para llevar a cabo su plan quinquenal de montaje de una industria pesada, sobre la cual basar su poderío económico y militar, completando de tal manera su rica economía agropecuaria. Para Chile significaba, solamente, introducir un nuevo amo en el seno de su economía, (Argentina trataba de realizar en nuestro país lo que Gran Bretaña hizo en el siglo pasado y EEUU en el actual). En realidad, a pesar de la propaganda, el Gobierno por medio de las franquicias del Tratado en favor de la Argentina, sobrepasaba la actitud entreguista de los regímenes oligárquicos que vendieron nuestras riquezas al capital anglo-norteamericano. La crítica de los diversos partidos y de la opinión pública liquidó y relegó al olvido el Tratado.

El gobierno se demostró incapaz de conjurar la grave crisis nacional. Los liberales servían la causa de la oligarquía reaccionaria, dueña de la tierra y de los bancos; los comunistas no presentaron ninguna solución, o plan, limitándose a sancionar las diversas alzas de precios, pero ante las masas desenvolvían la más desvergonzada demagogia, jugando de tal manera en dos planos: en el gobierno, donde utilizaban las ventajas del poder para satisfacer su política pro-soviética, y en la calle, frente a las masas, haciendo oposición a costa de liberales y radicales, para ganar los beneficios consiguientes. Los radicales, a pesar de la acción de algunos dirigentes responsables y sinceramente reformistas, vivían en el limbo de la burocracia, tironeados por los opuestos arrullos de liberales y comunistas. Y como existen en función de las luchas parlamentarias y presidenciales yacían como el asno de Buridán, sin decidirse, sin tomar medidas, sin adoptar resoluciones, por temor a herir a sus posibles aliados eleccionarios.

Mientras tanto el proceso inflacionista alcanzaba su punto más elevado. El alza del costo de la vida llegaba a cifras odiosas. Los desniveles entre los salarios y sueldos y los precios se acentuaban burlando, los pequeños aumentos. El proletariado y la clase media sufrían la escasez, el sub-consumo, el encarecimiento, la miseria y la inseguridad. Únicamente una ínfima minoría de grandes poseedores y especuladores vivía feliz en medio de este caos, realizando pingües ganancias.

La realidad indicada señalaba la urgencia, si el Gobierno quería salvarse de la quiebra y la dictadura reaccionaria, de unificar un criterio definido para enfrentar la crisis y superar por medio de una gran política económica, planificada, severa y fecunda, movilizando integralmente los recursos humanos, materiales y técnicos del país, en un grandioso esfuerzo colectivo para remontar tan dolorosa situación. Esta llegó a un instante en que presentaba un aspecto peligroso y temible. Una burguesía escindida en sectores rivales, pero ansiosa de tranquilidad para sus negocios; un proletariado anarquizado y sometido a gimnasia huelguística, no obstante amenazador, en torno al cual se agrupaban más y más los sectores pequeños-burgueses y los campesinos; la preocupación constante de un estallido violento, síntoma del cual eran las peticiones permanentes de los gremios más diversos, pero sin la perspectiva de una solución definitiva, tal era la situación hecha de encargo para un golpe de Estado. Ante tal amenaza y la presión de las poderosas fuerzas económicas reaccionarias nacionales e internacionales, González Videla viró de frente hacia la derecha y trató de realizar un gobierno “fuerte”, para superar la demagogia e inercia de su combinación primera. Resultado de este cambio fue la salida de los comunistas del

gobierno y su expulsión violenta de los diversos cargos ocupados en la Administración Pública; reemplazándoseles por una abierta coalición radical-liberal, respaldada por las fuerzas armadas. La burguesía agraria, industrial y bancaria pasó a tomar el comando político del país y pronto impuso su completo dominio desatando una implacable persecución al Partido Comunista y a las organizaciones de la clase trabajadora, para guardar las apariencias jurídicas, el gobierno hizo aprobar la "Ley de defensa permanente de la democracia", de típico contenido fascista.

INDEPENDENCIA Y REORGANIZACION DEL SOCIALISMO CHILENO

En medio de la vorágine, el Partido Socialista mantuvo una posición independiente y crítica, mesurada y digna frente al gobierno, a las fuerzas reaccionarias y a los partidos democráticos. Ante las masas señaló con claridad y ponderación la realidad objetiva imperante, debeló los intereses en juego y las actitudes inconsecuentes que restituyeron el poder a las Derechas y denunció la amenaza fascista.

¿Cuál era el panorama socio-político en 1947-48 donde se movía el Partido Socialista, como reserva política del futuro de las clases populares nacionales?

La plutocracia se había fortalecido y robustecido en sus posiciones económicas y sociales por la incapacidad de los gobiernos de "izquierda" permitiéndole ganancias desorbitadas y especulaciones gigantescas, y por la vacilación de los partidos populares, anarquizados a causa de los virajes oportunistas. Naturalmente, a consecuencia de su poderío económico-social, las derechas reaccionarias pasaron de nuevo a controlar el poder político determinando en lo sucesivo la orientación de la Presidencia de González Videla.

Los radicales, al representar los intereses de un sector de la alta burguesía y los de la burguesía media, desorientada y apegada a la burocracia, han sido siempre el eje de las combinaciones centristas o de derecha en las que la burguesía financiera e industrial mantuvo intocados sus intereses. El Partido Radical al expresar fundamentalmente los intereses de una clase indefinida no interpreta ninguna, de donde deriva su desubicación histórica; de ahí también su carencia de una posición clara, haciendo de instrumento de la derecha o de la extrema izquierda. En los días de Duhalde y primeros del gobierno de González Videla la influencia del Partido Comunista en sus decisiones imperó como una consecuencia de las repercusiones de la situación internacional y de la demagogia e impaciencia de la pequeña burguesía de sus filas, y provocó la separación del sector burgués y conservador para constituir el Partido Radical-Democrático. En el pasado, el Partido Radical, fue, a menudo, el punto de apoyo para que la burguesía más reaccionaria recuperara el control del país. En esos años de 1946 y 1947 al hacer de freno para una acción verdaderamente democrática y popular, al servicio de los intereses del comunismo o de la derecha, en definitiva permitió una vez más, el desplazamiento del gobierno hacia las manos de las fuerzas reaccionarias.

El Partido Comunista en esos años no orientó a las masas hacia su liberación; las incorporó únicamente al juego de los intereses internacionales de la burocracia estalinista; y por tal motivo combatía abiertamente al Partido Socialista, también conglomerado obrero y revolucionario, a pesar de sus errores, o sea, su rival en el campo de las luchas sindicales y políticas de clase y enemigo de la política estalinista; en cambio necesitaba del Partido Radical para apoyarse en la burguesía con el objeto de neutralizar momentáneamente y poder crecer sobre la base de una agitación constante de aquellas reivindicaciones que su misma actitud impedía solucionar. En aquellos años la política comunista sólo jugaba en función de las contradicciones internas de la burguesía para servir con su influencia entre los

obreros a uno u otro sector de ella o de la pequeña burguesía. Era una gimnasia que conducía, en último término, a la dictadura reaccionaria y a la derrota.

Frente al rumbo de los dos más poderosos partidos determinantes de los rumbos de la actividad popular, el Partido Socialista, mantuvo una actitud de ataque abierto a las fuerzas reaccionarias y de clarificación frente a radicales y comunistas. Defendió con valor las garantías democráticas y denunció con entereza los métodos fascistas de Gabriel González y su gobierno de "concentración nacional"; propició con energía un programa armónico para unificar y dirigir la economía, producción, comercio exterior y crédito. Este programa significaba prácticamente la necesidad de planificar la economía por el Estado, la nacionalización de las industrias fundamentales; el desarrollo de la producción e industrialización del país, con el fin de mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras.

El Partido Socialista especificaba claramente que "producir más en el campo debe significar la destrucción de la gran propiedad agraria para entregarla a manos de miles y miles de trabajadores en propiedad privada, colectiva, mediera o bajo explotación de cooperativas de producción y junto con esto la atención del Estado en lo que se refiere a la maquinaria, la instrucción técnica, los abonos, el crédito, producir más en la industria es patrocinar la intervención del Estado en las empresas y la nacionalización de aquellas que por su importancia en la economía nacional (servicios públicos, materias primas, transportes, energía eléctrica), deben ser ayudadas por el gobierno a fin de permitirles su mantenimiento normal, producir más significa aumentar la capacidad de consumo de las masas mejorando sus jornales, librando a los campesinos de sus miserias crónicas y abriendo las posibilidades del mercado interno para un desarrollo industrial importante".

El Partido Socialista en aquella confusa y trágica época, por su claro programa, por su independencia política, por su reorganización interna, por la demostración práctica en diversas oportunidades de su comando acertado de las masas populares en sus acciones para impedir el fascismo y para lograr sus reivindicaciones, dejó la impresión profunda que podía transformarse en una poderosa fuerza social y política de Chile. La política socialista lanzada sin vacilaciones hacia la ruptura de las clases poseedoras y de los grupos políticos, consciente o inconscientemente al servicio de sus intereses reaccionarios, clarificó que no existía oposición entre la lucha por consignas democráticas simultáneas con consignas socialistas, por cuanto se combatía en una sociedad y en un instante en el cual el desarrollo de las fuerzas productoras exigía cambiar y las clases poseedoras de los medios de producción trataban de conservar.

El movimiento obrero mundial, la realidad chilena y la fundación del partido socialista

ARAUCO N°86 marzo 1967

A consecuencia de la conflagración mundial de 1914-18, se produjeron grandes trastornos económicos, sociales y políticos en casi todos los países capitalistas. La guerra puso al desnudo las incurables contradicciones de la sociedad capitalista; y la guerra misma era inherente al sistema, uno de los métodos de la concurrencia imperialista aplicado a la esfera de la economía mundial. El caos desatado al término de la contienda bélica removió hasta las bases más profundas del sistema social imperante. Los trabajadores comprendieron que las medidas pasajeras de mejoramiento económico no resolvían sus eternos problemas, creados y agudizados sin cesar por el rodaje del capitalismo. Cada reforma se desvanecía con una nueva realidad suministrando siempre mayores ventajas al empresario. Todas las

reformas giraban dentro de un mismo círculo vicioso impidiendo encontrar el verdadero camino para la liberación de las clases oprimidas. Contra esa política reformista, conciliatoria y estéril se levantó la conciencia de una sociedad socialista, estructurada sobre la base del bienestar colectivo, sin minorías privilegiadas.

La democracia, en la forma practicada hasta entonces en los diversos países, no había pasado de ser sino la expresión política del liberalismo económico, esto es, del sistema capitalista en un ciclo de su desarrollo. Realizada en tal sentido no podría conducir jamás a la emancipación de los trabajadores. Las clases antagónicas subsistían, se mantenía la explotación, los privilegios de los sectores oligárquicos no sufrían menoscabo, y al pueblo no se le favorecía en nada.

Sin embargo, la democracia, a pesar de sus imperfecciones y de sus limitaciones en beneficio de la clase dominante, había otorgado algunos avances a las masas trabajadoras, permitiéndoles conquistar nuevos derechos políticos, algunas ventajas económicas y, sobre todo, desenvolver sus organizaciones de lucha, como vehículos para dar nuevos saltos hacia el futuro. En sus largas luchas aprendieron a enfocar sus problemas con un nuevo criterio, a efectuar la búsqueda de soluciones duraderas a sus necesidades, mientras en sus mentes se afirmaba esta indestructible convicción: bajo régimen capitalista, la democracia había constituido solo una en la marcha hacia su liberación. Y nada más. Únicamente un régimen socialista podía poner término a todas las desigualdades y realizar la emancipación integral de las masas trabajadoras. La lucha por el socialismo se alzó como bandera de triunfo y de liberación definitiva. La lucha secular contenida en el seno de la sociedad capitalista se resolvía en una contienda de régimen, socialismo contra capitalismo. Esta profunda oposición fructificó con el triunfo del proletariado ruso al instaurar la sociedad socialista en la sexta parte del mundo, y en el estallido de victoriosos movimientos populares en diversos países europeos. Si no alcanzaron a consolidar sus propios gobiernos de clase se debió a la acción armada del imperialismo coaligado y a numerosos errores cometidos por los partidos del proletariado.

LA DICTADURA FASCISTA

Mientras la clase dominante, la oligarquía financiera, pudo apoyar su predominio en la colaboración de sectores populares y logró mantener la actitud de complaciente aliado de las clases medias, el capitalismo toleró la democracia. Apenas dejó de servirle como sostén de sus privilegios y, por el contrario, se convirtió en amenaza a causa de la presión creciente de las masas reclamando justicia y bienestar, la minoría plutocrática, la burguesía, pasó a combatir el sistema de gobierno propulsado por ella misma en sus luchas contra la nobleza y el feudalismo. Y triunfó precisamente enarbolando la bandera del sistema democrático. Ahora, ante el avance de las masas populares para implantar su propio gobierno utilizando los caminos de la democracia, la oligarquía dominante, la burguesía, condenó la democracia y auspició abiertamente el fascismo, como escribiera el ensayista español José Bullejos: “Ni siquiera puede ser ya la burguesía el campeón de las libertades democráticas. Su dominación de clase es hoy incompatible con el régimen democrático. El capitalismo en el período de decadencia, para prolongar su agonía, necesita destruir los derechos y libertades que presidieron su aparición en la historia. Las formas democráticas de dominación corresponden a un período de ascenso, de crecimiento, de progreso del capitalismo; en la etapa de descenso, en la fase de bancarrota, son sustituidas por métodos dictatoriales, violentos, brutales. La democracia negada por la clase social que le dio nacimiento, es la propia negación de esta clase. El mundo capitalista actual confirma esta afirmación. Allí donde subsisten más o menos ampliamente las libertades burguesas, es a causa de la voluntad

revolucionaria de los trabajadores. Las libertades democráticas, que antiguamente debían ser conquistadas contra las clases feudales, hoy han de ser mantenidas por el proletariado contra la propia burguesía".

Aunque el fascismo se presentó como una concepción del mundo antiliberal y revolucionaria, no pasó de ser un amontonamiento de desechos ideológicos tomados y adulterados del individualismo y del socialismo, exhibiendo una acumulación de temas demagógicos, sin un nexo racional. Y su régimen fue esencialmente capitalista, donde se intensificó la explotación del proletariado y suprimió toda libertad individual. Cada individuo y la sociedad en su conjunto fueron manejados por el Estado, quien dominó la economía y extendió su albedrío a la esfera intelectual, a la vida privada y a los credos personales. Suponía un totalitarismo antihumano. Uno de sus siniestros personajes expresó: "lo que distingue el fascismo, en su origen, es algo absolutamente espontáneo, absolutamente ilógico, que no se deriva en forma alguna de tal o cual teoría y que no se desarrolla, en forma sistemática sino que simplemente determinado por la acción".

El capital imperialista recurrió al fascismo para obtener la concentración de todo el poder político en manos de las oligarquías financieras, eliminar la democracia, y aplastar a los trabajadores. El fascismo surgió como la dictadura del capitalismo en su fase imperialista; organizó partidos totalitarios y milicias armadas, con los cuales conquistaron el poder y estableció un sistema de feroces tiranías.

El fascismo desencadenó atroces persecuciones contra la clase obrera, contra los partidos marxistas y las organizaciones populares, pretendiendo estrangular las luchas sociales para someter a la colectividad entera a sus planes de dominación interior y de expansión anexionista. Destruyó la democracia y las libertades públicas; aniquiló los derechos alcanzados por la evolución y el progreso de los pueblos, porque la democracia, según Hitler, "rechaza el principio aristocrático en la naturaleza, y en el lugar del eterno privilegio de la fuerza y de la energía, coloca su montón y su peso muerto de números"... Y, a continuación, aplastó y sometió a las clases medias a pesar de haber constituido la columna decisiva de su triunfo.

El fascismo constituyó un retroceso por las rutas trágicas de la esclavitud económica y política; negó períodos superados por la evolución de la Humanidad; condenó la cultura y la ciencia, por constituir "marxismo disimulado", y colocó en campos de concentración a grandes artistas, pensadores y sabios; militarizó el pensamiento y persiguió todo cuanto no sirviera los fines del gran capitalismo. El grito del forajido tuerto y manco, Millán Astray, en Salamanca, "muera la inteligencia, viva la muerte" resumió el contenido característico del fascismo.

Después de dominar por medio del terror a las masas obreras, convertidas en simples instrumentos de la producción industrial, oprimió a los sectores de la pequeña burguesía en beneficio de los consorcios, de la plutocracia en general. El fascismo no fue sino la dictadura del gran capital: en una mano concentró todo el poder económico, y en la otra, todo el poder político, para ahogar el liberalismo económico y suprimir las garantías democráticas, pretendiendo conjurar sus contradicciones internas y sus crisis periódicas solución momentánea basada en la regimentación implacable de las masas trabajadoras y en la carrera desenfrenada hacia la captura de países débiles y en la preparación trágica hacia una nueva y espantosa guerra, (y en la cual desembocó ensangrentando al mundo durante seis años, entre 1939-1945, con más de cincuenta millones de muertos).

LA DESCOMPOSICION SOCIALDEMOCRATA Y EL EXTREMISMO COMUNISTA

La primera guerra mundial junto con alterar la paz política del mundo introdujo hondos quebrantos en la unidad de los trabajadores. La escisión de la socialdemocracia en dos fuerzas antagónicas fue seguida de una violenta contienda entre los partidos obreros. Comunistas y socialdemócratas olvidaron su objetivo fundamental, combatir al capitalismo, para entregarse a una beligerancia suicida en nombre de principios y de tácticas. Tan intensa lucha encaminada a mantener o a conquistar la hegemonía de las masas, lejos de servir los intereses del pueblo, como pretendían sus dirigentes, las desorientó y agotó. Mientras se batían como mortales adversarios las invadió el derrotismo destruyendo su unidad de clase en aras de la captura universal del poder. La división provocada por tan insensata pugna malogró su triunfo inicial en diversos países, causando su caída y aplastamiento. La clase capitalista recobró su poder y estableció dictaduras reaccionarias; se produjo el reagrupamiento de las oligarquías y sus fuerzas dependientes y permitió, en gran parte, el advenimiento del fascismo.

Además, los partidos proletarios atacaron a las clases medias; subestimaron su concurso negándoles un papel determinante en la contienda contra la burguesía hasta desencadenar una tenaz campaña de estériles violencias en su contra. Ante esa torpe ofensiva los sectores de clases medias se sintieron sobrecogidos por un terror semejante al de los círculos plutocráticos, plegándose a las huestes capitalistas y facilitando el triunfo del fascismo.

No menos errónea fue la política de señalar normas universales para todos los países, como orientación de los movimientos obreros. Se partió de un criterio utópico, reñido con la dialéctica marxista, al pretender amoldar la realidad compleja y cambiante en los límites estrechos de tácticas preconcebidas, en vez de encararse previamente con las modalidades económicas, sociales y políticas de cada pueblo, investigando y descubriendo su auténtica realidad. En nombre de los principios marxistas se llegó a la negación mecánica de la dialéctica marxista, pasando por sobre las recomendaciones expresas de sus grandes exegetas. Riazanov escribió: “En los países donde el marxismo quiera desarrollarse no puede limitarse a ser el producto del “pensamiento extranjero”. Si quiere triunfar ha de procurar explicar dentro de ese país la realidad histórica concreta, sobre los principios del marxismo; ha de procurar demostrar que el método dialéctico, el materialismo dialéctico, es un método universal en el sentido de que la realidad concreta de que se trata, cualesquiera que sean sus características específicas, tiene su explicación en sí misma, en la pugna de sus contradicciones internas, y que todas esas “características específicas” "brotan de una raíz, de la lucha de clases, del desarrollo de la pugna de los antagonismos en la realidad concreta histórica, económica, geográfica del país que se estudia”. Tan justas observaciones no se respetaron y se cometieron fatales desaciertos, y en ellos cabía responsabilizar tanto a la Segunda Internacional socialdemócrata como a la Tercera internacional comunista.

La Segunda Internacional cayó en el reformismo y la colaboración de clases. Su rápido desarrollo y la ausencia de una línea claramente revolucionaria torcieron la finalidad señalada por sus fundadores. Embriagada por triunfos electorales, participó del poder en gobiernos de “concentración nacional”, en compañía de enemigos de la clase obrera, afianzando, de ese modo, la existencia del régimen burgués, y en circunstancias decisivas para la suerte del capitalismo, se demostró inepta para dirigir los movimientos proletarios, máxime cuando ya había sido incapaz de oponerse al estallido de la guerra.

Al término de la conflagración, la socialdemocracia asumió el poder en Alemania y otros países, pero su gestión gubernativa se reveló incapaz de interpretar las aspiraciones y las necesidades populares y, por tanto, de satisfacerlas. Su política conciliadora y vacilante frente a la burguesía, en proceso de reagrupamiento de sus fuerzas, contribuyó a sostener el sistema capitalista en el momento más difícil de

su historia, cuando nutridos contingentes de trabajadores en armas se rebelaron en contra del régimen mismo, reprimiendo cruentamente su acción revolucionaria y salvando al capitalismo.

La Tercera internacional comunista nacida a consecuencia de la victoria bolchevique y opuesta irreductiblemente a la Segunda, se despeñó por la pendiente del extremismo sectario e infantilista, no obstante constituir la más peligrosa de las desviaciones de la política marxista según Lenin, el artesano del régimen comunista soviético y de la Komintern.

Las heroicas jornadas del proletariado ruso en 1917-18, lo cegaron en su acción posterior por la sobrestimación de sus fuerzas y su creencia en la posibilidad de un triunfo fácil en todo el mundo, señaló normas y prácticas universales para la conquista del poder por las masas obreras; pero al estar desvinculadas de la realidad económica y política de los pueblos caían de bruces contra la situación local, con resultados contraproducentes. Esa lucha, llevada en forma artificial y estéril, sin abocarse al previo conocimiento del clima social y las posibilidades de acción, precipitó sangrientas represiones de las clases dominantes, postergando una ofensiva compacta y recia de las masas laboriosas y, en definitiva, produjo un fortalecimiento de la reacción capitalista.

Aquella política universal no contemplaba factores decisivos, como son la estructura económica y las condiciones sociales de los pueblos, (escaso desarrollo del proletariado industrial, enorme campesinado sin conciencia de clase, sectores medios dispersos y arribistas), y provocó dolorosas derrotas en aquellos núcleos extremistas que desencadenaron choques violentos creyendo vivir en la misma realidad rusa de 1917.

La política extremista y sectaria de la Tercera Internacional contrastaba visiblemente con la práctica flexible y realista del gobierno soviético en su país. El “comunismo de guerra”, en vista de su fracaso hasta provocar la trágica rebelión de Cronstadt, fue reemplazado por la NEP (Nueva Política Económica), sobre la base de una serie de concesiones a los principios no socialistas. Pero en la acción internacional persistió el “comunismo de guerra”, como una válvula de escape para los elementos ultra revolucionarios de la URSS, y con los consiguientes daños, ya anotados, para el movimiento socialista internacional de los trabajadores.

La desunión de los sectores obreros, y su tenaz pelea interna, y los continuos fracasos desacreditaron la política de la Tercera internacional comunista. Apareció ante las masas, tan ineficaz como la Segunda Internacional socialdemócrata. La posibilidad de una revolución proletaria resultaba remota para la clase obrera y terrorífica para los sectores de la pequeña burguesía, con una intensidad parecida al espanto sentido por las minorías plutócratas, debido a la sistemática y violenta división de las masas trabajadoras y al ataque continuo y sectario a las clases medias.

El panorama obrero se agravó por la escisión producida en el seno de la internacional Comunista a causa de la pugna interna, en la URSS, por la sucesión de Lenin. Los partidarios de Stalin y los adeptos de Trotsky se combatían con inusitada acritud; pusieron tanta intensidad en su lucha personalista como la gastada en su acción contra el capitalismo. Todas sus reyertas, propias de la política interna de Rusia, se trasladaron al movimiento obrero mundial, destruyendo su organización y debilitando más su actividad y su eficacia práctica.

En ese clima social y político surgió el fascismo. Pronto, por medio de una hábil propaganda demagógica, incluso utilizando aspiraciones, fórmulas y reivindicaciones del arsenal socialista, captó a las clases

medias vacilantes, combatidas por los organismos proletarios, y a elementos obreros decepcionados de sus partidos de clase por su incapacidad para conducirlos al triunfo, anarquizados por sus reyertas intestinas. Y esos elementos sociales le suministraron la base de masas, mientras el alto capitalismo le subvencionó la organización y la propaganda, con tales apoyos, el fascismo logró imponer su siniestra tiranía en Italia y Alemania, y en otros países menores.

La rama más virulenta y temible del fascismo, el movimiento nacional-socialista de Hitler, por una macabra actitud de la Tercera internacional, encontró en el Partido Comunista alemán un inesperado aliado en su lucha contra el régimen democrático-burgués de su país. Su consigna "por sobre el cadáver de la socialdemocracia derrotaremos al nacismo" al provocar la más honda división en las clases trabajadoras, se tradujo en la arrolladora victoria de las huestes hitleristas y su ascensión al poder. Apenas instalados en él se volvieron en contra de sus ocasionales e interesados aliados exterminándolos en forma inmisericorde. El Tercer Reich, de Adolfo Hitler, se alzó como una temible potencia enderezada a abatir a la URSS. El triunfo del nacismo sepultó la política extremista e infantilista del comunismo y, al mismo tiempo, su temor ante la amenaza directa del fascismo obligó a la Tercera internacional a elaborar una nueva estrategia, con sus correspondientes tácticas, para enfrentar la dramática situación creada, en gran parte, por su errada posición beligerante y divisionista de la década del veinte. Será el "gran viraje" concretado en el Frente popular.

LA SITUACION DE CHILE, DESPUES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Al término de la primera guerra mundial, en Chile estalló una profunda crisis debido a la paralización de las faenas salitreras. Miles de obreros quedaron desocupados y disminuyeron verticalmente los recursos fiscales. Un terrible letargo económico envolvió a la nación entera. El atraso, la carencia de recursos diversificados y la sujeción completa de la existencia patria a un solo producto minero de exportación se presentaron con nitidez vergonzosa a la vista y a la sensibilidad de toda la ciudadanía. En el momento mismo de la aguda crisis se hizo trastornante la influencia psicológica de la victoriosa revolución popular rusa, desatando una fervorosa ola de entusiasmo en importantes sectores obreros e intelectuales. Se originó un amplio movimiento de masas exigiendo trabajo, justicia social, reformas económicas y políticas. Se sucedieron constantes reuniones, gigantescas concentraciones, huelgas en las fábricas y en las faenas mineras en actividad, (carbón), peticiones... Dos grandes centrales obreras canalizaron la acción popular; la I. W. W., (Trabajadores industriales del mundo), de orientación anarquista, y la FOCH, (Federación Obrera de Chile), afiliada a la internacional Comunista, y éstas propiciaron un frente amplio de lucha contra la oligarquía y el capital, dando vida a la famosa Asamblea Obrera de Alimentación. Asimismo libró una memorable contienda libertaria, junto al proletariado, la Federación de Estudiantes de Chile.

Con motivo de la campaña presidencial de 1920, el movimiento popular, amenazador y poderoso, cayó en la red demagógica del verboso candidato de la Alianza Liberal, don Arturo Alessandri Palma, político audaz y experimentado, quien agitó un programa de reformas sociales y de renovación nacional. El apoyo entusiasta de las masas trabajadoras le dio una clamorosa victoria a mediados de 1920. La soberbia y la ceguera política de la oligarquía senatorial y plutocrática ayudaron al candidato populista, pues desencadenó una ofensiva tremenda y recurrió a toda suerte de expedientes represivos, de terror colectivo, de calumnias abiertas o solapadas para invalidar al abanderado democrático y atemorizar a sus partidarios. Utilizando las noticias tergiversadas de la revolución rusa acusaban a Alessandri de ser un instrumento del "maximalismo" y del bolcheviquismo (!). "El Diario Ilustrado", vocero de la iglesia y del

latifundio, de la reacción más atrasada, escribió el 16 de mayo de 1920: "...Al fin el país ha comprendido el peligro de la situación en que se encuentra y ha llegado a elegir un candidato a la Presidencia de la República que lleva consigo la misión de destruir el marxismo, y ese candidato, don Luis Barros Borgoño, al aceptar esa candidatura, ha aceptado esa misión. De la situación creada para la elección del Presidente de la República, en que aparece por una parte el candidato proclamado por la Alianza, don Arturo Alessandri, a la cabeza de todos los elementos marxistas que existen en el país, y de unos pocos señores que, sin ser bolcheviques, cayeron en la trampa de la Alianza; y por la otra parte el candidato elegido por la Unión Nacional, don Luis Barros Borgoño, a la cabeza de todos los elementos de orden que sostienen nuestro régimen social y constitucional, la batalla del 25 de junio (fecha de la elección) decidirá la suerte del país, decidirá si el Lenin chileno podrá entrar a la Moneda con toda su corte de bolcheviques, para establecer el régimen marxista y hacer tabla rasa de nuestra constitución, de nuestras familias y de nuestros bienes"... Y agregaba: "El señor Alessandri ha prometido la solución de los problemas sociales por el camino de la violencia ya ensayado en Rusia y en Hungría".

Después de tan multitudinaria y esperanzada campaña, hasta alcanzar una victoria insólita, el gobierno de Alessandri resultó un rotundo fracaso. En el fondo, la oligarquía y el capitalismo imperaron sin freno; las masas trabajadoras fueron burladas en sus justas demandas y cuando se volvieron amenazadoras, estimuladas por las irritantes injusticias y por la clara conciencia de haber sido engañadas, el gobierno de "la querida chusma" las ametralló en San Gregorio y La Coruña. La incapacidad del gobierno de Alessandri, la obstrucción pertinaz del senado oligárquico, el avance creciente de las clases trabajadoras, y el caos general en la vida, de la nación, desembocaron en la intervención de las fuerzas armadas en la política. El 5 de septiembre de 1924 estalló el primer golpe militar; derrocó y desterró a Arturo Alessandri y una Junta Militar asumió el poder. Ante la insistente influencia de los sectores oligárquicos y capitalistas, un segundo golpe, el 23 de enero de 1925, instaló una nueva junta cívico-militar, y llamó al presidente constitucional depuesto a terminar su período. En ese periodo se dictó la Constitución Política, de 1925, con diversos principios democráticos, aunque su vigencia se postergó por largos añas.

En medio del predominio militar, los partidos políticos históricos, tanto los de "la Unión Nacional" como los de "la Alianza Liberal'', exhibieron sólo incapacidad y fracaso, aun desde el propio plano capitalista y de sus intereses. Las masas populares los despreciaron y repudiaron; no creían en sus programas ni en sus hombres representativos; y sus actitudes de traición para con los anhelos del pueblo eran una enseñanza permanente. Desde el fracaso del año 20 las clases trabajadoras permanecieron retraídas de la actividad política y asistieron indiferentes a la acción de las fuerzas armadas en el gobierno. En 1926 salieron por un corto período de su aislamiento y de su apatía dando vida a un rápido y sorprendente movimiento de masas en torno a la USRACH (Unión social republicana de asalariados de Chile). Ante su amenazadora potencia, el Ejército asumió abiertamente el control del Estado e instauró la dura tiranía del coronel Carlos Ibáñez del Campo. Su gobierno, (1927-1931), procedió a organizar un Chile nuevo aplicando el "termo cauterio arriba y abajo" con el objeto de extirpar sus elementos gangrenados del cuerpo social. Deportó algunos politiqueros profesionales de los diversos partidos históricos, persiguió a algunos oligarcas de mentalidad antediluviana y dejó caer todo el peso de su dictadura sobre el movimiento obrero. Sus organizaciones sindicales y políticas fueron destruidas; numerosos dirigentes encarcelados o asesinados; las garantías constitucionales y la prensa opositora fueron suprimidas. Su gobierno policial y represivo recibió un sustancial financiamiento de los grandes consorcios norteamericanos a cambio de facilitar su penetración en la economía nacional y de entregarle todas las riquezas mineras: salitre, cobre, hierro. Si bien Ibáñez llevó a cabo varios adelantos en la organización

administrativa y en obras públicas, modernizando la superficie del país, todo eso se tradujo en la captación íntegra de la economía nacional por el imperialismo norteamericano.

La crisis capitalista de 1930 impidió a Wall Street seguir otorgando empréstitos a las dictaduras latinoamericanas. Esa situación sumada a una general insurgencia ciudadana determinó el derrumbamiento del gobierno de Ibáñez, el 26 de julio de 1931. Se abrió un período liberal. Por una parte, las agrupaciones tradicionales de las clases dominantes reasumieron el control del poder político y colocaron en la Presidencia, a un distinguido jurista, don Juan Esteban Montero, pero completamente rodeado por los personeros al servicio, del latifundio, de la banca, de la Iglesia y de las empresas extranjeras, del capital imperialista. Por otro lado, las masas trabajadoras iniciaron la estructuración de sus cuadros arrasados y dispersos por la tiranía. Se organizó la C.G.T., (Confederación General de Trabajadores), a base de los cuadros de la antigua IWW y de nuevos elementos obreros. Se reconstituyó la FOCH, aunque orientada por una política cerradamente comunista. Su posición dogmática sumergió en reyertas intestinas a la clase trabajadora y en vez de vitalizar sus filas introdujeron un divisionismo nocivo.

En esa época sólo existía un partido revolucionario, el Partido Comunista. Vivía cegado por el sectarismo de la Tercera Internacional y desligado de nuestra realidad a causa de sus erradas orientaciones internacionales colocado en un plano estrictamente teórico y verbalista, sin real influencia en las masas. Además se dividió en dos fracciones irreconciliables: una fiel a las directivas de Stalin: y la otra partidaria de Trotsky, trasladando al seno de la lucha sindical y política obrera de Chile, un asunto propio de la situación política interna de la URSS.

Ante el panorama expuesto se forman, desde 1931, diversos grupos revolucionarios, orientados por tendencias socialistas. Guiados por el método marxista investigan la realidad nacional, sus problemas característicos, y, a la vez, llevan a cabo un fuerte ataque al atrasado e incapaz régimen capitalista imperante, con rezagos feudales, y sometido a la expoliación del imperialismo. Logran promover una fuerte agitación social y movilizar a las masas ante los desaciertos del gobierno de Montero. Las principales agrupaciones socialistas que se constituyeron en 1931-32 fueron: la “Nueva Acción Pública, (NAP); la “Acción revolucionaria socialista”, (ARS); el “Partido Socialista Marxista”; el “Partido Socialista Unificado” y la “Orden Socialista”. Su empuje revolucionario se encontró estimulado con la aparición del vibrante diario de oposición “Claridad”, en noviembre de 1931, bajo la dirección de Eugenio Matte Hurtado, Manuel Eduardo Hübner y Luis Mesa Bell, (este valiente periodista pereció asesinado un año más tarde, a manos de la policía de investigaciones, por sus sensacionales campañas en contra de la corrupción). Los abusos de la oligarquía entronizada en el gobierno y la ineficacia de la administración de Montero para resolver los innumerables y agobiantes problemas de las masas asalariadas, más la acción tenaz de los nuevos grupos socialistas crearon un clima propicio para una jornada insurreccional. Una conspiración cívico-militar, dirigida por Eugenio Matte y el comodoro del aire, coronel Marmaduke Grove, culminó en la revolución socialista del 4 de junio de 1932, bajo el lema de “Pan, Techo y Abrigo para el Pueblo”.

La revolución socialista del 4-16 de junio de 1932 fue, en aquella agitada etapa de la evolución nacional, el acontecimiento político de más honda trascendencia para el destino y porvenir de las masas trabajadoras, y de proyecciones incalculables en el desarrollo político democrático nacional. Encendió de nuevo su fe y por ello dio una perspectiva fecunda para su organización dentro de los principios del socialismo, permitiendo la movilización de todo el pueblo en contra del latifundio y el imperialismo,

factores económico-sociales, causantes de su explotación, de su miseria y de su opresión. El reagrupamiento rápido de las fuerzas reaccionarias hasta controlar un sector de las fuerzas armadas; el apoyo abierto del imperialismo y la debilidad del equipo socialista, sin el respaldo de un partido férreamente estructurado, provocaron la caída de los revolucionarios del 4 de junio. De todos modos, los escasos doce días de gobierno popular valieron profundamente, más que por sus realizaciones, por sus enseñanzas y lecciones prácticas para la lucha independiente de las clases trabajadoras, y por su inmediata resonancia sentimental en el corazón de los oprimidos, hasta ese entonces siempre vencidos y engañados, creándoles un nuevo anhelo revolucionario y socialista encaminado a la conquista de su liberación.

Matte y Grove incorporaron a las masas al rodaje administrativo del Estado; auscultaron sus necesidades vitales, burladas en los gobiernos anteriores, y las tradujeron en medidas concretas de inmediata realización. Al mismo tiempo enfrentaron algunas de las grandes reformas tendientes a remover los cimientos del régimen capitalista: nacionalización de las riquezas del subsuelo, división de la tierra, socialización del crédito, reforma educacional. Su consigna: alimentar, vestir y domiciliar al pueblo, resumía su programa y encauzaba las explosiones rebeldes de las masas laboriosas hacia la implantación del socialismo. El 4 de junio sacudió a las masas, las incorporó de lleno a las luchas sociales y políticas, impulsadas por un nuevo horizonte de lucha: la construcción de un régimen socialista, donde obtendrían únicamente su completa liberación.

La contrarrevolución del 16 de junio derribó al gobierno socialista, envió a la isla de Pascua a Grove y Matte, y encarceló a otros dirigentes. ¿Cuáles fueron las causas de su caída? Falta de homogeneidad en el equipo dirigente (junto a socialistas se instalaron algunos aventureros, ocultos enemigos del pueblo), carencia de una fuerza armada popular; debilidad para desmontar drásticamente la maquinaria administrativa del régimen derribado; escasa madurez doctrinaria en los reducidos cuadros revolucionarios; y ausencia de un partido disciplinado y experimentado, capaz de asumir el gobierno y hacerlo caminar.

El espanto causado por la efímera república socialista impulsó una mejor cohesión de la clase dominante, y las persecuciones desencadenadas por los grupos contrarrevolucionarios del 16 de junio descabezaron el núcleo socialista y el movimiento popular, en los cien días de su dictadura. Ambas realidades fructificaron en el éxito de la candidatura presidencial de Arturo Alessandri Palma, sostenida por sectores liberales de la burguesía, pequeña burguesía y algunos círculos obreros no politizados atraídos por su pasado populista y su demagogia reformista. La candidatura popular de Grove, (en la isla de Pascua), consiguió el segundo lugar, con una apreciable cantidad de sufragios, una vez en el poder, Alessandri asumió una actitud francamente dictatorial, aunque encubierta en un manto de legalidad, dado por su sumisa mayoría parlamentaria, conquistada por el cohecho y el fraude.

Gobernó con los sectores más recalcitrantes de la derecha económica y política, con inclinaciones fascistizantes, apuntalada en el aparato represivo del Estado y en cuerpos civiles armados, las llamadas Milicias Republicanas. Obtuvo de su mayoría parlamentaria espuria continuas leyes de facultades extraordinarias, con las cuales sofocó las manifestaciones del pueblo, suprimió prácticamente las libertades democráticas; persiguió, encarceló y relegó a los dirigentes políticos y sindicales del pueblo; y desató represiones cruentas, (matanza de más de un centenar de campesinos en Ránquil, alto Biobío; numerosos obreros muertos en el local de la FOCH, en Santiago). En lo económico, agobió a las masas consumidoras con impuestos indirectos y arruinó a la pequeña industria y al comercio minorista;

favoreció a los latifundistas, quienes especularon con los productos de la tierra; entregó en forma definitiva todas nuestras riquezas mineras y algunos servicios de utilidad pública al imperialismo norteamericano, (por ley se creó la Corporación de Ventas del salitre y Yodo, dándosele el 75% de las utilidades provenientes de su exportación al consorcio norteamericano contralor, y por la ley de reanudación del pago de la deuda externa se destinó el 25% sobrante, junto a un elevado porcentaje de las utilidades de la exportación del cobre, a su cancelación; el Fisco chileno no percibió ni un centavo de las utilidades de la industria salitrera; por el Pacto Ross-Calder se entregó a los consorcios norteamericanos la energía eléctrica y se le condonó el pago de una multa de 55 millones de pesos adeudados al Fisco chileno.

La revolución socialista del 4 de junio de 1932, las persecuciones posteriores, y la violenta reacción del gobierno de Alessandri, fortalecieron la conciencia de los grupos socialistas en el sentido de unificarse y crear un sólido partido. La desvergonzada reacción fascistizante de la segunda administración de Alessandri puso a la orden del día la necesidad de llegar a la rápida constitución de un poderoso partido revolucionario de la clase trabajadora chilena. Como respuesta a sus primeras facultades extraordinarias, ocultos y perseguidos muchos de sus dirigentes, se fusionaron la NAP, la ARS, el Partido Socialista Marxista y la Orden Socialista, dando nacimiento al PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE, el 19 de abril de 1933.

Este hecho, modesto en su iniciación, tuvo una trascendencia incalculable en el destino de la clase trabajadora chilena, porque desde sus comienzos se transformó en el instrumento genuino de la acción revolucionaria de las masas contra el régimen burgués y el imperialismo.

CIFRAS Y RASGOS DEL ESTADO ECONOMICO Y SOCIAL DE CHILE

a) Dominio del latifundio en la agricultura y de los latifundistas en el gobierno.

Según estadísticas de la época la distribución de la tierra era la siguiente: 87.790 propiedades menores de 5 hectáreas, con un total de 139.445 hectáreas, (con 1 1/2 hectárea por persona, por término medio); 41.437 propiedades de 5 a 20 hectáreas, con un total de 469.339 hectáreas, (por término medio poco más de 11 hectáreas por persona); 21.341 propiedades de 20 a 50 hectáreas, con un total de 691.581 hectáreas, (un término medio de 32 hectáreas por persona); 6.000 propietarios con predios de 100 a 200 hectáreas; 5.323 propietarios con predios de 200 a 500 hectáreas; 3.560 propietarios con predios de 500 a 2.000 hectáreas, con un total de 2 1/2 millones de hectáreas. Frente a ellos 626 grandes latifundistas poseían predios de más de 5.000 hectáreas, con un total de 14 1/2 millones de hectáreas, con un término medio de 23.000 hectáreas, por cada terrateniente. Los 626 latifundistas superaban en superficie a los 180.000 propietarios, incluidos los propietarios de hasta 5.000 hectáreas.

El latifundio impide la organización de una verdadera economía agraria; detiene el aumento de la producción y de una mayor productividad; es la causa de la explotación del campesinado, de su miseria económica y de su opresión política y, a la vez, es la base del predominio económico, social y político de la oligarquía terrateniente.

b) Dominio de las grandes empresas imperialistas. Las cifras de las inversiones Imperialistas en Chile en la década del treinta eran éstas: Deuda externa, 394.500.000 dólares; minería (principalmente cobre), 402.000.000; industrias manufactureras, 18.000.000; electricidad y tranvías, 56.000.000; bancos y seguros, 13.000.000; comercio, 37.000.000; y comunicaciones, 151.000.000 de dólares. Son inversiones

más o menos aproximadas y fluctuaban entre 1.100.000.000 y 1.300.000.000 de dólares. La casi totalidad pertenecían a los consorcios monopolistas norteamericanos, y algunas pequeñas inversiones a capitalistas ingleses, alemanes y franceses. El imperialismo controlaba todas las materias primas principales: salitre, cobre, fierro, bórax, manganeso. La penetración imperialista se traduce en la explotación de los trabajadores mineros y en el empobrecimiento del país, exportando la renta de la producción nacional. El país trabaja y produce no para sí, sino en calidad de colonia del imperialismo, es decir produce para el extranjero en beneficio de los grandes países industrializados.

c) Dominio de los bancos y de los monopolios.

El crédito, esencial para el desarrollo de la producción, ha estado monopolizado por una reducida oligarquía nacional y el imperialismo. Numerosos bancos extranjeros sin haber traído capitales al país, o en pequeña cantidad, movilizaban los capitales de los depositantes nacionales, de la industria y del comercio chilenos, facilitándoselos a empresas extranjeras. Los bancos extranjeros han servido de avanzada a la penetración de los grandes consorcios imperialistas.

Los bancos nacionales sólo han mirado los intereses de la plutocracia dominante. El Banco Central de Chile y el Banco de Chile ejercían un control estricto sobre el crédito nacional. Han estimulado y levantado negocios perjudiciales para el Estado; han perseguido ganancias para sus accionistas y no el interés de la industria, agricultura y comercio; han llevado sus personeros al Congreso y al Ejecutivo. Y el mismo papel ha desempeñado las instituciones fiscales y semifiscales de crédito, (Caja de Crédito Agrario, minero, industrial).

En esa época ya los monopolios prosperaban en el país, especulando a costa del pueblo. La Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager y la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, poseían el monopolio del carbón; las Compañías de Gas de Santiago y Valparaíso, el del coke y gas de alumbrado; las Sociedades Explotadoras de Tierra del Fuego y Ganadera Gente Grande, el monopolio del ganado ovino, lana y carnes; las fábricas de cemento “El Melón", la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la Compañía de Cervecerías unidas, la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, la Compañía Chilena de Fósforos, la Compañía Chilena de Tabacos, los monopolios de los productos de su razón comercial. Y, además, se constituían monopolios en la producción de alcohol, velas, clavos, arroz, aceite de pepitas...

El dominio del latifundio, de los consorcios imperialistas, de los bancos y monopolios industriales provocaba una explotación despiadada de las masas trabajadoras nacionales. Junto a la existencia de bajos salarios (más de la mitad de los obreros del país ganaban salarios muy por debajo de la cifra vital; y en el campo, los salarios eran miserables), la carestía de la vida experimentaba un ritmo ascendente ininterrumpido, (entre 1928 y 1938 encareció en el doble). La población laboriosa, a través de diversos estudios socio-sanitarios, se encontraba desnutrida por el no consumo de alimentos protectores, como leche y sus derivados, carnes y huevos; carecía de vivienda sana y confortable, viviendo hacinado en un alto porcentaje, en “conventillos” inmundos, en las ciudades, y en “ranchos” destartalados, en los campos, (faltaban 500.000 casas); su vestuario muy deficiente, y gran parte de los obreros y campesinos vestían harapos.

A causa de la miseria, el país exhibía varios récords vergonzosos: la más alta mortalidad infantil del mundo, (en 1934, de 262 por cada mil nacidos vivos; en 1935, de 251; en 1936, de 252); la más alta mortalidad por tuberculosis del mundo, (en 1934, de 25,3 por cada 10.000 habitantes; en 1935, de 25.1:

en 1936 de 25,0; en 1936 murieron 11.811 tuberculosos; y en 1937, fallecieron 12.155); un bajo término medio de vida, de apenas 23 años, y un aprovechamiento de la elevada natalidad de sólo un 27%.

En cuanto a la educación, poseía un carácter marcadamente clasista, insuficiente, desvinculada de las reales necesidades del país. La población analfabeta alcanzaba al 28% y otro porcentaje idéntico de semi-analfabetos, por la deserción escolar. Anualmente quedaban sin concurrir a la escuela alrededor de 400.000 niños.

En resumen, el país yacía en un innegable estado de miseria, de atraso y de opresión.

EL PARTIDO SOCIALISTA: SUS CONCEPCIONES Y LA REALIDAD NACIONAL

Desde el primer día de su fundación el Partido Socialista sufrió la violencia represiva del gobierno de Alessandri-Ross. Su secretario general, Oscar Schnake Vergara, no pudo asumir su cargo, por existir una orden de encarcelamiento contra su persona. Lo ejerció interinamente el senador Eugenio Matte Hurtado. Pero el nuevo organismo no sólo resistió la enconada persecución del gobierno; en la calle sus militantes fueron atacados por las tropas de choque del Movimiento Nacional Socialista, calcado sobre el modelo hitleriano, bajo la jefatura de Jorge González von Marées. Alentado por el triunfo de Hitler, en Alemania; subvencionado por casas comerciales alemanas y un sector de la plutocracia nacional, el bárbaro grupo nacista criollo reclutó a sectores de clases medias y a elementos juveniles aventureros y los disciplinó militarmente.

Los nacistas criollos atacaron en sus publicaciones “teóricas” y políticas al marxismo, al socialismo, a la democracia, a la lucha de clases, al internacionalismo; y en la acción práctica, a las concentraciones populares, las reuniones socialistas y a los sindicatos. Sus fanáticos militantes salieron a la calle a combatir a los trabajadores como verdaderos agentes provocadores, cometiendo sangrientos atentados en los locales obreros, provocando fría y cobardemente el asesinato de numerosos dirigentes socialistas.

Por otra parte, en los años del nacimiento del PS, los comunistas vivían una etapa extremista en sus posiciones políticas y de inaudita violencia verbal. Propiciaban una revolución catastrófica para instaurar la dictadura del proletariado por medio de soviets de obreros, campesinos, mapuches y soldados. El PS se transformó en uno de los blancos preferidos de sus campañas, acusando a sus miembros de amarillos, social-fascistas y ganchos de la burguesía. Aunque se presentaba como un partido reducido, sectario, desvinculado de la realidad nacional, y abiertamente defensor de las consignas de la Tercera Internacional, ejercía cierta influencia popular, por la tradición revolucionaria de muchos de sus dirigentes, viejos fochistas formados en la escuela y compañía de Luis Emilio Recabarren, por lo cual su actividad práctica causaba una división dañina de la clase obrera.

El PS, según su declaración de principios, aceptó como doctrina y método de interpretación de la realidad, el marxismo enriquecido por todos los aportes del constante devenir. Hizo suyos estos juicios de Lenin, en su obra “Qué Hacer”: “Sin un partido férreo, templado en la lucha; sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado en la clase trabajadora; llevar a cabo de una manera eficaz la lucha es imposible... Sin teoría revolucionaria no puede haber movimiento revolucionario. Esta idea nunca será suficientemente propagada en una época en que la prédica del oportunismo puesta de moda se acopla con el entusiasmo por las formas mezquinas de la actividad práctica... El papel de luchador de vanguardia solo puede desempeñarlo un partido dotado de una teoría avanzada”...

La teoría revolucionaria es el marxismo. Lo acepta y lo aplica como un guía para la acción, rehuyendo toda adhesión dogmática, por ser ésta una actitud esterilizante en vez de fecunda, lo cual le permite enfocar la realidad económica y social chilena con una nueva y penetrante visión, desprovista de estrechos esquemas previos y recetas falsas. Uno de los principales conductores del PS, en sus años iniciales, el profesor Luis Zúñiga, definió algunas de sus características en estas líneas: "El Partido Socialista chileno nace de una necesidad colectiva, como el partido del pueblo, en la misma forma en que el 4 de junio había sido el grito de liberación del pueblo. Y como fuerza nueva, limpia de ataduras con el pasado, mira hacia el porvenir con un criterio claro y objetivo de nuestra realidad. Se coloca en un plano nacional y continental, reclamando una política justa, que encare nuestros problemas de acuerdo con nuestras modalidades, con nuestra idiosincrasia y con las condiciones revolucionarias de nuestro clima social. Leal a la dialéctica marxista, se constituye como partido de clase, resuelto a empujar la lucha hasta la conquista del poder por los trabajadores manuales e intelectuales y la implantación del régimen socialista. Dentro del derrotero establecido, el Partido Socialista lucha contra los soportes financieros del régimen: el latifundio y el imperialismo. La victoria sobre estos factores semicoloniales de nuestra economía será el primer paso firme hacia una legítima democracia y un avance en la marcha ascendente hacia la sociedad socialista. Los socialistas chilenos propugnan la creación de una Internacional Latinoamericana, organizada sobre la base de fuerzas afines y en una misma predisposición de lucha. Nuestra acción, orientada hacia la conquista de una economía continental antiimperialista, y hacia la transformación de nuestro sistema agrario del latifundio, deberán ser las premisas básicas de esta unión de los trabajadores de Latinoamérica, que ha de culminar, en un futuro de victoria, con la unidad económica y política de los pueblos dentro de una Confederación de las Repúblicas Socialistas del Continente".

El Partido Socialista surgió de la entraña del pueblo, como un instrumento de sus ansias de liberación; despertó de nuevo su vigorosa esperanza y aceleró su reagrupamiento en sus filas. Así canalizó su acción y su fe hacia un objetivo claro: agrupación de todos los trabajadores manuales e intelectuales, (obreros, campesinos, empleados, estudiantes, pequeños agricultores, artesanos y pequeños industriales, mujeres), para destruir el latifundio y la penetración imperialista, a fin de dar vida a una democracia revolucionaria en tránsito seguro hacia el socialismo. Solamente un cambio fundamental del régimen económico-social terminará con la explotación y la miseria y dará solución completa, integral, a los problemas de las clases laborales. El reemplazo del régimen capitalista por el sistema socialista, donde la propiedad privada de los medios de producción y de cambio (tierras, minas, fábricas, bancos, ferrocarriles) se transforme en propiedad colectiva de todos los trabajadores, administrada por ellos y su estado socialista, pondrá término definitivo a la opresión, al atraso, al pauperismo y la ignorancia, dando curso a un régimen social humano, coherente, justo, en el cual las masas habrán sido liberadas económica y políticamente.

Los fundamentos del marxismo permanecen inalterables, pero la evolución del capitalismo ha dado origen a nuevas formas y situaciones no previstas por Marx. La aplicación dinámica del método dialéctico permite descubrirlas e interpretarlas y, a la vez,adecuar a las modalidades recientes, el programa y las tácticas del movimiento socialista. En Chile, y en América Latina, la lucha de clases posee condiciones particulares. Una burguesía reducida acapara la tierra y el dinero, controla el poder político, y actúa en estrecho consorcio con el imperialismo norteamericano. En último término, es éste el verdadero dueño de nuestros países. El latifundio, la banca y la empresa imperialista constituyen los soportes económicos de un régimen capitalista incipiente, atrasado y débil, a cuyo frente perpetúa una burguesía colonial

gracias a la penetración imperialista. Las grandes masas de la clase trabajadora y oprimida: obreros, campesinos y clases medias. Por ser la realidad económica y social de estos países subdesarrollados distinta a la de las naciones altamente industrializadas, asimismo es diverso el papel de sus clases sociales. El proletariado reducido; el campesinado es numeroso y pasivo; las clases medias numerosas y explotadas, como los obreros y campesinos, por la plutocracia agraria y el imperialismo. El PS se constituyó, precisamente, en base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, o sea, del proletariado y las clases medias, o pequeña burguesía, para luchar contra el enemigo común: el latifundio y la empresa imperialista. Su victoria pondría término a la falseada "democracia" imperante, gobierno al servicio de una reducida oligarquía plutocrática, y su reemplazo por un gobierno de trabajadores, con una auténtica democracia económica y política, en donde se haya destruido el latifundio y la banca privada y nacionalizado el subsuelo minero, recuperando para el Estado la posesión de la tierra, de las minas, del crédito, de los medios de transportes y de comunicaciones, transformando su propiedad individual, particular, en propiedad colectiva de todos los chilenos.

El PS se dio una organización concebida sobre la base de una fuerte disciplina emanada en forma consciente, y voluntaria, del conocimiento claro de los derechos y deberes de los trabajadores en la sociedad y de su responsabilidad en la conquista y construcción de la nueva vida socialista. Repudió los métodos de los partidos históricos, tradicionales, en especial la asamblea, por ser un organismo irresponsable, indisciplinado, escuela de charlatanes oportunistas, de caudillos arribistas e intrigantes, sin interés efectivo por los problemas de la colectividad y los intereses del país, y cuya principal arma era la demagogia, para desorientar y engañar a las masas. El PS, se estructuró en núcleos, es decir; grupos reducidos de miembros en reuniones regulares, para estudiar, opinar y acordar las tareas concretas de acción. No toman resoluciones de carácter político, pues ellas las acuerdan las directivas elegidas democráticamente por las bases. El sistema de núcleos tendía a conseguir la participación efectiva de todos los militantes del partido en su vida, en su conducta y en su actividad, en su dirección, aunque la responsabilidad de su comando radicara solo en las autoridades expresamente designadas. Se trataba de contar con militantes conscientemente disciplinados, llenos de constantes iniciativas, y con directivas responsables y eficaces. Su democracia interna suponía la actividad creadora de todos sus militantes y su derecho a elevar sus sugerencias a los organismos superiores; a elegir sus directivas como expresión genuina de la línea política partido y del sentir mayoritario de las bases. Por lo demás, sus dirigentes se habían formado en la base, en la convivencia diaria de sus actividades y en la lucha de las masas; su exaltación se producía por representar en forma más inteligente, abnegada y valerosa, las aspiraciones de los afiliados. Una vez designadas las directivas, las bases le debían respeto y acatamiento a sus órdenes y consignas; y ellas, a su turno debían guardar lealtad al sentir de los militantes, a la línea del partido, a los intereses del pueblo. El partido gozaba, entonces, de una amplia democracia interna, y en su acción externa se movía con una férrea disciplina. No se permitían grupos fraccionales por ser contrarios a su organización democrática y a su acción disciplinada.

El núcleo funcionó con éxito durante los años de represión cuando gran parte de la actividad del partido debía ser clandestina. Más tarde, al cambiar las condiciones, se abrió paso la práctica de los "ampliados", muy semejantes a la "asamblea" tradicional, por otra parte, un grupo de dirigentes, muy inclinados hacia la concepción leninista de la estructura de un partido obrero, pretendían transformar al PS en una organización de revolucionarios profesionales, tal como lo planteaba el genial caudillo ruso en su libro "Qué Hacer". En un párrafo escribía: "Pero de ello se debe sacar la conclusión de que se necesita un comité de revolucionarios profesionales, ajeno al hecho de que sea un estudiante o un obrero el que se

convierte en revolucionario profesional. .. Y yo afirmo: 1°, que ningún movimiento revolucionario puede tener duración sin una organización estable de dirigentes que mantengan la continuidad; 2°, que, cuanto más amplia es la masa que se adhiere espontáneamente a la lucha, que constituye la base del movimiento y participa en él, tanto más urgente es la necesidad de una organización semejante, y tanto más sólida debe ser esta organización ya que será tanto más fácil a los demagogos de todo pelaje el arrastrar a las capas atrasadas de la masa; 3°, que una organización así debe componerse principalmente de hombres que se dedican por profesión a la actividad revolucionaria..."

La idea expuesta no cuajó en el PS, y, tal vez, es una de las diferencias fuertes con la organización del Partido Comunista. Por otra parte, dado el ambiente cada vez más socialdemocrático en Chile, tomaron incremento el ampliado, la lucha electoral y la constitución de una capa de políticos profesionales (en vez de revolucionarlos profesionales).

La política del PS descansó en una absoluta lealtad a las aspiraciones e intereses de las masas trabajadoras; defensa obstinada de sus reivindicaciones, lucha responsable e inquebrantable por su victoria; rechazo de toda componenda o maniobra a sus espaldas. Combatió el reformismo chato, utilizado como narcótico para adormecer a las masas y desviarlas con falaces conquistas, alejándolas de la acción revolucionaria; desenmascaró el infantilismo para lanzar a las masas a aventuras descabelladas, generadoras del derrotismo y de la pérdida de confianza en sí mismas, para sumirlas en la apatía y el fatalismo; denunció el oportunismo corruptor por malear a las masas y transformarlas en juguete de determinados apetitos de círculo o de caudillos personalistas y por facilitar la prédica de ambiciosos y audaces. Política de masas sostenida en el agrupamiento creciente de sus mejores elementos en las filas del PS, en el perfeccionamiento de su organización, en la capacitación doctrinaria de sus dirigentes y la extensión de los sindicatos. Permanente tarea para conseguir y afirmar la unidad de las clases trabajadoras en el campo político y en el plano sindical.

Desde sus comienzos, el PS planteo una posición sindical marxista, es decir en exclusivo provecho de los trabajadores. Los sindicatos no podían servir las finalidades particulares de un partido determinado, según Marx, "los sindicatos no deben estar vinculados a una asociación política o puestos bajo su dependencia si quieren cumplir su misión; hacerlo equivaldría a darles un golpe mortal". Hizo suya esa nítida orientación en favor de la clase y resistió la posición comunista de la época. El PC había transformado a los sindicatos en sus agencias, debilitando su organización y desvirtuando sus finalidades. La FOCH, gloriosa central sindical, se había desintegrado por el errado manejo de los comunistas y en general, todo el movimiento sindical experimentaba los trastornos de una política sectaria e infecunda. El PS impulsó la sindicalización de todos los trabajadores sin diferencias doctrinarias, lanzó la consigna "nada contra los sindicatos" para neutralizar las caracterizaciones de "amarillos", "apatronados" "reformistas", causantes de la estagnación, de la desmoralización del proceso sindical nacional. Llevar al seno de los sindicatos la lucha política doctrinaría partidista es destruir la única organización de la clase de los trabajadores, en donde actúan con más desenvoltura; en ellos se reúnen elementos de diversas ideologías miembros de los distintos partidos obreros o, sencillamente, apolíticos, con el propósito de abordar sus problemas de clase, defenderse de la explotación capitalista, estudiar la manera de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo y obtener reformas inmediatas. Sin duda, todo partido de masas, con conciencia de su responsabilidad histórica en el desarrollo del movimiento obrero, está obligado a mantener estrechas relaciones con los sindicatos y a ejercer algunas funciones específicas en su seno; y el partido de masas puede ser el conductor de la acción sindical por intermedio de sus militantes y, a la vez, miembros de los sindicatos.

El Partido Socialista, siendo profundamente nacionalista, reconocía al mismo tiempo la necesidad de coordinar más allá de los límites patrios la acción de los trabajadores en contra de las burguesías criollas y del imperialismo. Repudiaba por igual a la Segunda Internacional, conciliadora y reformista; y a la III Internacional por su sectarismo exclusivista y su dependencia del PC ruso. A ambas las acusaba de graves errores y de encontrarse divorciadas de nuestra realidad nacional y americana. Proclamaba como ineludible la coordinación continental de los trabajadores en contra de sus enemigos comunes y propiciaba la unidad de todos los trabajadores de América Latina en contra de las burguesías nativas y del imperialismo. Su aspiración era llegar a constituir una Confederación de Repúblicas Socialistas del Continente.

En resumen, el PS dio un carácter revolucionario y socialista, nacional y americanista, a su organización, a su política y a toda su existencia. Únicamente la acción organizada de las masas por medio de un partido disciplinado, con cuadros combativos, conscientes de su misión histórica y social, podría cumplir el anhelo de crear una sociedad socialista, impidiendo cualquier descomposición democrático-burguesa o el aprovechamiento personalista de las masas. Por eso, tanto en su organización interna como en su acción política, afirmó e inculcó esa noción de disciplina social y de responsabilidad cívica a las masas chilenas, poniéndolas a cubierto de la corrupción caudillista y de la pequeñez oportunista. Combatió implacablemente la demagogia, (Lenin escribió: “los demagogos son los peores enemigos de la clase obrera”), el reformismo sin destino y el infantilismo irresponsable.

Tanto en el campo político como en el plano sindical clarificó posiciones y lanzó consignas realistas para poner término al divisionismo introducido por el sectarismo de la III Internacional y para sacudir la apatía conformista de vastos sectores populares. Reaccionó fuertemente contra ese infantilismo revolucionario sin ninguna resonancia en las masas y contra las rencillas estériles de estalinistas y trotskistas, ajenas a las inquietudes de la clase obrera chilena. En cambio no desmayó en su prédica y en su trabajo tenaces para conseguir la agrupación de todos los explotados en un gran partido de clase, como creía serlo el Partido Socialista, y para extender la organización sindical de los trabajadores. Atacó con decisión al reaccionario gobierno de Alessandri-Ross desenmascarando su política antipopular y proimperialista, en la tribuna parlamentaria, en el sitio de trabajo, en la concentración democrática, en la prensa independiente; y luchó en la calle contra los criminales agresores nacistas hasta vencerlos y reducirlos a sus “cuarteles”. Y por último, el PS, contribuyó largamente a la victoria popular en las elecciones presidenciales de octubre de 1928, punto inicial de una nueva etapa en la trayectoria de la lucha social en Chile.

Carlos Marx y Federico Engels (del idealismo al materialismo histórico) de Auguste Cornu

Editoriales Platina y Stilcograf Buenos Aires, 1965

ARAUCO N°86 marzo 1967

El centenario de la aparición del primer volumen de “El Capital”, (su prólogo está fechado a 25 de julio de 1867), la obra cumbre de Carlos Marx, provocará una avalancha de estudios y de merecidos homenajes. Muchos militantes del movimiento revolucionario y socialista, y, también, lectores inteligentes se aproximarán con interés a las vidas y doctrinas de Marx y Engels. Varios estudios biográficos, de gran calidad documental y literaria, pueden dar cumplida satisfacción a quienes buscan una información amplia, escogida y seria sobre esos personajes, sus ideas y sus luchas. En primer término, las magistrales

biografías de Franz Mehring: “Karl Marx”, y de Gustav Mayer: “Friedrich Engels”, aparecidas en alemán, en 1920, y traducidas al castellano en diversas versiones, (por ejemplo, circulan la de Editorial Claridad, de Buenos Aires, sobre la obra de Mehring, de 1943; y la de la editorial Intermundo, de Buenos Aires, sobre la de Mayer, en 1946). En seguida, los especializados estudios de Riazanov, de O. Manchen-Helfen y B. Nicolaievski, de Maximilien Rubel, y Roger Garaudy, sobre Marx.

También es muy calificado el ensayo biográfico de Isaac Berlín: "Karl Marx. Su vida y su contorno”, impreso por editorial Sur, de Buenos Aires, en 1964.

Hace más de treinta años se publicó en Ciudad de México, la Obra “Carlos Marx. El hombre y la obra”, de Auguste Cornu, con una entusiasta acogida por la erudición y finura de su estudio. Ahora ha aparecido una nueva versión ampliada de aquella magnífica tesis de doctorado, incluyendo además el análisis de la personalidad de Engels, en un volumen de 700 páginas. La edición nueva es argentina y reúne en el grueso tomo las tres partes del prolijo y exhaustivo trabajo: I. Los años de infancia y de juventud. La Izquierda Hegeliana. 1818/20-1844. II. Del liberalismo democrático al comunismo. La Gaceta Renana. Los Anales Franco-Alemanes. 1842-1844. III. Marx en París. (Estuvo en esa ciudad desde octubre de 1843 hasta febrero de 1845).

El imponente estudio de Cornu ha sido realizado con gran minuciosidad científica y formidable erudición, abarcando las dos inseparables personalidades, y es el comienzo de una inmensa tarea, pues, como explica el autor, “pienso que este libro, primer tomo de una biografía general de Carlos Marx y Federico Engels, que estudia la vida y la obra de ambos durante su período liberal y democrático, habrá de resultar útil a quienes se interesan en el marxismo”. Por la trascendencia de este estudio hemos efectuado un amplio resumen de sus principales conclusiones utilizando los mismos términos de su autor.

A. Cornu inicia su libro con un cuadro admirable de la época de la infancia y formación de Marx y Engels, ambos de la región de Renania, (Marx nació en 1818, en Tréveris, en la parte agraria; y Engels, en 1820, en Barmen, en la zona industrial). En aquellos años, período de la “Restauración” a consecuencia de la caída del imperio napoleónico, dominaba el absolutismo político pero, a la vez, se desató un importante desarrollo económico y social favorecido por la creación del Zollverein, en 1834. La revolución francesa seguía dominando los espíritus porque había abolido, en Francia, la monarquía absoluta y destruido la sociedad feudal para reemplazarla por la burguesía, y aunque vencida su influencia perduraba y acentuaba en toda Europa el antagonismo entre la burguesía en ascenso y el régimen absolutista y feudal.

Marx y Engels pertenecían a la burguesía. Marx descendía de familias de rabinos; su abuelo paterno, Marx-Levy, abrevió su nombre en el de Marx y fue hasta su fallecimiento rabino en Tréveris. Su hijo menor, Hirschel, se hizo abogado y se casó con Henriette Presborck (Presburg), descendiente de una antigua familia de rabinos holandeses. Hirschel era un hombre muy culto, de tendencias liberales en lo filosófico y en lo político, imbuido del racionalismo del siglo XVIII y admirador de Voltaire, Rousseau y Lessing, se convirtió al protestantismo, en ese entonces saturado de racionalismo, como resultado de una verdadera emancipación intelectual y, además, para continuar el ejercicio de su profesión de abogado y sustraer a su familia de las vejaciones infringidas a los judíos (el antisemitismo recrudeció con el triunfo de la reacción). Tuvo una poderosa influencia sobre la primera formación y el desarrollo intelectual de su hijo Carlos; en cambio, su madre no ejerció ninguna gravitación sobre él. Así su infancia

y adolescencia se desenvolvieron felices, en un medio culto y tranquilo, en el seno de una familia acomodada y laboriosa. Estudió en el liceo de Tréveris y se graduó de bachiller a los 17 años. Demostró una inteligencia despierta y constituyó la alegría y el orgullo de sus padres, por lo cual se transformó en el hijo preferido, (eran 9 hermanos, cuatro varones y cinco niñas, pero varios murieron a temprana edad). Mientras estudiaba recibió también la beneficiosa influencia del barón von Westphalen, cuyos hijos alternaban con Marx, y, precisamente, su hija Jenny llegaría a ser su esposa. El barón se sintió atraído por la vivacidad de espíritu de Carlos Marx y como era muy culto (hablaba el inglés, el latín y el griego), penetró profundamente en el espíritu del joven despertándole el entusiasmo por Homero y Shakespeare y los románticos. Se transformaron en sus autores predilectos. Asimismo le dio a conocer las obras de Saint-Simon y le despertó el interés por su personalidad y por los problemas sociales.

Al terminar sus estudios secundarios se matriculó en la Universidad de Bonn, en la cual permaneció un año, (octubre de 1835-octubre de 1836); y, en seguida, pasó a la de Berlín para continuar sus estudios jurídicos, aunque pronto los abandonó por los estudios filosóficos. A sus inquietudes racionalistas y románticas agregó su fervor por el sistema hegeliano y participó activamente en el movimiento de los hegelianos de izquierda. Para escapar al absolutismo de la Universidad de Berlín presentó su tesis de doctorado en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Jena, la cual le otorgó el título de doctor, el 15 de abril de 1841.

En el caso de Federico Engels, su familia tenía tendencias reaccionarias y pietistas. Su padre poseía un audaz espíritu de empresa, sólidos conocimientos técnicos y se transformó en un gran industrial, con fábricas en Barmen y en Manchester, Inglaterra. Su madre poseía una inteligencia despierta, ánimo alegre y gustaba reír y gozar de la vida. De ella heredó su alegría de vivir y su sentido del humor. Engels estudió en el liceo de Eberfeld y de ahí lo retiraron un año antes de recibirse de bachiller, a pesar de sus anhelos de seguir derecho, con el propósito de prepararlo en el manejo de los negocios industriales. Entró a trabajar en una gran casa comercial de Bremen y desde entonces mantuvo contacto con la vida económica. Por su cuenta estudiaba y leía con pasión sobre filosofía, economía e idiomas. Por otra parte amaba los deportes: natación, esgrima y equitación. Pronto, a raíz de sus lecturas y de sus preocupaciones filosóficas se incorporó a la Izquierda Hegeliana.

En resumen, Marx y Engels “nacieron y crecieron en el período contrarrevolucionario de la Santa Alianza, en la provincia económica y socialmente más desarrollada de Prusia, la Renania, en la cual la influencia francesa había sido más profunda y más viva la lucha entre el movimiento liberal y democrático y las fuerzas Reaccionarias. Ambos participaron, desde los días de su adolescencia, en esta lucha, y por caminos muy diferentes. Educado en el seno de una familia y un medio liberales y esclarecidos, Marx seria inmediatamente llevado, por su educación y su primera formación, a las ideas liberales y democráticas, en tanto que, antes de llegar a ellas, Engels debió librarse de las concepciones pietistas y reaccionarias de su familia y de su medio”.

El pensamiento de Marx y Engels en su primer período de actividad encontró que la doctrina hegeliana respondía a sus aspiraciones, pero la escuela hegeliana se dividió, a fines de la década 1830-1840, en un ala derecha, fiel al Maestro, y un ala izquierda, deseosa de adaptar la doctrina a las aspiraciones liberales y por ello rechazó el sistema reaccionario que consideraba la religión cristiana y el Estado prusiano como las formas definitivas y perfectas del Espíritu absoluto y sólo conservó la concepción revolucionaria del desarrollo dialéctico del mundo. Marx y Engels participaron con entusiasmo en la Izquierda Hegeliana,

constituida y fortalecida en el curso de la lucha suscitada en torno a la obra “Vida de Jesús”, de David Strauss; de los “Anales de Halle”, fundados por A. Ruge; y, en seguida, de las posiciones de Bruno Bauer.

Strauss negaba la identidad establecida por Hegel entre la religión cristiana y la filosofía, y reducía la religión, en su aspecto histórico, a los mitos creados por el pueblo judío; y, al mismo tiempo, destruía el paralelismo establecido por Hegel entre el desarrollo de la idea absoluta y el de la Historia, pues la marcha de ésta no podía reducirse a un desarrollo de conceptos. Bruno Bauer al cambiar la filosofía hegeliana en una filosofía de la acción estimaba que ésta debía ser realizada por la crítica. Extraía su nueva concepción de la filosofía de la acción de una crítica de los Evangelios, en los cuales no veía mitos reveladores de las esperanzas del pueblo judío, como Strauss, sino la expresión de las aspiraciones de una comunidad nueva, la comunidad cristiana. Transformaba el Espíritu absoluto de Hegel en Conciencia universal, y la convertía en el elemento creador y regulador del mundo. La Conciencia universal se desenvolvía mediante una constante oposición a la realidad concreta, a la Sustancia, bajo la forma de crítica, cuyo objeto es eliminar del mundo los elementos irracionales obstaculizadores del avance de la Conciencia universal. De acuerdo con esta oposición de la Conciencia y la Sustancia, Bauer separaba el desarrollo del Espíritu del desarrollo del Mundo y convertía la Conciencia universal, incesantemente opuesta al Mundo, y no al Espíritu objetivo, en el elemento determinante de la marcha de la Historia. La filosofía crítica de B. Bauer fue adoptada por los jóvenes hegelianos, quienes en su aislamiento político sobreestimaban el poder del Espíritu y creían que el mundo podía ser transformado por la sola acción de la crítica.

Marx al participar en el combate de los Jóvenes Hegelianos adoptó una posición distinta, porque él no era simplemente liberal, sino demócrata, y desde el comienzo procuró defender los intereses del pueblo en general y no los de la burguesía específicamente. Su aspiración era la de criticar el estado político y social de su época y, al mismo tiempo, la de transformarlo efectivamente. No se quedaba en la crítica abstracta de la mayoría de los Jóvenes Hegelianos. En sus primeras obras ya se advertía el intento de dar una solución mediante la unión de la filosofía crítica y la acción práctica. Así se aprecia en su tesis de doctorado sobre “La diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la Epicuro”. En ella formuló una nueva concepción del mundo que superaba la metafísica hegeliana y la filosofía crítica, a las cuales reemplazó por la noción de las relaciones dialécticas entre el espíritu y el mundo, concebidos ambos como elementos antitéticos, con su realidad y carácter propios, alejándose del dogmatismo y del utopismo, y orientándose hacia la actividad política a la cual se consagraría desde entonces.

En esa misma época, Engels seguía su propia evolución hasta llegar también a un radicalismo democrático y social. Rechazó el carácter inhumano del pietismo y la rígida ortodoxia protestante y después de sufrir la influencia del supra-naturalismo de Schleiermacher, la lectura de la “Vida de Jesús”, de Strauss, lo apartó de aquella doctrina y lo orientó, primero, hacia el panteísmo y, en seguida hacia el ateísmo y, a la vez, se convirtió al hegelianismo. Liberado de toda creencia religiosa, y superando el liberalismo político, se inclinó por gravitación de Borne, del movimiento de la Joven Alemania y campeón de las ideas progresistas, hacia un democratísmo radical, dándole carácter social por efecto del sentimiento de rebelión que le inspiran la explotación y la opresión de la clase obrera. Se enfrascó en el estudio del hegelianismo, ofreciéndole una nueva concepción del mundo y la interpretó como los Jóvenes Hegelianos en un sentido progresista. Fue uno de sus voceros y se destacó en el ataque a Schelling, denunciando con vigor las tendencias reaccionarias de aquel filósofo, cuyas críticas a Hegel carecían de solidez y, en cambio, su pretendida filosofía de la revelación conducía a un misticismo confuso.

Marx se puso a la cabeza del movimiento de la Izquierda Hegeliana junto con Bruno Bauer, Feuerbach y Ruge. Se apartó poco a poco de Bauer y se acercó a Ruge y Feuerbach quienes lo llevaron a participar más directamente en el combate político y a orientarse hacia una concepción más realista del mundo: Ruge con sus ataques contra la política reaccionaria del Estado prusiano; Feuerbach con su nueva concepción del mundo, extraída de su crítica al cristianismo. En su obra "La esencia del cristianismo", (1841), manifiesta que en la religión se produce una inversión de las relaciones entre el sujeto y el atributo, de modo que el hombre, creador de Dios, se convierte, por la exteriorización y la alienación de él de las cualidades eminentes de la especie humana, en creación de Dios. En otras obras, por medio de una crítica análoga de la filosofía idealista, demostraba que ésta convierte al hombre en el producto de la idea, que desempeña en el plano del idealismo el mismo papel que Dios en el plano religioso y transforma al hombre en un ser abstracto, irreal, separado de su medio, de su elemento vivificante, la naturaleza. A través de su crítica de la religión y del idealismo, Feuerbach llegaba a un materialismo para el cual el elemento esencial del Mundo no era ya la Idea o la Conciencia, sino el Ser concebido bajo la forma de hombre concreto en sus relaciones con la naturaleza y los otros hombres, Feuerbach expuso una concepción materialista del mundo, pero su materialismo poseía un carácter no histórico, era todavía semi-metafísico, porque tenía en cuenta las relaciones naturales y descuidaba las relaciones sociales; veía el verdadero ambiente humano, no en la sociedad, sino en la naturaleza. Y al mismo tiempo que el idealismo especulativo de Hegel, rechazaba su concepción histórica y dialéctica del mundo y por ello su humanismo se reducía a una utopía idealista y sentimental. La especie se convertía, como el Espíritu del mundo de Hegel, en una suerte de entidad, de Ser absoluto, y el amor en el principio fundamental que debía regular todas las relaciones sociales.

Bajo la influencia de Feuerbach, Marx se apartó más del idealismo especulativo, que tendía a reducir el desarrollo del mundo al desarrollo de los conceptos. Y, por otro lado, se acentuó su radicalismo con la obra de Moses Hess, quien en oposición a los Jóvenes Hegelianos liberales, subrayaba que el problema capital no era de orden político sino social, y era la consecuencia, no de la privación de los derechos políticos, sino de la explotación del pueblo por una nueva aristocracia; la aristocracia del dinero. Su libro "Triarquía europea" llamó la atención sobre la importancia del problema social y facilitó la orientación de una parte de los Jóvenes Hegelianos hacia el radicalismo social, entre ellos a Marx y Engels.

Marx, movido por el deseo de actuar en la lucha política, escribió para los "Anales Alemanes" su primer gran artículo político, sobre las instrucciones de la censura, afirmando, junto con su radicalismo político, su maestría de polemista. A continuación pasó a colaborar en la "Gaceta Renana", diario de oposición liberal, publicado en Colonia, y llegó a ser su director. Aquí hizo su aprendizaje político y comprendió que los problemas políticos y sociales no podían encontrar, desde el punto de vista filosófico, otra cosa que la solución teórica de una simple crítica del estado de cosas existente, y su solución real exigía la lucha política. Al ocuparse no sólo de los problemas políticos, sino también de problemas económicos y sociales (ley sobre el robo de leña, situación de los campesinos del Mosela), comenzó a ver que el problema esencial no era el político, sino el social, cuya solución obligaba no tanto a la transformación del Estado, como de la sociedad.

Clausurada la "Gaceta Renana", Marx pasó mediante una crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, del democratísmo político a un democratísmo social que lo llevaría al comunismo. En aquella crítica partía de la inversión de la filosofía idealista, realizada por Feuerbach, separándose de éste en cuanto consideraba al hombre ante todo como un ser social, y debido a ello colocaba en el primer plano, no las relaciones naturales sino las relaciones sociales entre los hombres. No rechazaba, como Feuerbach, al

mismo tiempo que el idealismo de Hegel su concepción del desarrollo histórico y dialéctico del mundo, sino darle un fundamento, ya no idealista, sino materialista. Además del principio materialista de Feuerbach, conservó su concepción de la alienación como problema fundamental; pero en lugar de limitar ese problema al dominio religioso, lo consideraba bajo su aspecto social. A su juicio, la alienación de la esencia humana estaba determinada, no tanto por concepciones religiosas cuanto por la organización social del momento, y su abolición exigía, al mismo tiempo que la supresión de la religión, una transformación radical de la sociedad. De ahí su rechazo del humanismo sentimental y utópico de Feuerbach.

En su artículo "Crítica de la filosofía del derecho de Hegel", mostraba que en la realidad no era el Estado, sino la sociedad la que desempeñaba el papel determinante, y que la filosofía hegeliana del derecho constituía una mistificación de la realidad jurídica, política y social. En el análisis detallado del sistema subrayaba que Hegel utilizaba esa mistificación para otorgar un valor absoluto al Estado considerado en sí, y justificar, a través de él, el absolutismo prusiano, haciendo de la monarquía prusiana la encarnación de ese Estado. El análisis del carácter del Estado prusiano le hacía ver que su papel esencial era defender la propiedad privada, cuya forma acabada era el mayorazgo, y ella constituía el elemento determinante de la organización política y social. Extendiendo su análisis del papel de la propiedad privada al estudio de la sociedad y del Estado burgués, mostraba que ambos estaban determinados por aquélla. Para suprimir esta oposición entre la sociedad burguesa y el Estado político, y con ella la alienación de la esencia humana en esa forma de Estado, es preciso abolir ambos y reemplazarlos por un Estado democrático, que, al reunir en sí la vida política y la vida social, no será ya un universal abstracto, sino un universal concreto, donde el hombre vivirá, en forma no ya ilusoria, sino efectiva, una vida colectiva, conforme a su verdadera naturaleza.

Con esta concepción, Marx no llegaba aún al comunismo, sino a un democratísmo radical basado en la crítica de la propiedad privada y de sus efectos políticos y sociales, y sus reformas propuestas no superaban el marco del democratísmo burgués. Su paso del democratísmo social al comunismo lo franqueó en sus artículos en los "Anales franco-alemanes", publicados a fines de febrero de 1844, en París. Ellos fueron: "El problema judío" e "Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel", ambos escritos en el curso del año de 1843, y ahí se despojaba de los últimos vestigios de la ideología "joven hegeliana", y daba un paso decisivo por la senda del materialismo histórico y del comunismo científico. Planteaba la necesidad de suprimir la propiedad privada para transformar la sociedad, y dicha supresión sólo podía ser obra de una revolución proletaria. Debido, precisamente, al papel preponderante atribuido a la lucha de clases y a la revolución social en el desarrollo de la historia, el segundo artículo señalaba una etapa importante en la elaboración del materialismo histórico.

En esta época, dos artículos notables, uno de Hess: "Sobre la esencia del dinero"; otro de Engels: "Esbozo de una crítica de la Economía Política", dieron a las ideas de Marx el fundamento económico aún ausente en su pensamiento, y le permitieron llegar a su nueva concepción del mundo. Según Hess, la alienación religiosa, analizada por Feuerbach, era el reflejo ideológico de la alienación real producida en la sociedad burguesa, en la cual los obreros excluidos de la propiedad, los proletarios, exteriorizan y alienan su verdadero ser, su actividad, su trabajo, en mercancías que no les pertenecen y que, al adoptar la forma de dinero, de capital, se convierten, como Dios, en una fuerza ajena a ellos, que los avasalla. El dinero es el Dios verdadero de la sociedad burguesa, el Dios en quien los hombres adoran su esencia alienada. Y esta alienación sólo podía ser abolida por la destrucción de la propiedad privada y de la sociedad burguesa, y por el reemplazo de ésta por una sociedad comunista, en la cual, mediante la

supresión del egoísmo, el amor se convertiría en la ley fundamental de los hombres y regularía las relaciones sociales.

Mayor influencia tuvo en sus opiniones el artículo de Engels, “Esbozo de una crítica de la economía política”. En él establecía que las categorías esenciales del sistema capitalista: comercio, valor, precio, costo de producción, no tenían —como lo pretendían los economistas liberales— un valor absoluto; estaban determinados por la competencia, categoría fundamental de la economía burguesa. Y el efecto de la competencia era desencadenar una guerra despiadada entre los hombres, y conducía a un monopolio peor que el mercantilismo. Su resultado era, igualmente, provocar crisis cada vez más profundas, al concentrar las riquezas en las manos de una ínfima minoría, por la eliminación de las clases medias, y al agravar la lucha de clase entre la burguesía y el proletariado, llevarían a una revolución social, y a través de ella, al comunismo.

Este ensayo selló la amistad inalterable entre Marx y Engels, y dio comienzo a su labor conjunta en la formulación y desarrollo de su nueva concepción de la sociedad: Marx la inició con los “Manuscritos económico-filosóficos”, escritos en París, durante el verano de 1844. Ampliando la crítica de la economía política iniciada por Engels a la luz de la noción nueva de la alienación planteada por Hess, Marx terminaría, a través de la inversión de la filosofía idealista, en la concepción de ser la economía política la clave de todos los problemas filosóficos, políticos y sociales.

Marx y Engels llegaron por vías diferentes al comunismo, y al comprobar la profunda identidad de sus opiniones, “juntos se dedicaron a desarrollar la doctrina del materialismo histórico y dialéctico, y del socialismo científico, convirtiéndose, al participar cada vez más activamente en las luchas de la clase obrera, en los guías esclarecidos del proletariado”.

La permanencia de Marx en París, de fines de 1843 a comienzos de 1845, constituye una etapa decisiva en el desenvolvimiento de su pensamiento y de su acción; y es tan fecunda en su obra como lo fue para Engels su estada en Inglaterra. En sus artículos de los “Anales franco-alemanes”, (“El problema judío” e “Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel”) expuso que la emancipación humana exigía la supresión radical del régimen de propiedad privada, y esa eliminación sólo podría ser obra del proletariado revolucionario. Luego, la lectura del ensayo de Engels: “Esbozo de una crítica de la economía política”, al mostrar cómo la revolución comunista resultaba necesariamente del desarrollo del sistema capitalista que engendra, con el proletariado, su propia negación, lo llevó a buscar en la sociedad burguesa las razones de su abolición.

En París, capital de un país económica y socialmente más desarrollado que Alemania, y con una larga tradición revolucionaria, Marx se dedicó al estudio de la revolución francesa, y a través; de él afirmó su concepción del proceso histórico basado en la noción del papel determinante de las luchas de clase y la amplió con el estudio de los grandes historiadores franceses, quienes habían subrayado ese rol en sus análisis de la formación y avance de la burguesía. Por otra parte, verificó un estudio profundo de los fundamentos del régimen capitalista, permitiéndole comprender el mecanismo de deshumanización engendrado por éste, y también las causas de su abolición necesaria y de su reemplazo por un régimen comunista.

El estudio de la revolución francesa y de la economía política, le facilita los elementos para la elaboración de una nueva concepción materialista y dialéctica del mundo, capaz de servir de base a la acción revolucionaria del proletariado. Supera el materialismo, del siglo XVIII, ideología de la burguesía en

ascenso, y formula su teoría materialista, dialéctica e histórica del mundo, con un análisis crítico de la economía política burguesa y del sistema capitalista, de donde extrae la noción de "praxis", y con una crítica de la filosofía y de la dialéctica idealistas de Hegel, realizada apoyándose en esa acción. En su análisis de la economía política y del sistema capitalista parte de los principios de Hegel y de Feuerbach. Conserva de Hegel la concepción del desarrollo dialéctico de la Historia determinado por leyes objetivas, y la noción de que su contenido esencial está constituido por el proceso de auto creación del hombre considerado en sus relaciones con la naturaleza. Pero, contrariamente a Hegel, quien suprimía toda alienación con la espiritualización del hombre y de la naturaleza, Marx piensa como Feuerbach, que la alienación constituye el rasgo característico de la situación del hombre en la sociedad burguesa, y su abolición es condición necesaria de la emancipación humana; pero a diferencia de Feuerbach, considera la alienación, no en su forma religiosa, sino en la económico-social de trabajo alienado, engendrado por el régimen de propiedad privada, forma fundamental de alienación de los hombres, en particular de los proletarios. Debido al trabajo alienado, el obrero separado de su trabajo —que en lugar de ser la expresión de su personalidad se convierte en la negación de ella, y del producto de su trabajo, que no le pertenece— se debilita y envilece en la misma medida en que produce. Esa alienación pesa no sólo sobre los trabajadores, sino sobre todos los hombres en el régimen capitalista, y les impide crearse en forma humana, mediante la humanización de la naturaleza. Por ello mismo los vuelve extraños a su ser, al mismo tiempo que los opone entre sí con la competencia, lo cual provoca la división de la sociedad en dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado. El sistema capitalista crea él mismo, con el desarrollo del proletariado, las condiciones de la rehumanización de los hombres mediante la supresión de todas las alienaciones. Para Marx, esa rehumanización no es un postulado moral, sino el resultado necesario de la acentuación de la lucha entre la burguesía y el proletariado, que lleva a la revolución comunista.

El análisis del trabajo alienado indica a Marx el papel esencial del trabajo, de la actividad concreta, práctica del hombre, de la "praxis", en el desarrollo de la sociedad humana y de la historia, y lo mueve a reemplazar en forma progresiva, como concepto central, la noción de la alienación —que le había permitido hacer una crítica profunda de la economía capitalista— por el concepto de "praxis", que se prestaba mejor que esa noción para la elaboración del materialismo dialéctico e histórico como ideología del proletariado revolucionario. Marx extrae de la noción de "praxis" los principios fundamentales del materialismo dialéctico e histórico, concibiendo el proceso de auto creación del hombre como resultado del desarrollo de la producción, que determina la transformación correlativa del hombre y de la naturaleza.

Según Cornu, las deficiencias de los "Manuscritos económico-filosóficos" se deben a que sólo constituyen una etapa inicial de la elaboración del pensamiento fundamental de Marx, que no se había desprendido aún por completo de las ideas feuerbachianas. El desarrollo de su pensamiento se caracteriza por la eliminación radical de la concepción antropológica de Feuerbach, y por la ubicación en un segundo plano del concepto de alienación. Cornu afirma: "Ello muestra cuan poco fundadas son las tentativas incesantemente reiteradas de los pensadores burgueses que plantean como noción central y fundamental del marxismo, no la noción de "praxis", sino la de alienación, a fin de rechazar el elemento revolucionario del pensamiento marxista y reducirlo a una utopía moralizadora, a un "humanismo" cuyo objetivo sería la realización del hombre "verdadero", socialmente indiferenciado".

Junto con definir sus concepciones, Marx polemizará y ajustará cuentas con los demás pensadores de su época, algunos de ellos compañeros suyos en sus primeros años de lucha: con los demócratas burgueses

por el estilo de Ruge, contra el humanismo de Feuerbach, el comunismo anarquizante de Bakunin, el socialismo pequeñoburgués de Proudhon, el "verdadero" socialismo de Hess y el comunismo utópico de Weitling. En la obra de Marx-Engels, "La Sagrada Familia" (redactada en su casi totalidad por Marx), enfrenta a sus antiguos amigos de Berlín, quienes en su diario "Gaceta General Literaria" aplicaban los principios de la "crítica-crítica", una caricatura del idealismo hegeliano, al análisis de los problemas filosóficos, sociales y políticos. Los juicios de la "crítica-crítica" sobre la revolución francesa, el materialismo, el socialismo, Proudhon, el problema judío, y "Los misterios de París", de Eugenio Sue, dieron a Marx la oportunidad de analizar esos problemas desde el punto de vista del materialismo histórico. Los progresos ideológicos de Marx en "La Sagrada Familia", se distinguen por la escasa importancia de las concepciones feuerbachianas, y por la eliminación casi total de la noción de alienación en favor de la "praxis", sobre la cual se basa para explicar los problemas sociales, políticos e ideológicos. A partir de dicha concepción establece los principios generales del materialismo dialéctico e histórico, como fundamento a una concepción nueva del comunismo.

Al buscar cuáles son las relaciones establecidas, en el curso de la historia, entre el hombre, considerado como ser social, y la naturaleza, parte de la idea feuerbachiana de que existe un mundo material independiente del Espíritu; de que no existe un Espíritu absoluto independiente de la materia, y de que el hombre y la naturaleza deben ser considerados en su realidad concreta. Pero cree, a diferencia de Feuerbach, que las relaciones entre el hombre y la naturaleza se plantean, no en el plano de la contemplación, sino en el de la acción, y el hombre y la naturaleza deben ser concebidos en el marco del desarrollo histórico que determina tanto la existencia como la conciencia del hombre. Al referirse, en su concepción de la auto creación del hombre, a la idea hegeliana de la unidad del sujeto y del objeto, concebida como unión orgánica del hombre y de la naturaleza que se realiza en el curso de la historia, Marx considera que la relación fundamental entre el hombre y la naturaleza está constituida por la reproducción que el primero hace de la segunda, a la cual humaniza y que se vuelve progresivamente más importante que la acción ejercida primitivamente por la naturaleza sobre el hombre. La transformación de la naturaleza por el hombre, que es la producción de su vida real, de su vida social, constituye el elemento primordial de la existencia humana, por cuanto el desarrollo de la conciencia no es más que el reflejo de la vida social. Al mismo tiempo que establece así los rasgos generales del materialismo dialéctico, Marx plantea correlativamente los del materialismo histórico; considera las relaciones entre el hombre y la naturaleza como relaciones sociales, e incluye el materialismo histórico en el materialismo dialéctico. En el proceso de la creación del hombre, el desarrollo de la producción determina el de la sociedad y provoca, bajo el régimen de propiedad privada, la división de aquélla en dos clases antagónicas: la burguesía y el proletariado. Esa lucha de clases constituye el elemento motor de la historia moderna, y su agravación crea las condiciones de una revolución social que reemplazará al régimen capitalista por uno comunista. El desarrollo de la producción determina, al mismo tiempo que el de la sociedad, la ideología de ésta, y de tal manera en una sociedad dividida en clases la ideología tiene necesariamente un carácter de clase y sólo puede explicarse por él. Con esa concepción del materialismo dialéctico e histórico, Marx anula la separación entre la teoría y la práctica, entre la ciencia y la actividad económica y social, y une en una misma doctrina la economía política, la historia y la filosofía. Al hacer así de su doctrina la ciencia total de lo real, negó toda verdad absoluta, metafísica y, por consiguiente, todo dogmatismo y todo utopismo, los cuales hacen proceder el desarrollo histórico, no de causas inmanentes, sino de principios exteriores a las cosas. Con el materialismo dialéctico e histórico, Marx superaba todas las demás doctrinas filosóficas y sociales; la de Hegel, dialéctico espiritualista, y la de

Feuerbach, materialista no dialéctico; y superaba a los socialistas y comunistas utópicos, en particular a Proudhon, Hess y Weitling.

Después de “La Sagrada Familia”, Marx y Engels se dedicarían a continuar desarrollando la teoría del materialismo histórico; primero Marx, en “Tesis sobre Feuerbach”, y Engels, en “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, y luego en común, en “La Ideología Alemana”.

Lenin de David Shub

ARAUCO N°86 marzo 1967

El cincuentenario de la revolución rusa orienta el interés de los intelectuales, trabajadores y dirigentes políticos hacia el examen de los sucesos y de las personalidades de aquel trascendental proceso histórico. La literatura existente es impresionante en cantidad y en calidad. Respecto de los principales dirigentes revolucionarios, Lenin, Trotsky y Stalin, aparte de la lectura de sus obras es indispensable el manejo de algunas biografías.

Entre los grandes líderes de la revolución, ha sido León Trotsky quien ha dejado las obras más valiosas sobre ese magno suceso y su desarrollo posterior hasta el año de su asesinato, en 1940. Su “Historia de la revolución rusa”; su ensayo autobiográfico, “Mi Vida”, y sus biografías “Lenin” y “Stalin”, son trabajos capitales para el conocimiento directo y subyugante de todo aquel período. En 1935 apareció, en París, la documentada y notable obra de Boris Souvarine: “Staline. Aperçu historique du bolchevisme”; en 1948, en Estados unidos, el magistral estudio de Bertram D. Wolfe: “Tres que hicieron una revolución: Lenin, Trotsky y Stalin” (edición francesa en 1951), y en 1949, la exhaustiva biografía de Isaac Deutscher: “Stalin; a political biography”, y quien ha continuado sus investigaciones con una monumental biografía de Trotsky. Los volúmenes señalados constituyen producciones de extraordinario valor y son de lectura indispensable. En la misma categoría se inscribe la biografía sobre Lenin, de David Shub, escritor ruso, miembro del Partido Bolchevique y actor en los acontecimientos relatados, en base de la cual exponemos algunos datos esenciales sobre la vida y personalidad del más alto caudillo de la revolución rusa y una de las figuras políticas máximas de la historia.

Para muchos, Lenin posee mayor categoría como teórico y autor de numerosos trabajos de inspiración marxista, tanto en la interpretación de la realidad social y política de Rusia como en el campo de la teoría socialista en general, y de su aplicación en el examen de las nuevas modalidades del mundo capitalista. Por ejemplo, dio un aporte decisivo en el enfoque del imperialismo y pasó a ocupar un sitio excepcional entre quienes se han preocupado de su examen original. (En 1902 apareció el primer gran estudio sobre la materia, de John A. Hobson, "Imperialismo”; en 1910, el de Rudolf Hilferding, "El capital financiero. Un estudio de la última fase del desarrollo capitalista”, formidable tratado de un teórico y especialista en asuntos económicos de la socialdemocracia alemana, en 1912, el de Rosa Luxemburgo, “La acumulación del capital”, obra clásica en teoría económica e imperialismo; en 1917, el de Lenin, “El imperialismo, etapa superior del capitalismo”; en seguida, las monografías de Fritz Sternberg: "Des Imperialismus”, en 1926, realizada como discípulo de Rosa Luxemburgo, y “Capitalism and socialism on trial”, en 1951, traducida al castellano en Fondo de Cultura Económica; de G. W. F. Hallgarten, "Imperialismus vor 1914”, en 1951, y las brillantes y originales obras de Paul Sweezy, “Teoría del desarrollo capitalista”, y de Paul Baran, “La economía política del crecimiento”, ambas traducidas y publicadas por Fondo de Cultura Económica. El análisis del conjunto de estas obras, entrega una visión cabal del origen, evolución y aspectos característicos del imperialismo, modalidad típica del capitalismo contemporáneo.)

Vladimir Ilich Ulianov Blank nació en Simbirsk, ciudad del Volga, el 22 de abril de 1870. Su padre, Ilia Ulianov, era un hombre recio, de carácter firme, conservador y devoto miembro de la iglesia ortodoxa rusa. A su madre, María Alejandrovna, hija de un médico, Alejandro Blank, se la educó hasta cierto grado en las tradiciones alemanas. Fueron seis hermanos, tres varones y tres mujeres. Su hermano mayor, Alejandro, fue condenado a muerte y ejecutado a los 21 años de edad como integrante de un grupo terrorista. La infancia y adolescencia de Lenin se desenvolvieron en condiciones idílicas, y en el instituto de Simbirsk obtuvo una medalla de oro por ser el mejor estudiante "en capacidad, progreso y conducta". Estudió en la Universidad de Kazán, de donde se le expulsó por agitación política. A los 18 años inició sus lecturas de Marx. Más tarde se le autorizó para examinarse en la Universidad de San Petersburgo. Rindió brillantes exámenes en 1891, y fue admitido en el Foro. En esa misma época murió Olga, su hermana de juegos. Volvió a Samara para empezar la práctica de su profesión. En abril de 1895 salió al extranjero y se puso en contacto con los líderes marxistas rusos, Axelrod y Plejanov, y con el notable orador socialista, Martov (seudónimo de Julio Tsederbaum). Regresó en septiembre del mismo año y tres meses después se le detuvo en compañía de Martov, permaneciendo catorce meses en la prisión de San Petersburgo. En seguida se le desterró por tres años a Shushenskoe, en Siberia oriental, a donde arribó en mayo de 1897. Al año siguiente llegó al mismo lugar Nadezhda Krupskaya, con quien contrajo matrimonio.

Vladimir I. Ulianov usó su seudónimo Nicolás Lenin, por primera vez, en su obra "Los objetivos de los socialdemócratas rusos", y lo eligió en recuerdo del majestuoso río Lena, de la región donde estuvo desterrado. Mientras vivía en aquella desolada región, en marzo de 1898, se reunió en Minsk el primer congreso de organizaciones socialistas democráticas de Rusia y proclamó el nacimiento del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

A principios de 1900 terminó el destierro de Lenin y en mayo de ese año se encontraron Martov, Potresov y Lenin, en Pskov, y trazaron planes para sacar el periódico "Iskra" (La Chispa), y como consecuencia se trasladó al extranjero, previa prisión de tres meses, a Alemania y Suiza. La primera edición de "Iskra" salió a luz en Leipzig el 21 de diciembre de 1900. En su equipo dirigente se desencadenaron largas y enconadas batallas y, en 1903, se produjo la división del Partido Socialdemócrata Ruso. A los miembros de la mayoría, de Lenin, se les conoció como bolcheviques (de "bolshinstvo": mayoría, en ruso), y al grupo minoritario, de Martov, se le denominó mencheviques (del ruso "menshinstvo": minoría). En las contiendas teóricas y políticas de la socialdemocracia rusa, Lenin se destacó por su espíritu radical, su claridad de planteamientos y la intransigencia en el sostenimiento de sus posiciones. En un momento dado, durante el congreso, Plejanov, el principal teórico marxista ruso, quedó tan impresionado con las razones de Lenin, que dijo a Axelrod: "de esa madera se hacen los Robespierre". En estas apasionadas disputas y divisiones, la principal oposición se produjo entre Lenin y Martov; Plejanov defendió a Lenin, y Trotsky se sumó a Martov. Trotsky describió a Lenin como "un déspota y un terrorista, que quería convertir al Comité Central del partido en un Comité de Salud Pública, para poder desempeñar el papel de un Robespierre" y, en 1904, añadió: "Lenin, cuando habla de dictadura del proletariado, se refiere a una dictadura sobre el proletariado". Los antagonistas de Lenin lo acusaban de "autócrata, burócrata, formalista, centralista, testarudo, obstinado y mezquino". Boris Shub cita un escrito del socialista ruso-francés Carlos Rappaport (más tarde se hizo comunista), para quien no podría existir partido alguno si llegaba el mando autocrático de Lenin: "Reconocemos los méritos de Lenin. Es un hombre de férrea voluntad y un incomparable organizador de grupos. Pero Lenin considera que solo él es socialista y condena siempre a todo el que se le opone. Ve en la sanción capital el único

medio de asegurar la existencia del partido socialista democrático y declara la guerra a todo el que difiera de él. En vez de combatir a sus antagonistas del partido socialdemócrata con métodos socialistas, es decir, con argumentos, Lenin usa solamente métodos quirúrgicos, que son los de la efusión de sangre. Ningún partido podría existir bajo el régimen de este zar socialdemócrata que se considera un super marxista y no es, en realidad, más que un aventurero de alta categoría. Yo no pertenezco a ninguna de las facciones en pugna, pero la experiencia de muchos años me lleva a la convicción de que la victoria de Lenin constituiría la mayor de las amenazas para la revolución y Lenin la estrecharía entre sus brazos tan fuertemente, que terminaría ahogándola."

Rusia poseía una admirable tradición revolucionaria y todos sus grandes pensadores y luchadores atacaban el absolutismo y los privilegios, y propiciaban una sociedad nueva, democrática, basada las instituciones típicas de la existencia popular rusa, y en las conquistas de las revoluciones democráticas del occidente europeo Por ejemplo, el brillante escritor Herzen había escrito: "El progreso social solo es posible bajo una completa libertad republicana, esto es, bajo una plena igualdad democrática. Una república que no conduzca al socialismo nos parece un absurdo, una etapa de transición que se considera a sí misma como objetivo. Por otra parte, el socialismo que quiera prescindir de la libertad política degenera rápidamente hasta convertirse en comunismo autocrático." El eminente publicista Lavrov, propugnaba la revolución popular, pero rechazaba la dictadura de una minoría, y expresaba: "La historia ha demostrado, y la sicología prueba, que la posesión de un gran poder, corrompe, a los mejores, y que incluso los jefes más capaces fallan si quieren beneficiar al pueblo. Toda dictadura necesita rodearse de medios compulsivos de defensa que han de servir como obedientes herramientas en sus manos. La dictadura se siente inclinada a suprimir, no solo a sus oponentes reaccionarios, sino también a los que discrepan de sus métodos y acciones Cuando una dictadura logra establecerse, tiene que invertir mis tiempo y esfuerzo en retener su poder y defenderlo contra sus rivales, que en realizar su programa con ayuda de ese poder

En cambio, Lenin, siendo un ardiente revolucionario tendía a conseguir el establecimiento de un régimen socialista por medio de la dictadura del proletariado, pero bajo la dirección y el comando de una minoría de revolucionarios profesionales, con disciplina de hierro, lo cual significaba, prácticamente, reemplazar la tiranía zarista por otra popular. En su folleto "¿Pueden los bolcheviques ejercer el poder del Estado?", argüía que si el Zar gobernaba a Rusia con 130.000 miembros de la nobleza principal, y nobles menores propietarios de tierras, bien podía hacer lo mismo con el Partido Bolchevique, más fuerte con sus 240.000 afiliados. Y en su obra fundamental, "Estado y Revolución", afirmaba que, "siendo la naturaleza humana como es, siempre exige la sumisión, por lo que hasta que se estableciese el socialismo, el proletariado no necesitaba el Estado para establecer la libertad, sino solamente para aplastar a los antagonistas".

Lenin llevó a cabo una intensa vida de publicista político y de teórico socialista en contacto estrecho con el movimiento obrero ruso y con el socialismo europeo, participó en los grandes congresos de la Segunda internacional junto a los elementos más avanzados y en defensa del contenido revolucionario del socialismo y de la paz. Alentó la aparición de periódicos de esclarecimiento teórico y político, y de combate denodado contra el absolutismo, el capitalismo y el reformismo socialdemócrata europeo. Cuando estalló la guerra imperialista en 1914, la denunció y se colocó resueltamente al lado de los escasos elementos socialistas intransigentemente pacifistas.

Mientras se desarrollaba la carnicería provocada por el capitalismo burgués, en Rusia entraba en acelerada descomposición el régimen zarista; a principios de 1917 empezó a manifestarse el descontento de los sectores trabajadores y en las propias fuerzas armadas. El 27 de febrero de 1917, un decreto imperial convocó a la Duma, y ese día hubo manifestaciones de estudiantes, obreros y oficiales, entonando cantos revolucionarios; el 8 de marzo de 1917 los trabajadores de Petrogrado se declararon en huelga y el 12 de marzo organizaron un soviet de delegados de los obreros, según el modelo del soviet de Petrogrado de 1905. Resultó elegido presidente Chkheidze, dirigente de la minoría socialdemócrata de la Duma, y vicepresidente, Kerensky. El 15 de marzo abdicó Nicolás II y se formó un gobierno provisional, entrando a actuar en medio de una gran confusión y debilidad, sin encarar las reformas deseadas por el pueblo ruso y sin poner término a la guerra, la aspiración más profunda de las masas trabajadoras, sobre las cuales recaía el pesado tributo de sangre exigido por la siniestra hecatombe. Desde el exterior, tanto Lenin como Trotsky (en su periódico de New York) combatían la tendencia moderada del régimen provisional y la actitud conciliatoria frente a él de diversos elementos del Partido Bolchevique, como Kamenev, Muranov y Stalin, quienes se habían impuesto a Molotov y Shliapnikov, directores de "Pravda", órgano del partido Bolchevique, y rudos censores del gobierno provisional por sus vacilaciones. En medio de estas luchas y divergencias, Lenin consiguió llegar a Petrogrado el 16 de abril, en el famoso vagón sellado a través de Alemania (el antiguo socialista revolucionario Parvus se había trocado en agente del gobierno alemán y le sugirió permitir el traslado de Lenin y de los socialistas rusos, de Suiza a Rusia, a través de Alemania, por creer que su actividad sería útil a los planes alemanes). Apenas pisó el suelo ruso, Lenin se puso al frente del Partido Bolchevique y desató una violenta campaña para llevar hasta el fondo el proceso revolucionario y poner fin a la guerra. Un mes más tarde, el 17 de mayo, arribó Trotsky, quien se plegó a la posición de Lenin, y ambos pasaron a colaborar en forma estrecha, constituyendo el formidable binomio conductor del movimiento revolucionario ruso. El 18 de mayo se organizó el primer gobierno de coalición; el 16 de junio tuvo lugar la apertura del primer congreso pan-ruso de soviets, y toda esta actividad política se desenvolvía en medio del descontento y las inquietudes de las masas. Los bolcheviques desencadenaron una insurrección prematura, en julio, con el propósito de derrocar el gobierno provisional pero fracasaron y las autoridades mandaron detener a Lenin, Kamenev, Zinoviev, Lunacharsky, Raskolnikov y la Kollontay, por lo cual debieron huir a Finlandia u ocultarse. El 10 de septiembre se produjo el movimiento reaccionario del general Kornilov dirigido contra Petrogrado cabeza y corazón de la revolución, pero resultó fallido por la decisión de las fuerzas populares y la deserción de las tropas, opuestas a la conjuración de los oficiales del antiguo régimen.

De todos modos, la inoperancia del gobierno provisional y la deserción masiva de las fuerzas armadas creó una ola avasalladora de descontento. En medio del caos se levantaba como única fuerza orientadora, decidida y audaz, el Partido Bolchevique, con sus consignas de Pan, Tierra y Paz. El 7 de noviembre de 1917, los bolcheviques, conducidos por Lenin y Trotsky, desencadenaron el alzamiento armado que les llevó al triunfo y les permitió entrar a controlar todo el poder. (En noviembre de 1918, escribió Stalin: "Todo el trabajo y la organización práctica de la insurrección se realizó bajo el mando directo del camarada Trotsky, presidente del soviet de Petrogrado".)

Apenas se instaló en el poder, Lenin hizo dictar los famosos decretos entregando la tierra a los campesinos, nacionalizando las industrias y la banca; e inició de inmediato las gestiones para poner término a la guerra. En medio de grandes dificultades y de terribles pugnas procedió a aplastar la

contrarrevolución y, por otro lado, a enfrentar a las agrupaciones revolucionarias no bolcheviques, opuestas a la dictadura de un solo partido y favorables a un gobierno amplio con participación de todos.

Un sector de altos dirigentes bolcheviques criticó la actividad de Lenin de impedir la formación de un gobierno de coalición con todos los grupos socialistas, y en una declaración decían: "Sostenemos que es necesario formar un gobierno socialista que comprenda todos los partidos del soviet... Entendemos que fuera de esto solo queda otro camino, y es el mantenimiento de un gobierno puramente bolchevique mediante el terror político. En ese sendero ha entrado el Consejo de Comisarios del Pueblo. Nosotros no podemos ni deseamos seguirlo, porque vemos que conduce a alejar a las organizaciones proletarias de la dirección de la vida política, a la institución de un régimen irresponsable y a la destrucción de la revolución y de la patria."

Entre los bolcheviques de mayor jerarquía, Krassin, rechazaba, por utópico y locura la implantación inmediata del socialismo y consideraba a Lenin tan irresponsable como a los demás dirigentes, puesto que para sostenerse se había vuelto "a nuestro viejo absolutismo". Y, en verdad, para Lenin, el problema más urgente fue retener el poder. En este propósito no trepidó en emplear todos los medios y en atropellar sus más fervientes consignas. Una de las principales, desde abril a noviembre de 1917, había sido la solicitud de la inmediata convocatoria de una Asamblea Constituyente y su acusación más seria al gobierno provisional por no hacerlo; en cambio prometía, si los bolcheviques tomaban el poder, que la Asamblea sería rápidamente convocada. Ante su campaña el gobierno provisional llamó a elecciones para el 23 de noviembre, y al triunfar, Lenin se vio en la obligación de respetarlas. Los resultados constituyeron una derrota aplastante para los bolcheviques, pues "el pueblo ruso, en las elecciones más libres de su historia, votó por un socialismo moderado y democrático contra Lenin y contra la burguesía". Acudieron a las urnas 30.000.000 de rusos: 21 millones votaron por los socialistas revolucionarios, el 58%, y obtuvieron 370 diputados, en un total de 707; los bolcheviques sacaron 9 millones de sufragios y eligieron 175 diputados; en seguida, los socialistas revolucionarios pro leninistas, 40; los mencheviques, 16; los cadetes, 17; las minorías nacionales, 86; los socialistas populares, 2, y sin filiación, 11. Después de repetidos aplazamientos y toda suerte de maniobras dilatorias del gobierno, la Asamblea Constituyente se abrió el 18 de enero de 1918. En la designación de presidente venció, por amplia mayoría, Víctor Chernov, jefe de los socialistas revolucionarios. Al día siguiente, 19 de enero, un decreto del Sovnarcom, la abolió y aventó a sus miembros. Plejanov, el gran teórico marxista y maestro de Lenin, moribundo, escribió unas líneas condenando tal medida, porque "esa dictadura (la de los Comisarios del Pueblo del Instituto Smolny) no es la del pueblo trabajador, sino la de una camarilla. Precisamente por esta razón tendrán que recurrir cada vez más a los métodos del terror".

La dictadura del proletariado por medio de los soviets, se transformó en la dictadura del Partido Comunista (en el séptimo congreso del Partido Bolchevique, el 9 de marzo de 1918, se aprobó el cambio del nombre del partido Socialdemócrata Bolchevique, por el de Partido Comunista (bolchevique). Tomó las riendas del poder en sus manos y eliminó a todos los partidos y grupos socialistas y, en general, a toda la oposición. Aunque, formalmente, el poder supremo residía en el Sovnarcom y el comité ejecutivo era designado por los soviets de obreros y campesinos, en la realidad el soviet se transformó en órgano del Partido Comunista, y por encima del Comité Central del PC funcionaba el Politburó, verdadero poder de la revolución y del régimen. Rusia pasó a ser dirigida por una nueva y auténtica oligarquía.

En primer término, se suprimió la prensa liberal y, luego, todos los órganos de la oposición popular no bolchevique. La supresión de los periódicos burgueses se realizó para impedir la propaganda

contrarrevolucionaria, y “a fin de que los propietarios capitalistas de imprentas y periódicos no puedan ser autocráticos dirigentes de la opinión pública”... Pero también se liquidó hasta los grandes órganos de la cultura rusa, las revistas de ideas en las cuales colaboraron los mejores escritores y sabios rusos. Dice Shub: “Los limitados derechos que los socialistas y los liberales gozaron bajo el zarismo autocrático fueron negados por Lenin a todos... La libertad de prensa y de palabra por la que varias generaciones de revolucionarios rusos peleaban desde tiempos de los decembristas, quedó destrozada en muy pocos meses.” Lenin defendió la eliminación de las publicaciones en una sesión del CCE de los soviets, con estas palabras: “Tolerar esos periódicos es dejar de ser socialista... El Estado es una institución organizada con el fin de ejercer la violencia. Esa violencia ha sido ejercida previamente por un puñado de gente rica sobre todo el pueblo. Ahora debemos ejercer en nombre del pueblo la violencia...”

En la implantación del terror, Lenin encontró un formidable Fouquier-Tinville, en el ascético y fanático revolucionario Félix Dzerzhinsky, en quien “una abnegación rigurosa, una honradez incorregible y una rígida indiferencia a la opinión ajena completaban su temperamento”, y, además, una ilimitada devoción a Lenin, una completa falta de sentimientos hacia sus antagonistas políticos y un absoluto desinterés personal. El 20 de diciembre de 1917, Lenin le mandó organizar una comisión extraordinaria encargada de combatir a los contrarrevolucionarios y especuladores. Así nació la Checa, policía secreta soviética, símbolo de un sistema terrorista como el mundo no había visto hasta entonces. Se continuó más tarde en la OGPU, la NKVD y la MVD. La Checa organizó el terror masivo y sistemático y, para Dzerzhinsky, la lucha de clases significaba el exterminio de los enemigos de las clases trabajadoras; en la práctica, cuantos se oponían a la dictadura bolchevique. Para medir el criterio de Lenin con respecto al terror, se reproduce una nota suya enviada al comisario de Justicia, D. I. Kursky, acerca de los procesos de los socialistas revolucionarios, en la cual se refería a unos artículos del Código Penal soviético, que se estudiaba en mayo de 1921, y en ella decía: “En mi opinión es necesario extender la pena de muerte por fusilamiento a cuanto tienda a cubrir las actividades mencheviques, social revolucionarias y análogas. Ha de encontrarse alguna fórmula que conecte estas actividades con las de la burguesía internacional y su lucha contra nosotros, como soborno de prensa y agentes, preparativos de guerra, etcétera.”

La nota se publicó en el “Bolchevique”, de Moscú, el 15 de enero de 1937, poco antes del proceso de Radek y Sokolnikov, para justificar el procedimiento empleado por Stalin en el exterminio de la vieja guardia bolchevique.

Junto con afirmar el sistema terrorista dio término a las hostilidades con Alemania, después de largas vacilaciones, firmando el tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918. Sancionó la pérdida de grandes extensiones de territorio ruso y demostró concretamente las tremendas aspiraciones de dominio del imperialismo alemán. Varios dirigentes bolcheviques de elevada jerarquía declararon no aceptar las humillantes y voraces condiciones de paz de Alemania, pero en definitiva se impuso el frío criterio de Lenin, para quien era fundamental poner término a la guerra y dedicarse a solucionar los problemas internos y los creados por la sangrienta guerra civil que estalló en mayo de 1918 y asoló las inmensas extensiones de Rusia hasta noviembre de 1920, cuando Wrangel evacuó Crimea. Con el objeto de ayudar al triunfo del comunismo en el exterior de Rusia, organizó la Tercera Internacional (la Komintern), cuyo primer congreso se abrió en el Kremlin, el 2 de marzo de 1919. De acuerdo con sus instrucciones, redactadas por Lenin, tendía a formar partidos comunistas rígidamente centralizados y disciplinados, modelados según su propio partido bolchevique y conducidos por pequeños grupos de revolucionarios profesionales sometidos a la autoridad suprema del comité Central Ejecutivo de la Komintern. Para comprender los procedimientos leninistas, Shub menciona los métodos establecidos en el Segundo

Congreso (junio de 1920) y, entre ellos, las tácticas parlamentarias: “Ningún Parlamento puede, en ninguna circunstancia, ser un palenque donde se luche en pro de reforma ni mejora de las condiciones en que vive la clase trabajadora... Sólo se trata de utilizar las instituciones estatales burguesas para destruirlas.” Sin embargo, Lenin escribió sobre la estrategia y táctica comunistas lo siguiente: “Es esencial que el partido del proletariado revolucionario participe en el parlamentarismo burgués a fin de educar las masas mediante las elecciones y la lucha de los partidos dentro del Parlamento. Pero confinar la lucha de clases a la lucha parlamentaria y mirar la última como la suprema y decisiva forma de lucha, a la que deben subordinarse todas las otras formas, significa sencillamente abandonar el proletariado por la burguesía.”

En una observación de conjunto, Shub escribe: “Durante toda su carrera Lenin no hizo más que retractarse de postulados que antes había predicado como si fueran el evangelio. Favoreció a la Asamblea Constituyente mientras de ésta pudo salir un lema eficaz contra Kerensky. Cuando la Asamblea se volvió contra él, la disolvió. Al percibir que en el soviet no tenía mayoría, estableció la dictadura del partido bolchevique, convertida al fin en dictadura del Politburó. Asimilaba prontamente las ideas de sus adversarios y las usaba en su ventaja. Pero en el sentido amplio del término, fue siempre fiel a una sola idea y un solo objetivo. Desde que se hizo “revolucionario profesional”, dedicó toda su vida a la causa de la revolución proletaria tal como él la entendía. Como Netchaiev y Tkachev, Lenin nunca buscó armonía entre fines y medios. Todos los medios que conducían al fin, le parecían justificados. El fin era mucho más importante que el camino que llevaba a él.”

Con respecto al problema del campesinado y de la tierra, Lenin había dejado de desear el establecimiento obligatorio de granjas colectivas ni el cultivo comunal del suelo, pero con todo escribió estas líneas sorprendentes: “Hemos hecho muchas estupideces respecto a las fincas colectivas. Ese asunto no está a la orden del día. Hemos de confiar en el campesino individual, que es como es y no variará en un futuro próximo. Los aldeanos no son socialistas construir planes socialistas pensando que los campesinos lo son equivale a edificar sobre arena. La transformación de la sicología y hábitos de los labriegos requerirá generaciones enteras. El uso de la fuerza no nos ayudará. La tarea que nos espera consiste en influir moralmente en la gente del campo. Hemos de dar consideración al tipo medio de campesino. El labriego eficaz debe convertirse en la figura central de nuestra reconstrucción económica.” La enérgica conducción del gobierno soviético por Lenin y Trotsky permitió llevar a cabo profundas medidas revolucionarias, y vencer a la contrarrevolución interna y a la intervención extranjera; pero, a la vez, acrecentó el terror e hizo hondamente impopular el comunismo de guerra. La población los resistía, en especial los campesinos que se defendían contra los escuadrones de requisa. El descontento de los sectores revolucionarios en contra de la dictadura implacable lo personificaron los marineros de Cronstadt, el más glorioso bastión de la revolución bolchevique (en julio de 1917 marcharon contra Kerensky, en el fracasado golpe bolchevique; en noviembre asaltaron el palacio de Invierno para instalar a Lenin en el poder, y durante la amenaza de Yudenich a Petrogrado, defendieron el régimen soviético). No obstante, el 1° de marzo de 1921, se sublevaron contra Lenin. Aprobaron resoluciones exigiendo nuevas e inmediatas elecciones para el soviet mediante sufragio secreto; libertad de prensa y palabra para todos los partidos socialistas de izquierda; libertad de reunión para los sindicatos y organizaciones campesinas; abolición de las representaciones comunistas en el ejército y en la armada; retirada inmediata de todas las escuadras de requisa de trigo y restablecimiento del mercado libre para los labriegos. La insurrección de Cronstadt seguía a una serie de alzamientos campesinos en Rusia central y a varias huelgas en Petrogrado y otras ciudades. La rebelión de Cronstadt significaba una

revolución dentro de la revolución. El 5 de marzo de 1921, los marineros de Cronstadt formaron un comité revolucionario de quince miembros. Tukhachevsky, bajo el comando político de Trotsky, al mando de 60.000 hombres escogidos y de confianza realizó la represión. (Se desarmó a la guarnición de Petrogrado con el fin de impedir su rebelión; en las cercanías de Oraniembaum se amotinaron varios regimientos del Ejército Rojo, negándose a luchar contra los marineros, y entonces entraron en acción unidades de la Checa y fusilaron la quinta parte de los soldados amotinados.) El 6 de marzo los aviones de Tukhachevsky bombardearon la base y al día siguiente se inició el ataque de los fuertes con artillería pesada. El comité revolucionario de Cronstadt radió al mundo este patético mensaje: "Ha sonado el primer tiro, como sabe el mundo entero. El sanguinario mariscal Trotsky, hundido hasta la cintura en la sangre de nuestros hermanos, los trabajadores, ha sido el primero en abrir el fuego contra la Cronstadt revolucionaria, rebelada contra el gobierno de los comunistas para restablecer el poder auténtico de los soviets. Lucharemos o caeremos bajo las ruinas de Cronstadt peleando por la ensangrentada causa del pueblo trabajador. ¡Viva el poder de los soviets! ¡Viva la revolución socialista mundial!"

Los marineros resistieron fieramente el bombardeo de aviones, artillería pesada y asalto de las tropas del gobierno. El 17 de marzo, Cronstadt quedó reducida al silencio. Millares murieron combatiendo; a la mayoría de los apresados se les fusiló por la Checa, y a algunos se les envió a remotos campamentos de prisioneros. Muy pocos escaparon a Finlandia. Tukhachevsky dijo después: "Cinco años he estado en la guerra, pero no recuerdo tal matanza. Aquello no era una batalla; era un infierno. El cañoneo de la artillería pesada era tan intenso y duró tanto, que en Oraniembaum todas las ventanas perdieron sus cristales. Los marineros lucharon como bestias feroces. No comprendo de dónde sacaban semejante rabia. Cada casa que ocupaban había de ser tomada por asalto." Cronstadt fue la última insurrección auténtica del pueblo ruso.

A raíz de la rebelión de Cronstadt, y de su sangriento aplastamiento. Lenin introdujo una nueva política económica: la NEP. Al flamante sistema se le definió como capitalismo de Estado y reemplazó las requisas de productos agrícolas por un impuesto en especie, permitiendo el resurgimiento de la situación rusa, aunque no alcanzó a mitigar el hambre en su primer año de funcionamiento. Según cifras oficiales soviéticas, no menos de cinco millones de personas murieron de hambre entre 1921 y 1922.

Desde aquella fecha quedó asegurada la dictadura de Lenin y empezó a delinearse el Estado totalitario, apoyado en una policía política secreta más eficaz que la Okhrana zarista; en la censura férrea que impidió toda crítica; en la conversión de la prensa, el cine y el teatro en instrumento de propaganda del Estado; en la pérdida de toda autoridad de los sindicatos para discutir mayores salarios o mejores condiciones de trabajo; en el abarrotamiento de las prisiones y los campos de concentración con muchos más prisioneros políticos que bajo el dominio de los zares. Lenin creó las bases del sistema que Stalin desarrolló con monstruosos rasgos.

A pesar de la dictadura, Lenin no aprobó jamás ningún tipo de idolatría, y anota Shub: "Entre los grandes jefes políticos de la historia moderna, ninguno ha tenido menos vanidad personal ni menos deseos de elevar su personalidad por encima de sus ideas." Aunque fuese un fenómeno auténticamente ruso, estaba a la vez completamente libre de toda vinculación nacional de tipo estrecho. Lenin sobresalió como un teórico y un conductor de masas; utópico y realista, pero en la política cotidiana se portaba recio y extremadamente práctico. Su dogmatismo no le impedía llevar a cabo cualquier compromiso.

Lenin amaba los niños, los animales y la naturaleza; era un buen cazador y un eximio nadador. En sus horas de ocio se demostraba un excelente compañero, daba bromas, sugería diversiones y animaba a los circunstantes en todos los sentidos. Prolífico escritor y recio polemista; como orador captaba brillantemente la sicología de las masas y su viril oratoria cautivaba a los auditores. Sus gustos literarios y artísticos no pasaron de ser convencionales. Aunque apóstol de la revolución social, rechazaba los experimentos revolucionarios en música, pintura y poesía. Admiraba a Turguenev, pero su novela favorita era "¿Qué Hacer?", de Chernishevsky. Consideraba a Dostoievski "un reaccionario, aunque un genio", y admiraba a Tolstoy como artista, pero rechazaba sus doctrinas éticas y sociales. Entre los poetas prefería a Nekrasov y a Tiuchev.

Hacia fines de 1921 la salud de Lenin empeoró (en los días 27 de marzo a 2 de abril de 1922 se celebró el 11° congreso General del Partido Comunista, y "Pravda" anunció en su edición del 4 de abril la elección de Stalin como secretario general del PC); en julio de 1922 estaba otra vez en pie; en diciembre de 1922 sufrió un nuevo ataque y en ese mes y en enero de 1923 escribió su testamento; el 5 de marzo de 1923 dictó una nota por medio de la cual cortaba "toda relación personal y de camaradería con Stalin". El 21 de enero de 1924, a las 7 de la tarde, falleció antes de cumplir 54 años de edad.

Interpretación marxista de la historia de chile

ARAUCO N°87 abril 1967

Luis Vitale[22]

I

El profesor y escritor Luis Vitale ha redactado, después de largas y metódicas investigaciones, un vasto estudio sobre la evolución de Chile a la luz de la concepción marxista de la historia. El plan de su interpretación materialista del pasado nacional abarca 6 tomos bien definidos. Ellos son: I. Las Culturas Primitivas y la Conquista Española. II. La Colonización Española. III. La Revolución Separatista y la Rebelión de las Provincias, (1810-1830). IV. Los Decenios de la burguesía comercial y terrateniente. Ascenso y Declinación de la burguesía minera (1831-1891). V. La Colonización Inglesa y Yanqui (1891…). VI. Del Frente Popular al gobierno democratacristiano (1938-1966).

Luis Vitale aspira a dar una explicación realista de la historia de Chile, centrando su análisis en los procesos económicos y en los antagonismos de las clases sociales a lo largo del desenvolvimiento patrio. En este aspecto, su intento posee innegable originalidad; la bibliografía histórica del país apenas registra algunos tímidos ensayos y el valioso volumen de Marcelo Segall; "Desarrollo del Capitalismo en Chile", en cuanto a la utilización del método del materialismo histórico para lograr una correcta comprensión del devenir nacional.

Luis Vitale alcanzó renombre como escritor vigoroso con su obra de alta calidad ideológica y polémica, publicada en 1964 "Esencia y apariencia dela Democracia Cristiana", resultado brillante del manejo del método marxista en los dominios de las doctrinas filosóficas y políticas. Se propuso desenmascarar el papel mistificador de la Democracia Cristiana, determinado por su esencia ideológica, caduca, oculta,

[22] Se encuentra por salir a luz la obra del escritor Luis Vitale: "Interpretación marxista de la historia de Chile", en Prensa Latinoamericana. La precede un prólogo del profesor Julio César Jobet, el cual reproducimos íntegramente en este número de "Arauco" por su valiosa información crítica, y como una expresión de reconocimiento intelectual y de solidaridad socialista a la calificada producción de L. Vitale.

detrás de una posición seudo revolucionaria. En seis densos capítulos examinó la praxis cristiana en la historia; el origen y la evolución del socialcristianismo; la acción de los partidos democratacristianos en Europa y América Latina; la formación de la democracia cristiana en Chile (desde la Falange Nacional al Partido Demócrata Cristiano); el contenido de su programa; y la praxis demócrata-cristiana chilena, o sea, la actitud de ese partido frente a problemas concretos, como los del Nuevo Trato al Cobre y del Referéndum Salitrero, con motivo de los cuales exhibió su raíz capitalista votando favorablemente dos leyes en beneficio de la penetración imperialista; su apoyo a las Facultades Extraordinarias del 2 de Abril de 1957, en un instante de represión popular solidarizando con el reaccionario y torpe gobierno de la época; y su solicitud de apoyo a conservadores y liberales, partidos de extrema derecha, para su postulación presidencial autoproclamada como representante de la izquierda democrática y enemiga de la reacción, desmintiéndola de inmediato con su inescrupulosa petición.

Luis Vitale es un experto de historia medieval, (fue discípulo en Buenos Aires del brillante medievalista José Luis Romero, historiador y escritor de alta jerarquía), y de ahí su singular pericia en el examen de la estructura económico-social de esa época y su expresión ideológica en el agustinismo y el tomismo, conjunto doctrinal nutricio de las bases teóricas del actual movimiento demócrata-cristiano. Este trata de darle modernidad y validez a pesar de ser una posición filosófica, que se ha sostenido sólo por el dogma y el compromiso y a través de un milenio se ha demostrado estéril y retrógrada.

Pero no sólo la época medieval ha concentrado la atención de Vitale; en general, es un estudioso de la historia universal, de los cruciales movimientos políticos, de la ascensión y luchas de la clase obrera y de las teorías socialistas. En su ensayo “Historia del movimiento obrero”, publicado en 1962, dedicó su segunda parte a esbozar un panorama de la formación y avance del proletariado chileno, con gran información y poder de síntesis. Es un antecedente de su nueva y vasta obra: “Interpretación marxista de la Historia de Chile”.

Luis Vitale es el prototipo del intelectual y político marxista dominado por una fuerte pasión en favor de la emancipación de la clase trabajadora y de una poderosa inquietud ideológica. Se puede discrepar de sus posiciones, pero es imposible desconocer su honestidad teórica y su labor revolucionaria. Sus publicaciones se colocan estrictamente en la línea del pensamiento socialista, esclarecedor y valiente.

II

En el tomo inicial de “Interpretación marxista de la Historia de Chile”, su nueva producción intelectual, “Las Culturas Primitivas y la Conquista de Chile”, analiza las comunidades indígenas antes de la llegada de Diego de Almagro, con el propósito de realzar el notable avance obtenido en algunos milenios de evolución y establecer la indispensable unidad entre aquella compleja y laboriosa vida autóctona y la conquista y colonización española. El éxito de la empresa hispánica no se comprende sin el funcionamiento de una sociedad nativa con un grado productivo bastante adelantado, por cuanto “los aborígenes de nuestro continente habían logrado un alto nivel tecnológico en la metalurgia; dominaban las técnicas de fundición, aleación y orfebrería en un grado igual o superior a los especialistas de la Europa de entonces” y, por otro lado, “los españoles se encontraron con pueblos sedentarios que conocían la domesticación de animales y el sistema de riego artificial para aumentar la producción agrícola”. La realidad indicada permite explicar la enorme riqueza en metales preciosos y especiería extraída por los conquistadores desde los primeros años de su instalación en el Nuevo Mundo.

Luis Vitale acomete el examen de las culturas primitivas rehuyendo la escueta división clásica en Edad de Piedra y Edad de los Metales por insuficiente y desprovista de rigor al no aprehender en toda su complejidad las diferentes etapas del proceso de desarrollo de las sociedades primitivas; en cambio acepta como más exacto el esquema de Morgan, enriquecido por Engels, que permite su conocimiento real y concreto. Supone la aplicación de la metodología materialista al campo de la ciencia antropológica y, por tanto, el enfoque del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y del adelanto tecnológico, como básicos para apreciar y entender el desarrollo de esas sociedades; pero, al mismo tiempo, Vitale no cree suficientemente real y sugerente la clasificación de salvajismo-barbarie-civilización, con sus respectivos estadios, porque posee un carácter demasiado conceptual y presupone un desarrollo unilineal, sin relación exacta con el curso contradictorio, desigual y combinado de la Historia. Procede, entonces, a complementar sus tesis fundamentales y a darle a esos períodos generales un contenido vivo y dinámico, caracterizándolos como fases de pueblos recolectores, pescadores y cazadores, (período del salvajismo); de pueblos agro-alfareros y minero-metalúrgicos, (período de la barbarie).

Luis Vitale maneja las principales obras de la ciencia antropológica y para verificar el análisis de los pueblos aborígenes de Chile, compulsa los diversos estudios desde Barros Arana, Medina hasta los de Tomás Guevara, Augusto Capdeville, Max Uhle, Ricardo E. Latcham y F. S. Cornely; y dedica una atención especial a las obras de los investigadores de la nueva generación de arqueólogos y antropólogos chilenos. Su información en este campo se encuentra al día y abona de manera convincente su ordenada y original síntesis.

De acuerdo con las más recientes investigaciones expone una nueva clasificación, en dos grandes períodos. Un primer período pre-agrícola y pre-cerámico, que involucra a los pueblos recolectores, cazadores y pescadores, de 10.000 a 1.000 años a. C.; y un segundo período, agro-alfarero y minero-metalúrgico, desde 1.000 a. C., hasta la invasión incásica en el siglo XV. No incluye una etapa de pueblos pastores, porque su existencia no ha sido demostrada en Chile. Al considerar la etapa agro-alfarera, la complementa con la denominación minero-metalúrgica, pues esta actividad juega un papel decisivo en el avance no sólo de las sociedades azteca, chibcha e incásica, sino también en la zona norte de Chile, y agrega: “la clasificación de pueblos minero-metalúrgicos, integrada al período agro-alfarero, no ha sido apuntada por ningún autor, no obstante su importancia para la comprensión del período que hasta ahora se conocía, con el nombre de agro-alfarero o barbarie”. En seguida, en los diversos capítulos de su volumen estudia en detalle los pueblos recolectores, pescadores y cazadores; los pueblos agro-alfareros y minero-metalúrgicos; la invasión incásica; y el desarrollo de las fuerzas productivas en los momentos próximos a la conquista española. Y, por supuesto, dedica en la parte pertinente una atención especial a las formas de vida, organización social y costumbres de los araucanos.

El estudio de Luis Vitale, no obstante su carácter sintético, es bastante completo y entrega un cuadro denso del mundo chileno pre-hispánico, dejando en claro que nuestras culturas primitivas no fueron tan atrasadas como se supone; y, por el contrario, antes de la invasión incásica, habían conseguido un importante desarrollo en la agricultura, alfarería e hilado, y alcanzado la etapa de la elaboración de los metales: cobre y bronce.

III

A continuación, Luis Vitale lleva a cabo una detenida caracterización económico-social y política de España en la época de los grandes descubrimientos y de la conquista de América. En este plano examina

cuidadosamente la afirmación corriente de ser España durante los siglos XV-XVI un país de régimen feudal, y de haber impuesto en América, a raíz de su dominio, una prolongación de aquel sistema. Basándose en sus estudios especiales del periodo mencionado y en el manejo de las grandes obras de la historiografía europea contemporánea, describe con nitidez los rasgos esenciales del régimen feudal; su evolución en la Europa occidental; y sus modalidades especiales en España con motivo de la dominación de los árabes. En un juicio de conjunto expresa "El impacto de la prolongada invasión musulmana, el acelerado fortalecimiento de la monarquía nacional, la evolución peculiar de un campesinado semi-libre, la explotación ganadera para el mercado externo, el surgimiento de un nuevo sector de trabajadores y de una burguesía comercial, relativamente fuerte, determinaron que España superara el ciclo feudal inaugurando el camino hacia el capitalismo. Esta generalización no significa desconocer la existencia de remanentes feudales. Si se nos ocurriera afirmar que la España del siglo de la conquista de América reunía ya todos los rasgos de una nación típicamente capitalista, cometeríamos la misma apreciación unilateral que los sostenedores de la tesis de España feudal".

España y Portugal fueron las potencias propulsoras de la revolución mercantil que aceleró la crisis del feudalismo; aunque la Liga Hanseática y los comerciantes venecianos, genoveses y musulmanes contribuyeron a ese proceso de crisis, el golpe decisivo lo asestó la burguesía comercial ibérica con los tesoros inagotables de los nuevos descubrimientos transoceánicos. La España de la época de la conquista de América es, entonces, un país en transición del feudalismo al capitalismo; junto a los rezagos feudales, coexiste una floreciente y poderosa burguesía mercantil, que sostendrá los viajes de ultramar y las expediciones de conquistas. Sin duda, es un capitalismo primitivo, esencialmente comercial, pero de tal vigor que permitirá a España conseguir la preponderancia en Europa y extenderla por un siglo a pesar de la incomprensión e ineptitud económicas de los Austrias y del despotismo de Carlos V, acentuado en la teocracia de Felipe II. La evolución capitalista de España fue detenida por la equivocada y torpe política general de aquellos soberanos, en los momentos de arribar a la península las inmensas riquezas de América, las cuales no beneficiaron a España y, por el contrario, se derramaron por Europa en favor de sus países rivales. Bajo la dinastía de los Austrias imperó una atrasada política económica; la burguesía nacional sufrió una permanente limitación en sus anhelos y empresas; y, al mismo tiempo, España toda quedó aplastada por un absolutismo implacable y una cruel intolerancia religiosa, apoyados en un militarismo y un clericalismo, parasitarios y voraces. Por tales hechos, España no alcanzó el grado de evolución capitalista de Francia e Inglaterra. Se estratificó como una nación de capitalismo incipiente, comercial, con remanentes feudales. España trasplantó a América la estructura económico-social propia de su capitalismo primitivo, dando vida aquí a un sistema de capitalismo colonial.

El descubrimiento y la conquista de América poseen un evidente sello capitalista. En primer lugar, resultaron de la búsqueda de una nueva ruta para quebrar el monopolio de musulmanes y venecianos en el Mediterráneo; en segundo lugar, fueron posibles gracias al apoyo de una floreciente burguesía capaz de financiar esas costosas empresas; y, en tercer lugar, una vez lograda la conquista, la preocupación fundamental de los dominadores fue la explotación de los metales preciosos y su colocación en el mercado internacional.

La economía colonial se fundamentó en la explotación de materias primas y metales preciosos para el mercado peninsular, mediante el empleo de las grandes masas de indígenas. Muchos escritores basándose en que en los primeros años de la conquista, el repartimiento y la encomienda adoptaron un carácter externamente feudal y, luego, se formó una aristocracia terrateniente local, con título de nobleza, han definido el régimen colonial como semifeudal o, simplemente, feudal.

Luis Vitale, en estricta consecuencia con su análisis de la situación de España, caracterizada como de transición del feudalismo al capitalismo, niega toda esencia feudal a la conquista y colonización de América, enfocando los móviles capitalistas de sus financiadores y realizadores y, luego, la estructura y formas típicas de su asentamiento y dominio, propias de un capitalismo colonial. En este examen se demuestra un experto conocedor de las teorías marxistas, aplicándolas en forma certera a la comprensión de los intrincados fenómenos económicos, sociales y políticos del Nuevo Mundo; asimismo se advierte su manejo fecundo de las grandes obras de interpretación de la realidad luso-hispanoamericana, como las del notable historiador argentino Sergio Bagú, y de los grandes eruditos mexicanos Jan Bazant y Silvio Zabala; y, por último, la seriedad de su estudio se refleja en sus referencias constantes a las obras clásicas de los cronistas españoles de la época y de los grandes historiadores de las diversas tendencias ideológicas de los siglos XIX y XX.

En el descubrimiento, la conquista y la colonización de América figuran como objetivos decisivos comerciar con los naturales, descubrir y explotar metales preciosos y producir materias primas para el mercado peninsular. Aunque en las instrucciones dadas a Colón y demás descubridores se insiste en la propagación del catolicismo, el eje de las actividades emprendidas fue el comercio. Como ha dicho Clarence Henry Haring, “el comercio, más que la colonización era la preocupación principal de los Reyes Católicos”. Las relaciones con los indios serian misionales y comerciales, pero pronto, desde 1495, se afirmó de manera efectiva la soberanía sobre ellos en forma de imposición de tributos; y reales cédulas posteriores autorizaron tomar por esclavos a los indios remisos a dejarse adoctrinar y, luego, facultaron a los gobernadores para repartir todos los indios, entre sus compañeros, inmediatamente después de pacificada una región. Pronto se extendieron los repartimientos y se hizo general la conversión de la población aborigen en clase trabajadora.

En síntesis, según Luis Vitale, “la apariencia de ciertas instituciones coloniales, la terminología empleada por los conquistadores que se creían dueños de nuevos señoríos, y la formación de una aristocracia con títulos de nobleza y otras secuelas medievales, son indudablemente resabios feudales, pero el tipo de producción para el mercado internacional y el sistema de explotación de mano de obra demuestran la esencia capitalista de la colonización española. Los conquistadores introducen el valor de cambio y la economía monetaria en una sociedad que sólo conocía el valor de uso y la economía natural sin mercados. Bajo el dominio español, los productos extraídos por los indígenas se transforman en mercancías que aceleran el desarrollo capitalista europeo”.

IV

“Interpretación marxista de la Historia de Chile” aparece en un momento particularmente grave y crucial para el porvenir de las clases trabajadoras nacionales y continentales, y supone una contribución brillante al esclarecimiento de las verdaderas metas y posiciones del movimiento revolucionario, entrecruzado en la actualidad por contradicciones y actitudes oportunistas, surgidas, en gran parte, de una errónea comprensión del proceso histórico latinoamericano. Parafraseando a un gran escritor socialista, podemos afirmar que la aparición de la obra de Luis Vitale significará para el proletariado obrero y campesino la toma de posesión por su pensamiento del pasado nacional, a la luz de un correcto enfoque; y el reforzamiento de su acción para apoderarse del futuro imponiendo un auténtico régimen socialista.

Hace algún tiempo escribíamos sobre la urgente necesidad de realizar un estudio de la evolución nacional, de acuerdo con un criterio científico moderno, utilizando el método del materialismo histórico. Pues bien, Luis Vitale nos ha dado una respuesta concreta, de alto mérito con su nuevo libro. En este primer tomo queda en claro algo fundamental para el éxito de la lucha del proletariado por la conquista del poder: desde la llegada de los españoles, a mediados del siglo XVI, se estableció un régimen capitalista, y la historia del país no ha sido más que el desarrollo desigual y combinado de ese sistema.

El carácter capitalista de la colonización —tema del segundo tomo— "determinó que en América Latina la burguesía naciera directamente de la Colonia, sin necesidad de pasar por el ciclo europeo, pero dada su condición de dependiente y de abastecedora exclusiva de materia prima, esta burguesía no alcanzó la fisonomía moderna. No fue una burguesía industrial, sino una burguesía productora y exportadora de materia prima. Su interés no residía en el desarrollo de un mercado interno, sino en la colocación de sus productos en el mercado europeo". A fines de la Colonia poseía las principales fuentes de riqueza, aunque el poder político seguía en manos de los representantes de la monarquía. Y esta contradicción entre el poder económico controlado por la burguesía criolla, que aspiraba a gobernarse a sí misma, y el poder político, monopolizado por los españoles peninsulares será la causa esencial de la revolución de 1810, analizada en el tercer tomo. Pero no logró consumar la revolución democrático-burguesa, "porque no realizó la reforma agraria ni fue capaz de desarrollar la industria y el mercado interno. No fue una revolución social sino política. La burguesía criolla cumplió solamente una tarea democrática; la independencia política, la que por otra parte no supo defender después ante el avance del imperialismo".

Su incapacidad para cumplir el resto de las tareas democráticas no sólo en 1810 sino en el curso de los siglos XIX y XX, conduce a Luis Vitale a sostener que "la historia de América Latina es la historia de una revolución democrático-burguesa frustrada".

A fines del siglo XIX las materias primas en manos de la burguesía nacional pasaron a poder del imperialismo europeo, primero, y yanqui después, período investigado en el tomo V. La inversión de capital financiero foráneo transformó a nuestros países de dependientes en semicoloniales. La penetración imperialista permitió el desarrollo de una industria liviana y, por tanto, la formación de una burguesía industrial dependiente. La burguesía industrial nativa nació combinada con las otras clases dominantes, (terratenientes, mineros), y bajo la más cerrada tutela imperialista, porque la industria ligera está obligada a comprar su maquinaria al monopolio extranjero, y éste, por otro lado, le impide desarrollar la industria pesada. Es entonces, un error histórico inconmensurable el de los reformistas al plantear la existencia de una contradicción entre el imperialismo y el débil avance de esta producción industrial liviana y de una burguesía industrial raquítica y subordinada.

Nuestros países, durante la República, no han sido gobernados por una aristocracia feudal, etapa histórica desarrollada en el tomo IV. El poder ha estado en manos de una burguesía exportadora de materia prima, e industriales, agentes y administradores del imperialismo. Terratenientes, mineros e industriales conviven en estrecho vínculo con el capital financiero extranjero. El atraso de Chile, como de toda América Latina, "no es producto del feudalismo, sino de una burguesía que ha agotado todas las posibilidades de desarrollo de un continente semicolonial en plena época imperialista. Es falso, por consiguiente, afirmar como lo hace el revisionismo, que falta una etapa de desarrollo capitalista factible de ser realizada por la "burguesía progresista".

La burguesía nacional es incapaz de realizar las reivindicaciones democráticas; no puede llevar a cabo la reforma agraria a causa de estar todos sus sectores comprometidos en la tenencia de la tierra; y el estrato de burguesía industrial está imposibilitado para romper con el imperialismo por su grado de dependencia respecto del capital financiero. Esta tesis es demostrada en el tomo VI.

En los países semicoloniales solo el proletariado obrero y campesino, y demás capas pobres, pueden desencadenar una revolución social que haga la reforma agraria y liquide el imperialismo, cumpliendo las tareas democráticas no realizadas por la burguesía, junto con medidas de tipo socialista propias de la revolución proletaria.

Para la correcta dirección del movimiento revolucionario es preciso tener siempre presente que las economías latinoamericanas han sido componentes primero del capitalismo colonialista y, luego, del capitalismo imperialista. Las causas de todos los problemas de este continente se encuentran arraigadas en la estructura explotadora del sistema colonialista-imperialista. El subdesarrollo y la miseria engendradas por ese sistema no pueden abolirse a través de una revolución capitalista burguesa, contra el feudalismo, sino, únicamente, a través de una revolución socialista.

Según el pensamiento del agudo marxista, André G. Frank, en perfecta concordancia con las posiciones sustentadas por Luis Vitale, las sociedades latinoamericanas resultaron de la expansión mundial del mercantilismo y del imperialismo. Sus numerosas contradicciones internas surgen del desarrollo dialéctico de un sistema capitalista único, y no como se afirma a menudo, de un sistema dual. La base del poder nacional en América Latina no la constituyen los señores “feudales”; el poder y la suerte de sus países descansan en la oligarquía comercial y financiera, interna y externa, cuya fortuna, a su vez, está determinada por su participación en el sistema imperialista. Y agrega: “el imperialismo reside no sólo en esta o aquella compañía extranjera que explota las economías latinoamericanas; es la estructura de todo el sistema económico, político, social —y también cultural— dentro del cual América Latina y todas sus partes, no importa cuán “aisladas”, se encuentran asociadas en tanto que víctimas de la explotación.” Para A. G. Frank es la primacía de esta estructura imperialista la causante y mantenedora de la pobreza y el subdesarrollo, el atraso y la inestabilidad en América Latina. No existen burguesías nacionales independientes, porque aquí no se creó la industria nacional, y sólo son los grupos internos que ofician de clientes de los intereses extranjeros, y los beneficiarios internos del sistema capitalista-imperialista global. El endeudamiento y las nuevas concesiones “liberales” al imperialismo, ahora no sólo en la minería y servicios públicos, sino también en artículos de consumo y productos industriales orientados al público de mayores ingresos, han hundido más profundamente a América Latina en la subyugación imperialista. Por esta razón aumentan las exportaciones de capital desde nuestros países pobres hacia la metrópoli imperialista. Por otra parte, la inflación barre con las ganancias monetarias y transfiere los ingresos de obreros, empleados, campesinos, a la burguesía y a los imperialistas, quienes se benefician con las medidas generadoras de inflación. Es cada día mayor el control de los Estados Unidos sobre América Latina y aumentan la dependencia y la subyugación de sus naciones.

La opinión reproducida coincide con las investigaciones y los juicios de Luis Vítale y, a la vez, indica la generalización de un criterio científico y revolucionario genuino en la interpretación de la historia latinoamericana, en la calificación precisa de las características actuales de nuestras sociedades, y en la formulación adecuada de la política revolucionaria de las clases trabajadoras del continente para enfrentar a las burguesías nativas y al imperialismo.

El nuevo libro "Interpretación marxista de la Historia de Chile", del profesor y escritor Luis Vitale, reúne méritos sobresalientes en cuanto a seriedad documental, aplicación original del método del materialismo histórico y encomiable espíritu de síntesis. Es una obra de indispensable manejo para quienes anhelamos la victoria de la revolución socialista en Chile y en América.

España, el reino de las contradicciones de Eduardo Galeano. Prensa Latinoamericana, 1967.

ARAUCO N°87 abril de 1967

Eduardo Galeano es un joven y brillante periodista uruguayo, de gran preocupación por los sucesos de nuestro continente latinoamericano. Vinculado a importantes periódicos del Uruguay, como "El Sol" y "Marcha", y colaborador en numerosas revistas internacionales; realiza en forma sistemática una considerable obra de esclarecimiento y de información de los complejos e innumerables problemas de América Latina. Al mismo tiempo, su inquietud política lo ha llevado a investigar la situación internacional en algunos de sus sitios claves y, luego, a viajar a Europa, donde se encuentra en la actualidad, para examinar de manera directa sus actitudes, cambios y perspectivas. Frutos de sus estudios y de sus impresiones son; "Crónica de un desafío" (China, 1964), libro de alta calidad; y "España, el reino de las contradicciones", opúsculo inteligente y novedoso, recientemente impreso por PLA. Eduardo Galeano ha visitado Chile, y en nuestra revista ARAUCO se han insertado varios artículos suyos. En el número de febrero de este año, se publicó su primoroso ensayo: "Uruguay; crónica del paraíso perdido", examen sintético, lúcido, ligeramente irónico y profundamente acertado de la honda crisis uruguaya.

En su enfoque de España, exhibe sus cualidades y virtudes de escritor atrayente, por su estilo galano y su espíritu zahorí, (Galeano es, también, un novelista eximio y alcanzó renombre en 1963 cuando apareció su novela "Los días siguientes"), y se muestra, como siempre, un observador agudo y sagaz, con una fina habilidad para recoger datos estadísticos reveladores y las opiniones técnicas esenciales sobre cualquier asunto, y para escuchar y seleccionar los comentarios sencillos, pero contundentes, del hombre común, y que constituyen el reflejo exacto de los anhelos y sentimientos medulares del pueblo.

"España, el reino de las contradicciones" es investigación y reportaje, con sus características singulares, sabiamente amalgamadas en un ensayo unificador, lo cual torna deleitosa e instructiva su lectura. La profunda mistificación del régimen franquista queda expuesta al desnudo con motivo de sus dos últimos actos demagógicos: la nueva Constitución y el referéndum. Lo real y permanente es el atraso increíble de su infraestructura; la pobreza generalizada de sus masas laboriosas; el caos sorprendente en los planos de la política, educación, ideología, juventud. Según las cifras oficiales, hay siete millones de pobres; dos millones de trabajadores españoles emigraron a los países de alto capitalismo de Europa (y millares de mujeres españolas forman el personal doméstico en varias naciones limítrofes); en general malas condiciones de trabajo y cesantía constante, por lo cual en el año 1965 emigraron 227.000 trabajadores, mientras recorrían el país quince millones de turistas. Comenta Galeano: "al precio de alejarse de su gente, su sol y sus canciones, su comarca; al precio, en fin, de alejarse de sí mismos, también, éstos contribuirán a nivelar la balanza de pagos del país, aunque casi ninguno sepa qué quiere decir eso y muy pocos tengan conciencia de que los 300 millones de dólares enviados a sus familias desde el exterior, ayudan a que se amortigüe parte de los 1.700 millones de dólares de pérdida de la balanza comercial: España exporta españoles e importa turistas: son dos fuentes de divisas"...

Al lado de la realidad fastuosa para recibir y atender a los turistas, en playas alucinantes de belleza, algunas de las cuales situadas en los lugares de mayor miseria del pueblo español, se alza dolorosa la realidad trágica del "subdesarrollo" de la nación, de la explotación y pobreza del pueblo, frente al privilegio de la burocracia del régimen y de la minoría plutocrática. El salario mínimo de un obrero español cubre menos de la mitad del costo de la vida reconocido en las cifras oficiales. En un párrafo de síntesis, escribe el autor: "Mientras millones de españoles carecen de un hogar decente y otros pagan por el alquiler la mitad de su salario, la especulación inmobiliaria prospera a sus anchas a costa del turismo, y la vivienda sufre un alza exorbitante de precios. Sí, el país produce sus propios Dodge Dart y Renault Dauphine, pero hay a la vez millones de minifundistas tan pobres, tan estrangulados por los intermediarios, tan condenados a los caprichos de la tierra y del cielo, que no pueden ni pagar impuestos. En el campo español, cinco millones de familias son propietarias de menos de una hectárea de tierra, a la que ni siquiera pueden arrancar los frutos necesarios para su subsistencia: muchas abandonan ese océano de pobreza y huyen a los islotes de prosperidad, los centros industriales, las ciudades: allí, cien familias controlan el ochenta por ciento del capital total de las sociedades anónimas; allí, los obreros andaluces legendariamente "haraganes", trabajan doce horas por día y pagan a los prestamistas de mano de obra más de la mitad de lo que ganan".

Esta contradictoria y trágica realidad nutre un descontento generalizado, forma un subterráneo y poderoso movimiento de resistencia, que ya demuestra su espíritu de lucha en las huelgas, en la organización sindical, en las protestas constantes y ruidosas de los estudiantes, en el desconcierto y temor en el personal gobernante, en la actitud de crítica y rebelión de singulares y numerosas personalidades de las clases altas, sensibles al desmoronamiento del régimen y al aumento de la marea popular...

Es un ensayo luminoso para comprender el fondo de la tragedia actual de España, de lectura grata y provechosa.

Algunos problemas teóricos del socialismo

ARAUCO N°88 mayo 1967

La democracia es una conquista y una creación continuas. En una sociedad donde una clase explota a otra, la democracia y la libertad se encuentran disminuidas y limitadas; asimismo donde el Estado se ha fortalecido, concentrando todo el poder económico, social y político.

A raíz de las experiencias contemporáneas ha quedado de manifiesto que la posibilidad de democracia o de dictadura, como forma de Estado, está presente tanto en el sistema capitalista como en el sistema socialista.

Todo estado burgués es, en última instancia, un instrumento de la dominación de la clase hegemónica, pero, al mismo tiempo, en el seno del capitalismo avanzado, es preciso distinguir la diferencia existente entre un sistema de democracia parlamentaria y un sistema de dictadura fascista. La democracia parlamentaria permite el funcionamiento de las libertades burguesas iniciales, logradas en su lucha contra el feudalismo y el absolutismo, y las garantías legales obtenidas por el movimiento obrero en su tenaz contienda contra la burguesía. Ya no son libertades burguesas, ajenas al movimiento obrero, sino libertades democráticas del pueblo, conseguidas, mantenidas y ampliadas por sus costosas y, a menudo, sangrientas batallas. La dictadura fascista arrasa con todas las libertades públicas y las sustituye por la

represión y el terror, por los campos de concentración y la muerte. La experiencia del fascismo obliga, entonces, a distinguir con claridad en el seno del capitalismo demo-burgués entre la democracia y la dictadura.

Por la razón anterior, en el régimen capitalista avanzado, el movimiento obrero lucha por el socialismo en la medida que éste le abre perspectivas amplias para una democracia más perfecta que aquella en la cual vive. Esta finalidad se afirma y extiende frente a una nueva situación: en el régimen socialista, tal como sucede en el capitalista, pueden existir diferentes sistemas políticos. La experiencia del estalinismo (modalidad del culto a la personalidad), señaló que dentro del socialismo puede imperar un modo dictatorial basado en la violencia directa de los órganos de represión de la élite dominante, violando abiertamente la legalidad socialista. El estalinismo mostró la existencia de campos de concentración, no solo para los representantes de las clases derrocadas, sino también para los miembros de la clase obrera, del campesinado, de los intelectuales avanzados, para los socialistas y los comunistas y, por lo tanto, mostró que en un sistema socialista, los derechos democráticos de los ciudadanos, proclamados formalmente, pueden ser adulterados y abrogados con las maquinaciones políticas y violados brutalmente con instrumentos de represión. Si los "campos de concentración nazis" han llegado a ser un símbolo de la monstruosidad alcanzada por la violencia de un régimen dictatorial en la sociedad capitalista, "las purgas de Stalin" se han convertido en un término representativo de una terrible realidad ligada a la dictadura en el socialismo, por lo cual ha desacreditado de manera profunda el socialismo en los países democráticos.

De esa experiencia deriva otra implicación trascendental, como en el ideario socialista se define su forma política como una "dictadura del proletariado", para muchos observadores un régimen socialista significa concreta e ineludiblemente un sistema dictatorial y tiránico, como el estalinista. Entonces, el término dictadura del proletariado, aparece comprometido y repudiado a causa de la violación de la democracia en los países que se proclaman socialistas, durante el largo período estalinista y, en primer lugar, en el principal, la URSS.

El problema adquiere extraordinaria gravedad; porque aun en las condiciones de una revolución pacífica es necesario seguir elaborando la concepción de la "dictadura del proletariado" como parte integrante de la teoría marxista del Estado. Aun en tales condiciones el poder sigue siendo la cuestión principal; es decir, la organización del proletariado en clase dominante. El proletariado debe primero conquistar el poder político, el Estado, no para abolirlo inmediatamente, sino para utilizarlo en la solución de las contradicciones de la sociedad clasista existente, en su interés, esto es, en el interés de la mayoría, y de la construcción consciente de la sociedad socialista sin clases, pues ese es el sentido y el fin último de la lucha política de la clase trabajadora, (el poder político en el sentido de la dominación coactiva sobre los hombres es una categoría histórica ligada a la sociedad de clases, y no un atributo perpetuo de la sociedad humana en general; en la sociedad socialista sin clases la gestión social directa de las cosas sustituirá la dominación política sobre los hombres).

Después del triunfo del socialismo, la organización del poder político estatal debe corresponder a la doble exigencia de ser estructurado de tal modo que haga posible la influencia directa y decisiva de los trabajadores en la conducción de los asuntos sociales, y de facilitar el proceso natural de su propia extinción. O sea, la democracia directa, y más plena, es la forma legítima de la organización política del estado socialista.

En el presente, cuando la historia ha demostrado que también en una sociedad socialista puede existir un régimen de dictadura, después de la experiencia estalinista, al hablar de dictadura del proletariado, lo hacemos en el claro sentido de "gobierno de la clase trabajadora", sin identificarlo, en la menor concesión, con el concepto de sistema dictatorial. El socialismo y el gobierno del proletariado rechazan la dictadura de una persona, de una capa de la burocracia, o de cualquier grupo social, porque es opuesta a lo entendido por Marx en su frase "dictadura del proletariado", como concepción del poder de la clase obrera y demás masas trabajadoras.

Marx expuso su fórmula de la dictadura del proletariado en oposición a la dictadura de la burguesía y no como contraria de la democracia. En la actualidad, al insistir en la proclamación a secas del término "dictadura del proletariado" adherimos a algo condenado por la experiencia histórica y enemiga de la esencia democrática del socialismo y, además, a algo identificado por la opinión pública con un régimen dictatorial de tipo estalinista.

En vista de lo expresado, el Partido Socialista de Chile lucha por establecer una sociedad socialista por medio de la acción organizada de los trabajadores manuales e intelectuales; de obreros, campesinos, técnicos, empleados y profesionales, hombres, mujeres y jóvenes, para dar forma a una República Democrática de Trabajadores, pluripartidista. Y en cuanto a él, como partido, practica una disciplina consciente y una vida interna dinámica.

Hace suyas las palabras de Engels en una carta a Bebel: "¿Cuál es la diferencia entre ustedes y Puttkamer (ministro prusiano del Interior y enemigo acérrimo de la socialdemocracia), si ustedes aprueban leyes antisocialistas contra sus propios camaradas? A mí, personalmente, no me importa. No hay partido en el mundo que pueda condenarme al silencio cuando estoy resuelto a hablar... Ustedes —el partido— necesitan la ciencia socialista, y esa ciencia no puede existir a no ser que haya libertad en el partido". (Citado por Gustav Meyer en su biografía de Engels).

En una sociedad socialista, unipartidista o pluripartidista, el gobierno de la clase trabajadora deberá actuar para impedir el retorno al poder de la clase derrocada, de la burguesía y, al mismo tiempo, para desarrollar las relaciones sociales socialistas y ampliar constantemente la democracia directa. Las clases derrocadas se encontrarán constreñidas, sin necesidad de la violencia física contra sus miembros, por la presión de la nueva legislación socialista y las variadas formas de organización y de actuación de las fuerzas políticas del socialismo y de las masas trabajadoras. La clase trabajadora se transformará realmente en clase dominante, en forma directa, y no tan solo a través de sus representantes, en base de una profunda socialización de la política del poder, y de la economía, o sea, llegará a las más amplias formas de democracia directa.

A muchos parecerá ocioso este debate, pero no ocurre así, dada la proximidad de la victoria del socialismo y de la clase trabajadora. Aunque se admita la posibilidad de diversos caminos al socialismo, el resultado final será una u otra forma de gobierno del proletariado y demás clases laboriosas. Es imposible eludir, entonces el examen del término "dictadura del proletariado" y al enfrentarlo, en la actualidad, no se puede discutir sobre él, en ningún sitio, como si el estalinismo no hubiera existido. Ni tampoco es posible dejar de considerar el régimen de la URSS, sus fundamentos y su trayectoria, por tratarse de la principal potencia socialista, y donde se dio el ejemplo más drástico de que un sistema social socialista también puede engendrar un régimen de violencia y desafuero, de tiranía implacable, característico del período llamado de "culto a la personalidad".

Es urgente llegar a una conclusión clara en este asunto. En la Conferencia Nacional del Partido Comunista de Noruega, en diciembre de 1965, según su presidente, Reidar Larsen, el PCN rechazó en su programa el término "dictadura del proletariado" y lo sustituyó por el "poder de la clase obrera", a causa de que tanto la propaganda democrático-burguesa como el abuso de poder en algunos países socialistas, habían adulterado aquel concepto haciéndolo indeseable y corruptor.

Según Gustav Meyer, en la década de 1840 se entendía por socialismo, en Alemania, la lucha por la transformación pacífica de la sociedad, y por comunismo, el esfuerzo llevado a cabo por asociaciones proletarias secretas para destruir la sociedad capitalista. Marx y Engels se definieron como comunistas para acentuar sus concepciones filosóficas y políticas revolucionarias, vinculadas a los intereses del proletariado, frente a las diversas agrupaciones socialistas utopistas, desligadas de la actividad de la clase trabajadora, y cuyas doctrinas habían penetrado hasta en los salones aristocráticos. Con el tiempo, las doctrinas del socialismo científico y revolucionario de Marx y Engels, nutrieron la teoría y el programa de los partidos socialistas de la II Internacional, la llamada socialdemocracia; pero, desde comienzos del presente siglo, se extendió una corriente revisionista, encabezada por Eduardo Bernstein e influida por los éxitos electorales y la conquista de diversas reformas sociales de la socialdemocracia alemana, sometiendo a crítica las concepciones revolucionarias de Marx (a su juicio el socialismo podría implantarse por la vía pacífica utilizando los medios electorales directos por la actividad reformista y evolutiva) y, al mismo tiempo, señalando que la evolución del capitalismo contradecía o negaba muchas de las afirmaciones más rotundas de Marx. Sin embargo, la guerra mundial de 1914 demostró una vez más las incurables contradicciones del sistema capitalista y dieron la razón a quienes se mantuvieron fieles a la ortodoxia marxista, como Rosa Luxemburgo y Lenin.

Desde la toma del poder en Rusia, en octubre de 1917, por el partido bolchevique, por decisión de Lenin éste se transformó en Partido Comunista y, a su vez, creó la III Internacional Comunista. A partir de esa fecha, el comunismo entró a existir como teoría, programa y política claramente diferenciado del socialismo clásico. El régimen comunista y los partidos comunistas de la III Internacional se proclamaron los verdaderos representantes de las doctrinas marxistas y del socialismo en general. Pero pronto, el comunismo como sistema resultó estar bastante alejado del auténtico patrimonio del socialismo marxista y su experiencia demostró la imposibilidad de la liberación económica, social y espiritual del hombre, aunque se elimine la propiedad privada de los medios de producción y se aplaste a la burguesía, si se da vida a una economía centralizada y se fortalece el poder del Estado, pues tales medidas desembocan en un régimen de capitalismo de estado y de burocratismo social y político, y el fin de rescatar al hombre, económica y socialmente enajenado, para devolverle a la plena integridad de sí mismo, se convirtió en una realidad opuesta, creándose un sistema opresivo, aniquilador de la iniciativa y de la voluntad de las masas y de la libertad. En vez de la extinción del poder del hombre sobre el hombre se levantó un estado despótico que sometió al hombre a una mayor servidumbre.

Marx y Engels poseyeron un irreductible espíritu revolucionario y democrático, anticapitalista, y fueron enemigos del aplastante poder del Estado y, en general, de toda opresión y verdaderos adalides de la emancipación de las clases trabajadoras y de la sociedad entera; y campeones denodados de la libertad y de la dignidad del hombre. (Yo llamo revolución, decía Marx, a la conversión de todos los corazones y al alzamiento de todas las manos en defensa del honor del hombre). El sistema comunista soviético se alejó de los valores humanistas, revolucionarios y democráticos, de las concepciones marxistas, entrañando un nuevo revisionismo que alcanzó su expresión más radical durante el gobierno de Stalin y de su régimen de "culto a la personalidad".

Aunque los escolásticos soviéticos envolvieron el estalinismo con abundantes citas de Marx y Engels y lo proclamaron expresión legítima y fiel de sus doctrinas, en verdad significó un nuevo y temible revisionismo que asimiló la práctica de las teorías de Marx a una simple experiencia de tiranía terrorista y a un cruel régimen de esclavitud industrial y de explotación del trabajo humano.

El Partido Socialista de Chile rechazó, desde su nacimiento, tanto el revisionismo de la socialdemocracia como el revisionismo del estalinismo Al primero por su reformismo infecundo, adulterador del contenido revolucionario del marxismo; y al segundo por su despotismo estatal y por las diversas deformaciones introducidas en la interpretación y en la práctica del marxismo.

En primer término, el PS, no acepta una interpretación oficial de la doctrina marxista ni una fijación dogmática de sus principios y, por lo tanto, rechaza la acusación de "revisionismo" a los movimientos socialistas y revolucionarios preocupados de enriquecerla y de adecuarlas a las nuevas experiencias y situaciones, proclamando la posibilidad de diversas vías hacia el socialismo. Por el contrario, acusa como posición típicamente revisionista la del estalinismo y su correspondiente sistema de culto a la personalidad. En segundo término, respecto de las desviaciones de la práctica estalinista, el PS, no acepta el debilitamiento de la lucha de clases en aras de la contienda entre naciones o bloques de naciones, ni el reemplazo del internacionalismo proletario por el nacionalismo soviético u otro; rechaza la política de colaboración de clases, como la contenida en las tácticas de frente popular, alianza democrática o frente de liberación nacional, y se mantiene leal a la política revolucionaria de clase, de acuerdo con la fórmula marxista: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. En la construcción de la sociedad socialista, no acepta la entrega de los medios de producción al Estado y la administración de éstos por una capa tecno-burocrática, porque ello elimina la gestión de la clase trabajadora y la transforma solamente en asalariada del Estado; tampoco tolera la constitución de un régimen de capitalismo de Estado burocrático, con una economía cuya finalidad principal es el desarrollo industrial y tecnológico, el armamentismo y la cohetería espacial, mientras se traduce para las clases laboriosas en una fuerte explotación del trabajo y en un bajo nivel de vida. Asimismo, rechaza el robustecimiento del poder del Estado y el culto a la personalidad, porque supone una dictadura implacable sobre toda la sociedad; un despotismo incompatible con los fines liberadores del socialismo; y tal rechazo implica su repudio a la dictadura y el monopolismo político e ideológico, y la correspondiente eliminación de los partidos que expresan las diversas corrientes de la actividad y del pensamiento de las clases trabajadoras, de la democracia y de la fraternidad revolucionarias. Igualmente se opone a la supresión de las huelgas y al manejo de la organización internacional del proletariado al servicio de los intereses nacionales de una potencia-guía, en vista de conducir directamente al hegemonismo y al anexionismo.

El PS, al mismo tiempo, señaló las consecuencias negativas del revisionismo estalinista: en el plano filosófico: esterilidad del pensamiento teórico y predominio del dogmatismo y la escolástica; cultura dirigida e intervención en el plano de la creación artística y literaria, (el mal llamado "realismo socialista''); regresión del pensamiento marxista hacia la apología y defensa de las relaciones burocráticas de capitalismo de Estado, del despotismo estatal, y del culto de la personalidad, del conformismo ideológico y del chauvinismo soviético; en el plano sociológico, sojuzgamiento de la clase trabajadora por el Estado y exaltación de este como potencia autónoma de la sociedad; eliminación de libertad y atropello constante de la persona; el individuo queda indefenso ante el Estado todopoderoso; en el plano económico: predominio de una vasta burocracia con las características de una "nueva clase" privilegiada; y sacrificio del nivel de vida, del poder consumidor y del bienestar de los trabajadores, para

crear una economía de Estado en vista a un mayor poderío industrial y militar; en el plano político oportunismo político en defensa de los intereses hegemónicos del estalinismo hasta llegar a pactos antipopulares y combinaciones reaccionarias, (como en los casos de la alianza con el nazismo para destruir la socialdemocracia, facilitando el triunfo de Hitler; de la imposición del frente popular como alianza de los partidos obreros con las agrupaciones democrático-burguesas para detener el fascismo; el pacto nazi-soviético, que selló una alianza entre el estalinismo y el fascismo, lo cual permitió el desencadenamiento de la segunda guerra mundial y, a consecuencia de los triunfos de Hitler y su ataque a la URSS, nueva alianza con las democracias capitalistas, y como resultado de la victoria contra el fascismo, expansionismo y atropello del principio socialista de la libre determinación de los pueblos).

El PS, a pesar de algunos errores en su vida política, de acuerdo con su declaración de principios, ha sostenido su fidelidad al marxismo, y la ha concretado en la defensa intransigente de los siguientes puntos básicos; adhesión al principio dialéctico del constante devenir de los procesos humanos: sociales, políticos, ideológicos y aplicación crítica de ese principio a dichos procesos; consonancia entre la filosofía y la práctica, entre la teoría y la praxis; reconocimiento de la lucha de clases y solo la clase trabajadora es revolucionaria; únicamente su acción logrará destruir el sistema capitalista y asegurar su emancipación; y defensa y práctica del internacionalismo proletario; socialización de los medios de producción y administración de ellos por los trabajadores organizados, como la única forma de una economía de bienestar y de una democracia económica; debilitamiento del Estado por la entrega de las actividades económicas a la sociedad a través de los sindicatos y consejos obreros, y la descentralización de las funciones políticas por medio del engranaje de las comunas y los consejos de ciudadanos, como únicos fundamentos de un gobierno democrático del pueblo. Por lo tanto, no acepta la dictadura de un partido monolítico, (en nombre de la dictadura del proletariado), confundido con el aparato estatal, pudiendo existir otros partidos de trabajadores y, al mismo tiempo, practica el respeto y fortalecimiento de la organización sindical y del derecho a huelga. Tiende a la eliminación de todo sistema policial terrorista, al amplio ejercicio de las libertades públicas de creación artística y literaria, y todo concebido como los factores del funcionamiento de una real democracia política, popular y revolucionaria.

En cuanto al método para llegar a la edificación de esa sociedad, plantea la práctica de una política revolucionaria basada en un Frente de Trabajadores manuales e intelectuales y la constitución de una República Democrática de Trabajadores. La revolución socialista en nuestra época progresa desde la periferia compuesta por los pueblos coloniales y semicoloniales hacia el centro ocupado por los países capitalistas, avanzados y la ciudadela imperialista de los EEUU, en último lugar. La revolución socialista puede comenzar y progresar apoyada en el campesinado y ser respaldada por la clase obrera de las ciudades donde reside la fuerza más poderosa del enemigo capitalista. El PS de Chile rehúsa toda ejecutoria a cualquier alianza con sectores burgueses y niega la existencia de una burguesía progresista, pues toda ella está comprometida con el imperialismo. Solo una política revolucionaria, afirmada en el proletariado, el campesinado y los estudiantes e intelectuales, podrá triunfar en los países subdesarrollados y transformar el régimen de dominio de la clase terrateniente, de la burguesía y la penetración imperialista, en otro socialista y popular. Por eso denuncia la táctica de “frente de liberación nacional”, llamando a la burguesía progresista a unirse a las clases trabajadoras en la lucha contra el capitalismo, como una contradicción con cualquier posición antiimperialista y una carencia de identidad de intereses entre esa consigna y las clases trabajadoras.

El régimen colonial español y la enseñanza en Chile

Capítulos del libro en preparación de Julio César Jobet: “Ensayo crítico del desarrollo y la orientación de la enseñanza en Chile”.

ARAUCO N°89 junio 1967

I

España y Portugal llegaron a América en 1492. Aunque Europa, entonces, evolucionaba hacia el sistema capitalista, la estructura de la sociedad permanecía siendo feudal en sus fundamentos, con una aristocracia pequeña sostenida por una amplia base de siervos campesinos. En Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y España persistían los rasgos de la organización feudal medieval, no obstante la formación de una poderosa burguesía mercantil en las ciudades, en pleno auge desde el término de las Cruzadas. La universalidad del cristianismo católico en el occidente europeo era indiscutible, y en lo intelectual, se aceptaban la filosofía y la teología como las más altas expresiones de la actividad mental. En todas partes la enseñanza era autoritaria y escolástica, y el latín constituía su instrumento universal. La ciencia y el experimentalismo apenas se insinuaban y en ningún caso amenazaban las viejas convicciones. Bajo la influencia de esa realidad socio-económica e intelectual empezó a constituirse la América luso-hispana.

En el lapso transcurrido entre los viajes de Colón y el fin de la conquista de América, en Europa occidental se desintegró la estructura feudal; un agresivo capitalismo comercial-financiero superó al primitivo capitalismo agrario-comercial; y una poderosa burguesía entró a disputar el poder y la influencia de la aristocracia. En el plano cultural, el humanismo renacentista sometió a crítica implacable el escolasticismo y la rebelión luterano-calvinista dividió la iglesia universal en dos bandos enemigos irreconciliables. En resumen, en el siglo XVI, Europa occidental presenció el advenimiento del capitalismo y la ascensión de la burguesía; la reforma protestante; la extensión del humanismo y el renacimiento; y el desarrollo del conocimiento del mundo físico. El universo tolemaico, con la tierra como eje, fue sustituido por el universo copernicano, en el cual la tierra es un modesto planeta en el inmenso sistema solar. Los viejos conceptos físicos e intelectuales de Europa medieval se desmoronaban y desaparecían.

En esa gran crisis social, cultural e ideológica, verdadera revolución, España mantuvo la ortodoxia medieval en materia social y religiosa, constriñendo o reprimiendo toda discusión y progreso. Pasó a ser el baluarte de la contrarrevolución ahogando incluso sus fuerzas progresistas internas, sus instituciones de libertad y sus ideas avanzadas. Los Austrias fueron incapaces de crear un nuevo régimen económico-social, de tipo capitalista, avanzado y dinámico, a pesar de las bases de tal índole existentes en diversas regiones de la península y del inmenso imperio formado en América. El Gobierno español fue el único de Europa que expulsó a los judíos de su territorio; luego, aplastó a los moriscos y a importantes sectores de su floreciente burguesía comercial. En lo ideológico, el neoescolasticismo combatió el desarrollo de la ciencia y las doctrinas, tanto en física como en filosofía, se defendían de la posibilidad de una prueba racional y quedaban relegadas al campo de los dogmas irrefutables. La fe predominaba en todo sobre la razón. España consumió su potencia en mantener su hegemonía política y religiosa, absorbida solo por afirmar y extender el concepto de autoridad absoluta y eterna, y por la preocupación religiosa. Sus capas dirigentes se agostaron encerradas en el absolutismo, en el militarismo y en el fanatismo, y por tal razón, terminadas las guerras de religión, no percibieron las profundas transformaciones económicas y sociales de Europa; y fueron incapaces de promover el desarrollo material, apoyado por el gobierno, sobre la

base de establecer industrias y aplicar las nuevas técnicas introducidas en diversos países del Continente. La monarquía de los Austrias no supo proteger y alentar las empresas de su burguesía nacional ni intentó crear una moderna economía ni en la Península ni en América, estimulando un avance industrial organizado y una correspondiente enseñanza técnica. En resumen, su actitud conservadora y reaccionaria impidió el progreso amplio de la metrópoli española y de sus colonias americanas.

Los rasgos generales de la política económica de España en las Indias los resume el tratadista José María Ots Capdequi en las siguientes líneas: "Política inspirada en Europa en la época de los grandes descubrimientos en el nuevo continente. Dos fueron sus principios reguladores: el exclusivismo colonial y la llamada teoría de los metales preciosos. Basados en ellos, los monarcas españoles declararon los territorios de las Indias coto cerrado, abierto sólo a los vasallos de la Corona de Castilla y vedado a los súbditos de potencias extranjeras. El intervencionismo económico del Estado español en los territorios coloniales se acusó con un proteccionismo manifiesto hacia las actividades mineras para fomentar el envío a la Metrópoli de los metales preciosos, con menoscabo evidente de las explotaciones agrícolas e industriales. Desde el punto de vista comercial las colonias hispanoamericanas fueron consideradas como un simple mercado complementario de la economía peninsular, reservado exclusivamente, como ya hemos dicho, a los comerciantes de la Metrópoli. A cargo de éstos había de correr la exportación a las Indias de todos los productos agrícolas o manufacturados de Europa, necesarios para la vida de las nacientes poblaciones. La economía de las colonias hubo de orientarse, en consecuencia, en el sentido de producir solo aquellas mercaderías de que se carecía en España: oro, principalmente, y otros metales preciosos, especiería, etc., y que nunca habrían de presentar competencia ruinosa a la producción peninsular. El transporte de unas y otras mercaderías había de hacerse, exclusivamente, en naves españolas. El oro y los demás metales preciosos fueron considerados como la base más sólida y positiva de riqueza en sí y no como lo que realmente eran, meros símbolos de bienestar económico o instrumentos de cambio muy codiciado y valioso. Se intensificó por todos los medios su producción y transporte a España y se procuró su retención allí prohibiendo su exportación a las otras naciones europeas. Las consecuencias de esta política, equivocada en todo caso, y más en un país como Castilla, de economía pobre y de industria tan rudimentaria, no tardaron en hacerse sentir. La producción industrial española, que no bastaba para satisfacer las exigencias del mercado interior, mal podía cubrir las necesidades cada día aumentadas de sus mercados coloniales. Hubo necesidad de acudir a otros centros de producción europeos y, en este forzado intercambio de productos, España hubo de ceder, al cabo, su mercadería más preciada: el oro importado de las Indias. Todo ello con daño evidente de la economía nacional, abandonadas sus verdaderas fuentes naturales de riqueza y en provecho exclusivo de las grandes dinastías de mercaderes, de origen extranjero, radicadas en Sevilla".[23]

Aunque el régimen económico de las colonias americanas se estructuró sobre los principios del mercantilismo, España lo aplicó en forma restrictiva y lo redujo a un proteccionismo aduanero, para acumular dinero y hacer efectiva la teoría de los metales preciosos. Las autoridades españolas no dedicaron ninguna atención ni estímulo al aumento de la población, a la creación de industrias, a la formación de una flota mercante y a la organización de una educación realista, modalidades esenciales del mercantilismo.

Pero los errores y torpezas de los Habsburgo el filón argentífero de América no benefició a España y, por el contrario, se derramó por Europa en provecho de sus países rivales: "la gigantesca riqueza que entró

[23] "El Estado español en las Indias", 1941, págs. 44-45.

de súbito a una Castilla pobre y aún medieval en su economía, a comienzos del siglo XVI, corriente que alcanza límites casi inconcebibles al promediar esa centuria con Potosí y Zacatecas, trastornó la existencia social sin que se fijara una política económica que, en resumen, llevó a España entera al empobrecimiento y decadencia de su potencial productor y manufacturero". Fue Europa y no la Península la que recibió la plata y el oro de América, enriqueciendo las arcas del Hansa y las repúblicas comerciales italianas, y ayudando a la extensión industrial de los Países Bajos. La plata americana fue un duro golpe para el proceso económico-social español, cuyos efectos negativos se prolongaron en forma incalculable; en cambio aceleró la eliminación del feudalismo subsistente en el Occidente europeo, donde se afirmó un capitalismo dinámico y vigoroso. Numerosos tratadistas de la época señalaron los peligros de la inflación y el estancamiento si no se tomaban medidas acertadas, y entre ellas: dignificación de los sectores productores y mercantiles, dándoles injerencia en los asuntos estatales; supresión de las aduanas interiores en la Península; protección a las industrias de metales, lanas y sederías; desarrollo de la educación; subordinación de la política continental a los requerimientos de buenas normas en el manejo colonial.

En síntesis, el régimen colonial impuesto por España resultó de la expansión mundial del mercantilismo, o sea, del capitalismo en su fase comercial. El sistema de producción para el mercado internacional y el sistema de explotación de la mano de obra indígena y, por tanto, su incorporación al régimen de economía monetaria imperante en el mundo, demuestran la esencia capitalista de la colonización española. España trasladó su estructura económica y social propia de un incipiente régimen capitalista, con rezagos feudales, a América. Impuso un sistema colonial que aisló a América por medio de leyes de monopolio comercial y administrativo; la limitación del comercio inter-colonial, la prohibición del establecimiento de cultivos e industrias competitivos de la metrópoli, la imposición de tributos onerosos; restricciones a la navegación y a la entrada de extranjeros; control severo sobre la conciencia de los individuos, los libros y la cultura, por medio de la Inquisición y la censura en manos de la Iglesia, y una educación escasa, también en manos de la Iglesia, desvinculada completamente de las exigencias de la vida real.

Muchos escritores, basándose en que, en los primeros años de la conquista, el repartimiento y la encomienda adoptaron un carácter externamente feudal y, luego, se formó una aristocracia terrateniente local, con títulos de nobleza, han definido el régimen colonial como semifeudal o, simplemente, feudal. Pero la Corona española no estimuló el surgimiento de una capa de señores feudales, desconocedores de su autoridad central. Por eso constituyó una fuerte administración, en manos de españoles peninsulares, con el fin de controlar los brotes feudales. Todos los funcionarios del aparato administrativo eran nombrados por el Rey. Los encomenderos no eran dueños de los indios ni podían impartir justicia sobre ellos, porque el indio no era siervo del encomendero sino súbdito del Rey.

El erudito investigador argentino, Sergio Bagú, llega a conclusiones inobjetables sobre las características del régimen colonial de América, como típicas de un capitalismo primitivo. A quienes consideran que la existencia en América de una numerosa población de indios sedentarios y, luego, de elementos mestizos facilitó la continuidad de la estructura feudal, visiblemente en decadencia en Europa, prolongándose aquí con nueva vida y convirtiéndola en la herencia de la América hispana moderna, les responde que "el predominio de la esclavitud y del salario a la vez que la escasa importancia de la servidumbre —en el sentido histórico-económico— nos confirma en la creencia de que el régimen colonial del trabajo se asemeja mucho más al capitalismo que al feudalismo". Bagú, en general, arriba a la conclusión de que "en España y en Portugal no llegó a enraizar una economía moderna de bases capitalistas ni a la hora de

consolidar la unidad nacional, ni en los años posteriores de la monarquía absoluta. Lo que hubo de tal solo afectó la periferia del organismo ibérico, que continuó arrastrando una estructura de inconmovible reminiscencia feudal. La persecución política y religiosa, de tal manera extrema hirió las fuentes productivas, que jamás ambas metrópolis lograron superar sus deletéreos efectos"... Pero el régimen instaurado por las metrópolis ibéricas en América "no fue feudalismo... sino capitalismo colonial. No hubo servidumbre en vasta escala, sino esclavitud con múltiples matices, oculta a menudo bajo complejas y engañosas formulaciones jurídicas. Iberoamérica nace para integrar el ciclo del capitalismo naciente, no para prolongar el agónico ciclo feudal"... Y, en el sistema impuesto, "malas fueron las condiciones de labor y de vida del trabajador colonial. Bajos, el índice de productividad y la calidad de la mano de obra. Injusta, la organización social. Ausente de sentido ético, el régimen de trabajo y de distribución de los bienes". [24]

En el terreno político y moral los sostenedores del orden económico-social colonial fueron la Monarquía y la Iglesia Católica, columnas irreductibles del despotismo metropolitano. En este aspecto fue de una amplitud desmesurada el poder espiritual y material de la Iglesia Católica. A partir de la Contra-Reforma, la nación española se transformó en el baluarte de la Iglesia Católica, (ecuménica), y como fiel expresión de su pensamiento y de sus dogmas, los defendió con ardor, por haberlos hecho suyos, y trató de extenderlos por medio de la fuerza armada, de las leyes y de la Inquisición. De esta suerte, la religión lo penetró y reguló todo; sus habitantes cumplían celosamente los complicados preceptos mandados por la Santa Iglesia, y la legislación dictada reflejó los intereses de la Monarquía y de la Iglesia. Las colonias americanas fueron organizadas como la prolongación de esa comunidad cristiano-católica, cuyo centro era España. El primer libro de la Recopilación de Leyes de Indias así lo contemplaba; "Les mandamos a los naturales españoles y a otros cualesquiera cristianos de diferentes provincias y naciones estantes o habitantes en los dichos nuestros reinos y señoríos, islas y tierras firmes que regenerados por el santo sacramento del bautismo, hubieran recibido la santa fe, que simplemente crean y simplemente confiesen el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, los artículos de la Santa Fe, y todo lo que tiene, enseña y predica la Santa Madre Iglesia Católica y Romana y si con ánimo pertinaz y obstinado errasen y mueren endurecidos en no tener y creer lo que la Santa Madre Iglesia tiene y enseña, sean castigados en las penas impuestas por derecho según y en los casos que en él se contienen". La religión católica se impuso; su ritual se cumplió en forma rigurosa y no se abrió la menor brecha protestante en su vasto dominio del Nuevo Mundo.

Su poder no fue solamente espiritual; también se transformó en una inmensa potencia económica. La apropiación de la tierra y el sometimiento de la masa aborigen, a través de los repartimientos y encomiendas, constituyeron la gran propiedad de los españoles y criollos, y también benefició a la Iglesia. Al lado del latifundio civil surgió el latifundio eclesiástico. Por medio de mercedes reales se entregaban tierras para la construcción de iglesias, conventos, hospitales; y donativos privados incrementaban su poderío. Con frecuencia españoles de gran fortuna, amasada con la explotación de innumerables peones, al morir testaban en favor de la iglesia, dándole haciendas en plena producción, bienes raíces, dinero efectivo. Las mercedes reales, los donativos, el diezmo, los derechos parroquiales y las especulaciones financieras convirtieron a la Iglesia en terrateniente formidable y fuente de crédito. Al mismo tiempo, la Iglesia, propagaba la exacerbación del fanatismo religioso y, por su control de la enseñanza, impartía una educación religiosa escolástica, divorciada de las exigencias de la vida cotidiana.

[24] "Economía de la Sociedad Colonial", 1949.

Se ofreció un sorprendente dualismo de la Iglesia: goce de una inmensa riqueza material y habilidad para los negocios terrenales, junto a una actividad religiosa intensa en la preparación para la vida ultraterrena y en una educación formalista alejada de las necesidades reales, de efectos dañinos para el verdadero progreso de la sociedad. Los jesuitas, los mejores educadores de la época, fueron celosos guardianes del poder monárquico, del dogma de la Majestad Real, y su actividad educacional tendió a formar, exclusivamente, la minoría devota a la Monarquía y a la Iglesia Católica, sin el menor asomo de alguna preparación para la existencia concreta, útil; y, sin embargo, ellos levantaron un inmenso poder económico. El historiador Francisco A. Encina anota esta consecuencia perniciosa de aquella agobiadora religiosidad y de aquel dualismo señalado: "no pararon en esta influencia los efectos del predominio exaltado del sentimiento religioso: se produjo una combinación entre el desprecio del hidalgo y aún del pueblo, por el trabajo, y el desdén místico por la vida económica, que el español no percibe, pero que el extranjero capta con mucha nitidez en la literatura mística y profana y en los documentos del siglo XVII. El pueblo español encontró en la religión un justificativo al ocio y la mendicidad vagabunda; el sentimiento cristiano, no sólo los convierte en hechos naturales y lícitos, sino también en prácticas gratas a Dios. No sería justo omitir que, aisladamente, algunos clérigos y algunas órdenes intentaron reaccionar contra este concepto, pero su influencia se estrelló contra el sentimiento popular y contra, el grueso de los religiosos y eclesiásticos".[25]

En general el régimen colonial español se caracterizó por su descuido en organizar un sistema de enseñanza eficiente, hecho explicable, porque España no podía dar una educación que ella misma no tenía. Durante la Colonia, entonces, la enseñanza fue escasa y pobre y estuvo en manos de la Iglesia Católica. Por esa causa, su orientación fue exclusivamente religiosa, impregnada de escolasticismo, desligada del mundo circundante, formalista. Su contenido era medieval, dogmatizante, dispuesto para propagar la devoción y afirmar la intolerancia. La reducida enseñanza colonial, alejada de la realidad y fanatizadora, estuvo dirigida únicamente a extender la religiosidad católica y hacia la preparación de la minoría privilegiada para las funciones políticas de dominación.

En Chile, durante la Colonia, el tremendo retraso de la educación resultó, entonces, de la estructura general del régimen económico, social y político impuesto por España en América y, además, de las particularidades derivadas de la prolongada guerra de Arauco y de la enorme distancia del país de Europa. En las décadas del siglo XVI, a partir de 1541, año de la fundación de Santiago, la guerra de conquista absorbió la energía y las preocupaciones de la población de Chile, de los españoles y de los aborígenes y, por lo tanto, condicionó los diversos aspectos del desarrollo social.

Los primeros compañeros de Pedro de Valdivia alcanzaron a un centenar y medio, pero, en 1549, ese número subió a 500. Gran porción de ellos no sabía leer ni escribir, y otros apenas firmar su nombre. Aunque llegaron nuevos contingentes, muchos murieron en la guerra contra los araucanos. El más notable de los grupos de españoles entrados al país, en los comienzos de la conquista, fue el de don García Hurtado de Mendoza. Según el historiador Francisco A. Encina, en 1557, había alrededor de 1.000 habitantes formados casi exclusivamente por soldados; las mujeres y niños de sangre española casi no contaban. Pero en los cuarenta años corridos hasta 1598 se produjeron cambios importantes: los españoles doblaron su número, surgió la clase de los mestizos y disminuyó la cantidad de indios chilenos y de yanaconas de origen peruano, cuya traída se prohibió por La Gasea, en 1548. El aumento de la población provino principalmente de los refuerzos de soldados enviados de España y el Perú; el

[25] "Historia de Chile", vol. II, 29 edición, 1947, pág. 509

contingente de mujeres posiblemente no excedía el número de doscientas, y los niños de pura sangre española eran muy pocos; en cambio, el mestizo creció con rapidez. De acuerdo con las afirmaciones del historiador Encina, el español se ayuntó con cuanta india encontró a mano y hubo semanas en que parieron sesenta indias sólo entre las que tenían los soldados de Arauco en su campamento. Calcula entre treinta y cuarenta mil el número de mestizos nacidos entre 1542 y 1598, y entre 15 y 20.000 el de los mestizos vivos en ese último año.[26]

La cantidad de aborígenes descendió en forma impresionante. A fines del siglo XVI había cuatro mil naturales en los términos de Santiago contra sesenta mil existentes a la llegada de los españoles. Alrededor de 1590, fecha de la última gran epidemia de viruelas, aún quedaban de Copiapó a Magallanes, unos 600.000 indios, pero en 1610, su número no excedía de 480.000, y a lo menos el 90% estaba radicado al sur del Biobío. Para el historiador Encina, las causas más poderosas de la mortandad de los aborígenes se originaron en el hambre, el tifus y las viruelas y, a continuación, en los efectos directos e indirectos de la guerra.

Al finalizar el siglo XVI, un cálculo verosímil de la población de Chile arrojaría los siguientes guarismos: unos dos mil cuatrocientos españoles; unos cuatrocientos ochenta mil indígenas, radicados casi todos al sur del Biobío; unos diecisiete mil mestizos de españoles y de aborigen, y unos cinco mil negros, mulatos y zambos; en total unas quinientas cuatro mil cuatrocientas personas.

Diego Barros Arana estima la población viril de origen español en todo el reino de Chile, hacia 1583, en unos 1.100 hombres y, en 1592, su cálculo sube a 2.000, repartidos en diez aldeas. A Santiago correspondían unos 500 habitantes españoles o hijos de españoles. Según el testimonio de Alonso González Nájera, en “Desengaño y reparo de la guerra de Chile”, a comienzos del siglo XVII había, en el reino, un total de unas ochocientas casas, divididas entre las ciudades que resistieron a la gran rebelión de 1598 y años posteriores, de esta manera: La Serena, 150; Santiago, 300; Concepción, 150; Chillán, 100; y Castro, 100.

Se comprende, entonces, que en ese embrión de sociedad formado por algunos escasos cientos de hogares españoles puros y de unos pocos miles de mestizos, envueltos en una dura contienda por subsistir, afirmarse en la tierra y explotarla, edificar, abrir caminos... absorbidos por las preocupaciones de la constante gesta de Arauco, ahogando toda actividad ajena a la guerra, aislados de España, en extrema pobreza, sin medios materiales de ninguna especie, era imposible organizar la enseñanza, siquiera en su rama más elemental. En este campo la acción de los primeros conquistadores se redujo a su afán de enseñar a leer a sus hijos mestizos, y de los sacerdotes a tratar de adoctrinar a los indios. Se poseen algunas noticias de varios maestros de primeras letras y de gramática latina; del empeño del Cabildo de Santiago por tutelar el funcionamiento de escuelas primarias; y de la labor de las órdenes religiosas para enseñar la lectura y proyectar establecimientos de educación. Sobre la enseñanza en provincias, en el siglo XVI, casi no se encuentran noticias coherentes, aunque algunas nacientes ciudades eran tan importantes como Santiago, casos de Concepción y La Imperial, pero su situación no podía ser distinta a la de la capital. Sin duda, la educación sería escasa, elemental y esporádica, amenazada por las incursiones de los mapuches, las epidemias, los terremotos y las dificultades de todo orden...

II

[26] “Historia de Chile”, vol. II, cap. XXIII.

La concepción del Despotismo Ilustrado favorecía la secularización de la enseñanza y la necesidad de la libre competencia, y atacaba la enseñanza escolástica, renovando la lucha de los humanistas contra el latín medieval. Carlos III, en su Real Cédula del 5 de octubre de 1767, criticó oficialmente la docencia humanística de la época pasada. Desde la expulsión de los jesuitas se dio comienzo en las Universidades a un cambio, substituyéndose, en parte, las tendencias filosóficas medievales por las doctrinas de Descartes, Condillac, Locke y Rousseau, las cuales sacuden las bases del antiguo régimen.

El erudito hispanista francés Marcelín Defourneaux, en su minuciosa obra sobre "Pablo Olavide,[27] suministra datos interesantísimos acerca del ambiente social, político y cultural de España en la época del despotismo ilustrado, con motivo de haberse incorporado Olavide al grupo de los reformistas, quienes bajo la fórmula de "escuela y despensa", es decir, desarrollo de la economía y de la educación, pretendían reanimar a España. A raíz de la expulsión de los jesuitas, no sólo se planteó el problema de su reemplazo como educadores de la juventud; también impulsó a enfrentar una exigencia más amplia: la de la reforma y modernización de la enseñanza, especialmente la universitaria. Para los dirigentes iluministas la reforma de los estudios superiores aparecía como el medio más seguro para formar los "hombres ilustrados" que guiarían a España en la vía del resurgimiento. Las soluciones propuestas tuvieron una doble orientación: de una parte, crítica de los métodos envejecidos en uso y redacción de un plan de estudios concebido sobre las bases intelectuales nuevas. De otra parte, tendencia a una secularización de la enseñanza, y un sector pedía, incluso, la laicización total, por considerarla un servicio público en el cual el Estado posee el deber de intervenir para dar una "educación nacional" a quienes serán llamados a servirlo.

Olavide presentó al Consejo de Castilla una "Memoria..." sobre un "plan de reforma de la enseñanza superior" aplicable a todas las universidades de España. En él exponía, como condición previa, extirpar de la universidad el espíritu de partido y el espíritu escolástico; el primero derivado de la división entre escotistas, tomistas, jesuitas, baconistas, etc....; y el segundo, causante de la perversión del juicio, porque llevaba a la disputa sobre cuestiones, frívolas o inútiles, y en vez de buscar la verdad por medios simples, directos, científicos, pretendía encontrarla por una lógica embrollada, caprichosa, repleta de sofismas, oscurecedora del juicio, que habitúa a razonamientos falsos y aleja de la verdad. Defourneaux reproduce las palabras irónicas de Cadalso a propósito de la Universidad de Salamanca, dichas en 1773: "muy docta universidad, en la que no se enseña ni matemáticas, ni física, ni anatomía ni historia natural, ni lenguas orientales, ni ninguna frivolidad de este género, pero donde se fabrica gentes que con una voz inflada le formarán 77.777 silogismos en baralipton, frisomerum y sapesmo sobre la cuestión de saber cómo hablan los ángeles en sus reuniones, si los cielos están hechos de metal de campana o bien líquido como el vino más ligero y otras hermosas cosas de parecida utilidad".

Los estudios universitarios, entonces, eran inútiles y perjudiciales; no formaban ni filósofos, ni teólogos, ni médicos. Por eso era necesario extirpar las cuestiones escolásticas e introducir el cultivo de las ciencias. La nueva universidad, según Olavide, debería fundarse sobre dos principios: monopolio de la enseñanza superior en favor de los establecimientos instituidos o aprobados por el Estado; y autonomía interna de cada universidad. Concebía una reorganización completa de la enseñanza superior, colocándola bajo el control del gobierno como un servicio público destinado a formar y suministrar al Estado los hombres indispensables en la gran tarea de levantar a España. El Estado, entonces, sustituye a los cuerpos y organismos diversos (congregaciones, colegios, etc.) de los cuales dependían las antiguas

[27] "Pablo Olavide ou l'Afrancesado —1725 - 1803—", 1959.

universidades, y salvaguardaba el principio de la autonomía universitaria. Olavide llegaba a proponer la expulsión de todos los religiosos de la enseñanza de la universidad (aun como alumnos) como única manera de eliminar su espíritu escolástico.

A pesar del carácter radical del proyecto de Olavide, desde el punto de vista social, era aristocrático y selectivo, por cuanto únicamente consideraba la enseñanza universitaria para los sectores altos y las nuevas fuerzas sociales surgidas de las transformaciones económicas: la burguesía. En este aspecto expresa el criterio predominante entre los "espíritus ilustrados" franceses y españoles, los cuales anhelan la reforma de la enseñanza y de la universidad, pero, a la vez excluyen de sus beneficios a los pobres, a las clases laboriosas, consideradas como una mera masa dispersa de brazos para el trabajo, como mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda. En un trozo bastante claro y sugerente, manifiesta: "Sería una cosa mala para una nación permitir que el gusto de las letras arranque al joven del arado, del almacén o del taller para colocarlo en un colegio... No conviene al Estado que los pobres se destinen a los estudios, sino más bien que ellos sigan la profesión de sus padres, a fin de constituir los hombres más útiles a la sociedad, puesto que son ellos quienes la hacen vivir…"

En esa forma los estudios superiores se reservaban a la nobleza y a las familias ricas, en situación de pagar los gastos por ella exigidos. De tal suerte, por el dominio de la riqueza y de la educación por la clase pudiente, la sociedad "democrática" delineada en las ideas del siglo XVIII no cristalizó en una estructura económica y social correspondiente y, por el contrario, en el hecho se tornó oligárquica y plutocrática.

El proyecto de Olavide fue sometido al Consejo de Castilla, en 1768, y apoyado por el fiscal Campomanes. Ahí recibió una aprobación provisoria, confirmada al año siguiente por una Real Cédula, del 22 de agosto de 1769. Entre los años 1768 y 1775 fue una de las preocupaciones fundamentales de Carlos III la reforma de la enseñanza superior. La idea de instituir una enseñanza nacional uniforme se encuentra en la mayor parte de los discursos y de los tratados donde se enfocan los problemas de la educación, y en los estadistas como Cabarrús, Jovellanos, Meléndez Valdés...

Aunque nunca se llevaron a la práctica los principios radicales sustentados por Olavide, poco a poco penetró el espíritu ilustrado en el ambiente refractario de los claustros universitarios de acuerdo con el sentido indicado por Olavide; mejoramiento de los métodos de enseñanza, libros modernos, lugar creciente a las matemáticas y a la física experimental y al estudio de los autores modernos en todos los dominios.

El Despotismo Ilustrado, "abrió el camino a la difusión del pensamiento filosófico y científico moderno en España, hasta ahora sólo conocido de individualidades y de grupos pequeños, y de pronto generalizado en el medio universitario hispano-americano y peninsular. Por eso se propaga el sentimiento, peculiar del siglo, de estar en presencia de la eclosión definitiva de la iluminación racional de la humanidad, triunfante sobre el oscurantismo de la tradición teológica. Los convictorios carolinos y las universidades americanas pasan a ser los exponentes de este impulso"...

El brillante ensayista colombiano Germán Arciniegas y el erudito y fino escritor venezolano Mariano Picón Salas, en diversos trabajos, han dejado en claro que el ideario enciclopedista se filtró a través de las cerradas fronteras del absolutismo y de la censura de la Iglesia Católica, en los navíos de una bullente burguesía; en el equipaje de prelados y funcionarios coloniales partidarios de la "ilustración católica"; en las discusiones de los salones aristocráticos de criollos viajeros por Europa; en las bibliotecas de

conventos y de particulares, en las cuales a menudo se encontraban libros heréticos o heterodoxos prohibidos. Apenas aparecieron los escritos de Rousseau, en especial “El Contrato Social”, tuvieron difusión y resonancia en Hispano-América. Su circulación, como la de otras obras de la Ilustración francesa, sobre todo las de los autores de la Enciclopedia, se vio favorecida por la simpatía con que los ministros de Carlos III las recibían y las distribuían en España. A los navíos de la Compañía Guipuzcoana, que viajaban regularmente del país vasco a Venezuela, se les conocía como “los navíos de la Ilustración”. El contrabando completó la obra de los ministros ilustrados, como Campomanes, Floridablanca, Jovellanos... En México, Venezuela, Perú, Chuquisaca y Buenos Aires se leía y discutía a Rousseau y a los enciclopedistas.

El historiador Mario Góngora presenta un panorama de las repercusiones del despotismo ilustrado y del iluminismo en la enseñanza superior de Hispano-América. En Lima se proclamó la libertad académica; se adoptó un texto de filosofía moderna; en Derecho Canónico se siguió a los galicanos; se propagó la admiración por Bacon y Descartes y por la ciencia experimental; en Derecho Romano se sustituyó el comentario de Vinnio por el de Heinecio, más filosófico; la tendencia jus-naturalista del pensamiento ético- jurídico moderno se manifestó en la creación de una cátedra de Derecho Natural y de Gentes. Entre las personalidades renovadoras limeñas se admiraba a Locke, Newton y Leibniz, y otros citaban a Voltaire, Diderot, Condorcet, Volney, La Mettrie y D’Holbach. Entre esas personalidades se encontraba Juan Egaña.

Igual cosa sucedía en Argentina. Cuando se discutió el proyecto de Universidad, el Cabildo secular propuso la supresión de la Teología Escolástica; y el Cabildo Eclesiástico aceptó la libertad para profesar la Física moderna, salvo en lo que se opusiera al dogma. Similar proceso se realiza en Caracas, donde se extiende una mezcla de admiración por el tomismo con un fuerte entusiasmo por la física moderna. Se afirma el valor de la experiencia y el desdén por el principio de autoridad en materias no concernientes al dogma, realzándose la importancia del análisis cartesiano y de su criterio de evidencia, tal como lo proclamaba el joven Andrés Bello: “el solo análisis tiene fuerza para producir ideas claras y exactas”. De todos modos, a pesar de tales arrestos modernistas, siempre se llegó a una concordia con la doctrina cristiana, y el mismo Bello lo proclamaba con precisión. Aunque admirador de Descartes y Berkeley, y más tarde de la filosofía empirista, al mismo tiempo era un católico decidido, como lo manifiesta en este pensamiento: “El gran deseo que me anima es que en América la ciencia esté siempre unida a la fe, que sea inseparable de la fe”.

En Chile, el Convictorio Carolino contó con profesores cuyo espíritu vibraba con las aspiraciones y los sentimientos del “siglo de las luces”, como don José Perfecto de Salas, catedrático de Derecho; Miguel José de Lastarria y Juan Martínez de Rozas, quien leía a los autores jus-naturalistas, en especial a Pufendorf, cuyo pensamiento implicaba una construcción racionalista del Estado, contribuyendo a desvanecer el sentido arcaico de la fidelidad personal al Rey y la concepción teológica del Estado.

Sin duda, Manuel de Salas y Juan Egaña representan fielmente la mentalidad del despotismo ilustrado y del “iluminismo católico”. Manuel de Salas la encarna con su entusiasmo por la ciencia, su clara visión de la importancia de la economía y de la urgencia de su desarrollo, por su afán de vivificar la enseñanza y adecuarla a las reales necesidades del país, por su auténtico amor a la patria española y chilena. A su inteligencia profunda unió una gran voluntad al servicio de los ideales y fines económicos, educativos y filantrópicos de su tiempo. Para él, las matemáticas eran el fundamento de todas las ciencias; el universo está sujeto a “número, peso y medida”. En la “Representación al Consulado”, del 1° de diciembre de

1795, le solicita la organización de una escuela donde se enseñe Matemáticas, (cátedra vacante por ese tiempo en la Universidad de San Felipe); porque la Geometría sirve a la Física, ésta a la Geografía Económica; la Aritmética es útil al comercio; y el Dibujo Técnico es indispensable para los oficios; la enseñanza de tales ramos, entonces, guarda estrecha conexión con el cumplimiento de su fin de fomento económico. El resultado de aquel informe fue la instalación de la Academia de San Luis, en la cual, además de sus cursos científicos y técnicos, se dio importancia a la enseñanza del idioma vernáculo, con una cátedra de gramática española.

Manuel de Salas concilió el humanismo con la ciencia y la técnica; no rechazó el uno en nombre de las otras, y propició el estudio del idioma patrio y de las lenguas vivas, para leer "los originales de Newton, Descartes, Bellidor, Sclutter, Henckel, Daubeton, Fourcroy, Linneo y Buffon".

Manuel de Salas reguló su Academia de San Luis por los establecimientos modelos creados en Madrid, Sevilla, Málaga, Segovia, Vergara, Gijón...

Juan Egaña se vinculó a la educación desde su arribo al país. Desempeñó en Santiago la cátedra de Retórica en la Universidad de San Felipe. En la oración inaugural para la apertura de los estudios, el 4 de abril de 1804, que la pronunció el bachiller Mariano Vigil de Miranda y Toro, exalta las riquezas del medio chileno y de las posibilidades científicas e intelectuales que éste abre; la Geografía, Náutica, Física, Química, Historia Natural, Medicina, podrían producir aquí todos sus frutos para las diferentes artes e industrias. En Juan Egaña predomina, no tanto la mente científica, como el sentido utilitario del siglo XVIII; su entusiasmo por la aplicación de la ciencia en todas las actividades materiales y en la vida moral de la humanidad. Egaña siente la grandeza de la época de las luces y enumera a sus hombres más representativos; Galileo, Bacon, Descartes, Newton, Leibniz, Malpighis, y a sus contemporáneos Lalande, D'Alembert, Lavoisier, Linneo, Buffon, Condillac, Filangieri. Con respecto a la eficacia de la transformación racional de la sociedad, exalta los ejemplos de Rusia y de los Estados Unidos. Rusia era un país menos civilizado que Chile y, en su tiempo, gracias a los zares posteriores a Pedro el Grande, se había transformado en una nación cada vez más culta y sus academias competían con las de Londres y París, en tanto que Chile sólo era conocido por la fertilidad de su territorio. Los Estados Unidos eran hasta poco antes "un refugio de prófugos"; hoy sus "Franklines asombran al mismo París"; sus bibliotecas son numerosas y es una nación sabia, pacífica y poderosa. Egaña demuestra confianza en el ascenso cultural, en el progreso, por el fomento de la educación y de la actividad social, y por eso quiere que Chile siga el ejemplo de esos grandes "países nuevos". Propicia, para la realización concreta de sus ideales, una política imperial organizada, y dentro de ella Chile debería desarrollar su economía; y si quiere ser un pueblo industrioso no puede eludir la imperiosa urgencia de formar sabios. Chile enfrenta la ineludible exigencia de avanzar en el sentido científico, técnico, en lo cual coincide con Manuel de Salas.

En la época del Despotismo Ilustrado la intelectualidad española ansiaba modernizarse tomando como modelo la sociedad y la cultura francesas, tendía a "afrancesarse"; y en Hispano-América, su minoría culta anhelaba idéntico propósito, apoyándose en el liberalismo peninsular y en el pensamiento radical francés. La literatura francesa del siglo XVIII se encuentra en varias bibliotecas de chilenos de alta categoría social e intelectual. Por ejemplo, en las de José Antonio de Rojas Urtuguren, (estudió Matemáticas en la Universidad de San Felipe y viajó a España en 1772-78), quien adquirió dos colecciones de la Enciclopedia, las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Buffon, Bayle, D'Alembert y otros, (alcanzó a reunir 2.113 volúmenes); de Juan Enrique Rosales; de Manuel de Salas... En ellas se

encuentran mezcladas las obras de la literatura humanista, escolástica y crítica dieciochesca. Según el parecer del escritor jesuita Walter Hanish, esos tres representantes del "pensamiento ilustrado" están más amarrados a la tradición que a los filósofos dieciochistas.

De todos modos, el pensamiento del siglo XVIII posee gravitación en la sociedad hispano-americana y en la revolución de la independencia. Si en verdad ésta se operó lenta e insensiblemente, en su proceso se delinean con claridad antecedentes económico-sociales y posiciones ideológicas que culminaron con la influencia de la Ilustración y la Enciclopedia.

En Hispano-América las ideas reformistas del liberalismo peninsular y las ideas radicales del iluminismo se conjugaron con una fuerte tradición revolucionaria. En el siglo XVIII una poderosa onda insurreccional sacudió al continente, unida a la formación de una conciencia popular y "nacional". Comenzó con el movimiento de los comuneros del Paraguay, en 1720-25, comandado por José de Antequera y Fernando Mompox; y alcanzó su máxima intensidad con los grandes levantamientos de José Gabriel Túpac Amaru, en Cuzco, y Julián Apasa, (Túpac Catari), en La Paz, en los años 1780-81, (la rebelión de Túpac Amaru poseyó un hondo sentido social: solidaridad con todos los naturales de América, indígenas y criollos; supresión de mitas, eliminación de obrajes, libertad de los esclavos, extinción de los corregidores); y de los comuneros de Nueva Granada, dirigidos por José Antonio Galán, en 1781. Siguen los alzamientos de Hidalgo y Morelos, en México, en 1809; y desde 1810, todas las colonias se lanzaron a la revolución armada, como culminación de un proceso iniciado un siglo antes. Los grandes caudillos anticolonialistas remataron, como lo anota el original y vigoroso ensayista colombiano Antonio García, en las figuras de Francisco Miranda, el general girondino, puente entre el estilo europeo y el estilo americano de la revolución; y Simón Bolívar, puente entre las viejas y las nuevas generaciones revolucionarias.

La ola revolucionaria de criollos, indios y mestizos contra la opresión y el mal gobierno se explica, y justifica, al conocer los datos asombrosos del atraso y de la miseria de la mayor parte de la población. Un documento revelador de la situación americana en la década de 1740 es el informe íntimo y detallado a la Corona de los oficiales de marina Jorge Juan y Antonio de Ulloa, integrantes de la misión científica de Godin, Bouguer y La Condamine, que recorrió varios países de la América meridional. El documento ha desatado polémicas y muchos hispanistas lo han tachado, porque habría adulterado o exagerado los hechos, pero no han logrado menoscabar la seriedad de su información y la honestidad de los autores. Las acusaciones de ser falso no resisten la menor prueba y así lo ha manifestado un historiador tan escrupuloso como don Salvador de Madariaga.

El informe de Jorge Juan y Antonio de Ulloa señala con objetividad el contraste entre la pobreza general de la población y la existencia fastuosa de la reducida porción española de la sociedad, basada en las altas rentas de sus haciendas. Una parte importante de la riqueza iba a poder de la Iglesia, con un clero numeroso y ávido. Por otro lado, hace notar la profunda corrupción de la administración colonial (el abuso empieza en quienes deberían corregirlo), y los continuos atropellos, sobre todo en el trato con los indios: éstos sufren el gobierno tiránico de los corregidores y la extorsión de los curas. El resumen de las informaciones secretas indica corrupción, indisciplina y venalidad en todos los grados de la jerarquía administrativa. Sus noticias sobre el estado del clero son terribles: los cargos eclesiásticos se atribuían por dinero, o favor, con violentas querellas y cismas entre los afectados; la vida y las costumbres del clero eran, en general, abominables. Sólo la Compañía de Jesús se demostraba eficaz en la prédica y en la enseñanza; sus miembros observaban una conducta irreprochable; pero la orden había acumulado riquezas excesivas, sobre todo en bienes raíces. Anotan, también, el odio profundo entre los chapetones

y los criollos, porque los españoles surgían con rapidez por su espíritu de trabajo y su dedicación al comercio; en cambio, los criollos repudiaban aquellas prácticas y vivían roídos por la envidia, aunque repletos de vanidad. Mal gobierno, abusos de los corregidores y curas doctrineros, fallas en la educación, mal estado de la economía y de los caminos, corrupción de las costumbres, eran los rasgos sobresalientes de la situación de América a mediados del siglo XVIII.

Los abusos y la explotación determinaban las protestas y las continuas rebeliones (como se aprecia con claridad en las reivindicaciones de Túpac Amaru y los levantamientos del Alto Perú).

Paralelamente a esa ola insurreccional americana, la "revolución ilustrada", desencadenada por el liberalismo peninsular y el despotismo ilustrado, repercutió con cierta intensidad desde la expulsión de los jesuitas, defensores tenaces del dogma de la majestad real, y quienes poseían el monopolio de la educación, o sea, de la formación de la minoría dirigente. Su expulsión y la política reformista del despotismo ilustrado español, los diversos proyectos de reorganización del Imperio, y la irradiación del liberalismo peninsular a través de la reforma universitaria en América Latina, contemporánea de la de España impulsada por los ministros ilustrados, Campomanes, Floridablanca, Jovellanos, ayudaron a formar una mentalidad renovadora y a forjar aspiraciones de cambio. Por un lado se procedió a hacer nuevos planes de estudios y a propiciar el cultivo de las ciencias físicas y naturales; y, por otra parte, la reforma universitaria y la ilustración en general llevaron al estudio de la "realidad americana". Figuras prominentes de la Iglesia apoyaron esta enseñanza moderna. En Nueva Granada, por ejemplo, recuerda Arciniegas, el arzobispo-virrey, Caballero y Góngora, hizo una severa crítica a los planes tradicionales y al prohijar la reforma de los estudios, la explicaba así: "Todo el objeto del plan se dirige a sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo". En Nueva Granada, el sacerdote, médico de la Universidad de Sevilla, José Celestino Mutis, inició una Misión Botánica, que se convirtió en un laboratorio para el estudio de las ciencias naturales, y en 1764 afrontó el tribunal de la Inquisición, en Santa Fe de Bogotá, por enseñar la teoría copernicana de que la tierra gira alrededor del sol, nunca antes expuesta en América.

La revolución de las ideas provocadas por la Ilustración y las reformas verificadas por el Despotismo Ilustrado, en especial la universitaria, constituyeron un estímulo para el estudio de la realidad circundante, influyendo en la formación de una conciencia nacional, de lo que podría llamarse "la conciencia de la patria", y en la maduración de la idea de un gobierno propio. Tanto en el conocimiento de la realidad americana como en la formación de esa conciencia nacional tuvieron profunda resonancia y significación las grandes misiones científicas del siglo XVIII, las cuales culminaron con la famosa y fecunda de Alexander von Humboldt y A. Bonpland. Humboldt estimuló a los sabios americanos: en México, a Joaquín Velásquez, quien fabricó sus propios instrumentos para el observatorio de Santa Ana, también construido por él; en Venezuela dialogó con Andrés Bello; en Nueva Granada admiró a Francisco José de Caldas, estudioso apasionado de las ciencias matemáticas y naturales, y quien fue fusilado por los españoles, en 1816.

La penetración de las ideas de la literatura revolucionaria en la enseñanza y en algunos espíritus escogidos formó una élite revolucionaria, la de los futuros héroes de la independencia. En la segunda mitad del siglo XVIII, ciudadanos selectos removieron las mentes y sacudieron la modorra colonial. Antonio Nariño, en Bogotá, tradujo la "Declaración de los Derechos del Hombre"; igual cosa llevó a cabo en Quito, el presbítero Manuel Rodríguez; y en Venezuela, Picornell divulgó el famoso documento. Por otro lado, se fundaron "Sociedades de Amigos del País", a ejemplo de las iniciadas en el país vasco (en

Vergara), con la Sociedad Guipuzcoana, que estableció negocios en Venezuela y los extendió a Colombia. El médico y periodista revolucionario Eugenio Espejo escribió sobre la fundación de una Sociedad de Amigos del País, publicada en Quito, y se acreditó como un precursor de las ideas revolucionarias en América. Además, a comienzos del siglo XIX, surgió un periodismo que ayudó a modelar la conciencia emancipadora y republicana.

El despertar cultural, influido por la Ilustración de la segunda mitad del siglo XVIII, preñado de espíritu revolucionario, fue la fuente formativa de las grandes mentalidades, como Francisco Miranda, Antonio Nariño, Mariano Moreno, fray Servando Teresa de Mier, Manuel de Salas, quienes movilizaron los espíritus en las colonias y los prepararon para el combate hasta lograr la constitución de las repúblicas.

El proceso cultural e ideológico se conjugó con las realidades económicas y sociales en plena expansión. Se había formado una importante burguesía agraria y comercial, constreñida en su avance por el sistema mercantilista. Los propietarios de las grandes haciendas y ganados, y de las pequeñas industrias anexas, formaron una burguesía agraria, fortalecida en el siglo XVIII por el crecimiento de la población y el auge del contrabando. El contrabando y la apertura de puertos al comercio europeo agrietaron el mercantilismo e hicieron ver que el tradicional monopolio ejercido por España era un obstáculo que debía romperse por la razón o la fuerza. La burguesía agraria y comercial encuentra en los principios del liberalismo económico una favorable disposición para sus intereses y negocios. Al absolutismo mercantilista se le opuso una nueva concepción: el liberalismo económico con su lema “dejad hacer, dejad pasar”. La burguesía niega al Estado el derecho a intervenir en la economía, porque sus leyes son naturales, invariables, y los hombres y, por tanto, los gobiernos, no pueden perturbar ni influir su desenvolvimiento. El orden natural es una consecuencia de un derecho inviolable, el derecho de propiedad, cuyos soportes son la libertad y la seguridad, condiciones sobre las cuales pueden manifestarse las leyes naturales, sin sufrir interferencias, cumpliéndose el postulado del “laissez-faire, laisser-aller”. La concepción liberal del individuo soberano y del laissez-faire económico se elaboró con el fin de eliminar el absolutismo político basado en la afirmación del origen divino del poder, los privilegios de la nobleza y el proteccionismo mercantilista en lo económico. La filosofía liberal-individualista se formuló para justificar la incorporación al gobierno de las nuevas fuerzas sociales surgidas de la industria, banca y comercio, la burguesía, y fundamentar la sociedad en la “libre iniciativa individual”, en la concurrencia y en la protección de la propiedad, disminuyendo al mínimo el poder del Estado, cuya misión fundamental se reduzca a resguardar la propiedad y el orden para el juego sin trabas de las fuerzas naturales de la economía, la libre competencia y el laissez-faire. En su esencia, aunque progresiva, sólo contemplaba los intereses y anhelos de la minoría, de los nuevos dueños de la tierra y de la industria. El individuo, o el ciudadano, a que se refería la concepción liberal del siglo XVIII, era el integrante de la burguesía. No contemplaba las aspiraciones de las clases trabajadoras; éstas no se componían de individuos-ciudadanos, constituían una simple masa de mano de obra, una mercancía sujeta a las leyes naturales de la oferta y la demanda y de la libre concurrencia. La concepción liberal-individualista subrayaba la libertad de expresión, reunión y organización, pero se hacían efectivas solo para los pocos propietarios e integrantes de la clase ascendente, la burguesía.

La burguesía criolla, en Hispano-América, se sentía expoliada por un régimen que le negaba los más elementales derechos políticos, (los cuales habían sido garantizados en las capitulaciones para los conquistadores y sus descendientes) y, entonces, apeló a un natural sentimiento de defensa, pretendiendo intervenir directamente en la conducción de sus asuntos. Desde luego, burló las restricciones del comercio colonial y traficó con ingleses, holandeses y franceses, a pesar de ser herejes

luteranos, o rivales. El contrabando adquirió un inmenso desarrollo y se transformó en una verdadera institución progresiva; ayudó al incremento de la economía y planteó de manera práctica las ventajas del libre intercambio comercial. Por su intermedio se acusó la presión del capitalismo europeo sobre el cerrado mercado americano, sujeto al monopolio de una España estancada, o en decadencia, y señaló concretamente las ganancias del libre comercio con todos los países de la tierra, tanto para vender sus productos como para adquirir mercaderías esenciales.

Los Borbones se vieron en la necesidad de tomar diversas medidas para acallar las demandas de la burguesía criolla y favorecer su desenvolvimiento, conseguido pese a tantas trabas. Las reformas de los Borbones fueron útiles, aunque dejaron pendiente el problema fundamental: el acceso directo de las colonias al mercado mundial. Mantuvieron siempre a España como intermediaria obligada en el tráfico mercantil y las fuerzas productivas que surgían en América se encontraban encadenadas a la atrasada economía metropolitana, para liberarlas, todos los antiguos vínculos sociales y políticos debían abolirse. En consecuencia, la obtención de la autonomía económica para los dominios envolvía un problema político: la lucha por la independencia y por el control del poder estatal, sin el cual toda reorganización de la sociedad colonial era imposible. Las reformas administrativas y comerciales de los Borbones procuraron un importante estímulo al desarrollo económico de los países americanos y éste exige, a su vez, mayores libertades. De aquí surgió el anhelo de independencia.

España era incapaz de absorber la producción colonial y de satisfacer la demanda incesante de manufacturas a precios razonables; por eso frenaba el impulso productivo de las colonias y determinaba su permanente crisis desde fines del siglo XVIII, agravada por una población en aumento a la cual no se le podía ofrecer nuevas ocupaciones, es decir, trabajo remunerativo. Los comerciantes monopolistas y los funcionarios de la Corona, estrato superior y privilegiado de la sociedad colonial, se oponían al “comercio libre”, porque significaba el fin de su poder económico y político. El comercio libre barrería con las ganancias monopolistas y promovería de inmediato el ascenso de todos los grupos económicos beneficiados directamente en la expansión comercial: terratenientes, agricultores y ganaderos, industriales y comerciantes. Además, día a día, aumentaba la acción del poderoso capitalismo liberal europeo, sobre todo del inglés, en pleno ascenso. La presión, constante del capitalismo inglés sobre Latinoamérica determinó en gran medida la aspiración al libre intercambio y, precisamente, apenas se constituyeron las juntas de gobierno, éstas decretaron la libertad de comercio. El desarrollo industrial de Inglaterra necesitaba romper el monopolio de España en este vasto y rico continente. Por eso, vencido Napoleón, su temible rival, y eliminada su amenaza sobre la hegemonía británica, miles de voluntarios, importantes cargamentos de armas y cuantiosos empréstitos, ayudaron a la lucha por la independencia de las colonias hispanoamericanas y a la consolidación de los gobiernos republicanos.

Así como el contrabando burlaba el monopolio comercial, en idéntica forma permitía romper la censura, y minorías intelectuales leían las obras de Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvecio, de los enciclopedistas, la “Declaración de la Independencia de los Estados Unidos”, redactada por Thomas Jefferson, y la “Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano”, traducida por Antonio Nariño. Con la introducción de la imprenta se publicaron numerosas proclamas políticas condenando el régimen español. Y estas doctrinas respondían, en el plano ideológico, a los anhelos de emancipación económica y política de las nuevas fuerzas sociales de América, a sus aspiraciones de libertad.

El estallido de la revolución de la independencia de los Estados Unidos, con su notable declaración de los derechos inalienables del individuo y del pueblo; su victoria sobre la principal potencia europea, (victoria

a la cual contribuyó la monarquía española); y el establecimiento de una república según los principios de una constitución democrática, causaron fuerte impresión. Y pronto los viajeros, marinos, comerciantes y contrabandistas norteamericanos llevaron a cabo una constante propaganda de los beneficios y ventajas en nuestros pueblos de la independencia y de la república.

Según el historiador Eugenio Pereira Salas, las costas chilenas fueron visitadas por 257 barcos norteamericanos, entre 1788 y 1810, muchos de ellos contrabandistas.

La divulgación de las ideas de los filósofos y enciclopedistas franceses; el conocimiento de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano", con sus explosivos principios de libertad, igualdad, propiedad, derecho de resistencia a la opresión y soberanía popular, y el proceso mismo de la revolución, provocaron inquietudes e interés. Los criollos leían a los ideólogos, enemigos del absolutismo y críticos virulentos del caduco y podrido "antiguo régimen". En Chile los leyeron José Antonio de Rojas, Manuel de Salas, Juan Egaña, Juan Antonio Ovalle, Fernando Márquez de la Plata, José Miguel infante, Juan Martínez de Rozas, Camilo Henríquez, etc.

Los historiadores que niegan la influencia de los filósofos franceses del siglo XVIII en la iniciación del movimiento independentista, reconocen, sin embargo, su gravitación decisiva en su desenvolvimiento y resultados.

En definitiva, la ideología del liberalismo político y económico se extendió en forma avasalladora, porque expresaba los deseos e intereses de la burguesía criolla, clase dinámica y en pleno ascenso desde las postrimerías del siglo XVIII. La independencia consagró su victoria y, por lo tanto, entró a adueñarse del Estado y a colocarlo bajo su dirección, con formas republicanas y "democráticas". A la monarquía despótica y al absolutismo mercantilista opusieron la República democrática y el liberalismo económico, o sea, garantías democráticas consagradas en la Constitución, y "laissez- faire" en los asuntos económicos.

Principios de educación

ARAUCO N°89 junio 1967

Roberto Munizaga Aguirre. III Edición revisada.

El catedrático Roberto Munizaga Aguirre con una larga y fecunda trayectoria docente, actual Director del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, ha conquistado un lugar preponderante entre los ensayistas chilenos. Especializado en los asuntos educacionales, posee una producción abundante y de gran calidad conceptual y literaria. Cada una de sus obras exhibe un seguro dominio del tema abordado y un sabio equilibrio para unir una rigurosa información técnica y un amplio manejo de las ideas filosóficas y científicas, de acuerdo con las más modernas investigaciones y conclusiones. Dotado de un admirable poder de síntesis, sobresalen, al mismo tiempo, su claridad de estilo y su poderosa lógica expositiva. La lectura de sus interesantes ensayos nos adentra en profundidad en las materias tratadas; nos ilustra y orienta; nos lleva a la reflexión seria por medio de continuos puntos de vista originales y estimulantes.

Entre sus publicaciones hemos leído: "La Facultad de Filosofía y la Evolución Pedagógica en Chile" y "Educación y Política", de 1943; "Filosofía de la Educación Secundaria", 1947; "Algunos grandes temas de la filosofía, educacional de don Valentín Letelier" y "El Estado y la Educación", de 1952 y 1953,

respectivamente; “En torno a Sarmiento. (La educación en el mundo subdesarrollado)”; “Libertad de cátedra y libertad de investigación”, 1964; y “Sentido, forma y función de la Universidad en Latinoamérica” 1965.

“Principios de Educación” es un volumen de agradable lectura porque los problemas enfocados y las ideas expuestas lo están en un severo ordenamiento y un atrayente desarrollo propios de un escritor y de un pensador de muy calificada competencia. El autor explica en estas sobrias palabras el objetivo de su libro: “Este ensayo de “Principios de Educación” tiende a reducir los problemas pedagógicos a sus términos más simples, sin que ello implique eludir su auténtica complejidad. Conscientes de lo que importan las exigencias del especialismo científico en nuestro tiempo con su inevitable orientación centrífuga y dispersiva, aspiramos a recuperar un ordenado equilibrio: el de un punto de vista filosófico, sinóptico y totalizador, que nos reintegre centrípetamente al núcleo de los grandes principios fundamentales que dan eficacia y sentido a todo el hacer pedagógico”.

Los grandes temas de un curso de “Principios de Educación” son: Significado de la educación y de la escuela; del método; de la materia de estudios; y los fines de la educación,

Respecto del significado de la educación, después de determinar el hecho educativo y exponer sus principales conceptos científicos, arriba a esta conclusión: “...La educación es siempre, y correlativamente, por una parte un proceso de transmisión o conservación de la experiencia y, por la otra, de reconstrucción o renovación de la vida. El interés social, sobre todo en las comunidades tradicionales, consiste en defender un patrimonio cultural, inmóvil. El mundo de hoy, en cambio, pone el acento sobre una reconstrucción de la vida. En todo caso, la educación, desde el punto de vista del individuo que crece, es siempre una reconstrucción de la cultura que le es dada como “hecha”. La posibilidad de una mayor o menor transformación social depende, por una parte, de la naturaleza de los ideales sociales estáticos o dinámicos, y por la otra, de la riqueza y originalidad de las capacidades innatas del individuo. Al insistir sobre los conceptos de la educación como transmisión y como reconstrucción de la experiencia queremos destacar que ellos son orientaciones fundamentales del espíritu, que de inmediato colorean y definen cualquiera situación pedagógica, de la escuela primaria a la universidad”.

Todo el problema de la moderna renovación de la vida puede plantearse como un asunto de equilibrio entre la educación refleja y la educación formal. Y, paradójicamente, la nueva escuela, al renovar sus técnicas de enseñanza, se propone por una parte, desformalizar la educación formal y, por la otra, en cierto modo, sistematizar la educación refleja. Así, la reorganización metodológica de las diversas asignaturas, no es sino una tentativa para desformalizar las materias de estudio y, al revés, un ensayo para utilizar ordenadamente las experiencias de ese género que la vida ha ido depositando en los alumnos. Todo tiende a encontrar siempre un equilibrio entre la educación refleja y la educación sistemática, en un proceso de búsqueda constante de la fórmula exacta de un equilibrio metodológico.

La escuela, según una síntesis esclarecedora de Munizaga, es herramienta para dirigir adecuadamente el crecimiento de las generaciones nuevas. Su posición es la de un órgano intermediario entre la sociedad ya formada y el individuo en formación. Frente a la sociedad, su misión consiste en conservar el pasado, preservar el presente y promover el progreso hacia el futuro: transmitir la cultura. Frente al individuo, su papel consiste en iniciarlo en los misterios de la vida común, despejarle la incógnita de la civilización; ayudarlo a reconstruir en sí mismo la cultura. Las funciones típicas de la escuela, según J. Dewey, son:

simplificar el medio ambiente social, purificarlo e idealizarlo, homogeneizarlo, integrarlo y cohesionarlo. La educación es una función social, y más específicamente, una gran tarea propia de la nación, a este respecto se pregunta el autor: pero, ¿lo es en igual medida, una función del Estado? ¿Puede definirse el Estado como docente? Tema sujeto a controversia, lo analiza y clarifica pasando revista a las concepciones anarquistas, liberal y estatista, (el Estado como un fin en sí, ante cuya jerarquía todos los demás son simples medios, lo que suele designarse con el nombre de totalitarismo). En la actualidad, la tendencia predominante, de la vida social lleva a multiplicar las funciones del Estado, cómo órgano de dirección y de servicio de la comunidad, y su papel creciente es defendido tanto en el pensamiento socialista, como en el de las democracias organizadas, sin identificarse con la concepción estatista o totalitaria. El Estado, en el fondo, no es sino el esqueleto institucional, el centro coordinador, director y consciente de su vida: el eje organizador de la sociedad misma. La educación, entonces, tiende a transformarse en todas las naciones modernas en una función del Estado, vale decir, en un instrumento para la organización de la vida nacional. La escuela es sólo un instrumento, un medio, nunca un fin en sí; y la importancia de su obra depende del sistema de fines o valores a cuyo servicio se encuentra, lo cual equivale a reconocer que la nación y el Estado tienen que vitalizar la Escuela con una filosofía coherente, para que su valor no se realice al azar, desprovista de sentido y de eficacia.

La historia del progreso de la enseñanza en Chile se encuentra ligada al concepto de la responsabilidad del Estado en su orientación y fiscalización. La idea del "Estado docente'' es uno de los elementos fundamentales de la tradición pedagógica nacional.

Si en verdad ha sido combatida por un sector de la ciudadanía, esgrimiendo en forma tendenciosa para oponérsele la "libertad de enseñanza", tratando de establecer una irreductible antinomia entre la libertad y la planificación, y aspirando a identificar a esta última con el espíritu totalitario, la mayoría de la nación ha defendido y mantenido el concepto y la política de que "la educación es una atención preferente del Estado" y su funcionamiento ha supuesto una conquista a firme de la democracia chilena. Dice Munizaga: "durante largo tiempo combatida, en virtud de ambiguas y extemporáneas consideraciones teológicas —algunos espíritus superficiales han pretendido invalidarla como "arcaica" y propia sólo del siglo XIX— la idea del "Estado docente" recupera hoy toda su vitalidad de "idea-fuerza" como necesidad de los países subdesarrollados, que aspiran a conquistar su liberación económica y cultural".

Entre las principales conclusiones de su erudito examen sobre el significado de la educación y de la escuela, se destacan las siguientes: 1. Educación y vida se confunden. La educación no es más que el esfuerzo de la comunidad por perseverar en su esencia. 2. La educación se encuentra sometida a un doble determinismo, por una parte bio-psicológico, y por la otra, histórico-social. La educación se halla limitada en sus posibilidades y en su eficacia, por lo cual es tendenciosa malevolencia responsabilizar a la escuela y al maestro de todos los vicios y defectos de la sociedad. 3. Desde el punto de vista de la sociedad, la educación es siempre un proceso de "transmisión de la cultura". Desde el punto de vista del individuo que aprende, ella es siempre un proceso de "reconstrucción de la experiencia". Pero ambos son correlativos e inseparables. 4. La educación formal deriva de la refleja y de ella recibe la mayor parte de su sentido. La escuela es una institución siempre derivada y dependiente, nunca un instrumento autónomo, original y libre. 5. El maestro es un simple intermediario entre la sociedad y las generaciones nuevas. En todo lo que se refiere a la tarea escolar su actitud se encuentra condicionada por esa doble y contradictoria situación: el profesor complaciente, que a veces puede deshonrarse haciendo demagogia con sus alumnos, descuida los intereses superiores de la nación. El maestro rigorista, preocupado sólo de

cumplir las normas reglamentarias, desatiende el "caso" humano, singular y único, del niño en crecimiento. 6. Las materias, los métodos y los fines de la enseñanza se encuentran, en cierta manera dados en la estructura misma del fenómeno educativo. 7. La pluralidad de conceptos sobre educación corresponden a la diversidad de doctrinas filosóficas, es decir, a las diversas representaciones que es posible hacerse de la vida de los individuos y de la organización de la sociedad".

Al examinar los distintos niveles educativos, parte de la afirmación de que uno de los grandes temas de la nueva educación y, tal vez, su único y apasionante problema real, es el de las relaciones entre la educación general y la especial: el asunto de fundir el espíritu liberal de las humanidades clásicas con el contenido utilitario de las técnicas, es decir, armonizar teoría y práctica, cultura y trabajo. En cuanto al significado de la educación primaria, después de trazar un breve cuadro de su evolución, muestra como en la actualidad la escuela elemental meramente alfabetizadora, tiende a ser superada por una auténtica formación cívica y ciudadana. La educación primaria, ahora, persigue una preparación para una vida completa, con sus fines específicos de preparación para la salud, la vida del trabajo, la vida familiar, la vida cívica y el buen empleo del tiempo libre. Respecto de la educación secundaria, expresa cómo tradicionalmente ha ocupado un lugar propio en la organización general de la enseñanza, opuesta a la educación primaria, que es solo información y adiestramiento, por la idea humanista de "formación; y a la educación técnico-profesional, que es especialización utilitaria, por su idea de generalidad estricta. A ambas, por su fundamental desinterés. Frente a la Universidad aparece como un simple vestíbulo, lo cual explica su designación de "educación preparatoria" durante el siglo XIX, en nuestro país. En su contenido, como el estudio de las "humanidades"; y en sus fines: la preparación para la Universidad, la constitución de una élite intelectual, literaria, científica, política y administrativa, básica en la marcha de una democracia, y formación de una cultura general. El concepto actual de la educación secundaria implica la idea de una preparación general para la vida, (para el oficio general de hombre y de ciudadano); la idea de una preparación para la Universidad y, al mismo tiempo, aunque en forma indirecta, al hombre del oficio o profesión. Al hacerlo para la Universidad, la educación secundaria prepara indirectamente para las profesiones liberales, y se pregunta el autor; ¿No sería posible que, sin transformarse completamente en su esencia, pudiera preparar también para otros tipos de trabajos y profesiones? En todo caso, ella trata de eludir o armonizar en lo posible, tanto la presión especialista que viene desde arriba, según las exigencias de las distintas carreras universitarias, como la lateral, que procede de las ocupaciones y profesiones no liberales. Ella aspira a definir su carácter de enseñanza profesional como una introducción al mundo del trabajo y estimación de las realidades económicas.

En la enseñanza técnica después de describir su limitado contenido tradicional dentro de un cuadro estrechamente utilitario, enfoca su moderno concepto hacia el de una cultura técnica, hacia las humanidades técnicas. De esta suerte al adolescente se le presentan dos caminos: por una parte, el de la cultura general o humanidades, que conducen a la Universidad y deben enlazarse también con el mundo del trabajo y, por la otra, el del trabajo, propio de la enseñanza técnica que, desde su peculiar centro de especialización, debe conducir hacia nuevos y más vitales horizontes de cultura. En todo caso, comenta Munizaga, "lo que continúa diferenciando la enseñanza secundaria de la técnico-profesional es, simplemente, el mayor énfasis colocado sobre los momentos iniciales que las definen; la educación secundaria acentúa el momento de la generalidad estricta, que debe llevar, sin embargo, hacia la definición vocacional, y la técnica, el de la profesionalización decidida, que debe conducir, no obstante, hacia la cultura".

En lo pertinente a la enseñanza superior, llega a las siguientes conclusiones sobre la esencia de la Universidad: a. La conservación y transmisión de los más altos bienes de la cultura elaborados por la historia integral de los pueblos occidentales, b. La formación metódica de los profesionales y de los técnicos que requieren la sociedad y el Estado, c. La continuación metódica de la investigación científica, d. La educación cultural, liberal o humana, e. La extensión popular de la cultura. Estas funciones pueden reducirse a tres en la caracterización ordinaria de la Universidad, trabajando hacia adentro, y a una cuarta, que no es sino la extensión hacia el público de esas mismas tareas: a. La enseñanza profesional, b. La investigación científica, c. La formación cultural.

Las partes II, el significado del método, y III, el significado de la materia de estudios, las dilucida en relación al método y la práctica escolares; y en torno a la cultura, (previo análisis del sentido de la palabra cultura, la relación de cultura y naturaleza, y la más reciente oposición entre cultura y civilización), y la materia de estudios, verificando un breve panorama histórico del asunto y, luego, de los problemas derivados del paso de los contenidos de la cultura a la escuela; plan de estudios, programas de estudios y lección. Al tratar la actitud tradicionalista de resistencia al cambio, centrada en el mantenimiento de planes y programas de estudio solidificados, recuerda que “la educación, es decir, la formación del espíritu, debe primar sobre la enseñanza propiamente dicha, esto es, la adquisición de los conocimientos”, y refuerza ese concepto con una cita sugerente de G. Berger: “Si el mundo cambia tan rápidamente que es imposible prever con exactitud el género de actividad que han de tener los hombres veinte años después de egresar de la escuela o de la universidad, es preciso convenir en que las preparaciones muy largas y especializadas llegan con frecuencia a ser inútiles”. Y por tal motivo es preciso habituarse a la moderna idea de una “educación permanente”, que no se finiquita al salir de las aulas escolares y continúa nuevas oportunidades de formación complementaria, a lo largo del trabajo y de la vida.

En un mundo cambiante es necesario habituarse a la idea de que no existe un saber definitivo, porque el hombre y la sociedad se reconstruyen, y por ende, la cultura personal es una tarea siempre abierta e inconclusa. En los países subdesarrollados los planes y programas de estudio deben reorganizarse en intima conexión con una sana actitud metodológica. Y en el caso del nuestro, para la reconstrucción de los planes y programas, es necesario tomar conciencia de que somos centro determinante y no simple periferia, y como sana actitud metodológica conviene destacar, primeramente, el perfil del hombre, de la sociedad, de la naturaleza y de la cultura en Latinoamérica. Todo debe partir de una experiencia y comprensión de nosotros mismos, y del conocimiento directo de nuestros grandes pensadores, como Sarmiento, Martí, Bello, Letelier, por lo común desconocidos u olvidados de los propios maestros.

La parte IV, sobre los fines de la educación, es de particular interés. Aquí lleva a cabo un riguroso estudio de las principales concepciones de la vida y de los fines de la educación. En primer término, de la concepción utilitaria de la vida, (su imagen del hombre es la del “homo economicus”, el valor supremo que en ella se afirma es el de lo útil; la educación la interpreta como un proceso de “preparación para la vida”, pero entendida como un proceso de adiestramiento para “ganarse la vida”, e insiste en la formación del técnico antes que la del hombre); la concepción intelectualista de la vida, (trata de la forma de vida correspondiente al hombre teórico o intelectual, y ubica a los valores teóricos sobre los éticos, estéticos o religiosos; el fin de la educación es el cultivo de la inteligencia, aunque se desplaza hacia la mera adquisición del saber; y el proceso educativo no consiste sólo en transmitir ideas, sino también en la formación de hábitos, actitudes e ideales y, además, los conocimientos no pueden ser el fin último, por cuanto constituyen un medio para el desarrollo de la inteligencia y de la personalidad); la

concepción aristocrática de la vida, (cuya idea fundamental es la de una superposición jerárquica en las relaciones humanas y destaca las virtudes sociales ligadas a una sociabilidad distinguida: elegancia, delicadeza, gracia, propias del "caballero" o del "gentleman"; concibiendo la educación, en gran parte, como un proceso de formación de actitudes y asignando un lugar subalterno a las nociones intelectuales, hasta reducir el fin de la educación a la cultura identificada con la noción convencional de la "buena crianza", o destreza en el arte de "saber vivir", con todo regulado: ideas, sentimientos, actitudes, vestido, modales. Esta concepción reduce la cultura a la urbanidad y los modales; y en la formación intelectual prima un cierto carácter externo del saber, considerado desde un punto de vista decorativo; y su idea de clase tiende a "clasificar" los conocimientos, atribuyéndoles sólo a algunos un efectivo valor cultural); la concepción eticista de la vida, (afirma la idea de una existencia superior o "vida moral", girando en torno a las nociones centrales de "deber", "virtud" y "bien"; persigue la formación del "hombre íntegro, honrado e insobornable", el hombre de bien, justo y virtuoso, para llegar a ser el buen ciudadano, el buen profesional, el buen padre de familia. Afirma la primacía de lo ético sobre todos los demás valores: lógicos, estéticos... La escuela debe transformarse en un efectivo ambiente moral, reduciendo la importancia del papel de la enseñanza sistemática; la concepción humanista de la vida, (por encima de todas las demás vocaciones especializadas, el hombre debe cumplir con su fundamental "oficio de hombre"; se destaca la imagen del hombre en su completo desenvolvimiento físico, intelectual, moral y estético, uno de los rasgos más impresionantes del "milagro griego"; sentido y valor de la educación general como una etapa previa en la formación de todo hombre, o sea, primero el hombre, después el productor; la concepción humanista de la vida, al destacar, por una parte, entre sus fines, la completa realización del individuo, y, por otra, la idea de cultura general ha contribuido a una notable reconstrucción de la primera enseñanza, a la "humanización de la escuela primaria; y a la secundaria con el moderno concepto de humanidades; y a la técnico-profesional, con la tendencia a reconstruirla según el llamado "humanismo técnico" o "humanismo del trabajo"); la concepción sociologista de la vida (el valor de la vida social es el elemento decisivo; no puede prescindir del ámbito social concreto en el desenvolvimiento de la personalidad del hombre; no pueden comprenderse los fines de la educación, según una tendencia individualista y en abstracto. Es preciso formar el "hombre socialmente eficiente", como opuesto al ideal individualista, o de desarrollo de la personalidad con fines privados, egoístas. En esta concepción, el hombre, el ciudadano y el productor son los tres aspectos que deben equilibrarse en la formulación de un correcto ideal educativo. En un sentido amplio y verdadero la eficiencia social no es la mera sumisión del individuo al grupo, para crear cualquier especie de bienes económicos, sino como la utilización de sus auténticas capacidades en tareas con un profundo significado social); y la concepción democrática de la vida, (entendida la democracia como una forma de vida, un modo de organización social, con la participación de cada individuo en las diversas fases de las actividades del grupo, libre de las artificiales restricciones, hasta constituir la única forma de vida compatible con la libertad, el pensamiento y la dignidad del hombre. En la concepción democrática la imagen del hombre se proyecta bajo la especie del ciudadano, dentro de una forma de vida socializada que se opone al individualismo de las otras anteriores, y cuyas virtudes son: su anhelo de comprender la existencia del país, si historia, instituciones e ideales, las complejidades del presente, sus proyectos de vida hacia el futuro, en suma, la necesidad de formarse una cultura, por lo cual, la educación del hombre es el más alto interés de una democracia; su efectiva participación en la existencia del país, hasta sentirse personalmente responsable de las grandes decisiones colectivas; y su convicción de que el buen funcionamiento del Estado descansa sobre una clara inteligencia, reflexivo control y vigilante firmeza de todos los ciudadanos. La sociedad democrática descansa sobre las ideas de libertad, de igualdad y de

respeto a la personalidad humana. Sus valores eminentes son: el hombre, la personalidad, la libertad, la vida social, la vocación, la educación, la lealtad a las leyes, la voluntad de servicio, solidaridad, cooperación. La concepción democrática de la vida está llena de implicaciones para todos los niveles de la enseñanza y ella equivale a establecer los fundamentos de una verdadera revolución educativa).

Entre los rasgos básicos de la concepción democrática de la educación, Roberto Munizaga, señala principalmente: una filosofía democrática define a la educación como un proceso de crecimiento de las capacidades innatas del individuo —respeto a la personalidad humana— que es inseparable de su dirección, por una determinada sociedad, cultura o ambiente. La educación es un proceso de vida, actualidad de experiencia, cuyas raíces se hunden en el pasado, pero cuya intención avanza hacia el futuro. En los fines de la educación, es preciso plantearse si es un fin o un medio, y para ella la antinomia entre los fines y los medios se revela inconsistente. Un buen fin de la educación es el que, al mismo tiempo, es un buen medio para verificar la continuidad de la experiencia.

En la ética de los valores de Scheler y Hartmann, el hombre cuyo fin es el cumplimiento de los valores es, al mismo tiempo, el único medio por el cual ellos pueden llegar a realizarse: el hombre es así, el sentido del mundo, y esas filosofías son compatibles tanto con una concepción democrática como con una concepción humanista de la vida.

En cuanto al significado de la materia de estudios, la concepción democrática modifica el planteamiento clásico del problema y para ella los diferentes ramos poseen un mismo valor humanista, simultáneamente teórico, cultural, formal, utilitario en la medida de su contribución a la realización de las distintas vocaciones personales. Asimismo innova en la filosofía del método. La materia de estudios es un medio, y no un fin, en el proceso y técnica del aprendizaje. El fin consiste en cultivar y desenvolver mediante sus contenidos, la suprema dignidad y eficacia del hombre, la capacidad de pensamiento. Respecto al sistema nacional de educación —ordenamiento de los distintos géneros o niveles de la enseñanza— la concepción democrática de la vida se expresa en un ánimo de estricta continuidad, con la completa universalización de la enseñanza primaria, su humanización, y dirigida a dar una formación total; reconoce el derecho a una “educación secundaria para todos”, cuya universalización elimina la antigua educación de tipo selectivo; reconstrucción de métodos, planes y programas de la enseñanza técnico-profesional, en el sentido de vincular creadoramente la teoría y la práctica, la cultura y el trabajo; la democratización de la Universidad, o sea, ampliar sus cuadros para atender el aumento de quienes egresan de la segunda enseñanza y rehacer el esquema tradicional de las llamadas carreras liberales o profesiones clásicas, a fin de ofrecer nuevas y modernas oportunidades de trabajo a la juventud.

En una acertada síntesis, Roberto Munizaga, expresa: “Por su amplitud, riqueza y omnilateralidad, la concepción democrática de la vida contiene y, en cierto modo, armoniza, en una síntesis superior, los valores específicos de las diversas filosofías que hemos estado examinando. Así, por ejemplo, en lo que se refiere a la concepción utilitaria: reconoce sus valores económicos, pero siempre como medios, al servicio de un fin más alto, el hombre. En lo que respecta a la intelectualista, la democracia reivindica mejor que ninguna otra, los valores de la inteligencia, el saber y la cultura. Y en cuanto a la concepción aristocrática, cuyos odiosos convencionalismos destruye, en nombre de la idea de igualdad, si bien ella condena las desigualdades artificiales entre los hombres, reconoce, en cambio, sus desigualdades naturales, que son fundamento de la vocación y de la originalidad creadora. De ahí, entonces que, en su intento de universalizar la enseñanza, diferenciándola, al mismo tiempo, según la línea de las diversas vocaciones personales, propicie la formación de nuevas y amplias “élites”, libremente reclutadas en el

seno de las masas, lo que incide en algunos valores que eran caros a la concepción aristocrática de la vida. Es fácil advertir, igualmente, cómo traduce las ideas del deber y del bien en torno a las cuales giran las orientaciones del eticismo y de la enseñanza de la moral. Por otra parte, como ya lo dijéramos, la concepción humanista de la vida no es sino una versión de la democracia. Y en lo que se refiere a las proyecciones del sociologismo, con su ambigua norma de la "eficiencia social", puede observarse cómo han quedado superadas las contradicciones entre el individuo y el grupo: en la democracia la idea de una socialización del individuo se hace perfectamente compatible y es correlativa de un amplio proceso de personalización".

Al final de su volumen, Munizaga enfoca tres temas de importancia: el significado de la infancia, el planeamiento educativo, y el maestro y su cultura. Nos interesa resumir brevemente su posición ante el planeamiento educativo, para el autor, planear o planificar equivale a pensar, racionalizar, conceptualizar, organizar, proyectar la vida y, por ende, la educación. Planear es pensar la vida, adoptar una filosofía, y ella aparece como inseparable de la educación. La filosofía no es sino la teoría de la educación, y la educación, la práctica de la filosofía. Filosofía, educación y política, aunque actividades distintas, aparecen como términos correlativos. La filosofía se cumple en doble intento: cambiando al individuo por medio de la educación, y transformando al mundo social por la política. Las escuelas, en todos sus niveles, deben interpretarse como instrumentos para la realización de una determinada concepción de la vida. Planificar su multiplicidad, anarquía y discrepancias, equivale a ponerlas al servicio de una filosofía. Por lo tanto, todo planeamiento educativo implica la declaración de una filosofía. En el fondo del nuestro se reitera la fe en una concepción democrática de la vida.

La planificación educativa al coordinar los diversos niveles de la enseñanza, tradicionalmente separados, bajo el signo de la unidad y la continuidad, humanización de la enseñanza primaria y de la técnica, recupera los principios de una filosofía democrática y reivindica el sentido moderno y vital del humanismo. En cuanto a los desafíos que el planeamiento debe resolver con éxito, sobresalen los relacionados con "nuestra inferioridad económica", derivada del desequilibrio entre las condiciones de producción y de consumo, (Alberdi nos definió como primitivos para producir y civilizados para consumir), causa del subdesarrollo. Toda la enseñanza nacional ha de contribuir a superar la inferioridad económica animándose con el imperativo ético del avance económico, de la industrialización, sin desnaturalizarse en su sentido humano; luego los que fluyen de nuestra "invertebración" nacional y cierta incapacidad para el ejercicio amplio de la democracia; y superar el desdén para pensar las condiciones de nuestra propia vida y realidad chilena y latinoamericana.

El planeamiento educativo implica, pues, una toma de conciencia de nuestra específica realidad chilena y latinoamericana en su complejidad, heterogeneidad y contradicciones. Desea que la vida nacional y continental se encuentre dilucidada y conducida por la inteligencia, superando su etapa anterior de entrega al azar y a la rutina. Se trata, entonces, "de utilizar la educación como un instrumento para la defensa y la liberación del hombre chileno y latinoamericano. Y ello, dentro de los principios y tabla de valores propios de una concepción humanista de la vida y de los postulados éticos de la democracia".

Tales son algunos de los puntos de vista de este excelente volumen del catedrático y escritor Roberto Munizaga Aguirre, en cuya síntesis hemos utilizado las propias palabras del autor, y así entregar un panorama lo más fiel a su extraordinaria densidad y riqueza. Desde cualquier ángulo que se le examine es un libro valioso, expresión típica del magisterio docente y literario del autor. Enseña y esparce su pensamiento jugoso, renovador, abriendo senderos al cambio y al perfeccionamiento de nuestra

educación; con nítidos perfiles laicos, democráticos y socialistas. Ha sabido el maestro R. Munizaga, reducir su enjundioso pensamiento a escritos valientes y esclarecedores, a ensayos perdurables, dando vida a una literatura de calidad, indispensable para armar intelectual y técnicamente a quienes estamos empeñados en la gran batalla por transformar a nuestra sociedad, a nuestra nación. Mientras grandes educadores nuestros, militantes, se consumen en la mera docencia oral, o en la charla y la crítica volanderas, sin dejar obra escrita y, por ende, sin la menor contribución al enriquecimiento ideológico y literario de nuestras posiciones socialistas, de raíces chilenas y americanas, nuestro amigo y maestro Roberto Munizaga Aguirre suministra una lección viva y ejemplar, de alto pensamiento, de laboriosidad incansable y de coraje polémico, enaltecedora y urgente de imitar.